ALEXANDER ZEVIN

Liberalismo total

El mundo según *The Economist*

Traducción de Mario A. Zamudio

OBRAS DE ECONOMÍA

Sección de Obras de Economía

LIBERALISMO TOTAL

ALEXANDER ZEVIN

Liberalismo total

El mundo según The Economist

Traducción de
MARIO A. ZAMUDIO VEGA

Revisión de la traducción de
FAUSTO JOSÉ TREJO

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

CONAHCYT
CONSEJO NACIONAL DE HUMANIDADES CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS

Primera edición en inglés, 2019
Primera edición en español, 2025

[Primera edición en libro electrónico, 2025]

Zevin, Alexander
Liberalismo total. El mundo según The Economist / Zevin Alexander ; trad. de Mario A. Zamudio Vega ; rev. de la trad. de Fausto José Trejo. — México : FCE, Conahcyt, 2025
570 p. ; 23 × 17 cm — (Colec. Economía)
Título original: Liberalism at Large. The World According to The Economist
ISBN 978-607-16-8681-7 (FCE)
ISBN 978-607-8273-66-9 (Conahcyt)

1. El Economista, periódico (Londres, Inglaterra: 1843) – Historia 2. Economía – Historia 3. Liberalismo – Historia 4. Ciencias políticas – Ideologías 5. Periódicos – Inglaterra I. Zamudio Vega, Mario A., tr. II. Trejo, Fausto José, rev. de la trad. III. Ser. IV. t.

LC HM276.Z48 Dewey 320.51 Z362l

Distribución mundial

© 2019, Alexander Zevin
Publicado por Verso (The Imprint of New Left Books), 2019
Título original: *Liberalism at Large. The World According to* The Economist

Proyecto apoyado por el Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías

D. R. © 2025, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-8681-7 (FCE)
ISBN [pendiente] (electrónico-pdf, FCE)
ISBN 978-607-8273-66-9 (Conahcyt)
ISBN [pendiente] (electrónico-pdf, Conahcyt)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

SUMARIO

Introducción 9

Primera Parte
Pax Britannica

I. El imperio del libre comercio: de Hawick a Calcuta 35

II. Las condenadas dudas de Walter Bagehot 93

III. Edward Johnstone y la aristocracia de las finanzas 148

IV. El liberalismo arrollador: la reforma social y la guerra 179

V. El oro propio: Walter Layton y la Liga de las Naciones 231

Segunda Parte
Translatio Imperii

VI. Un centro extremo 291

Tercera Parte
Pax Americana

VII. Liberales participantes en la Guerra Fría 353

VIII. La globalización y su contenido 418

Conclusión: el progreso del liberalismo 469
Agradecimientos 493
Abreviaturas de las instituciones 495
Bibliografía 497
Índice onomástico 557
Índice general 567

INTRODUCCIÓN

The Economist y la gestación del liberalismo moderno

La revista *The Economist* no es como otras; ni siquiera se asigna el nombre de ese género de publicación. Ningún "periódico", como se llama a sí misma, ha sido tan exitoso en la era de internet ni ha sido capaz de desafiar la fuerza de atracción digital durante tanto tiempo. A medida que los medios impresos se deshacían de sus lectores y anunciantes, de corresponsalías extranjeras y periodistas remunerados, *The Economist* adquiría más. En 2006, la estación británica National Public Radio se preguntaba: ¿cómo pudo "una revista con un título que provoca sueño" y "un contenido en ocasiones esotérico" haber publicado que tuvo un aumento de 13% de sus lectores durante el año anterior, comparable solamente con el de los tabloides dedicados a las celebridades?[1] Cuatro años después la circulación en América del Norte superó los 820 000 ejemplares, un aumento de 10 veces desde que comenzó su impresión adicional allí en 1981; y el total mundial se incrementó de manera vertiginosa, acercándose a 1.5 millones de ejemplares; es decir, 15 veces la cifra de 1970.[2] Los editores y las editoriales de *Time, Atlantic, Newsweek, Businessweek* y *US News* coincidieron en la necesidad de emular a *The Economist*, mientras que en Europa se hicieron eco de actitudes similares los de *Der Spiegel, L'Express* y *Panorama;*[3] pero ¿cuál era el secreto —y por qué tratar de robarlo— de un semanario un siglo más antiguo que cualquiera de esas publicaciones, editado en Londres continuamente desde 1843?

Para algunos, consistía en las portadas ingeniosas, el humor cargado de socarronería y la fuerza de la línea editorial. Para el diario *The New York Times*, la respuesta era más simple: una hábil comercialización. Los titulares en rojo sobre blanco acicateaban a los lectores inseguros que se esforzaban por

[1] Frank Langfitt, "'Economist's Magazine Wins American Readers", National Public Radio, 8 de marzo de 2006.

[2] "*The Economist* Group Media Information", *The Economist*, 21 de octubre de 2013.

[3] Christine Haughney, "Magazine Newsstand Sales Plummet, But Digital Editions Thrive", *The New York Times,* 6 de agosto de 2013. Véanse otras crónicas recientes de su resurgimiento, entre la caída generalizada de la prensa impresa, en David Shaw, "*The Economist* Takes the High Road to Global Success", *Los Angeles Times*, 20 de julio de 2003; Stephen Hugh-Jones, "So What's the Secret of *The Economist*?", *The Independent*, 26 de febrero de 2006; Stephen Brook, "Let the Bad Times Roll", *The Guardian*, 25 de febrero de 2008; Matt Pressman, "Why *Time* and *Newsweek* Will Never Be *The Economist*", *Vanity Fair*, 20 de abril de 2009; Noah Davis, "Why *The Economist* Is Winning", *Business Insider*, 21 de julio de 2011.

salir adelante, lo que convirtió a *The Economist* en un símbolo de estatus para los aspirantes a magnates. Sus anuncios lo decían todo: "'Nunca leí *The Economist*'. Aprendiz de gerencia. 42 años", señalaba uno de 1988. Otro bromeaba: "Se está solo en la cima, pero al menos hay algo que se puede leer".[4] Ese punto de vista se debe en gran medida a James Fallows, quien, en su invectiva de 1991 en el *Washington Post,* argumentó que *The Economist* les vendía sabiduría convencional a los profesionales de los Estados Unidos demasiado embobados por el presuntuoso acento británico de la revista y su "pavoneo estilo *Oxbridge*" como para darse cuenta. Algunos periodistas más se mostraron escépticos a lo largo de los 20 años siguientes, cuando *The Economist* parecía imparable; según Jon Meacham, antiguo editor de *Newsweek*, *The Economist* fracasaba "incluso cuando intentaba hacer reportajes originales". En *The New York Observer* otro periodista a duras penas se decidió a abrir su ejemplar, luego lo cerró rápidamente —habiéndose topado con editoriales de tono pesado y adjetivos poco ajustados a la realidad en lugar de pruebas, así como diseños tan densos que le recordaban el directorio telefónico— y se preguntó si otros que juraban que la leían podrían haber estado fingiendo.[5]

The Economist no hace milagros, por lo que, en 2014, las ventas pagadas bajaron por primera vez al menos en 15 años; pero, en respuesta, hizo lo que pocas otras revistas podían hacer: aumentó los precios de suscripción 20%, a 180 dólares solamente en el caso de la edición electrónica, lo que la convirtió en el semanario más costoso de los Estados Unidos, con unos beneficios de operación correspondientes; éstos, con 54 millones de libras esterlinas obtenidos en 2017, siguieron siendo 60% más altos de lo que fueron 10 años antes, a pesar del colapso general de los ingresos por publicidad generados en los años intermedios.[6] Ahora bien, aun cuando los lectores de *The Economist* son más ricos y están más motivados por el estatus que la mayoría, la atracción del semanario reside en algo más que en el prestigio simbólico, como podría sugerirlo una mirada a la sección "Cartas al editor". Allí cualesquiera autoridades empresariales, académicas o gubernamentales les ponen *peros* a

[4] Jeremy W. Peters, "*The Economist* Tends Its Sophisticate Garden", *The New York Times,* 8 de agosto de 2010. Véase una defensa de *The Economist* en contra de sus celosos detractores en Ryan Chittum, "*The Economist*'s Success Is Not a Marketing Story", *Columbia Journalism Review,* 9 de agosto de 2010.

[5] James Fallows, "The Economics of the Colonial Cringe", *The Economist*, 6 de octubre de 1991. "Los lectores de esta [revista] no son gente que se preocupe por el mundo, sino gente que cree que es importante preocuparse por el mundo": Tom Scocca, "Everyone Copies It, but Does Anyone Translate It?", *The New York Observer,* 19 de marzo de 2007.

[6] Informes anuales de 2007 y 2017 de *The Economist*. En 2009, según su propia investigación, los lectores de *The Economist* pertenecían al estrato de los hombres más ricos de los Estados Unidos —con una media de ingresos domésticos de 166 626 dólares, comparados con los 156 162 dólares en el caso de *The Wall Street Journal*— y del resto del mundo, "donde uno de cada tres lectores es millonario". El 20% de ellos admitió ser propietario de "una cava de vinos añejos"; véase "Audience Advertising Categories", *The Economist,* 2 de abril de 2009.

los artículos que las hayan enfurecido la semana anterior: una lección de derecho de Philip Morris; una protesta territorial del embajador azerbaiyano; una aclaración del Ministerio de Finanzas de Corea del Sur sobre el presupuesto de ese país; una argumentación a favor de un sistema de armas estadunidense presentada por el anterior general a cargo; la afligida explicación de un profesor en el sentido de que el chino es logográfico, *no* ideográfico, etcétera. Demasiado ocupada para escribir, Angela Merkel habla con el editor cuando está "enfadada";[7] y, antes que ella, se podía ver a George H. W. Bush con un ejemplar pegado al pecho, caminando sobre el césped de la Casa Blanca.

No todos los lectores cuentan con tanto poder, pero muchos tienen planes para obtenerlo: en la novela *A Dance to the Music of Time*, Anthony Powell, su autor, se vale del protagonista Sunny Farebrother —corredor de bolsa, empresario y geoestadista aficionado— para satirizar al tipo, mientras se retira de la cena en una casa señorial que está visitando para hojear *The Economist;* ha molestado tanto a los otros invitados, explayándose en todo, desde cómo "manejar las dificultades de la reocupación francesa del Ruhr, especialmente en relación con la cuestión general de la escasez de arrabio en el mercado mundial", hasta el "boxeo profesional", que su anfitrión le dice que se calle: "Farebrother, estás hablando sin ton ni son".[8] En otras palabras, los que compran el semanario por lo general hacen más que pasearse con su ejemplar; ya sea que se trate del líder del mundo libre, de un magnate de los negocios, de un estudiante universitario de primer año o, al parecer, de Sarah Palin y Steve Bannon, también lo leen.

El periodismo de investigación no es una fortaleza del semanario. Lo que los lectores esperan de *The Economist* son agudos resúmenes didácticos y cifras asombrosas, lo que proporciona a una gran escala. En un solo número de la revista se puede saltar continuamente del comercio electrónico en China a la caída de las hipotecas en Las Vegas a las negociaciones de paz en el Oriente Medio a la búsqueda de vida en Marte a un nuevo museo de arte en Qatar al obituario de un oscuro explorador sudafricano devorado por un cocodrilo. El primer periódico en haber compilado y publicado precios al por mayor, todavía dedica sus páginas posteriores a publicar series de datos que oscilan como prismas en movimiento sobre la economía mundial: emisiones de gases de efecto invernadero, pronósticos de crecimiento, remesas mundiales o el costo de una "Big Mac" (hamburguesa gigante). El tratamiento de todo tema individual es limitado, fuera de los informes especiales, y los artículos pueden descender a la parodia, "como si el escritor comenzara sa-

[7] Ejemplos, por orden: 25 de octubre de 2014, 20 de septiembre de 2014, 11 de octubre de 2014, 4 de octubre de 2014 y 13 de septiembre de 2014; Mark Sweney, "Merkel Listens to *The Economist*'s Audio App in the Car", 16 de noviembre de 2014.

[8] Anthony Powell, *A Dance to the Music of Time: First Movement,* vol. I, University of Chicago Press, Chicago, 1995, pp. 76-77, 83, 86-87 y 104.

biendo que es imperativo tomar tres decisiones de inmediato, para luego tratar de reflexionar en cuáles deberían ser esas decisiones".[9] La variedad va acompañada de la implacabilidad: absorbido por las espumosas olas, el desafortunado explorador ha sido ofrecido como un excelente espécimen del espíritu emprendedor.[10]

Aun así, ese fuerte carácter institucional, que considera que la muerte es un acto de destrucción creativa, es también lo que lo hace único, preservado como está mediante una estructura de propiedad igualmente inusual diseñada para "permitir que el editor dirija el periódico como si fuese su propietario". Esa estructura, en vigor desde 1928, le da al editor poder sobre la política, los salarios y el empleo, y coloca entre él y la junta directiva cuatro fideicomisarios que firman las transferencias de acciones y el nombramiento del presidente y los editores. En 2016, cuando Pearson vendió su mitad del Economist Group por 469 millones de libras esterlinas a los otros accionistas, esos estatutos entraron en juego, con un derecho de voto limitado al 20% para el poseedor del mayor número de acciones. Aislados de la presión comercial, los editores han hecho que el negocio aumente: en 176 años, únicamente 17 individuos han ocupado el puesto: todos, excepto uno, hombres y, durante los últimos 100 años, casi todos graduados exclusivamente de Oxford y Cambridge. Al menos un miembro del personal ha calificado como un activo la sorprendente falta de diversidad en esa "sala común", lo cual facilita el que se mantenga una voz colectiva estable. La necesidad de ello será obvia para cualquier lector, dado que la característica más distintiva de *The Economist* es que los artículos que contiene no llevan la firma de nadie, y, con pocas excepciones, los más o menos 100 miembros del personal que trabajan en Londres y en el extranjero bregan de manera anónima —algo muy común entre los periódicos del siglo XIX, pero casi inaudito en la actualidad—. Es posible que la línea editorial sea el individualismo, pero, como resultado de ese vestigio victoriano, los artículos editoriales están escritos de una manera inusualmente cooperativa y colegiada, como si los guiasen unas manos invisibles.[11]

El anonimato tuvo siempre la intención de amplificar la voz de *The Economist;* hoy en día también lo hacen las portadas, con Photoshop actuando como una honda para el *lèse-majesté* de la cultura pop: Kim Jong Il irrumpe

[9] Michael Kinsley, citado en Fallows, "The Economics of the Colonial Cringe", *The Washington Post,* 6 de octubre de 1991.

[10] "Hendrik Coetzee", *The Economist,* 29 de diciembre de 2010.

[11] Como argumentó David Lipsey, el antiguo editor de política: "Debido a que cada historia se atribuye solamente al semanario, cada historia es también responsabilidad del semanario […] la cooperación reemplaza a la competencia y, algo que es más bien contrario a la filosofía editorial de *The Economist,* resulta que la cooperación puede generar un mejor producto que la competencia"; *In the Corridors of Power: An Autobiography,* Biteback, Londres, 2012, p. 171. Los *blogs* (las bitácoras en la red) han modificado, sin deshacerla, la capa de invisibilidad editorial. La promoción de sí mismo en las redes sociales y la televisión son las amenazas más temibles.

en el espacio como "Rocket Man" (el "Hombre Cohete"); Angela Merkel aparece como el señor Kurtz, gimiendo de horror ante los griegos en "Acropolis Now"; Hu Jintao y Barack Obama son los amantes vaqueros de la cinta *Brokeback Mountain* (titulada en Hispanoamérica *Secreto en la montaña,* y en España, *En terreno vedado*). Cuanto más odiado el personaje, más espeluznante la caricatura: Vladimir Putin ha sido un gánster de la era de la prohibición con una bomba de gas como arma, una pieza de ajedrez, una araña, un cubo de hielo, un conductor de tanque sin camisa. Ante ese tipo de bombardeo, Silvio Berlusconi demandó al semanario. El culto al héroe es menos común, aunque no desconocido: la leyenda "Freedom Fighter" ("Luchadora de la Libertad"), sobre un halo de cabello, fue su monumento a la gris Margaret Thatcher.

Tanto los autores de las portadas como los de los artículos son beligerantes, pero están familiarizados con los políticos y los gobiernos; culpan o alaban a países enteros con una despreocupada seguridad en sí mismos. No obstante, no se trata de una simple pose: cuando aparece un nuevo líder en el escenario mundial, especialmente alguien desconocido en los mercados de capitales o de un país en desarrollo que necesita aprovecharlos, hará una peregrinación a las oficinas de *The Economist*. Incluso Hugo Chávez le rindió homenaje en 2001, tratando de "conversar en tono informal y seductor con las recepcionistas, dos jóvenes negras, como si fuesen votantes venezolanas". Luiz Inácio da Silva recibió una más cálida bienvenida en 2006 por sus planes para promover reformas comerciales en Brasil, así como recomendaciones al margen sobre su dieta. Michelle Bachelet tuvo su *tête-à-tête* en 2014, "tomando mate en el palacio de La Moneda", en Santiago de Chile, donde aseguró a *The Economist* que nunca daría preferencia a la igualdad sobre el crecimiento.[12] Ahora bien, los izquierdistas latinoamericanos son una cosa; naturalmente, el semanario todavía es más solicitado en casa, donde, cada año, el canciller del Tesoro de la Gran Bretaña le informa sobre el presupuesto durante el almuerzo en Downing Street,[13] y, en los Estados Unidos, Barack

[12] Michael Reid, *Forgotten Continent: The Battle for Latin America's Soul*, Yale University Press, New Haven, 2007, p. 159 [edición en español: *El continente olvidado: la batalla por el alma de América Latina,* Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2009]; "Brazil: Lula's Leap" y "Brazil's Foreign Policy: Lula's World", *The Economist*, 2 de marzo de 2006; "The Moderates Fight Back", *The Economist*, 19 de julio de 2014.

[13] *The Economist* describió las batallas internas del gabinete en torno a los recortes al gasto en 1984 como el derrame de "sangre vieja en la alfombra", después de que Willie Whitelaw, el viceprimer ministro, le informara personalmente sobre ellas. "Old Blood on the Carpet, Old Blood in the Cabinet", *The Economist,* 7 de septiembre de 1985 [la expresión "sangre vieja" se refiere a lo avanzado de la edad o al espíritu rancio de los participantes (T.)]; Kiran Stacey y Emily Cadman, "Archives 1984: Thatcher's Struggles Provide Lesson for Cameron", *The Financial Times,* 2 de enero de 2014. El almuerzo tiene lugar un miércoles, un día después de que el presupuesto se presenta en la Cámara de los Comunes, lo cual genera el ambiente —como lo expresó un ex editor— para tener una "conversación más profunda".

Obama fue el primer presidente en escribir un editorial firmado para el semanario en 2016, antes de abandonar la Casa Blanca.

"¿Cómo se escribe como lo hace *The Economist*?", preguntó una vez un nervioso recluta que intentaba redactar su primer editorial para el semanario. Es simple, le respondió un redactor en jefe: "Pretende que eres Dios".[14]

Un poder a los poderosos

Los gerentes de ventas no imaginaron esta cualidad de narración omnisciente, y, aunque pudiesen explicar el éxito del semanario desde el punto de vista de la circulación, sería una medida engañosa de su importancia. Lo que realmente distingue a *The Economist* es la manera como ha moldeado ese mundo en el que habitan sus lectores, en virtud de tres relaciones cercanas: con el liberalismo, con las finanzas y con el poder estatal: lanzado en el punto de inflexión del desarrollo histórico de cada una, *The Economist* abrió un nuevo frente a mediados del siglo XIX en la batalla contra las Leyes del Maíz *[Corn Laws]* en la Gran Bretaña, dirigiéndose menos a los partidarios del libre comercio en granos que a los más cautelosos al respecto, situados encima de los primeros: "los círculos superiores de los intereses patrimoniales y monetarios", en particular el centro comercial y financiero del barrio de la City, en Londres.[15]

Esa perspectiva fue rentable: *The Economist* no únicamente ganó dinero —obteniendo ganancias regulares después de solamente dos años—, sino que también hizo famoso el nombre de su fundador, James Wilson, un fabricante de sombreros escocés que utilizó el semanario para catapultarse a la política. Wilson, que fue electo al Parlamento en 1847, se convirtió en un poderoso secretario financiero del Tesoro y en el primer "canciller del Ministerio de Tesoro de la India", al que, en 1859, se dio el encargo de establecer una base fiscal sólida para el Raj británico (el gobierno del Imperio británico en la India). Cuando Wilson abordó el vapor que lo llevaría a la India, el Chartered Bank, del que había sido cofundador —en parte con las ganancias de *The Economist*—, empezó a establecer sus sucursales en Calcuta, Bombay, Shanghái y Hong Kong con la vista puesta en el tráfico de opio en China —más tarde, el banco se convertiría en el Standard Chartered Bank de la actualidad, con más de 660 000 millones de dólares en activos—.[16] Para enton-

[14] Barbara Smith, "Not So Hard Labour", *The Economist,* 20 de diciembre de 2003.

[15] Richard Cobden to James Wilson, 22 de junio de 1843, en Wilson Papers, MCL; Norman McCord, *The Anti-Corn Law League: 1838-1846*, Allen & Unwin, Londres, 1958, pp. 182-184.

[16] *The Times,* 5 de agosto de 1859. Emilie Barrington y Emily Russell Barrington, *Life of Walter Bagehot,* Longmans, Green, Londres, 1914, p. 286; "The Bankers' Gazette", *The Economist,* 9 de octubre de 1852; Zhaojin Ji, *A History of Modern Shanghai Banking: The Rise and Decline of China's Finance Capitalism,* Sharpe, Armonk, 2003, p. 43.

ces, su semanario se había vuelto indispensable como un conducto entre el naciente Partido Liberal en Whitehall y Westminster y las secciones de la City de Londres más interesadas en los asuntos imperiales y extranjeros. Esto llamó la atención de Karl Marx, quien leía *The Economist* no únicamente por sus índices sobre el comercio mundial, sino también por su visión política del mundo: su descripción le parecía la más asombrosa hecha en Europa de las preocupaciones de la "aristocracia de las finanzas", cuya participación en el "crédito público" exigía que siguiese muy de cerca los pasos del "poder del Estado".[17]

Con el tiempo, *The Economist* se sumergió aún más profundamente en esos circuitos del dinero, el poder y las ideas: los editores aconsejaban a los cancilleres sobre la moneda, concebían reglas básicas para administrar los bancos centrales y enfrentar el pánico financiero, atisbaban el horizonte en busca de amenazas para la hegemonía británica y para el capital británico en todas partes, desde Irlanda hasta Argentina, pasando por Egipto; al proceder así, ofrecían el tipo de asesoramiento político que los propios mercados podrían proporcionar, si tan sólo pudiesen hablar. Hasta 1943 el semanario tuvo 10 000 suscriptores, no más; pero, como lo señaló un editor en esa época, en la década anterior habían incluido a Franklin D. Roosevelt, Benito Mussolini, Manuel Azaña, Heinrich Brüning y el ministro de Finanzas de Adolfo Hitler. Su celebración del centenario en tiempos de guerra en Londres estuvo llena a reventar de banqueros, políticos, economistas, diplomáticos y dignatarios extranjeros, que degustaron salmón ahumado y fumaron cigarros puros; otro editor, haciendo una variación sobre el apotegma de Winston Churchill, hizo este ingenioso comentario: "Nunca tanto ha sido leído durante tanto tiempo por tan pocos".[18]

[17] Karl Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, International Publishers, Nueva York, 1963, p. 103 [edición en español: *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, trad. de José María Valverde, Ariel, Barcelona, 1968; trad. de Elisa Chuliá Rodrigo, Alianza Editorial, Madrid, 2015].

[18] Edward Raymond Streat, *Lancashire and Whitehall: The Diary of Sir Raymond Streat,* vol. II, ed. Marguerite Dupree, Manchester University Press, Mánchester, 1987, pp. 143-145. Streat dejó una instantánea de la celebración de 1943 en el hotel Connaught Rooms; según dijo, Montagu Norman, gobernador del Banco de Inglaterra, hizo un brindis: "Detalló la comunidad de intereses a lo largo de más de 100 años entre *The Economist* y el Banco de Inglaterra, ambos de propiedad privada, pero ambos, creía, tanto mejores debido a ello para servir al interés público". En la mesa de honor, dándose un festín con las "raras recompensas en tiempos de guerra" y con "un excelente *claret* y un verdadero puro habanero", se encontraban el canciller Kingsley Wood, Herbert Morrison, ministro del Interior del Trabajo, John Maynard Keynes, "Lord Portal, Stanley Bruce y varios embajadores y ministros de Asuntos Exteriores". "La compañía entre los que se situaban debajo de la capa de los más exquisitos era aún muy distinguida: por un lado estaba *lord* Wardington, presidente del banco Lloyds, y, por el otro, *sir* William Moore, E. H. Lever, Robert Barlow, Ashley Cooper, de la Compañía Hudson's Bay, y *sir* Robert Sinclair, jefe del Ministerio de Producción. En otro lugar vi a Barrington-Ward, editor de *The Times,* al profesor Robbins, a *sir* Armond Overton, a Holland-Martin, al viejo *sir* George Paish, a Paul Cadbury, a *sir*

En la segunda mitad del siglo XX, *The Economist* llegó al otro lado del Atlántico y, en el Imperio norteamericano, asumió la función que alguna vez había desempeñado en el Imperio británico. Sirviendo de puente literal entre ambos, los reporteros estrella esta vez pasaban la etapa de aprendizaje en Wall Street y en Washington, donde gozaban de un acceso especial desde el principio: en los corredores de mármol del Congreso los abordaban de lleno John F. Kennedy o Lyndon B. Johnson para sostener un diálogo, y disfrutaban relaciones personales en el seno de la Casa Blanca de Ronald Reagan a través de George Shultz, Henry Kissinger y otros pilares del *establishment* de la política exterior. Su intrínseca defensa de la hegemonía norteamericana, mucho más poderosa por provenir de un punto de vista global antes bien que simplemente nacional y afincado con exclusividad en los Estados Unidos, es una de las razones por las que se necesita una nueva historia de *The Economist,* y los lectores estadunidenses tienen motivos para estar interesados en ella. Aun cuando una gran parte de lo que sigue es una historia del liberalismo en un sentido británico y en un entorno británico, también es importante para los Estados Unidos, como paralelo y preámbulo de una doctrina que llegó a dominar explícitamente el panorama político en ese país a partir de 1945. Hoy en día muchos lamentan que ese orden liberal de posguerra esté amenazado; pero muy raramente definen el liberalismo, y menos aún despejan sus ambigüedades para los estadunidenses, quienes pueden creer que significa varias cosas diferentes y contradictorias a la vez.

¿Qué es el liberalismo? Las barreras para una mejor definición

The Economist se ha definido durante mucho tiempo como la guía o el norte del liberalismo. En 2016, como secuela de Trump y del Brexit, se hizo un gran esfuerzo por renovar y reformular ese compromiso en una serie de debates en línea, *podcasts* (distribución de archivos multimedia), películas y perfiles de filósofos liberales, lo que culminó en septiembre de 2018 con un audaz manifiesto por su 175 aniversario. Sumidos en la complacencia por su propio éxito en la difusión de "la libertad y la prosperidad", declaró el semanario, los liberales tenían que volver a descubrir sus mejores tradiciones con el propósito de "reavivar el espíritu de radicalismo" que éstas contenían.[19] Ahora bien, ¿qué es el liberalismo?, ¿quiénes son los liberales? Si los lectores estadunidenses están confundidos, no son los únicos: también lo están los

Alan Anderson […] la única otra cara de Mánchester era la de *sir* Noton Barclay, presidente del Banco District." [Durante la segunda Guerra Mundial, en referencia a los esfuerzos librados por la Real Fuerza Aérea británica en los combates que integran la llamada Batalla de Inglaterra, Churchill pronunció estas palabras: "En el ámbito de los conflictos humanos, nunca le han debido tanto un número tan grande de personas a tan poca gente". (T.)]

[19] *The Economist,* "A Manifesto", 15 de septiembre de 2018.

investigadores, que son parcialmente responsables del embrollo.[20] Antes de continuar, tiene sentido considerar algunas de las deficiencias en los estudios de ese "-ismo" difícil de definir, no únicamente para explicar la manera como una investigación sobre *The Economist* puede ayudar a evitarlos, sino también para situarse en la senda de una concepción más precisa. En líneas generales, las barreras son tres: el anacronismo, la descontextualización y la falta de comparación.

Por lo general, los teóricos políticos tratan el liberalismo como un cuerpo de pensamiento ilimitado, que se adhiere con poco rigor y de manera adaptativa a algunos principios abstractos de la libertad que se encuentran en este o aquel texto canónico o en un gran pensador. En una reveladora y reciente investigación se dice que el liberalismo comenzó con John Locke, quien enunció su primer axioma inclusivo: los hombres "nacen en un estado de libertad perfecta para ordenar sus acciones y disponer de sus posesiones y de las personas según lo consideren conveniente"; los escritos de ese filósofo inglés del siglo XVII, para quien el liberalismo en cuanto doctrina desarrollada era totalmente desconocido, son distorsionados posteriormente hasta convertirse en fórmulas políticas que resultan adecuadas para el presente: "[Está] comprometido con la democracia moderada por el imperio de la ley, con una economía de empresa privada supervisada y regulada por el gobierno y con la igualdad de oportunidades, siempre y cuando se pueda sostener sin demasiada interferencia en la libertad de los empleadores, las escuelas y las familias".[21] Los peligros de tal enfoque son claros, y no son producto de la carencia de erudición.

Quizás el relato más conocido del liberalismo en la misma tesitura, e inspiración para muchos, sea la conferencia "Dos conceptos de libertad" que dio Isaiah Berlin en Oxford en 1958. La filosofía política tenía dos ramas divergentes, argumentó Berlin: una basada en la libertad negativa y la otra en la positiva. La primera, que llegaría a ser con mucho la preferida, predicaba la "no interferencia" por parte de los individuos, de un gobernante, del Estado: un "área mínima de libertad personal que no debe ser violada por ningún motivo". John Locke y John Stuart Mill, Benjamin Constant y Alexis de Tocqueville iluminaron esa senda. La segunda era más oscura y sostenía que los hombres podían ser liberados, de conformidad con su ser "verdadero" o "ra-

[20] John Micklethwait, entonces editor, le dijo a Harry Kreisler: "Frecuentemente me siento muy molesto y frustrado por el uso de la palabra *liberal;* ha sido arruinada por completo, sin remedio, en los Estados Unidos"; University of California Television, "Globalization and the Conservative Movement in the US", University of California Television, 6 de febrero de 2007.

[21] Alan Ryan, *The Making of Modern Liberalism*, Princeton University Press, Princeton, 2012, pp. 22 y 41. Ryan reconoce fallas en las democracias liberales modernas, pero está claro que son superiores a cualquier sistema anterior y a cualquier alternativa actual, y habrían sido vistas como un "triunfo" por "la mayoría de los pensadores políticos de los últimos dos milenios y medio"; Alan Ryan, *On Politics: A History of Political Thought from Herodotus to the Present*, vol. II, Allen Lane, Londres, 2012, pp. 905, 941-945, 948, 972-973 y 976-977.

cional", aun cuando no lo desearen. Ése fue el legado de Platón, Augusto Comte, Jean-Jacques Rousseau, Hegel, Marx y, con ciertos estados de ánimo, incluso de Immanuel Kant y Mill. En semejante escenario, el problema de la descontextualización —pensadores tomados de todos los tiempos y espacios para ser dispuestos como flores en un jarrón— iba aparejado al anacronismo, dado que Berlin atribuyó a los dos campos de la Guerra Fría "actitudes profundamente divergentes e irreconciliables de cara a los fines de la vida".[22] El procedimiento puede haber sido útil para propósitos normativos, pero, como lo reconoció más tarde uno de los estudiantes de Berlin, no podía justificarse sobre la base de lo que los liberales habían pensado realmente.[23]

Rechazando en principio (si no siempre en la práctica) las construcciones improvisadas y arbitrarias de ese tipo, la llamada Escuela de Historiadores de Cambridge ha tratado de volver a contextualizar a los pensadores políticos en su espacio nacional, lingüístico y temporal a fin de que quien cuente como liberal en cualquier momento dado dependerá de los conceptos, los argumentos y los términos disponibles.[24] Ese enfoque ha generado historias notables del republicanismo moderno temprano, que se diseminó a través de las épocas y las fronteras, pero nunca ha sido aplicado con éxito al liberalismo, sobre el cual sus principales practicantes tienen puntos de vista marca-

[22] Berlin fue franco acerca del lado que tomó: el pluralismo, "un reconocimiento de que los objetivos humanos son muchos […] y la libertad negativa que esto conlleva, me parece un ideal más verdadero y más humano que los objetivos de aquellos que buscan en las grandes estructuras disciplinadas, autoritarias, el 'ideal' del dominio propio positivo alcanzado por las clases, los pueblos o toda la humanidad". Ése fue un error, una "quimera metafísica" que inspiró "los credos nacionalistas, comunistas, autoritarios y totalitarios de nuestros días"; Isaiah Berlin, *Four Essays on Liberty*, Oxford University Press, Oxford, 1982, pp. 124, 131, 141, 144 y 171 [edición en español: *Cuatro ensayos sobre la libertad*, trad. de Belén Urrutia, Julio Bayón, Natalia Rodríguez, Alianza Editorial, Madrid, 1988].

[23] "Sin duda alguna, no existe una relación inevitable entre la visión negativa de la libertad y el liberalismo"; en realidad, según John Gray, los dos "exponentes más intransigentes" de la libertad negativa —Hobbes y Bentham— no eran liberales en absoluto; véase John Gray, *Isaiah Berlin*, Fontana Press, Hammersmith, Londres, 1995, p. 21 [edición en español: *Isaiah Berlin,* trad. de Gustau Muñoz, Alfons el Magnànim, Valencia, 1996]. La obra misma de Gray ha llegado a separarse lo suficientemente del contexto histórico como para plantear una cadena de equivalencias entre Saddam Hussein, Joseph Stalin, Baader-Meinhof, Al Qaeda, los jacobinos franceses y los neoconservadores estadunidenses, sobre la base de que cada cual se inspiró en las "creencias seculares de la Ilustración". John Gray, *Heresies: Against Progress and Other Illusions*, Granta, Londres, 2004.

[24] En el intento reciente más sofisticado de hacer una definición integral y contextual del liberalismo, Duncan Bell argumenta que la fusión del liberalismo y la tradición occidental, así como la elevación de Locke a la categoría de pensador principal de esa corriente, data del tercer decenio del siglo xx: parte de una competencia ideológica con el "totalitarismo" que comenzaba a ganar fuerza en los Estados Unidos y la Gran Bretaña entre las décadas de 1930 y 1950; sin embargo, la implicación de que el liberalismo podría ser desligado de tales imbricaciones de la Guerra Fría plantea la interrogante sobre la "concepción acumulativa" del propio Bell: ¿por qué podría el liberalismo, y no otro "-ismo", ser enviado a combatir en contra del comunismo? Duncan Bell, "What Is Liberalism?", *Political Theory,* vol. 42, núm. 6, junio de 2014, pp. 682-715.

damente diferentes, por no decir incompatibles. Esa tradición no ha ofrecido un seguimiento comparativo del desarrollo transnacional de las ideas liberales a través de las fronteras. Los intentos de cerrar esa brecha provienen de otros tipos de investigaciones, pero han sido pocos y distantes entre sí.[25] Para nuestros propósitos, una breve retrospectiva de los primeros usos del término *liberalismo* en la Europa del siglo XIX puede ser suficiente para establecer el escenario histórico en el que tiene lugar el nacimiento de *The Economist*.

La historia del origen del liberalismo: una visión histórica y comparativa

La morfología del liberalismo se desarrolló en tres etapas. El término *liberal* ha estado vigente en inglés en su función de adjetivo desde el siglo XIV, aunque durante la mayor parte de ese tiempo tuvo poco que ver con la política: de la misma manera que *liber,* su raíz latina, "liberal" distinguía a los hombres libres y sus actividades cultas —"las artes y las ciencias liberales"— del arduo trabajo manual de las clases bajas; era un cumplido cuya connotación fue siempre positiva: ser liberal era ser generoso, munificente, tolerante, tener una amplitud de miras o mostrar un espíritu libre. La politización del adjetivo llegó mucho más tarde, aplicado primero a las personas y las ideas y solamente después a los partidos.[26] Finalmente, el adjetivo se convirtió en un

[25] El mejor y más amplio relato —que yuxtapone las variantes inglesas, francesas, alemanas e italianas del liberalismo en la Europa del siglo XIX— sigue siendo el trabajo de Guido de Ruggiero, escrito hace casi 100 años. La historia de Ruggiero —escrita bajo la influencia de Giovanni Gentile y Benedetto Croce y en respuesta al surgimiento del fascismo italiano— era hegeliana y tenía como objetivo una unidad superior —el Estado liberal— en la que pronto quedarían subsumidas las amenazas antiliberales del fascismo en la derecha y del socialismo en la izquierda; con todo, ese resultado requería que los partidos liberales se revitalizaran y se realizara un esfuerzo por volver a llamar "a las clases medias a tener un sentido del valor reflexivo y crítico de su propia actividad y un reconocimiento del carácter universal de su misión histórica"; Guido de Ruggiero, *The History of European Liberalism*, trad. de R. G. Collingwood, Oxford University Press, Londres, 1927 (el original italiano es de 1925), pp. 343 y 440-443. Véase un impresionante estudio reciente que abarca algunos de esos terrenos en Jörn Leonhard, *Liberalismus: Zur historischen Semantik eines europäischen Deutungsmusters*, Oldenbourg, Múnich, 2012. Las investigaciones recientes sobre las dimensiones externas del pensamiento liberal no trascienden las fronteras nacionales; véase, por ejemplo: Duncan Bell (coord.), *Victorian Visions of Global Order: Empire and International Relations in Nineteenth Century Political Thought*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007; Gregory Claeys, *Imperial Sceptics: British Critics of Empire, 1850-1920*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010; Georgios Varouxakis, *Liberty Abroad: J. S. Mill on International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2013.

[26] Si bien, para el siglo XV, la palabra *libertad* se usaba con el sentido de libertad en general, no fue hasta la Ilustración tardía a finales del XVIII cuando "liberal" se usó para afirmar las libertades individuales. Raymond Williams, *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society,* Oxford University Press, Nueva York, 1985, pp. 179-181.

sustantivo: el liberal*ismo* en cuanto doctrina o sistema. ¿Cómo y cuándo tuvo lugar ese último salto? La respuesta reside en la época napoleónica y sus dramáticas consecuencias, que se diseminaron por España, Francia e Inglaterra.

Mientras los ejércitos de Napoleón arrasaban con el antiguo régimen en España, los diputados reformistas y absolutistas se enfrentaban en las Cortes de Cádiz (1810-1812) para decidir qué tipo de orden político era necesario para expulsarlos. La primera facción, cuyos componentes se describieron a sí mismos como *liberales* y representaban a sus oponentes como *serviles*, pedía una monarquía constitucional, libertad de prensa, sufragio universal masculino, elecciones indirectas y la desamortización de las tierras de la Iglesia. Los "liberales" españoles se basaron en las constituciones francesas de 1791 y 1795 para proponer ese programa, que en 1814 sobrevivió a la restauración del absolutismo como inspiración de los espíritus críticos, tanto en España como en otros países del sur de Europa.[27]

En Francia, Napoleón había tomado el poder el día 18 de Brumario (9 de noviembre de 1799) en nombre de las "*idées conservatrices, tutélaires et libérales*"; pero, de ese trío, únicamente el último término tuvo resonancia: antes de un mes, la prensa parisina ya estaba escribiendo acerca de las "ideas liberales" como términos "de moda", y, fuera de la capital, tales ideas, asociadas con su Consulado, echaron algunas raíces en la Alemania y la Italia gobernadas por Francia. Bajo el Imperio, emigraron rumbo a los críticos del régimen, como Benjamin Constant y Madame de Staël, pero no fue sino hasta la restauración borbónica que *liberal* en cuanto término político colectivo alcanzó una difusión más general, al principio para burlarse de aquellos considerados insuficientemente ultras en su realismo y clericalismo (cuando liberal fue prácticamente equiparado con jacobino), después al ser adoptado por los conservadores más moderados como una señal positiva de oposición al reinado de Carlos X. En el decenio de 1830 el "liberal*ismo*" llegó a describir la perspectiva de estos personajes, *doctrinaires* (según fueron llamados) como François Guizot y Pierre-Paul Royer-Collard, más tarde pilares de la monarquía de julio, cuyas ideas centrales heredó Alexis de Tocqueville.[28]

[27] Charles J. Esdaile, *Spain in the Liberal Age: From Constitution to Civil War, 1808-1939,* Blackwell, Oxford, 2000 [edición en español: *La quiebra del liberalismo*, trad. de Santiago Jordán, Crítica, Barcelona, 2001], pp. 31-34; Richard Herr, "The Constitution of 1812 and the Spanish Road to Parliamentary Monarchy", en Isser Woloch (coord.), *Revolution and the Meanings of Freedom in the Nineteenth Century*, Stanford University Press, Stanford, 1996, pp. 85-88; Richard Herr, *An Historical Essay on Modern Spain*, University of California Press, Berkeley, 1971, pp. 73-74, y Stanley G. Payne, *Spain: A Unique History*, University of Wisconsin Press, Madison, 2011, pp. 141-145.

[28] G. de Bertier de Sauvigny, "Liberalism, Nationalism and Socialism: The Birth of Three Words", *The Review of Politics*, vol. 32, núm. 2, abril de 1970, pp. 147-166; Pamela Pilbeam, "The Growth of Liberalism and the Crisis of the Bourbon Restoration, 1827-1830", *The Historical Journal,* junio de 1982, pp. 351-366; Aurelian Craiutu, *Liberalism under Siege: The Political Thought*

Por consiguiente, el liberalismo francés era diferente del español en dos aspectos. En primer lugar, se posicionó conscientemente como un punto de vista político centrista, enemigo de dos extremos: tanto el ultrarrealismo como el jacobinismo, tanto el *ancien régime* hasta 1789 como la calamitosa radicalización popular de la revolución en su contra. España no experimentó una agitación a tal escala, por lo que los liberales tuvieron un poco menos de temor a las masas, lo que permitió un sufragio más amplio que el que jamás imaginaron los *doctrinaires*. En segundo lugar, la versión francesa era mucho más compleja intelectualmente y produjo importantes cuerpos de teoría política.[29]

Esta corriente del pensamiento político francés tenía poca o ninguna relación con la teoría económica del libre mercado que generaba doctrinas de *laissez-faire*. Ese concepto de consigna fue formulado bajo el *ancien régime* por los fisiócratas, cuyo legado pasó a Jean-Baptiste Say durante el periodo napoleónico y, después, a Frédéric Bastiat (una de las *bêtes noires* de Marx) bajo la monarquía de julio, quienes produjeron grandes conjuntos de obras en las que se atacaba la interferencia del Estado en la economía y se exaltaban estruendosamente las virtudes del intercambio comercial regulado por sí mismo; pero, sin una clase fuerte de fabricantes que la apoyaran, la economía política francesa siguió siendo una fuerza marginal y sus doctrinas del libre comercio se vieron perjudicadas por la amenaza de la competencia industrial de una Gran Bretaña más avanzada, de las anteriores tradiciones del mercantilismo francés personificadas por Jean-Baptiste Colbert, el ministro de Luis XIV, y de una visión generalmente más positiva del Estado tanto entre la derecha como entre la izquierda.[30] Su único logro significativo, el Tra-

of the French Doctrinaires, Lexington Books, Lanham, 2003, pp. 112, 290 y 287-288, y Raf Geenens y Helena Rosenblatt (coords.), *French Liberalism from Montesquieu to the Present Day*, Cambridge University Press, Cambridge, 2012.

[29] Thomas P. Neill, *The Rise and Decline of Liberalism*, Bruce, Milwaukee, 1953, pp. 72-75, 112 y 115. Los panfletos liberales comenzaron a urgir reformas graduales bajo un monarca constitucional —rechazando como extremistas a ultrarrealistas y a "napoléonistes" por igual— durante varios años ya en el reinado de Luis XVIII. Véase Anónimo, *Avis aux libéraux, par un libéral*, Impr. de A. Bobée, París, 1818; véase Anónimo, *Examen du libéralisme. Par un libéral*, Delaunay, París, 1819. Guizot y Constant utilizaron documentos para difundir "idées libérales", y el segundo firmó una carta en la que las enumeraba como "conocimiento práctico, desarrollo de la industria, destrucción de los prejuicios […] y aceleración de la educación constitucional de Francia"; Étienne Aignan, Benjamin Constant, Évariste Dumoulin, A. Jay, E. Jouy, Pierre Louis de Lacretelle y Pierre-François Tissot, *La Minerve française*, Bureau de la Minerve française, París, 1818, p. 4.

[30] Richard Whatmore, "The Politics of Political Economy in France from Rousseau to Constant", en Mark Bevir y Frank Trentmann (coords.), *Markets in Historical Contexts,* Cambridge University Press, Cambridge, 2004, pp. 46-50 y 65-69; Guido de Ruggiero, *The History of European Liberalism, op. cit.*, pp. 172 y 204; Dean Russell, *Frédéric Bastiat and the Free Trade Movement in France and England, 1840-1850,* tesis de doctorado, Université de Genève, Ginebra, 1959; Albert Kundig, Ginebra, 1959, pp. 25-26, 62-64 y 91-93, y David Todd, *L'Identité économique de la France: Libre-échange et protectionnisme, 1814-1851,* Grasset, París, 2008, pp. 331-351 y 416.

tado Anglo-Francés de 1860 para reducir los aranceles entre Francia y la Gran Bretaña —negociado por Richard Cobden y Michel Chevalier, antes discípulo de Saint-Simon—, tendría unos efectos políticos contrarios, porque llegó a ser identificado como el acto inicial de la fase final del gobierno de Napoleón III, autoproclamado como el "Imperio liberal", cuya caída en desgracia debido a la guerra franco-prusiana 10 años después llenó de descrédito el término. Por consiguiente, no surgió ningún Partido Liberal durante la Tercera República, a diferencia de Alemania o Italia durante el mismo periodo: el término *liberalismo* adquirió un tufo tóxico que, a pesar de los arduos esfuerzos del gobernante actual y ya profundamente impopular del país, todavía no ha sido superado en la Francia de hoy en día.

En la Gran Bretaña, a finales del siglo XVIII, Adam Smith y David Hume estaban usando el término *liberal* en su sentido previo al político para describir el sistema de libre mercado que favorecían;[31] con todo, desde el punto de vista político, la palabra llegó a circular tarde, transmitida desde las guerras peninsulares en España, y, por lo tanto, fue vista con recelo en la Gran Bretaña *tory* o conservadora. *Lord* Castlereagh detestaba a los *liberales* de Cádiz, aliados nominalmente de los ingleses, porque los consideraba un poco mejores que los jacobinos, impresión que sólo se confirmó cuando Leigh Hunt y *lord* Byron, dos subversivos notorios, fundaron *The Liberal* y abogaron por la independencia de Grecia. En 1820, para Robert Peel *liberal* seguía siendo "un término odioso", aunque inteligible. Tres años más tarde, el primer ensayo en inglés sobre el "liberal*ismo*" fue un ataque virulento en su contra: lo presentaba como una doctrina extranjera y destructiva que causaba estragos en el continente; sin embargo, gradualmente, los escritores *whig* (liberales) de la *Edinburgh Review* domesticaron el término para describir sus puntos de vista.[32] Comoquiera que sea, la naturalización avanzó lentamente por dos razones; la primera: la dicotomía *whig-tory* estaba profundamente arraigada como la polaridad política nacional; la segunda: fuera de ella, el término *radicales*, que se refería en un sentido amplio y vago a los *benthamites*, ya ocupaba el

[31] Smith invocó el término en su obra *La riqueza de las naciones* en 1776 para describir ciertas profesiones, o también unos salarios generosos; asimismo se refirió a un "plan liberal de igualdad, libertad y justicia", es decir, "permitir que cada hombre luche por sus propios intereses a su manera", y también, en una digresión sobre las Leyes del Maíz, a un "sistema liberal", con lo que se refería a la "libertad del comercio del maíz". Adam Smith, *The Wealth of Nations*, Edwin Cannan (coord.), Bantam Books, Nueva York, 2003, pp. 509 y 681-682 [edición en español: *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones,* trad. de Gabriel Franco, Fondo de Cultura Económica, México, 1958, reimp. 2017; *La riqueza de las naciones. Libros I-II-III, y selección de los Libros IV y V*, trad. de Carlos Rodríguez Braun, Alianza Editorial, Madrid, 2011].

[32] José Luis Abellán, *Historia crítica del pensamiento español*, vol. IV, *Liberalismo y romanticismo (1808-1874),* Espasa-Calpe, Madrid, 1984, pp. 58 y 78-82; Jörn Leonhard, "From European Liberalism to the Language of Liberalisms: The Semantics of 'Liberalism' in European Comparison", *Redescriptions. Political Thought, Conceptual History and Feminist Theory,* vol. 8, núm. 1, 2004, pp. 17-51, y Leonhard, *Liberalismus, op. cit.*, pp. 329-332, 347, 410-412, 416 y 494.

espacio de la innovación. No fue hasta el decenio de 1830 cuando John Stuart Mill escribió, en privado, sobre el contraste entre el liberalismo y el conservadurismo, y no fue sino hasta el decenio de 1850 que el término *liberal* reemplazó a *radical* como tarjeta de presentación política en la Gran Bretaña.[33]

Con todo lo anterior, cuando el "liberal*ismo*" como tal llegó finalmente a la Gran Bretaña, fue mucho más fuerte que en cualquier otro lugar de Europa, porque únicamente allí hubo una fusión totalizadora de las ideas políticas del Estado de derecho y las libertades civiles con las máximas económicas del libre comercio y el libre mercado en las teorías del "gobierno limitado". La síntesis que se malogró en Francia fue captada por Mill, autor de los *Principles of Political Economy* (1848), así como de *On Liberty* (1859) y de *On Representative Government* (1861). El salto de la ideología a la organización se verificó con la desaparición de la *whiggery*[34] y el naci-

[33] En una carta de 1831, Mill planteaba una oposición entre el "toryismo especulativo" de Wordsworth, de Southey y de Coleridge, "una reverencia al gobierno en abstracto […] debidamente percatada de que es bueno que el hombre sea gobernado, y que se someta su cuerpo y su mente a la guía de una inteligencia y una virtud superiores", y el liberalismo con minúsculas, "que es hacer de cada hombre su propio guía y amo soberano y dejarlo que piense por sí mismo y haga exactamente lo que juzgue mejor para sí mismo, dando permiso a otros hombres para que lo persuadan si pueden hacerlo mediante pruebas, pero prohibiéndole que ceda ante la autoridad, y aún menos permitiéndoles que lo restrinjan más de lo que la existencia y la seguridad tolerable de la persona y la propiedad de cada hombre hacen indispensable"; "Mill to John Sterling", 20 de octubre de 1831, en John Stuart Mill, *Collected Works*, vol. XII, *The Earlier Letters, 1812-1848*, Francis Ethelbert Louis Priestley (coord.), University of Toronto Press, Toronto, 1964, p. 84; sin embargo, no fue hasta finales del decenio de 1850 cuando comenzó a referirse a un movimiento del que los "liberales avanzados" en el Parlamento eran la vanguardia. En retrospectiva, Mill fechó su adhesión al "liberalismo" desde su primer viaje a Francia en 1821, cuando tenía apenas 15 años de edad. "El principal fruto que tomé de la sociedad que vi fue un fuerte y permanente interés por el liberalismo continental, del que después me mantuve al tanto […] algo que no era en modo alguno habitual en aquellos días en los ingleses y que tuvo una influencia muy saludable en mi desarrollo, manteniéndome libre del error que siempre predomina en Inglaterra —y del que ni siquiera mi padre, con toda su superioridad sobre los prejuicios, estaba exento— de juzgar las cuestiones universales con base en una norma meramente inglesa"; John Stuart Mill, *Autobiography,* en *Collected Works* (*CW)*, vol. I, University of Toronto Press/Routledge, Toronto/Londres, 1964, p. 63 [edición en español: *Autobiografía,* trad. de Carlos Mellizo, Alianza Editorial, Madrid, 1986].

[34] *Whiggery*: designa genéricamente a la facción y al partido políticos que, al pronunciarse contra el exceso de autoridad de la monarquía, se mantuvieron desde principios del decenio de 1680 en oposición a los *tories,* o conservadores. A lo largo del siglo XVIII, los *whigs* (voz inicialmente aplicada a los robadores de caballos y, luego, a los presbiterianos de Escocia, y asimismo asociada al verbo *to whig*, que en el dialecto de este país significaba hacerle a alguien una crítica o endilgarle una amonestación) encauzaron el parlamentarismo y defendieron la libertad, la tolerancia ante los disidentes protestantes y las reformas acordes a una filosofía de la historia que hace hincapié en el progreso inevitable. En 1839 fundaron el Partido Liberal. En cuanto a *tories,* esta voz aún empleada comúnmente hoy en día (a diferencia de la de *whigs,* enraizada en el pasado) designa, por un lado, al partido político que de 1679 a 1832 defendió a la monarquía y al anglicanismo y, por otro, a los miembros del partido conservador en la actualidad. Cabe agregar que, a consecuencia de la Revolución Gloriosa (1688-1689), en la que ambas agrupaciones tu-

miento en 1859 del Partido Liberal, que sería dirigido por el carismático William Gladstone.

¿Qué produjo esa excepcional evolución ideológico-orgánica de carácter doble? Por un lado, el dinamismo de la industria británica, que generó una clase manufacturera más batalladora que en el continente, muy capaz de luchar por la aplicación de su propio orden de prioridades económicas, como en la Liga contra las Leyes del Maíz,[35] y, por el otro, la inexistencia de tradiciones plebeyas revolucionarias, dado que las movilizaciones constitucionalistas rápidamente se dividieron y se desinflaron. Como en otros países, el liberalismo británico se mantuvo equilibrado entre los terratenientes y los trabajadores, pero con mucho menos que temer de estos últimos; por ello pudo actuar más audazmente para "desincrustar al mercado" de la sociedad —en el sentido que expuso Karl Polanyi— que sus opuestos europeos y reemplazar en la propia conciencia popular las anteriores variedades del socialismo ricardiano con el fetichismo del libre comercio totalmente capitalista. Como lo expresó con mucho entusiasmo Walter Bagehot, el editor de *The Economist,* la economía política se convirtió en el "sentido común de la nación".[36]

La singular consumación del liberalismo en la Gran Bretaña se pone de relieve por el hecho de que en Alemania, Italia y Francia el término permaneciera siendo tan predominantemente político que, típicamente, se usó una frase de cuño diferente para indicar el credo económico central del liberalismo británico. En Alemania, donde la burguesía del *Vormärz* y del año 1848 era principalmente burocrática y profesional, no industrial, el *Manchestertum* o "manchesterismo" representó el culto al libre mercado; en Italia, Benedetto Croce acuñó el término *liberismo* para distinguirlo de *liberalismo;* en Francia, en fin, el término convencional fue siempre *laissez-faire*… notablemente ausente en Tocqueville, el defensor más conocido del liberalismo político del país.

vieron un papel protagónico, los *tories* acabaron por aceptar la doctrina de la monarquía constitucional limitada. Por otro lado, la Revolución francesa contribuyó igualmente a atenuar la distinción entre los dos partidos, pues algunos *whigs* más moderados integraron una fracción conservadora, en tanto que otros constituyeron la fracción liberal propiamente dicha. Con todo, la dicotomía entre *whigs* o liberales y *tories* o conservadores se mantiene vigente. [T.]

[35] En contraste, véase Alex Tyrell, "*La Ligue Française,* The Anti-Corn Law League and the Campaign for Economic Liberalism in France during the Last Days of the July Monarchy", en Anthony C. Howe y Simon Morgan (coords.), *Rethinking Nineteenth-Century Liberalism,* Ashgate, Aldershot, 2006, pp. 99-116.

[36] Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time,* segunda edición, Beacon Press, Boston, 2001, pp. 141-157 [edición en español: *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo,* trad. de Graciela Chailloux Laffita, rev. de la trad. de Fausto José Trejo, tercera edición, Fondo de Cultura Económica, México, 2017]; Walter Bagehot, "The Postulates of English Political Economy", en *The Collected Works of Walter Bagehot* (en adelante: *cw*), vol. xi, The Economist, Londres, p. 222.

El liberalismo en los Estados Unidos: un rodeo

En los Estados Unidos, por otra parte, no tuvo lugar la cristalización del liberalismo como una doctrina explícita, porque muchos de sus principios básicos se dieron por sentados desde el comienzo. Como famosamente argumentaron Louis Hartz y Eric Voegelin, la inexistencia de barreras ya sea feudales o aristocráticas al capitalismo entre las clases altas o de amenazas de la clase trabajadora y socialistas entre las clases bajas obvió la necesidad de contar con teorías u organizaciones liberales sistemáticas en ese país en el siglo XIX.[37] El liberalismo no era completamente desconocido —en 1870, un grupo de republicanos liberales se separó del Partido Republicano, aunque únicamente durante dos años—, pero no fue sino hasta casi medio siglo después cuando comenzó a adquirir notoriedad política. En 1912, después de la derrota de Theodore Roosevelt, su candidato, la revista *New Republic,* en busca de alternativas a la palabra *progresista,* eligió el término *liberal,* y en 1917 Woodrow Wilson, ansioso por cortejar a sus influyentes editores y con el propósito de justificar la entrada de su país en la primera Guerra Mundial, comenzó a describir su política exterior como "liberal".

Ese bagaje simbólico bastante ligero hizo que el término *liberal* resultase atractivo en el decenio de 1930, cuando Franklin Roosevelt lo eligió como etiqueta para sus políticas del *New Deal* (Nuevo Trato), en parte para distinguirlas de los esfuerzos de sus predecesores progresistas por poner fin a la Gran Depresión (o la Crisis de 1929). Las otras opciones eran menos atractivas: "socialdemócrata" y, sobre todo, "socialista" eran demasiado extremos y, de todos modos, sonaban a extranjeros, mientras que "progresista" parecía demasiado evocativo de los republicanos y, para la mayoría de los demócratas, olía al *laissez-faire*. El término *liberal,* por el contrario, tenía asociaciones positivas, aunque vagas, con los "Nuevos Liberales" británicos, como Lloyd George, a quienes los miembros del *Brains Trust* de Roosevelt consideraban capaces de allanar el camino económico entre el capitalismo desenfrenado y el estatismo opresivo; aun así, esa apropiación del término provocó una reacción inmediata de los críticos del ala derecha, quienes —en cuanto partidarios más puros del libre mercado— afirmaban ser los "verdaderos" liberales.[38] En el decenio de 1930 los conservadores estadunidenses,

[37] Eric Voegelin, *On the Form of the American Mind: The Collected Works of Eric Voegelin*, vol. I, Jürgen Gebhardt y Barry Cooper (coords.), Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1995; Louis Hartz, *The Liberal Tradition in America: An Interpretation of American Political Thought since the Revolution*, Harcourt, Brace and World, Nueva York, 1955 [edición en español: *La tradición liberal en los Estados Unidos: una interpretación del pensamiento político estadunidense desde la Guerra de Independencia*, trad. de Hugo Martínez Moctezuma, Fondo de Cultura Económica, México, 1994].

[38] Herbert Hoover objetó su "perversión" del término, al igual que Walter Lippmann en su libro *The Good Society,* de 1936. En lo concerniente a esa historia, véase Ronald D. Rotunda, *The*

disgustados por el alejamiento colectivista del *laissez-faire*, pero debido a que estaban perdiendo la batalla para definir el liberalismo, finalmente se las arreglaron para invertir el término, de tal manera que hoy en día "liberal" implica a menudo un alejamiento izquierdista de la libertad estadunidense, antes bien que su realización.

El liberalismo clásico: tres cuestiones sin respuesta

El meollo del complejo ideológico del liberalismo clásico que surgió en la Gran Bretaña combinaba las libertades económicas —el derecho incondicional a la propiedad privada, impuestos reducidos, inexistencia de aranceles internos y libre comercio con el exterior— con las libertades políticas: el imperio de la ley, la igualdad civil, la libertad de prensa y de reunión, las carreras "a la disposición del talento" y el gobierno responsable; pese a ello, si bien se trataba de una lista de prioridades coherente e integrada, dejó tres importantes cuestiones sin resolver.

En primer lugar, ¿ante quién debía ser responsable el gobierno?; ¿a quién debían representar realmente los parlamentos, esenciales para el nuevo sistema constitucional? La respuesta liberal clásica fue el sufragio pagado: únicamente podían votar aquellos con unos medios y una educación suficientes como para formarse un juicio independiente sobre los asuntos públicos; no obstante, ¿cómo debían reaccionar los liberales cuando aquellos sin suficientes medios ni educación presionaran con el fin de que fuesen incluidos en el proceso político? En segundo lugar, ¿hasta dónde debía extenderse el orden liberal, no solamente a las clases bajas dentro del Estado constitucional, sino también a los territorios de ultramar? A mediados del siglo XIX, el tipo modal de Estado liberal era nacional; ¿podría ser también imperial, con posesiones en ultramar?, y, si fuese así, ¿serían aplicables en ellas los principios liberales? En tercer lugar, en fin, ¿cuál era la función que debía asignar la economía política liberal a las actividades que no se considerasen productoras de valor, no la agricultura ni la industria ni el comercio, sino el otorgamiento y la obtención de préstamos, así como la especulación? ¿Era el dinero una mercancía como cualquiera otra, con unos bancos que no eran diferentes de las granjas o las fábricas? Si los ciclos económicos fuesen normales en una economía de mercado, ¿qué pasaría con las crisis y las depresiones más duraderas?

Politics of Language: Liberalism as Word and Symbol, University of Iowa Press, Iowa City, 1986, pp. 14-17, 33-40, 58-60, 62-64, 70 y 74; Hartz, *The Liberal Tradition…, op. cit.,* pp. 259-266 y 270; David Green, *Shaping Political Consciousness: The Language of Politics in America from McKinley to Reagan,* Cornell University Press, Ithaca, 1987, pp. 79-84, y Barry D. Riccio, *Walter Lippmann: Odyssey of a Liberal*, Transaction, New Brunswick, 1994, pp. 128-133.

¿Cómo, en otras palabras, responderían los liberales al surgimiento de la democracia, a la expansión del imperio y a la dominación de las finanzas, ninguno de los cuales figuraba en el meollo de la doctrina?

The Economist en cuanto piedra de toque

En otros estudios se ha examinado un solo punto de esa tríada. Los especialistas demostraron lo metódicamente que los liberales se opusieron a la democracia, defendiendo un sufragio limitado sobre la base de la educación y tornando a hacer hincapié en las libertades económicas sobre las políticas a medida que las ideas socialistas se extendían a partir de 1848.[39] Recientemente, el concepto de *imperio* ha atraído más atención que en el pasado: ahora se reconoce que los liberales estaban profundamente interesados en el proyecto imperial, a pesar del encarnizado debate sobre la naturaleza de ese interés y sobre si constituía una "necesidad" fundamental o si estaba sometido a virajes y matices constantes.[40] Las historias recientes sobre el capitalismo financiero se han añadido a nuestro conocimiento del barrio de la City de Londres, aunque siguen siendo bastante reacias a atribuir una perspectiva ideológica a los variados actores que operan en ella.[41]

Ahora bien, a diferencia de algunos pensadores o temas en particular, *The Economist* ofrece un registro continuo del enfrentamiento entre el liberalismo clásico y los desafíos de la democracia, el imperio y las finanzas a lo

[39] Norberto Bobbio, *Liberalism and Democracy,* Verso, Londres, 1990 [edición en español: *Liberalismo y democracia*, trad. de José F. Fernández Santillán, Fondo de Cultura Económica, México, 1989]. Según Kahan, el sufragio limitado basado en la capacidad intelectual definió el liberalismo en Francia, Alemania e Inglaterra en el siglo XIX, siendo esta última, por lo tanto, la rama más exitosa, puesto que en 1914 disfrutaba una de las franquicias menos democráticas en la Europa occidental; Alan S. Kahan, *Liberalism in Nineteenth-Century Europe*, Palgrave Macmillan, Londres, 2003, pp. 133-135, 139-141 y 191.

[40] Véase Uday Mehta, *Liberalism and Empire: A Study in Nineteenth-Century British Liberal Thought,* University of Chicago Press, Chicago, 1999; Sankar Muthu, *Enlightenment against Empire,* Princeton University Press, Princeton 2003, pp. 3-6, y Jennifer Pitts, *A Turn to Empire: The Rise of Imperial Liberalism in Britain and France,* Princeton University Press, Princeton, 2005. Al confrontar a Smith, Burke y Bentham con los Mills y Tocqueville, Pitts sostiene que "ninguna explicación que se base en un conjunto de supuestos teóricos básicos de la tradición liberal puede dar cuenta de tal flexibilidad en la cuestión del imperio", y llega a la conclusión de que "el liberalismo no conduce ineludiblemente ni al imperialismo ni al antiimperialismo"; tales afirmaciones se basan parcialmente en la noción de que el liberalismo ya existía en el siglo XVIII y pueden ser suprimidas recurriendo a los pensadores en el siglo XIX; véase Jennifer Pitts, *A Turn…, op. cit*., pp. 1 y 4. Para un sentido de "antiimperialismo" diferente del de Smith, véase Donald Winch, *Adam Smith's Politics,* Cambridge University Press, Cambridge, 1978, pp. 140, 151 y 180.

[41] Kynaston escribió una investigación exhaustiva; véase David Kynaston, *The City of London,* 4 vols., Londres, 1994-2001. Para una advertencia sobre atribuir intereses políticos coherentes al barrio de la City, véase Ranald Michie y Philip Williamson (coords.), *The British Government and the City of London in the Twentieth Century,* Cambridge University Press, Cambridge, 2004, pp. 11-12.

largo de la mayor parte de dos siglos, y puede ufanarse de un éxito intelectual mucho mayor que cualquier otra expresión del liberalismo, al contar hoy con un alcance mundial. Leerlo es un antídoto al eclecticismo común a la mayoría de los relatos sobre las ideas liberales, cuyo efecto ha sido *noyer le poisson* ("ahogar al pez"), como dicen los franceses, aduciendo todo lo habido y por haber más su opuesto en una bolsa de sorpresas que se remonta al menos a Smith, si no es que a Locke o a otros anteriores. Desde el momento en que el término se convirtió realmente en parte del discurso político, el semanario ha avanzado imperturbablemente bajo la bandera del liberalismo —en ocasiones un poco a la delantera de los cambios ideológicos, en otras un poco a la zaga de ellos—. Lo que la historia de *The Economist* revela es la corriente *dominante* del liberalismo, que ha tenido otros tributarios, pero ninguno tan importante ni tan fuerte.

Acerca del método

Escribir la historia intelectual de una publicación periódica que cubre todo el mundo y que ha aparecido semanalmente durante los últimos 176 años no ha sido simple; como tampoco ha sido una cuestión sencilla decidir cómo organizar y narrar esa historia, de modo que tanto los lectores en general como los especialistas puedan esperar recorrerla con una facilidad relativa. Lo que comenzó como un artículo se convirtió en una tesis y llegó a ser un libro que ha amenazado en cada etapa con exceder el marco en el que se inscribió, como en el famoso relato de Borges en el que un obsesivo grupo de cartógrafos traza un mapa del mundo que se expande hasta alcanzar el mismo tamaño que lo que busca representar. Contrariamente a las apariencias, dada la extensión del presente volumen, apliqué los principios de selección para evitar ese resultado.

Podría haber seguido derroteros alternos: el de una historia más o menos tradicional de una publicación, o uno que colocase al semanario en el marco de los estudios de los medios de comunicación, entre las revistas literarias trimestrales, las revistas de negocios y los diarios de gran circulación que han aparecido y desaparecido en Londres desde la época victoriana. Aun cuando analizo la ubicación, la producción y la distribución de *The Economist* —y la manera como otras publicaciones periódicas han competido con el semanario por los escritores, los lectores y la fama—, mi enfoque se centró en las ideas y en relacionar estas últimas con las fuerzas materiales e ideológicas más generales que han dado forma al "liberalismo realmente existente" desde 1843: las demandas radicales de democracia, el ascenso de las finanzas en el orden capitalista mundial y la expansión imperial, el conflicto, la cooperación y el dominio continuo. Se han escrito tres libros oficiales y algunos artículos académicos sobre otros aspectos de *The Economist* o sobre su

postura con respecto a un tema u otro: los ferrocarriles, las estadísticas, las drogas, el *laissez-faire,* los Estados Unidos.[42] En las investigaciones futuras, ahora que cada uno de sus números ha sido digitalizado y se encuentra disponible en línea, se podrán explorar otros temas, esbozados con demasiada ligereza o excluidos del retrato que he dibujado aquí. Por nombrar únicamente dos casos: se podría decir mucho más sobre la manera como han evolucionado sus puntos de vista sobre el cambio climático o sobre el proyecto de integración europea.

Al escribir la historia de *The Economist* como una historia del liberalismo, enfrenté desafíos inherentes al material que fue mi fuente: éste no únicamente se ha publicado de manera continua y colectiva, sino también casi en su totalidad de forma anónima. Por medio de una extensa investigación, me esforcé por atribuir a alguien algunos de sus artículos más significativos y por explicar el entorno editorial en el que fueron redactados; ello significó tamizar las cartas, las memorias y otros documentos que los editores dejaron atrás, en archivos de Londres, Cambridge, Oxford, Stanford y otros lugares. Dado que la mayoría fueron autores prolíficos fuera de *The Economist,* en mis evaluaciones de ellos y del semanario recurrí también a sus libros, artículos y discursos, que van desde tratados sobre el mercado de valores y el desempleo hasta la política y la religión, pasando incluso por las novelas de espionaje (frecuentemente, los títulos me ayudaron a determinar la autoría de los artículos —o a discernir un desacuerdo— dentro del propio *The Economist*). A partir de aproximadamente mediados del siglo XX pude complementar ese tipo de fuentes con otro: las entrevistas. Entre 2011 y 2018 hice más de dos decenas de entrevistas con miembros del personal del momento

[42] *The Economist, 1843-1943: A Centenary Volume,* Oxford University Press, Londres, 1944, fue un "modesto monumento" que comprendía una breve colección de ensayos publicados dos años después de que las oficinas, las imprentas, la biblioteca y los archivos se quemasen durante el *Blitz* (los bombardeos de Alemania sobre el Reino Unido entre 1940 y 1941). Las dos obras siguientes aparecieron para el sesquicentenario de 1993. En *The Economist: America, 1843-1993*, Alastair Burnet, su antiguo editor, narró "ciento cincuenta años de informar sobre la conexión estadounidense", mientras que Ruth Dudley Edwards, una periodista independiente, produjo lo que estaba destinado a ser la obra más completa; como le comentó a *The Independent Review:* "Estaba tan pelada en ese momento que, si me hubiesen pedido que escribiera el libro en pentámetros yámbicos y le pusiera música, probablemente habría aceptado". Las intervenciones de último momento de muchas manos del personal dieron como resultado un impenetrable tomo de 948 páginas, a pesar de la omisión de los 10 años hasta 1993 —un punto de inflexión: mientras Margaret Thatcher y Ronald Reagan rehacían el Estado, la Guerra Fría terminó y la circulación de *The Economist* despegó—; le dijo al presidente ejecutivo David Gordon: "No tenía la intención de escribir mucho sobre los últimos 10 años más o menos […] Mientras ustedes están realmente en su trabajo, difícilmente sería útil comenzar a analizar sus deficiencias". Con unos modales tan atentos, era poco probable que sus esfuerzos fueran particularmente reveladores. Ruth Dudley Edwards, *The Pursuit of Reason: The Economist, 1843-1993,* Hamish Hamilton, Londres, 1993, pp. XI-XIX; también "History Saved from Bombs and Bin-Liners", *The Independent,* 2 de septiembre de 1993.

y anteriores del semanario, quienes, robustamente confiados en sus convicciones, siempre fueron generosos y abiertos, sin afanarse nunca por sondear a demasiada profundidad la naturaleza de mi investigación ni preocuparse por el hecho de que mis hallazgos pudiesen arrojar una luz crítica sobre su trabajo. ¿Cómo pudo el presente estudio incurrir en tal atrevimiento? Este libro es más rico gracias a su perspicacia: no solamente debido a las coloridas historias y los bocetos de personajes que compartieron conmigo, sino asimismo por sus perspectivas privilegiadas sobre los debates y los puntos de inflexión en la historia reciente de *The Economist,* desde la guerra de Vietnam hasta su puesta en circulación en los Estados Unidos, pasando por las decisiones de respaldar a Thatcher y a Reagan y la invasión de Iraq. El único alijo o archivo oculto de material al que no pude tener acceso fue el del propio *The Economist* que fue destruido en gran medida durante el *Blitz* y que, almacenado al azar desde entonces, todavía está siendo catalogado. En las circunstancias actuales, no obstante, se puede encontrar una gran cantidad de notas a pie de página; allí fue donde los editores insisten en consignar los datos respectivos, aun cuando —como en el caso de este libro— no únicamente contienen fuentes, sino también citas vívidas, apartes de tinte biográfico y análisis historiográficos. Pido disculpas a los lectores que se interesan por tales cosas por lo inconveniente de su emplazamiento: *commerce oblige,* como dice la sabiduría de hoy en día.

En este estudio seguí a *The Economist* a través de la secuencia de sus editores, cuyos cargos organizan la narración, rastreando el tono y la dirección que cada uno le ha dado al semanario. La variación en la textura de la historia es una consecuencia que refleja los contrastes entre los diferentes ocupantes del puesto y sus épocas, lo cual da por fruto, por ejemplo, aquí un sentido más fino de la política británica o las disputas en la sala de redacción, allá una pincelada más amplia sobre las guerras o las coyunturas económicas. Comienzo con una descripción contextual detallada de los orígenes políticos de *The Economist* y sus vínculos con la campaña organizada en pro del libre comercio en la Gran Bretaña de mediados del siglo XIX, así como con una consideración de la extraordinaria figura de su fundador, James Wilson —cuya vida y escritos han sido edulcorados en los pocos relatos de nuestros días que tenemos de él—. Después paso a Walter Bagehot, el famoso segundo editor del semanario, cuya producción y reputación forman una clase por sí mismas en la historia de *The Economist,* arrojando una larga sombra sobre éste, de tal manera que, en su caso, el relato se convierte efectivamente en la historia de una persona. Eso prepara el escenario para el surgimiento del semanario como la voz del capital financiero británico en su apogeo mundial, puntuado por la excepcional dirección de Francis Hirst, quien se opuso al ingreso de la Gran Bretaña a la primera Guerra Mundial y fue despedido en 1916. Las disputas entre Walter Layton, el editor de entreguerras, y John Maynard Keynes sobre el patrón oro y sobre cómo responder a la

Depresión presagian el declive mundial de la Gran Bretaña y la cesión del cetro imperial a los Estados Unidos. Después del giro del semanario hacia los Estados Unidos durante la segunda Guerra Mundial, se produjo un compromiso total con Washington a medida que la Guerra Fría se intensificaba, una lealtad consumada en las épocas de Ronald Reagan y George W. Bush. Pasando al presente, la historia termina con lo que ahora, de manera correcta o incorrecta, se percibe ampliamente como la crisis contemporánea del liberalismo, y se analizan las maneras como *The Economist* contribuyó a ella y ha intentado superarla. Al proceder así, la exposición se vuelve atrás con el propósito de examinar la prolongada historia del liberalismo según *The Economist,* y despliega la contranarrativa a la que apuntan sus récords reales. Ningún libro puede tener la última palabra sobre *The Economist;* pero espero que en estas páginas se diga lo suficiente como para alterar todo lo que pueda venir después de ellas.

Primera Parte
PAX BRITANNICA

I. EL IMPERIO DEL LIBRE COMERCIO: DE HAWICK A CALCUTA

Los decenios de 1830 y 1840 fueron los más tumultuosos en la historia de la Gran Bretaña moderna: durante ese periodo, un orden social forjado en el siglo xvii estuvo más cerca de ser derribado que en cualquier otro momento posterior; al final, comoquiera que sea, logró legar ese orden, aunque en una forma modificada, al presente. Las presiones abundaron durante las guerras napoleónicas y casi se desbordaron después de 1815, cuando dos decenas de años de aumento de los precios generaron agudas depresiones comerciales, deflación y descontento en medio de los trastornos de la Revolución industrial. De 1816 a 1819, las protestas se extendieron como oleadas por todas las ciudades manufactureras del norte y las parroquias rurales, con el destrozo de los telares mecánicos y las máquinas trilladoras y los disturbios por el pan, en los que participaron los operadores despedidos y los trabajadores agrícolas. El famoso enfrentamiento del 16 de agosto de 1819 en St. Peters Field mostró cuán rápidamente las tensiones del país cobraron un matiz político: los reformadores convocaron a una manifestación a fin de exigir la representación parlamentaria para las grandes ciudades y el voto para los trabajadores varones, y más de 60 000 personas se congregaron en el centro de Mánchester. Los asesinatos ocurridos a continuación recibieron el nombre de "la masacre de Peterloo", una referencia irónica a los valientes húsares que cargaron contra una multitud desarmada.

Diez años más tarde, la disidencia asumió una vez más una forma organizada, que en esa ocasión unió de manera breve a la clase media y a la clase trabajadora en los sindicatos políticos urbanos, precisamente mientras los trabajadores agrícolas estallaban en disturbios en todo el sur de Inglaterra. Para la aristocracia que dominaba la Cámara de los Comunes, los tres años a partir de 1829 amenazaban con una agitación cuyos terrores asociaba con la Revolución francesa. En 1832 se aprobó un proyecto de ley de reforma cuyo propósito era reconciliar a una clase media en ascenso, "la porción inteligente e independiente de la comunidad", con el sistema oligárquico y, de esa manera, alejarla de cualquier alianza con las masas situadas en una posición inferior;[1] en este aspecto, al menos, tuvo éxito. Los parlamentarios

[1] El proyecto de ley de reforma no incluía exigencias radicales respecto al sufragio masculino, los parlamentos anuales ni la votación secreta; tampoco abordaba el desequilibrio entre condados y distritos o entre el sur y el norte. Añadió aproximadamente 300 000 individuos a los padrones electorales: después de 1832, un séptimo de todos los varones adultos pudo votar, y

radicales de las ciudades industriales comenzaron a llegar poco a poco a la Cámara de los Comunes, que continuó dividiéndose a lo largo de las mismas líneas entre los partidos de los *whigs* y los *tories*.

Con todo, las concesiones electorales no aliviaron las presiones en favor de la reforma, ni siquiera porque los agraviados perseguían ya sus propios objetivos por separado y frecuentemente se mostraban en desacuerdo entre sí. La agitación revivió cuando dio comienzo la crisis económica de 1837, con el nacimiento casi simultáneo del cartismo y de la Liga contra las Leyes del Maíz. Los cartistas concentraron la ira popular en seis demandas, entre ellas el sufragio universal masculino y el voto secreto; lo que Engels llamó el "primer partido proletario" movilizó en torno a él a los obreros de las nuevas fábricas y a los que en otro tiempo fueron artesanos expertos que se veían amenazados por la penuria que provocaban las fábricas; no obstante, las huelgas que orquestaron fueron velozmente reprimidas y sus peticiones pararon en el vacío.[2] Con el apoyo de la clase media manufacturera, la Liga contra las Leyes del Maíz logró hacerse más "respetable" y, al mismo tiempo, ser mucho más eficaz: evitando plantear las cuestiones más de fondo, lo que exigió fue la derogación de las leyes que los terratenientes británicos habían impuesto en 1815 para evitar la competencia extranjera por el trigo en el país y mantener altos los precios internos. Durante una severa depresión, ese arancel aristocrático asfixió a los patrones del algodón industrial de Lancashire y les impidió que buscaran salidas en los mercados de exportación. En la Liga, sus miembros crearon una maquinaria formidable para anular la protección agraria y llevar a la Gran Bretaña al libre comercio unilateral. Aun cuando su programa era mucho más limitado que el del cartismo, su capacidad de organización —porque atrajo no únicamente a los fabricantes, los comerciantes y los profesionales de la clase media, sino también a muchos trabajadores, seducidos por su promesa de que el pan sería más barato— les dio una enorme ventaja sobre éste.

Entre 1839 y 1843, la Liga hizo peticiones al Parlamento en más de 16 000 ocasiones, para lo cual recolectó casi seis millones de firmas. Tan sólo en 1843 envió nueve millones de panfletos, carteles, periódicos, almanaques y todo tipo de material impreso desde un almacén de Mánchester. Sus conferenciantes se desplegaron en cientos de capítulos locales por todo el país; hubo banquetes, bailes, convenciones, reuniones para tomar el té y bazares —precursores de las grandes exposiciones cuyas celebraciones del progreso

las cifras del censo de 1872, cinco años después de la aprobación de la Segunda Ley de Reforma, indican en qué medida esto alteró las relaciones de la propiedad social en las que tradicionalmente se basaba el poder político: 80% de la tierra en Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda todavía pertenecía a menos de 7 000 personas. Norman Gash, *Aristocracy and People: Britain, 1815-1865,* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1979, pp. 17 y 145-155.

[2] *Ibid.*, pp. 200-209; Eric J. Hobsbawm, *Industry and Empire: From 1750 to the Present Day,* Penguin, Middlesex/Londres, 1976, pp. 71-78.

técnico atrajeron a cientos de miles de visitantes—. En 1845 vistieron la sala Covent Garden como salón gótico, con exhibiciones industriales, bibliotecas de préstamo, rifas, espectáculos de marionetas y puestos de venta de vajillas, manteles, dedales, pañuelos, bufandas, cuchillas de afeitar y calcomanías para sellar cartas en la oficina de correos, todo con el tema de la Ley contra el Maíz: "La comunicación libre con todas las partes del imperio es buena: el libre comercio con todas las partes del mundo será aún mejor". La cantidad de dinero que se movió fue pasmosa: un presupuesto de 25 000 libras esterlinas en los primeros tres años, 50 000 libras esterlinas en 1842-1843, 100 000 libras esterlinas tanto en 1844 como en 1845, con un objetivo de 250 000 libras esterlinas (29 millones de libras esterlinas en dinero de hoy) para 1846.[3] Para entonces, un grupo de presión sembrado en una sola cámara de comercio, controlado por propietarios de fábricas en busca de costos laborales más bajos en el país y de nuevos mercados en el extranjero, ya había convencido a una gran parte del resto del país de que la revocación de la ley también era vital para sus intereses como una llave maestra para lograr la prosperidad general; asimismo, había demostrado hasta dónde podía llegar la cuestión del libre comercio y las pasiones que suscitaba. Haciéndose eco conscientemente de la agitación anterior contra el comercio de esclavos y sus connotaciones de disidencia y evangélicas, la Liga estableció relaciones en el extranjero —lo que incluía a los partidarios del libre comercio estadunidenses, que, no obstante, siguieron siendo una minoría en los Estados Unidos hasta bien entrado el siglo xx—.[4] Las fuerzas que se unieron bajo la bandera de la Liga no llegaron a tener tanto éxito ni perduraron tanto en ningún otro país como en la Gran Bretaña.[5]

El crédito por la abrogación de las Leyes del Maíz, cuando se aprobó en 1846, se otorgó ante todo a un líder de la Liga, Richard Cobden. Éste, un im-

[3] En 1846 George Wilson, el presidente de la Liga, alardeó: "No hay un empleador laboral en este país que dé empleo a 5 000 personas o más que no sea miembro del consejo de la Liga", aunque él mismo era propietario de una planta de almidón a menor escala. Paul A. Pickering y Alex Tyrell, *The People's Bread: A History of the Anti-Corn Law League,* Leicester University Press, Londres, 2000, pp. 22-33, 199-212 y 228.

[4] *Ibid*., p. 91; Marc-William Palen, *The "Conspiracy" of Free Trade: The Anglo American Struggle over Empire and Economic Globalisation, 1846-1896*, Cambridge University Press, Cambridge, 2016, pp. xxv y 11-15; Boyd Hilton, *The Age of Atonement: The Influence of Evangelicalism on Social and Economic Thought,* Oxford University Press, Oxford, 1988, y C. P. Kindleberger, "The Rise of Free Trade in Western Europe, 1820-1875", *The Journal of Economic History,* marzo de 1975, vol. 35, núm. 1, pp. 31-32 y 51.

[5] Para una excelente explicación de la centralidad única del libre comercio en la historia política, económica e intelectual de la Gran Bretaña desde la revocación en adelante, véase Anthony Howe, *Free Trade and Liberal England, 1846-1946,* Oxford University Press, Oxford, 1997. Respecto al "libre comercio" como una "cultura nacional y democrática genuina" que dio forma a la "sociedad civil" y la "misión nacional" de la Gran Bretaña, véase Frank Trentmann, *Free Trade Nation: Commerce, Consumption, and Civil Society in Modern Britain,* Oxford University Press, Oxford, 2008, pp. 4-10.

presor de calicó que se convirtió en político, pasó de ser empleado de un almacén de la City de Londres a las alturas llenas de esmog de la *Cottonopolis* de Mánchester: en 1836, cinco años después de pasar de una comisión a la producción fabril, su empresa llegó a tener una facturación de 150 000 libras esterlinas, con unas ganancias de 23 000, indicio de las sumas que se obtenían de la manufactura de textiles en los tiempos de las grandes ganancias.[6] John Bright fue el otro dirigente de la Liga sin pelos en la lengua, nacido, a diferencia de Cobden, en el seno de una próspera familia de hilanderos de algodón cuáqueros en la ciudad de Rochdale, en Lancashire. Ambos fueron unos elocuentes e incansables defensores del libre comercio, aunque en cada caso, atípicamente, su radicalismo fue más allá de las Leyes del Maíz, extendiéndose a la reforma electoral y a la agraria, al fin de la primogenitura y a la separación de la Iglesia y el Estado; en 1836 Cobden escribió: "Las colonias, el ejército, la marina y la Iglesia son, junto con las Leyes del Maíz, meros accesorios del gobierno aristocrático. ¡John Bull tiene definido para los próximos 50 años su trabajo con el fin de purgar su casa de esas impurezas!"[7] Ahora bien, mucho antes de que se vislumbrase la victoria sobre las Leyes del Maíz, Cobden y Bright conocieron a James Wilson, un fabricante de sombreros y escritor escocés cuya convincente visión de un mundo de libre comercio, articulada por primera vez en 1839, dio a la campaña de la Liga sus argumentos para el triunfo.

El argumento triunfador de James Wilson

Wilson nació en Hawick, una bulliciosa ciudad de la frontera escocesa cuyo río, el Teviot, daba impulso a las fábricas de textiles que se apostaban a lo largo de sus orillas durante el siglo XVIII. William, su padre, un cuáquero devoto, poseía uno de esos establecimientos y obtenía de él un sustento muy respetable. Elizabeth, su madre, que murió al dar a luz por decimoquinta vez en 1815, dejó cinco hijas y cinco hijos sobrevivientes, de los que James, nacido en 1805, fue el cuarto. Su educación resultó breve: durante cuatro años asistió a una escuela de Ackworth, dirigida por la Sociedad de Amigos, donde, según recordaba una tía, se mostró "extremadamente inteligente […] pero nunca sobresalió en su aplicación". La austeridad del lugar concordaba

[6] Y de las pérdidas sufridas en los malos tiempos: de 20 000 libras esterlinas, la empresa perdió casi la misma cantidad al año siguiente. Miles Taylor, "Cobden, Richard (1804-1865)", en Henry C. G. Matthew (ed.), *Oxford Dictionary of National Biography*, Oxford University Press, Oxford, 2004.

[7] "Las Leyes del Maíz son sólo una parte de un sistema en el que los *whigs* y los *tories* de la aristocracia tienen aproximadamente el mismo interés"; "Cobden to Thomas Dick", 7 de octubre de 1836, en Richard Cobden, *The Political Writings of Richard Cobden*, Cassell, Londres, 1886, p. 2.

con él: a los 15 años de edad quería ser maestro de escuela, aunque pronto lo pensó mejor; después de un año en un seminario de Essex, les escribió a sus padres: "Prefiero ser el sirviente de menor categoría en la fábrica de mi padre a ser maestro". Él y su hermano mayor fueron aprendices de un sombrerero, cuyo negocio compró finalmente su padre para ellos.

Durante ese periodo, desde los 16 hasta los 19 años de edad, Wilson parece haber leído a la mayoría de los autores a los que más tarde recurriría como editor: Adam Smith, James Mill, Thomas Tooke, David Ricardo y el francés Jean-Baptiste Say le aportaron una combinación de filosofía moral y economía política.[8] El título que más tarde elegiría para su semanario indica hasta qué punto se superponían esos campos de investigación. El término *economista* todavía no había adquirido su significado moderno; su sentido era "el que ahorra", no malgasta el dinero y administra los recursos de manera eficaz. Wilson fue un economizador talentoso. Walter Bagehot describió su enfoque sobre los asuntos intelectuales en una conmemoración:

> Al menos durante algunos años tuvo la costumbre de leer mucho, muy a menudo hasta altas horas de la noche. En ese entonces fue realmente cuando adquirió la mayor parte del conocimiento de todos los libros que llegó a poseer. Más tarde en su vida estaba demasiado ocupado como para poder ser un lector habitual y nunca adquirió el hábito de captar fácilmente el contenido de los libros, ni siquiera de los artículos en los intervalos de sus otras ocupaciones. Todo lo que hacía lo llevaba a cabo rigurosamente. Ni siquiera leía un artículo de un periódico si bien podía evitar hacerlo.

Esos hábitos pueden parecer extraños en alguien a quien Bagehot también describió como un "gran *productor de creencias*", pero, en realidad, fueron la condición previa para su apasionada fe: "No era una persona intolerante, pero las cualidades que toleraba menos fácilmente eran la volubilidad y la incongruencia de los propósitos. Por así decirlo, se había dotado mentalmente de principios fijos y detestaba la noción de una mente sin preparación".[9] Wilson ya era un hombre de negocios ocupado y práctico antes de su vigésimo cumpleaños, con todo el conocimiento teórico sobre economía política que

[8] En respuesta a "Un lector de *The Economist,* Hawick", Wilson sacó una lista de "los mejores libros sobre economía política": *Wealth of Nations,* de Smith, en la edición de McCulloch; las *Œuvres diverses* de mi señor Jean-Baptiste Say; los *Principles of Political Economy and Taxation,* de Ricardo; *Political Economy,* de Mill; *A History of Prices and of the State of Circulation,* de Thomas Tooke y William Newmarch, y *Progress of the Nation,* de Porter. Los libros más recomendados como los mejores para el estudiante común son: *Wealth of Nations,* de Smith, porque fijó principios fundamentales; *A History of Prices…,* de Tooke y Newmarch, y el *Progress of the Nation,* de Porter, porque son las aplicaciones prácticas más interesantes, entretenidas e instructivas de esos principios". "Correspondence and Answers to Inquiries", *The Economist,* 11 de noviembre de 1843.

[9] Bagehot, "Memoir of the Right Honourable James Wilson", en *CW*, vol. III, p. 324.

consideraba útil. En 1824 él y su hermano abandonaron Hawick para establecer la firma Wilson, Erwin and Wilson en Londres, cada uno con 2 000 libras esterlinas más de capital paterno en el bolsillo. Su padre debe haber sido rico en extremo para poder dar obsequios tan generosos tan sólo a dos de sus hijos: el equivalente hoy a aproximadamente 400 000 libras esterlinas. En 1831 Wilson compró las acciones de sus socios, dio a la sombrerería el nuevo nombre de James Wilson & Co., y al año siguiente se casó con Elizabeth Preston; de esa manera, pasó a formar parte de una clase de burgueses de Yorkshire que entonces vivían en Newcastle y eran feligreses de la Iglesia de Inglaterra. Su conversión al anglicanismo le abrió el camino para sus nupcias y para hacer una carrera en la política. Cuatro años después, Wilson y su nueva familia se mudaron de una casa en las cercanías de la fábrica en Southwark a una mansión en la Plaza Dulwich; para 1837, Wilson ya había acumulado una fortuna de 25 000 libras esterlinas; empero, como señal del giro financiero especulativo que estaban dando sus intereses comerciales, ese año perdió la mayor parte de su riqueza al apostar al precio del añil, el cual cayó cuando esperaba que aumentara. La empresa estaba en peligro: en un pánico financiero generalizado, con una responsabilidad ilimitada, se apresuró a dar satisfacción a sus acreedores, lo cual logró hacer, aunque la manera como hipotecó ciertos activos para reunir capital le generó situaciones delicadas más adelante.[10]

Wilson no se desesperó por ese revés; por el contrario, comenzó a investigar lo que veía como la causa general del declive de su firma y publicó su primer folleto en 1839, *Influences of the Corn Laws as Affecting All Classes of the Community, and Particularly the Landed Interests* (enfocado en la manera en que las Leyes del Maíz tenían un impacto decisivo en los diversos sectores de la comunidad, sobre todo en el de los terratenientes). Cobden y Bright quedaron impresionados con el texto, que también marcó un punto de inflexión en el debate sobre la derogación, porque argumentaba que el libre comercio favorecería la creación de una armonía orgánica de todos los intereses económicos. El objetivo y el efecto de la derogación no consistían en eliminar las ventajas de los intereses de los terratenientes, como habían estado diciendo no solamente los que estaban en favor sino también los que estaban en contra al menos desde 1815: "No podemos lamentarnos demasiado y menospreciar el espíritu de violencia y exageración con el que siempre se ha abordado este tema". Antes bien, el enemigo era la protección, un sistema imperfecto y antinatural de interferencia del gobierno en el comercio, el cual resultaba "perjudicial para todas las clases de la comunidad".[11]

[10] *Ibid.*, pp. 326-328.

[11] James Wilson, *Influences of the Corn Laws as Affecting All Classes of the Community, and Particularly the Landed Interests,* Longman, Orme, Brown, Green, and Longmans, Londres, 1839, p. 5. Una obra similar apareció el mismo año: George R. Porter, jefe del departamento de estadística de la Junta de Comercio, autor de *Progress of the Nation*, Knight, Londres, 1839 (¿1843?), y vecino y amigo personal de Wilson en Dulwich.

No se trataba de "enemistad de clase [… porque] el interés de todas las clases era el mismo", y, en ese sentido, Wilson habló en privado de "las estupideces que han estado diciendo en Mánchester".[12] Es poco probable que Cobden y Bright se hayan visto atraídos alguna vez por ese tipo de pensamiento, tan diferente de sus invectivas contra el parasitismo de los aristócratas buscadores de rentas. Cobden aventuró incluso una pequeña crítica en ese momento: "Creo que ha perdido de vista una ganancia obtenida por los terratenientes aristocráticos […] el poder *político* que es producto del estado actual de sus arrendatarios, y el poder político en este país han sido las ganancias pecuniarias".[13]

Con todo, independientemente de sus defectos, el folleto resultó ser estratégicamente invaluable. La Liga y el semanario *Leeds Mercury* (una voz importante del whiggismo provincial) lo reimprimieron. Cobden elogió a Wilson por "esforzarse por demostrar a los terratenientes que pueden hacer justicia a otros con tranquilidad sin poner en peligro sus propios intereses".[14] J. R. McCulloch, el principal discípulo de David Ricardo, lo calificó como "uno de los mejores y más razonables tratados de los últimos tiempos en favor de la derogación incondicional".[15] Incluso fue citado por ciertos *tories,* entonces miembros del partido que protegía la ley, incluido el primer ministro *sir* Robert Peel. Su fuerza para transformar el debate y atraer a quienes hasta hacía poco eran adversarios declarados del libre comercio en el campo fue tal que, por un tiempo, incluso Cobden adoptó su lenguaje; en 1843, dirigiéndose a una multitud en Mánchester, dijo:

> Si debemos confesar la verdad, me temo que la mayoría de nosotros iniciamos esta lucha con la creencia de que teníamos un claro interés de clase en la cuestión y debíamos llevarla a cabo mediante la manifestación de nuestra voluntad. Si hay algo que ha elevado, dignificado y ennoblecido esa agitación más que otra cosa, es que hemos descubierto que cada interés y cada objeto que cada parte de la comunidad puede buscar justificadamente armoniza de modo perfecto con los puntos de vista de la Liga contra las Leyes del Maíz.[16]

En Wilson la Liga descubrió que, al perseguir sus propios intereses de clase, estaba persiguiendo los de todas las clases.

[12] Bagehot, "Memoir of the Right Honourable James Wilson", *op. cit*., p. 333.

[13] "Cobden to Wilson", 3 de mayo de 1839, en Emilie Barrington, *The Servant of All: Pages from the Family, Social and Political Life of My Father, James Wilson: Twenty Years of Mid-Victorian Life,* vol. I, Longmans, Londres, 1927, p. 27.

[14] *League Circular,* núm. 7, julio de 1839, p. 6.

[15] J. R. McCulloch, *The Literature of Political Economy: A Classified Catalogue,* Longman, Brown, Green and Longmans, Londres, 1845, p. 80.

[16] "¡Cuán pocos éramos los que, hace cinco años, creíamos que, al luchar por la abrogación, también estábamos luchando por el beneficio de los agricultores!"; Richard Cobden, *Speeches on Questions of Public Policy*, vol. II, Macmillan, Londres, 1870, p. 98.

Ahora bien, es igualmente fácil ver el atractivo que sus primeros tratados contra la protección tenían para los terratenientes emprendedores. En *Influencias* transmitió su argumento con más claridad mediante tablas estadísticas que, según afirmaba, mostraban que los costos de producción en Inglaterra eran competitivos con los de Europa; dadas otras variables, como las condiciones del suelo y el costo del transporte, era improbable que el grano extranjero inundara el mercado interno.[17] No obstante, los fundamentos teóricos de esa afirmación fueron aún más significativos: a diferencia de Ricardo y Thomas Malthus, no consideraba el conflicto de clases como un hecho inherente a la vida económica: del primero, descartó o modificó la teoría de las rentas y los salarios marginales; del segundo, el pesimista pronóstico de que la población siempre supera el suministro de alimentos. Ricardo sugería que el capital producto de los bienes raíces se obtenía a expensas del capital industrial, mientras que Malthus afirmaba que los salarios de la clase trabajadora tendían al mínimo necesario para la supervivencia. Por su parte, Wilson favorecía un modelo de crecimiento rápido en el que la renta, las ganancias y los salarios aumentasen en conjunto… siempre que existiera un sistema de libre comercio que permitiera a la Gran Bretaña intercambiar sus productos terminados por las materias primas de naciones menos avanzadas; entonces, las naciones menos avanzadas podrían comprarle aún más a la Gran Bretaña. Dado tal sistema, había escrito Ricardo, "es difícil decir dónde está el límite en el que se podría dejar de acumular riqueza y obtener ganancias de su explotación".[18] Si bien es cierto que el proyecto de ese plan de crecimiento debe mucho a Ricardo, la identidad universal de los intereses de clase que presagiaba pertenece a Adam Smith.

Wilson planteó una teoría de las fluctuaciones de los precios para explicar un *statu quo* que sólo *parecía* beneficiar a la agricultura a expensas del capital y la mano de obra asalariada. Los altos precios de los granos garantizados por unos aranceles protectores alentaban a los agricultores a cultivar en exceso durante los buenos tiempos, únicamente para ver la descomposición de sus excedentes de granos durante las crisis subsecuentes; peor aún, la caída de los precios significaba un ciclo inverso de campos abandonados y disminución de la inversión. Así, cuando los precios comenzaban a subir de nuevo, el agricultor británico tenía poco que vender, por lo que se recurría entonces al trigo del extranjero y *éste* cosechaba las ganancias. Los propietarios de las tierras sufrían casi lo mismo, enfrentados a las desagradables opciones de tener que aceptar alquileres marcadamente reducidos, arruinar a sus arrendatarios sin poder encontrar nuevos o hacerse cargo

[17] Wilson, *Influences of the Corn Laws…, op. cit*., p. 95.

[18] David Ricardo, *The Works and Correspondence of David Ricardo,* vol. IV, *Pamphlets and Papers, 1815-1823,* Piero Sraffa y M. H. Dobb (coords.), Cambridge University Press, Cambridge, 1951, p. 197.

ellos mismos de los campos.[19] La manufactura también se vería favorecida por la reforma, aunque no de la manera que muchos miembros de la Liga daban por sentada. La revocación no iba a hacer bajar el precio de las provisiones o de la mano de obra; todo lo contrario, debido a que los precios iban a aumentar al ritmo de la prosperidad general que acompaña a una aplicación más productiva de la mano de obra y el capital y del aumento de las exportaciones. ¿Qué pasaría con los trabajadores? Al final, las altas y bajas de los precios eran más lamentables por su efecto sobre "la condición moral y política de la población trabajadora de todas las clases". Nadie podía olvidar el terror que recorrió el campo durante la última crisis: "los atroces y misteriosos incendios de medianoche […] las cartas anónimas; las sociedades secretas para ventilar y avivar las pasiones más bajas; los robos en los caminos y los ataques personales", y todo ello llevado a cabo por los campesinos indigentes cuyas miserias "eran realmente mucho más idóneas para despertar nuestra lástima que nuestra culpa". Los trabajadores de las fábricas eran utilizados aún más cruelmente, arrullados por "la posesión temporal de comodidades y lujos mucho más allá de lo que su condición promedio les permitirá costear".[20]

El apoyo a *The Economist:* Wilson y los nobles *whigs*

Armado con tales argumentos, Wilson se convirtió en un orador habitual en las reuniones de la Liga, en las que, según recordaba Archibald Prentice, de *The Manchester Times,* se mostraba "más confiado en las cifras estadísticas que en las figuras de lenguaje y más en los hechos y los razonamientos que en las florituras retóricas"; comoquiera que sea, su auditorio "había asistido a aprender, no a entusiasmarse con destellos de oratoria", y escuchaba con "profundo interés durante tres cuartos de hora".[21] Por su parte, Wilson prefe-

[19] *Ibid.*, pp. 17-18 y 37. El concepto de Wilson sobre el libre comercio contenía una dimensión religiosa milenaria; no obstante, su opinión optimista sobre el crecimiento económico era un alejamiento de las expectativas evangélicas; véase Hilton, *The Age of Atonement…, op. cit.*, pp. 54, 69 y 246-247.

[20] Wilson se mostró de acuerdo: "Una vez probado el dulce, una vez disfrutadas las ventajas, no es fácil renunciar a ellos". En algunos distritos las cosas habían progresado hasta el punto en que la avena o la cebada habían sido sustituidas por la harina de trigo "ya que, por el momento, debido a causas no naturales, eran tan baratas". ¿Es acaso sorprendente el que estallasen disturbios: "escenas infernales, que han desacreditado a nuestros distritos manufactureros"?, ¿o que fuesen llevados a extremos unos trabajadores que, "en otras condiciones, se distinguen por su paciente y perseverante industria e ingenio, y que han obtenido para Inglaterra triunfos más gloriosos, territorios más extensos y una influencia más respetada que los que nunca obtuvo con sus logros militares más deslumbrantes"? Wilson, *Influences of the Corn Laws…, op. cit.*, pp. 47-48 y 108.

[21] "A su simple manera de negociante, el señor Wilson demolió la falacia de *lord* Monteagle sobre el pago de un arancel fijo de cinco chelines, no por el consumidor británico, sino por el

ría la pluma al podio y continuó publicando: en 1840 salió *Fluctuations of Currency, Commerce, and Manufactures: Referable to the Corn Laws* (su estudio sobre las fluctuaciones de divisas, el comercio y las manufacturas, en su vinculación con las Leyes del Maíz). Las asambleas eran ruidosas y atraían a demasiados "extremistas de la escuela de Mánchester"; después de una reunión en el Teatro Drury Lane de Londres, en la que Cobden, Bright y Daniel O'Connell captaron la atención del público, le confió a su familia que eso "no era de su agrado, y lamentaría ver que otras cuestiones políticas se resolviesen de esa manera".[22]

Wilson era consciente de que su voz llegaba más allá de las plateas del teatro de la capital. Sus escritos habían llamado la atención de un grupo de políticos *whig* que simpatizaban con los objetivos de la Liga, aunque no con sus ruidosos procedimientos. En 1839 las cartas de los nobles comenzaron a fluir a Dulwich Place. Charles Villiers, el miembro radical del Parlamento por Wolverhampton, le pidió ayuda para redactar su moción anual de derogación en la Cámara de los Comunes, un ritual solitario, rechazado generalmente por un margen de varios cientos de votos, y añadía: ¿sería Wilson tan amable de visitar a su hermano George, cuarto conde de Clarendon, en el Athenaeum Club? William Pleydell-Bouverie, tercer conde de Radnor, le escribió desde el Castillo de Longford para solicitarle argumentos contra la Ley del Maíz que pudiese usar en contra de los hacendados de Wiltshire que lo rodeaban.[23] Radnor, que tenía un interés cuasi paternal por Wilson —lo nominó para su ingreso al Reform Club en 1842 y lo ayudó a dar sus primeros pasos en la política—, se enorgullecía de ser el más radical de todos los nobles. Habiendo sido un aterrorizado testigo de la Revolución francesa a la edad de 10 años, Radnor se convenció años más tarde (después de acudir a las universidades de Edimburgo y Oxford y de sus estudios de Smith, Blackstone y Montesquieu) de que el progreso era posible sin revivir esas escenas de caos democrático: la causa de la libertad individual se beneficiaba mucho más de la economía del *laissez-faire* aunada al gobierno político de una aristocracia ilustrada.[24] En una visita a la gran propiedad solariega de Radnor, cerca de Salisbury, construida con sus inversiones en el comercio de Levan-

productor extranjero del trigo, y siguió adelante, mostrando una serie de pruebas estadísticas del daño infligido por la 'protección', no solamente sin cansar a su auditorio sino también manifiestamente para su gran satisfacción"; Archibald Prentice, *History of the Anti-Corn-Law League*, Cash, Londres, 1853, p. 58.

[22] Cobden fue una excepción, observó la hija de Wilson, aunque, "naturalmente, vio los actos de la Liga, que era su propia criatura, por así decirlo, con más tolerancia que mi padre y sus amigos. Cobden ni siquiera exploró por completo los credos y actos de los cartistas, pero, para mi padre, parecían poco menos que criminales y de lo más perjudiciales para cualquier progreso real"; Barrington, *The Servant of All…, op. cit*., pp. 30 y 41.

[23] *Ibid.*, pp. 16-23.

[24] Ronald K. Huch, *The Radical Lord Radnor: The Public Life of Viscount Folkestone, Third Earl of Radnor, 1779-1869,* University of Minnesota Press, Mineápolis, 1977, pp. 7-9 y 151.

te, el estadista francés Alexis de Tocqueville hizo la observación de que la familia Radnor encarnaba el carácter eminentemente comercial de la nobleza inglesa.[25]

Un salón tras otro, en la ciudad y en el campo, abrió sus puertas a Wilson, que pasó a través de ellas para encontrar a los patrocinadores que necesitaría para iniciar *The Economist*. Su mensaje fue que el libre comercio total significaría el fin del ciclo comercial en sí, una tesis cuyo tinte utópico es evidente en todas sus principales obras entre 1839 y 1841, desde *Influences* y *Fluctuations* hasta *The Revenue, or What Should the Chancellor Do?* (su estudio sobre los ingresos y las opciones que se le abrían al canciller).[26] La idea de lanzar una publicación periódica surgió poco después de que apareciera el último de esos panfletos, porque era claro que ni el maíz ni la Liga tenían un alcance suficiente como para que Wilson desarrollara su singular visión. En la primavera de 1843, Villiers observó con insistencia: "Nunca hubo un momento en que un órgano *independiente* fuese más necesario". Cuando se reunieron en el club de Villiers, a Wilson le pareció que estaba "muy entusiasmado con ese asunto; pero, por lo que dijo, me temo que tendremos algunas dificultades con la Liga: parece que están extremadamente celosos de su importancia y querrán que sea un periódico de la Liga, y, siendo así, yo no tendré nada que ver con ello". Mientras tanto, Cobden le informaba a Bright que "James Wilson [tenía] un plan para lanzar un semanario sobre el libre comercio junto con sus amigos", y Cobden y Bright trataron de persuadirlo para que, en lugar de ello, editara la *Anti-Bread Tax Circular,* arremetiendo contra el impuesto al pan. Los periódicos, le informó Cobden a Wilson, eran "*tumbas de las fortunas* en Londres […] ¿ya se decidió a tener una pérdida pecuniaria grande y continua?", y a Bright le escribió con algún desconcierto: "Wilson tiene la idea de que un periódico haría más bien si *no*

[25] Tocqueville atribuyó el enfoque de los radicales ingleses sobre las demandas políticas de reforma parlamentaria al deseo de sus clases medias de emular socialmente a la aristocracia y acumular grandes fortunas. Esperaba conocer a Radnor, le dijo a un corresponsal, "que une esas raras cualidades de ser miembro de la más alta aristocracia y, al mismo tiempo, del partido radical, dos cosas aparentemente incompatibles, pero que, en ocasiones, coexisten en este país". En Longford lo trataron con "gracia perfecta"; sus habitaciones eran del tamaño de un salón de baile, con cuatro o cinco lavabos gigantes, y lo invitaron a una expedición de caza, lo cual reveló un castillo y unos terrenos que combinaban la grandeza y la comodidad, "superando a los castillos más bellos de Francia"; "Tocqueville à son père", 24 de agosto de 1833, y "Tocqueville à Marie", 27 de agosto de 1833, en *Oeuvres complètes [OC]*, vol. XIV, *Correspondance familiale,* Gallimard, París, 1998, pp. 173-174 y 391-394.

[26] James Wilson, *Fluctuations of Currency, Commerce, and Manufactures: Referable to the Corn Laws,* Longman, Orme, Brown, Green, and Longmans, Londres, 1840, pp. 100-101, y James Wilson, *The Revenue; Or, What Should the Chancellor Do?*, Hooper & Richardson, Londres, 1841, pp. 9, 21. Wilson se enredó en numerosas controversias. Véase un resumen de sus tratados sobre economía monetaria y comercial en Robert G. Link, *English Theories of Economic Fluctuation, 1815-1848*, Columbia University Press, Nueva York, 1959, pp. 102-126.

fuese el órgano de la Liga, sino simplemente su apoyo independiente".[27] No obstante, le hizo notar que Wilson se mostraba reacio a actuar sin la aprobación de ellos.

Wilson necesitaba con desesperación que los partidarios de la Liga fuesen sus suscriptores y su red de distribuidores, por lo que trató de explicar su razonamiento en una reunión con Bright y George Wilson, el presidente de la Liga, reunión a la que también invitó a Radnor. A sus colegas de la oposición a las Leyes del Maíz les prometió nuevos y más influyentes conversos de los que podrían llegar a obtener mediante cualquier revista con la impronta directa de la Liga. Sus lectores previstos, le dijo a Cobden en junio, en el que probablemente fue su tono más convincente, eran "los círculos más altos de los terratenientes y capitalistas con intereses creados".[28] Los otros socios de Wilson provenían precisamente de esas alturas sociales y deseaban una revista moderada exenta de las más tenues huellas de populismo. De Radnor obtuvo 500 libras esterlinas, mientras que la Liga, con el fin de atraerse tanto a los lectores de la City de Londres como a los del campo, acordó comprar 20 000 ejemplares.[29] Para Cobden la revista sería otro medio de ejercer presión en las opiniones en el seno del Parlamento… y de alterar su composición, debido a que en la City se avecinaban unas elecciones secundarias de capital importancia en las que se enfrentaba un partidario del libre comercio contra un proteccionista.[30]

Para asegurar el éxito de su empresa, Wilson se impuso unas drásticas economías personales: alquiló una de sus casas y ordenó dejar de cultivar las piñas en los invernaderos; al enviar a su esposa y a sus seis hijas a Bolonia a disfrutar sus aguas y despedir a todos los sirvientes, excepción hecha de la enfermera, la sirvienta, el ama de llaves y el recadero, reunió otras 800 libras esterlinas. En una carta a su esposa, que ya se encontraba en Francia, Wilson le confió otra razón de su búsqueda de independencia: "Nunca surgirá duda alguna respecto a la propiedad ni sobre a quién le pertenecerán los beneficios del periódico después de que haya logrado una buena circulación, la que espero alcanzará a su debido tiempo". Desde el principio, *The Economist* fue un negocio y tenía que generar ganancias.[31]

Ahora bien, la fundación del semanario fue un hito también en el pensamiento político y económico, un toque de clarín que anunció la primera era del capitalismo mundial. Wilson y su periódico se convirtieron en algo más

[27] Barrington, *The Servant of All…*, *op. cit*., p. 68.

[28] "Cobden to Wilson", 22 de junio de 1843, Wilson Papers, Manchester Central Library (MCL).

[29] Cobden urgió a que fuesen distribuidos entre "todos los principales *tories* de Mánchester y su vecindario […] y en Ashton, Stockport, Bolton, Preston, Salford y Oldham". Véase McCord, *The Anti-Corn Law League…*, *op. cit.*, pp. 182-184.

[30] Howe, *Free Trade and Liberal England…*, *op. cit.*, p. 14.

[31] Barrington, *The Servant of All…*, *op. cit*., p. 69. Después de los dos primeros años, cuando es probable que Cobden la haya sacado de apuros a expensas de una inversión de 600 libras esterlinas, *The Economist* resultó rentable. Véase McCord, *Anti-Corn Law League…*, *op. cit*., p. 184.

que los portavoces de la escuela de Mánchester: desarrollaron y diseminaron la doctrina que ésta encarnaba —el liberalismo del *laissez-faire*— en su forma más clara y coherente. Fue con ese objetivo en mente que Wilson se negó a trabajar para la Liga: "Mi periódico no serviría para ese propósito […] el mío debe ser completamente filosófico, constante y moderado; nada más que *principios* puros".[32]

Así, una nota de pie de página en la historia del movimiento en contra de las Leyes del Maíz lo eclipsó rápidamente: de los millones que ahora leen *The Economist*, ¿cuántos han oído hablar de las fuerzas que lo hicieron posible o de los principios gracias a los que logró distinguirse?

El elenco original de *The Economist*

El historiador de economía Scott Gordon creyó ver la fuerza de una idea, estable si no moderada, en un retrato de Wilson realizado un año antes de su muerte:

> Sentado impasiblemente en su silla, con las manos cruzadas que indican determinación. La redonda cara acusa benevolencia, pero los ojos, escrutadores y alertas, tienen una marca inconfundible de doctrina, y luego se aprecia esa boca delgada y de trazo firme. Dicen: "En mí no hay sinsentidos. Sé lo que es correcto, trabajo arduamente y cumplo con mi deber". Uno se pregunta: "¿Cuál es la pasión de este hombre?", porque seguramente tiene una: los buenos retratos no mienten al respecto. ¿Es la templanza? ¿La abolición de la esclavitud? ¿La prevención de la crueldad contra los animales? ¿La educación? Son todas esas cosas y muchas más; porque es una sola la cosa, uno solo el principio, que hará del mundo entero un orden armonioso y benéfico: es el *laissez-faire*.[33]

Wilson tenía el dominio sobre *The Economist* y escribió una gran parte de su contenido. Herbert Spencer, editor adjunto de 1848 a 1853, recordó: "Trabajaba en ella de manera infatigable, y, siendo un hombre de buen juicio comercial, con suficiente capacidad literaria y un extenso conocimiento de los asuntos comerciales y financieros, pronto la convirtió en un órgano del mundo mercantil y, en el transcurso de un tiempo relativamente corto, en una propiedad valiosa".[34] Sus colaboradores fueron quizás los únicos hombres cuyos compromisos doctrinales excedieron los suyos. Thomas Hodgskin fue el editor más influyente entre 1844 y 1857, seguido por Spencer y William Rathbone Greg, uno de los escritores de editoriales a partir de 1847.

[32] Barrington, *The Servant of All…*, *op. cit*., p. 68.

[33] Scott Gordon, "The London Economist and the High Tide of *Laissez-Faire*", *Journal of Political Economy*, vol. 63, núm. 6, diciembre de 1955, p. 484.

[34] Herbert Spencer, *An Autobiography*, Williams and Norgate, Londres, 1904, p. 379.

Varios otros individuos distinguidos entregaban colaboraciones ocasionales, incluido *sir* George Cornewall Lewis —el cuñado de Charles Villiers—, comisionado de la Ley de los Pobres *[Poor Law]* y, más tarde, canciller del Tesoro en el primer gobierno de Henry John Temple, vizconde de Palmerston, conocido como "Lord Palmerston", para quien Wilson trabajó como secretario de finanzas. Lewis era también un clasicista, lingüista, filólogo y teórico político cuyo servicio público clave había sido hacer extensiva a Irlanda la Ley de los Pobres inglesa de 1834 (condenando así a los solicitantes de asistencia estatal a los talleres de trabajo, que habían de ser lo más desagradables posible para que sus internos aprendieran a confiar en sí mismos). Nassau padre, uno de los economistas más eminentes de su época y autor principal de la Ley de los Pobres, fue otro colaborador; parece haber escrito para Wilson acerca de los asuntos exteriores.[35] Ambos diseminaron el *laissez-faire* en todas las direcciones imaginables, adornándolo y enmendándolo en el proceso. Éstas fueron las voces originales ocultas detrás de los juicios anónimos, imperiosos gracias a los cuales *The Economist* se haría famoso.

Hodgskin puede parecer extrañamente fuera de lugar entre ellos, dada su reputación como socialista ricardiano y anarquista radical, cuyos textos de la década de 1820 fueron una gran inspiración para Marx; con todo, cuando Wilson conoció a Hodgskin, éste ya no argumentaba que el capital y la mano de obra estaban trabados en una batalla a muerte, ni explicaba que la teoría del valor de la mano de obra demostraba que el primero le estafaba con descaro a la segunda su derecho moral a todo lo que producía.[36] En 1843 Hodgskin se había desdicho de tales ataques contra el capital, así como de la interpretación ricardiana del conflicto de clases que los había inflamado. Lo que quedó fue el individualismo anárquico: una profunda desconfianza de todo el gobierno y de toda legislación, sin importar cuán ilustrados, y una fe deísta en la ley natural. Ese año publicó un tratado sobre libre comercio en el que alababa a la Liga en términos que habrían tenido sentido para Wilson:

[35] S. Leon Levy, *Nassau W. Senior: The Prophet of Modern Capitalism,* Humphries, Boston, 1943, p. 279.

[36] Thomas Hodgskin, *Labour Defended against the Claims of Capital, or the Unproductiveness of Capital Proved with Reference to the Present Combinations amongst Journeymen,* Knight and Lacey, Londres, 1825. Hodgskin fue considerado como un defensor tan extremo de la clase trabajadora y un crítico tan severo de todas las leyes que es sorprendente el hecho de que sus amigos benthamitas no hubiesen comenzado a evitarlo antes, o que su puesto en el periódico *The Morning Chronicle*, que James Mill había obtenido para él en 1822, no hubiese estado en peligro antes. En 1832, Mill le escribió a *lord* Brougham para quejarse de "las tonterías y locuras de nuestro amigo Hodgskin sobre los derechos del trabajador a todos los productos del país, salarios, ganancias y alquileres, todo incluido. Si se difundieren esas opiniones, provocarían la subversión de la sociedad civilizada; peor que el abrumador diluvio de hunos y tártaros"; "Mill to Brougham", 3 de septiembre de 1833, en Alexander Bain, *James Mill: A Biography,* Longmans, Londres, 1882, p. 364.

argumentó que la abrogación de las Leyes del Maíz era simplemente un primer paso para derrotar al Leviatán del Estado, "un enorme sistema de injusticia que debe ser eliminado en su totalidad".[37] Incluso siendo joven, Hodgskin se había distinguido de otros socialistas por considerar que el libre mercado, no la ayuda mutua, era la única forma como los trabajadores podían obtener los frutos cabales de su trabajo. En el decenio de 1830 ya no imaginaba que eso ocurriría como resultado de la victoria sobre las clases medias, sino mediante la absorción de los trabajadores en sus filas.

> Ahora vemos, como consecuencia del respeto a los derechos naturales de propiedad, que una nutrida clase media, completamente emancipada de la esclavitud de la miseria que la ley […] buscaba perpetuar, ha crecido en todas partes de Europa, uniendo sus integrantes en sus propias personas el carácter tanto de los trabajadores como el de los capitalistas. Están aumentando con rapidez en número, y podemos esperar, a medida que los hermosos inventos del arte reemplacen de manera gradual a la mano de obra no calificada, que, reduciendo toda la sociedad a hombres iguales y libres, extinguirán progresivamente todo lo que aún queda de esclavitud y opresión.[38]

Y añadió: "Todos esos cambios se han producido a pesar de la ley", poniendo en claro que, si se la dejase sola, la clase media podría lograr lo que ningún gobierno terrenal sería capaz de alcanzar. Hodgskin escribió reseñas de libros, así como editoriales, en los que refutaba a los reformadores sociales en todo, desde la Ley de los Pobres y las Leyes de las Fábricas *[Factory Acts]* hasta los comités de salud y saneamiento, pasando por las cuestiones de la delincuencia y el derecho penal.[39]

En 1848 Herbert Spencer tenía 28 años de edad y aún no había formulado sus famosas teorías sobre la evolución social, pero estaba avanzando a tientas hacia ellas, y Wilson quedó favorablemente impresionado por sus primeros esfuerzos, una serie de cartas a la revista *The Nonconformist* publicadas en 1843 en forma de folleto como *The Proper Sphere of Government*. En éste Spencer argumentaba que el Estado había sido diseñado originalmente para no hacer casi nada, salvo "defender los derechos naturales del hombre, para proteger la persona y la propiedad"; en definitiva, lo que le correspondía dentro de su esfera propiamente dicha era "no regular el comer-

[37] Es probable que el panfleto haya hecho que Wilson prestase atención a Hodgskin; pero también en el escrito se insinuaba que su autor ya estaba familiarizado con la obra de Wilson: "Llegará el momento, creo que no está demasiado lejos, cuando prevalezcan la razón, la verdad y la justicia e incluso cuando los terratenientes nos ayuden a abolir esas leyes"; Thomas Hodgskin, *A Lecture on Free Trade in Connexion with the Corn Laws: Delivered at the White Conduit House on January 31, 1843,* G. J. Palmer, Londres, 1843, pp. 22-23.

[38] Thomas Hodgskin, *The Natural and Artificial Right of Property Contrasted…*, Steil, Londres, 1832, p. 101.

[39] Élie Halévy, *Thomas Hodgskin,* Ernest Benn, Londres, 1956, pp. 131-165.

cio; no educar a la gente; no enseñar religión; no administrar la caridad; no hacer carreteras ni ferrocarriles".[40] Spencer reunía los artículos de *The Economist* cada semana, trabajando y durmiendo en las oficinas de Strand (un distrito electoral), donde en ocasiones cenaba con Hodgskin.[41] Contribuyó poco con sus propios escritos, pero en verdad absorbió la atmósfera, aun cuando prefería ir a la Real Ópera Italiana o cruzar la calle para encontrarse con John Chapman, el editor de *The Westminster Review,* a través del cual conoció a los principales pensadores radicales de la época y al editor de su primer libro en 1850.

Hay que observar, con todo, que ese libro, *Social Statics,* les debía más a sus colegas de *The Economist* que a sus nuevos amigos. Tanto en su hostilidad contra los conceptos utilitarios de la ley y la moralidad como en el estilo, directo y frívolo, el libro de Spencer era exactamente como un editorial de *The Economist*. La mano visible del Estado resultaba escurridiza: lo que comenzó con los "maestros pagados con los impuestos" habría de terminar con los médicos y los científicos, los "funerales del gobierno" y cosas tan absurdas que solamente los franceses podrían haber soñado con ellas: "salones de baile públicos, conciertos gratuitos y teatros baratos con actores, músicos y maestros de ceremonias subvencionados por el Estado"; sin embargo, entrometerse con el mercado estaba lejos de ser un asunto de risa: tenía consecuencias realmente terribles, porque perturbaba un proceso natural de adaptación del que dependía todo el progreso material: "principios que se ponen de manifiesto por igual en el ajuste propio de las perturbaciones planetarias y en la curación de un dedo rasguñado, en el equilibrio de los sistemas sociales y en el aumento de la audición en el oído de un ciego, en la adaptación de los precios a los productos y en la aclimatación de una planta".[42] Era evidente un fuerte aspecto utópico: Spencer sostenía que, de esos mecanismos de ajuste rigurosos y ligeramente misteriosos, surgiría una sociedad perfecta de igualdad sexual, cultivo intelectual y el fin de la propiedad privada de la tierra.

Este último punto fue demasiado lejos para Hodgskin, quien, en una reseña por lo demás encendidamente elogiosa en *The Economist,* señaló:

> El derecho de cada individuo no reside en usar la tierra […] sino en que cada cual use sus propias facultades;[43] empero, el *laissez-faire* recibió una importante justificación nueva en Spencer, quien, como argumentó un historiador, deseaba

[40] Herbert Spencer, *The Proper Sphere of Government,* W. Brittain, Londres, 1843, p. 5.

[41] Respecto a su época en *The Economist,* véase Spencer, *An Autobiography*, *op. cit*., pp. 329-330, 333 y 341-343, y David Duncan, *The Life and Letters of Herbert Spencer*, 2 vols., Appleton, Londres, 1908, pp. 56-62.

[42] Herbert Spencer, *Social Statics: Or, The Conditions Essential to Human Happiness Specified, and the First of Them Developed*, J. Chapman, Londres, 1851, pp. 286 y 294.

[43] "Literature", *The Economist,* 8 de febrero de 1851.

demostrar que "la sociedad competitiva individualista de la Inglaterra victoriana fue ordenada por la naturaleza y era el único garante del progreso".[44]

Aunque expuso algunos elementos de su filosofía social positivista después de su época en *The Economist* —por ejemplo: su yuxtaposición de la evolución lamarckiana y la selección natural darwiniana a partir de 1859, cuando acuñó el término de "la supervivencia del más apto"—, esos otros serían abordados con creciente frecuencia en las páginas del semanario.

Un conducto para que las teorías sobre la evolución social llegaran a *The Economist* fue William Rathbone Greg, quien propuso su propia aplicación de ellas. En realidad, Greg había conocido a Darwin antes que Spencer, cuando, siendo compañeros de clase en la University of Edinburgh, tanto Darwin como Greg se unieron a la Sociedad Pliniana de librepensadores. Cuando Spencer puso el énfasis en la dinámica interna de clases del darwinismo social —la lucha por la supervivencia en la naturaleza aplicada a la competencia económica entre los individuos en la nación—, Greg lo llevó en otras direcciones: a la competencia entre las razas y las naciones e incluso entre los sexos. Esa versión, muy a menudo opuesta a la de Spencer, fue la que tuvo un mayor impacto en el siguiente editor: Walter Bagehot.

Greg fue autor de algunas de las posiciones de *laissez-faire* más ardientes del semanario, aplicadas de manera indiscriminada a los irlandeses, los evangelios, la clase trabajadora y las mujeres. Al igual que Wilson, era hijo de un propietario de molino que se hizo publicista de la Liga y mereció las alabanzas y un premio de ésta por su ensayo de 1842, *Agriculture and the Corn Laws*. Era incluso socialmente más conservador, mientras se permitía más síntomas victorianos y manías místicas que los que Wilson habría considerado decentes: hipnotizador mesmerista, también afirmaba que era capaz de magnetizar al ganado, y experimentaba melancolía, dispepsia, neuralgia y vapores (accesos histéricos). Afirmaba aborrecer la fornicación, especialmente en las mujeres —sometidos a presiones psicológicas similares, su esposa y su hermano se volvieron locos—;[45] pero Greg siguió adelante, consolado por el hecho de que esos y otros rasgos se podían distinguir a partir de la inspección del cráneo humano —algo que siempre estaba dispuesto a hacer en las fiestas como frenólogo practicante—, y también encontraba el

[44] Bernard Semmel, *Imperialism and Social Reform; English Social-Imperial Thought, 1895-1914,* Allen and Unwin, Londres, 1960, pp. 29-31, y Geoffrey Hawthorn, *Enlightenment and Despair: A History of Social Theory*, 2ª ed., Cambridge University Press, Cambridge, 1987, p. 91.

[45] William R. Greg, *Enigmas of Life,* Kegan Paul, Trench, Trübner, Londres, 1891, pp. VII-XLIV; John Morley, *Critical Miscellanies*, vol. III, Macmillan, Londres, 1886, pp. 213-256. En la arena de las excentricidades y los achaques victorianos, Spencer no sería superado; su hipocondría era completa, se lamentaba de dolores de cabeza crónicos, tensión cardiaca e insomnio, y constantemente revisaba su pulso y el de otras personas. Véase Mark Francis, *Herbert Spencer and the Invention of Modern Life,* Acumen, Chesham, 2007, p. 55.

tiempo para escribir libros y artículos para *The Economist, The North British Review, The Westminster Review* y *The Edinburgh Review*.

Según parece, Greg riñó con la mayoría de las mujeres que conoció en esos círculos liberales, un hecho relacionado no solamente con sus pasatiempos sino también con su influencia en el semanario. Una razón puede haber sido un artículo de 1862 titulado "Why Are Women Redundant?", en el que argumentó que, debido a su carácter superfluo, se les debería pedir a las mujeres británicas solteras —a la totalidad de 1.5 millones de ellas— que emigrasen. George Eliot, su editora en *The Westminster Review,* escribió: "Es muy agradable, pero, de alguna manera, me asusta terriblemente"; alababa su temperamento y su cerebro, "pero, cuando uno lo ve al otro lado de una habitación, la impresión es muy desagradable y no puede creer que él mismo haya escrito sus libros".[46] Harriet Martineau, la popular economista política y escritora, fue más directa: Greg era insolente y estaba mentalmente desequilibrado; condenó la opinión que tenía de los negros como inherentemente inferiores y sospechaba que escribía artículos de *The Economist* con "errores del tipo más grosero sobre la Constitución estadunidense […] siempre del lado de la esclavitud", y, más tarde, añadió que, a pesar de todas las pruebas en contrario, "continuará suponiendo que el negro siempre está chupando azúcar de caña al sol […] uno podría mostrarles fácilmente, a él y a Carlyle, unos negros considerablemente menos 'salvajes' que ellos". Al menos Thomas Carlyle era un "caballero" en lo que respecta a las mujeres, mientras que Greg "corre vulgarmente tras las mujeres y, por otra parte, inconscientemente las observa de manera insultante".[47]

Después de Wilson, Hodgskin y Greg, uno de los primeros colaboradores más importantes de *The Economist* fue un extranjero que en realidad nunca trabajó allí: Frédéric Bastiat, el principal defensor del libre comercio en Francia. Bastiat era el complemento francés de Wilson, a quien conoció junto con otros dirigentes de la Liga contra las Leyes del Maíz en sus viajes a Inglaterra en el decenio de 1840. *The Economist* informó sobre su Association pour la Liberté des Échanges (Asociación por la libertad del intercam-

[46] George Eliot, *The George Eliot Letters,* vol. II, Yale University Press, New Haven, 1954, pp. 21 y 66. Es poco probable que su popularidad con Eliot haya aumentado debido a la opinión que expresó en 1859: "Hay un vasto número de mujeres novelistas por la misma razón de que hay un gran número de costureras. Miles de mujeres no tienen nada que hacer"; véase "False Morality of Lady Novelists", *The National Review*, enero de 1859, pp. 144-167. Acerca de la extensión que hizo Greg del darwinismo a la raza, la nación y el sexo, véase "The Doom of the Negro Race", *Fraser's Magazine,* marzo de 1866, pp. 277-305; "On the Failure of 'Natural Selection' in the Case of Man", *Fraser's Magazine,* septiembre de 1868, pp. 353-362, y "Realities of Irish Life", *The Quarterly Review,* enero de 1869, p. 78.

[47] Harriet Martineau, *The Collected Letters of Harriet Martineau,* vol. IV, *Letters 1856-1862,* Deborah Anna Logan (ed.), Pickering & Chatto, Londres, 2007, p. 260, y Martineau, *Collected Letters,* vol. V, *Letters 1863-1876,* Deborah Anna Logan (ed.), Pickering & Chatto, Londres, 2007, pp. 233-235.

bio, inspirada en la Liga), con citas de su revista *Le Libre-échange,* e hizo reseñas de sus libros —*Harmonies économiques* era su favorito especial—. Bastiat, apodado *el Cobden de Francia,* tenía una habilidad para destilar los principios del *laissez-faire* en epigramas que superaba la de cualquier otro en Inglaterra; en un estilo que cautivó a Wilson, escribió: "El Estado es la gran ficción por la que todos tratan de vivir a expensas de todos los demás".[48] Consideraba que *The Economist* era un modelo: "Nunca hubo un periódico en el que todas las cuestiones de economía política fueran tratadas con tanta profundidad e imparcialidad. Es una preciosa colección de hechos, y en sus columnas la doctrina y la experiencia se apoyan mutuamente: su difusión en el continente tendría unos efectos excelentes".[49] A su muerte, el semanario le devolvió el cumplido, dedicando un editorial completo a "el opositor más congruente y más fuerte de las acciones del gobierno que ha aparecido en nuestro tiempo o, quizá, que haya aparecido nunca en el mundo".[50]

El productor de creencias: "Los principios del libre comercio aplicados con la mayor rigidez"

Tal era el universo intelectual de algunos de los personajes principales: ¿cómo eran sus esfuerzos en *The Economist*, que apareció por primera vez como prospecto y número preliminar en agosto de 1843? En él Wilson prometió "artículos editoriales originales en los que los principios de libre comercio serán aplicados lo más rígidamente posible a todas las cuestiones importantes del acontecer diario". Su lenguaje evoca imágenes de una cruzada más fácilmente que la de una revista de negocios. En el exterior, veía "al alcance de nuestro intercambio comercial continentes e islas enteros en los que la luz de la civilización apenas ha alboreado"; en la Gran Bretaña, "ignorancia, depravación, inmoralidad e irreligiosidad, que abundan en un grado vergonzoso para un país civilizado". En ambos casos el medio civilizador era el libre comercio: "Lo creemos seriamente, hará más que cualquier otro agente visible para difundir la civilización y la moral… Sí, para extinguir la esclavitud misma". Y, con el mismo espíritu de sus tractos, proseguía: "No tenemos intereses o motivos de partido o de clase; no pertenecemos a ninguna clase o, antes bien, pertenecemos a todas las clases: pertenecemos a la clase terrateniente; a la clase comercial interesada en nuestras colonias, el comercio exterior y las manufacturas". Un día, finalmente, sería tan difícil

[48] "Entonces, mientras espero otra definición, he aquí la mía: el Estado es la gran ficción mediante la cual todo el mundo se esfuerza por vivir a costa de todo el mundo"; cita tomada del artículo "L'État", *Journal des débats,* septiembre de 1848. Dean Russell, *Frédéric Bastiat: Ideas and Influence,* Foundation for Economic Education, Irvington-on-Hudson, 1965, p. 33.

[49] *The Economist, 1843-1943: A Centenary Volume*, *op. cit.*, p. 30.

[50] "M. Bastiat and His Works", *The Economist,* 15 de mayo de 1852.

entender los argumentos a favor de la protección "como lo es ahora concebir cómo pudo el benigno e inofensivo espíritu del cristianismo haberse convertido en una petición de emprender la persecución y martirizar a unos individuos o cómo pudieron nuestros antepasados quemar por brujería a unas pobres mujeres arrugadas con cierto talante excéntrico". Se trataba del libre comercio como una misión, una visión del mundo a la que *The Economist* prometió servir y difundir.[51]

En sus primeros dos años, el novel semanario fue fiel a su palabra, examinando los efectos nocivos de los aranceles sobre el suministro, la calidad y el costo del azúcar, la lana, el trigo, el vino, el hierro, el maíz, la cochinilla, la seda, el pescado, los encajes, el carbón, el café, los salarios, las divisas, los sastres, los esclavos y el lino francés. Transmitía la información en dos columnas densamente compactadas, bajo el elaborado título en letra gótica: *The Economist: or the Political, Commercial, Agricultural, and Free Trade Journal* (*The Economist: o la revista política, comercial, agrícola y de libre comercio*). Gradualmente, el semanario fue ganando peso: 16 páginas el primer año, 24 el siguiente y, después, 28 páginas durante 20 años. Estas últimas contenían nuevas secciones, en respuesta a las solicitudes de los lectores y las tendencias comerciales: informes bancarios y ferroviarios, un suplemento comercial mensual, seguidos finalmente por el primer índice de precios al por mayor, datos estadísticos sobre los términos del comercio exterior, las ganancias industriales, las tarifas de los embarques, las acciones de los seguros, las cuestiones sobre el capital y cualquier otra cosa que se pudiese medir. Después de menos de dos años, Wilson modificó el subtítulo por el de *Weekly Commercial Times, Bankers' Gazette and Railway Monitor, a Political, Literary, and General Newspaper* (esto es, un semanario enfocado en los asuntos comerciales que a la vez constituyera una gaceta de los banqueros y estuviera al pendiente de los ferrocarriles, siendo a fin de cuentas un periódico simultáneamente político, literario y general), un indicio de su constante búsqueda de horizontes más amplios, fuera de la Liga y más allá. Más o menos en esa época comenzó a aparecer un pequeño aviso que explicaba lo mismo: "Gracias a su amplia y creciente circulación entre los miembros del Parlamento, los banqueros, los comerciantes, los capitalistas y la comunidad comercial, *The Economist* está bien adaptado como el medio para los anuncios destinados a atraer la atención de esas numerosas y respetables clases". Y podría haber añadido a la lista a los servidores públicos y a los profesionales: hacia la década de 1850, la circulación ya era de aproximadamente 3 000 ejemplares: un número reducido, incluso para los estándares contemporáneos, pero en las manos más poderosas del país y enviados ya a las capitales de Europa y América del Norte y del Sur.[52]

[51] "Preliminary Number and Prospectus", *The Economist,* 1º de agosto de 1843.

[52] James A. Moncure, *James Wilson and* The Economist*, 1805-1860*, tesis de doctorado, Columbia University, 1960; University Microfilms International, Ann Arbor, 1992, pp. 13-15.

The Economist se dedicó a las mismas transformaciones sociales que habían dado origen al cartismo: "esa gran lepra nacional […] la carencia, la pobreza extrema y el hambre"; sin embargo, en contraste con esas otras fuentes de agitación, se declaró por encima de las clases. Sólo podía hablar de manera desinteresada e imploraba a sus lectores —precisamente aquellos que tenían el poder para hacerlo— que no interfirieran en el orden divino: "La experiencia personal nos ha demostrado que, en los distritos manufactureros, la gente no quiere que las leyes del Parlamento coercionen la educación o induzcan una mejora moral […] nuestras miras están puestas mucho más allá del poder de las leyes […] y los esfuerzos del filántropo o del caritativo".[53] Desde su punto de vista, el peligro nunca fue únicamente el de los proteccionistas en el Parlamento sino también el del quórum de almas nobles en él que ignoraban totalmente las leyes de la economía política.

The Economist consideraba un deber instruir a ese último grupo, comenzando por los abolicionistas, "ese *cuerpo de filántropos verdaderamente grandes*", sobre las consecuencias no deliberadas de su campaña para poner fin a la esclavitud. El bloqueo que propusieron a todos los bienes fabricados con mano de obra esclava dañaría a los consumidores británicos y castigaría a los esclavos; diezmaría el comercio exterior: la mitad era de textiles, la mayoría hilados de algodón cultivado por esclavos, y lógicamente debía extenderse a las importaciones de oro, plata y cobre del Brasil; arroz, añil, cochinilla y tabaco de los Estados Unidos, México y Guatemala, y azúcar y café de Cuba. Para ayudar de verdad a los esclavos y alentar a sus amos a ofrecerles salarios, la respuesta era el libre comercio, que les demostraría a los propietarios de esclavos que el trabajo libre era, en realidad, más barato que el trabajo bajo la servidumbre. La Gran Bretaña podría hacer su parte poniendo fin al tratamiento especial que daba a sus propias colonias de las Indias Occidentales, que prácticamente obligaban a otras a usar esclavos como una forma de seguir siendo competitivas, y llegó a la siguiente conclusión: "Ésa es una humanidad muy dudosa que busca infligir *cierto* castigo a los barrios más pobres […] con el propósito de obtener una ventaja *especulativa* sobre los esclavos del Brasil".[54]

Casi todos los movimientos de reforma social de la era victoriana, animados por la intención de mejorar de manera activa la suerte de las clases bajas en la Gran Bretaña, tuvieron esa sobria puntualización de *The Economist*. La reacción editorial a la legislación sobre los ferrocarriles y las fábri-

[53] *The Economist*, 1º de agosto de 1843.

[54] "Our Brazilian Trade and the Anti-Slavery Party", *The Economist,* 16 de septiembre de 1843; "Superior Value of Free over Slave Labour", *The Economist,* 30 de diciembre de 1844. Etiquetar a *The Economist,* "generalmente, por su formidable oposición a la esclavitud", resulta una caracterización errada. Sven Beckert, "Emancipation and Empire: Reconstructing the World Wide Web of Cotton Production in the Age of the American Civil War", *American Historical Review,* vol. 109, núm. 5, diciembre de 2004, p. 1419.

cas es indicativa de ello, aunque de ningún modo exhaustiva: al obligar a las compañías a proporcionar una vez al día una tercera fila del servicio para los pasajeros de la clase trabajadora, que antes tenían que viajar en vagones de carga abiertos, la Ley de Ferrocarriles *[Railway Act]* de 1844 se entrometió en un problema que hubiese sido mejor dejar a la competencia del mercado: "Donde se obtienen las mayores ganancias se sirve mejor al público […] limite las ganancias y limitará el ejercicio del ingenio de mil maneras".[55] Ese mismo año, un proyecto de ley fabril que limitaba la jornada laboral de las mujeres a 12 horas, la misma jornada que para las adolescentes, fue denunciado como confuso, ilógico y dañino; la prueba de que no era posible "ningún término medio coherente entre la *libertad perfecta* del capital y la mano de obra y ese principio que regularía los salarios, las ganancias y las relaciones de la vida en su totalidad mediante actos legislativos; entre la autosuficiencia independiente perfecta y el socialismo regulado; entre Adam Smith y Robert Owen". Como si eso no fuera lo suficientemente enfático, la semana siguiente declaró: "Cuanto más se investiga, tanto más nos vemos obligados a reconocer que, en cualquier interferencia en la industria y el capital, la ley es poderosa sólo para causar el mal, pero absolutamente impotente para generar el bien".[56]

El desplazamiento en pro de un día de trabajo de 10 horas para los varones adultos era, por lo tanto, poco menos que criminalmente insensato, instigado por demagogos lo mismo que por unos viejos *tories* sentimentales, como *lord* Ashley, quien en realidad favorecía que se adoptase una medida más modesta destinada sólo al trabajo de las mujeres y los niños. Esa salvedad no provocó ninguna diferencia: el resultado sería reducir la oferta de mano de obra, aumentar los salarios, incrementar el costo de las manufacturas, reducir los bienes británicos en los mercados extranjeros y, en última instancia, destruir todo el empleo y la industria. Cuando el Proyecto de Ley de Diez Horas de *lord* Ashley fue adoptado en 1846, *The Economist* les recordó a los trabajadores que sus intereses eran idénticos a los de sus empleadores y les pidió que se abstuvieran de lanzar pullas a propósito de la codicia, porque "debe recordarse que los capitalistas de Inglaterra están expuestos a una competencia muy aguda, no sólo entre ellos, a la que ningún individuo puede escapar —y de seguro todo capitalista que sea menos fuerte y exigente que sus compañeros irá a pique—, sino también a una competencia similar con los capitalistas de otros países".[57] *The Economist* atacó el proyecto de ley mucho después de que fuese aprobado: por el conjunto de inspectores de las fábricas que creó —"entrometidos" que trataban a los empresarios como "ladrones y

[55] "Mr. Gladstone's Railway Bill", *The Economist,* 6 de julio de 1844.

[56] "The Inconsistencies of the Late Debates" y "Protection to Labour", *The Economist,* 30 de marzo y 6 de abril de 1844, respectivamente.

[57] *Lord* Ashley era "bienintencionado, pero se equivocaba; era filantrópico, pero poco prudente"; "Should the Capitalists Be Blamed?", *The Economist,* 28 de noviembre de 1846.

vagabundos"— y por infringir los derechos de las mujeres y los niños a pasar trabajando tantas horas como quisieren, de cualquier manera, ya fuese por la noche o en turno.[58] Las influyentes diatribas del semanario ayudaron a los opositores en el Parlamento a diluir esa y otras medidas similares.

Marx, lector dedicado de *The Economist,* se burló sin piedad de su editor por sus predicciones apocalípticas sobre los efectos de esas regulaciones industriales: según lo que escribió en *El capital*, "James Wilson, un mandarín económico de alto prestigio", simplemente había hecho un refrito con los viejos dogmas de 1836 de Nassau padre, entre ellos la idea de que "si en lugar de mantener a los niños menores de 18 años de edad las 12 horas completas en la cálida y pura atmósfera moral de la fábrica fuesen enviados una hora antes al mundo exterior, despiadado y frívolo, se verían privados, debido a la ociosidad y el vicio, de toda esperanza de salvación para sus almas",[59] y Marx añadió que la reducción de la jornada laboral de los niños menores de nueve años de edad no había obligado a las fábricas de tejidos de algodón a funcionar con pérdidas. Si bien Wilson y sus escritores aplicaron el mismo tipo de lógica a toda demanda legislativa, incluso a aquellas de las que sus lectores se beneficiarían —*The Economist* estaba en contra de la ley de patentes, la protección de los derechos de autor o el financiamiento de la investigación científica, y, durante un tiempo, de lo que ahora se considera la ley básica de la empresa y la banca—,[60] las medidas para aliviar a los más desfavorecidos fueron las que provocaron sus objeciones más feroces.

En 1847, el semanario se opuso a la creación de una junta de salud: "Estamos muy de acuerdo en cuanto a los males", decía en un editorial, enumerando las situaciones urbanas comunes, tales como las calles estrechas, los montones fétidos de basura y las viviendas lúgubres y mal ventiladas, "pero el principio del *laissez-faire* nos obliga a estar en desacuerdo con aquellos

[58] Moncure, *James Wilson and The Economist*, *op. cit*., p. 138; también *The Economist,* 3 de enero de 1852, 15 de julio de 1854, 10 de marzo de 1855 y 1º de marzo de 1856.

[59] Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy,* vol. I, *The Process of Capitalist Production*, George Allen & Unwin, Londres, 1990, pp. 11n y 336-338n [edición en español: *El capital: crítica de la economía política*, tomo I, *Libro I, El proceso de producción del capital*, trad. de Wenceslao Roces, cuarta edición, Fondo de Cultura Económica, México, 2014]. Marx atacó a Senior y a Wilson, citando el número de *The Economist* del 15 de abril de 1848. También rindió homenaje a Leonard Horner, inspector jefe de fábrica hasta 1859, quien "prestó un servicio eterno a la clase trabajadora inglesa". Horner y sus informes semestrales sobre las fábricas fueron condenados rutinariamente como tendenciosos en *The Economist,* y, en 1855, a Wilson se le agotó el ingenio cuando escribió: "Era tan peligroso emplear a hombres como el señor Horner para ejecutar las Leyes de las Fábricas como emplear comisarios y tenderos y capitanes ineficientes en el puerto de Balaklava"; "Factories-Owners and Inspectors", *The Economist,* 10 de marzo de 1855.

[60] "Right of Property in Inventions" y "Right of Property in Expression", *The Economist,* 1º de febrero de 1851 y 28 de abril de 1855, respectivamente; véase también "What Shall We Know?" y "Why Companies are Now Necessary", *The Economist,* 25 de agosto de 1855 y 19 de julio de 1856, en ese orden.

que promueven el Proyecto de Ley de la Junta de Salud de *lord* Morpeth como el remedio".[61] A medida que el celo regulatorio de la Junta se intensificó, también lo hizo la hostilidad de *The Economist,* que la acusó de "caer en la protección" cuando trataba de fusionar las compañías de agua de Londres o exigir nuevos sistemas de alcantarillado en las grandes ciudades: "El agua es un alimento tanto como el pan, y si el gobierno debe tener a su cargo el suministro de uno, ¿por qué no el del otro?" Las recientes epidemias de cólera no habían sido más que "terrores momentáneos" y no se les debía permitir "suprimir todas las convicciones morales que han conformado de manera perceptible la experiencia a través del tiempo".[62] Al hacer la reseña de un libro, criticó "el movimiento sanitario" por su "filosofía superficial", destinada a agravar las dos causas principales de las enfermedades; si la primera era la pobreza (para la que el remedio era el libre comercio),

> la segunda es que nunca se ha permitido que las personas cuiden de sí mismas. Siempre han sido tratadas como siervos y como niños y, respecto a esos objetivos que el gobierno se ha comprometido a llevar a cabo por ellas, se han vuelto imbéciles en una gran medida […] Además, las hacen plantear al gobierno una serie de demandas —como la reglamentación de la mano de obra, de las tasas y de los salarios— que ningún gobierno puede llevar a cumplimiento. Existe un mal peor que el tifo o el cólera o el agua impura, y eso es la debilidad mental.[63]

Algunos se preguntaban si las autoridades centrales o locales tenían que desempeñar una función en la disposición del "guano de la ciudad": "De ninguna manera. Ahora estamos de acuerdo en que el gobierno no debería alimentar a la gente; ¿por qué debería limpiar su suciedad? Todo hombre está obligado a eliminar sus propios residuos domésticos".[64] Los ataques contra los funcionarios y los médicos de la salud pública se volvieron violentos y nadie despertó tanta ira como Edwin Chadwick, el comisionado de la Junta de Salud, "un hombre de benevolencia sincera", pero con "una peculiaridad mental que lo descalifica por completo para el servicio ejecutivo de su país […] esencialmente, es un déspota y un burócrata". *The Economist* se regocijó cuando Chadwick se vio obligado a renunciar en 1854, pero le parecía que, mientras permaneciera en el país, la seguridad de los "británicos nacidos en libertad" estaba en peligro debido a su "espantosa pertinacia". La solución

[61] "Knowledge versus Dictation, the New Board of Health", *The Economist,* 10 de abril de 1847.

[62] "Regulation of the Supply of Water" y "The Metropolitan Supply of Water", *The Economist,* 19 de enero y 23 de noviembre de 1850, respectivamente.

[63] "Chambers's Papers for the People", *The Economist,* 13 de julio de 1850.

[64] Ese artículo terminó con una rima dedicada a la búsqueda entre la basura, la recolección de andrajos y otras ocupaciones supuestamente vulgares: "Entonces, que toda faena sea santificada/Que el hombre actúe por el hombre/Y su contribución sea honrada/Como parte de una gran urdimbre". "The Disposal of Refuse", *The Economist,* 13 de septiembre de 1856.

era enviarlo a Rusia, como un obsequio, "para presidir y reformar su burocracia, corrupta y además muy extendida".[65]

The Economist no solamente se oponía a la educación pública de todo tipo, también objetaba las escuelas de caridad que, al proveer de subsistencia a los niños, eliminaban toda restricción al apetito sexual de sus padres, que engendraban más hijos. Tan sólo en Londres, 80 000 niños obstruían las calles. El semanario opinaba así: "Los niños sin hogar y desamparados tienen que agradecérselo a la benevolencia, porque tentadoramente aleja a sus padres de la senda del deber"; las limosnas y el Estado eran pobres sustitutos de la naturaleza y la razón, y aconsejaba a los que eran de verdad compasivos que dejaran que la lucha por la supervivencia siguiera su curso:

> Toda la historia de los pobres —dosis semanales de pan y sopa—; las leyes del horario de trabajo; todo el vasto esquema de protección de su industria; la educación caritativa, así como la limosna en las calles; las leyes de la fábrica; las visitas a los pobres en su morada; los planes de emigración, y, en fin, los planes de reforma penal, todo ello ha tenido como objetivo fomentar el bienestar de los pobres, y todo ha terminado produciendo la población, la que, según la descripción de *lord* Ashley, es casi la más degradada de Europa.[66]

The Economist reiteró esa posición, incluso a medida que la presión aumentaba en el Parlamento en favor de algún tipo de proyecto de ley nacional de educación en 1850 y 1851: "Para que la educación sea exitosa debe buscarse por interés propio y debe obtenerse por medio del esfuerzo propio". Se debería dejar que la gente común "se procure su educación como se procura sus alimentos".[67]

Con mucha frecuencia, en los editoriales se hacía algo más que denunciar ciertas leyes en particular como insensatas; también se hacían grandes declaraciones teóricas, como en una serie de artículos en los que se preguntaba: "¿Quién es el culpable de la condición de la sociedad?" Después de sopesar a su vez la función de las clases bajas, los capitalistas, los terratenientes y el Estado, *The Economist* descubrió que el primero y el último ítem de

[65] "The Board of Health", *The Economist,* 5 de agosto de 1854. "Eso ocurrió durante la Guerra de Crimea, y quizá pueda indicarse el sabor completo del artículo diciendo que una sugerencia comparable en 1943 habría sido que *sir* William Beveridge era en realidad un déspota burocrático de corazón y que su hogar espiritual era la Alemania nazi"; Gordon, "The London Economist", *The Economist,* p. 485.

[66] "Ragged Schools and Emigration" y "Ragged Schools and Charity", *The Economist,* 10 y 24 de junio de 1848, en ese orden.

[67] "National Education", *The Economist,* 1º de febrero de 1851. De manera gradual, como consecuencia de la Guerra de Crimea, el semanario dio paso a la idea de que se otorgase a las escuelas unos subsidios estatales estrictamente limitados, siempre y cuando todos los padres pagasen una cuota y siempre y cuando fuese sólo por razones de utilidad económica nacional, para que, de esa manera, Inglaterra pudiese mantener su liderazgo económico en el mundo.

la lista compartían la responsabilidad… pero de manera desigual, porque, en un mundo en el que "cada hombre es responsable ante la naturaleza de sus propios actos" y de aprender de ellos, los pobres son completamente culpables de su miseria, malgastando su salario y su tiempo libre en sexo, bebida y juegos de azar, en lugar de practicar el ahorro y el mejoramiento de sí.

> Cuando se examinan sus hábitos, su ignorancia, su deferencia por los falsos amigos, su confianza inquebrantable en una larga sucesión de líderes charlatanes, no podemos exonerarlos. La naturaleza los hace responsables de su conducta; ¿por qué no deberíamos hacerlo nosotros? Vemos que sufren, y los declaramos responsables de haber cometido una serie de fallas.

Los capitalistas y los terratenientes, tomados en conjunto, eran egoístas, pero tanto mejor, "porque cuanto más altos son sus ingresos, tanto mayor es la cantidad de productos netos provistos para los alimentos de la comunidad, y tanto mayor es la cantidad de empleos y la paga de los salarios para las clases trabajadoras". En cuanto al Estado, éste era simplemente incapaz de comprender ese complejo organismo social, y al intentar promulgar leyes cuyos efectos nadie podía predecir de antemano, había emprendido una tarea "más adecuada para Dios que para el hombre". La realidad era que "el deseo de felicidad, o lo que se llama *interés propio,* es universal. No se limita al hombre: impregna a todo el reino animal. Es la ley de la naturaleza, y si la búsqueda del interés propio, que es igualmente libre para todos, no lleva al bienestar general, ningún sistema de gobierno puede lograrlo". Es difícil imaginar una justificación más total y radical de la responsabilidad individual en una sociedad de mercado.

The Economist era consciente de que todas esas recetas podían parecer insensibles; pero estaba fuera de toda duda el hecho de que eso era algo más que absolutamente cierto y, en último caso, humano. La economía política era una ciencia y el semanario estaba tan seguro de que sus leyes habían sido descubiertas, y por quién, que abogó de manera reiterada por cambiar su mismo nombre:

> La aplicación del adjetivo *político* a la ciencia de *La riqueza de las naciones* es de origen francés, y nunca un epíteto fue peor aplicado; porque el rasgo distintivo de la ciencia de Smith es la prueba que continuamente proporciona de que —a menos que el *laissez-faire*, o la postura de permanecer sin tomar partido y abstenerse religiosamente de interferir pueda llamarse una política— toda política es errónea, perjudicial para la producción de riqueza y repudiada por la ciencia.

La frase "economía política" era una contradicción en sus términos, porque la economía era la inexistencia de interferencia política en cuanto tal: "Dado que todas las cuestiones relacionadas con la política no son más que

una tradición, conjeturas, suposiciones, fantasías, usurpaciones o conveniencias, no hay otra ciencia en la política que no sea la economía política". En una reseña del *Treatise on the Methods of Reasoning and Observation in Politics* de Cornewall Lewis, escrita por Hodgskin, éste criticó a aquél por aceptar el término mismo, porque "los principios de la ciencia de la producción de riqueza pueden ser completamente contrarios, como sabemos que lo son en muchos casos, a las prácticas de la sociedad política, y, lejos de estar subordinados a ella, pueden estar destinados a subvertirla".[68]

El triunfo del libre comercio, la tragedia de Irlanda

A pesar de aferrarse a ese antagonismo esencial entre la política y la economía y a la primacía de la segunda sobre la primera, Wilson siguió a los líderes de la Liga dentro del Parlamento. Stockport, en las afueras de Mánchester, llevó a Cobden una vez más a la Cámara en 1841, el año en que *sir* Robert Peel formó un gobierno *tory* después de 10 años de gobierno *whig* dirigido por los *lores* Melbourne y Grey, y, en 1843, Bright se unió desde Durham, más al norte. Unidos, lograron que la cámara baja se hiciera eco de las mociones por el libre comercio, aunque ambos se sorprendieron por la velocidad de su triunfo, al igual que por su puesta en práctica. En 1846, Peel dividió el gabinete y conmocionó y enfureció a su propio partido con un proyecto de ley para eliminar las Leyes del Maíz. ¿Qué había causado esa *volte-face*, ese vuelco radical? En su último discurso como primer ministro, Peel atribuyó el crédito a Cobden, "el nombre que debería ser y que estará asociado con el éxito de esas medidas". Cobden fue más modesto y reconoció que, "a pesar de todos los gastos en la instrucción pública, la Liga no habría llevado a cabo la abrogación de las Leyes del Maíz cuando sus miembros lo hicieron de no haber sido por la hambruna irlandesa".[69] Para Peel, el impulso inmediato fue realmente Irlanda, la colonia más antigua de Inglaterra y la que más había sufrido durante el mayor tiempo. Allí la aparición de un hongo desconocido y virulento, que con rapidez convirtió a las papas sanas en una papilla negra en descomposición, comenzó a exponer los defectos del dominio inglés, impuesto a lo largo de tres siglos de conquista y colonización para beneficio de una despiadada élite protestante. Hacia noviembre de 1845 era evidente que al menos la mitad de la cosecha de papas de Irlanda estaba infectada, "habiendo sido destruida o siendo declarada inadecuada para la alimentación humana", que lo mismo ocurriría al año siguiente y que ello significaba una catástrofe para los campesinos irlande-

[68] "Definitions in Political Economy", "A Manual of Political Economy for Schools" y "On the Methods of Reasoning and Observation in Politics", *The Economist*, 26 de noviembre de 1853, 7 de abril de 1855 y 27 de noviembre de 1852, respectivamente.

[69] George Jacob Holyoake, *Sixty Years of an Agitator's Life*, Fisher Unwin, Londres, 1906, p. 229.

ses, quienes, a diferencia de los ingleses o los escoceses, dependían casi por completo de la papa para alimentarse. Al borde de una crisis mayor y con todos los argumentos acumulados a su favor, la presión para permitir el libre ingreso de cereales en Irlanda había sido enorme.

Para hacer aprobar la derogación que propuso de las Leyes del Maíz, Peel había contado con el apoyo de los *whigs,* casi tan airados contra él por haberles robado su principal proyecto de ley como los *tories* lo estaban por su voltereta respecto de esas leyes. Así, ambos partidos conspiraron para derrocarlo al año siguiente. Los *whigs* ganaron las elecciones que siguieron y Wilson se encontraba entre los recién llegados: fue elegido por Westbury, en Wiltshire, un distrito electoral que Radnor le había guardado y en el que venció por 21 votos a Matthew Higgins, plantador de las Indias Occidentales. Meses después, Wilson fue nombrado miembro de la Junta de la India. En esos momentos, *The Economist* era editado desde el corazón del gobierno, precisamente cuando el nuevo régimen *whig* enfrentaba la hambruna a gran escala en Irlanda. ¿Qué función desempeñó *The Economist* en la respuesta oficial a esa situación? De acuerdo con la perspectiva del *laissez-faire* de los ministros a cargo de la emergencia, se esperaba que la ley de abrogación hiciera fluir las provisiones baratas de manera directa a Irlanda.[70] ¿Serían suficientes? A finales de noviembre de 1847, *The Economist* se alarmó más ante los rumores de que estaba a punto de hacerse a Irlanda un donativo de tres millones de libras esterlinas para permitirle comprar alimentos, e instó a sus compatriotas a reflexionar en que eso aumentaría el precio del grano, no su suministro, causando dificultades en Inglaterra para aliviarlas en Irlanda: "La caridad era un error inglés natural"; sin embargo, podría corregirse. La única manera de mitigar la escasez era *"procurarse más alimentos o comer menos"*, o, al menos, abrir los puertos, en cuyo caso "cualquier suministro que los Estados Unidos pudiesen permitirse sería traído aquí mediante el curso regular del comercio, y el empleo —no la ayuda caritativa— les permitiría a las personas comprarlo".[71] El resultado de seguir las prescripciones de

[70] Charles Read argumentó que la respuesta a la hambruna tuvo poco que ver con la ideología del *laissez-faire*; por el contrario, una crisis financiera obligó al gobierno británico a reducir la ayuda a Irlanda en 1847, obedeciendo las leyes económicas (ya no el malthusianismo, sino un "'trilema' de política macroeconómica" actualizado). De esa manera, Read intenta restar toda importancia a "la fuerte creencia en el *laissez-faire*" de Wilson, cuya "influencia sobre el gobierno durante el periodo de la hambruna fue limitada". Charles Read, "Laissez-faire, the Irish Famine, and British Financial Crisis", *Economic History Review,* mayo de 2016, p. 430. La idea de que Wilson tuvo poca influencia o de que es fácil esclarecer los factores económicos e ideológicos de la crisis es difícil de conciliar con las pruebas. Véase "Trevelyan to Wood", 26 de julio de 1847, Hickleton Papers, CUL, CUL-Microfilm-1499.

[71] Según el semanario, consciente de que el libre comercio y la ayuda estatal podrían considerarse como políticas complementarias, dada la magnitud del desastre, "es dudoso que eso en realidad nos brindara un suministro marcadamente incrementado: que si el gobierno trajese al país 17 000 toneladas, los comerciantes trajesen mucho menos". No tenía dudas de lo que iba a suceder en Irlanda: "Sin duda alguna, la hambruna pende como una amenaza", pero, una vez

The Economist fue un experimento social utópico equivalente a los holocaustos más conocidos del siglo xx:[72] durante los peores años de la hambruna, de 1845 a 1849, de una población de ocho millones, murieron un millón y medio de personas y otro millón huyeron.

El gobierno británico mostró su entrega a la mano invisible del mercado en todo momento, mientras que *The Economist* criticaba incluso la más mínima desviación de los rigores de esa mano. En los años 1845 y 1846 Peel había mostrado una firmeza insuficiente; había ordenado que la firma Baring Brothers comprara con discreción pequeños cargamentos de maíz procedente de América del Norte como reserva, a fin de evitar que los precios aumentasen; pero la severidad de la hambruna lo obligó a enviar pequeñas cantidades a depósitos selectos del gobierno. En 1846 y 1847 el gobierno de Russell, en el que Wilson servía, anunció que no compraría más granos extranjeros: Charles Wood, canciller del Tesoro, y Charles Trevelyan, el subsecretario, culparon a las compras de Peel del año anterior de haber paralizado el comercio al disuadir a los distribuidores y comerciantes de importar suministros adecuados por su cuenta.[73] No se debía mostrar conmiseración ante los arrendatarios de parcelas pequeñas que no pudiesen pagar la renta o que tuviesen que enfrentar la hambruna si la pagaban, y en ninguna circunstancia se debían restringir las exportaciones, como lo estaban exigiendo algunos en Irlanda. Es cierto que, incluso mientras la gente buscaba hasta ortigas para comer, miles de toneladas de trigo, avena, ganado vacuno, cerdos, huevos y mantequilla eran enviadas fuera del país; aun así, todo eso se hacía con la mejor intención; porque, en un mundo de libre comercio, los altos precios a que se vendían esos artículos en el extranjero les permitirían a los comerciantes comprar e importar alimentos baratos para compensar los ma-

más, puso en tela de juicio lo prudente de los intervencionistas ignorantes: "No conocemos un espectáculo más espantoso que el de varias personas que se apresuran a hacer el bien"; "Charity as a Remedy in Case of Famine", *The Economist,* 29 de noviembre de 1845.

[72] Cormac Ó Gráda, *Black '47' and Beyond: The Great Irish Famine in History, Economy, and Memory*, Princeton University Press, Princeton 1999, pp. 4 y 77-83.

[73] En "Measures for Ireland", *The Economist,* 22 de agosto de 1846, el semanario elogió a Russell por sus sobrias reflexiones sobre el fracaso de las políticas de Peel: "No proponemos interferir [se citaba a Russell] en el comercio regular mediante el que el maíz de la India y otros alimentos son introducidos en el país [¡Escuchad, escuchad!]. Proponemos que se lo deje lo más en libertad posible, porque pensamos que el mercado se abastece mejor de esa manera, sin interferencia del gobierno". El señor Labouchere, su secretario jefe para Irlanda, también recibió aplausos por criticar la manera como se vendía la comida india "indiscriminadamente, 20% por debajo del costo primordial", lo que, aseveraba el semanario, "arruinó y calumnió a una clase útil de comerciantes minoristas honestos e industriosos", fue una "confiscación de la propiedad" y vició "la utilidad de los precios altos para la sociedad cuando los suministros son escasos". Los nuevos ministros *whigs* no habían ido lo suficientemente lejos en la condena de la administración anterior, cuyo plan de compra de maíz, preparado por Peel y Hewetson, el comisario general adjunto, "un economista político teórico", podría ser adecuado para "una tribu pastoral o un ejército", pero era "una temeridad […] en una sociedad comercial compleja".

les causados por las papas perdidas.[74] En la práctica, la empresa privada que había en Irlanda nunca importó suficientes alimentos o lo hizo a precios que la mayoría pudiese pagar.

La correspondencia entre los altos funcionarios estaba cargada de remedios presuntamente milagrosos propuestos por *The Economist,* como lo reconoció el propio semanario cuando hizo la reseña de una selección parlamentaria de ellos en 1847; empero, con pleno conocimiento de los errores cometidos, la redacción de ésta sólo le sirvió de acicate para atacar la contemporización por razones humanitarias: "Negamos absolutamente que lo que es erróneo *en principio* pueda ser correcto en la práctica. Si un principio es verdadero, no puede haber excepción a su aplicación, y menos aún se lo puede abandonar o descuidar en un caso *extremo*".[75] El semanario era consciente de que Adam Smith había sancionado las obras públicas en situaciones similares, pero dudaba de que todavía las aprobase, y lo defendió de un panfleto hostil, *The True Cure for Ireland,* en el que calificaban de "locura perfecta el bailar al son de un fuego fatuo de conformidad con los principios abstractos de la economía política como los había establecido Adam Smith, pues debe recordarse que escribió para un país avanzado en lo que respecta a la posición social y con una alta civilización". Por el contrario, replicó *The Economist,* "Smith escribió dirigiéndose a la eternidad y a todas las épocas".[76]

Wilson no solamente se aseguró de que su semanario reafirmara de manera constante a los servidores públicos y a los políticos en lo concerniente a Irlanda, sino que pronto los reclutó para que ellos mismos elaboraran *The Economist*. En la primavera de 1847 George Villiers, cuarto conde de Clarendon y uno de sus patrocinadores originales, fue nombrado Lord Teniente de Irlanda y estuvo en contacto constante con Wilson, proporcionándole información sobre la hambruna, desde el rendimiento de la papa hasta reportes confidenciales sobre los resultados de la Ley de los Pobres irlandesa destinados sólo a los miembros del gabinete. Cuando asumió su cargo con un ánimo relativamente optimista, Clarendon solicitó artículos de *The Economist*

[74] "The Food Crisis", *The Economist,* 19 de diciembre de 1846.

[75] "Ireland", *The Economist,* 27 de febrero de 1847. *The Economist* publicó extractos de esas cartas; véase, para el contexto, Cecil Woodham Smith, *The Great Hunger: Ireland 1845-1849*, Hamish Hamilton, Londres, 1962; Old Town Books, Nueva York, 1995, pp. 54, 120, 132-133 y 148.

[76] "Should the State Employ the Irish" y "The True Cure for Ireland", *The Economist,* 26 de diciembre de 1846 y 28 de agosto de 1847, respectivamente. Las obras públicas —"la combinación de pauperismo y esclavitud"— inculcaron una cultura de impotencia en Irlanda; peor aún, la teoría de los fondos salariales demostró que, gastados de esa manera, los impuestos "disminuyen los fondos para el empleo de mano de obra y, en última instancia, agravan el mal". A aquellos que buscaban alimentos para los irlandeses a cualquier precio el semanario les replicó: "Creíamos que el señor Malthus había demostrado tan claramente que eso era una imposibilidad que la manera como es propuesto no hace sino asombrarnos"; "Feeding the Irish", *The Economist,* 21 de marzo de 1846.

sobre las relaciones entre los propietarios y los arrendatarios; ¿tenía Wilson "alguna pista" sobre la forma ideal de arrendamiento? Unos meses más tarde, le pidió que "preparara la actitud del público" en lo relativo a sus planes para llevar a cabo una emigración de irlandeses a gran escala; sin embargo, debido a que, evidentemente, una política liberal tras otra no había hecho ningún bien, ambos comenzaron a desesperarse de toda la raza irlandesa: se hacía necesario imponer medidas enérgicas.[77]

Cuando varios terratenientes fueron asesinados en el invierno de 1847, Clarendon se convenció de que se estaba gestando una insurrección armada y amenazó con renunciar a menos que se le diesen poderes extraordinarios para proteger la vida y la propiedad. *The Economist* lo apoyó: "el deber especial" del gobierno en tal país no era interferir en el mercado laboral o monetario, sino contrarrestar la turbulencia que "había ahuyentado al capital": "Cuanto más peligroso se vuelve el estado de la sociedad, se hace más necesario que se imponga el orden y la seguridad".[78] Un proyecto de ley de coerción recibió el asentimiento real en diciembre y, como observó Engels, "el Lord Teniente no tardó en aprovecharse de los poderes despóticos con los que esa nueva ley lo [investía]".[79] En el verano de 1848, Clarendon le escribió a Wilson que el proyecto de ley fue un "éxito total" y le agradeció los artículos "que exhiben su conocimiento exacto de Irlanda y sus sentimientos de amistad hacia mi persona". En lo concerniente al país que gobernaba, se sentía "como el alcaide de una cárcel mal vigilada […] han hecho de sus habitantes una nación dada al chismorreo político, en lugar de trabajadores agrícolas, y, así como siembran ociosidad, cosechan miseria".[80]

Cuando realmente ocurrió el levantamiento ese verano, no fue obra de las masas hambrientas, como temían los funcionarios, sino de una pequeña banda de intelectuales de Tipperary que se llamaban a sí mismos Young Ireland, La Joven Irlanda, que fueron sometidos con facilidad por unos agentes de policía locales. *The Economist* se mofó de ellos, afirmando que eran "el hazmerreír del mundo"; no obstante, las precauciones que tomó el gobierno —suspender el *habeas corpus,* enviar 15 000 tropas adicionales y ordenar a la flota que patrullara la costa— habían sido sensatas.[81] El semanario urgió a

[77] "Clarendon to Wilson", 29 de julio, 30 de agosto y 22 de diciembre de 1847, en Barrington, *The Servant of All…, op. cit.*, pp. 122-123 y 129-130. Wilson también le advirtió a Clarendon con respecto a los efectos de la ayuda en el mercado de dinero de Londres. Véase Peter Gray, *Famine, Land and Politics: British Government and Irish Society, 1843-1850*, Irish Academic Press, Dublín, 1999, pp. 76-77 y 251.

[78] Véase "Ireland" e "Irish Coercion Bill", *The Economist,* 27 de febrero y 18 de diciembre de 1847, respectivamente.

[79] Frederick Engels, "The Coercion Bill for Ireland and the Chartists", *La Réforme*, 8 de enero de 1848.

[80] "Clarendon to Wilson", 7 de junio de 1848, en Barrington, *The Servant of All…*, *op. cit*., p. 139.

[81] Christine Kinealy, *A Death-Dealing Famine: The Great Hunger in Ireland,* Pluto Press, Londres, 1997, p. 127.

que se extendiesen a 12 meses y a que se declarase la ley marcial. Los juicios con jurado deberían cancelarse: únicamente se podría confiar en los tribunales militares para castigar a los rebeldes: "Es la libertad, no el despotismo, lo que resulta tan irritante para el temperamento irlandés: simplemente, como dicen los médicos, *no les sienta bien*. El elemento oriental —la postración mental ante el poder— es primordial […] Una represión potente, resuelta, pero justa" haría que el irlandés "no sólo sea sumiso sino que esté contento". Y continuaba en estos términos:

> Estas sugerencias sonarán extrañas a los oídos ingleses y liberales; pero ya es hora de que se diga con audacia la verdad de que el ideal de la igualdad de leyes para Inglaterra e Irlanda es un engaño, una burla y un engorro […] no será hasta que Irlanda haya sido adiestrada y se la haya habituado a respetar y obedecer la ley a lo largo de años de su aplicación rígida y severa que aprenda esas lecciones de justicia, honestidad, verdad y subordinación que solamente pueden darle derecho, al compartir las virtudes inglesas, a participar de las libertades e instituciones inglesas.[82]

Eso fue suficiente para que incluso Clarendon vacilara: "Me gustaría saber cómo han sido recibidos sus artículos por las clases medias en Inglaterra y si están preparadas para llegar a tales extremos. Por favor, hágame saber eso, porque, en cierta medida, puede guiar mis actos". Anteriormente, Clarendon había expresado dudas sobre el grado en que Wilson estaba llevando la causa del *laissez-faire* en Irlanda, pues creía que la represión debía ir acompañada de alivio, y en 1849 le imploró a Russell que no abandonara a los irlandeses, según la expresión de Francis Trevelyan, a "la operación de las causas naturales".[83]

En 1848 los disturbios revolucionarios no se limitaron a Irlanda, puesto que los levantamientos se extendieron por toda Europa, lo que no sólo amenaza-

[82] "The Obrien Insurrection" e "Ireland's Necessity, England's Opportunity", *The Economist*, 5 de agosto y 2 de septiembre de 1848, respectivamente. Este último editorial parecería haber sido obra de Greg. Según reportó Nassau Senior, el colaborador de *The Economist*, Benjamin Jowett, el académico de Oxford, declaró: "Siempre he sentido cierto horror a los economistas políticos desde que escuché a uno de ellos decir que temía que la hambruna de 1848 en Irlanda no matara a más de un millón de personas, y que eso apenas sería suficiente para hacer mucho bien"; Woodham y Smith, *The Great Hunger…*, *op. cit*., pp. 375-376.

[83] "Clarendon to Wilson", 26 de septiembre de 1848, en Barrington, *The Servant of All…*, *op. cit*., pp. 139-140. Clarendon se pronunció por un préstamo estatal para financiar la ayuda: "Seguramente éste es un estado de cosas que justifica que soliciten un adelanto a la Cámara de los Comunes, porque no creo que haya en Europa otra legislatura que ignore el sufrimiento que ahora se padece en el oeste de Irlanda o que persista fríamente en una política de exterminio"; "Clarendon to Russell", 26 de abril de 1849, en Kinealy, *A Death-Dealing Famine…*, *op. cit*., p. 138.

ba a las monarquías continentales, sino que también alarmaba incluso a la Corona parlamentaria en la Gran Bretaña, donde el cartismo vivió un breve y desconcertante renacimiento. *The Economist* no pudo encontrar palabras lo suficientemente severas como para describir "un movimiento en torno al cual se congregan todas las turbulencias, toda la villanía, todas las ambiciones demagógicas de la nación"; sus demandas darían el poder "a una clase exclusivamente, la más abierta a la corrupción y el engaño […] parcial, injusta, fatal, despótica". En los editoriales se argumentaba que la reforma electoral sólo infantilizaría aún más a los órdenes inferiores: "No enseña a los individuos la gran lección de la dependencia de sí mismos; los alienta a dirigir la vista al gobierno, en lugar de a sí mismos, en busca tanto de las causas como de los remedios para sus sufrimientos". El liderazgo político pertenecía a las clases medias; pagaban la mayoría de los impuestos y practicaban las virtudes, "la frugalidad, la industria y la previsión", de las que dependía la prosperidad de todas las otras clases.[84]

Por otra parte, los espantosos tumultos en las capitales europeas pusieron esos problemas internos en perspectiva. Si bien había cierta esperanza en Alemania, debido a que la revolución allí era "dirigida por los nobles y consagrada por los sacerdotes", Francia estaba perdida: tenía demasiados empleados estatales, no respetaba la propiedad (ni el crédito: los depósitos habían sido congelados) y estaba obsesionada con el tipo de libertad incorrecto: "la igualdad […] sin la más mínima atención a la libertad personal […] ni al derecho de acción o la libertad de expresión sin restricciones". En comparación con los irlandeses o los franceses, los ingleses estaban relativamente a salvo: "Se adora el orden; la propiedad es sagrada, y respetamos los derechos de los demás". En privado, Wilson era aún más mordaz respecto a los franceses: "Una raza débil, pueril y despreciable […] lo único que les hará algún bien es la mano de hierro de un déspota férreo pero sabio".[85]

[84] Véase "The Saxon, the Celt and the Gaul", "Household Suffrage" y "New Reform Agitation", *The Economist*, 29 de abril, 8 de julio y 27 de mayo de 1848, respectivamente. Cobden se opuso a esa rabiosa hostilidad a cualquier ampliación del sufragio. Después de sufrir las burlas de Fergus O'Connor, el líder cartista, por su asociación con *The Economist,* le escribió a Wilson: "Ninguna persona tiene derecho a identificarte con la política liberal por ser un partidario del libre comercio; pero todavía lamento tanto como siempre el punto de vista que adoptas […] con respecto al peligro que corre la propiedad como consecuencia de otorgar el sufragio a los trabajadores, porque, en la inevitable tendencia de los principios democráticos, me parece que te coloca en una posición desfavorable a los ojos de una clase que debe ejercer cada vez más poder en la legislación"; "Cobden to Wilson", septiembre de 1843, en Barrington, *The Servant of All…*, *op. cit*., p. 71.

[85] "The Fermentation of Europe", *The Economist,* 1º de abril de 1848. Grey y Lansdowne escribieron para felicitar a Wilson por ese editorial, que parece haber sido escrito por Greg. Después de visitar París en diciembre de 1848, Wilson confió su desdén por Francia a Cornewall Lewis; Barrington, *The Servant of All…*, *op. cit*., pp. 142-144.

Ciudad, Estado e imperio: la unión con los aristócratas capitalistas

La influencia de *The Economist* aumentó en sintonía con la de su editor: Wilson asistía a las reuniones de los comités parlamentarios (Dificultades comerciales, Banca, Moneda, Seguro de vida) que elaboraban las políticas sobre las que su revista se pronunciaba cada semana. Sus aristocráticos colegas, un poco inseguros sobre los rudimentos de la economía política, se apoyaban en él. El viejo duque de Wellington, vencedor en la batalla de Waterloo y un monumento a la reacción de los *tories,* requirió una clase privada antes de que aceptase permitir que una revocación de las leyes de navegación pasase por la Cámara Alta. *Lord* Palmerston, el *whig* imperialista, tomaba sus lecciones durante los paseos matutinos de regreso de Whitehall, y sus divertidas bromas compensaban sus "propensiones beligerantes".[86] *Lord* Grey, patrocinador a regañadientes de la reforma electoral en 1832, pasaba al semanario las noticias coloniales: sobre la entonces denominada Guayana Británica (hoy Guyana), El Cabo, una conferencia de *lord* Elgin sobre el progreso del Alto Canadá, etcétera. El diplomático *lord* Howden les hizo una visita antes de zarpar con destino a Argentina y Brasil para negociar unos aranceles más bajos sobre el azúcar y les prometió enviarles noticias sobre sus adelantos.[87] Wilson llevaba consigo al campo esas intimidades, primero a Wiltshire, después a Somerset, con la caza, los ponis para las niñas y los pasatiempos aristocráticos —actuando como juez en los concursos de ovejas— para redondear la jornada.

Ese cambio de estatus llegó acompañado de un viraje de su interés por la industria, donde su padre lo había iniciado, al campo de las finanzas —destinadas, en el marco del Imperio británico, a beneficiarse del libre comercio en mayor medida que cualquier otra rama del comercio—. En 1852, durante un breve interludio del gobierno de los *tories* bajo *lord* Derby, Wilson se puso a trabajar en una nueva empresa, que debe de haber financiado parcialmente con las ganancias que producía *The Economist:* al año siguiente, en la sección "Banker's Gazette" de la revista, se anunció la fundación de un banco concesionado *(chartered bank)* de la India, Australia y China, con un capital inicial de un millón de libras esterlinas; se trataba de unas perspectivas "inigualables" y un éxito "fuera de toda duda".[88] Los artículos de Wilson

[86] Barrington, *The Servant of All…*, *op. cit*., pp. 156 y 199; Bagehot, *cw*, vol. III, p. 332.

[87] Barrington, *The Servant of All…*, *op. cit*., pp. 88, 204-205 y 209.

[88] Véase "The Bankers' Gazette: Bank Returns and Money Market", *The Economist*, 9 de octubre de 1852. En el contrato de suscripción de 1852, Wilson figura entre los cuatro o cinco accionistas más grandes con 1 000 acciones, junto con los otros fundadores: Joseph Robert Morrison, Lindsay William Shaw, el parlamentario Robert Lowe, John Gladstone (de Stockwell Lodge, Surrey), John Bagshaw, Peter Bell, George Bowrings Carr y William Book. Véase el con-

sobre la crisis financiera de 1847 para *The Economist* ese mismo año —publicados como libro con el título *Capital, Currency and Banking* también ese mismo año—, bajo la secuela de tantas quiebras bancarias, apuntaban a un campo para la inversión rentable en el Lejano Oriente e incluían lecciones para evitar un destino similar en esos lugares. Para el historiador oficial del Banco Standard and Chartered, eso explica unos estatutos que inicialmente restringían sus actividades de intercambio. Wilson mostró "una gran cautela" e hizo hincapié en que la emisión de moneda estaría cubierta por "valores públicos y lingotes de oro conforme al mismo principio que fue observado por el Banco de Inglaterra";[89] asimismo, insistió en que el banco fuese panasiático e incluyera a la India, un caso que presentó directamente a Gladstone en una carta en la que hacía presión para que se emitiese una cédula real sobre las objeciones de la East India Company (Compañía de las Indias Orientales) y la Junta de Control.[90] En los pocos años siguientes, el Banco Standard and Chartered se expandió con rapidez, impulsado por el aumento del comercio en el seno de Asia, sobre todo (por su importancia) del opio de la India, por el que la Gran Bretaña libraría una segunda guerra contra China.

Casi al mismo tiempo, Wilson fue ascendido a un alto cargo gubernamental en la coalición de los *peelitas* [los partidarios de *sir* Robert Peel] con los *whigs* encabezada por *lord* Aberdeen. Como secretario financiero del Tesoro hasta 1857, asistió a Gladstone en la redacción de sus primeros presupuestos. A esos hitos del minimalismo fiscal contribuyó con la consolidación de los aranceles aduanales, reduciendo o poniendo fin a los gravámenes sobre el jabón, el té y las manzanas, y recortando y simplificando todas las demás normas sobre las importaciones, una demanda de larga data de los comerciantes de la City cuya realización Wilson consideró como un punto culminante del movimiento pro libre comercio en Inglaterra.[91] En 1855 Cornewall Lewis sucedió a Gladstone como canciller, haciendo del Tesoro un bastión de *The Economist*. Académico cuya entrega fue descrita por un contemporáneo como "suficiente para desanimar a cualquier asamblea política […] casi inaudible, monótona, entrecortada", y que, no obstante, "comprendía recursos de argumentación muy poderosos, humor e ilustración",[92] Lewis le dijo en una ocasión a su amigo: "Verás, Wilson, tú eres un animal, yo sólo

trato de suscripción del Chartered Bank of India, Australia and China Subscription Contract, 16 de noviembre de 1852, Standard Chartered Bank, London Metropolitan Archive (LMA), CLC/b/207/CH02/ 01/001.

[89] Compton Mackenzie, *Realms of Silver: One Hundred Years of Banking in the East,* Routledge, Nueva York, 2005, pp. 4-9.

[90] "Wilson to Gladstone", 17 de mayo de 1853, Gladstone Papers, BL, Add. MS 44346, ff. 15-30.

[91] Moncure, James Wilson and *The Economist, op. cit*., p. 115.

[92] Justin McCarthy, *A Short History of Our Own Times: From the Accession of Queen Victoria to the General Election of 1880*, Chatto & Windus, Londres, 1887, p. 164.

soy un vegetal".[93] El desprecio de sí mismo no debía tomarse en serio: Wilson lo tenía en alta estima y, con la ayuda de Lewis, estaba a punto de estampar sus ideas en el mapa del mundo.

Instalado ya en el pináculo del Estado, Wilson se encontraba en posición de examinar el imperio que había adquirido y que continuaba expandiéndose. La serie de guerras para defender y aumentar sus fronteras, asegurar sus bases, comerciar derechos y rutas y contrarrestar el progreso de los rivales coincidió con su nueva posición ventajosa: el poder imperial británico comenzó a ser fundamental para la cosmovisión liberal de *The Economist* de una manera que no lo había sido antes. En el decenio de 1840, el semanario había considerado incluso las colonias de colonos blancos como el Canadá ya sea como cargas cuya defensa costaba más de lo que valían o como simples salidas para el comercio y la inversión sobre las que era innecesario ejercer un dominio directo. (Con esa disposición de ánimo, alguna vez quiso que se despidiese a todo el cuerpo diplomático y fuese reemplazado por comerciantes, que "pueden percibir los pequeños desaires en las relaciones con los extranjeros", pero que nunca se disgustan tanto como para arriesgar su vida, mientras que "los representantes que se creen muy importantes provocan conflictos y derramamiento de sangre alegando razones de dignidad".)[94] Era una posición que podía justificarse recurriendo a las ideas de Adam Smith y los fisiócratas, para quienes las colonias se encontraban entre las formas de protección más erróneas y perniciosas. A las prioridades antimercantilistas de éstos, *The Economist* de esos años añadió su teoría de la armonía natural, según la cual el libre comercio significaba paz y buena voluntad no únicamente entre las clases en el país, sino también entre las naciones del mundo.

Ahora bien, una vez que Wilson estuvo en el gobierno, *The Economist* revisó esa temprana visión del *laissez-faire:* donde los intereses imperiales estaban en juego, la guerra podría llegar a ser una necesidad absoluta, que debía ser aceptada. Esa conversión dividió a los partidarios del libre comercio de la década de 1840 y se convirtió en un enfrentamiento épico con las

[93] Barrington, *The Servant of All…*, *op. cit*., p. 268.

[94] Cobden tenía razón al atacar la "codiciosa disposición" del imperio, que implicaba "responsabilidad, cuidado, problemas y gastos sin las ventajas correspondientes". Citando ejemplos recientes de la irritabilidad de los británicos en China, Suiza, Uruguay y Brasil, "podemos ir un poco más allá que el señor Cobden" y reemplazar a todos los diplomáticos por comerciantes: "Nos percatamos de la necesidad de proteger el comercio, pero creemos que el comercio es capaz de protegerse mejor por sí mismo sin la ayuda del Estado que con la ayuda de éste; la interferencia del Estado en otros Estados, aparentemente para la protección del comercio, daña con mayor frecuencia de lo que sirve. Nos tememos que los hombres dedicados al comercio […] llegan a confiar demasiado en los hombres de guerra para procurar esos resultados que sólo pueden obtener mediante su propio trato justo, su civilidad y la asiduidad en sus negocios"; "Our Diplomacy", *The Economist,* 25 de diciembre de 1847.

consecuencias más profundas para *The Economist* y la doctrina del liberalismo que encarnaba, el cual cobró cuerpo a lo largo de una serie de conflictos imperiales interrelacionados desde 1853 hasta 1860. Las guerras contra Rusia y China y los conflictos en la India sacudieron al liberalismo británico en casa y lo moldearon una vez más en el extranjero. Desde entonces, *The Economist* raramente ha dudado respecto a su opinión de que el *laissez-faire* no puede ser mejor fomentado que por medio del cañón de una pistola.

El hito crimeo: la discrepancia entre los liberales

Aunque poco se recuerda hoy, la Guerra de Crimea fue, con mucho, el mayor conflicto armado del siglo de 1815 a 1914; comprendió batallas campales entre las principales potencias en Rusia y los Balcanes, y enfrentamientos navales desde el Mar Negro hasta el Báltico, y desde el Ártico hasta el Océano Pacífico. La guerra fue desencadenada con el pretexto de las disputas religiosas en Palestina, bajo el dominio de los otomanos, y estaba en juego el destino del Imperio otomano en sí mismo —una gran parte del cual todavía comprendía el sureste de Europa—, al igual que el asunto de cuál de los depredadores rivales lo dominaría o desmembraría: Rusia, en el Oriente, o la Gran Bretaña y Francia, en el Occidente. La fiebre de la guerra se apoderó de la prensa británica a finales de 1853, cuando llegó a Londres la noticia de la destrucción de la flota otomana en Sinope, en el Mar Negro, después de un bombardeo naval que lanzara por sorpresa Rusia; sin embargo, ya desde un año antes de la "vergonzosa y melancólica carnicería" de Sinope, *The Economist* había estado clamando por una solución armada a la "cuestión oriental" —es decir, la guerra con Rusia—, antes; es decir, que una gran parte de la prensa —desde la *Westminster Review* y *The Spectator* hasta *The Times*— hiciese suyo el mismo reclamo.

Los editorialistas de *The Economist* descartaron la dimensión religiosa de la cuestión: las disputas entre la Iglesia ortodoxa rusa, la católica francesa y las protestantes por el control de los lugares sagrados de Jerusalén y Belén eran una excusa para que sus respectivas naciones "picotearan los desafortunados despojos de la Puerta". El problema radicaba en otra parte; si la Gran Bretaña no intervenía con el propósito de apoyar a los otomanos en contra de los rusos, su propio imperio en el Oriente Cercano estaba en peligro:

> Rusia tendrá el mando de Constantinopla y los Dardanelos […] estará más cerca del Levante que nosotros […] su mando sobre la Corte otomana podría en cualquier momento inducirla a cerrarnos el istmo de Suez, o bien obligarnos a participar en la guerra para prevenir semejante catástrofe. Es perfectamente obvio que nuestro interés requiere de modo imperativo que Egipto esté en

> nuestras manos o en las de un poder naturalmente amigable y realmente independiente.[95]

Al elaborar su argumentación para intervenir en la guerra, *The Economist* pregonó su ruptura con aquellos que sostenían que el libre comercio significaba en automático la paz o predicaba la "odiosa y superficial doctrina" de la no injerencia en los asuntos extranjeros, incluso en presencia de "los soberanos bárbaros que oprimen a sus súbditos o de los Estados poderosos que intimidan y dividen a sus vecinos más débiles". Las justificaciones éticas y comerciales para la guerra con Rusia se fusionaron en una: "la independencia turca", "la integridad territorial", "la justicia, el honor y la existencia nacional" aparecieron junto con las advertencias a los empresarios británicos de las consecuencias de permitir que el zar Nicolás tomara Constantinopla:

> Que cualquiera que valore a la India y esté preparado para mantenerla y defenderla, que considere a Inglaterra como un gran imperio y no como una pequeña tienda y que sepa cuánto depende incluso nuestra seguridad de nuestra supremacía naval y especialmente mediterránea, profese la voluntad de permitir que Rusia se establezca en el Bósforo y el Egeo, y considere como una cuestión indiferente el que la llave para abrir nuestra comunicación con el Oriente la tenga un amigo inofensivo o un rival formidable, eso, confesamos, supera nuestra capacidad de comprensión.[96]

Cuanto antes estallara la guerra, mejor, porque una "paz precaria y mal concebida es casi tan fatal y desalentadora para el comercio como las hostilidades reales".[97]

A finales de 1854, Palmerston y los partidarios de la guerra en el Parlamento y la prensa habían presionado a un gabinete cauteloso encabezado por Aberdeen para que diese un ambicioso golpe contra Rusia, con un plan para apuntalar los intereses británicos en el Oriente Cercano mediante la oferta de franjas del Báltico a Prusia, de los Balcanes a Austria y del Cáucaso a Turquía. La Gran Bretaña y Francia peleaban como aliados, porque cada cual detestaba ver que la otra parte se beneficiase del resultado: la Gran Bretaña observaba con particular sospecha los reclamos de Francia en Levante,

[95] "War with a Despot" y "Eastern Question", *The Economist,* 31 de diciembre y 26 de marzo de 1853, respectivamente.

[96] "The Turkish Crisis", *The Economist*, 6 de agosto de 1853. El zar Nicolás, presunto defensor de los más de 10 millones de cristianos que vivían bajo el dominio otomano, pudo poner sus ambiciones territoriales bajo un halo de religiosidad que se les negaba a los británicos y a los franceses: el hecho de que su aliado fuese un Estado musulmán los impulsó a encontrar justificaciones liberales para la Guerra de Crimea.

[97] "The Cloud in the East", *The Economist,* 24 de septiembre de 1853.

que entraban en competencia con los suyos. *Lord* Raglan, el anciano comandante británico que había perdido el brazo derecho en Waterloo, confundía en ocasiones a los franceses con los rusos.[98] De principio a fin, la expedición conjunta fue un desastre: los soldados franceses y británicos llegaron al pestilente Delta del Danubio en verano y fueron enviados a Crimea sin mapas, equipo adecuado, comida o medicinas, y se congelaban al comienzo del invierno. Las batallas de Alma y Balaclava estuvieron repletas de errores tácticos; el sitio de Sebastopol se convirtió en el más largo en esa época de la historia registrada; los mismos periódicos que habían clamado por la guerra enviaban ahora, por primera vez, imágenes e historias horripilantes desde la línea del frente.

Con todo, *The Economist* no estuvo entre ellos; el artículo "Our Gallant Army in the Crimea" representó al moribundo mariscal Saint-Arnaud profundamente conmovido por el comportamiento del número de tropas británicas opuestas a las suyas en la batalla de Alma, y, antes de exhalar su último aliento, dijo: "La valentía de *lord* Raglan rivaliza con la de la Antigüedad". El resto de ese artículo fue un despacho de… *lord* Raglan.[99] Al disolverse las expectativas de una victoria rápida, la cobertura de *The Economist* intentaba unir a la opinión pública para apoyar una lucha homérica que "puede imponer una dura prueba a toda nuestra resistencia […] el comienzo de ese gran conflicto entre la libertad y el despotismo que Canning y Napoleón predijeron por igual como inevitable". Les recordaba a los lectores la naturaleza del enemigo, "al que conocemos como un contrincante resuelto, instintivo y concienzudo de todo lo que consideramos más querido y sagrado: los derechos humanos, la libertad civil, el progreso ilustrado"; peor aún: "La libertad de comercio, la libertad de movimiento, la libertad de pensamiento, la libertad de culto, todo está proscrito como pecado mortal en el Decálogo de Moscovia". Al dar las gracias al aliado del país, explicó: "Solas, Francia e Inglaterra se aventuran a hacer frente al terrible Coloso", el que, de no ser por el valor de las naciones aliadas, "reinaría sobre Europa, desde los Montes Urales hasta los Alpes y los Apeninos, si no hasta los Pirineos, sin rival y sin freno".[100]

Los esfuerzos diplomáticos por alcanzar una paz negociada se malograron desde el principio. *The Economist* se puso del lado de Palmerston, entonces primer ministro, que deseaba mantener a Francia en la guerra a toda costa —con 310 000 hombres en armas, en comparación con los 98 000 de la Gran Bretaña, la voluntad de luchar de Francia ya había comenzado a disminuir antes— y expandir las operaciones, desplegando un ejército para atacar a Rusia a través del Báltico. "¿Paz a cualquier precio o guerra a cualquier costo?": ésta era la forma incorrecta de ver el problema. "La manera correcta

[98] Orlando Figes, *Crimea: The Last Crusade,* Allen Lane, Londres, 2010, p. 176 [edición en español: *Crimea: la primera gran guerra*, trad. de Mirta Rosenberg, Edhasa, Barcelona, 2012].

[99] "Our Gallant Army in the Crimea", *The Economist,* 14 de octubre de 1854.

[100] "True Purpose of the War", *The Economist,* 2 de diciembre de 1854.

consiste en preguntarnos: ¿los objetivos a que apuntamos son justos? Si lo son, debemos luchar por ellos hasta la última gota de nuestra sangre y el último soberano en nuestras arcas."[101] Más o menos en esos días, *The Economist* finalmente reconoció que el cólera y el tifus estaban matando más soldados que los rusos; con todo, al semanario le parecía que, al menos, la Gran Bretaña "nunca fue servida por hombres más capaces o más celosos o más honestos" y, con el beneficio de la retrospectiva, incluso fue capaz de extraer algunas lecciones del naufragio;[102] en febrero de 1856, poco antes de que se firmara la Paz de París con su consentimiento dado a regañadientes, declaró que, gracias a "los recursos intactos del imperio, nunca hubo un año de mayor o más uniforme prosperidad".[103] Al final, 21 000 soldados británicos murieron, 16 000 por enfermedades, por exposición al frío o de hambre, junto con 100 000 franceses, 120 000 turcos y 450 000 rusos.[104]

Algunas de las actitudes belicosas de *The Economist* pueden explicarse por el hecho de que Wilson y Greg eran agentes del gobierno, lo que convirtió al semanario en un álbum de recortes de su servicio de guerra. Dejando a un lado sus escrúpulos anteriores, Wilson defendió a Cornewall Lewis incluso cuando, en 1855, este último provocó una protesta entre los partidarios del libre comercio por haber aumentado los aranceles del azúcar, las bebidas espirituosas, el café y el té.[105] Se necesitaba otorgar un préstamo de cinco millones de libras esterlinas a Turquía, que Wilson ayudó a negociar. Roció algunos editoriales con detalles de sus reuniones en París con *lord* Cowley, embajador en Francia, y Achille Fould, ministro de Finanzas francés, y aseguró el puesto de comisionado de Aduanas para Greg —quien también se encontraba en París, transcribiendo sus conversaciones con el antiguo pri-

[101] "War or Peace?" y "A New Way to Peace", *The Economist,* 19 de mayo y 2 de junio de 1855, respectivamente.

[102] "Reflexionemos con la más profunda gratitud, pero también con un terror saludable, sobre cuál habría sido nuestro destino si esas asombrosas revelaciones […] nos hubiesen sorprendido en medio de una lucha en nuestras propias costas, en lugar de a una distancia de 4 800 kilómetros, ¡y con los franceses como nuestros atacantes, en lugar de como aliados!"; "The Practical Good to Be Educed from Our Disasters", *The Economist,* 27 de enero de 1855.

[103] "The Balance Sheet", *The Economist,* 9 de febrero de 1856.

[104] F. D. Munsell, "Crimean War", en *Victorian Britain: An Encyclopedia,* Sally Mitchell (coord.), Routledge, Londres, 2011, pp. 202-203, y Figes, *Crimea…*, *op. cit*., pp. 483 y 488.

[105] Wilson se valió de *The Economist* para promocionar la posición del gobierno respecto a la guerra, así como las políticas que los aliados favorecían en ella. A instancias de *lord* Clarendon, antes de distribuir una circular del Tesoro con el mismo propósito, publicó el editorial sobre si podía seguir adelante su política comercial de guerra, en el que se argumentaba que el bloqueo británico de Rusia debería dar paso a un embargo comercial total; "Our War Commercial Policy: Can It Be Continued?", *The Economist,* 30 de septiembre de 1854. Wilson restó importancia al costo de la guerra y al hecho de que la deuda financiaba la mayor parte de ella; "The Balance Sheet", *The Economist*, *op. cit*. Astronómicamente más que los 2.84 millones de libras esterlinas presupuestados en 1854, costó cerca de 76 millones de libras esterlinas… dos tercios de ellos provenientes de préstamos. Olive Anderson, *A Liberal State at War: English Politics and Economics during the Crimean War,* Macmillan, Nueva York, 1967, pp. 201-206 y 261-263.

mer ministro François Guizot—. En tiempos de guerra, Londres había sido un torbellino similar de préstamos a sus aliados y socialización con ellos, en cuyo centro se hallaba Wilson: bailes en honor a Luis Napoleón, ceremonias de entrega de medallas a los héroes lisiados y cenas fastuosas; en una de éstas, Ferdinand de Lesseps le presentó a Wilson sus planes para el canal de Suez mientras degustaban el budín y mientras el poeta Matthew Arnold, otro invitado, examinaba la propuesta.[106]

Ni las intervenciones editoriales de Wilson ni su vida social pasaron inadvertidas en el mundo liberal en general, con el que se había mostrado en desacuerdo en lo tocante a la política exterior ya en 1850.[107] Cobden y Bright se opusieron furiosamente a la Guerra de Crimea y tenían críticas feroces que hacer a los anteriores hermanos de armas que le habían prestado apoyo; sin embargo, Wilson pertenecía a una clase aparte: su traición no fue solamente personal, en vista de la ayuda que le habían brindado para fundar *The Economist,* sino también política: los tres habían compartido antes una visión del imperio como un residuo feudal. En los primeros panfletos de Cobden, el libre comercio era quizás un tema menos pronunciado incluso que los males de las guerras extranjeras; en el titulado *England, Ireland and America,* escrito en 1835, cuando tenía 31 años de edad, resumió su postura, que no cambió. El comercio era "la gran panacea", lo único, en marcado contraste con la insensata intromisión en el extranjero, que probablemente propagaría las instituciones liberales: "De nuestras costas no sale un solo fardo de mercancías que no porte las semillas de la inteligencia […] a los miembros de alguna comunidad menos ilustrada; ningún comerciante visita nuestra industria manufacturera que no regrese a su propio país como misionero de la libertad, la

[106] Acerca de la posición de *The Economist* en lo tocante a los presupuestos, los préstamos y la banca en tiempos de guerra, véase "The War Budget and Its Principles", "The Money Market, the Rate of Interest, and the War" y "The Banks of England and France", *The Economist,* 11 de marzo de 1854 y 8 y 22 de septiembre de 1855, respectivamente. Respecto al chismorreo político, véase la columna "Foreign Correspondence" de *The Economist* de 1855 a 1856. En cuanto a las actividades sociales y políticas de Wilson y Greg, véase Barrington, *The Servant of All…*, *op. cit*., pp. 272-282, 252 y 293.

[107] *The Economist* tuvo desacuerdos previos con Cobden; pero, debido quizás a que su escala fue relativamente pequeña, no llevaron a un rompimiento o al revisionismo. En el asunto de Don Pacífico *(Don Pacifico Affair),* por ejemplo, la Gran Bretaña afirmó haber enviado buques de guerra a Grecia en ayuda de un comerciante judío nacido en Gibraltar cuya casa resultó saqueada durante un disturbio en Atenas en 1847. La lección del episodio, según *The Economist*, era "el hecho orgulloso de que, por humilde que sea la condición del hombre, así sea sólo un súbdito inglés […] la autoridad y el poder de Inglaterra están a la mano para asegurarle cierta justicia contra los ultrajes y las pérdidas no merecidos […] Es una convicción que da confianza al comerciante inglés y asegura el éxito para su empresa, y le garantiza respeto y seguridad dondequiera que vaya"; "The Greek Claims", *The Economist,* 15 de junio de 1850. Una semana después, Cobden atacó esa actitud en la Cámara de los Comunes como una parodia de liberalismo; Cobden, *Speeches on Questions…*, *op. cit*., p. 227.

paz y el buen gobierno".[108] En los primeros años de *The Economist,* Wilson dedicó innumerables editoriales a demostrar cómo funcionaba ese proceso en la práctica. En la Cámara de los Comunes, Cobden tenía como objetivo recortar los presupuestos de defensa; fuera de ella, se convirtió en un miembro activo de la Peace Society (Sociedad por la Paz). Su lema era el libre comercio, la paz y la buena voluntad: el primero fomentaba de manera natural el segundo, y viceversa. La idea de que un país podría obligar a otro a comerciar libremente, mucho menos a ser libre, nunca le agradó a Cobden: consideraba ultrajante e hipócrita el hacer un llamamiento a la Real Armada a fin de que abriese mercados extranjeros o protegiese las rutas comerciales y las líneas de comunicación. Ahora, no obstante, los propios liberales con quienes había luchado contra las Leyes del Maíz estaban respondiendo a ese llamado; el hecho de que Wilson, antes el expositor más rígido imaginable de los principios del *laissez-faire*, estuviese ahora entre ellos le causó una conmoción.

Para Cobden, el lenguaje utilizado por *The Economist* y el resto de la prensa de línea dura —"integridad del Imperio turco, equilibrio de poder"— eran "palabras sin significado, simples ecos del pasado, adecuadas en las bocas de la *whiggery* senil".[109] Wilson era un "ayuda de cámara del ala *whig*" y su deserción era sintomática de una defección general de los miembros acaudalados de la Liga.[110] En diciembre de 1855, cuando le preguntaron si había leído el último *The Economist,* que había respaldado un ultimátum beligerante a Rusia, Cobden respondió: "Nunca leo *The Economist,* aunque pesa sobre mi conciencia el hecho de que participé principalmente en echarlo a andar. Siempre fue una revista carente de imaginación hasta la bobería y aburrida, incluso cuando era honesta; pero leer argumentos sofisticados en un estilo no mejor que el de Wilson es una tarea a la que no condenaría a un perro",[111] y, en una carta a Bright, le preguntó: "¿Has oído que Greg tiene

[108] Cobden deseaba oponerse a la idea entonces generalizada de que la Gran Bretaña debería intervenir para proteger a los polacos de los rusos. En su panfleto, que abordaba el asunto con meticulosidad, preguntaba cómo podía la Gran Bretaña pensar en intervenir sobre esa base con la desgraciada situación de Irlanda que tenía a su puerta; todo el imperio —añadía— estaba "plantando, apoyando y gobernando países", y "tan agradable para nuestro orgullo nacional ha sido el espectáculo que nunca nos hemos detenido a preguntarnos si nuestros intereses han sido fomentados por tanta grandeza nominal. No menos de 300 millones de deuda permanente —anualmente se recaudan millones de impuestos directos—, restricciones y prohibiciones a nuestro comercio en todos los rincones del mundo, y, ¿para qué?"; Cobden, *The Political Writings…*, *op. cit*., pp. 21 y 36.

[109] Richard Cobden, *The Letters of Richard Cobden*, vol. I, *1815-1847*, Anthony Howe (ed.), Oxford University Press, Oxford, 2007, p. 452; "Cobden to Frederick Cobden", mayo de 1853, en John Morley (coord.), *The Life of Richard Cobden,* Fisher Unwin, Londres, 1906, p. 613.

[110] J. A. Hobson, *Richard Cobden: The International Man,* T. Fisher Unwin, Londres, 1919, p. 105.

[111] "Cobden to Joseph Parkes", 18 de diciembre de 1855, en Richard Cobden, *The Letters of Richard Cobden,* vol. III, *1854-1859*, Anthony C. Howe (ed.), Oxford University Press, Oxford, 2012, p. 174.

un cargo de comisionado de Aduanas, que Wilson le dio y que, supongo, vale 1 200 libras esterlinas al año y que no interfiere para nada en sus actividades literarias? El estado en el que nuestra prensa ha caído es escandaloso, peligroso para toda opinión pública sensata, y debería ser expuesto con el hacha india *[tomahawk]* del desenmascaramiento".[112]

Por su parte, *The Economist* aporreó a Cobden y a Bright semana tras semana. Cuando Cobden publicó en *The Leeds Mercury* una carta en la que sostenía que la guerra era tan impopular como mal manejada, el semanario comentó: "Pocos ídolos han lamentado o decepcionado tanto a sus fieles como el parlamentario por West Riding […] Cobden se está volviendo insincero […] convirtiéndose en un demagogo ordinario".[113] En 1853 el semanario había recibido con agrado su panfleto en el que criticaba la anexión británica de Birmania, "How Wars Are Got Up in India"; ahora, en 1856, casi la misma postura aplicada a Crimea en "What Next – and Next?" fue tachada de "irracional, débil y desvergonzada".[114] En cuanto a Bright y su "inmoral moralización", el semanario corría el peligro de quedarse sin epítetos: era "la herramienta y el adulador del Gran Perturbador de la paz", el "intrépido abogado y desaforado aliado del zar" y "equivalente a una docena de regimientos".[115] Cuando, en un artículo editorial del semanario, se condenaron de modo fulminante los actos de engaño de él y de Cobden en contra de la nación en armas —el artículo se tituló "The Enemies of Free Institutions"—, Bright se dirigió directamente a *The Economist* en la Cámara de los Comunes, en un discurso con el que atacó el préstamo turco que Gladstone y Wilson habían acordado a espaldas del Parlamento: "Los ocupantes de las bancas del Tesoro entienden que, cuando el país está en guerra, la Cámara de los Comunes debe ser una sombra", y, burlándose del anonimato editorial detrás del que Wilson se había ocultado, comentó:

> Si deseáis conocer las opiniones sobre este tema de los caballeros que se sientan en la banca del Tesoro, os las daré de una revista de gran influencia, la que, según se da por descontado, está bajo el dominio de un hon. y muy hábil caballero* que

[112] "Cobden to John Bright", 11 de agosto de 1856, en Hobson, *Richard Cobden…*, *op. cit*., p. 226.

[113] "Mr. Cobden's Letter and the Russian War", *The Economist,* 10 de noviembre de 1855.

[114] "Literature" y "Mr. Cobden's What Next – and Next?", *The Economist,* 6 de agosto de 1853 y 12 de enero de 1856, respectivamente.

[115] "Nicholas and His Apologists", "The Tactics of the Opposition and the Interests of the Country" y "The Beauties of Bright", *The Economist,* 9 de diciembre de 1854, 6 de octubre de 1855 y 2 de febrero de 1856, respectivamente.

[*En la cita del original se lee *"hon. and very able",* esto es, la abreviatura de honorable y, tras el adverbio con el fonema de la erre, la palabra equivalente a *capaz*; pero, tomada en conjunto, la frase *"hon[-o-r]-able"* produce un juego de palabras: es como si se dijera que el sujeto en cuestión, el "honorable (parlamentario)" es a la vez un ejemplar de la *"rabble"* (la plebe), lo que da "un hon… rable y muy plebeyo caballero". (T.)]

> se sienta en esa banca. He aquí un párrafo que apareció en un artículo editorial de ese periódico el 30 de diciembre de 1854 y, por supuesto, las cosas están peor ahora: "Es difícil decir si son los líderes de los radicales o los líderes de los *tories*, ya sean *lord* Derby, el señor Bright o el señor Disraeli, los que se han esforzado en el mayor grado posible para hacer que nos percatemos de lo maliciosas que pueden llegar a ser, en coyunturas críticas, las asambleas legislativas libres. La simple verdad es que, en tiempos de guerra, el gobierno parlamentario es una vergüenza, un peligro y una anomalía, y tenemos que agradecer a los defensores de un sufragio generalizado y a los partidarios de los distritos corrompidos por dejarlo tan en claro: los órganos legislativos son necesarios para legislar y controlar; no son necesarios y no están capacitados para la acción ejecutiva, especialmente en momentos de peligro y dificultad. Cuanto más raramente se reúna el Parlamento y cuanto menos tiempo permanezca reunido durante el lapso en que tienen lugar unas hostilidades, tanto mejor para el país que representa y tanto mejor para su propia dignidad e influencia". Ahora bien, ése es un párrafo [tomado] del semanario *The Economist*.[116]

Bright tenía pocas dudas respecto a dónde llegaría el préstamo para financiar una guerra injusta. Hizo notar que el dinero recaudado no se entregaría directamente a los turcos, sino a una comisión francesa e inglesa:

> Si nos fuera posible, con el conocimiento que poseemos de la historia del pasado, concebirnos como parte integrante del Imperio otomano y súbditos de su gobierno, cuando dos de las potencias de Occidente se aproximan a nosotros y, con el pretexto de defendernos de un enemigo, toman primero los ingresos de Egipto, después los de Siria y, enseguida, los de Esmirna, la entrada y salida de su comercio, y después nombran una comisión para establecerse en nuestra ciudad capital a fin de gastarse el dinero que se requería para sufragar los gastos de nuestro ejército, ¿no deberíamos decir que la gloria de la nación se había esfumado y, con ella, la última sombra de nuestra independencia? ¿No deberíamos decir que las naciones que pretendían ayudarnos no eran sino unos amigos traicioneros?[117]

Bright estaba seguro de que detrás de la retórica de la amistad acechaba el deseo de obtener ganancias y territorio y predijo que no pasaría mucho tiempo antes de que la Gran Bretaña y Francia emprendieran acciones expansionistas en el Oriente Cercano. En eso se equivocaba: los dos aliados en Crimea volvieron su mirada hacia el Oriente Lejano, donde otro imperio atrasado y despótico necesitaba lecciones liberales en el libre comercio.

[116] Véase Parliamentary Debates, 139 (3ª Serie) (1855), ff. 1283-1287.
[117] *Ibid.*, ff. 1287-1290.

La segunda Guerra del Opio

La señal para la segunda Guerra del Opio se dio en octubre de 1856, cuando la policía china arrestó en Cantón a la tripulación china del *Arrow,* una lorcha (un tipo de junco chino) acusada de piratería. El cónsul británico afirmó, falsamente, que el barco llevaba la *Union Jack* (la bandera del Reino Unido), que estaba registrado en Hong Kong y, por lo tanto, de conformidad con un tratado firmado en 1843 (como secuela de la primera Guerra del Opio), los chinos no tenían derecho a detener a nadie a bordo. Entonces, *sir* John Bowring —ministro plenipotenciario, superintendente en jefe de comercio, gobernador, comandante en jefe y vicealmirante de Hong Kong— envió una flota a bombardear Cantón con el propósito de someterla… a pesar de que su gobernador ya había liberado a los cautivos y aceptado sus términos, negándose únicamente a disculparse, porque, como aseveró el gobernador Yeh, el *Arrow* era chino. Por esa última razón, llovieron bombas sobre Cantón durante tres semanas, seguidas de una invasión de cuatro años que terminó con el saqueo de Beijing o Pekín; así fue como se obligó a China a abrirse al comercio y a la cultura occidentales.[118] Francia, Rusia y los Estados Unidos se unieron al ataque, pero la Gran Bretaña y su interés particular en cierto producto dieron su nombre a la guerra. Los ingresos que los británicos obtenían del opio eran tan grandes en ese momento que no solamente mantuvieron a flote la maquinaria estatal en la India, donde se cultivaba la mayor parte del opio, sino que también convirtieron un déficit comercial con Asia en materia de seda, té y cerámica en un superávit general.[119] La demanda de los chinos adictos al opio era grande y el suministro era muy limitado debido a la prohibición que la dinastía Qing había impuesto a ese poderoso narcótico.

El pretexto para la invasión, al igual que la sospecha generalizada de que el tráfico de drogas iba a beneficiarse, provocaron una airada protesta cuando las noticias del "incidente del *Arrow*" llegaron a Londres en 1857. El 24 de febrero *lord* Derby, el líder de la oposición conservadora, presentó una moción para condenar el comportamiento británico como "las demandas arrogantes de una civilización soberbia y sedicente", pero fue rechazada en la Cámara Alta por un escaso margen.[120] Richard Bethell, el fiscal general, asesoró a los ministros en privado: "Podría hacerse una acusación muy seria contra nosotros con base en lo que estipula el derecho internacional, y pro-

[118] McCarthy, *A Short History…*, *op. cit*., p. 164.

[119] J. Y. Wong, *Deadly Dreams: Opium, Imperialism, and the Arrow War in China,* Cambridge University Press, Cambridge, 1998, pp. 9-10, 335-365 y 411-412; Carl A. Trocki, *Opium, Empire and the Global Political Economy,* Routledge, Londres, 1999.

[120] Parliamentary Debates, 144 (3ª Serie) (1857), ff. 1155-1245.

bablemente se hará en la Cámara de los Comunes".[121] Cobden intervino días después con una moción de censura que, aprobada por 16 votos en un debate maratónico, derribó al gobierno de *lord* Palmerston, por lo que se convocó a elecciones.

Tras bambalinas, Cobden exhortó a sus relaciones en la prensa a exponer no solamente la ilegalidad de las acciones británicas, sino también los argumentos de libre comercio con los que algunos las justificaron. Comparando los bajos aranceles cobrados en China favorablemente con los de Europa y volviéndose contra los parlamentarios cercanos a Wilson, desde Clarendon hasta Porter, Cobden escribió: "No hay un gran imperio donde nuestro comercio goce de la cuarta parte de libertad"; asimismo, denunció a todos los grupos que respaldaban la guerra, desde los "bomberos de Mánchester" y "la Asociación China de Liverpool" hasta las intrigas de París, Londres y Washington, pasando por los misioneros en alianza con ellos: "¡Dios ayude a los cristianos que piensan en hacer que su religión sea aceptable después de una Guerra del Opio, porque, sin duda alguna, solamente una interrupción de las leyes de la naturaleza humana por interposición divina especial podría tener ese resultado!"[122]

En esa ocasión, la violenta reacción liberal contra toda crítica de las acciones de la Gran Bretaña en el extranjero fue mucho más venenosa que en el caso de Crimea. Bowring, el funcionario en el centro de los acontecimientos, era un intelectual liberal de gran prestigio, antiguo editor de *The Westminster Review*, discípulo y albacea literario de Bentham, miembro de la Liga y de la Sociedad de la Paz, un inconformista y antiguo parlamentario radical que, en una ocasión, exclamó ante una multitud en Bolton: "Jesucristo es el Libre Comercio, y el Libre Comercio es Jesucristo"; asimismo, había sido amigo cercano de Cobden y Bright.[123] *The Economist* defendió a Bowring:[124] había actuado un poco "precipitadamente", pero el reprenderlo o retirarlo

[121] Con mucho, el mejor tratamiento de la conexión entre el liberalismo y el imperialismo expuesta durante la segunda Guerra del Opio se encuentra en el artículo de John Newsinger, "Elgin in China", *New Left Review,* núm. 15, mayo-junio de 2002, pp. 119-140.

[122] "Cobden to Richard", 13 de abril de 1857, en Hobson, *Richard Cobden, op. cit*., p. 210.

[123] En 1842, la revista semanaria *The Illustrated London News* describió a Bowring como "uno de los filósofos reformistas de la época, un caballero que ha dado su vida a los idiomas y al liberalismo, un viajero, un comerciante, un partidario de Bentham". Siendo parlamentario, se había opuesto al comercio de opio; pero cambió de opinión debido en gran medida a que, en 1856, estaba endeudado con Jardine Matheson, uno de los traficantes de opio más colosales del mundo, del que su hijo era un empleado; véase G. F. Bartle, *An Old Radical and His Brood,* Janus, Londres, 1994, pp. 11, 36, 58-59 y 90.

[124] Bowring había sido aclamado anteriormente en 1855 por haber negociado un tratado con Siam "que abre todo ese rico país a la empresa europea […] El viejo sistema de monopolios ha sido abolido y se cobrará un arancel de sólo 3% sobre todos los artículos. A los súbditos británicos se les va a permitir establecerse en el país, construir viviendas, cultivar la tierra y comprar y vender sin restricciones"; *The Economist,* 25 de agosto de 1855. El opio también debía ser admitido libremente.

sólo sembraría daños; además, aun cuando hubiese cometido un error y sus acciones fuesen técnicamente ilegales, e incluso si, "respecto a ese comercio ilícito, nuestras manos no están limpias [una alusión al opio], todos declaran que una relación satisfactoria, segura y digna con ese pueblo arrogante y cruel es imposible hasta que hayan recibido un castigo severo". El semanario no temía por los europeos residentes en China, "porque el mismo correo que portará esta noticia llevará tales refuerzos que el desafiarlos significará oposición y un peligro".[125] En retrospectiva, había un hilo que se extendía entre las guerras de Crimea y Cantón: "El comercio es una necesidad de la sociedad tanto como el aire, la comida, la ropa o el calor"; por consiguiente, las intervenciones eran similares a las operaciones humanitarias.

> Podemos arrepentirnos de la guerra […] pero no podemos negar que ha tenido grandes ventajas como consecuencia. Así como el mejoramiento de Turquía y Rusia será efecto de la guerra ahora felizmente finalizada, así sucederá en el caso de cualquier guerra con China que dé por resultado llevar a su pueblo a entablar de manera más cabal una comunicación comercial con todas las demás naciones […] liberándolo de la tentación de matar a los niños, de permitir que los ancianos mueran por falta de alimento y de exterminar a grandes números por interponerse unos en el camino de los otros.[126]

The Economist y sus aliados prevalecieron en lo concerniente a la opinión pública, a pesar de la victoria de Cobden sobre Palmerston en el Parlamento. En las elecciones subsiguientes Palmerston llevó su campaña al campo, con un manifiesto reimpreso de manera incesante que decía: "Un bárbaro insolente que ejerce la autoridad en Cantón ha violado la bandera británica". Prácticamente todos los del "Partido de la Paz" fueron expulsados de sus cargos, entre ellos Cobden, Bright y Thomas Milner Gibson.[127] *The Economist* estaba exultante: ésa era una prueba de quién representaba en realidad a las clases medias; no las reliquias de Mánchester "extinguidas" por su pacifismo, sino el nuevo Partido Liberal. Bright debía reflexionar en el "pecado impenitente" de su "desprecio de todo sentimiento y decoro patrióticos", en lugar de culpar a los electores que, aun cuando estaban tan interesados en la paz, la reducción del gasto y la reforma como siempre, defendían con firmeza la bandera. Diez años después de la derogación de las Leyes del Maíz, no eran ellos sino Bright quien había cambiado; no entendía a los verdaderos hombres de Mánchester, y *The Economist* se esforzó por educarlo por todos los medios:

[125] "The Chinese Debate and Its Issue", *The Economist,* 7 de marzo de 1857.

[126] "Our Prospects and Our Difficulties", *The Economist,* 14 de marzo de 1857. Véase también "Peace the Result of Free Trade", *The Economist,* 9 de mayo de 1857.

[127] McCarthy, *A Short History…*, *op. cit*., pp. 166-167.

> Así como la riqueza corporal no es su *única* búsqueda, son patriotas y también fabricantes. Piensan que los hombres y los ciudadanos tienen más objetivos por los cuales luchar que el mero bienestar material. No les molestó el pago de 100 o 1 000 libras de su suscripción a la Liga por la derrota de la Protección, y probablemente no les molestarían las 100 o 1 000 libras pagadas al Tesoro Nacional por repeler la agresión rusa. No les gustaba ser sometidos al desprecio y el odio del mundo por calificárseles como hombres que no tenían idea ni objetivo más allá de sus libros de contabilidad, como la encarnación del egoísmo frío, insensible y estrecho.[128]

Cobden extrajo lecciones más radicales de su derrota que Bright y le aconsejó a este último que se tomara un descanso de la política y abandonara su escaño en Mánchester. Hizo estas reflexiones:

> La gran clase capitalista formó una base excelente para el movimiento contra la Ley del Maíz porque tenía monederos inagotables, que abrieron libremente en un concurso donde no sólo estaban en juego sus intereses pecuniarios sino también su orgullo como "una orden"; pero dudo mucho que ese estado de la sociedad sea favorable a un movimiento político democrático.[129]

En otra carta se quejó amargamente de lo que *The Economist* había llegado a ser y de su función de impulsar la postura del gobierno en la guerra:

> Jemmy Wilson escribió unos panfletos aburridos y pronunció unos discursos más aburridos, pero, aun así, siguió mostrando cierta pertinacia escocesa para mantener viva la agitación en las metrópolis. Cuando disolvimos nuestra organización, se envió una circular litografiada a todos sus suscriptores para recomendarles que apoyaran a *The Economist*. Ésa fue la base de la fortuna de Wilson, que anteriormente estaba en muy mal estado [… y] se convirtió en los peldaños que lo llevaron al cargo […] ¿Qué más natural que el hecho de que el semanario se convirtiese en el obsequioso servidor del gobierno o que las páginas de *The Economist* fuesen empleadas para atacar a los dos hombres que echaron los cimientos de todo ese éxito, si sucede que ya no están en favor de los dispensadores de mecenazgos?[130]

Bright ignoró al semanario y sólo escuchó de manera parcial a Cobden; unos meses más tarde, en ese año de 1857, aceptó ocupar un asiento vacante

[128] "Results of the Elections" y "Mr. Bright and His Retiring Address", *The Economist,* 4 y 18 de abril de 1857, respectivamente.

[129] "Cobden to Parkes", 9 de agosto de 1857, en Morley, *Life of Richard Cobden…*, *op. cit*., p. 663.

[130] "Cobden to Mr Richard", 16 de junio de 1857, en Hobson, *Richard Cobden…*, *op. cit*., pp. 218-219. "Lo mejor es un estilo animado, breve, arriesgado pero sensible que logra poner en evidencia a esas personas", afirmó Cobden, que tenía destinada una parte de ese material para *The Morning Star*.

en Birmingham… al mismo tiempo que llegaban a la Gran Bretaña las noticias de un sangriento levantamiento en la India.[131]

La India y el motín indio

En el clima de temor y venganza que los informes acerca del motín indio generaron, se corría el riesgo de que las críticas al imperio se volviesen aún más impopulares, poniendo en peligro las posibilidades de reelección de Bright, por lo que Cobden lo instó a moderar su tono, al menos en público. En privado, ambos condenaban "el estado depravado e infeliz de la opinión pública"; Cobden se preguntaba qué propósito había en hacer campaña: "Considero que nosotros, en cuanto nación, somos poco mejores que bandidos, asesinos y envenenadores en nuestros tratos en este momento con la mitad de la población del mundo".[132] No obstante, una vez de regreso en el Parlamento, Bright se volvió más audaz, e informó a sus electores de Birmingham que el Imperio "[era] una pérdida positiva para el pueblo" y "ni más ni menos que un gigantesco sistema de actividades al aire libre para la aristocracia de la Gran Bretaña". Las justificaciones para combatir contra Rusia y China, "introduciendo tela de algodón con balas de cañón", fueron "excusas vanas, tontas y miserables para hacerles la guerra"; además, la India era "un país que no sabemos gobernar", y los indios tenían justificaciones para rebelarse en contra del dominio británico en el subcontinente, donde la conquista de Oudh, "con la que nuestro gobierno había firmado recientemente un tratado solemne", fue "una gran inmoralidad y un gran crimen, y hemos cosechado retribución casi instantánea con la revuelta más numerosa y sanguinaria que quizá ninguna nación haya llevado a cabo en contra de sus conquistadores".[133]

A Wilson le pareció tan alarmante ese último párrafo sobre la India que, cuando vio a Bright en la Cámara de los Comunes unos meses más tarde, obtuvo garantías de este último de que se había "dejado llevar mucho más lejos de lo que pretendía". Wilson transmitió esas garantías a Cornewall Lewis, quien quería saber si Bright cooperaría en la reforma electoral en caso de que los *tories* fuesen expulsados y se formase un nuevo ministerio liberal, que inevitablemente incluiría a Palmerston o a Russell, los mismos hombres a los que Bright estaba criticando con severidad por su conducta criminal en los asuntos imperiales y exteriores.[134]

[131] James L. Sturgis, *John Bright and the Empire*, Athlone, Londres, 1969, p. 40.

[132] "Cobden to Bright", 17 de octubre de 1858, en E. D. Steele, *Palmerston and Liberalism, 1855-1865,* Cambridge University Press, Cambridge, 1991, p. 121.

[133] "Bright on 29 October 1858 in Birmingham", en John Bright, *Speeches on Questions of Public Policy*, vol. II, Kraus, Nueva York, 1970 [1869], pp. 373-399.

[134] "Wilson to Lewis", 17 de diciembre de 1858, en Barrington, *The Servant of All…*, *op. cit*., vol. II, pp. 103-107; Steele, *Palmerston and Liberalism…*, *op. cit*., p. 122. Wilson le había indicado

A partir de 1857, *The Economist* estaba tan obsesionado como el resto de la prensa con las historias de horror que emergían a raudales de la India británica, donde un motín de soldados indios, o cipayos, en contra de sus oficiales europeos en la ciudad de Meerut, se convirtió rápidamente en una rebelión en toda regla contra la British East India Company (Compañía Británica de las Indias Orientales). En esos momentos la compañía cuasi privada, fundada bajo Isabel I, gobernaba cerca dos tercios del subcontinente indio, a cambio de una anualidad de 630 000 libras esterlinas pagadas a Londres de los ingresos que generaba el territorio bajo su dominio. Tres ejércitos separados marcharon bajo sus estandartes, uno por cada una de las presidencias en las que estaba subdividida la India: Bengala, Bombay y Madrás, con un total de 232 000 tropas indias y 45 000 europeas. El primero de ellos era el más nutrido y homogéneo y venía siendo reclutado desde mediados del siglo XVII entre los campesinos hindúes en Bengala, Oudh (Awadh), Bihar y Benarés. Esos hombres se habían amotinado en un número mucho mayor que en cualquier otro lugar; en un hecho que los contemporáneos atribuyeron a un insulto religioso involuntario, se decía que la infantería de Meerut se había negado a disparar cartuchos untados con grasa de vaca y cerdo, una ofensa tanto para los musulmanes como para los hindúes. En realidad, sus motivos de queja eran estructurales, tanto en el ejército —por los salarios bajos, las malas condiciones de vida y la incapacidad para ascender en las filas, en las que el oficial indio de mayor rango estaba obligado a obedecer a los europeos más jóvenes— como en la sociedad circundante, cuya economía textil, antes extraordinaria, se había derrumbado bajo la avalancha de las telas fabricadas por los británicos, mientras se la mantenía sometida a un modelo comercial de la Compañía de las Indias Orientales basado en la búsqueda depredadora de nuevos ingresos y territorios.[135]

The Economist fue tan despiadado con los indios como con los irlandeses o los chinos. Mientras Elgin ordenaba a las tropas en ruta a China que regresaran a Calcuta, el semanario esperaba que se aplicara de inmediato la justicia a los amotinados por su traición en la "destrucción indiscriminada de hospitales y barracas, de mujeres y niños indefensos", lo que atribuyó de manera despectiva al "carácter nativo […] mitad infantil, mitad salvaje, producto de unos impulsos repentinos e irracionales", más que a cualquier mo-

su deseo de un acercamiento después del regreso de Bright a la Cámara de los Comunes, pero antes de su incendiario discurso, dándole la bienvenida por sus pasados servicios "a la libertad comercial e individual", incluso pese a que Wilson preveía que si "la India [seguía] estando ansiosa y agitada, el consejo del señor Bright a ese país [podía] diferir muy considerablemente del nuestro". Véase "Mr. Bright's Return for Birmingham", *The Economist,* 22 de agosto de 1857.

[135] Saul David, *The Indian Mutiny: 1857*, Liquor Tea Co., Londres, 1879; Penguin, Londres, 2002, pp. 9, 19 y 28-31; Eric Stokes, *The Peasant Armed: The Indian Revolt of 1857,* Christopher A. Bayly (coord.), Clarendon, Oxford, 1986, pp. 1-16.

tivación o plan deliberado coherente.[136] Pensaba que lo peor había ocurrido probablemente a mediados de julio, cuando la caída de Delhi en manos de los rebeldes no logró provocar un levantamiento general: "Las tres cuartas partes del ejército de Bengala —todos los de Madrás y Bombay— y toda la población no militar desde el Cabo Comorín hasta el Himalaya se mantuvieron al margen […] ¿podría haber pruebas más sólidas de que, a pesar de numerosos errores, los nativos de la India consideran el dominio británico como una bendición, antes bien que como una maldición?"[137]

Incluso la "bárbara y traicionera masacre de la guarnición de Kanpur", que, a diferencia de *The Times,* el semanario declinó describir con detalle, apenas perturbó su confianza en el futuro del imperio;[138] en realidad, pronto consideró que el motín fue poco menos que una bendición disfrazada. Un mes después, presentó "The Bright Side of the Picture" con un eufórico tono de optimismo benthamita. Quizás el carácter inglés requería tal conmoción para "sobresaltarnos e infundirnos vigor": "un invierno en Crimea para convencernos de los defectos en nuestra administración militar y un motín universal para abrirnos los ojos en la India". La mera magnitud del desastre dio a los estadistas británicos esa cosa rara, la "*carte blanche* —un campo libre de obstáculos […] somos libres de actuar como el primer día de nuestra existencia imperial".[139] Ese concepto se convirtió en el estribillo de *The Economist:* "Ningún suceso menos horrible podría haber dado a nuestras manos tanta fortaleza". Si los cipayos únicamente hubiesen cometido crueldades comunes y corrientes,

> el gobierno habría sido asaltado de inmediato por un partido fuerte que comparase la revuelta con la de las colonias americanas y recomendase a la nación que no se resistiera a un movimiento patriótico […] Algunas voces elocuentes se habrían alzado, como el señor Bright alzó anteriormente la suya, para advertirle a la nación que le había sobrevenido una represalia justificada debido a sus egoístas sentimientos de avariciosa ambición.
>
> Con todo, ahora todas esas dudas y temores están absolutamente apaciguados […] Todo inglés sabe que el abandonar la India sería cometer un pecado mucho peor en contra de los millones de hindúes que contra nuestra propia nación […] dejándolos a merced de los horrores de una anarquía militar en comparación con la cual el reino del terror de la Revolución francesa fue un modelo de justicia y misericordia […] También en Europa ven cuán impotentes son las razas indias para contener sus propias supersticiones y sus propias pasiones, advir-

[136] "The Indian Army", *The Economist,* 4 de julio de 1857.

[137] "India", "Mind of the Mutiny" y "Delhi, Moghul and British Civilization", *The Economist,* 18 de julio, 19 de septiembre y 31 de octubre de 1857, respectivamente.

[138] "The Indian Sufferers", *The Economist,* 29 de agosto de 1857.

[139] "The Bright Side of the Picture", *The Economist,* 26 de septiembre de 1857.

> tiendo que ninguna veneración de la ley ni del orden civil ni de las obligaciones sociales, adecuada para la forma más rudimentaria de autogobierno, está escrita todavía en su mente […] El comercio con la India terminaría si el poder inglés se retirase.[140]

Las fuerzas británicas recuperaron la iniciativa a finales de 1858, con la ayuda activa o la aquiescencia de los estados principescos del norte y el centro de la India y el desvío de los regimientos de Crimea, Persia y China. Cuando reconquistaron o tranquilizaron a las ciudades sitiadas, en Delhi, Kanpur, Lucknow y otros lugares, las tropas imperiales cobraron una terrible venganza contra poblaciones enteras por considerarlas culpables de ayudar a los rebeldes. *The Economist* hizo notar con aprobación "el severo vigor que brindan las ejecuciones diarias de los amotinados de todas las clases" (a algunos se les disparó frente a la boca de los cañones), pero se preguntaba si los periodistas y oficiales que clamaban por la cabeza de todos los cipayos de un regimiento amotinado, incluso la de aquellos que no habían cometido ningún acto violento, habían pensado en la reacción nacional que eso podría generar, y sostuvo: "Es al menos digno de consideración si la ejecución deliberada de 35 000 hombres o más es una medida para la que el pueblo y el gobierno de Inglaterra están preparados".[141] Cuando la propia Compañía de las Indias Orientales no logró sobrevivir a la sublevación y, en lo sucesivo, Londres asumió el control directo del nuevo Raj británico, *The Economist* dio una cálida bienvenida al cambio.

Nobleza obliga: Wilson en la India

Una de las razones por las que *The Economist* abanderó el nuevo modelo de gobierno para la India se hizo evidente un mes después de que se declarara el estado de paz. El 5 de agosto de 1859, *The Times* anunció que James Wilson había aceptado convertirse en "canciller del Ministerio del Tesoro de la India", encargado de limpiar el costo del motín. Al igual que en Crimea, tal medida excedió las estimaciones que *The Economist* hizo: el número de muertos causados por las desproporcionadas represalias británicas entre las tropas indias y los civiles se calculaba en cientos de miles.[142] *The Times* opinó acerca de la nueva persona designada: "Llevará consigo los hábitos de negocios y la capacidad financiera que hasta ahora muy raramente se ha exhibido en las márgenes del río Hugli [en el distrito de Bengala Occidental], y, si logra hacer

[140] "The Indian Crisis of the Past Year", *The Economist,* 2 de enero de 1858.

[141] "The Treatment of the Sepoy Mutineers" y "The Military Policy of Lord Canning's Proclamation", *The Economist,* 27 de febrero y 15 de mayo de 1858, respectivamente.

[142] Tim Dyson, *A Population History of India: From the First Modern People to the Present Day,* Oxford University Press, Oxford, 2014, p. 95.

que la India llegue a ser solvente y demostrar que puede pagar su propio funcionamiento, habrá prestado un servicio público que no podría ser apreciado en demasía".[143] Wilson hizo una gira de despedida: se mostró con Bowring en un banquete ofrecido por el alcalde de Liverpool; la compañía Cotton Supply Association se reunió con él en Mánchester; la Cámara de Comercio de Bradford le pidió que indujera a los indios a esquilar sus ovejas sólo una vez cada nueve meses para obtener lana y telas más finas, y, 35 años después, regresó a Hawick, donde aproximadamente "70 caballeros escoceses" lo esperaban para brindar por él, y en medio de sus aplausos resumió su trabajo desde que había partido de su lugar de origen: "Por fin hemos resuelto ese gran problema en política: que, bien entendidos, los intereses reales de la sociedad eran comunes a todos por igual". En la India —cuyos intereses también eran "hasta cierto punto idénticos" a los de la Gran Bretaña— prometió aumentar los ingresos y reducir el costo del ejército, que se había más que duplicado de los 11 millones de libras esterlinas que requirió en 1855: "Afirmo que, si no se puede gobernar el país y mantener la paz interna con menos de 21 millones de libras esterlinas, se debe abandonarlo por completo".[144]

Durante su discurso de despedida Wilson agradeció con efusividad a Palmerston, que había intercedido por él muchas veces desde 1848. Al confesar que inicialmente había rechazado el ofrecimiento de un puesto como secretario en la Junta de Control, un órgano parlamentario que supervisaba a la East India Company, dijo que "el noble *lord* me rogó que lo considerara de nuevo", porque "un hombre que ingresa en la vida pública no debe limitarse a las pocas cuestiones en las que se considera experto". En 1856 la reina Victoria había impedido el nombramiento de Wilson para una gobernación en Australia, porque consideró que no era apropiado que un común (un plebeyo) dirigiese un lugar que tenía el nombre de la reina; pero en 1859 Palmerston, siendo ya el primer ministro, lo nombró vicepresidente de la Junta de Comercio, antes de ofrecerle ese cargo tan elevado en la India —más atractivo entonces debido a las promesas de que obtendría un título y un cargo en el gabinete antes de cinco años—;[145] con todo, reflexionó Wilson, sin el tiempo que había pasado en la Junta de la India, "no podría haber asumido el deber que ahora ha recaído en mí".

Durante ese periodo anterior en la Cámara de los Comunes, Wilson buscó que se adoptase el tipo de desarrollo económico que la Compañía de las Indias Orientales no estaba dispuesta a adoptar o lo había hecho con mucha lentitud. La construcción de ferrocarriles respresentó su principal preocupación, y compartía el punto de vista de Bright y otros hombres de Mánchester en el sentido de que eso abriría el vasto interior de la India a los productos industriales británicos y facilitaría la extracción de materias primas como

[143] *The Times,* 5 de agosto de 1859.

[144] *The Times,* 5 de octubre y 29 de septiembre de 1859.

[145] Barrington y Russell Barington, *Life of Walter Bagehot, op. cit.*, p. 286.

lino, lana, añil, azúcar y, sobre todo, algodón, respecto al cual la Gran Bretaña era excesivamente dependiente de América del Sur. Emilie, su hija, recordaba a su padre "planeando esas líneas de ferrocarril indias en la mesa del comedor, líneas por las que, 11 años después, él mismo estaba destinado a viajar".[146] Presionó a los administradores para que se abriera el puerto de Karachi, con la esperanza de tentar a los "comerciantes nativos de Kabul", y personalmente llevó muestras de lana y algodón a las fábricas de Leeds; pero, además, a esos objetivos Wilson añadió otro, una extensión directa de sus preocupaciones como editor y propietario de *The Economist* y ahora canciller de la India: la seguridad de la inversión.[147]

Bagehot, su sucesor en *The Economist*, registró lo siguiente: "Wilson creía que él había sugerido originalmente la forma peculiar de garantía estatal en la que la gente había depositado su fe al enviar tantos millones de capitales ingleses para desarrollar la industria de la India".[148] Esto es curioso, porque, como comprendió Wilson incluso antes de su llegada a la India y con nada menos que la autoridad de Mill para respaldarlo, para obtener resultados liberales podría ser necesario contemporizar en materia de principios liberales, al menos cuando se trataba de lo que comúnmente se consideraban razas retrasadas.[149] Bagehot, que era aún más consciente de ese problema, elogió a Wilson por su pragmatismo: "En un país asiático donde el Estado es la única fuerza motriz, la necesidad, por un lado, de que el gobierno haga algo y, por el otro, el peligro de interferir en la empresa privada,

[146] Barrington, *The Servant of All…*, *op. cit*., p. 145.

[147] *The Economist* acogió con satisfacción lo que en realidad era la nacionalización de la East India Company precisamente por esas razones. El ingreso neto total en 1857 fue, según estimó, de 22 millones de libras esterlinas después de los pagos de intereses de la deuda. Les aseguraba a los tenedores de acciones y bonos de la Compañía de las Indias Orientales (con un rendimiento de 4 a 10% anual) que sus obligaciones serían contadas ya como deuda del gobierno indio, al igual que en los casos de Australia o Canadá, y, por lo tanto, igualmente seguras. "The Financial Obligations of the East India Company", *The Economist*, 2 de enero de 1858.

[148] Bagehot, *cw*, vol. III, p. 344. Si bien Wilson dio su respaldo a una garantía estatal para las compañías ferroviarias, se opuso a una garantía general sobre la deuda india. Su oposición a esta última se basó en la laxitud fiscal que tal garantía podría alentar en la India. En la práctica, las reformas que había impuesto, junto con el dominio político directo que ya ejercía la Gran Bretaña, fueron suficientes, como lo demuestra la inversión que fluyó a la India durante los 20 años siguientes. Véase Varnan G. Kale, *Dawn of Modern Finance in India,* Poona, 1922, p. 51.

[149] Esa excepción a la regla del *laissez-faire* en el caso de los pueblos considerados primitivos está presente, temática y cronológicamente, a lo largo de la obra de Mill, desde la economía política hasta la política. Véase John Stuart Mill, *Principles of Political Economy: With Some of Their Applications to Social Philosophy,* J. W. Parker, Londres, 1848, p. 366 [edición en español: *Principios de economía política: con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social*, trad. de William James Ashley, Fondo de Cultura Económica, México, 1996], y John Stuart Mill, *Considerations on Representative Government,* Parker, Son, and Bourn, Londres, 1861, p. 217. Véase también Pitts, *A Turn to Empire…*, *op. cit.*, pp. 123-160.

haciendo o intentando hacer demasiado".[150] Wilson se despidió de la Gran Bretaña diciéndole a su auditorio: "Soy de los que creen que lo que es correcto en una parte del mundo no puede ser incorrecto en otra", porque "la naturaleza humana es la naturaleza humana en todo el mundo".[151] En la práctica, no obstante, se comportó como si la India requiriera medidas muy diferentes para impulsar el desarrollo capitalista.

Wilson llegó a Calcuta en noviembre de 1859 con su esposa y sus tres hijas mayores, antes de ir a encontrarse con el nuevo virrey de la India, *lord* Canning, en una gira por las Provincias Superiores. Pronto se puso a trabajar, buscando aplicar en menos de un año unas políticas cuya promulgación en Inglaterra había tomado decenas de años. Su primer presupuesto, con el doble propósito de aumentar los ingresos y mantener el orden, incluía políticas a las que antes se había opuesto. Propuso, por ejemplo, un papel moneda inspirado en la Ley Peel de 1844; también se evaluaría el impuesto sobre la renta, que comenzaría en 200 rupias, a pesar de que redujo los gastos en millones de libras. "Estoy apretando el tornillo con mucha fuerza",[152] admitió, si bien intentó hacerlo con tacto. Reciclando su estrategia expuesta en *Influences of the Corn Laws,* trató de mostrar a los hindúes que los impuestos eran muy similares a sus propias leyes antiguas, codificadas en el *Manu-Samhita*.[153] En el ejército su objetivo fue reducir la proporción de nativos indios, asignando a algunos a "un gran sistema policial de organización semimilitarizada", lo que, según él, sería "medio millón más barato" y más seguro para los europeos.[154] Finalmente, estableció un sistema inglés de cuentas públicas, con estimaciones, presupuestos anuales y una auditoría nacional.

No es casualidad que esas decisiones tendieran a aumentar la confianza de los inversionistas extranjeros: Wilson era un gran inversionista y ésa era su intención. Como para subrayar los vericuetos entre el imperio y las finanzas, Wilson llegó a la India precisamente cuando su Chartered Bank estaba abriendo sucursales en Calcuta, Bombay, Shanghái y Hong Kong, sostenido a flote por el opio que fluía con abundancia a China, así como por aquellos productos de nombre más grato a los oídos —los que, por el contrario, realmente mencionó en su prospecto— que circulaban entre China, Java, Ceilán, la India, Manila, Australia y el resto de la región.[155]

Sus reformas hicieron algo más que incorporar a la India a la estructura formal del imperio: la convirtieron en la piedra angular financiera de esa

[150] Bagehot, *cw*, vol. III, p. 345.

[151] *The Times*, 5 de octubre de 1859.

[152] Bagehot, *cw*, vol. III, p. 357.

[153] Sabyasachi Bhattacharya, *Financial Foundations of the British Raj,* Indian Institute of Advanced Study, Shimla, 1971, pp. 4 y 204-206, James Wilson, *Financial Statement*, G. A. Savielle, Bengal Printing Company, Calcuta, 1860, p. 9.

[154] Bagehot, *cw*, vol. III, p. 359.

[155] Ji, *A History of Modern Shanghai Banking…, op. cit.*, p. 43.

estructura. Sin el ejército indio y los ingresos indios que lo pagaban, la Gran Bretaña no habría podido proyectar su poder en África y Oriente Medio ni, mucho menos, en Asia Central, del Sur y del Este; ni el sistema internacional de compensaciones y pagos multilaterales que surgió después de 1858 habría podido parecer tan favorable para la City.[156] Ya estabilizado, el Raj británico atrajo capital de Londres: 286 millones de libras esterlinas, o 18% del total invertido en el imperio desde 1865 hasta 1914. La presencia de tanto capital extranjero, a su vez, hizo que fuese crucial el mantenimiento de la estabilidad y, con ello, el de la confianza de los inversionistas. Sobre todo, se esperaba que la India "mantuviera la fe" de sus acreedores. Entre 1858 y 1898 las remesas promediaron casi la mitad de las exportaciones, y solamente se destinó el 20% al servicio de la deuda y a los "cargos nacionales", un ingenioso sistema por el que la Gran Bretaña cobraba a la India por el costo de explotarla. Mientras tanto, el superávit comercial que la India manejaba con gran parte del resto del mundo le permitió liquidar su déficit comercial con la Gran Bretaña, y a esta última, a su vez, le permitió liquidar cerca del 40% de su propio déficit comercial, principalmente con Europa y América del Norte.[157]

Si bien la misión especial de Wilson concernía a las finanzas, él estaba lejos de mostrarse indiferente a la parafernalia imperial que ello conllevaba: se hallaba entusiasmado con el desafío que representaba la India y con su propio poder para actuar allí, a diferencia de lo que podía hacer en Londres. Describió el "aumento de la capacidad de la mente cuando uno es trasladado a un nuevo escenario", y agregó: "No puedo decirle con qué facilidad se determina aquí la cuestión más importante y grave en comparación con lo que ocurre en Inglaterra"; asimismo, se regocijó de la sofisticación propia de su lugar de trabajo: "El Ministerio del Tesoro de la India es una maquinaria gigantesca. El Tesoro inglés no es nada comparable en lo que respecta a la complejidad, la diversidad y la lejanía de los lugares donde está la acción".[158] Asumiendo con brío su nueva función imperial, le entusiasmaban las sutilezas de la diplomacia fronteriza tanto como disfrutaba el polvoriento caos de los archivos financieros que tenía antes sí:

> Es un imperio muy difícil de manejar que debe ser gobernado mediante el principio de imposición de la civilización en cada área de él. Un día es la frontera de

[156] P. J. Cain y A. G. Hopkins, *British Imperialism: Crisis and Deconstruction,* Longman, Londres, 1993, p. 330, y B. R. Tomlinson, "India and the British Empire, 1880-1935", *Indian Economic and Social History Review,* vol. 12, núm. 4, octubre de 1975, pp. 337-380.

[157] Cain y Hopkins, *British Imperialism*, *op. cit*., pp. 338, 341 y 342. Para una relación de los cargos nacionales *[Home Charges],* véase James Foreman-Peck, "Foreign Investment and Imperial Exploitation: Balance of Payments Reconstruction for Nineteenth-Century Britain and India", *The Economic History Review,* vol. 42, núm. 3, agosto de 1989, pp. 354-374.

[158] Bagehot, *cw*, vol. III, p. 359.

> Sind y una disputa con nuestros jefes nativos que nuestro [diplomático] residente debe contener; otro es una intriga entre Herat y Kabul, con un informe de las fuerzas rusas en el fondo; al siguiente hay una incursión en nuestras fronteras de Punyab que debe ser castigada; después vienen algunos relatos de frialdad, o malentendidos o demandas irrazonables de nuestro aliado en Nepal; otro día siguen algunas incursiones de las tribus salvajes que habitan las montañas en la retaguardia de Assam y hasta Brahmaputra; más tarde nos informan de reyertas en Birmania y Pegu y de disputas entre las tribus montañesas cuyas relaciones con los gobiernos británico y birmano están mal definidas; después tenemos a la India central, con nuestros leales jefes Cindiah y Holkar, príncipes independientes con poblaciones de lo más turbulentas que no se pueden mantener en orden un día sin la presencia de tropas británicas y del agente del gobernador general.[159]

A su partida a la India, Wilson cedió el control nominal de *The Economist,* primero a Greg y, después, al mejor amigo de Bagehot, Graham Hutton, quien permaneció como editor durante su ausencia en Calcuta. En realidad, el semanario sirvió a las ambiciones de su fundador y propietario hasta el final. Cuando surgió la controversia sobre el primer presupuesto de Wilson, Hutton y Bagehot se apresuraron a defenderlo y atacaron a Charles Trevelyan, en esos momentos gobernador de Madrás, quien se opuso públicamente a sus fuertes recortes de gastos, aumentos de impuestos y grandes adquisiciones para el ejército.[160] Wilson estaba indignado por ese intento de socavar su autoridad, pero regañó a sus sustitutos en el semanario, acusándolos en una de sus últimas cartas de dañar sus posibilidades al exagerar su defensa en la disputa.

Trevelyan fue destituido por insubordinación, pero el presupuesto se vio afectado aún más por la tormenta política. En Londres, Bright y *sir* Charles Wood, secretario de Estado para la India, respaldaron al gobernador destituido. Los tres atribuyeron parte de la culpa del motín a una burocracia demasiado centralizada y consideraron que esas tendencias se exacerbaban debido al presupuesto de Wilson. Trevelyan había sido el oficial más responsable de los "esfuerzos de ayuda" durante la hambruna irlandesa y, más tarde, colega de Wilson en el Tesoro, donde ambos habían predicado el más puro *laissez-faire;* sin embargo, no se llevaban bien en lo personal: para Trevelyan, Wilson era un arribista sin escrúpulos cuyo único objetivo en la India era convertirse en canciller del Tesoro en la Gran Bretaña; anticipando la llegada de Wilson a Madrás, le escribió a Wood: "Ordenar un saludo y darle una especie de recepción pública sería divertido". Por su parte, Wilson veía a Trevelyan como impulsivo y vanidoso: "Se cree igualmente capaz de comandar un escuadrón, encabezar a un ejército o regenerar al gobierno civil de un

[159] "Wilson to Bagehot", 19 de julio de 1860, en *ibid.*, pp. 358-359.

[160] "Sir Charles Trevelyan's Minute on Mr. Wilson's Budget" e "Indian Finance and the Madras Protest", *The Economist,* 12 de mayo y 2 de junio de 1860.

país".[161] En los obituarios dedicados a Wilson se implicaba marcadamente que esa última disputa administrativa, junto con la llegada de la temporada de lluvias, determinó que, aquejado de un ataque de fiebre, Wilson, tras murmurarle a Canning algo acerca de "su impuesto sobre la renta" y tiempo después de haber dispuesto, a principios de agosto, su testamento, se fuera "a la cama para nunca volver a levantarse".[162]

[161] El esnobismo de clase impregna los comentarios de Trevelyan sobre Wilson. Humphrey Trevelyan, *The India We Left: Charles Trevelyan, 1826-1865, Humphrey Trevelyan, 1929-1947,* Macmillan, Londres, 1972, pp. 78-87.

[162] Bagehot, *cw*, vol. III, pp. 354 y 360-362.

II. LAS CONDENADAS DUDAS DE WALTER BAGEHOT

Fundador, propietario, editor y político de alto perfil: ningún otro escritor de editoriales de *The Economist* tuvo tantos cargos como James Wilson; pero el nombre más asociado con el semanario al que dio vida no es el suyo, que se desvaneció después de su muerte en la India en 1860; antes bien, la fama duradera aguardaba a Walter Bagehot, su yerno y sucesor, quien sigue siendo no solamente el editor más conocido de *The Economist* sino también un personaje totémico, en sus páginas y fuera de ellas. Atraído tanto por la religión, la literatura, el arte, la historia y los chismes políticos como por los efectos de los aranceles sobre el precio de la sal, Bagehot hace un vivo contraste con Wilson, con intereses mucho más amplios. Además de los resúmenes del mercado monetario, Bagehot escribió dos y, a menudo, tres o cuatro editoriales a la semana sobre los acontecimientos del momento a lo largo de 16 años; en 1861 escribió al menos 31 únicamente sobre la Guerra Civil estadunidense o Guerra de Secesión. A partir de esos artículos anónimos, así como de sus ensayos firmados en *The National Review, The Fortnightly Review* y otras revistas, Bagehot hiló tres importantes obras entre 1865 y 1873: *The English Constitution* y *Physics and Politics* donde describió la evolución sutil y secreta del gobierno en Inglaterra y en el mundo, y *Lombard Street*, sobre las causas y la gestión de las crisis financieras. Y su obra *Economic Studies,* una guía sobre la economía política y sobre la vida de sus teóricos más famosos, quedó inacabada a su muerte, acaecida en 1877.

Ese prospecto le ha granjeado a Bagehot un lugar en las listas de lectura de la clase dominante angloestadunidense desde el periodo victoriano tardío. El jurista James Bryce llamó a Bagehot "una de las mentes más grandes de su generación", y clasificó sus percepciones constitucionales por sobre las de Alexis de Tocqueville y a la altura de las del barón de Montesquieu.[1] Después de examinar una lista que incluía a Thomas Stearns Eliot, Alfred Tennyson, Matthew Arnold, Charles Darwin y John Ruskin, el historiador G. M. Young dictaminó que Bagehot era "el más grande victoriano".[2] Aun cuando John Maynard Keynes tenía algunas dudas sobre su crítica de arte, recomendó calurosamente los estudios de Bagehot sobre el comportamiento de los

[1] W. David Clinton, *Tocqueville, Lieber, and Bagehot: Liberalism Confronts the World,* Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003, p. 2.

[2] S. A. M. Westwater, "Walter Bagehot: A Reassessment", *Antioch Review*, vol. 35, núm. 1, enero de 1977, p. 39; Bagehot, *cw*, vol. xv, pp. 68-81.

hombres de la clase media que florecieron en la Gran Bretaña del siglo XIX, y en 1915 señaló: "Bagehot era un analista psicológico, no de los grandes o los genios, sino de los de una posición intermedia, y principalmente de los hombres de negocios, los financieros y los políticos".[3] Del otro lado del Atlántico, donde Woodrow Wilson era un lector devoto, provinieron los elogios más empalagosos: en 1895, y nuevamente en 1898, el futuro presidente se mostró muy entusiasmado respecto de Bagehot en la revista *The Atlantic Monthly* porque era un placer puro leerlo: era ingenioso y profético y fue la base de su propio análisis de la defectuosa Constitución estadunidense. Wilson mantenía en la pared de su estudio en Princeton un retrato de Bagehot, del que obtenía "mucha inspiración".[4]

A medida que avanzaba el siglo XX, también lo hacía la reputación de Bagehot. En 1967 Harold Wilson, el primer ministro laborista, recordó con cariño cómo en sus días de estudiante en Oxford, mientras preparaba un ensayo (que sería premiado), leía en *The Economist* los artículos sobre la regulación estatal de los ferrocarriles que escribiera Bagehot, "el observador más agudo de la sociedad política y económica en la que vivió".[5] En 1978 Harold MacMillan se dirigió al personal de *The Economist* para inquirir sobre el tema de Bagehot. El antiguo primer ministro *tory,* que contaba con 84 años de edad, hizo una reflexión acerca de las virtudes de Bagehot: era un "aficionado talentoso", "sólido, *zoom* sensato, completamente franco" —"porque, si se quiere llegar a ser el editor de un periódico, ¿qué se puede hacer que sea mejor que casarse con la hija del propietario?"—, que no tenía interés en "teorías y sueños" o en "doctrinas extraordinarias". Después de perder el hilo en una larga denuncia contra la BBC, que había transmitido una noticia falsa sobre su muerte el verano anterior, induciéndolo a sumergirse en la ensoñación de retirar su dinero del banco Coutts y desaparecer en "un pequeño y agradable salón de café" del sur de Francia para jugar a la petanca, Macmi-

[3] J. M. Keynes, "The Works of Bagehot", *Economic Journal*, septiembre de 1915, p. 369.

[4] En 1884 Wilson le confió a Ellen Axson que, en la redacción de *Congressional Government* (1885), hizo un amplio uso de la obra *English Constitution* de Bagehot para argumentar que los Estados Unidos sufrían de un Ejecutivo débil, que el gobierno fundado en un gabinete propio del modelo inglés podría remediar: "Mi deseo y mi ambición son tratar a la Constitución estadunidense como el señor Bagehot […] ha tratado a la Constitución inglesa. Su libro inspiró todo mi estudio de nuestro gobierno […] Él lleva a la obra un método nuevo y original que ha hecho que el sistema británico sea mucho más inteligible para los hombres comunes que antes y que, si pudiera aplicarse con éxito a la exposición de nuestra Constitución federal, desembocaría en algo así como una revelación para aquellos que todavía están leyendo *The Federalist* como un manual constitucional convincente". Ray S. Baker, *Woodrow Wilson: Life and Letters,* vol. I, Scribner's, Nueva York, 1946, pp. 213-214. Aunque Wilson llegó a considerar la presidencia como un cargo más poderoso que el Congreso, siguió admirando igualmente a Bagehot, al que en 1898 llamó "un ingenio y un vidente" en la revista *The Atlantic Monthly*. En lo relativo a los artículos de *The Atlantic Monthly,* véase *CW,* vol. XV, pp. 150-188, y Barrington y Russell Barrington, *The Life of Walter Bagehot, op. cit.*, p. 3.

[5] *CW,* vol. XV, pp. 216-219.

llan llegó a esta conclusión: Bagehot era "el tipo de hombre que me habría gustado muchísimo haber conocido".[6]

Hoy en día la imagen es muy parecida a la que dejó el anciano Macmillan. En 1992, al escritor Ferdinand Mount le pareció que Bagehot todavía estaba "lleno de sentido común varonil" en lo relativo a la Constitución inglesa. "[Era] a menudo ingenioso y muy a menudo encantador, y nunca [decía] simplezas".[7] En 2013 llegaron unas memorias ficticias que era tan fieles a la realidad que los reseñistas tuvieron problemas para discernir quién era su verdadero autor: el historiador Frank Prochaska, que describió a Bagehot como "el victoriano con el que a uno más le gustaría cenar".[8] Los biógrafos de Bagehot lo han visto bajo el mismo resplandor a la luz de las velas, con una virulenta excepción, y generalmente han tenido un interés personal o profesional en hacerlo, relacionado por lo general con *The Economist*.[9] Esto no es sorprendente: *The Economist* no puede entenderse sin Bagehot, como éste tampoco puede entenderse sin el semanario. Los 15 volúmenes de sus *Obras completas* hacen que la atribución de la autoría sea más fácil que en el caso de cualquier otro editor, y revelan tres maneras generales como cambió la fisonomía de *The Economist* y, por medio de éste, al liberalismo. La primera residió en usar un enfoque más agudo de las tornadizas facetas de las finanzas; la segunda, en realizar una aproximación comparativa a las instituciones y los sistemas políticos, con el propósito explícito de descubrir a los mejor adaptados para sostener el fenomenal crecimiento de las finanzas en

[6] Macmillan hizo la siguiente reflexión: "Los tiempos cambian, incluso *The Economist* cambia un poco. Su formato me sorprendió cuando comenzó: solía recordarlo como una revista profesoral bastante aburrida que siempre me reprendía. Todos los artículos comenzaban con: 'El señor Macmillan, en el último esfuerzo de este año, destruyó la economía británica para siempre'. Pero no parecía importar mucho; sin embargo, ahora lo leo para tener noticias sobre todas las regiones del mundo y se ha convertido en lo que se llama 'un documento muy legible'. Brillantemente editado y magníficamente producido. Hoy, cuando venía de Sussex, me preguntaba qué habría pensado Bagehot al respecto. Creo que, en general, le hubiese agradado, porque se adapta a la época y se adapta al momento. Es práctica, es moderna, es objetiva y está al día. Eso es lo que a él le gustaba"; *cw,* vol. xv, pp. 219-222.

[7] Ferdinand Mount, *The British Constitution Now: Recovery or Decline?,* Cornerstone Digital, Londres, 2011, p. 41.

[8] Ferdinand Mount, "All the Sad Sages", *London Review of Books,* febrero de 2014, pp. 9-11.

[9] Sus biógrafos incluyen a Richard Hutton, amigo de Bagehot, en 1878; Emilie Barrington, su cuñada, en 1914; Alastair Buchan, miembro del personal de *The Economist,* en 1958, y Ruth Dudley Edwards, la historiadora oficial de *The Economist,* en 1993. La única evaluación crítica provino del poeta y servidor público C. H. Sisson, en 1972. Este último escribió, execrándolo, que Bagehot fue el "hombre de negocios" por antonomasia, a quien le parecía aborrecible todo lo artístico, primitivo, rural o espiritual: "Se reía de la monarquía, se burlaba de la Iglesia histórica, examinaba a la nobleza con una mirada celosa". En las artes y las letras elogiaba las sabias inversiones de Shakespeare; las dudas esgrimidas por Coleridge, que era peculiar, "se paseaba, hablaba con los estudiantes universitarios o con las mujeres, pero no hacía nada notable, como dirigir un banco". C. H. Sisson, *The Case of Walter Bagehot*, Faber and Faber, Londres, 1972, pp. 127 y 37.

la Gran Bretaña, donde la derrota o la neutralización de las demandas democráticas de la clase trabajadora fueron su máxima prioridad, y la tercera, en fin, consistió en proseguir la indagación de la segunda, pero concentrándose exclusivamente en el extranjero, donde evaluó los costos y los beneficios del imperio.

Walter Bagehot: un banquero nato

Bagehot nació en 1826 en el seno de una próspera y bien relacionada familia de banqueros provinciales. Vincent Stuckey, su tío materno, dirigía el banco y Thomas Bagehot, su padre, era un socio cuyo matrimonio con la viuda Edith Stuckey se había fusionado a las principales familias transportistas, mercantiles y financieras de Langport, en Somerset. La banca fue un telón de fondo de la vida de esa familia, pero, para su hijo, su "mayor tesoro", los Bagehot tenían perspectivas mucho más amplias. Su padre, un sincero adepto del unitarismo, le enseñó historia y filosofía en inglés y francés, y, cuando Walter cumplió cinco años, una institutriz lo introdujo a las novelas y el latín. Su madre, una anglicana, se encargó de su educación moral, llevándolo a la iglesia los domingos por la tarde, aunque inadvertidamente lo introdujo también a unas "realidades más oscuras" durante sus "ataques de delirio".[10] El pequeño Walter era rebelde, montaba un poni llamado Medora y trepaba a los árboles y se rehusaba a bajar de ellos.

Su educación formal se desarrolló en esa vida hogareña liberal. En 1839 dejó la Langport Grammar School (escuela de enseñanza secundaria de carácter selectivo) para asistir al Bristol College, donde estudió a los clásicos, matemáticas, alemán y hebreo. Tres años después, a los 16 años de edad, se matriculó en el University College de Londres, al que los no conformistas enviaban a sus hijos (a diferencia de Oxford o Cambridge, no imponía un examen doctrinal). Siguió incluso más materias: después de historia, poesía y matemáticas, obtuvo un primer lugar en los clásicos, seguido por otro en economía política y en metafísica y, dos años después, una medalla de oro en filosofía. Él y sus amigos dieron inicio a una sociedad de debates, se escribían sonetos y asistían a las reuniones de la Liga contra las Leyes del Maíz.[11] En una reunión de esta última hablaron las estrellas más grandes del movi-

[10] Edith padecía "ataques de delirio": creía que era muda y rompía las ventanas del banco. Bagehot podía devolverle la calma y ofrecerle un rato de diversión tanto a ella como a su medio hermano, Vincent Estlin; en una ocasión dijo: "Todo problema en la vida es una broma en comparación con la locura". Alastair Buchan, *The Spare Chancellor: The Life of Walter Bagehot,* Chatto and Windus, Londres, 1959, p. 23; Bagehot, *cw,* vol. xii, pp. 341-342.

[11] A otros estudiantes puede haberles parecido que Bagehot era mojigato, porque le informó a su arrendador que dos de sus inquilinos se saltaban las clases y los servicios dominicales para tener tratos con mujeres. Norman St. John-Stevas, "Walter Bagehot: A Short Biography", en Bagehot, *cw,* vol. i, pp. 39 y 41-42.

miento; su habilidad oratoria dejó atónito a Bagehot, que le comentó a un amigo: "No sé si eres muy partidario del libre comercio o no, pero a mí me entusiasma Richard Cobden; soy su *adorador*".[12]

Después de graduarse con su maestría en 1848, estudió derecho y obtuvo el título de abogado en 1852. Mientras tanto, comenzó a escribir artículos sobre economía política para la publicación periódica *Prospective Review*, y, en uno de los más audaces, hizo un análisis del reciente tratado de John Stuart Mill, *Principles of Political Economy*. "Tengo muchos problemas con John Mill, que es muy difícil y bastante deprimente —le comentó a Richard Hutton, su mejor amigo—. Estoy tratando de analizar sus puntos de vista sobre las clases trabajadoras."[13] La opinión del propio Bagehot sobre las consideraciones de Mill no era muy buena; le escribió a su madre sobre sus deberes como voluntario en una comisaría de Londres, donde el 10 de abril de 1848 se esperaba una revuelta cartista. Aunque no le entusiasmaba "liarse con el campo de The Honourable Society of Lincoln's Inn [Asociación Profesional de Abogados de Londres] con un bastón de roble" ni mezclarse con los cartistas, cuyo "lenguaje en extremo violento es transmitido gratuitamente al mundo por unos hombres en camisa sucia", consideraba prudentes las precauciones del gobierno: "Con la cantidad de miserias que hay en Londres, la más mínima chispa es peligrosa y no se debe pasarla por alto".[14]

Con todo, un encuentro casual en París fue lo que llevó a Bagehot a volverse en contra de la ley y, al mismo tiempo, reforzó su desconfianza en los movimientos políticos populares que florecieron entre 1848 y 1851, cuando artesanos, trabajadores y campesinos dieron impulso a las revoluciones liberales que sacudieron de manera breve las capitales autocráticas de Europa.[15] Bagehot se aburría en Londres, por lo que en el otoño de 1851 partió a París y fue testigo del último y desesperado esfuerzo por defender el régimen republicano instalado tres años antes; lo que vio —unos trabajadores sin educación que construían barricadas a fin de defender a la Segunda República contra el golpe de Estado de Luis Napoleón antes de que fueran aplastados por el ejército— lo afectó profundamente. Tomó notas y siete "cartas" escritas en París aparecieron en la revista unitarista *The Inquirer*. Tenía la

[12] Una reunión en el Covent Garden en 1844 fue memorable debido a la voz de O'Connell, característica por sus "tonos más altos, muy dignos e impresionantes, y los más bajos muy melodiosos", su ardiente ataque contra la esclavitud y su afán de vincular la causa del libre comercio a la libertad irlandesa. James Wilson, también presente, sorprendió de igual manera a Bagehot en esa ocasión, porque estaba visiblemente molesto por los aplausos dedicados a O'Connell, que no dejaban de interrumpir su propio discurso. Barrington y Russell Barrington, *The Life of Walter Bagehot, op. cit.*, pp. 11 y 122.

[13] *Ibid*., p. 177.

[14] *cw*, vol. XII, pp. 274-275.

[15] Jonathan Sperber, *The European Revolutions, 1848-1851,* Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

provocadora intención de justificar el golpe de Estado ante la opinión liberal en Inglaterra, como una manera de restablecer la confianza entre los tenderos, los comerciantes y las amas de casa, "personas estúpidas que no se ocupan sino de sus cosas y tienen algún negocio en mente", muy preocupadas de que "sus comodidades comunes corriesen un peligro considerable". Agota la lista de las virtudes liberales: "Parlamento, libertad, artículos editoriales, ensayos, elocuencia […] todo es bueno", pero, en un clima como ése, "son secundarios", porque "el primer deber del gobierno es garantizar la seguridad de esa industria que es la condición de la vida social".[16]

Hutton recordaba que, "tratándose de un tema tan grave", las cartas de Bagehot eran "claras y displicentes, incluso frívolas […] se tomó libertades impertinentes con todas las preocupaciones más importantes de los lectores de *The Inquirer*".[17] En privado, Bagehot era incluso insustancial; a un corresponsal le dijo: "Estuve aquí durante el único día de combates fuertes y podré dar conferencias sobre la construcción de una barricada si alguna vez esa noble rama de la economía política se convierte en una fuente de ingresos en Inglaterra",[18] y a otro corresponsal: "M. Bonaparte es merecedor de grandes elogios. Tiene muy buenas botas de dictador, y los franceses sólo quieren que avance pisando fuerte y nada más: que ejerza tranquilamente y con eficiencia la opresión para sacarles de la cabeza su vanidad dogmática".[19]

[16] El golpe de Estado fue ilegal, pero "ningún acto legal o constitucional podría haber dado la misma confianza", y las elecciones, que se celebrarían en mayo, habrían sido violentas si "hubiesen sido precedidas por seis meses de hambruna entre las clases más desposeídas". *CW,* vol. IV, pp. 30-36.

[17] Según escribiera Hutton, Bagehot "no sólo elogió a la Iglesia católica sino que apoyó la violencia militar del príncipe-presidente, atacó la libertad de prensa en Francia, sostuvo que el país era completamente inapto para el gobierno parlamentario y —quizá lo peor de todo— insinuó un panegírico sobre el propio Luis Napoleón, al afirmar que había estado mucho mejor preparado para los deberes de un hombre de Estado por apostar al territorio de lo que lo habría estado estudiando de manera minuciosa las disertaciones históricas y políticas de los sabios y los buenos". *CW,* vol. XV, pp. 106-107.

[18] *CW,* vol. XII, p. 329.

[19] "El espíritu de generalización, que, nos dice John Mill, distingue honorablemente a la mente francesa, ha llegado a esto: que cada parisino quiere que lo golpeen en la cabeza para sacarle las doctrinas y las tonterías"; *ibid*., p. 328. Con su padre, se jactaba de desayunar en el Palais Royal, después de trepar por las verjas, recordándose a sí mismo no correr: "Es un mal hábito correr durante una revolución, alguien puede pensar que eres del 'otro lado' y dispararte", y, cansinamente, concluyó: "Estoy contento de haber tenido la oportunidad de ver esa clase de acontecimiento *una vez,* pero una vez es suficiente, ya que, supongo, hay un toque de monotonía en ese tipo de vista"; Barrington y Russell Barrington, *The Life of Walter Bagehot, op. cit*., pp. 194-196. Su madre recibió una alegre confesión: "En resumen, soy lo que llamarían un *réactionnaire* […] Y creo que estoy con la mayoría: un hábito saludable para que un hombre joven lo contraiga […] Yo mismo me inclino de manera decidida por el presidente en contra de M. Thiers y su grupo en el mundo parlamentario; ni siquiera *yo* puedo creer en un gobierno de abogados y editores de periódicos, y también estoy en contra del Partido Rojo, que, aunque no son insinceros, son demasiado abstrusos y teóricos para un hombre común"; *CW,* vol. XII, p. 326.

La conmoción causada por esas cartas encendió la ambición de Bagehot, pero, dado que no tenía una idea clara sobre cómo dedicarse a la política, en 1852 hizo caso a las insistencias de su padre y regresó a Langport para trabajar en el banco familiar. Por fortuna, el hombre que lo dirigía, su tío Vincent Stuckey, no era un banquero ordinario: había tenido una carrera política en el Tesoro; fue amigo de dos primeros ministros, Pitt y Peel; fungió tres veces de alcalde de Langport y, además, tenía gusto por los epigramas: "Los banqueros son mortales, pero los bancos nunca deberían morir". Stuckey había convertido el banco en una de las primeras operaciones de acciones conjuntas y en una fuerza regional: en 1909, cuando la empresa financiera se fusionó con el Banco de Lancashire, de Parr, tenía siete millones de libras esterlinas en depósitos y una circulación de billetes sólo superada por el Banco de Inglaterra.[20] Animado por esos antecedentes, Bagehot trabajó arduamente durante siete años en una variedad de puestos, incluso como gerente de la sucursal de Bristol.

Ahora bien, después de años de cultivar su mente en Londres, Bagehot descubrió que la contabilidad era una lata. Se quejó con un amigo de la escuela de "haberse involucrado en un pleito 99 veces al día por algún pecado horroroso contra las convenciones de la existencia mercantil", y continuó: "Quizás sabes que mi familia es de comerciantes, armadores, banqueros, etcétera". Cuánto mejor si "admitieran que las sumas son una cuestión de opinión".[21] Entre los contadores "comenúmeros" era un poeta; no obstante, cuando se enfrentaba a los intelectuales, jugaba al filisteo práctico y sensato. Durante un viaje de negocios lo invitaron a una cena donde un erudito entrado en años declaró su intención de llegar al "meollo de toda la maquinaria por la que estábamos gobernados". Después de una pausa, Bagehot intervino de súbito en la charla: "Mi impresión es que el meollo es el fondo *consolidado,* y ¡me gustaría llegar a *él*!" Si alguien tardaba demasiado en elaborar una frase elegante, lo interrumpía y le preguntaba: "¿Cuánto?"[22]

Los artículos de Bagehot de esos años eran principalmente descripciones de escritores ingleses: Cowper, Coleridge, Shakespeare, Macaulay, Shelley, Scott, Dickens, Milton y otros. Al margen de la interpretación de Bagehot del éxito empresarial como una pauta de mérito literario, lo sorprendente es la relación de todas esas vidas con la suya: en cuanto historiador, Scott era preferible a Macaulay, porque el primero le dio al *Cavalier* su merecido: "un estremecimiento de deleite; exaltación por un suceso diario; frenesí por la 'cosa regular'". En cuanto a Shakespeare, por otra parte, lo hacía compartir

[20] Barrington y Russell Barrington, *The Life of Walter Bagehot*, *op. cit*., pp. 56-57.

[21] "Bagehot to Killigrew Wait", 5 de enero de 1853, en *ibid*., pp. 211-212.

[22] *Ibid.*, pp. 62 y 357. Si, además, un "genio" aventuraba una opinión sobre economía política, recibía un manotazo: Ruskin recibió lo suyo, como lo atestigua el título de un artículo de *The Economist* que Bagehot le dedicó: "Aesthetic Twaddle versus Political Economy", *The Economist,* 18 de agosto de 1860.

su punto de vista sobre la gente común; era divertido mezclarse con los humildes, "los tontos jugadores y los tontos porteros". Pero, a fin de cuentas, "era suficiente si cada hombre se enganchaba bien en su propio lugar en la vida", como en *Mucho ruido y pocas nueces (Much Ado About Nothing);* porque, "si todos fueren lógicos y literarios, ¿cómo podría haber carroñeros, vigilantes, calafateadores o toneleros?"[23]

La escritura de ensayos en las horas libres que le dejaba el banco no era suficiente; sin embargo, era en su calidad de banquero, no en cuanto íntimo de artistas, como Bagehot se liberaba de las tareas cotidianas de la contaduría. En 1856 Richard Hutton, entonces coeditor en la *National Review,* le escribió desde Londres para decirle que había recibido una oferta tentativa de William Rathbone Greg para ser editor en *The Economist*. Hutton no estaba seguro y pensó en visitar la tumba de su esposa en las Indias Occidentales antes de decidir; ¿qué pensaba Bagehot al respecto? Éste le respondió: "Uno no recoge ofertas de este tipo en la calle todos los días. Tienes la oportunidad de instalarte en un puesto, que quizá será útil y permanente, y darte un punto de apoyo y una posición en el mundo que es lo que siempre has deseado y es muy necesario para tener comodidad en Inglaterra. Creo que no deberías arriesgarlo por unas *vacaciones*".[24]

Hutton partió a Barbados; pese a ello, Bagehot le escribió a James Martineau, su amigo común, que le consiguió una presentación con Greg, quien, a su vez, le obtuvo una invitación a Claverton Manor, el lugar de descanso de James Wilson en el campo. Después de una visita en enero de 1857 se le pidió a Bagehot que escribiera una serie de cartas sobre la banca. También llamó la atención de las seis muchachas de la casa por reírse de su institutriz alemana, de la que dijo que era "difícil de manejar como un huevo", y por su apariencia: de cabello negro ondulado, barba larga y tupida, alto, delgado, de "piel muy fina, muy blanca" y con un "tono fuerte e intenso concentrado en los pómulos […] se paseaba por la habitación cuando hablaba y echaba la cabeza hacia atrás como lo hacen algunos animales cuando husmean el aire".[25] Un año después ya se había comprometido con Eliza, la hija mayor.

Después de su regreso, Hutton se puso a trabajar como editor, pero Bagehot fue quien de inmediato se impuso como el heredero evidente. Wilson, a quien le agradaba mucho Bagehot, estaba tan emocionado con un ensayo

[23] *CW,* vol. I, pp. 189-190, 213 y 406-408. En ocasiones, el hecho de jugar en ambos lados, o lo que él llamó, siguiendo a San Pablo, su "naturaleza dividida", pesaba sobre Bagehot. Durante esos años, impresionado por la incongruencia entre la mente humana y su empleo, declaró: "Tomado en su conjunto, el universo es absurdo. ¿Cómo puede *un alma* ser comerciante? ¿Qué relación con un ser inmortal tiene el precio de la linaza, la caída [del precio] de la mantequilla, la tara del sebo o el corretaje del cáñamo? ¿Puede una criatura inmortal cargar sus 'gastos menores' y cobrar por el 'porte pagado'?" Gertrude Himmelfarb, *Victorian Minds,* Knopf, Nueva York, 1968, p. 222, y "The First Edinburgh Reviews", en *CW,* vol. I, p. 338.

[24] Barrington y Russell Barrington, *The Life of Walter Bagehot, op. cit*., pp. 225-228.

[25] *Idem*.

de éste publicado en 1859 en la *National Review* —en el que advertía sobre los peligros de todo lo que no fuese la extensión más limitada de la franquicia a las capas superiores de la clase trabajadora— que le organizó una cena en abril a la que invitó a *lord* Grey, *lord* Granville, *sir* Richard Bethell, *sir* George Cornewall Lewis, Edward Cardwell, Thackeray y Gladstone —según observó Bagehot con satisfacción, "una muy buena colección de animales políticos"—,[26] y fue a Bagehot a quien Wilson recurrió en 1859 "para que interprete para el público de Inglaterra su gran trabajo en la India a través de las páginas de *The Economist*", a pesar de que Hutton siguió siendo el editor nominal durante dos años más.[27] Cuando Wilson murió, Bagehot recibió la oferta del cargo que ostentaba en la India, pero la rechazó, esperando tener en Inglaterra mejores y más agradables ocasiones en la política. Aunque renunció como gerente del banco, permaneció como director y siguió supervisando todos los negocios de Stuckey en Londres.

Bagehot se parecía a Wilson en otros aspectos, puesto que tenía la clara intención de usar *The Economist* como trampolín a la política. Se postuló cuatro veces al Parlamento como liberal: en Mánchester, en 1865; en Bridgwater, en 1866, y dos veces en la London University, su *alma mater,* en 1860 y 1867; fracasó en todas esas ocasiones, si bien en su tercer intento estuvo a punto de lograrlo: sólo siete votos detrás de su oponente *tory;* aun así, no perdió la elección parcial de Bridgwater "porque se negara a sobornar al electorado", como dice la leyenda. En 1869 una comisión de investigación declaró que "tenía conocimiento, y consintió, en algunas de las prácticas corruptas que predominan extensamente". Tampoco aceptó esa censura de buen grado. Culpó a los votantes, a esos rústicos, e hizo una graciosa personificación de ellos para los comisionados: "Yo no votaré por los caballeros a menos que ellos hagan algo por *yo*. Los caballeros no acuden a *yo* a menos que quieran algo de *yo,* y *yo* no haré nada por los caballeros a menos que ellos hagan algo por mí".[28] Después de admitir que había pagado 1 533 libras esterlinas, 10 chelines y dos monedas de 10 centavos por medio de su abogado para cubrir los gastos de campaña en "retrospectiva", le escribió triunfante a Hutton con la noticia de que su reputación se había "elevado mucho" gracias a su examen: "Dicen: '¡Ah! El señor Bagehot fue demasiado para ellos. Reprobaron a Westropp pero no pudieron reprobarlo a él'. Lo consideran como una especie de habilidad independiente de los hechos o la verdad. En el fondo, su idea es que 'ganas si eres inteligente y pierdes si eres estúpido'"; idea, esta última, que Bagehot parecía compartir.[29]

[26] *cw,* vol. XIII, p. 547.

[27] Barrington y Russell Barrington, *The Life of Walter Bagehot*, *op. cit*., pp. 231-233.

[28] *Ibid.*, pp. 391-392.

[29] Sisson, *The Case of Walter Bagehot, op. cit*., pp. 48-55. Bagehot le confió el tormento que seguía sintiendo por su derrota ante la Sociedad de Metafísica durante una cena en el hotel Grosvenor en 1870, confidencia que fue reimpresa en *The Contemporary Review* con el título

Aun cuando el escaño en la Cámara de los Comunes lo eludió, Bagehot recibió una amplia confirmación de su posición fuera de él: fue electo por Wyndhams and Brooks, la Metaphysical Society, el Political Economy Club y, finalmente, en 1875, el Athenaeum, y, en su calidad de editor, fue asesor de confianza de dos cancilleres del Ministerio del Tesoro. Esas variadas y prominentes funciones en la vida política, económica y cultural victoriana llegaron a un abrupto final en la primavera de 1877: Bagehot, que entonces tenía 51 años de edad, cayó enfermo con un resfrío. Fue la última de una cadena de enfermedades respiratorias —atrapadas, creían algunos, en la sala de dibujo llena de corrientes de aire de la Plaza Queens Gate 8, en Londres, aguardando unas cortinas diseñadas por William Morris—. Bagehot regresó a la casa de su familia en Herds Hill, donde falleció el 23 de marzo, y fue sepultado en la cripta familiar junto a su madre, en la Iglesia de Todos los Santos.

Los postulados liberales: Bagehot al timón de *The Economist*

Bagehot se convirtió en director de *The Economist* el año en que el Partido Liberal emergió de su crisálida entre los *whigs* en 1859, y fue su editor en el cenit del liberalismo victoriano, con los liberales en el poder durante 13 de 17 años. En el Tesoro, William Gladstone redactó una obra maestra de disciplina presupuestaria tras otra, lo que le valió vehementes elogios de Bagehot por su "fluida elocuencia y noble heroísmo" y su "agudo intelecto y conocimiento infinito".[30] En el país en general, el comercio y el empleo se recupera-

"On the Emotion of Conviction". Durante años después de su derrota, sin importar lo mucho que razonase, les decía a los miembros reunidos: "Tenía la más profunda convicción de que debía ser 'miembro [del Parlamento] por Bridgwater'; no obstante, todavía ahora, si permito que mi pensamiento se concentre en la contienda, si pienso en las horas en que estuve adelante por la mañana y en la avalancha de votos de las dos de la tarde por la cual fui derrotado, y, aún más, si invoco la imagen del día de la nominación, con las manos extendidas de todas las personas y todos sus rostros emocionados que se veían tanto más diferentes cuanto que se identificaban con mi postura, el viejo sentimiento casi vuelve a mí y, por un momento, creo que seré miembro por Bridgwater". "On the Emotion of Conviction", *The Contemporary Review* vol. 17, Londres, 1871, p. 33.

[30] Bagehot tenía una alta opinión de Gladstone; no obstante, le hacía críticas constructivas de cuando en cuando, insistiendo en la necesidad de los gastos de defensa, por ejemplo. Asimismo, quería que el impuesto sobre la renta fuese permanente; otro punto en contra de Bright, que prefería abolir el impuesto sobre la renta junto con los aranceles y reemplazar uno y otros con un impuesto sobre la propiedad. Al comenzar como director, Bagehot le escribió a Gladstone para informarle que Wilson "solía redactar él mismo, principalmente, los artículos sobre economía y finanzas en el semanario, así como dirigir su política general, y, de alguna manera, esos dos departamentos han recaído en mí". Dado que "*The Economist* tiene cierta influencia sobre los hombres de negocios cuyas opiniones acerca de los temas financieros no carecen de importancia", Bagehot estaba dispuesto "a recurrir a usted si hubiere algo que piense que el semanario podría analizar ventajosamente". Después de la muerte de Bagehot, Gladstone le escribió a Eliza, su viuda: "Durante el tiempo en que fui canciller del Tesoro, tuve la ventaja de man-

ron rápidamente después de la recesión de 1848, al mismo tiempo que retrocedía junto con ella la amenaza de una revolución. El gobierno liberal parecía ser el telón de fondo benigno de esa época, a tal grado que Bagehot se sorprendió cuando los conservadores la interrumpieron en 1874.[31] Ese contexto ayuda a explicar el marcado cambio en el tono y la perspectiva de *The Economist:* Bagehot hizo alarde del despreocupado conocimiento de un joven banquero, sin la solemnidad rayana en la grandilocuencia que había caracterizado a Wilson o a William Rathbone Greg. En su calidad de editor, llevó consigo sus gustos e intereses literarios y profesionales para influir en la apariencia y el estilo de *The Economist,* con resultados tangibles.

En 1861 Bagehot añadió un "Suplemento bancario" y, en 1863, un "Suplemento presupuestario"; un año después, contrató a William Newmarch con el propósito de que compilara un "Índice anual de historia comercial y precios al por mayor", y, en 1868, llevó a bordo a Robert Giffen a fin de que lo ayudara a ampliar la cobertura del mercado monetario, incluido un *Manual del inversionista [Investors Manual],* que costaba seis peniques adicionales al mes. Hacia 1873, con el propio *The Economist* a ocho peniques y una circulación de 3 600 ejemplares, Bagehot podía jactarse de que el año anterior "había sido el más rentable en la historia del semanario". En un memorándum confidencial dirigido a la familia Wilson, que tenía la publicación periódica y otros activos en un fideicomiso, estableció la relación entre la salud financiera del semanario y la de los mercados: se trataba tanto de un plan de negocios como de un manifiesto.

Desde 1859, el ingreso neto había aumentado de poco menos de 2 000 a 2 765 libras esterlinas, y el salario de Bagehot era de 400 libras esterlinas más la mitad de todas las ganancias superiores a 2 000 libras esterlinas, lo que le significó, en promedio, unos ingresos de 780 libras esterlinas a partir de 1862; sin embargo, los fideicomisarios nunca deberían confundir esa "delicada" fuente de ingresos con "una propiedad o tierra financiadas", les advirtió Bagehot, haciendo hincapié en la crisis financiera de 1866, después de la cual las ganancias disminuyeron.[32] Al principio, había temido que la culpa fuese atribuible a la competencia de otras publicaciones periódicas comerciales, casi inexistentes en 1843; pero había cambiado de opinión: "Creo que se ha debido al flojo estado del mercado monetario, que estuvo tan inmóvil

tener una comunicación frecuente y libre con él en todos los asuntos de las finanzas y la moneda"; *CW,* vol. XIII, pp. 553-556.

[31] "Por primera vez en casi 30 años existe la posibilidad de que haya una mayoría conservadora en la Cámara de los Comunes. Ello requiere más reflexión que la que hemos tenido tiempo de dedicarle hasta ahora para darnos cuenta de que el estado de cosas es tan nuevo y tan diferente de aquello a lo que habíamos estado acostumbrados durante un periodo tan largo"; "The Conservative Majority", *The Economist,* 7 de febrero de 1874.

[32] Los fideicomisarios deberían resistirse a buscar anuncios llamativos como una fuente de ingresos, "que las publicaciones de buena reputación y buena venta siempre obtienen". *CW,* vol. XIV, p. 426.

durante casi cuatro años que no había nada que decirle al público al respecto". Cuando los volúmenes del comercio repuntaron de nuevo, *The Economist* "recuperó su posición", mientras que los "otros periódicos no aprovecharon en absoluto su oportunidad". Esto lo atribuyó al hecho de que, como miembro del banco Stuckey, "que siempre tiene grandes sumas en Londres, cuento con mejores medios que un simple escritor para saber lo que está sucediendo y lo que es probable que suceda";[33] el conocimiento confidencial y la reputación de honestidad ("una razón por la que su gestión nunca debe dejarse en manos de un editor asalariado", que podría ser comprado) distinguían a *The Economist* en el ya entonces abarrotado campo del periodismo empresarial.

En lo concerniente a la cobertura, los análisis políticos del tipo que "les interesaría leer" a los empresarios eran "un apoyo material para el semanario y fortalecieron su circulación". "En realidad, si la política fuese abandonada, habría una impresión generalizada de que el carácter del semanario había cambiado y de que iba en descenso"; no obstante, en lo que respecta a las ganancias, se debían considerar todos los temas en relación con los cambios en el mercado monetario, "porque afectan a todos los hombres de negocios y todos se muestran ansiosos por ver cuál será su curso". Para la época y los editores que siguieron a Bagehot, el mercado monetario sería lo que el libre comercio y la legislación comercial habían sido bajo Wilson.

Ahora bien, el cambio más notable no fue tanto el enfoque más agudo sobre las finanzas como la manera como eso transformó la visión del mundo tipo *laissez-faire* que tenía *The Economist*. A Bagehot no le agradaba el fanatismo doctrinario que había encontrado en *The Economist* en su juventud y, en su calidad de editor, mostró una disposición a ceder en lo tocante a los principios básicos de la economía política. En 1871 hizo un balance de los desarrollos científicos desde su juventud, recordando a Nassau Senior y la escuela de economía política que representaba en una reseña de sus publicaciones; escribió:

> Yo mismo fui examinado por él hace años, en la época de la escuela estricta, en la London University. Si se le hubiera revelado que las personas con autoridad se atreverían a enseñar que las ganancias no tendían a ser iguales en diferentes actividades comerciales, que la teoría de la renta de Ricardo era un error y un concepto erróneo, que era innecesario que los banqueros mantuviesen unas existencias de oro o plata para cumplir con sus obligaciones, pero que deberían comprar oro en el mercado cuando quisieran, creo que el señor Senior se habría horrorizado; con todo, tal es el estado actual de la ciencia, y, naturalmente, el surgimiento de los heresiarcas ha disminuido la dignidad de las mentes ortodoxas.[34]

[33] *Ibid.,* p. 424.

[34] "Nassau Senior", en *cw,* vol. II, p. 379.

Hasta cierto punto, la innovación era bienvenida. En su calidad de estudiante universitario de licenciatura, Bagehot había registrado sus propias dudas sobre la escuela estricta, que incluía a Wilson. En 1848, en el artículo "The Currency Monopoly" escrito para la *Prospective Review,* argumentó que el *laissez-faire* era "útil y saludable mientras se limitara a su función legítima: vigilar que el gobierno no dé por sentado que sabe qué producirá dinero a un comerciante mejor de lo que él mismo lo sabe", y continuó:

> Pero es un sentimiento muy susceptible a la exageración hiriente: en este día, en la mente de muchos, se opone a la aplicación de la ley moral en *toda* la esfera de los actos humanos: al fomento legislativo de los hábitos industriales que llevan al logro de la moral nacional o a la felicidad nacional con el sacrificio de la riqueza nacional; a los esfuerzos por una educación nacional o a una reforma sanitaria obligatoria; a toda la ayuda nacional de Inglaterra al campesinado hambriento de Irlanda; a todas las medidas para mejorar la condición de ese campesinado que no sería la decisión espontánea del capitalista en busca del lucro. Quien hable en contra de estas opiniones extremas de seguro se expondrá a ser tachado burlonamente de un "sentimental benevolente", y los economistas suponen de manera perpetua que la noción de la interferencia del gobierno es agradable únicamente para aquellos cuyos corazones están más desarrollados que sus cerebros, para aquellos demasiado aficionados a los sueños poéticos como para soportar las severas realidades de la ciencia.[35]

The Economist de Wilson no solamente fue culpable de esgrimir más de lo debido el argumento a favor del libre comercio, sino que caricaturizó con crudeza a todo aquel que preguntara "si no hay excepción a él dentro de los límites de la propia economía política". A los 22 años de edad, Bagehot creía que había puesto al descubierto las fisuras de semejante argumentación: el gobierno, no las entidades privadas, deberían disfrutar el monopolio de acuñar metales preciosos e imprimir papel moneda, a falta de lo cual las crisis financieras como la que acababa de pasar en 1847 serían más frecuentes y severas:[36] "Es el deber de un Estado sabio asegurar en la medida de lo posi-

[35] Ése fue el primer artículo publicado de Bagehot: "The Currency Monopoly", *Prospective Review,* 1848, véase en *CW,* vol. IX, p. 236.

[36] Wilson acababa de publicar un panfleto tomado de sus editoriales en *The Economist* en los que se oponía, junto con Tooke y otros representantes de la "Escuela Bancaria", a cualquier interferencia en el sector financiero, incluida la Bank Act (Ley Bancaria) de 1844. Bagehot citó a Wilson, quien en *Capital, Currency and Banking* había dicho que "nunca ha sido capaz de descubrir una buena base para las objeciones incluso de una parte de los partidarios más intransigentes del libre comercio en contra de la aplicación de los mismos principios a la actividad bancaria y, especialmente, a los pagarés a la vista", y lo refutó: "La principal utilidad de la competencia ilimitada es su cualidad de reducir el costo de la producción al mínimo que la naturaleza admite […] pero el mejoramiento del proceso de acuñación generado por la competencia de cada uno de los acuñadores tendría un efecto diferente y menos beneficioso. Lo que

ble a la masa de la nación en contra de los males producidos por el egoísmo de los individuos; poner bajo el control del gobierno incluso las causas más limitadas de convulsión comercial".[37]

Ya siendo editor, Bagehot impulsó *The Economist* en la misma dirección; en 1861 el semanario se pronunció en favor de un impuesto sobre la renta permanente y gradual, sobre la base de que, en la definición que entonces tenía el impuesto, no se hacía distinción entre los diferentes tipos de riqueza: un abogado que ganaba 1 000 libras esterlinas al año no tenía una situación económica tan buena como la de un terrateniente o un titular de fondos que ganaban la misma cantidad. "Las personas con ingresos seguros son más ricas que las personas cuyos ingresos son precarios"; la equidad era un problema: "La gente piensa que se debería gravar más a los más ricos que a los menos ricos".[38] En 1864 *The Economist* revirtió la insistencia hecha anteriormente bajo Wilson en el sentido de que toda la legislación sobre la manufactura, incluso para proteger a los niños de las excesivas jornadas de trabajo o de las lesiones, equivalía a un asalto al libre comercio.[39] Al año siguiente respaldó la propiedad estatal de los ferrocarriles, comparando el plan con la reforma en el sistema del céntimo postal, que garantizaba una red de paquetería nacional barata y eficaz.[40] Los sindicatos *sí* restringían el comercio, pero eran "fuerzas reales del mundo industrial que la ley no creó y que no puede hacer desaparecer"; lo mejor sería reconocerlos, con leyes

se busca respecto al dinero es que su valor sea *fijo*". A Wilson, asimismo, le dirigió otro argumento: "Si se hubiese permitido que surgieran nuevos bancos emisores de moneda durante la manía ferroviaria, ¿quién puede dudar de que habrían surgido una gran cantidad de intereses insolventes y de que habrían caído con la primera aparición de una depresión, dejando a los titulares de sus pagarés con papeles, no solamente no convertibles, sino sin valor?" *CW,* vol. IX, pp. 244 y 247.

[37] *Ibid.*, p. 235. Al menos en ese artículo inicial, el *laissez-faire* fue casi redefinido por completo: Bagehot afirmó que se debe cumplir con ciertos criterios morales y políticos antes de que pueda aplicarse; para Wilson, en cambio, el *laissez-faire* era la fuerza que tiende en automático a hacer realidad esos objetivos y nunca podría ir en contra de ellos.

[38] "¿Quién se atreverá en realidad a decir que, sin un impuesto de ese tipo, las clases más altas de este país pagarían su justa contribución a los ingresos públicos?"; "Equalisation of the Income Tax", *The Economist,* 23 de febrero de 1861.

[39] "Creemos que no hay peor error en lo tocante al alcance de la economía política que el que la representaría como contraria a sus leyes, al grado de interferir en el funcionamiento natural del principio de la oferta y la demanda. El principio en el que se basa toda la ciencia es que, cuando los hombres conocen su propio interés y se les deja libres para actuar como les plazca, se puede confiar en que lo perseguirán de una manera mucho más eficaz que el poder del Estado o que cualquier otro poder podría perseguirlo por ellos; pero los niños no conocen sus propios intereses, y, aunque los conocieren, no son libres de actuar como les plazca". Además, los intereses de los padres y los niños tampoco eran idénticos. Bagehot reiteró: "Fue uno de los más grandes errores jamás cometidos por los economistas predisponer a las personas en contra de una ciencia verdadera al llevarla más allá de sus límites naturales". "Government Protection for Children", *The Economist,* 21 de mayo de 1864.

[40] "Advantages of State Ownership of Railways", *The Economist,* 7 de enero de 1865.

especiales, para castigar la intimidación y el sabotaje por parte de los sindicalizados.[41] Y, después de muchas dudas y reparos, incluso las mujeres pudieron tener algún tipo de respiro, si bien los admiradores de Bagehot estiran la verdad cuando lo llaman abogado del sufragio femenino: en 1865 escribió que el voto para las mujeres en general era un absurdo que solamente John Stuart Mill se había tomado en serio; cinco años más tarde, Bagehot estaba dispuesto a conceder sólo "cierta plausibilidad legal al reclamo" de que las mujeres solteras propietarias pudieran obtener el voto sobre los mismos fundamentos que los hombres, pese a que infravaloraba la "inteligencia política" de las "solteronas", las "viudas" y otras "mujeres solitarias" que lo ejerciesen.[42]

Por todo lo anterior, Bagehot no se contaba entre los "heresiarcas": mostrando una mayor flexibilidad, esperaba actualizar el *laissez-faire* en *The Economist,* no anularlo. En la parte de los *Economic Studies* que había completado hacia 1876, celebró el "maravilloso efecto" de la "economía política inglesa" desde la publicación de *Wealth of Nations,* de Adam Smith, 100 años antes: "La vida de casi todos en Inglaterra, quizá de todos, es diferente y mejor como consecuencia de él [el *laissez faire*]. Toda la política comercial del país no se basa tanto en él como en el instinto que se tiene de él", y, al continuar, afirmó que, en realidad, "ninguna otra forma de filosofía política ha

[41] Bagehot puso en perspectiva el fenómeno de los sindicatos: en algunos casos, una pequeña resistencia de su parte impedía que los salarios se hundieran por debajo del nivel de subsistencia, y, al menos, no eran tan malos como los luditas, quienes "años antes mantuvieron aterrorizado Nottinghamshire". Los sindicatos legales, las nuevas leyes contra la intimidación y el "egoísmo útil" natural al hombre se encargarían de la amenaza que representaban esas combinaciones: "Los gremios perecieron porque eran legales, no porque fuesen prohibidos"; por lo tanto, "permítase que las nuevas combinaciones comiencen con facilidad y serán lo suficientemente numerosas y competitivas como para mantener el progreso natural de la sociedad". "The Work of Trades Unions" y "The Effect of Trade Unions upon Wages and Prices", *The Economist,* 27 de abril y 13 de julio de 1867, en ese orden. Bagehot urgió a que se otorgase a los sindicatos la condición no de "sociedades amistosas" sino de clubes de Londres, como el *Athenaeum*. "The Trades Union Bill", *The Economist,* 10 de julio de 1869.

[42] En el artículo "Mill's Address to the Electors of Westminster", *The Economist,* 29 de abril de 1865, Bagehot escribió: "Apenas es necesario decir una palabra sobre su exigencia de que se extienda el sufragio a todas las mujeres adultas. Ningún partido, y casi ningún político, excepto él, sostienen esa teoría". La visión que Bagehot tenía de las clases bajas también se aplicaba a las mujeres de esos estratos: "De los dos o tres millones de mujeres a las que él [Mill] les otorgaría [el voto] —incluido medio millón de sirvientas—, no más de 10 000 tendrían, si acaso, alguna opinión política o una preferencia política por un candidato sobre otro, y, en consecuencia, darles el voto sería simplemente dar votos adicionales de manera indirecta a su padre, su esposo, su amo, su amante o su párroco". Aun cuando las mujeres fuesen tan "ilustradas y racionales", como Mill las creía —algo que Bagehot dudaba—, "concíbase la posición de una mujer infeliz, que adoptase sus puntos de vista, y con la que un 'liberal avanzado', un radical de la escuela del señor Bright, ¡estuviese en cualquiera de las relaciones que hemos especificado! ¡Cómo la rechazaría su padre, cómo la despreciaría con enojo su esposo, la abandonaría su amante, la intimidaría su amo y la excomulgaría su cura!" Véase también "Women's Claim to Registration" y "Suffrage for Women", *The Economist,* 19 de septiembre de 1868 y 7 de mayo de 1870, respectivamente.

tenido nunca una milésima parte de su influencia en nosotros […] sus enseñanzas se han asentado en el sentido común de la nación y han llegado a ser irreversibles".[43] Bagehot criticaba a los más nuevos rivales de esa "escuela inglesa" de economía política; por un lado, el "método enumerativo" o "método de todos los casos" de la escuela histórica alemana, y, por otro lado, la revolución neoclásica o marginal que apenas comenzaba a despegar. Acerca de esta última escuela, Bagehot escribió:

> El señor Jevons, de Mánchester, y el señor Walras, de Lausana, sin comunicación entre sí y casi de manera simultánea, elaboraron una teoría "matemática" de la economía política […] y cualquiera que piense que lo que se enseña habitualmente en Inglaterra es objetable, porque es muy poco concreto en su método y parece ser muy diferente de la vida y los negocios, será mejor que ponga a prueba la nueva doctrina, la cual le parecerá mucho peor en esas cuestiones que la vieja.[44]

La misión de Bagehot como editor de *The Economist* consistía en enseñar una ciencia de la economía política de sentido común, "la ciencia de los negocios", cuyo mérito principal era su posibilidad de adaptarse a las circunstancias cambiantes: en su época, el peso en aumento de las finanzas mundiales en el capitalismo victoriano. La exportación de capitales a gran escala era un fenómeno nuevo en la Gran Bretaña y coincidió con la carrera de Bagehot: desde niveles bajos del 1 a 1.5% del producto interno bruto en los 40 años anteriores a 1850, la inversión extranjera neta promedio saltó a 2.1% en el decenio de 1860 y a 2.8% en el decenio de 1870, y, como Bagehot lo había previsto, siguió aumentando, a un promedio de 4.3% entre 1870 y 1913, momento en el que los activos netos en el extranjero representaban 32% de la riqueza nacional —una proporción mayor que la de cualquier otro país, antes o después—, y si bien es cierto que los excedentes que generaron ese auge fueron producto en parte del monopolio industrial temprano de la Gran Bretaña, pronto desarrolló una dinámica propia:[45] "La banca de Inglaterra sigue creciendo, multiplicándose y cambiando, a medida que los ingleses continúan aumentando, multiplicándose y cambiando. Los factores de ello son una cosa hoy y [serán] otra mañana",[46] y también hizo la siguiente observación: "Inglaterra se ha convertido en el lugar de asentamiento de las negociaciones internacionales mucho más de lo que era antes […]; pero,

[43] El artículo "The Postulates of English Political Economy" apareció en la revista quincenal *The Fortnightly Review,* en febrero y mayo de 1876. *cw,* vol. XI, p. 222.

[44] Los teóricos clásicos, de Smith a Ricardo —con suplementos de James Mill (Mill padre), Torrens, McCulloch y John Stuart Mill—, fueron más instructivos que cualquiera de los recién llegados alemanes o neoclásicos. *cw,* vol. XI, p. 234.

[45] Michael Edelstein, "Foreign Investment and Accumulation 1860-1914", en Roderick Floud y Deirdre McCloskey (coords.), *The Economic History of Britain since 1700,* vol. II, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, pp. 173-176.

[46] *cw,* vol. XI, p. 233.

¿quién podría adivinar los efectos de un cambio como ése, salvo que contase con una pretendida ciencia que lo ayudase?" Una nueva ola de inversión en comunidades "medio acabadas" y "medio civilizadas" fluyó al extranjero, y se preguntaba: "¿Quién que no tenga instrucción puede decir cuál será probablemente el efecto de los nuevos préstamos de Inglaterra a naciones extranjeras?" Ese fácil acceso al crédito, a escala mundial, además, no tenía precedentes en la historia humana; a *The Economist* de Bagehot le correspondió cartografiar ese nuevo mundo, rastreando las percepciones teóricas de la economía política hasta las personas y los lugares donde los hombres de negocios estaban enviando su dinero.[47]

Las reglas de la banca central

En el término medio entre la teoría y la práctica fue donde Bagehot hizo sus contribuciones a la historia financiera, en las que el legado de su dirección editorial fue la elaboración de una función y un conjunto de reglas para la banca central en la era del capital mundial. Su opinión acerca de esas cuestiones tenía un gran peso; Gladstone lo llamó el "canciller suplementario del Ministerio de Hacienda" y lo consultaba sobre políticas como el Proyecto de Ley de Emisión de Billetes, mientras que Bagehot prometía "toda la aprobación y un apoyo sustancial de los banqueros emisores".[48] Sus contemporáneos le atribuyeron la invención del Bono del Tesoro en 1877, cuando le aconsejó a *sir* Stafford Northcote, el sucesor de Gladstone como canciller, que reemplazara los "bonos del Tesoro" con un instrumento moderno y fácil de negociar, que "se parezca lo más cerca posible a una letra de cambio". En privado, Bagehot le explicó: "El Tesoro ofrece la mayor garantía del mundo, pero no ha sabido cómo usarla. Un proyecto de ley como ése tendría una mejor clasificación que un pagaré de Barings [el banco]".[49]

[47] *Ibid.*, p. 230. Bagehot admitió que la economía política inglesa todavía era imperfecta. Como en sus primeros textos, es evidente una crítica al *laissez-faire* desenfrenado que encontró en *The Economist* del decenio de 1840; sus leyes no eran aplicadas en todas partes ni en todo momento, aunque cada vez lo serían más porque un país tras otro había comenzado a imitar a Inglaterra: "Un mercado monetario similar, un comercio competitivo similar basado en un capital copioso, tiende a surgir gradualmente en todos los países". Asimismo, hizo un llamado a que las pretensiones del *laissez-faire* se redujeran: "Nuestra economía política no profesa demostrar que este mundo en crecimiento es un buen mundo ni, mucho menos, que sea el mejor. En el extranjero, la necesidad de impugnar el socialismo ha hecho que algunos escritores se valgan de las conclusiones presentadas por nuestra ciencia inglesa con ese propósito; pero el objetivo de esa ciencia es mucho más humilde: afirma que tales o cuales fuerzas producen tales o cuales efectos, y allí se detiene. No profesa hacer un juicio moral sobre éstas o aquéllas; deja que una ciencia superior, una aún más compleja, establezca lo que debe y lo que no debe ser". *Ibid.*, p. 238.

[48] Barrington y Russell Barrington, *The Life of Walter Bagehot*, *op. cit*., pp. 373-376.

[49] *Ibid.*, p. 23.

The Economist fue la fuente de esa influencia, así como el medio de comunicación más importante de los puntos de vista de Bagehot sobre la estabilidad del sistema financiero, el que, a decir de todo el mundo, necesitaba más de lo mismo: las crisis eran frecuentes, ya fuese que comenzaran en la City de Londres o que pasaran a través de ella infinitamente magnificadas, como la rueda en torno a la cual giraban entonces las finanzas internacionales. En la Gran Bretaña, el pánico de 1866 fue una de las coberturas más espectaculares y predominantes que *The Economist* hizo del mercado monetario mucho después. En ese año Overend, Gurney & Co., una de las grandes casas de banca mayoristas de la City, quebró poco después de haber recaudado grandes sumas mediante su incorporación como una compañía de responsabilidad limitada. Después de que el mercado de valores se derrumbase, se produjo una huida bancaria. Para Bagehot, el episodio demostró sin lugar a dudas que el Banco de Inglaterra, que al principio se negó a intervenir, era diferente de todos los demás bancos y casas de descuento, y, mientras desayunaban juntos, Bagehot le dijo precisamente eso a Gladstone respecto a la crisis el 31 de mayo.[50]

Bagehot también desarrolló esa argumentación en innumerables artículos editoriales de *The Economist,* recopilados como un todo autónomo en un libro en 1873: *Lombard Street*. Dado que el Banco de Inglaterra estaba respaldado por el gobierno y resguardaba las reservas de la nación, tenía un importante deber: cuando el crédito se agotase durante una crisis como la que derribó a Overend, Gurney & Co., debía actuar como prestamista de último recurso, hasta que la confianza regresara, con base en dos principios directrices: los adelantos debían tener una "tasa de interés muy alta" y hacerse en "todos los valores bancarios seguros", lo que limitaba el grupo de rescate a los bancos "solventes", pero "sin liquidez", y fomentaba el rápido reembolso.[51] Los directores del Banco de Inglaterra eran "fideicomisarios del público", cuyas acciones tuvieron un importante efecto dentro y fuera de la Gran Bretaña: "Ahora es necesario un gran depósito de dinero extranjero en Londres para hacer negocios en el mundo"; sin embargo, eso también significaba que la prisa de las personas, las empresas o los Estados extranjeros por retirar fondos podría determinar "si *Inglaterra sería solvente o insol-*

[50] *Ibid.*, p. 399. Gladstone Papers, BL, Add. MS 44410, ff. 154 y 204-205. Overend, Gurney & Co. se hizo un nombre en el negocio de las letras de cambio antes de dedicarse con intensidad a la inversión financiera y los préstamos a largo plazo requeridos por los ferrocarriles y los astilleros. Los depósitos a corto plazo estaban siendo utilizados para financiar inversiones a largo plazo en activos excesivamente valorados, inflados por un auge del mercado de valores; cuando el mercado se derrumbó, los depositantes se apresuraron a retirar sus inversiones y el banco quedó expuesto como insolvente. Respecto a los artículos de *The Economist* sobre la crisis, véase "Overend, Gurney and Co.", "What a Panic Is and How It Might Be Mitigated", "The Practical Effect of the Act of 1844" y "Overend, Gurney and Co., Limited and Unlimited", *The Economist,* 15 de julio de 1865, 12 y 26 de mayo y 16 de junio de 1866, respectivamente.

[51] *Lombard Street,* en *CW,* vol. IX, p. 147.

vente".[52] El Banco de Inglaterra requeriría mayores reservas a la luz de la nueva y gran escala de los compromisos financieros británicos y ya no podría ser gobernado por una bancada de ancianos de edad avanzada y a tiempo parcial, procedentes de una clase de comerciantes de la City de buena reputación pero aficionados.[53]

La respuesta francesa fue la nacionalización, la cual, obviamente, no sería aceptada por los ingleses. Esa medida también tenía el demérito de exponer al gobierno a las críticas en una crisis o de hacer que la medida adoptada por la gobernanza quedara sometida a las presiones políticas, "según lo decidan las mayorías casuales y la fuerza de los partidos".[54] En un mundo ideal, concedió Bagehot en *Lombard Street* —echando una nerviosa mirada de reojo a Wilson por encima del hombro—, el Banco de Inglaterra ni siquiera existiría; como cualquier otro oficio, la intromisión estatal dañaba el negocio bancario: "Sin lugar a dudas, lo mejor que un gobierno puede hacer con el mercado monetario es dejar que se cuide solo". Sin embargo, dado que en realidad existía, era mejor no perturbar los mercados con ningún cambio excesivamente radical. "También se podría, o, mejor, se trataría de alterar la monarquía inglesa y sustituirla por una república", añadió con sequedad; de todos modos, la analogía entre la función del crédito y la de un monarca constitucional era deliberada… y reveladora: los banqueros tenían fe en el Banco de Inglaterra tan implícitamente como "la reina Victoria era obedecida por millones de seres humanos".[55] En otras palabras, no había una buena razón para aceptar nada de eso.

Ahora bien, dado que el pueblo sí creía y su creencia era esencial para el buen funcionamiento de los sistemas bancario y político, Bagehot consideraba a la monarca como un modelo. El nombramiento de un subdirector permanente del Banco de Inglaterra con la experiencia requerida, ubicado bajo un gobernador convencional que rotase de manera alterna, garantizaría la constancia y la independencia suficientes para infundir confianza en el crédito de la nación; pero, ¿dónde encontrar a ese subdirector? La costumbre de excluir a los banqueros del órgano rector del Banco de Inglaterra databa de una era en la que todas las empresas financieras competían entre sí, incluido el Banco de Inglaterra: "Ésa es una reliquia de los viejos tiempos".[56] Ahora los banqueros podían trabajar juntos, y, siendo los deposita-

[52] *Ibid.*, pp. 64-65. Ashworth caracteriza *Lombard Street* como un "hacer entender" que el Banco de Inglaterra tenía "la responsabilidad de mantener unas reservas lo suficientemente importantes como para satisfacer las necesidades de toda Inglaterra". Después de su publicación, "tanto en la teoría como en la práctica, nadie dudaba de que Inglaterra era un país con una sola reserva para todo su sistema financiero". William Ashworth y Thomas S. Ashton, *An Economic History of England, 1870-1939,* Methuen, Londres, 1960, pp. 165 y 170.

[53] *Lombard Street*, *op. cit*., p. 55.

[54] *Ibid.*, p. 82.

[55] *Ibid.*, pp. 214 y 81.

[56] *Ibid.*, p. 155.

rios principales, interesados en mantener una gran reserva para salvaguardar sus activos, eran los candidatos ideales.[57] El objetivo era eliminar a los antiguos comerciantes oligarcas de la junta del banco central, así como cualquier amenaza de interferencia del Parlamento. Los poderes más importantes —para establecer tasas de interés, determinar y mantener unas reservas adecuadas y rescatarse mutuamente en caso de necesidad— recaerían en los propios banqueros.

Para Bagehot, la banca era el espejo de la política: ambas dependían, en última instancia, de una poderosa ilusión de la que todos se beneficiaban, aun cuando únicamente unos cuantos perspicaces pudieran reír al respecto. Bagehot, mejor conocido en vida como banquero (*Lombard Street* tardó sólo tres años en llegar a su sexta edición), es más leído hoy en día por lo que tenía que decir respecto al otro lado de ese espejo; comoquiera que sea, sus escritos sobre la Constitución inglesa únicamente representan una pequeña muestra de sus artículos sobre política. *The Economist* lo llevó más lejos, a dos sistemas políticos que contrastaban con el de la Gran Bretaña: la dictadura imperial de Luis Napoleón en Francia y la democracia partidista en los Estados Unidos. En el decenio de 1870, tanto Francia como la Unión Americana apenas comenzaban a desafiar al monopolio de que la Gran Bretaña había disfrutado sobre la producción industrial para el mercado mundial, mientras que aparecían junto a ellos nuevos Estados-nación, en Alemania e Italia, cuyos dirigentes buscaban liberar las fuerzas productivas latentes en sus propias sociedades. *The Economist* aplaudía esos desarrollos, que requerirían un amplio capital de inversión para hacerse realidad; no obstante, gracias a Bagehot, también identificó un nuevo problema del que dependían sus juicios políticos comparativos sobre ellos. En una época en la que los Estados-nación nuevos y antiguos intentaban ponerse al día con la Gran Bretaña, en parte con capital británico, la función de las instituciones políticas en el fomento de ese crecimiento —o en su obstaculización— llegó a ser fundamental, y, para los lectores de *The Economist,* se tradujo en una forma de evaluar el posible rendimiento de su inversión y su garantía. Los historiadores han hecho notar que esa ola de capital transformó la economía mundial: empujando las fronteras del cultivo de alimentos en América del Norte y en Europa Oriental, la producción de algodón en la India, la extracción de minerales en Australia, la ganadería en Argentina y los ferrocarriles en casi todas partes, a la vez abaratando el costo del transporte de todos esos bienes;[58] pero menos historiadores han hecho observaciones sobre la forma de políti-

[57] *Ibid.*, p. 167.

[58] Edelstein, "Foreign Investment and Accumulation 1860-1914", en *Economic History of Britain since 1700, op. cit.*, p. 173; Eric Hobsbawm, *The Age of Capital,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1976, pp. 190-194 [edición en español: *La era del capital, 1848-1875*, trad. de Ángel García Fluixá y Carlo A. Caranci, Crítica, Barcelona, 2003], y Larry Allen, *The Global Financial System 1750-2000*, Reaktion Books, Londres, 2001, pp. 176-178.

ca liberal que fue su corolario, y que no tuvo una tribuna más clara que el semanario *The Economist* bajo la égida de Bagehot.

Las jugarretas de la confianza: la Constitución inglesa y los peligros de la democracia

Por sí misma, la obra *The English Constitution,* publicada por primera vez como libro en 1867, garantiza que cualquier alma lo suficientemente audaz como para investigar las disposiciones por las que la Gran Bretaña persiste en ser gobernada tiene que leer a Bagehot. En ella, Bagehot presenta una visión alternativa del sistema parlamentario en la que este último está dividido en dos partes, en lugar de tres, y se descarta la teoría tradicional de los pesos y contrapesos entre sí. Están las partes revestidas de majestuosa dignidad, "que provocan y preservan la reverencia de la población", y la eficaz, "por la que, de hecho, funciona y gobierna".[59] La reina y la Cámara de los Lores pertenecen a la primera categoría anterior, con la Corona colocada a la cabeza de un "desfile" o "espectáculo teatral" destinados a distraer y gratificar "al populacho" situado abajo. Ese "disfraz" permite a los "verdaderos gobernantes" —no a la Cámara de los Comunes, sino al gabinete, un "comité de la legislatura" elegido por ésta— conducir los negocios de la nación en paz y tranquilidad relativas.

El término operativo son los negocios. Bagehot hizo hincapié repetidas veces en lo mucho que ese comité se parecía a una "junta de directores" —su mayor virtud, según él—, donde la familia real situada a su lado servía para suavizar su única deficiencia comparativa: el hecho de que los miembros del gabinete podrían ser removidos de manera súbita en función de los vaivenes de la opinión pública. Dado que la mayoría de las personas, decía Bagehot, "realmente cree que la reina gobierna", los verdaderos gobernantes iban y venían "sin que la gente poco observadora lo supiera", evitando el malestar o la incertidumbre que tales cambios podrían provocar de otro modo. El resultado fue tan cínico como parece: una reivindicación de las "plutocráticas" cámaras alta y baja y un ejecutivo fuerte envuelto en el secreto fueron las maravillas de la ciencia política en Inglaterra.[60]

[59] *The English Constitution*, Chapman and Hills, Londres, 1867 [edición en español: *La Constitución inglesa*, trad. de Adolfo Posada, La España Moderna, Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia, Madrid, 1902]. *The English Constitution*, en *cw,* vol. v, p. 206.

[60] "La masa de los ingleses no es apta para un gobierno electivo; si supieran lo cerca que estuvieron de él, se sorprenderían y casi temblarían"; *cw,* vol. v, pp. 240 y 379-380. Cobden había usado con anterioridad un lenguaje similar. En una carta de 1838 enviada a su hermano desde Prusia, elogió al gobierno de esta última, comparándolo con la "Constitución inglesa: una cosa de monopolios, tejemanejes eclesiásticos y sinecuras, un abracadabra heráldico, primogenitura y pompa"; no obstante, lo que hizo gracia a Bagehot horrorizó a Cobden; Wendy Hinde, *Richard Cobden: A Victorian Outsider,* Yale University Press, New Haven, 1987, p. 55. El mismo tipo de

Comoquiera que sea, la obra clásica de Bagehot —venerado por el jurista Albert Dicey como el primero en explicar, "de acuerdo con los hechos reales, la verdadera naturaleza del gabinete y su verdadera relación con la Corona y el Parlamento"— debe considerarse en el contexto de *The Economist:*[61] porque, durante más de cinco años antes de la publicación en serie de *The English Constitution,* Bagehot había estado escribiendo sobre política, evaluando las estructuras constitucionales en función de su tendencia a ayudar u obstaculizar a diferentes Estados en su camino hacia el desarrollo capitalista. Al principio, Wilson había alentado a Bagehot a que asumiera esa función, ampliando su informe bancario original que apareciera en *The Economist,* basado en su ensayo titulado "Parliamentary Reform" —el cual se publicó a su vez en 1859 en *The National Review*—, en el que mostraba hasta qué punto estaban de acuerdo en la necesidad de limitar la democracia. En él, Bagehot había abogado porque toda extensión de la franquicia se limitase a una capa superior de artesanos contribuyentes de las ciudades más grandes, con exclusión de los artesanos de las ciudades más pequeñas, los trabajadores agrícolas y todos los trabajadores no calificados, con el propósito de no "deteriorar el carácter general de la legislatura"; en su reconsideración de la ley natural, insistía en que eso era justo, porque "toda persona tiene derecho a tanto poder como lo pueda ejercer sin obstaculizar a ninguna otra persona que ejerza dicho poder de una manera más adecuada".[62]

A partir de ese momento, Bagehot utilizó al propio *The Economist* para denunciar las tendencias democráticas de los planes de reforma propuestos tanto por los *tories* como por los liberales, con los que, dijo, se corría el riesgo de convertir un cuerpo deliberativo sensible en un "gobierno de clase", "un mero reflejo de las exigencias populares". En la primavera de 1860 escribió que el "verdadero liberalismo" estaba en desacuerdo con "la extrema izquierda del Partido Liberal", con su "supersticiosa reverencia de la igualdad de todos los ingleses como electores", basada en una "afirmación flagrantemente falsa" en el sentido de que "los talentos y los logros del más bajo de los

análisis —con un juicio inverso— se encuentra en Marx: para Bagehot, lo que el autor de *El capital* llamó burlonamente el "comité ejecutivo de la burguesía" era la característica óptima del gobierno parlamentario de Inglaterra.

[61] *CW,* vol. XV, p. 81.

[62] En 1859 Bagehot se inquietó debido a que los proyectos de Ley de Reforma que comenzaban a abrirse camino a través de la Cámara los Comunes podrían, incluso accidentalmente, otorgar el derecho al voto a un número sustancial de trabajadores. Para protegerse contra la "ultrademocracia" propuso un derecho al voto complejo y variado conforme al que los contribuyentes de las ciudades más grandes (de más de 75 000 habitantes) podrían votar, lo cual significaba que sólo la capa superior de trabajadores, "artesanos autodidactas", merecían una "representación especial" debido a su "intelecto activo" y a su "disposición a la autosuficiencia". Las masas no calificadas y los habitantes de las ciudades más pequeñas no contaban, mientras que los trabajadores agrícolas, "con salarios bajos y poco conocimiento, no tienen opiniones ni sentimientos que admitan su expresión parlamentaria". Por consiguiente, los órdenes más bajos no ganarían más de 50 asientos de un total de 658 en el Parlamento. *CW*, vol. VI, pp. 196, 203 y 226-227.

campesinos y los mecánicos son la medida de la capacidad electoral del hombre más educado de la tierra".[63]

En una reseña de la obra *Considerations on Representative Government* de Mill, Bagehot elogió la primera sección, a la que llamó "una protesta en extremo hábil, por parte del único pensador vivo de gran autoridad entre los liberales ingleses, en contra de esa desvalida e indefensa deriva del Partido Liberal hacia la democracia pura que es una señal muy melancólica de su imbecilidad política".[64] Esa retórica obligó a *The Economist* a defenderse de los cargos de ser una revista "poco práctica, doctrinaria y teórica" y de fomentar los "puntos de vista de los *tories*" —un recordatorio de que era poco común que los liberales fueran tan abiertamente antidemocráticos—.[65] En 1860 Bagehot incluso había enviado una carta firmada al editor, deseando expresarse de manera categórica sobre la actitud correcta de los liberales en lo tocante a cualquier reforma adicional: "La cuestión ahora es qué garantías contra la democracia *podemos* establecer; ninguna es fácil; ninguna es perfecta; ¿cuál es la menos defectuosa y la menos difícil de lograr?"[66]

Bagehot hizo reajustes en su respuesta a esa interrogante en *The Economist* antes de incorporar los resultados en *The English Constitution*. Al principio, estaba preparado para aceptar un sufragio un poco más general, siempre y cuando también hubiese "una doble prueba de número y propiedad, otorgando un voto a cada jefe de familia, pero basándose en la propiedad como el índice de la posición social y dando a las clases más altas, por lo tanto, un número de votos";[67] empero, pronto le entraron dudas al respecto: en un editorial de 1864 sugirió la transferencia neta de los habitantes de los

[63] "Conservative Criticism of Liberal Politics" y "Plurality of Votes: The True Principle of a Reform Bill", *The Economist,* 25 de febrero y 24 de marzo de 1860, respectivamente.

[64] "Considerations on Representative Government", *The Economist,* 11 de mayo de 1861. El político laborista Richard Crossman hizo notar la superposición entre Mill y Bagehot en su introducción a la edición de 1963 de *The English Constitution,* aunque también hizo notar cierto resentimiento por parte del segundo sobre la "ascendencia" del primero. Para Crossman, Bagehot estaba parcialmente justificado en esto: había ido más allá de la "descripción de papel" de la Constitución ofrecida por Mill en *Representative Government*, gracias a "la función que [Bagehot] asigna al gabinete […] una nueva autoridad central que podría gestionar el Estado". Mill confiaba en "la anticuada idea de una división del poder entre el ejecutivo y la legislatura". Crossman, "Introduction", en Walter Bagehot, *The English Constitution,* Collins, Londres, 1963, pp. 8-9.

[65] "Plurality of Votes", 24 de marzo de 1860. Indignado por ese golpe de *The Daily News,* Bagehot concluyó: "Ahora bien, ¿cuál es el verdadero liberalismo?: ¿el liberalismo que sostiene que el verdadero ideal del Parlamento es tener el mayor número de intereses e ideas realmente orgánicos reunidos en la asamblea representativa, para poner a prueba la fuerza y la debilidad de cada cual?, o ¿el que desprecia una representación tan verdadera del intelecto de la nación sobre la premisa de que, si una clase en particular *resulta ser* la más numerosa en cada circunscripción, es el arreglo 'natural' o incluso 'providencial' para que no se escuche la voz de ninguna otra clase en absoluto?" "True Liberalism and Reform", *The Economist,* 27 de enero de 1866.

[66] "Experience and Reform", *The Economist,* 5 de mayo de 1860.

[67] "The Defeat of the Ministry and the Prospects of Reform" y "The Practical Difficulties of Secret Voting", *The Economist,* 2 de abril de 1859 y 2 de septiembre de 1859, respectivamente.

municipios "estancados" a las ciudades industriales, que serían las únicas en disfrutar de un mayor grado de participación popular.[68] Por consiguiente, el ensayo "A Simple Plan of Reform" se convirtió en el apéndice de la edición de 1867 de *The English Constitution*.[69]

En esa edición, Bagehot dio una justificación detallada de los esquemas que había postulado en *The Economist:*[70] para que se mantuviese el secreto eficaz de la Constitución eran necesarias dos cosas: las clases bajas no debían saberlo y las clases altas debían entenderlo completamente, sin caer en las piadosas "descripciones de papel" de su gobierno como uno de pesos y contrapesos perfectamente calibrados. En consecuencia, Bagehot dejó en claro cuán ancho era el abismo entre gobernantes y gobernados; con la excepción de una élite educada y terrateniente constituida por no más de 10 000 hombres, la mayoría eran "no más civilizados que la mayoría de hace 2 000 años, de mente estrecha, poco inteligentes, faltos de curiosidad" e "incapaces de comprender la idea de una constitución". Darles el voto sería el anuncio de un desastre, porque eso significaría que "los ricos y los sabios no habían de tener, por ley explícita, más votos que los pobres y los estúpidos" o, en las grandes ciudades, que los trabajadores, a quienes llamó "los miembros destinados a las casas públicas" (es decir, las tabernas).

> Es inútil acumular palabras abstractas. Los que duden deben ir a su cocina: dejemos que un hombre consumado pruebe lo que le parezca más obvio, más seguro, más palpable en materia intelectual ante la criada y el lacayo y descubrirá que lo que dice parece ininteligible; que su público lo considera loco y salvaje cuando está hablando de lo que resulta en su propia esfera de pensamiento el tópico más gastado de la sensatez cautelosa. Las grandes comunidades son como grandes montañas: tienen en ellas los estratos primario, secundario y terciario del progreso humano, mientras que las características de las regiones inferiores se ase-

[68] Escribió: "Allí *únicamente* reduzcan el derecho al voto". Incluso allí, a no ser que eso "arroje a la parte más inteligente del país al poder exclusivo de los habitantes menos inteligentes", debería haber tres miembros y dar tres votos a cada votante, asegurándoles así "al menos un miembro a los ricos y cultivados; porque siempre serían una minoría numerosa y, por ese medio, cualquier minoría superior a un cuarto tiene asegurado un voto". "A Simple Plan of Reform", *The Economist,* 24 de diciembre de 1864.

[69] Sobre su "esquema de reforma" práctico, Bagehot escribió: "Prefiero citar el siguiente artículo, en el que se propone el mismo plan que apareció en *The Economist*". Al final, sintiendo tal vez que la marea de la opinión pública y el estado de ánimo tanto de los liberales como de los conservadores habían cambiado, añadió: "No sé si un plan como éste es posible ahora. Quizá las pasiones de los hombres hayan llegado a estar excesivamente excitadas y lo único que se pueda esperar ahora es un plan mucho más común; pero estoy seguro de que era posible cuando se escribió el artículo antes mencionado y de que nos habría ahorrado muchos males". *CW,* vol. VI, p. 351.

[70] Crossman erró cuando sugirió que, a diferencia de Mill, Bagehot pensaba que era posible prescindir de la reforma electoral. Probablemente ignoró su artículo para *The Economist*. Crossman, "Introduction", *The English Constitution,* pp. 9-10.

mejan a la vida de los tiempos antiguos, antes bien que a la vida presente en las regiones superiores.[71]

La derrota de Bagehot en su tercer intento de ser electo parlamentario liberal en 1866, justo cuando estaba terminando *The English Constitution,* dio a su libro ese tono sobradamente amargo con el que aconsejaba a los amos que "fuesen a su cocina" para confirmar la estupidez de sus sirvientes. La aprobación de la Segunda Ley de Reforma *[Second Reform Act]* al año siguiente —nada menos que por los *tories*— lo sorprendió y profundizó su pesimismo. Un cambio de tono es claro a partir de la edición de 1872 de *The English Constitution*: "Lo que temo es que nuestros dos partidos políticos se declaren en favor de buscar apoyo en el trabajador". No había peor desgracia "para un conjunto de personas pobres e ignorantes que el hecho de que dos combinaciones de hombres, los bien educados y los ricos, deban optar constantemente por depender de las decisiones de aquéllas", o, antes bien, sí había una: los pobres e ignorantes consultándose entre sí. "En todos los casos, debe recordarse que una combinación política de las clases más bajas, en cuanto tales y en pro de sus propios objetivos, es un mal de primera magnitud."[72]

Aun así, una vez más fue en *The Economist* donde Bagehot registró por primera vez su conmoción y disgusto por el proyecto de ley que Benjamin Disraeli, el dirigente conservador de la Cámara de los Comunes, elaboró e impulsó en ambas cámaras en 1867. La Segunda Ley de Reforma aumentó el número de votantes masculinos de la clase trabajadora en los pueblos y las ciudades al otorgar el voto a los ocupantes (los inquilinos) que pagaban al menos 10 libras esterlinas al año —en una jugada que no alteró ni la base de la franquicia en la propiedad ni el equilibrio de las fuerzas de las clases en el Parlamento—. En un editorial de *The Economist* en el que se comparaba el debate sobre la reforma con una reunión fallida de accionistas, se decía: "No se supondrá que *a nosotros* deba gustarnos una reforma con las características de la presente. Nos hemos opuesto a ella durante años".[73] La teoría constitucional de Bagehot estaba en juego, apenas un año después de su publicación. "No somos tan buenos políticos como pensamos —escribió— o no podríamos cambiar repentinamente nuestras ideas más profundas sobre las cuestiones políticas más familiares e importantes."[74] El artículo relativo al

[71] *cw,* vol. v, pp. 208 y 299.

[72] "Una combinación permanente haría de ellos (ahora que muchos de ellos tienen el sufragio) el poder supremo en el país. Mientras no se les enseñe a actuar juntos existe la posibilidad de que se evite eso, y solamente se puede evitar con la mayor sabiduría y la mayor previsión entre las clases superiores"; *ibid*., pp. 173-174.

[73] "The New Reform Bill", *The Economist,* 2 de marzo de 1867.

[74] En abril de 1867 escribió: "Es evidente que lo que solíamos llamar nuestra opinión pública sobre la constitución de la Cámara de los Comunes no era una opinión basada en pruebas y debida a la investigación, sino solamente una impresión casual […] La extrema debilidad y

Acuerdo de 1832 y su aparente desaparición, "Why Has the 'Settlement' of 1832 So Easily Melted Away?", contenía una mezcla de amargura y porrazos dirigidos a la élite británica por malinterpretar la Constitución, a pesar de los intentos de Bagehot por esclarecerla:

> Las autoridades que ha recibido el pueblo inglés le han dicho que su Constitución contiene, aparte de la Cámara de los Comunes, y en posición apta para oponerse a esa cámara, grandes fuerzas conservadoras en las que puede confiar. La mayoría de la gente cree que no se podría efectuar un gran cambio en una dirección democrática, debido a esos antiguos poderes; muchos más individuos de los que podría concebir un político londinense en sus fantasías creen que "la reina *no lo permitiría*", y la frase "Gracias a Dios que tenemos una Cámara de los Lores" se ha convertido en un clamor. Pero ahora, cuando se trata de los negocios, esos contrapesos del libro ya no son útiles.[75]

Bagehot, citando la correspondencia recientemente publicada entre Guillermo IV y *lord* Grey en la época del Proyecto de Ley de Reforma de 1832, elogió al segundo: había un ministro "capaz de manejar a su soberana sin un rastro de artificio y sin menoscabar su peculiar austeridad patricia"; pero eso solamente reveló lo mucho que habían cambiado las cosas: "Hablamos de la maravillosa manipulación del señor Disraeli tanto en el gabinete como en la Cámara de los Comunes; pero el nombre de la propia Victoria no se menciona, aunque en 1832 el de William era prominente y constantemente estaba en boca de todos. El contrapeso de la realeza sobre el cambio democrático se ha convertido en una quimera".

Con todo, eso era exactamente lo que Bagehot había estado diciendo todo el tiempo. En *The English Constitution* había instado a la reina a permanecer "oculta como un misterio", una reliquia, "para que no se la acerque demasiado a la medición de la realeza"; ahora en *The Economist* incluso él se lamentaba de la impotencia de la monarca: "¿A quién le importa manejar a la reina? Ella se va a Escocia y el mundo apenas sabe dónde se encuentra".[76]

movilidad de lo que creíamos eran unas opiniones arraigadas se nos ha ocultado durante muchos años, porque las cuestiones más entusiastamente discutidas han sido cuestiones de política exterior, y, sobre éstas, en las que los datos son tan difíciles de aprender y cambian de un día a otro, no es un deshonor cambiar de opinión rápida y velozmente. Un juicio fijo sobre unos hechos cambiantes es, como lo saben los hombres de negocios, lo más peligroso del mundo; pero, aquí, en el país, y sobre una cuestión tan discutida como la reforma, no debería haber habido lugar para el cambio". "The Painful Moral of Present Politics", *The Economist,* 20 de abril de 1867.

[75] "Why Has the 'Settlement' of 1832 So Easily Melted Away?", *The Economist,* 1º de junio de 1867.

[76] A la reina Victoria no le hizo gracia esa actitud hacia su persona y, mucho menos, hacia sus poderes constitucionales (reducidos por Bagehot a consulta, estímulo, advertencia y actuación como camuflaje para el gabinete). Jorge V recordó que ella estaba "muy disgustada" de que

Su objeción a la "descripción de papel" de la Constitución fue que tomaba la idea de los pesos y contrapesos en su valor aparente; por descarada que fuese, su teoría no era tan diferente: los pesos y contrapesos eran ilusiones, por supuesto, pero, dada la niebla mental de las empleadas domésticas y los lacayos de Inglaterra, había contado con que serían un contrapeso efectivo del cambio democrático.[77]

La Constitución francesa

Las compensaciones entre democracia y estabilidad socioeconómica eran aún más evidentes en Francia, cuyo Segundo Imperio ejercía una fascinación permanente en Bagehot. En realidad, nadie en la historia ha defendido como él a Luis Napoleón —el corpulento y acicalado sobrino del primer emperador, cuyo dominio sobre Francia terminó con una derrota catastrófica ante Prusia en 1870—. Bagehot nunca compartió la opinión de gran parte de la prensa en el sentido de que *Plon-Plon* —el apodo de Luis Napoleón— era un aventurero y una copia ligeramente ridícula de su famoso tío;[78] *The Economist,* por el contrario, lo trataba como a un genio que entendía a los franceses mejor de lo que jamás lo habría hecho una asamblea electa.

Bagehot comenzó su compleja historia de amor por Luis Napoleón en 1851, excusando en *The Inquirer* su golpe de Estado como la forma más segura de restaurar la "confianza" y la "seguridad de la industria" en Francia. En ese momento Bagehot dio su apoyo a un régimen en París que nunca habría tolerado en Londres con base en el concepto de "el carácter nacional": los franceses eran demasiado "excitables, volátiles, superficiales, excesivamente lógicos e intransigentes" como para disfrutar las mismas libertades que los ingleses.[79] Lo que las secuelas de las revoluciones de 1848 en Europa

él hubiera estado leyendo a "un escritor tan radical"; Daniel Craig, "Bagehot's Republicanism", en *The Monarchy and the British Nation, 1780 to the Present*, Andrzej Olechnowicz (coord.), Cambridge University Press, Cambridge, 2007, p. 139.

[77] "La Cámara de los Lores aprobará el gran cambio que se avecina, y la reina lo ratificará sin dudas importantes y sin enmiendas materiales. Los elaborados pesos y contrapesos del poder de la Cámara de los Comunes, en los que Blackstone y otros insisten con tanta frecuencia, han dejado de actuar ahora —justo cuando eran necesarios, si acaso alguna vez lo fueron— y no se ha oído hablar de ellos." Ésas fueron las principales razones "por las que esta gran revolución —una revolución más grande, probablemente, que la de 1832— ha sido tan silenciosa y callada. Esperemos que sus resultados sean tan silenciosos e inadvertidos, porque entonces, quizá, serán buenos". "Why Has the 'Settlement' of 1832 So Easily Melted Away?", *op. cit*.

[78] Luis Napoleón (Louis Napoléon en francés), también conocido como Napoleón III, fue primo de Jérôme Napoleón, y en realidad era a este último a quien se le aplicaba el epíteto de *Plon-Plon* (también el de "el Bonaparte rojo"); ambos eran sobrinos de Napoleón I. [E.]

[79] "La cualidad mental más esencial para un pueblo libre, cuya libertad debe ser progresiva, permanente y a gran escala […] es mucha *estupidez*. No necesito decir que, en una auténtica es-

les habían "enseñado a los hombres" era precisamente lo opuesto: "que ningún absurdo es tan grande como imaginar la misma especie de instituciones adecuadas o posibles para los escoceses y los sicilianos, para los alemanes y los franceses, para los ingleses y los napolitanos".[80]

En su calidad de editor de *The Economist,* Bagehot fue un poco más sobrio en sus elogios a Luis Napoleón, pero respaldó de manera constante su régimen en Francia, una nación revolucionaria inquieta que necesitaba una mano firme para hacerla tragar la amarga medicina de la economía política.[81] Los matices que entraron en juego durante el decenio de 1860 tuvieron más que ver con la situación intelectual en Inglaterra, donde algo que le preocupaba a Bagehot era que los discípulos del filósofo positivista francés Auguste Comte estaban ganando conversos con argumentos de que el veloz progreso material respaldado por un Estado central fuerte en Francia ofrecía lecciones para una Inglaterra en exceso individualista y orientada al mercado. En 1867 Bagehot atacó a esos pensadores, cuyo apoyo a la Segunda Ley de Reforma era ya de por sí suficientemente malo; también creían, dijo, que "el gobierno parlamentario es complejo, dilatorio e ineficaz. Un absolutismo eficiente elegido por la gente y que congenie con ella es mucho mejor que esa aburrida palabrería".[82] En *Physics and Politics* nombró a "los comtistas seculares, el señor Harrison y el señor Beesly, que quieren 'afrancesar las instituciones inglesas', esto es, introducir aquí una imitación del sistema napoleónico, una dictadura basada en el proletariado".[83] *The Economist* tenía

tupidez sana, los ingleses no tienen rival." Bagehot pedía a los lectores que imaginaran una Cámara de los Comunes compuesta solamente por *littérateurs* (hombres de letras) ingeniosos como Disraeli: "Sería lo que dijo el señor Proudhon de algunas asambleas francesas: 'una caja de cerillas'"; véase "Letters on the French Coup d'État", en *cw,* vol. IV, pp. 50-51.

[80] *cw,* vol. IV, p. 81. Para Bagehot, el vínculo entre el carácter nacional y la estructura política seguía siendo de capital importancia; la idea de que había ciertos derechos, o una forma de gobierno, que debía obtenerse en todo momento y lugar era un error que confundía la política con la ética, como si no se tuviera "más derecho de privar a un *dyak* de su voto en una 'posible' asamblea polinesia que el que se tiene de robarle su estera". "En el hombre animal hay razas como en el perro animal […] Cuando se caza con galgos y se corre con perros beagle, entonces y no hasta entonces, ¿se puede esperar que desaparezcan los hábitos innatos de mil años, que los hindúes puedan ser libres o que los ingleses sean esclavos?"; *ibid*., pp. 48-52.

[81] Hay pocas pruebas de la afirmación de Varouxakis de que Bagehot —"lo mejor que el pensamiento político victoriano tenía para ofrecer acerca de la política francesa durante el Segundo Imperio"— reconsideró su posición en lo relativo al Segundo Imperio en el decenio de 1860. Georgios Varouxakis, *Victorian Political Thought on France and the French,* Palgrave, Nueva York, 2002, pp. 90 y 170.

[82] "The Mercantile Evils of Imperialism", *The Economist,* 31 de agosto de 1867.

[83] Bagehot despreciaba a esos hombres listos que buscaban un "déspota que pusiese en práctica sus ideas"; si alguna vez se pusiesen en práctica sus utopías, tendrían más probabilidades de ser ahorcados: "Todo déspota hará lo que le plazca y arrancará de raíz las nuevas ideas 99 veces por cada vez que las introduzca". Incluso Matthew Arnold era culpable de francofilia y, por lo tanto, de intentar imponer "un yugo a nuestras mentes y estilos". Walter Bagehot, *Physics and Politics,* en *cw,* vol. VII, pp. 50-51.

como objetivo unos lectores francófilos similares, pero trataba de enseñarles lecciones diferentes: el propósito era admirar la vista al otro lado del Canal de la Mancha, no importar lo que veían allá.

El bonapartismo, o cesarismo, como Bagehot lo llamaba con frecuencia, aseguraba la estabilidad ahora, pero, a la larga, nadie podía predecir lo que sucedería después de que muriese Luis Napoleón, ahora Napoleón III, y era demasiado democrático, porque excluía a la clase media urbana educada en favor del llamamiento directo a la "mayoría muda", al "populacho, al campesinado y al ejército":[84] ¿la última señal de sus inestables cimientos? Algunas veces al año, *The Economist* era confiscado en París: "Hubo un momento en que se incautaba cualquier artículo con [la frase] 'despotismo francés', sin importar lo que seguía, y aunque fuese laudatorio"; Bagehot se quejaba de unos censores demasiado débiles como para distinguir a un editor amigable de uno subversivo: "Si *The Economist* hiciere una revolución, ¿qué no haría una revolución?"[85] Por consiguiente, el sistema inglés era mejor, siempre y cuando las personas que viviesen bajo él fuesen inglesas, y afirmó que cualquier país que adoptase "la *verdadera* Constitución británica" —es decir, la secreta— sería prudente, pero pocos podían hacerlo.

Hay que observar que, a pesar de sus intentos de advertirles a los "jóvenes ingleses" que se alejasen del bonapartismo, el atractivo de éste en Inglaterra tenía mucho que ver con *The Economist,* donde Bagehot informaba de manera semanal con vívidos detalles sobre el progreso de Francia bajo Napoleón III. En 1863, en el editorial "The Emperor of the French", informó a los liberales ingleses sobre la popularidad de ese "Demócrata Coronado de Europa";[86] en 1865 lo aclamó como un progresista, infinitamente superior, no sólo a Julio César, el "déspota democrático" de la Antigüedad, sino también a los viejos monarcas de Europa. "Luis Napoleón es un déspota benthamita. Está en pro de 'la mayor felicidad del mayor número'." Su régimen era renombrado por su "destreza disciplinada", su "burocracia no solamente es soportable sino agradable", y, mientras que el intelecto inglés era más libre que el francés y estaba más capacitado para "meter las ideas de unos pocos en la mente de muchos", "rara vez ha sido tan inacabado, tan *desastrado*". En la sociedad parisina, "las variedades de pensamiento superiores se discuten mejor que en Londres y se argumentan mejor en la *Revue des deux Mondes* que en cualquier publicación periódica inglesa".

[84] "France or England" y "The Emperor of the French", *The Economist,* 5 de septiembre y 5 de diciembre de 1863, respectivamente.

[85] "The Gravity and Difficulty of Affairs in France", *The Economist,* 7 de agosto de 1869. Francia no podía disfrutar una libertad al estilo inglés, porque tenía un carácter nacional sin deferencia y odiaba a su burguesía tanto como a su nobleza: "Su pasión por la igualdad es tan grande que sacrificará todo. El gobierno libre implica privilegios, porque requiere que se dé más poder a los instruidos que a los analfabetas; no existe un método por el que los hombres puedan ser ambas cosas: libres e iguales"; "France or England", *The Economist, op. cit*.

[86] "The Emperor of the French", *The Economist, op. cit*.

Por sobre todo, Napoleón III había puesto en marcha un milagro económico para "asombro de Europa y de la propia Francia […] Ningún gobierno se ha esforzado tanto por promover los ferrocarriles, las carreteras y la industria como ese gobierno. Francia ha cambiado mucho en 12 años".[87] La objeción habitual al despotismo era lo que hacía que la propiedad fuese insegura; pero el modelo moderno erigido en Francia no tenía nada que ver con el "burdo despotismo asiático". El emperador manejaba los derechos de propiedad con un "cuidado ostentoso", era "demasiado sabio como para matar la gallina de los huevos de oro" y "es un partidario del libre comercio tan bueno como cualquiera en Francia". En cuanto a la "idea común inglesa de que esa libertad estimula la demanda de libertad política", escribió Bagehot haciendo un guiño, "él es consciente de que muy a menudo no hace nada por el estilo".[88]

Se podría perdonar a los lectores que preguntasen qué resultaba mal, si acaso, con el cesarianismo en boga, y "Caesareanism as It Now Exists" era el título de un editorial de *The Economist*. Para Bagehot tenía un defecto de envergadura, que identificó en 1865: "Desde el punto de vista de un inglés, en Francia casi es necesario crear el *crédito*".[89] En el verano de 1867 parecía que los emperadores francés y austrohúngaro estaban tramando una guerra contra Prusia, y, en el artículo dedicado a señalar los males derivados del imperialismo que se cernían sobre el sistema mercantil, "The Mercantile Evils of Imperialism", escribió: "Todas las bolsas de Europa están temblando", porque las intenciones de esos soberanos eran "impredecibles". Después de todo, los parlamentos tenían sus usos: proporcionar a los empresarios "*datos* para predecir el futuro". *The Economist* rebosaba de ilustraciones de lo que ese raquítico desarrollo financiero significaba para Francia: "Un viajero inglés no ve nada incalculablemente inferior a Inglaterra: los medios de comunicación, el comercio y la agricultura son excelentes"; sólo que "el sistema bancario francés es infantil". Napoleón III simplemente había pospuesto el día en que se imponía reconocer la política que retrasó el desarrollo del capitalismo financiero: "Un banquero francés, en respuesta a todos los comentarios sobre su timidez, tiene una sola respuesta; dice: 'Está muy bien que hablen en Inglaterra, pero en París *nosotros* tenemos revoluciones; ustedes no estuvieron aquí en 1848, *yo sí estuve*"; París "es un gran lugar para el placer, pero es un lugar inferior para el negocio de los préstamos".[90]

[87] "Caesareanism as It Now Exists", *The Economist,* 4 de marzo de 1865.

[88] "The Mercantile Evils of Imperialism", *The Economist, op. cit.*

[89] "Caesareanism as It Now Exists", *The Economist, op. cit*.

[90] "The Mercantile Evils of Imperialism", *The Economist, op. cit*. "No puede [París] distribuir los ahorros de Francia en las actividades de Francia como Londres distribuye nuestros ahorros entre nuestros comerciantes"; "France and the Money Market", *The Economist,* 14 de diciembre de 1867. Bagehot se percataba plenamente de la innovación bancaria francesa, el banco Crédit Mobilier, pero, aunque sus ganancias le impresionaban, no creía que su modelo para obtenerlas —hacer funcionar la bolsa con una cantidad limitada de capital— le permitiría invertir en pro-

Las naciones, el nacionalismo y la guerra franco-prusiana

Si bien es cierto que Bagehot fue claro en sus prescripciones políticas para Francia, sus predicciones fueron irremediablemente erróneas. Su evaluación del emperador sugería que era imposible una guerra entre Francia y Prusia. *The Economist* les aseguró a sus lectores que Napoleón III era "una mezcla singular de tenacidad y vacilación, de atrevimiento y timidez", el último estadista susceptible de emprender algo temerario. "Podemos estar muy seguros de que nunca se enfrentará a Europa ni correrá riesgo alguno de actuar de tal manera que una a toda Europa en su contra."[91] En 1867 el semanario contó con la "sagacidad y el interés propio" de Napoleón III para frenar a las masas belicosas. Mientras Mazzini y Garibaldi, los nacionalistas liberales italianos, elaboraban "proyectos dañinos" en Italia, los sabios gobernantes de Francia y Prusia se enfrentaban uno a otro desde el otro lado del Rin.[92] Apenas unos meses antes de que Napoleón III fuese embaucado para lanzarse a una guerra en la que permitió que su ejército quedase atrapado y él mismo fue hecho prisionero, Bagehot escribió que el futuro lo juzgaría como el más grande de los dos Napoleones. La carrera de su tío fue "más repentina, brillante y meteórica", pero, aunque fue una historia emocionante, "en nuestra mente no aporta un ejemplo ni la mitad de lo singular e inigualable a la historia como el de los laboriosos, pesados e ímprobos esfuerzos intelectuales cuesta arriba del actual emperador por evaluar y adaptarse tanto a los gustos superficiales como a las demandas permanentes del pueblo francés".[93]

Bagehot recibió una lección momentánea de escarmiento ante el estallido de las hostilidades. Quizás aquellos que habían llamado a Napoleón III "un jugador y un desesperado" tuvieron razón después de todo;[94] con todo, apenas un mes después, notó que lo que había fallado en Francia no era el "gobierno personal", dado que Prusia estaba gobernada por una autocracia militar a discreción de un rey. Era el cesarismo: un despotismo plebiscitario

yectos de infraestructura (además de en los ferrocarriles) a una escala muy grande. Véase "The Crédit Mobilier and Banking Companies in France", *The National Review,* vol. IV, enero de 1857, en *CW*, vol. X, pp. 341-371.

[91] "Su posición es demasiado importante como para arriesgarla a la ligera. Se esfuerza infinitamente por evitar toda posibilidad de fracaso"; "The Emperor of the French", *The Economist, op. cit*.

[92] "Los tiempos han cambiado desde que unos gobernantes ansiosos arrastraban a la guerra a unos pueblos reacios. Ahora, el pueblo es el que está dispuesto a luchar y los monarcas y los ministros son los que lo detienen"; porque "creemos que tanto el conde Bismarck como Napoleón están ansiosos por evitar una ruptura […] y harán todo lo posible para evitarla". "Continental Alarms", *The Economist*, 5 de octubre de 1867, y "France and the Money Market", *The Economist, op. cit*.

[93] "The Emperor's Letter", *The Economist,* 26 de marzo de 1870.

[94] "Para explicar tal conducta, tenemos que abandonar todas las ideas recientes […] y olvidar lo que sabíamos de él como un estadista importante y, durante años, como uno de los conservadores y guardianes de la paz en Europa." "The Declaration of War by France"', *The Economist,* 16 de julio de 1870.

que había excluido a las clases medias y cortejado "el favor del campesinado ignorante".[95] Bagehot recordó con cariño a Napoleón III cuando murió en el exilio tres años después; excusó su derrota en Sedan, atribuida a un doloroso cálculo en la vejiga que había afectado su habitual "claridad de discernimiento". La musa de la historia bendijo al héroe caído: "Declararlo un gran hombre puede ser imposible ante sus fracasos, pero declararlo pequeño es ridículo. Los hombres pequeños que mueren en el exilio no dejan grandes vacíos en el horizonte político europeo".[96]

¿Qué hay de esos vacíos? Justo antes del colapso del Segundo Imperio, Bagehot les había aconsejado a los liberales que se abstuviesen de intentar derrocarlo, "postergando toda idea de una república";[97] antes bien, los "liberales pensantes" deberían "injertarle principios racionales y liberales", porque la república que querían, sobria, "sin tonterías", era imposible en Francia. Bajo la presión de los trabajadores, se volvería roja y exigiría una "división equitativa de la propiedad".[98] Después de la caída del Imperio, los socialistas tomaron el poder en París en 1871, declararon una república revolucionaria y prometieron luchar contra los invasores prusianos en desafío a su propio gobierno, que se había rendido. Como era de esperarse, *The Economist* retrocedió horrorizado: la Comuna de París era una pandilla de "artesanos y trabajadores", "pobres desesperados", "locos de rabia y envidia"; solamente oraba por que se pudiera detenerlos antes de que su "designio establecido para destruir las Tullerías, el Louvre y el Palais Royal se hiciese realidad".[99]

[95] Bagehot atribuyó el estremecedor colapso del ejército francés, considerado la fuerza de combate más poderosa del continente, a la renuencia de los campesinos franceses a luchar, por lo que trasladó su admiración a los vencedores del momento. El rey Guillermo IV, que comandó su ejército con los nobles —"una fuerte garantía del *esprit de corps*"—, representaba un tipo de régimen más eficaz; uno que, según Bagehot, a pesar de todas sus características atávicas, tenía el apoyo del tipo adecuado: "Un rey heredero que goza de un fuerte afecto entre una aristocracia cercana a su trono y entre una clase media que muestra una preferencia reflexionada por la antigua dinastía no tiene necesidad de temer el desagrado de los más bajos entre la población"; "The Collapse of Caesarism", *The Economist,* 20 de agosto de 1870.

[96] "The Emperor Napoleon", *The Economist,* 11 de enero de 1873.

[97] "The Lessons of the Plebiscite", *The Economist,* 14 de mayo de 1870. El año anterior había instado a la moderación con el argumento de que una revolución en Francia sería sin duda un revés para la causa liberal en Europa: "Una derrota de los liberales franceses no es sólo su derrota, es una derrota de *todos los liberales*"; "The Gravity and Difficulty of Affairs in France", *The Economist, op. cit*.

[98] La apatía política popular, "un sentimiento popular ciego que antaño había decaído mucho", junto con un monarca atado a principios liberales, fue "el mejor aglutinante concebible para un sistema político […] Eso es lo que tenemos en Inglaterra. Los liberales de Francia harían bien en aprovechar las ventajas que ofrece la situación presente para asegurar una combinación similar de ventajas políticas para Francia"; "The Liberals and the Emperor", *The Economist,* 21 de mayo de 1870.

[99] Una gran parte de ese artículo estaba dirigida en contra de los "defensores de la Comuna en Inglaterra"; "The Destruction in Paris of What the World Goes to See at Paris", *The Economist,* 27 de mayo de 1871.

Por ende, *The Economist* le agradeció a Adolphe Thiers, presidente provisional del gobierno nacional francés, por hacer marchar sobre París a 60 000 tropas leales, ayudado por el canciller prusiano Otto von Bismarck, quien las liberó para esa tarea ante la demanda urgente de Thiers. En el baño de sangre que siguió fueron asesinados cerca de 20 000 civiles, muchos de ellos fusilados sin juicio, para luego ser quemados o arrojados en tumbas comunes, en una especie de acto de inauguración de la Tercera República Francesa. El hecho de que Thiers, un republicano confeso, hubiese dado la orden de masacrar a tantos conciudadanos era alentador: Francia debía cinco millones de francos en reparaciones a una Alemania recién unificada y necesitaba mostrar a los mercados, donde tendría que recaudar gran parte del efectivo, quién estaba al mando;[100] sobre todo, la derrota de la Comuna "separó efectivamente el *nombre* de la República del credo de los republicanos delirantes y dejó perfectamente en manos de M. Thiers la identificación de la idea de la República con las concepciones más sobrias posibles".[101]

Ahora bien, hasta el final, Bagehot nunca pensó que una república podría tener éxito y dio la bienvenida a las señales de un retorno a la dictadura ilustrada. En un editorial de 1874 sobre la falta de fundamentos que tendría un liberal de su patria para condenar el resurgimiento del orden imperialista en aquel país, "Why an English Liberal May Look without Disapproval on the Progress of Imperialism in France", argumentó que, si bien un Parlamento era perfecto para Inglaterra —donde un nuevo ministerio "no cambia un ápice los valores consolidados" y un monarca se sienta "tras el ministerio [el gabinete de ministros] con el propósito de preservar al menos cierta apariencia de estabilidad"—, eso nunca sería adecuado para los franceses.[102] No

[100] Bagehot satirizó a los miembros republicanos radicales de la Comuna como un banquero que rechaza a un solicitante de préstamo sin garantía: *su* república "estaba asociada a unas esperanzas absurdamente supersticiosas", surgidas de "una especie de creencia entre los rojos de que la proclamación de una República era una expiación mística que salvaría a París […] aclamada a gritos y llorada desde los balcones", adorada como si fuese "una deidad femenina" o como si, al oír su nombre, "los enemigos hubieran de envainar sus espadas y el proletariado de las grandes capitales europeas se hubiera de levantar con todo su poder, listo para prohibir un mayor derramamiento de sangre". Thiers parecía ser el hombre apto para "sacudirse todo delirio y enfrentarse a los alarmantes hechos de la conquista y a un Tesoro vacío"; "Constitutional Tendencies in France", *The Economist,* 14 de septiembre de 1872.

[101] *Idem.* Thiers fue aclamado una vez más al año siguiente, con base en motivos semánticos, por su "astuta política de acostumbrar gradualmente a Francia a asociar el orden y la fuerza, y cierta cantidad limitada de libertad, con el nombre y la forma de una república"; "The Imperialist Manifesto", *The Economist,* 25 de enero de 1873.

[102] "Why an English Liberal May Look without Disapproval on the Progress of Imperialism in France", *The Economist,* 6 de junio de 1874. Bagehot trató de inculcar en los liberales de Inglaterra la necesidad de lo que parecían medidas antiliberales en Francia, donde la constante amenaza de una revolución redistributiva estaba arrancando de raíz la última ola de desarrollo capitalista: "En Inglaterra siempre hemos tenido un gobierno seguro y nos resulta difícil hacer comprender a nuestra imaginación el mal de carecer de él; pero, si lo perdiésemos, ningún pueblo sufriría ni siquiera la mitad [que nosotros]. Toda la vida industrial de Inglaterra se basa en

obstante, se ofreció de buena gana a asesorar a la Asamblea Nacional reunida en Versalles. Imprimió su propia plantilla constitucional en *The Economist,* "redactada por alguien que tiene gran experiencia en esos temas",[103] en la que instaba a los delegados franceses a conferir el poder a un hombre fuerte, elegido por una asamblea, pero que a su vez pudiese disolverla… recordando a los lectores que ésa era la "fuente principal" secreta de la Constitución inglesa. El documento que la Asamblea adoptó realmente en 1875 se ganó su admiración sobre esa base: la "República conservadora" esperaba contar —de manera incorrecta, como lo demostraría la historia de la Tercera República— con un ejecutivo más poderoso que el presidente de los Estados Unidos y el primer ministro británico juntos, y, pensando que el modelo del zar era un límite exterior apropiado para un dirigente cuyo objetivo era liberalizar a Francia, escribió: "En realidad, no es muy fácil concebir, fuera de Rusia, una posición de mayor influencia y grandeza".[104]

El carácter nacional puede haber sido una categoría clave para Bagehot en las exploraciones comparativas del orden político; pero era relativamente ciego al nacionalismo como fuerza principal de la época. Concedió que una condición previa necesaria para una gran nación era, por supuesto, la "conformidad de sentimientos, lenguaje y actitudes", pero no estaba dispuesto a respaldar la existencia de nacionalidades puras ni a colocarlas por sobre esas categorías más flexibles de pertenencia nacional. El término era acientífico, "una especie vaga de fe para las grandes multitudes —una especie vaga de instrumento para algunos conspiradores—"; con todo, también era útil, siempre y cuando ayudase a construir Estados modernos, como en Alemania

un grado sin igual en el crédito y la confianza, y la más mínima idea de una revolución destruiría de inmediato ese crédito y esa confianza; sería muchas veces peor que un pánico mercantil. Si nuestro sistema de crédito fuese tan delicado como para verse zarandeado por el fracaso de Overend, Gurney & Co., se derrumbaría quedando en ruinas con la caída de la reina Victoria. Debemos imaginar que Lombard Street estuviese durante meses en posesión de los rufianes y entonces entenderíamos qué es lo que los franceses temen"; "The Prospects of Bonapartism in France", *The Economist,* 30 de mayo de 1874.

[103] "French Politics", *The Economist,* 20 de junio de 1874. Bagehot reconoció que los franceses eran demasiado perspicaces como para caer en la artimaña real que mantenía el poder en Inglaterra en manos de las clases media y aristocrática. "'Un rey que reina pero no gobierna' es una especie de lógica insulsa […] La única monarquía posible en Francia es el Imperio, y eso no se basa en ideas inglesas, sino en lo completamente contrario a las ideas inglesas. Una copia francesa de la Constitución inglesa no debe ser de su exterior sino de su interior." "A Suggestion for the Future Government of France", *The Economist,* 15 de agosto de 1874.

[104] "The Conservative Republic", *The Economist,* 6 de marzo de 1875. Pierre Rosanvallon elogió a Bagehot como uno de los pocos pensadores modernos que intentaron hacer una definición positiva del cesarismo; *La Démocratie inachevée: histoire de la souveraineté du peuple en France,* Gallimard, París, 2000, p. 219 [edición en español: *La democracia inconclusa: historia de la soberanía del pueblo en Francia*, trad. de Nicolás Suescún, Taurus/Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2006].

e Italia. Empero, como grito de cohesión de "fragmentos extranjeros de razas antiguas", el nacionalismo era pernicioso: "Establecer la nacionalidad vasca o a la bretona o a la galesa sería perjudicial para los vascos, los bretones y los galeses, incluso más que para España, Francia e Inglaterra".[105] Su argumento era liberar a los hombres talentosos encerrados en la administración de naciones diminutas ("la política menor degrada la mente del mismo modo que la gran política la mejora") y hacer de ellos hombres más grandes que, de alguna manera, condujesen a un gobierno más reducido y eficaz, así como a la paz con unos países grandes menos tentados de ir a la guerra para apoderarse de sus vecinos más débiles.[106]

Todo interés que *The Economist,* el semanario de Bagehot, tuvo realmente en el nacionalismo se centró por lo general en sus principales defensores: en Mazzini, fundador de la Joven Italia y defensor de la unificación italiana, vio a un "verdadero fanático", más enamorado de sí mismo que de Italia, obsesionado con el nombre de una república y demasiado terco como para aceptar la realidad so pretexto de un monarca constitucional; Garibaldi, el brillante comandante militar, era un lelo que luchaba "con molinos de viento en lugar de gigantes". En ambos casos Bagehot se negó a reconocer las fuerzas populares que respaldaban a Mazzini y a Garibaldi en toda la península italiana.[107] Mientras tanto, *The Economist* registró el fervor patriótico en Francia y Prusia, pero creía que los estadistas de esos países actuarían para contener las pasiones de las clases bajas en el último momento; en realidad, Bismarck las manipuló, mientras que Luis Napoleón intentó hacer lo mismo pero fracasó, en Francia y en lugares tan lejanos como México.[108]

Ahora bien, en ningún lugar fue más pronunciada la mala interpretación del nacionalismo que en los Estados Unidos y en la forma que ese impulso adoptó en el "lincolnismo", y en ese caso, lo que estaba en juego era mucho

[105] "Limits of the Principle of Nationalities", *The Economist,* 18 de junio de 1864. "El Imperio austro-húngaro era una excepción, incapaz de llevar una 'vida nacional' en una época liberal en la que 'la unidad es en todo punto necesaria', porque sus pueblos no tenían sentimientos comunes, poseían derechos diferentes y 'no se entendían entre sí'." Suiza era otra excepción, aunque en el sentido opuesto, pues muestra que un Estado heterogéneo "puede mantener una vida libre, aunque en su Parlamento se hablen tres idiomas y aunque su población esté compuesta por más de tres razas", pero solamente bajo la amenaza extrema de enemigos externos. "The Gains of the World by the Two Last Wars in Europe", *The Economist,* 18 de agosto de 1866.

[106] "The Influence of Foreign Anxieties upon the Money Market", *The Economist,* 24 de agosto de 1867.

[107] "M. Mazzini's Manifesto", *The Economist,* 11 de octubre de 1862. En el momento de la muerte de Mazzini, Bagehot rindió homenaje a una "fuerza política" cuyas aptitudes, aunque utilizadas "para fines imposibles y, por ende, anárquicos", habían "revivido la vida política de Italia y proporcionado las materias primas de las que el conde de Cavour, con su gran estrategia política, fue capaz de hacer un uso tan maravilloso". A pesar de sus defectos, Mazzini "no se parecía en nada a Garibaldi […] Estaba a medio camino entre el 'idiota inspirado' de Caprera y el diplomático astuto de Turín"; "Mazzini", *The Economist,* 16 de marzo de 1872.

[108] "Prince Bismarck's Foreign Policy", *The Economist,* 10 de abril de 1875.

más importante: de las 400 000 toneladas de algodón que las fábricas británicas consumían cada año, 77% provenía de las plantaciones esclavistas del sur de los Estados Unidos, en las que estaba invertida una décima parte del capital británico. El estallido de la guerra civil en abril de 1861 interrumpió esos suministros, lo que puso en peligro a la industria más importante de la Gran Bretaña, que representaba casi la mitad de las exportaciones. Con gran ansiedad, los industriales, comerciantes e inversionistas recurrieron a *The Economist* no solamente para que analizara la situación estadunidense, sino también para que obtuviese informes sobre mercados tan lejanos como Egipto y la India, donde el capital se apresuraba a abrir nuevas fuentes de cultivo de algodón, lo cual llevaba a un ciclo de auges y caídas que habían transformado la agricultura campesina y las redes comerciales de todo el mundo.[109] Para Bagehot el conflicto también provocó una tercera investigación constitucional, que puso el secreto de la eficacia del sistema inglés frente a las sombrías realidades del estadunidense.

La Constitución estadunidense y la guerra civil

De todos los políticos cuya descripción hizo Bagehot, su valoración de Abraham Lincoln, el presidente estadunidense, fue la más baja al principio. A finales de 1861, *The Economist* lo juzgó de manera rotunda: "El presidente no está a la altura de la situación en la que se encuentra […] Recibió la formación de un procurador rural, y una concurrencia fortuita de circunstancias electorales lo ha colocado al frente de una nación".[110] El gobierno federal había "caído en manos del grupo de hombres más pequeños, débiles y mezquinos que jamás hayan presidido la política de una gran nación en la época crítica de sus asuntos". Su sabiduría colectiva era una "concatenación de oficios deslucidos que su propia palabra *artimaña* y ninguna otra podría describir".[111] En 1864, en el momento de la reelección de Lincoln, Bagehot lo consideraba como el mejor candidato, pero dejó en claro que eso no significaba mucho: "Ni siquiera se sostiene que el señor Lincoln es un hombre de

[109] Según Sven Beckert, la afluencia de capital a Egipto, a la India y a otros lugares fue de la mano de un orden imperial más competitivo —con el que se buscaba asegurar unos suministros fiables de algodón y se presionaba a los campesinos para que lo cultivaran—; Sven Beckert, *Empire of Cotton: A Global History,* Vintage, Nueva York, 2014, pp. 243 y 247-249.

[110] "The Probability of an American War", *The Economist,* 14 de diciembre de 1861.

[111] "The True Attitude of the Government of This Country towards the Federal States", *The Economist,* 25 de abril de 1863. Un miembro de su entorno sí recibió elogios: Salmon P. Chase, secretario del Tesoro, el arquitecto financiero de la guerra: "Si la guerra estadunidense terminase ahora, la historia solamente podría decir que el señor Lincoln era un hombre vulgar con cierta respetabilidad y un poco de humor, y que el señor Chase ganó mucho dinero en medio de unas enormes dificultades políticas y pagó muy pocos impuestos"; "Mr. Chase's Resignation", *The Economist,* 23 de julio de 1864.

capacidad eminente; sólo se afirma que es un hombre de honradez común y, parece, ésa es una virtud tan rara en Washington que, en su máxima necesidad, ningún otro hombre puede ser elegido que la posea y, asimismo, que posea una verdadera habilidad".[112] Bagehot ni siquiera atribuyó valor a su estilo literario, el máximo insulto: comparó "los dignos y capaces registros gubernamentales de Jefferson Davis con la prolijidad débil y agramatical de Abraham Lincoln".[113]

Bagehot miraba por encima del hombro a Lincoln, pero sobre todo culpaba a la Constitución estadunidense de haberlo puesto a cargo y de la aparente incapacidad del Norte más próspero y poblado para reprimir una rebelión de ocho millones de sureños atrasados.[114] El contraste con los eficaces reflejos políticos del sistema inglés fue constante en sus editoriales escritos para *The Economist* y constituyó un meditado *corpus* de trabajo más allá de ese documento: "La Constitución estadunidense ha desconcertado a la mayoría de las personas en este país, una vez que el notable curso de los acontecimientos recientes ha atraído una verdadera atención sobre los asuntos estadunidenses".[115] Bagehot explicaría sus misterios; en realidad, su revelación del eficaz secreto del parlamentarismo inglés dependía de un acto previo de exposición en los Estados Unidos, donde la guerra civil o Guerra de Secesión reveló las horribles consecuencias administrativas, militares y financieras de las teorías constitucionales erróneas.

Los padres fundadores de los Estados Unidos se habían basado en una interpretación de la Constitución inglesa que Bagehot tachaba de falsa, con el resultado perverso de que, en ese caso, los pesos y contrapesos eran *reales*, lo que limitaba la eficacia del gobierno sin restringir el sufragio. Los estadunidenses habían confiado "al papel unos contrapesos y dispositivos constitucionales" para "resistir la fuerza de la democracia", pero "o no pudieron o no

[112] "Mr. Lincoln's Re-Election", *The Economist,* 26 de noviembre de 1864.

[113] "English Opinion as Distinguished from English Action on American Questions", *The Economist,* 31 de octubre de 1863. Después de la reelección de Lincoln, Bagehot lo describió como "una persona cuyo lenguaje es mezquino incluso cuando sus actos son importantes".

[114] El proceso electoral fue una de las peores fuentes de ineficacia constitucional expuestas por la guerra civil. Para tener la oportunidad de ganar el colegio electoral, cada partido "selecciona en una asamblea local preliminar al miembro menos excepcional que pueda encontrar […] Si el ingenio del hombre hubiese ideado un sistema especialmente adaptado para llevar a la cabeza de los asuntos a un hombre incompetente en una crisis apremiante, no podría haber ideado uno más adecuado"; "The Practical Operation of the American Constitution at Present Extreme Crisis", *The Economist,* 1º de junio de 1861. Una vez elegido, el presidente tuvo que esperar varios meses para asumir el cargo, lo que les había dado tiempo a los rebeldes para planear, mientras Lincoln se preocupaba por los "pequeños detalles del patronazgo". Todo el sistema giraba en torno al ciclo presidencial: "Las grandes cuestiones, los deberes públicos, la eficacia política, son secundarios" respecto a esas contiendas, en las que, cada cuatro años, "todos los cargos políticos, muy importantes o poco importantes, cambian de manos" y "todo el patronazgo del país se convierte en un gran soborno"; *idem*.

[115] "The Last Probabilities of War and Peace", *The Economist,* 21 de diciembre de 1861.

adoptaron el único medio eficaz de hacerlo: no pusieron el poder sustancial en manos de los hombres con educación y propiedades";[116] al mismo tiempo, el Congreso carecía de los poderes dinámicos que podrían haberlo convertido en un contrapeso eficaz, ya sea al pueblo o al presidente. Respecto a este último, sólo tenía un "remedio extremo": "el poder de rechazar a la persona nombrada para el puesto". Los padres fundadores habían entendido mal su modelo, porque "los redactores de esa cláusula de la Constitución estadunidense la copiaron de la teoría tradicional de la Constitución inglesa"; no habían entendido que, si bien se trataba de "un arma mortal durmiente", en la práctica "se le había anexado un instrumento menor que siempre se utilizaba en su lugar: el de elegir al ejecutivo".[117] Su errónea interpretación significó que el presidente tuviese un "contrato de arrendamiento por cuatro años", y que se quedara los cuatro años sin importar lo "inadecuado, incompetente e ignorante" que fuese.[118]

Con un poder casi "demasiado terrible para usarlo", el Congreso puso a los Estados Unidos en desventaja en la nueva era del capitalismo mundial:

> Su uso detiene toda la maquinaria del gobierno y el mero temor de su empleo aniquila el crédito público. Desde la creación de las grandes deudas nacionales, que no existían en los tiempos en que la Cámara de los Comunes inglesa adquirió su supremacía, es discutible que un uso exitoso del poder de rechazar a la

[116] "The Practical Operation of the American Constitution…", *The Economist, op. cit*. Las leyes y los modales habían degenerado; mientras que "en la época de Washington [los dirigentes] eran caballeros y hombres de educación" y "las instituciones eran libres, pero no democráticas", para entonces se hicieron con el poder "unos hombres más sucios y rudos" que "se sometían, contemporizaban, engatusaban, eran serviles y adulaban a la chusma" para lograr ser electos. "La Constitución se ha convertido en una *oclocracia* casi absoluta"; "What May Be in America", *The Economist,* 17 de agosto de 1861.

[117] "Presidential and Ministerial Governments Compared", *The Economist,* 13 de diciembre de 1862. No sólo era mejor un Parlamento para la elección de los dirigentes que las masas —"los [parlamentarios] de la Cámara de los Comunes ven a *lord* Palmerston todos los días; el pueblo estadunidense nunca vio en absoluto al señor Lincoln"—, sino que le era muy fácil deshacerse de ellos: "Si *lord* Palmerston no está a la altura de una exigencia repentina, podemos buscar en otra parte". Una nación grande y moderna como los Estados Unidos no podría pedir a los votantes que sopesasen las cosas de manera constante: "La masa del pueblo está ocupada en sus propios asuntos, llena de pendientes por su propio oficio, su profesión o su ociosidad […] La nación *en masse* es indiferente […] la mente popular está confundida; no puede elegir por sí misma, y cae bajo la guía de unos electores profesionales ('hacedores de presidentes' es el término estadunidense)"; "The Defect of America", *The Economist,* 6 de diciembre de 1862.

[118] Un primer ministro, en cambio, era un "inquilino a voluntad", lo cual era preferible, porque en cuatro años "una Guerra de Crimea o un motín indio pueden introducir repentinamente factores de una fuerza incalculable que nadie podría anticipar"; "The Last Probabilities of War and Peace", *The Economist, op. cit*. "El peor defecto de un gobierno presidencial es que *arrienda* la supremacía a un solo hombre por un plazo determinado, sin la posibilidad de saber de antemano si estará capacitado para controlar y dominar lo imprevisto"; véase "The Defect of America", *The Economist, op. cit*.

persona nombrada para el puesto pudiese hacerse efectivamente con seguridad para el Estado.[119]

Los males eran muchísimos: la impunidad presidencial, la mala calidad y la limitada "capacidad educativa" del Congreso y la apatía incluso entre aquellos ciudadanos que supuestamente debían situarse a la cabeza.[120] Para los ingleses, ésa era la faceta más asombrosa del carácter norteño: "Sobrellevan la derrota de sus ejércitos, el fraude de sus contratistas y la incompetencia de sus generales y estadistas con un estoicismo que sería admirable si se apoyara en la filosofía o en la razón, si no fuese nada más que una paciencia ignorante".[121]

Dado ese aluvión de mala prensa, los lectores deben haberse asombrado al abrir *The Economist* a finales de abril de 1865 y encontrar un encomio de Lincoln después de que un asesino le disparase durante una función en un teatro de Washington, D. C.: "No conocemos en la historia un ejemplo tal de desarrollo de la sabiduría de un gobernante como el que exhibió el señor Lincoln. El poder y la responsabilidad ensancharon visiblemente su mente y ennoblecieron su carácter". Después de hacer un segundo examen del presidente asesinado, Bagehot descubrió que su grandeza oculta había sido su capacidad para hacer que funcionara la Constitución, un documento aún más espantoso de lo que había imaginado cuando estalló la guerra civil. "La dificultad de crear un gobierno fuerte en los Estados Unidos", capaz de "emprender grandes acciones con extrema rapidez, es casi insuperable". El carácter nacional se oponía resueltamente tanto a la eficacia como a la dignidad: "En primer lugar, al pueblo no le gusta el gobierno, ni esta ni aquella administración, sino el gobierno en abstracto, a tal grado que ha inventado una teoría cuasi filosófica con la que demuestra que el gobierno, como la

[119] "Presidential and Ministerial Governments Compared", *The Economist, op. cit.*

[120] El Congreso no podía ni siquiera emitir un voto de falta de confianza o censura, ni el presidente ni los miembros de su gabinete podían enfrentar a sus críticos en él: "Aquellos que actúan no pueden hablar, y los que hablan no pueden actuar". Como resultado, Lincoln no tuvo que rendir cuentas por sus ineptas políticas de guerra. La indecisa conducción de la guerra civil en el lado norteño reveló "lo que era casi completamente desconocido en Europa: el carácter *bureaucratique* del pueblo estadunidense"; "The Invasion of the Federal States", *The Economist,* 11 de julio de 1863.

[121] "Los insignificantes desastres de los ingleses antes de Sebastopol provocaron más furor en Inglaterra que lo que las gigantescas derrotas de los ejércitos del Norte han provocado en los Estados Unidos"; "The Federal Constitution Responsible for Federal Apathy", *The Economist,* 10 de enero de 1863. Años después, Bagehot se explayó en "el terrible desperdicio de la más alta capacidad educativa" en las formas presidenciales de gobierno, citando como ejemplo una batalla entre Hugh McCulloch, el entonces secretario del Tesoro, "un hombre de conocimiento y habilidad notables", que tenía opiniones sólidas sobre la moneda ("por ejemplo, que el gobierno no puede crear dinero por su propia voluntad más de lo que puede crear carbón o sebo"), y el Congreso, que no las tenía; véase "The Refusal to Impeach President Johnson", *The Economist,* 14 de diciembre de 1867.

guerra o la prostitución, es un 'mal necesario'". Los Estados han obstaculizado toda iniciativa importante: "Para hacer permanente esa debilidad, se han privado incluso *a sí mismos* del poder absoluto: primero, se han prohibido cambiar la Constitución, excepto en circunstancias que nunca se presentan, y, segundo, por medio de la maquinaria de las escuelas comunes [*common schools*],[122] han dado a esa Constitución el peso moral de un documento religioso". Lincoln parecía el único hombre que, "por una casualidad infinitesimal", era capaz de manejar esa máquina infernal: "En realidad, el presidente había llegado precisamente a la posición requerida por los tiempos revolucionarios: la dictadura, para hacer una mala descripción".[123]

The Economist hizo una excepción *post mortem* para Lincoln, pero abrigaba pocas dudas sobre el carácter vil de sus compatriotas y esperaba que un resultado de la guerra civil los hiciera más humildes. Sobre todo, había hecho un llamamiento a un rápido final del conflicto y a la reanudación de los flujos baratos y sin restricciones de algodón en rama a los telares detenidos de Lancashire, cortados de sus suministros por el bloqueo de los puertos del sur de los Estados Unidos; aun cuando Bagehot estuvo a punto de pedir que la Real Marina británica los reabriera, había acogido con satisfacción la disolución de la Unión en 1861 y tenía la esperanza de un futuro con dos socios comerciales "menos agresivos, menos insolentes y menos irritables".[124] Siendo un crítico lúcido de la política estadunidense en muchos sentidos, fue menos perceptivo en lo concerniente al impacto de la victoria final del Norte, en parte porque *The Economist* tenía un profundo interés en las consecuencias económicas e imperiales del resultado para la Gran Bretaña.

Bagehot había simpatizado personalmente con la Confederación y sostenía que no podía ser derrotada, burlándose de la idea de que "cinco o seis millones de anglosajones decididos y virulentos *puedan* ser retenidos por la fuerza como ciudadanos".[125] Urgió a la mediación rusa, francesa o inglesa, porque "no existe la menor perspectiva de que los subyuguen por la fuerza". Las brillantes victorias del Sur le habían valido "el derecho a ser admitido en la sociedad del mundo como un Estado sustancial y soberano. Sin duda al-

[122] Tipo de escuela pública que existió en los Estados Unidos durante el siglo XIX. [T.]

[123] La necesidad de una "dictadura" se extendía más allá de la crisis del momento. Bagehot se preguntaba cómo funcionarían incluso las tareas mundanas —el despido de un general popular, la anulación de los "estados cascarrabias" que blandían la férula— de no existir esa fuerza moral única, ese "déspota temporal bueno y benevolente, pero impaciente […] que realmente reverenciaba la libertad civil y podía tolerar una oposición venenosa" y cuya autoridad, por lo tanto, "nunca podría dirigirse a fines totalmente desaprobados por las formas de pensar y proceder de quienes la conferían"; "The Assassination of Mr. Lincoln", *The Economist,* 29 de abril de 1865.

[124] "The Disruption of the Union, as It Would Affect England", *The Economist,* 19 de enero de 1861.

[125] "America", *The Economist,* 8 de junio de 1861.

guna, ni Bélgica ni Grecia ni las colonias españolas del Nuevo Mundo manifestaban en nada parecido al mismo grado las cualidades y los recursos que permiten a las naciones mantener la libertad y exigir respeto".[126] Cuando Richmond, la capital confederada, ardió en llamas, rindió homenaje a su "galantería vencida que apela al buen lado de la naturaleza humana".[127]

El valor sureño contrastaba con la cobardía norteña: "Son *un pueblo absolutamente jamás puesto a prueba,* nunca se han enfrentado a un enemigo realmente formidable". Era cierto que en la guerra de independencia de los Estados Unidos habían mostrado "agallas", pero "la imbecilidad indescriptible de sus enemigos era aún más maravillosa que su propio vigor". El único triunfo desde 1783 había sido en la guerra de 1812, un breve conflicto en un escenario menor del enfrentamiento de la Gran Bretaña contra la Francia napoleónica, cuando el futuro presidente Andrew Jackson "defendió una ciudad amurallada contra una fuerza invasora inadecuadamente provista y acantonada en un pantano insalubre" fuera de Nueva Orleáns —las probabilidades no eran precisamente malas—. "Todas sus otras contiendas han sido contra indios desnudos y mexicanos degenerados e indisciplinados: *incursiones,* antes bien que guerras."[128] *The Economist* se enfureció por la interferencia de los Estados Unidos en el transporte marítimo británico, lo que era "muy parecido a una locura" como para que los funcionarios norteños lo tolerasen.[129] Cuando dos diplomáticos confederados a bordo de la balandra *Trent* fueron hechos prisioneros en ruta a Londres en 1861, exigió su liberación y una disculpa, "o no tenemos más alternativa que la guerra". El incidente se atribuyó al "público votante, electoralista, fanfarrón y alborotador" del Norte, que realmente creía que podía vencer al Sur, "ganarse el favor de la Gran Bretaña al cerrar un trato" y sumar "Canadá a Texas […] La profundidad de su ignorancia es insondable. El colmo de su frenesí es inconcebible".[130]

The Economist predijo con mucha insistencia el derrumbe del esfuerzo bélico del Norte a finales de 1862 por falta de fondos: "Con unos ingresos de 12 millones [de dólares], están gastando 120 millones; los impuestos indirectos no aportan casi nada; los impuestos directos todavía no han sido aprobados; los préstamos requeridos aún no han sido aceptados, y ya han recurrido al desesperado, ruinoso y rápidamente agotado artilugio del papel moneda

[126] "Recognition or Mediation", *The Economist,* 18 de octubre de 1862. La imposibilidad de conquistar el Sur fue un estribillo constante: "*Sabemos* que la restauración de la unión real, de la unión voluntaria por las armas, es imposible"; "America", *The Economist,* 1º de agosto de 1863.

[127] "Fall of Richmond and Its Affect upon English Commerce", *The Economist,* 22 de abril de 1865.

[128] "What May Be in America", *op. cit*.

[129] "Our Duty", *The Economist,* 30 de noviembre de 1861.

[130] "Will There Be an American War?", *The Economis*t, 7 de diciembre de 1861. En tiempos más felices ya eran "el gobierno más puntilloso, autoritario y contencioso que el mundo haya visto jamás"; ahora, "con la falsa vergüenza del orgullo humillado", se estaban volviendo insoportables; "Mercantile Difficulties of the American Civil War", *The Economist,* 25 de mayo de 1861.

inconvertible". No hubo necesidad de intervenir: "La mera falta de fondos debe llevarlos casi de manera infalible a un punto muerto en 12 meses… probablemente en seis".[131]

Bagehot tampoco aceptó el *casus belli* de la Unión y, como resultado, negó rotundamente la acusación formulada en contra de *The Economist* en el sentido de que aprobaba la esclavitud. Les recordó a los lectores que Lincoln había dejado muy en claro que el Norte no estaba combatiendo para extinguir esa peculiar institución. Si la elección fuese "entre la preservación de la Unión y la perpetuación de la esclavitud; si 'Unión' significaba la emancipación de los negros con tanta seguridad como la 'secesión' significaba la servidumbre de los negros, entonces, con toda seguridad, debería pedírsenos que adoptemos una visión muy diferente sobre el tema".[132] Un año después se burló de la Proclamación de Emancipación, un ardid estratégico para propiciar las rebeliones de esclavos detrás de las líneas enemigas y ganar puntos humanitarios en el extranjero: "Poco entusiasta e incongruente", desagradaría a la opinión pública de Europa; ese "dogma de la emancipación", que liberó esclavos en Estados enemigos pero no leales, "es tan curiosamente desafortunado, tan grotescamente ilógico, tan transparentemente *no* antiesclavista que no podemos concebir cómo puede haber sido obra de un hombre astuto". Lincoln había confirmado "la servidumbre de aquellos a los que *podría* liberar y decreta la libertad de aquellos a quienes ¡ni su decreto ni su brazo pueden alcanzar!"

Bagehot insistió en que la Gran Bretaña y *The Economist* deseaban sinceramente que se aboliera la esclavitud, sin pensar en el precio del algodón en rama; no obstante, el semanario hizo algunas afirmaciones sorprendentes sobre lo que tendería a ese fin, reflejando quizás el hecho de que, como dice un biógrafo de la revista, su editor "no adoptó una visión abstracta de principios elevados sobre la esclavitud".[133] *The Economist* argumentó que el cami-

[131] "Shall the Blockade Be Respected?", *The Economist,* 25 de enero de 1862.

[132] "English Feeling toward America", *The Economist*, 28 de septiembre de 1861.

[133] En 1853, Bagehot le escribió a Hutton, que entonces se encontraba en las Indias Occidentales: "¿Habéis visto algo acerca de los negros? No puede ser un estudio agradable, pero puede resultar instructivo. La gente está bastante alborotada aquí de nuevo por la cuestión de la esclavitud, tanto como siempre lo estuvo cuando hubo una agitación *bona fide* en este país al respecto. Me gustaría saber con precisión cuál es el resultado de la emancipación, considerándolo como una cuestión de sacrificios. Puedo imaginar muchos casos en los que la esclavitud es buena para una población, pero ninguno o no muchos en los que se pueda confiar en que los *comerciantes* sean dueños de esclavos. Puede ser una respuesta en aldeas rurales donde sólo abastecen su propia demanda y donde la noción de que los esclavos sean un "capital" es extremadamente secundaria, pero nunca en una comunidad mercantil donde esa noción es la principal y la noción de dependencia moral y personal es en extremo débil"; *cw,* vol. XII, p. 30. Bagehot adoptó una línea similar en un extenso ensayo titulado "The American Constitution at the Present Crisis" publicado en *The National Review* en octubre de 1861 (*cw,* vol. IV, p. 295); pero, tanto allí como en *Physics and Politics*, publicado por primera vez en serie en la *Fortnightly Review* de 1867 a 1872, también vio los méritos de la esclavitud en momentos y lugares determinados.

no más seguro a la abolición era el éxito del Sur: "Únicamente en la independencia del Sur, no en su derrota, es donde podemos mirar con confianza la pronta mejora y la extinción definitiva de la esclavitud que aborrecemos".[134] A la vez aclaró que el semanario no era amigo de "los fanáticos que esperan fundar un gran imperio basado en la esclavitud": "No creemos que una esclavitud predial como la que existe en los estados esclavistas sea una base posible para una mancomunidad buena y duradera"; pero no quedaba claro por qué era deseable, en ese caso, la independencia del Sur. "Deseamos que el área de la esclavitud fuese tan pequeña que, mediante el funcionamiento seguro de los factores promotores de la economía y, especialmente, mediante el inevitable agotamiento del suelo que siempre produce, la esclavitud se extinguiese de manera gradual en un plazo razonable."[135]

De cualquier modo, al final la esclavitud era una nota al margen: pesaba mucho más en las advertencias del semanario acerca de una victoria del Norte la lógica entrelazada del imperio y la economía. Dos Estados eran mejor que uno y equilibrarían el carácter naturalmente codicioso de cada cual: "Los imprudentes sureños pueden hablar de apoderarse de México, Nicaragua y Cuba; y los norteños ampulosos y carentes de principios pueden hablar de apoderarse de Canadá; pero habrá alguna esperanza de que podamos dejarlos librados al control mutuo y sonreír ante la villana codicia de ambos".[136] Por consiguiente, Harriet Beecher Stowe y los abolicionistas por el estilo se equivocaban al acusar a Londres de apoyar al Sur: "La válida decepción de cualquiera de las partes serviría igualmente bien a nuestros propósitos".[137] Si bien *The Economist* veía un poco más favorablemente al Sur, era porque tenía derecho a abandonar la Unión, porque era "más decente y cortés" con la Gran Bretaña y porque deseaba "admitir nuestras mercancías con un impuesto del 10%, mientras que sus enemigos impusieron el 40%".[138] Por consiguiente, no sólo un control geopolítico sino también un comercio más

Citando a Aristóteles, a Wakefield y a la Biblia como apoyo, escribió: "Los males que hemos soportado por la esclavitud en épocas recientes no deben cegarnos ni hacernos olvidar los grandes servicios que la esclavitud prestó en los primeros tiempos […] El refinamiento solamente es posible cuando el ocio es posible, y la esclavitud lo hace posible primero". Aunque esos admirables sentimientos "no tienen valor de mercado en las primeras licitaciones de las naciones", su resultado, la "originalidad en la guerra", sí lo tenía: "Es probable que las naciones esclavistas, que tienen tiempo para pensar, sean más astutas en la política y más hábiles en la estrategia"; *CW*, vol. VII, pp. 58-59.

[134] La fallida invasión del Norte intentada por el general Lee en 1863 fue lamentable porque podría haber obligado al primero a llegar a un acuerdo por contemporización: "Aunque deseamos que el Sur sea independiente, deseamos que sea débil"; "Shall the Blockade Be Respected?", *The Economist, op. cit.*

[135] "America", *The Economist,* 1º de agosto de 1863.

[136] "The Disruption of the Union as It Would Affect England", *The Economist,* 19 de enero de 1861.

[137] "American Complaints against England", *The Economist,* 14 de septiembre de 1861.

[138] "English Opinion as Distinguished from English Action…", *The Economist, op. cit.*

libre fluirían de la independencia de los estados del Sur. En artículos para *The New York Daily Tribune,* Marx se había burlado de *The Economist* hasta ese momento por racionalizar la esclavitud; a partir de entonces, le rindió un irónico homenaje como "lo suficientemente honesto como para confesar finalmente que, para el semanario y sus seguidores, la simpatía es meramente una cuestión de aranceles".[139]

Bagehot continuó presionando a los liberales británicos para que reconocieran que, a pesar de su aversión por la esclavitud, "el experimento de una nación para un continente ha resultado lejos de ser bueno en general": los Estados Unidos eran un hijo único, sin "una conciencia precisa de su propia fuerza", y, como nunca habían "jugado" con otros, "se permiten la bravuconería infinita que una escuela pública destruye pronto en un niño engreído".[140] En otras palabras, era un peligroso rival imperial, un aspecto muy bien captado por la imagen que presentaba Bagehot de la escuela pública inglesa, donde el acoso en el patio de recreo era la preparación para una carrera en el Imperio. A finales de 1865 la victoria del Norte parecía inminente, lo cual "excitaba los cerebros de los estadunidenses", pertrechados en la manía por "el imperio y la posesión exclusiva de un continente". Bagehot se mostró hostil a ese resultado, y escribió con pesar que el resto del mundo "no podría mirar con mucho favor o consuelo anticipado la formación de una nueva potencia tan motivada y tan afirmada en ese sentido, una potencia cuyas dos reglas fundamentales de acción y *raisons d'être* serían desafiar a su vecino y anexarse su territorio".[141]

El Imperio británico

Si Bagehot veía a los Estados Unidos a través del prisma del Imperio británico y sus intereses, ¿cuál era su opinión acerca de este último? La dirección editorial de Bagehot fue menos rica en incidentes que la de Wilson —situado entre estallidos de guerras y anexiones en los años 1850 y en el periodo de 1880 a 1900—, y él mostró la misma confianza despreocupada y flexible en el destino imperial que en la economía política inglesa. Ya fuese en Canadá, El Cabo, Nueva Zelanda o Australia, admitió que los colonizadores podían ser

[139] Marx citaba a *The Economist* con frecuencia en su actividad periodística y lo criticó en 1861 y 1862 por dar marcha atrás en lo concerniente a la Proclamación de Emancipación ("una hipocresía") y avivar la histeria patriótica en la Gran Bretaña por el asunto del *Trent*. También se basó en él para obtener datos y cifras sobre las importaciones estadunidenses de algodón y trigo y para vislumbrar la claridad ideológica ("el pie hendido asoma"); Karl Marx y Friedrich Engels, *The Civil War in the United States,* International Publishers, Nueva York, 1961, pp. 5, 12-13, 42-43, 128 y 145-146 [edición en español: *La guerra civil en los Estados Unidos,* trad. de Paulino García Moya, Roca, México, 1973].

[140] "The Monroe Doctrine in 1823 and 1863", *The Economist,* 14 de noviembre de 1863.

[141] "Negotiations for Peace", *The Economist,* 18 de febrero de 1865.

difíciles, exigentes, costosos y provocadores con los nativos; pero se opuso a la idea de abandonarlos: "Somos un pueblo eminentemente colonizador. Más allá de toda comparación, somos los colonizadores más emprendedores, los más exitosos y, en la mayoría de los aspectos, los mejores sobre la faz de la tierra";[142] toleró la fuerza dondequiera que ese gallardo espíritu fuese obstruido por unos súbditos recalcitrantes o no occidentales, aunque, en tales casos, prefería que fuese moderada y dirigida desde Londres.

Más cerca de la Gran Bretaña, Bagehot respaldó los esfuerzos de Gladstone por "pacificar Irlanda" a partir de 1868: la separación de la Iglesia de Irlanda —protestante, en un país con cuatro quintos de católicos— y la aprobación de toda reforma muy limitada de la tenencia de la tierra con el objetivo de compensar a los agricultores por sus mejoras hechas a la propiedad cuando eran desalojados. Sin embargo, cualquier paso fuera del Acta de Unión *[Act of Union]* de 1801 era un anatema. *The Economist* atacó tanto a la Hermandad Feniana, formada por republicanos armados en los Estados Unidos e Irlanda, como a la Liga del Autogobierno *[Home Rule League],* que buscaba una mayor autonomía por medio de formas parlamentarias convencionales. Gladstone tuvo razón cuando "pisoteó la locura feniana", como consecuencia de un levantamiento en 1867 que demostró que la organización prefería sembrar el conflicto a la política práctica; no obstante, puesto que el autogobierno era una "revolución constitucional gigantesca e imposible", difícilmente significaba algo menos que una locura. Un Parlamento para Irlanda derrumbaría todo el edificio del Estado británico, creando en Londres un Parlamento federal, en lugar de imperial, incapaz de anular el irlandés "sin provocar algo así como una rebelión en cada ocasión que se presentase". Los gobernantes locales serían "imprudentes, pero serían mucho más lógicos si elevasen de inmediato un llamamiento a una República irlandesa independiente".[143] El único consuelo por la derrota de los liberales en 1874 que tanto conmociona a Bagehot es que "al menos nos libera del gobierno de la facción, que es antiinglesa en esencia y que desea destruir el Imperio".[144] Su idea de la reforma política en Irlanda era suprimir el cargo de virrey: concentrar la majestad simbólica del Estado británico en esa persona daba crédito a la afirmación de los nacionalistas irlandeses de que vivían en una colonia subyugada, como si Dublín no fuese diferente de Delhi.[145]

[142] "Abandonment of Transportation", *The Economist,* 25 de febrero de 1865.

[143] "Mr. Gladstone on Home Rule for Ireland", *The Economist,* 30 de septiembre de 1871.

[144] "The Conservative Majority", *The Economist, op. cit*.

[145] "The Irish Viceroyalty", *The Economist,* 21 de octubre de 1876. David Clinton dibuja una imagen engañosa de Bagehot como "anticolonialista", ignorando en parte a Irlanda, pero también porque se centra muy exclusivamente en la oposición de este último a la intervención británica en la "cuestión oriental" durante los últimos dos años de su vida, y, aun cuando esa postura apoya la idea de que Bagehot desconfiaba de la intromisión armada en los asuntos europeos, pasa por alto su actitud hacia el Imperio y todo lo que ocurrió antes de 1875. Su vehemencia a partir de ese momento tiene más que ver con la hostilidad hacia un gobierno conservador dirigi-

Quizá la crisis colonial de mayor alcance durante el periodo no tuvo lugar en Irlanda, sino en la colonia antillana de Jamaica, donde, en 1865, el gobernador Edward John Eyre respondió a un levantamiento de antiguos esclavos en Morant Bay con una fuerza brutal: declaró la ley marcial y desplegó las tropas, que incendiaron y saquearon más de 1 000 casas y mataron a varios cientos de jamaiquinos negros, incluido un miembro de raza mixta de la Asamblea de Jamaica. Los sucesos parecieron un linchamiento organizado con el propósito de apuntalar el poder de los plantadores blancos de caña de azúcar, cuyas fortunas habían declinado desde la declaración de la mano de obra libre, el libre comercio y el azúcar de bajo costo una generación antes, y esos sucesos causaron una controversia generalizada cuando las noticias al respecto llegaron a la Gran Bretaña. Aunque Bagehot reprobó a los rebeldes negros como "negros fenianos", fue mucho más crítico del gobernador Eyre. Durante un tiempo hizo causa común con John Stuart Mill, quien en 1866 había establecido el Comité de Jamaica a fin de presionar para que Eyre fuese juzgado, y una gran cantidad de liberales se unió a Mill, incluidos John Bright, Charles Darwin, Herbert Spencer y muchos otros. Frente a ellos estaban Thomas Carlyle y los miembros del Comité de Defensa y Ayuda del gobernador Eyre. Bagehot atacó a Carlyle en *The Economist* por defender el "carnaval" de violencia de Eyre como "el culto a la fuerza bruta" y una amenaza a la ley, la justicia y la libertad, no solamente en Jamaica sino también en Inglaterra: "Según los principios del señor Carlyle para juzgar las acciones humanas, como se ejemplifican en el caso Eyre, Felipe II y Alva tienen derecho al honor y al agradecimiento de la posteridad";[146] pero, como era de esperarse, su objeción no era principalmente moral: Bagehot estaba de acuerdo en que los negros eran inferiores a los blancos y reconocía la importancia de mantener el orden en el Imperio; empero, para asegurarse de que coincidiese con las necesidades del capital, era necesaria cierta cooperación de los pueblos sometidos. *The Economist* señaló hacia las tentadoras inversiones que se harían en los ferrocarriles, los canales, la siembra de té, el cultivo de seda y la navegación de vapor en China, "superiores a cualquier experiencia que hayamos tenido hasta ahora", y hacia oportunidades similares en "Japón, Indochina, Persia, la Turquía asiática" y África, "de Abisinia a El Cabo". Para extraer esos tesoros había que tener en cuenta un aspecto: "que unos grupos muy numerosos de

do por Disraeli, a quien despreciaba, de lo que Clinton admite; Clinton, *Tocqueville, Lieber, and Bagehot…*, *op. cit.*, pp. 76, 96-97 y 100-102.

[146] Al defender "una moral puramente muscular", Carlyle y sus aliados intelectuales, incluidos John Ruskin y Charles Dickens, se estaban comportando de manera irresponsable: "Es mucho más doloroso presenciar sus graves errores —porque deberían estar mejor advertidos— que leer sobre los crímenes y desatinos de la gente de color pobre de Jamaica, cuya inferioridad misma debería haberles asegurado el tratamiento más justo"; "Mr. Carlyle on Mr. Eyre", *The Economist,* 15 de septiembre de 1866.

trabajadores de piel oscura trabajarán de buen grado vigilados por muy pocos supervisores europeos".[147]

Al final, resultó que la obtención de acceso a esos mercados implicaba algo más que prospectos de inversión: requería la coacción armada, especialmente en el este de Asia. Bagehot consideraba como una necesidad lamentable las intervenciones británicas y francesas en China para apuntalar a la tambaleante dinastía Qing contra la Rebelión Taiping —una rebelión milenaria radical que se extendió desde las zonas rurales de Guangxi para convulsionar a todo el país, debida en parte a las guerras occidentales anteriores para forzarla a abrirse—; pero, dado que los ingleses "dirigían las flotas y los ejércitos y administraban las finanzas del Imperio Celeste", y que pronto serían "gobernadores y virreyes de vastas provincias", su violenta represión tenía una perspectiva promisoria. Más al oriente, en Japón, el comercio —y el tipo de tratamiento legal extraterritorial que los comerciantes británicos debían esperar— también estaba en juego, en una nación que había mostrado una desconfianza aún mayor en los occidentales que China. *The Economist* no estaba seguro de si la Real Armada tuvo motivos legítimos para bombardear Kagoshima en 1863 y castigar al "daimio Satsuma" por la muerte de un comerciante británico; pero, habiendo comenzado, el semanario presionó para que se ampliase la guerra: "Posiblemente tengamos que bombardear al Emperador Espiritual, así como al Barón Feudal, si su palacio se encuentra a dos o tres y medio kilómetros de la costa. Sea lo que fuere, estamos allí para eso: ahora debemos mantenernos firmes y defender nuestra posición, y debemos hacerlo por la fuerza y a costa de sangre".[148] A medida que el humo se asentaba después del bombardeo, le preocupaba que, al acribillar de manera continua una ciudad de 150 000 habitantes ("tan grande como Sheffield") durante más de 48 horas, "pareciera que hemos superado todos los límites ahora reconocidos de la guerra civilizada y creíble". Más tarde, los representantes de Satsuma calcularon el número de muertos en 1 500.[149]

[147] "Es probablemente el destino, es incluso ahora la función, sin duda alguna es el interés de la familia europea y, más particularmente, de la familia inglesa de la humanidad guiar, impulsar y controlar las empresas industriales de toda Asia, de toda África y de aquellos territorios de América poblados por razas africanas, asiáticas o híbridas." La "organización científica" de la mano de obra a fin de lograr el máximo resultado al mínimo costo, "sin huelgas ni riñas", se "aseguró, lo cual debe reconocerse con toda la voluntad, mediante la esclavitud", pero eso tuvo "consecuencias morales y sociales que no son beneficiosas"; "Economic Value of Justice to the Dark Races" y "The Insurrection in Jamaica", *The Economist,* 9 y 18 de diciembre de 1865. Véase Bernard Semmel, *The Governor Eyre Controversy*, MacGibbon & Kee, Londres, 1962, pp. 115 y 141, y Thomas C. Holt, *The Problem of Freedom: Race, Labor, and Politics in Jamaica and Britain, 1832-1938*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992, pp. 318-323.

[148] "Japan", *The Economist*, 24 de octubre de 1863.

[149] "Japanese Offences and British Retaliation", *The Economist,* 7 de noviembre de 1863. William Watson, "The Namamugi Incident, 1862", *History Today,* vol. 14, núm. 5, mayo de 1964, p. 325.

No todas las empresas imperiales fueron militares durante esos años. En 1875 Bagehot se quejó cuando Disraeli, en su calidad de primer ministro, optó por comprarle 176 602 acciones del canal de Suez al jedive de Egipto, con lo que el total de las que poseía la Gran Bretaña equivalía a poco menos de la mitad: como inversión con un rendimiento de 5% era sólida y le permitiría al jedive "reformar sus finanzas"; pero Bagehot no estaba seguro de que eso resolviese el problema que debía solucionar: asegurarse de que el pasaje a la India permaneciera abierto y en manos británicas. "No sabemos cuál será el curso de la historia o las necesidades de los tiempos futuros […] Si estamos dispuestos a apoderarnos de Egipto, ¿nos ayudarán a hacerlo esas acciones del canal de Suez? ¿No sería mejor apoderarnos del país cuando fuere necesario, sin hacer pública de antemano nuestra intención de hacerlo?"[150] La propia India no era negociable, cualquiera que fuere la opción que se tomase allí, como lo afirmó Bagehot en 1863 a la muerte de James Bruce, conde de Elgin —el hombre enviado al Oriente para romper la resistencia china en la segunda Guerra del Opio y abrirse paso a Japón, posteriormente nombrado virrey de la India—. *Sir* John Lawrence, su sucesor, poseía la "cualidad única" necesaria para "mantener avanzando perpetuamente una numerosa población que desea retirarse". ¿Cuál era esa cualidad? "La fuerza."[151]

Quizás el ejemplo más revelador del imperialismo sin un final demarcado de *The Economist* bajo Bagehot fue su entusiasmo por la menos exitosa de todas esas incursiones: la invasión de México a finales de 1861 por Francia, con el apoyo de España y la Gran Bretaña; aplaudió a Napoleón III por haber reconstruido un Estado fallido incapaz de pagar a sus acreedores de Europa y por servir de equilibrio a los Estados Unidos, que combatían en la guerra civil o Guerra de Secesión con la espalda vuelta hacia el interior. La instalación de Maximiliano, un archiduque austriaco, en el trono de México tres años después, fue un golpe particularmente brillante: un mejor administrador que "cualquier presidente indio o mestizo que se pudiera obtener" y cuyo gobierno aseguraría la exportación de todo, desde plata hasta manzanas, así como el pago puntual de los intereses sobre la deuda soberana de México.[152] Luego de tres años, Maximiliano fue ejecutado en Querétaro por

[150] "The Financial Effect of the Suez Canal Purchase" y "The Political Effect of the Suez Canal Purchase", *The Economist,* ambos del 27 de noviembre de 1875.

[151] "The Indian Viceroyalty", *The Economist,* 5 de diciembre de 1863. ¿Le comentó Bagehot alguna vez a Hutton, como afirmó este último, que "le habría gustado encontrar una buena excusa para renunciar a la India, para abandonar las colonias a sus propios recursos y para persuadir al pueblo inglés de que aceptase deliberadamente el lugar de una potencia europea de cuarta o quinta categoría"?; posiblemente, como una paradoja de sobremesa; pero no hay nada en sus escritos publicados, ni en sus cartas privadas, que sugiera que hubiese sostenido con seriedad esos puntos de vista. *CW*, vol. XV, p. 119.

[152] "The New Mexican Empire", *The Economist,* 22 de agosto de 1863. Buchan describe la actitud de *The Economist* respecto a la "aventura mexicana de Napoleón" como de talante tan crítico que "se cree que el gobierno británico presionó en privado a Bagehot para que modificara su

un pelotón de fusilamiento, después de que las fuerzas francesas se habían retirado de manera apresurada.

En *Physics and Politics,* Bagehot explicó su enfoque del imperio en términos más teóricos, como complemento de esas instantáneas en *The Economist*. Aplicando su visión del positivismo y las ciencias naturales a las sociedades humanas de todo el mundo, las dividió en tres épocas evolutivas: una "era preliminar", primitiva, tribal y tradicional; otra, una "época de guerras", en la que unas naciones se imponen a otras por medio de su superioridad marcial, y una tercera "era de discusión" progresista, industrial y pacífica, donde "los dones y las gracias superiores experimentan una rápida evolución positiva". Esta última época, por supuesto, era la de la Gran Bretaña victoriana: el gobierno de clase de los 10 000 miembros educados de la sociedad que Bagehot había esbozado en *The English Constitution* encontró su base evolutiva en la "adaptación" y la "selección natural". Bagehot agregó que alguna ley de imitación debe operar en el seno de las naciones para explicar su éxito en el mundo: un proceso de copia, que se abre camino a partir de las "costumbres predominantes" y, después, es heredado, en un sentido lamarckiano. El propio Bagehot estaba copiando a los evolucionistas sociales —no en menor término a Herbert Spencer y a John Lubbock— al hacer esas afirmaciones y luego extenderlas a los otros países. Por ejemplo, las guerras británicas estaban justificadas en China, porque su antigua civilización se había detenido en una etapa anterior de desarrollo; allí, "partir el pastel de la costumbre" podría requerir realmente balas de cañón.[153]

Bagehot y los rostros del liberalismo

Bagehot le prestó a *The Economist* su tono y le imprimió su punto de vista. Un biógrafo escribió: "No solamente es inteligente, sino que da la clara impresión de que pertenece a una banda de conspiradores de ideas afines a la que se invita al lector a adherirse".[154] ¿Qué era esa banda de conspiradores y en qué lugar colocaron las posiciones editoriales de Bagehot a *The Economist* en el espectro del liberalismo durante el periodo de 1860 a 1880? Otros liberales eran mucho más abiertos a la democratización del sistema político británico, más críticos del Segundo Imperio de Francia, menos hostiles a la

tono, no fuese que las relaciones anglofrancesas, que entonces eran malas, se agriasen irremediablemente". Esto parece muy poco probable y quizá se basa en una cita del ensayo de Hutton para el volumen del centenario; *The Economist, 1843-1943: A Centenary Volume, op. cit.*, p. 84.

[153] Walter Bagehot, *Physics and Politics*, *CW,* vol. VII, pp. 64-72 y 40. Para saber más sobre las ideas de Bagehot en lo que respecta a la raza y el carácter nacional, véase Edward Beasley, *The Victorian Reinvention of Race: New Racisms and the Problem of Grouping in the Human Sciences,* Routledge, Nueva York, 2010, pp. 78-80.

[154] Sisson, *The Case of Walter Bagehot*, *op. cit*., p. 111.

república estadunidense y menos cómplices del imperialismo. Esas posturas se reforzaban mutuamente, de modo que los radicales pertenecientes al Partido Liberal —los mismos hombres con los que Wilson había roto tan espectacularmente en la década de 1850— continuaron personificando todo a lo que Bagehot y *The Economist* se oponían.

Los puntos de vista de Bagehot le provocaron conflictos con los distintos tipos de pensadores, periodistas y estadistas liberales. Frederic Harrison, abogado y uno de los comtistas ingleses a los que Bagehot despreciaba, era un radical que impartía cursos gratuitos tanto a trabajadores como a refugiados de la Comuna de París. En 1867 utilizó *The Fortnightly Review* para atacar al editor de *The Economist,* ese "constitucionalista no falto de capacidad" que "en estas páginas apenas podría defender sin una sonrisa" a la Cámara de los Lores, a la silla episcopal y al trono "como la 'parte teatral' de la Constitución"; pero eso, señaló Harrison, era en sí mismo una mistificación: "una ficción que cubre otra ficción", porque detrás de toda "obra parlamentaria" escenificada estaba "la dura realidad de un régimen aristocrático". ¿Dónde estaba el "secreto eficaz" descrito por Bagehot? Apenas tuvo un logro significativo desde la derogación de las Leyes del Maíz (y eso, hizo notar, había sido "impuesto a la Cámara de los Comunes al precio de la revolución"): "No hay educación nacional, no hay una ley de pobres eficaz, no hay un ejército reorganizado, no hay reforma legal, no hay una Irlanda satisfecha". Bagehot estaba adornando desmesuradamente un *statu quo* de riqueza y antidemocrático: "Si vamos a derribar farsas, seamos congruentes y conscientes de a dónde vamos".[155]

Por su parte, Bagehot evaluó a otros liberales —incluso a aliados suyos— en función de su proximidad con los elementos radicales del Partido Liberal. A Gladstone, cuando estaba redactando su presupuesto de 1860, le dijo que para llegar a ser un gran estadista debía aprender a "no objetar la guerra por ser la guerra ni el gasto por ser el gasto"; en otras palabras, que debía rechazar el liberalismo de Cobden y Bright: "Puede ser que la defensa de Inglaterra […] sea uno de nuestros deberes; si es así, no debemos sentarnos a contar el costo".[156] Bagehot puede haber alabado a Cobden como un "agitador sensible" a su muerte en 1865, pero todavía aprovechó la ocasión para reprender con dureza al antiguo líder de la Liga contra la Ley del Maíz: "Su mente era muy peculiar y tenía límites agudos", en particular una "consideración insuficiente por el sólido patrimonio de los conocimientos transmiti-

[155] Harrison argumentó que la ciencia política alcanzó la "perfección absoluta" para los ricos cuando dejó en paz la comodidad de éstos, "mientras exhibía una actividad sin resultados bajo el nombre de autogobierno, libertad y progreso. Para alguien así, la grandiosa gloria del Parlamento es que no hace nada… y que esa nada la lleva a cabo de una manera altamente patriótica y constitucional". Frederic Harrison, "Our Venetian Constitution", *The Fortnightly Review,* marzo de 1867, pp. 266 y 270-271.

[156] "Mr. Gladstone", *The National Review,* julio de 1860, en *CW,* vol. III, pp. 429, 432 y 438-439.

dos" contenido en las partes "dignas" de la Constitución.[157] Cobden también se había equivocado al oponerse a la Guerra de Crimea: "Hay ocasiones en las que una guerra en sí misma logra su propio objetivo y lo hace mejor que cualquier pacificación. La Guerra de Crimea —argumentó Bagehot— fue un ejemplo de ello, pues destruyó el prestigio y el pernicioso predominio de Rusia. Al final de ella, lo que iba a ser la definición de las condiciones de la paz carecía prácticamente de importancia".[158]

La comparación más productiva y reveladora entre Bagehot y un pensador compatriota es con John Stuart Mill, a quien Bagehot leyó con más atención que a cualquier otro y cuyo liberalismo le preocupaba muchísimo cuanto más se apartaba del suyo. A los 22 años de edad, el futuro editor de *The Economist* elogió la obra *Principles of Political Economy* de Mill como unos cimientos completamente modernos para la desamparada ciencia, en los que se combinaban todo lo lógico de Ricardo con la sofisticación de Smith; sin embargo, ya le desconcertaban los planes de Mill para mejorar a los trabajadores pobres, en cuyo "cultivo intelectual" ponía demasiado énfasis. Lo que los trabajadores necesitaban no era tanto la educación —especialmente en esos "depósitos de tentación" que eran las grandes ciudades— como una "disciplina que restringiera sus pasiones y una cultura eficaz de su conciencia moral".[159] A medida que avanzaba 1848 y las revoluciones barrían las capitales de Europa, la brecha entre ellas se ensanchaba. Mill estaba emocionado hasta el éxtasis al juzgar que el ascenso de los trabajadores y la reforma democrática en la Gran Bretaña estaban vinculados, desde su ángulo de visión, al experimento republicano en Francia.[160] Inspirado por los socialistas partidarios de Fourier, rápidamente revisó sus *Principios* para hacer hincapié en el apoyo a las cooperativas de trabajadores y aclamar "la capacidad de esfuerzo y abnegación de las masas de la humanidad" cuando "se recurre a ellas en nombre de alguna gran idea".[161] En 1851, escribiendo desde París, Bagehot consideró que esas asociaciones eran unas malas bromas o algo

[157] "Muy raramente en la historia, si acaso, ha logrado tanto un hombre con sus palabras —ser victorioso en lo que en la época se consideraba que era una lucha de clases— y, no obstante, haber expresado pequeñeces de baja estofa"; "Mr Cobden", *The Economist,* 8 de abril de 1865.

[158] "Bolingbroke as a Statesman", *The National Review,* abril de 1863, en *CW*, vol. IV, p. 160. En el panfleto de 1863, *Count Your Enemies and Economise Your Expenditure,* Bagehot destacó el panfleto *The Three Panics* que publicara Cobden el año anterior: "Desde que tenemos memoria, ha objetado la magnitud de nuestro armamento. Objetó no solamente cuando costaban 16 millones [de libras esterlinas] sino también ahora, cuando cuestan 28 millones. El sentido común nos dice de inmediato que algo anda mal en sus objeciones"; *CW,* vol. IV, p. 48.

[159] John Stuart Mill, "Principles of Political Economy", *The Progressive Review,* 1848, en *Collected Works of John Stuart Mill [CW],* vol. XI, University of Toronto Press, Toronto, 1986, p. 193.

[160] John Stuart Mill, "French Affairs", *The Daily News,* 6 de agosto de 1848, en *CW,* vol. XV, University of Toronto Press, Toronto, 1986, pp. 1110-1112. Entre los corresponsales parisinos de Mill no solamente se encontraban Tocqueville, un crítico de la Revolución, sino Louis Blanc, uno de sus líderes; Alan Ryan, [*The Philosophy of*] *John Stuart Mill*, Macmillan, Londres, 1970, p. 183.

[161] John Stuart Mill, *Principles of Political Economy*, en *CW,* vol. III, pp. 775-776.

peor; estaba en curso una polarización que sólo se hizo más marcada 20 años después durante la Comuna de París encabezada por los trabajadores, a la que Mill defendió y *The Economist* denunció.[162]

Si bien es cierto que el semanario respaldó a Mill cuando compitió por un escaño en el Parlamento en 1865, fue debido a la crucial manera como sus concepciones del liberalismo coincidían; esto es, en lo relativo al imperio: "Por más que difiramos drásticamente de las opiniones políticas del señor Mill —observó respecto a aquello que incluía una franquicia que extendería a las clases trabajadoras casi la mitad de la representación nacional—, deberíamos votar por él con preferencia a cualquier otro candidato". ¿Por qué? En su discurso a los electores de Westminster, el semanario vio una impugnación del "credo oficial de los liberales avanzados […] que hace añicos las radicales falacias […] del señor Bright y la escuela de Mánchester". Mill prometió votar por los gastos de defensa y, en contraste con los radicales —quienes argumentaban que "Inglaterra nunca debe interferir en los asuntos exteriores", excepto en "su propio interés nacional"—, declaró que "la interposición en el lado de la libertad para compensar la interposición en el lado de la opresión es un derecho y puede convertirse en un deber".[163] Cuando la controversia del gobernador Eyre se apoderó del Parlamento, Bagehot se puso del lado de Mill contra Eyre. Pero eso no se debió únicamente a que su arrasadora intervención en Jamaica socavara el Estado de derecho: tanto Mill como Bagehot aceptaron que los administradores coloniales blancos deberían continuar gobernando a los jamaiquinos negros y trataron el episodio como una infracción aislada. El apoyo de ambos al orden imperial como algo dado de hecho iba más más allá de un suceso o una política: la jerarquía civilizadora que Bagehot expuso en su obra *Physics and Politics,* según la cual la Gran Bretaña podría obligar a las sociedades en etapas de desarrollo atrofiadas a avanzar, se hacía eco de los voluminosos escritos de Mill sobre el atraso de los indios y los irlandeses y el propósito progresista que apoyaba el gobierno no representativo de Londres sobre unos y otros.[164]

[162] "Los crímenes del *parti de l'ordre* son atroces, incluso suponiendo que son una venganza por los atribuidos generalmente a la Comuna"; "Mill to Frederic Harrison", [¿mayo de?] 1871, en Francis E. Mineka y Dwight N. Lindley (coords.), *The Later Letters of John Stuart Mill 1849-1873*, Routledge, Kegan Paul, Toronto, 1973, p. 1816.

[163] "On Representative Government", *The Economist,* 18 de mayo de 1861. "Podemos estar de acuerdo con él en todo, excepto en el grado", en "Mr. Mill's Address to the Electors of Westminster', *The Economist,* 29 de abril de 1865.

[164] "El despotismo es un modo de gobierno legítimo al tratar con los bárbaros, siempre y cuando su propósito sea su beneficio", en John Stuart Mill, *On Liberty*, John W. Parker and Son, Londres, 1859, p. 23 [edición en español: *Sobre la libertad*, trad. de Pablo de Azcárate, Alianza Editorial, Madrid, 2013]; John Stuart Mill, "Of the Government of Dependencies by a Free State", cap. 18 de *On Representative Government,* John W. Parker, Son, and Bourn, Londres, 1861, pp. 313-340 [edición en español: *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, trad. de Carlos Mellizo, Alianza Editorial, Madrid, 2001]. Véase una evaluación exhaustiva de las ideas de Mill sobre el imperio, en Pitts, *A Turn to Empire…*, *op. cit.*, pp. 138-160.

Con todo, incluso en ese caso Bagehot consideraba que Mill se dejaba llevar demasiado fácil por las corrientes revolucionarias. En 1868 Mill respondió al resurgimiento nacionalista irlandés del año anterior con una propuesta que abordaba lo que él consideraba la raíz de las quejas de los fenianos, a quienes deseaba erradicar: la creación de unos propietarios cuasi campesinos, con una tenencia fija, por medio de la garantía estatal o la compra, tanto por obligación moral por el mal gobierno pasado de Inglaterra como para mantener ese gobierno por medio del Acta de Unión imperial.[165] En su mordaz reseña del panfleto de Mill, Bagehot señaló las contradicciones que socavaban el objetivo final que compartía con él. La posesión de la tierra no sólo era improbable en sí misma para poner fin a la miseria de los campesinos irlandeses, dados sus arraigados hábitos de holgazanería, sino que les proporcionaba un arma nueva y potente: "Supongamos que, en un momento de excitación política, en una crisis como, digamos, ésta del fenianismo, todo el pueblo irlandés deja de pagar su renta al gobierno inglés; ¿qué se debe hacer? No se puede hacer que toda una nación cumpla una orden de desahucio". En Bagehot, la causa del imperialismo liberal tenía un defensor más duro, pero también más congruente y exento de alegatos enredados, que se enorgullecía de ese contraste temperamental con el gran radical filosófico. Bagehot escribió que, en lo concerniente a Irlanda, Mill había demostrado ser "fácilmente excitable y susceptible; el mal que tiene en mente en este momento le parece el mayor de los males… y, por el momento, casi el único mal, el mal que debe ser curado a toda costa",[166] y, en 1871, asimismo, hizo esta reflexión: "El señor Mill es, por supuesto, el ejemplo permanente de un filósofo arruinado por haberlo enviado al Parlamento y al mundo".[167]

Quizá la visión comparativa internacional más reveladora sobre el liberalismo de *The Economist* bajo Bagehot proviene de Francia (lo cual sería lógico, dada la cobertura que se le dedicaba). Albert Venn Dicey escribió: "El pensador inglés con el que Tocqueville puede compararse más adecuadamente es Bagehot", y aún se clasifica de manera frecuente a los dos pensado-

[165] John Stuart Mill, *England and Ireland,* Longmans, Green, Reader and Dyer, Londres, 1868, p. 37. Según Kinzer, "[e]valuar la respuesta de Mill al fenianismo implica entrar en un laberinto de actitudes: desaprobaba tanto los fines como los medios del fenianismo"; Bruce L. Kinzer, *England's Disgrace: J. S. Mill and the Irish Question,* University of Toronto Press, Toronto, 2001, pp. 169, 178 y 181.

[166] "Mr. Mill on Ireland", *The Economist,* 22 de febrero de 1968. Tres años antes, *The Economist* publicó una serie de cartas del economista John Elliott Cairnes, quien propuso alentar la propiedad campesina en Irlanda con un proyecto de ley para compensar a los inquilinos por las mejoras. Mill le escribió a Cairnes en enero de 1866: "He leído varias de sus cartas en *The Economist* y las admiro mucho", pero, como remedio, eso "parece estar muy lejos de vuestras premisas"; Kinzer, *England's Disgrace…*, *op. cit*., p. 182, y "Letters", *The Economist,* septiembre-noviembre de 1865.

[167] Bagehot, "Senior's Journals", *The Fortnightly Review,* agosto de 1871, en *cw,* vol. VII, p. 300.

res juntos debido a su supuesta desconfianza mutua en la democracia.[168] En realidad, tenían menos en común en lo relativo a la democracia de lo que tenían al atribuir una gran importancia al imperio en el medio ambiente competitivo de la Europa de mediados del siglo XIX; por lo demás, el reconocimiento que hizo Tocqueville de que el cambio democrático no podía detenerse —a diferencia de Bagehot, que lo resistió con gran amargura— fue, en parte, lo que lo llevó a abogar por la conquista y la colonización despiadadas de Argelia como una "gran tarea" capaz de unificar a Francia en una época posrevolucionaria e igualitaria. Tocqueville, que fue electo a la Cámara de Diputados en 1839, se dedicó con singular energía a erigir un imperio francés en África del Norte y despotricó precisamente en contra del tipo de críticos radicales que Bagehot vilipendiaba en las páginas de *The Economist* —en lugar de John Bright, léase Amédée Desjobert—.[169] En su calidad de ministro de Asuntos Exteriores de la Segunda República, tampoco mostró reparos en usar la fuerza en Europa, si el fin del prestigio nacional lo justificaba: supervisó el envío de tropas a la Roma revolucionaria en 1849 para derrocar a una república hermana en nombre del papa Pío IX, en violación de la Constitución francesa, y, en el periodo subsiguiente, fue cómplice de la prolongación ilegal de los poderes de Luis Napoleón que terminó con el derrocamiento de la república en la propia Francia.

Aun así, en su reacción a ese golpe de Estado, tanto Tocqueville como Bagehot insinuaron aquello en lo que difería su liberalismo. En sus *Recuerdos de la Revolución de 1848,* Tocqueville presentó un vívido relato de esa revolución hasta el momento del golpe de Estado de diciembre de 1851. En contraste con el sarcasmo mostrado por Bagehot en *The Inquirer,* Tocqueville participó seriamente en el levantamiento de febrero: reconvino a su compañero de la guardia nacional, observó con aprobación la obra de los *barricadiers,* atendió el sermón que fuera de la Asamblea Nacional le dirigiera un hombre de la clase trabajadora (sin reproducir, empero, su dialecto) y deploró los egoístas desvaríos piadosos de su cuñada, "preocupada sólo por el buen Dios, su marido, sus hijos y, sobre todo, su salud, y sin que le quedara interés alguno por otras personas".[170] Para Tocqueville, la oda de Bagehot a las "comodidades comunes" y las "vidas estúpidas" en una emergencia na-

[168] Véase Alan S. Kahan, *Aristocratic Liberalism: The Social and Political Thought of Jacob Burckhardt, John Stuart Mill, and Alexis de Tocqueville,* Oxford University Press, Nueva York, 1992, pp. 4 y 156.

[169] Desjobert era discípulo de Jean-Baptiste Say y miembro de un pequeño grupo de diputados que se opusieron de manera constante a los designios imperiales de Francia en Argelia. Alexis de Tocqueville, *Writings on Empire and Slavery*, Jennifer Pitts (ed.), Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2001, pp. XXIV y 5.

[170] Alexis de Tocqueville, *Recollections*, J. P. Mayer y A. P. Kerr (eds.), Doubleday, Nueva York, 1970, pp. 39-40; *The Recollections of Alexis de Tocqueville,* trad. al inglés de Alexander Teixeira de Mattos, H. Henry, Londres, 1896 [edición en español: *Recuerdos de la Revolución de 1848*, trad. de Luis Rodríguez Zúñiga, Editora Nacional, Madrid, 1984].

cional era egoísmo. Aunque ayudó a allanar el camino para el golpe que desplazó a la república moderada que decía defender, cuando ocurrió denunció a Luis Napoleón en una carta sacada de contrabando de Francia; dirigiéndose al mismo auditorio de liberales de clase media al que Bagehot también estaba tratando de llegar, Tocqueville escribió: "Si el juicio del pueblo de Inglaterra puede aprobar estas saturnales militares, me lamentaré por vosotros y por nosotros mismos, y por la sagrada causa de la libertad jurídica en todo el mundo".[171]

Para Bagehot, la incertidumbre comercial paralizante aguardaba a las sociedades incapaces de contener los elementos democráticos en su constitución, mientras que Tocqueville, más preocupado por las libertades morales y religiosas y por la posibilidad de que pudieran sobrevivir en las democracias, fue menos intransigente. La expansión de la democracia a las "naciones cristianas de nuestros días" podría ser motivo de ansiedad, pero, para el autor de *La democracia en América*, también era inevitable, un edicto de la providencia que incluso podría ser benéfico… siempre y cuando no pusiera la igualdad por sobre la libertad, como acusó a los socialistas de Francia de hacerlo.[172] Bagehot leía y admiraba a Tocqueville y se encontró con él al menos una vez en 1857; sin embargo, no pudo evitar la sospecha de que ese hombre que tenía una visión tan sombría de la actividad encaminada a "ganar dinero", e incluso criticaba el individualismo que eso generaba como una amenaza para la preservación de la libertad, "podría ser tomado como la expresión, si no de un hombre decepcionado, sí de una clase literaria desilusionada".[173] ¿Hacia dónde se dirigía el liberalismo? Tocqueville era un aristócrata con una heredad en Normandía, mientras que Bagehot era un banquero cuyo pasatiempo favorito era cazar con una jauría. El golpe de Estado de 1851 obligó al primero a retirarse de la política y encaminó al segundo hacia *The Economist*.

[171] Alexis de Tocqueville, *Selected Letters on Politics and Society*, Roger Boesche (ed.), University of California Press, Berkeley, 1985, p. 228.

[172] Alexis de Tocqueville, *Democracy in America,* Harvey Mansfield y Delba Winthrop (eds.), Chicago University Press, Chicago, 2000, p. 7 [edición en español: *La democracia en América,* trad. de Héctor Ruiz Rivas, rev. de la trad. de Fausto José Trejo, tercera edición, Fondo de Cultura Económica, México, 2019]. Respecto al viraje posterior a 1848, véase Domenico Losurdo, *Liberalism: A Counter-History,* Verso, Londres, 2011, p. 263.

[173] "The Credit Mobilier and Banking Companies in France", *The Economist,* enero de 1857, en *cw,* vol. x, pp. 356-357; "One Difference between France and England", *The Economist,* 12 de septiembre de 1868; Buchan, *The Spare Chancellor, op. cit*., p. 99, y Barrington y Russell Barrington, *The Life of Walter Bagehot, op. cit*., p. 235.

III. EDWARD JOHNSTONE Y LA ARISTOCRACIA DE LAS FINANZAS

Karl Marx empezó a leer *The Economist* al menos ya desde el verano de 1850, cuando obtuvo un pase para la sala de lectura del Museo Británico.[1] La oleada revolucionaria de dos años antes, la "primavera de los pueblos", había amainado, y, para el autor de *El manifiesto comunista*, los números atrasados del semanario *The Economist*, feroz partidario del libre comercio, sugerían por qué: después de dos años en los que las malas cosechas y los altos precios de los granos, el empeoramiento del comercio y una crisis crediticia habían alimentado el descontento popular y de la clase media, el clima empresarial había comenzado a mejorar a mediados de 1848, fortaleciendo el conservadurismo y sofocando las protestas en su contra en toda Europa. No obstante, Marx siguió tomando de *The Economist* algo más que los datos brutos sobre la economía. En ese semanario identificó a un sector de la opinión liberal con una cosmovisión bien definida y una riqueza cosmopolita tan temeroso de una agitación popular subsecuente que, en 1851, estaba dispuesto a acoger una dictadura no liberal pero ordenada en la capital revolucionaria del siglo xix: Francia.

Marx escribió sobre los eventos que condujeron al golpe de Estado de 1852 en *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte:* "La posición de la aristocracia financiera es descrita de manera más sorprendente en un pasaje de su órgano europeo, *The Economist,* de Londres". El 1º de febrero de 1851, el corresponsal del semanario en París había hecho notar "la sensibilidad de los fondos públicos ante la menor perspectiva de disturbios, y su firmeza en el instante en que el ejecutivo resulta victorioso", consignaba Marx, y agregaba: "En su número del 29 de noviembre, *The Economist* declara en su propio nombre: 'El presidente es el guardián del orden, y ahora es reconocido como tal en todas las bolsas de valores de Europa'".[2] Si bien su perspectiva —la de "los promotores de los préstamos y los especuladores con los fondos públicos" y "todo el negocio bancario"— estaba lejos de ser nueva, la escala del capital invertido lo era: "Si en cada época la estabilidad del poder del Estado ha significado el alfa y el omega para todo el mercado monetario, ¿por qué no tanto más hoy, cuando cada diluvio amenaza con barrer a los viejos Estados y las viejas deudas estatales con ellos?"[3]

[1] David McLellan, *Karl Marx: A Biography,* Palgrave MacMillan, Basingstoke, 2006, p. 224.
[2] Marx, *The Eighteenth Brumaire…, op. cit.*, p. 103.
[3] *Ibid.*, p. 101.

En resumen, Marx estaba en perfecto acuerdo con Bagehot, el futuro editor que entonces escribía sus cartas desde París, al afirmar que la incertidumbre del mercado estaba llevando a que "incluso el liberalismo más común" fuese denunciado como socialismo por los franceses de clase media;[4] en otro sentido, empero, Marx iba mucho más adelante que Bagehot, porque no fue hasta que éste se puso al timón que *The Economist* expresó verdaderamente la sabiduría política de la "aristocracia financiera" en cuanto tal. En los turbulentos años que siguieron a la muerte de Bagehot en 1877, tuvo lugar una amplificación de la dinámica que Marx había registrado; en realidad, el consejo que dejó Bagehot, seguido de manera escrupulosa tanto por los administradores como por los editores, fue centrarse en los mercados monetarios de la City de Londres, en apariencia jugosos pero en realidad insustanciales, y en lo que parecían sus nuevas líneas más importantes: liquidar los "negocios internacionales" y hacer flotar los préstamos extranjeros, y que la Gran Bretaña ("el país de los bancos") presionase a las naciones "civilizadas" y "a medio terminar" para que tomaran estos últimos, al igual que los "comerciantes de dinero de Londres" lo hacían con "los estudiantes de Oxford y Cambridge".[5]

Los siguientes dos editores se basaron en ese plan; no obstante, su nombramiento conjunto, que estaba destinado a recrear el doble talento de Bagehot, fue problemático y breve. Daniel Conner Lathbury, graduado de Brasenose, Oxford, un abogado capacitado que se había convertido en periodista, recibió la tarea de escribir los editoriales políticos; con todo, su liberalismo giraba en torno a la política de la Gran Iglesia Anglicana, y, en contraste con Bagehot, que mostraba un interés intelectual malicioso por los temas religiosos, Lathbury se sumergió profundamente en serios debates sobre el evangelismo católico del movimiento de Oxford.[6] Fue despedido en 1881. Por su parte, Robert Harry Inglis Palgrave manejó el mercado monetario y las esta-

[4] *Ibid.*, p. 67.

[5] "Bagehot's Memorandum on *The Economist,* 1873", en *CW,* vol. XIV, p. 424. Las "incalculables sumas" que Londres estaba dispuesta a invertir en el extranjero en los años 1870 exigían que hubiese un seguimiento, porque "ninguna civilización incipiente o estancada había tenido nunca antes esa facilidad. Ninguna mente carente de instrucción puede decir cuál será el efecto sobre tales civilizaciones ahora"; "Postulates of Political Economy", en *CW,* vol. XI, p. 230. El énfasis que Bagehot puso en 1876 en la función internacional de la City en ese caso representa un cambio notable respecto a la evaluación que hizo en 1873 de Lombard Street [centro del mercado monetario] como el conducto entre "los tranquilos distritos ahorradores del país y los distritos que emplean activamente"; "Lombard Street", *CW,* vol. IX, p. 53.

[6] Lathbury escribió para una sarta de publicaciones antes de hacerlo para *The Economist,* incluidas *The Daily News, The Saturday Review* y dos relacionadas con su amigo *lord* Acton, *Home and Foreign Review* y *The Chronicle*. Siguió siendo su colaborador antes de partir, y llegó a editar *The Guardian,* el *Church of England Weekly* y, en 1910, en fin, publicó *Correspondence on Church and Religion of W. E. Gladstone*. Peter B. Nockles "Lathbury, Thomas (1798-1865)", en *Oxford Dictionary of National Biography* (en adelante *ODNB*), Henry C. G. Matthew (ed.), Oxford University Press, Oxford, 2004; *The Guardian,* 16 de junio de 1922, y *The Times,* 15 de junio de 1922.

dísticas comerciales y permaneció dos años más que su anterior coeditor. Palgrave parecía ser exactamente lo que Bagehot tenía en mente: su familia eran unos banqueros de Great Yarmouth que financiaron las incursiones de sus cuatro hijos en la poesía, la historia, la diplomacia imperial, la economía y la política.[7] El único hijo que ingresó en el negocio familiar en lugar de ir a la universidad después de Charterhouse, una escuela pública menor, Palgrave incluso parecía pensar igual que Bagehot, al menos cuando se contempla "la unión de sagacidad pecuniaria y refinamiento educado" que recayó en el banquero campirano, cuyo trabajo le dejaba tiempo libre para meditar sobre los sonetos isabelinos durante "las largas tardes invernales, la media hora en el sombreado jardín en verano, los momentos tranquilos en la cubierta del yate" o de camino a la oficina.[8]

La nueva prensa financiera

Ni Lathbury ni Palgrave, cada cual por su parte o unidos, pudieron lograr la viva síntesis de política y finanzas que querían los fideicomisarios. Los informes sobre el mercado monetario debían rendir beneficios, y el semanario ya atraía una dura competencia: en 1859 comenzó a aparecer la revista semanal *Money Market Review;* 10 años después, en respuesta a una avalancha de cotizaciones impulsada por la Ley de Sociedades Anónimas *[Companies Act]*, sus propietarios iniciaron el diario *Financier* y la revista mensual *Bondholders Register* (concentrada en los tenedores de bonos). El diario *The Bullionist* (título que apuntaba hacia los lingotes de oro y plata), su rival, fue lanzado en 1866. Las publicaciones periódicas *The Daily News* y *The Times* dedicaron cada vez más espacio, si no siempre con ánimo desinteresado, a la City de Londres.[9] Pero el rival más feroz surgió del interior: Robert Giffen, asistente de Bagehot de 1868 a 1876, declinó ser su sucesor y, en cambio, fundó *The Statist,* que luchó contra *The Economist* por escritores, anuncian-

[7] Lewis Edwards, "A Remarkable Family: The Palgraves", en John M. Shaftesley (coord.), *Remember the Days: Essays on Anglo-Jewish History,* Jewish Historical Society of England, Londres, 1966, pp. 303-322, y "Robert Harry Inglis Palgrave, Esq.", en *The Bankers' Magazine*, vol. XLVII, enero-diciembre de 1887, pp. 35-38.

[8] R. H. Inglis Palgrave, "The Country Banker", *The Quarterly Review,* enero de 1886, pp. 148-149. Después de renunciar a su cargo como editor, Palgrave dio comienzo a una búsqueda de decenas de años como la que Bagehot había comenzado para *Economic Studies* y compiló un diccionario nacional de economía política que fue publicado en tres volúmenes entre 1894 y 1899; A. C. Howe, "Palgrave, Sir (Robert Harry) Inglis (1827-1919)", en *ODNB*.

[9] Marmaduke B. Sampson, el editor de *The Times City,* fue director del Ferrocarril de São Paulo de los Rothschild y dio impulso a las acciones brasileñas y rusas hasta 1874. Leland Hamilton Jenks, *The Migration of British Capital to 1875,* Knopf, Nueva York, 1921, pp. 254-255 y 399.

tes y primicias estadísticas hasta 1967.[10] Una diferencia entre *The Economist* y esos recién llegados es insinuada por el lugar donde estuvieron instalados durante la mayor parte de ese periodo: no Fleet Street, la calle tradicional de las publicaciones periódicas de Londres, ni Square Mile, la de los banqueros, sino The Strand, una calle encajonada entre un importador de puros y un comerciante de vinos, cerca de unas salas de música y unas tiendas de revistas literarias, en el bullicioso corazón de Londres.

Los administradores de *The Economist* tardaron seis años en ponerse de acuerdo sobre un nuevo modelo para el semanario, durante los cuales George, el hermano de Wilson, Greg, Shipley y Barrington, sus yernos, y Eliza, su hija, desempeñaron los puestos principales: en varios momentos consultaron al economista Stanley Jevons y contemplaron la posibilidad de ofrecer el puesto a John Morley, entonces editor del vespertino *The Pall Mall Gazette;*[11] pero en 1883 Edward Johnstone, veterano de la City empleado de *The Scotsman* y corresponsal de finanzas a tiempo parcial de Bagehot, Palgrave y Morley, fue quien consiguió el puesto —al principio, con el futuro primer ministro liberal Herbert Henry Asquith como su editor político— y lo retuvo durante un periodo récord de 24 años.

Johnstone llegó a Londres en 1874. Sus estudios universitarios en Edimburgo se habían centrado en la economía política, y aunque también se tituló como actuario parece no haber practicado ese oficio.[12] A los 30 años de edad, era un "joven escocés sureño atractivo y de rostro lozano", según un editor de *The Times* que leyó su carta de presentación y lo envió al gerente de *The Economist*. Hay un poco más de recuerdos: John St. Loe Strachey —primo de Lytton Strachey, el biógrafo de Bloosmbury— describió a Johnstone como un editor "que decía exactamente lo que quería" y "dejaba muy claro que uno estaba expresando no sus propios puntos de vista sino los puntos de vista de *The Economist*", y que, "ya fuesen correctos o incorrectos, ciertamente merecían que se los considerase por completo". Solamente recordó una alteración que Johnstone hizo a su redacción en nueve años: en una reseña de las obras completas de Bagehot, Strachey comparó la "perfección de estilo" de aquél con la de Robert Louis Stevenson, "quien en esa época era considerado nuestro más grande maestro de la palabra". Johnstone eliminó el pasaje, no porque fuese demasiado lejos, sino porque "temía que la familia del señor Bagehot pudiera pensar que el escritor no apreciaba debidamente el trabajo de

[10] Ese tipo de trayectoria profesional era común. Palgrave editó el *Bankers Almanack* hasta 1919, mientras que A. J. Wilson, su número dos, inició *The Investor's Review* en 1891, y William Newmarch, el estadístico que compiló bajo Bagehot el primer índice de precios en colaboración con Tooke y Jevons, continuó en el periodismo y se dedicó a la banca. *The Economist 1843-1943,* pp. 20-21 y 33.

[11] Edwards, *The Pursuit of Reason…*, *op. cit.*, pp. 325, 328, 333 y 357.

[12] "The Retiring Editor of the 'Economist'", *The Bankers' Magazine,* vol. LXXXIV, Londres, 1907, pp. 149-151.

Bagehot ¡si lo comparaba con el de Stevenson!" Con una leve subestimación, Strachey escribió que, aunque Johnstone era un gran periodista, "no era un hombre que hubiese prestado atención alguna a la literatura".[13]

En lugar de ello se centró en *The Economist,* el que también proporciona las principales pistas sobre Johnstone, y su obituario propicia que esto parezca casi intencional, haciendo notar su prosa "directa, contundente y sin pretensiones" y su "retraída disposición", provocadas por el odio a la "tautología", la "hipérbole" y a aquellos de los que sospechaba que "escriben para su linaje". Su "fidelidad a las grandes tradiciones que había recibido de Wilson y Bagehot" dio un sello distintivo a *The Economist* en una época de intensa competencia, donde "existía el peligro de que la prensa inglesa se volviese superficial y servil", un "portavoz de los financieros y los agresivos vendedores de acciones, el enemigo, antes que el amigo, de las clases inversionistas".[14] Johnstone no buscaba hacer "fortunas para los lectores", sino recordar los "principios rectores" y "guiarlos para evitar errores garrafales". Mientras que *The Financial News* y *The Financial Times,* fundados en 1884 y 1888, respectivamente, se disputaban cuál "inflaba" las acciones con más fuerza (ambos tomaron sus turbulentas y rudas tácticas de la prensa de Wall Street), *The Economist* se mostró fríamente "entregado a los intereses superiores de las finanzas".[15]

El amigo del inversionista extranjero

Johnstone se convirtió en el editor de *The Economist* en plena primera Gran Depresión, una caída mundial de los precios y las ganancias que duró aproximadamente de 1873 a 1896. La inclinación deflacionaria desconcertó a los contemporáneos, en parte porque la producción, la inversión y el comercio seguían creciendo; en realidad, es probable que gran parte de este crecimiento haya sido responsable de aquella tendencia, debido a que los industriales extranjeros comenzaron a competir contra la Gran Bretaña por el dominio de los mercados, los adelantos en el transporte ferroviario y marítimo impulsaron la producción en las tierras agrícolas de América del Norte y Rusia, lo cual redujo los precios de los alimentos, y el patrón oro limitaba la oferta monetaria.[16] Aunado a una estructura de clases que favorecía a los

[13] John St. Loe Strachey, *The Adventure of Living: A Subjective Autobiography,* Hodder and Stoughton, Londres, 1922, p. 180.

[14] "Mr. Edward Johnstone", *The Economist,* 13 de diciembre de 1913.

[15] *Idem*. Véase también Wayne Parsons, *The Power of the Financial Press: Journalism and Economic Opinion in Britain and America,* Elgar, Aldershot, 1989, pp. 35-39.

[16] David Landes, *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present,* Cambridge University Press, Cambridge, 1969, pp. 240-243.

ahorradores sobre los consumidores, el malestar también puede haber estimulado más inversiones en el extranjero, las que, por rachas, eran dirigidas de manera activa en busca de tasas de rendimiento más altas. Así, los activos británicos en el exterior aumentaron de 200 millones de libras esterlinas en 1850 a 700 millones en 1870, a 2 000 millones en 1900 y a 4 000 millones en 1913. La salida de capital promedió más de 4% de la renta nacional durante ese periodo y, al cierre, generó cerca de 200 millones de libras esterlinas en intereses, es decir, 8% de la renta nacional.[17] Bagehot se había preguntado cuáles podrían ser los efectos de los préstamos y las inversiones británicos en las civilizaciones "a medio terminar" del extranjero. Al final, la propia Gran Bretaña se transformó: ningún otro país ha enviado jamás al exterior una porción tan grande de su riqueza ni ha recibido de regreso una porción tan grande de ella.

The Economist no tenía ninguna duda de que invertir en el extranjero era rentable, y sus series de datos semanales, mensuales y anuales siempre han sido referencias de vital importancia para los economistas e historiadores de la economía que buscan determinar la cantidad general y la dirección de los flujos de capital hacia y desde la Gran Bretaña a finales del siglo XIX, para no mencionar sus posibles causas y efectos;[18] sin embargo, pocos han prestado atención a la manera como el propio *The Economist* interpretaba los datos,

[17] Cain y Hopkins, *British Imperialism*, *op. cit.*, pp. 173-179; Michael Edelstein, *Overseas Investment in the Age of High Imperialism,* Columbia University Press, Nueva York 1982, p. 3. Las tasas de inversión en el extranjero eran cíclicas y volátiles y alcanzaron un punto tan bajo como el 0.6% en 1877 y tan alto como el 8.5% en 1913. La interrogante sobre si el capital fue expulsado por la caída de los rendimientos en Inglaterra, atraído por altos rendimientos en otros países, reflejaba una demanda agregada inadecuada en la Gran Bretaña o alguna combinación de factores; véase Edelstein, "Foreign Investment and Accumulation 1860-1914", en *The Economic History of Britain since 1700, op. cit.*, vol. II, pp. 181-196.

[18] Algunos se han preguntado cuánto invirtió la Gran Bretaña en el extranjero y si fue rentable el haberlo hecho; véase una reseña de que fue a la baja en D. C. M. Platt, "British Portfolio Investment Overseas before 1870: Some Doubts", *Economic History Review,* febrero de 1980, pp. 1-16. Respecto a las afirmaciones de que el Imperio ofrecía rendimientos inferiores a los disponibles en la Gran Bretaña después de 1885 (calculados con base en los registros contables de 482 empresas británicas) y agobiaba a los contribuyentes con unos costos militares dos veces y media más altos que en Alemania o Francia, consúltese Lance E. Davis y Robert A. Huttenback, *Mammon and the Pursuit of Empire: The Political Economy of British Imperialism, 1860-1912,* Cambridge University Press, Cambridge, 1986. George Paish confió en *The Economist* y *The Statist,* donde trabajó bajo Giffen, para sentar "las bases estadísticas e interpretativas para todas las investigaciones futuras en esa área" desde 1909 hasta 1914; Roger Middleton, "Paish, Sir George (1867-1957)", en *ODNB*. Más recientemente, Feinstein rechazó las "dudas" de Platt en favor de las cifras más altas aducidas por Paish y *The Economist;* Charles Feinstein, "Britain's Overseas Investments in 1913", *The Economic History Review,* mayo de 1990, pp. 288-295. Edelstein utilizó una muestra de 566 valores de renta variable, preferenciales y obligaciones de *The Economist's Investors Monthly Manual* para comparar las "tasas de rendimiento obtenidas", tanto las nacionales como las extranjeras y coloniales, de 1870 a 1913, y halló un promedio de 4.6% para el mercado nacional y de 5.7% para el extranjero, un diferencial de 1.1%, lo cual aumenta a 1.58% cuando se hace el "ajuste por el riesgo"; Edelstein, *Overseas Investment…*, *op. cit*., pp. 16, 126 y 140.

lo cual ha sido un descuido significativo debido a su función instrumental, no solamente en el suministro de información, sino en la adquisición de conocimientos sobre el mundo en cuanto mercado interconectado, cuya expansión deseaba llevar a efecto dentro y fuera del imperio formal. Después de todo, el semanario circulaba entre la clase más poderosa de ahorradores victorianos y eduardianos, los "caballeros capitalistas" congregados en el sureste de Inglaterra, que se ganaban la vida en las finanzas, la banca, el comercio y el transporte marítimo o como políticos, administradores y propietarios de tierras, y mostraban una marcada preferencia por los ingresos derivados de activos seguros en el extranjero, como los ferrocarriles y los valores gubernamentales.[19] Y recurrían a *The Economist* no en busca de noticias en sentido estricto sino de análisis políticos que los ayudaran a evaluar los riesgos y las recompensas de la colocación de capital en el extranjero. ¿Qué conocimientos obtenían?

Los ingresos y los rendimientos eran calculados anualmente, en parte con el fin de defender al "imperialismo liberal" tanto de sus críticos como de aquellos que buscaban explotar sus favores con fines frívolos. Las inversiones coloniales totales de 620 millones de libras esterlinas dieron un rendimiento medio de 5% en 1883; abundaban los gráficos en los que se calculaban los pagos de intereses totales por región (Australasia, América del Norte, la India, África) y el tipo: préstamos gubernamentales, ferrocarriles, ciudades provinciales, puertos y gas, banca, hipotecas, operación y otros. Los préstamos al gobierno colonial aportaron apenas un poco más de 4%, lo cual es excusable debido a que el riesgo era bajo; los bonos y las acciones ferroviarios y municipales eran excelentes, pues rendían más de 5%, y los bancos y las compañías hipotecarias tenían un ritmo frenético de más de seis por

[19] Peter J. Cain, "Economics and Empire: The Metropolitan Context", en Andrew Porter (coord.), *The Oxford History of the British Empire,* vol. III, Oxford University Press, Oxford, 1999, pp. 47-50; P. J. Cain, *Hobson and Imperialism, Radicalism, New Liberalism, and Finance 1887-1938,* Oxford University Press, Oxford, 2002, pp. 243-247. Pollard sitúa el número de inversionistas británicos en 1914 en 300 000; pero la cifra comprende a los participantes de poca monta. Los registros de los trámites de sucesiones revelan que aproximadamente la mitad de los valores bursátiles mantenidos en el momento de la muerte era parte de fortunas de más de 50 000 libras esterlinas y estaban calculados en activos extranjeros; Sidney Pollard, "Capital Exports, 1870-1914: Harmful or Beneficial?", *The Economic History Review,* vol. 38, núm. 4, noviembre de 1985, pp. 498-499. O'Brien considera que el Imperio "no es suficiente ni necesario para el desarrollo de la economía", pero concede que "los beneficios se acumularon desproporcionadamente" para los colonizadores blancos en los dominios y las colonias y "para aquellos en el extremo superior de los ingresos y escalas sociales de la sociedad británica". Hasta 1906, estos últimos, definidos como aquellos que ganaban más de 1 000 libras esterlinas al año, pagaban menos de 8% de sus ingresos al Estado, lo cual representaba sólo 11% de los ingresos fiscales totales, mientras que recibían entre 40 y 45% de la renta nacional. Los beneficios incluían puestos militares, diplomáticos y de servicio civil, y subsidios a la inversión que mitigaban los riesgos de mora; Patrick K. O'Brien, "The Costs and Benefits of British Imperialism 1846-1914", *Past and Present,* agosto de 1988, pp. 180, 194-195 y 200.

ciento. "Casi la mitad de nuestras suscripciones de 1883 fueron para préstamos y empresas coloniales —les recordó a los lectores—, y es tan seguro que el crecimiento continúe que nunca será demasiada la atención que se dedique a considerar toda la cuestión."[20]

La falta de movimiento en la Bolsa de Valores durante ese mismo periodo dio origen a fórmulas similares: en un encomio de las virtudes especulativas se elogió la utilidad social del inversionista que arriesga, que "suscribirá nuevos títulos —como las ya mencionadas minas de oro y empresas de electricidad de la India— que, sin él, nunca se habrían suscrito sin duda alguna". En medio del estancamiento de los precios, uno se veía obligado a aguardar hasta que "[aumentaran] los ahorros de las clases inversionistas"; entonces se abría un deslumbrante panorama de valores negociables: "Puede ser que algún día se describa Nueva Guinea y el Pacífico occidental como rebosantes de riqueza; América del Sur, donde ya hemos invertido más de 150 millones de libras esterlinas, representará un campo de inversión indefinido, y también lo harán todas nuestras colonias".[21]

Los informes semanales sobre el mercado monetario se trasladaron a la primera página para el *fin de siècle,* mientras que las secciones subsecuentes vinculaban las noticias políticas con la inversión. Los titulares del 13 de enero de 1883 eran típicos: "Suez Canal Dues and Traffic" (sobre los aranceles y el tráfico en ese canal), "The Finances of Eastern Roumelia", "The Condition of the Peasantry of the Deccan" (sobre la suerte del campesinado en el Decán), "Roumanian Progress" o "Industrial Enterprise in Turkey". Las relaciones eran explícitas: en el decenio de 1880 *The Economist* evaluó de manera regular la solvencia de Rusia e Italia, para después embarcarse en las principales expansiones ferroviarias. En las márgenes de Europa, la inestabilidad de la Sublime Puerta fue una fuente de gran ansiedad, incluso después de que tuvo lugar la mora de 1881 bajo la supervisión presupuestaria de los tenedores de bonos extranjeros. En una evaluación del Banco Imperial Otomano se llegó a la conclusión de que su tenencia de valores gubernamentales, a pesar de los altos dividendos anuales y una participación en el rentable monopolio estatal del tabaco, lo hacía vulnerable en caso de agitación política: "Cuando llegue el colapso, será mejor que esas instituciones sean de lo más transparentes".[22]

The Economist reservó un escrutinio aún mayor para Centroamérica y América del Sur, donde 20% de la inversión extranjera británica estaba inmovilizado en el decenio de 1880;[23] en nombre de los bonistas europeos, observó con cautela los déficits brasileño y uruguayo.[24] Perdonó los errores pa-

[20] "The Extent of Our Colonial Investments", *The Economist,* 16 de febrero de 1884.

[21] "Why There Is Stagnation in the Stock Exchange", *The Economist,* 24 de noviembre de 1883.

[22] "The Imperial Ottoman Bank", *The Economist*, 30 de junio de 1883.

[23] Hobsbawm, *Industry and Empire…, op. cit.*, p. 126.

[24] "The Deficits of Brazil" y "The Position of Uruguay", *The Economist,* 31 de mayo de 1884 y 17 de octubre de 1885, respectivamente.

sados de México; el aumento del parque ferroviario reavivó las esperanzas de que, "con sus vastos recursos naturales, se convertiría rápidamente en un Estado ordenado y, por lo tanto, en un Estado en el que el capital inglés podría invertirse de manera que fuese rentable".[25] Observó con ansias las fronteras del Perú por temor de que se interrumpieran los suministros de guano de murciélago, rico en fósforo;[26] y en Argentina se preocupó no solamente por la capacidad del gobierno para financiar su deuda externa —contraída en gran medida por medio de préstamos ferroviarios de Inglaterra—, sino también por la disminución de las exportaciones británicas debido a los bienes que llegaban de Francia y Alemania.[27]

Las noticias de Buenos Aires llegaban con regularidad, porque su proporción de la inversión británica en el extranjero se aceleró entre 1880 —cuando, al asumir la presidencia, el general Roca se comprometió a instaurar el "orden y progreso" después de su genocida "conquista del desierto"— y 1890, hasta alcanzar entre 40 y 50% del total.[28] Aunque *The Economist* elogió la administración de Roca, las dudas crecieron bajo su sucesor, si bien no lo suficientemente pronto sobre el famoso banco mercantil británico que flotaba sus préstamos.[29] El banco Baring Brothers en realidad festejó a un político con una suscripción gratuita a *The Economist* y al gobernador de Buenos Aires con un semental para obtener ese negocio: el caballo, 10 años mayor de lo que se había afirmado, y patizambo, resultó ser la apuesta más inteligente. *The Economist* reprendió a los socios del banco cuando el colapso del auge inmobiliario de Argentina reveló la magnitud de los riesgos que habían asumido: el banco estaba altamente apalancado, sus activos se habían invertido en bonos bancarios inestables respaldados por hipotecas y estaba sobreexpuesto, con 75% de su cartera en la región de Río de la Plata. A medida

[25] "The Future of Mexico", *The Economist,* 20 de enero de 1883.

[26] "Priority Claims on Peruvian Bat Guano", *The Economist,* 13 de octubre de 1883.

[27] "The Trade and Finance of the Argentine Republic", *The Economist,* 5 de mayo de 1883.

[28] Philip Ziegler, *The Sixth Great Power: Barings 1762-1929*, Collins, Londres, 1988, p. 237. En 1890, la proporción de Argentina de la inversión total era más del doble que la de Brasil: de 157 millones y 69 millones de libras esterlinas, respectivamente, mientras que la de México, con 60 millones de libras, y la de Uruguay, Cuba y Chile estaban atrás a cierta distancia. Hobsbawm, *Industry and Empire…*, *op. cit.*, p. 126. Como consecuencia de la "conquista del desierto" llevada a cabo por Julio Argentino Roca, se estableció brutalmente el dominio argentino sobre la Patagonia, gracias al asesinato y el desarraigo de los pueblos indígenas para dar paso a la agricultura de los colonos de ascendencia europea.

[29] Para tener una idea de que las presiones inflacionarias podrían provocar una caída del mercado de valores, aunque no una crisis de la deuda soberana, véase "Argentine Borrowings", "The State of Affairs in Argentina" y "The State of Affairs in Buenos Aires", *The Economist,* 24 de noviembre de 1888 y 30 de noviembre y 21 de diciembre de 1889, en ese orden. *The Economist* parece haber contratado apenas en 1890 a su propio corresponsal, que ocultó lo que se decía acerca de la reactivación financiera con advertencias sobre el caos político —"'Esos tontos de Londres' es ya una expresión común en la Bolsa"— y retrasó la renegociación de la deuda; "Argentine Affairs", *The Economist,* 21 de noviembre de 1891.

que el valor de sus activos se hundía, los directivos del banco se acercaron en secreto al Banco de Inglaterra, que encabezó un enorme fondo de garantía de 17.1 millones de libras esterlinas con las más grandes firmas y bancos de acciones conjuntas de la City con el propósito de liquidar lentamente los pasivos del banco Barings.[30] Johnstone desempeñó una función directa en la elaboración de ese plan, que evitó el pánico en los mercados monetarios. La revista *Bankers' Magazine* escribió: "Tan grande era el deseo del público de conocer la opinión de *The Economist* sobre el suceso que fueron necesarias numerosas reimpresiones del número tras el anuncio del colapso".[31]

Tampoco fue ésa la única muestra de su posición en la City. La crisis del banco Barings también marcó el final de un largo auge de las inversiones en Australia, la que a lo largo de los 10 años siguientes se esforzó por exportar lo suficiente para pagar su deuda.[32] En 1898, un informe de *The Economist*, en el que se exponía a las compañías mineras de oro de Australia Occidental, uno de los pocos lugares con buenas perspectivas en el panorama económico, como una "conspiración para engañar a los inversionistas", provocó que se la acusara legalmente de difamación. Johnstone acordó retirar toda expresión difamatoria sobre Scott Lings, un promotor de algodón de Mánchester que era presidente de la empresa Golden Link Mines, pero sostuvo que el informe había "sido totalmente justificado por los hechos", ya que la tan promocionada "veta principal" aún no se había empezado a explotar. Curiosamente, ambas partes confirmaron el estatus especial del semanario: el abogado de Lings explicó que una simple retractación no sería suficiente, porque "el hecho mismo de que *The Economist* nunca haya tenido una denuncia por difamación en su contra y de que sea una revista muy respetable y responsable hace imperativo" que "deba retractarse [de sus declaraciones] de la forma más pública posible".[33]

[30] El fondo de garantía era igual a 1.2% del PIB de 1890; John D. Turner, *Banking in Crisis: The Rise and Fall of British Banking Stability, 1800 to the Present,* Cambridge University Press, Cambridge, 2014, pp. 154-157. En tan sólo cuatro años, entre 1886 y 1890, el banco Barings recaudó casi 18 millones de libras esterlinas para Argentina, y la crisis de Barings que siguió puede haber sido menor en comparación con la de Overend, Gurney & Co., en la City, como lo hizo notar *The Economist,* pero su impacto externo fue enorme, incluida una caída de 10% del PIB de Argentina en 1890 y 1891. "Liquidation of the Barings", *The Economist*, 22 de noviembre de 1890; Ziegler, *The Sixth Great Power*, *op. cit*., pp. 237-242, y H. S. Ferns, "Investment and Trade between Britain and Argentina in the Nineteenth Century", *Economic History Review,* vol. 3, núm. 2, mayo de 1950, pp. 203-218.

[31] "Bajo una presión casi irresistible, se aseguró la ayuda [de Johnstone] para enderezar los negocios después de la crisis argentina; "The Retiring Editor of the 'Economist'", *The Bankers' Magazine*, *op. cit*., p. 150.

[32] Cain y Hopkins, *British Imperialism, op. cit.*, pp. 248-250; Edelstein, *Overseas Investment*, *op. cit*., pp. 250-251.

[33] "La profunda ignorancia de los hechos reales sobre las minas y la minería […] del gabinete hacia abajo" fue "fomentada por la prensa", y mantuvo a los accionistas "en la oscuridad en cuanto a los cientos de empresas arriesgadas […] incomparablemente más deshonestas" incluso

Es probable que *The Economist* haya sido más prudente que su competencia, pero no por ello fue menos optimista sobre el sentido general de la inversión. En verdad pudo mostrar su franco beneplácito cuando el capital en cuestión quedó en buenas manos —un tono marcado por Bagehot, para quien la emigración de jóvenes "con capital inglés" para "gestionar el capital inglés" era uno de "los grandes instrumentos del comercio mundial" y de "las fuerzas vinculantes del futuro"—.[34] Las inversiones en América del Sur no sólo habían sido rentables, sino, desde esa perspectiva, bastante seguras: les recordó a los lectores que la mayoría de las compañías de "ferrocarriles, tranvías, gas, minería, mejoras" y otras empresas "en las que se ha invertido nuestro dinero *es puramente inglesa* en lo que respecta a la dirección y los accionistas".[35]

Esas declaraciones no solamente insinuaban la escala de las acciones en manos británicas, si se añaden las inversiones directas a ese tipo de cartera, sino también las potenciales amenazas para ellas de los capitales nacionales rivales.[36] El problema era de aspecto práctico: entre 1878 y 1914, los imperios territoriales europeos se expandieron en una gran medida y sumaron 22.27 millones de kilómetros cuadrados a través de Asia, el Oriente Medio y África. Alemania, Italia, Japón, los Estados Unidos e incluso Bélgica, como recién llegados al escenario imperial, ahora se unieron a las potencias más antiguas, como Francia y Rusia, para competir con la Gran Bretaña por la tierra, los recursos y los mercados, por lo que los riesgos que el "nuevo imperialismo" entrañaba eran manifiestamente mayores. Para *The Economist* de Johnstone, analizar las perspectivas de inversión también significaba decidir qué límites, si acaso, se debían poner a ese crecimiento; cuándo y dónde el conflicto entre imperios podría dar paso a la cooperación, y cómo deberían ser tratados los pueblos recién sometidos.

¿Una lucha liberal por el imperio?

El panorama imperial ya estaba cambiando con rapidez —y requería más papel para cubrir las noticias— en los años previos a la dirección editorial de Johnstone. En 1877 Disraeli coronó a la reina Victoria como emperatriz de la India, una medida destinada a unir a los príncipes de aquel país al Raj británico. *The Economist* no veía qué diferencia suponía para los indios

que en el Transvaal. "The Gold Mines of West Australia" y "Mr. Scott Lings and *The Economist*", *The Economist,* 16 de julio de 1898 y 11 de noviembre de 1899, respectivamente.

[34] Bagehot, *Economic Studies*, *cw,* vol. xi, p. 279.

[35] "Our Investments in South America", *The Economist*, 8 de diciembre de 1883.

[36] En lo concerniente a las formas de inversión directa, véase Mira Wilkins, "The Free-Standing Company, 1870-1914: An Important Type of British Foreign Direct Investment", *The Economic History Review,* mayo de 1988, pp. 259-282.

cómo fuese llamada la reina —"un gran ejército y una marina estaban detrás de su nombre, y eso es suficiente para ellos"—, pero sí se asombró de que un primer ministro conservador jugueteara con la "magia" de la Constitución inglesa.[37] La "Cuestión de Oriente" resurgió al mismo tiempo, cuando Rusia lanzó en contra de los otomanos una nueva guerra que amenazaba con volver a trazar el mapa del sureste de Europa a su favor y socavar el predominio naval británico en el Mediterráneo. En 1878 *The Economist* favoreció la intervención para evitar ese resultado: primero, dio la bienvenida a una convención diplomática con la finalidad de respaldar el dominio otomano en Asia y, después, respaldó el Congreso de Berlín, que dividió la mayor parte de los Balcanes entre los europeos y entregó Chipre a la Gran Bretaña.[38] Una nueva escaramuza con Rusia irrumpió casi de inmediato, sin embargo, cuando el zar mandó a sus "enviados" a Afganistán. La Gran Bretaña lo invadió rápidamente y el semanario hizo un llamamiento a una "demostración irresistible de nuestro poder" para deponer al "emir Shere Ali" en Kabul y apuntalar la frontera noroeste con la India en la segunda guerra anglo-afgana.[39] Al mismo tiempo, la Gran Bretaña también siguió adelante en África, desarraigando con brutalidad al reino zulú en 1879, con lo que despejaba el camino para los colonos blancos hambrientos de sus tierras y trabajadores. En el vecino Transvaal, los bóeres, descendientes de holandeses, se rebelaron luego en 1880 contra la perspectiva de ser anexionados también, frenando de manera temporal la expansión británica en Majuba durante la primera Guerra Bóer.[40]

[37] Por "pasarse un poco de la raya", Disraeli corrió el riesgo de reducir "el gusto de las masas por el trono"; "The New Title of the Queen", *The Economist,* 18 de marzo de 1876.

[38] *The Economist* interpretó los acuerdos a que se llegó en Berlín en términos muy amplios para el poder británico: en lo sucesivo, la política exterior otomana estaría "dirigida desde Londres, no desde Constantinopla", e Inglaterra se convertiría también en el "sol naciente" y la "máxima fuente de honor y prosperidad" internamente, puesto que "los orientales nunca tardan en descubrir dónde se encuentra el verdadero centro del poder"; "What the Convention with Turkey Means", *The Economist,* 13 de julio de 1878. La ocupación de Chipre era necesaria, pero insuficiente, una señal de que "persistimos en la absurda ficción de tratar a los gobernantes de Turquía como iguales"; "Turkey and the Convention", *The Economist,* 24 de agosto de 1878.

[39] "Earl Grey on the Afghan Difficulty", *The Economist,* 12 de octubre de 1878. El emir había "concluido pública y ostentosamente una alianza preferencial con Rusia" y era "una amenaza para la India británica"; así respondió el semanario a *sir* John Lawrence, virrey de la India de 1864 a 1869, quien se opuso a la segunda guerra de Afganistán por motivos legales —porque la pertinencia de la "jurisprudencia internacional" para los Estados orientales era "extremadamente dudosa"—. "Sólo nos sorprende que nadie se haya propuesto llamar al zar como árbitro"; "The Afghan Difficulty", *The Economist,* 26 de octubre de 1878.

[40] Las anexiones beneficiaron por igual a los bóeres, a los colonizadores británicos y a los nativos. El objetivo en Sudáfrica era formar una federación conforme al modelo de Canadá; "The Transvaal", *The Economist,* 12 de mayo de 1877. El semanario criticó la incompetencia, especialmente de los funcionarios locales, pero con el propósito de ganar las guerras ya en marcha, antes bien que de debatir sus méritos; "Responsibility for the Disaster in Zululand", "End of the Zulu War", "The Next Step in South Africa" y "The War with the Transvaal", *The Econo-*

The Economist trató de hacer un balance del frenético ritmo de la actividad imperial el año en que Johnstone tomó el control total del periódico, en 1883, expresándose en un tono más prudente que antes: Londres necesitaba espacio para maniobrar en los asuntos imperiales, pero debería sopesar con cuidado la adquisición de más compromisos territoriales. "El aire está cargado de proyectos de anexión. En África, en Asia y en Australasia se está dando impulso a planes de conquista o de colonización", señaló; y, aunque no se podían dejar pasar algunas oportunidades —en general, "tratándose de empresas como la apertura del Congo, no podemos ser indiferentes, por supuesto", y no podría haber líneas rojas "donde podamos decir 'hasta aquí' y 'no más'"—, lo cierto era que "la consolidación y el desarrollo, antes bien que una nueva aventura", constituían el camino más sabio. El semanario recordó a sus lectores las vastas posesiones que ya estaban bajo el dominio británico: una extensión 65 veces el tamaño de las Islas Británicas, el doble del área de Europa, con una población estimada de 217 695 000 habitantes. "Nuestros intereses tendrán una mejor promoción en cuanto a la libertad de comercio mediante acuerdos internacionales que extendiendo nuestro dominio sobre nuevas tierras."[41] Convenía dejar que los recién llegados, "bajo la emoción de un territorio tropical", luchasen por las sobras, mientras la Gran Bretaña y *The Economist* se centraban en los lazos invisibles del capital que estaba tendiendo la City de Londres. Esa postura no se debió a que el territorio no fuese importante para el semanario, sino a que la Gran Bretaña ya tenía los mejores terrenos: "Posee todas las estaciones de carbón en las dos rutas hacia el Lejano Oriente" y las "llaves del Mediterráneo, del Mar Rojo, del Golfo Pérsico, del estrecho de Malaca y del Archipiélago Oriental, y gobierna con soberanía incuestionable y prácticamente solitaria al pueblo de la India".[42]

Si bien el semanario favorecía las formas indirectas de control imperial basadas en el comercio y en la inversión, también reconocía la necesidad de las ataduras territoriales que a menudo iban con ellas. Después de que Egipto cayera en mora en 1876 enseguida de Turquía, sus principales acreedores, la Gran Bretaña y Francia, habían impuesto un "control doble" sobre su presupuesto.[43] Esa violación de la soberanía de Egipto avivó un movimiento nacionalista, encabezado por el coronel Arabi Pasha, que las naciones acreedoras resolvieron aplastar de inmediato. *The Economist* ya había pensado en una expedición conjunta incluso antes de la muerte de 50 europeos en Alejandría en junio de 1883, durante los disturbios que estallaron cuan-

mist, 22 de febrero, 26 de julio y 2 de agosto de 1879, y 5 de marzo de 1881, respectivamente, y Andrew Porter, *The Lion's Share,* Longman, Londres, 1996, pp. 94-101.

[41] "Our Colonies and Possessions", *The Economist,* 28 de abril de 1883.

[42] "The Expansion of the Empire", *The Economist,* 13 de diciembre de 1884.

[43] A. G. Hopkins, "The Victorians and Africa: A Reconsideration of the Occupation of Egypt, 1882", *Journal of African History,* vol. 27, núm. 2, 1986, pp. 377-378 y 380.

do los barcos de guerra británicos y franceses aparecieron frente a la costa.[44] Ahora que la ley, el orden y la vida europea estaban en juego, la acción no podía esperar. El bombardeo de la ciudad por parte del almirante Seymour al mes siguiente "no fue un acto de agresión, sino de autodefensa", mientras que "el incendio y el saqueo" que provocó entre los egipcios —"vandalismo puro", "sin propósito estratégico"— demostró que Arabi y sus seguidores "no eran patriotas de alto espíritu" sino "aventureros militares, capaces de cualquier exceso y poco preocupados por el daño que infligen a su país".[45]

The Economist consideró que la "preservación de nuestro derecho de paso a través del canal de Suez" era una cuestión de vida o muerte para la Gran Bretaña; pero, después de hacer la defensa de una rápida invasión de Egipto, también insistió en que era por motivos desinteresados: después de informar con diligencia sobre los riesgos del desorden para "la City y los empresarios", los descartó como un *casus belli*. La Gran Bretaña estaba actuando con base en los principios liberales. Los egipcios habían expresado su enojo por la "'explotación' que hacían de ellos los tenedores de bonos […] pero, por muy malas que hayan sido algunas de sus características, [seguramente] estarían contentos de volver a ella", dada la "paralización de la industria", el "aumento de la corrupción oficial", el "resurgimiento de la tortura", la "disminución de la seguridad de la vida y la propiedad" y "otras abominaciones orientales".[46] Mientras tanto, cualquier nuevo régimen en El Cairo sería sometido a todas las potencias de Europa para su "sanción" —una cues-

[44] Las otras aproximadamente 250 víctimas eran egipcios; véase Donald Reid, "The Urabi Revolution and the British Conquest, 1879-1882", en *The Cambridge History of Egypt,* vol. II, *Modern Egypt, from 1517 to the End of the Twentieth Century,* M. W. Daly (coord.), Cambridge University Press, Cambridge, 1998, p. 231.

[45] Ciertos liberales habían afirmado que esos hombres eran nacionalistas legítimos y que, con egoísmo, la Gran Bretaña "trató de frustrar los esfuerzos del pueblo egipcio por establecer un gobierno más en armonía con sus sentimientos nacionales"; "The Situation in Egypt", *The Economist,* 15 de julio de 1882. Los liberales en favor de la intervención necesitaban explicar mejor que no era ni por el bien de los tenedores de bonos, que debían asumir sus propios riesgos, ni por el comercio, lo que podría alarmar a otros Estados que debían estar dispuestos a la intervención pacífica de la Gran Bretaña: "¿Qué manera más segura podría haber de disuadir a países como China, o incluso Turquía, de admitir el capital británico con la libertad que deseamos ver que decirles que, si permiten que nuestros comerciantes se establezcan dentro de sus fronteras, abren la puerta a la injerencia armada de nuestra parte en sus asuntos?"; "British Interests in Egypt", *The Economist,* 29 de julio de 1882.

[46] "Our Policy in Egypt", *The Economist,* 1º de julio de 1882. Los retrasos para llevar tropas al terreno —debidos a la indecisión francesa— tuvieron un efecto positivo, porque mostraron al mundo que la Gran Bretaña "buscaba no solamente salvaguardar nuestros propios intereses sino también asegurar para el pueblo de Egipto una mayor libertad y autogobierno de los que habían disfrutado hasta ahora"; "Egypt", *The Economist,* 22 de julio de 1882. La guerra era "compatible con las libertades" de los egipcios, porque los salvaría de los turcos: cuanto más "autónomo sea Egipto, tanto más absolutamente independiente será de los dictados extranjeros […] y tanto más complacidos estaremos"; "Egypt", *The Economist,* 26 de agosto de 1882.

tión a la que volvió a pesar de aplaudir la derrota de Arabi a manos de 31 000 soldados angloindios en septiembre—.[47] En ese caso, la tutela resultó inevitable: "Hemos tratado de gobernar Egipto por medio de su tesoro, y el intento ha fracasado".[48] Por consiguiente, durante la "ocupación temporal" que siguió, el semanario barajó diferentes políticas para hacer que el "control financiero" pasara inadvertido y fuese ineludible.[49]

En la práctica, *The Economist* rara vez se detuvo para dictar un respiro crítico entre las guerras coloniales, ni siquiera cuando éstas fueron las consecuencias no deseadas de una anterior. La invasión de Egipto debilitó aún más la estructura gobernante de la dinastía Khedival, por ejemplo, abriendo la puerta a una rebelión en la propia colonia egipcia meridional de Sudán. Cuando Jartum, la capital, cayó en manos de las fuerzas yihadistas del Mahdi en 1885, el semanario exigió venganza —en tonos inusualmente estridentes— por un personaje no menos mesiánico, el general Gordon, que había permanecido en la ciudad a pesar de las órdenes de evacuación: "Los ingleses en Sudán han demostrado las mejores cualidades del carácter nacional, y sus logros siempre ocuparán un lugar destacado en los anales del heroísmo británico".[50]

Más típico de la justificación de *The Economist* sobre la codicia imperial británica fue la propuesta que presentó unos meses más tarde para la toma del resto de Birmania que todavía no estaba teñido de rojo y la destrucción de una monarquía y un monacato que había estructurado su sociedad durante más de un milenio: no se podía permitir que el rey Thibau desafiara a Westminster mediante la aplicación de políticas independientes, ya fuere con Francia, Rusia o China, en la frontera noreste de la India o en los asuntos comerciales, donde una multa impuesta a la empresa Bombay Burma Trading Co. fue declarada como equivalente a una violación del libre comercio.[51] *Lord* Dufferin, el virrey de la India, que había reunido un ejército para aclararle esta última cuestión a Thibau, en octubre de 1885,

[47] "Europe and the Egyptian Crisis" y "Attitude of the Powers", *The Economist,* 8 de julio y 16 de septiembre de 1882, respectivamente.

[48] "Financial Control in Egypt", *The Economist,* 13 de enero de 1883. "Nuestra expedición a Egipto no fue una cruzada humanitaria ni una aventura de bucaneros […] Fuimos porque teníamos intereses definitivos […] el éxito de Arabi habría expulsado del país al capital y la industria europeos, reactivado el dominio directo del sultán y puesto en peligro permanente la ruta principal hacia el Oriente"; "Mr. Gladstone on Egypt", *The Economist,* 11 de agosto de 1883.

[49] "No cabe duda alguna de que se desearía que Egipto continuara regulando sus finanzas de acuerdo con los métodos occidentales, pero que el propio jedive también lo procure"; "Egypt and Financial Control", *The Economist,* 30 de septiembre de 1882; véase también John Darwin, *The Empire Project: The Rise and Fall of the British World-System, 1830-1970,* Cambridge University Press, Cambridge, 2009, 2014, pp. 70-72.

[50] "The Fall of Khartoum", *The Economist,* 7 de febrero de 1885.

[51] "La campaña debería ser una batalla fluvial, un mes de expediciones confusas y, después, de tranquilidad." "Upper Burmah", *The Economist,* 24 de octubre de 1885.

era "un hombre moderado" en quien "se debía confiar".[52] Al igual que en Egipto, "abrir nuevas salidas al comercio" era inaceptable como motivación oficial para la conquista; no obstante, lo que *estaba en juego* era el derecho sagrado del contrato; de ahí que, contrariamente a las pomposas protestas de radicales como John Bright, se puntualizara: "Sin duda alguna, estamos obligados a protegernos contra la expoliación arbitraria e ilegal de nuestros súbditos".[53]

Para *The Economist* era importante entender de manera correcta las razones de la expansión imperial, porque los argumentos estrechamente nacionalistas y comercialmente egoístas eran esgrimidos para el beneficio de los rivales británicos, que ya podían actuar en términos legales en contra del imperio por razones erróneas y con una seguridad creciente. Alemania podría ser un socio productivo en el escenario mundial, como en 1884, cuando Bismarck hizo lo necesario en la Conferencia de Berlín para establecer el estatus del Congo y Níger;[54] pero en 1888 el semanario se preguntó si su líder "dirigía o utilizaba con sabiduría los deseos nacionales de aprovecharse de las colonias", sin antes haber seleccionado ni los lugares donde se pudiera asentar el excedente de la población "ni aquellos que guardan la promesa de aumentar enormemente el volumen del comercio nacional".[55] Rusia no era de fiar, expansionista en exceso y atrasada como era;[56] Francia, con la que

[52] Según Randolph Churchill, secretario de Estado para la India, *lord* Dufferin llamó a su ultimátum al rey Thibau "una propuesta muy amistosa para la solución de la disputa entre su gobierno y la Asociación de Comercio de Bengala y Burma [Myanmar]"; Ernest Chew, "The Fall of the Burmese Kingdom in 1885: Review and Reconsideration", *Journal of Southeast Asian Studies,* vol. 10, núm. 2, septiembre de 1979, p. 378, y "Upper Burmah", *The Economist, op. cit*. En sus esfuerzos por aislar y matar a los guerrilleros que seguían resistiendo después de la anexión, los británicos incendiaron, destruyeron y trasladaron pueblos enteros.

[53] Era "inapropiado" que las cámaras de comercio británicas "se vanagloriasen" de esa guerra; "Mr. Bright on the Probable War with Burmah", *The Economist,* 7 de noviembre de 1885; de todas maneras, "mientras las razas civilizadas e incivilizadas entren en contacto con el mundo occidental por medio de la actividad industrial y comercial, las operaciones, como aquellas en las que estamos comprometidos de mala gana en el río Ayeyarwadi o Irawadi, deben ser inevitables de cuando en cuando. El arbitraje está fuera de discusión con un déspota bárbaro", mientras que "ningún Estado puede permitir que sus súbditos, dedicados a la legítima búsqueda del comercio y ejerciendo los derechos que les otorga un contrato, sean saqueados a placer"; "England and the East", *The Economist,* 21 de noviembre de 1885. No había "necesidad de alarmarse" después de que estallara una guerra de guerrillas; el general Macpherson podría "someter a Birmania con un ejército de 30 000 hombres" durante el estío; "Burmese Difficulties", *The Economist,* 21 de agosto de 1886.

[54] "The Congo and the Niger", *The Economist,* 18 de octubre de 1884.

[55] "Si queríamos una Australia, debimos dirigir la mirada a América del Sur", o "si él deseaba una India, debió buscarla en Asia". Pero él había preferido las "'plantaciones' elegidas frecuentemente, como en el caso de los cameruneses y, quizá, Zanzíbar, con poca referencia a las condiciones de su clima o su suelo"; "New View of Prince Bismarck", *The Economist,* 29 de septiembre de 1888.

[56] Rusia respetaba la firmeza. Durante la crisis de Pendjeh, el semanario amenazó con represalias —"hay ocasiones que obligan a un país a elegir entre la guerra y el deshonor nacional"—

Rusia se alió en 1894, era irritable e impulsiva —una descripción que se ensombreció hacia finales del siglo—, mientras París y Londres se enfrentaban de manera frecuente en la totalidad de África y Asia.

La expedición francesa de 1883 a la región de Tonkin fue una insensata apropiación de tierras que estaba destinada a desencadenar una guerra con China y a dañar el comercio, provocando un aumento del precio del té "que se hizo sentir en todas las casas de campo inglesas" y una interrupción de los flujos del opio indio, producto de "un siglo de cuidado y destreza, semejante al Lafitte entre los vinos claret o al puro habano entre los tabacos".[57] En 1898 el semanario se preguntó si el comportamiento francés en la "crisis de Fachoda" era "digno de una gran nación", porque, además de "molestar a Inglaterra", ¿cuál era la razón de que el mayor Marchand, "con sus 120 negros de Tombuctú", se atreviera a enredarse con el poderoso ejército del general Kitchener por un "pantano en el fondo de Etiopía?"[58] Las fuerzas angloegipcias habían dejado su huella con sangre en ese territorio siguiendo el Nilo hasta Omdurmán, donde finalmente vengaron a Gordon al matar a 11 000 derviches y exhumar y quemar los restos del Mahdi.[59] Después de que se aliviara la crisis, el semanario reconoció: "Francia tiene un enorme imperio colonial, pero le saca tan poco provecho que es una carga, antes bien que una fuente de ganancias", por estar "plagado de oficiales y soldados y tener como obstáculo unos aranceles insensatos".[60]

The Economist se mostró ambivalente respecto al imperialismo estadunidense, que también asomó la cabeza en 1898 durante la guerra hispanoamericana: le aconsejó a Europa que dejara que esa España de "segunda categoría" aceptase dolorosamente sus pérdidas y la captura de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas por los Estados Unidos, para no hablar de Hawái, Guam y la isla Wake; al menos los Estados Unidos promoverían el desarrollo económico —es decir, "los intereses de la humanidad y la civilización superior"— en esos lugares.[61] Pero el semanario albergaba pocas ilusiones sobre

por las incursiones rusas en Afganistán, más allá del río Kokcha; "The Battle on the Kushk", *The Economist,* 11 de abril de 1885.

[57] "The French Expedition to Tonquin" y "M. Ferry's Speech at Havre", *The Economist,* 5 de mayo y 20 de octubre de 1883, respectivamente.

[58] De no ser tal vez una medida para distraer al país del caso Dreyfus; "The Fashoda Affair", *The Economist,* 24 de septiembre de 1898. La propia Francia "decidió cortar su relación con Egipto y poner fin al "Doble Dominio" en 1882. La Gran Bretaña, obligada a "crear prosperidad y orden" sola —y a defenderla de un "turbulento enemigo al sur", formando un ejército y un "gran sistema ferroviario"—, nunca permitiría dar lugar a una "potencia que deliberadamente declinase tomar parte alguna en el proceso civilizador"; "Question of Fashoda" y 'Temper of the Country about France", *The Economist,* 1º y 15 de octubre de 1898, respectivamente.

[59] P. M. Holt, *The Mahdist State in the Sudan, 1881-1898,* Clarendon Press, Oxford, 1958, p. 222; Porter, *The Lion's Share*, *op. cit*., p. 167.

[60] "Continental Criticism of England", *The Economist,* 30 de septiembre de 1899.

[61] El artículo estaba dirigido a Francia, cuyos inversionistas eran propietarios de una gran proporción de la deuda española; "United States and Spain" y "America and the Philippines",

el excepcionalismo estadunidense y señaló la gran brecha entre la Constitución del país y sus ambiciones territoriales, lo que lo hacía inadecuado para ser un imperio. Bajo el presidente McKinley, los Estados Unidos estaban dando un "paso trascendental" que "no se hallaba en armonía con el espíritu o la letra de las instituciones estadunidenses", dado que "violaba el derecho inalienable a la libertad" de las poblaciones nativas de las islas de las que se había apoderado. Más fundamentalmente, para *The Economist,* los Estados Unidos estaban colocados en una posición riesgosa por el carácter de su economía política nacional; porque, si bien se parecían a "la madre patria" en la búsqueda de desarrollar un imperio comercial (la necesidad de nuevos mercados era "*el* hecho económico *fundamental*" en los Estados Unidos), su "pueblo nunca se ha guiado por los principios del libre comercio".[62]

Ésa era una deficiencia capital en lo que parecía probable que sería el próximo frenesí alimenticio entre los imperios respecto a China, una "nación moribunda" después de su derrota ante Japón en la guerra sino-japonesa de 1895 y sobre cuyo cadáver se abalanzaron hambrientamente las potencias occidentales, incluidos los Estados Unidos, toda vez que su "política de puertas abiertas" en el Asia Oriental era una mera apariencia de escaparate, en opinión de *The Economist*.[63] La respuesta del semanario a la rebelión de los bóxers de 1899 —el levantamiento antioccidental que se extendió por

The Economist, 12 de marzo de 1898 y 5 de noviembre de 1898, respectivamente. Véase también V. G. Kiernan, *America: The New Imperialism: From White Settlement to World Hegemony,* Zed Press, Londres, 1978, pp. 100-104. Según el semanario, Panamá era un "Egipto estadunidense"; "The Panama Canal Again", *The Economist,* 7 de noviembre de 1903.

[62] Tales libertades fueron "consideradas tan vitales para el bienestar estadunidense" después de la guerra civil que "el Congreso otorgó derechos a toda la población negra, otorgándole (en el papel, al menos) los mismos derechos que a los blancos", porque "era peligroso para una República fundada en la doctrina de la igualdad humana contener dentro de sus límites una nación de ilotas […] Si eso era cierto en el caso de los negros en el país", lo era aún más en el caso de "los mestizos y las personas degradadas como las que constituyen la mayoría de la población de Filipinas a miles de kilómetros allende el mar". Aun cuando, "teóricamente, comparten los 'derechos' de los ciudadanos estadunidenses", eran "ridículamente inadecuados" para ellos: "Una política de anexión introduce un conflicto de principios en la República", y otras consecuencias incluían la "renuncia práctica a la Doctrina Monroe, sobre la base, comprensible, de que uno no puede comerse el pastel y, al mismo tiempo, conservarlo"; asimismo, significó imponer una mayor tributación y la centralización del poder para mantener un gran ejército y una armada permanentes. "The Parting of the Ways in America", *The Economist,* 9 de julio de 1898.

[63] T. G. Otte, *The China Question: Great Power Rivalry and British Isolation, 1894-1905,* Oxford University Press, Oxford, 2007, pp. 2 y 17. "Si el cadáver, tan podrido y tan vasto, no infecta al mundo entero, el mundo será inusualmente afortunado"; "The Disintegration of China", *The Economist,* 11 de marzo de 1899. En el caso de los mercados nuevos que eran necesarios con urgencia (en ocho meses, las fábricas textiles estadunidenses producían lo suficiente para 12), los Estados Unidos buscaron, "principalmente en el Lejano Oriente y, especialmente, en China", donde una "política exterior enérgica" se basaba en "el temor de que el mercado chino se cerrara a ellos por la intervención de Alemania, Rusia y Francia"; "The Parting of the Ways in America", *The Economist, op. cit*., y "The United States and The Open Door", *The Economist,* 6 de enero de 1900.

todo el norte de China, culminando en Pekín o Beijing, donde el asedio rebelde de las legaciones extranjeras duró meses— fue, al mismo tiempo, una admisión de la excesiva ambición de la Gran Bretaña en otros lugares y una ilustración de lo que distinguía a su Imperio de los demás: los bóxers debían ser "extinguidos" por matar a diplomáticos y misioneros occidentales, pero, a diferencia de lo ocurrido en África, los europeos podrían cooperar en ese severo deber. El propósito era restablecer el orden con una respuesta armada multinacional, pero, asimismo, evitar la partición: no sólo porque los chinos eran claramente más capaces de resistir que, digamos, los egipcios, sino también porque no se debía poner en peligro a la dinastía manchú gobernante.[64] La inversión extranjera en ferrocarriles, minas, bancos y similares requería estabilidad política, que un dominio absoluto en China socavaría. Si bien es cierto que *The Economist* deploró el tratado que puso fin a la expedición, no lo hizo porque se hubiese exigido una enorme indemnización a la "sanguinaria" emperatriz viuda Cixi, sino porque se instrumentó en violación de los preceptos liberales, en añadidura a la imposición de unos aranceles aduaneros más elevados. Posteriormente, el semanario deploró las inclinaciones proteccionistas de los empresarios franceses, alemanes, rusos e italianos que invirtieron enormidades en China, así como su razonamiento cínico en el sentido de que, si el país se "abre real y honestamente […] los anglosajones nos ganarán en el mercado chino como lo han hecho en todos los otros mercados de Asia". Al final, el semanario se mostró un poco decepcionado con ese experimento entre imperios, que "los futuros historiadores describirán como sin precedentes […] la primera vez desde las Cruzadas que todo el mundo blanco se unió en un intento de castigar a una potencia asiática por un grave ultraje".[65]

[64] El castigo tenía que ser severo para "mantener el debido respeto por los representantes de los pueblos occidentales" en el futuro, pero sin "desmoralizar" a las autoridades estatales y, preferiblemente, exigido por ellas, con la finalidad de "mantener a China inmune a la codicia y las intrigas occidentales"; "Chinese Problem", *The Economist,* 29 de septiembre de 1900. Eso era compatible con el cambio de régimen; dejar a la emperatriz en el poder equivaldría a una "denegación de justicia […] Si la impunidad por asesinato ha de ser el primer resultado de la federación del mundo, entonces es mejor que el mundo permanezca sin estar federado"; "First Duty of Europe in China", *The Economist,* 15 de septiembre de 1900. Cuando la "justicia" se transformó en saqueo, el semanario la condenó, no movido por una "moral rígida", sino con el objetivo de "menoscabar la eficacia mediante el deterioro del carácter"; "Loot", *The Economist,* 7 de diciembre de 1901. No se dio cuenta de que, lejos de "hacer la vista gorda" ante el saqueo, los oficiales británicos lo organizaban mediante subastas diarias; James Hevia, "Looting and Its Discontents: Moral Discourse and the Plunder of Beijing, 1900-1901", en *The Boxers, China, and the World,* Robert Bickers y R. G. Tiedemann (coords.), Rowman & Littlefield, Lanham, 2007, pp. 96-97.

[65] "The Chinese Indemnity", *The Economist,* 30 de marzo de 1901. La división de China entre muchas potencias llevaría a cada cual a exigir privilegios como "fundar bancos y, sobre todo, derechos exclusivos para hacer préstamos y proteger a sus tenedores de bonos mediante la gestión europea de las finanzas garantizadas por los intereses"; "The Problem of China", "China

En todos esos casos el imperialismo británico no tuvo igual, dado que evitó la vanagloria autocongratulación de los franceses, la cambiante *Weltpolitik* de Alemania y las hipocresías de los Estados Unidos: lo que lo distinguió fue el liberalismo, su talento para promover el comercio, la inversión y la "civilización superior"; empero, conforme a finales del siglo XIX la lucha por el territorio iba alcanzando cotas al rojo vivo, oscureciendo esa misión comercial civilizadora, la crítica del imperialismo nunca encontró un lugar en *The Economist*. No podía encontrarlo, porque para el semanario bajo Johnstone ni la reproducción de la riqueza nacional ni la de la internacional era concebible fuera del marco imperial y de las invasiones, pacificaciones, ocupaciones y anexiones necesarias para construirlo, preservarlo y ampliarlo. Independientemente de que el imperialismo fuese juzgado un "impulso" o una "tensión" inherente al liberalismo o un giro en su "intrincada trayectoria", como dirían varios estudiosos, lo que está muy claro es que en la segunda mitad del siglo XIX fue de capital importancia para la corriente principal del liberalismo… de la que *The Economist* fue una expresión fidedigna.[66] El Imperio estructuró la economía mundial y la hizo segura para el capital, incluso fuera de las zonas bajo su control directo, y aunque *The Economist* enfrentó críticas de los liberales radicales contra las políticas que esa realidad gobernante lo llevó a respaldar, esas voces solamente parecieron lo suficientemente fuertes (aunque fuese de forma momentánea) como para desafiar su dominio después de 1899, cuando la segunda Guerra de los Bóeres sacudió al Imperio británico.

Mientras Pekín ardía, la Gran Bretaña enfrentó una guerra en Sudáfrica completamente por su cuenta, en lo que se convirtió en su compromiso militar más costoso desde la época de Napoleón. En esa segunda Guerra de los Bóeres no solamente su desempeño fue inestable, sino también lo fue su pretexto para la guerra, que a muchos críticos en Inglaterra y en el extranjero les pareció un complot para apoderarse de las minas de oro y diamantes de dos pequeñas repúblicas independientes de los bóeres, Transvaal y el Estado Libre de Orange.[67] *The Economist* tenía dudas sobre la razón oficial ofrecida

and the Concert of Europe" y "The Foreign Secretary on China", *The Economist,* 23 de junio de 1900, 29 de diciembre y 25 de mayo de 1901, respectivamente.

[66] Mehta, *Liberalism and Empire…*, *op. cit.*, p. 20; Karuna Mantena, *Alibis of Empire: Henry Maine and the Ends of Liberal Imperialism,* Princeton University Press, Princeton, pp. 21-55; Frederick Cooper, *Colonialism in Question: Theory, Knowledge, History*, University of California Press, Berkeley, 2005, p. 6. Para un panorama general de la literatura académica sobre el liberalismo y el imperio y, asimismo, sobre intervenciones en ellos, véase Jennifer Pitts, "Political Theory of Empire and Imperialism", *The Annual Review of Political Science,* junio de 2010, pp. 211-235, y Andrew Sartori, "The British Empire and Its Liberal Mission", *The Journal of Modern History*, vol. 78, núm. 3, septiembre de 2006, pp. 623-642.

[67] Incluso en algunos estudios recientes en los que se pone en tela de juicio ese motivo se admite que la nueva influencia económica del Transvaal (después de los hallazgos de oro en 1868)

por su antiguo colaborador, el alto comisionado Alfred Milner. En junio de 1899, en Bloemfontein, fue Milner, no los dirigentes bóeres, quien se negó a contemporizar sobre la condición legal de los expatriados británicos de Uitlander en su territorio, lo que provocó que, en un raro estallido de franqueza, el semanario calificara la cuestión de sus derechos de voto en el Transvaal como una pista falsa para distraerlos, unos "intereses monetarios emboscados detrás de un movimiento político". Cecil Rhodes, a la vez primer ministro de la vecina Colonia del Cabo británica, director de la Compañía Británica de Sudáfrica, especulador en diamantes y oro y arquitecto de la fallida Incursión de Jameson o Jameson Raid de cuatro años antes, simbolizó esa "desgraciadamente estrecha relación entre la política y los intereses capitalistas".[68] Los facilitadores de Rhodes en Londres estaban casi tan podridos como él, especialmente Joseph Chamberlain, el secretario colonial, cuyo insensato estilo perturbó la diplomacia y los mercados.[69] Sobre todo, la anexión que esos hombres impulsaron fue miope, porque, debido a que ambas repúblicas bóeres estaban rodeadas de colonias británicas e inundadas por inmigrantes británicos con capital británico, serían absorbidas por una Unión de Sudáfrica bajo el dominio de los británicos antes de que pasara una generación.[70] En principio, el semanario los recriminó: "No permitan que un imperialismo exagerado nos ponga en ridículo ante el mundo. Nuestro Imperio no se construyó de esa manera".[71]

amenazaba con atraer a otros Estados sudafricanos a él y alejarlos de la colonia británica del Cabo. En 1898 era el mayor productor de oro y representaba 27% del total mundial. La Gran Bretaña fue responsable de la mitad de los 75 millones de libras esterlinas invertidos allí en 1899 y de dos tercios de su comercio. Christopher Saunders y Iain R. Smith, "Southern Africa, 1795-1910", en *The Oxford History of the British Empire,* vol. III, Andrew Porter (coord.), Oxford University Press, Oxford, 1999, pp. 609-610.

[68] Olvidándose de sí mismo por un momento, *The Economist* deploró "el perturbador efecto revolucionario causado por el repentino aumento de un capitalismo enormemente agresivo en una comunidad hasta entonces estancada y conservadora [… y por] la evolución de gigantescos monopolios", que habían dejado "a la sociedad y a todas las instituciones […] hipnotizadas"; "England and the Transvaal", *The Economist,* 10 de junio de 1899.

[69] "Se supone que Chamberlain es partidario de lo que se llama la nueva diplomacia, la que, como el nuevo periodismo, las nuevas mujeres y muchas otras novedades, no es del todo una mejora respecto a lo anterior"; "The Transvaal and the New Diplomacy", *The Economist,* 2 de septiembre de 1899.

[70] "Así como los británicos y los holandeses se fundieron en la historia antigua de Nueva York"; "Mr. Chamberlain's Deliverance", *The Economist*, 3 de abril de 1897. El hecho de que los bóeres fuesen blancos representaba un argumento económico y cultural para no combatirlos, porque eran capaces de instituir el tipo adecuado de economía política. Los ingleses "combatirán en ocasiones contra pueblos oscuros, por motivos inciertos o mal comprendidos", por su propio bien: "Con los blancos, prefieren asegurarse de que tienen un buen motivo"; "Transvaal Negotiations", *The Economist,* 15 de julio de 1899.

[71] No era prudente relacionar "el destino del Imperio británico" con "la posibilidad de que cierto número de capitalistas y mineros que dependen del rand estén calificados para votar dentro de siete o cinco años"; "Boer and Briton", *The Economist,* 26 de agosto de 1899.

Con todo, en un santiamén, la segunda Guerra de los Bóeres demostró que no era diferente de los otros conflictos coloniales… porque *The Economist* cambió de manera abrupta de rumbo cuando Kruger, el presidente del Transvaal, dio un ultimátum a los británicos para que detuvieran su acumulación de tropas en octubre de 1899. Sin importar lo justa que fuese su causa, si los bóeres "se atreviesen alguna vez a atacar una colonia británica", el país "estaría unido en una guerra que literalmente se libraría hasta practicarle a la nación enemiga una sangría *[saigner à blanc]* agotando sus recursos. No habría lugar para negociar una solución intermedia, como en 1881; el Estado bóer desaparecería por consentimiento general".[72] De los "ganaderos del tipo más bajo" se podría haber esperado un "error tan terrible": los bóeres promedio "procedían menos juiciosamente que pueblos como los afganos"; pero sus dirigentes creían "como creen los fanáticos musulmanes" y estaban "poseídos por la idea de que los ingleses quieren sus minas… las que, podemos señalar, ya poseen los ingleses". Los bóeres pueden haber pensado como "orientales", pero contaban con ser tratados como hombres blancos en una "guerra con responsabilidad limitada […] Saben perfectamente que los ingleses no los ejecutarán ni se apoderarán de sus granjas ni los someterán a impuestos especiales".[73] Cuando todo eso resultó falso y surgieron las revelaciones sobre el uso de los campos de concentración, *The Economist* guardó silencio. A partir de entonces, las críticas se limitaron a los llamados por más y mejores armas, más transporte a mayor velocidad y un ejército permanente más numeroso y mejor pagado.[74]

Unidad imperial y escisiones liberales

Johnstone presidió una escena política menos predecible que los anteriores editores, porque las viejas disputas sobre el imperio entre *The Economist* y sus antiguos patrocinadores, Cobden y Bright, se apoderaron de manera re-

[72] "The Transvaal Issue", *The Economist,* 7 de octubre de 1899. En lugar de tres meses, la guerra se prolongó casi tres años, costó 230 millones de libras esterlinas y requirió 450 000 tropas británicas e imperiales; murieron aproximadamente 22 000 soldados del lado británico y 34 000 soldados y civiles bóer, y "no menos de" 14 000 africanos; Saunders y Smith, "Southern Africa", pp. 609-610.

[73] "Motives of the Boers", *The Economist,* 14 de octubre de 1899.

[74] "Some Reflections on the War", "The Military Proposals" y "The Elections", *The Economist,* 16 de diciembre de 1899, 17 de febrero y 22 de septiembre de 1900, respectivamente. Las críticas de los liberales en la oposición no fueron bien recibidas: "Es el momento de los generales, no de los políticos"; "Political Opinion and the War", *The Economist,* 23 de diciembre de 1899. Véase un informe contemporáneo sobre los campos de concentración —institución y término inventados por el general español Valeriano Weyler en Cuba entre 1896 y 1898 y adoptado sin solución de continuidad por los británicos en 1900—; véase Emily Hobhouse, *Report of a Visit to the Camps of Women and Children in the Cape and the Orange River Colonies,* Friars Printing, Londres, 1901.

pentina de todo el Partido Liberal; la sucesión de guerras coloniales lejanas, unida al hirviente nacionalismo en Irlanda, desembocó en una crisis en toda regla. El semanario se mantuvo militantemente hostil a cualquier atisbo de "pacifismo radical" y cualesquiera liberales que defendiesen tales puntos de vista en el Parlamento. *Sir* Wilfrid Lawson, el parlamentario de la campaña en pro de la templanza, y un "pequeño grupo" de "liberales avanzados", eran imperdonables en su oposición "ciega" y "maliciosa" a la captura de Egipto llevada a cabo por Gladstone en 1882-1883.[75] Bright fue despedido por "denunciar nuestra injerencia" en Birmania en 1885, porque simplemente estaba dando rienda suelta a "su dogma favorito sobre la criminalidad esencial de la guerra".[76] De manera admirable, John Morley, que casi se había convertido en editor de *The Economist,* era partidario de Cobden en lo que respectaba al libre comercio, pero llevó la semejanza demasiado lejos, haciendo preguntas "tontas" e "ilógicas" sobre las tácticas británicas de tierra quemada en el Sudán.[77]

Las críticas al imperio que no habían tenido mucho impacto en el pasado parecían ahora estar ganando terreno en el Partido Liberal y poniendo a prueba su unidad; tanto así que, cuando el propio Gladstone anunció una tardía conversión a la autonomía para Irlanda en 1885, el partido sufrió una conmoción: cerca de un centenar de sus parlamentarios formó una facción unionista disidente. En esa crisis *The Economist* sabía de qué lado estaba, y lo manifestó sin dudarlo: casi de la noche a la mañana, Gladstone pasó de ser un gran héroe liberal a un demagogo envejecido que iba arrastrando a su partido y a su país a un sumidero. Los liberales que lo apoyaban respecto al gobierno autónomo habían establecido una "alianza fanática" con los parlamentarios irlandeses nacionalistas que apoyaban a Parnell y fomentaban "una guerra contra todo pago de alquiler en Irlanda", los "cimientos mismos del contrato", para "entregar a ese infeliz país a la lucha de las facciones rivales, al amargo juego de las animosidades religiosas y al conflicto más agudo de los odios de clase".[78] Para 1893, la división entre los unionistas liberales y

[75] El semanario derramó mucha tinta para desaprobar el reclamo que sonaba a liberal de Lawson en el sentido de que "si toda nación tiene derecho a regular sus propios asuntos internos" eso incluía a Egipto; "The Situation in Egypt", *The Economist, op. cit*.

[76] "Bright on the Probable War with Burmah", *The Economist, op. cit*.

[77] "The Soudan Expedition", *The Economist,* 6 de junio de 1896. La lealtad de John Morley a Gladstone por lo que respecta a la Liga de Autogobierno *[Home Rule]* también le costó caro: habiendo sido anteriormente un editor "de visión clara" y "un analista juicioso del *Fortnightly Review,* dotado de un talento genuino para hablar abiertamente", ahora era "un escritor mercenario a las órdenes de un partido". "Mr. Morley and the Gladstonian Muzzle", *The Economist,* 1º de febrero de 1890.

[78] Véase el espectacular cambio de opinión antes y después de su conversión al autogobierno en "Mr. Gladstone's Letter", "Mr. Gladstone's Scheme", "Mr. Chamberlain's Position", "Immediate Result of the Election" y "Government and the Liberal Unionists", *The Economist,* 4 de julio de 1885, 10 de abril, 12 y 26 de junio y 31 de julio de 1886, respectivamente.

los liberales era tan severa que *The Economist* dejó de llamar a la reconciliación entre ellos: los unionistas necesitaban poner toda su fuerza detrás de los conservadores para detener el segundo Proyecto de Ley de Autonomía de Gladstone, un "paso hacia la desintegración" del Imperio, detenido en esa ocasión solamente gracias a la misericordiosa intervención de la Cámara de los Lores.[79]

Wilson y Bagehot, los primeros editores de *The Economist,* habían sido pilares del Partido Liberal, siendo ambos íntimos de Gladstone, mientras que, ya bajo Johnstone, *The Economist* expresó su liberalismo desde la distancia, conforme el semanario pasaba a apoyar a los conservadores, quienes pronto absorbieron a los unionistas liberales (estos últimos aceptaron eliminar el adjetivo *liberal* en 1890) y gobernaron la Gran Bretaña con breves interrupciones durante los 20 años siguientes.

Disraeli dimitió en 1880 y, un año después, cuando murió, fue recordado por *The Economist* con cariño —para sorpresa de todos, porque el semanario se había "resistido a la mitad de sus propuestas"—, en virtud de que tenía una mente aguda, "se abrió camino en medio de grandes desventajas hasta la cima" y les mostró al país y a los liberales (con su "tendencia a olvidar la importancia de la fuerza en los asuntos humanos") que "una pequeña nación que gobierna un gran Imperio debe hacer sacrificios" y, "ocasionalmente, actuar de modo despótico".[80] Salisbury, el estadista conservador más poderoso del último tercio del siglo XIX, disfrutó una prensa aún mejor, al menos en su tercer periodo como primer ministro, porque el semanario adquirió el gusto por ese "hombre extrañamente sardónico". El marqués se había enfrentado a Alemania en Sudáfrica, a Francia en Egipto y a toda Europa por Creta, y se había aferrado a sus aliados unionistas liberales en la cuestión del gobierno autónomo irlandés, haciendo olvidar su anterior reputación de debilidad… a la vez que se resistía a las "aventuras imprudentes".[81] Al principio, su sobrino y protegido parecía hacer un contraste decepcionante con él: Arthur Balfour, que se convirtió en primer ministro en 1902, poseía la altanería y el "escaso

[79] Véanse, en *The Economist,* los siguientes artículos: "Round Table Conference", 8 de enero de 1887; "Shifting of Parties", 18 de junio de 1887; "Mr. Gladstone's Disclosure", 2 de julio de 1892; "Justification of the Unionists", 18 de febrero de 1893; "Home Rule and Experience of History", 25 de febrero de 1893; "Imperial Federation and Home Rule", 15 de abril de 1893, y "Second Reading", 21 de abril de 1893. "La Cámara de los Lores no perderá ni un ápice de popularidad al rechazar esa medida mal considerada y ominosa": "Third Reading", 2 de septiembre de 1893, y "Mr. Gladstone and the Lords", 16 de septiembre de 1893. Asimismo, véase la cronología propuesta por John D. Fair, "From Liberal to Conservative: The Flight of the Liberal Unionists after 1886", *Victorian Studies*, vol. 29, núm. 2, invierno de 1986, pp. 294-314, y Thomas W. Heyck, "Home Rule, Radicalism, and the Liberal Party, 1886-1895", *Journal of British Studies,* vol. 13, núm. 2, mayo de 1974, pp. 66-91.

[80] "Lord Beaconsfield", *The Economist,* 23 de abril de 1881.

[81] "Lord Salisbury" y "The Old Ministry and the New", *The Economist,* 29 de julio de 1899 y 19 de julio de 1902, respectivamente.

respeto por el gobierno popular" de su tío, sin tener los instintos políticos ni los conocimientos de economía de éste.[82]

Los políticos liberales de la época enfrentaron críticas mucho más duras, en parte porque *The Economist* dudaba de su dominio sobre el partido, toda vez que la escisión de 1886 no había puesto fin de ninguna manera a la discusión sobre la política imperial fuera de Irlanda. El semanario respaldó la conjunción de los unionistas y los conservadores en 1886, 1892, 1895 y 1900; en la última, una "elección caqui" o influida por los militares durante la segunda Guerra de los Bóeres, le pareció que la oposición liberal oficial había lucido una "triste figura": "dividida incurablemente por el desagrado personal, con unos seguidores que en realidad forman dos, si no tres partidos sobre la cuestión ingente del imperialismo".[83] Henry Campbell-Bannerman, el dirigente de los liberales, "no era obviamente el hombre para regir sobre esa situación particular": su infame discurso de 1901, en el que denunció los incendios de granjas y las redadas en campos de concentración infligidas a los civiles bóeres como "unos métodos de barbarie", lo convirtió en un paria en *The Economist*. Éste elogió a los imperialistas liberales que desafiaron su liderazgo conminándolo a salir de la Cámara de los Comunes antes que apoyar una moción radical que condenase esos campos. Su líder parlamentario, el erudito *lord* Rosebery, que se dedicaba a las carreras de caballos, era muy superior… pero, por razones que el semanario no podía comprender, se negó a hacerle frente seriamente a Campbell-Bannerman por el control del partido.[84]

No fue hasta 1906 cuando el semanario rompió con los unionistas y los conservadores, y, por cierto, no lo hizo sino a regañadientes, en el último minuto, viéndose obligado a ello únicamente cuando Joseph Chamberlain, el dirigente de los primeros, obligó a los segundos, dirigidos por Arthur Balfour, a adoptar una "reforma arancelaria" como precio de un pacto electoral entre ellos. Ese desvío del libre comercio hacia la protección resultó ser tan suicida en las siguientes elecciones generales como lo predijo *The Economist;* no obstante, el hecho notable fue que, en vísperas del mayor triunfo

[82] "Mr. Balfour's Aims" y "Mr. Balfour", *The Economist,* 21 de noviembre y 26 de diciembre de 1903. Antes de su cargo de primer ministro, Balfour había sido un "firme e imperturbable" secretario en jefe de Irlanda de 1887 a 1891, en especial después de la Masacre de Mitchelstown, que le valió el apodo de *Balfour el Sangriento*; "The New Irish Demand" y "The Session", *The Economist,* 17 de septiembre de 1887.

[83] "The Elections", *op. cit*.

[84] El arrebato de Campbell-Bannerman al tildar de "métodos de barbarie" los empleados en la Guerra de los bóeres no era "apropiado de un político de su posición"; "Real Reason for Keeping Present Government", *The Economist,* 30 de noviembre de 1901. Si *lord* Rosebery "deja de lado o triunfa sobre las influencias", que, según el semanario, habían "servido para paralizarlo como una fuerza política eficaz, no se puede poner límite fácilmente a la función que todavía puede desempeñar"; "Two Conceptions of Empire", *The Economist,* 17 de octubre de 1903. *Lord* Rosebery representaba un término medio entre el "imperialismo demente" de Chamberlain —especialmente después de que se manifestó por la preferencia imperial en 1903— y el pacifismo idealista que persistía entre los liberales avanzados.

electoral del liberalismo, cuando ganó 400 de los 670 escaños de la Cámara de los Comunes, el semanario no lo aprobó. Los conservadores, bajo el "engaño" de Chamberlain de que el Imperio podía estar sujeto a aranceles recíprocos, ya no eran dignos de confianza en lo concerniente al libre comercio; aunque firmes en lo que respecta al comercio, los liberales parecían carecer ya del valor para defender al Imperio, más evidente y alarmantemente en Irlanda.[85] En lo que respecta al semanario, la elección de 1906 fue una elección entre dos opciones indeseables.

Asquith, Irlanda y el nuevo radicalismo

De manera paradójica, uno de los editores responsables de haber llevado a *The Economist* a ese *impasse* acababa de asumir un alto cargo en el nuevo gobierno liberal. Herbert Henry Asquith, como ministro del Tesoro y, posteriormente, como primer ministro a partir de 1908, encabezaría al partido durante las batallas legislativas que definieron al nuevo liberalismo en el poder. Asquith había comenzado a escribir al menos un editorial por semana para *The Economist* en 1880, siendo un joven abogado que necesitaba dinero extra. Consiguió el trabajo, que pagaba 150 libras esterlinas al año, por medio del viejo amigo y coeditor de Bagehot, Richard Hutton, para quien Asquith también escribía en el periódico diario *The Spectator*. Antes de cruzar por primera vez Strand Sreet para llegar a las oficinas de *The Economist,* Asquith ya era muy elocuente hablando sobre los temas clásicos —como "El arte de Tácito", por ejemplo, o "La era de Demóstenes"—, así como sobre temas contemporáneos, como el comercio justo, la reforma agraria e Irlanda.[86] Ya en *The Economist,* expuso en ese escenario sus ideas sobre el futuro del liberalismo bajo el título de "Nuevo radicalismo", con el propósito de evitar el cisma mismo que precipitó su propia salida tanto de *The Spectator* como de *The Economist* en 1885.

Asquith argumentó que un liberalismo adecuado para los tiempos aceptaría de buen grado algunas demandas sociales progresistas sin poner en pe-

[85] "Unionist Service to Home Rule", *The Economist,* 13 de enero de 1906. Una vez que se conoció la envergadura de la victoria del Partido Liberal, el semanario les aconsejó a los unionistas que abandonaran a Chamberlain y la reforma arancelaria sin demora y se unieran en apoyo de Balfour —ya entonces "uno de los mejores intelectos aplicados a la política moderna"—, para dirigir una oposición eficaz. Esperaba que "los liberales de la City" vieran con elegancia que Balfour había vuelto "de inmediato"; "General Reflections", *The Economist,* 27 de enero de 1906.

[86] Roy Jenkins, *Asquith,* Collins, Londres, 1964, pp. 32-33; John A. Spender y Cyril Asquith, *Life of Herbert Henry Asquith, Lord Oxford and Asquith*, vol. I, Hutchinson & Co., Londres, 1932, pp. 45-46. Algunos artículos, como "The English Extreme Left", publicado en *The Spectator* el 12 de agosto de 1876, hicieron que Asquith fuese adecuado para *The Economist;* véase H. C. G. Matthew, "Asquith, Herbert Henry (1852-1928)", en *ODNB*.

ligro el libre comercio internacional, al mismo tiempo que desterraría toda oposición concertada a las intervenciones en el extranjero, debido a que era tan irreal como impopular. En primer lugar, la idea era revisar el estricto mandato del *laissez-faire* que *The Economist* había impuesto bajo Wilson: "que el deber del Estado comienza y termina con la protección de la vida y la propiedad y la ejecución de los contratos".[87] Para Asquith, recién llegado de Balliol College, en Oxford, donde el filósofo idealista T. H. Green era tutor y donde el crítico de arte John Ruskin había hecho que los estudiantes participasen en experimentos sociales como excavar caminos, eso sonaba pasado de moda. Ese aspecto fue puesto de relieve en esa época por las reuniones de Asquith con Herbert Spencer, antiguo editor asistente de Wilson en *The Economist*. Spencer todavía estaba escribiendo ensayos, recordaba Asquith, "con títulos como 'La esclavitud venidera' y 'La gran superstición política', en los que atacaba, con todo el fervor de un individualista intransigente, al Partido Liberal por haber abjurado de su fe en la libertad personal".[88]

En las sociedades industriales avanzadas, el Estado era el que tenía ahora una responsabilidad positiva, respondió Asquith en sus artículos de *The Economist*, "hasta cierto grado indefinido, en lo referente a la distribución de la comodidad y el bienestar social". Los viejos radicales como Mill, Macaulay, Bright, Cobden y Wilson fueron, en cierto modo, responsables de ese giro en redondo: después de su victoria en la "cruzada contra las locuras del gobierno paterno" a mediados del siglo, la subsiguiente "generación de perfecta libertad industrial" había estimulado nuevas necesidades y nuevos males a finales del siglo. La educación gratuita, el saneamiento, los sindicatos apolíticos y observadores de buenos modales: en la medida en que era posible llevar éstos a la realidad, tenía que hacerse mediante la "acción directa del Estado únicamente".[89] Ese prospecto "asquithiano" incluía un derecho al voto más amplio y cierta redistribución de escaños del campo a la ciudad. Después de todo, los Proyectos de Ley de Reforma de 1884 y 1885 estaban lejos de los terremotos populistas que Bagehot había temido en 1864: incluso después de su aprobación, al menos 4.5 millones de hombres adultos todavía no podían votar, en lo que seguía siendo un sistema de derecho al voto dependiente de la propiedad, no un derecho universal. Asquith argumentaba

[87] "The New Radicalism", *The Economist,* 20 de enero de 1883.

[88] Asquith ayudó a Spencer a compilar material para un libro sobre la "filosofía sintética" de las instituciones políticas inglesas. Le pareció que el "viejo filósofo" era más bien absurdo, pero añadió: "No corresponde a los desempleados ser demasiado fastidiosos al respecto". Para Spencer, el liberalismo se había vuelto "más coercitivo en su legislación" a medida que "adquiría más poder". Asquith preguntó: "¿Qué habría dicho si hubiese vivido para ver a un gobierno liberal introducir las pensiones de vejez y el seguro nacional?"; Herbert Henry Asquith, *Memories and Reflections, 1852-1927,* vol. I, Little, Brown, Boston, 1928, pp. 49-52.

[89] En la medida en que una gran parte de la acción del Estado se transfiriera a la escala municipal, de acuerdo con los parámetros defendidos por Chamberlain en Birmingham, añadió el semanario, en una salvedad significativa; "The New Radicalism", *The Economist, op. cit*.

que la democracia podría actuar como una protección contra el desorden, pero eso se debió a que todavía entendía la democracia en un sentido muy limitado: "El sufragio universal, que tanto encadena a los políticos continentales, afecta poco a los ingleses".[90]

Por otra parte, el nuevo radicalismo estaba destinado a cortar de una vez por todas la relación entre el libre comercio y la paz planteada por la "Escuela de Política Exterior de Mánchester". La abolición de la guerra no estaba en juego; asegurar flujos ininterrumpidos de capital, bienes y personas dentro de los imperios y entre ellos realmente requería tales "demostraciones de fuerza". Por fortuna, habiendo tomado el pulso con precisión a los "nuevos distritos electorales" creados por los últimos proyectos de ley de reforma, "obviamente los radicales más jóvenes se muestran opuestos a la idea de la no intervención". La opinión popular no solamente comprendía lo importante que era asegurar la ruta a la India: "No muestra ninguna preocupación por reducir los números del ejército; no se opone a las medidas fuertes, como el envío de una flota a Esmirna, para asegurar la rendición de Tesalia a los griegos, y, en las recientes dificultades egipcias, el país en general se ha mostrado favorable a emprender acciones autoritarias".[91]

Irlanda fue el eje sobre el que giraron ambos lados de ese realineamiento del nuevo radicalismo: reforma social en el país y unidad imperial en el exterior; así pues, tanto para *The Economist* como para el liberalismo fue significativo el que Asquith se exasperara tanto con el lugar, respaldando una ola de represión que impuso el tono en el semanario hasta mucho después de su partida. La Liga Agraria Nacional Irlandesa [Irish National Land League], que comenzó a alentar a los irlandeses a la desobediencia económica en 1880, convocando huelgas de alquileres, boicots y retiros bancarios, fue objeto de su odio especial: para erradicar a esos "terroristas" que se hacían pasar por "benefactores públicos", responsables de todo tipo de "atropellos agrarios", ninguna medida era demasiado dura: suspensión indefinida del *habeas corpus* y de los juicios con jurado, toques de queda, patrullas policiales y militares las 24 horas del día, deportaciones, castigo colectivo, etcétera. "Tampoco sentimos mucha simpatía por el constitucionalismo, más bien pedante", de aquellos liberales que objetaron los resultados: aproximadamente

[90] "The Passing of the Franchise Bill", "The Folly of the Peers" y "The Compromise", *The Economist*, 21 de junio, 12 de julio y 22 de noviembre de 1884, respectivamente. El semanario había estimado que dos millones más de varones (es decir, cinco de siete millones) "capaces de tomar las armas serán votantes"; "A Retrospect", *The Economist,* 27 de diciembre de 1884. En lo tocante a la reevaluación del alcance de la democracia antes de 1918, véase H. C. G. Matthew, R. I. McKibbin y J. A. Kay, "The Franchise Factor in the Rise of the Labour Party", *English Historical Review,* vol. 91, núm. 361, octubre de 1976, pp. 724 y 726.

[91] La escuela de Mánchester tenía poco que mostrar en lo relativo a la paz… con la excepción parcial de los Estados Unidos y Francia, donde un comercio más liberal había llevado al establecimiento de mejores relaciones; "The Change in Radicalism", *The Economist,* 1º de marzo de 1884.

600 irlandeses en la cárcel sin juicio en 1882, incluido Charles Parnell, dirigente del movimiento Gobierno Nacional Irlandés en el Parlamento.[92]

Asquith aceptaba que "pacificar" a Irlanda dependía de solucionar la cuestión agraria mediante la creación de más "propietarios campesinos"; pero condenó los planes para establecer una clase de ese tipo sin compensar por completo a los propietarios del momento de la tierra como "un robo sin rubor" (el hecho de que los campesinos irlandeses también hubiesen sido despojados en el pasado era una mera nota a pie).[93] Los ingleses deberían ser generosos con los irlandeses, no como compensación por ningún error histórico —no había habido ninguno—, sino porque, en un futuro próximo, los primeros podrían "tener que elegir entre mantener Irlanda como mantienen la India o dejarla ir por completo". Para alejar la "democracia inglesa" de ese precipicio, "deseamos que las clases trabajadoras sientan que tienen un derecho justo a la gratitud irlandesa", que era "la mejor garantía obtenible de que, si acaso llegare el momento de tomar la decisión, insistirían en que tres reinos no se reducirán a dos".[94] Conforme a esa visión, los trabajadores recién registrados como electores se convertirían en aliados en la causa de la unidad imperial y en opositores del autogobierno irlandés.

Después de Asquith el lenguaje fue menos decoroso, pero su sentido fue similar:[95] de 1889 a 1898, John St. Loe Strachey escribió los editoriales de

[92] Asombrosamente, Ruth Dudley Edwards escribió acerca de Asquith que "el tema de las libertades civiles le preocupaba de manera profunda", y que apoyó "la renovación de la Ley de Coerción sólo como un lamentable expediente temporal" y "buscó y examinó opciones"; Edwards, *The Pursuit of Reason…*, *op. cit.*, pp. 349-351. Asquith había escrito que "la coerción debería ser mucho más estricta"; "Irish Protection Bill", "Chamberlain on the Irish Agitation" y "Substitutes for Coercion", *The Economist,* 29 de enero y 31 de diciembre de 1881 y 8 de abril de 1882, respectivamente.

[93] "El granjero arrendatario irlandés no es víctima de injusticias o delitos" y la ley le era más favorable que en Inglaterra, Escocia o Francia. "En ocasiones, se argumenta que la actual generación de terratenientes irlandeses puede ser justamente obligada a sufrir por los pecados, reales o supuestos, de alguna generación anterior de terratenientes irlandeses, que, de hecho, se puede robar a los terratenientes de hoy, si resulta conveniente, porque antes, digamos, en la época de Cromwell, se robó a los inquilinos irlandeses." Ningún gobierno inglés actuaría jamás de conformidad con ese principio. "Si la posesión de la tierra durante dos siglos y su transmisión pacífica de padre a hijo, o de vendedor a comprador, no confieren el título indispensable, no se puede aceptar tal cosa"; "Notes on the Irish Land Question", *The Economist,* 19 de marzo de 1881. La propuesta de la Liga Agraria de inducir "una ola de retiros del Banco de Irlanda", una avalancha de cambio de la moneda por oro en el "banco del enemigo", se basó en un argumento igualmente carente de sentido de que "el capital de 3 000 000 de libras esterlinas del banco 'era prestado', es decir, había sido tomado por el gobierno británico durante la guerra con la República francesa"; "Bank of Ireland and the Land League", *The Economist,* 22 de octubre de 1881.

[94] "More Notes on the Irish Land Question", *The Economist,* 26 de marzo de 1881.

[95] Después de la masacre de Mitchelstown —cuando la policía disparó contra una reunión pública de nacionalistas irlandeses—, *The Economist* escribió que una sociedad compleja "debe ser controlada por leyes, y, si han de existir las leyes, quienes las infrinjan, ya sea por impago de deudas o al reunirse en desafío de ellas o por incitar al crimen, deben ser reducidos a la obediencia mediante el sufrimiento de dolor. Se deben cobrar las deudas, aun cuando los deudores

The Economist sobre ese y otros temas políticos… en su calidad de "imperialista democrático" acérrimo que renunció al Partido Liberal en 1886 en oposición al autogobierno, lo que lo puso "totalmente de acuerdo" con Johnstone, a pesar de que este último fuese un poco "menos fuertemente unionista". Para explicar cómo se sentía sobre el "carácter sagrado" del Imperio y su "incomparable servicio a la humanidad" para "mantener un gobierno estable" en la India y África, Strachey relató una tormentosa reunión con Cecil Rhodes, el inescrupuloso magnate de los minerales y político, en un hotel de la cadena Mayfair. Strachey reprendió a Rhodes por haberles dado 10 000 libras esterlinas a los nacionalistas irlandeses de Charles Parnell con el fin de asegurar un privilegio para su South Africa Company en la Cámara de los Comunes: "Yo era un imperialista, señalé", mientras que Rhodes había dado "dinero a los enemigos irlandeses de la Gran Bretaña y el Imperio, y eso nunca podría perdonarlo. 'Los partidarios de Parnell estaban involucrados en un complot para arruinar al Imperio británico. Usted lo sabía y, sin embargo, los ayudó. Les preparó los medios para armar y fortalecer a sus conspiradores y asesinos'".[96] *The Economist,* en cambio, era *sinceramente* imperialista.

El porqué del rompimiento de Asquith con *The Economist* y *The Spectator* en 1885, un año antes de presentarse como candidato por el Partido Liberal al Parlamento, sigue siendo un enigma, dado que su posición respecto a Irlanda era prácticamente indistinguible de la de Strachey, quien lo reemplazó en ambas publicaciones. Fue Joseph Chamberlain, el dirigente unionista, quien mostró la dureza ejemplar que Asquith vio como la senda al éxito electoral del liberalismo en el decenio de 1880.[97] Un historiador sugiere que la disciplina partidaria, que Asquith defendió en *The Spectator,* era la que dictaba sus acciones.[98] Si así era, su trabajo para *The Economist* y el largo exilio de su partido del gobierno después de él ayudan a explicar por qué no tenía prisa por llevar el autogobierno al estrado en las elecciones de 1906. Para entonces *The Economist* ya se había metido en un callejón sin salida, al menos en función de los partidos políticos, en virtud de que la protección era al

morosos pierdan su hogar, como hacen todos los que quiebran en Inglaterra. Cuando las reuniones sediciosas son muy numerosas se debe dispersarlas, aun cuando sea necesario utilizar soldados o arrebatar las vidas expuestas al peligro mediante una descarga contra una turbamulta"; "The New Liberal Lever", *The Economist,* 1º de octubre de 1887.

[96] En su calidad de editor y propietario de *The Spectator* después de 1898, Strachey rompió más tarde también con los unionistas a causa de la Reforma Arancelaria, que podría ser aceptable por razones de "seguridad nacional", pero nunca por razones económicas; John St. Loe Strachey, *The Adventure of Living*, *op. cit*., pp. 9-10, 179, 298-299 y 307-308.

[97] "Si, en tales circunstancias, el recurso a la fuerza es incompatible con los principios del liberalismo, no hay, como lo señala el señor Chamberlain, escapatoria a la conclusión de que 'el liberalismo no puede defender la libertad que tiene por objeto establecer, y es impotente para proteger a la mayoría en contra de la anarquía y el desorden fomentados por una minoría irreconciliable'"; "Mr. Chamberlain on the Irish Agitation", *op. cit*.

[98] H. C. G. Matthew, *The Liberal Imperialists: Ideas and Politics of a Post-Gladstonian Elite,* Oxford University Press, Oxford, 1973, p. 143.

menos una amenaza tan grande para su clase de liberalismo como las oscuras perspectivas de la transferencia del gobierno a Irlanda. Cuando Johnstone sufrió un derrame cerebral en 1907, los fideicomisarios de *The Economist* lo reemplazaron con un joven editor del que creían que podría redirigir al periódico hacia el triunfante nuevo liberalismo; pero eligieron precisamente al tipo de liberal que nunca había seguido a Asquith en su renuncia a la "Escuela de Política Exterior de Mánchester". La cuestión del imperio no era un "volcán apagado": después de siete años de la dirección editorial de Francis Hirst, entraría en erupción con la fuerza suficiente para hacer que el Partido Liberal casi se extinguiera.

IV. EL LIBERALISMO ARROLLADOR: LA REFORMA SOCIAL Y LA GUERRA

De las tres aplastantes victorias en las elecciones generales que transfiguraron la política británica del siglo xx, la de 1906 sigue siendo la más extraordinaria en muchos sentidos. El Partido Liberal había probado el cargo únicamente durante tres de los últimos 19 años, mientras que la rivalidad en su seno entre los imperialistas —agrupados en torno a la Liga Liberal— y los radicales —unidos en la Federación Liberal— hizo que mejorar ese récord pareciera igual de remoto. La confusión de los liberales en torno a la segunda Guerra de los Bóeres fue tal que, seis años antes, no habían podido disputar casi una cuarta parte de los escaños.[1] Arthur Balfour, el primer ministro conservador, dimitió en diciembre de 1905, con la esperanza de que la contienda paralizara a Henry Campbell-Bannerman, su opositor "pro bóer", lo que llevaría a los liberales a sufrir otra paliza electoral. Los imperialistas liberales en realidad trataron de desplazar a Campbell-Bannerman, pero, al no lograrlo, accedieron con rapidez a servir bajo su mando en el Ministerio de Asuntos Exteriores, el Ministerio de Guerra y el Tesoro;[2] mantuvieron a raya las luchas internas, incluso en lo tocante al gobierno autónomo irlandés, una cuestión sobre la que los liberales habían aprendido a mostrarse vagos.

Los conservadores fueron parcialmente responsables de esa asombrosa demostración de unidad: los votantes exhibieron signos de fatiga con ellos, en especial después de una serie de medidas impopulares, desde las leyes de educación y de concesión de licencias, que enfurecieron a los disidentes religiosos, hasta la llegada de 50 000 trabajadores chinos a Sudáfrica durante el periodo subsiguiente a la Guerra de los Bóeres —un plan del gobierno para reducir el costo de la mano de obra en las minas, lo que enardeció la opinión

[1] Es decir, 145 escaños; H. V. Emy, *Liberals, Radicals and Social Politics, 1892-1914,* Cambridge University Press, Cambridge, 1973, p. 85.

[2] En 1905 Campbell-Bannerman mantuvo a raya a Herbert Henry Asquith, a Richard Haldane y a Edward Grey, el triunvirato liberal imperialista encabezado por el errático conde de Rosebery, el antiguo primer ministro que argumentó que los liberales necesitaban ser unos patriotas tan militantes en política exterior y colonial como los conservadores; el "Relugas Compact" o "Pacto de Relugas" de los liberales tenía la intención de obligar a Campbell-Bannerman a ingresar a la Cámara de los Lores; Matthew, *The Liberal Imperialists…, op. cit.*, pp. 110-119, y Peter Rowland, *The Last Liberal Governments, 1905-1910,* Macmillan, Nueva York, 1969, pp. 9-18.

de la clase trabajadora—;[3] aun así, quien dio forma y color a las elecciones, convirtiéndolas en un referéndum sobre el libre comercio, fue Joseph Chamberlain, el político disidente, que en su juventud había sido un alcalde radical de Birmingham, donde era dueño de una fábrica de tornillos, y posteriormente salió corriendo del Partido Liberal a causa de Irlanda y se convirtió en un unionista liberal. En 1903 se deshizo de sus aliados conservadores al renunciar como secretario colonial para presentar su propuesta en favor de la reforma arancelaria directamente al pueblo británico: sugirió fijar sobre los alimentos importados unos aranceles que darían preferencia a las colonias, con el propósito de vincularlas más estrechamente a la Gran Bretaña, al mismo tiempo que se protegería a la industria británica de los rivales extranjeros. Balfour dimitió a finales de 1905, cuando quedó claro que Chamberlain, que encabezaba al grupo más numeroso de parlamentarios unionistas, le retiraría su apoyo, a menos que el gobierno "echara toda la carne en el asador" para la reforma arancelaria.[4]

Ése fue un regalo de Navidad para los liberales, que se unieron en torno a la bandera del libre comercio, asociada con las heroicas luchas contra la Ley del Maíz a partir de las cuales se forjó su partido. Fue el turno de los *tories* de desmoronarse: nueve unionistas desertaron, Winston Churchill entre ellos, y 97 escaños quedaron sin oposición. En unas elecciones que enfrentaron canciones de "La reforma arancelaria significa trabajo para todos" con gritos de que lo que realmente implicaba era "andar de ociosos perdiendo el tiempo", estos últimos se impusieron. En ese caso, Herbert Henry Asquith, ampliamente considerado como el mejor orador favorable al libre comercio, fue quien encabezó la carga… algo por completo apropiado para el antiguo editor político de *The Economist*. Los conservadores perdieron más de la mitad de sus escaños con un viraje de 10.6%, mientras que los liberales obtuvieron avances en casi todas partes —incluso en zonas anteriormente hostiles de Lancashire y Londres— y obtuvieron 224 escaños más desde las elecciones "caqui" o influidas por los militares de 1900 —cuando en realidad se creía que ya se había ganado la segunda Guerra Bóer—, por lo que disfrutaron una mayoría absoluta de 130 escaños y, con sus aliados los nacionalistas irlandeses y los laboristas, la mayoría aumentó a 356 escaños, el margen más amplio desde 1832.[5]

[3] Los aranceles sobre el azúcar, el carbón y el maíz, reintroducidos con el propósito de ayudar a financiar la segunda Guerra Bóer, también fueron impopulares; Howe, *Free Trade and Liberal England…*, *op. cit.*, pp. 225-226.

[4] Balfour y sus "granjeros" avanzaron la mitad de camino y respaldaron unos aranceles como represalia. Las escenas que Bagehot había recordado del decenio de 1840 —cuando "unas emocionadas masas de hombres y mujeres escuchaban atentas las palabras de alguien que hablaba de economía política"— habían vuelto, pero en condiciones en las que el liderazgo industrial británico parecía menos seguro; Bagehot, "Mr. Cobden", en *CW*, vol. III, pp. 223-224.

[5] A. K. Russell, *Liberal Landslide: The General Election of 1906*, David & Charles/Archon, Newton Abbott/Hamden, Conn., 1973, pp. 69, 107-108 y 160-164.

Ahora bien, la arrolladora victoria de 1906 tuvo sus orígenes en algo más que una defensa negativa del libre comercio. Los liberales adoptaron medidas activas para lograr su histórica victoria, como lo demuestra la expectativa generalizada de que estaba a punto de marcar el comienzo de una nueva era de reformas sociales; aunque el sufragio siguió siendo profundamente antidemocrático hasta 1918 en la Gran Bretaña —con cuatro millones y medio de hombres de las clases más bajas que no podían votar y aproximadamente unos 500 000 o más votos plurales para los propietarios de los distritos y los condados y la exclusión de las mujeres—, después de 1885-1886 cerca de la mitad del electorado era de la clase trabajadora.[6] A principios del nuevo siglo, el creciente movimiento sindical estaba tratando de organizar a la clase trabajadora como una fuerza política independiente… un avance que los liberales observaron con atención y al que trataron de cortarle el paso. En 1903 el partido firmó un acuerdo secreto con el Comité de Representación Laborista que liberaba a este último para participar más tarde en 30 a 40 elecciones sin oposición, a cambio de sus fondos para las campañas de guerra y su apoyo urbano. Los laboristas esperaban una reforma como parte de ese acuerdo: dos tercios de los candidatos liberales hicieron un llamamiento a restablecer la inmunidad legal a los sindicatos (anulada en 1901 durante el caso Taff Vale), establecer las pensiones de vejez y más.[7] Internamente, esos compromisos de bienestar social obligaban a imperialistas y radicales por igual, a pesar de que los primeros pusieron el acento en la "eficacia" y en la reproducción de una raza imperial fuerte.[8] Chamberlain también buscaba el apoyo de la clase trabajadora, presionando a los liberales desde la derecha y argumentando que, además de mitigar el desempleo, los aranceles generarían efectivo para gastar en los programas sociales: un problema que los liberales tendrían que enfrentar *sin tocar* el libre comercio.[9]

[6] El "derecho al voto, parte de la franquicia, representaba una teoría de la propiedad, antes bien que de los derechos individuales", y se extendía desde un "distrito elegante" hasta "un derecho al voto más amplio para hogares, ocupaciones e inquilinos"; se excluían las casas y habitaciones de múltiples ocupantes, los inquilinos, las mudanzas recientes, la mayoría de los soldados, marinos y marineros y todos los beneficiarios de la ayuda a los pobres. Hasta 1918, el 11% superior tenía un "poder de voto" mucho mayor que el 89% inferior; *ibid*., pp. 15-21. Russell estima que los trabajadores ya constituían hasta dos tercios del electorado, aunque quizás era el 60%, según Matthew, McKibbin y Kay, "The Franchise Factor in the Rise…", *op. cit.*, pp. 733-735.

[7] El Comité de Representación Laborista tenía un fondo de 100 000 libras esterlinas para las elecciones; F. Bealey y H. Pelling, *Labour and Politics 1900-1906,* Macmillan, Londres, 1958, pp. 143-146 y 158. El resultado fue un gran avance: 53 parlamentarios laboristas (29 del Comité de Representación Laborista y 24 aliados a los liberales) comparados con dos en 1900; Russell, *Liberal Landslide…*, *op. cit*., pp. 70-74.

[8] En especial después de que el desempeño del ejército en la Guerra de los Bóeres pareció revelar el debilitamiento de los soldados británicos; Semmel, *Imperialism and Social Reform…*, *op. cit.*, Londres, 1960, *passim*.

[9] Chamberlain desempeñó esa función antes y después de 1886, hablando maravillas del "rescate" que la propiedad debería pagar por la "seguridad" que el Estado le otorgaba. En lo to-

Los esfuerzos de una generación de intelectuales liberales por abordar esa cuestión —si el Estado debía tomar medidas para elevar la calidad de vida moral y material (y, de hacerlo, cómo), dejando atrás el *laissez-faire*— son el elemento final para comprender lo ocurrido en 1906. El mérito de haber introducido a Hegel se atribuye con frecuencia al filósofo T. H. Green y, por lo tanto, una versión del idealismo continental en Oxford en el decenio de 1880 con el fin de romper el molde individualista del liberalismo o, al menos, reconciliarlo con una ética de obligación comunitaria y acción estatal legítima.[10] Más recientemente, los investigadores se han preguntado si los alemanes son necesarios para explicar esa deriva del pensamiento. Los Nuevos Liberales tenían muchas fuentes nativas con base en las cuales elaborar sus planes de reforma: de Bentham, el interés por la felicidad humana y por el poder legislativo del Estado para aumentarla, y, de Mill, una idea de igualdad de sacrificio en la tributación que se prestara a esquemas proporcionales y distributivos. Incluso Darwin y Spencer fueron sus fuentes, conforme a las cuales los Nuevos Liberales diseñaron modelos evolutivos para el desarrollo societal, no sólo individual, creyendo que eso podría ser dirigido conscientemente a fines cooperativos.[11]

El contacto con el movimiento sindical no tuvo parte alguna en la generación de esas ideas; surgieron en el entorno de los claustros de Oxford y tenían como objetivo prevenir los ataques contra la propiedad privada, vista como una extensión de la personalidad humana, no abolirla. Como resultado, en 1906 los liberales afirmaron que contaban entre sus filas con el conjunto más dinámico de intelectuales "orgánicos" de cualquier agrupa-

cante a su participación en la reforma arancelaria, véase Julian Amery, *Joseph Chamberlain and the Tariff Reform Campaign,* Macmillan, Londres, 1969, pp. v-vi, y E. H. H. Green, *The Crisis of Conservatism: The Politics, Economics and Ideology of the British Conservative Party, 1880-1914,* Routledge, Londres, 1995, pp. 242-253.

[10] El propósito moral del Estado se estableció en un marco familiar: la "eliminación de obstáculos" para la realización individual, como en la educación obligatoria; T. H. Green, Paul Harris y John Morrow (coords.), *Lectures on the Principles of Political Obligation,* Cambridge University Press, Cambridge, 1986, p. 161, y Melvin Richter, *The Politics of Conscience, T. H. Green and His Age*, Harvard University Press, Cambridge, 1964, p. 341. Respecto a la importancia de Hegel para los "idealistas liberales" —aun cuando, según A. J. P. Taylor, se tratase de una "variedad extrañamente transpuesta"—, véase Jeanne Morefield, *Covenants without Swords: Idealist Liberalism and the Spirit of Empire,* Princeton University Press, Princeton, 2004, pp. 8 y 25.

[11] Mill también apoyó un impuesto sobre la tierra, otra idea fundamental para los Nuevos Liberales, pero con unos antecedentes más antiguos, que se encuentran en Ricardo y Malthus, y la demanda de Cobden del libre comercio con las tierras; Michael Freeden, *The New Liberalism: An Ideology of Social Reform,* Clarendon Press/Oxford University Press, Oxford/Nueva York, 1978, 1979, pp. 12-18, 43 y 55-58; Bruce K. Murray, *The People's Budget 1909/10: Lloyd George and Liberal Politics,* Oxford University Press, Oxford, 1980, pp. 34 y 95-97; Stefan Collini, *Liberalism and Sociology: L. T. Hobhouse and Political Argument in England, 1880-1914,* Cambridge University Press, Cambridge, 1979, pp. 171-184, y Sandra Den Otter, *British Idealism and Social Explanation: A Study in Late Victorian Thought*, Oxford University Press, Oxford, 1996, p. 89, 108-111 y *passim*.

ción política de la Gran Bretaña: estudiantes de Green, como Toynbee, Ruskin y otros, entre los que destacan J. A. Hobson y L. T. Hobhouse, que se habían graduado a escala nacional como periodistas, académicos y políticos. Francis Hirst, el nuevo editor de *The Economist,* era uno de ellos: aunque menos conocido que Hobson y Hobhouse, dos amigos y colegas, fue parte integral de la composición del nuevo liberalismo, del contexto que lo moldeó a las tensiones que lo acosaron después de 1906 al desastre de la guerra que lo destrozó en 1914. En *The Economist,* Hirst se sumergió en las batallas que definieron el liberalismo en el poder como el vínculo crucial con una City de Londres dividida por todo lo que había de "nuevo" en ese liberalismo.

Francis Hirst y los días dorados del liberalismo

Francis Hirst, el tercero de cinco hijos de una familia protestante no conformista con un negocio de clasificación de lana en West Yorkshire, tenía un perfil conocido; su alejamiento de la senda de los editores anteriores de *The Economist* en materia de educación se convirtió en la regla para los futuros editores: en 1892, después de graduarse en el Clifton College, fue enviado a Oxford. Un padre disidente del protestantismo y las pruebas doctrinales habían cerrado esa senda para Bagehot; sin embargo, era el gran hombre al que, por lo demás, se parecía Hirst. Siendo estudiante universitario en Wadham, estaba tan desinteresado de capitanear los botes como lo estaba de la oncena del críquet, la quincena del rugby o la oncena de la asociación: "Ninguna de esas distinciones señalaba el camino hacia la dirigencia en la Iglesia o el Estado"; en cambio, los retratos del salón de la Oxford Union Society (una agrupación de debates literarios) mostraban las alturas a las que sus dirigentes podían aspirar: Hirst se convirtió en su presidente, animando unos debates que mezclaban la seriedad —"que esta Cámara acoge con entusiasmo la intervención del señor Gladstone en la agitación armenia" o "ha llegado el momento de sustituir la guerra por el arbitraje"— con lo que pasaba por humor —"que las *damas* deberían proponer"—.[12] Alto y ancho, Hirst se vestía bien para las cenas de la sociedad literaria, con un chaleco azul claro de botones dorados; además, se unió al Club Russell, conocido por ser un lugar de reunión de los liberales avanzados.

La Unión de Oxford fue su centro de gravedad, pues ofrecía referencias exaltadas y modelos de conducta: Gladstone, una "presencia majestuosa" con una "voz profunda y, no obstante, musical", volvió a recibir los aplausos

[12] Francis W. Hirst, *In the Golden Days,* Frederick Muller, Londres, 1947, pp. 111-113. [La nota humorística consistía en usar *ladies* y ligar *arbitraje* con la disposición o el libre arbitrio que deberían tener ellas para hacer una propuesta erótica. Partiendo de la dualidad *war/love*, las cursivas subrayan que ahora es el turno no de los combatientes sino de las mujeres amorosas. (T.)]

en 1892, con un Hirst seducido a la mano para hacer la observación de que habían transcurrido 62 años desde el mandato del "Gran Viejo" como presidente. Cuatro años más tarde, Hirst fumaba habanos con Asquith, entonces ministro del Interior, que acababa de dirigir un debate sobre las escuelas voluntarias. En una ocasión similar, Chamberlain invitó a Hirst a almorzar y a recorrer sus invernaderos de orquídeas. En el salón "Teddy" se encontró con Ramsay MacDonald, "un atractivo joven de pelo negro rizado y brillantes ojos negros", un "salvaje", que estaba preparando a los "estudiantes universitarios atrevidos con pensamientos peligrosos".[13] Para cuando dejó Oxford en 1896, Hirst había demostrado una rara combinación de cualidades intelectuales: obtuvo el título doble en clásicos y, al mismo tiempo, sobresalió en las sutilezas de la "economía abstracta" bajo F. Y. Edgeworth.[14]

Los compañeros de clase de Hirst fueron igualmente fundamentales para su desarrollo político, y, en esa etapa, mantenían una visión muy tradicional del credo liberal, orgullosamente en desacuerdo con muchos de su grupo que deseaban reformar sus fundamentos filosóficos y económicos. En 1897 Hirst, entonces profesor "rebosante de celo" en la London School of Economics, fue la fuerza organizadora detrás de los *Essays in Liberalism by Six Oxford Men*, un grito de guerra para que el Partido Liberal regresara a los primeros principios después de su última derrota en la campaña electoral de 1895: "¿Es posible volver en este momento a las doctrinas simples que constituyeron la fuerza de nuestros primeros líderes? Sin duda alguna, sí lo es". Hilaire Belloc escribió sobre los ideales del libre comercio del Partido Liberal, que debían ser impuestos tanto contra el "absolutismo económico del terrateniente" atrincherado en la Cámara de los Lores como contra los socialistas, que "disolverían el ahorro, el autocontrol y el honor personal mediante el que un contrato se hace sagrado".[15] J. A. Simon, J. S. Phillimore, J. L. Hammond y P. J. Macdonell establecieron la línea sobre el trabajo, la política exterior y la educación, mientras que, en el artículo más extenso y polémico, Hirst descartó como caprichosos todos los intentos de alterar la doctrina central (ya fuese la socialdemócrata, la imperialista de la Primrose League o la social evolucionista). Actuando en nombre de Bright, Cobden, Mill y Gladstone, los liberales eran

[13] *Ibid.*, pp. 113 y 131-132.

[14] Edgeworth, un especialista en ética convertido en un economista que aprendió su oficio de Jevons, también podía ser práctico: repasar "todas las bases de la ciencia" en la *Economía política* de Mill e introducir a Hirst a los escritos de Marshall sobre la moneda y el análisis estadístico. Un ensayo que Hirst escribió sobre los monopolios bajo la influencia de Edgeworth ganó el Premio Cobden en 1899; véase Hirst, *In the Golden…*, *op. cit*., pp. 133-136. Respecto a su aprendizaje clásico, que le inspiró "una parodia aristofánica sobre Oscar Wilde", véase L. C. M. S. Amery, F. W. Hirst y H. A. A. Cruso, *Aristophanes at Oxford: O. W.*, J. Vincent/Simpkin, Marshall, Hamilton, Kent, Oxford/Londres, 1894, y Hirst, *In The Golden…*, *op. cit*., p. 147.

[15] Francis W. Hirst, Hilaire Belloc *et al*., *Essays in Liberalism by Six Oxford Men,* Cassell, Londres, 1897, pp. 3-4, 19-20, 25 y 155.

los únicos verdaderos reformadores, con un historial sobresaliente de 50 años de "progreso ininterrumpido" desde la derogación de las Leyes del Maíz.[16] Cualesquiera intervenciones dirigidas a cambiar el liberalismo, a pesar de las apariencias, lo habían dejado inalterado: leyes fabriles, impuestos a la herencia, el derecho de los trabajadores a unirse en sindicatos, la educación gratuita y obligatoria, incluso un impuesto sobre la renta gradual; en cada caso, los liberales habían justificado la acción estatal solamente para "evitar que los hombres, las mujeres o los niños sufrieran en su capacidad de productores de riqueza".[17]

Hirst concibió ese primer libro como una provocación a las nuevas variedades sociales del liberalismo y trató de convencer a un "liberal eminente" de que escribiese un prefacio para dar más importancia a su libro. Mientras que Morley y Asquith declinaron cortésmente escribirlo —Morley citó su "declaración de guerra" a los miembros del partido que habían "gravitado hacia" el colectivismo—, Gladstone acordó bendecir los "esfuerzos en nombre de la libertad e independencia individuales" de esos seis hombres de Oxford.[18] Aun cuando el libro causó impacto, suscitó principalmente reacciones críticas de la prensa liberal: mientras que *The Speaker* consideró que era "refrescante", *The Daily News* y *The Daily Chronicle* objetaron su liberalismo "estrecho" y su caricatura del socialismo.[19] Sidney Ball, el izquierdista menos "vago" de Oxford, según Hirst, respondió por los miembros de la Fabian Society (Sociedad Fabiana) argumentando que el socialismo era la realización del individualismo liberal, no su antítesis, en nuevas condiciones económicas, y era para la mayoría, no sólo para unos cuantos.[20] La obra *Essays in Liberalism* situó a Hirst y a sus amigos en el centro de los debates

[16] Los trabajadores fueron quienes más se beneficiaron: "Los salarios, como los ingresos, se han duplicado en su valor real en 36 años"; véase *ibid*., pp. 53, 59 y 62.

[17] Hirst condonó la regulación o el control de los monopolios naturales (en contraposición a los artificiales), esto es, "acuñación de moneda, saneamiento, agua, gas y tranvías", como excepciones que confirmaban la regla, que solamente tenían aplicación en los casos en que la competencia era "difícil o imposible". Un impuesto sobre la renta graduado era "un estímulo antes bien que una amenaza, para la propiedad privada", un "freno a la enorme expansión de la riqueza"; pero había límites: aumentar demasiado los impuestos podría provocar una fuga de capitales o, algo "más repugnante", "el deseo corrupto entre los más pobres de los electores de aumentar sus gastos". En esa etapa, Hirst sentía que las pensiones de vejez eran un "soborno"; *ibid*., pp. 69, 82-83 y 89.

[18] No obstante, Asquith no estuvo por completo en "desacuerdo sustancial"; *ibid*., p. 157, y Hirst, *Essays…*, *op. cit*., p. x.

[19] Acerca del debate y sobre la reacción de H. W. Massingham, el editor de *The Chronicle*, véase Freeden, *The New Liberalism…*, *op. cit*., pp. 62-64.

[20] Sidney Ball, "Socialism and Individualism: A Challenge and an Eirenicon", *The Economic Review,* octubre de 1897, pp. 490-520. En un intercambio subsecuente, Ball se "sorprendió" al ver que Hirst invocaba al hombre económico "en toda su desnuda y primitiva sencillez", "ni siquiera puesto al día de Marshall", quien al menos reconocía la creciente importancia de los "motivos para la acción colectiva" en el seno de la propia industria capitalista; véase "Individualism and Socialism I, II", *The Economic Review*, abril de 1898, pp. 225-235.

del partido y la prensa sobre el nuevo liberalismo, con una posición clara sobre lo poco que debería apartarse del viejo liberalismo.

Morley estaba encantado con el libro, que llevaba una dedicatoria a él, y en 1898 le pidió a Hirst que lo asistiera en su último esfuerzo literario: una biografía del recién fallecido Gladstone. La selección entre miles de viejas cartas sirvió como un insólito punto de inflexión para Hirst: no sólo "el mejor momento que alguna vez tuvo" con la viva "encarnación del liberalismo filosófico" sino también una experiencia reveladora, porque tuvo lugar en medio de la segunda Guerra Bóer. Hirst se oponía con fervor a ese conflicto —con base no sólo en los motivos de Cobden de paz y economía sino también en una defensa a la usanza de Gladstone de las pequeñas nacionalidades— en las reuniones de la Liga de los Liberales contra la Agresión y el Militarismo, y en *The Speaker,* cuya dirección asumieron él y J. L. Hammond en 1899.[21] Hirst experimentó un cambio importante como resultado de sus actividades en contra de la guerra: mientras que los imperialistas del Partido Liberal se alinearon tras la diplomacia gubernamental en Sudáfrica, con *lord* Rosebery dirigiendo a Haldane, Grey y Asquith para respaldar la anexión de las Repúblicas bóeres, los colectivistas de los que Hirst se había burlado dos años antes en *Essays in Liberalism* se convirtieron en sus aliados políticos y sus amigos.

El liberalismo pro bóer

Hirst le pidió entonces a Leonard Hobhouse —de quien se había sentido "bastante alejado en política" en Oxford— que extendiera su trabajo en *The Manchester Guardian* a *The Speaker,* señalando que "ahora [pensaba] de manera muy diferente sobre Cobden y Bright", y H. W. Massingham, un duro crítico de *Essays in Liberalism,* se hizo su amigo como escritor de editoriales para *The Daily News* (y, más tarde, para *The Nation,* que Hirst ayudó a crear con dinero de los hermanos Rowntree, fabricantes de los dulces Quakers).[22] En la Liga, Hirst llegó a compartir estrados y columnas con el economista político J. A. Hobson, y eso amplió su órbita política más allá de Morley, cuyo "dolor de garganta" durante la guerra frustró a sus seguidores, para in-

[21] Se ganaron el respaldo de *sir* John Brunner, el parlamentario liberal y barón de la química, propietario de *The Speaker,* y el de *sir* William McEwan, propietario de *The Edinburgh Evening News*. *The Speaker* había sido fundado originalmente para competir con *The Spectator*, dirigido por Hutton y Townsend, después de que ese periódico abandonase a los liberales por la cuestión del autogobierno irlandés en 1886.

[22] Hirst hizo la observación, sobre Hobhouse y sobre sí mismo, de que, acerca de "la política interior y exterior […] ambos hemos mudado de parecer, pero creo que él lo hizo más"; Hirst, *In the Golden…*, *op. cit*., pp. 174, 193, 205 y 214. Hirst registró que Ball, su crítico socialista, abandonó a los fabianos por sus justificaciones raciales y económicas de la guerra: "En cierto sentido, eso es tanto más una verdad cuanto que es incorrecto"; Peter Clarke, *Liberals and Social Democrats,* Cambridge University Press, Cambridge, 1978, p. 77.

cluir a un Lloyd George "bastante atrevido" y al inesperadamente inspirador "pro bóer" Campbell-Bannerman.[23]

La guerra no solamente acercó a los jóvenes seguidores de los principios de Cobden y a los colectivistas en una batalla por el control del partido: los obligó a explicar qué la había causado. Esa urgencia fue palpable en el libro *Liberalism and the Empire* (1900), obra en la que Gilbert Murray, el clasicista de Oxford de mentalidad internacional, se unió a Hirst y a J. L. Hammond para condenar la agresión militar como una traición a la tradición liberal en asuntos exteriores. La contribución de Hirst, el capítulo "Financial Imperialism", debe mucho a Hobson, cuyo libro *War in South Africa* apareció a principios de ese año, así como a las andanadas satíricas de Belloc y G. K. Chesterton.[24] Los ataques contra el Transvaal y el Estado Libre de Orange eran sólo las últimas "guerras injustas e injustificadas" que la Gran Bretaña había librado, motivada por los instintos más bajos de "aventura, conquista, dominio y orgullo racial" y "extrañamente casada con las finanzas especulativas".[25] Hirst argumentó que la guerra por la partición de África en los decenios previos a la segunda Guerra Bóer no tenía otra base y fue especialmente insensata por motivos comerciales. El comercio británico con las naciones extranjeras valía tres veces más que el Imperio, y, burlándose de un tropo imperialista común, escribió: "El comercio sigue a la bandera sobre selvas, pantanos y desiertos", incluso "vuela tras ella de cara a los hechos, los argumentos y la aritmética".[26]

Hirst admitió que un pequeño grupo de capitalistas se beneficiaba en efecto de tales políticas: los fabricantes de armas y los hijos mimados (de los padres favorecidos por el libre comercio), que se habían convertido en "socios capitalistas mudos e inactivos de sociedades limitadas y partidarios del señor Chamberlain", y en "financieros internacionales".[27] Además, tenían la influencia política necesaria para ver que sus intereses se hicieran realidad. El espécimen más pernicioso de ese grupo era Cecil Rhodes, quien había invertido algunas minas de diamantes de Kimberley en el poderoso monopolio

[23] D. A. Hamer, *John Morley: Liberal Intellectual in Politics,* Clarendon Press, Oxford, 1968, p. 333. Acerca de los escritos de Hammond, Hobhouse, Hirst, Hobson y otros en *The Speaker,* véase J. L. Le Breton Hammond (ed.), *Towards a Social Policy: Or Suggestions for Constructive Reform*, Speaker Publishing, Londres, 1905.

[24] Cain, *Hobson and Imperialism…, op. cit.*, p. 96; Francis W. Hirst, Gilbert Murray y J. L. Hammond, *Liberalism and the Empire*, R. B. Johnson, Londres, 1900, p. 54; Hirst, *Golden Days…*, *op. cit*., p. 185, y J. A. Hobson, *The War in South Africa: Its Causes and Effects*, Nisbet, Londres, 1900.

[25] El "esplendor estéril y embriagador" de la conquista del Sudán fue un precedente. Murray escribió sobre "la explotación de las razas inferiores" en los imperios antiguos y modernos; Hammond, sobre la nacionalidad y la moralidad como sellos distintivos del arte de gobernar liberal, que convirtió a Inglaterra en el "guardián de la civilización europea"; Hirst *et al*., *Liberalism and the Empire…*, *op. cit*., p. XVI.

[26] *Ibid.*, p. 72.

[27] *Ibid.*, pp. 63 y 75.

De Beers, comprando no sólo a la prensa y a la maquinaria política de la colonia de El Cabo, sino también a las de la Gran Bretaña, donde los sobornos le habían asegurado un privilegio real, un asiento en el Consejo Privado, honores de Oxford y una evidente inmunidad por sus crímenes, incluida la "incursión de Jameson" de 1895, un primer intento fallido de obligar a la Gran Bretaña a anexarse el Transvaal. En esa ocasión, Rhodes y sus mayores inversionistas habían puesto en movimiento a todo el Imperio para apoderarse de las minas del Transvaal y llevar a los hombres necesarios para trabajarlas. Haciéndose un eco distorsionado de Bagehot, Hirst escribió: "Por muy democrática que pueda parecer en el papel, la Constitución británica apenas es un poco mejor que una simulación: es solamente una máscara sobre el rostro de la plutocracia".[28]

Es probable que Hobson haya desarrollado la crítica más compleja del capital financiero y la distribución desigual de la riqueza que lo alimenta como la "raíz principal" del imperialismo; no obstante, Hirst imprimió en esa teoría su propio acento y se lo transmitió a *The Economist*.[29] En su ensayo en el libro *Liberalism and Empire,* el imperialismo surgió como el mayor peligro para el liberalismo, tanto el antiguo como el nuevo, y predijo que la necesidad de saldar enormes deudas después de la guerra serviría como una excusa para que los conservadores desecharan el libre comercio, elevando los aranceles y otros impuestos, al mismo tiempo que el gasto cada vez mayor en la marina y el ejército prevalecía sobre las inversiones productivas en la educación y la salud. El "cambio radical" era ya la única alternativa a esa posibilidad: los escritores deberían compartir la propiedad y dirigir la política de sus publicaciones periódicas; se debían pagar los gastos en las elecciones y también los salarios, y el establecimiento de un impuesto sobre la renta graduado ya no era solamente un asunto de justicia, sino también de "autodefensa", con el propósito de reducir el alcance político de la riqueza, así como su concentración. La segunda Guerra Bóer alimentó los ataques de Hirst contra el imperialismo dentro y fuera del partido, lo cual marcó su conversión a una forma avanzada de "nuevo liberalismo".[30]

[28] *Ibid.*, p. 114.

[29] Hobson y Hirst hicieron de los impuestos sobre el valor de la tierra un elemento fundamental para combatir el imperialismo, pero Hobson añadió una inclinación teórica con el "incremento no ganado"; J. A. Hobson, *Imperialism: A Study,* James Nisbet, Londres, 1902, pp. 54 y 64 [edición en español: *Estudio del imperialismo*, trad. de Jesús Fomperosa, Alianza Editorial, Madrid, 1981]. Hirst también utilizó una metáfora alusiva a las raíces: "¿Qué es ese gigantesco árbol upas que hay que talar?"; Hirst *et al*., *Liberalism and the Empire*, *op. cit*., p. 4.

[30] Un "gran futuro aguarda a esa porción del Partido Liberal" que repudia los "excesos derrochadores del imperialismo agresivo" y el reclutamiento, al mismo tiempo que mantiene "la superioridad de nuestra flota en las proporciones fijadas por la tradición y la razón". No solamente es ésta una estrategia electoral ganadora en la Gran Bretaña, sino que también es el primer paso para reducir las rivalidades imperiales, "porque son nuestros gastos los que fuerzan el paso […] sobre un zar reacio, un *Reichstag* recalcitrante y una Cámara de Diputados mal dis-

Cuatro años después del final de la Guerra de los Bóeres, los liberales tomaron el poder de manera aplastante, con Hirst entre sus propagandistas más efectivos. Mientras tanto, escribía para *The Speaker, The Nation, The Manchester Guardian* y, como editor de la City, para el efímero diario liberal *The Tribune*. También escribió vivaces libros que actualizaron la trinidad propuesta por Cobden de paz, reducción y reforma en *Free Trade and Other Fundamental Doctrines of the Manchester School* en 1902, *Local Government in England* (en coautoría) en 1903, *Adam Smith* en 1904, y *Monopolies, Trusts, and Kartels* en 1905. El libro *Arbiter in Council,* escrito en 1906, fue un diálogo socrático sobre la guerra desde los tiempos bíblicos hasta el presente; incluía la defensa del arbitraje internacional, y elevó su reputación a otro estrato más de liberales: F. W. Maitland, el jurista; Andrew Carnegie, el hombre más rico del mundo, con su Fondo Carnegie para la Paz Internacional [Endowment for International Peace], y *sir* Robert Reid, futuro *lord* canciller, con quien Hirst trabajó en propuestas para revisar la ley marítima (para el libre paso de los buques mercantes en tiempos de guerra) en la segunda Conferencia de La Haya en 1907.[31] En medio de todo ello se casó con Helena Cobden, sobrina nieta de Richard Cobden, en 1903, y viajó mucho. En Italia se hizo amigo de Luigi Einaudi, el economista, periodista y futuro presidente, a quien reclutaría para *The Economist;* en Austria, de Josef Redlich, el catedrático de derecho, político liberal y ministro de Hacienda, que también se convirtió en corresponsal del semanario, y, finalmente, de eminentes estadunidenses, entre ellos Herbert Hoover, con quien Hirst entabló una amistad que duró toda la vida.[32] Hirst se acercó aún más al centro de ese universo liberal cuando *sir* Robert Giffen, miembro del Club de Economía

puesta"; *ibid*., pp. 32 y 113-114. "Ojalá pudiéramos descubrir una sola razón para anteponer el epíteto "'liberal' al nuevo tipo de imperialismo"; Francis W. Hirst, "Pitt the Youngest", *The Speaker*, 4 de noviembre de 1899.

[31] Francis W. Hirst, *The Arbiter in Council,* Macmillan & Company, Londres, 1906, pp. 350 y 507. Reid le pidió a Hirst que escribiera un libro informativo *[blue book]* sobre la reforma del derecho marítimo para que circulara entre el gabinete, con la esperanza de convencer a Grey de que lo respaldara en el Ministerio del Exterior y en La Haya; "pero Grey y el Almirantazgo se mostraron obstinados y sostuvieron que, dado que éramos la mayor potencia naval, no deberíamos abandonar, con el fin de proteger nuestro propio comercio, el derecho como beligerantes de destruir al del enemigo y cerrar el paso a todas sus importaciones"; Hirst, *The Golden Days…*, *op. cit*., pp. 238-240. Véase también Francis W. Hirst, *Commerce and Property in Naval Warfare,* Macmillan, Londres, 1906, y el indignante intercambio en "Private Property at Sea", *The Times*, 11 de noviembre de 1913.

[32] Hirst, *The Golden Days…*, *op. cit*., pp. 136 y 228-229, y Francis W. Hirst *et al*., *F. W. Hirst: By His Friends,* Oxford University Press, Londres, 1958, pp. 63-73. Hirst y Edgar Hoover parecen haberse conocido en el contexto de la agitación del primero por una paz negociada en 1915, cuando el segundo encabezaba los esfuerzos de alivio en Bélgica, y los dos descubrieron que compartían su entusiasmo por el liberalismo clásico. Un Hirst enfermo visitó a Hoover justo antes de la caída de la Bolsa de Valores en octubre de 1929 y fue examinado por el médico de la Casa Blanca; "Medical Notes of Dr. J. T. Boone", *The Economist,* 17 de diciembre de 1929, y Hirst Papers, BLOU, Caja 13.

Política, le aconsejó a Eliza Bagehot que lo nombrara como siguiente editor de *The Economist* en 1907.[33]

Hirst fue uno de los autores más prolíficos que se hayan convertido en editores de *The Economist* y el más estimulado por la ideología desde el primero; sin embargo, a diferencia de James Wilson, ese enfoque tan preciso incluía un compromiso con la paz, no solamente con la prosperidad, pues Hirst era tan inflexible respecto a la primera como a la segunda. Hirst ha sido juzgado mal en esos dos aspectos; la caracterización que se hace de él como alguien que "asociaba automáticamente las finanzas con la especulación, el juego, el lujo y la corrupción", y como un pacifista muy alejado de la corriente mayoritaria liberal hace que sea difícil explicar por qué puede haber sido contratado, dado que su evidente hostilidad hacia las finanzas o a la fuerza lo habría descartado en *The Economist*.[34] En realidad, incluso los ataques más feroces de Hirst contra "la City de los arrecifes de oro" estaban menos dirigidos al mercado de valores que a su "manipulación" por los especuladores como Rhodes, que "engañó a inversionistas honestos" y utilizó al Estado para rescatarse a sí mismo. Su antipatía por los imperialistas liberales tampoco se basaba simplemente en su pronta disposición a intervenir en el extranjero: tanto Palmerston como Gladstone habían visto que la moralidad podía exigir acciones en favor de las minorías oprimidas, en Grecia o Armenia; ninguno, no obstante, habría tolerado "ni por un momento una guerra con dos repúblicas libres". Hirst y sus amigos, "que no eran ciegos a las glorias ni a las responsabilidades del Imperio británico", consideraban que las "enseñanzas del imperialismo moderno" eran "incongruentes con la grandeza y la seguridad del Imperio": el Imperio fue un logro *liberal* que los planes imperialistas de expansión territorial o imposición de aranceles amenazaban de manera constante.[35]

The Economist en campaña: entre el gabinete y la City

Hirst introdujo un cambio inmediato en *The Economist* cuando se sentó en la silla que Johnstone había dejado vacía. La constante brusquedad dio paso a un antagonismo lúdico, porque Hirst añadió estilo a los principales edito-

[33] Hirst se reunió con el estadístico y antiguo editor asistente en el club; *Centennial Volume*, p. 71.

[34] Cain, *Hobson and Imperialism…*, *op. cit.*, p. 97; respecto a Hirst como "no intervencionista", véase Clarke, *Liberals and Social Democrats*, *op. cit*., p. 78, y como un "pacifista comprometido" con "una mente completamente cerrada", véase Edwards, *The Pursuit of Reason…*, *op. cit.*, pp. 398, 465 y 525.

[35] Hirst, "Pitt…", *op. cit.*; Hirst *et al*., *Liberalism and the Empire…*, *op. cit*., pp. xv y xvii. Hirst hizo la siguiente reflexión: "Nunca he podido estar de acuerdo con los cuáqueros [… Un] ataque claramente agresivo a una nación por parte de otra —por ejemplo: el de la Rusia soviética a Finlandia o el de Alemania a Holanda— debe ser resistido… a menos que la resistencia sea inútil"; Hirst, *The Golden Days…*, *op. cit*., pp. 233, 256 y 258.

riales: una estrofa de Milton para presentar un presupuesto, una explicación de Bentham de la reforma social, de Mill en el caso de la economía política o de Burke en el de la política exterior. Los titulares eran presentados a menudo como preguntas retóricas, como en un club de debates: en 1908, "What Causes a Revival of Trade?", en torno a las razones del resurgimiento del comercio, o "¿What Is Waste?", sobre la definición del desperdicio. El enfoque pasó del mercado monetario a la política, situada esta última en un marco más amplio. "The Significance of Karl Marx" fue condescendiente, pero curioso, dado que solamente se descartó al hombre y sus ideas después de haber explicado que sus herederos proletarios de Alemania, Francia e Inglaterra habían cambiado sensatamente el socialismo revolucionario por el… liberalismo evolutivo.[36]

Hirst amplió el personal, contratando el tipo de jóvenes que le agradaban de Oxford y Cambridge, muchos de los cuales permanecieron en el semanario durante decenas de años: Walter Layton, en 1908, y su hermano Gilbert, en 1911, por su pericia con la estadística; Leonard Reid, como escritor de editoriales, en 1912, y Dudley Ward, C. K. Hobson y Richard Lambert durante periodos breves.[37] En 1913 Mary Agnes Hamilton, la primera mujer editora, fue una elección asombrosa: clasicista, traductora y novelista, también era una sufragista que días antes del estallido de la primera Guerra Mundial había desertado del Partido Laborista, al que más tarde representó como parlamentaria por Blackburn.

La descripción que Hamilton hizo de Hirst dice mucho sobre la manera de trabajar del editor en el semanario, donde coexistían, de alguna manera, la doctrina y el debate; hizo la observación de que su "heroica pertinacia es el poder de ver lo que desea ver", haciendo notar que su visión de las mujeres como "esencialmente irracionales" no se vio afectada por ella ni por sus hermanas, que ocupaban cargos universitarios. Hirst había hecho este comentario a Hammond: "Cualquiera que tenga algo que ver con el socialismo debe ser intelectualmente fofo", palabras sobre las que Hamilton comentó a su vez que "era propio de él no darse cuenta de que la imputación también me incluía". Cuando, discutiendo con Hirst, le sugirió que "podría ser útil definir lo que uno quiere decir por un principio, la respuesta fue: 'El libre comercio es un principio', no es necesario decir más".[38]

[36] Se alabó a los dirigentes de los partidos por aprender a trabajar por unas "adaptaciones relativas"; "Eclipse of Socialism", *The Economist,* 16 de marzo de 1907.

[37] Edwards, *The Pursuit of Reason…*, *op. cit*., pp. 495-497 y 498. Como Walter Layton, Reid se había educado en Cambridge, y abandonó el semanario debido a la postura de este último contraria a la guerra, si bien regresó más tarde como ayudante del editor. En 1932 se unió a *The Daily Telegraph* como editor sobre la City; *The Accountant,* 5 de noviembre de 1938, y *The Spectator,* 28 de octubre de 1938.

[38] Según Hamilton, "para él el *laissez-faire* es una religión; en su casa, en lugar del convencional 'Bienvenido', el felpudo tenía este letrero: 'Paz, libre comercio y buena voluntad'". Ahora bien, Hamilton tenía puntos en común con Hirst: simpatizaba con Alemania y había estudiado en Kiel

Otro adversario intelectual escribió de él, aunque con cariño, que era "un verdadero fanático".[39]

Tan drástico como el personal y el estilo rejuvenecidos fue el repentino giro de la postura editorial. Hirst hizo algo más que conducir *The Economist* de regreso al redil del Partido Liberal después de 20 años: lo convirtió en uno de sus partidarios más estridentes, especialmente en la City de Londres; lo cual, combinado con su propia vinculación con los principios de paz y libre comercio de Cobden, cambió su postura sobre el imperialismo. Los planes para construir más acorazados, elogiados como instrumentos de paz hasta 1906, fueron denunciados en adelante como un derroche y un peligro; tanto la germanofobia como la francofilia —el semanario mostró señales de ambas durante la Guerra de los Bóeres y la crisis marroquí de 1905— eran anatemas, y esperaba que, en una fecha no especificada, se acordase finalmente el autogobierno a Irlanda.[40] Esos cambios de postura se extendieron a todo el semanario: la reducción de los armamentos no era solamente una cuestión de política exterior; para Hirst, era *el paso crucial* para lograr la reforma social, al mismo tiempo que se mantenían las "finanzas liberales" en la Gran Bretaña, con escalas de impuestos más directos, pero aún bajos.

Después de 1906, *The Economist* aplaudió el progreso en los frentes social y económico y prestó una atención especial a las políticas fiscales establecidas en cada presupuesto. Los logros liberales se acumularon después del primer año: "Restablecieron el fondo de amortización […] Casi pusieron fin a los préstamos para obras […] Eliminaron el impuesto sobre el carbón, redujeron el impuesto sobre el té [… y] redujeron el impuesto a la renta en 25 por ciento". Hirst atribuyó una gran parte del crédito a Campbell-Bannerman, quien, con un "temperamento cordial e imperturbable", poseía "una comprensión de la naturaleza humana, una simpatía por las ansiedades y aspiraciones de la gente común y una indiferencia llena de humor por la opinión de la sociedad bien ataviada".[41] El semanario aclamó a Asquith por haber introducido las pensiones de vejez para los pobres en

antes de asistir al Newnham College, en Cambridge University, donde, influida por G. Lowes Dickenson y Alfred Marshall, leyó a los clásicos y obras de economía y perfeccionó sus habilidades en el debate en defensa del libre comercio y la oposición a la Guerra de los Bóeres. Mary Agnes Hamilton, *Remembering My Good Friends*, Jonathan Cape, Londres, 1944, pp. 41 y 80.

[39] Consúltense los recuerdos de A. E. Thompson, el historiador del trabajo y alumno de Wadham, en Hirst *et al*., *F. W. Hirst…*, *op. cit*., p. 37.

[40] "Enmity of Germany to Great Britain", "Latest Manifesto of the German Emperor", "The Powers and Morocco", "The Conciliatory Chancellor" y "Armaments", *The Economist,* 5 de diciembre de 1896, 28 de abril de 1900, 10 de junio y 7 de octubre de 1905, y 28 de julio de 1906, respectivamente.

[41] "The Prime Minister's Character and Policy", *The Economist,* 12 de octubre de 1907. Los rasgos de su personalidad fueron descritos con otro lenguaje: "Un presbiteriano anciano y rico cuyas tres pasiones en la vida fueron su esposa, la nación francesa y su colección de bastones"; George Dangerfield, *The Strange Death of Liberal England, 1910-1914,* Capricorn Books, Nueva York, 1935, p. 29.

1908, a pesar de que bajó el impuesto sobre el azúcar y redujo la deuda, y después atacó a "*lord* Northcliffe y su ejército de periodistas" por su repentina preocupación por el ahorro, lo que, en la realidad, era una muestra de celos y envidia por el ejemplo triunfal de Asquith de la "financiación del libre comercio".[42]

The Economist tampoco se detuvo en esos primeros esfuerzos, que a muchos radicales del partido les parecían modestos. Si bien Asquith se había introducido en Downing Street casi automáticamente cuando Campbell-Bannerman murió en 1908, los radicales, no obstante, creían que había llegado su oportunidad para estar en el Tesoro:[43] el "Presupuesto del Pueblo" de 1909-1910 de Lloyd George era "audaz", "ambicioso" y "equitativo", dado que compensaba el gasto con los impuestos indirectos sobre lujos como los automóviles, el tabaco y los licores y con los impuestos directos sobre los ingresos, el patrimonio y la tierra.[44] Con el seguro médico, introducido en 1911, Lloyd George no solamente había "captado la imaginación del hombre de la calle" sino que le había pedido que hiciera su parte. La igualdad de sacrificio también era una característica del seguro de desempleo de Churchill, que garantizaba que "millones de las clases trabajadoras, para quienes unas pocas semanas de enfermedad o desempleo significan ahora pobreza y angustia, podrán afrontar esos tiempos con una intrepidez relativa".[45]

Hirst siempre hizo hincapié en la probidad fiscal de esos planes sociales —tan audaces como económicos— de maneras que apuntan a la función única que entonces desempeñaba *The Economist* en venderle a la City el nuevo liberalismo.[46] Los presupuestos fueron el enfoque principal del semanario, lo que refleja la intensa polarización que engendraban. En 1910, después de haber destruido los proyectos de ley de educación, votación plural, tierras

[42] Asquith había socavado brillantemente a los reformadores de los aranceles, que querían gravar artículos como el azúcar para pagar las pensiones; "A Great Budget", *The Economist*, 9 de mayo de 1908. El cotidiano *The Daily Mail* calificó el artículo de Hirst de "tonterías exaltadas", y Hirst respondió: "Ellos en ningún momento mostraron ninguna preocupación por el contribuyente ni por la deuda en los años anteriores a la Guerra de los Bóeres ni durante la Guerra de los Bóeres ni después de la Guerra de los Bóeres"; "Second Thoughts on the Budget and the National Debt", *The Economist,* 16 de mayo de 1908.

[43] Rowland, *Last Liberal Governments…*, *op. cit*., pp. 143 y 150-153.

[44] "Difícilmente podría llamarse irrazonable un súper impuesto" sobre los ingresos de 3 000 libras esterlinas a 5 000 que aumenta dos céntimos de un lugar a otro. Durante las guerras napoleónicas, la Guerra de Crimea y la Guerra de los Bóeres habían sido impuestas tasas más altas; "The Budget", *The Economist,* 1º de mayo de 1909.

[45] En 1915, cuando el seguro de salud estaba en pleno funcionamiento, su costo estimado era de 24.5 millones de libras esterlinas, de los cuales 11 millones provenían de los trabajadores, nueve millones de los empleadores y el resto del Estado; "National Insurance Scheme", *The Economist*, 6 de mayo de 1911.

[46] El presupuesto de Lloyd George fue "el presupuesto más exitoso en función de la generación de ingresos que el historiador financiero de este o, quizás, de cualquier otro país pueda recordar en tiempos de paz"; "Budget of 1911", *The Economist,* 20 de mayo de 1911.

y licencias generados por los liberales, la abrumadoramente conservadora Cámara de los Lores rechazó de plano su último proyecto, el Presupuesto del Pueblo, calificándolo como poco mejor que el socialismo y el saqueo. En la crisis constitucional que siguió —y que sólo se calmó después de dos elecciones generales y la amenaza de inundar la Cámara de los Lores con parlamentarios liberales—, el partido y el semanario encontraron un nuevo propósito; pero este último caminó por la cuerda floja: al criticar a la "oligarquía hereditaria de hombres opulentos y ociosos" de la Cámara Alta, también trató de ganarse a los caballeros capitalistas que eran sus lectores tradicionales.[47]

The Economist se esforzó por apaciguar, engatusar e incluso amenazar a los que se resistían en la City, con la esperanza de recuperarla para el liberalismo o, al menos, el libre comercio, incluso a pesar de que dentro de la Milla Cuadrada (la City) aumentaba la hostilidad hacia todo el orden de prioridades del Partido Liberal. Se formó una Liga de Protesta contra el Presupuesto para redactar y firmar una petición en la que se atacaba el uso del fondo de amortización para cubrir el seguro social y la nueva avalancha de impuestos que amenazaba "la seguridad del capital", demanda que firmaron 36 banqueros y que presentó *lord* Rothschild en el Parlamento.[48] La revista *Bankers' Magazine,* ya furiosa por la incesante caída del precio de los valores consolidados (la principal garantía de reserva del sistema financiero), dio espacio a una antigua e inquieta editora de *The Economist,* Inglis Palgrave, quien advirtió que los impuestos excesivos podrían hacer descender a la Gran Bretaña por la misma pendiente que a la Holanda del siglo XVIII.[49]

El editor del momento respondió:

> Los banqueros, corredores de bolsa y transportistas, comerciantes y financieros de la City necesitan que se les recuerde de cuando en cuando que, aunque la creciente carga de impuestos directos sobre sus ingresos es por naturaleza exasperante, es infinitamente preferible a los impuestos indirectos sobre su oficio y su comercio que les quitarán su negocio, lo entregarán a centros extranjeros y de manera inevitable destruirán la supremacía de Londres.[50]

Cada innovación fiscal provocaba la tranquilidad de que la reforma social estaba muy lejos del socialismo, de que, en realidad, era tan inglesa como la cerveza tibia y el críquet:

[47] "Rejection of the Budget", *The Economist,* 4 de diciembre de 1909.

[48] Los vínculos entre la City y los liberales se habían desgastado desde que el Partido Unionista se dividió bajo Gladstone en el decenio de 1880; David Kynaston, *The City of London,* vol. II, *Golden Years 1890-1914,* Pimlico, Londres, 1995, pp. 494-502. En lo concerniente a la petición de la "Cámara de Compensación de los banqueros", véase "Bankers and the Budget", *The Economist,* 15 de mayo de 1909.

[49] R. H. I. Palgrave, "The Influence of the Taxation of Capital upon the Welfare of a Country", *The Bankers' Magazine,* diciembre de 1909, pp. 728-730.

[50] "Free Trade in Being", *The Economist,* 13 de marzo de 1909.

> Es posible que sea incorrecto gravar a los hombres muy ricos a una tasa más alta que a los hombres con ingresos moderados, pero eso no es socialismo. Es posible que sea incorrecto eximir a los terratenientes del impuesto sobre la renta, pero eso no es socialismo. Es posible que sea incorrecto gravar las ganancias inesperadas, pero eso no es socialismo. Es posible que sea incorrecto gravar el destilador antes bien que la tetera, pero el crímen no es socialismo. Si este Presupuesto fuese socialismo, el público puede estar seguro de que habría sido bienvenido por *The Morning Post* y despedazado por *The Economist*.[51]

Hirst no fue el único que abogó por la reforma de cara a las protestas dentro de la City; en realidad, el vástago y competidor más exitoso de *The Economist*, *The Statist,* también portó la antorcha liberal: tras bastidores, George Paish, su editor, se convirtió en un asesor cercano de Lloyd George en los tratos con la City de 1909 a 1914 y trabajó a menudo con Hirst.[52] Se podría decir que este último tenía una categoría más alta: encabezaba el Comité de Libre Comercio de la City, hacia el que atrajo a banqueros eminentes, como *lord* Avebury, *sir* Felix Schuster y Frederick Huth Jackson, e incluso contempló la idea de ellos de disputar un escaño de la City en una de las dos elecciones generales de 1910.[53]

Aun cuando Hirst se negó a postularse en esa ocasión, su semanario transmitió la postura oficial del Partido Liberal dentro y fuera de la City hasta 1914, con sólo dos divergencias significativas durante ese periodo: el sufragio y el gasto militar. Mientras que el grueso del gabinete hizo todo lo posible por evadir a las sufragistas, cuyas espectaculares manifestaciones pretendían hacer mella en esa indiferencia estudiada, Hirst clamó en contra de la idea de

[51] "The Word Socialism", *The Economist,* 9 de octubre de 1909. "Nuestro propio historial extraordinario del capital nuevo recaudado en Londres durante los últimos seis meses" demostró que "si los ricos pueden ahorrar a ese ritmo […] incluso un súper impuesto y un impuesto a la herencia altamente graduados apenas se sienten en tiempos de paz y prosperidad"; "The Budget", *The Economist, op. cit*. La aversión de la City a la reforma fue magnificada por el Presupuesto del Pueblo, pero fue anterior a éste: "No tenemos ninguna duda de que la introducción de las pensiones de vejez para los pobres será considerada con muchísimo desagrado en la City, que ahora mismo se muestra aprensiva respecto a cualquier cosa que pueda calificarse como socialista"; "A Great Budget", *The Economist, op. cit*.

[52] Avner Offer, "Empire and Social Reform: British Overseas Investment and Social Reform, 1908-1914", *Historical Journal,* marzo de 1983, pp. 123 y 131. Véanse los informes conjuntos de Paish y Hirst sobre crédito nacional, préstamos extranjeros y comercio a la Comisión Monetaria del Senado de los Estados Unidos —establecida después de la crisis de 1907, en parte para estudiar los centros financieros europeos, lo que llevó a la Ley de la Reserva Federal en 1913— en Francis W. Hirst y George F. Paish, *"The Credit of Nations" and "The Trade Balance of the US"*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1910.

[53] Hirst temía "el daño que una inevitable derrota liberal haría a la causa del libre comercio"; en 1910 y 1929 adoptó sin éxito otra postura. Anthony Howe, "The Liberals and the City 1900-1931", en *The British Government and the City of London…, op. cit.*, Michie y Williamson (coords.), pp. 142-143, y Youssef Cassis, *City Bankers, 1890-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, p. 21.

que las mujeres tuviesen derecho al voto y observó con horror que las afiliadas a la Women's Social and Political Union (WSPU, por sus siglas en inglés; Unión Social y Política de las Mujeres, USPM) eran "educadas" y "refinadas": "¿Qué es lo que les permite o las obliga a dejar de lado esas cualidades" y convertirse en "los viragos de la Galería de las Ladies y de la Royal Albert Hall que gritan, luchan y combaten?",[54] y concluyó que sólo los hombres de clase baja se rendían a la pasión, mientras que ni siquiera las mujeres bien nacidas tenían "salvaguarda contra sus impulsos", por lo que demostraban una incapacidad para el razonamiento político. En la época en que comenzó a comparar a las sufragistas con maleantes rusos y turcos —que saqueaban "votos solemnes, lazos de amor y afecto, honor, romance"—, Helena, su esposa, se unió a la USPM. No mucho después de admitir ante varios estadunidenses invitados a cenar que su esposa "debería preferir evitar quemar la casa de una amiga antisufragista, pero que lo haría si fuere necesario", ella fue arrestada por arrojar piedras contra la ventana de un ministro; la historia terminó en la prensa, se produjo una pelea y ella abandonó su casa.[55] Al final, fue Hirst quien, con los apasionados sentimientos que hundieron en crisis su vida personal, le imploró a su amigo John Simon, el fiscal general, que convenciera a Helena de que regresara; anteriormente, había escandalizado a J. A. Hobson al argumentar que ambos deberían dimitir de un comité del New Reform Club (Nuevo Club Reforma) si éste apoyaba la causa "revolucionaria", "inconstitucional" y "antiliberal" del "sufragio femenino".[56]

Si bien es cierto que en el tema del sufragio Hirst se hallaba muy por detrás de sus amigos radicales, en lo concerniente al presupuesto militar estaba por delante de ellos: criticaba de manera implacable a los liberales por

[54] 12 de diciembre de 1908.

[55] 1º de febrero de 1913 y 10 de mayo de 1913. "Los conocí por primera vez cuando ella era sufragista, y, lejos de hacerla guardar silencio absoluto, tan sólo parecía tener un poco de temor de que se explayase irrefrenablemente sobre el tema, por lo que nos pidió que no nos refiriésemos a él en una cena a la que nos había invitado"; "Charles C. Burlingham to Henry L. Stimson", 6 de diciembre de 1939", en George Martin, *CCB: The Life and Century of Charles C. Burlingham, First Citizen of New York,* Hill and Wang, Nueva York, 2005, pp. 639-640. Acerca del alejamiento de Hirst de los matrimonios Hammond, Hobhouse y Murray a causa del sufragio femenino, véase Clarke, *Liberals and Social Democrats*, *op. cit*., pp. 80-81. Respecto al conflicto entre el liberalismo y el "feminismo temprano", a pesar de las "afinidades ideológicas", véase Martin Pugh, "The Limits of Liberalism: Liberals and Women's Suffrage, 1867-1914", en *Citizenship and Community: Liberals, Radicals, and Collective Identities in the British Isles, 1865-31*, Eugenio F. Biagini (coord.), Cambridge University Press, Cambridge, 1996, pp. 45-65. Es probable que Helena se haya inspirado en sus prominentes relaciones sufragistas, Jane Catherine Cobden Unwin y Anne Cobden-Sanderson.

[56] Hamilton, *Remembering…, op. cit.*, p. 82. Hirst hizo circular una carta para oponerse a los intentos "de ciertas personas pertenecientes principalmente al Partido Laborista Independiente de convertirnos en un Comité para la Promoción del Sufragio Femenino". Hobson se la devolvió con un "no" para marcar esa oración y una nota que comenzaba así: "Estás exagerando las cosas"; Hirst Papers, 23 de enero de 1906, BLOU, Caja 13.

su fracaso en revertir el gasto. En 1907 le escribió en privado al primer ministro que, en su nueva capacidad como editor de *The Economist* —que "me obliga a observar el comercio y las finanzas muy de cerca"—, se veía obligado a instar a Campbell-Bannerman a respaldar a *Lord Willy* (Harcourt) en el gabinete y "hacer de la política del gobierno una vuelta a la escala previa a la guerra […] recortando al menos cuatro millones [de libras esterlinas] al ejército y la marina este año".[57] Tras bambalinas, trató de motivar a Asquith, quien a su vez buscó calmar a Hirst esbozando sus planes fiscales de 1906 a 1909.[58] Incluso cuando *The Economist* se valió de los presupuestos liberales para dejar el financiamiento del libre comercio a la City, también criticó a los dirigentes del partido por "su demora en lograr un retorno al establecimiento de la paz".[59] Para Hirst, la muerte de Campbell-Bannerman en 1908 fue lo que alteró el equilibrio de fuerzas en el gabinete, debilitando la resistencia al pánico naval que azotó al gobierno al año siguiente. Hirst denunció furioso las exigencias de cuatro nuevos acorazados, por no hablar de ocho, el número que buscaban Balfour, los Lores del Mar y los liberales de la "Gran Armada"; se mofó de la fantasía de una inminente invasión alemana mediante la cual *The Daily Mail, The Times* e incluso *The Clarion* y *The Daily News* buscaban justificarlos,[60] y recordó "dos o tres hechos" a los de la City, incluidos los Rothschild, "que parecen casi tan asustados como *The Standard,* que habla de un préstamo de 100 millones [de libras esterlinas]" y "82 millones" de libras esterlinas para la armada. El fantasma de la Guerra de

[57] Las reducciones evitarían el tipo de "crisis de guerra" que probablemente dañaría más el comercio y el empleo; "Hirst to Campbell-Bannerman", 9 de noviembre de 1907, Campbell-Bannerman Papers, BL, Add. MSS 41238-41240.

[58] "Hirst to Asquith", 30 de enero de 1906, y "Asquith to Hirst", 9 de mayo de 1908", en *The British Government and the City…*, *op. cit*., Michie y Williamson (coords.), pp. 139-140.

[59] En los editoriales principales, con frecuencia se hacía ambas cosas. Hirst elogió a Asquith por reducir el presupuesto naval, aunque señaló que seguía siendo más del doble de la cifra anterior a la Guerra de los Bóeres; no obstante, puntualizó: "Nos estremecemos al pensar qué podría haber pasado con las casas bancarias y mercantiles de Londres y las provincias si el pródigo sistema de sus predecesores se hubiese prolongado un poco más y si el corredor del gobierno no hubiese hecho las compras de acorazados *[Consols]*". Aunque, "por razones sociales", la mayoría de los ricos era conservadora, "tenemos razones para saber que muchas de las personas más inteligentes e influyentes de la City reconocen, y francamente lo confiesan en privado, el enorme apoyo que la política financiera del gobierno ha sido para ellos […] El contraste entre el Fondo de Amortización Británico y el Préstamo Alemán marca y explica una gran parte de la diferencia entre la seguridad financiera de Londres y la inquietud financiera de Berlín"; "Second Thoughts on the Budget and the National Debt", *The Economist, op. cit*.

[60] Aun cuando la superioridad naval de la Gran Bretaña sobre Alemania no hubiese sido tan absoluta, construir barcos tan grandes fue un error garrafal, dada la llegada de los submarinos, los torpedos y las minas: "El acorazado será anotado por el ángel registrador como una doble ofensa contra la nación británica y contra la raza humana; pero, si no fuese por esa 'invención', la mayoría de los barrios bajos de nuestras grandes ciudades podrían haber sido eliminados sin ningún aumento a las tarifas o los impuestos"; Francis Hirst, *The Six Panics and Other Essays,* Methuen, Londres, 1913, pp. 61, 65-68, 72 y 91.

los Bóeres se cernió sobre la Gran Bretaña mientras, en *The Nation,* él y Massingham divisaban en ese último pánico la influencia de las firmas internacionales de armamento.[61]

Hirst no era un simple comentarista: como editor, libró batallas campales en nombre de sus aliados en el gabinete, que después incluyeron a Lloyd George, Churchill y Morley. En 1912, este último le filtró a Hirst un relato de sus disputas con los imperialistas liberales: Haldane, Grey y los "economistas difuntos" McKenna y Asquith. Hirst le comunicó a *sir* John Brunner, jefe de la Federación Liberal: "Para su propia información, le gustaría saber cómo está dividida la opinión en este momento", pidiéndole que enviase una "carta firme" a Asquith para decirle que, si respaldaba el último programa de construcción naval, "se sentirá usted concienzudamente obligado a convocar a una reunión de la Federación con la esperanza de que la opinión liberal influya en esa política fatal y provocadora".[62] Creía que esa presión interna tenía una oportunidad, porque, fuera del gabinete, "los liberales pasados de moda y los radicales modernos" superaban en número a los imperialistas.[63] Sus actividades continuaron precisamente hasta la guerra, no sólo en la Federación, por medio de la cual trató de organizar la oposición de los parlamentarios sin cargo, sino también en las cámaras de comercio, los clubes de reforma y los comités *ad hoc*. Al menos se las arregló para extender la campaña antiarmamentista mucho más allá de las páginas de *The Economist,* obteniendo fondos para enviar a Berlín en 1911 a Dudley Ward, uno de sus periodistas, para "actuar como corresponsal de prensa" de todos los diarios liberales "con el fin de fomentar unas relaciones amistosas entre Alemania e Inglaterra".[64]

[61] En 10 años la Gran Bretaña había gastado 300 millones de libras esterlinas frente a los 108 millones de Alemania, y, en 1909, 34 millones de libras esterlinas frente a los 17 a 18 de Alemania; con un peso total de 1 852 000 toneladas contra 628 000; "The German Navy and the British Navy" y 'The Political Fog", *The Economist,* 6 de febrero de 1909.

[62] "Hirst to Brunner", 15 de julio de 1912, en Stephen E. Koss, *Asquith,* Allen Lane, Londres, 1976, pp. 149-150. Hirst dio ese paso después de que él y Brunner fracasaran en su intento de obtener de los *whips* (parlamentarios responsables de mantener la disciplina entre sus colegas de partido, o "látigos") una lista de los funcionarios de la Federación Liberal en Inglaterra, Escocia y Gales: "Imagínese rechazar la solicitud de un presidente. Es una reunión regular para mover los hilos, no para traducir los principios a la práctica"; "Hirst to Brunner", 29 de diciembre de 1911, en A. J. A. Morris, *The Scaremongers. The Advocacy of War and Rearmament 1896-1914,* Routledge & Kegan Paul, Boston, 1984, p. 304. Respecto a la posible ubicación de la fuga, véase "The Naval Scare of 1909" y "The Orgy of Armaments", *The Economist,* 8 de junio y 6 de julio de de 1912, respectivamente.

[63] "The Political Fog", *The Economist, op. cit*.

[64] Una despedida del National Liberal Club incluyó a representantes de los periódicos *The Liverpool Post, The Yorkshire Observer, The Sheffield Independent, The Darlington Echo, The South Wales Daily News, The Aberdeen Free Press* y *The Dundee Advertiser;* y Hirst esperaba que se adhirieran *The Western Daily Mercury, The Eastern Morning News, The Manchester Guardian, The Daily News* y *The Daily Chronicle;* véase "Hirst to Brunner", 5 de diciembre de 1911, en Stephen E. Koss, *Sir John Brunner, Radical Plutocrat, 1842-1919*, Cambridge University Press, Londres, 1970, p. 247.

Ahora bien, a pesar de esos esfuerzos, la relación entre el liberalismo como fuerza de reforma social y el imperialismo había resultado ser todo lo contrario de lo que Hirst previó en 1907: Lloyd George y Churchill obtuvieron finalmente el respaldo necesario en el gabinete para seguir adelante con el seguro de la salud y el de desempleo, los impuestos a la tierra, a la herencia y los excepcionales, no mediante la detención de la carrera naval con Alemania, sino uniéndose a los imperialistas en su escalada.[65] Después del Presupuesto del Pueblo, ni ellos ni el presupuesto naval retrocedieron.

¿Imperio de las finanzas o imperialismo financiero?

Como resultado de la escalada de la carrera armamentista, *The Economist* se vio obligado a luchar contra dos imperialismos al mismo tiempo, arguyendo que ambos ponían en peligro al Imperio en lugar de fortalecerlo. Por un lado, la variedad Chamberlain-Milner-Rhodes llevaría a guerras a la escala del conflicto bóer, para no hablar de la protección; por el otro, aunque los imperialistas liberales eran partidarios del libre comercio, parecían dispuestos a comprometer a la Gran Bretaña con Francia y Rusia en un enfrentamiento aún más temerario con Alemania. La diplomacia secreta de Charles Grey en su calidad de ministro de Asuntos Exteriores [Foreign Office] causó ansiedad a ese respecto, y también lo hicieron sus actos públicos, al añadir a la *Entente* anglo-francesa de 1904 un acuerdo con Rusia en 1907 en el que se fijaron sus esferas de influencia en Persia y el Tíbet.

Para contrarrestar la primera amenaza, de preferencia imperial —una campaña que Joseph Chamberlain había comenzado durante la recesión de 1903 y que sus hijos, Austen y Neville, llevaron adelante—, *The Economist* insistió en que el libre comercio había llegado a ser tan fundamental para el orden imperial que no se podía separar al uno del otro de tal manera que fuese seguro. Un editorial decía: "[Abandonar] nuestra política de puertas abiertas" y "[echar por la borda] el conocimiento de que, dondequiera que se ejerza la soberanía británica, el comercio exterior puede entrar y salir libremente en igualdad de condiciones", invitaría a "la envidia, el odio y la malicia", a la "hostilidad del mundo".[66] Lo que más importaba eran los lazos *invisibles* que unían las colonias y los dominios a Inglaterra. Por sobre la cultura,

[65] Murray, *The People's Budget…*, *op. cit*., pp. 129-130. Churchill los superó después de ser nombrado Primer Lord del Almirantazgo. En una reunión del Comité para la Reducción del Gasto en Armamento, el 16 de enero de 1914, Hirst lo comparó con el Zimri [príncipe] de Dryden: "A man so various that he seem'd to be/Not one, but all mankind's epitome:/Stiff in opinions, always in the wrong;/Was everything by starts and nothing long" [Un hombre que tan diferente parecía ser/No uno, sino el epítome de toda la humanidad:/Rígido en opiniones, siempre en el error;/Fue todo ráfagas, nada permanente]; Koss, *Sir John Brunner…*, *op. cit*., p. 267.

[66] "In Aid of Turkey", *The Economist,* 21 de marzo de 1908.

e independientemente de ella, del sentimiento y de la seguridad —si Canadá y Australia "fuesen abandonados a sí mismos, ¿cuánto tiempo lograría uno seguir defendiéndose de los Estados Unidos y el otro de Japón?"—, estaba el *capital*. La cuestión sobre cuán libremente invertir el capital en el extranjero puso a *The Economist* en un curso de colisión con los reformadores de los aranceles dentro de la City, no sólo en lo correspondiente al efecto de las exportaciones de capital en el creciente desequilibrio comercial de la Gran Bretaña o en el precio de los valores consolidados, sino también respecto a su poder en el sentido mas amplio.[67]

La andanada inicial de ese conflicto fue el Presupuesto del Pueblo de Lloyd George, que provocó que los banqueros como *lord* Rothschild y otros miembros de la Liga de Protesta contra el Presupuesto se pusieran a pergeñar escritos sobre la "seguridad del capital". La idea de que las "finanzas socialistas" estaban "expulsando" el capital al exterior constituyó otro motivo para los aranceles, que tuvo su origen en la City, pero cuyo potente atractivo se extendió hasta el norte industrial: en lugar de permitir la salida irrestricta de los ahorros británicos, que, argumentaban los críticos, financiaban la expansión industrial e imperial de las potencias rivales, los aranceles y los controles al capital podrían dirigir esos ahorros al mercado nacional, que estaba hambriento de inversiones y necesitado de una modernización. ¿La prueba? Las empresas alemanas, las estadunidenses e incluso las japonesas estaban ahora compitiendo ventajosamente con sus similares británicas en todo, de la cerámica al acero, del hierro a los productos químicos.[68]

En ese caso, *The Economist* jugó su mejor carta en nombre de un imperio liberal, porque no existía mejor autoridad dentro de él sobre el flujo y el reflujo del capital. Asquith podría responder a los financieros que se quejaban de la mala gestión de los liberales señalando que los valores consolidados habían caído aún más bajo los unionistas o apuntando a sus propias zancadas en la reducción de la deuda nacional; pero *The Economist* había estado examinando la inversión extranjera desde antes de que Lloyd George naciera, poniendo en perspectiva incluso un periodo relativamente "llano" para las acciones extranjeras desde principios del último decenio del siglo XIX.[69] En el semanario,

[67] "The Colonies and the Empire", *The Economist,* 13 de abril de 1907. Los ingresos "invisibles" de los servicios comerciales y financieros de la City estaban compensando el creciente déficit del comercio en materias primas; Hobsbawm, *The Age of Empire, 1875-1914,* Abacus, Londres, 1996, pp. 39 y 51 [edición en español, *La era del Imperio, 1875-1914*, trad. de Juan Faci Lacasta, Planeta, Barcelona, 2013].

[68] Bernard Semmel, *Imperialism and Social Reform; English Social-Imperial Thought, 1895-1914,* Anchor Books, Garden City, Nueva York, 1968, pp. 89-90 y 147.

[69] En cuanto fuente autorizada, sólo *The Statist* bajo la dirección de Paish estuvo cerca, defendiendo de manera importante las exportaciones irrestrictas de capital, en parte con el fin de revertir el aumento en los precios de los alimentos al que Paish atribuía el malestar de la clase trabajadora; Offer, "Empire and Social Reform…", *op. cit*., p. 125. Giffen, que fundó *The Statist* en 1878, habiendo atacado de socialistas a los liberales en 1909, estaba en contra y favorecía un

los lectores encontraban un desglose detallado de los intereses generados por los valores gubernamentales extranjeros y coloniales, así como de los dividendos de las empresas y los ingresos divulgados por los banqueros, los corredores de cupones, las personas, las firmas privadas, las compañías públicas y los ferrocarriles. Asimismo, vigilaba de cerca a los principales clientes para la deuda, que, con la notable excepción de los Estados Unidos, eran las colonias formales o informales: la India, Sudáfrica, Australasia, Canadá y Argentina.[70]

Siguiendo la postura de Smith y poniendo el total en más de 3 000 millones de libras esterlinas en 1909, *The Economist* sostuvo: "Seguramente podemos considerar con serenidad las exportaciones de capital británico como el excedente de los beneficios de un país enormemente rico cuyo comercio se disemina por todo el mundo […] No existe temor de que nuestras industrias nacionales se mueran de hambre. El capital es más barato aquí y el crédito es más abundante que en cualquier otro país".[71] Los políticos, periodistas y banqueros unionistas que intentaban desprestigiar el presupuesto argumentaban lo contrario, valiéndose de las propias cifras de *The Economist* para demostrar que Londres envió al extranjero más de ocho veces lo que recaudó para fines domésticos. *The Economist* replicó: "Omiten explicar que la mayoría de los sectores de la industria británica nunca son financiados con fondos públicos, sino que recurren a personas privadas".[72] El semanario fingió sorpresa al escuchar a *lord* Revelstoke, director de Barings, lamentarse por el "éxodo" de capital británico a causa del "malvado" Lloyd George "a lugares donde es muy calurosamente recibido […] Nos imaginamos que el mayor préstamo extranjero en Londres desde que este gobierno asumió el poder fue emitido por Baring Bros" a Rusia, a donde lo habían atraído un alto riesgo y una alta rentabilidad, no la seguridad. En sintonía con Paish en *The Statist*, Hirst argumentó que los países pobres eran los que pedían prestado en Londres y eso significaba un gran beneficio para la Gran Bretaña, y, en sintonía con Hobson, que el hacer retroceder fronteras distantes produciría una nueva cosecha de alimentos baratos para los trabajadores (cuyo poder adquisiti-

"imperialismo expansivo"; Roger S. Mason, "Robert Giffen and the Tariff Reform Campaign, 1865-1910", *Journal of European Economic History,* vol. 25, núm. 1, primavera de 1996, p. 176, y "Sir Robert Giffen", *The Economist,* 16 de abril de 1910.

[70] Incluso listados por separado, la colonia del Transvaal y Orange River y la colonia de El Cabo y Natal en conjunto se llevaron 338 millones de libras esterlinas. Su estimación de 79 560 116 de intereses totales recibidos era demasiado baja sin duda alguna, dada "la natural aversión de los inversionistas británicos a revelar el monto de sus inversiones en el extranjero y en sus colonias" (un reconocimiento tácito de que invertir en el extranjero también era un medio para una evasión fiscal generalizada); "Our Investments Abroad", *The Economist,* 20 de febrero de 1909.

[71] "La reserva no se desbordaría a menos que estuviese llena"; cita tomada de "Free Trade in Being", *The Economist*, *op. cit*.

[72] "Cuando se presenta una oportunidad rentable para la inversión en Birmingham, Bristol, Leeds, Mánchester, Liverpool, Newcastle o Glasgow […] lo último que piensa la gente es en ir a Londres." Algo que el semanario no consideró que fuese un problema en sí mismo; "British Capital at Home and Abroad", *The Economist*, 20 de noviembre de 1909.

vo se había visto afectado por precios en aumento desde mediados del último decenio del siglo XIX), materias primas para la industria y una demanda constante de exportaciones británicas.[73]

Todas las desgracias que Hirst imputó a las finanzas a principios del siglo se habían desvanecido en 1909, puesto que la City surgió como un bastión del dinamismo del libre comercio y del poder británico "blando" que unía al Imperio y al mundo por medio de la inversión y el comercio, antes que por la fuerza bruta. La reedición del libro *Lombard Street* de Bagehot en 1910 fue un momento para saborear el alcance mundial de la City y celebrar al gran banquero y editor que había predicho su giro hacia la cotización en bolsa y la inversión extranjera. La Guerra de los Bóeres puede haber sido un revés, dado que se tragó 160 millones de libras esterlinas, equivalentes a dos años de ahorros británicos, pero

> [l]as jactanciosas expectativas de Wall Street de que sucedería a Londres como el centro del mundo financiero fueron humilladas hasta morder el polvo por la crisis de 1907, cuando todos los bancos de los Estados Unidos suspendieron los pagos. Nunca se demostró con mayor claridad la hegemonía de la City de Londres; la tasa del Banco de Inglaterra controlaba el mundo; Londres atraía oro de todos los puntos de la brújula y los distribuía entre Nueva York y Chicago como un buen médico distribuye medicamentos a los pacientes que sufren.[74]

En el libro *The Stock Exchange: A Short Study of Investment and Speculation,* publicado en 1911 a manera de guía para las inversiones y la especulación en la Bolsa de Valores, Hirst se enorgullecía de "el centro bancario y financiero del mundo", donde "nuestros comerciantes y exportadores buscan ganancias en todos los rincones del planeta; nuestros inversionistas, grandes y pequeños, tienen intereses en todos los continentes, y la lista de la Bolsa de Valores de Londres es en sí misma una especie de clave para la distribución del comercio y el capital".[75] Aun cuando podría acusársele de parcialidad en

[73] "Lord Revelstoke's Maiden Speech", *The Economist,* 27 de noviembre de 1909; J. A. Hobson, "Do Foreign Investments Benefit the Working Classes?", *Financial Review of Reviews*, marzo de 1909, pp. 22-31; George Paish, "The Export of Capital and The Cost of Living", *The Statist*, 14 de septiembre de 1914, citado en Offer, "Empire and Social Reform…", *op. cit*., p. 126. Lo que envió a los capitalistas británicos a luchar afanosamente por establecer fábricas textiles en el continente fue "el antiguo sistema de protección y preferencia colonial" antes de la derogación de las Leyes del Maíz; "British Capital at Home and Abroad", *The Economist*, *op. cit*.

[74] "Bagehot's Lombard Street", *The Economist,* 23 de julio de 1910.

[75] Londres era "la ciudad capital de la banca y la inversión" y Wall Street "la casa de la especulación"; Francis Hirst, *The Stock Exchange: A Short Study of Investment and Speculation,* Williams and Norgate, Londres, 1911, p. 243. A finales de 1911, en un viaje a los Estados Unidos, Hirst se mostraba desbordante de entusiasmo al escribir para *The New York Times* un luminoso prospecto sobre la Inglaterra liberal en la que los unionistas estaban intimidados en lo relativo a los aranceles, la industria era floreciente y las exportaciones de capital se disparaban a nuevas alturas; "British Finance in 1910", *The Economist,* 11 de enero de 1911.

favor de los pequeños inversionistas, añadió: "Rogaría que se asegure al lector que él y yo no tenemos mejores amigos que los innumerables banqueros, corredores de bolsa, concesionarios y promotores de nuevas empresas que ejercen sus vocaciones tan útiles e indispensables con el más alto sentido del honor", y explicó la necesidad de educar al público sobre ese "vasto y delicado" sistema que gira en torno a la City por medio de un epigrama de Burke: "Los grandes imperios y las mentes pequeñas no son compatibles".[76]

Una mala lectura de las hojas de té: los imperialistas liberales y la anteguerra

Enfrentarse a los imperialistas liberales fue siempre la tarea más delicada. Hirst tuvo dificultades para medir verdaderamente a sus enemigos dentro del partido, en parte porque los aliados como Morley resultaron ser débiles o, en el caso de Churchill, Harcourt o Lloyd George, unos imperialistas endurecidos, y en parte porque él y otros radicales sobrestimaron su propia fuerza basándose en el resultado de los debates clave del gabinete, de tal modo que un curioso optimismo acalló su alarma por los galopantes presupuestos navales hasta 1914.[77] La concesión del autogobierno que hizo Campbell-Bannerman en 1906 a los bóeres derrotados fue muestra de un "coraje espléndido" y de "magnanimidad" y allanó el camino para la creación de la Unión Sudafricana en 1910. Ése fue un "resultado feliz" —a pesar de que el Estado resultante privó a los sudafricanos negros de todos los derechos civiles—, porque constituyó una reprimenda a Grey, Haldane, Asquith y otros partidarios liberales de la Guerra de los Bóeres y la política de "rendición incondicional" que habían considerado necesaria para ganar esa guerra.[78] La India fue otro ejemplo del imperio liberal en acción, al menos una vez que, a finales de 1905, John Morley, el mentor de Hirst, fue nombrado secretario de Asuntos Exteriores para el subcontinente; el desempeño de éste, que combinaba la severa represión de los disturbios antibritánicos en Bengala y en el Punyab en 1907 con concesiones políticas limitadas, fue aprobado con entusiasmo por *The Economist*. Las reformas de John Morley y *lord* Minto (conocidas como "reformas Morley-Minto") añadieron una capa simbólica de re-

[76] Hirst, *The Stock Exchange…*, *op. cit*., pp. 15-17.

[77] Respecto a los radicales "que creen tenerlas todas consigo", véase A. J. A. Morris, *Radicalism against War, 1906-1914: The Advocacy of Peace and Retrenchment,* Longman, Londres, 1972, *passim*.

[78] Hirst esperaba en el futuro una "solución satisfactoria y permanente a la cuestión indígena": los negros mostraban "aptitud para la educación", el comercio y las profesiones y, como la mayoría, "no [podían] ser excluidos con seguridad de toda participación en el gobierno". Al señalar a Cuba y a los Estados Unidos como los extremos del sentimiento racial, agregaba: "Imaginamos que, en Sudáfrica, se encontrará una tolerable solución intermedia"; "Union of South Africa", *The Economist,* 31 de julio de 1909.

presentación de la élite nativa de la India en 1909: de cero a uno en los consejos ejecutivos del virrey y los gobernadores, con puestos separados designados y elegidos en los consejos legislativos para los hindúes y los musulmanes.[79] El propósito de esas reformas no era preparar el camino para el autogobierno indio bajo la bandera británica, como en Sudáfrica, sino provocar que tales demandas fueran superfluas, y, según Hirst, demostraron que el liberalismo podía triunfar sobre el patrioterismo al mismo tiempo que se seguía adelante con la labor imperial vital.[80] El Raj fue igualmente fundamental para el aspecto económico de esa visión y Hirst lo utilizó para revelar las flaquezas del argumento a favor de la preferencia imperial.[81] En la cuestión de la India, lo revelador fue que esa defensa de Morley puso a *The Economist* del mismo lado que Grey; para el canciller, ése había sido el punto, y escribió que el "intachable" historial de la hostilidad de Morley contra "el beligerante chovinista" al que tachaba de ser el "diablo encarnado" protegió al gobierno de las "sentimentales" críticas de los liberales contra el imperialismo y la represión del nacionalismo indio.[82]

Para los radicales, incluso se podía hacer que la crisis de Agadir de 1911 pareciera una victoria una vez que el polvo se hubiese asentado en esa importante disputa diplomática. Cuando Francia desembarcó tropas en Marruecos de camino a Fez, formalmente para restablecer el orden en violación de las obligaciones del tratado anterior, las otras potencias europeas también lanzaron invasiones. España ocupó Larache y Alemania envió un crucero al

[79] Barbara D. Metcalf y Thomas R. Metcalf, *A Concise History of Modern India,* Cambridge University Press, Cambridge, 2001, pp. 155-162. Morley no tenía disposición ni tiempo ni para "la ilusión burocrática de que todos los problemas [podían] ser fácilmente eliminados mediante la supresión de algunos periódicos y demagogos […] ni para la ilusión más peligrosa de ciertos liberales de que la India ya [estaba] madura para el autogobierno". Para *The Economist,* Morley, un "filósofo y estadista", demócrata y partidario del autogobierno irlandés, "no puede ser acusado de ninguna falta de simpatía por las aspiraciones populares"; "Unsettlement in India" y "Constitutional Reform", *The Economist,* 25 de mayo de 1907 y 14 de noviembre de 1908, respectivamente.

[80] Para aquellos que veían el Imperio "con la mirada crítica y ansioso[s] de un verdadero patriotismo, ha habido un gran acontecimiento": la llegada de Morley a la India. "Estamos allí para mantener la paz entre esos pueblos, para eliminar la pobreza absoluta que se ha vuelto crónica bajo el dominio nativo, para salvarlos de las guerras intestinas, de la opresión de los conquistadores orientales y de las rivalidades de otras naciones de Occidente, las que, por poco que nosotros podamos conocer la mentalidad nativa, seguramente la conocen mucho menos. Debemos perseverar en nuestra carga y mantener el orden, proporcionando tantas válvulas de seguridad para el descontento como sean congruentes con ese objetivo." "Empire of India" e "Indian Reforms", *The Economist,* 29 de mayo y 29 de noviembre de 1909, respectivamente.

[81] En 1907, la preferencia imperial perjudicaba a la India cuando "los aranceles de represalia excluían los productos básicos de la India de los mercados de la Europa continental". En 1909 dañaba a la Gran Bretaña, según explicaba el semanario: "En el momento en que se aplique la protección a Inglaterra […] será el deber de la Oficina de la India proteger a esta última contra Lancashire"; "Unsettlement in India", *The Economist, op. cit*., y "Empire of India", *The Economist*, *op. cit*.

[82] Hamer, *John Morley…*, *op. cit*., p. 346.

puerto de Agadir; la Gran Bretaña envió un acorazado, no sólo para rastrear ese barco alemán, el *Panther,* sino también para endurecer la voluntad de los franceses: incluso los radicales del gabinete temían que, sin consultarlos, los franceses pudieran hacer concesiones perjudiciales al Káiser en la forma de una base naval en el Mediterráneo.[83] El 21 de julio, en lo más fuerte de la crisis, Lloyd George pronunció ante una multitud de la City un discurso pro franceses de sesgo belicoso al que Hirst trató de restarle importancia afirmando que habían sido "unas cuantas palabras sacadas de contexto". El canciller había concluido su observación de que la Gran Bretaña tenía el mayor interés financiero en la prosperidad de otros países y, por lo tanto, en la paz, con una advertencia que se derivaba de esa premisa: "En el más alto interés, no meramente de este país sino del mundo, es esencial que la Gran Bretaña deba mantener a toda costa su lugar y su prestigio entre las grandes potencias", y, en una amenaza dirigida a Alemania si acaso aplastaba a Francia e ignoraba los intereses británicos, Lloyd George continuó, diciendo que, si la Gran Bretaña fuere tratada "como si no tuviese importancia en el Gabinete de las Naciones […] la paz a ese precio sería una humillación intolerable que un gran país como el nuestro no podría soportar".[84]

En privado, Hirst estaba conmocionado; incluso cuando les aseguró a los lectores que un "pacifista tan conocido" como Lloyd George nunca había tenido la intención de hacer la guerra, Hirst hizo una acusación radical en contra de lo que había dicho en *The Economist:* la Gran Bretaña tenía menos que temer del imperialismo alemán que del francés; no contaba con autoridad moral alguna, dado que había fallado en el intento de "resistir o protestar contra la bucanera expedición de los franceses contra Fez" ni tenía un *casus belli,* "a menos que, en realidad, esta nación vaya a pegarse a las faldas de Francia, con la que, no hace mucho tiempo, nuestros chovinistas estaban ansiosos por ir a la guerra por un pantano miserable en Fachoda [ahora Kodok]". Además, las 54 864 811 libras esterlinas del comercio con Alemania cesarían de llegar si hubiese una disputa por Marruecos, que costó 1 404 741 libras esterlinas, "menos de la mitad de nuestras exportaciones a Java". Si se produjese una guerra general, cubriría las rutas marítimas del Mar del Norte y el Báltico, destruiría los puertos del Este, cerraría las fábricas, duplicaría la deuda y triplicaría las cargas fiscales. La libertad, la humanidad, la justicia,

[83] Keith Wilson, "The Agadir Crisis, the Mansion House Speech, and the Double-Edgedness of Agreements", *The Historical Journal*, vol. 5, núm. 3, septiembre de 1972, p. 520.

[84] "Naturalmente, ese lenguaje causó alarma y suscitó un coro bélico tanto en la prensa de Londres como en la de Berlín, lo cual muestra que las calles de la prensa de Europa están llenas de material inflamable." La mayor parte del discurso fue sobre la paz y las finanzas, siendo el resto un "estado de ánimo pasajero"; "British Interests and the Moroccan Dispute", *The Economist,* 29 de julio de 1911. Wilson estaba de acuerdo en parte, pero dio señales de que había recibido la sanción o consentimiento del gabinete; Churchill escribió que los alemanes "enviaron su *Panther* a Agadir y nosotros enviamos nuestro pequeño *Panther* a la Mansion House [la residencia oficial]"; Wilson, "The Agadir Crisis", *The Historical Journal, op. cit*., pp. 519-521.

la atenuación del sufrimiento y el fomento de la civilización, todo ello podría justificar un llamado a las armas; con todo, "una riña sórdida, una rebatiña por las concesiones y los monopolios comerciales" en nombre de Francia no lo justificaban.[85]

Para la amarga rivalidad entre Francia y Alemania, según *The Economist,* había otra salida, que vinculaba su ataque a los dos imperialismos: el proteccionista y el del libre comercio. Dado el pánico financiero que se apoderó de Berlín ese verano, atribuido a los retiros franceses de los bancos —el colapso de la bolsa, el retiro de los depósitos bancarios, la sangría de oro en el extranjero—, todo lo cual virtualmente había forzado al káiser a retroceder en el norte de África,[86] dicha salida fue una sugerencia notable: rechazando en forma categórica la idea de que París estaba apretando de manera intencional un "tornillo financiero" sobre su vecino alemán, el semanario argumentó en favor de que se enviase *más* capital francés al otro lado del Rin[87] y que se abriese la Bolsa de París a la cotización bursátil de las industrias alemanas, tejiendo lazos de interés mutuo similares a los que la City tejió con el Imperio británico.[88] A medida que las tensiones sobre Agadir disminuían (Francia cedió territorios de África Occidental a cambio de un dominio efectivo en Marruecos), Hirst se envalentonaba, sintiendo que los radicales habían marcado una raya en la arena. Bajo una intensa presión en el gabinete, Grey, cuya aprobación de las conversaciones militares secretas con Francia salió a la superficie un poco más tarde, aceptó suspenderlas y no asumir compromisos formales con París o San Petersburgo en el supuesto caso de que estallase una guerra en el continente.[89]

En el verano de 1914, el mayor peligro para el orden imperial liberal parecía provenir de Irlanda, donde Hirst creía que los radicales y los imperialistas se habían puesto de acuerdo; pero, si así fue, ni unos ni otros presentaron un proyecto de ley de autogobierno antes de 1910, cuando los libe-

[85] "British Interests and the Moroccan Dispute", *The Economist*, *op. cit*., y "Morocco and the Powers", *The Economist,* 21 de julio de 1911.

[86] Jonathan Kirshner, *Currency and Coercion: The Political Economy of International Monetary Power,* Princeton University Press, Princeton, 1995, pp. 83-85.

[87] "The Financial Influence of Paris in Berlin", *The Economist,* 29 de julio de 1911.

[88] "German Securities and the Paris Bourse", *The Economist*, 5 de agosto de 1911.

[89] Las concesiones que Charles Grey le había hecho a Rusia en Persia también salieron a la luz, lo cual provocó una reacción similar. Hirst escribió: "No sería difícil aplastar a Grey si hubiera un Cobden o un Bright en el Parlamento", antes de añadir: "No estoy seguro de que queramos […] si se aplica presión de manera constante, podemos obtener lo que queremos"; "Hirst to Brunner", 5 de diciembre de 1911, en Koss, *Sir John Brunner…*, *op. cit*., p. 249. Al año siguiente, sin dejarse amilanar, Grey selló con Francia un pacto secreto que liberaba a la armada francesa para patrullar el Mediterráneo mientras la flota británica custodiaba el Canal de la Mancha. En lo que respecta a las críticas de Hirst a Grey y la necesidad de un "entendimiento comercial con Alemania" que pusiera "fin a todos nuestros problemas financieros", véase "What Is Our Foreign Policy?", "Morocco Settlement and Anglo-German Relations", "New Chapter" y "Debates", *The Economist,* 4, 11 y 25 de noviembre y 2 de diciembre de 1911, respectivamente.

rales perdieron su mayoría y tuvieron que depender de los nacionalistas irlandeses para formar gobierno.[90] Entonces, al ver que solamente una pequeña minoría de protestantes del Úlster, u orangistas, bloqueaban la formación del gobierno, *The Economist* dio más espacio a la cuestión. Desde su punto de vista, la clase terrateniente angloirlandesa ya no era un factor: muchos se habían convertido en partidarios del autogobierno, junto con "los héroes de nuestra prensa imperialista" como Cecil Rhodes, cuando entró en vigor un plan para comprar tierras y otorgar derechos de voto a los campesinos irlandeses.[91] La realidad era mucho más polémica de lo que *The Economist* hacía parecer:[92] la aprobación del autogobierno por la Cámara de los Comunes en 1914 preparó el escenario para la guerra civil, con un motín en el que, auspiciados por unos generales en Londres, unos oficiales en Curragh se negaron de manera rotunda a hacer cumplir el proyecto de ley. Las palabras de Andrew Bonar Law, el dirigente conservador de la oposición, emitidas para advertir a los liberales que había unas fuerzas "más poderosas que las mayorías parlamentarias", tuvieron eco en la prensa *tory:* los voluntarios leales debían armarse sin demora para defender al Imperio. Días antes del estallido de la primera Guerra Mundial en Europa, *The Economist* se mostró paralizado de terror ante los "hombres con ametralladoras" que marchaban por Dublín y Belfast.[93]

Una gran guerra, grandes ilusiones

El archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austrohúngaro, fue asesinado junto con su esposa Sofía en una visita a Sarajevo el 28 de junio de

[90] "Rejection of the Budget" y "Ireland and the Constitution", *The Economist,* 4 de diciembre de 1909 y 15 de julio de 1911, respectivamente.

[91] Un gobierno conservador había dado inicio a ese plan de recompra de la tierra en Irlanda; "The Third Home Rule Bill", *The Economist,* 13 de abril de 1912.

[92] Samuel Storey, antiguo parlamentario liberal, defensor del autogobierno antes de Gladstone, se burló de la "extravagante imagen" que Hirst había dibujado del firme compromiso de los liberales con esa cuestión desde 1886: "En 1894 el nuevo líder liberal, *lord* Rosebery, anunció que el autogobierno debe dejar de ser una parte vital de la política liberal", una postura por la que Asquith, Grey y Haldane "no solamente mostraron aquiescencia sino que la aceptaron activamente […] Todo lo que las páginas de la historia pueden registrar en realidad de ellos [los liberales] parece ser esto: que durante ocho años, bajo el impulso de un dirigente de gran estatura y de espíritu resuelto, se lanzaron en pos del autogobierno; que, después, durante 11 años, bajo sus sucesores más lastimosos, eludieron el autogobierno, y que no fue hasta 1910, cuando dependían del Partido Irlandés para tener el poder y afincarse con solidez, que redescubrieron el principio"; "Letters", *The Economist,* 6 de junio de 1914.

[93] "Moral Issues of Home Rule", *The Economist,* 30 de mayo de 1914. Cuando finalmente estalló la crisis, el semanario consideró que la suspensión del autogobierno por el tiempo que durase la guerra era "una medida sabia"; "The Dublin Affray" y "Home Rule Bill", *The Economist*, 1º de agosto y 14 de septiembre de 1914, respectivamente.

1914. Casi un mes más tarde, Austria comunicó un ultimátum a la vecina Serbia, acusándola de patrocinar a los nacionalistas que llevaron a cabo los asesinatos. *The Economist,* centrado en Irlanda como la mayoría de la prensa y la élite política de la Gran Bretaña, tardó en ponerse al día con ese nuevo capítulo de la crisis del Este. Mary Agnes Hamilton recordó la atmósfera del momento:

> En la oficina de *The Economist* hubo una discusión sobre el tema del editorial para la última semana de julio. Los miembros del personal (Leonard Reid, Gilbert Layton, A. W. Wright y yo en ese momento) pensamos que debía ser sobre Irlanda, donde parecía estar preparándose la rebelión armada y acababa de producirse una refriega en la que habían estado involucrados los King's Own Scottish Borderers [Fronteros Escoceses del Rey: regimiento de infantería del ejército británico]. F. W. H. insistió en que debía tratarse del vencimiento del ultimátum de Austria a Serbia, que habíamos olvidado; sin embargo, aun él estaba planeando tranquilamente unas vacaciones de verano que lo llevarían a hacer un recorrido de los campos de batalla de Europa: iría a Waterloo, Sedán y otros lugares. Todavía puedo verlo con el traje de lino marrón que un día muy caluroso y la perspectiva de la inminente partida hacían adecuado.[94]

El 1º de agosto, el día en que Alemania declaró la guerra a Rusia, *The Economist* pasó a prensas con la predicción de una breve guerra en los Balcanes y sin que le pareciera nada escandalosa la disposición de Austria de combatir, dada la gravedad del ataque que había tenido lugar en su rebelde provincia de Bosnia-Herzegovina. ¿Habría reaccionado la Gran Bretaña de otra manera ante un complot afgano para provocar una rebelión en el noroeste de la India? Si el príncipe y la princesa de Gales hubiesen sido asesinados, en lugar del archiduque y su esposa, "se habría lanzado el grito de venganza".[95]

Con todo, el tono de *The Economist* era tranquilo al argumentar, siguiendo la misma vena de Norman Angell, el autor con éxito de ventas y activista por la paz, que la integración económica mundial había llegado tan lejos que convirtió la guerra en un suicidio para todos los involucrados. Hirst sí canceló sus vacaciones, durante las cuales debía detenerse en Lucerna para asistir a una reunión especial del Fondo Carnegie para la Paz Internacional, después de haber realizado para éste una investigación sobre las guerras balcánicas de 1912-1913;[96] no obstante, su temor de que la Gran Bretaña pudiese

[94] Hamilton, *Remembering…*, *op. cit*., p. 65.

[95] "The War and the Panic", *The Economist,* 1º de agosto de 1914.

[96] Hirst formó parte de varios comités del Fondo Carnegie para la Paz Internacional, incluido uno dedicado a la publicidad que presidía Norman Angell. Hirst se encontraba entre los senadores, profesores y periodistas que, preocupados por determinar los orígenes y el desenvolvimiento de las guerras balcánicas, redactaron el *Report of the International Commission to Inquire into the Causes and Conduct of the Balkan Wars* (1914). En Lucerna se reuniría con la

verse arrastrada a la última, para no hablar de una conflagración más amplia, era mucho menos agudo de lo que había sido tres años antes durante la crisis de Agadir. El belicismo de *The Times* y *The Daily Mail* era típico, pero tan "totalmente opuesto a los intereses de la comunidad empresarial" como a "los instintos de las clases trabajadoras". Las "extraordinarias órdenes de Churchill a la flota de mantenerse firmes" del 26 de julio eran deplorables, pero también ostentosas y absurdas, "como si, pasara lo que pasare, todo gobierno británico tuviese derecho a sumergir a esta nación en los horrores de la guerra, en una querella que no es más hechura nuestra ni más una preocupación nuestra de lo que sería una querella entre Argentina y Brasil o entre China y Japón".[97] Basándose de manera parcial en la información que le transmitió el gabinete, Hirst llegó a la conclusión de que la neutralidad británica estaba asegurada.

La Gran Bretaña entró en la guerra tres días después, el 4 de agosto de 1914, en apariencia porque Alemania había violado la neutralidad de Bélgica en su avance hacia París… Aunque, en realidad, fue por las promesas hechas a Francia y porque Grey amenazó con dimitir y hacer caer al gobierno si no se cumplían esas promesas.[98] Hirst escuchó la noticia con John Burns, el único asalariado del gabinete, que había renunciado dos días antes, anticipando su decisión en pro de la guerra: ambos hombres rompieron a llorar.[99] Morley renunció un día después, junto con el ayudante del primer ministro Charles Trevelyan, lo que les valió unos elogios emocionados de Hirst.[100] Con todo, esas deserciones estaban muy lejos de los 11 miembros del gabinete (de 19) que otro aliado, Harcourt, había contado una semana antes, un "Partido de la Paz que, si es necesario, disolverá el gabinete en interés de nuestra abstención".[101] Para subrayar el colapso de cualquier oposición, John Simon,

División de Investigación e Historia Económicas, cuyos eminentes miembros iban desde Paul Reinsch, antiguo embajador de los Estados Unidos en China, hasta el barón Sakatani, antiguo ministro de Finanzas japonés y alcalde de Tokio, pasando por personajes de calibre semejante a Hirst y Paish; quienes asistieron pasaron los primeros días de la guerra en un ambiente surrealista, elaborando planes de estudio sobre cómo impedirla: las leyes de captura en mar y en tierra después de Hugo Grocio, los efectos de la Guerra de los Cien Años en Panamá, la viabilidad de una cámara de comercio internacional; sobre todo, la Comisión pidió estudios sobre la influencia de las bolsas de valores, los banqueros, los financieros y las concesiones a las corporaciones extranjeras, con la presunción de que todo lo anterior tendía a fomentar la paz. Carnegie Endowment for International Peace, *Carnegie Endowment for International Peace: Year Book for 1915,* Carnegie Endowment for International Peace, Washington, 1915, pp. 60, 64, 73 y 92-96.

[97] "The War and the Panic", *The Economist, op. cit*.

[98] Douglas Newton, *Darkest Days: The Truth behind Britain's Rush to War*, Verso, Londres, 2014, *passim*.

[99] Hirst, *The Golden Days…*, *op. cit*., p. 238.

[100] "Morley to Hirst", 5 y 7 de agosto de 1914, Hirst Papers, BLOU, Caja 36.

[101] "Cabinet Memorandum", 27 de julio de 1914, citado en Newton, *Darkest Days…*, *op. cit*., pp. 194-197 y 279-280.

el fiscal general (y antiguo consejero matrimonial de Hirst), con lágrimas en los ojos, retiró su renuncia menos de 24 horas después de presentarla, mientras que Harcourt, el supuesto dirigente del Partido por la Paz, no tenía excusa para retractarse: dio el paso justo detrás de Grey y Asquith y, al día siguiente, comenzó a redactar planes para apoderarse del África Oriental Alemana y África Sur-Occidental, Togoland, Camerún, Nueva Guinea, Nauru y Samoa.[102]

La amargura y la ira están grabadas en cada línea que Hirst escribió para *The Economist* a partir de ese momento y hasta su despido, dos años después: "Desde la semana pasada, millones de hombres han sido sacados de las fábricas para asesinarse entre sí por órdenes de los señores de la guerra de Europa. Es quizá la mayor tragedia de la historia de la humanidad". *The Economist* había implorado a su propio gobierno que encabezara el movimiento para poner un alto a la carrera armamentista: "Ahora es demasiado tarde. Ha llegado la explosión. A dondequiera que se vea, no se puede ver ningún rayo de consuelo. La muerte, la angustia, la hambruna y la desesperación están escritas en toda Europa Occidental. Es el triunfo de la diplomacia sobre el sentido común, de la fuerza sobre la razón, de la brutalidad sobre la humanidad". El 8 de agosto, Hirst aceptó que la guerra no se podía evitar y urgió a aquellos que, como él, habían tratado de evitarla a "mantener nuestro ánimo" en nombre de un "patriotismo común". Haciendo hincapié en el ahorro —parques de ciervos convertidos en huertos, impuestos al lujo, contratos de guerra competitivos— también le hizo un guiño a Bélgica: la defensa de las nacionalidades poco numerosas era un "consuelo" para aquellos que buscaban un motivo honorable para la guerra; pero nunca apoyó esa defensa como una explicación de su causa, la que, antes bien, era "la política deliberada de los ministros, asumida debido a un sentido de obligación con Francia", ni que por ello valiese la pena la pérdida de vidas y de tesoros británicos.[103]

Hasta entonces propagandistas leales del Partido Liberal, Hirst y *The Economist* divergían ahora marcadamente de él. La suspensión efectiva de la Ley Bancaria, la impresión de billetes de pequeña denominación por el Tesoro para sostener la circulación, el cierre de la bolsa de valores, la moratoria del reembolso de las letras de cambio y otros contratos y las subvenciones directas a los bancos que no podían hacer o recibir pagos sobre saldos remotos y congelados durante el pánico mundial de julio y agosto —medidas decisivas que valieron fuertes aplausos para Lloyd George en gran parte de la City— simplemente confirmaron las sombrías predicciones de *The Economist* sobre los efectos de una gran guerra en la delicada arqui-

[102] *Ibid.*, pp. 279-280.

[103] "Tanto en Austria como en el Imperio, los alemanes son un pueblo valiente y resuelto. Ahora están rodeados y son superados en número, pero lucharán con una energía desesperada que nos impide estar seguros del éxito"; "The War", *The Economist,* 8 de agosto de 1914.

tectura de las finanzas mundiales y, sobre todo, en la hegemonía británica sobre ellas.[104] Durante los dos años siguientes, el semanario atacó una traición del liberalismo tras otra, con el rescate financiero de 1914 como el pecado original, y todo siguió: la ley marcial, la censura, los aranceles, los impuestos, el reclutamiento militar y su obligatoriedad eran otros tantos clavos en el ataúd.[105]

The Economist no solamente criticó esas políticas internas sino que también alentó las propuestas de paz a partir del momento en que las fuerzas francesas y británicas detuvieron el avance alemán hacia París; el último día de la Batalla del Marne urgió a los Aliados a desechar el tratado que habían firmado, que obligaba a cada cual a "luchar hasta el final". Negociar por separado, evitar condiciones previas: las bajas eran simplemente demasiado numerosas, 40 000 cada día, y continuarían así durante un solo año. Los alemanes poseían "una valentía física y un coraje demoniaco", mientras que la confraternización entre las tropas al enfrentarse en las trincheras "trae a la imaginación los crueles absurdos de la guerra y les sugiere a algunos la esperanza de que, de los soldados en el campo de batalla, pueda surgir una protesta en contra de la prolongación indefinida de sus horrores".[106]

La disensión llegó al paroxismo con la caída del gobierno de los liberales y el surgimiento de una coalición en 1915, que Hirst recibió con una aprobación sardónica como la última traición de Asquith: desesperado por seguir siendo primer ministro, este último había acordado compartir el poder con los conservadores con el propósito de evitar preguntas difíciles sobre su responsabilidad por la escasez de municiones y la desastrosa expedición a los Dardanelos en mayo.[107] "No lamento ver cómo la hipocresía organizada del imperialismo de los liberales basada en la impía alianza del patrioterismo y el socialismo se cae en pedazos", le dijo Hirst a C. P. Scott, propietario del *The Manchester Guardian* de cuño liberal, con desprecio por el "asqueroso pogromo de la gente de *lord* Northcliffe con nombres alemanes" y los imperialistas de todos los partidos, "con su estúpida resolución de destruir a la nación alemana".[108] Los crecientes llamamientos a la conscripción tenían un objetivo simple: "disciplinar y esclavizar a la clase trabajadora y mantener

[104] Véase "The Moratorium" y "Some Effects of the War at Home and Abroad", *The Economist,* 8 y 15 de agosto de 1914, respectivamente.

[105] "Cabinet Crisis and Perplexities of Faith", *The Economist,* 1º de julio de 1916.

[106] "Atrocity and Chivalry" y 'The Progress of the War and the Prospects of Peace", *The Economist,* 5 de septiembre y 12 de diciembre de 1914, respectivamente.

[107] Los unionistas habían ofrecido una coalición a los liberales en 1914, antes de que "surgiera la cuestión de Bélgica […] ¿Por qué, entonces, no deberían entrar ahora y conducir la guerra como ministros responsables?"; "The War and the Coalition", "Coalition Government and Progress of the War" y "Mr. Lloyd George and the War", *The Economist,* 15 y 29 de mayo y 5 de junio de 1915, respectivamente.

[108] "Hirst to Scott", 21 de mayo de 1915, en C. P. Scott, *The Political Diaries of C. P. Scott, 1911-1928*, coord. Trevor Wilson, Collins, Londres, 1970, pp. 124-125.

sometida a Irlanda".[109] Para 1916, Hirst esperaba que los conservadores asumirían el liderazgo: que se les dejase aceptar la culpa del rompimiento de huelgas, de los errores garrafales de los militares y de la brutal represión del Levantamiento de Pascua *[Easter Uprising]* en Irlanda. Si Lloyd George quería unirse a los conservadores en esa obra, tanto mejor: así, su reputación sería la que se viese empañada, no la del liberalismo.[110] Esa orgullosa tradición yacía vencida: "La fe sin obras es vana", escribió Hirst en su último editorial completo para *The Economist:* "Pero, ¿qué hay de un credo político cuyos apóstoles actúan en su contra?"[111]

Hirst no era el único que abogaba por la neutralidad antes de que se declarase la guerra, pero su intransigencia después de que ésta diera comienzo pone a *The Economist* en una fila aparte; incluso muchos de sus amigos más antiguos de Oxford o de la época pro bóer se unieron en una defensa moral de la pequeña Bélgica: Hobhouse, Hammond, Murray y Massingham, todos se alinearon en contra del militarismo prusiano, mientras que, hacia 1916, *The Manchester Guardian* de Scott estaba respaldando a Lloyd George para que lograse la victoria "en una nación organizada y reglamentada para el servicio".[112] Hirst siguió por una senda diferente, urgiendo a la neutralidad para sembrar la calma en los mercados financieros mundiales y corriendo entre los Comités de Neutralidad en agosto y, posteriormente, sumándose a la Unión de Control Democrático. Junto a J. A. Hobson y otros críticos de la guerra, publicó a Bertrand Russell. El filósofo y pacifista de Cambridge admiraba a Hirst por su trabajo en el Fondo Carnegie para la Paz Internacional y, juntos, los dos hombres se dispusieron a asegurar una reunión con Woodrow Wilson —en diciembre de 1914, en una carta a *The Economist,* Russell le había pedido al presidente estadunidense que actuara como pacificador en Europa—, mientras Hirst recaudaba fondos para defender a Russell en los juicios en su contra conforme a la Ley de Servicios Militares y la Ley Defensa del Reino.[113] En *The Economist,* Hirst rechazó no sólo la persecución de los

[109] "Hirst to Scott", 28 de mayo de 1915, *ibid*., p. 126.

[110] "Liberal Principles and the Composition of the Government", "The Economics of Compulsion and the Irish Disturbances" e "Ireland and Peace", *The Economist,* 22 de enero, 29 de abril y 13 de mayo de 1916, en ese orden. Hirst escribió en privado que si Asquith introdujese la obligatoriedad, sería un "hito" y la "culminación del imperialismo liberal, el punto más lejano de reacción al que el imperialismo puede arrastrar al liberalismo". En cuanto a su principal colega belicista, dijo: "Lloyd George no es exactamente un imperialista liberal. En realidad, es un político que ha conducido operaciones conforme al principio de ofrecer una juiciosa mezcla de socialismo y patriotismo"; 29 de diciembre de 1915, en Hirst Papers, BLOU, Caja 13.

[111] "The Cabinet Crisis and Perplexities of Faith", *The Economist*, 1º de julio de 1916.

[112] Clarke, *Liberals and Social Democrats*, *op. cit*., pp. 166-169 y 173-174.

[113] "Possible Guarantees of Peace", *The Economist*, 12 de diciembre de 1914. Respecto a los elogios que hizo Bertrand Russell de la investigación del Fondo Carnegie para la Paz Internacional sobre lo ocurrido en los Balcanes, en la que colaboró Hirst, véase "Bertrand Russell to Ottoline Morrell", 14 de octubre de 1914, en *The Selected Letters of Bertrand Russell: The Public Years, 1914-1970,* vol. 2, Nicholas Griffin (coord.), Routledge, Londres, 2001, p. 15. El semanario *New*

objetores de conciencia como Russell, sino también la censura, la xenofobia y la "hambruna mediante el bloqueo" de Alemania. Es posible que eso no le haya impresionado a Lenin —quien, habiendo leído *The Economist* en 1915, la llamó "una revista que habla por los millonarios británicos" y "defiende la paz únicamente porque teme la revolución"—, pero le generó enemigos poderosos a Hirst.[114]

El principal de esos enemigos era *The Times,* cuyos ataques contra *The Economist* probablemente fueron los que más contribuyeron al despido de Hirst. La postura de *The Economist* sobre el servicio militar obligatorio fue un aspecto crítico, sobre todo cuando la conscripción entró en vigor en 1916. Para *The Times* era una necesidad obvia, aunque solamente fuese para poner fin a la práctica caótica de enviar a los mejores trabajadores al frente, dejando una potencial masa de soldados en casa: "Eso, suponemos, es lo que quiere decir *The Economist* cuando profesa creer que ganaremos la guerra mediante 'la admirable elasticidad de una comunidad libre'. El alma de Cartago fue adormecida con ese tipo de frases engañosas";[115] sin embargo, *The Times* le asestó los golpes más duros respecto al "patriotismo financiero". Comenzó a publicar una columna, "Through German Eyes", en la que se citaba a periodistas alemanes que aludían a periodistas ingleses poco fiables. La *Cologne Gazette* se animó con un editorial de *The Economist* en el que se argumentaba que la Gran Bretaña no podría recuperar los mercados perdidos después de la guerra y que una unión aduanera imperial para contrarrestar a Alemania era impensable debido a que las colonias ya estaban obligadas a desarrollar su propia industria de tiempos de guerra.[116] En otro editorial, la revista *Lokalanzeiger* se valió de "la seria revista financiera de Londres" para demostrar que la City favorecía una paz temprana.[117]

Esa campaña pasó factura rápidamente y, a finales de junio, *The Times* publicó una historia que había ayudado a crear. "En la City se plantean preguntas sobre las perspectivas de un cambio en la actitud editorial de *The Economist* respecto a la guerra", escribió el 28 de ese mes, y anunció el in-

Statesman se negó a publicar el artículo de Russell sobre la investigación, el cual, a la luz del estallido de la guerra, vinculaba la paz con el socialismo; Sidney y Beatrice Webb deseaban evitar toda mención a la guerra, a la que llamaron "una de esas enormes catástrofes desatadas cuando los malos pensamientos prevalecen"; Bertrand Russell, *The Collected Papers of Bertrand Russell,* vol. 13, *Prophecy and Dissent, 1914-1916,* Richard A. Rempel (coord.), Unwin Hyman, Londres, 1988, pp. 105-112, y Bertrand Russell, *The Collected Papers of Bertrand Russell,* vol. 14, *Pacifism and Revolution, 1916-1918*, Richard A. Rempel, Louis Greenspan, Beryl Haslam, Albert C. Lewis y Mark Lippincott (coords.), Routledge, Londres, 1995, pp. 393-394.

114 "An Apology for Peace Makers", 5 de marzo de 1919, Hirst Papers, BLOU, Caja 13; Catherine Merridale, *Lenin on a Train*, Picador/Metropolitan Books/Henry Holt and Company, Nueva York, 2017, p. 84.

115 "Service for All", *The Times,* 31 de mayo de 1915.

116 "Through German Eyes", *The Times,* 16 de marzo de 1916.

117 "Through German Eyes: The British Radical Press", *The Times,* 2 de junio de 1916.

minente despido y reemplazo de Hirst por Hartley Withers, de quien *The Times* esperaba "una clara discontinuidad en ese sentido".[118] Al principio Hirst respondió desafiante, citando "la circulación y el buzón" de *The Economist* para demostrar que su impulso en pro de las conversaciones de paz estaba "ganando terreno con rapidez entre los círculos empresariales".[119] Es verdad que le llegaban muchas cartas, aunque no necesariamente de hombres de negocios: en reacción a *The Times,* Keynes escribió: "Por mi parte, he pensado que los artículos editoriales de *The Economist* están entre lo mejor que se ha escrito sobre el avance de la guerra y la actitud adecuada de las personas decentes hacia ella";[120] pero, una semana más tarde, el 8 de julio, Hirst salió de *The Economist*. Sólo se le dio media columna en la página 11 para hacer sus comentarios finales, en los que aceptó con orgullo la acusación de haber impartido una política "angustiosamente pacifista" a *The Economist,* y, refiriéndose a las cartas que había publicado en favor de la negociación de la paz, escribió: "Si pudiera creer que apresuré su llegada un día y salvé las preciosas vidas y miembros que se pierden en 24 horas, sentiría que había ganado un premio equivalente a todos los títulos que los emperadores derraman sobre sus favoritos o los ministros sobre quienes los apoyan".[121] Incólume, para continuar con su campaña, creó de inmediato la revista *Common Sense* con el respaldo de los liberales Hugh Bell, Percy Molteno y R. D. Holt, y, ya en 1917, la publicación era un lugar de encuentro para el "conjunto de partidarios de Lansdowne", que Hirst vio como la mejor oportunidad para formar un "Partido de la Paz" amplio con el fin de desplazar la coalición de Lloyd George, que se había comprometido a dar un golpe "definitivo" a Alemania.[122]

[118] "City Notes", *The Times,* 28 de junio de 1916.

[119] "The Cabinet Crisis and Perplexities of Faith", *The Economist, op. cit*. Hirst conservó esa "bolsa de cartas", que incluía mensajes de George Shaw-Lefevre, Thomas Ashton, Annie Besant, E. D. Morel, C. P. Scott y Emily Hobhouse. Desde Italia le llegaron misivas de Edoardo Giretti y Luigi Einaudi, dos periodistas y políticos liberales que colaboraron en *The Economist,* y, de Nueva York, de Oswald Garrison Villard, presidente de *The Evening Post* y propietario y editor de *The Nation*, y de George E. Roberts, el ejecutivo del National City Bank. Charles Burlingham escribió: "Pero *The Economist* tiene un gran nombre y una gran influencia, y la necesidad de tomar en consideración los prejuicios de sus lectores de la City sólo ha servido para que sopese usted sus palabras y haga que pesen más"; "Burlingham to Hirst", 6 de julio de 1916, Hirst Papers, BLOU, Caja 42.

[120] "Sus amigos habrán notado mucho el párrafo de la sección 'Notas' de la City de *The Times* de ayer; pero supongo que, en estos tiempos, uno sólo puede esperar prejuicios y ofensas." "Keynes to Hirst", 29 de junio de 1916, Hirst Papers, BLOU, Caja 13.

[121] "Valedictory", *The Economist,* 8 de julio de 1916. Ese mes de junio, Hirst publicó cartas de *lord* Brassey, Loreburn, Beauchamp y Farrer.

[122] Hamilton se unió a *Common Sense,* donde describió su oficina como "un surtido de personas muy extraño: *lord* Buckmaster y *lord* Beauchamp, *lady* Barlow, *lady* Askwith, Philip y Ethel Snowden, Ramsay MacDonald, Sidney Arnold, Richard Lambert, Robert Smillie […] y Arthur Ransome, entre otros"; Hamilton, *Remembering…*, *op. cit*., pp. 85 y 76-78. Con respecto al primer acercamiento con Lansdowne, el marqués que había negociado la *Entente* con Fran-

En *The Economist,* no era únicamente la hostilidad de Hirst hacia la guerra lo que tenía que ser eliminado sino también su pesimismo financiero… que en cierto sentido era el crimen más grave, porque los fideicomisarios estaban intensamente nerviosos de que eso destruyese la circulación del periódico en la City. Un poco avergonzada, la ya avejentada Eliza Bagehot escribió: "Sabes cuánto lamentamos haberte perdido. Un periódico es una propiedad curiosa para estar en ella", pero, agregó, "*The Economist* es tan *** que no tenemos más remedio que someternos a lo que dispongan los fideicomisarios".[123] Para Hirst, las finanzas y el liberalismo sufrieron una muerte gemela en 1914: un punto captado por Walter Layton, entonces un joven editor, que recordaba el estado de ánimo en *The Economist* ese mes de agosto al comienzo de la guerra:

> Al abrir el expediente de 1871 para ver qué había sucedido en la guerra franco-prusiana, encontré un despacho enviado desde París por un corresponsal que había vivido allí todo el tiempo que duró el sitio. En el transcurso de su carta decía que, desde el principio hasta el final de la guerra, ningún banco de París cerró sus puertas nunca. Le llevé el artículo al editor con cierta emoción y le sugerí que deberíamos imprimir ese extracto para ayudar a restablecer la confianza en el frente financiero. Lo hizo a un lado con el comentario de que "la hierba crecerá en Lombard Street antes de fin de año". Con tristeza, salí de la oficina y no regresé hasta que fui nombrado editor tres años después de que la guerra había terminado.[124]

Hartley Withers y el patriotismo financiero: reconstrucción de los lazos de la City

Según Mary Agnes Hamilton, "en 1916 Hirst había llevado a los propietarios de *The Economist* al punto de la revuelta".[125] Si así fue, la elección de Hartley Withers para reemplazarlo puede haber llevado las huellas digitales de dos fideicomisarios en particular: Walter Wilson Greg y Eliza Bagehot. En 1909, el libro *The Meaning of Money* de Withers "había descubierto oro como un *best-seller* sobre las finanzas", lo cual llevó a hacer comparaciones con Bagehot, por lo que en 1910 Eliza le pidió que le diera continuidad a esa proeza

cia, pero favorecía un pronto final de la guerra en 1917, véase Keith Robbins, *The Abolition of War: The "Peace Movement" in Britain, 1914-1919*, University of Wales Press, Cardiff, 1976, pp. 151 y 157. Acerca de la retrospectiva de Hirst en *Common Sense* y el tiempo que pasó como secretario del Comité Lansdowne, véase "An Apology for Peace Makers", 5 de marzo de 1919, Hirst Papers, BLOU, Caja 13.

[123] "Elizabeth Bagehot to Hirst", julio de 1916, Hirst Papers, BLOU, Caja 42.

[124] Walter Layton, *Dorothy,* Collins, Londres, 1961, pp. 57-58.

[125] Hamilton, *Remembering…*, *op. cit*., p. 79.

escribiendo la introducción a una nueva edición del libro *Lombard Street*.[126] Withers, un experimentado periodista financiero, fue editor de *The Times* durante cinco años, antes de trabajar en *The Morning Post,* en el banco comercial Seligman Brothers y como director de investigaciones financieras en el Tesoro; también era un patriota, de acuerdo con su antiguo periódico: no solamente había puesto en marcha un Comité Nacional de Ahorros para la Guerra en 1916, como autor de "un excelente librillo nuevo sobre 'Finanzas Internacionales'", sino que "de igual manera [difería] considerablemente de las previsiones bastante tenebrosas con las que últimamente se ha identificado a *The Economist*".[127]

Si su experiencia era un poco más limitada que la de Hirst, Withers compartía rasgos importantes con él. Nacido de un padre banquero de Liverpool en 1867, Withers asistió a Westminster y Christ Church, en Oxford, antes de trabajar para un corredor de bolsa y de escribir, principalmente sobre finanzas, para medios que iban de los liberales a los unionistas: de *The Westminster Gazette* y *The Economist* a *The Pall Mall Gazette* y *The Spectator*.[128] Como Hirst, había criticado el imperialismo británico en Sudáfrica, oponiéndose a las dos guerras de los bóeres y burlándose de su justificación sobre la base de la igualdad de derechos para los extranjeros ingleses.[129] En 1910, en su libro sobre valores y acciones, *Stocks and Shares,* también desestimó los temores al declive industrial británico y aconsejó en contra de la restricción de la inversión extranjera, dados los beneficios tangibles que la industria derivaba de ella.[130] Su libro sobre la pobreza y el despilfarro, *Poverty and Waste,* publicado en abril de 1914, prefiguraba una postura de continuidad editorial en-

[126] Esa descripción es de un colega, quien consideraba que, de 1904 en adelante, él, Withers y A. W. Kiddy "dominaron el periodismo financiero con tanta fuerza como la del famoso triunvirato profesional sobre los campeonatos de golf". A pesar de ser unos desconocidos para el público (ese tipo de periodismo seguía siendo extremadamente anónimo), "todos los periódicos diarios de Londres de prestigio que necesitaban un editor financiero solían acudir a uno de nosotros"; Frederick Harcourt Kitchin, *The London "Times" under the Managership of Moberly Bell: An Unofficial Narrative*, G. P. Putnam's Sons, Londres, 1925, pp. 91-93.

[127] "City Notes", *The Times*, *op. cit*.

[128] Dilwyn Porter, "Withers, Hartley (1867-1950)", en *ODNB*.

[129] "Es irrazonable esperar que los bóeres otorguen plenos poderes políticos a los ingleses" y entreguen "el país al gobierno imperial o la Compañía con Cédula Real". Ningún impuesto sin representación, un lema de la causa extranjera, era sensato, pero "no formaba parte del esquema del universo". Los bóeres "pueden señalar hacia el otro lado de sus fronteras a Rodesia, donde los súbditos británicos viven bajo un despotismo absoluto"; Hartley Withers, *The English and the Dutch in South Africa: A Historical Retrospect,* C. Wilson, Londres, 1896, pp. 212-213.

[130] Las políticas fiscales liberales estaban teniendo un efecto sobre la inversión en el extranjero, pero ni siquiera un cambio de ministerio haría mucho por sí solo para modificar la situación: "Porque, a medida que la riqueza y la población de los nuevos países crezcan", las inversiones en ellos "alcanzarán de manera natural y justa un valor relativamente mayor"; Hartley Withers, *Stocks and Shares,* Smith, Elder & Co., Londres, 1910, pp. 294-302. Véase también Hartley Withers, *Money Changing and Introduction to Foreign Exchange,* Smith, Londres, 1913, pp. 47-69 y 175-180.

tre los editores pasados y futuros: financiar la guerra con impuestos en lugar de hacerlo mediante préstamos, eliminar el lujo derrochador, garantizar la equidad y mantener baja la inflación. Withers elogió la mayoría de los programas de impuestos y bienestar emprendidos por el Estado de los Nuevos Liberales después de 1906, incluso a pesar de que quería limitar su expansión mucho más que los laboristas o los socialistas Sidney y Beatrice Webb, partidarios de Fabian;[131] tampoco se mostraba hostil en principio a la "paz y la buena voluntad" entre las naciones, aunque lo hizo después de que la primera Guerra Mundial hubiese revelado lo dañina que podía ser la guerra moderna para los sistemas comerciales y los acuerdos financieros mundiales. En una ruptura con el pasado, los gobiernos nacionales ya no pagaban sus deudas a los súbditos enemigos, por lo que se hacía imperativo evitar otro conflicto a esa escala.[132]

Con un tono menos partidista y con una actitud afable y aforística, lo que más distinguía a Withers eran sus puntos de vista sobre la guerra y las finanzas. *The Economist* de Hirst se había burlado del libro *Poverty and Waste* por considerar que el problema que Withers había abordado era bastante real —una vida desenfrenada, los ricos comprando automóviles mientras que los pobres pasaban hambre—, pero el remedio era absurdo: apelar a la buena naturaleza de los más acomodados para que ahorrasen e invirtiesen (con el fin de producir artículos de primera necesidad para la clase trabajadora, como casas o botas), sin exigirles nada en forma de impuestos más altos o reducir los desembolsos en el ejército o la armada.[133] Aunque Withers admitió que la carrera armamentista en Europa significaba un desperdicio "espantoso" y "bárbaro", no era "una complacencia propia, sino un sacrificio sufrido con alegría" y "un pequeño asunto" en comparación con el "total de nuestros gastos individuales en el dispendio y el lujo". Angell argumentó que

[131] Hartley Withers, *Our Money and the State*, J. Murray, Londres, 1917, pp. 105-119.

[132] Además de Hobson y Hobhouse, véase Withers, "Commerce and Finance as International Forces", en *The Unity of Western Civilization,* Francis S. Marvin (coord.), Oxford University Press, Oxford, 1915, pp. 198-221. En un volumen colectivo que respaldaba a la Sociedad de Naciones, y al que *sir* Edward Grey le prestó su nombre, Withers argumentó que, sin un organismo de ese tipo para mantener la paz, cada nación lucharía por lograr la autarquía, minando el comercio, a medida que el temor a la inseguridad perjudicase las finanzas; Hartley Withers, "The League of Nations: Its Economic Aspect", en *The League of Nations,* Theodore Marburg (coord.), Oxford University Press, Londres, 1919, pp. 87-100.

[133] En ese caso, su respuesta a la "cuestión social" no concordaba ni con los unionistas —que favorecían los aranceles para proteger los mercados nacionales e imperiales y dedicar el capital a la inversión nacional— ni con la mayoría de los liberales —que creían que el gobierno tenía la función de gravar los ingresos excedentes y de ocuparse del bienestar o la inversión social—: "Dejemos la cuestión del derroche nacional a los estadistas. El derroche individual es un asunto que cada cual puede afrontar por sí mismo"; Hartley Withers, *Poverty and Waste,* Smith, Elder & Co., Londres, 1914, p. 172. La respuesta de *The Economist* fue: "Es espantoso pensar en un mundo en el que la guerra y los armamentos se dejan a la voluntad desenfrenada de gobernantes y expertos irresponsables"; "Luxuries and Thrift", *The Economist,* 8 de agosto de 1914.

"la guerra no paga ni puede pagar"; pero no había podido demostrar, añadió Withers, "que no fuera más redituable ganar que ser derrotado".[134] En 1915, en su libro *War and Lombard Street,* fue igualmente pragmático, dado que explicó lo valientemente que la City había enfrentado la crisis en los días previos a la guerra en agosto de 1914: ese "rayo en un cielo despejado", cuyo exitoso aterrizaje fue "la mayor prueba de la fortaleza de Londres como centro financiero que la ciudad hubiese deseado o soñado".[135]

Withers fue una elección convincente para los fideicomisarios de *The Economist,* nerviosos como estaban de que los lectores de la City pudieran abandonar el semanario después de dos años de implacables críticas y profecías de que ocurriría una fatalidad. *International Finance,* el libro de Withers que se publicó justo antes de que asumiera el cargo, era una muestra de la manera como dirigiría el semanario, y en él se ensalzaba el heroísmo de la City durante la guerra y se ofrecía después una visión optimista de su evolución pasado ese trance; en esa obra señaló la incongruencia de las acusaciones formuladas en contra de unos banqueros asediados —tanto de haber provocado el inicio de la guerra bajo los auspicios de la diplomacia secreta como de haber conspirado para ponerle fin en una etapa temprana mediante una paz negociada—. Su trabajo como periodista que cubría a los financieros le había demostrado que "la falsa imagen popular que los describe como hombres duros, crueles y despiadados que viven de la sangre y el sudor de la humanidad" era "una alucinación tan absurda como el irlandés estereotipado de las salas de teatro", y una gran parte de ello era simplemente antisemitismo, "esa miserable reliquia de la barbarie medieval". No todos los cargos en contra de las finanzas carecían de fundamento, por supuesto: las intervenciones de la Gran Bretaña en Egipto y Sudáfrica tuvieron motivos pecuniarios; pero, en ambos casos, los tenedores de bonos y los especuladores "podrían haber estado pidiendo vanamente su dinero hasta el advenimiento de los días aciagos de no haber sido porque sus reclamos estaban en concordancia con la política imperial".[136] La influencia política de

[134] El contraste de Withers con Angell, Hirst, Paish o Hobson es marcado: si bien ellos ahora atribuían demasiado peso a las finanzas como una fuerza de paz, en el pasado habían exagerado su función en la guerra: "¿Por qué fuimos a la guerra en Sudáfrica? Las finanzas desempeñaban su función entre bastidores, pero nunca podrían haber provocado la guerra si la mayoría de nosotros no hubiésemos querido borrar el recuerdo de Majuba o pintar de rojo el mapa de Sudáfrica"; Withers, *Poverty and Waste, op. cit*., pp. 154-155.

[135] Según Withers, "sin duda alguna, Lombard Street tiene derecho a felicitarse"; en Hartley Withers, *War and Lombard Street*, Smith, Elder & Co., Londres, 1915, pp. 99 y 123. Acerca de lo ocurrido en julio y agosto de 1914, considerado como un episodio exitoso de gestión de la crisis y su paralelismo con la crisis de 2008 desde la óptica de Mervyn King, el entonces gobernador del Banco de Inglaterra, véase Richard Roberts, *Saving the City: The Great Financial Crisis of 1914,* Oxford University Press, Oxford, 2013.

[136] Más escandalosos fueron los préstamos a gobiernos insolventes, como los otorgados a Honduras, Paraguay, Costa Rica y Santo Domingo durante el periodo de 1860 a 1879; Hartley Withers, *International Finance,* E. P. Dutton, Nueva York, 1916, pp. 94 y 111.

las finanzas era minúscula cuando lo que estaba en juego era el honor nacional; la Bolsa de Valores medio vacía, las restricciones a las nuevas cotizaciones, la reducción de las tarifas de los corredores de bolsa y la garantía asumida por el Banco Central, todo indicaba cuánto habían sufrido por la guerra del momento.

Con todo, la City de posguerra emergería aún más fuerte de esa experiencia, y en esa nueva etapa, a diferencia de Hirst, Withers estaba preparado para ver cómo se inclinaba un poco hacia el libre comercio. Se necesitaría que los aseguradores estuviesen más preocupados por otorgar préstamos *productivos,* no préstamos a naciones extranjeras para construir barcos de guerra o cubrir los déficits, y añadió: "A Inglaterra puede parecerle necesario considerar la política de restringir las exportaciones de capital británico a países con los que no existen posibilidades de que alguna vez esté en guerra, especialmente a sus propios dominios en el extranjero". Su afirmación de que las finanzas eran "una mera maquinaria que ayuda, acelera y vive de la producción" incluso dejó abierta la posibilidad de que la especulación fuera algo muy diferente del sistema de crédito que mantenía en funcionamiento al comercio internacional. De lo que no dudaba era de que la City podía derrotar a Alemania y conjurar el desafío de Wall Street: "Si la guerra le enseña a trabajar arduamente y consumir poco, de tal manera que cuando llegue la paz tenga un gran volumen de bienes para exportar, no hay razón para que [Londres] no deba conservar mucho, si no todo, su antiguo prestigio en el mundo".[137] Las dudas sobre el futuro de la civilización, por no hablar de las letras de cambio inglesas, habían sido desterradas.

En el segundo aniversario de la guerra y el primer número completo de Withers como editor, *The Economist* anunció su conversión. El 5 de agosto de 1916, el semanario declaró: "Aun así, cuando se ha dicho todo lo que se puede decir acerca de la espeluznante calamidad de esta guerra, habría sido aún peor para la humanidad si se hubiese aceptado la pretensión de Alemania de dominar Europa y si su brutal ataque contra Bélgica hubiese sido un llamado en vano a un vengador". El rubor del honor resurgió; se elogiaron las hazañas de fuerzas aliadas: la "magnífica resistencia de nuestros aliados franceses en Verdún", "los gloriosos éxitos de los rusos".[138] Hirst había descrito a los alemanes como adversarios dignos, aun cuando no consideraba probable que ganasen un conflicto prolongado con la Gran Bretaña. Bajo su nuevo editor, el semanario bramó: "Nadie necesita que le digan que, si los alemanes nos vencen en el campo o en el mar, la civilización está condenada", porque las potencias centrales representaban "la crueldad y el imperio de la fuerza, la dominación y la destrucción";[139] ahora rechazaba rotundamente las propuestas de paz o las analizaba como una debilidad: "Una mera

[137] *Ibid.*, pp. 104, 167, 39 y 41.

[138] "After Two Years", *The Economist,* 5 de agosto de 1916.

[139] "Financial Heroism", *The Economist,* 6 de octubre de 1917.

estratagema diseñada para ganar tiempo, de tal manera que nuestros enemigos puedan mejorar sus defensas en el frente occidental", un "cometa lanzado al aire para confundir a la opinión pública".[140] A finales de 1916, desdeñó el plan de paz de Wilson como un disimulo del interés propio estadunidense, espoleado por el temor a los conflictos étnicos y a los ataques submarinos sin restricciones. La Gran Bretaña formularía sus propias demandas; mientras tanto, un derramamiento de sangre le vendría bien:[141] "Generaciones de prosperidad nos habían engordado y debilitado", con lo que "nos habían dejado" vulnerables al militarismo prusiano, así como a la competencia industrial. "La experiencia de la guerra nos está entrenando, o debería hacerlo, para convertirnos en atletas comerciales enjutos y lujuriosos, dispuestos a trabajar tan duro como cualquiera y a poner igual cuidado y entusiasmo en la tarea de restablecer nuestra posición comercial."[142]

Ahora bien, la jugada editorial más importante de Withers no fue tanto su respaldo a la guerra como su enfoque halagador de la función que la City podría desempeñar para ganarla. Esto requería más salero que regurgitar viejos lemas del verano de 1914; por un lado, el semanario tenía que disipar la percepción de que lo que se estaba haciendo era lucrar; por el otro, buscaba demostrar que las finanzas eran un activo tan importante para las perspectivas nacionales como todo lo adecuado para ganar la guerra: las municiones, las máscaras antigás, los convoyes navales o los reclutas. Reducir el despilfarro era de capital importancia en ambos frentes: las mujeres con abrigos de visón eran tan perturbadoras moralmente como los hombres que sorbían ostras. En un editorial puso en evidencia un artículo infame de *The Herald* sobre los nuevos ajustes dietéticos de los ricos, "How They Starve at the Ritz", para indicar "lo profundamente que los órganos de opinión de la clase trabajadora aprecian la manera como las clases acomodadas satisfacen las necesidades de la guerra mediante el sacrificio personal". Los deslices percibidos suscitaban "un espíritu muy crítico y peligroso" entre los pobres, "que se expresa en propuestas burdas e injustas para gravar el capital"; no obstante, la idea de que los capitalistas se estaban enriqueciendo era una falacia. "Las clases que perciban alquileres e intereses recibirán un ingreso bruto que será superior a los ingresos que les correspondan por los distintos préstamos de guerra —concedía—, pero, debido a un grado mucho más alto de tributación y al aumento de precios, los ingresos netos de quienes viven de alquileres e intereses se reducirán de manera considerable." Contra esos estragos, los *rentiers* no tenían defensa, y el semanario rechazó la idea de incrementar su dolor mediante el aumento de las ganancias del ca-

[140] "Peace Talk and War Measures", *The Economist,* 16 de diciembre de 1916.

[141] "Mientras tanto, los Aliados seguirán luchando con una confianza confirmada y reconfortados por las pruebas que ha dado Alemania de que agotó todos sus recursos"; "The President and Peace", *The Economist,* 30 de diciembre de 1916.

[142] "Enemy Aliens", *The Economist,* 4 de noviembre de 1916.

pital, incluso para elevar las rentas públicas:[143] "Tendremos que encontrar, para nuestros aliados y para nosotros mismos, más de 2 000 millones de libras esterlinas en 1917". Arthur Pigou, el sucesor de Alfred Marshall en Cambridge, estaba en la senda correcta, urgiendo en sus cartas recientes a *The Economist* a hacer "un uso realmente vigoroso del impuesto sobre la renta [...] y un gravamen mucho más alto y más amplio sobre los lujos de todo tipo".[144]

The Economist hizo con orgullo la siguiente observación sobre la City: "El alcance de su fortaleza financiera ha asombrado en realidad", al mismo tiempo que advertía que su "poder de permanencia" dependía de que se combatiese la inflación.[145] Las tasas salariales promedio casi se duplicaron entre 1914 y 1918 —superadas sólo por el costo de vida—, con unos mercados laborales ajustados, unas tasas de sindicalización crecientes y unos grados de gasto sin precedentes.[146] Anticipándose a esa tendencia, el semanario abogó por una acción conjunta por parte de la City y el Tesoro para absorber los salarios antes de gastarlos, de preferencia en préstamos de guerra: "No podemos demostrar a nuestros enemigos con más elocuencia nuestra determinación de sostener la causa de la libertad y la justicia hasta un final triunfante que arrojar cientos de millones a las arcas del Tesoro": *The Economist* pregonó con descaro que los préstamos para financiar la guerra eran "una fiesta rara y variada", mientras invitaba a todos, incluidos los más humildes, a convertirse en "inversionistas". Las condiciones eran atractivas, con un interés garantizado de 5% sobre préstamos a 30 años en forma de bonos al portador o acciones nominativas, que podían utilizarse para pagar los impuestos a la herencia y estaban exentos de impuestos para los residentes en el extranjero.[147] Un discurso del canciller Bonar Law en el que explicaba la reacción que esperaba de los grandes inversionistas a esas ofertas —mientras hubiese dinero la guerra no se vería obstaculizada por su carencia, aun cuando el gobierno tuviese que confiscarlo— encantó a *The Economist*: "El entusiasmo con el que el auditorio de Guildhall recibió esa franca amenaza

[143] En lo tocante a la especulación con la guerra, el semanario citó el caso de las sociedades fiduciarias de inversión, que habían perdido ingresos netos cada año desde el comienzo de la guerra: 1 432 405 libras esterlinas en 1913 se habían reducido en 23% a 1 104 631 libras esterlinas en 1916; "At the Front and at Home", *The Economist,* 24 de noviembre de 1917.

[144] "Peace Talk and War Measures", *The Economist*, *op. cit*.

[145] "After Two Years", *The Economist*, *op. cit*.

[146] Peter F. Clarke, *Hope and Glory: Britain 1900-1990*, Allen Lane, Londres, 1996, p. 96. El gasto del gobierno alcanzó un máximo de 38.7% del PIB en 1917; Stephen Broadberry y Peter Howlett, "The United Kingdom during World War I: Business as Usual?", en *The Economics of World War I,* Stephen Broadberry y Mark Harrison (coords.), Cambridge University Press, Cambridge, 2009, pp. 210 y 230.

[147] La abnegación requería pedir prestado al menos tanto como uno esperaba ahorrar durante el año: "Debe pedir prestado a su banco para pagar las mensualidades a medida que vencen y ahorrar lo más rápido posible para pagar a su banquero"; "The War Loan", *The Economist,* 13 de enero de 1917.

de coacción financiera fue una prueba notable de la disposición de la City a sufrir lo que fuere por la victoria".[148]

La misma resolución impregnaba la perspectiva política del semanario, en la que los principios liberales cedieron el paso durante los dos años siguientes a un orden de prioridades más pragmático: "¿Tenderá a aumentar la eficacia de la nación para lograr la victoria?" Cuando Lloyd George dio una cuchillada en la espalda al desventurado Asquith para formar una nueva coalición con el fin de ganar a toda costa en diciembre de 1916, *The Economist* respaldó al enérgico galés por esos motivos;[149] empero, en 1918, cuando llegaron el armisticio y, poco después, las elecciones caqui, había poco bueno que decir sobre Lloyd George o cualquier otra combinación política; sin duda alguna no sobre el Partido Laborista, con su "asombrosa y pervertida pasión por nacionalizar las cosas", ni sobre los conservadores, inclinados a hacer permanentes los aranceles en tiempos de guerra, ni sobre Lloyd George. Este último parecía dispuesto a prometer cualquier cosa a cualquiera: protección a sus socios de la coalición, una tierra "digna de héroes" a los soldados, y, "volviendo a nuestra palabra comprometida", en Versalles exigía ahora que Alemania pagara toda la guerra. Junto con Keynes, *The Economist* denunció los términos de paz negociados en Francia como vengativos y contraproducentes;[150] benevolencia que no se extendió hasta la Rusia soviética, excluida de la conferencia de paz después de que los bolcheviques se retiraran del Frente Oriental en 1917. *The Economist* veía la Revolución rusa prin-

[148] *Idem.*

[149] El semanario criticó el "vacilante" récord de la administración de Asquith durante la guerra: había avivado la inflación monetaria, dejado que las ganancias de tiempo de guerra se acumularan libres de impuestos y no logró tener el control absoluto del consumo y la producción; con todo, admitió que él y sus ministros eran "hombres agotados", que habían llevado a cabo un "gran trabajo" como "reformadores constitucionales" y habían hecho todo lo posible en los momentos de estrechez. Bajo Lloyd George, el semanario esperaba un "gobierno vigoroso": "impuestos más altos sobre los beneficios excedentes, con la prohibición de cualquier distribución de beneficios por sobre la escala anterior a la guerra, un impuesto sobre la renta más alto, impuestos especiales para todos los que estén exentos del servicio militar, restricción más severa de las importaciones innecesarias, tarifas postales más altas, impuestos de viaje e impuestos más altos para todos los lujos: alcohol, tabaco y las salas cinematográficas palaciegas"; "The Political Crisis", *The Economist,* 9 de diciembre de 1917. [*Movie palaces*: las salas de cine construidas con todo lujo entre la década de 1910 y la de 1940. (T.)]

[150] "Achievement and Promise", "Politics and Problems" y "Effort or Imagination", *The Economist,* 23 de noviembre y 7 de diciembre de 1918 y 18 de enero de 1919, respectivamente. En contraste con la propuesta de Keynes de que todas las deudas de guerra entre los Aliados fuesen perdonadas mutuamente, *The Economist,* bajo la dirección de Withers, sostenía que la Gran Bretaña debía cancelar primero las deudas que tenían con ella los aliados más débiles y, después, pedir a los Estados Unidos que "financiaran nuestra deuda con ellos con un préstamo a 40 o 50 años"; la explicación era en estos términos: "Todavía preferimos esa solución a la del Sr. Keynes, porque creemos que podemos pagarla si trabajamos arduamente y reducimos el derroche, y que ello va de acuerdo con nuestras orgullosas tradiciones financieras"; "Turn of the Year" y "The Peace Treaty", *The Economist*, 27 de diciembre de 1919.

cipalmente a través del cristal de la deuda: los trastornos de octubre, si no los de febrero, amenazaban tanto el crédito que la Gran Bretaña había otorgado a su antiguo aliado zarista (571.6 millones de libras esterlinas, más de 30% del total de préstamos de posguerra en libros) que consideró todas las opciones para obtener el reembolso, incluido un bloqueo y la invasión para aplastar al nuevo régimen.[151]

The Economist insistía ahora en volver al libre comercio, que había sido la base de la paz y la prosperidad antes de 1914, con aranceles y otras medidas de coacción justificadas solamente por la lucha a vida o muerte que había seguido. En 1918 respaldó sin dudarlo el informe provisional del Comité Cunliffe, así como su llamamiento a un rápido retorno a la convertibilidad del oro al tipo de cambio anterior, la retirada de los Estados de los mercados monetarios y de capital y una serie de superávits presupuestarios para pagar la deuda.[152] Hasta 1921, la característica política más llamativa del semanario fue que evitaba la política: un triunfo notable, dada la crisis que en ese momento había en Irlanda, de la que se suponía que seguía en la edad de oro anterior a 1914. Después de enviar al olvido al Partido Parlamentario Irlandés por respaldar a la Gran Bretaña en la guerra, los republicanos irlandeses estallaron contra el dominio británico en 1919, lo que provocó una sangrienta guerra de guerrillas que perduró hasta la independencia, en 1921.[153] Ese septiembre, Withers se escabulló para asumir una lucrativa posición en *The Saturday Morning Post*. Un año más tarde, los conservadores expulsaron a Lloyd George, lo cual marcó el final no solamente de su cargo de primer ministro, sino también el de cualquier otro miembro del Partido Liberal: por sí solo, el partido nunca ha vuelto a capturar el poder en la Gran Bretaña.

[151] Al principio, la Revolución de febrero le pareció una buena noticia a *The Economist,* tanto para los esfuerzos de guerra como para el aumento de los ingresos; "The Russian Revolution and War Finance", "The Russian Kaleidoscope" y "Russia's Economic Position", *The Economist,* 17 de marzo y 22 de diciembre de 1917 y 5 de enero de 1918, respectivamente. En la secuela de octubre, el corresponsal de *The Economist* en Wall Street escribió: "Sin duda, esas deudas serán reconocidas tan pronto como el Gobierno Provisional Panruso (Directorio de Omsk, de perfil antibolchevique) tome formalmente su lugar entre las potencias" —es decir, los caucásicos, respaldados por los franceses, los británicos, los estadunidenses y otras siete fuerzas expedicionarias, ganen la guerra civil—; "Russian Default" y "Soviet Russia", *The Economist,* 19 de julio y 13 de diciembre de 1919. El semanario abandonaría pronto esa esperanza; véase "The Results of Bolshevism", *The Economist,* 28 de mayo de 1921. Véase también Keith Neilson, *Strategy and Supply: The Anglo-Russian Alliance, 1914-1917,* Allen & Unwin, Londres, 1984, p. 316, y Hew Strachan, *Financing the First World War,* Oxford University Press, Oxford, 2004, pp. 179-181.

[152] "Back to Sanity", *The Economist,* 2 de noviembre de 1918. Respecto a las críticas de Withers contra las finanzas en tiempos de guerra y la confianza en que el plan del gobernador del Banco de Inglaterra eliminaría a los rivales de la City, véase su *War-Time Financial Problems,* J. Murray, Londres, 1919.

[153] Los únicos artículos titulares sobre la guerra en Irlanda aparecieron después de que Withers se hubiese marchado, mientras se negociaba un acuerdo de paz: un cambio de política que, ya para entonces, el semanario apoyaba; véase "Policy and Principle", *The Economist,* 5 de noviembre de 1921.

¿La extraña muerte del liberalismo?

El liberalismo pasó de una victoria aplastante en 1906 a eclipsarse en 1922, un ascenso y una caída cuya explicación ha planteado muchas dificultades a los historiadores. Aunque había sido común atribuir su "extraña muerte" al agotamiento ideológico, a medida que se enfrentaba a los desconcertantes desarrollos del siglo XX —el sindicalismo y los derechos de la mujer, además de un ardiente nacionalismo en Irlanda—, el péndulo ha oscilado desde entonces en la otra dirección:[154] no solamente utilizaron con audacia sus formidables recursos intelectuales para fomentar la reforma social, sino que su colapso posterior tuvo poco que ver con sus fallas en ese esfuerzo.[155] Desde ese punto de vista, la caída del último gobierno del Partido Liberal, puesta en marcha por sus propios dirigentes en 1916, fue contingente, producto de un choque de personalidades, no de políticas. El deseo de "deshacerse" de *lord* Kitchener de la Oficina de Guerra y las ambiciones desenfrenadas de Lloyd George dividieron al partido y lo llevaron al exilio electoral permanente.[156] En esa narrativa, por supuesto, la primera Guerra Mundial fue en sí misma puramente contingente: un rayo salido de la nada que cayó sobre la Gran Bretaña y los desprevenidos liberales que por casualidad la gobernaban en ese momento. Si bien es cierto que Hirst dio voz a una corriente de envergadura del Partido Liberal que llegó al poder en 1906, su despido de *The Economist* en 1916 implica una imagen estructural más compleja de los conflictos y las culpabilidades que llevaron a su caída. El tema de la guerra fue un

[154] La explicación clásica es la de Dangerfield, *The Strange Death of Liberal England...*, *op. cit*.

[155] "No se pueden relacionar las respuestas a la eterna pregunta sobre las causas del derrumbe del Partido Liberal con la calidad de la ideología que tenía a su disposición", porque estaba "mejor preparado que cualquier otra fuerza ideológica para manejar los apremiantes problemas sociales que por fin le habían asegurado el protagonismo político"; Freeden, *The New Liberalism…*, *op. cit*., pp. 21-22 y 225.

[156] Packer hace hincapié en la admirable adaptabilidad del liberalismo a las responsabilidades del siglo XX, en este caso "librar una guerra moderna y total". Ni siquiera la abrogación del libre comercio o el servicio militar obligatorio lograron dividir al partido; no tenía "problemas muy arraigados" y "el gobierno no se disolvió porque lo hayan torturado los principios liberales, sino por una crisis política imprevista"; Ian Packer, *Liberal Government and Politics, 1905-15,* Palgrave Macmillan, Basingstoke/Nueva York, 2006, pp. 177-180. Véase también Cameron Hazlehurst, *Politicians at War, July 1914 to May 1915: A Prologue to the Triumph of Lloyd George*, Knopf, Nueva York, 1971, p. 264. Soutou ofrece un poderoso antídoto contra esas explicaciones tan benignas, argumentando que la división del gabinete entre, por un lado, aquellos que temían la dependencia de los Estados Unidos y favorecían una paz negociada para evitar el conflicto bélico y, por otro, aquellos que estaban dispuestos a luchar costara lo que costare enfrentó a las finanzas contra la industria, en una batalla que perdieron los primeros; Georges-Henri Soutou, *L'Or et le sang: les buts de guerre économiques de la Première Guerre mondiale,* Fayard, París, 1989, pp. 364-372. A ese respecto, se requiere precaución: como lo indica la expulsión de Hirst casi al mismo tiempo que Asquith, es discutible que la City se haya opuesto al fin de "los negocios como de costumbre" hacia 1916.

elemento integral de la lucha por dirigir y definir el nuevo liberalismo hasta 1914, y en ese debate el imperio, las finanzas y la democracia fueron los términos clave.

Ciertamente, Hirst y sus aliados sobreestimaron su fuerza, quizá debido en parte a su dominio de las palancas de la opinión, desde la Federación Liberal hasta la prensa; pero si bien los radicales pueden haber marcado el ritmo en la Gran Bretaña, el nuevo liberalismo estuvo desde el principio en manos muy diferentes en el extranjero. En este ámbito los imperialistas liberales se esforzaron por la "continuidad" con los conservadores, los que al comienzo del nuevo siglo habían llegado a la conclusión de que, con el surgimiento de potencias imperiales competidoras en Europa —sobre todo en Alemania, aunque también Rusia en Asia—, ya no era posible preservar el Raj británico en todo el mundo sin aliados.[157] Mientras estuvieron en el cargo, los liberales mantuvieron la alianza formal con Japón; y, en 1907, actuando en secreto, extendieron el tipo de acuerdo alcanzado con Francia a Rusia, lo que a partir de entonces llevó de manera implacable a la Gran Bretaña a formar parte de una *Triple Entente* tácita, reunida en contra de las potencias centrales de Alemania y el Imperio austrohúngaro, a pesar incluso de que Grey lo negara constantemente insistiendo en que la Gran Bretaña tenía las "manos libres". Cada vez que Hirst pensaba que los liberales radicales habían dado jaque mate a los imperialistas —a partir de la aparente derrota que le infligiera Campbell-Bannerman a su complot de 1905 para derrocarlo en adelante—, estos últimos retrocedían como un resorte, sólo para saltar hacia delante con mayor fuerza.[158]

Aun cuando la diplomacia británica ocultó su determinación de defender al Imperio en contra de lo que, supuso, era el creciente desafío de Alemania, es difícil sostener que los radicales fueron simplemente víctimas de un enredo en 1914, como lo sugiere a todas luces su incapacidad para oponerse a que la Gran Bretaña se precipitase a la carnicería. Fuera del gabinete, las

[157] *Lord* Rosebery, quien hizo hincapié en la importancia de la continuidad ante sus seguidores, fue superado por Grey, un imperialista aún más ferviente, avergonzando incluso al primero con sus llamamientos a apoderarse de todo el valle del Nilo y Uganda en 1894. Grey llegó al Ministerio de Asuntos Exteriores con la *idée fixe* de que Alemania era "el peor enemigo y el mayor peligro" de la Gran Bretaña; "Grey to Henry Newbolt", enero de 1903, en Keith Robbins, *Sir Edward Grey: A Biography of Lord Grey of Fallodon,* Cassell, Londres, 1971, p. 131. Respecto a la evolución que alejó a la Gran Bretaña del "espléndido aislamiento" de Salisbury a principios de siglo xx, véase George W. Monger, *The End of Isolation, British Foreign Policy, 1900-1907,* Thomas Nelson & Sons, Londres, 1963, pp. 1-20, y Keith Wilson, *The Policy of the Entente: Essays on the Determinants of British Foreign Policy 1904-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, pp. 5-6, y *passim*.

[158] Acerca de las deficiencias de los radicales y el grado en que Grey estaba aislado de ellos, en un Ministerio de Asuntos Exteriores distinguido por su "exclusividad social", que consideraba a los "arbitracionistas" y a los "reduccionistas" como "entrometidos indiscretos" y "diplomáticos aficionados", véase Zara Steiner y Keith Neilson, *Britain and the Origins of the First World War,* Macmillan Education, Londres, 1988, pp. 136-181 y 184.

piadosas invocaciones de Gladstone tuvieron el efecto deseado, y muchos de los aliados de Hirst se unieron para apoyar a Bélgica después de que Grey invocara al Grandioso Anciano (Gladstone) para argumentar que la Gran Bretaña tenía el deber moral de defenderla. Leonard Hobhouse acabó por ver la guerra a través de ese prisma, tratando de explicarle a su hermana Emily su viraje, hacia 1914, de pro bóer a antihunos (los alemanes) en estos términos: "Casi todos los que simpatizaban con los bóeres como una pequeña nación que lucha por la libertad simpatizan ahora con los belgas que luchan por la libertad".[159] En el seno del gabinete, Bélgica no tenía voz en lo tocante a la decisión de ir a la guerra, tomada dos días antes de su invasión, aunque sus méritos fueron considerados como un pretexto. "Eso simplifica las cosas", escribió Asquith. Para Lloyd George, según informó su amante, fue, "para ser cínico, una excusa enviada del cielo".[160] La sombra de Gladstone implicaba una lección diferente para los ministros: la frugalidad. Churchill jugó una mano que le había ganado muchas bazas cuando, el 2 de agosto, le pasó una nota a Lloyd George: "La guerra naval será barata, no más de 25 millones de libras esterlinas al año".[161] El costo de la intervención tendría un buen rendimiento mediante una veloz campaña en altamar.

Hirst no se conmovió ni por el llamado a la moralidad en los asuntos internacionales ni por el señuelo de que se pudiera hacer la guerra a bajo precio; sin embargo, su supuesto básico sobre el liberalismo —que implicaba un imperio de libre comercio, mantenido así, por una parte, mediante el capital financiero y, por la otra, mediante una armada poderosa— no tenía nada de la fuerza inherentemente pacífica que él le atribuía. Como bien sabía Hirst, Japón había estado aprovechando los mercados monetarios de Londres para financiar una guerra contra Rusia en el Lejano Oriente, donde sus asombrosas victorias en tierra y mar aumentaron su crédito lo suficiente en 1905 como para forjar un imperio en Asia.[162] Tokio pidió prestados 84 millones de

[159] "L. T. Hobhouse to E. Hobhouse", 24 de diciembre de 1914; en Clarke, *Liberals and Social Democrats*, *op. cit*., p. 168.

[160] Newton, *Darkest Days…*, *op. cit*., pp. 267-268; "Asquith to Stanley", 4 de agosto de 1914, en Herbert Henry Asquith, *Letters to Venetia Stanley,* Oxford University Press, Oxford, 1982, p. 150, y Frances Stevenson (Frances Lloyd George), *The Years That Are Past. The Autobiography of Frances Lloyd George. With Special Reference to David Lloyd George,* Hutchinson, Londres, 1967, pp. 73-74.

[161] Grey también barajó la idea de una guerra naval poco costosa: "En nuestro caso, dado que tenemos una flota poderosa a la que creemos capaz de proteger nuestro comercio, de proteger nuestras costas y de proteger nuestros intereses, si estuviésemos en guerra sufriríamos, pero apenas poco más de lo que sufriremos incluso si nos mantenemos al margen"; HC Deb, 3 de agosto de 1914, vol. 65, col. 1823.

[162] Hirst no estaba menos entusiasmado respecto a Japón que su antecesor, aunque, permaneciendo bajo su mando, el semanario advirtió que "un incremento tan asombroso" de su deuda externa —"115 millones de libras esterlinas en comparación con aproximadamente siete millones antes de la guerra" con Rusia—, "por más que fuese ocasionado por unos acontecimientos que han elevado a la prestataria al rango más importante de las naciones, no puede ser tomado

libras esterlinas entre 1897 y 1913, convirtiéndose en el mejor cliente de la City en los años previos a la primera Guerra Mundial.[163] Lloyd George fue muy explícito sobre la relación entre las inversiones extranjeras de ese tipo y la condición de la Gran Bretaña como una gran potencia; su discurso de 1911 en la Mansion House de Londres (residencia del alcalde de la City y dirigente de la City of London Corporation) bien pudiera haberle servido como una advertencia a Hirst de que el financiamiento del libre comercio podría justificar la guerra con la misma facilidad que crear "rehenes para la paz".[164] La optimista teoría de Norman Angell sobre la exportación de capitales, que también reconocieron Hirst y Paish (al igual que Hobson), no era más persuasiva antes que después de agosto de 1914, cuando los acontecimientos parecían corresponder al análisis contrario del "capital monopólico" que postulaba Lenin. Las suposiciones de autosuficiencia de un imperio liberal —contrapuesto a un imperialismo deplorablemente agresivo— también propulsaron a la Gran Bretaña al enfrentamiento con Alemania, es decir, aun cuando Hirst, Paish y Hobson tuviesen la rectitud personal de oponerse a la entrada en una guerra en contra de ella.[165]

a la ligera". Sin embargo, había "todo para inspirar confianza": valor marítimo, un fondo de amortización y saldos de efectivo en el extranjero. Veía una gran promesa en los valores ferroviarios desarrollados para abrir Manchuria, Corea y Taiwán; "Japan as a Borrower", *The Economist,* 20 de julio de 1907. Para Masuda Takashi, entonces en Londres como directivo de la rama mercantil de la empresa Mitsui, esos países eran "los Rothschilds de Japón"; véase *The Economist,* 9 de noviembre de 1907 y 5 de enero de 1908.

[163] En 1897 Japón utilizó una indemnización de guerra de Pekín de 1895 (230 millones de taeles de plata depositados en el Banco de Inglaterra) para pasar al patrón oro, la condición previa para su orgía de préstamos. Los 82 millones de libras esterlinas que China tomó prestados durante el mismo periodo —para pagar "por su propia subyugación" a los europeos y a los japoneses— también deben ser incluidos en el total de la City; Mark Metzler, *Lever of Empire: The International Gold Standard and the Crisis of Liberalism in Pre-War Japan,* University of California Press, Berkeley, 2006, pp. 3 y 258. De esa manera, la City se benefició de ambos extremos de la redistribución imperial en Asia.

[164] "No se ha apreciado lo suficiente hasta qué punto la política nacional del canciller se basaba en mantener el flujo de exportación de capital"; Offer, "Empire and Social Reform…", *op. cit*., p. 128. Los lazos de Lloyd George con la City se extendieron, con información privilegiada, a sus transacciones en acciones de Marconi en 1912 y a su rescate del sector financiero en julio-agosto de 1914 (véase más adelante).

[165] En una introducción a la publicación de la carta de renuncia de Morley en 1914, 10 años después del armisticio, Hirst hizo notar que, en 1907, Morley había criticado el memorando de Crewe, un informe secreto del Ministerio de Asuntos Exteriores en el que se sostenía que el ascenso de Alemania representaba una amenaza mortal para la preservación del Imperio británico, intimidación que tendría que enfrentarse con todas las medidas necesarias. Morley consideraba que la carta era demasiado hostil a Berlín y se centraba excesivamente en el "equilibrio de poder", pero estuvo de acuerdo en dos aspectos, que Hirst aprobó como principios básicos de su propio liberalismo: primero, en "que Inglaterra era el enemigo natural de cualquier país que amenazase la independencia de otros y el protector natural de las comunidades más débiles"; segundo, en que "las naciones siempre han valorado el derecho al libre intercambio y al libre comercio en los mercados del mundo, y, conforme Inglaterra defiende el principio de la mayor

Dada la prioridad absoluta de la exportación de capitales para la visión liberal del libre comercio y el imperio, es sorprendente ver cuán seriamente se toman los académicos contemporáneos la "riña" entre el partido y la City sobre los impuestos, las pensiones de vejez, etcétera.[166] Sin duda alguna, a juzgar por los patrones de votación en la City, muchos banqueros, operadores de bolsa, comerciantes y otros abandonaron el liberalismo, y lo hicieron por motivos lógicos, aunque bastante miopes: entre unos aumentos incluso leves de su factura fiscal y los aranceles —que también podrían mitigar el riesgo de sus considerables inversiones imperiales—, optaron por la protección y por los *tories*.[167] Con todo, los liberales no eran tan volubles: si bien una mirada rápida a *The Economist* muestra tensiones obvias entre éste y los sectores de la comunidad financiera en lo concerniente al Presupuesto del Pueblo, un examen más detallado revela un hecho más asombroso: el tono de súplica, la pasión por mantener a la City de Londres como el corazón palpitante de las finanzas y el intercambio comercial mundiales. La propensión a comparar a los banqueros con los pingüinos o a sulfurarse contra actores individuales como *lord* Rothschild no debe confundirse con una oposición a la City en cuanto tal; ni tampoco debe oscurecer la importancia capital de las finanzas para la constitución fiscal-política del Nuevo Liberalismo, como lo demostró con mucha claridad Lloyd George en el verano de 1914. En esos momentos, él llevó a cabo un rescate sin precedentes de la City, en lo que un comentarista ha denominado "la crisis sistémica más grave que jamás haya experimentado Londres, incluso más que en 1866 o que durante el periodo de 2007 a 2008": en un mes, el Banco de Inglaterra distribuyó 133 millones de libras esterlinas, es decir, el 5% del producto interno bruto (PIB), entre los

medida de libertad general de comercio, indudablemente fortalece su influencia sobre la amistad interesada de otras naciones, al menos hasta el grado de hacerlas sentirse menos aprensivas respecto a la supremacía naval en manos de una Inglaterra defensora del libre comercio de lo que se sentirían frente a una potencia proteccionista predominante. Ése es un aspecto de la cuestión del libre comercio que podría pasarse por alto"; véase John Morley, *Memorandum on Resignation, August 1914,* Macmillan, Nueva York, 1928, pp. XXVII-XVIII.

[166] En lo que respecta a la "promesa democrática" de los liberales de reinar en las "finanzas cosmopolitas", véase Anthony C. Howe, "The Liberals and the City 1900-1931", en *The British Government and the City of London…, op. cit.*, Michie y Williamson (coords.), pp. 136-138 y 140. "La política seguida no reflejaba el dominio de un grupo de intereses creados en particular, porque eso amenazaría la suposición de que el Estado actuaba de forma desinteresada. La equidad era algo más que un recurso retórico; era necesario ver que se aplicase"; Martin Daunton, *Trusting Leviathan: The Politics of Taxation in Britain, 1799-1914,* Cambridge University Press, Cambridge, 2007, p. 388.

[167] "La fuerza del nuevo liberalismo no radica en su trascendencia de la política de Cobden", sino en "su capacidad para disociar el libre comercio del *laissez-faire*"; Howe, *Free Trade…, op. cit.*, pp. 192-193 y 268-272. La reacción hostil de la City a los presupuestos de los nuevos liberales, que Howe detalla, debe matizar un poco esa conclusión: en efecto, la City eligió entre lo que deben haber sido considerados como dos tipos diferentes de interferencia en el libre comercio: optar por los impuestos directos y por la protección.

bancos en general y los de descuento, eliminando de sus libros contables un tercio de todo el mercado de descuentos.[168]

¿Qué ocurrió con la "promesa democrática" del partido durante esos años, que también ha sido reevaluada positivamente desde que Dangerfield hizo su mordaz evaluación: estancamiento de los derechos al voto para las mujeres y los trabajadores varones y una negligencia oportunista del autogobierno para Irlanda? En este caso, gracias a los análisis de los presupuestos de los liberales y a los cambios al régimen tributario que introdujeron entre 1905 y 1914, se observan bajo una luz más clara sus afirmaciones de ser los representantes de la equidad y el progreso. Tal como sucedió, ninguno de estos principios fue incompatible con las desiguales cargas impositivas: en 1914, los trabajadores continuaron pagando una porción mayor de sus ingresos en impuestos indirectos que prácticamente cualquier otra persona, y, si bien el Presupuesto del Pueblo introdujo las pensiones de vejez, también gravó los "lujos" de los trabajadores, como los licores y el tabaco, mientras que tres cuartas partes de los nuevos seguros de desempleo y médico fueron financiadas con los salarios. Los mayores beneficiarios de las finanzas del nuevo liberalismo no fueron ni los pobres ni los muy ricos —aquéllos que, ganando más de 10 000 libras esterlinas, sí vieron aumentar los impuestos sobre los ingresos no derivados del trabajo—, sino los individuos pertenecientes a las clases medias, la mayoría de los cuales pagaban menos en 1914 que en 1905, "cuando el impuesto sobre la renta, hasta entonces indiferenciado, se había mantenido en un chelín por libra esterlina".[169] Resulta extraño considerar la reforma social y la diferenciación y la graduación de los impuestos como puntos de inflexión para el liberalismo, pero no las intervenciones en tiempos de guerra que también tuvieron lugar bajo él, eclipsando esas incursiones anteriores. Los liberales, cuyo último presupuesto de 207 millones de libras esterlinas en tiempos de paz fue considerado como una revolución fiscal, gastaron más de la mitad en rescatar a los bancos, antes de enviar a un cuarto de millón de hombres a la

[168] Lloyd George calculó el costo final del plan de "almacenamiento en frío" del gobierno, que garantizaba que el Banco de Inglaterra compraría 50 millones de libras esterlinas en billetes no comercializables; Roberts, *Saving the City…*, *op. cit*., pp. 5, 158 y 237. Hirst lo calculó en 200 millones de libras esterlinas en caso de que fuese una guerra prolongada; "The War, Trade and Finance", *The Economist,* 22 de agosto de 1914. Bajo su mando, el semanario tuvo la congruencia de oponerse a movimientos como el cierre de la Bolsa de Valores, o lamentarse de él, haciendo notar en una reseña del libro de Withers lo siguiente: "Es difícil entender por qué un gobierno tan versado en la diplomacia secreta no hizo preparativos financieros secretos para la Gran Guerra, a la que, como ahora se sabe, habían apuntado sus conversaciones militares y navales"; *The Economist,* 6 de febrero de 1915.

[169] Bruce K. Murray se basa en parte en las cifras que Herbert Samuel compiló y presentó en 1919 a la Royal Statistical Society en "The Taxation of the Various Classes of the People", *Journal of the Royal Statistical Society,* vol. 82, núm. 2, marzo de 1919, pp. 143-182; Murray, *The People's Budget*, *op. cit*., pp. 290-296 y 310-311.

muerte en la primera Guerra Mundial, al son de 9 500 millones de libras esterlinas.[170]

Un examen de su relación con el imperio, las finanzas y la democracia da una imagen diferente del ascenso y la caída del liberalismo. Quizá lo más asombroso de esa historia sean sus consecuencias: la supervivencia de los principios centrales del liberalismo y su resurgimiento después de la guerra como virtualmente hegemónicos. Raramente en la historia el poder político asociado a una corriente de pensamiento ha cedido sin que su legitimidad intelectual también haya decaído. El historiador A. J. P. Taylor afirmó: "Para el otoño de 1916, el liberalismo económico ya se había agotado [...] Las únicas opciones lógicas eran abandonar el liberalismo o abandonar la guerra".[171] *The Economist* es un testimonio de lo fugaz que fue ese juicio: el semanario no sólo insistió con éxito en que las políticas económicas liberales fuesen mantenidas en la medida de lo posible durante la guerra y, posteriormente, después del Armisticio, reimpuestas, sino que, en los casi 100 años transcurridos desde entonces, su circulación y su influencia han florecido como nunca antes.

[170] O alrededor de 44 000 millones de dólares a precios de 1913; Stephen Broadberry y Mark Harrison, "Introduction", en *The Economics of World War I*, *op. cit.,* Broadberry y Harrison (coords.), p. 23.

[171] Alan Joe P. Taylor, *Essays in English History*, Penguin/Hamish Hamilton, Londres, 1976, p. 233. Para contar con una visión contrastante del grado en que la Gran Bretaña realmente perdió "los beneficios de una economía de mercado liberal" en tiempos de guerra, véase Broadberry y Howlett, "The United Kingdom during World War I: Business as Usual?", en *The Economics of World War I*, *op. cit*., Broadberry y Harrison (coords.), pp. 206-234.

V. EL ORO PROPIO: WALTER LAYTON Y LA LIGA DE LAS NACIONES

Walter Layton renunció a *The Economist* en agosto de 1914, después de que el editor Francis Hirst se negara a utilizar el semanario para subyugar a la City de Londres haciéndola trabajar para la guerra: "La hierba crecerá en Lombard Street antes de fin de año", opinaba Hirst. A finales de 1921 Layton regresó a *The Economist,* pero en un mundo plagado de señales de que Hirst había tenido razón: de que cuatro años y medio de guerra total habían asestado un grave golpe al liberalismo encarnado por *The Economist,* comenzando con el orden internacional de libre comercio que la Gran Bretaña presidía como la principal nación imperial.

Desde Flandes hasta los Dardanelos, el mapa de Europa estaba manchado de sangre: cerca de 750 000 soldados británicos habían muerto, junto con 250 000 procedentes de todas las colonias y dominios. El imperio era entonces más grande que nunca, dado que la Gran Bretaña había adquirido vastos territorios de los derrotados alemanes y otomanos y se extendió en forma de un "semicírculo irregular", desde el suroeste de África hasta el Medio Oriente y el Pacífico;[1] sin embargo, también se había expandido hasta puntos tan lejanos una ola de nacionalismo anticolonial, socavando la legitimidad del gobierno imperial y aumentando el costo de hacerse respetar. En 1919, los manifestantes encabezados por el Partido Wafd (Partido de la Delegación) de Egipto, de tendencia nacionalista y liberal, frustrados por haber sido excluidos de las negociaciones de paz en París, tomaron las calles en ese país. En la India, un general británico ordenó a las tropas que dispararan contra una multitud desarmada en la ciudad de Amritsar; mataron al menos a 500 manifestantes, lo cual enardeció a los nacionalistas indios y le dio al rey afgano Amanulá Khan un pretexto para invadir la India desde el norte.[2] Árabes y judíos por igual se amotinaron en la Palestina, un territorio recientemente bajo el mandato de la Gran Bretaña. Hacia 1920 habían estallado revueltas abiertas en Mesopotamia, Persia e Irlanda, donde miles de antiguos militares —uniformados con equipos paramilitares e identificados como las

[1] Así fue como L. S. Amery —a quien el vizconde Milner había llevado al gobierno de Lloyd George— describió la situación al Gabinete de Guerra Imperial en 1917; John Gallagher, "Nationalisms and the Crisis of Empire, 1919-1922", *Modern Asian Studies,* vol. 15, núm. 3, 1981, p. 356.

[2] Alfred Draper, *Amritsar: Massacre That Ended the Raj,* Macmillan India, Nueva Delhi, 1981, p. 96, y John Darwin, *Britain, Egypt and the Middle East: Imperial Policy in the Aftermath of War, 1918-1922*, St. Martin's Press, Nueva York, 1981, pp. 66-79.

fuerzas armadas de los "negros y morenos" y las tropas auxiliares— sembraron el terror en sus intentos por expulsar a los rebeldes republicanos desde la localidad de Balbriggan hasta la ciudad de Corcaigh (Cork).[3] La coalición de Lloyd George se disolvió finalmente en 1922, cuando los dirigentes conservadores y de las colonias semiindependientes se negaron a seguirlo en otro enfrentamiento imperial, en esa ocasión con los nacionalistas kemalistas de Turquía, que avanzaban hacia los estrechos ocupados por los aliados.

Más alarmante incluso que la insurgencia colonial para las perspectivas de la civilización liberal tal como se entendía en Londres fue el evidente desmoronamiento de su base económica: el libre comercio estaba siendo atacado tanto en el exterior como en el interior, donde los aranceles para salvaguardar a las llamadas industrias estratégicas, desde las válvulas inalámbricas hasta los productos químicos, superaron a los de los lujos de tiempos de guerra, como los relojes y los automotores. Mientras tanto, el gobierno frugal estaba enterrado bajo una deuda de 7 500 millones de libras esterlinas: el gasto público, equivalente a 40% del producto interno bruto (PIB), se había multiplicado por 13 en cuatro años, y el rendimiento de los préstamos solamente cubría dos tercios de ese gasto.[4] El hecho de que la Gran Bretaña se hubiese endeudado tanto, no solamente por su propia cuenta sino también por la de sus aliados, tuvo profundas consecuencias: en 1918, debía 1 300 millones de dólares a los Estados Unidos, país hasta entonces receptor de la mayor proporción del capital inglés, lo cual reflejaba una liquidación de activos almacenados en ese país que, a su vez, socavó el patrón oro, administrado por Londres. La convertibilidad de la libra esterlina en oro era *el* símbolo del dinero sólido y de la seguridad en el intercambio mundial; pero, en marzo de 1919, debido a que la convertibilidad fue suspendida al comienzo de la guerra, la libra se dejó flotar libremente frente al dólar estadunidense y se devaluó, una señal de la disminución de la confianza que inspiraba la moneda británica en relación con el dólar.[5]

[3] Los "negros" y los "caquis" complementaron a la Real Policía Irlandesa y a las tropas regulares; Charles Townshend, *The British Campaign in Ireland 1919-1921: The Development of Political and Military Policies,* Oxford University Press, Oxford, 1975, pp. 25, 43 y 110, y Jon Lawrence, "Forging a Peaceable Kingdom: War, Violence, and Fear of Brutalization in Post-First World War Britain", *Journal of Modern History,* vol. 75, núm. 3, septiembre de 2003, pp. 557-589.

[4] Los impuestos fueron el origen del aumento del resto. En 1914 Lloyd George había escandalizado con un presupuesto de 200 millones de libras esterlinas; en 1919, ya como primer ministro, su primer presupuesto en tiempos de paz fue de más de 2 500 millones de libras esterlinas, algo asombroso incluso con unos precios que casi se habían triplicado; Stephen Broadberry y Peter Howlett, "The United Kingdom during World War I", en *The Economics of World War I, op. cit.*, Broadberry y Harrison (coords.), pp. 217-222.

[5] La liberación de la libra esterlina en 1919 fue decidida como un paso previo al retorno al patrón oro y con el propósito de dar tiempo al Banco de Inglaterra para que recuperase el control de los mercados y retuviese las reservas en oro sin restringir el crédito durante la desmovilización; Donald Winch, *Economics and Policy: A Historical Study,* Hodder and Stoughton, Londres, 1969, p. 79.

Si no se podían volver a unir esas piezas entrelazadas de la economía política anterior a la guerra, era lógico que tampoco podía restaurarse el comercio mundial, que hasta 1914 había dependido de la City de Londres para suscribirlo, financiarlo, organizar las exportaciones e intervenir con el fin de que siguiese funcionando. La Gran Bretaña también era dependiente en igual medida de ese comercio; cuando Layton se convirtió en editor de *The Economist* en agosto de 1921, un auge vertiginoso de reposición de existencias había fracasado y el desempleo estaba en un 17% sin precedentes y en el doble en las antiguas industrias básicas del carbón, el hierro y el acero, así como la construcción naval y los textiles.[6] La concentración de los males en los intercambios de exportación era aún más preocupante, porque éstos habían estado bajo presión desde el decenio de 1870, cuando, con el pretexto de los aumentos de los aranceles, los fabricantes alemanes y estadunidenses comenzaron a reducir drásticamente su participación en los mercados mundiales. Lo que la guerra había debilitado enormidades en esos momentos era la capacidad de la Gran Bretaña para cubrir, como antes lo hacía, los déficits comerciales resultantes con ingresos invisibles puestos en circulación por medio de la City.[7]

El orden liberal no solamente enfrentaba amenazas de un tipo casi inimaginable para los anteriores editores de *The Economist,* sino que esas amenazas convergían en su propio terreno: el mundo del comercio y las finanzas, sus instituciones, sus mercados y sus hombres, y no obstante, por asombroso que parezca, ese liberalismo que tenía su eje en la City salió de la guerra nimbado de una mayor resolución ideológica; lo dinamizaban hombres como Layton… *debido* a la experiencia que éstos tenían al respecto, no a pesar de ella. *The Economist* reflejaba esa confianza, arraigada en la perspectiva más amplia de quienes lo leían y lo escribían, en que, a cada uno de los desafíos planteados por la Gran Guerra —tres en particular: preservar la paz, reactivar el comercio mundial y manejar las demandas de autodeterminación democrática—, el liberalismo le ofrecía no solamente las mejores soluciones, sino también las únicas creíbles.

El "extraño" renacimiento del liberalismo

En cuanto a la primera y más urgente interrogante —cómo evitar que volviera a ocurrir algo parecido a la primera Guerra Mundial—, la respuesta oficial

[6] Barry Eichengreen, "The British Economy between the Wars", en *The Cambridge Economic History of Modern Britain,* Floud y Johnson (coords.), *op. cit.,* vol. II, p. 323.

[7] Japón y la India también comenzaron a competir seriamente con Lancashire; Robert Skidelsky, "Retreat from Leadership-The Evolution of British Economic Foreign Policy, 1870-1939", en *Balance of Power or Hegemony: The Interwar Monetary System,* Benjamin M. Rowland (coord.), New York University Press, Nueva York, 1976, pp. 165, 173, 175-177.

del periodo adquirió forma durante la guerra misma y fue la creación de un vástago del principal estadista imperial de la Gran Bretaña de la generación anterior: el propio Salisbury. En 1916, cuando Lloyd George llegó al poder, intensificó el esfuerzo bélico. Al unirse al gobierno de coalición, *lord* Robert Cecil, el tercer hijo de Salisbury, un conservador partidario del libre comercio, se convirtió en ministro encargado del bloqueo de Alemania —diseñado para someterla por hambre en caso de que no sucumbiera bajo el "golpe de gracia" de los ejércitos de la *Entente* prometido por Lloyd George—, y propuso que, una vez que se lograse la victoria, se creara una Liga de las Naciones. En 1918, después de que Woodrow Wilson se convenció de que la idea era buena, el gabinete la adoptó: a partir de entonces, los comités interaliados que coordinaban todo, desde el transporte hasta las finanzas, sirvieron para su personal como modelos de la gobernanza mundial que la Liga podría instaurar.[8] A su debido tiempo, Cecil —responsable de la muerte de unos 400 000 civiles alemanes que sucumbieron de hambre o enfermedades durante el bloqueo— recibiría el Premio Nobel de la Paz por su contribución al nacimiento de la Liga de las Naciones.

La idea de Cecil era que la Liga de las Naciones actuaría como el eje de una *Pax Anglo-Americana* después de la guerra, y Wilson hizo suya esa visión británica. De camino a las conversaciones del tratado de paz en las afueras de París, el presidente estadunidense, estudioso de Gladstone y Bagehot, afirmó: "El liberalismo es lo único que puede salvar a la civilización del caos; debe ser más liberal que nunca, debe incluso ser radical", para contrarrestar el "veneno" del bolchevismo que la Revolución rusa de 1917 había esparcido.[9] Una vez en Versalles, ignorando a sus propios consejeros, Wilson coincidió con Jan Smuts, el primer ministro sudafricano, arquitecto del *apartheid,* quien postuló al Imperio británico como modelo y socio de la Liga de las Naciones, con el mandato de "cuidar" a los pueblos "incapaces o no capacitados en el poder del autogobierno" para vacunarlos contra "esa desespera-

[8] Para Maurice Hankey, su secretario, el Consejo Supremo de Guerra fue "el germen de la verdadera Liga de las Naciones". Peter J. Yearwood, *Guarantee of Peace: The League of Nations in British Policy, 1914-1925,* Oxford University Press, Oxford, 2009, pp. 48 y 56.

[9] 11 de diciembre de 1918, en Woodrow Wilson, *The Papers of Woodrow Wilson,* vol. 53, *November 9, 1918-January 11, 1919,* Arthur S. Link (coord.), Princeton University Press, Princeton, 1986, p. 366. Respecto al bolchevismo como amenaza y acicate para la concepción de Wilson de la "autodeterminación", véase Arno J. Mayer, *Political Origins of the New Diplomacy 1917-1918,* Yale University Press, New Haven, 1959, pp. 329-367, y David Foglesong, *America's Secret War against Bolshevism,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1995, pp. 249-252. La Gran Bretaña aprovechó esos temores para asegurar el reconocimiento estadunidense de su protectorado sobre Egipto; Erez Manela, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism,* Oxford University Press, Oxford, Nueva York, 2007, pp. 145-147. La visita de Wilson al Salón del Libre Comercio de Mánchester fue una fuerte evocación de su deuda con los constructores radicales del salón; Charles T. Thompson, *The Peace Conference Day by Day*, Brentano, Nueva York, 1920, pp. 59-61.

ción del Estado que es la fuerza motriz que impulsa al bolchevismo ruso".[10] La Liga de las Naciones puede haber perdido su vocación original cuando el Senado de los Estados Unidos rechazó el Tratado de Versalles; pero, para 1922, la Gran Bretaña ya había restablecido cierto grado de orden en su imperio y, en el proceso, había adoptado las recetas que Smuts recomendara: combinar concesiones de independencia formal a Egipto e Iraq con tratados que dieran seguridad a los intereses militares, económicos o políticos de la Gran Bretaña en ellos; reformas diluidas para estabilizar el dominio sobre la India; dar mayor voz a las colonias blancas, que ya incluían a Irlanda, o construir aviones para reemplazar las cañoneras en el repertorio liberal de dominación tecnológica a bajo precio.[11]

En el centro del Imperio, mientras tanto, la tacañería en forma de disciplina presupuestaria fue en sí misma el arma preferida para la dominación social frente a las presiones populares. Si la guerra había debilitado la posición internacional de la City, eso no había sucedido en casa, donde su prestigio —renovado por la leyenda del "heroísmo financiero" a la que había contribuido *The Economist* bajo Hartley Withers— era quizá más grande que en cualquier otro momento desde la derrota de Napoleón. Como en 1815, si bien los costos de la guerra habían dejado tras de sí una secuela de inflación y malestar social, también ofrecieron un medio para controlar una y otro: la austeridad. Ésta significaba una fuerte deflación y un rápido retorno al patrón oro, lo que conllevaba transferencias netas de riqueza a los más acaudalados, principalmente a los tenedores nacionales de la deuda pública.[12] La diferencia respecto a lo ocurrido a principios del siglo XIX radicaba en el ca-

[10] Jan Smuts, *The League of Nations: A Practical Suggestion*, Hodder and Stoughton, Londres, 1918, p. 11. George Curry, "Woodrow Wilson, Jan Smuts, and the Versailles Settlement", *American Historical Review,* vol. 66, núm. 4, julio de 1961, pp. 968-986, y Mark Mazower, *No Enchanted Palace*, Princeton University Press, Princeton, 2009, pp. 30-38. Para Wilson, la jerarquía racial que colocaba a los hombres blancos sobre los negros en su país se extendía al extranjero y fue una justificación de sus intervenciones en México, Haití, República Dominicana y las Filipinas; su *Entente* con Smuts en París tuvo una base firme; Manela, *The Wilsonian Moment…*, *op. cit*., pp. 19-34.

[11] Susan Pedersen, *The Guardians: The League of Nations and the Crisis of Empire,* Oxford University Press, Oxford, 2015, pp. 40-41. En 1919, la Gran Bretaña aseguró la frontera entre Afganistán y la India mediante bombardeos aéreos. Churchill tenía grandes esperanzas en Arabia y en todas partes; véase David Fromkin, *A Peace to End All Peace: Creating the Modern Middle East, 1914-1922,* Penguin, Nueva York, 1989, pp. 422 y 500, y David Edgerton, "Liberal Militarism and the British State", *New Left Review*, núm. 185, enero-febrero de 1991, pp. 138-169. En la Oficina de Guerra, Churchill autorizó a la Real Fuerza Aérea a usar armas químicas en Iraq en contra de "los árabes recalcitrantes como un experimento" y escribió que no entendía "la aprensión sobre el uso del gas"; contra las "tribus incivilizadas […] se pueden utilizar gases que causarían grandes inconvenientes y sembrarían un terror vivo y que, aun así, no dejarían efectos permanentes graves en la mayoría de los afectados"; ésa fue "la aplicación de la ciencia occidental a la guerra moderna"; Alexander Cockburn, *The Golden Age Is in Us: Journeys & Encounters, 1987-1994,* Verso, Londres, 1994, p. 191.

[12] Taylor, *Essays in English…*, *op. cit.*, p. 41.

rácter de la amenaza que venía de abajo: de una clase obrera recién emancipada y organizada, de unas huelgas en cifras nunca antes vistas, de los bolcheviques rusos en lugar de los jacobinos franceses como inspiración o como espectro del pasado en el extranjero.[13] Los políticos, los servidores civiles, los banqueros y los economistas reformularon el patrón oro a la luz de esa difícil situación política sin precedentes, y el oro se convirtió en la "prueba infalible" —dado que, en esa era democrática, actuaría como una "barrera constitucional" que había de someter el gasto social de cualquier gobierno laborista futuro a sus rigores automáticos—.[14]

En 1919, atendiendo al llamamiento de Lloyd George a erradicar todo "desperdicio y despilfarro" públicos, comenzó el giro hacia la deflación: después de dos años de recortes bruscos, de la eliminación de los controles de la importación o el tipo de cambio y del aumento de la tasa bancaria a 7%, un déficit presupuestario de 1 690 millones de libras esterlinas se transformó en un superávit de 231 millones, destinado a la reducción de la deuda.[15] La austeridad hizo algo más que equilibrar los presupuestos: puso los intereses financieros y mercantiles de la City bajo el control de la política económica en un grado aún mayor que antes, y el Banco de Inglaterra volvió a hacerse cargo de las tasas de interés en el corto plazo, mientras que el veto del Tesoro sobre el gasto público fue elevado por primera vez prácticamente a principio constitucional.[16] Se estableció el orden de prioridades económicas para la

[13] Lloyd George era consciente de la similitud; *The Lloyd George Liberal Magazine, 1920-1923,* Brighton, Harvester Press, 1973, p. 473, y Peter Rowland, *David Lloyd George: A Biography*, Macmillan, Londres, 1976, pp. 506-507. Los días perdidos por las huelgas en las industrias se dispararon a medida que el auge se desinflaba: de la ya alta cifra de 27 millones de libras esterlinas perdidos en 1920 a 85.9 millones en 1921, superados solamente en 1926, el año de la huelga general; Sean Glynn y John Oxborrow, *Interwar Britain: A Social and Economic History,* Allen & Unwin, Londres, 1976, p. 168.

[14] Eso, más que la nostalgia, explica el que, en 1918, los banqueros del Comité Cunliffe hayan idealizado el patrón oro como un ajuste sin solución de continuidad de las tasas y los precios en concordancia con los flujos de oro. En realidad, el patrón anterior a la guerra había sido la relación única entre la libra esterlina y el oro, que dependía de la amplia disponibilidad de este último y requería intervenciones cada vez más frecuentes del Banco de Inglaterra para mantenerla; véase Marcello de Cecco, *Money and Empire,* St. Martin's Press, Nueva York, 1984, pp. 76-102, y Geoffrey Ingham, *Capitalism Divided? The City and Industry in British Social Development,* Macmillan, Nueva York, 1984, pp. 176-179.

[15] En su calidad de canciller, Austen Chamberlain redujo el gasto en 75% entre 1918 y 1920; Eichengreen, "The British Economy between the Wars", *op. cit*., p. 323, y Donald E. Moggridge, *The Return to Gold: The Formulation of Economic Policy and Its Critics,* Cambridge University Press, Cambridge, 1969, p. 15.

[16] El Banco de Inglaterra y la Tesorería trabajaron en conjunto: para restablecer el control de los mercados monetarios por parte del primero, perjudicado por el volumen de letras del Tesoro en su poder, la reducción de la deuda fue de vital importancia. Mientras tanto, la demanda de disciplina presupuestaria convirtió al Tesoro en el principal disciplinario, y su secretario permanente se convirtió en jefe de la Función Pública en 1919; Ingham, *Capitalism Divided? The City and Industry…*, *op. cit*., pp. 176 y 181.

década: incluso con un desempleo superior a 10%, las tasas de interés se mantuvieron altas y casi 40% del presupuesto cubrió el servicio de la deuda. Todo lo que se hablaba respecto a un gravamen al capital de los beneficiarios de los intereses de esa deuda se desvaneció.[17]

Ahora bien, aun cuando el imperio y la economía liberales salieron más o menos intactos de la guerra, el partido que había lanzado el conflicto no lo hizo. Irremediablemente divididos por las alianzas de Lloyd George con los conservadores en tiempos de la guerra y por las elecciones de "cupón"[18] a las que convocó después del armisticio, los liberales fueron derrotados en las urnas en 1924, apenas ganando 40 escaños, y obtuvieron menos de 20 más en las elecciones posteriores de 1929; el Partido Laborista había ocupado el lugar del Partido Liberal como alternativa al gobierno conservador. En adelante, los liberales fueron ya solamente un tercer partido menor, de poca importancia, en la Cámara de los Comunes. No obstante, paradójicamente, el eclipse político del liberalismo ocultó su continuo dominio intelectual de la mente de quienes eran sus beneficiarios. Esto era menos cierto en el caso de los conservadores, cuyo nuevo dirigente, Baldwin, abandonó el apoyo al libre comercio por razones tácticas, que en el de los laboristas, cuyo ostensible compromiso con el socialismo debería haber descartado cualquier aceptación directa del libre comercio, pero cuyos líderes adoptaron esa ortodoxia económica como una cuestión de fe: en el Tesoro, Philip Snowden fue insuperable en su celo por la rectitud presupuestaria. Ese consenso en la cima reflejó el peculiar establecimiento del laborismo como partido: no sólo más cercano a su predecesor burgués que cualquier equivalente europeo, sino emergido como una fuerza electoral bajo su tutela, de modo que su relación con el liberalismo, como sostiene un historiador, "fue menos de hostilidad que de sucesión apostólica".[19] A falta de una verdadera alternativa política de

[17] Philip Snowden, el canciller por el Partido Laborista, retiró en silencio el impuesto propuesto en 1923, una señal de que el suyo era un partido de gobierno "responsable" y "constitucional"; Derek Aldcroft, *The Inter-War Economy: Britain, 1919-1939,* B. T. Batsford, Londres, 1970, pp. 329-330, y Winch, *Economic and Policy…*, *op. cit*., p. 97. La deflación redujo el costo de los préstamos de los Estados Unidos, "pero aumentó el valor de la deuda interna, que era mucho más grande, y los ingresos de los rendimientos de esos préstamos"; David Edgerton, *The Rise and Fall of the British Nation: A Twentieth Century History,* Allen Lane, Londres, 2018, p. 122.

[18] Se refiere a la carta enviada a los candidatos al Parlamento en las elecciones generales de 1918 que los respaldaba como representantes oficiales del gobierno de coalición. [N. del T.]

[19] Ross McKibbin, *Parties and People: England 1914-1951,* Oxford University Press, Oxford, 2010, pp. 18-20. Una afluencia de liberales críticos de la guerra aumentó la dependencia del Partido Laborista respecto de ellos: Hugh Dalton, Frederick Pethick-Lawrence, F. B. Lees-Smith y Sydney Arnold, todos desempeñaron importantes funciones en la economía después de 1914; Robert W. D. Boyce, *British Capitalism at the Crossroads, 1919-1932: A Study in Politics, Economics, and International Relations,* Cambridge University Press, Cambridge, 1987, pp. 14-18. A propósito de la inflación fiscal, Philip Snowden reprendió no solamente a las bases laboristas —los asuntos monetarios "deben mantenerse libres de influencias políticas"— sino también a Churchill, su predecesor liberal, a quienes dijo con desaprobación: "Un presupuesto bien

partido, el "sentido común de la nación" de Bagehot se convertiría en su patología, con crisis, colapso y una "prescripción médica" en 1931.[20]

Walter Layton y el liberalismo de entreguerras

Lejos de limitar el alcance de *The Economist,* la debilidad parlamentaria de los liberales de la posguerra ayudó a aumentarlo: los tres partidos podían recurrir al nuevo editor, cuyo conocimiento aplicado de las estadísticas era legendario y útil para cualquiera de ellos. La carrera académica de Walter Layton comenzó, cuando tenía apenas 19 años de edad, en el University College de Londres, donde recopiló datos sobre los salarios de la clase trabajadora para la Junta de Comercio. Su obvia habilidad lo llevó a una labor similar en el Trinity College, de Cambridge, donde estudió con Alfred Marshall, el legendario economista político neoclásico, y siguió la nueva licenciatura en economía en 1906. Trinity fue un salto, porque, a diferencia de los anteriores editores del tipo inconformista, los padres de Layton eran músicos profesionales. Layton fue un niño del coro de la congregación de Chelsea que cantó en el funeral de Gladstone, ganó premios y tocaba el órgano para pagar las cuotas escolares. En la universidad sumergió con cautela los dedos del pie en las corrientes que estaban arrastrando a sus amigos, y visitaba a los socialistas fabianos locales al mismo tiempo que protestaba su "fidelidad a la verdad económica irrebatible" o asistía a *conversazioni* "intelectuales de alto nivel" con apóstoles como Bertrand Russell, Lytton Strachey y John Maynard Keynes, a pesar de que le parecía que los intereses morales, estéticos y carnales de ellos "realmente no eran santo de su devoción". Layton perdió su papel en una puesta en escena de *Fausto* ante el poeta Rupert Brooke porque estaba estudiando los salarios de los ferrocarriles para la Junta de Comercio[21] (un patrón que continuó después de la universidad, cuando *lady* Violet Bonham Carter, al observarlo beber limonada en las fiestas, lo apodó "la pequeña mente gris más hermosa de Europa"). En cambio, Layton encontró su lugar entre los Nuevos Liberales en los grupos de discusión dirigidos por el científico político Lowes Dickinson y por Alfred Marshall, donde conoció a Hirst, quien le pidió un artículo para *The Economist* sobre el Proyecto de Ley de Licencias de 1907 de los liberales. Un año después, Layton ya era editor

equilibrado no es un lujo que deba ser evitado; es una necesidad que hay que satisfacer"; Ingham, *Capitalism Divided? The City and Industry…*, *op. cit*., pp. 183 y 287, y Winch, *Economics and Policy…*, *op. cit*., pp. 92-93.

[20] En el seno de los partidos principales hubo puntos de vista discrepantes sobre la deflación y el patrón oro; pero, hasta 1931, ninguno los adoptó —a excepción de los liberales, parcialmente, en 1929—; Robert Skidelsky, *Politicians and the Slump: The Labour Government of 1929-1931,* Macmillan, Londres, 1967, pp. 167-189.

[21] David Hubback, *No Ordinary Press Baron: A Life of Walter Layton,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1985, pp. 12-21.

asistente, justo cuando él y Keynes comenzaron a dar conferencias sobre la segunda parte de la licenciatura bajo la dirección de Arthur Pigou, el sucesor de Marshall en la cátedra de economía política. En esa doble función, Layton conoció a su esposa, Dorothy Osmaston, que estudiaba historia y economía en el Newnham College, y en 1912 publicó su primer y único trabajo puramente académico: *An Introduction to the Study of Prices*.[22]

Ambos puestos terminaron de manera abrupta en agosto de 1914; mientras paseaba por Kings Parade Street, aturdido por la declaración de guerra, Layton estuvo a punto de ser atropellado por una motocicleta en cuyo sidecar o asiento lateral iba Keynes: "Se detuvieron para decirme que Maynard había sido convocado por el Tesoro para una consulta […] mi propia convocatoria siguió rápidamente".[23] Seebohm Rowntree y William Beveridge, del gobierno local y de la Junta de Comercio, respectivamente, aprovecharon la experiencia de Layton en estadísticas salariales para llevar a cabo censos laborales; pero donde brilló fue en el Ministerio de Municiones y llegó a ser la mano derecha de Lloyd George y, después, de Churchill, lo cual lo hizo surgir como parte de una nueva generación de servidores públicos expertos, junto con Josiah Stamp, Arthur Salter, Jean Monnet, Eric Drummond y otros, cuyas esperanzas de una Liga de las Naciones después de la guerra se basaban en su experiencia en la dirección del esfuerzo bélico supranacional.[24] En febrero de 1917, como parte de la Misión Milner a San Petersburgo, las estadísticas de suministro rusas le parecieron tan trilladas como el banquete del zar en Tsarskoye Selo, donde observó a un oficial llenar sus pantalones de dulces una semana antes de la revolución. Dos meses después, Layton hizo visitas en Washington y Nueva York con la Misión Balfour para planificar la producción de armas y los créditos bancarios con los Estados Unidos, que recién habían entrado a la guerra. La publicación *The New Republic* lo comparó —un "profesor de rostro delicado, sensible y de voz tranquila"— con la clase de hombres que H. G. Wells "solía deleitarse imaginando", "tranquilo en una agitación cósmica", "organizando a los Estados Unidos para la destrucción como un ingeniero podría revestir de manera deliberada con cobre un túnel con goteras […] fueron él y algunos hombres

[22] Keynes, Marshall y Hirst ayudaron a preparar la obra frecuentemente reeditada: Walter Layton, *An Introduction to the Study of Prices: With Special Reference to the History of the Nineteenth Century,* MacMillan, Londres, 1912, p. VI.

[23] Layton, *Dorothy, op. cit.*, p. 58.

[24] Stamp, que diseñó el impuesto sobre las ganancias excesivas mientras estaba en la Junta de Comercio; Salter y Monnet, sobre el Consejo de Transporte Marítimo Aliado; Drummond, como secretario privado de Asquith, Grey y Balfour en la Foreign Office; Yearwood, *Guarantee of Peace: The League of Nations…*, *op. cit.*, pp. 48 y 56; Josiah Stamp, *Taxation during the War*, H. Milford, Londres, 1932, y Arthur Salter, *Allied Shipping Control: An Experiment in International Administration,* The Clarendon Press, Oxford, 1921. Junto con Layton en el Departamento de Municiones, todos desempeñaron funciones importantes y entrelazadas al servicio del internacionalismo liberal de posguerra en conferencias y en la Liga de las Naciones.

como él quienes hicieron posible que unos ejércitos de aficionados envolvieran a un imperio en una lluvia de acero ardiente".[25]

El "profundo profesor Layton", como lo llamó Churchill, inspiraba confianza… no en los votantes, que decidieron no optar por él como parlamentario tres veces, sino en los políticos que sí eligieron.[26] En 1920 Lloyd George nombró a Layton director interino de la sección Económica y Financiera de la Liga de las Naciones, y, durante 13 años, tanto el gobierno conservador como el laborista y el nacional lo enviaron al extranjero a asistir a conferencias en Europa sobre las reparaciones alemanas y la deuda entre los Aliados, la estabilización monetaria y las uniones arancelarias, como asesor financiero de la Indian Statutory Commission (conocida como Comisión Simon para la India), en 1928, y como asistente en economía de Ramsay MacDonald para las conversaciones con Roosevelt en Washington (en 1933).[27] Para entonces no solamente era editor de *The Economist* sino también presidente de *The News Chronicle,* el diario liberal más grande de la Gran Bretaña, con una tirada cercana a 1 400 000 ejemplares. Su influencia sobre la opinión liberal era mayor, en función del alcance, que la de cualquier otra persona, incluidos sus amigos Keynes y Hubert Henderson en *The Nation* o Ernest Simon, director de *The New Statesman*.

Con todo, *The Economist,* con sólo 5 000 suscriptores, fue el que dio a Layton la mayor influencia, como a la vez una válvula de escape para las élites políticas y los iniciados en ese círculo y como un punto de presión sobre ellos, que se encontraban cada vez más, no únicamente en Whitehall o la City, sino, asimismo, entre los que dependían de alguna manera de lo que allí sucedía: desde el secretariado de la Liga de las Naciones en Ginebra hasta los pasillos del poder en Berlín, Roma y Viena. Alfred Marshall, su profesor, fue quien vio el potencial de *The Economist* para servir a esos hombres de negocios en un sentido amplio, empujando a Layton desde el principio a que se acercara a ellos y, en 1910, aconsejándole: "Existe un interés creciente entre los empresarios por el tratamiento de las cuestiones empresariales desde

[25] Francis Hackett, "War Experts", *The New Republic,* 19 de mayo de 1917. Layton impresionó a Lloyd George por haber señalado que los 13.5 millones de toneladas de municiones solicitadas por Rusia en algunas semanas no podrían ser transportados sobre los rieles rusos, capaces de mover solamente una cuarta parte de ese tonelaje al año, y por prever una revolución que *lord* Milner no vio venir; véase Hubback, *No Ordinary Press Baron…*, *op. cit*., p. 42; David Lloyd George, *War Memoirs of David Lloyd George*, vol. III, Nicholson & Watson, Londres, 1934, p. 1587.

[26] En mayo de 1918, Churchill nombró a Layton presidente del "Comité de Sujeción", encargado de coordinar los esfuerzos entre los 12 000 funcionarios dentro del extenso Ministerio de Municiones; Geoffrey Best, *Churchill and War,* Hambledon Continuum, Londres, 2006, p. 81. Layton se presentó sin éxito como candidato liberal por Burnley en 1922, por Cardiff South en 1923 y por la London University en 1929.

[27] El Partido Laborista convirtió a Layton en noble en 1947, y Churchill insistió en que actuase como vicepresidente de la Asamblea Consultiva del Consejo Intergubernamental de Europa, establecida en 1949.

un punto de vista intermedio entre el del periódico diario y el de la sala de conferencias académicas y podrías prestar un buen servicio a *The Economist* si escribes sobre esa línea intermedia", y añadió que Bagehot había hecho ambas cosas: "y, siendo un viejo carcamán, me inclino a sugerir como lema: ¡VIVE A LA ALTURA DE BAGEHOT!"[28]

Layton casi no tuvo elección cuando regresó a la revista en los inicios de una década "repleta de temas políticos". Más tarde afirmó que, en su primer editorial sobre la Conferencia Naval de Washington, de noviembre de 1921, "se estableció el tono de la política internacional para los 17 años de mi dirección editorial".[29] *The Economist* apoyó con firmeza el acuerdo que surgiría de Washington y que descartaba la antigua alianza del equilibrio del poder con Japón, optando por la aceptación conjunta de que los Estados Unidos dominarían el Océano Pacífico, pero con una proporción de barcos de valor capital acordada entre los tres Estados: ése fue un ejemplo concreto de "seguridad colectiva" que continuaría dándose a partir de entonces por medio de la Liga de las Naciones y un brillante contraste estadunidense con las "maniobras elusivas y las soluciones intermedias poco generosas" de los europeos en Versalles.[30] La caída de Lloyd George nueve meses después se relacionó con la misma cuestión: la inminente "colisión militar" entre las tropas británicas y las turcas en Çanakkale fue un resultado directo de la "inmoral práctica" del primer ministro de jugar con Grecia como un "peón en el juego de la política exterior de los británicos" fuera de la Liga de las Naciones o incluso de la *Entente*.[31] Layton rompió brevemente con Lloyd George, su mentor político, y, en *The Economist*, derramó pocas lágrimas por el paso a mejor vida de su coalición: al menos un gobierno conservador "restablecería la coherencia de las perspectivas sobre los asuntos nacionales", al tiempo que aceleraría una realineación en torno a la única alternativa genuina: una alianza entre los liberales y los laboristas centrada en el libre comercio, la "reconciliación" internacional por medio de la Liga de las Naciones y unas mejores relaciones industriales.[32]

[28] En otras palabras, los lectores de *The Economist* eran la clase de hombres que los nuevos cursos de licenciatura de economía estaban destinados a formar; "Marshall to Layton", 2 de diciembre de 1910, en Alfred Marshall, en *The Correspondence of Alfred Marshall, Economist,* John K. Whitaker (coord.), vol. III, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, p. 274.

[29] "Memoirs", Layton Papers, TCC, Caja 147, p. 25.

[30] "The Way of Peace", *The Economist,* 19 de noviembre de 1921.

[31] "The War after the War", "Downing Street and the Dardanelles", *The Economist,* 9 y 23 de septiembre de 1922, en ese orden. Esos editoriales los escribió probablemente Arnold Toynbee, que entonces estaba enviando a *The Manchester Guardian* desde Grecia y Turquía partes de guerra que más tarde se convirtieron en el libro *The Western Question in Greece and Turkey: A Study in the Contact of Civilizations,* Constable and Company Ltd., Londres, Bombay, Sydney, 1922. En lo relativo a la controversia suscitada por sus críticas a la invasión griega de Anatolia, véase Richard Clogg, *Politics and the Academy: Arnold Toynbee and the Koraes Chair,* F. Cass/Centre of Contemporary Greek Studies, King's College, Londres, 1986.

[32] "La contingencia de un gobierno puramente laborista es tan remota que no merece una mayor consideración", aun cuando los círculos empresariales estuviesen destinados a asom-

Las finanzas y la hegemonía: la restauración de la confianza y el debate con Keynes, 1921-1931

Finalmente, *The Economist* de Layton se centró principalmente en reactivar los mercados internacionales y estabilizar las monedas sobre la base de un retorno al libre comercio y al patrón oro, así como en volver a dejar la City a cargo de ambos. Si muchos historiadores ven ahora los dolorosos ajustes que eso impuso a la Gran Bretaña, como sacrificar la industria a las finanzas cosmopolitas, *The Economist* nos recuerda que, para sus proponentes al menos, los sacrificios debían ser soportados igualmente por la City, en condiciones que negaban la posibilidad de una división entre ella y el resto de la economía.[33] Como la Gran Bretaña no pudo recuperar su posición en las exportaciones en el decenio de 1920, esa visión ortodoxa fue objeto de un examen, pero, significativamente, de uno de sus antiguos adherentes: fue Keynes quien comenzó a desafiar a sus compañeros liberales en *The Economist* respecto a posiciones que habían compartido antes de 1914, en una serie de dolorosos debates sobre la naturaleza misma de la economía, en medio de una depresión que el semanario parecía impotente para explicar o ponerle remedio. Si bien los obstáculos que Keynes enfrentó debido al consenso intelectual reinante son bien conocidos ahora, el papel que desempeñó *The Economist* lo es mucho menos. La reconstrucción del vaivén entre ellos revela dos aspectos importantes sobre el largo camino hacia la "revolución keynesiana" y la respuesta liberal predominante a ella. En primer lugar, sus debates giraron en una mayor medida de lo que se cree en torno a las cuestiones de las finanzas y el imperio; en segundo lugar, ambos coincidieron en la necesidad de reavivar a la City para que la Gran Bretaña siguiera siendo una gran potencia, pero discreparon acerca de si las nuevas propuestas de Keynes perjudicarían o ayudarían a ese esfuerzo. Desconfiado de todo aquello que amenazara unas "finanzas sólidas", *The Economist* emergería como un

brarse "por el carácter burgués" del Partido Laborista en el gobierno; "The Passing of the Coalition", *The Economist,* 21 de octubre de 1922. Layton sólo rompió brevemente con Lloyd George, a quien consideraba como una fuerza principal en cualesquiera partidos liberal-laboristas o de centro del futuro. En 1920 declinó unirse a Philip Kerr como secretario político de Lloyd George, pero unos meses después consultaría con Lloyd George, así como con Robert Cecil y Keynes, sobre la oferta de Eric Drummond para que dirigiese el trabajo financiero de la Liga de las Naciones. En 1924 Layton atrajo a Lloyd George a las Escuelas de Verano del Partido Liberal, que inicialmente estaban destinadas a excluirlo cuando comenzaran en 1921; Hubback, *No Ordinary Press Baron…*, *op. cit*., pp. 51, 54 y 68.

[33] "La City sufrió el egocentrismo necio del observador inmóvil que, como la mosca, creía que hacía girar la rueda"; aun así, su "prosperidad se basó siempre, en última instancia, en la fuerza industrial de la Gran Bretaña, no lo contrario"; Sydney Pollard, *The Gold Standard and Employment Policies between the Wars*, Methuen, Londres, 1970, p. 16. Aunque, en principio, el semanario siempre negó que pusiera a la City en primer lugar, en la práctica ejemplificaba típicamente la imagen de Pollard.

converso altamente calificado al keynesianismo a finales de la década de 1930, con una visión proporcionalmente limitada del supuesto consenso posterior a 1945.[34]

Keynes y Layton extrajeron su liberalismo de la misma gran reserva de cultura, ideas y medio social, incluso a pesar de que sus personalidades constituían un contraste casi completo. Keynes no tenía una personalidad gris: un estudiante brillante de un hogar prominente de la clase media alta de Cambridge —su padre era profesor de ciencias morales y secretario de admisiones universitario, mientras que su madre se graduó en el Newnham College y fue la primera alcaldesa de la ciudad— sentía tanta curiosidad por el arte como por la economía y prefería pasar su vida privada en la búsqueda poco convencional del primero como parte del círculo de Bloomsbury. No obstante, él y Layton compartían muchas cosas: intelectualmente, no sólo su aprendizaje en Cambridge con Marshall, sino también unos lazos con *The Economist* que se remontaban igualmente lejos. En cierto sentido ideal, Keynes era en realidad un lector devoto del semanario, y su famosa descripción de la "edad feliz" anterior a 1914 es casi una parodia de sí mismo en el acto de hojearlo: ese habitante de Londres que, "bebiendo su té de la mañana" en la cama, podía "aventurar su riqueza en los recursos naturales y en nuevas empresas de cualquier lugar del mundo".[35] Repasar el diálogo de Keynes con *The Economist* es ver a alguien cambiar de opinión, lo cual nos muestra lo mucho que él cambió después de 1914 y cuánto tenía y seguiría teniendo en común con *The Economist*.

Keynes había estado presente en el semanario desde 1909, después de que su puesto en la Oficina de la India lo convirtiera en una autoridad en cuestiones monetarias e inversiones en el subcontinente. Excelente en la redacción de cartas, también enviaba artículos periódicos a su "púlpito anónimo", y la guinea que ganó por su primer esfuerzo lo complació lo suficiente como para vanagloriarse en una carta a su amigo Duncan Grant, el pintor de Bloomsbury.[36] Tanto Keynes como Layton se alejaron de la postura de Hirst sobre la primera Guerra Mundial: Layton se retiró, objetando no solamente el

[34] Wayne Parsons sostiene que el keynesianismo "capturó" a *The Economist* a principios de la década de 1930, cuando "un consenso intervencionista y gerencial reemplazó virtualmente los viejos principios del libre mercado y el *laissez-faire*". Así, el semanario se "aseguró de que la creencia keynesiana en la gestión de la economía de mercado" se "incorporase en una forma de discurso aceptable para la comunidad financiera de la posguerra"; Parsons, *The Power of the Financial Press: Journalism and Economic Opinion in Britain and America,* Rutgers University Press, New Brunswick, 1990, pp. 84-85; sin embargo, se debe añadir que esa *forma* afectaba la *sustancia* de su keynesianismo.

[35] John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of the Peace,* Macmillan, Londres, 1919, p. 6 [edición en español: *Las consecuencias económicas de la paz*, trad. de Juan Uña, Crítica, Barcelona, 2002].

[36] Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 1: *Hopes Betrayed, 1883-1920*, Macmillan, Londres, 1983, p. 207.

derrotismo de Hirst sino también "su pronóstico de sus consecuencias económicas"; tres semanas más tarde, Keynes le escribió irritado a su padre quejándose de que el editor de *The Economist* fuera "un pacifista tan violento, apasionadamente indignado por nuestra participación en la guerra y [estuviera] mucho más interesado en esas cuestiones políticas que en las finanzas" (aunque Keynes se mostró más comprensivo a medida que la guerra se prolongaba de manera indefinida).[37] En ese sentido, ambos tenían más en común con Hartley Withers, el reemplazo de Hirst, y coincidían en que la City podía y debía hacer todo lo que estuviese en su enorme poder (excepto someterse a un impuesto al capital) para ganar la guerra. En realidad, Keynes fue el primero en acertar a ese respecto, pues acusó a los bancos de acciones conjuntas de Londres de flaquear y, siendo incapaces de tener el "coraje y el vigor necesarios en el dominio público", optar por amasar oro y exacerbar la crisis financiera en agosto de 1914.[38] Si la guerra envió a Hirst a los extremos, donde incluso su propio apoyo pasado al seguro de desempleo empezó a parecerle socialismo —al final, el bienestar era ese "engaño de Beveridge"—, en cambio dotó a Layton y a Keynes de unos extraordinarios poderes nuevos de planificación económica; confirmó su visión compartida de "Nuevos Liberales" que disociaban el *laissez-faire* en el país del libre comercio en el extranjero, desprendiéndose del primero en favor del segundo.[39]

Así pues, *The Economist* avanzó del brazo con Keynes hacia la era de la reconstrucción de posguerra. En 1919 dio una amplia cobertura a su exitoso libro en el que atacaba el Tratado de Versalles, *The Economic Consequences of the Peace,* y, aunque el semanario lo criticó por exagerar sus ataques per-

[37] Hubback, *No Ordinary Press Baron…*, *op. cit*., p. 83; nota del 8 de septiembre de 1955, Layton Papers, TCC, Caja 82.116; Skidelsky, *John Maynard Keynes…*, *op. cit*., p. 293. El primer editorial de Keynes para el semanario fue "Shippers, Bankers and Brokers", *The Economist,* 6 de febrero de 1909.

[38] "Position of the Banks", *The Economist,* 29 de agosto de 1914. Eso desató una tormenta de fuego, con un banquero que acusó a Keynes de predicar desde un "cómodo sillón académico"; "Gold and the Banks", *The Economist,* 5 de septiembre de 1914. Hirst intervino para defender a los banqueros: según su punto de vista, la City no podía ni debía facilitar la guerra; "Policy of the Banks", *The Economist,* 5 de septiembre de 1914. Keynes respondió a ambos en "Gold and the Banks", *The Economist*, 12 de septiembre de 1914.

[39] En lo concerniente a la disociación del *laissez-faire* y el libre comercio como rasgo definitorio del nuevo liberalismo, véase Howe, *Free Trade and Liberal England…*, *op. cit.*, p. 228, y Hirst, *F. W. Hirst…*, *op. cit.*, p. 17. Con respecto al cambio de Hirst a una visión exclusivamente negativa del Estado hacia el decenio de 1930, véanse sus obras *Gladstone as Financier and Economist,* Ernest Benn, Londres, 1931; *The Consequences of the War to Great Britain,* H. Milford, Londres, 1934, y *Liberty and Tyranny,* Duckworth, Londres, 1935. En 1925 Keynes dijo ante un auditorio en la Escuela de Verano Liberal (la tercera que dirigieron Layton y Ramsay Muir) que sólo el "nuevo liberalismo" —en contraste con credos pasados de moda, como el socialismo o el *laissez-faire*, o flagelos modernos como el fascismo o el bolchevismo— era capaz de "dirigir las fuerzas económicas en interés de la justicia y la estabilidad sociales"; John Maynard Keynes, "Am I a Liberal?", *Essays in Persuasion*, Harcourt, Brace, Londres, 1932, p. 335 [edición en español: *Ensayos de persuasión*, trad. de Jordi Pascual, Crítica, Barcelona, 1988].

sonales contra los estadistas de Versalles, su opinión no era tan diferente. Los políticos, responsables ante un electorado vengativo, probablemente no eran los mejores pacificadores: la "alternativa a la disolución y el colapso económico en gran parte de Europa" era que los expertos en economía y los banqueros centrales tomaran la iniciativa en la negociación de la condonación de la deuda y un préstamo para reactivar el comercio y estabilizar las monedas.[40] En 1922, bajo Layton, el semanario elogió la continuación de la obra de Keynes, *The Revision of the Treaty*, un recordatorio de que, para ambos, el problema con el Tratado de Versalles nunca fue sólo su severo castigo a Alemania, sino también que dejó en su lugar los préstamos que los Aliados se habían hecho entre sí. La presión de los Estados Unidos para que la Gran Bretaña y Francia hiciesen un reembolso completo y rápido, y de la Gran Bretaña y Francia a terceros países a los que habían prestado, llevó a las demandas de reparación irrazonablemente grandes a Berlín.[41] Una solución a ese enredo de deudas y reparaciones tripartitas fue el primer paso para que la economía británica y la mundial se recuperasen.

Ahora bien, cuando Arthur Balfour, el secretario de Asuntos Exteriores suplente, emitió una nota en agosto de 1922 exponiendo con franqueza cuál era la situación e insistiendo en que la Gran Bretaña estaba dispuesta a pedir a sus Aliados y a Alemania únicamente lo que estaba obligada a pagar a los Estados Unidos, *The Economist* lo atacó: era "deplorable" insistir en que "la política de deuda de la Gran Bretaña dependía de la de los Estados Unidos", y los cables transatlánticos ya resonaban con el "desafortunado efecto que tal insistencia estaba destinada a producir sobre la opinión estadunidense".[42] En la primera Escuela de Verano Liberal organizada por Layton y Ramsay Muir en Oxford, Keynes se mostró de acuerdo en que la Gran Bretaña debería demostrar el liderazgo que le otorgaba su condición de acreedora en Europa, perdonando las deudas de sus Aliados independientemente de lo que hicieren los Estados Unidos.[43] Ambos elogiaron al nuevo canciller, Stanley Baldwin, otro conservador, quien hizo un llamamiento a tener una "discu-

[40] "The Peace Treaty", *The Economist, op. cit*.

[41] "A Solution to the Reparations Problem", *The Economist,* 11 de febrero de 1922. Keynes llevó el tema más adelante: los Estados Unidos necesitaban "comprar más y vender menos" —disminuir los aranceles y condonar la deuda—, o de lo contrario se verían obligados a hacer "un regalo anual" para cubrir los déficits de las cuentas de los europeos; John Maynard Keynes, *A Revision of the Treaty: Being a Sequel to The Economic Consequences of the Peace,* Macmillan, Londres, 1922, p. 175.

[42] "A Lost Opportunity", *The Economist,* 5 de agosto de 1922.

[43] Tanto Keynes como *The Economist* pensaban que la magnanimidad podría predisponer a los Estados Unidos a una liquidación más favorable de la deuda; "Beating about the Bush", *The Economist,* 12 de agosto de 1922. Keynes añadió que la Gran Bretaña debería abandonar los reclamos a Alemania de los pagos de pensiones y separación para alentar a los franceses a la moderación; Robert Cecil *et al*., *Essays in Liberalism: Being the Lectures and Papers which Were Delivered at the Liberal Summer School at Oxford, 1922,* Collins, Londres, 1922, pp. 51 y 58.

sión como hombres de negocios" con los estadunidenses, y Keynes solamente discrepó cuando los términos de pago que aquél obtuvo resultasen ser muy mezquinos, y, en privado, Keynes instó al primer ministro Bonar Law a resistir para que fuesen más de 80 centavos por dólar: "Es el deudor quien tiene la última palabra en estos casos".[44] A *The Economist,* en cambio, le preocupaba que el acuerdo fuese *demasiado* generoso, casi una "confesión de debilidad": al ser "una reducción considerable de lo que el gobierno de los Estados Unidos tiene derecho a pedirnos que paguemos […] debería ser aceptada no sólo con cortesía, sino también con gratitud". El semanario informó que la City había recibido con agrado la noticia de que el gabinete firmara el acuerdo, no con "sombríos presagios de desastre" —como podría haberse esperado de un plan que exigía más de 32 millones de libras esterlinas al año durante 64 años, mientras que les producía a los estadunidenses unas ganancias considerables—, "sino aumentando los precios de los fondos británicos".[45]

En realidad, la severidad del acuerdo parece haber sido el principal argumento en su favor: un paso drástico y decidido para restablecer la confianza en el crédito y la moneda de la nación. Cuando, en 1923, Keynes publicó *A Tract on Monetary Reform,* su estudio sobre la reforma monetaria, ése era el principal escollo en la discusión: aunque *The Economist* veía "inmensas ventajas" en la propuesta de Keynes de un sistema flexible de tasa de cambio fija —vinculada al patrón oro, pero basada en un "estándar tabular" de productos básicos clave—, también le preocupaba la eventualidad de que, "si las grandes naciones comerciales del mundo no seguían nuestra guía, no fuera probable que reconocieran durante mucho tiempo a la libra esterlina como la unidad más estable del mundo y, mientras tanto, Londres perdiera su preeminencia financiera". El oro no solamente obligaba a las naciones a mantener "saldos en Londres", sino que era más seguro que otorgar una "discreción absoluta" al Tesoro y al Banco de Inglaterra, como implicaba el plan de Keynes.[46] Ya sea que *The Economist* en realidad creyese o no que

[44] Donald E. Moggridge, *Maynard Keynes: An Economist's Biography,* Routledge, Londres, 1992, p. 389. En lo tocante a la presión, particularmente de Baldwin y Montagu Norman, el gobernador del Banco de Inglaterra, para que Law aceptase, véase Robert Self, *Britain, America and the War Debt Controversy: The Economic Diplomacy of an Un-Special Relationship, 1917-1941,* Routledge, Londres, 2006, pp. 45-53.

[45] Francia e Italia aguardaron hasta 1926 para llegar a un acuerdo, pagando 40 y 26 centavos por dólar, respectivamente; Liaquat Ahamed, *Lords of Finance: The Bankers Who Broke the World,* Tantor Media, Nueva York, 2009, p. 144. "La comunidad financiera de Londres" había decidido desde "hace mucho tiempo" que "pagaría y podría pagar la deuda en su totalidad"; "Funding the American Debt", *The Economist*, 3 de febrero de 1923.

[46] "Our Monetary Policy", *The Economist*, 15 de diciembre de 1923. Keynes habló de una "revolución monetaria", con el oro degradado de monarca "déspota" a "constitucional"; Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. II: The Economist *as a Saviour,* Papermac, Londres, 1994, p. 192; no obstante, el propio Keynes seguía favoreciendo que se diera a los bancos centrales mucha libertad; el 25 de marzo de 1925 dijo a *The Times* que el Banco de Inglaterra era "una de

el patrón oro había operado alguna vez independientemente de esas instituciones, la *idea* de que así había sido era importante: sin esa garantía política, toda decisión de facilitar o restringir el crédito podría, por un lado, ser puesta en tela de juicio por los industriales y los comerciantes que buscasen dinero fácil o, por el otro, ser atacada como una "dictadura monetaria" por los asalariados.[47]

The Economist estaba más atemorizado que Keynes respecto a arrojar alguna luz sobre la "abuela de Threadneedle Street",[48] pero debe recordarse que, lejos de socavar la autoridad del Banco de Inglaterra o del Tesoro, el plan de Keynes consistía en dar a ambos más discrecionalidad para administrar la economía en aras de la estabilidad de los precios. Como resultado, en 1923 Keynes siguió describiendo a *The Economist* en otro semanario, *The Nation and Athenaeum*, como un "crítico amable" que "realmente coincide con nosotros en la cuestión principal";[49] pero eso empezó a cambiar sólo cuando, el 28 de abril de 1925, Churchill anunció su intención de volver el patrón oro a la paridad anterior a la guerra de 4.86 dólares estadunidenses, una medida que Keynes atacó por considerarla prematura en *The Evening Standard* y, después, en el libro *The Economic Consequences of Mr. Churchill*. Keynes veía dos problemas producto de ese enfoque: en primer lugar, dado que los precios se mantuvieron aproximadamente 10% más altos en la Gran Bretaña que en los Estados Unidos, esa política implicaba más deflación y "sólo podría lograr su fin intensificando sin límites el desempleo hasta que los trabajadores estuvieran dispuestos a aceptar la necesaria reducción de los salarios nominales bajo la presión de los hechos concretos";[50] en segundo lugar, dado que la época de auge de los Estados Unidos había empezado a absorber la mayor parte de las reservas de oro del mundo, eso significaba inevitablemente, como lo había argumentado con anterioridad, "que habíamos

nuestras instituciones enviadas por el cielo, sin intereses creados, salvo los del bien público y, no obstante, alejado de la caprichosa influencia de la política"; John Maynard Keynes, "The Return to Gold and Foreign Lending", en *The Collected Writings of John Maynard Keynes [cw],* vol. XIX, *Activities 1922-1929*, Elizabeth Johnson y Donald Moggridge (coords.), Cambridge University Press, Cambridge y Londres, 1978, pp. 347-348.

[47] La principal preocupación de Layton en esa etapa parece haber sido que el hecho de entregar el dominio explícito sobre la política a un "pequeño grupo de hombres" les proporcionaría a aquellos que desearen politizar sus decisiones un objetivo claro; "Our Monetary Policy", *The Economist, op. cit*. Una moneda manipulada era desaconsejable debido a la "probabilidad de [que hubiese] muchos cambios de gobierno" y a la "contingencia de que el gobierno en el poder tal vez no posea la confianza incondicional de la mayoría de la nación"; Walter Layton *et al*., *Is Unemployment Inevitable?,* Macmillan, Londres, 1924, p. 44.

[48] Se trata del domicilio del Banco de Inglaterra. [N. del T.]

[49] "Mientras el desempleo sea una cuestión de importancia política general, es imposible que la tasa bancaria se considere, como solía hacerse, como el *peculium* secreto del papa y los cardenales de la City"; *The Nation and Athenaeum,* 21 de julio de 1923. Keynes quería que se eliminase el peculio, no al papa o a los cardenales.

[50] Keynes, *Essays in Persuasion…*, *op. cit.*, p. 257.

de ceder la regulación de nuestra escala de precios y el manejo del ciclo crediticio a la Junta de la Reserva Federal de los Estados Unidos".[51]

1925: Keynes y las "incongruencias" económicas del patrón oro

Si bien hasta entonces había reinado un diálogo cordial sobre las políticas necesarias para volver al patrón oro, el retorno a la paridad con ese metal hizo que la conversación tomara un rumbo nuevo y áspero, conforme la suposición de que tanto el capital industrial como el financiero tenían el mismo interés en el patrón oro se vio sometida a tensiones en los enfrentamientos respecto al libre comercio y la inversión extranjera, lo cual culminó en la crisis de 1931. En un editorial titulado "The Economic Inconsequence of Mr. Churchill", *The Economist* le respondió a Keynes: "Es muy lamentable que unos distinguidos economistas deban perturbar la mente del público atribuyendo demasiados efectos a nuestra política monetaria como una causa de la Depresión";[52] la caída de la producción industrial y del empleo en la Gran Bretaña se debía sobre todo a la debilidad del comercio mundial, agravada por otros factores: en el exterior, las depreciaciones de las monedas; en la esfera doméstica, los salarios más altos y las jornadas de trabajo de menos horas, lo cual se combinó para aumentar los costos de la producción, junto con las altas tarifas municipales y la fatal disminución de la producción de carbón. Sin duda alguna, los rigores del patrón oro presionaban los salarios, pero también impulsarían la racionalización, la fusión y la modernización industriales (jerga económica de moda en la época), cuyo propósito era restablecer la competitividad de las empresas británicas en los mercados mundiales.

Cuando Keynes se dirigió a la Federación de Industrias Británicas en Mánchester, el semanario se mostró escandalizado de que un economista tan augusto, en un estilo que "no podría haber sido superado por el propio Sr. Lloyd George", fomentara la idea de que "existen divergencias reales entre 'las finanzas' y 'la industria'" o que la política monetaria se ha llevado a cabo solamente en interés de las primeras. Todos los partidos habían respaldado un regreso gradual a la configuración monetaria de antes de la guerra, como se describe en el Informe Cunliffe de 1918, mientras que la Federación Industrial había implorado a Churchill que tomara la iniciativa unos pocos meses antes, dando por sentado que el patrón oro haría que los costos

[51] Los Estados Unidos no mostraron señales de ser unos administradores competentes o dispuestos a administrar la economía mundial, y Keynes comparó desfavorablemente la actitud de ese país con la actitud británica de *noblesse oblige*; "Alternative Aims in Monetary Policy (1923)" y "Speeches of the Bank Chairmen, February (1925)", en *Essays in Persuasion*, *op. cit*., pp. 210 y 235; *CW*, vol. IV, pp. 139-140, y *CW*, vol. IX, pp. 181 y 199.

[52] "The Economic Inconsequence of Mr. Churchill", *The Economist,* 8 de agosto de 1925.

y los precios se redujesen y restablecería la estabilidad de las perspectivas. En la época de las reuniones anuales que tenían los accionistas de los bancos —y que habían llegado a desempeñar una "importante función en la formación de la opinión pública" después de la guerra—, *The Economist* protestó que si los bancos estuviesen preocupados sólo por sus propias ganancias habrían favorecido un tipo de cambio flotante, para así apostar a sus fluctuaciones.[53]

Los efectos del retorno al patrón oro en 1925 fueron muy parecidos a los que Keynes había predicho y provocaron su enfrentamiento más grave hasta entonces con *The Economist*. Los trabajadores organizados se resistieron a la restricción salarial, dando el paso sin precedentes de convocar a una huelga general para el año siguiente; mientras tanto, la Gran Bretaña se había convertido en rehén de un sistema monetario que ya no dominaba: en 1928, el auge de Wall Street no sólo detuvo el flujo de dólares que iban al exterior sino que también absorbió fondos extranjeros en tal cantidad que, justo cuando la Gran Bretaña enfrentaba un fuerte aumento del desempleo y necesitaba dinero barato, éste se hizo caro, porque las tasas de interés aumentaron para defender las reservas.[54] En esas circunstancias, *The Economist* admitió la necesidad de la cooperación entre los bancos centrales para frenar la deflación causada por esa desigual distribución del oro y, con ese propósito, publicó un memorando de *sir* Henry Strakosch, el financiero con quien Layton estaba tratando de comprar *The Economist*. Junto con *sir* Arthur Salter, presionaron a la Liga de las Naciones con el fin de que adoptara una resolución para estudiar el problema, lo cual los puso en desacuerdo con Montagu Norman, el gobernador del Banco de Inglaterra, tan preocupado como siempre de que el escrutinio público de cualquier tipo pudiera obligar a los bancos centrales a admitir que ellos "podían regular los precios por medio de sus políticas relacionadas con el oro y el crédito".[55]

[53] Otro factor fue el temor de que los dominios británicos abandonasen la libra esterlina por el dólar; "Finance or Industry", *The Economist,* 17 de octubre de 1925. McKenna, antiguo canciller, fue reprendido por la "aceptación a regañadientes del patrón oro […] calculada para fortalecer la sensación entre los sectores menos informados de este país de que la operación ha sido maniobrada por los banqueros en su propio interés y de que ha sido contraria a los intereses de la industria británica"; "The Bankers' Chautauqua", *The Economist,* 30 de enero de 1926. Keynes también se valió de las reuniones anuales para "pronunciar homilías sobre la situación económica de la nación y el mundo" como miembro, junto con Layton, de la junta de la National Mutual Society; Keynes, *Essays in Persuasion*, *op. cit*., pp. 220-243.

[54] La decisión de Francia de estabilizar el franco con el oro como base en ese momento no hizo sino sumarse a la presión sobre la libra esterlina, para la intensa frustración del Banco de Inglaterra, que acusó a los franceses de acaparamiento. Hacia 1930, los Estados Unidos poseían el 50% y Francia el 20% de las reservas de oro del mundo; Skidelsky, "International Monetary System", pp. 171-173.

[55] "Monetary Stability and the Gold Standard", *The Economist,* 10 de noviembre de 1928. Norman y los otros gobernadores obstaculizaron de manera activa los intentos del comité financiero de la Liga de las Naciones por nombrar una delegación del oro; Boyce, *British Capita-*

El cambio tardío a una mayor coordinación de los bancos centrales no pudo, empero, evitar el avizorado enfrentamiento con Keynes, quien a la luz de los mismos acontecimientos comenzó a plantear interrogantes fundamentales no sólo sobre el patrón oro sino asimismo sobre el libre comercio… y formulando las segundas en primer término, en la medida en que éste atañía a las exportaciones de capital. *The Economist* había esperado que la rápida liquidación de la deuda con los Estados Unidos y el retorno a la paridad con el patrón oro impulsarían los préstamos al extranjero. En 1928, en el editorial "Our Export of Capital", se plantearon dos interrogantes características y relacionadas entre sí sobre el éxito de esas medidas: "si acaso los Estados Unidos están tomando nuestro lugar como proveedores de capital mundial" y "qué cantidad podemos permitirnos prestar al exterior". La cuenta del superávit de la renta, que utilizaba para medir las exportaciones de capital, era de 181 millones de libras esterlinas en 1913, o de 270 millones a precios de 1927, y, 15 años después, todavía era de menos de la mitad de esta última cantidad: 96 millones de libras esterlinas. Citando la Investigación Industrial del Partido Liberal, que Layton presidió y cuyo informe escribió Keynes principalmente, el semanario sugirió incluso que nunca podrían recuperarse las alturas alcanzadas previas a la guerra, antes de concluir, con optimismo, que, aunque "irrigaremos el mundo con capital nuevo a una escala algo menor", "la Gran Bretaña comparte ahora con los Estados Unidos la función de proveedor de capital";[56] tampoco le concernía que incluso esa nueva función compartida reflejase en realidad una tendencia preocupante para la City a financiar inversiones a largo plazo con "dinero reciente" del exterior: simplemente, esos fondos a corto plazo estaban "llenando el vacío causado por la desaparición temporal de nuestro superávit disponible".[57] "¿Es el financiero un parásito?" "No", respondió *The Economist*.[58]

lism at the Crossroads…, *op. cit*., pp. 167-172. Después de que el Comité de Young se reuniera al año siguiente, Norman le pidió a Layton que, junto con *sir* Charles Addis, redactara los estatutos para el Banco de Compensación Internacional de Pagos propuesto, eligiendo "unas palabras que situasen al banco fuera del alcance de los gobiernos". Para Layton eso era imposible, porque "en última instancia" y "como último recurso" los bancos centrales debían contar "al menos con el acuerdo tácito del gobierno en turno". Unos días después de su entrevista, Norman le escribió a Layton, "enigmática y traviesamente": "¿No fue el cardenal Newman quien dijo que la voluntad de Dios es la libertad perfecta?"; véase Andrew Boyle, *Montagu Norman: A Biography,* Cassell, Londres, 1967, p. 247, y "Reparations Bank", *The Economist,* 15 de junio y 6 de julio de 1929.

[56] Véase la investigación industrial —a cargo de David Steel— del Partido Liberal o, más precisamente, de la Liberal Industrial Inquiry, *Britain's Industrial Future: Report of the Liberal Industrial Inquiry of 1928,* Benn, Londres, 1928. Lloyd George dio 10 000 libras esterlinas para financiarlo y organizó sus reuniones en su casa de campo, en Churt; Hubback, *No Ordinary Press Baron…*, *op. cit*., pp. 77-80.

[57] "Our Export of Capital", *The Economist,* 11 de febrero de 1928.

[58] "Is the Financier a Parasite?", *The Economist,* 14 de julio de 1928; Boyce, *British Capitalism at the Crossroads…*, *op. cit*., p. 172.

En agosto de 1928, cuando Keynes atacó "la timidez y las confusiones mentales de las llamadas finanzas sólidas" en *The Evening Standard,* tenía en mente las contorsiones deflacionarias que el Banco de Inglaterra se había visto obligado a hacer, primero, debido al retorno al patrón oro, y, después, debido a su mantenimiento. *The Economist* rechazó su afirmación de que tales políticas hubiesen "reducido la riqueza de la Gran Bretaña en no menos de 500 millones de libras esterlinas" durante los últimos cinco años, y demostró que, incluso cuando Layton se unió a Keynes para asesorar a Lloyd George en las elecciones que se aproximaban, las finanzas sólidas siguieron siendo un motivo de discusión candente en torno a lo que los liberales deberían buscar hacer en el cargo. Una cosa era pedir la intervención del Estado para construir carreteras y tender cables telegráficos o acelerar la racionalización industrial para "abatir el desempleo" y, junto con ello, establecer unos acuerdos internacionales para liberalizar el comercio, pagar la deuda, restablecer el patrón oro y crear un banco central mundial. Pero Keynes había ido demasiado lejos cuando pidió "estimular la prosperidad con una medida moderada de inflación" o cuando sugirió que eso "podría habernos salvado" de los reajustes industriales de la posguerra, "que probablemente habrían sido más severos si hubiesen sido pospuestos de manera artificial".[59]

El debate se tornó aún más acalorado cuando comenzó la campaña para las elecciones generales de febrero de 1929. El parlamentario *tory* Carlyon Bellairs, oficial naval retirado y antiguo liberal, escribió a *The Times* para argumentar que la teoría clásica del libre comercio, forjada sobre supuestos del siglo XIX de que el capital era inamovible, ya no tenía aplicación, debido a que el capital ya podía desplazarse a cualquier lugar en busca de la mejor rentabilidad; la protección era una manera de concentrar el capital en el país, en lugar de enviarlo a emplear mano de obra en el extranjero. *The Economist* respondió de inmediato de manera reveladora: "¿Ha perdido fondo la doctrina cristiana porque las circunstancias han cambiado desde los días en que se escribieron los Evangelios?" No había pruebas de que "una escasez de capital local sea un factor que contribuya siquiera a los problemas de nuestras industrias en dificultades"; además, añadió que las exportaciones de ca-

[59] "Monetary Policy and Prosperity", *The Economist,* 18 de agosto y 1º de septiembre de 1928, y "Mr. Lloyd George's Pledge", *The Economist,* 9 de marzo de 1929. Keynes, "How to Organize a Wave of Prosperity", *The Evening Standard,* 31 de julio de 1928. Layton había hecho una propuesta similar sobre la política *fiscal* en la primavera de 1924 en *The Nation and Athenaeum,* donde Keynes lo acusó de querer "sentarse sonriendo" y aguardar a que las cifras del desempleo se "curaran solas"; Keynes, *CW*, vol. XIX, p. 218, y Robert Dimand, *The Origins of the Keynesian Revolution: The Developments of Keynes' Theory of Employment and Output,* Stanford University Press, Stanford, 1988, p. 89. Layton solía respaldar las obras públicas, al mismo tiempo que advertía en contra de los experimentos monetarios; véase Walter Layton (coord.), "The Third Winter of Unemployment", *Economica*, núm 9, Londres, 1923, pp. 81-82; Walter Layton (coord.), *Is Unemployment Inevitable…?*, *op. cit.*, pp. 80-81, 83-84 y 165-185, y "Liberal Industrial Inquiry", *Britain's Industrial Future…*, *op. cit*.

pital "estimulan las exportaciones de materias primas, afirmación que será apoyada por todos, aunque con una variedad de énfasis y salvedades".[60] Keynes aprovechó esta última cláusula para reiniciar un debate que había estallado por última vez en *The Economist* en 1927, cuando Layton se valió del semanario para hacer publicidad a la Conferencia Económica Mundial de Ginebra, en la que él y otros empresarios y expertos cuasi oficiales habían intentado llegar a los acuerdos de reducción arancelaria que se les escapaban a sus gobiernos.[61]

Al plantear sus interrogantes como humildes aspectos que era necesario aclarar, Keynes comenzó a escribir una serie de cartas a *The Economist,* pidiéndole que explicara la "cadena de causalidad" que vinculaba las exportaciones de capital con las materias primas. Los préstamos ferroviarios de la época victoriana, suscritos en Londres y gastados en equipamiento británico, eran un caso clásico, pero esas transacciones probablemente representaban no más de 20% de los préstamos del presente; ¿qué pasaba con el otro 80%? *The Economist* respondió primero que la exportación de capital aumentó la oferta de libras esterlinas en las bolsas mundiales, abaratando la libra esterlina y dando impulso a las exportaciones.[62] Keynes se mostró de acuerdo en que una mayor oferta de libras esterlinas reduciría su valor de cambio, pero sólo si no se enganchaban a un metal precioso que impidiera su depreciación: "Su argumento no tiene sentido, a menos que quiera decir que la inversión extranjera estimula las exportaciones al sacarnos del patrón oro".[63] *The Economist* cambió de táctica y argumentó que los préstamos al extranjero alentaban las salidas de oro, elevando la tasa de descuento, lo que reducía los precios internos hasta que fueran más competitivos.[64] Keynes simuló mostrarse sorprendido: "Creo que a los exportadores (que no han sido tan agradecidos como, según la teoría de ustedes, deberían haber sido) les gustaría que se les explicara de qué manera una tasa más alta del Banco [de Inglaterra] mejora su posición competitiva en los mercados extranjeros", y

[60] "A Protectionist's Mare's Nest", *The Economist,* 23 de febrero de 1929.

[61] La conferencia semioficial, organizada en 1925 durante la tercera reunión de la Cámara de Comercio Internacional de Bélgica, atrajo a 194 delegados y 226 expertos de 50 países; Layton intentó aprovechar la posición de la Gran Bretaña como el mayor importador del mundo para obtener promesas de que se reducirían los aranceles. El 28 de mayo de 1927, *The Economist* la consideró como "un hito en la historia económica"; véase Boyce, *British Capitalism at the Crossroads…*, *op. cit*., pp. 116-122. En lo que respecta a los aranceles basados en el hecho de que la movilidad moderna del capital socavaba el argumento clásico en favor del libre comercio puro planteado por personas equivalentes a Douglas Graham, véase *The Economist,* 3 de noviembre de 1928 y 26 de enero y 23 de febrero de 1929; Douglas Graham, *The Truth at Last About Free Trade and Protection, etc.*, Hutchinson, Londres, 1928.

[62] "The Effects of Foreign Lending" y "Note of the Week", *The Economist,* 9 de marzo de 1929.

[63] Dado que probablemente no era eso lo que los editores tenían en mente, Keynes aseveró: "Todavía aguardo una respuesta a mi pregunta"; John Maynard Keynes, "Letter to the Editors", *The Economist,* 16 de marzo de 1929.

[64] "The Effect of Foreign Loans", *The Economist,* 23 de marzo de 1929.

por fin se dignó "descifrar" el embrollo de *The Economist* en sus propias páginas: o bien las altas tasas de interés aumentaban las exportaciones al obligar a los fabricantes, desesperados, a vender con pérdidas, o bien reducían los costos de producción al reducir el crédito y crear desempleo. "¿He interpretado de manera correcta lo que querían decir?", señalaba, y añadía:

> Si la próxima vez que aplaudan la tendencia de los préstamos al extranjero a estimular las exportaciones agregan las palabras explicativas: "porque eso hará imposible el mantenimiento del pleno empleo a la escala actual de los salarios, por lo que el desempleo continuará hasta que los salarios británicos se reduzcan, lo que mejorará nuestro poder competitivo en los mercados extranjeros", ¡entonces prometo no escribirles más cartas![65]

The Economist se disculpó por la inusual decisión de dedicar un artículo a cada una de las cartas de Keynes, pero, dado lo que estaba en juego, tenía pocas opciones: Keynes había tendido alegremente trampas para *The Economist,* en el semanario y en *The Nation and Athenaeum,* con las que trató de demostrar que la industria y las finanzas *podían* estar en desacuerdo y que la gestión del patrón oro había profundizado sin necesidad su divergencia;[66] no obstante, es importante hacer hincapié una vez más en que Keynes criticó a los "mandarines" de *The Economist* por el daño que habían hecho tanto a la City como al norte industrial de la Gran Bretaña: su apoyo a los "préstamos condicionados" estaba destinado a renovar el círculo virtuoso de la inversión extranjera y las exportaciones de mediados del siglo XIX… y a permitir que la City compitiese con Nueva York y París, que ya se habían dedicado a hacer violaciones similares del libre comercio.[67] Y, aunque Keynes puede haber superado a *The Economist* en ingenio, fue este último el que prevaleció en el plano de la política. Un vistazo a los memorandos de los funcionarios del Tesoro deja claro cuán estrechamente confiaban en *The Economist* para combatir, no solamente los controles del capital, sino, también —volviendo a los escritos de James Wilson sobre la manía ferroviaria de la década de 1840, que todavía figuraban en los exámenes del servicio civil—, los planes de

[65] "The Effect of Foreign Loans", *The Economist*, 6 de abril de 1929.

[66] En esa etapa, Keynes se mostró optimista acerca de la capacidad de la City para sostenerse firme en medio del auge de Wall Street; "Bank Rate: Five and a Half Per Cent", *The Nation and Athenaeum,* 16-23 de febrero de 1929. Un gran número de esos intercambios apareció en 1930 en *A Treatise on Money,* con conclusiones generales sobre la inversión extranjera y nacional en un "país antiguo"; Keynes, *CW*, vol. V, p. 312.

[67] Acerca de los "mandarines", véase "Keynes to Churchill", 13 de mayo de 1928, en *CW*, vol. XIX, p. 749. Keynes apoyó los "préstamos condicionados" en *The Nation and Athenaeum* y se las arregló para insertarlos, supuestamente pese a las objeciones de Layton, en el *Liberal Yellow Book* o en el *Yellow Book,* y tuvo el apoyo tanto de la izquierda como de la derecha —en *The Empire Review, The Morning Post* y *The National Review*—, así como del Ministerio de Asuntos Extranjeros; Boyce, *British Capitalism at the Crossroads…*, *op. cit*., pp. 175-176 y 302.

obras públicas en general financiadas mediante préstamos, acusándolos de provocar un "desplazamiento" de la inversión privada.[68]

1929: Keynes, la caída financiera y sus secuelas

El despliegue real de los acontecimientos, no la inteligencia superior, fue lo que finalmente decidió muchas de esas cuestiones a favor de Keynes, cuando la burbuja de Wall Street terminó por estallar en 1929, precipitando la Gran Depresión. Si bien ésta hizo que el desempleo aumentara muy pronto a gran escala, quitó la presión sobre la libra esterlina durante un breve tiempo y eso permitió que cayera la tasa del Banco de Inglaterra y alivió el crédito; para mayo de 1930, la Gran Bretaña estaba perdiendo oro de nuevo, en esa ocasión ante Francia, de la que resentía su moneda subvaluada y sus perspectivas más halagüeñas en general.[69] El laborismo, cuyo mandato en el cargo desde mayo de 1929 no había sido hasta entonces el desastre que los funcionarios del Tesoro imaginaron, respondió a la crisis con llamamientos a la reducción de personal. Philip Snowden, el canciller laborista y, hasta hacía poco, vicepresidente del Sindicato Libre, presionó en el gabinete y en el Parlamento para que tomaran medidas que restauraran la confianza en la libra esterlina a toda costa, incluidos recortes al creciente gasto en el seguro de desempleo. A principios de 1931, el Partido Laborista creó el "Comité de Economía" que los liberales habían propuesto en el Parlamento y nombró a *sir* George May, un ejecutivo de seguros de la City retirado, para que dirigiera la misión "no partidista" de ese comité.

Justo antes de que apareciera el Informe de May en julio de 1931, el Comité MacMillan, otro organismo nombrado por el gobierno con el mandato de indagar las causas de la depresión económica, entregó los resultados de su investigación de dos años; ésta reveló que la City en realidad había estado utilizando flujos de entrada a corto plazo para operaciones crediticias y, por lo tanto, era vulnerable al tipo de crisis que entonces estaba en desarrollo en forma de los retiros bancarios en el extranjero. Cuando los inversionistas, presas del pánico, reaccionaron apresuradamente para retirar fondos de Londres, el Banco de Inglaterra subió las tasas en dos puntos porcentuales, pero sin resultado alguno: la mitad de las reservas de oro se desvanecieron en dos semanas: las líneas de crédito de la Reserva Federal de los Estados

[68] George C. Peden (coord.), *Keynes and His Critics: Treasury Responses to the Keynesian Revolution, 1925-1946,* Oxford University Press, Records of Social and Economic History, vol. 36, Oxford, 2005, pp. 58, 69 y 77.

[69] Y por lo que parecían ser unas políticas egoístas de acaparamiento destinadas a debilitar a la Gran Bretaña, según las publicaciones *The Banker, The Observer, The Daily Herald* y *The Financial News,* aunque no según *The Economist;* Boyce, *British Capitalism at the Crossroads…*, *op. cit*., p. 291.

Unidos y del Banco de Francia, obsesionados por el oro, iban y venían. En agosto de 1931 Ramsay MacDonald, el primer ministro laborista, ignorando la alternativa de la devaluación, solicitó otro préstamo para respaldar la moneda, en esa ocasión a los banqueros de J. P. Morgan, a quienes les presentó en secreto un presupuesto basado en el Informe de May.[70] Cuando su gabinete se opuso a los recortes que MacDonald quería hacer a la prestación por desempleo y a la paga de los empleados públicos, renunció junto con Philip Snowden y J. H. Thomas para formar un Gobierno Nacional, nominalmente de todos los partidos, pero dominado por los conservadores, y, pronto, el Partido Laborista expulsó a los tres. Un acto para apaciguar a los mercados logró lo contrario cuando los marineros de la Real Armada afectados por los recortes salariales se amotinaron en Invergordon el 15 de septiembre. El mercado de valores y la bolsa de cambio de libras esterlinas se derrumbaron, lo cual obligó a la Gran Bretaña a abandonar el patrón oro seis días más tarde; al año siguiente, además de la virtual prohibición de los préstamos al extranjero, también desapareció el libre comercio, cuando fueron adoptadas las tasas preferenciales entre los países de la Commonwealth (Comunidad Británica de Naciones o Mancomunidad de Naciones) como parte de los Acuerdos de Ottawa de 1932.

Keynes y Layton no fueron unos observadores meramente pasivos de esa cadena de crisis: ellos las determinaron de manera activa. Sus reacciones idénticas a lo ocurrido en 1931 dicen mucho sobre la visión que cada cual tenía del liberalismo: aunque divergían en lo tocante a los parámetros de unas finanzas sólidas, seguían creyendo que el resurgimiento financiero y mercantil de la City era una condición necesaria para la supervivencia de la Gran Bretaña como una gran potencia, en un sistema mundial que entonces se encontraba ya en las manos inexpertas, si no absolutamente incompetentes, de los estadunidenses.[71]

The Economist comparó el verano de 1931 con el de 1914; pero, en lugar de sembrar dudas como lo había hecho Hirst, Layton proyectó calma, arguyendo que el Informe Macmillan mostraba que los pasivos a corto plazo estaban *disminuyendo* desde 1928, de 302 a 254 millones de libras esterlinas, mientras que las inversiones a largo plazo de 4 000 millones protegerían a la Gran Bretaña contra cualquier "salida repentina o prolongada". ¿Se había

[70] Charles P. Kindleberger, *A Financial History of Western Europe,* Allen & Unwin, Londres, 1984, pp. 378-379.

[71] Incluso en el Informe Macmillan, Keynes rechazó la devaluación y defendió el honor de la City, la que hasta 1914 había proporcionado el flujo de capital de inversión, el financiamiento comercial, los seguros y otros servicios que la economía mundial necesitaba; Nueva York y París se habían unido a Londres como centros financieros como resultado de las reparaciones y los pagos de la deuda de la posguerra, pero prestaban "sólo de manera intermitente", lo que provocaba crisis de liquidez; Boyce, *British Capitalism at the Crossroads…*, *op. cit*., p. 331.

Londres "colocado deliberadamente en una posición demasiado vulnerable"? "La respuesta a tales críticas es que la banca es una de nuestras industrias básicas y más remunerativas [… y] es de la competencia de Londres el alentar la afluencia de dinero extranjero."[72] Tal seguridad rayaba en la negación, agravada por la incapacidad para prever el desastre que se avecinaba; en mayo, Layton había escrito un panfleto en el que reiteraba que la City se estaba defendiendo en asociación con Wall Street, incluso cuando la quiebra del banco Kreditanstalt de Viena desencadenó la crisis que la hundiría; en julio estuvo en Ginebra en representación de la Liga de las Naciones, tratando de evitar a la unión aduanera austro-alemana con una alternativa en extremo ambiciosa para una asociación arancelaria a escala paneuropea.[73]

La Gran Bretaña era una especie de millonario excéntrico sin cambio suficiente para pagar un taxi, explicó *The Economist:* cualquiera le prestaría dinero de bolsillo una vez que demostrara que tenía la voluntad política de equilibrar los presupuestos mediante la eliminación de los "derroches" y la defensa de la convertibilidad del oro, con lo que se descartaba la alternativa de un arancel o de la devaluación (Keynes se mostró en favor del primero).[74] El Informe de May "incitó a todo el país" al sacrificio patriótico, a pesar de que se equivocaba al preguntar si "la democracia iba a naufragar contra la dura roca de las finanzas"; la pregunta "real" era: "¿Naufragarán las finanzas sólidas contra la dura roca de la democracia?"[75] El Gobierno Nacional fue la respuesta "rápida, decisiva y eficaz", y Ramsay MacDonald "merecía que su país lo tratase bien" por dejar de lado a su propio Partido Laborista para dirigirlo. Estaba en juego "la antigua posición de siglos de la Gran Bretaña como una gran potencia", y no era un motín naval sino la "estabilidad de la

[72] Aunque no si los activos estuviesen congelados en el extranjero; "Exchange Crisis", *The Economist,* 8 de agosto de 1931. En el informe se "subestimaron extremadamente" los reclamos del extranjero contra Londres, que quizás estaban más cerca de los 640 millones de libras esterlinas, según Kindleberger, *A Financial History…, op. cit.*, p. 378.

[73] Walter Layton, *The Economic Situation of Great Britain,* London General Press, Londres, 1931, p. 35. La incapacidad de prever problemas en el horizonte es asombrosa, dado que Henry Strakosch, el presidente del consejo de *The Economist,* también era miembro del consejo del Kreditanstalt, un importante conducto para llevar capital inglés a Austria; Boyce, *British Capitalism at the Crossroads…*, *op. cit*., pp. 306-331. Layton, que había sido nombrado miembro del Comité de Investigación de la Unión Europea, estaba "convencido de que se había perdido una gran oportunidad" en el verano de 1931, y, más tarde, afirmó que, después de haber obtenido personalmente el acuerdo de Austria, Alemania, Francia, Italia y Suecia para reducir los aranceles hasta un máximo de 10%, primero Snowden y Samuel ("farisaicos y acérrimos partidarios del libre comercio") y, después, Chamberlain bloquearon el acuerdo; Raymond Streat, *Lancashire and Whitehall: The Diary of Sir Raymond Streat*, vol. I, Marguerite Dupree (ed.), Manchester University Press, Mánchester, 1987, p. 162.

[74] "The British 'Crisis'", *The Economist,* 22 de agosto de 1931.

[75] "Democracy and Economy", *The Economist,* 15 de agosto de 1931. Aun cuando en el Informe de May se exageraba el déficit presupuestal, la necesidad para la economía era tal que era aceptable "ponerle los pelos de punta a la gente"; "A New Axe", *The Economist,* 8 de agosto de 1931.

libra esterlina" y el "mantenimiento de nuestro crédito en el exterior" lo que la amenazaban.[76]

A finales de septiembre, consecuentemente, *The Economist* anunció "el fin de una época" de un golpazo, admitiendo que la fuga de oro no había producido retiros bancarios, disturbios ni quiebras, sino que anunciaba un repunte de las exportaciones y la confianza de los consumidores y las empresas; aun así, el semanario siguió considerando que la situación era temporal: en 1932 denunció como "nauseabunda la sinfonía de los instrumentos de viento imperiales" que rebuznaban solicitando la preferencia imperial, y pidió a los liberales que renunciaran al Gobierno Nacional por la adopción de aranceles en la Conferencia de Ottawa, ese "farragoso y mezquino engaño político".[77] Layton envió ocho páginas en las que le explicaba el libre comercio al primer ministro MacDonald, quien se disculpó con docilidad, y, aunque renunció a la planificación de la Conferencia Económica de Londres que debía tener lugar al año siguiente, Layton desempeñó de hecho una función clave tras bambalinas, en parte porque esa reunión aún estaría facultada para negociar el retorno al patrón oro, con el que él y *The Economist* seguían comprometidos.[78]

Lejos de lamentar "el fin de una época", Keynes lo celebró. Graham Hutton, editor asistente de *The Economist,* lo recordó saliendo directamente del Tesoro e irrumpiendo en un almuerzo de *The New Statesman and Nation* el 21 de septiembre de 1931, "frotándose las manos y riendo a carcajadas como un niño que acaba de hacer estallar un petardo debajo de alguien que no le agrada"; les anunció con gran júbilo a los periodistas: "¡De un solo golpe, la

[76] "The Government and Its Tasks", *The Economist,* 29 de agosto de 1931. El motín de Invergordon fue descrito como "informes de insubordinación en la Armada"; "The End of an Epoch", *The Economist,* 26 de septiembre de 1931.

[77] "Harvest of Ottawa", *The Economist,* 27 de agosto de 1932, y "Ottawa and the Loaf" y "Liberal Ministers", *The Economist,* 17 de septiembre de 1932. Acerca de la división entre los liberales samuelitas [los de la corriente principal] y los liberales nacionalistas a causa de los aranceles, véase David Dutton, "1932: A Neglected Date in the History of the Decline of the British Liberal Party", *Twentieth Century British History,* vol. 14, núm. 1, marzo de 2003, pp. 43-60. Hirst, ahora jefe del Comité de Defensa del Libre Comercio, era más inflexible: "El Arancel de las Abominaciones, el peor desde Waterloo […] ¡llegó el turno a las colonias de controlar los impuestos de la madre patria!"; Trentmann, *Free Trade Nation…, op. cit.*, pp. 331-332.

[78] "Layton to MacDonald", 27 de septiembre de 1933, Layton Papers, TCC. "Le aseguro que deseo de todo corazón que no pierda el contacto conmigo, y que, siempre que quiera decir o escribir algo, el acceso será tan libre como siempre"; "MacDonald to Layton", en Hubback, *No Ordinary Press Baron…*, *op. cit*., p. 123. MacDonald nombró a Layton junto con Keynes, Stamp, Salter y otros como miembros de su Comité Asesor sobre Cuestiones Financieras justo después de la derrota del patrón oro en 1931. Roosevelt puso fin al plan de la "defensa del oro", negándose a asistir a la conferencia de Londres y, más tarde, devaluando el dólar mientras ésta aún tenía lugar. Acerca de una afirmación desconcertante en el sentido de que *The Economist* había extraído de la Conferencia de Londres lecciones "optimistas" sobre la democracia, véase David Runciman, *The Confidence Trap,* Princeton University Press, Princeton, 2013, pp. 109-110, y "A World Adrift", *The Economist,* 4 de junio de 1932.

Gran Bretaña ha reasumido la hegemonía financiera del mundo!"[79] En una nota del Tesoro, Keynes añadió que el hecho de que 25 países hubiesen seguido a la Gran Bretaña cuando abandonó el patrón oro era "una oportunidad excepcional para unir a todo el Imperio en un patrón reformado de la libra esterlina", que sería "administrado por el Banco de Inglaterra y tendría su eje en Londres".[80] El énfasis de Keynes en el liderazgo imperial en el momento de su colapso evidente es notable, debido especialmente a que admitió la "gran ventaja de tener monedas puramente nacionales administradas sólo en interés de la estabilidad nacional y la paz social"; sin embargo, la Gran Bretaña tenía otro destino y mucho que ganar con una unión monetaria amplia. Un patrón de la libra esterlina basado en los precios al por mayor de 1929 elevaría lo que los países del Imperio podrían cobrar por los alimentos y las materias primas, aumentando tanto su poder de consumo de bienes británicos como los ingresos de la City provenientes de los valores en el extranjero; en otras palabras, reconciliando a la industria y a las finanzas siguiendo las líneas de mediados del siglo XIX, sólo que en ese momento sobre la base del "libre comercio del Imperio".[81]

Para Keynes, esa alteración todavía muy sustancial del credo liberal se justificaba sobre todo por la necesidad de equilibrar el poder estadunidense, que amenazaba con devorar al Imperio británico; un peligro que percibía ya en 1917, mientras hurgaba en la Tesorería en busca de dólares.[82] Lejos de desear suprimir o alterar la primacía estructural de las finanzas —más allá de criticarla en ocasiones por descuidar la inversión en el país—,[83] Keynes llegó a darse cuenta de que su recuperación tendría que pasar primero por la economía real, sobre la base de un superávit comercial, y estaba mucho más dispuesto que *The Economist* de Layton a considerar soluciones poco ortodoxas para hacerlo, incluso la explotación del Imperio. En marzo de 1931, presintiendo una apertura cuando la aprobación del arancel Smoot-Hawley demostró que los Estados Unidos no habían asumido un papel mundial constructivo, Keynes argumentó de manera breve en favor de una tarifa de ingresos y de que el intercambio de oro fuese "defendido sin descanso, para que podamos reasumir el liderazgo vacante del mundo, que nadie más tiene la experiencia o el espíritu público para ocupar".[84] Cinco meses después, la

[79] Cecil Hewitt Rolph, *Kingsley: The Life, Letters and Diaries of Kingsley Martin*, V. Gollancz, Londres, 1973, p. 164.

[80] El 16 de noviembre de 1931, después de una conferencia en el Club de Política Económica sobre el mismo tema, Keynes les envió el artículo "Notes on the Currency Question" a Leith Ross, Montagu Norman y Hubert Henderson; Keynes, *CW*, vol. XXI, p. 17.

[81] *Ibid.*, pp. 24-26.

[82] Skidelsky, *John Maynard Keynes…*, vol. I, *op. cit.*, pp. 309 y 340-344.

[83] Véase *The Nation and Athenaeum*, 31 de mayo, 7 de junio y 9 de agosto de 1924, y Winch, *Economics and Policy…*, *op. cit.*, pp. 108 y 155-156.

[84] "Proposals for a Revenue Tariff", *New Statesman and Nation,* 7 de marzo de 1931. *The Economist* hizo notar los efectos sobre el costo de la vida; "Inconsequences of Mr. Keynes", *The*

misma esperanza lo llevó a la conclusión opuesta, cuando brindó con Hutton por la devaluación.[85]

A *The Economist* y a los "mandarines" que lo leían les pareció inquietante esa incongruencia, pero hay que tenerla en cuenta para no malinterpretar el epílogo de 1936 a esos debates: su libro *The General Theory of Employment, Interest and Money* y su llamamiento a practicar "la eutanasia del rentista". A pesar de la presencia de muchos de sus estudiantes entre su personal en esos momentos, *The Economist* se mantuvo en extremo cauteloso ante las intervenciones que proponía Keynes y estuvo de acuerdo en poco más que la necesidad de unas tasas de interés bajas, porque mantenían altos los precios de las acciones y de la vivienda en el pozo de una depresión que ya era mundial. Tres años antes, por ejemplo, cuando apareció la obra *Reconstruction: A Plea for National Unity* del joven parlamentario *tory* Harold Macmillan —un llamado a la unidad nacional fincado en un plan de reconstrucción—, el semanario criticó con dureza su dependencia de Keynes: la sobreproducción era imposible, en tanto que, una vez despojados de los "adornos verbales", los esquemas para forzar la reorganización de las industrias del algodón y el carbón "equivalen, en realidad, a ¡la protección más el monopolio!"[86]

La obra maestra de Keynes fue tan explosiva en la City en ese año de 1936 que Layton abandonó la práctica del anonimato y le pidió a Austin Robinson, estudiante y colega de Keynes en Cambridge, que firmara la reseña. El resultado fue una riña con Robinson, quien posteriormente habló sobre la parte de Layton en ella:

> Era muy capaz y, en cierto modo, fue uno de los primeros creadores de la economía cuantitativa; pero, al mismo tiempo, era curiosamente antiintelectual. Uno de mis recuerdos más vívidos de haber cruzado espadas con él fue a propósito de la reseña para *The Economist* de la *Teoría general* de Keynes. Él y Geoffrey Crowther (que era en potencia más capaz pero muy obstinado en la práctica y antiin-

Economist, 14 de marzo de 1931. "Lágrimas de cocodrilo", se mofó Keynes, citando el propio llamado del semanario a reducir los salarios entre el 10 y 15%; Keynes, *cw*, vol. xx, pp. 499-500. Layton respondió junto con Beveridge, Lionel Robbins y otros economistas de la London School of Economics, en *Tariffs: The Case Examined,* William H. Beveridge (coord.), Longmans Green, Londres, 1931, pp. 76-92.

[85] "De las cenizas, la City de Londres se levantará con un honor impoluto […] porque ha jugado el juego hasta los límites de lo quijotesco, aun a riesgo de llevar el comercio británico casi a la parálisis. Ningún banquero podría hacer más"; Keynes, "The Future of the World", *The Sunday Express,* 27 de septiembre de 1931.

[86] Aprobando de manera selectiva a Keynes, *The Economist* hizo notar un desequilibrio entre el ahorro y la inversión, que los ajustes a la demanda monetaria por sí solos podrían corregir; "Planning", *The Economist,* 13 de enero de 1934; en cuanto a la respuesta de Macmillan, véase *The Economist,* 10 de marzo de 1934. Véase también E. H. H. Green, *Ideologies of Conservatism: Conservative Political Ideas in the Twentieth Century,* Oxford University Press, Oxford, 2002, pp. 158-162.

> telectual) estaban aterrorizados de que pareciese que estaban elogiando la *Teoría general* o que decían que era un libro de envergadura. No solamente me hicieron firmar la reseña, a pesar de que *The Economist* por lo general publicaba las reseñas sin firma: también recortaron sin mi consentimiento el último párrafo en el que resumí el libro. Nunca se lo perdoné en realidad a Geoffrey Crowther y sigo pensando que Layton debería haber tenido un poco más de percepción y coraje. Era un gran hombre, pero tenía limitaciones bastante severas.[87]

Layton y su adjunto Geoffrey Crowther cubrieron sus apuestas, censurando la parte de la reseña que se refería a complementar la acción monetaria con la fiscal. Durante los episodios de pesimismo, en los que la eficacia marginal del capital era baja —se le permitió a Robinson insinuar—, podría ser imposible lograr una tasa de interés lo suficientemente alta como para inducir a los prestamistas a prestar o lo suficientemente baja como para que los prestatarios pidieran prestado e invirtieran. En tales casos, Keynes "desearía complementar la inversión privada con la inversión pública, o aumentar la propensión al consumo mediante los servicios sociales o la redistribución".[88]

La *Teoría general* no fue únicamente una refutación teórica de los ataques del Tesoro al plan de Lloyd George para "solucionar el desempleo", estrategia que, según sus funcionarios habían afirmado en 1928, sólo podría desplazar la inversión privada, sin un beneficio económico acumulativo. El llamado de Keynes a la "eutanasia del rentista" y a "una socialización de las inversiones que sea en lo posible comprehensiva" en el capítulo final de la *Teoría general* también fue producto de los choques que tuvo de manera más amplia desde 1925 con la opinión de la City, tal como la representaba *The Economist*. Eso debe haber sido tanto más frustrante para Keynes cuanto que la obstinación que encontró en los círculos de la City estaba fuera de proporción con su desacuerdo.[89] Layton pareció mostrarse igualmente ambivalente 30 años después de la aparición de la *Teoría general*, dado que le ofreció a Keynes un reconocimiento tardío y ambiguo: "Desde 1945, el pleno

[87] Hubback, *No Ordinary Press Baron…*, *op. cit*., pp. 95-96. La afirmación de Douglas Jay en el sentido de que *The Economist* apoyó vigorosamente la reactivación y comenzó a utilizar el término "pleno empleo" sin reservas, "ayudando en una gran medida a hacer respetable la idea", es exagerada; Parsons, *The Power of the Financial Press,* Rutgers University Press, New Brunswick, 1990, p. 69.

[88] "Mr. Keynes on Money", *The Economist,* 29 de febrero de 1936.

[89] Ése es el sentido de la famosa observación que hizo Keynes en "Am I a Liberal?", una charla de 1925 en la Escuela de Verano Liberal organizada por Layton: "La dificultad es que los dirigentes capitalistas de la City y del Parlamento son incapaces de distinguir las nuevas medidas para salvaguardar al capitalismo de lo que ellos llaman bolchevismo"; Keynes, *Essays in Persuasion*, *op. cit*., p. 327. En lo relativo al uso ambiguo y cambiante por Keynes del término "rentista", que debe matizar la radical conclusión de la *Teoría general* que pide la "eutanasia del rentista", véase Ross McKibbin, "Political Sociology in the Guise of Economics: J. M. Keynes and the Rentier", *English Historical Review*, vol. 128, núm. 530, febrero de 2013, p. 99.

empleo y las políticas keynesianas han sido un supuesto de nuestra vida pública, en ocasiones en un grado perjudicial", y añadió: "La tragedia fue que ganaron la aceptación 20 años demasiado tarde. El desempleo y la Depresión dejaron cicatrices en la población trabajadora británica que todavía ahora entorpecen nuestra capacidad para hacer frente al futuro".[90]

La libra esterlina en los años treinta: el Imperio y el cambio editorial, 1931-1938

Si bien es cierto que Layton puso a *The Economist* en contra de la marea de la autosuficiencia imperial y nacional después de 1931, el semanario que dirigía reflejaba, no obstante, los cambios históricos que se habían puesto en marcha ese año. La creación de la zona de la libra esterlina y el sistema de aranceles imperiales de Ottawa aceleraron la tendencia de la década anterior, con la consecuente caída de la inversión extranjera como porcentaje del ingreso nacional, incluso a pesar de que una mayor parte fluía ya al Imperio.[91] En 1928 Layton visitó la India, el principal destino de las inversiones, en calidad de asesor de la Comisión Simon. Dorothy, su esposa, se unió a él en el viaje y ambos contemplaron el subcontinente a través del cristal del *best-seller* de 1927 de Katherine Mayo, *Mother India* —una continuación de *The Isles of Fear: The Truth about the Philippines*, su justificación del imperialismo estadunidense en las Filipinas—, en el que se destacaban las crueldades del sistema de castas hindú, en particular la práctica del matrimonio infantil.[92] Siendo el último editor de *The Economist* que intentaba reformar el Raj, Layton propuso un nuevo sistema federal en el que el gobierno central de Delhi recaudaría y distribuiría los ingresos fiscales a las provincias, que luego destinarían la mayor parte de ellos al saneamiento, la salud, la educación y la agricultura: las mismas prioridades, en una gran medida, que las del llamado *Yellow Book* o *Libro amarillo* de los liberales (cuyo título era *Britain's Industrial Future*).[93] Los nacionalistas in-

[90] "Memoirs", Layton Papers, TCC, Caja 147, p. 250.

[91] La caída fue de 8% en 1913 a 2.5% en 1925; para 1930, unos 500 millones de libras esterlinas, o 12% de la inversión extranjera, estaban en la India; John Atkin, *British Overseas Investment,* Arno Press, Nueva York, pp. 13-16. En lo concerniente al fracaso de la "opción imperial", basada en la disminución de los ingresos a partir de los invisibles de 365 millones de libras esterlinas en 1929 a 230 millones en 1938, Skidelsky, "Retreat from Leadership…", *op. cit*., p. 184.

[92] Katherine Mayo, *Mother India*, Cape, Londres, 1927; Layton, *Dorothy*, *op. cit*., p. 104. El asistente de Layton era Benegal Rama Rau, más tarde embajador en Washington y gobernador del Banco de la India. Véase Hubback, *No Ordinary Press Baron…*, *op. cit*., pp. 103-111, y Ganesh Bhaskar Jathar y Shridhar Govind Beri, *Indian Economics: A Comprehensive and Critical Survey of the Economic Problems of India,* vol. II, Oxford University Press, Oxford, 1931, pp. 489 y 531.

[93] "Indian Finance" y "Federalism in the British Empire", *The Economist,* 5 de julio y 9 de agosto de 1930, respectivamente.

dios rechazaron la premisa misma de la Comisión Simon, que no incluía miembros indios entre los autores de su informe sobre la reforma de las instituciones indias, ni tampoco siquiera un indicio del estatus de "Dominio" cuando apareció en junio de 1930, en medio de la Salt Satyagraha, o Marcha de la Sal, de Mahatma Gandhi.

The Economist recibió las tres conferencias de la mesa redonda que sustituyeron al informe, y, más tarde, la Ley del Gobierno de la India de 1935, como una victoria para los moderados de ambos lados, "otro paso en la senda al autogobierno" en un momento "en el que los principios aceptados de la democracia parlamentaria están siendo desafiados en muchos países".[94]

La India no fue el único dominio del Imperio en el que los nuevos y poderosos movimientos nacionalistas se opusieron a los términos del dominio británico. En 1936, la Revuelta Árabe comenzó en Palestina —entonces un territorio bajo mandato británico— después de que la inmigración judía se había más que duplicado en cinco años: se requirió una fuerza de 25 000 hombres —el mayor despliegue de fuerzas británicas en el extranjero desde la Gran Guerra y su intervención colonial más significativa en el periodo de entreguerras—, junto con los colonos judíos voluntarios, para aplastar el levantamiento.[95] *The Economist* respaldó la dura represión para obligar a los "bandidos" árabes a obedecer, al mismo tiempo que presionaba a Londres y a la Liga de las Naciones con el propósito de que aplicaran la solución política que había demostrado su eficacia en Irlanda: la partición. En 1937, harto de que las tropas y la policía británicas fueran el blanco de ataques tanto árabes como judíos y atrapado por las promesas "moralmente incompatibles" que habían sido hechas a unos y otros ya en la Declaración Balfour de 1917, *The Economist* se pronunció en favor de una solución de dos Estados.[96]

[94] Los indios o hindúes obtuvieron el autogobierno provincial y la mayoría de los escaños en el Parlamento, pero Londres mantuvo un estricto domino sobre las finanzas, la defensa y los asuntos exteriores y se difirió la condición de Dominio. *The Economist* criticó el llamado movimiento de no cooperación de Gandhi tachándolo de violento y porque se negó a permitir la representación de las minorías de los musulmanes, los sijs y las castas indias inferiores. Véanse los siguientes artículos en *The Economist:* "India", 24 de mayo de 1930; "Indian Developments", 7 de junio de 1930; "Round Table Conference", 9 de julio de 1930; "Outlook in India", 13 de septiembre de 1930; "The Crux for the Conference", 27 de diciembre de 1930; "Indian Truce", 14 de marzo de 1931; "British Policy and India", 28 de noviembre de 1931, y "The Lothian Report", 11 de junio de 1932. La referencia a "la elaboración de una Constitución a una escala mayúscula" dio lugar el 2 de febrero de 1935 a la publicación de un suplemento de 19 páginas sobre la historia del Raj elaborado por Layton.

[95] Tom Segev, *One Palestine, Complete: Jews and Arabs under the British Mandate,* Metropolitan Books, Nueva York, 2001, p. 415.

[96] ¿Fue Palestina otra Irlanda, el Sinn Féin de los árabes?: "¿Vamos a aplastarlos de la despiadada manera como Mussolini aplastó a los amharas?, o ¿vamos a traicionar a nuestros protegidos sionistas?" Véanse, en *The Economist,* los artículos: "Palestine in Ferment", 30 de mayo de 1936; "Uproar in Palestine", 13 de junio de 1936, y "Turning the Screw in Palestine", 20 de junio de 1936. La Gran Bretaña debía mantener sobre los Lugares Santos un mandato que ac-

A partir de finales de la década de 1920, *The Economist* experimentó los primeros cambios significativos tanto entre sus propietarios como en su diseño y circulación, teniendo a Layton como responsable, a su manera tan concienzuda, de actualizar cada aspecto de la organización original. Como resultado, el carácter y los argumentos de los propietarios, los miembros de la junta de gobierno y los editores, incluso la política de la oficina, quedaron a la vista con una nitidez inusual.

Se podría sostener que la prensa estaba sujeta a una presión más insistente para racionalizar su administración que cualquier otra industria de la Gran Bretaña, un proceso que la guerra aceleró a medida que los diarios de circulación a gran escala publicados en Londres superaban a los periódicos matutinos provinciales, al mismo tiempo que luchaban entre sí por los lectores.[97] El mundo de las revistas políticas semanales puede haber observado un poco más de delicadeza, pero no por mucho. En 1922 Layton, Keynes y otros miembros de la Escuela Liberal de Verano le compraron *The Nation and Athenaeum* a la familia Rowntree, y en 1931 lo fusionaron con *The New Statesman* de los Webb; en 1933, asimismo, compraron *The Weekend Review,* respaldada por Courtauld. Layton estaba convencido de que *The Economist* podría lograr un crecimiento similar por sí solo, siempre y cuando los descendientes de James Wilson les vendiesen sus acciones, poniendo fin a la práctica de "distribuir las ganancias hasta el último penique entre los numerosos beneficiarios de la familia": "La necesidad de recuperar las ganancias y ampliar el personal me llevó a acercarme a algunos de mis amigos con el fin de comprar el semanario y convertirlo en una empresa privada".[98] Al mismo tiempo, Henry y Laurence Cadbury nombraron a Layton, un antiguo tutor de Laurence, como asesor financiero de *The Daily News,* de propiedad familiar. En 1930, después de ayudar a negociar su fusión con *The Westminster Gazette* y *The Daily Chronicle,* Layton se convirtió en presidente del combinado *The News Chronicle,* cuya circulación de 1.4 millones de ejemplares le permitiría competir con los tabloides gigantes: *The Daily Mail,* de Rothermere, y el periódico de derecha *The Daily Express,* de Beaverbrook, así como el *Daily Herald,* del Partido Laborista.[99]

tuase como amortiguador entre las dos comunidades e imponer un tratado de libre comercio entre ambos Estados; véanse, en *The Economist,* los artículos: "Partition of Palestine", 10 de julio de 1937; "Geneva and Palestine", 7 de agosto de 1937; "Mandate Commission", 28 de agosto de 1937; "The Arab World", 11 de junio de 1938, y "No Change in Palestine", 20 de mayo de 1939.

[97] Clarke, *Hope and Glory…, op. cit.*, p. 116.

[98] "Memoirs", Layton Papers, TCC, Caja 147, p. 206; 8 de septiembre de 1955, Caja 82.116.

[99] Lloyd George adquirió la mayoría de las acciones de *The Daily Chronicle* en 1918 por medio de su fondo político, y en 1926 las vendió a *sir* David Yule, *sir* Thomas Catto y el antiguo virrey *lord* Reading; el diario fue revendido poco después a Henry Harrison, el magnate del papel. *Lord* Cowdry compró *The Westminster Gazette* en 1921. Taylor, *Essays in English…, op. cit.*, p. 118; Iain F. Russell, "Yule Family", en *ODNB,* y Kathleen Burk, *Morgan Grenfell, 1838-1988: The Biography of a Merchant Bank,* Oxford University Press, Oxford, 1989, p. 82.

Ahora bien, *The Economist* fue el que presentó las mayores dificultades cuando en 1928, después de tres años de negociaciones, apareció un rival inesperado. Se trataba de Brendan Bracken, un mitómano de 27 años de edad que afirmaba ser un huérfano australiano (su madre vivía en Irlanda) e hijo ilegítimo de Winston Churchill, su mentor político. Bracken era el tipo de persona que daba órdenes a los sirvientes de que interrumpieran las cenas que organizaba con mensajes imaginarios —"El primer ministro está al teléfono, señor"— y proveyó de mucho material al novelista Evelyn Waugh, quien basó el personaje de su chanchullero canadiense Rex Mottram en Brendan Rendall Bracken (ministro del gabinete conservador británico) en su novela *Brideshead Revisited*. Larguirucho, de gafas gruesas y pelo rojo rizado, Bracken se había hecho un nombre al convertir el austero semanario *The Illustrated London News* en el *English Life,* un desfile de zorros, sabuesos, caballos, hogares y títulos; posteriormente, se dedicó a otra búsqueda propia de caballeros y compró publicaciones comerciales para los editores Eyre y Spottiswoode: *The Banker* en 1926, *The Financial News, The Economist* y *The Investors Chronicle* en 1928, así como *The Financial Times* en 1945.[100] Bracken hizo su primer movimiento para adquirir *The Economist* en una fiesta con la presentadora de sociedad Sibyl Colefax, bisnieta de Wilson, a la que le hizo este comentario: "Supongo que está sentimentalmente apegada a sus acciones"; ella respondió: "¡Oh, no! Me parecen unos papeles muy aburridos y no les tengo ningún apego".[101]

Layton invocó la tradición del liberalismo independiente que corría el riesgo de perderse con Bracken, debido a sus extravagantes vínculos con los *tories,* para hacer su propia oferta, y se las arregló para reunir una impresionante lista de patrocinadores liberales inmensamente ricos: Ernest Simon, John Simon, Laurence Cadbury, Walter Runciman y algunos de los banqueros más grandiosos de la City, incluidos los hermanos Rothschild, los Schroder y los Lazard. Su aliado clave para ello era Henry Strakosch, un judío austriaco emigrado a la Gran Bretaña que había llegado a la presidencia de la Union Corporation, la empresa predominante en la minería del oro de Sudáfrica. Al igual que Layton, Strakosch estaba profundamente comprome-

[100] Charles E. Lysaght, *Brendan Bracken,* Allen Lane, Londres, 1979, pp. 82 y 62. A propósito de Rex Mottram, inspirado en Bracken, Evelyn Waugh escribió: "Sus superiores lo consideraban un canalla agresivo"; no obstante, *lady* Julia "reconoció la inconfundible elegancia: el sabor de 'Max' y 'F. E.' y el 'Príncipe de Gales', de la gran mesa del Sporting Club, de la segunda botella mágnum de vino y el cuarto puro, del chofer al que hacía esperar hora tras hora sin escrúpulos […] No era en absoluto un ser humano completo; era un poco como alguien desarrollado de manera antinatural; como algo en una botella, un órgano mantenido vivo en un laboratorio. Pensé que era una especie de salvaje primitivo, pero era algo absolutamente moderno y actualizado que sólo esta aciaga época podía producir"; Evelyn Waugh, *Brideshead Revisited,* Chapman & Hall, Londres, 1945, pp. 162 y 177 [edición en español: *Retorno a Brideshead*, trad. de Caroline Phipps, Tusquets, Barcelona, 2010].

[101] Lysaght, *Brendan Bracken*, *op. cit*., p. 99.

tido en tratar de reconstruir el orden mundial del libre comercio durante las décadas de 1920 y 1930, no sólo como una respetada autoridad en cuanto al sistema monetario sino también como miembro del comité financiero de la Liga de las Naciones.[102] A pesar de ese magno poder financiero, cuando la puja elevó el precio de venta de *The Economist* de 60 000 a 100 000 libras esterlinas (obtenía cerca de 4 000 libras esterlinas de ganancias anuales), Layton se echó para atrás y optó por cerrar un trato con Bracken. Este último acordó una compra conjunta, pero también una estructura de propiedad y control diseñada, como Layton lo expresó, para permitir que "el editor manejase el semanario como si fuese de su propiedad".[103] En unos estatutos que iban más allá de un esquema similar en *The Times,* el editor obtuvo poder sobre la política, los salarios, la contratación y los despidos, y, a fin de contar con una protección adicional para aislarlo de la presión empresarial, serían necesarios cuatro fideicomisarios sin intereses financieros en la empresa para contratar o despedir al editor, aprobar las transferencias de acciones o nombrar un presidente. Bracken se convirtió en director ejecutivo y ocupó dos puestos en la junta de la empresa Financial News Limited; pero Layton mantuvo el equilibrio, reflejando su influencia entre los fideicomisarios y el hecho de que la City había intervenido para comprar la mitad del semanario a instancias suyas. Strakosch se convirtió en presidente de la junta, contando con Layton y Runciman como apoyo, y Bracken y el banquero Major Guy P. Dawnay ocuparon los asientos de la junta asignados a *The Financial News*. De los fideicomisarios, tres eran amigos de Layton: *sir* William Beveridge, *sir* Josiah Stamp y el magnate naviero *sir* Alan Anderson; *sir* Lionel Halsey, vicealmirante retirado y escudero real, estaba en la cuarta posición.[104]

[102] Strakosch comenzó como comerciante de divisas para el Banco Anglo-Austriaco en Londres, adonde se mudó en 1891 desde su lugar de nacimiento, en Hohenau, Austria, antes de ascender al cargo de supervisor de la Union Corporation. Con el tiempo, llegó a ser confidente de Montagu Norman y de los Rothschild y experto en el sistema monetario mundial: durante el periodo de entreguerras viajó para asistir a casi tantas conferencias como Layton para intentar repararlo, y, como representante de la Liga de las Naciones, en calidad de consejero, fue a Sudáfrica y a la India; véase Henry Strakosch, *The Value of Gold in Our Economic System,* Crowther & Goodman, Londres, 1918; Boyce, *British Capitalism at the Crossroads…*, *op. cit*., pp. 42, 167; Russell Ally, *Gold and Empire: The Bank of England and South Africa's Gold Producers, 1886-1926,* Witwatersrand University Press, Johannesburgo, 1994; C. E. Temperley, "Strakosch, Sir Henry Edouard (1871-1943)", y Maryna Fraser, en *ODNB*. Strakosch, en *The Times* del 31 de julio de 1925, criticó a Keynes por su artículo seriado (y luego publicado como libro) "The Economic Consequences of Mr. Churchill"; respecto a sus opiniones en favor de la estabilización de los precios conservando el patrón oro, pero gestionando su distribución por medio de la Liga de las Naciones y el Banco de Compensación Internacional, véase *The Economist* del 10 de noviembre de 1928 y el 5 de julio de 1930.

[103] Hubback, *No Ordinary Press Baron*, *op. cit*., p. 87.

[104] Los accionistas más importantes fueron: *lord* Cowdray, de Pearson, una empresa constructora internacional que se convirtió en un negocio financiero y editorial que controlaba a los hermanos Lazard: 7 500 acciones; W. W. Greg, hijo de Julia Wilson y W. R. Greg: 7 000; Laurence Cadbury, Lionel Nathan de Rothschild y Anthony Gustav de Rothschild, Walter Runciman y el

El cambio más visible a raíz de ese traspaso consistió en el aspecto de *The Economist*… un cambio al que, no obstante, Layton se resistió durante cinco años más. (Keynes, en contraste, había renovado *The Nation* no menos de doce años antes, en 1922.) Hasta 1934, el aspecto de *The Economist* era más o menos como había sido un siglo antes: el título corría por la parte superior en gruesas letras góticas, y el índice y las noticias sobre el mercado monetario estaban amontonados en una doble columna, junto con los anuncios de los bancos y los seguros, que se encontraban hasta el fondo. Esa reliquia victoriana fue esta vez remozada: la nueva fachada, sometida a toda una operación de limpieza, era neoclásica e imponente, como la de un banco: una sola columna desterró todo el resto del material a la parte trasera, excepto el título del artículo principal y el índice de contenido, y se utilizó una fuente serif clara a lo largo de todas las páginas, creada por el equipo que había rehecho el tipo de letra para *The Times* en 1932. Tan sobrio y sencillo como era, causó una fuerte conmoción en Montagu Norman, el gobernador del Banco de Inglaterra, que se quejó amargamente del cambio: Strakosch se preocupaba de que pudiera dañar su circulación en el extranjero. En realidad, señaló una apertura al mundo que ya estaba en marcha: bajo Layton, la circulación aumentó de manera constante a partir de 6 000 ejemplares en 1930 y superó los 10 000 ejemplares por primera vez en 1938, la mitad de ellos en el extranjero.[105]

Una nueva generación de "radicales de la City" en *The Economist*

Layton contrató editores, escritores y corresponsales en el extranjero al mismo tiempo que tenía lugar el aumento de la circulación, y en 1928 mudó a muchos de ellos a una oficina mucho más grande de 24 cuartos cercana a Fleet Street que *News of the World* le había alquilado en Bouverie Street, frente a *The Daily News*. Los nuevos empleados representaron un viraje generacional e ideológico en *The Economist:* en esa fresca adopción de estudiantes de Keynes en Cambridge y de Harold Laski en la London School of Economics, los más importantes eran todos "radicales confesos" de menos de 30 años de edad: Douglas Jay y Geoffrey Crowther, nacidos en 1907, y Graham

barón Bruno Schroder, con 5 000 cada uno; Henry Strakosch y Joseph Kitchin, ambos de la Union Corporation, con 3 000; R. H. Brand, de Lazard Brothers, con 2 000; así como 1 500 acciones para Ernest Simon y Henry Graham White; 1 250 para Layton; 500 para *sir* Laurence Halsey, y 250 para D. E. W. Gibb. Véase Edwards, *The Pursuit of Reason…, op. cit.*, p. 620.

[105] Stanley Morrison y Beatrice Warde, de la Monotype Corporation, junto con el principal formador de Eyre y Spottiswoode. Warde le había comentado a Hutton, que impulsaba el cambio: "*The Times* está arremangándose. ¿No sería mejor que hicieras lo mismo?"; Edwards, *Pursuit of Reason…, op. cit*., pp. 717-718 y 736; Hubback, *No Ordinary Press Baron…, op. cit*., pp. 85-86. A partir de ese momento, Layton se esforzó por alcanzar una circulación de 20 000 ejemplares; "Layton to Strakosch", mayo-julio de 1938, Layton Papers, TCC, Caja 81.62.

Hutton, nacido en 1904. Cuando llegaron al semanario, en 1932 y 1933, fueron la indicación de una realineación que respondía al panorama político de los años treinta: dada la debilidad del Partido Liberal y su división en lo concerniente a los aranceles establecidos después de 1931, así como el aumento de la derecha fascista en Europa, ¿podría un personal más joven y más radical empujar el liberalismo de *The Economist* hacia la izquierda?

Douglas Jay había mantenido relaciones liberales como estudiante de letras clásicas en el New College de Oxford, donde Herbert Fisher, el rector, le había presentado a Lloyd George y a Jan Smuts, y lo había introducido al All Souls College. Cuando Jay fue director asistente a cargo de la corresponsalía extranjera en *The Economist,* surgió como responsable de la formulación de la política del Partido Laborista, después de que Graham Hutton le dijese a Harold Laski, especialista en ciencias políticas de tendencia liberal orientada hacia la izquierda, que Jay debería trabajar en los comités de comercio y finanzas del ejecutivo nacional de ese partido.[106] Hutton fue el primer editor de *The Economist* proveniente de un ámbito académico ajeno, un especialista en Europa Central que había sido estudiante de Laski en la London School of Economics. Incluso Geoffrey Crowther, el menos aventurero del grupo, había estudiado en Cambridge como alumno de Keynes, quien lo recomendó a Layton.[107] Juntos, esos tres jóvenes escribieron y recopilaron una gran parte de *The Economist,* junto con Aylmer Vallance, el ayudante de editor más borrachín e izquierdista que jamás haya tenido ese puesto. (Vallance se mudó a *The News Chronicle* en 1933 y, en 1936, a *The New Statesman and Nation,* donde abogó por un frente popular que incluyese a los comunistas británicos.)[108] Layton presidía las reuniones de los lunes y se asomaba los miércoles y jueves para corregir las pruebas y aprobar los editoriales. Pero

[106] Jay afirmó que se había convertido a la causa laboral en 1926, durante la Huelga General, cuando todavía estaba en Winchester; Douglas Jay, *Change and Fortune: A Political Record,* Hutchinson, Londres, 1980, p. 22. Jay abandonó *The Economist* en 1937, el año en que apareció su libro *The Socialist Case,* Socialist Book Club, Londres, 1937; Tam Dalyell, "Lord Jay", *The Independent*, 6 de marzo de 1996.

[107] Hutton era cuñado de Evan Durbin, otro joven economista laboral instruido en el New College de Oxford como alumno de Lionel Robbins. Durbin se mudó junto con Robbins a la London School of Economics y llegó a ser ayudante personal de Clement Attlee en 1942; véase Isaiah Berlin, *Flourishing: Letters, 1928-1946*, vol. I, Vintage-Cambridge University Press, Londres, 2012, p. 433, y Elizabeth Durbin, *New Jerusalems: The Labour Party and the Economics of Democratic Socialism,* Routledge & Kegan Paul, Londres, 1985, pp. 112 y 253-254.

[108] Martin Gilbert, *Winston Churchill,* vol. V, Heinemann, Londres y Toronto, 1966, pp. 541, 605 y 616; Hugh Purcell, *A Very Private Celebrity: The Nine Lives of John Freeman,* The Robson Press, Londres, 2015. Se supone que en 1934, cuando Ian Mackay se entrevistaba para un puesto de corresponsal de industria en *News Chronicle,* le había dicho a Vallance que lo aceptaría si no había objeciones a sus convicciones políticas: "¿Cuáles son?", le preguntó Vallance; a lo que Mackay respondió: "Considero a Stalin y a Trotsky como un par de viejos *tories*", y Vallance le dijo: "Servirás"; George Glenton y William Pattinson, *The Last Chronicle of Bouverie Street,* Allen and Unwin, Londres, 1963, p. 52.

Arnold Toynbee era quien llevaba la voz cantante, lo cual reflejaba, en parte, su derecho por ser el mayor —nacido en 1889, era más de 10 años mayor que los nuevos editores—, pero también se trataba de una cuestión de estilo, tanto personal como profesional. Escribió sobre política mundial para *The Economist* en casi cada número desde 1922 hasta 1939, superando de manera sustancial sus investigaciones anuales para el Real Instituto de Asuntos Internacionales. Los editores recordaban sus "manuscritos, perfectamente legibles, que no requerían que se corrigiese ni una sílaba ni una coma", y que, "una vez que iniciaba sus monólogos" en las reuniones, "nunca paraba hasta haber llegado a un callejón sin salida, como en el caso de las islas Falkland. Lo escuchábamos como hechizados".[109]

En la década de 1930, la atmósfera de progresismo que campeaba en la oficina se diseminaba en el piso de la Plaza Mecklenburgh que Graham Hutton compartía con Kingsley Martin, el editor del semanario *New Statesman and Nation*. En las fiestas del piso frecuentemente estaban presentes dos jóvenes economistas húngaros: Thomas Balogh, quien en 1930, armado con una carta de Joseph Schumpeter, obtuvo un puesto en el banco londinense O. T. Falk & Co. y el apodo de *Oxballs* ("Pelo de Buey"), que le endilgó Keynes, así como Nicholas Kaldor, investigador e instructor de la London School of Economics desde 1927.[110] Ambos se convirtieron en asesores clave del Partido Laborista en la posguerra (más tarde, bajo Harold Wilson, trataron de poner en servicio la *Teoría general* en la forma de políticas industriales y de ingresos destinadas a impulsar el crecimiento). Nicholas Davenport, corredor de bolsa y columnista del *New Statesman and Nation,* era otro "radical de la City" que se introdujo en ese entorno, destinado principalmente a las

[109] Jay, *Change and Fortune…*, *op. cit*., p. 52; Nicholas Davenport, *Memoirs of a City Radical*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1974, p. 111. Layton puede haber conocido a Toynbee por medio de Gilbert Murray, su maestro de griego en Oxford. Las investigaciones de Toynbee para el Real Instituto aparecieron de 1925 a 1938; William Hardy McNeill, *Arnold J. Toynbee: A Life*, Oxford University Press, Nueva York, 1989, p. 132.

[110] Balogh llegó después de un periodo como investigador en los bancos centrales francés, alemán y estadunidense, porque Keynes se interesaba en sus por entonces puntos de vista ortodoxos sobre los flujos de oro entre esos bancos y el Banco de Inglaterra. Keynes y la segunda Guerra Mundial cambiaron a Balogh: "La palpable impotencia del respetable […] cuando se enfrentó al colapso del marco social y la estabilidad política de Europa Central, me curó de mi coco inflacionario"; Paul Streeten, "Thomas Balogh", en *A Biographical Dictionary of Dissenting Economists,* Philip Arestis y Malcolm C. Sawyer (coords.), Elgar, Aldershot-Cheltenham, 1992, pp. 28-35. Parsons, *The Power of the Financial Press: Journalism and Economic Opinion in Britain and America,* Elgar, Aldershot, 1989, p. 69; un cauteloso Leonard Woolf le dijo a Kingsley Martin: "Desconfío de todo lo que dice"; véase Leonard Woolf, *Letters of Leonard Woolf,* Frederic Spotts (coord.), Harcourt Brace Jovanovich, San Diego, 1989, pp. 437-339 y 452. Nicholas Kaldor se "convirtió" al keynesianismo en 1934-1935, mientras se encontraba en los Estados Unidos con una beca de investigación, alejado de la London School of Economics: Angus Burgin, *The Great Persuasion: Reinventing Free Markets since the Depression,* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2012, p. 29.

secciones de *The Economist* sobre el mercado monetario y la Bolsa de Valores, junto con Hargreaves Parkinson, Norman Crump y Henry Vincent Hodson (este último también trabajó a hurtadillas para la revista liberal imperialista *The Round Table* como editor asistente y en el Comité Asesor Económico de Ramsay MacDonald).[111]

En otras palabras, *The Economist* de los años treinta estaba lleno de radicales y proporcionaba casi la misma fuente de energía intelectual a los laboristas que la que les había suministrado a los liberales. ¿Cuán sorprendente fue ese desarrollo? La respuesta radica en el significado peculiar del socialismo para intelectuales británicos como ésos y en el sentido de una apertura hacia el laborismo entre los de tendencia liberal que esperaban llevar a aquél a su realización después de las debacles de 1931. Douglas Jay puede haber escrito *The Socialist Case* en 1937 mientras estaba en *The Economist,* pero eligió ese título para "hacer hincapié en hasta qué punto Marx era un revisionista cuyo dogmatismo y estridencia no eran compartidos por los socialistas anteriores, como Robert Owen".[112] Jay no solamente elogió la utilidad social del emprendedor; sus propuestas reales para lograr la igualdad —nacionalizaciones limitadas a las minas y los servicios públicos e impuestos a los ingresos heredados— no habrían estado fuera de lugar en un manifiesto del Partido Liberal de 1906. Nicholas Davenport hizo mucha alharaca en torno a la idea de ofrendar sus creencias a las "puertas de Mammón", pero durante la huelga general de 1926 no vio ningún problema en unirse a otros corredores de bolsa para descargar los muelles, conducir autobuses y ofrecerse como chofer de la policía: "Mi simpatía personal era para los mineros que estaban recibiendo un trato rudo, pero, en mi calidad de escritor keynesiano y financiero responsable, no podía apoyar una acción revolucionaria que podría trastornar la economía y generar un enorme déficit en la balanza de pagos".[113] (Layton adoptó una postura similar: habiendo negociado con A. J. Cook, el secretario general de la Federación de Mineros, para

[111] Hodson parece haber sido reclutado para *The Economist* a través de Lionel Robbins, su tutor de economía en Oxford, en 1928, con el fin de encontrar "las estadísticas que necesitaba para completar su tesis sobre inversiones en el extranjero"; Hubback, *No Ordinary Press Baron…*, *op. cit*., p. 88. Hodson se fue para editar *The Round Table* en 1934, pasó parte de la guerra en la India trabajando en la reforma constitucional para Leo Amery y, de 1950 a 1961, fue el editor de *The Sunday Times*. En el caso de los otros redactores del personal, véase Edwards, *Pursuit of Reason…*, *op. cit*., pp. 687-688 y 732-733.

[112] El objetivo de *The Socialist Case* era contrarrestar la "avalancha de volúmenes cuasi marxistas que brotaban del Club de Libros de Izquierda de Gollancz"; Jay, *Change and Fortune…*, *op. cit*., pp. 62-63.

[113] A Jay le agradó Kingsley Martin cuando lo vio dejando caer unas canicas por el pecho de la actriz Deborah Kerr, pero no podía entender cómo podía pensar que la Gran Bretaña era adecuada para una "economía comunista centralizada" que llevaba a "los campos de concentración o a los manicomios de los que él sería el primer prisionero"; Davenport, *Memoirs of a City…*, *op. cit*., pp. 30 y 109.

evitar una huelga, la condenó como "inconstitucional".)[114] El punto de entrada de Davenport al socialismo era ético y religioso, como el de muchos otros reclutas del Partido Laborista: su padre era un piadoso eclesiástico que abandonó un negocio de producción de cerveza para predicar a los oprimidos de Leicestershire. Por su parte, Graham Hutton surgió de la London School of Economics a finales del decenio de 1920 como un temprano fundamentalista del mercado sin renunciar al socialismo de su adolescencia, una postura que elaboró con detenimiento en *The Burden of Plenty* en 1935. (En 1953, él y Geoffrey Crowther publicaron *We Too Can Prosper: The Promise of Productivity,* un saludo al capitalismo al estilo estadunidense como un ejemplo para la rezagada Gran Bretaña, después de lo cual Hutton participó en el Instituto de Asuntos Económicos [Institute for Economic Affairs], de tendencia neoliberal.)[115]

En las raras ocasiones en que Keynes fue censurado por esos discípulos, en la década de 1930, no fue por motivos teóricos, sino por su decidida frialdad hacia las clases bajas y su partido ungido, que no había cambiado mucho desde la Escuela de Verano Liberal, en 1925; cuando declaró su lealtad a la burguesía educada, Keynes había dicho: "Sobre todo, no creo que los elementos intelectuales del Partido Laborista ejerzan jamás un dominio adecuado. Quienes no saben *absolutamente nada* de lo que están diciendo decidirán siempre demasiado".[116] Ya en ese decenio, personajes como Douglas Jay probablemente aceptaron el argumento de Keynes de que los gobiernos podían gestionar la demanda efectiva total para suavizar los márgenes del ciclo económico, pero se acobardaron ante tales demostraciones de altivez, en especial debido al declive electoral de los liberales. Francis Williams, el editor de *The Daily Herald,* invitó a Jay a una reunión con Keynes en 1937, con la esperanza de convencer al economista de que transigiera con los dirigentes laboristas y los sindicales para hacerlos adoptar las principales lecciones de su *Teoría general*. Posteriormente, Jay dijo: "Nunca hasta hoy me di cuenta de lo mucho que Keynes piensa como un hombre rico", y Williams comentó: "No, por supuesto, en su pensamiento económico, sino en su ac-

[114] En *The Economist,* Layton también criticó a Baldwin por interrumpir las conversaciones con los mineros, y a los empleadores por amenazar con penalizar a los huelguistas simpatizantes; "How the Strike Came About", "Cost of the Strike" y "Restoring Peace", *The Economist,* 8 de mayo (los dos primeros artículos) y 15 de mayo de 1926.

[115] Véase Graham Hutton (coord.), *The Burden of Plenty?,* Allen & Unwin, Londres, 1935, p. 133; Graham Hutton, *We Too Can Prosper,* Allen and Unwin, Londres, 1953, y Arthur Seldon (coord.), *Rebirth of Britain: A Symposium of Essays by Eighteen Writers*, Pan/Institute for Economic Affairs, Londres, 1964, pp. 14-15. Véase una descripción de su persona en "A Good Friend", *The Economist,* 22 de octubre de 1988, y sobre la perspectiva liberal decimonónica de algunos de los principales pensadores laboristas, véase Stefan Collini, "Moral Mind: R. H. Tawney", *English Pasts: Essays in History and Culture,* Oxford University Press, Oxford, 1999, pp. 177-194.

[116] Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes,* vol. II…, *op. cit*., p. 569; John Maynard Keynes, "Am I a Liberal?", *Essays in Persuasion*, *op. cit*., p. 324.

titud hacia las clases trabajadoras sin educación entre las cuales estaba dispuesto a ir a vivir en los barrios marginales si fuere necesario, pero a quienes le resultaba realmente imposible hacerles concesión alguna en materia de entendimiento".[117]

El Club XYZ o cómo hacer respetable al Partido Laborista

La doctrina que avanzaba en *The Economist* era el socialismo de los corredores de bolsa, porque los reclutas radicales del semanario pretendían proporcionar a los laboristas hombres que *sí sabían* de qué estaban hablando. La dirección laborista era igualmente entusiasta, y, en 1932, un grupo de periodistas y banqueros formó el Club XYZ para enriquecerla con un asesoramiento informal. Vaughan Berry, un corredor de facturas de la Union Discount Company, estaba buscando un lugar donde, de acuerdo con Nicholas Davenport, "los hombres de la City pudieran reunirse con los dirigentes laboristas e instruirlos en los misterios de las finanzas de la City para que no hicieran con ella una chapuza cuando llegaran al poder".[118] El Club XYZ, que celebraba sus reuniones con cena en un salón superior del Lamb, un *pub* de Mitre Street, incluía entre sus miembros a los periodistas Francis Williams, Davenport, Jay y el editor de *The Guardian* en la City, Cecil Sprigge; una variedad de banqueros, corredores de bolsa y directores de empresas (varios de los cuales también eran parlamentarios o concejales locales), y los economistas Hugh Quigley y Evan Durbin. Los políticos laboristas desempeñaron un papel destacado desde el principio, y muchos pasarían a ocupar altos cargos del gobierno después de 1945: Hugh Gaitskell era secretario, mientras que Hugh Dalton, Clement Attlee, F. W. Pethick-Lawrence, Stafford Cripps y Herbert Morrison asistían con regularidad. Una medida del éxito del club fue su cambio de dirección en 1945, cuando se trasladó a la Cámara de los Comunes, y la influencia de sus ideas en los gobiernos laboristas de posguerra. Las propuestas para nacionalizar el Banco de Inglaterra y establecer la Junta Nacional de Inversiones y la Corporación Financiera Industrial finalmente fueron puestas en práctica bajo Attlee y, más tarde, bajo Harold Wilson.

Las memorias que dejaron los periodistas que fueron miembros del Club XYZ son asombrosamente concordantes: Nicholas Davenport llamó a todos los políticos laboristas que conoció, excepto a *sir* Stafford Cripps, "sublime-

[117] Francis Williams, *Nothing So Strange: An Autobiography,* Cassell, Londres, 1970, pp. 109-110. Esa crítica a Keynes no impidió que Jay expresara la tristemente célebre sentencia: "En el caso de la nutrición y la salud, al igual que en el de la educación, el caballero de Whitehall realmente sabe más lo que es bueno para las personas que las personas mismas"; Jay, *The Socialist Case…, op. cit.,* p. 317.

[118] Davenport, *Memoirs of a City…, op. cit*., p. 76.

mente ignorantes de la City y desconfiados de sus instituciones, en especial de la Bolsa de Valores, a la que tildaban de casino";[119] Douglas Jay consideraba al Club XYZ como "un esfuerzo por reeducar al Partido Laborista debido a sus fracasos de 1931"; a raíz de "los acontecimientos de 1931", tanto Vaughan Berry como Francis Williams estaban convencidos de la necesidad de un nuevo enfoque: aunque "vapuleado por los resultados de las elecciones generales de 1931" y "por desgracia necesitado de conocimientos especializados", el laborismo estaba "apasionadamente ansioso por encontrar una alternativa respetable tanto a la economía de la escasez practicada por el Gobierno Nacional como al marxismo".[120] El abrazo que se dieron parecía mutuamente beneficioso: el laborismo, visto como un mal manejo de los años de la crisis de 1929 a 1931, puliría su imagen en aras de la competencia económica, mientras que la City obtendría garantías de que cualesquiera reformas que aquél introdujese integrarían las finanzas en una economía mixta sin poner en peligro su carácter principalmente privado. MacDonald y Snowden habían mostrado un celo increíble en favor de los principios económicos liberales; pero el Club XYZ no tenía tiempo para la ignorancia defensiva que estos últimos habían mostrado en 1931, presionando a los laboristas a extremos de tener que flagelarse para satisfacer a los mercados. Se sentían cómodos con el keynesianismo.

La razón por la que esa nueva política no se tradujo en un viraje claro de la postura editorial de *The Economist* se debió a su editor, quien de manera sistemática eliminaba todo lo que pudiera ser controvertido para la City, en parte a causa de su doble función en el diario *News Chronicle*. Nicholas Davenport recordó que era "lento, académico e indeciso": indeciso en todos los sentidos, de tal modo que en una ocasión, en un viaje a Estrasburgo, Layton se quedó paralizado en el vestíbulo de un hotel, sin poder elegir entre una habitación con inodoro o una en el vestíbulo mismo, hasta que el propio Davenport decidió por él.[121] Sus silencios podían durar varios minutos: Geoffrey Crowther afirmó haber tomado decisiones editoriales al teléfono basándose en sutiles variaciones en esa práctica de hacer pausas o mutis. Si a última hora del jueves a Layton le parecía que un editorial era demasiado enfático, "al final solía agregar simplemente las palabras: 'Sólo el tiempo lo dirá'".[122]

En su cautela, *The Economist* contrastaba con *The News Chronicle,* el diario de gran circulación, que, después de quedar a cargo de Vallance en 1933 por designación de Layton, comenzó a promover una versión suave del Frente Popular y a atacar a la Unión de Fascistas Británicos de Oswald Mos-

[119] *Ibid.*, p. 77.

[120] Jay, *Change and Fortune…*, *op. cit*., p. 60; Williams, *Nothing So Strange…*, *op. cit*., pp. 112-113.

[121] Davenport eligió la habitación con inodoro, temiendo los efectos de los mariscos locales; Davenport, *Memoirs…*, *op. cit*., p. 44.

[122] Jay, *Change and Fortune…*, *op. cit*., p. 50.

ley, ofreciendo en 1934 unir fuerzas con *The Daily Herald* del Partido Laborista en "una política progresista avanzada". Lloyd George acordó invertir en el proyecto, ridiculizando a los liberales en una cena con Layton al bautizarlos como un "fracaso total", que "huyeron en las últimas elecciones, rindiéndose y desprendiéndose de todo, con lo que dejaron atrás la valija y el equipaje".[123] El *News Chronicle* hizo campaña por la "votación de la paz" en 1935 con el propósito de generar el apoyo popular a la seguridad colectiva y a la Liga de las Naciones; a partir de 1936 cedió espacio a William Forest y Arthur Koestler, quienes presentaron informes en favor del bando republicano en la Guerra Civil española. No obstante, incluso esa circunspecta forma de política progresista condujo a la ruptura. Vallance, que deseaba un frente popular genuino que comprendiera a toda la izquierda, incluidos los comunistas, fue despedido en 1935 después de que, estando borracho en una fiesta en la víspera de las elecciones, alentó a los presentes a dar la última paliza a los liberales samuelitas (los partidarios ortodoxos del libre comercio cuyos puntos de vista clásicos no permitían mucho más que hacer obras públicas para combatir la Depresión).[124] Para los fideicomisarios de *The Daily News,* eso fue demasiado. Clive Pearson, el segundo hijo del vizconde Cowdray, quien dirigía los negocios mundiales de ingeniería y energía de S. Pearson, le pidió a Layton una declaración sobre la postura relativa a los laboristas; la respuesta de Layton fue: "Simpatía y apoyo en las cuestiones en que concuerden con las ideas liberales", pero sin respaldo para "el partido tal como ahora existe".[125] En 1936 Layton estaba dando instrucciones a Gerald Barry, el nuevo editor, de que evitase la frase "Frente Popular" por ser demasiado izquierdista, en favor de "Alianza por la Paz", el tipo de cobertura que llevó al *Daily Worker* a burlarse de un "frente refrenado […] comunistas: manténganse fuera", incluso cuando el *Daily Express* se burlaba de Layton por ser "una estatua de lana tejida que se deshilachaba".[126]

Pero el efecto que esas refriegas tuvieron en la posición de Layton en *The Economist* fue lo que le escoció, como señaló al mismo tiempo otro periódico de Beaverbrook, el diario *The Evening Standard*:

> Si *sir* Walter Layton ha tomado la decisión de que el *News Chronicle* se vuelva socialista, entonces su propia posición se vuelve en extremo interesante, porque también es editor de *The Economist*. La mitad de *The Economist* pertenece a Fi-

[123] Frances Stevenson, *Lloyd George: A Diary,* Hutchinson, Londres, 1971, p. 260.

[124] James Thomas, *Popular Newspapers, the Labour Party, and British Politics,* Routledge, Londres-Abingdon, 2005, pp. 13-14.

[125] ¿Se opondría seguramente el *News Chronicle* a la nacionalización de la industria? Haciéndose eco del derrotero intermedio trazado en la Investigación Industrial Liberal, Layton escribió: "La línea entre propiedad y control estatal o empresa privada sin restricciones es una cuestión de conveniencia, antes bien que de principios"; Hubback, *No Ordinary Press Baron…*, *op. cit*., p. 155

[126] *Ibid.*, pp. 90, 188 y 155.

> nancial Newspaper Proprietors Limited y la otra mitad a prominentes financieros, incluido *sir* Henry Strakosch y, se cree, los intereses de Rothschild y Cowdray. Por lo tanto, no puede haber perspectivas de que *The Economist* se convierta en socialista, por lo que *sir* Walter Layton tendrá que montar dos caballos. Es una hazaña a la que está acostumbrado.[127]

Los rivales de Fleet Street no fueron los únicos que tomaron nota; Strakosch estaba lo suficientemente preocupado por ese pluriempleo como para pedirle a Vallance —una idea desconcertante: ¿ignoraba el punto de vista de Vallance?— que reemplazara a Layton en noviembre de 1932, con el argumento de que *The Economist* corría el riesgo de convertirse en portavoz de un Partido Liberal de izquierda, como el *News Chronicle*. En su respuesta, que le dio en copia a Layton, Vallance declinó, argumentando que *The Economist* se beneficiaba de los compromisos públicos de éste, en los que actuaba como una especie de vendedor de élite de su publicación: ésta ya no era "un semanario aburrido e incoloro de la City", sino "un órgano muy definido de opinión asociado en todo el mundo al nombre de un editor que no es tanto un periodista como un hombre público internacional". Vallance añadió que los temores de Strakosch eran infundados, citando al partido parlamentario liberal, disminuido y dividido: "*The Economist* es conocido como una revista 'liberal', y el 'liberalismo' es ahora algo tan indeterminado, tan desapegado, que —por no hablar del hecho de que Layton y yo somos muy celosos de las tradiciones de *The Economist*— puedo ver poco peligro de que el *News Chronicle* sea considerado como un órgano del partido".[128] No queda clara aquí, o más adelante, cuando Strakosch renovó sus llamados a Layton para que renunciara, la naturaleza precisa de sus objeciones; es cierto que Strakosch tornó a inclinarse por los *tories* después de 1931, convirtiéndose en un confidente tan cercano de Churchill que, cuando el futuro primer ministro perdió una fortuna en Wall Street en 1938, lo rescató por una suma de 18 000 libras esterlinas, pero, por esos motivos, su preferencia por Vallance, que estaba muy a la izquierda de Layton, es difícil de explicar.[129]

[127] "Ningún periódico ha atacado al Gobierno Nacional con más fiereza que el *News Chronicle,* pero ningún hombre ha sido más feliz que *sir* Walter Layton en las ocasiones en que al primer ministro se le ocurrió consultarlo"; *ibid*., p. 137.

[128] "Aylmer Vallance to Henry Strakosch", 27 de diciembre de 1932, Layton Papers, TCC, Caja 81.16.

[129] "Según lo acordado entre nosotros, ocuparé este puesto durante tres años y usted me da total discreción para vender o modificar las participaciones en cualquier momento, pero en el entendido de que no incurrirá en ninguna otra responsabilidad." Gilbert, *Winston Churchill, op. cit*., vol. V, p. 920. Cuando Strakosch murió, en 1943, le dejó a Churchill 20 000 libras esterlinas, junto con las deudas anteriores cobradas a su corredor de bolsa, regalos que ascendían a alrededor de dos millones de libras esterlinas en dinero actual.

Roosevelt, Stalin y Mussolini

Ahora bien, en los años treinta, el gran desafío para la clase de liberalismo de *The Economist* provino menos de los reajustes políticos en la Gran Bretaña —donde, como argumentó Vallance, el credo liberal ya no podía confundirse con el partido— que del extranjero. De ahí surgieron experimentos, opciones y amenazas directas a las que *The Economist* prestó una atención seria y sostenida: el *New Deal* en los Estados Unidos, los planes quinquenales en la Rusia soviética y los programas fascistas en Italia y Alemania. No sin diferir en sus evaluaciones, Layton estableció un diálogo directo con cada cual, en particular con Roma y Berlín, donde Mussolini y Hitler veían a *The Economist* como un cauce que los llevaría a la City, de la que dependían en gran medida sus objetivos en materia de política económica y exterior de entreguerras.

En 1936, *The Economist* publicó la investigación más completa del *New Deal* o Nuevo Trato que jamás hubiera aparecido en la Gran Bretaña, enmarcada como una evaluación comparativa comprensiva de los esfuerzos por combatir la Gran Depresión:[130] en vísperas de la reelección de Roosevelt, "puede ser de ayuda, en especial para los observadores que han visto el *New Deal* desde lejos, resumir lo que se ha hecho y señalar la ética que parece surgir de los acontecimientos registrados". La ética que puso al descubierto reveló tanto sobre "el vasto experimento de los últimos tres años y medio" en los Estados Unidos como sobre el semanario bajo Layton. Cauteloso —afirmando, para variar, que no contaba con "ninguna autoridad absoluta"—, también se adelantó al presidente, instándolo a poner en práctica reformas sistemáticas, de acuerdo con los radicales más jóvenes de la City; hasta entonces, su "liberalismo [era] muy moderado" y "aun si el criterio es utópico, los logros del *New Deal* parecen pequeños".[131] En cuanto a las obras públicas, había habido muy pocas: el gasto medio anual en la construcción pública seguía siendo sólo 60% de su gasto anterior a la Gran Depresión; en la vivienda, un rescate había evitado que quizás un millón de propietarios fuesen desahuciados, pero no había hecho nada por los habitantes de los barrios marginales, y "los barrios bajos de los Estados Unidos están entre los peores del mundo" y alcanzan "su punto más bajo en los barrios de color"; la activi-

[130] John Dizikes, *Britain, Roosevelt and the New Deal: British Opinion, 1932-1938,* tesis de doctorado, Harvard University, 1979, p. 266.

[131] "Ahora bien, si se compara el *New Deal,* no con la norma absoluta de la utopía, sino con los logros de otros gobiernos, se debe modificar el juicio adverso anterior. Si se lo compara ya sea con el rendimiento o con la promesa de sus rivales, el resultado es bueno. Si se comparan sus logros con la situación que enfrentó en marzo de 1933, es un éxito asombroso. El señor Roosevelt puede haber dado una respuesta incorrecta a muchos de sus problemas, pero, al menos, es el primer presidente de los modernos Estados Unidos que ha planteado las preguntas adecuadas." "The New Deal", *The Economist,* 3 de octubre de 1936.

dad industrial era anémica, en parte porque la Ley Nacional de Recuperación Industrial había sido un caos de "teorías económicas y sociales divergentes", habiendo tomado medidas positivas para dar poder a los sindicatos, por ejemplo, al mismo tiempo que se alentaba a los carteles industriales que elevaban los precios y frenaban la demanda.

Con extrema timidez en esas áreas, el *New Deal* había ido demasiado lejos en otras: después de hacer un trabajo magistral para restablecer la confianza de los depositantes en los bancos al asumir el cargo, Roosevelt había buscado la aprobación de una "legislación penal" que imponía un "divorcio completo entre las funciones de la banca y cualquier otra forma de negociación de valores", sin proporcionar ningún marco legal para un sistema de sucursales bancarias nacionales, por "prejuicio contra los banqueros, en especial contra los grandes banqueros".[132] *The Economist* tampoco pudo digerir la decisión de Roosevelt de 1933 de abandonar el patrón oro, lo que era éticamente "un precedente peligroso y una incitación a la locura de la depreciación competitiva". En ningún otro lugar fue la mezcla del semanario de llamamientos audaces a la experimentación y renuencia a apartarse de las normas anteriores a la guerra más sorprendente, en ese contexto, que en la manera como trató a Keynes, a quien no mencionó en absoluto; sin embargo, aunque fue enterrado en la investigación, *The Economist* había adoptado la mayor parte de su vocabulario, si bien, por razones de seguridad, entre comillas: el mayor o menor grado de recuperación que se había producido no se debía "a la teoría de la creación de crédito y dinero barato", sino a una "teoría rival", la del "financiamiento del déficit", que había expandido la "corriente del poder de compra" y "contribuido al logro del objetivo deseado al inyectar dinero en la bomba", afirmaba, citando investigaciones que indicaban que "el multiplicador" había sido dos.

Layton ya había llevado *The Economist* a un compromiso más reflexivo con la Unión Soviética en la época de la consolidación del poder de Stalin en Moscú, lo que trajo consigo el primer Plan Quinquenal en 1928. El semanario ahora se ocupaba menos exclusivamente del reembolso a los tenedores de bonos y mostraba más curiosidad por la planificación, especialmente a medida que el malestar económico en Occidente se profundizaba después de la crisis de 1929.[133] Layton había publicado un informe especial sobre Rusia

[132] Pese a que el semanario alababa a la Corporación Federal de Seguros de Depósitos, aún tenía "serias dudas" sobre ella como un sistema permanente, porque equivalía a una "penalización de los bancos sólidos" y a una "donación de la banca imprudente"; véase *idem*. Para obtener más información sobre la actitud favorable del semanario hacia Roosevelt y la reacción mixta a su *New Deal* a lo largo del tiempo, véase Alastair Burnet, *America, 1843-1993: 150 Years of Reporting the American Connection*, The Economist Books, Londres, 1993, pp. 114-122.

[133] Véase "Russian Trade Agreement", *The Economist*, 9 de octubre de 1920. En un artículo en el que desestimaba los supuestos vínculos entre los dos partidos, el semanario se burló de que la mayoría de los votantes laboristas ni siquiera podía pronunciar la palabra *bolchevique:* "La teoría del bolchevismo puede ser buena o mala, pero, para ser justos con Lenin y Trotsky,

en 1927, elogiado por Ivan Maisky —el futuro embajador soviético ante la Corte de St. James, quien lo ayudó a armarlo— como "el material más objetivo posible […] un acto de valentía cívica y visión política de futuro".[134] En 1930 el semanario incluía "An Impression of Russia", publicado en forma de folleto, en el que se decía que el país se encontraba en medio de un "experimento notable", un dinamismo casi sin precedentes para industrializarse con rapidez sin inyecciones sustanciales de capital extranjero; con todo, ofrecía oportunidades de inversión tan vastas que no podían ser ignoradas, independientemente de los límites o los riesgos que implicasen:[135] "Siendo la naturaleza humana lo que es, todavía tenemos que descubrir si un intento de crear un orden social completamente nuevo basado en una curiosa mezcla de ajetreo del tipo estadunidense, propaganda idealista y métodos que recuerdan los de los tiranos de Siracusa puede coronarse con el máximo éxito"; ello dependería de los efectos en la agricultura del "audaz y fatídico desplazamiento del cinturón de trigo hasta los confines de Asia", la agricultura colectiva y el comunismo en las aldeas.[136]

Sobre la versión en folleto de ese informe, Layton garabateó las notas de apoyo para un discurso pronunciado ante la "Sociedad de Relaciones Culturales entre los Pueblos de la Commonwealth Británica y la URSS" en 1931: cuando se le pidió que evitara que sus comentarios fuesen políticos, presentó al señor Gourevitch, miembro del Consejo Económico Supremo, cuya charla se tituló "El tercer año del Plan Quinquenal".[137] Los informes continuaron fluyendo a *The Economist* durante esa década: en uno de 1933 sobre la ciu-

debería decirse que no tiene más que ver con asesinatos y otras atrocidades que la Constitución británica con las hazañas de los negros y los morenos"; "Labour and Communism", *The Economist,* 30 de julio de 1921. Al semanario le parecía que había poco que temer de la influencia bolchevique sobre el Partido Laborista, incluso con las acusaciones de "rojos" durante las elecciones de 1924; "Defeat of the Communists", *The Economist,* 11 de octubre de 1924. El semanario tampoco se oponía al diálogo diplomático, y, si criticó los primeros borradores del tratado anglo-ruso del Partido Laborista, no se debía a las cláusulas sobre el comercio o la pesca, sino a que las condiciones para un nuevo préstamo británico eran demasiado vagas; ésa era "una mala ética y un mal negocio"; "A Bad Treaty", *The Economist,* 16 de agosto de 1924.

[134] "Russian Supplement", *The Economist,* 19 de marzo de 1927, y Hubback, *No Ordinary Press Baron…*, *op. cit*., p. 86.

[135] *The Economist* señaló que, en 1928, el comercio del Reino Unido con la Unión Soviética sólo estaba un lugar debajo del de Alemania y que la diferencia no era grande: en 1927-1928 la cifra ascendió a 150 millones de libras esterlinas, en comparación con los 186.2 millones de Alemania; en 1928-1929 la cifra fue de 192.5 millones de libras esterlinas, en comparación con los 208.5 millones de Alemania; *The Economist,* 1º de noviembre de 1930.

[136] La colectivización dependería de que se construyesen suficientes máquinas y se animase a los campesinos a utilizarlas; el establecimiento del "comunismo de aldea" era un reto mucho mayor y "no [podía] tener lugar como resultado de una pura compulsión implacable […] [no obstante,] entre los miembros activos de la generación más joven se ha estimulado la idea de una nueva vida"; "An Impression of Russia", *The Economist,* 17 de noviembre de 1931, y Layton Papers, TCC, Caja 81.10.

[137] *Idem*.

dad de Járkov, hizo la observación de que había "un derroche cruel de energías y recursos" y "una aguda escasez de casi todos los bienes de consumo", aunque también progreso: "nuevas oficinas, nuevas tiendas, nuevas escuelas, nuevos institutos, nuevos hospitales, nuevas guarderías, nuevas viviendas para trabajadores […] un nuevo teatro que rivaliza con el de Moscú"; pero, incluso más importante, había nuevas fábricas, como la gigantesca factoría de tractores de esa ciudad. "La jactancia soviética de que ningún ciudadano soviético leal debe permanecer inactivo no carece de significado, y es cierto que el problema del desempleo tal como lo conocemos no existe en Rusia."[138] La relación de Layton con Maisky —quien pasó gran parte de su tiempo como embajador soviético en la Gran Bretaña cultivando a los banqueros y a los periodistas de la City— era tal que, en 1938, pudo actuar como intermediario de éste ante el primer ministro Neville Chamberlain.[139]

Tampoco fueron los soviéticos la única potencia impredecible que buscara la sabia opinión de la City por medio del editor de *The Economist*. En Italia, donde el avance de Mussolini sobre Roma culminó con su nombramiento como primer ministro en octubre de 1922, *The Economist* devolvió el cumplido, elogiando a *Il Duce* —que siguió el ejemplo de Londres al comprometerse a restablecer el "ahorro, el trabajo y la disciplina" en una economía atormentada por la inflación y las revueltas laborales— como un hombre "apasionado y lleno de vigor". En ese caso, Luigi Einaudi, economista y senador liberal —corresponsal italiano de *The Economist* desde 1908 hasta 1946, poco antes de convertirse en presidente de Italia—, justificó la delegación de "plenos poderes" a los fascistas en 1922 como necesaria para evitar el "comunismo y la barbarie moscovitas" y poner en práctica un paquete de recortes presupuestarios, aumentos de impuestos indirectos, despidos de empleados del sector público y privatizaciones.[140] Einaudi escribió que el

[138] "Russia Revisited I", *The Economist,* 3 de junio de 1933. Bajo Layton, *The Economist* proporcionó una cobertura más neutra y detallada de Rusia que Keynes o que *The New Statesman and Nation* o *The Guardian*. Véase John Maynard Keynes, "A Short View of Russia", *Essays in Persuasion…*, *op. cit*.

[139] Los diarios de Maisky revelan dos visitas a la embajada soviética: una cuando, durante la crisis de Múnich, el 18 de septiembre de 1938, Layton envió a Arthur Cummings, editor de política de *News Chronicle,* para que verificara un rumor que corría en el gabinete de que los soviéticos planeaban no hacer nada, a pesar de que "Francia decidiese proteger a Checoslovaquia con las armas en la mano", lo que Maisky negó, y, el 17 de abril de 1939, otra que realizara el propio Layton, a instancias de Chamberlain —según especulaba Maisky—, para indicar un "cambio radical" de última hora en la opinión pública en favor de un "nuevo rumbo" para "repeler la agresión y lograr un acuerdo y la cooperación con la URSS [Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas]". Maisky cultivó a la prensa británica, particularmente en la City, "la que, supuso, controlaba la política británica"; véanse sus intercambios con Bracken en Gabriel Gorodetsky (coord.), *The Maisky Diaries: Red Ambassador to the Court of St James's, 1932-1943,* Yale University Press, New Haven, 2015, pp. 41, 45-46, 402, 499-500, *passim*.

[140] Acerca de Mussolini: "Por el momento, en Nápoles sólo pronunció una frase sobre economía: 'Italia necesita al timón un hombre capaz de decir *no* a todas las solicitudes de nuevos

pueblo saludó con aclamaciones "la renuncia del Parlamento a todos sus poderes", porque "los italianos estaban hartos de los hablantines y de los ejecutivos débiles" y "aceptarían un zar con tal de que los sacara del caos".[141] Al igual que el viraje a la austeridad de 1921 en la Gran Bretaña, tales medidas allanaron el camino para un retorno al patrón oro para Italia en 1927, después de la "batalla de la lira" del año anterior y de que un cónclave secreto de banqueros centrales reunidos en Londres hubiese establecido la convertibilidad en 92.46 liras por libra esterlina.[142] Desde su base en Turín, Einaudi proporcionó al semanario una descripción positiva del avance económico bajo Mussolini al menos hasta 1937, criticando al régimen casi exclusivamente por haberse apartado de la ortodoxia económica durante la Gran Depresión, cuando Mussolini aumentó los aranceles, creó nuevos monopolios estatales y tomó el control directo de las divisas.[143] En febrero de 1932 Layton se en-

gastos'. Hasta ahí, todo bien". Einaudi, preocupado de que los fascistas —como los católicos y los socialistas, que "buscan el voto de las multitudes que gritan siempre en busca de las ayudas estatales"— "dudasen ante la tarea", se preguntaba: "¿Tendrá el nuevo partido la voluntad y la fuerza para corregir la incómoda situación financiera del Estado, que es la única causa verdadera del actual movimiento desfavorable del intercambio de divisas y de los precios?"; "Italy – The Fascisti and Their Program", *The Economist,* 28 de octubre de 1922. Agradezco a Clara Mattei por señalarme el alcance del apoyo de Einaudi a las políticas de austeridad fascistas en la década de 1920; véase Clara E. Mattei, "Austerity and Repressive Politics: Italian Economists in the Early Years of the Fascist Government", Laboratory of Economics and Management Working Paper Series, Scuola Superiore Sant'Anna, Pisa, 2015. Los artículos atribuidos a Einaudi se encuentran en Luigi Einaudi, *"From Our Italian Correspondent": Luigi Einaudi's Articles in* The Economist, *1908-1946*, Roberto Marchionatti (ed.), vols. I-II, L. S. Olschki, Florencia, 2000.

[141] Einaudi criticó duramente a los gobiernos de posguerra de Giovanni Giolitti y Francesco Nitti por aumentar los impuestos y los aranceles, por ser demasiado susceptibles a la presión popular en favor del gasto social y por no intervenir con más fuerza contra los trabajadores en huelga, la ocupación de fábricas y los comunistas. Acogió con satisfacción la llegada de "jóvenes de clase media, hombres y oficiales que regresaron de la guerra indignados" y "se agruparon en *'fasci'*", con el resultado de que "los comunistas [eran] derrotados en todas partes […] ese renovado sentimiento de esperanza en el futuro de nuestro país no es la causa menos importante del mejor comportamiento de los intercambios de divisas"; "Italy – Passing of the Communist Peril", *The Economist,* 16 de abril de 1921. Las reformas incluyeron la independencia del Banco de Italia y el fin de lo que Einaudi llamó "la persecución demagógica del ahorro y el capital": "Ya era hora de que entre la bancada del gobierno se alzara la voz de alguien en contra de las frenéticas finanzas del periodo bolchevique posterior al armisticio"; "Absolute Government in Italy", *The Economist,* 27 de noviembre de 1922.

[142] Los valores industriales subieron 10% en promedio la semana posterior a la estabilización, refutando a los críticos que dijeron que ésta sobrevaloraba la moneda; "Stabilisation of the Lira", *The Economist,* 31 de diciembre de 1927, y Roland Sarti, "Mussolini and the Italian Industrial Leadership in the Battle of the Lira 1925-1927", *Past and Present,* vol. 47, núm. 1, mayo de 1970, pp. 97-112.

[143] En general, Einaudi apoyó las políticas fiscales y monetarias de Mussolini y criticó los movimientos corporativistas o la intervención estatal (una excepción notable fueron los rescates bancarios de 1931 a 1933). Einaudi, *"From Our Italian Correspondent"…*, *op. cit*., vols. XXVIII y XLI. En Londres los editores, "libres del riesgo de represión fascista", pueden haber sido más críticos, como argumenta Marchionatti, pero no mucho más ("Nemesis of Fascism" y "New Crisis in

contró con Mussolini, quien parecía ser muy consciente de la importancia de *The Economist* en la formación de la opinión en Londres y Nueva York:

> No obstante, si reflexionamos, cabe la duda de quién de nosotros hizo la entrevista. Mussolini inició la conversación preguntándome qué pensaba de "la crisis". Naturalmente, le cuestioné a cuál de las muchas crisis actuales se refería (la devaluación de la libra, la moratoria de las indemnizaciones, el desarme, el punto muerto en Manchuria). Así que fue más específico y me preguntó si *The Economist* (del que afirmó que era un lector habitual) apoyaría el plan de desarme que el Signor Grandi había presentado ante la Conferencia de Desarme en Ginebra dos o tres días antes. Fue una táctica de apertura interesante que presentó al propio Mussolini como el estadista amante de la paz número uno de Europa. La pose era una caricatura, si bien nuestra prolongada charla fue franca y amistosa.[144]

The Economist y Hitler

Layton pasó luego a Hitler —cuyos consejeros también estaban ansiosos por presentar al nuevo canciller bajo una buena luz—, con quien se encontró en marzo de 1933, un mes después del incendio del Reichstag y en medio de un boicot a las empresas judías que tanto *The Economist* como *News Chronicle* criticaron.[145] Hjalmar Schacht, el presidente del Reichsbank, reinstalado para tranquilizar tanto a los capitalistas nacionales como a los acreedores extranjeros sobre la competencia financiera de los nazis con el fin de que pudiera comenzar un estímulo para reducir el desempleo y rearmarse, actuó como traductor de Layton con el Führer en Berlín.[146]

Italy", *The Economist,* 24 de junio de 1924 y 10 de enero 1925, respectivamente), o bien matizaban sus críticas. La prensa libre, los partidos políticos, las elecciones justas, una administración pública y un poder judicial independientes, todo había sido suprimido con "métodos deplorables", porque ninguno "era necesario para lograr los grandes resultados que, sin duda, han sido logrados desde que el nuevo *régime* asumió el poder"; "Italy under Fascism", *The Economist,* 25 de septiembre de 1926. Hay poco que respalde la afirmación que Layton hizo más tarde de que los artículos de Einaudi eran "una espina clavada en la carne de los *fascisti*"; véase "Speech to the Instituto Italiano di Cultura", Londres, 20 de febrero de 1962, en Layton Papers, TCC.

144 Layton, *Dorothy*, *op. cit*., p. 90. En ese momento, no obstante, *The Economist* aplaudió a Dino Grandi, el ministro de Asuntos Exteriores de Mussolini, cuyo llamamiento a la abolición de los submarinos y la guerra química y biológica, así como de la artillería pesada y los tanques, "dio a su país con toda razón la iniciativa moral en Ginebra"; "The Disarmament Conference", *The Economist,* 13 de febrero de 1932.

145 Con base en el libre comercio y el humanismo; "Germany and Jewry" y "Germany's Boycott", *The Economist,* 1º y 8 de abril de 1933, en ese orden.

146 Teniendo en mente esos factores, Hitler puso a Schacht en su cargo anterior, como indica el siguiente intercambio entre ellos; en anticipación de la llegada de los nazis al poder, Hitler preguntó: "¿Qué pasaría si *nosotros* o, mejor dicho, un presidente del Reichsbank Nacionalsocialista, comenzásemos con nuestra forma de financiar el empleo en el momento en que nos

> De baja estatura, fornido y vestido con un traje de color rojizo, su rostro había perdido la nitidez del contorno que se puede ver en sus primeras fotografías; pero el famoso mechón de cabello sobre la frente estaba en su lugar […] Salí sintiendo que no había descubierto la fuente de su poder. Rara vez me miraba directamente, pero seguía de cerca a Schacht, que estaba a su izquierda y hacía la mayor parte de la interpretación. La única señal del Hitler conocido era que, de cuando en cuando, levantaba la voz, una voz fina y resonante, como si se dirigiera a una reunión pública, porque respondía la mayoría de mis preguntas con poco más que las frases ordinarias que había estado usando durante años […] Le hice preguntas de tres tipos: *1)* las cuestiones económicas y la idea nazi de la autarquía, *2)* el boicot y la represión interna, *3)* los asuntos internacionales. En el primer caso, no logré sacarle nada: se me dio a entender que podía consultar a Schacht, aunque no sé si fue una interpolación de Schacht o si Hitler lo dijo en realidad.
>
> Acerca del boicot, Hitler, en efecto, me advirtió de manera cortés que no insistiera al declarar que se trataba de un asunto interno de Alemania. Afirmó, con justa razón, que las fuerzas nazis estaban muy bien controladas. Esa conclusión fue precedida por una breve lección sobre la historia del movimiento nazi y la lucha entre dos Alemanias: una que se había hecho añicos bajo los tratados de paz, la otra decidida a defender su orgullo; pero la lucha nazi no era meramente una lucha alemana, también era una guerra en contra del comunismo; por consiguiente, era una batalla por otros países, incluida Inglaterra. Si entendiéramos el verdadero significado del movimiento comunista, estaríamos apoyándolo de todo corazón.[147]

Schacht halagó a Layton, asegurándole que la entrevista "se había desarrollado mejor que cualquiera de las otras" y que "Hitler siempre tenía dificultades para encontrar puntos en común con las personas familiarizadas con los asuntos internacionales y se refugiaba en sus discursos"; pero, ¿entendía Hitler de finanzas?, preguntó Layton. "Sí, sin duda alguna. Tiene al menos una idea, y muy buena, que es dejarlas en manos de Schacht." Cuando este último se enteró de que Layton les había repetido esa conversación a otros durante su gira por Alemania aquel año —entre ellos a Goebbels, al antiguo canciller Brüning y a los generales Von Schleicher y Von Hammerstein—, le escribió pidiéndole con amabilidad que dejara de hacerlo, a lo que Layton contestó: "Mi respuesta fue —y ciertamente significaba eso— que él haría lo que yo haría; es decir: que él tiene sobre las finanzas unas ideas tan sólidas como las que yo pretendo tener".[148]

apoderáramos del gobierno?" Respuesta: "El mundo financiero internacional se pondría de cabeza y atacaría nuestra moneda con todos los medios a su alcance"; Alan Milward, "The Nazi Miracle", *London Review of Books,* 23 de enero de 1986.

[147] "Memoirs", Layton Papers, TCC, Caja 147.

[148] Hubback, *No Ordinary Press Baron…*, *op. cit*., p. 142.

Ahora bien, si acaso Layton se sintió perturbado por lo que vio en Alemania, silenció las críticas al respecto en *The Economist,* en parte porque Londres tenía mucho que perder en un enfrentamiento que dañaría los vínculos económicos entre ella y Berlín: no solamente el comercio alemán dependía de la City para su financiamiento en el corto plazo, sino que la Gran Bretaña también era el principal mercado de exportación de Alemania y una fuente de divisas fuertes, mientras que el Imperio británico suministraba a Alemania materias primas vitales.[149] En un editorial de *The Economist* basado en la visita de Layton, se predijo que la coalición de los nacionalistas alemanes con los nazis resultaría ser "uno de los grandes errores de cálculo de la historia", pero también esperaba que una cuenta corriente inestable obligaría a Hitler a buscar una solución intermedia con sus vecinos europeos, como había sucedido con Mussolini; sin embargo, cuando Schacht puso fin a los pagos de la deuda en ese mes de junio, el semanario hizo caso omiso de esa decisión debido a que la consideraba inevitable, al mismo tiempo que no hizo sino aplaudir el hecho de que la Unión de Pagos Anglo-Alemana se firmaría al año siguiente.[150]

Unas vacaciones de la familia Layton en Cornualles a finales de agosto fueron lo que permitió que Douglas Jay publicara con discreción uno de los pocos ataques abiertos de *The Economist* contra el régimen nazi: una reseña de la obra *The Brown Book of the Hitler Terror and the Burning of the Reichstag* (1933) —dedicada al libro marrón del terror hitleriano y al incendio del Reichstag—, en la que se afirmaba que los nazis habían iniciado el incendio del Reichstag para fortalecer su dominio sobre el poder y purgar a sus opositores comunistas. Estando solos Graham Hutton y Geoffrey Crowther en la oficina, se imprimió sin filtro el editorial en el que se acusaba al Tercer Reich de una "orgía de barbarie y brutalidad" y se señalaba que sus campos de concentración, asesinatos antisemitas y quema de libros eran "la consecuencia directa de la incitación hecha por los dirigentes nazis" y estaban "destinados a producir una conmoción de repulsión y horror a través de todo el mundo civilizado".[151] Inmediatamente llegó al semanario una indignada carta del conde Schwerin von Krosigk, el ministro de Finanzas alemán, quien escribió, dirigiéndose a Layton: "Como usted sabe, durante muchos años he tenido la mayor admiración por usted y su revista. Por consiguiente, es más que lamentable que ahora haya considerado oportuno publicar un juicio unilate-

[149] Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy,* Allen Lane, Londres, 2006, pp. 70-71.

[150] Véase, en *The Economist,* "Outlook in Germany", "Dr. Schacht's Declarations" y "Guaranteeing Export Trade", 15 de abril y 10 de junio de 1933 y 22 de diciembre de 1934, respectivamente; Layton publicó "The New Germany as I Saw It" en *The News Chronicle* los días 5, 7 y 10 de abril de 1933. Respecto a la importancia de la Unión Anglo-Alemana de Pagos, véase Tooze, *The Wages of Destruction…*, *op. cit*., p. 87.

[151] "The Hitler Terror", *The Economist,* 2 de septiembre de 1933.

ral sobre la situación en Alemania". Layton respondió que "la actitud de *The Economist* al comentar sobre asuntos que afectan a Alemania durante los 10 años de mi dirección editorial, como las reparaciones, la cuestión de la culpa de la guerra y el desarme, es, espero, una garantía suficiente de que no malinterpretaría de manera voluntaria la situación alemana"; con todo, en lugar de una disculpa, Layton prometió publicar "un informe completo e imparcial del caso para la fiscalía en el juicio de Leipzig que debe llevarse a cabo próximamente", ofreciéndole que asistiría en su elaboración en persona; pero, cuando su ofrecimiento fue rechazado, le pidió a Jay que escribiese una columna semanal sobre el desarrollo del juicio.[152]

Con todo, lo que socavó la dirección editorial de Layton no fue tanto el terror interno desatado por los fascistas en Italia y Alemania como los intentos de estos últimos de deshacer el acuerdo de Versalles mediante la fuerza, fuera de la Liga de las Naciones y en desafío a ésta. En su intervención, Jay había llegado lo bastante lejos como para preguntar si el Tercer Reich "podría reclamar el derecho a la condición de igualdad entre las naciones", insinuando que la fuerza podría estar justificada en contra de un "gobierno que se vengó contra sus propios semejantes compatriotas"; pero, en la práctica, la amenaza de Jay se redujo solamente a la postura editorial normal: no se opuso al rearme, sino que insistió en que para ser legítimo tenía que ser colectivo, con su eje en Ginebra.[153] A medida que el colapso del orden internacional se aceleraba durante la segunda mitad de los años treinta, sometía esa postura —por la que Layton y *The Economist* habían apostado tanto— a una serie de pruebas devastadoras.[154]

Se suponía que la amenaza de Mussolini de invadir Abisinia hecha a principios de 1935 era una ocasión para que la Liga de las Naciones demostrara su eficacia, cuando el emperador Haile Selassie pidió que ese organismo arbitrara; pero, antes bien, la crisis resultante fue su epitafio: después de imponer a ambos países un embargo de armas que dejó a los etíopes expuestos a una campaña de bombardeo aéreo de gases, la Liga de las Naciones se

[152] "Layton to Schwerin von Krosigk", 23 de septiembre de 1933, Layton Papers, TCC, Caja 81.17, y "The German Government and *The Economist*", *The Economist,* 23 de septiembre de 1933.

[153] Jay escribió que honrar las obligaciones de los tratados significaba estar dispuesto a hacer uso de la fuerza cuando éstos eran violados; véase "Pacifism", *The Economist,* 2 de diciembre de 1933. En lo tocante a la retirada de Alemania de la Liga de las Naciones, véase "Hitler Shows His Hand", *The Economist,* 21 de octubre de 1933.

[154] El ataque de Japón a Manchuria (que comenzó con el Incidente de Mukden en septiembre de 1931), su rechazo a acatar las resoluciones de la Liga de las Naciones que le ordenaban salir de Manchuria y su retirada de Ginebra en febrero de 1933 fueron golpes muy fuertes al prestigio de dicho organismo, pero todavía no fueron fatales. *The Economist* dedicó un artículo a esos acontecimientos casi todas las semanas a partir del momento en que los chinos pusieron el asunto en manos de la Liga de las Naciones en octubre de 1931; "The League and Manchuria", "The Lytton Report" y "The League Makes Up Its Mind", *The Economist,* 17 de octubre de 1931, 8 de octubre de 1932 y 18 de febrero de 1933, respectivamente.

inclinó por el Pacto Hoare-Laval, firmado en secreto entre el ministro de Asuntos Exteriores de la Gran Bretaña y el primer ministro francés; una "manera cortés", alegó *The Economist* cuando se supo la noticia, "de encubrir" la "virtual anexión" a Italia de la nación africana independiente. "Completamente incapaz de entender" cómo el Gobierno Nacional dirigido por Baldwin en la Gran Bretaña, que cinco semanas antes había refrendado el compromiso de defender el Pacto de la Liga de las Naciones, por la fuerza si fuere necesario, podía haber efectuado un giro radical, el semanario se dirigió a la "opinión pública" para que lo derrocara.[155]

Por otra parte, la apuesta de Hitler por la remilitarización de Renania en marzo siguiente fue una clara violación del Tratado de Locarno. *The Economist* declaró: "Moralmente, aun así, enviar tropas alemanas a la Renania alemana entre las aclamaciones de la población alemana es un acto que no tiene nada en común con la invasión del *signor* Mussolini de un país extranjero, un miembro de la Liga de las Naciones, y su empleo de todas las crueldades de la guerra mecánica contra una población inofensiva e indefensa". El semanario pidió a Hitler que considerara retirar de manera temporal sus tropas "a cambio del entendimiento de que se les permitiría regresar tan pronto como se hubiera negociado un nuevo acuerdo europeo en los términos que el propio *Herr* Hitler ha propuesto".[156] Layton y Arnold Toynbee entregaron el mensaje de ese artículo directamente a Stanley Baldwin, el primer ministro de la Gran Bretaña, junto con una gran parte del grupo de Cliveden —que pronto sería tristemente célebre— con el que pasaban el fin de semana en Norfolk, después de que Toynbee hubiese regresado de Berlín, a donde fue a entrevistar a Hitler:

> Bienvenidas de todo corazón las declaraciones de Hitler […] condenamos el ingreso de tropas alemanas en la zona prohibida [… pero] en vista de las propuestas de paz que la acompañan, no deben tomarse de forma trágica […] Versalles es ahora un cadáver y debería ser enterrado […] Trate el ingreso a la zona como […] una demostración de la recuperación de su estatus de igualdad y no como un acto de agresión.[157]

[155] Véase, en *The Economist,* "The Paris Blunder", 14 de diciembre de 1935, y "Triumph of Public Opinion" y "Back to the League", 21 de diciembre de 1935, en ese orden. En 1934-1935, Layton y su esposa Dorothy hicieron una enérgica campaña en favor de la "Votación pro Paz", organizada por la Unión de la Liga de las Naciones. Dado que hubo casi 12 millones de participantes, Layton interpretó la votación como una fuerte indicación de que el público estaba dispuesto a "tomar medidas para resistir la agresión" colectivamente: por medio de medidas económicas, el 87%, y militares, el 58.6%; Layton, *Dorothy, op. cit*., pp. 92-95.

[156] "Peace on the Razor's Edge", *The Economist,* 14 de marzo de 1936.

[157] El relato del mensaje telefónico a Baldwin es de Thomas Jones, nombrado por Lloyd George en 1916 como primer asistente del gabinete y su poderoso secretario adjunto hasta 1930. El fin de semana en cuestión se desarrolló en la propiedad de *lord* Lothian (Philip Kerr), que había sido secretario privado de Lloyd George; Alfred F. Havighurst, *Britain in Transition: The Twentieth Century,* University of Chicago Press, Chicago, 1985, p. 253.

Unos días antes, el 8 de marzo, Toynbee había escrito un memorando confidencial al primer ministro y a Anthony Eden, el secretario de Asuntos Extranjeros, argumentando que Hitler deseaba el retorno de las colonias de Alemania, pero en Europa sólo quería "reunir a toda la nación alemana, si bien sin incluir a ninguna otra nación".[158] Layton estuvo de acuerdo: una revisión colonial en favor de la Alemania nazi, extendiéndole el sistema de mandato de la Liga de las Naciones, podría asegurar la paz en Europa. Tanto él como Toynbee hicieron presión a través de *The Economist* para que se lograse el "desarme económico imperial" y se eliminasen las quejas de las potencias "desposeídas" mediante la revisión de los acuerdos de Ottawa con el propósito de permitir que hubiese "aranceles intermedios" entre el Imperio británico y los bloques de países extranjeros.[159]

Con el asentimiento británico, la cuestión de Renania fue enterrada en un comité de la Liga de las Naciones, lo que animó a Hitler y Mussolini a atacar de nuevo —en España—, donde los hombres y el material que suministraron a los rebeldes fascistas inclinaron la balanza de la Guerra Civil que estalló ese mes de julio. *The Economist* se burló de la respuesta de la Gran Bretaña: su política de "no intervención" recordaba lo ocurrido en Abisinia, pero era peor, porque estaban en juego unos intereses imperiales vitales: el dominio del Mediterráneo;[160] comoquiera que sea, la posición del semanario difícilmente fue más contundente: en lugar de proponer que se levantara el embargo comercial, el que, admitió, sólo perjudicaba al lado republicano, propuso que se aplicara de una mejor manera. En 1937, después del bombardeo de Guernica, habló con más fuerza cuando hizo una propuesta ante la eventualidad de que Alemania persistiera en tales violaciones: "Informemos a Berlín de inmediato que daremos nuestro consentimiento a cualquier acción compensatoria que los franceses puedan decidir emprender".[161] Layton

[158] "Quiero la amistad de Inglaterra", le dijo Hitler a Toynbee, quien comentó al respecto: "Tengo la firme convicción de que, en ese aspecto vital, Hitler fue bastante sincero en lo que me dijo"; William McNeill, *Arnold Toynbee: A Life,* Oxford University Press, Oxford, 1989, p. 172.

[159] Walter Layton *et al*., *The Challenge of Democracy: A Popular Front for Britain,* The News Chronicle, Londres, 1936, y "The Empire and the World", *The Economist,* 1º de mayo de 1937. En lo concerniente al apoyo de que el revisionismo colonial disfrutaba entre los liberales británicos, véase Pedersen, *The Guardians…*, *op. cit*., pp. 331-347.

[160] Véase, en *The Economist,* "Politics and Defence", "The Silences of Mr. Eden", "Spain and Britain", "English Ships and Spain" y "Spain and Europe", 21 y 28 de noviembre, 22 de agosto y 5 de diciembre de 1936 y 8 de mayo de 1937, respectivamente.

[161] *The Economist* deploró la "extrema amargura, el fanatismo y la crueldad de ambos lados", y añadió: "Si se hubiese dejado que los españoles combatiesen y Franco hubiese ganado, la Gran Bretaña no habría intervenido en contra de él, sin duda alguna"; véase "Storm over Spain", *The Economist,* 26 de junio de 1937. Las audaces advertencias a Eden en 1936 —"la indulgencia" respecto a Manchuria, Abisinia y España podría llevar a la conquista del Imperio británico por Japón, Italia y Alemania "sin combatir"— dieron paso a aconsejarle a Chamberlain que hiciera todo lo posible para garantizar la "integridad territorial y la independencia de España"

se mostraba más audaz en el podio que en los medios impresos, y en la Escuela de Verano Liberal de 1936 encareció que se formase un "frente popular pro Gran Bretaña", aunque, una vez más, con limitaciones realmente asombrosas. Recomendó que no hubiese rearme fuera de la Liga de las Naciones y que la Gran Bretaña "constantemente […] [dejara] en claro a Alemania que estamos ansiosos y dispuestos" a incluirla en un "sistema de seguridad colectiva", entre otras cosas, cediéndole una participación de las colonias, y que, "en realidad, deberíamos esperar ver una extensión de la influencia alemana en la Europa Central".[162]

Llevada a cabo por Hitler, la *Anschluss* (anexión) de Austria que siguió en marzo de 1938 produjo una visión más sombría de una *Mittel-Europa* dominada por los alemanes: "un vasto imperio totalitario", anticomunista y antisemita, dispuesto a aplastar a Francia y aislar a la Gran Bretaña como "un gigantesco peñón de Gibraltar"… y, al mismo tiempo, no obstante, la débil esperanza de que una acción conjunta todavía pudiera "obligar a *Herr* Hitler a dar a Checoslovaquia unas condiciones que no fuesen intolerables".[163] Así se predijo, seis meses después, en Múnich, la capitulación de Francia y la Gran Bretaña. Si el haber abandonado a los checos a su suerte en la provincia de los Sudetes fue una píldora amarga, *The Economist* se la tragó mientras pronunciaba una "oración de acción de gracias" por haberse librado del "infierno de la guerra totalitaria" la noche en que fueron firmados los Acuerdos de Múnich.[164]

Layton renunció como editor ese mismo día, por lo que quien escribió esa oración por la paz fue Crowther, elegido como su reemplazo. Strakosch, quien ese mes de mayo había renovado sus llamados a Layton para que renunciara, estuvo detrás de la destitución, un hecho que el biógrafo de Layton atribuye a la City, nerviosa por el nuevo tono de enfrentamiento del editor con los poderes fascistas. En realidad, lo contrario parece haber sido más probable: el fracaso del apaciguamiento, según lo juzgó Strakosch, con Bracken como su aliado en la sala de juntas, fue probablemente lo que dio lugar a la decisión. En parte, la confusión proviene del propio Strakosch,

bajo el general Franco en 1938; "The Silences of Mr. Eden", *The Economist, op. cit.*, y "Cabinet and Spain", *The Economist,* 25 de junio de 1938.

[162] Véase su discurso de 1936 en la Escuela de Verano Liberal en Layton *et al*., *The Challenge of Democracy…*, *op. cit*., pp. 18-21.

[163] De manera reiterada, el semanario declaró: "Debemos hacer lo que el señor Churchill está pidiendo": defender el pacto, hacer alianzas entre la Gran Bretaña y Francia y "grabar nuestro primer *no* en el rostro de España"; "The Shadow of the Sword", *The Economist*, 19 de marzo de 1938. La mezcla de desafío y resignación se asemeja al ensayo de Toynbee "After Munich" escrito para el Instituto Chatham House, que se negó a publicarlo por ser "un estímulo peligroso para Hitler". En septiembre de 1939, Toynbee contempló la rendición porque "el mundo tiene una necesidad tan desesperada de unificación política" que podría "valer la pena pagar el precio de caer bajo la peor tiranía"; McNeill, *Arnold Toynbee…*, *op. cit*., pp. 171-174.

[164] "Eleventh-Hour Reprieve", *The Economist,* 1º de octubre de 1938.

cuya acusación contra Layton fue siempre vaga; en un memorando interno escribió: "Se ha dedicado una cantidad indebida de espacio a la política exterior, y la tendencia ha sido presentar esos temas de tal manera que saben demasiado a la política de partido".[165] Lo oportuno de su llamada tan pronto después de la *Anschluss* —y su historial de pasar a Churchill los informes secretos recibidos de sus contactos comerciales en Alemania sobre el programa de rearme de Hitler— sugiere que, en realidad, Strakosch fue menos cauteloso que Layton acerca del enfrentamiento con el Tercer Reich.[166]

Sin duda alguna, el personal de *The Economist* y del *News Chronicle* tenían motivos para creerlo, porque la frustración por las evasivas de Layton había llegado a un punto de ebullición en 1938; en 1934, Douglas Jay "ya no sabía qué hacer" cuando dejó *The Economist:* "'¿Se desistirá Hitler de una mayor agresión?', nos preguntaríamos", y, modificando todo el tono del artículo, Layton añadió: "Sólo el tiempo lo dirá".[167] En el *News Chronicle,* Layton no podía decidir qué publicar a medida que edición tras edición iban a las prensas a lo largo de la noche de Múnich, y el editor Gerald Berry se quejaba amargamente más tarde de un editorial diluido, ya listo a las 3:30 de la mañana. Vernon Bartlett, el corresponsal cuyo artículo atenuó Layton, fue más directo; después de que Layton dejara listo el semanario en Londres, llamó al hotel de Bartlett en Praga para charlar: "¡Vete a la mierda!", le gritó Bartlett al auricular y colgó.[168] En su discurso de despedida, para explicar y cerrar sus años como editor, Layton citó "el deterioro de las relaciones políticas que ha reducido la Liga de las Naciones a la impotencia", junto con el fracaso para restablecer el comercio sobre una "base racional"; habiendo comenzado en 1922 en Washington con "grandes esperanzas de apaciguamiento mundial inspiradas en gran medida en una práctica de desarme", esas esperanzas habían terminado a un "pelo" de la Guerra Mundial en 1938.[169]

Layton dio una nota más desafiante en su respuesta interna a Strakosch: una carta de 17 páginas en la que desglosaba para el consejo de administración la distribución real de los artículos por tema, con 1935 como punto de

[165] Layton Papers, TCC, Caja 81.62.

[166] Churchill Papers, Churchill Archive, 2/244/50–52 (4 de noviembre de 1935); CHAR 2/244/53-59 (1º de noviembre de 1935); CHAR 2/244/67-68 (7 de noviembre de 1935); Churchill basó varios discursos ante el Parlamento en los que exhortaba al rearme en los informes de Strakosch; el 13 de abril de 1936 envió a la parlamentaria Eleanor Rathbone la copia de uno que concluía así: "Estamos realmente en un grave peligro"; CHAR, 2/274/12-13.

[167] Jay, *Change and Fortune…*, *op. cit*., p. 50.

[168] Layton se negó a publicar el "panfleto de Henlein", que pretendía mostrar el calendario para la conquista alemana de Europa el 29 de septiembre, y lo dejó en el buzón del número 10 de Downing Street dirigido a Chamberlain, "en caso de que pudiera causarle vergüenza en un momento crítico"; Hubback, *No Ordinary Press Baron…*, *op. cit*., pp. 157 y 163.

[169] El subtexto era la crítica a Francia: el fracaso de la Liga de las Naciones se debió a su animadversión contra Alemania, a su devaluación del franco frente a la libra esterlina —que había hecho inviable el retorno al patrón oro— y a su veto contra la Unión Aduanera Austro-Alemana; "From Washington to Munich", *The Economist,* 22 de octubre de 1938.

partida: 58% de economía y 42% de política, y, de ellos, la mayoría eran nacionales, no extranjeros. Sin embargo, si bien pasó por alto las acusaciones reales que se le hicieron, Layton mostró una comprensión más firme de lo que distinguía a *The Economist* como una revista de opinión: que proporcionaba puntos de vista políticos al mundo empresarial y contaba con el oído de los políticos para conocer la mecánica del negocio. Si la política exterior era ya más visible en el periódico, afirmó, era porque los negocios estaban "dominados por los acontecimientos políticos", y los hombres de negocios que eran sus lectores recurrían a *The Economist* para comprender su interrelación. ¿La prueba? La circulación había pasado de 6 000 ejemplares en 1931 a más de 10 000, la mitad en el extranjero, con un fuerte aumento en Europa, en el imperio y en los Estados Unidos. *The Economist* ya no se limitaba a la función de "canciller suplente" únicamente en la Gran Bretaña; su mirada estaba centrada en el horizonte: "Después de *The Times*, es el más ampliamente citado por los periódicos estadunidenses importantes (por ejemplo, *The New York Times* y el *Chicago Tribune*) que cualquier otra publicación periódica inglesa". Más aún: "Mil palabras de resumen son cableadas cada semana por la embajada de los Estados Unidos al Departamento de Estado, y entre sus lectores se encuentran Roosevelt, Mussolini, Azaña y Brüning (cuando fue canciller)".[170]

[170] "Layton to Strakosch", mayo-julio de 1938, Layton Papers, TCC, Caja 81.62.

Segunda Parte
TRANSLATIO IMPERII

VI. UN CENTRO EXTREMO

En 1914, *The Economist* había rechazado la guerra como un crimen contra el sentido económico, un golpe fatal al flujo del comercio y el crédito que era tanto el monumento más grande al poder británico como su única seguridad real. Bajo Geoffrey Crowther, el semanario vio el estallido de la guerra en 1939 desde un punto de vista diferente, menos como un pecado contra el liberalismo que como una oportunidad para dar nueva vida al liberalismo como un instrumento de política después de 20 frustrantes años de inacción y declive, basado en una posición que él llamó el "centro extremo".[1] Mientras que Francis Hirst había sumido a *The Economist* en el caos cuando rompió con el gobierno liberal, en agosto de 1914, en esa nueva ocasión sus editores actuaron desde el principio como consejeros y personas con un cargo en el gobierno, elaborando los planes para la batalla económica y el programa para la posguerra, cuyo giro hacia la izquierda reflejaba el contexto modificado del nuevo conflicto. En el extranjero, la Gran Bretaña no tuvo aliados prominentes después de la caída de Francia en junio de 1940; en casa, una coalición atrajo a los remanentes de los partidos Laborista y Liberal a un régimen conservador, y, cuando se levantó el aislamiento internacional, el alivio adoptó la forma de alianzas con la Rusia soviética, seguidas por el *New Deal* de Roosevelt en la presidencia de los Estados Unidos. En consecuencia, la necesidad de mantener el apoyo popular en esas circunstancias fue proporcionalmente mayor, lo que originó el Informe Beveridge, un plan de asistencia social desde la cuna hasta la tumba cuya publicación en 1942, aclamada a escala masiva, subrayó la diferencia. Sería necesario algo más que promesas vagas de "una tierra digna de héroes" para que la Gran Bretaña saliera adelante de la segunda Guerra Mundial.

Si bien es cierto que cada una de las dos guerras mundiales causó una primera impresión muy diferente en *The Economist,* sus propuestas sobre cómo pagar cada una fueron, no obstante, un puente sólido entre ellas. Los argumentos que Hartley Withers había expuesto en el semanario desde 1916 —medidas vigorosas para frenar la inflación, entre ellas impuestos altos sobre los ingresos, las ganancias y los lujos para reducir el endeudamiento, así como una estricta supervisión de la producción, el consumo y el comercio— fueron puestos en práctica inmediata y con más rapidez. Los impuestos cubrieron el 54% del gasto durante el periodo de 1940 a 1945, en comparación

[1] En cuanto a un cambio mayor del pensamiento liberal clásico respecto a la guerra, al pasar de verla económicamente destructiva a potencialmente productiva, véase Alan Milward, *The Economic Effects of the Two World Wars on Britain,* Macmillan, Londres, 1984.

con el 32% del periodo de 1914 a 1918, y la escala de los precios fue apenas 30% más alta al final en comparación con su duplicación durante el periodo anterior.[2] En realidad, la impresión de las lecciones aprendidas tenía una base: Whitehall vio el regreso de los administradores más talentosos de la guerra anterior, entre ellos principalmente los liberales destituidos de la primera línea del poder después de ella, cuyos planes para la seguridad colectiva y un comercio más libre con frecuencia habían ido un poco más allá en los 10 años anteriores que las páginas del semanario *The Economist* bajo la dirección de Walter Layton. Eso cambió una vez que Neville Chamberlain dio paso a Winston Churchill como primer ministro en la crisis de mayo de 1940. Arthur Salter, William Beveridge, Walter Layton y John Maynard Keynes —entre ellos responsables del transporte marítimo, los alimentos, las municiones, el empleo y las finanzas externas durante la primera Guerra Mundial, y que ahora desempeñaban funciones académicas en una gran medida—, junto con Hubert Henderson, un economista ligeramente más joven, volvieron todos al trabajo; en efecto, en septiembre de 1939, en cuanto supuestos "antiguos señores de la guerra", ya estaban exhortando al gobierno a proceder con medidas decisivas de movilización económica.[3]

Tampoco se limitó esa afluencia a los experimentados: bajo Layton, su antiguo editor, Douglas Jay se convirtió en secretario adjunto del Ministerio de Suministros, con muchos otros editores de la época y anteriores, incluido el propio Geoffrey Crowther. De ese modo, *The Economist* pasó a funcionar no solamente como un brazo del Estado en tiempos de guerra, sino también como una línea de comunicación abierta entre éste y la City de Londres.[4] Esa doble función no era más evidente en ningún otro lugar que en los documentos fundacionales del futuro Estado benefactor: Crowther no sólo participó en la preparación del Informe Beveridge, así como en su continuación, *Full Employment and a Free Society* en 1944, sino que asimismo moldeó la recepción que tuvieron éstos en los círculos financieros, revelando los objetivos y los estrictos límites que se plasmaron en el consenso de posguerra tal como *The Economist* se lo representaba.

El ascenso de Geoffrey Crowther

Crowther trató de transformar a *The Economist,* a menudo con un salvajismo despiadado, de tal modo que ni él ni el editor fuesen fáciles de ignorar en

[2] Robert Skidelsky, *Britain since 1900: A Success Story?,* Vintage Books, Londres, 2014, p. 244.

[3] Keynes, *CW*, vol. XXII, pp. 15-29.

[4] Churchill envió a Layton al Ministerio de Suministros de Guerra como director general de Programas, el Personal de Planificación Conjunta de la Guerra y, posteriormente, a encabezar el Ministerio de Producción en 1942; Alec Cairncross, "Economists in Wartime", *Contemporary European History,* vol. 4, núm. 1, marzo de 1995, pp. 0, 27 y 34.

los debates sobre la planificación económica que con certeza seguirían a la segunda Guerra Mundial. Su senda hacia el cargo de editor es conocida: nació en 1907 en el seno de una familia de clase media de Yorkshire, donde su padre enseñaba química agrícola en la University of Leeds fue un estudiante talentoso y obtuvo una beca en lenguas modernas para el Clare College, de Cambridge. Además del periodo obligatorio como presidente de la federación de estudiantes, pasó a estudiar economía, por lo que obtuvo un título de licenciatura en dos disciplinas con las calificaciones más altas en 1928; algo menos típico fue que también ganó una beca de la Commonwealth para Columbia University y Yale University, donde conoció a Margaret Worth, estudiante de derecho, con la que se casó, y pudo hacer la prueba de trabajar en Wall Street. Keynes, el tutor de Crowther en Cambridge, intervino en repetidas ocasiones en su nombre después de que regresó a Inglaterra, en 1932, pasándole información a él sobre un puesto como asesor bancario en Irlanda, y dándole noticia sobre él a Layton en *The Economist,* y volvió a ayudarlo seis años después, cuando Brendan Bracken le pidió consejo al autor de *Teoría general* sobre quién podría ser el sucesor en la dirección del semanario.[5]

La fe que Keynes y Layton depositaron en Crowther estuvo ampliamente justificada a lo largo de una carrera de 30 años como editor, director gerente y presidente de *The Economist*. La circulación del semanario se disparó, pasando de 10 000 ejemplares en 1938 a 55 000 en 1956. Durante ese periodo de tiempo la publicación se expandió, con una pléyade de talentosos periodistas nuevos de todo el espectro político, entre ellos muchas mujeres, incluida Margaret Cruikshank, editora del reciente *American Survey,* inaugurado en enero de 1941. El número de páginas del semanario se duplicó (aproximadamente) y dos nuevos diseños lo hicieron más atractivo para los lectores y los anunciantes. En 1945 Brendan Bracken, el irreverente director gerente, insistió en que se hiciera el primero de éstos: "¿No cree que la tipografía del título de *The Economist* es más apropiada para el diario de una funeraria que [para] un semanario tan lleno de inquietudes como el suyo?" "Estoy de acuerdo —respondió Crowther—. Ya estoy hablando con un tipógrafo. Por supuesto, lo que en realidad necesitamos es un nombre más atractivo, pero supongo que no se puede hacer nada al respecto después de 101 años."[6] Finalmente, en su calidad de director, Crowther presionó para que se construyese una nueva sede, la cual encarnaba la síntesis de posguerra que intentó poner en efecto intelectualmente: un edificio de diseño moderno y audaz de Peter y Alison Smithson, los arquitectos de vanguardia del "Equipo 10",

[5] Crowther fue autor de un "Informe sobre el sistema bancario y cambiario irlandés" del Comité Permanente de los Bancos Irlandeses en el que, en medio de la Depresión, recomendaba el cierre de sucursales para aumentar la rentabilidad en el sector y ofrecer a los depositantes una tasa de interés más alta; Cormac Ó Gráda, *Ireland: A New Economic History, 1780-1939,* Oxford University Press, Oxford, 1994, p. 371.

[6] Véase Lysaght, *Brendan Bracken, op. cit*., p. 256.

compuesto por tres torres de estilo brutalista revestidas con piedra de Portsmouth, ubicado en el barrio londinense de St. James, el refugio de la élite de los caballeros británicos, con sus clubes, merceros, comerciantes de vino, armerías, marchantes de arte y un palacio real. Alison Smithson comentó que sus clientes eran "muy pretenciosos, como si fueran la crema de la intelectualidad", pero ellos elogiaron su diseño: Crowther comparó a los arquitectos con Christopher Wren. Como inversión, el edificio tuvo buenos rendimientos: los alquileres se triplicaron en el barrio después de su terminación, en 1964, hasta el punto de que *The Economist* pudo venderlo en 2016 para comprarle a Pearson la mitad de las acciones del semanario que sus accionistas todavía no poseían.[7]

Lo inusual de Crowther era su personalidad —astuto, sarcástico y agresivo—, que destacaba marcadamente de la de su predecesor —huraño e inseguro de sí mismo—. En las fotografías se ve a un hombre rechoncho, de ojos redondos y mirada alerta y un mechón de cabello arremolinado. Roland Bird, contratado como asistente de la sección de la bolsa de valores el mismo año que Crowther, lo describió como "de complexión rechoncha, con unas manos pequeñas y una cabeza prominente".[8] Para Hugh Dalton, ministro del Tesoro por el Partido Laborista de 1945 a 1947, con quien reñía ferozmente, era "un cerdito gordo". Es probable que Crowther haya sido generoso con los editores, pero también los intimidaba, como lo hizo en una cena en la que instó a un invitado a que señalara y corrigiera sus defectos notorios: Roland Bird, editor adjunto de la sección de negocios, "marcadamente confiable, estable y sólido" pero "uno de esos a quienes les debe dirigir uno unas palabras sobre la lucidez"; Elizabeth Layton, reseñadora de libros, "clara y simple, pero bastante descuidada y llena de lugares comunes"; Margaret Stewart, la corresponsal entre los sindicatos, "buena reportera, pero con dificultades para ser algo más", y, en fin, Barbara Ward, de la sección de asuntos exteriores, "muy brillante, pero con cierta tendencia a exagerar en apoyo de su última idea".[9] Tampoco tuvo reparos para recordarle a Layton, ya entonces presidente de *The Economist,* los servicios que prestaba al semanario. En 1944 Crowther solicitó un aumento: "No aspiro a nada más que a una comodidad burguesa razonable: si pudiese educar a mis hijos, tener un lugar sencillo en el campo, hacer cierta cantidad de viajes, comprar los libros que quiero y ahorrar algo para mi vejez, me sentiría bastante satisfecho"; para

[7] Los Smithson lo describieron como "un edificio didáctico, un edificio escueto", lo que era tanto una repulsa como una afirmación del vecindario circundante; Helena Webster, *Modernism without Rhetoric: Essays on the Work of Alison and Peter Smithson,* Academy Editions, Londres, 1997, p. 60; Irénée Scalbert, "The Smithsons and *The Economist* Building Plaza", *AA Files*, núm. 30, otoño de 1995, p. 19, y "*The Economist* Bids Farewell to a Formative Home", *The Economist,* 24 de diciembre de 2016.

[8] Roland Bird, "Crowther, Geoffrey, Baron Crowther (1907-1972)", en *ODNB*.

[9] "Crowther Letter", 8 de diciembre de 1947, Layton Papers, TCC, Caja 82.53.

añadir, no obstante, de inmediato: "Pero, con el sistema fiscal del siglo XX, esa simple lista requiere una gran cantidad de dinero". Prometió no transfigurarse en una "*prima donna* de First Street" ni renunciar para convertirse en un director ejecutivo [CEO], al menos no hasta haber elevado la facturación anual a 100 000 libras esterlinas.[10] Dicho lo anterior, procedió a hacer ambas cosas: exteriorizar la increíble exigencia de que las nuevas oficinas de *The Economist* fuesen una torre, para que su último piso pudiera servir como su *penthouse,* y aceptar de manera incesante trabajos y puestos de dirección en corporaciones, que se distinguían principalmente por las batallas en la sala de juntas y las fusiones fallidas que esas discusiones precipitaban.[11]

Crowther y el Plan Quinquenal del Partido Liberal

The Economist habría de permanecer como el logro primordial de Crowther; con todo, comprender la importante función desmedida que el semanario desempeñó bajo su dirección durante y después de la guerra requiere comprender asimismo las posturas de Crowther durante los 10 años anteriores a la guerra, cuando, en respuesta al estancamiento político que bloqueó el camino a los liberales progresistas después de la crisis financiera de 1931, desarrolló la idea del centro extremo.

Crowther había sido uno de los autores principales del ejemplar manifiesto de la "opinión media" durante ese periodo, *The Next Five Years:* un "ensayo de acuerdo político", inspirado en el *Libro amarillo* de 1929 del Partido Liberal, pero que apareció en un contexto de fragmentación partidaria que, ya en 1935, requería una atención más amplia. Para unir a laboristas, liberales y conservadores hartos o excluidos del Gobierno Nacional, se propuso la planificación (aplicando el término en sentido laxo para atraer a cada uno de los grupos políticos): estímulos fiscales para compensar el ciclo comercial, juntas industriales para avivar la consolidación empresarial y lograr el aumento de la rentabilidad, la regulación de los monopolios naturales de energía y transporte como servicios públicos y la expansión de reformas

[10] "Crowther to Layton", 9 de julio de 1944, Layton Papers, TCC, Caja 81.9. "El rápido crecimiento de la circulación durante los últimos tres años nos pone en condiciones de mostrar lo que podemos hacer en los años de la posguerra", en "Crowther to Layton", 1938, Layton Papers, TCC, Caja 81.9.

[11] Eso dictó la escala del proyecto, que requería la compra de más de 40 lotes adyacentes en el sitio de St. James —principalmente en términos favorables de la empresa Crown Estates—, para contar con suficiente área de suelo. Según Peter Dallas Smith, uno de los dos directores comerciales del semanario y a cargo del proyecto, Crowther "se veía a sí mismo como un magnate en ciernes"; Scalbert, "The Smithsons and *The Economist* Building…", *op. cit*., p. 19. Crowther se convirtió por corto tiempo en presidente del grupo hotelero más grande de la Gran Bretaña después de la nefasta fusión de Trust Houses y Forte Holdings; *The Times,* 7 de febrero de 1972. Véase Edwards, *The Pursuit of Reason…, op. cit.*, p. 867.

sociales promovidas por los Nuevos Liberales, como poner a prueba las prestaciones por desempleo, las pensiones de vejez y los recursos familiares.[12] Crowther escribió el capítulo sobre la banca —junto con sus compañeros liberales Layton y Salter, bajo la dirección del parlamentario *tory* Harold MacMillan—, en el que la clasificó también como una "preocupación pública"; en su defensa del carácter privado del Banco de Inglaterra y de los bancos de acciones conjuntas, Crowther pidió que tuvieran una mayor transparencia, admitiendo de manera tácita que la falta de supervisión había llevado a descuidar la inversión nacional y a favorecer la extranjera.[13]

Con todo, el libro *The Next Five Years* tuvo poca influencia en las elecciones de 1935, debido en parte a que sus autores tenían un mayor *parti pris* (partido tomado) de lo que estaban dispuestos a admitir. Dado que casi todos habían respaldado el presupuesto de austeridad que dio origen al gobierno de coalición de 1931, su afirmación de que la planificación económica se podría poner en práctica con facilidad provocó reacciones hostiles del grueso de los afiliados al Partido Laborista que se habían negado a seguir a Ramsay MacDonald, así como del gobierno dominado por los conservadores en cuyas primeras filas se encontraba él, porque parecía estar del lado del crítico más virulento y efectivo: todavía en esa fecha tardía, Lloyd George, con su llamamiento a lograr un *New Deal* y un Consejo de Acción electoral.[14]

Crowther aprendió de ese fracaso y le sacó filo al argumento de *The Next Five Years* hasta hacerlo algo muy distinto de la opinión media que representaba, tanto en *The Economist* como en obras populares publicadas con su nombre: en 1936, *Ways and Means: A Study of the Economic Structure of Great Britain Today* (una exploración de los modos de proceder y los medios para obtener las metas asignadas), adaptada a partir de 12 charlas que transmitió la radio de la BBC de Londres, y, en 1939, *Economics for Democrats*. En resumen, los puntos de vista que defendía eran quintaesencialmente los de los "Nuevos Liberales": una defensa popular de la City y de las estrategias de exportación vinculadas a la inversión extranjera ("todo suena muy erudito, pero, en realidad, es lo mismo que los colegiales que cambian navajas por cuerdas y castañas"), con afirmaciones de que tanto las aspiraciones colectivistas como las capitalistas podrían hacerse realidad mediante impuestos

[12] El término *planificación* oculta los desacuerdos entre los 153 signatarios del programa *Los próximos cinco años*, especialmente en cuanto a si se trataba del socialismo o si era una alternativa capitalista a él; véase Daniel Ritschel, *The Politics of Planning: The Debate on Economic Planning in Britain in the 1930s*, Clarendon Press, Oxford, 1997, pp. 232-279.

[13] VV. AA., *The Next Five Years: An Essay in Political Agreement*, Macmillan, Londres, 1935, pp. 97-124.

[14] Crowther no deseaba que se pareciera al "libro de L. G."; Ritschel, *The Politics of Planning…*, *op. cit*., pp. 242, 249, 253 y 266-273. Peter Sloman hizo notar que, a pesar del predominio de los liberales principales y secundarios, el Partido Liberal divergía del grupo en lo relativo a la protección y el autogobierno industrial; Peter Sloman, *The Liberal Party and the Economy, 1929-1964,* Oxford University Press, Oxford, 2015, pp. 113-117.

más elevados sobre la renta y la herencia;[15] pero a esas afirmaciones Crowther añadió dos desviaciones notables: elaboró un argumento keynesiano de que el ahorro y la inversión podrían desfasarse y el Estado tenía medios más directos que la tasa bancaria para alinearlos, ya fuese mediante obras públicas u "otorgando préstamos y pidiendo prestado con propósitos de generar capital", y, en segundo lugar, transmitió su percepción de que, por el momento, la depresión de las industrias de exportación requería un arancel uniforme bajo, junto con el desarrollo de un mercado de capitales para la inversión nacional de la misma alta calidad que en el extranjero.[16]

Así, en vísperas de obtener el cargo de editor, Crowther había encontrado su senda al "centro extremo", el cual transmitió a *The Economist* en la forma de tres características perdurables. La primera fue un pragmatismo dinámico en los asuntos económicos: el debate sobre el libre comercio *versus* la protección era ya "una disputa fervientemente religiosa" y "la única cuestión políticamente realista en este momento" era "qué tipo de tarifa protectora debería tener una nación como la Gran Bretaña".[17] La segunda característica fue una confianza petulante, destilada en sus *bons mots* (sus agudezas), por ejemplo, en que la primera regla del periodismo efectivo era "simplificar, para luego exagerar"; pero eso tenía un significado más profundo en la política de la época, lo que lo convenció de que tanto los conservadores como los laboristas eran pecadores contra el sentido común económico. Los primeros hacían proselitismo por un "nuevo feudalismo": aranceles en el extranjero más monopolios en el país, que en casos como el de la Federación Británica del Hierro y el Acero se habían combinado para aumentar los precios, restringir la producción y enriquecer a los propietarios ("bajo el mandato conservador, hay más planificación en contra de la comunidad británica que oportunidades para que ésta planifique"); los segundos confundían los beneficios con los altos ingresos y buscaban gravar ambos a muerte, cuando debería apuntarse a elevar la rentabilidad de tal modo que los salarios pudieran subir junto con la productividad.[18] El liberalismo estaba por encima de esos credos partidis-

[15] Geoffrey Crowther, *Ways and Means: A Study of the Economic Structure of Great Britain Today,* Macmillan, Londres, 1936, pp. 179-187, y Geoffrey Crowther, *Economics for Democrats*, T. Nelson and Sons, Londres, 1939, p. 33.

[16] *The Next Five Years…*, *op. cit*., pp. 117-119. Crowther fue vago respecto a la manera de lograr que la inversión nacional fuese más alta; pero no sugirió que eso debiese ocurrir mediante la restricción de lo que la City enviaba al exterior. Después de rechazar las críticas a los préstamos externos, llegó a esta conclusión: "Así que bien podríamos decidirnos a continuar con los préstamos externos tan pronto como haya pasado la actual crisis mundial"; Crowther, *Ways and Means…*, *op. cit*., pp. 154-156 y 185-189.

[17] Crowther, *Ways and Means…*, *op. cit*., p. 75.

[18] "Es completamente posible mantener los rendimientos y, no obstante, imponer gravámenes tan altos a los ricos que todos los grandes ingresos se reduzcan con severidad […] permitir que aumenten las ganancias y luego gravar los ingresos altos es una política de igualación de los ingresos *en el grado más alto*"; *ibid*., pp. 75 y 115.

tas, por lo que tenía a su alcance examinar un panorama político en el que el centro *podría* ser extremo. Si bien es cierto que la búsqueda vana de una coalición para llevar a cabo su programa era una debilidad obvia, también era fundamental para su atractivo, mientras Crowther articulaba unos objetivos tan elevados que los partidos encorsetados no podían alcanzar: "eficacia, adaptabilidad y equidad" o una cura para "la pobreza, la desigualdad y la irregularidad".[19] Finalmente, la tercera característica era el atlantismo: Crowther mostró un entusiasmo positivo por los Estados Unidos y una comprensión de ese país que ningún editor anterior de *The Economist* había mostrado, convencido desde su época de estudiante de que la City tenía tanto que aprender de Wall Street como la industria británica de la Ford Motor Company.[20]

The Economist en guerra

El toque a rebato para la guerra fue el estado de excepción que los defensores de la senda intermedia habían esperado y ayuda a explicar por qué algunos de los planes de batalla económica más audaces y normativos fueron producidos por los liberales. En febrero de 1940, cuando Keynes publicó el libro *How to Pay for the War: A Radical Plan for the Chancellor of the Exchequer* (Macmillan, Londres, 1940), *The Economist* hizo una reseña positiva de la obra, pero, por una vez, hizo hincapié en la timidez del autor: un impuesto sobre los trabajadores (siendo el ahorro obligatorio rebautizado como "pago diferido") y un gravamen al capital (en el futuro) podrían frenar la inflación de manera justa y ordenada, pero difícilmente cubrirían un año del gasto público, que Keynes presupuestó de manera conservadora en 2 850 millones de libras esterlinas. Había otros expedientes disponibles: un racionamiento exhaustivo, controles industriales, prohibición de artículos de lujo y pedir más a la clase media.[21] En julio de 1940 Crowther proporcionó su propia evaluación sobre el libro de Keynes en *Ways and Means,* en el que, a pesar de la caída de Francia, el economista vio una senda clara hacia la victoria basada en la idea de "poner cada vez más en la misma escala una mayor parte del peso económico de los Estados Unidos" y en el aprovechamiento de la ventaja comparativa del Imperio británico sobre Alemania en "mano de obra y material".[22] Hayek hizo la reseña de este último libro, al que consideró como una

[19] *Ibid*., p. 13, y Crowther, *Economics for Democrats*, *op. cit*., p. 30. Finalmente, ¿qué era más liberal —en el sentido de pretender representar de manera justa todas las clases de la comunidad, no sólo los intereses de cada sección de ella— que una ideología sin un partido capaz de ponerla en práctica (por sí solo)?

[20] Crowther, *Ways and Means…*, *op. cit*., pp. 140, 191.

[21] "The Keynes Plan", *The Economist,* 2 de marzo de 1940.

[22] Siempre que "evitemos que el enemigo invada nuestras áreas industriales o las destruya con bombardeos", esas ventajas materiales sobre Alemania —incluidos unos ingresos nacionales más altos en general, el acceso a materias primas y alimentos baratos y la capacidad para

"imagen sana y equilibrada de la fuerza económica relativa de los beligerantes" y como edificante, porque, además del liderazgo de los británicos sobre el Reich en lo referente al desarrollo, ellos tenían el arma del bloqueo naval, que ponía "límites a los esfuerzos económicos que Alemania pueda hacer".[23]

Las derrotas que sobrevinieron a lo largo de los dos años siguientes pueden haber disminuido la confianza en esos pronósticos iniciales; pero, en la atmósfera de la época de guerra en Londres —*The Economist* seguía publicando entre los ataques aéreos y las noches de insomnio, y en algunas cafeterías después de que las bombas arrasaran la oficina cerca de Fleet Street en mayo de 1941—, también estimularon las ambiciones de la izquierda. De igual modo las estimuló la invasión nazi de Rusia un mes después. Ésta provocó un gran suspiro de alivio en *The Economist,* que reconoció la épica resistencia del Ejército Rojo en el Frente Oriental… llegando incluso a contratar en 1942 a Isaac Deutscher, el historiador marxista y revolucionario reciente, para que interpretara a ese enigmático y nuevo aliado.[24] Deutscher, un refugiado polaco sin un centavo que apenas había aprendido inglés después de llegar a la Gran Bretaña tres años antes, escribió más de 650 artículos para el semanario, la mayoría antes de 1947. Además de una columna regular sobre "Rusia en guerra", los artículos de Deutscher abarcaban ampliamente desde los Balcanes, Grecia, Suiza y Francia hasta Finlandia, Argelia, Libia y Persia, y en 1945 informó desde la Alemania ocupada, donde compartía un cuarto del campamento con el futuro autor de *1984*, George Orwell, en quien notó una tendencia a la manía persecutoria.[25] El conoci-

aumentar la producción civil para la guerra— se convertirían en "una superioridad militar real"; Crowther, *Ways and Means…*, *op. cit*., p. VI, y David Edgerton, *Warfare State: Britain, 1920-1970,* Cambridge University Press, Cambridge, 2006, pp. 56-57.

[23] Los únicos defectos de Crowther eran tener "mucha fe en el racionamiento" y "una excesivamente optimista […] visión del mundo de la posguerra"; F. A. Hayek, "How We Can Do It", *The Spectator*, 6 de septiembre de 1940.

[24] "La mayor parte del mundo libre se opone al comunismo", y con razón. Pero la ideología era menos importante en ese momento, porque "la conquista de Rusia no es un fin en sí mismo, sino un medio, un incidente en la lucha con la Gran Bretaña y los Estados Unidos por la dominación del mundo"; "Right about Turn", *The Economist,* 28 de junio de 1941.

[25] Véanse algunos de sus artículos publicados en *The Economist* en David Horowitz (coord.), *Isaac Deutscher: The Man and His Work,* Macdonald, Londres, 1971, pp. 233, 243-247. Orwell le informó a Deutscher que Churchill, Roosevelt y Stalin estaban conspirando en Yalta para dividir el mundo permanentemente entre ellos. Deutscher señaló que los principales conflictos entre "los Tres Grandes" ya estaban saliendo a la superficie. Orwell era tan incrédulo que relató su conversación en su columna de *The Tribune*. Más tarde, incluyó el nombre de Deutscher en su lista negra de "criptocomunistas y compañeros de viaje" como "sólo un simpatizante", la cual entregó al Departamento de Investigación de la Información del Reino Unido en 1949; Isaac Deutscher, "The Mysticism of Cruelty", *Marxism, Wars and Revolutions: Essays from Four Decades,* Tamara Deutscher (coord.), Verso, Londres, 1985, pp. 69-70; Andrew Rubin, *Archives of Authority: Empire, Culture, and the Cold War,* Princeton University Press, Princeton, 2012, p. 29, y Phillip Deery, "Confronting the Cominform: George Orwell and the Cold War Offensive of the Information Research Department, 1948-1950", *Labour History*, núm. 73, noviembre de 1997, p. 220.

miento de primera mano de Deutscher sobre Europa Oriental y la Rusia soviética (fue enviado a Moscú en 1931 como delegado del proscrito Partido Comunista Polaco, antes de ser expulsado de él por exhortar —junto con Trotsky— a que se formase una línea activa en contra de Hitler) nunca ha sido igualado en *The Economist* (lo mismo es verdad en el caso de *The Times,* donde una transformación similar en tiempos de guerra hizo que su amigo E. H. Carr, "el profesor rojo de Printing House Square", fomentase la idea de una alianza permanente de posguerra entre la Gran Bretaña y la Unión Soviética).[26]

Más cerca, en Londres, *The Economist* también podía actuar como un foro para Nicholas Davenport, su residente "radical de la City", quien, en su libro sobre los intereses adquiridos y el fondo común, *Vested Interests or Common Pool?*, argumentó que el trabajo y el capital eran "rivales en el crimen" —el primero por sus demandas salariales inflacionarias, el segundo por su incapacidad psicológica para aumentar la producción— que el Estado debería vadear. Mediante el préstamo de todos los activos de capital, el Estado podría pagar entonces las rentas a los propietarios y los salarios a los trabajadores a partir de una reserva común.[27] Si bien el plan de Davenport invitaba a un "escepticismo cauteloso", *The Economist* se mostró de acuerdo con "la socialización de todas las personas y todas las propiedades, dondequiera que lo requiera el esfuerzo de guerra".[28] Mientras tanto, el objetivo del pleno empleo de la posguerra ya se estaba debatiendo en sus páginas y, en octubre de 1942, los economistas laboristas Joan Robinson y Thomas Balogh escribieron para criticar a *The Economist* por preferir la inversión privada a la pública, así como por ver la gestión keynesiana de la demanda como una *alternativa* a la planificación centralizada y la propiedad pública; sin esta díada, sostenían, de seguro resurgirían la inflación salarial y las crisis de confianza.[29]

La presión inmediata para ampliar la planificación en el seno de la economía de guerra siempre estuvo acompañada de unos puntos de vista abocados a plazos más extensos, anticipando con expectación un orden de posguerra de mayor igualdad y eficacia y, también, remontándose al pasado, con el centro extremo actuando como enlace entre ambos. El Informe Beveridge —escrito por William Beveridge, el funcionario que ayudó a promover como pionero las bolsas de trabajo y el seguro de desempleo en la Junta de Comercio bajo los Nuevos Liberales antes de 1914 (sólo para ver con consternación

[26] Michael Cox (coord.), *E. H. Carr: A Critical Appraisal*, St. Martin's Press, Nueva York, 2000, p. 129, y Sasha Lilley (coord.), *Capital and Its Discontents*, PM Press, Oakland, 2011, p. 205.

[27] Nicholas Davenport, *Vested Interests or Common Pool*, Gollancz, Londres, 1942, p. 11.

[28] "The New Socialism?" e "In the Balance", *The Economist,* 8 y 15 de agosto de 1942, respectivamente.

[29] Véanse en *The Economist* los editoriales de los días 3, 10 y 17 de octubre de 1942; así como "Letters to the Editor", 28 de noviembre de 1942.

que esos planes se convirtieron en esquemas *ad hoc* de alivio para la multitud de indigentes callejeros desempleados producto de la Gran Depresión)—fue un ejemplo de esa dualidad.[30] En diciembre de 1942, *The Economist* no tuvo dificultad en respaldar "uno de los documentos estatales más notables jamás redactados", mientras que al mismo tiempo argumentaba que todo lo que hizo el documento fue "racionalizar" las estructuras existentes sobre la base de esa experiencia: "Todas las contingencias de la vida y los medios de subsistencia, el nacimiento, el matrimonio y la muerte, la edad, el desempleo, los accidentes, las dolencias y las enfermedades estarán cubiertos por un sistema único e integral de contribuciones y prestaciones bajo los auspicios del Estado"; con todo, se trataba simplemente de un plan fiscal para asegurar "niveles mínimos de ingresos" con el objetivo keynesiano de "subsidiar el consumo" y "prevenir caídas bruscas de la producción y el empleo".[31] El éxito de todo el proyecto, que "no era revolucionario", dependía de un retorno al liberalismo en el país y en el extranjero: nunca demasiado laxo como para "disminuir los incentivos al trabajo y al progreso", promoviendo "el pleno empleo y el comercio más libre posible" y asegurando que hubiese una inflación baja y constante, lo que el plan de Beveridge llevaba a cumplimiento mediante la creación de "una clase de rentistas más numerosa que nunca" con "intereses creados en la estabilidad de la moneda".[32]

Crowther hizo una variedad de trabajos para el esfuerzo de guerra mientras era editor, desde análisis del despliegue de mano de obra para el gabinete hasta giras de buena voluntad por los Estados Unidos;[33] no obstante, ningún trabajo fue más revelador que su intervención como redactor de la continuación del Informe Beveridge en 1944: *Full Employment in a Free Society*. En un detallado memorándum enviado a Beveridge —seguido por reuniones en persona—, respecto al borrador que surgió de la conferencia sobre aspectos internacionales de la política de empleo de posguerra en el Nuffield College, en septiembre de 1943, Crowther le hizo esta observación: "Estoy totalmente de acuerdo con la postura que adopta, que es muy similar a la asumida en la serie de artículos de *The Economist* hace un año. Los comen-

[30] Jose Harris, *William Beveridge: A Biography*, Clarendon Press, Oxford, 1977, pp. 97-98 y 101. Respecto a la "conversión" tardía y parcial del liberalismo clásico al de estilo keynesiano, véase Winch, *Economics and Policy…*, *op. cit.*, pp. 196-197 y 273.

[31] Crowther culpó a Balogh de la sección sobre la redistribución del ingreso en el plan de Beveridge: en lugar de estimular el consumo, Crowther favorecía lo que llamó "el enfoque de la inversión"; "Social Priorities", *The Economist*, 5 de diciembre de 1942.

[32] Con todo, el bienestar nunca debe ser tan generoso como para "disminuir los incentivos al trabajo y al progreso"; *idem*.

[33] Algunos ejemplos de su trabajo relacionado con la guerra sobre máquinas herramienta y las necesidades de materias primas, productividad, aprovechamiento de la mano de obra de las mujeres casadas y solteras se encuentran en "The Brake on Our War Effort Due to the Shortage of Man-Power in the War Industries", 8 de mayo de 1940, Beveridge Papers, LSE, 8/15/5, y "The Practicability of Present Programs", 8 de mayo de 1942, Beveridge Papers, LSE Piercy, 7/34.

tarios que hago a continuación tienen la naturaleza de notas de pie de página, antes bien que de desacuerdo".[34]

Comoquiera que sea, esas notas dejaron en claro tres preocupaciones importantes que Crowther albergaba sobre un mundo de posguerra de bienestar y pleno empleo, que se remontaba a la década anterior a la guerra, y al que aquéllas le imponían límites estrictos. En primer lugar, se debía descartar todo cambio de envergadura en la estructura social. Crowther se burlaba con escarnio del economista E. F. Schumacher, quien había señalado en el borrador que el pleno empleo podría ser difícil de lograr sin abordar la cuestión de la propiedad de los medios de producción: "Sin duda alguna, sería más fácil conseguir el pleno empleo si el Control de Empleo y la Orden de Obras Esenciales permanecieran en vigor en tiempos de paz. Sin duda alguna, también sería más fácil si se nacionalizara toda la industria o, al menos, las grandes industrias que utilizan capital"; pero los conservadores no consentirían en lo segundo ni los laboristas en lo primero: "Debo confesar que me irritan de manera considerable las personas como Schumacher, que deliberadamente intentan hacer más difíciles las cosas planteando cuestiones generales de proporciones colosales que son del tipo mejor calculado para asustar al electorado británico".[35] En segundo lugar, el keynesianismo debía ser en esencia una estrategia de inversión de capital. Emulando a sus dos poderosos aliados, la Gran Bretaña requería grandes inyecciones de capital: para cerrar la brecha de la productividad laboral con el trabajador estadunidense lo que se necesitaba era "una política estalinista de inversión a largo plazo, de la que depende la principal esperanza de un rápido aumento de la calidad de la vida".[36] Para Crowther, ello excluía todo intento deliberado de restringir el ahorro y significaba que el consumo tendría que ser supervisado estrictamente, no fuese que su estímulo condujese a "una escasez, no un ex-

[34] 15 de noviembre de 1943, Beveridge Papers, LSE, 9A/15/17.

[35] "Si el problema del pleno empleo se va a solucionar en el marco de la democracia política, tendrá que ser resuelto por el próximo Parlamento, es decir, por uno u otro de los dos partidos existentes, o por ambos en coalición"; *idem*.

[36] Crowther escribió medio en broma que Stalin fue el keynesiano supremo, el "mayor practicante vivo del enfoque de la inversión […] La tasa a la que se expande la renta nacional es una función casi directa de la inversión de capital (como lo atestigua Rusia). El hombre aumenta su productividad, en parte, siendo más inteligente; pero, principalmente, aumentando la proporción de caballos de fuerza por cabeza. Los logros de las fábricas de aviones durante la guerra demostraron que el inglés puede tener una productividad igual o incluso superior a la del estadunidense, si se le proporciona el equipo adecuado; con todo, en la industria en su conjunto, su productividad es de apenas la mitad de la del estadunidense, y, a pesar de que los salarios son más bajos, los costos de la mano de obra en este país son una proporción más alta de los costos totales en los Estados Unidos. Siempre que haya algún país en el mundo donde la mecanización y, con ella, la productividad *per capita* sean más altas que aquí, me niego a admitir que exista una razón para restringir deliberadamente la inversión o el ahorro que la hace posible"; *idem*. Una paradoja asombrosa del entusiasmo de Crowther por una política de inversión estalinista fue que la combinó con la defensa de la inversión *privada*.

ceso, del ahorro". En tercer lugar estaba el que resulta el punto más asombroso, porque, a diferencia de los dos primeros, parece haber constituido la suposición común de todos los participantes, incluido Beveridge:[37] las principales "implicaciones internacionales del pleno empleo" para la Gran Bretaña en el mundo de la posguerra eran que el país debía trabajar para evitar toda repetición de los aumentos de los aranceles, las devaluaciones de la moneda y otros pasos hacia la autarquía del periodo de entreguerras. El pleno empleo en un país era imposible, porque, si otros permitieran que sus ciclos comerciales continuaran, provocando un colapso y un desempleo generalizado, volverían a intentar exportar para salir de los problemas a expensas de sus socios comerciales, precipitando una carrera mundial hacia el fondo; sin embargo, era revelador que, al contemplar un obstáculo internacional, los participantes en la conferencia hubieran ignorado de plano otro, posiblemente más destacado: el del capital financiero, cuya libre circulación había puesto en peligro en repetidas ocasiones la legislación social progresista en la Gran Bretaña, siguiendo un patrón que estaba destinado a ser recurrente: denuncias de fuga de capitales y pérdida de confianza en protesta por el Presupuesto del Pueblo en 1909 y el colapso del segundo gobierno laborista en medio de una estampida para hacer retiros de la libra esterlina en 1931.[38]

La guerra representó el mejor momento para el centro extremo al dar a sus partidarios una voz en el seno del Estado, al mismo tiempo que demostraba que los "intereses creados" todavía operaban en él para frustrar sus iniciativas más audaces. A ese respecto, es significativo el hecho de que Beveridge presentara su plan solamente después de que Ernest Bevin, el poderoso ministro de Trabajo de los laboristas en tiempos de guerra, lo hubiese desterrado a lo que esperaba que fuese un oscuro comité, y que el gobierno de coalición tratase de enterrar su continuidad en 1944 con un *Libro blanco* de gran palabrería, comparado desfavorablemente con el Informe Beveridge por *The Economist*. Si bien el *Libro blanco* —escribió el semanario— fue en realidad un hito que señaló la "asunción consciente de la responsabilidad y la autoridad" por el Estado en lo relativo al pleno empleo, era demasiado

[37] Beveridge rechazó una serie de puntos propuestos por Crowther, incluida su dura distinción entre el desempleo estructural y el "friccional" —el debido al cambio de un empleo a otro, al desequilibrio de los factores de la producción o a la poca movilidad en el corto plazo— y su análogo soviético: "El argumento de Stalin no me parece sólido. El enfoque de la inversión era natural —inevitable, en realidad— en Rusia para industrializar y armar un país agrícola y desarmado, lo cual no guarda relación con los Estados Unidos ni con la Gran Bretaña; nosotros terminaremos la guerra excesivamente industrializados y completamente armados"; "Beveridge to Crowther", 1º de diciembre de 1943, Beveridge Papers, LSE, 9A/15/17.

[38] Beveridge Papers, LSE, 9A/13, Carpetas 3-4. "El control de los movimientos de capital" fue mencionado en el texto terminado, pero únicamente en dos párrafos de una obra de varios cientos de páginas; William Henry Beveridge, *Full Employment in a Free Society,* Allen & Unwin, Londres, 1944, pp. 237-239 [edición en español: *La ocupación plena: sus requisitos y consecuencias*, trad. de Raúl Velasco Terrés, Fondo de Cultura Económica, México, 1947].

ambivalente sobre el gasto deficitario que eso podría implicar: "En la política económica, como en la guerra, sería bueno combinar la victoria con un presupuesto equilibrado, pero es mejor un déficit que una derrota".[39] El propio Beveridge se convirtió en fideicomisario de *The Economist* después de la guerra e intercambió cartas con Crowther y su sucesor Donald Tyerman respecto a todo, desde cómo detener la infiltración comunista en los sindicatos y la inflación salarial hasta llevar ejemplares de *The Economist* a manos alemanas durante la ocupación. (En 1946 Beveridge escribió desde Berlín: "Como saben, una escasez más grave en Alemania en este momento es la de publicaciones periódicas inglesas".)[40]

Ahora bien, ello no debería ocultar lo cuidadosas que fueron sus dilucidaciones del libre comercio en tiempos de guerra, en particular porque esto afectó a la inversión. En un libro para celebrar el centenario de *The Economist* en 1943, Crowther trazó una línea directa desde James Wilson, el primer editor, cuyos ojos hundidos lanzaban una mirada sombría desde la primera página, hasta él mismo: el liberalismo todavía tenía como objetivo la mayor libertad para el mayor número de individuos. Pero, a ese respecto, el *laissez-faire* había resultado tener ciertas desventajas: "la irregularidad y la desigualdad de la sociedad que engendra", en un momento en el que los electorados más numerosos insistían en que la "desigualdad y la inseguridad" "se equiparaban a esa abolición de la pobreza que hace 100 años parecía ocupar una posición cimera e inigualada como principio y aspiración"; aun así, a ello siguió una salvedad inmediata, porque, "si los hechos prueban que la política de restricciones y el monopolio son orgánicamente inseparables de la intervención del gobierno en el campo económico, entonces será el deber de *The Economist* retroceder en esa medida al individualismo más puro".[41] Hayek, un lector devoto del semanario, se burló amablemente de la idea de una continuidad ininterrumpida con la era victoriana, preguntándose en una reseña si el propio Crowther no tenía un poco de dudas al respecto.[42] *The Economist*, por su parte, sólo tuvo elogios para la franqueza del emigrado de la London School of Economics cuando, unos meses después, apareció su polémica contra la planificación, *The Road to Serfdom:*[43] estuvo de acuerdo en que "el Estado que está plenamente planificado, que es democrático y que

[39] "Employment: The White Paper", *The Economist,* 3 de junio de 1944; Winch, *Economics and Policy, op. cit.*, p. 271.

[40] Tyerman entrevistó a Beveridge en *The Listener;* "War in the Workshop" y "Getting the Job Done", *The Listener,* 6 y 13 de junio de 1940, respectivamente. En lo tocante a los intercambios posteriores, véanse Beveridge Papers, LSE (1944) 9A/24; (1946) 11/60; (1948) 2/B/48/1, y (1956) 7/91.

[41] *The Economist, 1843-1943: A Centenary Volume*, *op. cit*., pp. 15-16.

[42] Friedrich A. Hayek, "*The Economist,* 1843-1943: A Centenary Volume", *Economica,* vol. 11, núm. 41, febrero de 1944, p. 51.

[43] Friedrich A. Hayek, *The Road to Serfdom,* Routledge & Sons, Londres, 1943 [edición en español: *Camino de servidumbre,* trad. de José Vergara, Alianza Editorial, Madrid, 2011]. [N. del T.]

preserva los derechos básicos de los individuos no existe", para luego añadir sólo que el hecho de volver al *laissez-faire* puro podría resultar tan opresivo para los individuos como una economía dirigida. "El problema de este siglo es encontrar el método más fructífero para combinar la planificación —el tipo y el grado adecuados de planificación— con la libertad."[44]

El frente del Imperio: expedición de cheques en blanco

Las concesiones a la clase trabajadora, encarnadas en las visiones del bienestar y el pleno empleo en el país, tenían su complemento en el extranjero en "la Mancomunidad o Commonwealth en guerra": se prometía a los dominios, a las colonias de la Corona y a otras dependencias, al mismo tiempo, un mayor autogobierno y una mayor integración económica respaldada por las inversiones de capital de Londres.[45] Después de la caída de Francia en 1940, *The Economist* cambió el enfoque de la defensa europea a la "defensa imperial, para ver cuál es la mejor manera de que un imperio global pueda ganar una Guerra Mundial… por sí solo, si fuere necesario". Crowther basaba una gran parte de su optimismo económico en el factor imperial, que no era una cuestión de "convocar a los dominios o a la India, ni siquiera a las colonias, en ayuda a la Gran Bretaña", porque, ahora que "la agresión se extiende en el extranjero sobre tres continentes, la guerra es su guerra". Los canadienses, los australianos, los neozelandeses y los sudafricanos ya se habían enlistado en el servicio militar, mientras que los suministros de sus países estaban a la disposición de la Gran Bretaña al por mayor: níquel, plomo, zinc, madera, trigo, plantas industriales y de lácteos de Canadá; lana, carne y minerales de Australia y Nueva Zelanda; oro de Sudáfrica, y cromo y amianto de Rodesia. Se necesitaba que los dominios cooperaran más estrechamente, porque cada cual asumía una mayor parte de la defensa a escala regional: a Ciudad del Cabo le correspondían Kenia, la Costa de Oro y Egipto; a Canberra, Nueva Zelanda, las Indias Orientales Holandesas y Singapur; a Ottawa, el Canal de la Mancha, mientras Londres se ocupaba de la logística, proporcionaba la mayor parte de su poderío aéreo y marítimo y su capacidad industrial en general.

Eso dejaba de lado a la India —"el futuro dominio, que mira al oeste hacia África y el Oriente Medio y al este hacia Australasia y el Pacífico"—, con una producción no sólo de yute, algodón, lana, cueros, pieles, madera,

[44] "Road to Serfdom?", *The Economist,* 13 de mayo de 1944.

[45] La Conferencia de Delhi, que tuvo lugar en octubre de 1940, estableció un único "Consejo de Guerra Económica", que era "probablemente mucho más necesario de lo que el Gabinete de Guerra del Imperio, más desarticulado, pedía con tanta frecuencia, y su institución sería otro hito en el desarrollo de la libre cooperación en el seno de la Commonwealth"; "Imperial War Economy", *The Economist,* 2 de noviembre de 1940.

semillas oleaginosas, caucho, manganeso y cromo, sino también de un millón de toneladas de acero acabado por año: "La India fabrica nueve décimas partes de sus necesidades militares: rifles, ametralladoras, propelentes, obuses y municiones";[46] sin embargo, cuando se examinaba de más cerca, ese arsenal parecía menos seguro. El Partido del Congreso de la India cometió una "locura" al rechazar su plena cooperación en contra de los nazis o esperar que Londres le entregara a cambio una "virtual dictadura sobre la Liga Musulmana".[47] Para 1942 la India era en sí misma un teatro de guerra, después de que Japón capturara Malasia y Singapur en febrero y luego atacara Java y Birmania. Aterrado tras la caída de la fortaleza supuestamente inexpugnable de Singapur, *The Economist* escribió: "El despacho de Batavia en *The Times* del martes fue el documento más aterrador que haya aparecido impreso en muchos años". Ésa fue la peor derrota militar de la guerra para la Gran Bretaña, que supuso la rendición de 130 000 soldados y la entrega de una base naval de vanguardia a unos japoneses superados en número en poco más de una semana de combates: "Tropas débiles, comandantes con poca iniciativa, estrategas burlados, una administración incompetente y una población nativa apática: nada de ello son las señales de un ejército gallardo traicionado por la mala suerte; suenan, inquietantemente, a la disolución de un Imperio".[48]

El semanario abogaba ahora por hacer concesiones mucho mayores al Congreso de la India, urgiendo a la misión dirigida por *sir* Stafford Cripps en marzo a intercambiar la independencia de posguerra por la cooperación en tiempos de guerra.[49] El fracaso de Cripps fue un duro golpe y el semanario reaccionó con amargura a la burla de Gandhi que acompañó a ese fracaso de que le había entregado a la India "un cheque posfechado de un banco en quiebra". *The Economist* protestó: "Si el cheque tenía una fecha posterior, también estaba en blanco; no impuso a los indios ningún gobierno que ellos no pudieran crear y aceptar por sí mismos; era honesto, generoso y estaba respaldado por todo el pueblo británico. Con el tiempo, si el nacionalismo indio se basa en algo más que en arena, descubrirán la oportunidad que están rechazando: el cheque será cobrado".[50] El crédito y la buena fe liberal

[46] "The Commonwealth at War", *The Economist,* 17 de agosto de 1940.

[47] "Salvation for India", *The Economist,* 22 de junio de 1940. Bengala y Punyab, dos provincias de mayoría musulmana, fueron fundamentales para el esfuerzo bélico: la primera contenía más de la mitad de la capacidad industrial de la India, mientras que la segunda era el principal campo de reclutamiento del ejército indio.

[48] "National Unity", *The Economist,* 21 de febrero de 1942.

[49] "Sería hipócrita negar que la conveniencia del momento le ha dado a la política británica el aspecto de haberse arrepentido en su lecho de muerte." Sin embargo, "ninguna nación ha demostrado más palpablemente que la de los británicos su reconocimiento de la verdad de la afirmación de Aristóteles en el sentido de que una democracia no puede mantener un imperio autocrático sin que se corrompa y debilite"; "Message to India", *The Economist,* 14 de marzo de 1942.

[50] "India at Stake", *The Economist,* 18 de abril de 1942.

tenían algo más que relaciones metafóricas, en especial a la luz de la histórica inversión de la relación entre la City y el subcontinente que tenía lugar en ese momento. A principios de 1942, subestimando en realidad la magnitud de los saldos en libras esterlinas acumulados en Londres para la India (como préstamos forzosos para que esta última pagase los suministros en tiempo de guerra), *The Economist* hizo la siguiente observación: "Todas las obligaciones indias, tanto directas como indirectas, habrán sido liquidadas antes de que cesen las hostilidades".[51]

Al final, el fracaso en asegurar un buen trato en la India preocupó a *The Economist* menos en función de la defensa —Nehru había prometido "no escatimar expedientes" para repeler a los invasores— que el hecho de que abriese un flanco político vulnerable a su aliado estadunidense.[52] La necesidad de presentar al Imperio como una "asociación libre" y actualizada surgió, en parte, de los esfuerzos que la Gran Bretaña había hecho para asegurar esa alianza desde 1940: el precio de la ayuda de préstamo y arrendamiento de los estadunidenses significó el fin de la preferencia imperial y de toda otra discriminación en el comercio y los pagos después de la guerra, mientras que los Estados Unidos mantenían de manera intencionada las reservas británicas de dólares a una escala baja para garantizar el cumplimiento. En 1943, el Ministerio de Información envió a Crowther a Washington para que comenzara a pedir paciencia en un momento en que los crecientes saldos en libras esterlinas con la India y Egipto mostraban que el Imperio era valioso en parte como cobertura contra la dependencia total de ese goteo oficial de dólares. En Chicago, ante la Asociación Estadunidense de Economía, Crowther argumentó que, pese a que la Gran Bretaña compartía un interés sincero en un comercio más libre y un sistema de pagos multilateral, en el corto plazo necesitaba tiempo para hacer resucitar las exportaciones industriales y los ingresos invisibles, con unos aranceles hasta entonces modestos para evitar "experimentos" con el pleno empleo que llevasen a un aumento desequilibrado de las importaciones.[53] Crowther se unió a otro editor, Graham Hutton, entonces director de la oficina de Información de la Gran Bretaña en Chicago, con la misma misión de instrumentar relaciones públicas.[54]

[51] "Los saldos en libras esterlinas, principalmente de la India y Egipto, alcanzaron un total de 3 500 millones de libras esterlinas en 1945"; "End of an Era", *The Economist,* 3 de enero de 1942.

[52] "India at Stake", *The Economist, op. cit*.

[53] Geoffrey Crowther, "Discussion", *The American Economic Review*, vol. 33, núm. 1, 1º de marzo de 1943, pp. 332-333 y 458.

[54] Crowther dio una conferencia en Harvard en agosto de 1941 mientras se encontraba en una "misión confidencial para su gobierno"; Geoffrey Crowther, "English Economist Envisages Advanced Post-War Britain", *The Christian Science Monitor,* 8 de agosto de 1941. En 1946, basándose en el tiempo que había pasado allí desde 1940, Hutton publicó el libro sobre el Medio Oeste *Midwest at Noon,* que, en alusión al proceso de maduración experimentado por el Imperio tierra adentro y visto desde la perspectiva del equivalente a James Bryce, tenía como subtítulo *America's Maturing Inland Empire: As Seen through the Eyes of a Modern Bryce*.

Sin embargo, las propuestas diplomáticas se agriaron ante la proximidad de la victoria debido a que el gobierno de Roosevelt mostró todos los indicios de que retiraría los préstamos estadunidenses en el extranjero, lo que llevó al "estadunidófilo" *The Economist* a poner en duda repentinamente el futuro de la alianza transatlántica: "¿Es correcto renunciar a los medios para salvaguardar los intereses británicos, como Bretton Woods y las propuestas comerciales estadunidenses quieren que hagamos, con la esperanza de que la política estadunidense sea estable y sólida?"[55] El semanario señalaba lo hipócrita de las críticas a la intervención británica en Grecia como un presagio de lo que Londres podría esperar si dejase el dominio que ejercía en el extranjero en manos de los Estados Unidos… y eso tratándose de "un país donde ambos partidos políticos estaban listos para prometer, con la esperanza de asegurar el voto electoral del estado de Nueva York, que forzarían la imposición de un Estado totalmente judío a la minoría árabe de Palestina". La esposa estadunidense de Arthur Salter añadió tres signos de exclamación a esa declaración en una nota furiosa a Crowther, explicándole: "Los Estados Unidos son un país-continente vasto, joven, muy generoso, entusiasta, sensible y crítico", y poner al país "en su lugar" había causado "el mayor dolor y consternación […] siendo algo totalmente insultante para todos los estadunidenses de honor".[56] Ethel Salter no fue la única a la que le conmocionó ese editorial, que causó sensación a ambos lados del Atlántico: como descubrió Isaiah Berlin, que revisaba la prensa estadunidense para el embajador de la Gran Bretaña en Washington, su autor no fue Crowther, sino Barbara Ward, la joven corresponsal en el extranjero, a quien Berlin llamó "una muchacha histérica e ingenua". Ella, escribió, le había "dado una sacudida a la reputación de *The Economist,* que ahora se considera como una revista excusable-

[55] *The Economist* escribió: "Hace mucho tiempo que se debía hablar muy claro, aunque sólo sea para actuar como una válvula de seguridad y evitar que ocurra algo peor". A juzgar por lo que se escucha decir a los estadunidenses, "la Gran Bretaña es imperialista, reaccionaria, egoísta, exclusivista, restrictiva" y no estaba haciendo lo que le correspondía en la lucha: "Lo que propicia que las críticas estadunidenses sean tan intolerables no es simplemente que sean injustas, sino que provienen de una fuente que ha hecho muy poco para ganarse el derecho a adoptar posturas de superioridad. Que quienquiera que sea le diga al pueblo británico que está flojeando en su esfuerzo bélico sería lo suficientemente insufrible para un pueblo que lucha durante su sexto invierno de apagones y bloqueos y bombardeos, de filas y raciones y frío… pero, cuando la crítica proviene de una nación que está sosteniendo la práctica de los almacenes de 'Compra un montón al por mayor y que los clientes se lo lleven todo al instante' durante la batalla de la Gran Bretaña, cuyo consumo ha aumentado a lo largo de los años de la guerra y que todavía no tiene una ley de servicio nacional… entonces no debe ser soportada […] Con cada arrebato de indignación moral en los Estados Unidos, el inglés común se vuelve un grado más cínico acerca de las verdaderas intenciones de ese país sobre la colaboración activa y un grado más dispuesto a creer que la única mano de ayuda confiable se encuentra en la Rusia soviética"; "Noble Negatives", *The Economist,* 30 de diciembre de 1944.

[56] "Ethel Salter to Geoffrey Crowther", 2 de enero de 1945, Layton Papers, TCC, Caja 81.137-138.

mente y, no obstante, marcadamente nacionalista". Incluso Roosevelt intervino y "señaló con amabilidad que algunas cosas es mejor no decirlas", una medida no sólo de quienes leían *The Economist,* sino también de que sus pronunciamientos le pegaban un porrazo al cuerpo diplomático, en especial porque era considerado como "una publicación liberal, seria, imparcial y, en general, proestadunidense".[57]

En realidad, ésa fue casi con toda certeza la razón de la publicación de ese artículo de "lenguaje llano" en *The Economist,* en medio de las tensas negociaciones anglo-estadunidenses sobre la configuración del orden económico internacional de posguerra. La hostil reacción de la prensa estadunidense no disuadió a Crowther, cuyas filípicas probablemente recibieron la aprobación silenciosa de Brendan Bracken, entonces ministro de Información.[58] En una continuación de ese editorial, *The Economist* escribió que los Estados Unidos violarían el espíritu de la Carta del Atlántico si interpretasen la "no discriminación" de manera excesivamente literal, porque eso restringiría (en lugar de liberar) el comercio entre unos países devastados por la guerra, cuya demanda acumulada de bienes estadunidenses era tan grande que el único freno de posguerra a sus exportaciones sería la disponibilidad de dólares, *no* la existencia de una zona británica de la libra esterlina.[59] Unos días después, Leo Amery, secretario de Estado para la India y Birmania, escribió entusiasta y volublemente: "Su artículo del otro día sobre las relaciones estadunidenses generó un gran revuelo y creo que dio una útil sacudida a la autosuficiencia estadunidense y abrió cauce a la crítica de todos los demás", y añadió: "Los estadunidenses no sólo identifican la no discriminación con la 'Nación Más Favorecida', sino que quieren hacernos tragar esta última, incluso hasta el grado de obligarnos a nosotros y a nuestros dominios a abandonar la Preferencia Imperial".[60]

[57] Isaiah Berlin, 7 de enero de 1945, en H. G. Nicholas (coord.), *Washington Despatches, 1941-1945: Weekly Political Reports from the British Embassy,* University of Chicago Press, Chicago, 1981, pp. 493-494; Isaiah Berlin, 1º de febrero de 1945, en Isaiah Berlin, *Flourishing: Letters 1928-1946,* Chatto & Windus, Londres, 2004, p. 528.

[58] Peter F. Clarke, *The Last Thousand Days of the British Empire: Churchill, Roosevelt, and the Birth of the Pax Americana,* Penguin, Londres, 2007, pp. 146-148.

[59] En otras palabras, no había ninguna razón para que los Estados Unidos rechazaran ciertos controles de divisas o esquemas de compensación bilateral del tipo que la Gran Bretaña acababa de firmar con Bélgica: un "Plan Keynes en miniatura" diseñado para moderar los desequilibrios de pagos entre los países con superávit y déficit, que los Estados Unidos rechazaron en Bretton Woods. Esos controles ampliarían "la suma total del comercio mundial", a diferencia de la clase fallida de discriminación inadecuada que simplemente transfería "los mercados de un proveedor a otro"; "Peacetime Mutual Aid", *The Economist,* 13 de diciembre de 1945. En lo tocante a la débil (y esperanzada) postura negociadora de la Gran Bretaña en Bretton Woods, y a la amargura que esa postura y los términos del préstamo generaron, véase Benn Steil, *The Battle of Bretton Woods: John Maynard Keynes, Harry Dexter White, and the Making of a New World Order,* Princeton University Press, Princeton, 2013.

[60] "Leo Amery to Layton", 23 de enero de 1945, Layton Papers, TCC, Caja 81.137-138.

De cualquier modo, el hecho de que Washington cancelara de manera abrupta la Ley de Préstamo y Arrendamiento en agosto de 1945 —una "guillotina", la llamó el semanario— hizo que la Gran Bretaña se percatara dolorosamente de su posición, y, aunque era una "píldora amarga", *The Economist* aconsejaba aceptar la nueva oferta de los estadunidenses: otro préstamo para liquidar las órdenes de préstamo y arrendamiento pendientes y asegurar una línea de crédito; aun así, denunció los términos adjuntos como "cruelmente duros" y advirtió que sería un desastre si se los aplicaba. Fortalecer a la Gran Bretaña para el libre comercio y la convertibilidad dentro del sistema de Bretton Woods en sólo dos años implicaba el riesgo de repetir la debacle de 1925, cuando Londres regresó de manera prematura al patrón oro: una camisa de fuerza deflacionaria que también la había dejado vulnerable a los vaivenes de la economía de los Estados Unidos.[61] El parecido era más exacto de lo que Crowther había comprendido, porque, en la crisis de convertibilidad que se presentó tan pronto como se cumplieron los términos del préstamo estadunidense en 1947, el periódico volvió al tema de las "finanzas sólidas" con ataques contra el Partido Laborista, como lo había hecho en 1931.

Una extraña victoria: el Partido Laborista y la City, 1945 a 1951

Así las cosas, la sorpresiva victoria del Partido Laborista en julio de 1945, en las primeras elecciones generales realizadas en 10 años, tuvo lugar bajo un cielo ensombrecido, con un *The Economist* que se mostró amigable con el nuevo gobierno durante apenas dos años, hasta la siguiente crisis del dólar. Esa marca es asombrosa, porque el semanario no solamente se mostró de acuerdo con el Partido Laborista en lo concerniente a los objetivos de posguerra de seguridad social y pleno empleo en el país, junto con la preservación de un imperio liberal y una Mancomunidad en el extranjero, sino que también le proporcionó al partido ideas, centradas "especialmente en la provisión de capital", sobre cómo vincular esas zonas para elevar la calidad de la vida y unir más estrechamente a la Commonwealth y a las colonias con la Gran Bretaña.[62] En la mayoría de los aspectos, los ex alumnos de XYZ, ahora

[61] Ese consejo se dio "en contra de nuestra mejor opinión". "Nuestra necesidad presente" de dólares no era nada de que estar avergonzados, sino una "consecuencia del hecho de que combatimos desde antes, de que combatimos más tiempo y de que combatimos con la mayor dureza. Desde el punto de vista moral, somos acreedores, y, por eso, tendremos que pagar 140 millones de dólares estadunidenses al año durante el resto del siglo xx"; "Dollar Loan", *The Economist,* 8 de diciembre de 1945. Véase también "Lend Lease Guillotine" y "Dollar Crisis", *The Economist,* 25 de agosto y 1º de septiembre de 1945, respectivamente.

[62] Unas semanas antes de la aplastante victoria del Partido Laborista, *The Economist* publicó su propio manifiesto electoral, en el que subrayó su desconfianza en los dos partidos principales, que no habían cambiado desde los años treinta. Una sección trataba sobre la "eficacia nacional", y se dirigía al Partido Laborista, que necesitaba asegurar de inmediato con los sindicatos

en la cima del Partido Laborista, se mostraron muy respetuosos de la cultura y las costumbres de la City, cuyas actividades de inversión de capital ya se habían trasladado a la zona de la libra esterlina —el bloque monetario formado después de que una gran parte del Imperio y de sus socios comerciales clave siguieran a Londres en el abandono del patrón oro en el decenio de 1930—, lo que hizo que la City fuera más fundamental para el proyecto imperial, a pesar de que su posición puramente internacional había disminuido. A partir de 1945, los planes del Partido Laborista y los intereses de la City parecían superponerse y uno y otra estar dispuestos a la cooperación.[63]

Crowther consideró que Clement Attlee, el nuevo primer ministro, se mostraba juicioso en el tema de las finanzas y el Imperio y aplaudió la elección de los miembros de su gabinete del ala derecha del Partido Laborista: Ernest Bevin como secretario de Asuntos Exteriores, quien estuvo de acuerdo en mantener el servicio militar obligatorio con el propósito de defender los activos británicos en el Oriente Medio y Asia; Herbert Morrison como viceprimer ministro, dado a describir a los laboristas como "grandes amigos del espléndido y viejo Imperio", y Arthur Creech Jones como secretario colonial, y Hugh Gaitskell en energía y energía eléctrica, quienes también consideraban el desarrollo colonial en África como en "interés propio y esclarecido" de la Gran Bretaña.[64] Las estrategias de esos personajes se centraban en gran medida en la zona de la libra esterlina, donde los dirigentes del Partido Laborista esperaban asegurar las características de la economía imperial en tiempos de guerra después de 1945. Los saldos de la libra esterlina fueron una ventaja paradójica para Londres, que gestionaba las compras y los flujos

un tratado que los comprometiera a poner fin a todas las prácticas laborales restrictivas a cambio de que la mayor parte de los aumentos de productividad se destinara a los salarios; pero también planteaba cuestiones menos esperadas; por ejemplo, que la propiedad pública directa —de las minas de carbón y de los astilleros— era preferible por lo general al "dominio" público, debido a que, con el anterior enfoque, se mantenía la hegemonía y la responsabilidad en las mismas manos; "Election Manifesto", *The Economist,* 30 de junio de 1945.

[63] Como resultado de dos guerras mundiales, es posible que la renta extranjera como porcentaje del producto nacional de la Gran Bretaña haya caído continuamente desde 1914; pero la importancia del Imperio en la composición de la inversión extranjera no hizo más que crecer: para 1936, la tenencia de libras esterlinas en la zona de influencia de esa moneda representaba más de 60% del total. En 1937, *The Economist* declaró: "La inversión extranjera es la industria más importante del país". Los intereses y los dividendos procedentes del exterior habían disminuido, pero seguían representando una vigésima parte de los ingresos nacionales; "British Capital Abroad", *The Economist,* 6 de agosto de 1938. Véase también un estudio reciente de los límites que ese crecimiento orientado a la City impuso a todas las opciones de política socialdemócrata que existieron a partir de 1945, en Aled Rhys Davies, *The City of London and Social Democracy: The Political Economy of Finance in Britain, 1959-1979*, Oxford University Press, Oxford, 2017.

[64] Stephen Howe, *Anti-Colonialism in British Politics: The Left and the End of Empire, 1918-1964*, Clarendon Press, Oxford, 1993, p. 144. En lo relativo a la ideología socialdemócrata del Imperio promovida por el Partido Laborista —Bevin, en particular— y sus fundamentos económicos y geopolíticos, véase Darwin, *The Empire Project…, op. cit.*, pp. 544-547, *passim*.

de divisas de otras monedas para todo el bloque, al mismo tiempo que actuaba como su mayor importador, y reexportaba, a su vez, los productos básicos que generaban ingresos en dólares, como el petróleo de Medio Oriente, el caucho de Malasia o los minerales y el cacao de la Costa del Oro y Rodesia del Norte. Los miembros de la zona de la libra esterlina se sometieron a ese dominio debido a que restablecer la convertibilidad demasiado pronto podría desembocar en retiros de libras esterlinas, como ocurrió en 1947, lo que haría que los saldos perdieran su valor y arruinaría el principal mercado de exportación de la mayoría de los miembros.[65]

Sobre la base de esa división imperial del trabajo a nivel mundial, la City experimentó una notable recuperación a partir de 1947: tan sólo dos años después de la aplicación del Plan Marshall, envió al extranjero 1 500 millones de libras esterlinas, el 8% de la renta nacional, a pesar de que en la Gran Bretaña continuó el racionamiento en el caso del pan.[66] Nunca se materializó un gravamen del capital sobre los beneficios financieros obtenidos de la guerra, y *The Economist* tampoco se preocupó por la señal más visible de invasión por los laboristas de la "Milla Cuadrada": la nacionalización del Banco de Inglaterra en 1946. En la sección "Business Notes" informaba de manera insulsa que, aunque el Banco de Inglaterra respondía ante el Tesoro, "hasta ahora es libre de conducir sus asuntos de acuerdo con su propio juicio de lo que es en interés de la nación y no estará sujeto a injerencias cotidianas". El nombramiento de *lord* Catto, empresario y banquero escocés, como gobernador del Banco de Inglaterra demostró que "el gobierno no [contemplaba] cambios revolucionarios"… a pesar de que, en todo caso, Crowther había respaldado una forma de control estatal del Banco Central desde 1935.[67]

¿Por qué, a la luz de todo ello, *The Economist* se volvió tan rápidamente en contra del Partido Laborista? Una respuesta breve sería: Hugh Dalton. El semanario entabló una de sus polémicas más amargas con el ministro del Tesoro, culpándolo en términos asombrosamente personales de las crisis económicas que sacudieron a la Gran Bretaña. Nicholas Davenport, el colega de Crowther en *The Economist* en los años treinta, también era amigo cercano de Dalton: el antiguo alumno de XYZ, profesor de la London School of Economics y socialista fabiano que, después de muchos años de reflexión, él esperaba ver causándole a la City un "fuerte temblor". Davenport recordó

[65] Philip W. Bell, *The Sterling Area in the Post-War World: Internal Mechanism and Cohesion, 1946-1952*, The Oxford University Press, Londres, 1956, pp. 316-317. En el caso de casi cuatro quintas partes de las exportaciones de la zona de la libra esterlina, el mercado nacional británico era 50% mayor que el mercado estadunidense; véase Darwin, *The Empire Project…*, *op. cit*., pp. 582-583, 543 y 547, y Susan Strange, *Sterling and British Policy: A Political Study of an International Currency in Decline*, Oxford University Press, Londres, 1971, pp. 4-5.

[66] Alec Cairncross, *Years of Recovery: British Economic Policy, 1945-1951,* Methuen, Londres, 1985, p. 153.

[67] 13 de octubre de 1945; véase *The Next Five Years…*, *op. cit*., p. 100.

al respecto: "Crowther era el crítico más feroz de la política de dinero barato de Hugh y escribió artículos virulentos en su contra. Hugh lo odiaba y solía llamarlo 'Little Piggy Crowther' ['el Cerdito Crowther'], porque en esa época parecía de sobra un cerdo bien alimentado".[68] Dalton, defensor del "socialismo práctico" (al que había contrastado en el decenio de 1930 con el tipo poco práctico o propio del sector de izquierda), se puso del lado de Attlee dentro del gabinete en lo relativo a la necesidad de disminuir el gasto en defensa, reduciendo con rapidez el número de las fuerzas armadas británicas que servían en el extranjero y aceptando un rol menor en el Oriente Medio —una postura que lo puso a distancia de la mayoría de sus colegas, quienes estaban de acuerdo con Ernest Bevin y los jefes del Estado mayor en que el estatus de gran potencia de la Gran Bretaña dependía de la región (los bombarderos estacionados allí podrían atacar a Rusia) y los costos valían la pena, incluso si fuese necesario apretarse el cinturón en algún otro lugar—.[69]

Dalton fue un blanco de ataques desde el principio. *The Economist* recomendaba que lo despidieran de la Junta de Comercio y no lo ascendieran al Tesoro, y objetó su "despectiva denigración de sus opositores".[70] La aversión se tornó odio cuando Dalton se negó a controlar un pequeño repunte de la inflación de la manera normal mediante la elevación de las tasas de interés. Cuando, "rezumando una confianza tranquila", intervino en el mercado de valores emitidos por el Banco de Inglaterra con el fin de convertir los préstamos locales al 3% en acciones del Tesoro sin fecha al 2.5% —poco después de haber monetizado una parte de la deuda de guerra nacional—, les pidió a "los inversionistas que se comprometieran a sostener la política de dinero ultrabarato durante más de una generación".[71] En marzo de 1947, burlándose de que "la canción más entrañable al corazón del señor Dalton es un aire batiéndose en el estómago nacional", *The Economist* exigió una rápida dosis de deflación, dos meses después de que los presidentes de los bancos de los

[68] Davenport, *Memoirs of a City…*, *op. cit*., p. 157.

[69] Jim Tomlinson, "The Attlee Government and the Balance of Payments, 1945-1951", *Twentieth Century British History*, vol. 2, núm. 1, enero de 1991, pp. 52-53 y 59. Dalton formuló su "socialismo práctico" al mismo tiempo que Crowther lo hizo con su "centro extremo", y este último hizo notar sus afinidades en *The Economist* del 24 de abril de 1934. Dalton era intervencionista, pero no necesariamente de izquierda: despreciaba los "débiles y teóricos tintineos" de Harold Laski y fue mentor de liberales laboristas como Evan Durbin, Douglas Jay y Hugh Gaitskell; Ben Pimlott, *Hugh Dalton*, Cape, Londres, 1985, p. 398.

[70] "Labour Landslide", "First Twelve Months" y "Taxation of Rich", *The Economist*, 18 de julio de 1945, 10 de agosto y 16 enero de 1946, respectivamente. Pimlott, *Hugh Dalton*, *op. cit*., pp. 401-407.

[71] En su discurso en la Mansion House, Dalton aludió a "varias revistas" que habían puesto en tela de juicio esos movimientos, refiriéndose tanto a *The Economist* como a *The Banker;* "Cheap Money" y "Repayment of Local Loans", *The Economist,* 7 de septiembre y 19 de octubre de de 1946, respectivamente.

"Cinco Grandes" pronunciaran el mismo estribillo.[72] Para cuando comenzó el retiro de libras esterlinas en julio, la paciencia del semanario había llegado a su fin, porque un intento tardío de desacelerar la economía la enfrió por completo: la elevación de los impuestos a 40% de la renta nacional que "aplastó como aplanadora los incentivos" sin lograr eliminar los costosos subsidios a los alimentos fue "ilógica", "falta de valor" y "una demagogia irresponsable".[73] Dalton renunció y, cuando salió, *The Economist* le dio una patada al "peor ministro del Tesoro de los tiempos modernos". Stafford Cripps, su sustituto, era adecuado, pero ¿qué podía lograr en "un partido al que no le gusta ni la austeridad ni el intelecto"?[74] El semanario fue más amable con Cripps dos años después, cuando devaluó la libra esterlina 30%, pero atribuyó su demora en hacerlo a la "inusitada necedad" de los socialistas e insistió en que la devaluación no era suficiente para superar las "rigideces" que el Partido Laborista había impuesto en la economía.[75]

Por su parte, Dalton, convencido de que *The Economist* había saboteado su labor en la cancillería, se quejó amargamente de que el semanario se negaba a darle crédito incluso a pesar de que había seguido sus prescripciones en su último presupuesto suplementario: "Little *Piggy* Crowther dice mentiras *estadísticas* […] su animosidad personal hacia mí es tal que ni siquiera puede lograr que su aritmética sea correcta cuando estoy cerca";[76] pero Dalton no estaba a buen resguardo de una nueva acometida: 14 años después, todavía tenía una diana en la espalda. En busca de un reseñador que atacase el volumen final de las memorias (llenas de chismes) de Dalton, el editor de *The Economist* se dirigió a Herbert Morrison, quien declinó: "Estaría haciéndole un cumplido indebido a esta bazofia amarillista", dijo, y agregó: "Me parecen las memorias de un fracaso a consecuencia del cual la amargura se ha apoderado de su alma".[77]

Con todo, fue la ocasión en la que Dalton se enfrentó a brazo partido con Crowther la que revela las cuestiones que se hallaban en juego en sus disputas, pues en este encuentro de pugilato, que tuvo lugar precisamente después de la caída del gobierno laborista en 1951, dos autoproclamados keynesia-

[72] "The Case for Deflation", *The Economist,* 1º de marzo de 1947. Véanse las cartas que Austin Robinson, Ralph Hawtrey y Frank Paish, entre otros, escribieron sobre la cuestión de la "inflación suprimida" en *The Economist* de los días 8, 15 y 22 de marzo de 1947, y Pimlott, *Hugh Dalton*, *op. cit*., p. 474.

[73] "Moral Crisis", "Inconvertible Again" y "Side-Stepping the Issue", *The Economist,* 16 y 23 de agosto y 15 de noviembre de 1947, respectivamente.

[74] "Mr. Dalton's Resignation", *The Economist,* 22 de noviembre de 1947.

[75] "Defeat or Opportunity", *The Economist,* 24 de septiembre de 1949.

[76] Davenport, *Memoirs of a City…*, *op. cit.,* p. 177.

[77] Hugh Dalton, *Memoirs*, vol. I, *Call Back Yesterday 1887-1931*, Muller, Londres, 1953; Hugh Dalton, *The Fateful Years: Memoirs 1931-1945,* vol. II, Frederick Muller, Londres, 1957; Hugh Dalton, *High Tide and After: Memoirs 1945-1960,* vol. III, Frederick Muller, Londres, 1962; "Tyerman to Morrison", 8 de junio, y "Morrison to Tyerman", 13 de junio de 1961, Morrison Papers, LSE, 8/21.

nos disputaban sobre cómo interpretar el keynesianismo en una Gran Bretaña ya privada de la presencia de Keynes. En una reseña de la primera biografía completa de este último escrita por Roy Harrod, otro antiguo alumno, Crowther hizo la observación de que ese gran economista "fue extremadamente desafortunado en el momento de su muerte";[78] porque dejó la aplicación de las teorías elaboradas en los años de entreguerras de desempleo generalizado en manos de unos discípulos sin "una disposición igual a la suya para cambiar de opinión", de tal modo que el periodo de posguerra ya estaba "plagado de una inflación crónica, arruinado por un exceso de la clase de planificación errónea y por la aversión al ahorro". Crowther argumentó que Keynes estaba siendo puesto a la fuerza al servicio de ese "nuevo iliberalismo" a pesar de haber sido un liberal apasionado, para lo cual aprovechó una carta de Keynes ahora famosa en la que elogiaba la obra de Hayek, *The Road to Serfdom,* llamándola "un grandioso libro [con el que] moral y filosóficamente estoy de acuerdo prácticamente en todo, y no es solamente que con él esté de acuerdo, sino que es un acuerdo profundamente enternecido". Dalton era la única persona señalada por su nombre por crímenes contra el keynesianismo, y Crowther añadió un giro del cuchillo: "Su viejo amigo de Cambridge, 'Papi' Dalton, esparció por los vientos, en unos meses de un auge estruendoso, los créditos estadunidenses por los que él [Keynes] había dado literalmente su vida con el propósito de obtenerlos para la Gran Bretaña".[79]

Dalton respondió al que en privado llamaba el "Editor del Semanario de los Mojigatos":[80] "Le escribo para complementar y corregir algunas impresiones falsas sobre Maynard Keynes, a la vez mi maestro, mi amigo y mi asesor en el Tesoro […] Por supuesto, una gran parte de su pensamiento sobre la economía va contra la veta de la política editorial de *The Economist*", mientras que "su enseñanza ciertamente ha inspirado y sostenido a la izquierda en la política británica, antes bien que a la derecha". Sobre todo, no había razón para suponer que, si todavía viviese, Keynes "habría actuado a vuestra manera […] En los últimos nueve meses de su vida, cuando estuvo conmigo en el Tesoro, nunca tuvo el deseo, como el que ustedes tenían y todavía abrigan, de ver que el dinero fuese menos barato o el empleo menos pleno".[81] Ese año, Crowther inclinó a *The Economist* hacia los conservadores, con ataques tan feroces contra los laboristas que incluso desconcertaron al leal lector Harold Macmillan.[82]

[78] Roy Forbes Harrod, *The Life of John Maynard Keynes,* Macmillan, Londres, 1951, y "John Maynard Keynes", *The Economist,* 27 de enero de 1951.

[79] *Ibid.*, p. 436, y "John Maynard Keynes", *The Economist*, *op. cit*.

[80] Juego de palabras fincado en la similitud fonémica entre *pig* (el apelativo de Crowther elegido por Dalton) y *prig* (puritano). [N. del T.]

[81] "John Maynard Keynes", *The Economist,* 3 de febrero de 1951.

[82] Diario de Macmillan, 30 de agosto de 1951, citado en Green, *Ideologies of Conservatism…*, *op. cit.*, p. 187.

El gobierno laborista de 1945 a 1951 ha sido criticado por no tener un plan más robusto para nacionalizar las industrias en consonancia con las promesas de su manifiesto, pero lo más asombroso fue su completa falta de un plan en lo tocante a las finanzas; lo que en realidad hicieron los laboristas fue adoptar las estrategias de exportación de la City, con la esperanza de que la zona de la libra esterlina permitiera a la Gran Bretaña seguir desempeñando un papel estelar e independiente en los asuntos mundiales. Por su complacencia, el Partido Laborista sufrió una dura conmoción cuando la revista de opinión más importante sobre la City se volvió rápidamente en su contra de todas las maneras posibles. En cierto sentido, esta actitud no fue disímil de la de 1931, cuando *The Economist* presionó al segundo gobierno laborista para que abandonara la reforma y equilibrara la contabilidad o, de lo contrario, vería desvanecerse la hegemonía británica en una crisis de confianza, aunque, para decir la verdad, la ruptura entre *The Economist* y el Partido Laborista fue mucho más profunda durante el periodo de posguerra que después de 1931. Las diferencias contextuales lo explican en cierto modo. Tras la segunda Guerra Mundial, la Gran Bretaña enfrentó un nuevo tipo de crisis económica en tres frentes a la vez: una aguda escasez de dólares, la disminución de sus ingresos invisibles y, por ende, un creciente déficit comercial; además, algo que exacerbó a las dos últimas situaciones: las fuertes salidas de capital al extranjero, las cuales se debieron en parte a los compromisos militares, dado que en 1947 todavía había más de medio millón de tropas en ultramar. Pero, asimismo, estos fenómenos reflejaban los altos grados de exportación de capital a la zona de la libra esterlina y a otros países (de 1 500 millones de libras esterlinas, una suma "que excedía en gran medida los ingresos del préstamo de los Estados Unidos"), lo que se sumó a la presión sobre la balanza de pagos, que ni siquiera el logro de los laboristas al aumentar las exportaciones de bienes (hasta 75% más en los cinco años posteriores a 1945 en comparación con los cinco anteriores) pudo aliviar.[83]

La mofa de Crowther en el sentido de que Dalton había desperdiciado los créditos en dólares por cuya obtención Keynes se había matado debió haber sido especialmente irritante en esas condiciones; no sólo porque en febrero de 1946 Dalton se puso del lado de Keynes en uno de sus últimos memorandos, en el que defendió que se hicieran reducciones rápidas de los presupuestos de servicios para evitar una crisis de la balanza de pagos —aun cuando, como lo expresó Keynes, eso significase "dejar de causar una fuerte impresión al mundo"—, sino debido también a que una de las mayores pérdidas de dólares fue producto de ese gasto, junto con los préstamos al extranjero. Lo irónico es que el renacimiento de la City no sólo socavó el deseo de Crowther de ver unos "grados estalinistas" de la inversión interna sino también la posibilidad

[83] Milward, *The Economic Effects…*, *op. cit*., p. 72, y Tomlinson, "The Attlee Government…", *op. cit*., p. 59.

de desarrollo mutuo en el seno de la Commonwealth, porque cualquiera de esas dos posibilidades habría requerido una planificación deliberada de la inversión (o su "socialización un tanto integral") mucho más allá de lo que *The Economist* o el Partido Laborista habían contemplado con seriedad alguna vez. En realidad, la mayor parte de las exportaciones de capital de esos años se destinó a los dominios blancos de Inglaterra, como Australia y Sudáfrica, mientras que la Gran Bretaña compró recursos coloniales a precios inferiores al mercado para ganar dólares. Durante los años del Partido Laborista en el poder, la inversión en las colonias fue de apenas 40 millones de libras esterlinas, incluso a pesar de que los saldos coloniales en libras esterlinas aumentaron a 160 millones.[84]

Después de la derrota de los laboristas, *The Economist* se mantuvo fiel al ideal de una mancomunidad liberal ("tan inspiradora y llena de esperanzas en sus aspectos económicos como en los políticos"), y en 1952 les advirtió a los conservadores que, si bien no se podía confiar en la zona de la libra esterlina como si fuese un "encantamiento mágico", sí podría ser ésta la base para reconstruir la economía nacional, hasta el momento en que fuese lo suficientemente fuerte como para restablecer el libre comercio y la convertibilidad: "Los otros miembros están vinculados al Reino Unido por el mercado que éste significa para sus exportaciones y por el capital que proporciona para su desarrollo", siendo este último el elemento más importante. Pues, aunque "posiblemente ya no sea cierto que el comercio sigue a la bandera, lo que sí es verdad es que el comercio sigue al préstamo".[85] Dalton y Crowther cruzaron espadas en lo concerniente a las restricciones que ese sistema imponía a sus ambiciosos planes para la economía británica de posguerra; pero su incapacidad para formular teóricamente una alternativa tuvo consecuencias muy diferentes para cada individuo, algo reflejado en las lamentaciones de Davenport en agosto de 1945, el día que condujo a Dalton a su primer día en el Tesoro:

> El silenciador se había roto y el ruido era ensordecedor, pero Hugh no pareció haberse dado cuenta: estaba en buena forma para gritar. Lo hizo con voz estentórea hablando sobre su trabajo, y cuando llegamos a Great George Street me dijo: "Tengo tus papeles de XYZ en mi portafolios y los voy a colocar sobre mi escritorio; presionaré el botón para llamar a mis nuevos esclavos y les preguntaré por qué no deberíamos ponerlos en práctica". Yo sabía que los esclavos se convertirían pronto en sus amos. "Ven a verme cuando quieras", gritó; pero yo sabía que eso sería imposible: los guardianes del monasterio me impedirían el paso. Agnóstico como era, Hugh tomaría pronto los votos de un oficio cuyos sumos

[84] Tomlinson, "The Attlee Government…", *op. cit*., pp. 59 y 63-64; Allister E. Hinds, "Imperial Policy and Colonial Sterling Balances 1943-1956", *The Journal of Imperial and Commonwealth History*, vol. 19, núm. 1, 1991, pp. 36-38.

[85] "Commonwealth with Solvency", *The Economist,* 1º de marzo de 1952.

> sacerdotes habían sido ordenados para adorar la libra esterlina y a la Corona como los pilares gemelos del *Establishment* británico. Su adoración de la libra esterlina en su convertible santidad en agosto de 1947 iba a ser el comienzo de la caída de Hugh.[86]

El declive a causa de la crisis de convertibilidad fue incluso más espectacular de lo que sugiere lo anterior. Una de sus secuelas fue que los Estados Unidos hicieron una nueva redacción de sus planes para estabilizar el orden capitalista internacional. Acordaron condiciones más fáciles no solamente para la Gran Bretaña sino también para sus otros aliados principales de Europa Occidental, debido a que la Guerra Fría había comenzado en serio. La importancia del Plan Marshall no fue sólo que proporcionaba dólares a esos países —con condiciones para comprar bienes estadunidenses y destituir a los izquierdistas de sus cargos—, sino que, al mismo tiempo, les permitía discriminar *contra* el dólar estadunidense en función del comercio y los pagos.[87] Para la Gran Bretaña, eso significaba que la expansión económica nacional podría continuar al mismo tiempo que la unión comercial y monetaria imperial a la que estaba vinculada. Así, las consecuencias de la ayuda del Plan Marshall para la *política* de posguerra de la Gran Bretaña fueron tan trascendentales como en el resto de Europa, aunque menos obvias, y *The Economist* puede decirnos mucho sobre ellas, en particular sobre la manera como el centro del centro extremo se desplazó hacia la derecha.

Cuando la ayuda del Plan Marshall comenzó a fluir, *The Economist* pidió el desmantelamiento de las políticas microeconómicas restrictivas que el gobierno laborista había seguido aplicando después de la guerra (los subsidios a los alimentos, el racionamiento, el control de los alquileres y las cuotas industriales), y, hacia 1950-1951, les decía a los lectores que votasen por los conservadores para poner fin a esas distorsiones "generadoras de inflación". Si bien Keynes siguió siendo su guía preferida en lo concerniente a la macroeconomía, *The Economist* rechazó las interpretaciones del economista que iban más allá de la gestión de la demanda; ni siquiera se debía confiar eso al Partido Laborista.[88] En 1955, Crowther acusó a los dirigentes de ese partido de "ceder el sentido común a cambio de la obstinación doctrinaria" por negarse a admitir la obvia decisión prudente de un viraje de políticas que el propio laborismo había iniciado con los cargos por los servicios de salud y que los conservadores habían llevado adelante con sensatez a partir de 1951: la desnacionalización del acero, la eliminación de los controles de los precios y el aumento de las tasas de interés habían contribuido a dominar la inflación y tapar los agujeros de la balanza de pagos. *The Economist* respalda-

[86] Davenport, *Memoirs of a City…*, *op. cit.*, p. 150.

[87] Milward, *The Economic Effects…*, *op. cit*., p. 72.

[88] "John Maynard Keynes", "The Real Issues" y "The Next Government", *The Economist,* 27 de enero y 13 y 20 de octubre de 1951, respectivamente.

ba a los conservadores una vez más, haciendo un llamamiento a todos aquellos que deseasen "mantener su lugar en el mundo".[89] El Partido Laborista se había hecho de un enemigo poderoso, justo cuando la creciente circulación del semanario comenzaba a ponerse al día con su tono olímpico. En 1952, en una columna de *The Financial Times,* Bracken bromeó: "Muchos lectores de *The Economist* recurren a ese semanario como si fuese un oráculo, y también lo hacen sus redactores de editoriales: no hay tema sobre el que no estén dispuestos a dictar la ley".[90]

El imperio del centro extremo: Barbara Ward, 1939 a 1950

La ayuda del Plan Marshall pareció asegurar el lugar de la Gran Bretaña en el mundo y, como resultado de ello, *The Economist* dejó de enfurecerse por la hipocresía estadunidense. Antes bien, hizo hincapié en la función conjunta que el Imperio británico podría desempeñar junto con los Estados Unidos en la lucha contra el comunismo soviético. Esto encajaba fácilmente con la misión liberal sobre la que *The Economist* ya se había detenido durante la guerra: una Mancomunidad construida sobre las inversiones de la City, una asociación libre de pueblos y personas basada en la ayuda mutua y el desarrollo. Si bien la mayoría del personal de *The Economist* se inclinó hacia un lado u otro de esa ideología de propósitos imperiales, ninguno los sintetizó de manera más completa —o mostró mejor cómo evolucionaron con la Guerra Fría— que su editora de la sección extranjera Barbara Ward.

Crowther contrató a la devota católica Barbara Ward en 1939 por consejo de Arnold Toynbee, el mentor de Ward en Oxford y, más tarde, en el Ministerio de Información. En su primer libro dedicado al reparto internacional, *The International Share-Out,* que acababa de aparecer, Ward argumentaba en contra de apaciguar a Alemania, Italia y Japón con un reparto de los imperios existentes; en lugar de ello, propuso un "nuevo trato colonial" en el que la Gran Bretaña abanderase el libre comercio (abandonado en Ottawa), la igualdad racial (una reprimenda a Sudáfrica) y el libre movimiento de personas, a la vez que decidiera la entrega de algunas de sus propias colonias a la Liga de las Naciones, donde los alemanes, los italianos y los japoneses podrían ayudar a administrarlas como mandatos.[91] Una vez que la guerra había comenzado, sus informes a *The Economist* sobre Turquía y el Cercano Oriente describieron a la Commonwealth británica como la "antítesis" del impe-

[89] El centro extremo se hizo merecedor de una nueva definición, más vaga ("moderado y católico en sus objetivos, pero audaz en su búsqueda"), quizá porque respaldar a un partido iba en contra de la premisa original del semanario; "In the Sign of the Balance", *The Economist,* 26 de mayo de 1955.

[90] Lysaght, *Brendan Bracken, op. cit.*, p. 256.

[91] Barbara Ward, *The International Share-Out,* Thomas Nelson, Londres, 1938, pp. 69 y 173-174.

rialismo y la explotación fascistas, la única "confederación en la que coexisten la unidad indispensable para la planificación y la autonomía necesaria para el libre desarrollo nacional".[92] En el verano de 1945 Ward estaba en plena campaña por el Partido Laborista con Herbert Morrison y Ernest Bevin, a quienes conmovió hasta las lágrimas con su discurso sobre el pleno empleo en Wandsworth, donde declaró que, si ése debía ser el objetivo en la Gran Bretaña, "el éxito en el extranjero depende de la capacidad de la Gran Bretaña para mantener una política independiente tanto de Rusia como de los Estados Unidos y para asociarse con las naciones de Europa y de la Commonwealth que piensan de la misma manera".[93]

Con todo, la idea de que la Gran Bretaña se encontraba suspendida en algún lugar entre los Estados Unidos y Rusia se desvaneció en agosto de 1947, cuando Ward actuó al unísono con Crowther para apuntalar el apoyo al Plan Marshall; en privado, y en *The Economist,* exhortó a Bevin a que aceptara la ayuda, y apeló al público de los Estados Unidos y al de la Gran Bretaña —el primero preocupado de que el gobierno de Attlee fuese "rosado" (por el contrario, "no se encontró nada incongruente en el hecho de que el arzobispo de Canterbury inaugurase una conferencia del Partido Laborista con una misa de dedicación y oración"), el segundo de que los dólares estadunidenses llegasen con condiciones— recordándoles a ambos la alternativa —el Kremlin—. En marcado contraste con lo ocurrido un año antes, la Rusia soviética estaba dispuesta a "explotar toda debilidad, todo agravio, toda perturbación económica para extender su propio poder e influencia";[94] lo cual, según Ward, explicaba la mayor parte de los disturbios que estaban estallando en todo el imperio, donde estaba bien negociar con los nacionalistas, siempre que fuesen "razonables"… es decir, que estuviesen dispuestos a permanecer dentro de la "mancomunidad liberal" y no fuesen comunistas.

¿Cómo tradujo Ward esa posición en la cobertura del semanario sobre las revueltas coloniales de 1947, cuando de manera frecuente era difícil distinguir a los comunistas de los nacionalistas "razonables"? Para *The Econo-*

[92] "Los turcos saben que una Gran Bretaña poderosa no es una amenaza para su independencia; por el contrario, su principal queja es que la Gran Bretaña no ha sido lo suficientemente poderosa." Barbara Ward, *Turkey*, Oxford University Press, Londres, 1942, pp. 112-114.

[93] La planificación no tiene por qué coincidir con el totalitarismo. De esa manera, la Gran Bretaña podría corregir los excesos de ambos aliados: demasiado libre comercio en los Estados Unidos, demasiado poca libertad en la URSS; Barbara Ward, *Democracy, East and West*, Bureau of Current Affairs, Londres, 1947, p. 52.

[94] Hasta 1947, el liberalismo no estaba exento de reproches e incluso tenía cierta culpa por el ascenso del fascismo: "La defensa de la propiedad privada y la libre empresa ayudó a generar la democracia parlamentaria del siglo XIX en Occidente. Pero también indujo a las clases medias alemanas a apoyar la cruzada contra los bolcheviques de Hitler y eso produjo para Occidente los horrores infinitos del nazismo". Después de 1947, fue una heroica muralla contra el comunismo. *Ibid*., p. 47; Jean Gartlan, *Barbara Ward: Her Life and Letters,* Continuum, Londres, 2010, p. 22; "Mr. Marshall's Challenge" e "Initiative in Europe", *The Economist*, 14 y 21 de junio de 1947, respectivamente, y Barbara Ward, *The West at Bay,* Norton, Nueva York, 1948, p. 143.

mist, en Grecia, los miembros de la resistencia comunista que lucharon contra los nazis se habían convertido en meros representantes de Stalin, animados con el objetivo de sabotear la reconstrucción europea y derrocar al gobierno realista que la Gran Bretaña había reinstalado mediante la fuerza armada en 1944. En medio de la crisis económica de 1947, Attlee pidió a los Estados Unidos que asumieran esa función. En lo que se convirtió en la Doctrina Truman, el presidente de los Estados Unidos solicitó fondos al Congreso para ayudar a "los pueblos libres que están resistiendo los intentos de subyugación por unas minorías armadas o merced a las presiones desde el extranjero". *The Economist* aplaudió la iniciativa; pero quería más: una "declaración inequívoca de que el mantenimiento de una Grecia independiente es de interés vital para los Estados Unidos", propósito por el que estaba dispuesto a "deshacerse de los rebeldes, no nada más contenerlos", incluso, "si fuese necesario, mediante una acción militar".[95] El semanario buscaba una salida similar en Palestina, donde el mandato británico debía terminar en 1948. La única esperanza de evitar una guerra árabe-judía inmediata era mediante un acuerdo conjunto anglo-estadunidense para mantener tropas en Palestina después de 1948 —los Estados Unidos "soportarían al menos la mitad de la carga militar directa y la parte leonina del costo económico"—, hasta que los árabes y los judíos se reconciliasen con una partición en dos Estados o un sistema federado único. Esa postura "puramente humana", que "retrocede horrorizada ante la posibilidad de que el pueblo judío, ya diezmado por los nazis", deba "verse expuesto a una nueva violencia en una guerra que no puede ganar", se vio "reforzada por la comprobación de que Palestina se encuentra peligrosamente cerca de la línea del frente entre los intereses rusos y los occidentales en el Oriente Medio".[96]

El pasaje a la independencia para el vasto subcontinente del Raj fue un asunto más exclusivamente británico, aunque grotescamente fallido, que dio lugar a una imprudente división entre los territorios de mayoría hindú y los de mayoría musulmana: la división, llevada a cabo sin ninguna consulta popular, creó aproximadamente entre 12 y 18 millones de refugiados de la noche a la mañana, provocó al menos un millón de muertos y, en connivencia con la toma de la Cachemira de mayoría musulmana por Nehru, legó un enconado conflicto entre los dos Estados sucesores de la India y Pakistán que

[95] Aunque le pareció que los ministros del rey griego eran "resbaladizos", lo mejor era defenderlos con el fin de "promover una apertura y una liberalización" en el régimen más adelante; quizá con un tecnócrata como Kyriakos Varvaressos, el antiguo director del Banco Central, "con el propósito de crear una comunidad empresarial responsable del pago de impuestos"; "Strategy for Greece" y "American Responsibility", *The Economist*, 3 de enero y 11 de diciembre de 1948, respectivamente.

[96] "Final Settlement for Palestine?", *The Economist,* 26 de agosto de 1946. *The Economist* no tenía muchas esperanzas respecto a ese acuerdo: era poco probable que los estadunidenses enviaran tropas o que, por razones electorales internas, respetaran las objeciones de los árabes a la inmigración judía ilimitada; "Realities in Palestine", *The Economist,* 27 de marzo de 1948.

no ha llegado a su fin. Para *The Economist,* ésa fue una "conclusión digna y honorable de un capítulo de la historia" que se convirtió en la ocasión para una corriente de autocomplacencia por una misión imperial cumplida: "La paz y el orden del Raj británico fueron el Plan Marshall de la India del siglo XIX", y Nehru fue un estadista de la talla de Edmund Burke.[97]

Muchos movimientos nacionales no cumplían con las condiciones establecidas por Ward. *The Economist* respaldó la declaración del estado de emergencia en 1948 en la península de Malasia —la mayor fuente de ingresos del Imperio—, que tenía como propósito otorgar a las autoridades coloniales poderes extraordinarios para aplastar a los "bandidos" comunistas que atacaban las plantaciones de caucho y las minas de estaño. Ésta era una lucha de "importancia primordial" para toda la región de Asia del Este… y para Washington —insinuó *The Economist*—, cuya "modesta bendición" era necesaria a la Gran Bretaña para mantener el rumbo en ese "lugar de prueba" para las "naciones libres".[98] Irán fue otro de esos lugares de prueba: allí, la nacionalización de los campos petrolíferos anglopersas de Abadán, entonces la mayor refinería de petróleo del mundo y la mayor inversión británica en el extranjero, tomó por sorpresa a *The Economist,* que a partir de marzo de 1951 aconsejó una versión de la diplomacia de las cañoneras recuperada directamente del semanario del siglo XIX: "Uno o dos buques de guerra" enviados a maniobrar en el Golfo deberían ser suficientes, porque "los persas, como todos los pueblos musulmanes, respetan el poder y la fuerza"; pero en Irak los escuadrones de la Real Fuerza Aérea (RAF, por sus siglas en inglés, correspondientes a Royal Air Force) deberían ser reforzados por si acaso, porque "el virus nacionalista se propaga con una velocidad inusitada en el Oriente Medio".[99] Mohammad Mosadeq (o Mossadegh), el primer ministro electo de Irán, un refinado jurista descendiente de la dinastía Kayar educado en Francia y Suiza, fue tratado como histérico por el semanario: era un "nacionalista y dictador de extrema derecha", "estúpido", "rodeado por una banda de criminales, fanáticos religiosos y aventureros" que habían intimidado literalmente a los iraníes con el fin de que acataran el Estado de derecho a punta de pistola, de lo que el único beneficiario sería "el bien disciplinado Partido Comunista [que] podría, sin duda, organizar un golpe de Estado".[100] En realidad, la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés: Central Intelligence Agency) y el Servicio de Inteligencia Secreto británico (Secret Intelli-

[97] "New Era in India", *The Economist,* 16 de agosto de 1947; véase también "Black Flags in India", "Scramble for Power in India", "Is It Well with India?", "Farewell to India: The Heritage" e "India's Mountbatten Year", *The Economist*, 7 de septiembre de 1946, 10 de mayo y 19 de julio de 1947 y 17 de enero y 26 de junio de 1948, respectivamente.

[98] "Test Point in Malaya", "Sideshow in Malaya?" y "Struggle in Malaya", *The Economist,* 12 de noviembre de 1949, 25 de marzo de 1950 y 6 de enero de 1951, en ese orden.

[99] "Britain, Persia and Oil" y "Persia's Road to Ruin", *The Economist,* 23 de marzo y 5 de mayo de 1951, respectivamente.

[100] "Persia's Road to Ruin", *The Economist, op. cit*.

gence Service), conocido comúnmente como MI6, fueron las instituciones que organizaron el golpe en 1953 para derrocar a Mosadeq, y sus oficiales restauraron al *sha* por temor a sus vecinos comunistas del norte en lo que *The Economist* describió como una "explosión de sentimiento público".[101]

En la Guayana y Kenia, la respuesta británica a los rivales nacionalistas fue mucho más dura; pero, en esos casos, *The Economist* vaciló sobre la combinación adecuada de reformas liberales y represión militar como soluciones efectivas para una y otra: para la pequeña colonia sudamericana de Guyana saludó una nueva constitución promulgada desde Londres en 1953 como modelo de progreso ordenado hacia el autogobierno y, al principio, no se inmutó ante la victoria del Partido Progresista del Pueblo (PPP) en las elecciones posteriores, con una plataforma diseñada para permitir que los sindicatos determinasen los salarios con los plantadores de azúcar a escala nacional; con todo, una vez que (con un empujón de los Estados Unidos, cuyos ciudadanos eran los propietarios de la mayoría de los campos y las minas) Londres decidió que el comunismo estaba en marcha, consintió en el desembarco de tropas, la suspensión de la Constitución y el arresto de los dirigentes del partido como única solución disponible.[102] Kenia experimentó una verdadera rebelión a partir de 1952 y su Ejército por la Tierra y la Libertad de Kenia exigió la redistribución de las tierras más ricas en una serie de audaces ejecuciones de colonos blancos en sus propiedades de las tierras altas. El semanario defendió la represión despiadada de los "terroristas Mau Mau" y de los combatientes guerrilleros, así como el encarcelamiento de los líderes "extremistas", como Jomo Kenyatta, y se tragó los decires del gobierno británico sobre los tristemente célebres campos de detención que estableció en la colonia (a saber, que en ellos se había "rehabilitado" a casi 80 000 partidarios de la rebelión del Mau Mau).[103] Por supuesto, también era necesario hacer reformas constitucionales y agrarias para satisfacer las quejas locales, admitió *The Economist,* mientras cubría la "emergencia keniata" durante los ocho años siguientes, consciente de que el modelo de desarrollo colonial dirigido por la

[101] Buscando en vano desde el principio un compromiso firme de Truman para eliminar a Mosadeq o Mossadegh, el semanario se expresó con algunas de sus palabras más duras sobre Washington desde 1945: "Si los estadunidenses abandonasen a los británicos en la primera prueba real de su relación en el Oriente Medio, entonces la Alianza del Atlántico Norte habrá sufrido un golpe del que quizá nunca se recupere"; véase *idem.* Mientras tanto, respaldó las medidas que la Gran Bretaña podía tomar: sacar Persia de la zona de la libra esterlina y bloquear el petróleo que [Persia] había "expropiado"; "Persians and Foreigners", *The Economist,* 29 de agosto de 1953.

[102] "British Guiana and Self-Government", *The Economist,* 27 de octubre de 1951; el Partido Progresista del Pueblo (PPP) "debe comprender que la Guyana Británica necesita capital extranjero, que no provendrá de un Estado comunista"; véase también "Troops for Guiana" e "Implications of Guiana", *The Economist,* 10, 24 y 31 de octubre de 1953, respectivamente.

[103] Los británicos cercaron 800 o más aldeas Kikuyu y también establecieron y dirigieron un sistema de campos de concentración en los que la tortura era aprobada oficialmente y era una rutina para una población total de 1 500 000 personas detenidas; Caroline Elkins, *Imperial Reckoning: The Untold Story of Britain's Gulag in Kenya,* Henry Holt, Nueva York, 2005, pp. XII, XVI y 344.

City dependía parcialmente de lo que sucediera en Kenia.[104] El crecimiento económico en este país —un vigoroso 3% en promedio entre 1948 y 1960— podría neutralizar el descontento racial, que el semanario consideró como un producto derivado del aumento de la población entre los africanos nativos.[105]

La visión que unía a esas evaluaciones del Imperio era la de Barbara Ward, quien reformuló su cobertura editorial para adecuarla a la Guerra Fría. En 1951, en su libro *Policy for the West,* escrito parcialmente a partir de sus editoriales publicados en *The Economist* del año anterior, adoptó una perspectiva civilizadora: si los nacionalistas estuvieran preparados para luchar contra el comunismo, se les podría conceder la independencia, sin pérdida de poder o prestigio para la Gran Bretaña, como en la India, Pakistán o Ceilán, naciones que "decidieron con libertad permanecer como dominios en el seno de la fraternidad de la Commonwealth";[106] sin embargo, dondequiera que los comunistas o los nacionalistas de izquierda buscaran la autodeterminación, Occidente debería aplastarlos, lo cual significaba asumir un redoblado compromiso en la península de Malasia y África y actuar junto con los aliados involucrados en operaciones similares. Por consiguiente, Ward respaldó la intervención estadunidense en China del lado de los nacionalistas cuando el gobierno japonés se derrumbó en 1945, porque eso significaba que China sería una especie de "Grecia potencial del Oriente Lejano". Aun cuando el comunismo chino podría ser menos nocivo que otras variedades, tenía que ser combatido: "No cabe duda de que la victoria comunista en China significaría su alineación con la Unión Soviética, con la misma campaña en contra de todas las influencias occidentales en el terreno político, cultural o económico";[107] mientras tanto, Francia merecía crédito por mante-

[104] Véase "Kilawara, Kikuyu and Kenya", "Kenya's Future", "More Liberalism" y "Life in Kenya", *The Economist,* 29 de noviembre de 1952, 8 de agosto, 21 de noviembre y 21 de marzo de 1953, respectivamente. Publicados mucho más tarde: "Disquiet over Kenya", "Fair Play for Mau Mau", "Censure on Whom?" y "Hola Verdict", *The Economist*, 9 de junio de 1956, 28 de febrero, 20 de junio y 1º de agosto de 1959, en ese orden.

[105] En lo concerniente al importante lugar de Kenia en los planes británicos para el desarrollo colonial y sus efectos en el cambio del sistema agrícola de los nativos a la agricultura de plantación dominada por el capital británico extranjero, véase Gary Wasserman, *The Politics of Decolonization, Kenya, Europeans and the Land Issue, 1960-1965,* Cambridge University Press, Cambridge, 1976, y, respecto a la sociedad anónima Colonial Development Corporation, formada para lograr que las multinacionales como Shell, Unilever e Imperial Chemical invirtiesen en ese país, véase Robert L. Tignor, *Capitalism and Nationalism at the End of Empire,* Princeton University Press, Princeton, 1998, pp. 293-386.

[106] Ward se desesperaba al tratar "de encontrar un *modus vivendi* con una potencia que lo reclamase todo y no diese nada" o con un pueblo que mezclase "arrogancia y temor, desprecio y desconfianza, desdén e inferioridad"; Barbara Ward, *Policy for the West,* Norton, Nueva York, 1951, pp. 89-93.

[107] "Divided China" y "China's Tepid War", *The Economist,* 13 de enero de 1945 y 20 de diciembre de 1947, respectivamente. Hacia 1948 el semanario estaba considerando la partición, con la que los comunistas conseguirían quedarse con Manchuria; "China without Chiang", *The Economist,* 20 de marzo de 1948. El editorial de *The Economist* del 28 de mayo de 1949, "South

ner la postura contra Ho Chi Minh en Indochina y por desarrollar allí un nuevo enfoque basado en el modelo británico: Vietnam, Camboya y Laos se plegaron en una Commonwealth *à la française* en 1949, con una *soupçon* (matiz o sospecha) de autogobierno para los nacionalistas, para vacunarlos contra el comunismo y construir el régimen títere francés de Bao Dai.[108]

Ahora bien, con mucho, la prueba más difícil se presentó con la guerra de Corea en 1950: allí, la Gran Bretaña tenía el deber solemne de ayudar a los estadunidenses a impedir el avance comunista del norte al sur, en lo que en efecto era una guerra civil en la península, después de medio siglo de colonización japonesa. *The Economist* estaba tan nervioso por el conflicto que le preocupaba que el rearme a gran escala de la Gran Bretaña —el gasto en defensa aumentó de 7 a 13% del producto interno bruto (PIB) en dos años, con 100 000 soldados británicos enviados a la península de Corea a instancias de los Estados Unidos— fuese una señal de *complacencia* "con inquietantes reminiscencias de los años 1939 y 1940".[109] Sorprendentemente, cuatro años después, en 1954, *The Economist* percibió un complot similar para, a partir de Guatemala, invadir Centroamérica, donde, a pesar de que la empresa estadunidense United Fruit poseía 42% de toda la tierra, no existía ningún motivo para que se buscase introducir ni siquiera unas reformas agrarias modestas, a no ser el comunismo internacional. Para detenerlo, respaldó la invasión de Guatemala montada por la CIA desde Honduras y El Salvador, seguida de un golpe de Estado contra el dirigente electo, haciendo caso omiso de las historias que presentaban al "presidente Jacobo Árbenz en el papel de víctima inocente de una agresión extranjera inspirada por Wall Street" o que culpaban a "la codicia de la United Fruit Company respaldada por el imperialismo estadunidense a la antigua". El corresponsal del semanario se mostró extasiado con la dictadura, que duraría más de 40 años y asesinaría o haría desaparecer a cientos de miles de guatemaltecos: "El gobierno, los partidos políticos, los sindicatos y las agencias independientes que se ocupan de cuestiones como la seguridad social y la reforma agraria habían sido infiltrados tan profundamente por los comunistas que no quedaba otra alternativa que empezar de nuevo desde cero".[110]

East Asia", fue un llamado a permanecer vigilantes, a pesar de que la victoria de los comunistas sobre el Kuomintang parecía inevitable.

[108] "French Fears in Indochina", *The Economist,* 12 de noviembre de 1949. El avance se había logrado en parte debido al "apoyo moral de la base británica establecida en Singapur"; "Paris Views Indochina", *The Economist,* 7 de julio de 1951.

[109] "Strength with Speed", "Cost of Defence", "Tithe for Safety" y "Questions for Stalin", *The Economist,* 8 y 29 de julio, 5 de agosto y 25 de noviembre de 1950, respectivamente. Véase también "Arms and Diplomacy" y "Cold Class War", *The Economist,* 20 de enero y 4 de agosto de 1951, en ese orden.

[110] "War through the Looking Glass" y "Guatemalans Take Stock", *The Economist,* 26 de junio y 24 de julio de 1954, respectivamente. Véase también "Guns for Guatemala" y "Banana Split", *The Economist,* 29 de mayo y 10 de julio de 1954, en ese orden.

A diferencia de Crowther, que estaba dispuesto a recortar el gasto social para pagar el rearme a medida que la Guerra Fría se intensificaba, Ward consideraba que era necesario ganarse a los nativos como un complemento necesario de las armas:[111] en su último libro como editora extranjera, yendo considerablemente más lejos que *The Economist,* Ward pidió a la Gran Bretaña y a los Estados Unidos que dedicasen cada cual 15% de sus ingresos nacionales a la defensa, con 3% anual más para un Plan Marshall colonial, lo que daría un impulso al pleno empleo en el país y a una forma de socialdemocracia en el extranjero, como parte de un estímulo keynesiano mundial.[112] A finales de 1950, Ward partió al extranjero para poner a prueba esas teorías, supervisando proyectos de desarrollo con su esposo, un oficial de la Real Marina, y enviando informes a *The Economist* desde la India, Australia y Costa de Oro Británica (donde Ward tuvo una relación cercana con Kwame Nkrumah).[113] Ward era ya una estrella que recorría el mundo para ensalzar al capitalismo liberal como una prueba de "fe y libertad"… y ahora se presentaba ante un auditorio mucho más poderoso de demócratas estadunidenses, como Adlai Stevenson, John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson.[114]

Donald Tyerman y la sala de redacción sobre la Guerra Fría

Crowther puede haber desplazado el centro extremo hacia la derecha en los años 1950 y 1951, pero durante el resto de esa década la sala de redacción que construyó fue menos estrecha. El propio *The Economist* se convirtió en un campo de conflictos de la Guerra Fría en lo concerniente al liberalismo, con disputas en las salas de reuniones, historias controvertidas y espías periodistas que deseaban hacer mucho más que informar de las noticias, y nadie fue más activo en todo eso que Crowther, quien se jubiló en 1956, pero con la condición de que continuara influyendo en la política editorial, mientras ganaba mucho más dinero en la City. Crowther le pidió a Layton, ya

[111] Un garrote sin zanahoria llevó a la "debacle" de la Revolución china, debido a que el Kuomintang de Chiang Kai-shek había "perdido el apoyo del pueblo, porque su perspectiva económica y social era demasiado conservadora y estática"; "Policy for Asia?", *The Economist,* 15 de abril de 1950.

[112] Y para evitar la crisis capitalista que tanto esperaban los soviéticos; Ward, *Policy for the West*, *op. cit*., pp. 89-93.

[113] En Accra vio Ward un modelo en el que la inversión daba poder a los "nacionalistas razonables", como Kwame, el primer primer ministro de la independencia, con quien solía charlar durante horas mientras se ponía en marcha el Proyecto del Río Volta; según ella, Nkrumah era "muy intuitivo, muy sensible, con un gran instinto sensato y sabio, y se encontraba bajo una enorme presión del ala extrema de su propio partido"; Gartlan, *Barbara Ward: Her Life…*, *op. cit*., pp. 65, 92-93 y 117.

[114] *Ibid.*, pp. 92-93 y 117; Barbara Ward, *Faith and Freedom,* Hamish Hamilton, Londres, 1954, pp. 189, 231-233 y 269, y Alastair Burnet, "After Ten Years", *The Economist,* 26 de octubre de 1974.

para entonces barón de Danehill, que, en su calidad de presidente de *The Economist,* nombrara a Donald Tyerman como el próximo editor y creara un nuevo puesto de director gerente sólo para el propio Crowther: "Tyerman es totalmente capaz de asumir responsabilidades editoriales específicas y yo estaría muy dispuesto a dividir mi labor, con la convicción de que podemos trabajar juntos de manera estrecha y fructífera". Para ello, se debería pasar por alto a Roland Bird, el subdirector: "Ponerlo como editor sería excluirme del semanario mucho más de lo que quisiera o de lo que podría soportar",[115] y a Tyerman le dijo: "Aunque es totalmente correcto que el nuevo editor debería tener la autoridad total del puesto y que solamente sus órdenes deberían tener validez en el semanario, no me propongo desinteresarme de su contenido editorial".[116] Dos años más tarde, buscando mendazmente otra posición lucrativa en la City, Crowther pudo escribirle a Siegmund Warburg, uno de los banqueros comerciales más poderosos del centro financiero, que, en su calidad de "director *no* ejecutivo" de *The Economist,* era un "hombre libre"; y que, si bien "no sería apropiado para mí convertirme en director de una casa de banca mercantil, ya que algunas personas podrían pensar, aunque fuese de manera errónea, que eso me permitiría ejercer una influencia especial sobre los comentarios editoriales del semanario", eso "no se aplicaría a la dirección de otra empresa de su grupo, como Mercury Securities, porque muy pocas personas estarían al tanto o tendrían interés por rastrear una relación entre ella [la empresa] y el semanario".[117]

Donald Tyerman regresó a *The Economist,* donde había comenzado 20 años antes, al mismo tiempo que Crowther. Habiendo sido editor adjunto durante los años de escasez de 1939 a 1944, Tyerman había publicado *The Economist* con Ward antes de incorporarse a *The Times* como editor asistente cuando Crowther regresó de tiempo completo al semanario. Su popularidad entre los escritores más jóvenes de *The Economist* se debía en parte a su estilo permisivo, que él mismo captó mejor que nadie mientras recordaba lo que había significado editar el semanario durante la *blitz*:

> Lo hacíamos tomando un café en la Casa Brettenham, después de que el número 8 de Bouverie Street fuera destruido en mayo de 1941. Era una especie de lluvia de ideas; discutíamos decenas de ellas […] luego volvíamos a nuestro sitio con editoriales que debíamos escribir […] pensábamos, sentíamos y debatíamos so-

[115] "Crowther to Layton", 28 de junio de 1955, Layton Papers, TCC, Caja 82.127.

[116] "Crowther to Layton", 15 de agosto de 1955, Layton Papers, TCC, Caja 82.131.

[117] "Crowther to Warburg", 21 de julio de 1958, Warburg Papers, LSE, /11/13: Mercury Securities era la sociedad de cartera a través de la cual Warburg mantenía el dominio de su familia sobre el banco mercantil S. G. Warburg & Co. Asimismo, fue fundamental para impulsar el Tesoro y el Banco de Inglaterra y para expandir el negocio de euromercados de la City; Niall Ferguson, *High Financier: The Lives and Time of Siegmund Warburg,* Penguin, Nueva York, 2010, pp. 216-218 y 259.

bre lo que íbamos a decir, sobre los católicos o los marxistas o los liberales, o sobre algo más.[118]

Mostró valor para haber logrado llegar tan lejos: la poliomielitis lo había dejado paralizado del cuello para abajo a los tres años, pero finalmente recuperó el dominio de sus extremidades y obtuvo una beca para el Brasenose College de Oxford, donde sobresalió en historia moderna. Tyerman siempre caminaba con tablillas, y en las preferencias de Crowther era difícil de pasar por alto su deseo de ejercer un dominio físico sobre él. Crowther no solamente se sentaba primero en las reuniones semanales —hasta que, entendiendo que las dominaba a un grado tan vergonzoso, incluso él comprendió la necesidad de mantenerse alejado—, sino que, más tarde, "desde la oficina del presidente estaba exponiendo ideas brillantes de manera constante". Otro miembro del personal escribió que Crowther, "el renombrado ex editor, siguió eclipsando a su desafortunado sucesor".[119]

Con todo, Tyerman no era alguien que se dejase intimidar: en *The Economist* mostraba la misma vena independiente que tuvo en *The Times,* donde en 1944 él y E. H. Carr escribieron unos editoriales feroces oponiéndose a la intervención militar británica en Grecia, que tenía como objetivo aplastar el principal movimiento de resistencia que había luchado contra los nazis y restaurar a un monarca dócil que estaría a la cabeza de un gobierno conservador en Atenas. Esos artículos sacudieron al gobierno de coalición en el Parlamento, enfurecieron tanto a Churchill como a Bevin y provocaron una disputa diplomática con Washington.[120] En *The Economist,* su tolerancia con los puntos de vista diferentes y contradictorios fue el último grito de aprobación del tipo de atmósfera antifascista popular que había inspirado esos artículos sobre Grecia.

Esa situación llevó a disputas con Crowther casi desde el primer día, con crisis sobre el canal de Suez, la Revolución cubana, la deserción de Kim Philby y las elecciones de 1964… momento en el que se mostró la puerta de salida a Tyerman. Éste dejó su huella con la contratación de talentosos graduados de escuelas públicas, como John Midgley, antiguo corresponsal de

[118] "Barbara Ward", *The Economist,* 6 de junio de 1981.

[119] Norman Macrae, "Tyerman, Donald (1908-1981)", en *ODNB*; Hugh Brogan, entrevistado por el autor, noviembre de 2011, y Smith, "Not So Hard Labour", *The Economist, op. cit*.

[120] Charles Jones, "'An Active Danger': E. H. Carr at *The Times,* 1940-1946", en *E. H. Carr: A Critical…*, *op. cit*., Michael Cox (coord.), pp. 68 y 76. En *The Times*, Tyerman rechazó la afirmación de Churchill de que el EAM [Ethnikon Apeleutherotikon Metopon, por sus siglas en griego; Frente de Liberación Nacional] de Grecia era "una banda de comunistas y bandidos"; antes bien, comprendía "toda la gama de opiniones, desde el centro hasta la extrema izquierda". Todo gobierno provisional "debe construirse en torno al movimiento de resistencia activo y en su mayoría turbulento que ha mantenido encendida la llama de la nacionalidad bajo la ocupación enemiga, las privaciones y el terror"; John Sakkas, "*The Times* and the British Intervention in Greece in December 1944", *Balkan Studies,* vol. 46, 2012, pp. 32-33.

The Times en Bonn, como editor de la sección sobre el extranjero, y Barbara Smith, para asistirlo. Promovió a Elizabeth Monroe como editora sobre el Oriente Medio; a Keith Kyle como editor de asuntos políticos y parlamentarios en 1957, y al marxista polaco Daniel Singer, en la plantilla desde 1948, como corresponsal en París en 1958. No obstante, la mayoría de los jóvenes "agitadores rebeldes" fueron contratados por Crowther. Muchos de los argumentos que estallaban en la sala de redacción giraban en torno al liberalismo y el imperio y hasta qué grado el anticomunismo o la alianza estadunidense deberían moldear la política editorial en esos campos. Bajo Tyerman, *The Economist* planteaba cuestiones de sondeo al respecto y, en ocasiones, obtuvo respuestas sorprendentes sobre ambas áreas; pero, en cada uno de los casos, la dinámica era clara, al igual que la tendencia: una furiosa reacción desde la oficina del director gerente, hasta que Tyerman fue reemplazado en 1964.

Keith Kyle y la investigación estadunidense

Keith Kyle se convirtió en el primer corresponsal de tiempo completo de *The Economist* en Washington cuando Crowther lo extrajo de manera furtiva de la BBC de Londres en 1953. El productor, de 28 años de edad, había impresionado a Crowther, quien lo entrevistó para una beca de la Commonwealth Fellowship. Unos días después, Crowther le dijo: "Puede que hayas notado que estaba siendo bastante duro contigo en la entrevista. Fue deliberado, porque quería que fracasaras". Crowther había decidido que Kyle debería ir a los Estados Unidos, pero para trabajar para *The Economist*.[121] Kyle, el primero de su familia en asistir a la escuela pública y a Oxford, donde se convirtió en un apasionado liberal y miembro de la Unión, desarrolló una estrecha relación con Alan J. P. Taylor, su tutor de historia en el Magdalen College de Oxford University.[122] En 1945 Kyle se embarcó como alférez a la India, una experiencia que lo dejó tan desilusionado de los oficiales y los funcionarios públicos blancos que dirigían el Raj británico que en 1948, a su regreso a Oxford, defendió con firmeza el movimiento pro independencia de la India en un debate entre los liberales y los *tories*. Uno de los conservadores que se encontraban entre el auditorio le lanzó este desafío: "Y ¿cuáles son tus antecedentes para hablar sobre la India?"; a lo que Kyle respondió: "Artillería de campo en Scindia, Primer Campo Indio", y, según recordó, "a partir de ese

[121] Crowther, citado en Keith Kyle, *Keith Kyle Reporting the World,* I. B. Tauris, Londres, 2009, pp. 88-89.

[122] Taylor puso un ejemplo de imprevisibilidad: "notoriamente de izquierda", era tan probable que defendiera al pretendiente al trono francés como que criticara la ficción soviética: "No era necesario estar de acuerdo políticamente con Alan —en realidad, en cuanto liberal, yo pertenecía al partido que él más despreciaba— para disfrutar su compañía"; Kyle, *Keith Kyle Reporting…*, *op. cit*., pp. 18-21.

momento, sentí que tenía al auditorio en la palma de mi mano y, lleno de adrenalina, expuse mis convicciones sobre el fin del Imperio".[123] Cuando describió su política de esa época, Kyle escribió: "No creía en el socialismo, el cual me parecía noble, aunque irreal, pero quería asegurarme fervientemente de que la inmensa decepción de aquellos que habían servido en la primera Guerra Mundial no sucediera en la segunda ocasión".[124]

Hasta la época de Kyle en *The Economist,* la "Encuesta estadunidense" se editaba en Londres. Margaret Cruikshank, una neoyorquina casada con el editor de *News Chronicle,* fue la primera editora; posteriormente, trabajó junto con la medio estadunidense Nancy *Coronel* Balfour, "una jefa solterona bajita de buena conversación […] irritable y muy inteligente" que, en su tiempo libre, coleccionaba esculturas británicas contemporáneas —de Moore y Pope—. La "Encuesta estadunidense" fue una operación con poquísimo dinero: las llamadas telefónicas eran un lujo, que no debía permitirse durante más de media hora una vez al mes, y todo dependía de historias enviadas por correo aéreo y de mensajes breves enviados por teletipo, "un telefax primitivo que giraba como un trompo loco, emitía unos ruidos raros y exhalaba extrañas bocanadas de humo". Kyle recurrió a escritores bastante similares a él mismo: sobre política económica, Edwin L. Dale Jr.; sobre derecho constitucional, Adam Yarmolinsky; sobre defensa, Adam Watson, corresponsal de guerra del *The Baltimore Sun*. Paul Jacobs, un corresponsal contratado por su perspectiva como sindicalista y como activista antinuclear y contrario a la guerra que más tarde fundó la revista *Mother Jones*, estaba más a la izquierda.[125]

Washington era una ciudad provinciana, pero emocionante. Kyle tuvo acceso a algunos de los personajes más importantes en ella, como Allen Dulles, el director de la CIA, a cuyo hijo, "el personaje más derechista con el que me haya topado nunca", había conocido en Oxford. A su debido tiempo, Lyndon B. Johnson trató a Kyle de mala manera, mientras le explicaba las misteriosas reglas del Senado; John F. Kennedy, una estrella en ascenso después de la convención demócrata de 1956, le preguntó si *The Economist* —al que, cuando fue embajador de los Estados Unidos en Londres, su padre Joseph le había dado una suscripción vitalicia— estaba reduciendo su valía intelectual por introducir dibujos lineales. "Su temperamento era bastante más conservador de lo que yo suponía." A Kyle le impresionaron menos otros aspectos de la vida en los Estados Unidos. Washington, con su mayoría

[123] *Ibid.*, p. 53.

[124] *Ibid.*, p. 21.

[125] *Ibid*., p. 95; Irvin Molotsky, "Edwin Dale Jr., Reporter and an Expert in Economics", *The New York Times,* 11 de mayo de 1999, y Neil A. Lewis, "Adam Yarmolinsky Dies at 77; Led Revamping of Government", *The Economist*, 7 de enero de 2000. En 1964 Susan Barnes, la hija de Watson, se casó con Tony Crosland, el dirigente laborista; Julia Langdon, "Susan Crosland", *The Guardian,* 28 de febrero de 2011.

negra no representada, era "gobernado como una colonia, bastante primitiva, por lo demás". Cuando informó sobre la eliminación de la segregación y el boicot a los autobuses en Montgomery, Alabama, quedó mucho más impresionado por el coraje de Rosa Parks y Martin Luther King Jr. que por los funcionarios blancos que conoció, al igual que en la India. Pero el macartismo fue el aspecto más inquietante de todos: Kyle recordaba una reunión de cocteles donde *The Economist* fue objeto de los ataques del senador de Wisconsin por ser todo aquello en contra de lo que estaba él; por su parte, había poco menos que desprecio por el "violador más desafortunadamente célebre de los derechos humanos con el pretexto del anticomunismo".[126] Aun cuando nada de ello convirtió a Kyle en un opositor a la política exterior estadunidense, sí hizo que estuviera en desacuerdo con el relevo de antiguos editores por editores de derecha que Crowther comenzó a nombrar al mismo tiempo en Londres, el primero de los cuales fue un enigmático joven australiano llamado Brian Crozier.

Brian Crozier y *Foreign Report*

Crozier, que fue contratado como corresponsal de *The Economist* en Asia del Este en 1954, también se hizo cargo del llamado *Foreign Report,* el nuevo "boletín confidencial" del semanario, y parece haber conseguido el trabajo gracias a las relaciones que estableció con el servicio secreto británico como reportero de Reuters en Vietnam, Camboya y Malaya. Y les devolvió el favor: imprimió propaganda del MI6, la CIA y otras agencias de espionaje occidentales en ese boletín de ocho páginas durante los 10 años siguientes; en realidad, el *Foreign Report* se comercializó de manera explícita entre las corporaciones, los gobiernos, los medios de comunicación y ciertos individuos selectos porque contenía información que era "demasiado caliente" como para ser publicada en el propio *The Economist,* aunque en la práctica una gran parte de ella llegó al semanario. Crozier tenía vínculos muy estrechos con el Departamento de Investigación de la Información (DII; IRD, por sus siglas en inglés: Information Research Department), creado en secreto en 1948 por el gobierno laborista para dirigir la "contraofensiva de propaganda contra el comunismo" desde el interior del Ministerio de Asuntos Exteriores. Andrew Boyd, un colega de *The Economist,* había presentado a Crozier a su contacto en el IRD durante un almuerzo en el Traveller's Club en 1955. A partir de entonces, alrededor de 20 a 30% de la información de cada número de *Foreign Report* tuvo su origen en el IRD.[127] Según lo veía Crozier, no existía conflicto entre esa fuente de sus historias y la ética periodística: la Unión

[126] Kyle, *Keith Kyle Reporting…*, *op. cit*., p. 94.

[127] Paul Lashmar y James Oliver, *Britain's Secret Propaganda War,* Sutton, Stroud, Gloucestershire, 1998, pp. 117-118.

Soviética era un mal tan puro —una "obscenidad irredimible de la historia, que condenaba a la humanidad a una esclavitud ineludible"— que había que combatirla con todos los medios necesarios, lo cual significaba usar no sólo la fuerza física, sino también la psicológica. Crozier pensaba que su misión era despertar a Occidente, cuya "timidez" hasta entonces en la Guerra Fría lo conmocionaba y consternaba. En su opinión, ¿de qué otra manera explicar los fenómenos de la Doctrina Truman y los juicios de McCarthy?: la primera se limitaba a la contención, cuando la necesidad consistía en "no simplemente resistir más invasiones, sino en liberar a los países que habían caído en manos del Imperio soviético", mientras que el segundo había permitido que se lo considerase como "histérico", cuando "en realidad había una vasta red de espías soviéticos en los Estados Unidos".[128] De acuerdo con esa cosmovisión, los movimientos nacionales por la independencia no tenían lugar y no había nada inevitable en lo tocante a la descolonización; únicamente había "insurgencias dirigidas por Moscú" que se extendían en una cadena sin escrúpulos desde Asia del Este hasta el África del Norte y el Oriente Medio, pasando por Latinoamérica.

Los "intereses externos" de Crozier, que lo obligaban a hacer viajes constantes al extranjero, parecen haber sido un secreto a voces en *The Economist*; Tyerman solía bromear: "No sé quién paga por Brian, ¿sabes?"[129] Casualmente, en un vuelo de retorno de un viaje de recopilación de información de inteligencia a Argel, a Crozier le correspondió sentarse al lado del coronel Antoine Bonnemaison, del Service de Documentation Extérieure de Contre-espionnage, quien se convirtió en una de sus fuentes importantes. Bonnemaison estaba leyendo una carta del general Salan en la que éste le agradecía con calidez las charlas que había dado al ejército francés sobre la "guerra psicológica". De acuerdo con Crozier, "al enterarse de que yo era el editor de *Foreign Report* de *The Economist,* me dijo que durante mucho tiempo había sido un lector habitual y admirador de 'mi' boletín", y Crozier obtuvo una primicia: predijo en el *Foreign Report* que el general De Gaulle, que era popular entre el desmoralizado cuerpo de oficiales franceses en Argelia, estaba a punto de tener un "renacimiento".[130] En 1961, en una misión para *The Economist* en el África francófona, Crozier aclamó la destitución y el

[128] *Ibid.*, pp. 9, 13 y 16. En lo relativo al IRD en el contexto amplio de la propaganda liberal occidental, véase Frances Stonor Saunders, *The Cultural Cold War: The CIA and the World of Arts and Letters,* The New Press, Nueva York, 1998, pp. 49-50, 139, *passim*.

[129] Hugh Brogan, en entrevista con el autor.

[130] La subversión comunista siguió siendo la amenaza suprema para Crozier: "Su objetivo específico era el leninismo. '¿Qué pasa con el marxismo?', le pregunté. Adoptó una expresión grave. 'El marxismo es una filosofía. Tiene derecho a existir. El leninismo es activismo y una amenaza para el Estado.' Yo le debía mucho a Bonnemaison"; Brian Crozier, *Free Agent: The Unseen War, 1941-1991*, Harper Collins, Londres, 1993, pp. 28 y 33. Salan, el comandante de las fuerzas francesas en Argelia, le había informado a Bonnemaison de las intenciones de De Gaulle en 1958.

asesinato de Patrice Lumumba, el primer gobernante electo del Congo independiente, que "tenía muchos amigos comunistas", y aplaudió a Mobutu Sese Seko, quien "les dio a las embajadas comunistas 48 horas para salir del país".[131] Ese mismo año, Crozier trabajó sus notas de campo para incluirlas en su libro sobre las luchas por la independencia en Palestina, Chipre, Malasia, Indochina, Argelia y África Occidental, *The Rebels: A Study of Post-War Insurgencies,* el que, se jactó, pronto se convertiría en el "libro de texto sobre contrainsurgencia" y "estasiología" para los servicios de seguridad de Israel, Grecia, Líbano, Taiwán, Colombia y los Estados Unidos. Sólo tenía algo que lamentar: "En deferencia a mi relación con *The Economist,* escribí imparcialmente", señaló; lo increíble es que algunos lectores no estaban seguros de qué lado se hallaba Crozier, porque añadió: "En el futuro, daré prioridad a la objetividad sobre la imparcialidad".[132]

Crozier llevó una vida ajetreada después de dejar *The Economist* en 1964. En 1967 publicó una biografía de Franco basada en una entrevista con "El salvador de España", en la que puso en duda que, después de todo, los nazis hubiesen bombardeado realmente Guernica.[133] Dirigió dos "molinos" mediáticos financiados por la CIA: el Foro de Reportajes Mundiales (FWF, por sus siglas en inglés: Forum World Features) y el Instituto para el Estudio de los Conflictos (ISC, por sus siglas en inglés: Institute for the Study of Conflict), que lucharon contra los movimientos en pro de la "coexistencia pacífica" y la distensión; el FWF envió historias a los medios de prensa tanto en el extranjero como en el país, como *The Sunday Times* y *The Guardian,* hasta 1975, cuando *Time Out* lo expuso.[134] Sin inmutarse, Crozier se "encerró" luego con el general Augusto Pinochet con el objetivo de redactar una constitución para Chile después del golpe de Estado; a las juntas de Uruguay y Argentina les suministró "técnicas psicológicas" para usarlas contra los disidentes de izquierda, y, años más tarde, fundó Shield (Escudo), un comité de expertos para "educar" a Margaret Thatcher, la primera ministra conservadora, sobre la subversión comunista, "el equivalente político del sida", en el seno del Partido Laborista, los sindicatos, las escuelas, las universidades, las iglesias, los medios de comunicación y

[131] *Ibid.*, p. 39.

[132] Brian Crozier, *Neo-colonialism: A Background Book*, Bodley Head, Londres, 1964, basado en "una carpeta repleta de documentos del IRD"; B. Crozier, *South-East Asia in Turmoil,* Penguin Books, Baltimore, 1965, y la continuación *The Struggle for the Third World,* Bodley Head, Londres, 1966. B. Crozier, *Free Agent…, op. cit*., pp. 36 y 51.

[133] "No es seguro de ninguna manera que los alemanes hayan bombardeado Guernica"; Brian Crozier, *Franco,* Little, Brown, Boston, 1967, p. 247.

[134] El Forum World Features comenzó como la rama mediática del Congreso para la Libertad Cultural de la CIA estadunidense, del que Crozier se hizo cargo en 1965; Lashmar y Oliver, *Britain's Secret Propaganda War, op. cit*., p. 134. Crozier mantuvo un meticuloso registro del escándalo que siguió a la revelación de *Time Out,* defendiéndose allí así como en otros escritos; "Conflicting Accounts", *Time Out,* 29 de agosto a 4 de septiembre de 1975, y Brian Crozier Papers, HIA, Caja 1, Carpeta 3, y Caja 6, Carpeta 1.

los ayuntamientos ("reservorios de un posible golpe marxista-leninista"). En 1977 creó "The 61", una "boutique", o pequeña empresa de inteligencia, para espiar a los pacifistas y a los periodistas rosados que esos grupos de la sociedad civil contenían, contando con un guiño de aprobación emitido por los gobiernos occidentales sólo nominalmente respetuosos de la ley.[135]

Crozier ejerció una influencia continua en *The Economist:* Brian Beedham, el editor de la sección sobre el extranjero de 1963 a 1989, era un amigo y colaborador que en 1970 llevó al semanario a Robert Moss, otro protegido de Crozier; cuatro años más tarde, Moss estaba editando *Foreign Report,* que en ese momento, dijo una enfurecida Barbara Smith, "estaba siendo escrito por el Mossad [el Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales de Israel]".[136] El punto de vista del boletín sobre el Imperio era diferente al de Kyle o Ward: Crozier descartó la idea de desarrollar la Commonwealth con capital británico como "un pantano en el que los bancos occidentales hundieron miles de millones de libras esterlinas sin dejar rastro", mientras que la descolonización no tuvo eco y desapareció de un radar que solamente captaba la Guerra Fría.[137] En ocasiones, el propio liberalismo se convirtió en sinónimo de ceguera ante esa lucha que todo lo abarcaba: los que se oponían a la reducción de las libertades civiles o de las armas nucleares eran *"libérales bien-pensants"* y "la encarnación del liberalismo blando", mientras que el Partido Liberal —en el que Crozier pasó una "membresía lamentable" de seis meses en 1962— se llenó de "timoratos" y "pacifistas" que "no entendían los problemas reales y era poco probable que aprendieran".[138] En 1956 Crozier y sus aliados chocaron espectacularmente con aquellos a los que consideraban demasiado blandos en *The Economist* cuando una crisis repentina se apoderó del semanario y de su nuevo editor.

La crisis de Suez

Para *The Economist* la crisis de Suez comenzó en julio de 1956, cuando los Estados Unidos retiraron su oferta de préstamo para construir la presa de Asuán en Egipto. La Gran Bretaña se vio obligada a seguir su ejemplo, lo cual sugería que Londres acaso ya no podría actuar como único inversionis-

[135] Los gobiernos occidentales habían estado paralizados desde 1972, cuando, "incitado por unos periodistas 'de investigación' no electos" a raíz del escándalo de Watergate, el Congreso estadunidense aprobó la Ley de Privacidad y la Ley de Libertad de Información, que "destruyeron la capacidad de los Estados Unidos para recolectar información de inteligencia" y "protegieron a terroristas y políticos subversivos"; Lashmar y Oliver, *Britain's Secret Propaganda War, op. cit*., pp. 111, 126 y 257.

[136] Barbara Smith, en entrevista con el autor; véase también "The Life of Brian", *The Economist,* 31 de julio de 1993.

[137] Crozier, *Free Agent…*, *op. cit*., p. 294.

[138] *Ibid.*, pp. 36, 74 y 149.

ta, y pronto lo mismo se hizo evidente en lo que respecta a su capacidad militar: de la primera entrega del préstamo, 200 millones de dólares provendrían del Banco Mundial, 56 millones de los Estados Unidos y cuatro millones de la Gran Bretaña; cuando Dulles se opuso, también lo hizo Anthony Eden, el nuevo primer ministro. Una semana después, Abdel Nasser, el presidente egipcio, nacionalizó el Canal de Suez. El 4 de agosto, en el editorial "Europe's Achilles Heel", *The Economist* aconsejó calma y afirmó, acerca del "talón de Aquiles" en cuestión, que Nasser era culpable de "malos modales" por haber nacionalizado el canal navegable, pero que no había restringido el tráfico a través de él; que, de conformidad con los términos de la concesión, su propiedad pasaría a El Cairo en 1968 de todos modos, y que una ocupación no solucionaría nada. Había mejores opciones, algunas tomadas de la lucha anterior contra Mosadeq o Mossadegh en Irán por la Anglo-Persian Oil Company: aislamiento diplomático, construcción de un segundo canal y más oleoductos y, sobre todo, amenazarlo con retener el capital, porque Nasser había asestado "el golpe más severo posible al principio de inversión en los países subdesarrollados".[139]

Para los editores del semanario sobrevino una conmoción completa cuando, en cambio, Eden lanzó un ataque junto con Francia para recuperar el canal, con el pretexto de desarticular un asalto israelí concertado de antemano. Las noticias del ultimátum anglo-francés a ambos "lados" llegaron a Keith Kyle en el Club de Prensa de Washington, adonde había ido para enterarse de las últimas noticias sobre el levantamiento húngaro. Atónito, Kyle envió cables por doquier; primero, a la oficina central del Partido Conservador, con cuyo representante tenía previsto reunirse en el Hotel Mayflower dos días después para discutir su adhesión a un partido de "buenos tipos liberales como Eden, Rab Butler e Iain Macleod", y escribió: "Había visto, como en un destello ardiente, por qué nunca podría ser un conservador y por qué había sido un error suponer que alguna vez podría haberlo sido". Asimismo, envió mensajes a Hugh Gaitskell, el dirigente laborista, y a Tyerman, relatándoles una discusión extraoficial entre John Foster Dulles, el secretario de Estado, y varios periodistas, en la que Dulles se enfureció por la ineptitud del gobierno británico. Los estadunidenses estaban igualmente comprometidos con la eliminación de Nasser, pero "los británicos tenían que hacerlo antes de Navidad"; además, Dulles les advirtió que el anuncio de Imre Nagy de que Hungría se retiraría del Pacto de Varsovia —11 días antes de que los soviéticos intervinieran para detenerlo— significaba que "los Estados Unidos no necesitarían deferir el asunto tanto como lo habían hecho antes al colonialismo de sus socios de la Organización del Tratado del Atlántico Norte [OTAN; NATO, por sus siglas en inglés: North Atlantic Treaty Organization]".[140]

[139] Midgley escribió ese editorial. "Europe's Achilles Heel", *The Economist,* 4 de agosto de 1956.
[140] Kyle, *Keith Kyle Reporting…*, *op. cit*., pp. 111-112.

Mientras tanto, en la oficina de *The Economist* en Londres, Barbara Cruikshank y Nancy Balfour hicieron hincapié en el mensaje de Kyle para demostrar que la Gran Bretaña se encontraba en una situación peligrosa de tener que jugársela a solas. John Midgley los secundó y, la semana siguiente, Elizabeth Monroe, la editora de la sección sobre el Oriente Medio, canalizó sus puntos de vista en el artículo "Splenetic Isolation": al hablar de un aislamiento que era motivo de irritación, concedía que la renuencia de los Estados Unidos a enfrentar a Nasser era de verdad frustrante, pero actuando solas, "al amparo de una cortina de humo de ofuscadas declaraciones", Francia y la Gran Bretaña habían hecho "todo lo peor posible para justificar la etiqueta de 'imperial' que tanto resentían (con toda razón, como era de esperarse) […] En el mundo asiático en general, han proporcionado a los propagandistas soviéticos suficiente material anticolonial para 10 años", en una operación con una apariencia de improvisada, esa "extraña mezcla de cinismo e histeria".[141] Monroe volvió más tarde a lo que ella y algunos de sus colegas sentían que se había perdido en Suez; en 1963, escribió en su libro *Britain's Moment in the Middle East, 1914-1956:* "Las consecuencias de la decisión de Eden para el resto del poder y la influencia británicos en el Oriente Medio fueron grandes y perjudiciales". Francia e Israel podrían odiar a Nasser; "[l]a Gran Bretaña, acosada por intereses ajenos, no podía"; tenía que tomar en consideración "la opinión de la Commonwealth, particularmente la opinión pacifista de Nehru", en la India, y "pensar en los efectos sobre su fiel aliado, Nuri Pasha al-Said, en Irak".[142]

Tyerman le pidió a Eden que renunciara la semana siguiente, pero, evocando la intensidad de la crisis, añadió una nueva razón: "Un primer ministro británico no debe estar alejado de los países no comprometidos y, aún más importante, de ninguna manera debe estar en desacuerdo con los líderes de los Estados Unidos", en especial dadas las oportunidades que eso creaba para "nuestros verdaderos enemigos potenciales". Suez ya había envalentonado al "imperialismo ruso", el que "hace 10 días parecía como si estuviese retrocediendo" en Hungría.[143] Crowther expresó su más sincero acuerdo, y, poniendo el énfasis en su propio punto de vista sobre la situación en una carta a Tyerman, escribió: "El peor crimen de Eden no fue el haber usado la fuerza. Fue el poner en peligro la alianza anglo-estadunidense debido a la deslealtad, el fraude y el engaño"; la reparación de los vínculos era imposible mientras el "vano, mezquino y vengativo" Eden estuviese en el cargo. "Debe

[141] "Los ministros franceses, furiosos por el apoyo egipcio a los rebeldes argelinos, no son los mejores consejeros de un primer ministro británico resentido por la traición de un presidente egipcio al que alguna vez defendió." "Splenetic Isolation", *The Economist,* 3 de noviembre de 1956.

[142] Elizabeth Monroe, *Britain's Moment in the Middle East, 1914-1956*, Chatto and Windus, Baltimore/Londres, 1963, pp. 197-201.

[143] "The Prime Minister", *The Economist,* 10 de noviembre de 1956.

marcharse."[144] Dado que solamente Brian Crozier se oponía a ceder ante los estadunidenses, las palabras de Crowther pasaron directamente al editorial del 17 de noviembre,[145] en el que el semanario declaró: "Ahora, la gran tarea del arte de gobernar es la reconstrucción de la alianza; no podemos hacerlo solos; debemos aprender que ahora no somos los iguales de los estadunidenses y que no podemos serlo".[146] Ésa fue también la primera vez que el semanario reconoció la magnitud de los retiros de la libra esterlina, que había comenzado con el ultimátum de Eden, como "una crisis en modo alguno ordinaria". Como no había podido predecir las consecuencias financieras, a Harold Macmillan, el canciller, le dio ahora por exagerarlas y, el 6 de noviembre, les dijo a sus colegas que el gasto había ascendido a 100 millones de libras esterlinas —una octava parte de las reservas—.[147] Enfrentado a la ruptura de la zona de la libra esterlina, la devaluación y el retorno al racionamiento, Eden detuvo las operaciones esa mañana, y sólo entonces los Estados Unidos permitieron que la Gran Bretaña recurriera a los fondos del Fondo Monetario Internacional (FMI) para defender el tipo de cambio.[148]

Mientras que la disensión fue mínima en la sala de la redacción de *The Economist,* las críticas llovieron del exterior; en una sección de cartas especial, se decía: "De un pesado saco lleno de las cartas recibidas esta semana hemos seleccionado algunas de la gran mayoría que adoptan una visión opuesta a la expresada en nuestro artículo editorial "Splenetic Isolation"". Según K. Clarence Smith, de Surrey, el texto en cuestión "asestó un golpe demoledor al respeto con el que hasta ahora había considerado sus opiniones"; en otra carta se decía: "Como lector inveterado y habitual de su semanario, escribo hoy por primera vez a un periódico para decirles lo deplorable que, creo, fue su [último] artículo editorial". Muchos lectores se mostraron enfurecidos ante la idea de que se debiera mostrar una deferencia absoluta a Washington: "No creo que a la mayoría de nuestro pueblo le parezca aceptable esa propuesta".[149] J. E. Simon, el parlamentario conservador de Middlesborough West, atribuyó los "obsesivos ataques" a Eden a "un malestar psicológico" de *The Economist,* que ignoraba "la probabilidad de una guerra

[144] "Crowther to Tyerman", 13 de noviembre de 1956, Layton Papers, TCC.

[145] Crozier creyó que los Estados Unidos podían ser ingenuos: habiendo respaldado equivocadamente a Nasser en 1952, ahora ese país detenía una brillante campaña militar de sus aliados que habría evitado que Egipto cayera en manos de los soviéticos; Crozier, *Free Agent…*, *op. cit*., pp. 24-26.

[146] "The Alliance", *The Economist,* 17 de noviembre de 1956.

[147] Los retiros comenzaron a finales de octubre, y, en la primera semana de noviembre, hubo una sangría de 31.7 millones de libras esterlinas; Keith Kyle, *Suez: Britain's End of Empire in the Middle East,* I. B. Tauris, Londres, 2003, pp. 464-465.

[148] Ward había sostenido que el 15% del PIB debería dedicarse a la defensa y el 3% al desarrollo. Al final, el 9% fue demasiado, en especial sin contar con el apoyo de los Estados Unidos; Nicholas Mayhew, *Sterling: The Rise and Fall of a Currency,* Allen Lane, Londres, 1999, pp. 246-247.

[149] *The Economist,* 10 de noviembre de 1956.

generalizada en el Oriente Medio, la intervención rusa que llevaría a una Guerra Mundial y la pérdida de los suministros de petróleo" si no se hubiese castigado a Nasser.[150] Kyle, que acababa de regresar a Londres, recordó su fría recepción en el Club de Oxford y Cambridge, donde él y un amigo se unieron a un grupo de jóvenes congregados alrededor de una pequeña hoguera de carbón, la única fuente de calor durante la escasez de combustible causada por el problema del Canal de Suez:

> "Por supuesto que he cancelado mi suscripción a *The Observer*", dijo uno de ellos, lo que generó una oleada de murmullos de aprobación. "Es una lástima la lista de profesores de Oxford que firmaron esa carta a *The Times*. Eso significa que no podré volver a ir a las reuniones de jerez de mi tutor", dijo otro, y hubo un suspiro general de simpatía. "Y, luego —dijo un tercero—, está *The Economist*." El grupo notó entonces que nosotros dos estábamos sentados en silencio junto a la chimenea. "¿Lees *The Economist*?", me preguntaron. "No; lo escribo", fue mi respuesta deliberadamente emponzoñada. Se hizo un silencio de estupefacción y, después, lentamente y con aire pesaroso, los jóvenes se levantaron y, sin decir palabra, abandonaron el club.[151]

De la Commonwealth liberal a una relación especial

Suez fue solamente el primer aldabonazo de una guerra de palabras sobre el futuro del Imperio, en tanto que una sutil diferencia de énfasis entre Crowther y Tyerman se agudizó de manera gradual hasta convertirse en una discrepancia: no sobre la "relación especial" ("lo más importante en una gran medida" para ambos), sino sobre si eso dejaba espacio para una política independiente respecto a los países imperiales y "no comprometidos" (una referencia al Movimiento de Países No Alineados anunciado en la Conferencia de Bandung, Indonesia, en 1955). Refiriéndose a sus primeros años en *The Economist,* al que se incorporó en 1956 para cubrir Latinoamérica, Barbara Smith escribió: "Aunque el semanario aceptó, de manera general, que los imperios europeos habían obtenido lo que querían, argumentamos acaloradamente en torno a la elección del momento oportuno y el ritmo de la salida de la Gran Bretaña de Chipre, Adén y grandes regiones de África".[152] Deseoso de "ser testigo del proceso de descolonización de África", Kyle también se unió a la refriega, escribiendo sobre Kenia a partir de 1960 y reuniéndose en Londres con Jomo Kenyatta, Tom Mboya y otros dirigentes durante las negociaciones de independencia, y, al año siguiente, viajó a Túnez para asistir a la Conferencia de Todos los Pueblos Africanos (AAPC, por sus siglas en inglés:

[150] *The Economist,* 24 de noviembre de 1956.
[151] Kyle, *Keith Kyle Reporting…*, *op. cit*., p. 116.
[152] Barbara Smith, *The Economist,* 20 de diciembre de 2003.

All-African People's Conference). Si bien la descolonización era inevitable en cierto sentido, al menos la Gran Bretaña —se consolaba a sí mismo— estaba mejor preparada para eso que Francia: el "pragmatismo" de "los africanos de las colonias de habla inglesa, como el jefe Anthony Enahoro, de Nigeria", le impresionó más que los hablantes de francés, que se expresaban altaneros y con suspicacia, pensaba, de *"le néo-colonialisme"* y *"la balkanization"*.[153] Indiferente a esas cuestiones más amplias, Kyle veía la descolonización desde un punto de vista de procedimiento: en los libros que escribió sobre Kenia y Chipre después de abandonar *The Economist* —basados en su trabajo para el semanario, para la BBC en África Oriental y Central y para el Royal Institute of International Affairs (Real Instituto de Asuntos Internacionales, conocido también como Chatham House)—, hizo pocas críticas a los estadistas británicos (de quienes, sin incluir el asunto de Suez, le pareció que llevaron a cabo un fin ordenado del imperio) o a aquellos a quienes pasaron el testigo en sus antiguas colonias.[154] Por ende, los editoriales eran principalmente soluciones intermedias propuestas con cautela, y no sólo debido al rechazo de Crowther. Barbara Smith relató su "encuentro frente a frente" con este último más o menos en esa época en un ascensor de oficina exasperantemente lento, cuando la descolonización se había acelerado a partir de 1960: "Haciendo conversación con valentía, sugerí que el secretario colonial de la época estaba haciendo bastante bien las cosas, pero Crowther protestó con desaprobación: '¡Sí, si lo que deseas es que entregue todo el maldito Imperio!'"

La idea de que después de 1945 *The Economist* aceptó el fin del Imperio "de manera general" es insostenible. Como lo descubrió Smith, los argumentos sobre "el ritmo y la elección del momento oportuno" no eran simples detalles técnicos y giraban en torno a la preservación de los derechos de propiedad, el acceso a los recursos, los intereses estratégicos y, en conexión con éstos… la probable orientación ideológica del Estado sucesor; en otras palabras, las cuestiones mismas del "neocolonialismo" que Keith Kyle había descartado con tanta displicencia en Túnez. ¿Qué aspecto o cariz presentaban en la práctica los argumentos sobre "el fin del Imperio"?

The Economist respaldó la "autodeterminación" de Chipre después del inicio de la insurgencia nacionalista armada en esa colonia en 1955, pero solamente si las bases militares británicas permanecían en la isla. La fortaleza mediterránea, adquirida de los otomanos en 1878, tenía un nuevo propó-

[153] Kyle, *Keith Kyle Reporting…*, *op. cit*., pp. 146-147.

[154] Keith Kyle, *Cyprus: In Search of Peace,* Minority Rights Group International, Londres, 1997, p. 36, y, sobre Kenyatta y los campos, véase Keith Kyle, *The Politics of the Independence of Kenya,* Macmillan, Londres, 1999, pp. 46-47 y 61. De 1974 a 1990, Kyle convocó al Grupo de Investigación del Medio Oriente de Chatham House, que publicó un libro sobre la política interna de Israel durante el mandato de Isaac Rabin escrito por un grupo de académicos anglo-israelíes: Keith Kyle y Joel Peters (coords.), *Whither Israel? The Domestic Challenges*, Royal Institute of International Affairs/I. B. Tauris, Londres, 1993.

sito: ser el "cuartel general imperial de la Gran Bretaña para Oriente Medio" y el "flanco oriental" de la OTAN. En 1960 el semanario aprobó una versión esterilizada de la independencia que convirtió a las bases inglesas en enclaves soberanos en Chipre y restringió con severidad la libertad de su nuevo gobierno para dirigir o imprimir otra dirección a sus asuntos: un Tratado de Garantía entre la Gran Bretaña, Turquía y Grecia permitía a los tres poderes intervenir a voluntad en la isla, mientras que las "salvaguardas" constitucionales para la minoría turco-chipriota bloqueaban el ejercicio de las facultades legislativas, administrativas, judiciales y militares de Nicosia a escala nacional.[155] Ese mismo año comenzó también con un número especial de *The Economist* sobre África, adonde Harold Macmillan se había embarcado en una gira relámpago y con pausas breves preparada para enfrentar "el desafío del África negra en Ghana y Nigeria y la obstinación del África blanca en Salisbury y Ciudad del Cabo". *The Economist* propuso discursos para el primer ministro con los "lugares comunes adecuados" para satisfacer a un "grupo de presión africano fuerte de liberales y parlamentarios independientes" respecto a unas elecciones libres y una prensa libre, con los sucesos más destacados en Camerún, Nyasalandia, Basutolandia, Bechuanalandia y Suazilandia (Reino de Swazilandia), todos los cuales habían expresado la preferencia interracial de "mantener sus relaciones con la Gran Bretaña".[156] El semanario interpretó el discurso sobre los verdaderos "vientos de cambio" que Macmillan pronunciara en Sudáfrica como si estuviera en consonancia con sus propios borradores: no como un viraje, sino como una reafirmación de la política de preparar a las colonias gradualmente para el autogobierno. Nigeria, en contraste con su vecino el Congo, era un brillante ejemplo de ello, porque avanzaba "con una calma casi majestuosa y con confianza en sí misma, hacia la fecha de encuentro con su destino nacional", cuando se trocaría en "el mayor Estado democrático de África" gracias a una constitución federal "hecha por los británicos". La Federación de Rodesia y Nyasalandia (o Federación del África Central) presentaba perspectivas igualmente optimistas, si tan sólo los nacionalistas negros de Nyasalandia aceptaran dejar de lado sus "neurosis" respecto a la unión con Rodesia del Norte y del Sur, a cambio de garantías de igualdad con los blancos durante un periodo de prueba federalista de cinco años.[157]

[155] *The Economist* no consideró en ningún momento que se debiesen abandonar las bases; "Half Measures in Cyprus", "Cyprus After the Storm", "Tragic Twist in Cyprus", "Cyprus Confronts Its Future", "An Independent Cyprus?", "Cyprus" y "An Independent Cyprus", *The Economist,* 21 de julio de 1956; 1957; 1º de febrero de 1958, 31 de octubre y 14 y 28 de febrero de 1959, y 16 de julio de 1960, respectivamente.

[156] "What to Say in Africa", *The Economist,* 9 de enero de 1960.

[157] "White Africans", *The Economist,* 15 de octubre de 1960. Finalmente, dada la intransigencia de los líderes blancos y negros, el semanario aceptó la disolución de la federación en lo que ahora son Zimbabwe, Zambia y Malawi; "Parity of Abuse", "Nyasaland's Choice" y "Who Will Rule Nigeria?", *The Economist,* 25 de febrero y 12 de agosto de 1961 y 9 de julio de 1960.

La Gran Bretaña no era la única potencia que trataba de dirigir los vientos de cambio en el extranjero, y las decisiones editoriales sobre las ráfagas que soplaban fuera del Imperio y de la Commonwealth podían conllevar en igual medida objeciones cuando abordaban la Guerra Fría. El historiador Hugh Brogan, entonces un joven escritor de la sección sobre el extranjero, recordó los "vigorosos debates sobre la descolonización" en las reuniones de los lunes durante los años sesenta, uno de los cuales ganó: ¿debía *The Economist* continuar apoyando la guerra francesa en Argelia, después de las revelaciones de que sus soldados habían masacrado allí a unos manifestantes pacíficos? La discusión terminó con la decisión de poner el lema rebelde "*¡Vive le* FLN*!*" en la portada y con Tyerman pidiéndole a Brogan que escribiera un editorial que lo acompañara: "Algeria's Cry", en el que se declaraba que "los 114 civiles musulmanes que fueron asesinados en Argel y Orán lograron con su muerte tanto como las decenas de miles que han muerto en el campo de batalla durante los últimos seis años".[158] Con todo, la independencia para el Congo no inspiró al semanario una posición de principios similar, en parte porque Brian Crozier era el corresponsal en el lugar, en Leopoldville (la actual Kinsasa o Kinshasa): habiéndose mostrado equívoco sobre los crímenes de los belgas que partían, incluida su participación en el asesinato del primer ministro Patrice Lumumba, el primero del país, el semanario finalmente reconoció que su homicidio a principios de 1961 —"por inestable y tremendamente fracasado" que fuese Lumumba— asestó un lamentable "golpe a los moderados del Congo y África". ¿Por qué? Debido a que creó un "poderoso mito" en la "mente africana" al asociar a Lumumba con el anticolonialismo y, al mismo tiempo, permitió que "el señor [Nikita] Jrushchov o Khrushchev" acusara a las fuerzas de paz de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y al presidente Kasa-Vubu y al general Mobutu, los torturadores de Lumumba, de ser unos "títeres coloniales".[159]

La Revolución cubana estuvo relacionada con lo anterior y fue incluso más trascendental: un punto de inflexión. Barbara Smith, que respaldó a los revolucionarios barbudos, siguiéndolos desde las colinas de la Sierra Maestra hasta La Habana, donde entraron pisando los talones al dictador en fuga Fulgencio Batista el día de Año Nuevo de 1959, escribió, comparando las festivas escenas de la ciudad con las dictaduras respaldadas por los Estados

[158] La *Argelia francesa* era ya un mito. "Sin ese mito o alguna forma de mito, la posición francesa en Argelia es insostenible." "Algeria's Cry", *The Economist,* 17 de diciembre de 1960. Respecto a las victorias diplomáticas y morales del Frente de Liberación Nacional (FLN), véase Matthew James Connelly, *A Diplomatic Revolution: Algeria's Fight for Independence and the Origins of the Post-Cold War Era,* Oxford University Press, Oxford, 2002, p. 134 y *passim*.

[159] "Congo Express", "Congo Express Derailed", "Ordeal in Leo", "Black Man's Burden" y "After Lumumba", *The Economist,* 25 de junio y 16 de julio de 1960, 21 de enero y 18 de febrero de 1961, respectivamente.

Unidos por las que había pasado: "Visitar Cuba poco después de la revolución de Fidel Castro me abrió los ojos. A las personas entrevistadas en la calle realmente les gustaba su nuevo y joven gobierno".[160] Los intentos de los Estados Unidos de estrangular a ese gobierno reduciendo las cuotas de azúcar, estableciendo un embargo en torno a la isla y, más tarde, tratando de invadirla a partir de la Bahía de Cochinos en 1961, aumentaron su simpatía por la revolución. En las semanas previas a la crisis de los misiles del año siguiente, *The Economist* se preocupó más por la "obsesión de Kennedy con Cuba", objetando los belicosos editoriales de *The Times* y *The New York Herald Tribune* y el "incremento de actitudes extremistas respecto a la política exterior de los Estados Unidos".[161] Después de que un avión espía estadunidense tomara imágenes de una base de misiles soviética en construcción en la isla, el día 27 de octubre, en un editorial titulado "Cyclone Cuba", urgió a que se negociara en la ONU, pero todavía consideraba a los Estados Unidos como la potencia más imprudente, porque generó el "enfrentamiento sobre el envío de armas rusas a Cuba".[162] La semana siguiente, el semanario elogió a Kennedy por haber obtenido la "completa retirada rusa", pero también a Khrushchev por su habilidad de estadista, habiendo asegurado la aceptación de los Estados Unidos de no volver a invadir Cuba: un gran alivio tanto para los aliados de la Unión Americana como para los de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).[163]

El editorial "Cyclone Cuba" enfureció tanto a Crowther que insistió en que Tyerman lo mandara reescribier. Midgley, su autor principal, ya había suprimido las insinuaciones de Barbara Smith y de Alex Campbell, el corresponsal en Washington, de que las borrosas fotografías de las bases soviéticas podrían ser falsas. Brian Beedham, el futuro editor de la sección sobre el extranjero, recibió el encargo de suavizar las críticas del semanario a los Estados Unidos la mañana en que el periódico fue enviado a la imprenta. Crozier se sulfuró, pero acerca de esa cuestión incluso su amigo Beedham prefería que se transigiera y no la guerra nuclear:

> La actitud de *The Economist* me escandalizó: adoptó la misma postura que el izquierdista *The Guardian,* que aconsejó escepticismo en lo concerniente a las pruebas estadunidenses y a la cautela en respuesta. Ése no era el semanario al que me había unido en los días de Geoffrey Crowther, quien, según supe más

[160] *The Economist,* 20 de diciembre de 2003.

[161] Cuba, como cualquier otra nación, tenía derecho a comerciar, elegir su propia forma de gobierno e incluso hacer alianzas con la Unión Soviética; "Obsessed by Cuba", *The Economist,* 6 de octubre de 1962.

[162] El semanario escribió: "En su mensaje sensatamente redactado que envió el miércoles a *lord* Bertrand Russell, [Khrushchev] ha mostrado una aguda conciencia de los peligros que corre el mundo y una aparente voluntad de negociar con el señor Kennedy"; "Cyclone Cuba", *The Economist,* 27 de octubre de 1962.

[163] "After Cuba", *The Economist,* 3 de noviembre de 1952.

tarde, se había sentido igualmente escandalizado y había hecho saber que pediría a la Junta que reemplazara a Donald Tyerman como editor.[164]

Una reacción semejante se produjo después de un ligero apretón de manos sobre el golpe de Estado de 1964 en Brasil. Un artículo editorial en el que se culpaba al presidente (electo) João Goulart de su propio derrocamiento provocó indignación, porque también había criticado el "anticomunismo" de sus opositores de derecha como "una máscara para ocultar su falta de voluntad incluso para considerar los principales problemas de su país". En Brasil los suscriptores, escandalizados por el editorial, acribillaron a *The Economist* con cartas llenas de ira durante semanas, después de lo cual la información sobre la nueva junta militar de gobierno quedó en manos de un corresponsal en Río de Janeiro entusiasmado por las saludables políticas económicas de ésta.[165]

Quizás el último clavo en el ataúd de Tyerman fue la deserción de Kim Philby, su corresponsal en el Medio Oriente, de infausta memoria a causa de unos sucesos que pronto tendrían lugar. Philby, de trato fino, era el antiguo jefe de contraespionaje del MI6 y había sido sospechoso de fungir como un agente doble soviético después de la segunda Guerra Mundial, cuando aconsejó a dos de sus compañeros conspiradores de los "Cinco de Cambridge" que huyeran a Moscú en 1951. Él se vio obligado a dimitir, pero fue absuelto por falta de pruebas, y en 1956 el Servicio de Inteligencia Secreto (SIS, por sus siglas en inglés: Secret Intelligence Service) y el Ministerio de Asuntos Exteriores lo ayudaron a trabajar para *The Observer* y *The Economist,* donde el MI6 esperaba reactivarlo como corresponsal en Beirut. En un irritable intercambio con Crowther después de que Philby desertara en 1963, Tyerman insistió en que este último se había acercado a *The Economist*, que solamente lo contrató después de que *The Observer* accediera a compartir los costos (sin que Tyerman estuviese al corriente, *The Observer* recibió una *solicitud* del Ministerio de Asuntos Exteriores [MAE; FO, por sus siglas en inglés: Foreign Office]):

[164] A lo cual añadió: "Me entristece decir esto, porque Tyerman —un hombre valiente que había superado la discapacidad de las piernas paralizadas por la poliomielitis— había sido invariablemente amable conmigo, a pesar de nuestras divergencias políticas"; Crozier, *Free Agent …*, *op. cit*., p. 47.

[165] João Goulart fue un populista desaforado, culpable de defender las nacionalizaciones y el voto de los analfabetos, de distraer la atención de la inflación y de incurrir en un "antiamericanismo estéril"; "Brazil Cracks", *The Economist,* 4 de abril de 1964. En la mayoría de las cartas, incluidas las de la Cámara de Comercio Británica y de la Commonwealth, se expresaba gratitud a los generales por salvar a Brasil de convertirse en una "segunda Cuba"; *The Economist,* 18 de abril, 9 de mayo y 6 de junio de 1964. Véase una evaluación positiva del nuevo régimen y sus reformas —"preparadas discretamente, sin la publicidad demagógica que caracterizó a las promesas incumplidas del régimen anterior"— en "Roses for the Generals", "Shipshape, Army Style?" y "Gorillas or Reformers?", *The Economist,* 11 y 18 de abril y 30 de mayo de 1964, respectivamente.

> Lo que *obtuvimos* del MAE no fue ni una solicitud para contratarlo (a lo que automáticamente nos habríamos resistido) ni un permiso para contratarlo (que nunca hubiésemos pedido), sino simplemente la "garantía" de nuestros diferentes contactos personales informales cuando les dijimos, *a)* que, desde el punto de vista político, después de su exoneración por parte del ministro de Asuntos Exteriores no había ningún motivo por el que no debería empleárselo, y *b)* que, por motivos personales, todos estaban contentos de que, después de una mala temporada, obtuviese la oportunidad que se merecía.
>
> *Tengo que confesar que mi conciencia está tranquila al respecto*. En retrospectiva, ahora se plantea la cuestión de si es peor, siendo ambas cosas malas, emplear a un hombre a petición del MAE (lo que yo nunca haría) o aceptar al hombre del que *ahora* "se suponía" *que era* "el tercer hombre". Ahora bien, por supuesto, *no era* oficialmente el tercer hombre; su trabajo para nosotros en la primera y más prolongada parte de su contratación con nosotros fue excelente y, como dijo la propia Elizabeth a *The Observer* el domingo, debidamente imparcial y juicioso. Al final, sí flaqueó, como decimos en nuestro artículo, pero por causas personales, no políticas, y, cuando se fue, durante algún tiempo habíamos estado preguntándonos qué hacer respecto a él, simplemente en el terreno periodístico.[166]

Desde la casa de su padre en Ajaltoun, Philby había enviado artículos anticomunistas impecables, del tipo que creía que concordarían con los prejuicios de la clase alta británica, sobre Irán, Iraq, Siria, Egipto y Yemen. Cuando su producción decayó, Tyerman envió a Midgley —el amigo de Philby en Cambridge, con quien estuvo en Berlín en la Pascua de 1933, cuando los nazis llegaron al poder—, así como a Barbara Smith, con el propósito de que lo reanimaran; pero se pasaron el tiempo emborrachándose en los bares de los hoteles y Smith se dedicó a perseguir a un cachorro de zorro por el apartamento de Philby en Beirut meses antes de que éste desapareciera en 1963; Smith dijo de él: "Era divertido de una manera elusiva".[167] Para Crowther, la denuncia de Philby fue otro golpe para la reputación de *The Economist*, una confirmación más de que se había vuelto demasiado izquierdista; pero fue una percepción errónea, no solamente porque como reportero Philby había sido lo opuesto a la izquierda, sino también porque los derechistas Crozier y Moss fueron quienes usarían a *The Economist* como su coartada para recolectar y distribuir "información errónea" antisoviética durante el resto de la Guerra Fría. Y si bien ésos fueron los casos más extremos y no éticos, no fueron de ninguna manera los únicos. Entre los editores con vínculos con la inteligencia británica que se remontaban a la guerra se encontraban Donald McLachlan, John Midgley, Elizabeth Monroe y Patrick Honey, y, según un relato, más periodistas incluidos en el Departamento de Investigación de la

[166] "Donald Tyerman to Geoffrey Crowther", 10 de julio de 1963, Layton Papers, TCC, Caja 83.137.

[167] Smith, "Not so Hard Labour", *The Economist, op. cit*.

Información (IRD) trabajaron para *The Economist* que para ninguna otra publicación periódica de Londres.[168] No obstante, era algo doloroso, no sólo porque Philby había defraudado precisamente a esas agencias durante tanto tiempo, sino asimismo porque sus enredos con el peligro y su promiscuidad eran cosa de verdaderos espías, no únicamente cuentos. Por ello, el objetivo de reemplazar a Tyerman se aceleró, pero se le dejó el tiempo suficiente para cometer un pecado final contra el evangelio tal como Crowther lo había establecido, cuando *The Economist* respaldó al Partido Laborista en 1964.

El Partido Laborista, 1964 y todo lo demás

Las elecciones de 1959 habían arrojado el veredicto esperado y *The Economist* lanzaba la pregunta sobre qué político había hecho más para redimir los pecados de su partido: "¿El señor Macmillan por haber descartado las falsas promesas de Suez y la diplomacia de prestigio, o el señor Gaitskell por haber reducido al sentido común las falsas promesas del socialismo inflacionario?" La respuesta fue Macmillan, que "reparó la alianza transatlántica, que Suez había roto, y reconstruyó los puentes de la Commonwealth que habían sido derribados".[169] En contraste, no se podía confiar en el Partido Laborista, ni en el ámbito doméstico —la expansión bajo sus miembros no valía el riesgo de "una libra esterlina vulnerable nuevamente ni del aumento de los precios y los costos" ni del "flujo del crédito", con "las armas al descubierto […] en contra de la City y todas sus obras"— ni en el extranjero, donde su visión parecía ahora borrosa debido a los anhelos de "unas buenas obras misioneras de desarrollo social y crecimiento económico en la Commonwealth y entre los millones de habitantes subdesarrollados del mundo".[170] ¿Qué fue lo que alteró ese juicio cinco años más tarde? En 1964 *The*

[168] Según David Leigh, en la lista de periodistas del IRD hasta 1977 había seis miembros del personal de *The Economist,* es decir, uno más que los de *The Times* o de los de *The Telegraph;* David Leigh, "Death of the Department That Never Was", *The Guardian,* 27 de enero de 1978; Tim Milne, *Kim Philby: A Story of Friendship and Betrayal,* Biteback, Londres, 2014, y Kim Philby, *My Silent War,* Grove Press, Nueva York, 1968, p. 262 [edición en español: *Mi guerra silenciosa*, trad. de Rosalía Vázquez, Círculo de Lectores, Barcelona, 1973). Midgley "estuvo al tanto de información de inteligencia militar durante la guerra, tratando de investigar cuáles eran las intenciones alemanas"; "Obituary", *The Economist,* 4 de junio de 2001. McLachlan, coeditor de la sección sobre el extranjero con Ward de 1947 a 1954, había trabajado en "propaganda negra" durante la segunda Guerra Mundial para la Foreign Office; Monroe fue director de la división de Oriente Medio del Ministerio de Información; Honey, que trabajaba en la sección exterior, era cercano a Crozier y al IRD. Lashmar y Oliver, *Britain's Secret Propaganda War*, *op. cit*., pp. 118 y 115. Elizabeth Monroe, *Philby of Arabia,* Faber and Faber, Londres, 1973, p. 288.

[169] De las críticas dirigidas contra los conservadores respecto al Canal de Suez o por la represión en Chipre, Nyasalandia y Kenia, solamente en las últimas "parecen carecer por completo de un tono de mitigación"; "Thursday's Child", *The Economist,* 3 de octubre de 1959.

[170] *Idem.*

Economist reveló que sentía casi tan poco entusiasmo por los laboristas como por los conservadores, ambos culpables de "imprecisión y timidez". Si bien el Partido Laborista era (apenas) preferible, eso era menos escandaloso que lo que podría indicar la colérica reacción de Crowther: después de 13 años en el poder, los *tories* cojeaban con dificultad y tropezaban de manera estrepitosa durante el periodo previo a unas elecciones cuyo pronóstico era que resultarían ampliamente contrarias a ellos.

Macmillan puede haber ofrecido a los votantes un grado de prosperidad nacional sin precedentes durante su segundo mandato en el cargo, pero en 1961, muy consciente de la persistente debilidad internacional de la Gran Bretaña —el crecimiento era el más bajo entre las economías avanzadas de Europa, las exportaciones como porcentaje del total mundial se encontraban en constante declive y la zona de la libra esterlina era ineficaz como panacea tanto para la Gran Bretaña como para Europa—, inició conversaciones para unirse a la Comunidad Económica Europea con la esperanza de estimular la modernización, y *The Economist* lo respaldó vigorosamente. Cuando dos años más tarde De Gaulle vetó la solicitud, afirmando que la Gran Bretaña quería tener su pastel enfrente y a la vez comérselo —conservando las preferencias de la Commonwealth y, al mismo tiempo, obteniendo acceso al mercado común—, el semanario vociferó ante el complot de "un nuevo Bonaparte" que estaba planeando su regreso a "la Europa de 1810, autosuficiente, francocéntrica, con la puerta cerrada a la nación de tenderos y con la espalda vuelta hacia el Nuevo Mundo"; pero también admitía que los planes económicos del gobierno ya estaban hechos jirones, sin una alternativa clara para llevar a cabo la "vasta reorganización productiva de los recursos, el cambio revivificador de las actitudes mentales" del tipo que los franceses, los alemanes o los japoneses estaban experimentando.[171] Cuando el escándalo Profumo estalló precisamente en ese momento, conmocionó a *The Economist;* no porque el ministro de la Guerra y el agregado naval de Rusia estuviesen teniendo una aventura con la misma dama —"su tradición racionalista y no conformista" les impedía a los redactores investigar esos "detalles lascivos"—, sino porque "un primer ministro de la Gran Bretaña [estaba] a punto de ser derrocado por una mujerzuela de 21 años de edad".[172] La elección del aristócrata escocés *sir* Alec Douglas-Home para ser el sucesor de Macmillan no logró revertir la caída de los conservadores.

Finalmente, ese año Norman Macrae, el editor de economía del semanario, publicó *Sunshades in October: An Analysis of the Main Mistakes in British Economic Policy since the Mid Nineteen-Fifties* (1963), una acusación de la "economía de a detenerse y a avanzar" bajo los *tories* que se unió a un cre-

[171] "Roads to Rome", "Engagement Announced" y "Back to Bonapartism", *The Economist,* 17 de junio y 30 de septiembre de 1961 y 19 de enero de 1963, respectivamente.

[172] "Smut without Fire", "After Mr Profumo", "Prime Minister's Crisis" e "Implications", *The Economist,* 30 de marzo, 8 y 15 de junio y 26 de octubre de 1963, en ese orden.

ciente conjunto de investigaciones estadísticas, panfletos políticos e informes empresariales y sindicales sobre el mismo tema. Macrae argumentaba que la idea tras la economía de "a detenerse y a avanzar" comenzó como una reacción completamente sana al desastroso récord del Partido Laborista de 1945 a 1951, cuando la demanda excesiva se convirtió en una grave crisis económica. El problema era que eso seguía aterrorizando a los economistas incluso después de que dejó de ser un problema, una vez que en 1954 el canciller conservador R. A. Butler desmanteló "la economía de la libreta de racionamiento", dejando que las fuerzas del mercado fijaran con libertad los precios de los alimentos, las materias primas y la construcción, así como los intereses; sin embargo, las crisis monetaria y de balanza de pagos resultantes todavía eran vistas a través de la misma lente y, por ende, requerían el mismo correctivo que antes: la deflación de la demanda. Macrae había sido tan culpable de ello como cualquier otro, dado que en 1954 había instado a los gobiernos a "reducir la demanda en la forma más despiadada" si "acaso los sucesos económicos externos lo hacen necesario", en su artículo más famoso (aunque a menudo mal comprendido), "Mr. Butskell's Dilemma".[173] Diez años más tarde, no obstante, admitió que esos recortes periódicos habían tenido el efecto contrario al buscado: en lugar de mantener bajos los costos por unidad de mano de obra y aumentar las exportaciones, las políticas restrictivas habían elevado los costos y reducido la eficacia, sobre todo en las nuevas industrias de alta tecnología de las que dependía el crecimiento del comercio británico.[174] En un típico giro de expresión, Macrae reflexionó en que los economistas que se aferran a la deflación por motivos teóricos como la única forma

[173] "Mr. Butskell's Dilemma", *The Economist,* 13 de febrero de 1954. Ese canciller multifacético —que combinaba en su personalidad a R. A. Butler, de los conservadores, con Hugh Gaitskell, de los laboristas— se convirtió en leyenda como símbolo del consenso de posguerra sobre la política macroeconómica entre los dos partidos principales; Neil Rollings, "Poor Mr. Butskell: A Short Life, Wrecked by Schizophrenia", *Twentieth Century British History,* vol. 5, núm. 2, enero de 1994, pp. 186-187, 196 y 199. El uso que hace Macrae del término respalda lo anterior, pero sólo parcialmente: por un lado, Macrae acogió con satisfacción la influencia moderadora de "Mr. Butskell" sobre los elementos más irrefrenables de ambos partidos, en particular el laborismo y sus "más graves irresponsabilidades"; por el otro, acuñó el término en 1954 precisamente para señalar un defecto de carácter de ese personaje de vocación consensual: su tendencia a "huir" debido a las "presiones políticas" cuando "los acontecimientos económicos externos" requerían decisiones impopulares, con el fin de restablecer la confianza en la libra esterlina o corregir la balanza comercial. Desde el principio, por ende, el "butskellismo" también se refería a los *límites* del consenso y tenía un tinte de cobardía política: posponía el aumento de la tasa bancaria, los grandes recortes del gasto, la supresión de las demandas salariales o la flotación de la libra esterlina.

[174] Macrae postuló que esas industrias de alta tecnología y mucho crecimiento tenían "una productividad marginal significativamente mucho más alta por factor empleado que el promedio de otras industrias", por lo que, en las condiciones del momento, se había vuelto "rentable en términos económicos inflar la demanda marginal a un grado claramente más alto de lo que solía ser"; Norman Macrae, *Sunshades in October: An Analysis of the Main Mistakes in British Economic Policy since the Mid Nineteen-Fifties,* Allen & Unwin, Londres, 1963, pp. 17 y 25.

(dado el pleno empleo) de evitar que las importaciones aumenten con más rapidez que las exportaciones durante una etapa de auge, eran un poco como unos científicos inteligentes que podían demostrar que "es imposible que un abejorro vuele, porque sus alas son demasiado pequeñas para su cuerpo. En virtud de que un abejorro vuela, desde hace mucho tiempo me ha parecido que es hora de que se vuelva a examinar esta última teoría".[175]

En ese contexto resultó atractivo Harold Wilson, todo "frescura" y "resolución enérgica", cuyos himnos a lo intenso de la actividad de la tecnología eran lo que necesitaba "un país en espera de un milagro económico". En su editorial de apoyo al Partido Laborista, *The Economist* reconoció que, de todos modos, la mayoría de sus lectores votarían por los conservadores, pero por temor, "aunque la decisión más riesgosa, el Partido Laborista —y el señor Wilson—, será la mejor elección que los votantes puedan hacer el jueves". Macrae recordó que, "aunque Crowther y la mayoría del resto de la Junta no estuvieron de acuerdo", casi todos los editores pensaban que "el Partido Laborista posterior a Gaitskell debería volver por un tiempo a ser un partido de gobierno, porque otra ola de oposición durante los años sesenta podría convertirlo en un partido socialista de los viejos tiempos, en lugar de un partido socialdemócrata responsable de la nueva era". La esperanza era que el Partido Laborista pudiera domeñar a los sindicatos, a través del combate a la inflación salarial (el tipo que le preocupaba a Macrae) y con un mejor trabajo que los conservadores para "aumentar el ingreso nacional por todos los medios posibles".[176]

El Partido Laborista y el final del camino

Suez, Cuba, Philby y, en esos momentos, Wilson: Crowther estaba furioso y harto; se negó incluso a considerar a los dos candidatos que Tyerman favorecía como sus sucesores. Midgley y Macrae eran demasiado adeptos al tipo de decisiones editoriales que él detestaba —sobre Cuba y el laborismo, respectivamente— como para lograr tener un auditorio. El presidente buscaba ahora gente de fuera, lo que de manera precipitada y un poco inexplicable lo acercó a Roy Jenkins, entonces un joven parlamentario laborista con cualidades intelectuales como biógrafo de Attlee, Dilke y Asquith, que se inclinaba por eliminar la propiedad pública de la plataforma del partido y por una política de moderación salarial en los sindicatos. Cuando la Junta se rehusó a contratar incluso a un laborista liberal, Crowther hizo presión en favor de

[175] *Ibid.*, p. 28.

[176] Norman Macrae, "Tyerman, Donald (1908-1981)", en *ODNB*. Al gobernar, el Partido Laborista también podría abandonar las anticuadas ideas sobre la planificación y la nacionalización; "The Domestic Choice" y "A Vote of No Confidence", *The Economist,* 3 y 10 de octubre de 1964, respectivamente.

Alastair Burnet, un antiguo editor perteneciente al personal de 1958 a 1963 que había renunciado para convertirse en presentador de noticias en la cadena de televisión ITN. En su carta de recomendación a la Junta, Crowther subrayó, además de su gran encanto personal, dos cualidades que en su opinión hacían adecuado a Burnet; en primer lugar, "es un liberal en el sentido bastante exacto de la palabra, sin que califique para merecer la L mayúscula porque tuviese cualquier vínculo con el Partido Liberal (o con cualquier otro)". Esto era una falsedad típica: Burnet puede haber sido liberal, pero estaba adscrito a los conservadores en el sentido exacto, como miembro y consejero. En segundo lugar, en asuntos exteriores, "cree con firmeza en la política de la Alianza Periodística de América del Norte (NANA, por sus siglas en inglés: North American Newspaper Alliance), sin ninguna de las inclinaciones al neutralismo que, en ocasiones (muy a mi pesar), han sido evidentes en *The Economist* en los años recientes".[177]

Tyerman no mostró amargura por el trato que Crowther le dio y, más tarde, negó que hubiese interferido alguna vez en su trabajo de edición. En su despedida escribió: "Nada me ha hecho desesperar más de la locura humana que los gritos que todavía se escuchan en este país, abucheando a los estadunidenses por ser una amenaza para la paz cuando, en realidad, es un hecho histórico que se convirtieron en su salvador". Por supuesto, eso no significaba que los Estados Unidos fueran infalibles: "Los buenos aliados (pero solamente los buenos) deberían criticarlos con más sinceridad". Más tarde, en 1972, cuando Crowther falleció de manera repentina, siendo un par del reino, cuyo panegírico fue pronunciado en la catedral de Westminster por Lionel Robbins, de la London School of Economics, Tyerman relató sus propios recuerdos del hombre. En *Encounter* subrayó que la amistad de Crowther por Washington nunca hizo que cayera en un conservadurismo reactivo: "Hablando claro, como nunca [fue] un liberal participante en la Guerra Fría, admiraba a Dean Acheson". Para él, "el gran problema respecto a los asuntos del interior no era el antisocialismo, como tampoco lo era el anticomunismo en el extranjero. Era positivo, no negativo: la libertad".

Sin embargo, la distancia que había recorrido *The Economist* desde que Crowther se convirtió en editor en 1939 en vísperas de la guerra era en extremo asombrosa. Al final de su mandato como editor, Crowther se vio reducido a cavilar sobre la relación especial y, en una ocasión, le dijo a Cy Sulzberger, de *The New York Times:* "Las relaciones británicas con los Estados Unidos deberían ser tan voluntariamente sinceras como las australianas con la Gran Bretaña".[178] En 1964 Tyerman simplemente añadió que, al mismo tiempo, la Gran Bretaña debería buscar "la unión más estrecha posible con Europa".[179] Ausente de cualquiera de esas dos reflexiones estuvo la mención

[177] Memorándum de Geoffrey Crowther, julio de 1964, Layton Papers, TCC.
[178] Donald Tyerman, "Crowther and the Great Issues", *Encounter,* mayo de 1972.
[179] Donald Tyerman, "As We Move: 1956-1965", *The Economist,* 17 abril de 1965.

del Imperio o de la Commonwealth, así como la visión de la potencia mundial que acompañó a éstos después de 1945, y que se construiría sobre la base de la inversión extranjera a ser distribuida por la City. La Gran Bretaña podría tener que aceptar una intervención subsidiaria en la defensa del liberalismo en todo el mundo en las siguientes fases de la Guerra Fría; pero no *The Economist:* en el caso de este último, era posible una verdadera asociación, en la que el semanario proporcionaría el mejor servicio de inteligencia a la nueva potencia imperial del otro lado del océano, en una lucha hasta su amargo final contra el comunismo.

Tercera Parte
PAX AMERICANA

VII. LIBERALES PARTICIPANTES EN LA GUERRA FRÍA

El nombramiento de Alastair Burnet marcó un hito para *The Economist,* que inició un giro brusco y permanente hacia la derecha, y asimismo hacia los Estados Unidos, bajo su mando. Habiendo sido el primer conservador pagado por editar el semanario, su mandato se vio marcado por el apoyo incondicional a la guerra contra Vietnam, donde los Estados Unidos intensificaron su asalto contra el Norte justo cuando Burnet asumió el poder, en 1964. Los cambios que el nuevo editor anunció fueron generacionales: de Bagehot al más joven Crowther, los editores habían considerado al Partido Liberal como su referencia central, como la institucionalización del liberalismo; a partir del ingreso de Crowther, después de 1938, y hasta el de Tyerman, después de 1956, la mayoría del personal —Ward, Kyle, Midgley, Monroe y Smith— se había formado mediante la segunda Guerra Mundial, cuando el "centro extremo" abarcaba toda la planificación económica, se tenía en alta estima el *New Deal* y la Rusia soviética seguía siendo un aliado, con toda la mezcla de actitudes que acompañaron a ese breve paréntesis. A partir de Burnet, *The Economist* se ha elaborado en su mayor parte solamente con productos de la Guerra Fría, sin asimilar ninguna experiencia adulta de lo que la precedió. (El editor adjunto Norman Macrae fue la principal excepción, cronológicamente, pero sus recuerdos de la infancia del Moscú del decenio de 1930 le sirvieron como una premonición de la misma mentalidad.) Más que cualquier cuestión particular de política económica —e incluso a pesar de que el capitalismo global cambió de manera drástica a lo largo de 30 años y el auge de la posguerra se fue desvaneciendo hasta tornarse una larga recesión antes de la conmoción neoliberal—, fue la lucha política entre el liberalismo y el comunismo lo que estructuró la cobertura editorial en *The Economist*.

El "show" de Burnet[1]

El obituario de Burnet —fallecido en 2012— que se publicó en el semanario comenzaba así: "Pocos editores de *The Economist* han sido rostros famosos". Después de ser reportero de política de la productora de informativos Independent Television News (itn), ya como editor continuó cubriendo las elec-

[1] Alusión al programa de televisión estadunidense "The Carol Burnett Show". [N. del T.]

ciones generales y la monarquía y, en 1967, comenzó a ser el presentador del noticiario *News at Ten* ("Noticiario de las Diez"). Sus pequeños ojos somnolientos se encontraban bajo unas espesas cejas que se fruncían, imploraban, adulaban o se alzaban con aire de superioridad, dependiendo del tema, el todo coronado por una tupida melena que se volvía gris con el tiempo pero que nunca perdió altura. Un colega lo describió como un proto-Jeremy Paxman, el periodista de la BBC de Londres famoso por dejar atolondrados a los políticos y a las estrellas pop, así como por dirigir documentales patrióticos que celebraban el peculiar lado del carácter británico. Burnet era incluso más tranquilizante que eso; para los estadunidenses, algo así como una mezcla de Walter Cronkite y Barbara Walters: como el primero, fue lo suficientemente portentoso como para convocar seis veces a elecciones nacionales entre 1964 y 1987 y para narrar el alunizaje, aunque con menos circunspección: "Hela ahí, la vieja Luna, sobre la que saltó la vaca". Por otra parte, disfrutaba el cálido brillo de la familia real, narrando sus bodas, sus nacimientos, sus funerales y sus rituales diarios en libros y en programas especiales de televisión, en ocasiones con una deferencia vergonzosa: hallándose sin falta a la mano en la boda del príncipe Carlos con Diana Spencer, mientras ella descendía por la escalinata de la catedral de Westminster remolcando la cola de casi ocho metros de su vestido, exclamó: "Si hay algún corazón que no haya sido conquistado por ella hoy, ya puede tener la bondad de rendirse ahora". Olfateando las flores en el nonagésimo cumpleaños de la reina madre, que había hecho la observación de que era un día en un millón, se escuchó a Burnet decir fuera de cámara: "¡Ha alegrado los corazones por millones de días!" *Private Eye*, el semanario satírico, lo apodó "Arse-licker Burnet" ("el Lameculos Burnet"), y el programa de televisión de corte satírico *Spitting Image* le asignó su propia marioneta: en un segmento, "en privado, en persona, increíblemente aburrido, un año en la vida de *sir* Alastair Burnet", su sosia se prepara para una semana de "adulación y servilismo, si puede encajarlos en su apretada agenda de lamer y chupar botas", mientras se aferra a una lata de aceite y a un rollo de papel higiénico; en otro segmento, Carlos y Diana caminan a lo largo de una interminable alfombra roja que resulta ser su lengua.

A pesar de su interés por lo que él llamaba "gente sencilla", los antecedentes de Burnet eran comunes en un editor: nacido en Sheffield en 1928 de padres escoceses, su padre era un ingeniero que abrigaba esperanzas de que su hijo jugara al críquet en Yorkshire. Burnet fue a la Methodist Leys School, en Cambridge, y posteriormente al Worcester College, en Oxford, donde estudió historia, pero rechazó un título de segunda clase, creyendo que merecía uno de primera. En 1958, después de haber pasado algunos años en el diario *The Glasgow Herald,* comenzó su primera temporada en *The Economist*. Burnet no se tomaba a sí mismo demasiado en serio. Uno de los mayores impactos que causó en el semanario fue que éste tampoco lo hacía. Presidía las reuniones con un "gin and tonic", hacía imitaciones y encargaba

piezas sobre sus deportes favoritos. Las portadas reproducían chistes visuales y verbales pegadizos, con leyendas y globitos de historieta que desinflaban con suavidad a los líderes mundiales, como *Private Eye* para la clase gobernante. En la Navidad de 1967 incluyó a Harold Wilson, del Partido Laborista, disfrazado de Papá Noel con la leyenda: "Pero no traigo o no me dieron la bolsa";[2] a Edward Heath, el líder de los *tories,* en su velero, con la leyenda: "Entonces, ¿cuál es mi desventaja para 1970?"; en 1972, alrededor de Año Nuevo, a Richard Nixon chapoteando entre las olas, con la leyenda: "Espero no tener que caminar sobre ellas este año".[3] En algunas otras adoptó incluso posiciones imbuidas de principios morales; cuando a las personas de África Oriental de ascendencia asiática titulares de pasaportes británicos se les negó la entrada a la Gran Bretaña en 1968, plasmó la imagen de un pasaporte británico en una pila de basura con la leyenda: "Si eso es lo que vale". La circulación aumentó junto con la desenvoltura: 60% en 10 años, hasta 123 000 ejemplares. Un periodista recordaba: "*Realmente* trabajaba duro, y, desde las seis de la tarde hasta la una de la mañana, se iba a hacer televisión. Su vida privada se resintió, pero no el semanario".

Al mismo tiempo, Burnet era un conservador activo que adquirió mayor estatura en el seno del partido gracias a su dirección editorial. En febrero de 1974, cuando el Sindicato Nacional de Mineros desafió al gobierno y se declaró en huelga, Burnet fue uno de los que aconsejaron a Edward Heath, el primer ministro del momento, que convocara a elecciones, y desayunó con él todas las mañanas durante la campaña que siguió. Un año después, en el título de su discurso en el Centro Político Conservador, mostró su conmoción por el resultado: la pregunta ya no es "¿*Quién* gobierna?", sino "¿*Es* gobernable la Gran Bretaña?" Su respuesta fue la de un moderado que creía que dos pasos podrían salvar la situación: reunir una coalición para lograr el consenso en torno a unas reformas sensatas y obligar a los sindicatos a celebrar elecciones competitivas, "más importantes que cualquier elección parlamentaria para cubrir un escaño, y más importantes que la mayoría de las elecciones por el gobierno de una ciudad o de un condado". Terminó con una advertencia a quienes estaban en favor de un asalto más frontal a la mano de obra, ya reunidos en juntas de grandes expertos estratégicos, como el Instituto de Asuntos Económicos o el Centro de Estudios Políticos, donde Thatcher estaba empapándose de gran parte del programa neoliberal que llevó al número 10 de Downing Street cuatro años más tarde:

[2] En el original, "But I haven't got the sack", que encierra a la vez dos significados: que Santa/Wilson, en tiempos de escasez, no ha brindado la prosperidad ("No traigo un saco con regalos para alegrar a la gente") y que, pese a su deslucida actuación política, no ha merecido el despido ("Pero no me dijeron que agarrara mis cosas"). [N. del T.]

[3] En inglés se usa, *the sea* que suele figurar en frases que expresan la idea de que uno se enfrenta a un mar de dificultades o no puede apreciar con claridad la naturaleza de determinado fenómeno. [N. del T.]

> Creo que, en la decisiva batalla política de esta generación, sería ruinoso para el Partido Conservador adoptar las políticas del estudio, caer en la tentación de una visión académica del desempleo […] La gente aceptará mucho más si puede estar segura de que la intención de un gobierno es que los ingresos reales vayan en aumento de lo que lo hará si supone que el monetarismo […] es la única fórmula. No deberíamos suponer que todos en la Gran Bretaña se han convertido a las útiles doctrinas del doctor Milton Friedman o que, aun cuando lean *Newsweek,* alguna vez hayan oído hablar de él.[4]

Brian Beedham, Robert Moss y Vietnam

Las múltiples ocupaciones de un editor que era una celebridad dieron mucha más libertad a sus dos subdirectores, Brian Beedham y Norman Macrae, cada cual igualmente influyentes en su campo y ambos convencidos de que el capitalismo liberal debía luchar contra el comunismo hasta el día del Juicio Final. ¿Cómo representó *The Economist* los campos de batalla del Imperio estadunidense, que llevó ese combate directamente a la línea del enemigo, y cuáles fueron las implicaciones para la democracia? De 1965 a 1989, las respuestas las dio el severo, dominante y elocuente Brian *Bombero* Beedham, cuyas fotos de autor lo muestran vestido como un analista de inteligencia estadunidense retirado con un elegante suéter sobre la camisa y la corbata, con gafas de aviador y barba. Temido y respetado —aunque nunca agradó mucho, según lo prueba que estuviera a punto de ser editor dos veces sin lograrlo—, Beedham comenzó como una gran parte del personal desde la época de Crowther: en 1952, con una beca para Oxford y, posteriormente, con una de la Commonwealth Fellowship para ir a los Estados Unidos. Allí recibió sus primeras lecciones de atlantismo en 1956, cuando recurrió al agregado militar británico en Washington para alistarse con el propósito de participar en el asalto al Canal de Suez. El agregado le colgó el teléfono, y el patriota Beedham dedujo dos cosas de una expedición que terminó casi con la misma brusquedad: Londres ya no podía actuar en el extranjero sin el permiso de los Estados Unidos, pero lo que *sí podía hacer* era despertar a ese país para hacerle ver sus responsabilidades como el nuevo policía del mundo.

[4] Característicamente, su análisis comenzó con bromas sobre "la llegada al poder del señor Paul Foot, la señorita Vanessa Redgrave o los señores Eric Arthur Tomlinson y Des Warren" [respectivamente, un periodista de investigación y miembro del Partido Socialista de los Trabajadores (SWP por sus siglas en inglés, correspondientes a Socialist Workers Party), la muy célebre actriz de *Blowup,* el ingeniero de grabación a cargo de la música para una larga serie de películas y el trabajador de la construcción y sindicalista encarcelado por intimidación, en cada uno de quienes el apellido era o es el mismo que el de alguno de los miembros del gabinete de Margaret Thatcher (T.)], y terminó con la última línea de un poema infantil de Ogden Nash: "Let's Not Despair" ("No desesperemos"). Alastair Burnet, *Is Britain Governable?*, Conservative Political Centre, Londres, 1975, pp. 21-22.

Así, al año siguiente, Beedham se reincorporó, en cambio, a *The Economist,* donde Brian Crozier, el único otro defensor de Suez, le dio la bienvenida. Crozier dejó el semanario en 1964, pero continuó ejerciendo su influencia a través de Beedham, quien en 1970 también contrató como corresponsal a Robert Moss —el protegido de Crozier—, de 23 años de edad. Crozier había quedado tan impresionado al conocer al joven australiano el año anterior, que le había pedido a Moss que redactara el informe inaugural de su nuevo Instituto para el Estudio de los Conflictos, creado para "poner al descubierto" la distensión con la Unión Soviética o *détente* como un fraude y para "salvar a la Alianza Occidental".[5] A primera vista, Moss podría haber parecido un contraste entrañable con su mentor, carente del sentido del humor: tenía un rostro regordete, vestía una gabardina beige con volantes, fumaba cigarros puros, mezclaba martinis secos y "le agradaba el olor a cordita de la mañana", dijo Crozier de él, haciendo su mejor esfuerzo al estilo James Bond. Durante sus 10 años en *The Economist,* Moss continuó escribiendo para el ISC de Crozier, financiado por la Central Intelligence Agency (CIA, por sus siglas en inglés) —y que también recibía dinero de multinacionales como Shell y British Petroleum— y para la Forum World Features (una especie de Associated Press de la "desinformación"), usando con frecuencia tanto el semanario como la columna *Foreign Report* como tapaderas para el trabajo pagado por las agencias de inteligencia y la siembra de historias falsas.[6]

Beedham dio rienda libre a Moss, con resultados asombrosos. En 1979, en un jactancioso folleto escrito para la revista y descrito por dos periodistas de investigación como "una columna de chismes del mundo de la inteligencia", se hacía esta aseveración: "*Foreign Report* es único, porque pronosticó casi con exactitud el día de los golpes de Estado en Grecia en 1967 y en Chile en 1973".[7] En 1980 Moss dejaría *The Economist,* llevándose consigo un aura de autoridad que únicamente ese semanario podría haberle proporcionado; se convirtió en asesor de Margaret Thatcher, que en sus memorias agradeció al "editor del *Foreign Report* de *The Economist,* experto en seguri-

[5] Beedham se incorporó a *The Economist* en 1955 procedente de *The Yorkshire Post,* pero solamente estuvo en el semanario durante unos meses antes de partir a los Estados Unidos; en 1958 se convirtió en su corresponsal en Washington; "Brian Beedham: The Pipe Smoking Warrior", *The Economist,* 16 de mayo de 2015. Crozier citó una "divertida carta de Brian Beedham" en la que éste se refería "a las acusaciones de que B. C. [Brian Crozier] trabajaba para la inteligencia británica"; carta del 14 de enero de 1969, en Brian Crozier Papers, HIA, Caja 2, Carpeta 2. Moss tenía una carta de presentación de su suegro, Geoffrey Fairbairn, miembro fundador junto con Crozier del Instituto para el Estudio de los Conflictos y profesor de la Australian National University. Según su propio relato, Moss fue un prodigio con un puesto académico en historia antigua; pero, frustrado con los "'teutonismos', el complejo lenguaje y las notas a pie de página", decidió emigrar a Londres en busca de más emociones; Crozier, *Free Agent…, op. cit.*, p. 98.

[6] Russell Warren Howe, "Asset Unwitting: Covering the World for the CIA", *MORE,* mayo de 1978; "The CIA's 'Students' of Conflict", *Embassy Magazine*, octubre de 1976; Andy Weir y Jonathan Bloch, "Robert Moss", *Covert Action Information Bulletin*, diciembre de 1979, p. 13.

[7] Weir y Bloch, "Robert Moss", *op. cit*., p. 13.

dad y asuntos estratégicos", por redactar su famoso discurso "La Dama de Hierro" en el que, en 1976, advertía de "la sovietización de la Gran Bretaña". Thatcher señaló con calidez que Moss también estaba "destinado a ser un novelista bendecido con *best-sellers*", con una electrizante novela de espías que se leía como su periodismo para *The Economist,* pero con salpicones de violencia y sexo pornográfico (que ella no mencionó).[8] Moss sufrió un colapso nervioso unos 10 años más tarde, al final de la Guerra Fría; hoy es un "chamán de los sueños" en el norte del estado de Nueva York y aconseja a las personas sobre cómo visitar en sueños a familiares y a dirigentes mundiales muertos, y su historia captura parte del ascendiente obsesivo que ejerce ese conflicto sobre el semanario a cuya edición él y Beedham contribuyeron de manera tan fundamental.

Ningún tema definió el enfoque de Moss y Beedham más que Vietnam, donde, en 1954, los Estados Unidos comenzaron a asumir la función de los derrotados franceses, subvencionando a un frágil y represivo Estado clientelar en el sur mientras combatía contra los comunistas, allí y en el norte, con el fin de evitar la reunificación del país bajo Ho Chi Minh. Para Hugh Brogan, escritor del semanario y futuro historiador, la cobertura que hizo *The Economist* de la guerra a principios de la década de 1960 fue "pura propaganda de la CIA", en la que el semanario afirmaba que Vietnam del Sur estaba prosperando bajo Ngo Dinh Diem, su primer ministro instalado por los Estados Unidos: "El arroz se puede exportar de nuevo; los impuestos agrícolas han disminuido; la educación, el saneamiento y la salud han mejorado enormidades", y "la gran masa del pueblo, que ya no tiene hambre ni está profundamente interesada en los conceptos occidentales del liberalismo filosófico y la democracia parlamentaria, no es comunista".[9] Cuando Brogan se opuso a tales historias, en particular a la rosada descripción de la vida en las "aldeas estratégicas" —campos de concentración a los que se dio una nueva imagen y a los que los campesinos estaban siendo arreados a punta de pistola—, Barbara Cruikshank suspiró y dijo: "Pero es tan bueno tener buenas noticias para variar". Quizá los campos de concentración tenían "defectos en la práctica", admitió el semanario en 1963, pero eso podía solucionarse: encerrar a los agricultores para alejarlos de los comunistas (en su opinión, no se podía ser ambas cosas) era el comienzo correcto, pero los estadunidenses deberían aprender de "los franceses aquí hace 10 años y de los británicos en Malaya"

[8] Thatcher quería denunciar de manera enérgica a la Unión Soviética a la luz de lo que consideraba un apoyo estadunidense insuficiente a las "fuerzas anticomunistas" en Angola; un borrador del discurso de Reginald Maudling, su propio y grisáceo secretario de Asuntos Exteriores, le había parecido "tan débil que no le quitaría la nata a un arroz con leche"; Richard Ryder, su secretario político y posteriormente vicepresidente de la BBC de Londres, la remitió a Moss, quien "resultó ser una opción ideal"; véase Margaret Thatcher, *The Path to Power,* Harper Collins, Londres, 1995, p. 361, y Charles Moore, *Margaret Thatcher: The Authorized Biography*, vol. 1, *Not for Turning,* Allen Lane, Londres, 2013, p. 134.

[9] "Mr. Diem's Critics Speak Out", *The Economist,* 7 de mayo de 1960.

lo imperativo que era para los hombres blancos mantenerse fuera de la vista: "Deberían proporcionar los medios materiales y técnicos para ganar la guerra, pero dejar la guerra a los vietnamitas", porque sólo "ellos pueden mezclarse con la población como peces en el agua".[10]

Los artículos sonaban más a charlas estimulantes que a análisis desapasionados. Para Beedham, la ofensiva Tet, lanzada desde el norte y desplegada a lo largo del sur en 1968, fue "un intento, realizado con un arrojo táctico en verdad brillante, de forzar un acuerdo antes de que sea demasiado tarde" pero condenado al fracaso. "La opinión estadunidense en casa se ha endurecido en apoyo de la guerra. Las estadísticas se vuelven en contra de los comunistas en los casos importantes."[11] Dos números del semanario más tarde hubo alarma cuando, en cambio, la ofensiva pareció poner los nervios de punta, porque el Viet Cong irrumpió en la embajada de los Estados Unidos en Saigón y el número de muertos entre las fuerzas estadunidenses comenzó a aumentar a 15 000 en un año: "Los estadunidenses admitirían que habían sido derrotados por la técnica de la guerra de guerrillas aplicada por una minoría de la población de un pequeño país asiático, lo cual afectaría la manera como los hombres de Moscú harán sus planes para el futuro".[12] En cuanto a la masacre de My Lai —en represalia por la ofensiva Tet—, que trajo como saldo el asesinato de alrededor de 500 niños, ancianos y mujeres desarmados (muchas de estas últimas también fueron violadas) por los marines estadunidenses, el semanario la consideró un incidente aislado, "variaciones menores sobre la falibilidad general de los hombres en guerra", y se deshizo en alabanzas a la libertad de prensa occidental por sacarlo todo a la luz: "Lo sanguinario de esa guerra es innegable; pero es difícil detectar en el lado estadunidense algo que pueda considerarse como una política de atrocidades".[13]

La decisión del gobierno de Nixon de apuntar a Camboya en 1969, bombardeándola de manera exhaustiva con el mismo pretexto que utilizó en Laos (donde cinco años de cañoneos habían provocado que grandes territorios quedaran inhabitables y más de una cuarta parte de la población se quedase sin hogar), y, después, de invadirla dio lugar a tensiones en *The Economist*… ¿con qué resultado? En 1970 el semanario comenzó afirmando: "Nadie quiere despertar el espectro de un segundo Vietnam; pero si el nuevo gobierno camboyano se ve amenazado por un ejército extranjero, a diferencia de una rebelión local, el señor Nixon, cualquiera que sea su renuencia,

[10] La táctica de la guerra de guerrillas, las falsas citas de Mao, las distinciones raciales, todo apunta a Crozier; "Vietnam's Lessons", *The Economist,* 9 de noviembre de 1963. Todavía en 1966 un corresponsal especial elogió las "aldeas rehabilitadas", donde "los budistas trabajan con budistas" y "los entusiastas jóvenes sargentos de pelotón estadunidenses" intentan "comunicarse con los entusiastas jóvenes dirigentes de las aldeas de Vietnam del Sur"; "Hope for the Hamlets", *The Economist,* 18 de junio de 1966.

[11] "This Is It", *The Economist,* 3 de febrero de 1968.

[12] "If He Gets to Saigon", *The Economist,* 17 de febrero de 1968.

[13] "The Only Innocents", *The Economist,* 29 de noviembre de 1969.

tendrá que considerar las consecuencias de no apoyarlo".[14] Ese mes, Nixon anunció su "incursión camboyana". El semanario incluso criticó a Henry Kissinger, el arquitecto principal de ese plan en su calidad de asesor de Seguridad Nacional, por cocinar la paz con los norvietnamitas en octubre de 1972 en términos demasiado laxos. Fue algo extraordinario escribir sobre ese plan de paz, que Hanói aceptó después de muchas concesiones y millones de muertos, solamente para ver a Nixon dejar todo hasta después de las elecciones estadunidenses (apostando, por consejo de un encuestador, a que eso le haría ganar más votos), mientras ordenaba el bombardeo exhaustivo de Hanói y Haiphong:[15] "No hay ninguna razón por la que un liberal deba aceptar que los dos Vietnams deban reunirse hasta que se haya demostrado que la mayoría de los habitantes de ambos o, al menos, los de Vietnam del Sur, desea que sea así". Hasta que eso fuese cierto, había que dejar que las bombas cayesen donde fuese.[16]

Beedham era igual de implacable a la hora de combatir las críticas a la guerra, que aumentaron a medida que se desvanecían las perspectivas de ganarla; en la Gran Bretaña presionó al gobierno laborista de Wilson para que "apoyara de manera más clara y práctica la posición estadunidense".[17] No obstante, Wilson se mostró de verdad inquebrantable y ofreció no sólo apoyo moral a Lyndon B. Johnson, sino también entrenamiento, suministros, inteligencia de señales y apoyo desde las bases británicas en Hong Kong y Malaya. Si se rehusó a decirlo en público o a acceder a la presión para enviar botas británicas al terreno, fue por temor a dividir al Partido Laborista, cuya ala izquierda lo urgió a condenar los bombardeos estadunidenses indiscriminados de civiles en ciudades y pueblos del norte en junio de 1966, en una postura que enfureció a *The Economist*:[18] "Si los británicos quieren, pueden renunciar al intento de influir en la política estadunidense; pueden sentarse en la banca y hacer trompetillas". En lugar de eso, deberían respetar la relación especial, cuyas reglas eran simples: la Gran Bretaña debe "estar de

[14] "Even Neutrals Need Guns", *The Economist,* 4 de abril de 1970.

[15] Marilyn Young, *The Vietnam Wars 1945-1990*, Harper Collins, Nueva York, 1991, pp. 274 y 268.

[16] "Aunque no va a hacer su política el bombardearlos hasta hacerlos retroceder a la edad de piedra —esa frase brutal utilizada hace años por un estúpido general estadunidense y que tan a menudo se pone en boca de otros coterráneos suyos desde entonces—, puede causar un daño enorme a Vietnam del Norte. Tienen que calcular bien lo que hagan"; "The Peace That Wasn't", *The Economist,* 23 de diciembre de 1972; véase también "It Is a Real Issue" y "The Ritual Becomes Real", *The Economist,* 19 de agosto de 1972 y 15 de julio de 1973, respectivamente.

[17] Washington estaba haciendo la misma buena obra que Londres había hecho en los años cincuenta en Malaya: "demostrar a los países momentáneamente intoxicados con su propio poder y su inspiración revolucionaria que hay un momento en el que sus acciones encontrarán resistencia"; "The Narrow Channel" y "In the Face of Adversity", *The Economist,* 8 de agosto de 1964 y 9 de enero de 1965, en ese orden.

[18] Rhiannon Vickers, "Harold Wilson, the British Labour Party, and the War in Vietnam", *Journal of Cold War Studies,* vol. 10, núm. 2, abril de 2008, pp. 47-50.

acuerdo con los principales objetivos de la política exterior estadunidense a cambio del derecho de hacer que los estadunidenses vuelvan a tomar el rumbo correcto. Es un intercambio justo".[19] Era una tontería despotricar sobre el "imperialismo estadunidense": "¿Cómo puede alguien de este lado de la locura suponer que las tropas estadunidenses que luchan en los arrozales de Vietnam pueden aumentar su producto nacional bruto real en casa en un solo céntimo?" Los estadunidenses eran las *verdaderas víctimas,* estando allí por "razones altruistas […] los comunistas son la fuerza en movimiento en la región". Beedham no podía imaginar que los estudiantes "se viesen tentados a gritar insultos a la embajada de los Estados Unidos en Grosvenor Square", donde las grandes marchas de la Campaña de Solidaridad con Vietnam convergieron en 1968.[20] Por lo demás, cuando los Papeles del Pentágono fueron publicados por *The New York Times* en 1971, agrupó al diario con el mismo tipo de estudiantes que faltaban a sus clases, y, aplazando el momento de pronunciarse sobre lo revelado por dichos documentos acerca de las mentiras presidenciales que iban de Truman a Johnson, Beedham sostuvo que éstas no alteraban los méritos de la guerra de Vietnam y que, en realidad, eran necesarias: "Hay razones poderosas por las que los gobiernos democráticos rara vez son particularmente abiertos con su pueblo al borde de la guerra". ¿La más poderosa de esas razones? Una "*intelligentsia* liberal" que "prefiere no enfrentarse a la posibilidad de la guerra hasta que no vea el cuchillo en su propia garganta": pacifistas, apaciguadores, el tipo de gente que se había tendido de espaldas ante el káiser y Hitler.[21]

La idea de que podría estar justificado mentir a los ciudadanos informaba ahora no solamente el contenido sino también la fuente y la edición de las noticias del extranjero en *The Economist;* Johnny Grimond recordó: "Nunca hubo debates sobre Vietnam en las reuniones de los lunes. Simplemente, Beedham ejercía demasiado dominio sobre todos, así que la invasión de Camboya podría salir a relucir, pero nunca la guerra en sí".[22] Tampoco se limitaba esto al Sudeste Asiático, apenas un frente más en una guerra más

[19] "How Not to Influence the Americans", *The Economist,* 9 de julio de 1966.

[20] "Who Whom?", *The Economist,* 28 de octubre de 1967.

[21] Para ser claros sobre los paralelismos: "Fueron personas así las que el 3 de agosto de 1914 oyeron a *sir* Edward Grey explicar el argumento en favor de la guerra […] y todavía podían creer, incluso entonces, que Alemania estaba dispuesta a respetar la integridad de Bélgica y que el verdadero problema era el 'descabellado deseo' de la Gran Bretaña de mantener el equilibrio de poder. Fue el mismo tipo de opiniones lo que retrasó el rearme en los años treinta hasta unas pocas semanas después de que fuera demasiado tarde y que después hizo que Chamberlain saltara a través del aro de Múnich"; "The Way We Go to War" y "Voices", *The Economist,* 26 de junio y 10 de julio de 1971, respectivamente.

[22] El semanario respaldó la guerra mucho después de que casi todos los demás difusores importantes de noticias de Londres habían dejado de hacerlo por considerarla una causa perdida. Para muchos, eso sucedió en 1965, cuando los Estados Unidos comenzaron a bombardear con fuerza el Norte, incluso con napalm y clorobenzilideno malononitrilo, el gas lacrimógeno conocido como gas CS.

vasta, como explicó Beedham en un debate especial con editores extranjeros del semanario polaco *Polityka* en 1965: "Si nosotros, en Occidente, aceptamos la existencia en Europa de una línea más allá de la cual no hay caza furtiva, entonces ustedes deben aceptar una línea similar en Asia"; porque

> si, en nombre de las "guerras de liberación nacional", apoyan el uso de la violencia para cambiar el régimen en Vietnam del Sur, ¿cómo podemos hacer un llamamiento a otros pueblos para que se abstengan de recurrir a la violencia en la búsqueda de la "liberación" en otros lugares: los paquistaníes respecto a Cachemira, los austriacos respecto al Tirol del Sur… y, al final, quizá, los alemanes del Oeste respecto a la Alemania del Este?[23]

Los enemigos: de Suharto a Allende

The Economist aplicó la implacable lógica de la Guerra Fría de Beedham para cubrir toda la tierra. En Indonesia había mucho en juego, al igual que la necesidad de mantener el secreto sobre la intervención de Occidente: en ese caso, 54 000 soldados británicos combatiendo por Malasia, una entidad federal cuyas fronteras habían sido trazadas por Londres en 1963, provocando enfrentamientos inmediatos con Yakarta por ellas. Beedham buscaba que hubiese una guerra física y psicológica para "frenar" a Sukarno —el primer presidente de Indonesia, de mentalidad independiente, cuyo dominio del poder descansaba parcialmente en el Partido Comunista de Indonesia (PKI)— y en 1964 lo explicó en esos términos a *The Salt Lake Tribune* en el apogeo de la "Konfrontasi" (la confrontación indonesio-malaya): la campaña de guerrillas en las selvas del norte de Borneo dirigida contra los antiguos territorios británicos de Sarawak y Sabah era grave, pero de un tipo al que una escalada modesta —digamos, una "infiltración de guerrilleros entrenados por los británicos en Sumatra" para " recordarle a Sukarno que el juego de la guerra de guerrillas puede ser jugado por dos"— podría poner fin, "porque hay señales de que el doctor Sukarno les preocupa tanto al presidente Johnson y a Dean Rusk, el secretario de Estado, como a los británicos".[24] Por supuesto, el pro-

[23] "Vietnam: An Argument with the Poles", *The Economist,* 11 de diciembre de 1965. La primera carta de la semana siguiente decía: "Cualquier lector imparcial de vuestra polémica con los polacos debe llegar a la conclusión de que los polacos salen mejor librados"; en la segunda se decía que *The Economist* había cedido demasiado terreno a [la revista] *Polityka* al conceder que Vietnam del Sur no era realmente una democracia: "Decís que el gobierno de Vietnam del Sur rompió su compromiso de celebrar elecciones en 1956; pero no asumió tal compromiso, no fue parte de los acuerdos de Ginebra de 1954 y, en realidad, se disoció marcadamente de ellos en ese momento"; esta última carta fue firmada: "Sinceramente suyo, Brian Crozier"; *The Economist,* 18 de diciembre de 1965.

[24] Brian Beedham, "*The Economist* on Today's World: Sukarno Must Be Checked to Prevent Worse Trouble", *The Salt Lake Tribune,* 18 de enero de 1964. "Para cualquiera que haya descu-

pio Beedham participaba en el negocio de la guerra psicológica, escribiendo historias con la ayuda de Crozier y el Departamento de Investigación de la Información: en 1965, acusó a Sukarno de "intentar apaciguar a los comunistas indonesios, incluso para legarles la sucesión". Con ese pretexto, el general Suharto derrocó a Sukarno ese año, acorralando y asesinando a medio millón de comunistas y presuntos comunistas; los británicos y los estadunidenses proporcionaron una lista de nombres y otros tipos de ayuda a Suharto, mientras descendía sobre la democracia indonesia un sangriento telón que duró 30 años. Durante esos 30 años siguientes, el semanario ensalzó de manera constante a Suharto y blanqueó sus crímenes: redujo al mínimo la importancia de las protestas estudiantiles contra su "aplazamiento" de las elecciones y, durante 1968 y 1969, alabó su reforma del ejército como una "fuerza de acción policial de rápido desplazamiento", en 1975 justificó su invasión de Timor Oriental y en 1987 legitimó la victoria de su partido Golkar como "relativamente pacífica" y "convincente" y elogió su gestión económica.[25]

The Economist se abstuvo de criticar las intervenciones de los Estados Unidos, incluso en las raras ocasiones en que violaron su límite mínimo de respeto por las sutilezas democráticas: como en 1965, cuando Johnson envió a 42 000 infantes de marina a la República Dominicana en lo que el semanario llamó un "movimiento reflexivo", para luego excusarlo como un malentendido perdonable del "país más responsable del mundo internacionalmente". Admitió que la mayoría de los oficiales rebeldes de Santo Domingo no eran comunistas castristas, sino partidarios de Juan Bosch, el "izquierdista democrático", irritados por una junta militar corrupta que lo había destituido

bierto la región por primera vez a través de las historias de Joseph Conrad y Somerset Maugham, es difícil darse cuenta de que la maraña de islas que ahora llamamos solemnemente Indonesia y Malasia son el escenario de algunos acontecimientos muy peligrosos": Sukarno era una amenaza incluso mayor que Nasser y podía provocar una nueva crisis de Suez, mientras que Washington había tenido razón al oponerse a aquella aventura "melodramática"; en el caso de Sukarno, la Gran Bretaña podía encabezar una guerra de "baja intensidad", con los mismos objetivos básicos que los Estados Unidos en el cercano Vietnam.

[25] *The Economist* calculó como altas las probabilidades de la destitución de Sukarno por unos políticos y soldados "más responsables", siempre y cuando la Gran Bretaña ayudase a Malaya; "In the Face of Adversity" y "Sukarno Confronted", *The Economist,* 9 de enero y 25 de diciembre de 1965, respectivamente. En lo tocante a los esfuerzos de la subversión, véase Lashmar y Oliver, *Britain's Secret Propaganda War*, *op. cit.*, pp. 1-10, y William Roger Louis, *Ends of British Imperialism: The Scramble for Empire, Suez, and Decolonization,* I. B. Tauris, Londres, 2006, pp. 569-571. Respecto a una cobertura representativa de Suharto, véase "Low Posture for ASEAN, High Posture for Suharto", "Suharto Reshapes His Army", "Choreography by Suharto" y "Suharto and the Reins of Power", *The Economist,* 23 de marzo de 1968, 8 de marzo de 1969, 18 de octubre de 1975 y 17 de marzo de 1990, en ese orden. [ASEAN son en inglés las siglas correspondientes a Association of Southeast Asian Nations: Asociación de Naciones del Sudeste Asiático. (T.)] Apenas en 1998, *The Economist* le pidió que dimitiera: su "rigidez y autocracia" habían sido necesarias para hacer de Indonesia "una potencia regional próspera", pero el crecimiento continuo requería ahora "flexibilidad y democracia"; "Stand Down Suharto", *The Economist,* 17 de enero de 1998.

de la presidencia dos años antes.[26] En Grecia deploró el "golpe de Estado de los coroneles" y lo consideró una "estupidez trágica" antes de las elecciones programadas para abril de 1967, pero negó que la CIA hubiese tenido algo que ver en la conspiración… incluso cuando, en *Foreign Report,* se informó con bastante franqueza sobre los objetivos de su intervención: evitar que la Unión de Centro liderada por Yorgos Papandréu ganase las elecciones e instalar en su lugar al general Geórgios Papadópoulos, un antiguo colaborador nazi y, ya para entonces, agente de la CIA, y a otros generales.[27] Ese mes de mayo, con un tono diferente, el semanario aplaudió la "resplandeciente victoria" de Israel sobre Egipto en la "Guerra de los Seis Días", "dando una lección" finalmente a Gamal Abdel Nasser, un "Bismarck en potencia" con sueños de unir a los árabes, y a los rusos, tras él.[28] Para cuando Egipto lanzó un contraataque en 1973 —un numeroso transporte aéreo de último minuto de tanques y aviones estadunidenses cambió el rumbo de la guerra en favor de Israel—, la postura de *The Economist* respecto al Oriente Medio ya era más o menos fija: la paz llegaría cuando los árabes y los judíos la desearen, no mediante la interferencia externa, asegurando que Israel —como el mayor receptor de esa ayuda externa de Washington— había visto poca necesidad de contemporizar con sus vecinos y, mucho menos, con los palestinos, a los que tenía bajo su dominio.[29]

Quizá la violación más significativa de la práctica democrática y la ética periodística en el cumplimiento del deber imperial se produjo con el golpe de Estado en Chile en 1973. Beedham delegó ese expediente a Robert Moss, quien no se contentó solamente con criticar al médico izquierdista Salvador

[26] "Left with Castroism", "Too Damned Equal" y "Safety First in the Caribbean", *The Economist,* 12 de enero y 28 de septiembre de 1963 y 8 de mayo de 1965, respectivamente. Bosch se convirtió en el primer presidente electo de la República Dominicana desde la caída del general Trujillo; empero, la intervención de los Estados Unidos en 1965 se aseguró de que el general Balaguer, el protegido de Trujillo, asumiera la presidencia en 1966, lo que *The Economist* apoyó de inmediato con el pretexto de una buena gestión económica; "When the Peacemen Fly Away", *The Economist,* 27 de agosto de 1966.

[27] "How to Stay Democratic without Actually Cheating", "New Nemesis" y "Marching Back to the Good Old Days", *The Economist,* 8 y 29 de abril y 13 de mayo de 1967, respectivamente.

[28] "La mayoría de los israelitas dice que los árabes deberían recibir una lección; lo dicen con tristeza, más que con cualquier otro sentimiento. Quieren conservar la Ciudad Vieja, pero odian la idea de capturar todo hasta la orilla occidental del Jordán […] ¿Se le subirá demasiado a la cabeza el éxito a Israel? Es de dudarse: es un pueblo muy sensato". "Nasser Does It", *The Economist,* 27 de mayo de 1967, y "Two Days' Work" y "Americans Play It Cool", *The Economist,* ambos del 10 de junio de 1967. Véase también "Teach Them a Lesson", *The Economist,* 10 de junio de 1967 y *passim*.

[29] "Israel Fearless", "No Good Result" y "No More Doves", *The Economist,* 13 de octubre de 1973 los dos primeros y 27 de octubre de 1973 el tercero. Después de la Guerra de los Seis Días, la ayuda estadunidense aumentó de 63 millones de dólares a 102 millones anuales y alcanzó 634.5 millones en 1971, suma que se quintuplicó después de la Guerra de Yom Kippur, en 1973, para convertir a Israel en el mayor receptor de ayuda exterior estadunidense a partir de 1976; John J. Mearsheimer y Stephen M. Walt, *The Israel Lobby and US Foreign Policy,* Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2007, pp. 2-3.

Allende —quien, electo presidente de Chile en 1970, había prometido un "camino pacífico al socialismo"—, sino que trabajó de manera activa con el fin de preparar a la opinión pública para su expulsión forzada. Nixon había ordenado personalmente a la CIA que fomentara un golpe de Estado antes incluso de que Allende hiciese el juramento del cargo, con instrucciones de no escatimar gastos y "hacer gritar de dolor a la economía" de ese país.[30] Crozier —para quien Moss ya estaba redactando los resultados de las investigaciones de conflictos armados para el ISC o Instituto para el Estudio de los Conflictos mientras viajaba por América Latina como corresponsal de *The Economist*— le aconsejó a su protegido que lo ayudara a llevar a cabo esa misión:[31] "El siguiente paso de mis amigos de la CIA fue sugerir la necesidad de escribir un libro sobre Chile. El autor que propuse para que se lo encargaran fue Robert Moss, cuyos antecedentes eran ideales".[32]

"Es difícil imaginar una guerra civil durante el verano chileno —así comenzaba un informe especial de 1972 de *The Economist* firmado por Moss—. Los yates surcan el Pacífico en Algarrobo, unas hermosas chicas beben pisco agrio en el Gran Hotel de Zapallar."[33] Para mostrar cuán vulnerable era en realidad esa sociedad —o, al menos, la parte de ella que tomaba cocteles en los bares de los hoteles—, el semanario publicaba historias negativas sobre Allende casi todas las semanas: sus cálidos abrazos para los "terroristas cubanos"; la escasez económica provocada por sus reformas agrarias y sus nacionalizaciones, por lo que los restaurantes chinos de Santiago servían ahora "pavo agridulce", o descartaba las revelaciones de que los Estados Unidos estaban financiando a sus opositores en los medios de comunicación, los partidos políticos y los sindicatos a través de una subsidiaria de la International Telephone and Telegraph (ITT, por sus siglas en inglés).[34] La presenta-

[30] Richard Helms, el director de la CIA, tomó las notas siguientes durante una reunión con Nixon, Kissinger y otros el 15 de septiembre de 1970: "Vale la pena gastar/no hay preocupación de que se corran riesgos/no hay participación de la embajada/10 millones de dólares disponibles; más si es necesario/los mejores hombres que tenemos/el plan de acción/hacer que la economía se acelere/48 horas para el plan de acción". En esa etapa, su complot llevó al asesinato (por unos oficiales extremistas) de René Schneider, el jefe del Estado Mayor de Chile, conocido por estar en contra de la intervención militar en el proceso electoral, pero no contra el golpe esperado; véase Jonathan Haslam, *The Nixon Administration and the Death of Allende's Chile: A Case of Assisted Suicide,* Verso, Londres, 2005, p. 67.

[31] Tanto los artículos publicados en *The Economist,* "Urban Guerrillas in Latin America", en 1970, y "Uruguay: Terrorism vs. Democracy", en 1971, como *The War for the Cities*, en 1972, repetían la idea de que el fracaso del Che Guevara al tratar de provocar una revuelta campesina en Bolivia en 1967 prefiguraba un cambio de táctica y de terreno de los subversivos de izquierda del campo a la ciudad; Robert Moss, *The War for the Cities*, Coward, McCann & Geoghegan, Nueva York, 1972, pp. 7, 27 y 241-248.

[32] Crozier, *Free Agent…*, *op. cit*., p. 110.

[33] "Birth of a Civil War", *The Economist*, 11 de marzo de 1972.

[34] "Come off ITT", "Who's for Sweet-and-Sour Turkey" y "Ticket to Cuba", *The Economist*, 1º de abril, 5 de agosto y 2 de septiembre de 1972, respectivamente.

ción de esas historias dejaba a Moss tiempo suficiente para dar conferencias y escribir para el Instituto de Estudios Generales (IGS, por sus siglas en inglés: Institute of General Studies), un grupo de expertos de la CIA que se reunía dentro de la embajada de los Estados Unidos en Santiago, con el propósito de relacionar a los oficiales militares con los economistas que defendían el libre mercado; así como para escribir para *SEPA*, una revista destinada al mismo grupo de oficiales, que desplegó en su portada un artículo suyo seis meses antes del golpe: "Una receta inglesa para Chile: control militar".[35] Al mismo tiempo, Moss preparaba su libro, el que, en lugar de abonar el terreno para el golpe, tuvo que ser revisado como una justificación posterior del levantamiento, cuando los generales chilenos lanzaron el asalto total contra el gobierno de Allende a principios de septiembre de 1973.

El libro *Chile's Marxist Experiment* se distinguió por dos compulsiones de Moss, la primera de las cuales era fanfarronear, por lo que el autor no pudo evitar atribuir la fluida coordinación entre los altos mandos durante el golpe de Estado a "informes preparados por un grupo de economistas independientes y de oposición que se habían estado reuniendo semanalmente desde enero"… es decir, a sí mismo y al Instituto de Estudios Generales.[36] La otra era burlarse: la "ironía" de que Allende usara para suicidarse una pistola que le dio Fidel Castro mientras los tanques y los aviones bombardeaban el palacio presidencial, lo que, dado que rechazó "cuatro ofertas distintas de salvoconducto", no fue más que una vana heroicidad: "Tal vez sintió que la muerte era preferible a una jubilación dividida entre una villa en La Habana y la composición de discursos durante cenas en lugares de moda".[37] Citando "pruebas" descuidadamente fabricadas de una inminente "noche de los cuchillos largos" comunista, Moss sostuvo que el ejército había actuado en defensa propia: "Los generales de Chile llegaron a la conclusión de que la democracia no tiene derecho a suicidarse".[38] Como muestra de agradecimiento, los generales compraron 9 750 ejemplares del semanario, que distribuyeron

[35] Fred Landis, "Robert Moss, Arnaud de Borchgrave, Right-Wing Disinformation", *CAIB*, agosto de 1980, p. 38.

[36] Robert Moss, *Chile's Marxist Experiment,* Wiley, Nueva York, 1974, p. 190 [edición en español: *El experimento marxista chileno*, trad. de Raúl Pinto Cortínez, Editora Nacional Gabriela Mistral, Santiago de Chile, 1974].

[37] *Ibid.*, p. I.

[38] En lo concerniente a la manera como Moss usó las historias inventadas por la CIA al mismo tiempo que negaba la participación de esa agencia, he aquí una oración representativa: "El alcance total de esos preparativos no se supo con precisión hasta después del golpe de septiembre, cuando la junta militar afirmó que había descubierto —en una caja fuerte en la oficina del comunista Daniel Vergara, subsecretario del Interior— planes detallados para el asesinato de cientos de dirigentes de la oposición, altos funcionarios y periodistas y empresarios conservadores"; *ibid*., pp. 188-189 y VI; Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2011, p. 61 [edición en español: *El gobierno de Allende y la Guerra Fría interamericana*, trad. de Ariel Magnus, Universidad Diego Portales, col. Ciencias Sociales e Historia, Santiago de Chile, 2013].

a través de las embajadas de Chile; un miembro del Instituto de Estudios Generales, que en esa época dirigía la editorial estatal, imprimió otros 15 000 ejemplares en español.[39]

Cuando le llegó la noticia de la muerte de Allende ya estando en Londres, Moss bailó por los pasillos de *The Economist,* canturreando: "¡Mi enemigo ha muerto!" Regresó deprisa a Chile para terminar su libro mientras estaba oficialmente asignado por *The Economist* y en octubre produjo un informe especial sobre el golpe de Estado en el que elogió a la nueva junta por celebrar juicios públicos de presuntos izquierdistas y por permitir que los periodistas extranjeros y la Cruz Roja visitaran a las cerca de 5 000 personas detenidas en el estadio nacional de futbol de Santiago… donde, de alguna manera, Moss se perdió las horribles escenas de tortura y las ejecuciones sumarias, al igual que las desapariciones que llegaron a distinguir al régimen de Pinochet. Terminó con un simple respaldo: "Los acontecimientos del 11 de septiembre no fueron un típico golpe de Estado latinoamericano, sino la culminación de una larga (y amplia) campaña pública en contra de un gobierno minoritario del que se sospechaba, probablemente con razón, que estaba preparándose para perpetuarse en una dictadura".[40] Bagehot, al llenar cuartillas en 1851, había trabajado más arduamente que Moss para justificar el golpe de Estado en Francia. Lo más importante es que Moss operó de manera abierta, y durante siete años más después de esa danza de la muerte, tiempo durante el cual su reputación no sufrió menoscabo. En sus artículos para *The Economist,* traslapados descaradamente con estudios para el ISC de Crozier, difundió la alarma sobre supuestas amenazas comunistas en España, Portugal, Irlanda del Norte, Irán, Sudáfrica y Nicaragua,[41] y, en todos ellos, demostraba que en el mundo libre se puede ser bien retribuido haciendo el bien: viajes gratuitos pagados por el *sha* de Irán; compensaciones o *quid pro quo* por una alegre glosa sobre la invasión de Angola por el gobierno del *apartheid* de Sudáfrica, y un salario de 20 000 libras esterlinas por editar *Visión,* una revista propiedad del dictador nicaragüense Anastasio Somoza.[42] Moss dejó

[39] Peter Chippindale y Martin Walker, "Tory's Book Funded by CIA" y "Only the Views We Want You to Read", *The Guardian,* 20 de diciembre de 1976.

[40] "Chile after Allende", *The Economist,* 13 de octubre de 1973.

[41] Véanse unos ejemplos de artículos traslapados (por pares) en Robert Moss, "The Making of Europe's Cuba", *The National Review,* 11 de abril de 1975, y "Don't Do a Cuba on Portugal", *The Economist,* 12 de abril de 1975; Robert Moss, "Moscow's Next Target in Africa", *The Daily Telegraph,* 20 de febrero de 1977, y "Podgorny Goes South", *The* Economist, 8 de enero de 1977. En el caso de los informes del ISC, véase Iain Hamilton y Robert Moss, *The Spreading Irish Conflict,* Institute for the Study of Conflict, Londres, 1971; Robert Moss, *Revolutionary Challenges in Spain,* Institute for the Study of Conflict, Londres, 1974, y Robert Moss, *The Campaign to Destabilise Iran,* Institute for the Study of Conflict, Londres, 1978.

[42] The New York Times News Service, Londres, 18 de noviembre de 1979, citado en Landis, "Robert Moss, Arnaud de Borchgrave…", *op. cit.*, p. 37. Debido a que casi no se prestó atención a una propaganda de Moss publicada en *The Daily Telegraph* —"Moscow's Next Target in Africa", *op. cit.*—, Pretoria hizo que se reimprimiera como un anuncio de página completa en *The Guar-*

The Economist en 1980 y utilizó las relaciones que había establecido en el semanario para publicar su primera novela, *The Spike;* en ella el héroe es el periodista Robert Hockney, antiguo radical de Berkeley convertido en cruzado anticomunista, cuyas eróticas aventuras se representan con tanto detalle gráfico como su búsqueda para exponer a los medios de comunicación y a los gabinetes de expertos estratégicos o comités de asesores [*think tanks*] como frentes apenas disimulados del Comité para la Seguridad del Estado (conocido como "la" KGB, por sus siglas en ruso).[43]

dian y *The Washington Post*. En noviembre de 1978, Crozier se las arregló para que "el civil superior de la jerarquía de la SAVAK [la Organización de Inteligencia y Seguridad Nacional de Irán] se encerrara con Robert Moss durante una semana entera con un montón de informes secretos en farsi […] pruebas de la implicación soviética con los enemigos del *sha*". El resultado fue la Campaña del ISC para Desestabilizar a Irán: "Poco después de que apareciera el estudio, el encargado de negocios iraní me informó que el *sha* había autorizado un primer pago anual de un millón de libras esterlinas a The 61"; Crozier, *Free Agent…*, *op. cit*., p. 161. ["The 61" era una "agencia internacional" privada creada por Crozier para ir más allá de los servicios de inteligencia oficiales. Según los *Langemann Papers,* tanto el MI6 británico como la CIA estadunidense la fundaron; tomado de *Wikispooks*. (T.)]

[43] Arnaud de Borchgrave, uno de los editores de *Newsweek* conocido por mantener "archivos de inteligencia" sobre colegas periodistas, se convirtió en coautor de Robert Moss. Los dos se conocieron cuando Arnaud de Borchgrave —convencido de que su vida estaba en peligro después de algunas llamadas amenazantes— se había escondido en la campiña inglesa en la finca de su prima Evelyn de Rothschild, la presidenta de *The Economist*. De Borchgrave declaró a *The New York Times:* "Finalmente nos dimos cuenta de que, entre nosotros, conocíamos a la mayoría de los directores de inteligencia del mundo occidental […] Decidimos unir esos activos con el propósito de obtener acceso a los principales desertores de la inteligencia soviética y ver qué podían decirnos sobre la desinformación y la manipulación de los medios de comunicación". Antes bien que escribir algo que "se pareciera a una tesis doctoral", él y Moss decidieron escribir novelas. Todos eran afectos a la idea de que los bastiones liberales en los medios de comunicación y el gobierno estaban plagados de espías de la KGB que trabajaban para frenar la determinación occidental de luchar contra el comunismo, y la novela de 1981, *The Spike* [en el mundo de las noticias "spike" (púa) significa cancelación de una publicación (T.)], plantea que ésa era la senda hacia la toma del poder en los Estados Unidos en cinco años; el peligro era un *Death Beam* o "rayo de la muerte" (originalmente titulada *Death Star,* hasta que la empresa Lucasfilm amenazó con demandarlos); en 1983, en *Monimbo*, era Fidel Castro quien planeaba fomentar una guerra racial en los Estados Unidos por medio de los Panteras Negras. Edwin McDowell, "Behind the Bestsellers", *New York Times,* 22 de junio de 1980. Comercializadas como si contuviesen noticias demasiado explosivas para ser publicadas en la prensa convencional, la única característica verdaderamente distintiva de las novelas era el sexo gratuito. El lanzamiento de *Death Beam* —que muestra a Vadim Krylov, jefe de la KGB, chapoteando con los hijos prepúberes de los disidentes en una bañera de mármol en Berlín Oriental— fue celebrado en Washington prácticamente por todo el gabinete de Reagan, incluidos James Baker, Richard Allen, Edwin Meese y William Casey, el director de la CIA. Morgan Mason, el director de Asuntos Políticos que Reagan llevó consigo de Hollywood, dijo a *The Washington Post:* "Arnaud y Robert son buenos tipos, y se sabe que están de nuestro lado, por así decirlo. Están en sintonía filosófica con la administración y queremos acogerlos"; "Beams All Around: Turning Out for Robert Moss' Book Party", *The Washington Post*, 11 de noviembre de 1981. En 1985 De Borchgrave se convirtió en editor del competidor de derecha de *The Post, The Washington Times,* cuyo propietario, Sun Myung Moon, era un coreano dirigente de un culto que él presidía durante unas ceremonias de

La economía de Macrae: consideración de Japón y Alemania Oriental

Norman Macrae era el reflejo de Beedham y Moss y complementaba los compromisos geopolíticos de ellos con su propia visión del capitalismo global;[44] con todo, su manera de comportarse era muy diferente: mientras corregía un original en su escritorio, vestía con traje y corbata normales que lucían como si hubiese dormido con ellos durante semanas; en las reuniones, farfullaba sus opiniones y estallaba en risitas en los momentos menos apropiados, mientras su enorme cuerpo cuadrado se agitaba. Nadie podía leer su escritura ni sus correcciones, excepto una devota secretaria, de quien se decía que entraba en trance para descifrarlas (eso antes de las computadoras, a las que él hacía promoción, pero que nunca usó). Aunque era admirado por su brillante y original mente, también lo pasaron por alto, tres veces, para la dirección editorial; como dijo un antiguo editor de sección: "El tipo se cortó el pelo él mismo", e, "incluso entonces, el editor tenía que estar vagamente presentable en público, ya sabes, para los visitantes, en la televi-

bodas numerosísimas. Moss se embarcó en un derrotero aún más tortuoso: entre 1989 y 1991 reaccionó al derrumbe de la Unión Soviética con la misma intensidad con que la había combatido, sufrió un colapso, se divorció, se mudó a un granero en el norte del estado de Nueva York y se tomó el tiempo para hacer una introspección. Lo que descubrió fue a una mujer norteamericana nativa, "una madre de clan y curandera poderosa", un amistoso halcón de cola roja, un chamán guerrero y un *alter ego*, *sir* William Johnstone, "que prosperó en el siglo XVIII como Superintendente de Indios del Rey, un jefe de guerra mohawk adoptado y un mujeriego temible". Gracias a ellos y a otras aves de presa, Moss aprendió a reevaluar "sus ambiciones anteriores y sus definiciones del éxito", que definió con bastante falsedad como "la vía rápida comercial de Nueva York y Londres". Un grupo de iroqueses, que lo ayudaron a interpretar el arcaico dialecto mohawk que se hablaba en sus sueños, lo condujo hacia su nueva vocación. Desde entonces, Moss ha publicado nueve guías sobre el "sueño activo" y ha organizado talleres en los que los curiosos de lo espiritual pueden aprender a usar "los sueños para comprender su pasado, moldear su futuro, ponerse en contacto con sus deseos más profundos y ser guiados por su yo superior". El hombre que una vez saltó de alegría por la muerte de Allende tiene ahora un sitio web, un blog y un Twitter sobre la curación a través de los sueños. En una publicación de su blog muestra una fotografía del halcón de juguete que frota contra los participantes en el taller para activar su "yo infantil" y recordarles que "pueden volar"; Robert Moss, *Conscious Dreaming: A Spiritual Path for Everyday Life,* Crown Trade Paperbacks, Nueva York, 1996, pp. 12 y 15 y contraportada.

[44] En 1965, a su regreso de Brasil, Macrae examinó los compromisos políticos que compartía con Crozier, Moss y Beedham y comentó: "Durante la edición de las pruebas de esta investigación en las oficinas de *The Economist* de St. James Street se nos ocurrió una idea rara: si hubiese una organización como este semanario en Brasil, con un gran número de graduados de las universidades nacionales, los activistas comunistas le dedicarían un gran esfuerzo. Abajo, en el comedor, habría muchos hombres de rostro lampiño blandiendo grandes rollos de billetes sucios". Comprendió "con cierta conmoción, que, si hubiese nacido en los círculos intelectuales de Brasil, algunos de sus mejores amigos probablemente serían comunistas". Por fortuna, "casi todos sus mejores nuevos amigos en Brasil son todos, quizá con toda razón, partidarios del golpe de Estado de Castelo Branco"; "No Christ on the Andes", *The Economist,* 25 de septiembre de 1965.

sión". Andrew Knight decía de él que era "de buen corazón, bueno y muy excéntrico"; Rupert Pennant-Rea recordaba que, "cuando hablaba, muchas de sus oraciones comenzaban con la frase 'la cosa es que', para, después, decir muy poco […] sin embargo, si escribía sobre el tema, las palabras fluían maravillosamente, sin un solo 'la cosa es que'".

Separados por su porte, pero unidos por la cosmovisión, Beedham y Macrae acordaron que la mayor amenaza se encontraba en el Este, en la Unión Soviética. Macrae nació en 1923 en Königsberg, y su padre fue un diplomático de alto rango que terminó como cónsul británico en Moscú en el apogeo de las purgas de Stalin de 1935 a 1938. Cuando Macrae era adolescente, se unía a su familia durante las vacaciones escolares y decía que nunca podría olvidarse de las muchachas que parecían desaparecer de manera repentina de los pasillos de la embajada (más tarde, llevaba a sus propios hijos en sus viajes de verano no a la playa o al museo, sino a Europa Oriental, "para enseñarles la diferencia entre la libertad y la tiranía");[45] pero, al igual que en el caso de Beedham, fue la decepción por la debilidad y la hipocresía exhibidas por *su lado* lo que llegó a convertirse en el verdadero llamado a la acción. Navegante de bombarderos de la Real Fuerza Aérea (RAF) —"un trabajo del sector público con productividad para el sector público"— que sirvió durante la segunda Guerra Mundial, puso los pies en la tierra en Alemania en 1945, "justo cuando los rusos estaban llegando *del otro lado*":

> Todos los políticos, incluidos Churchill y Roosevelt, nos dijeron que eran unos demócratas liberadores admirables, y, por supuesto, yo sabía, por las vacaciones escolares de verano tan breves de antes, que eran unas mentiras asombrosas. Eso me dio una ventaja en mis 40 años como periodista: desde entonces, nunca he creído una palabra que hayan dicho los políticos o los funcionarios de relaciones públicas.[46]

Después de la desmovilización se mudó a Cambridge, que no le agradaba: "Más intelectual, ¡un cuerno!"; "marxismo subpolitécnico" se ajustaba más a la descripción: algunos estudiantes en realidad pensaban que era una buena idea revelar "el secreto de cómo poner una bomba atómica al mariscal Stalin, que estaba clínicamente loco"; con todo, Macrae encontró su lugar en un semanario poblado por licenciados del mismo medio social, si bien no de la misma inclinación política, y se convirtió en la *fuerza impulsora* de la economía en *The Economist*. Poco entendido en estadísticas, pero estilísticamente radiante de optimismo, muchas de sus investigaciones se convirtieron en libros y folletos sobre los mercados de capitales, la vivienda, la política industrial, comercial y monetaria, los inventores, las invenciones

[45] "The Unacknowledged Giant", *The Economist,* 17 de junio de 2010.
[46] Norman Macrae, "The Next Ages of Man", *The Economist,* 24 de diciembre de 1988.

y el futuro cercano y no tan cercano.[47] Escribiendo desde una perspectiva comparativa, confrontó la actuación del capitalismo británico en la posguerra con las experiencias más milagrosas de sus rivales en informes especiales sobre Alemania, Francia, los Estados Unidos y Japón —este último fue tema de un trabajo innovador, con los artículos "Consider Japan" en 1962, "The Risen Sun" en 1967 y "The Pacific Century" en 1975, todos publicados en su traducción al japonés—. En su obituario se le calificó de "gigante no reconocido de la Gran Bretaña de la posguerra", uno de los pocos periodistas a la altura de Milton Friedman, Daniel Bell y Peter Drucker; pero Macrae no era exactamente un desconocido: en 1988 el emperador Hirohito lo reconoció con la Orden del Sol Naciente. Como muchos cuya estrella surgió por primera vez en Occidente, en Japón era simplemente grandioso.[48]

Si bien en el siglo XIX *The Economist* había buscado salidas para las inversiones en el Oriente, a mediados del siglo XX fue en busca de lecciones. Los paralelismos entre la Gran Bretaña y Japón, dos naciones insulares "con estructuras de importación muy similares y la tendencia a incurrir en un déficit de importaciones en una etapa del ciclo comercial interno", cautivaron a Macrae. Estaba horrorizado de que algunos políticos japoneses que conoció en los años sesenta pensaran que ya era "hora de aprender economía respetable de los británicos y reducir su tasa de crecimiento"; una de las razones para ir a Japón, les dijo a sus anfitriones, era, por el contrario, encontrar una ruta de escape para la Gran Bretaña, cuya economía de posguerra parecía atrapada en un ciclo de "a detenerse y a avanzar": periodos de expansión en los que las importaciones se aceleraban con rapidez en contraste con las exportaciones y precipitaban una crisis de la balanza de pagos, momento en el que el gobierno intervenía para restringir la demanda, con lo que se desinflaba la economía. ¿El resultado? De 1953 a 1961, la producción industrial británica había crecido 28% y las exportaciones 44%; durante ese periodo, Japón aumentó sus respectivos totales en 217 y 237%. En 1955, el producto interno bruto (PIB) de Japón era de 8 200 millones de libras esterlinas, contra los 17 000 millones de la Gran Bretaña, y, para 1967, se esperaba que fuese de 40 000 millones de libras esterlinas, 18% mayor que el de la Gran Bretaña, de aproximadamente 34 000 millones de libras esterlinas.

[47] Véanse las siguientes obras de Norman Alastair Macrae: *The London Capital Market, Its Structure, Strains, and Management,* Staples, Londres, 1955; *To Let?: A Study of the Expedient Pledge on Rents Included in the Conservative Election Manifesto in October, 1959,* Barrie and Rockliff, Londres, 1959; *Sunshades in October…, op. cit.*; *Homes for the People,* Economic Research Council, Londres, 1967; *The Neurotic Trillionaire; A Survey of Mr. Nixon's America,* Harcourt, Brace Jovanovich, Nueva York, 1970; *The 2025 Report: A Concise History of the Future, 1975-2025,* Macmillan, Nueva York, 1984; *The Hobart Century,* Institute of Economic Affairs, Londres, 1984, y, en fin, *John von Neumann: The Scientific Genius Who Pioneered the Modern Computer, Game Theory, Nuclear Deterrence, and Much More,* American Mathematical Society, Providence, 1999.

48 "The Unacknowledged Giant", *The Economist, op. cit*.

Cuando trató de exponer la divergencia, Macrae rechazó las explicaciones basadas en la raza o en la cultura: los japoneses "hoy en día no eran naturalmente serviles a la autoridad o tan tontos como para disfrutar activamente el trabajo arduo", y "el colectivismo innato del pueblo japonés" no era diferente del "ambiente de las escuelas públicas inglesas más bullangueras"; en cambio, prestó atención a las políticas gubernamentales, que resultaron ser contrarias a la práctica normal en la Gran Bretaña y los Estados Unidos. Los hombres de negocios estadunidenses aterrizaban en Tokio esperando "la nueva, colosal y exitosa comunidad de libre empresa de nuestro tiempo, creada a imagen de la de los Estados Unidos"; pero Macrae los preparó para la decepción: "Japón, incluso más que Francia, es la tierra de la planificación económica indicativa *à outrance*". Cinco años después, fue aún más enfático: "La responsabilidad última de la planificación industrial, de decidir en qué nuevas direcciones debe tratar de ir el floreciente esfuerzo industrial de Japón y de fomentar y proteger los negocios, recae en el gobierno".[49]

En ese su primer viaje a Japón, Macrae hizo hincapié en la manera como funcionaba la planificación para los presupuestos y los bancos. Los primeros eran implacablemente expansivos y, año tras año, combinaban los estímulos fiscales con las disminuciones de impuestos. Los segundos eran aún más peculiares: prácticamente insolventes, debido a una relación entre los depósitos y los préstamos de menos de 3%, confiaban en el Banco Central para obtener liquidez y respondían a las instrucciones de este último sobre cuándo restringir el crédito y la inversión. Si la política fiscal actuaba como un acelerador, la política monetaria era el freno. Cuando la Gran Bretaña se sobrecalentaba, por el contrario, el Tesoro simplemente deprimía la demanda en toda la economía, perjudicando a las empresas en crecimiento mucho más que a las viejas e ineficaces, y, por esa razón, sus tres principales exportaciones a Japón en 1961 fueron los licores, los dulces y los textiles. "La visión del japonés promedio es que la Gran Bretaña de hoy es un país no desarrollado; lleno, sin duda alguna, de alambiques de whisky, bombones para los niños, y hábil para hacer tejidos a partir de ovejas viejas; pero no un país dinámico capaz de producir algo nuevo y expansivo."[50] En su siguiente visita le llamó la atención la cultura corporativa japonesa. El milagro japonés dejó perplejos a los estadunidenses y a los europeos, que le exigieron que "liberalizara sus reglas sobre los ingresos de capital" y permitiera a los extranjeros comprar sus negocios. Macrae se mostró escéptico respecto a esas posibilidades. De regreso en su hotel de Tokio por la noche, se encontraba con "empresarios estadunidenses reanimándose en el bar entre quejas y martinis". Arrastrando las palabras, uno de ellos le dijo: "La sociedad está podrida con la fornicación y tu [whisky] escocés inglés [*sic*…] Cierto; yo tampoco soy un

[49] "The Risen Sun" y 'Consider Japan", *The Economist,* 27 de mayo de 1967 y 1º de septiembre de 1962, respectivamente.

[50] "Consider Japan", *The Economist, op. cit*.

puritano […]; pero no me pago una prostituta todas las noches con el dinero de mis accionistas, y supongo que *The Economist* de Londres tampoco te paga una, ¿eh?"[51]

El capitalismo funcionaba de manera diferente en Japón: los empleados disfrutaban de seguridad laboral de por vida, las tasas impositivas máximas sobre la renta de los ejecutivos eran más de 10% más altas que en la Gran Bretaña y, si bien los ingresos corporativos como porcentaje del producto interno bruto (PIB) eran más altos que en Occidente, las tasas de ganancias brutas del capital eran más bajas. Lejos de condenar sus métodos como poco ortodoxos, Macrae estaba enamorado de ellos. Ante los bramidos de sus compañeros de barra se vio obligado a murmurar: "milagro económico […] técnicas de planificación notables […] récord de crecimiento", y, para ayudar a explicar esos logros, regresó al sistema financiero, que ahora incluía críticas implícitas a Wall Street y a la City de Londres. En Japón el control de los bancos sobre los fondos de inversión, en lugar del mercado de valores, "había superado una de las debilidades del sistema de libre empresa occidental normal, que consiste en que el total de la inversión que parece rentable para las empresas individuales con fines de lucro es, por desgracia, casi invariablemente más reducido de lo que debería requerir una economía dinámica". La inversión de capital entre 1956 y 1963 promedió 34% en Japón, en comparación con el 17% en los Estados Unidos y en la Gran Bretaña; el crecimiento medio anual fue de 10.1% en los primeros y de solamente 2.6 a 2.8% en la segunda. En 1975 todavía se mostraba optimista respecto a Japón cuando éste comenzaba a exportar su modelo de desarrollo a sus vecinos.[52]

Alemania Occidental era otra razón para reevaluar la llamada enfermedad inglesa. En 1966 su récord de crecimiento fue superado únicamente por Japón, con un promedio de más de 6% durante más de 10 años, mientras que su participación en las exportaciones industriales se había duplicado desde 1950, principalmente a expensas de la Gran Bretaña, cuya participación había caído del 21 al 13 por ciento. Una vez más, Macrae quedó más impresionado por las políticas económicas que por las "tonterías sobre los temperamentos nacionales". Los sindicatos y las estructuras de gestión alemanes podrían emularse fácilmente en la Gran Bretaña. Los primeros eran menos (16), más democráticos ("voto secreto"), más ricos ("cuotas regulares"), más profesionales ("economistas de centro izquierda capacitados"), y también era menos probable que se declararan en huelga o renunciaran debido a la introducción de nuevos equipos, porque compartían las decisiones de gestión y, aunque recibían salarios ligeramente más bajos, éstos habían aumentado 130% (frente al 80% en la Gran Bretaña) a partir de 1955. Los gerentes, por otro lado, podían enriquecerse y enriquecer a sus empresas

[51] "The Risen Sun", *The Economist,* 27 de mayo de 1967.
[52] "The Pacific Century", *The Economist,* 4 de enero de 1975.

gracias a un impuesto límite sobre la renta más bajo y a unos impuestos más altos sobre el capital dirigidos a los bancos de inversión y activistas, que seguían la pista de la efectividad empresarial.[53]

La City y la CEE: en busca de un milagro británico

¿Cómo se comparaba la Gran Bretaña con esos países? Macrae planteó esa pregunta en todos los informes sobre el extranjero, incluso cuando su respuesta cambiaba a consecuencia de los acontecimientos en el país. En 1964 Harold Wilson había prometido reproducir los milagros alemán y japonés con una modernización de la economía dirigida por el Estado para la que se aprovecharan la ciencia, la tecnología y una gestión eficaz; pero ese proyecto fracasó. Una vez en el poder, Wilson deprimió la economía, dejando a un lado al Departamento de Asuntos Económicos y abandonando su Plan Nacional, con la finalidad de proteger a la libra esterlina, a cambio de más políticas de "a detenerse y a avanzar" inspiradas por el Tesoro y la City. En 1970 Edward Heath, su sucesor, asumió el cargo prometiendo una dosis de rigor para el libre mercado —no más subsidios para las industrias sin futuro— y una legislación para meter en cintura a los sindicatos; pero eso también había fracasado. Heath dio marcha atrás tan pronto como los desempleados llegaron a un millón, antes de que los mineros hicieran caer a su gobierno. Para entonces, la crisis mundial ya había rebasado la crisis nacional que Macrae había esperado solucionar con sus estudios en el extranjero.

En esa coyuntura, el editor adjunto dio su veredicto sobre las instituciones políticas, económicas, sociales y culturales que durante mucho tiempo habían convertido a su país en aquel que no casaba con ningún molde, en una investigación de 1973 que también señaló un amargo giro en la narrativa sobre el declive nacional: "La Gran Bretaña entró en la era de la posguerra como el país más rico de Europa noroccidental, con excepción de Suecia. Debido a que nuestra tasa de crecimiento económico desde entonces ha sido aproximadamente la mitad de la de nuestros vecinos, ahora somos los más pobres, con excepción de Irlanda". En 1964, Macrae había presionado a *The Economist* para que respaldara a Wilson, con la esperanza de desencadenar el crecimiento económico; en lugar de ello, lo que consiguió la Gran Bretaña fue "un gobierno mediante el complejo de inferioridad", porque el Partido Laborista "desinfló gravemente la economía, provocando un desempleo y un estancamiento cada vez mayores, con el fin de salvar un tipo de cambio que casi todo el mundo fuera de Whitehall sabía que era no solamente indeseable sino imposible de salvar de todos modos". Ese episodio llevó a Macrae a la conclusión de que la Gran Bretaña no estaba gobernada

[53] "The German Lesson", *The Economist,* 15 de octubre de 1966.

por el Parlamento, sino por una "oligarquía burocrática" de cerca de 3 000 servidores públicos administrativos… lo que podría haber estado bien, si hubiesen sido más jóvenes, menos temerosos del riesgo y más parecidos a sus hermanos políticos franceses o japoneses. A partir de 1970, Edward Heath y los *tories* dieron otra lección cuando su ataque contra las inmunidades legales de los sindicatos fue derrotado con facilidad; si esta directriz se hubiese mantenido, se podrían esperar más apagones eléctricos, lo que llevaría al país a una era literalmente oscura de desorden social, incluso a una "situación latinoamericana".

Adscrito a la teoría sobre el declive de su país, pero sin ser derrotista, para contener la crisis que se avecinaba Macrae abogó por un conjunto de medidas, y éstas eran tan importantes por los elementos neoliberales que ya contenían como por las formas en que diferían de las ideas que ganaban terreno entre los intelectuales que serían cercanos a Thatcher. Macrae hizo un llamado a un enfrentamiento necesario desde hacía mucho tiempo con los trabajadores organizados (quizá por medio de una "acción legal de choque", como en el caso Taff Vale de 1901) y a revertir las "nacionalizaciones de Attlee" de 1945 a 1951. Esa versión de la industria nacionalizada —"producción monopolística limitada a ciertos campos rígidamente definidos" como el carbón, los ferrocarriles, los servicios públicos de energía y el acero— siempre había estado condenada al fracaso, no sólo porque se había impedido que las corporaciones públicas se desplazaran de una línea de productos a otra como lo hacían todas las empresas privadas (la Imperial Tobacco fabricaba ya papas fritas igual que cigarrillos), sino también porque, a su vez, producían sindicatos monopólicos e impulsaban la inflación de los costos. "La cuestión fundamental para cualquier reforma no es que la propiedad de algunas plantas en particular deba ser arrebatada al Estado, sino que debe haber competencia para fabricar los productos de las industrias nacionalizadas." Por ello, no se trataba de "venta forzosa", sino de la extensión de la competencia a "todos los servicios municipales y a otros servicios públicos" —desde las bibliotecas hasta la recolección de basura y las prisiones— sobre la base de un contrato de desempeño.[54] Con todo, tomando en cuenta lo ocurrido en los últimos 30 años, era difícil ser crudamente antiestatista, lo que sugería que la Gran Bretaña no tenía una planificación *adecuada*. En Tokio un servidor público del Ministerio de Economía, Comercio e Industria se disculpó una vez con Macrae por entregar un informe repleto de jerga matemática y se aventuró a explicar: "Es de suponer que debe haber algo

[54] Macrae utilizó la consigna "'Desocializar' la producción, socializar los mercados" para describir el principio competitivo que, según pensaba —con la ayuda de las computadoras—, generaría no sólo unos servicios más eficaces, sino también unos que podrían ayudar mejor a las regiones más pobres mediante el ofrecimiento de incentivos al salario —a los profesores, por ejemplo, con el objetivo de que enseñaran en esas regiones—, unas prácticas que eran bloqueadas por los sindicatos; "The People We Have Become", *The Economist,* 28 de abril de 1973.

más, si no son las matemáticas, a lo que los responsables de la política económica británica están apegados en grado extremo". "A moralizar", respondió Macrae.[55]

Lo que seguía siendo casi impensable era que los métodos monetarios pudieran o debieran ser el principal medio para aliviar la depresión. Eso seguía siendo el cimiento, por así decirlo, del débil consenso keynesiano en *The Economist,* donde varias razones iban en contra de la manipulación de las tasas de interés para aumentar el desempleo o hacer reaccionar a las empresas ineficaces. Para Macrae, no se trataba solamente de los recuerdos de la Gran Depresión ni tampoco de la experiencia de las decenas de años de la posguerra de "a detenerse y a avanzar", sino de que unos y otra estaban cargados de la lógica de la Guerra Fría: el empleo casi pleno en cuanto precio de la legitimidad democrática del liberalismo de Occidente en lucha con la Unión Soviética. En medio de los años milagrosos del capitalismo de posguerra, la tendencia estaba a favor de la expansión y contra la constricción. Como para hacer resaltar la brecha que eso dejaba entre *The Economist* y el programa neoliberal, la investigación de 1973 de Macrae sobre la economía incluyó una respuesta de Arthur Seldon —director conjunto del Instituto de Asuntos Económicos, el grupo de expertos de carácter pionero—, quien "estaba de acuerdo con el 90%" de ella, pero deseaba que Macrae hubiese seguido "su análisis hasta sus conclusiones" y pedía la desnacionalización de "los dos servicios estatales que representan una alta proporción del gobierno: la educación y la asistencia médica".[56]

Ahora bien, la frustración de Macrae con el "a detenerse" de la economía de "a detenerse y a avanzar" lo llevó a una superposición con neoliberales como Seldon en una cuestión importante: para evitar los efectos deflacionarios de la defensa de la libra esterlina a un tipo de cambio fijo, Macrae había respaldado la flotación desde finales de la década de 1950, independientemente de los lazos de la City con la zona de la libra esterlina. Ahora aparecían más oportunidades interesantes en la interrelación de Europa y los Estados Unidos cuyo canal de desagüe era el creciente mercado de eurodólares. A finales de ese decenio, algunos de los principales banqueros comerciales de la City se unieron a los reguladores del Tesoro y el Banco Central para alentar a los bancos y a las corporaciones estadunidenses, asiáticos y otros

[55] "The Risen Sun", *The Economist,* 27 de mayo de 1967. El "entierro" del Departamento de Asuntos Económicos y del Plan Nacional de 1965 de George Brown fue otra mancha negra para el servicio civil; "The People We Have Become", *The Economist, op. cit*.

[56] Seldon se lamentó de que "la experiencia con la asistencia del Estado al bienestar haya influido en el pensamiento académico y en la política pública en los Estados Unidos más que en la Gran Bretaña", y citó a Milton Friedman y a Edward Banfield como casos del pensamiento académico y al senador Daniel Moynihan como un caso de la política pública; "Letters", *The Economist,* 12 de mayo de 1973. Véase Keith Tribe, "Liberalism and Neo-Liberalism in Britain, 1930-1980", en *The Road from Mont Pèlerin,* Philip Mirowski y Dieter Plehwe (eds.), Harvard University Press, Cambridge, 2009, p. 89.

multinacionales, a acudir a Londres para aprovechar esos mercados líquidos en dólares "extraterritoriales", cuya principal atracción era su estatus de no regulados, ya que operaban fuera de la supervisión de la Reserva Federal y el Tesoro y de los controles de capital establecidos en el acuerdo de Bretton Woods.[57] Dado que Macrae no era poco crítico de los bancos ni era un neoliberal convencional, es aún más asombroso que él también buscara una solución parcial a las dificultades británicas en las innovaciones especulativas del centro financiero de Londres.

En efecto, cuando Macrae examinó las ventajas de la pertenencia británica a la Comunidad Económica Europea (CEE), lo sobresaliente fueron las perspectivas de la City: el fin de los tipos de cambio fijos y de los controles de capital en la zona de la libra esterlina —que era una exigencia para el ingreso a la CEE— significaba que, a medida que "el norte de Europa [comenzara] a exportar sus industrias manufactureras al Sur pobre y al Este comunista", los bancos británicos tendrían un auge, organizando las tenencias flexibles, las licencias y otras estrategias y estructuras de inversión y propiedad del mundo postindustrial.[58] En 1971, en una colección de artículos escritos por el personal de *The Economist* titulada *Britain into Europe,* el semanario apoyó el ingreso desde esa perspectiva, argumentando que ya era hora de que la City abandonara el estatus de reserva de la libra esterlina (con el "terrible historial" de "dos devaluaciones, 10 grisáceas crisis de la libra esterlina durante la posguerra, 10 magras ocasiones en las que la Gran Bretaña sufrió una fuerte pérdida de sus reservas de oro y divisas") y la mayoría de las preferencias en bienes de la Commonwealth;[59] antes bien, la City debería prestar atención a

[57] Los mercados de las euromonedas socavaron el sistema de Bretton Woods, porque operaban sin referencia al valor oficial del dólar estadunidense respaldado por el oro. Respecto a las presiones desreguladoras competitivas que ejercieron esos mercados sobre los legisladores y su función en el establecimiento de un nexo transatlántico entre "la City, el Banco Central y el Tesoro" de la Gran Bretaña, por una parte, y "la Reserva Federal, Wall Street y el Tesoro de los Estados Unidos", por la otra, véase Jeremy Green, "Anglo-American Development, the Euromarkets, and the Deeper Origins of Neoliberal Deregulation", *Review of International Studies*, vol. 42, núm. 3, julio de 2016, pp. 9-14; Eric Helleiner, *States and the Re-Emergence of Global Finance, From Bretton Woods to the 1990s,* Cornell University Press, Ithaca, 1994, pp. 15-16. En lo que respecta al lento "divorcio" de la City y la libra esterlina en favor de estrategias opcionales después de 1967, véase Gary Burn, *The Re-Emergence of Global Finance,* Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2006, pp. 93-98 y 184-185. En 1958 *The Economist* dio la bienvenida a la política de convertibilidad total a dólares de las cuentas en libras esterlinas de los no residentes e inició un debate sobre las implicaciones de una mayor liberalización cambiaria con Roy Harrod, Thomas Balogh y otros destacados economistas keynesianos; "Letters", *The Economist*, 4 de enero y 29 de marzo de 1958, y "'Convertibility?", *The Economist*, 27 de septiembre de 1958.

[58] "Float Free and Low", "Floating into Europe", "Floating the Humpty Dumpty Commonwealth", *The Economist,* 1º de julio de 1972. En ese sentido amplio, la banca podría incluso suplantar a la corporación multinacional "rígida"; véase "The People We Have Become", *The Economist, op. cit*.

[59] La City dependía menos que antes de la situación mundial de la libra esterlina: las reservas mundiales de libras esterlinas estaban disminuyendo al mismo tiempo que su función en el

los "mercados del dólar y la euromoneda" del futuro, para convertirse en "el centro bancario de la comunidad, donde se mantienen los saldos operativos en dólares de Europa: una nueva versión europea, más deseada y mucho más fructífera, de los saldos en libras esterlinas utilizados por la Gran Bretaña para financiar sus inversiones rentables en el extranjero". La City actuaría como un gozne entre dos épocas de la economía política, dado que la Gran Bretaña serviría de pivote a los mercados de divisas mundiales del futuro.[60]

Si la gestión keynesiana de la demanda siguió siendo una herramienta importante en la combinación de las políticas liberales, tuvo mucho que ver con los Estados Unidos, que Macrae visitó, enviado por el semanario, en 1958, 1969, 1975, 1978 y 1980, más que cualquier otro lugar, superando incluso a Beedham en su devoción por ese país. Si bien es cierto que el entusiasmo de Macrae por "el país más grande del mundo" y por su misión —que consistía en "ser a la vez un sedante político, un curandero social y el líder del último avance económico importante de la humanidad"— nunca vaciló, sí experimentó temores de que sus conflictos sociales y raciales pudieran hundirlo en el caos y luego emigrasen a la Gran Bretaña. En 1969, un Macrae en estado de conmoción informó: "Los negros se han apiñado en guetos en descomposición" —ese año fue un punto de inflexión en su percepción del área céntrica y degradada de las ciudades—, plagados de desempleo y delincuencia, donde ha "brotado una variedad de grandes farsas constituidas por los llamados líderes del recio 'poder negro'". Muchos blancos padecían "sentimientos de inseguridad y terror" y, en Washington, algunos le dijeron que portaban armas "por si acaso". "Los estadunidenses blancos temen (probablemente con razón) que la ideología del 'poder negro' pueda hacer que algunos jóvenes negros sientan que los robos y los asaltos a mujeres blancas son casi un acto noble de la revolución negra." Los estudiantes blancos que azuzan a los camaradas negros en las protestas, así como la "tolerancia temporal de la violencia por parte de muchos estadunidenses blancos liberales", le enfurecían de manera particular. Se necesitaba un estímulo a una escala que ni siquiera Lyndon B. Johnson había imaginado en su ley *War on Poverty* (Guerra contra la Pobreza) para cortar el paso a ese "peligro mortal". Los Estados Unidos "harían bien en dar una prioridad casi excesiva al máximo crecimiento económico, aunque eso signifique tolerar más inflación de la que les gusta-

comercio, y había pocos préstamos nuevos a los países de la Commonwealth. Marjorie Deane, Sarah Hogg, Pat Norton, Dudley Fishburn, Stephen Milligan y Alan Parker contribuyeron con artículos junto a Macrae; Andrew Knight, *Britain into Europe,* The Economist, Londres, 1971, pp. 14, 16 y 17.

[60] *Ibid.,* pp. 14, 16 y 17. El banquero y prestamista bancario Siegmund Warburg, confidente de Crowther, fue uno de los primeros promotores del giro hacia los mercados de eurodólares y eurobonos. Basó su argumentación precisamente en el papel que la City podría desempeñar en la integración europea, liberalizando y vinculando los mercados de divisas y capitales como un primer paso para que la Gran Bretaña se uniera al mercado común —y lo encabezara—, con el apoyo de los Estados Unidos; Ferguson, *High Financier…, op. cit.*, pp. 208-213.

ría a sus clases medias";[61] pero también era muy importante tranquilizar a esas clases medias dando más poder a la policía y suprimiendo los programas de acción comunitaria, elegidos de manera local, con el propósito de "alentar deliberadamente un éxodo de los guetos a toda velocidad".[62]

Los fuertes sentimientos de Macrae de respeto de la ley, el orden y la democracia en los Estados Unidos tenían un elemento personal, que reveló hacia el final de su investigación. Invitado a hablar en un simposio universitario sobre Sudáfrica, los estudiantes le quitaron la palabra de modo impertinente por ser un "infame blanco racista" que se había opuesto en *The Economist* al establecimiento inmediato del gobierno de la mayoría negra, comentario del que él se burló así:

> Los intelectuales liberales y soñadores de Washington todavía tenían algunas nociones idealistas de cómo sería una perturbación planificada de ese tipo. Lo que encontré fue el antiguo nazismo más sombrío […] el culto a la violencia, el culto a la juventud, el culto a proclamar que uno está gobernado por una plutocracia […] cualquier persona mayor de 45 años de edad sabe cuándo y dónde fue la última vez que se pidió a los jóvenes en Europa que se impregnaran de esas emociones.

Los estudiantes deambulaban por los pasillos con unos cubos "en los que se pedía a los caballeros de mediana edad, obviamente no revolucionarios, que pusieran dólares totalmente no auditados 'para financiar la Revolución sudafricana'". Macrae quedó petrificado: primero, trató de correr; después, fingió ser un periodista cordial que hacía preguntas sobre Vietnam que sonaban sinceras, a las que, según él, los estudiantes respondían tontamente. Más tarde, en una asamblea, vio que "unos matones uniformados del poder negro agarraron por el cuello [al rector de la universidad], mientras una banda de percusionistas negros tocaba en acompañamiento de la acción […] Un hombre de decencia y eminencia internacional" rodeado por un círculo de negros con tambores; el recuerdo de esa tensa escena nunca lo abandonó.[63]

Al correr de la década de 1970, Macrae no podía ocultar su desprecio por todo lo que oliera a contracultura, desde los Beatles hasta los radicales negros, los *hippies,* las feministas, los ambientalistas, la nueva izquierda y los gays (en una ocasión propuso un editorial de *The Economist* sobre un atomi-

[61] "The Neurotic Trillionaire", *The Economist,* 10 de mayo de 1969. El semanario apoyó la Gran Sociedad de Johnson ("Richer for Poorer", *The Economist,* 15 de agosto de 1964) y reiteró que, en el caso de los Estados Unidos, sí era posible producir armas y mantequilla al mismo tiempo: "La guerra cuesta 25 000 millones de dólares al año; pero eso es sólo aproximadamente la mitad de lo que los estadunidenses añadirán a su producto interno bruto […] Los Estados Unidos pueden combatir en la guerra de Vietnam y, al mismo tiempo, seguir elevando la calidad de la vida. Ésa es la medida de su poder económico"; "The Impatient Ones", *The Economist,* 19 de agosto de 1967.

[62] "The Neurotic Trillionaire", *The Economist, op. cit.*

[63] *Idem.*

zador con un producto para "curar" a los homosexuales y, así, revertir su aversión al olor de sus madres). Esas personas no eran solamente enemigos, sino también personas livianas, con las que los liberales bien intencionados deseaban, de manera equivocada, entablar un diálogo. Al final, su posición económica coincidió con la política de Beedham: en un país atrasado como Brasil o Chile o en un barrio negro pobre de los Estados Unidos o de la Gran Bretaña, la democracia podría convertirse fácilmente en enemiga del capitalismo liberal. Richard Nixon, con escaso respeto por la democracia, recibió apenas una palmada en la muñeca por el escándalo de Watergate. *The Economist* consideró que el asunto había sido apenas una intriga levemente divertida casi hasta el día en que el presidente renunció.[64] A pesar de todo, buscando escapar de la camisa de fuerza del intercambio fijo, Macrae elogió a Nixon por haber desmantelado Bretton Woods entre 1971 y 1973.[65]

Andrew Knight: relaciones especiales, 1974 a 1986

The Economist puede haber aplaudido la desvinculación del dólar respecto del oro y el final real del sistema de cambio fijo de Bretton Woods en 1973; pero ese drástico paso también señaló una profunda y estruendosa crisis del orden capitalista liberal que los Estados Unidos habían establecido a partir de 1945. En cierto sentido, esto era un testamento tras su éxito, en particular en Alemania y Japón: 20 años después de su derrota en la guerra, las industrias más nuevas y de menor costo de ambos países —que fabricaban todo, desde automóviles hasta productos electrónicos de consumo— comenzaron a captar la proporción del mercado de las empresas estadunidenses en el extranjero y en los propios Estados Unidos. En 1971, por primera vez en el siglo xx, la Unión Americana registró un déficit comercial. La disminución de la rentabilidad que sufrieron los fabricantes estadunidenses pronto afectó también a sus rivales extranjeros, mientras que los intentos de restablecer las tasas de ganancias desataron la militancia sindical en todas las economías avanzadas. El problema no era sólo económico, sino también político e imperial; empantanado en Vietnam, Washington tenía poco que mostrar por sus esfuerzos allí que no fuese el caos monetario: en el contexto de las bajas tasas de interés, los dólares gastados en "mantequilla y armas" se esparcieron por toda la economía mundial, uniéndose a los grandes fondos ya "des-

[64] Watergate recibió una amplia cobertura informativa, pero no hubo censura editorial del presidente, con quien el semanario compartió tanto, desde la ley y el orden hasta la política exterior: "Aparte del asunto Watergate, el gobierno de Nixon se está dedicando con una confianza cada vez mayor a las responsabilidades de los Estados Unidos en el mundo"; "The Ideas of Gerald Ford", *The Economist,* 26 de enero de 1973.

[65] Macrae supuso que eso podía significar importantes negocios para la City como el principal mercado de monedas extranjeras; "Come On, It's Fine", *The Economist,* 21 de agosto de 1973.

localizados" en la City de Londres, donde los inversionistas los utilizaron (entre otras cosas) para apostar en contra de la moneda estadunidense. La devaluación de Nixon en 1973 fue un golpe defensivo, destinado a poner fin a una larga batalla perdida con el objetivo de mantener la confianza en la convertibilidad del dólar en oro y restablecer la capacidad competitiva contra los exportadores alemanes y japoneses; pero, como un medio para reactivar la economía mundial, se desplomó de inmediato: el precio del petróleo se cuadruplicó después de la Guerra de Yom Kippur y se acuñó una nueva palabra para describir los efectos que eso tuvo durante ese decenio: *estancamiento económico* o *estanflación*. Quizá lo más alarmante de todo es que esos mismos acontecimientos parecieron fortalecer a la Unión Soviética, que obtuvo divisas fuertes gracias al alza de los precios del petróleo y a una mano más libre en el exterior después del revés geopolítico de los Estados Unidos en el Sudeste Asiático.[66]

En esos momentos de patente crisis para el orden mundial liberal dirigido por los Estados Unidos, Andrew Knight se convirtió en editor de *The Economist*. Al principio, en contraste con los anteriores ocupantes de ese puesto, a Knight le fue más difícil ser contratado que, después, obtener el puesto principal: en 1964, en su segundo intento, Brian Beedham lo consideró "perturbador y pesaroso", pero "con la gran ventaja de no ser un joven sofisticado" y de ser "digno de tomar en cuenta". Dos años más tarde, Fred Hirsch, el editor de finanzas intelectualmente distinguido, estaba a punto de terminar una tercera entrevista, desestimando una explicación malograda de la política monetaria con un: "No creo mucho en eso", cuando Knight replicó: "Bueno, ¿qué espera por 1 250 libras esterlinas al año?"[67] Su rápido ingenio le

[66] Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence: The Advanced Capitalist Economies from Long Boom to Long Downturn, 1945-2005,* Verso, Londres, 2006, pp. 99-101 y 122-129; Giovanni Arrighi, "The World Economy and the Cold War, 1970-1990", en *The Cambridge History of the Cold War*, vol. 3, Melvin Leffler y Odd Arne Westad (coords.), Cambridge University Press, Cambridge, 2010, pp. 26-31, y Barry Eichengreen, *Globalizing Capital: A History of the International Monetary System,* Princeton University Press, Princeton, 1996, pp. 128-135.

[67] Hirsch fue editor de la sección de finanzas de *The Economist* desde 1963 hasta 1966 y escribió para ella con anterioridad mientras también trabajaba en la revista *The Banker*. Era socialista y, en ocasiones, escribía cartas al editor con el alias de Fred Stag (*stag* es la traducción al inglés del alemán *Hirsch,* "ciervo"), en particular, en respuesta a la feroz reseña que se hizo en *The Economist* de la crítica de John Kenneth Galbraith al capitalismo de mediados del siglo XX, *The Affluent Society,* en 1958. Hirsch escribió: "Los absurdos jamás cuestionados de la economía avanzada que cita el profesor Galbraith provienen de una actitud mental que comienza a volverse peligrosa a un nivel bastante modesto de opulencia. Quizás el nivel en el que la crema de los cerebros de un país comienza a ser absorbida por sus agencias de publicidad"; *The Economist,* 20-27 de septiembre de 1958. Hirsch renunció poco después de la llegada de Burnet; pero su tiempo en *The Economist* dio forma a su valoración crítica de la política, la sociedad y la economía en la Gran Bretaña. En 1965 tomó notas detalladas para un libro que sería titulado *Is Left-wing Government Possible?,* y publicó *The Pound Sterling: A Polemic*; después de su partida, *Newspaper Money: Fleet Street and the Search for the Affluent Reader,* de 1975, donde junto con David Gordon desarrolló temas a partir de su defensa de Galbraith; *The Social Limits of Growth*

ganó un lugar cubriendo la sección de inversiones; pero el camino estuvo lleno de baches: en 1968 Mary Goldring, la editora de la sección de negocios, criticó sus conocimientos de los mercados monetarios y le endilgó la sección de investigación American Survey. Knight lo disfrutó… si bien demasiado, según John Midgley y Nancy Balfour, sus superiores, quienes querían menos práctica de la vida social y más artículos sobre negocios, por lo que lo hicieron regresar de Washington después de apenas dos años allí. Además, según un editor de sección, Knight era "básicamente analfabeta […] su dominio de la gramática dejaba mucho que desear".

Con todo, Knight tuvo dos oportunidades y las aprovechó. La primera fue una vacante en Europa, sobre la que comenzó a escribir en 1970 como editor asistente, posición desde donde presionaba para que los británicos se hicieran miembros de la Comunidad Económica Europea (CEE), a la vez que mantenía una sección separada dedicada a ello, que sería editada por él desde Bruselas. En 1973, ya allí, las entradas de su libreta de direcciones aumentaron: Valéry Giscard d'Estaing, el aspirante a presidente francés, fue sólo uno de los ilustres amigos que hizo en la capital burocrática de Europa. La segunda oportunidad de Knight llegó ese año cuando Burnet optó por irse y causó un gran revuelo al presionar para que Beedham fuese su sucesor. Johnny Grimond recordaba: "Había un fuerte sentimiento entre los miembros más jóvenes del personal de que sería bueno tener a alguien más accesible y menos derechista".[68] Balfour y Mary Goldring protestaron ante la junta directiva, aunque, al oponerse a Beedham, ninguno tenía en mente la alternativa de Knight, y Goldring dimitió ante la perspectiva. Durante esa disputa, Knight cruzó el Canal de la Mancha para defender su caso, lo que llevaría a cabo de manera más contundente ante la financiera Evelyn de Rothschild, la nueva presidenta, así como ante el miembro de la junta y magnate de los supermercados John Sainsbury y ante David Gordon, el editor asistente. ¿El punto alto de su emotiva arenga? Conquistaría los Estados Unidos, un desafío para el que sus dos años de haberse codeado en Washington ahora parecían ser una ventaja. Knight les dijo: "La [sección] American Survey nos ha dado una gran reputación en los Estados Unidos. Yo podría ir a la Casa Blanca cuando quisiera. *The Economist* podría cumplir una función única: la de ser analítica, emitir opiniones firmes sin echarse para atrás y mantener la distancia". Ofrecía "algo que *Newsweek* y *The Time* no podían ofrecer". Rothschild estuvo de acuerdo en que "valía la pena intentar exponer *The Economist,* con riesgo de pérdidas, al mercado estadounidense"; Sainsbury, "el miembro más prestigioso de la junta", se unió al consentimiento del resto de ese grupo "levemente obstruccionista".

en 1977, y *The Political Economy of Inflation*, en 1978. Mi agradecimiento a Donald Hirsch y a David Gordon por estas referencias.

[68] Andrew Knight, en entrevista con el autor.

A los 34 años de edad, Knight se convirtió en la segunda persona más joven en editar *The Economist*. A pesar del serio escepticismo de muchos miembros del personal, estaba especialmente preparado para la misión que se había propuesto: transformar a *The Economist* de un compañero de viaje en un participante activo en los debates políticos y económicos que importaban en los Estados Unidos. ¿Qué lo había preparado para ese rol? Aunque nació en Nueva Zelanda, Knight fue enviado a Inglaterra cuando era niño. Su padre, un oficial de la fuerza aérea, eligió Ampleforth, la escuela pública católica de élite, donde Knight ascendió a director de grupo los dos últimos años de secundaria y se convirtió en el favorito de su maestro encargado del colegio, el cardenal Basil Hume. En Balliol College, en Oxford, hizo una segunda licenciatura en historia moderna, antes de ser enviado, una vez más por su padre, a un banco mercantil de la City. A Knight no le gustaba ser banquero y probó un desplazamiento lateral hacia lo que parecía el mundo más emocionante del periodismo financiero. En 1964 se unió a *Investors Chronicle,* antes de seguir y seguir ascendiendo: editor de *The Economist,* director ejecutivo de *The Daily Telegraph* y presidente de News International. Si *The Economist* mejoró enormemente su posición, también reflejó su éxito personal al tratar de elevar la reputación del semanario.

En cada retrato por escrito de Knight, la palabra *ambición* aparece de manera repetida, casi como si fuera un atributo físico que debía notarse junto con su altura o el color de sus ojos. Un antiguo editor de sección dijo: "Escrito en neón. Incluso reseñó las exequias funerarias". En las descripciones que se hacían de él, se tenía la tendencia a situarlo tras puertas cerradas, parcialmente en la oscuridad, en medio de muros recubiertos con cuero acolchado y madera pulida. El periodista e historiador militar Max Hastings recordó su primer encuentro en 1985 en Brooks, un club privado de Saint James Street: "Un hombre que llamaba la atención por su buena apariencia, su palidez y su ascetismo […] hacía mucho tiempo que había perdido todo indicio de sus raíces familiares de Nueva Zelanda […] y podría haber sido confundido con un embajador joven o un secretario permanente de Whitehall". Hastings observaba a Knight con atención mientras cambiaban de salón: "Cuando entrecerraba los ojos y sonreía, adquiría un aspecto casi oriental. Su meticulosa cortesía también tenía un toque oriental. Siempre había poseído la capacidad de hacer que los poderosos se sintieran seguros en sus manos".[69] Andrew Neil, otro periodista que se desempeñó con Knight en *The Economist* y luego en *The New International,* lo describió como "un cortesano consumado para con los ricos y los poderosos, en especial los fuereños que necesitaban ayuda con el *Establishment* británico".[70] Entre ellos se encontraba

[69] Max Hastings, *Editor: An Inside Story of Newspapers,* Macmillan, Londres, 2002, pp. 1-2.

[70] Andrew Neil, *Full Disclosure,* Macmillan, Londres, 1996, p. 191. Una persona que lo entrevistó lo encontró "tras unas puertas enchapadas de nogal […] literalmente inmóvil"; Catherine Bennett, "Mr. Murdoch's Mixed-Up Kid", *The Guardian,* 18 de enero de 1993, y Roger

el magnate canadiense Conrad Black, a quien Knight le recomendó comprar *The Daily Telegraph* en 1986, en un acuerdo garantizado por Evelyn de Rothschild, y los tres brindaron en lo alto de la torre de *The Economist* (cuando le preguntaron a quién pretendía hacer director gerente de *The Telegraph,* Black respondió: "A nuestro cordial anfitrión, *Don* Andrew S. B. Knight, nobleza anticipada"), y también estaba Rupert Murdoch, el australiano que compró el periódico dominical *The Sunday Times* en 1983 y que, en 1989, convirtió a Knight, por un breve periodo, en presidente de su creciente imperio de los medios de comunicación.[71]

En *The Economist,* Knight transformó una historia de amor transatlántica en un nuevo modelo de negocio. La estrategia se puso en marcha en 1977, cuando Clive Greaves, el director de publicidad, fue a Nueva York para "gastar dinero": "No hubo investigación de mercado, únicamente mi intuición basada en mis años en Washington. Recibo y merezco crédito por penetrar en los Estados Unidos". Greaves consultó con los anunciantes con el objetivo de duplicar la circulación a tiempo para las elecciones presidenciales de 1980 y, al mismo tiempo, contrató a Beth O'Rorke,[72] experta en la adquisición de suscriptores por correo. En 1987, la agencia de anuncios Abbott Mead Vickers BBDO ideó una campaña publicitaria en blanco sobre rojo que comenzó a aparecer en taxis, autobuses, metros y aeropuertos de ciudades de Europa y América del Norte: "¿Le gustaría sentarse sin nadie a su lado durante la cena?"; "Protéjase contra la fiebre aftosa"; "Dominación mundial sin el plan maestro del rayo láser de la muerte". Knight recordaba con orgullo: "Perdimos dinero durante seis meses, cuando esperábamos pérdidas durante los dos primeros años; había 27 500 suscriptores cuando comencé; eran 125 000 cuando partí". En la actualidad, más de la mitad de toda la circulación fluye por los Estados Unidos y Canadá: aproximadamente 850 000 ejemplares; pero lograrlo en territorio estadunidense no dependió solamente de las ventas; también afectó el diseño (la American Survey abarcaba más que únicamente la Gran Bretaña) y el panorama del semanario. Al asumir el cargo, Knight le aseguró a Beedham que "básicamente estaba de acuerdo con él" y que "la historia corroboraba sus asertos, si no sobre Vietnam, sin duda alguna sobre la necesidad de resistir a los soviéticos". Knight tenía a Moss en la más alta estima y, durante los siete

Cohen, "Rupert Murdoch's Biggest Gamble", *The New York Times Magazine,* 21 de octubre de 1990.

[71] Conrad Black, *A Life in Progress,* Key Porter Books, Toronto, 1993, p. 342. Knight y Black se disgustaron tres años después, cuando el primero renunció como director gerente para convertirse en el presidente de News International, con "14 millones de libras esterlinas en acciones gratuitas del Telégrafo" en una jugada que, según escribió un Black furioso, "[planteaba] importantes cuestiones éticas". Tiempo después, este último cumplió condena en una prisión federal en Florida por obstrucción a la justicia y fraude.

[72] Denny Hatch, "Direct Marketer of the Year: Beth O'Rorke, COO and Vice President, *The Economist*", *Target Marketing,* 1º de octubre de 2004.

años siguientes, le confió algunos de los editoriales más trascendentales sobre asuntos exteriores.[73]

The Economist contra la distensión

¿Cuál era entonces la opinión que tenía del Imperio estadunidense *The Economist,* dado que, a partir de entonces, no era solamente su devoto admirador sino que cada vez se vendía más a las personas que lo gobernaban, en el apogeo de la Guerra Fría? El primer indicio llegó en 1974 con la Revolución portuguesa: *The Economist* estaba muy preocupado por el repentino colapso de la dictadura del Estado Novo en Lisboa, así como por las expropiaciones de tierras, las ocupaciones de fábricas y las protestas callejeras que estallaron en la revuelta popular contra ella; en particular, temía la influencia de los elementos socialistas y comunistas radicales entre los oficiales del Movimento das Forças Armadas, muchos de los cuales se habían negado a continuar con las brutales guerras coloniales del régimen en Angola, Guinea y Mozambique. Portugal puede haber sido pobre y antidemocrático, pero también era un miembro de importancia global de la OTAN en su calidad de potencia imperial aún existente en África y Asia. La elección del semanario para abordar esa volátil situación fue el aristocrático y monocular general Spínola, quien, considerado como un moderado, había servido como voluntario bajo Franco y como observador con los ejércitos de Hitler, antes de experimentar una epifanía al estilo de De Gaulle sobre la necesidad de introducir "reformas" como gobernador militar de Guinea. Después de que Spínola fuera expulsado del gobierno provisional, de que hubiese intentado un fallido golpe de Estado y huido en marzo de 1975, *The Economist* denunció la dirección que había tomado la Revolución de los Claveles con una prosa ornada al punto de causar fastidio: "controlada completamente por los marxistas", estaba utilizando las "técnicas de fuego nazis del Reichstag" con el propósito de erigir un "Estado totalitario", con "repercusiones más amplias" que "el fallido experimento marxista en Chile" que podrían provocar la disolución de la OTAN.[74]

[73] Moss era "una fuerza poderosa en el semanario", recordaría Knight, quien compartía una oficina con él antes de ser editor en 1974. Entrevista con el autor.

[74] "Straying to the Left" y "Kerensky with a Monocle", *The Economist,* 11 de mayo y 5 de octubre de 1974, respectivamente. Moss escribió esos y otros artículos alarmistas; compárese su "The Making of Europe's Cuba", *The National Review*, *op. cit.*, con "Don't Do a Cuba on Portugal", *The Economist, op. cit*. Respecto a los elogios que dedicó a Spínola, véase "War Hero Who Sees No Victory" y "Unendurable Burden", *The Economist,* 2 de marzo y 27 de abril de 1974, en ese orden, y, acerca del descrédito de una elección histórica (antes y después), con el 91 por ciento de participación, véase "Keen Voters" y "Lovely Election but No More", *The Economist*, 26 de abril y 3 de mayo de 1975. En lo tocante al contexto, véase Ronald H. Chilcote, *The Portuguese Revolution: State and Class in the Transition to Democracy,* Rowman & Littlefield, Lanham, 2010, p. 123.

Moss fue el inconfundible autor de esas líneas. Meses después, escribió con el mismo tono alarmista sobre "el flanco sur" de la alianza de la OTAN: en julio, la junta griega dio un golpe de Estado contra el arzobispo Makarios III, el etnarca de Chipre. Makarios, desde hace mucho una espina clavada en el costado de los británicos, que conservaban enormes bases militares soberanas en la isla, había luchado por la autodeterminación nacional contra ellos; primero con *Enosis,* la Unión con Grecia, respaldada en 1950 en un referéndum por el 96% de los greco-chipriotas, y, después, por la independencia, que llegó neutralizada 10 años más tarde, cuando Makarios se convirtió en el primer presidente electo. *The Economist* no sólo justificó su expulsión, recordando a los lectores que Makarios había sido una peste: había gobernado con AKEL, el Partido Comunista, mientras perseguía una política exterior no alineada, fuera de la OTAN (bajo él, Chipre fue uno de los cuatro únicos Estados no comunistas que comerciaban con Vietnam del Norte). El semanario también pasó por alto las sangrientas consecuencias: la invasión turca de Chipre, con la connivencia de Kissinger, así como de Wilson y Callaghan en Londres, la que, además de los 4 000 muertos y los 12 000 heridos, expulsó a 180 000 greco-chipriotas de sus hogares, en medio de represalias similares en contra de la comunidad turca.[75] El semanario incluso atribuyó la caída de la junta en Atenas a la hábil diplomacia estadunidense, que había "presidido un cambio radical para mejorar la política del Mediterráneo oriental", y esperaba una mayor decisión de ese tipo en el futuro; de lo contrario, España e Italia podrían ser los siguientes en la línea de la subversión, "lo que proporcionaría la mayor oportunidad para la expansión hacia Occidente de los gobiernos comunistas en Europa" desde 1945.[76]

Fuera de Europa, el Imperio portugués se desintegró rápidamente, lo que planteó a los responsables de las políticas estadunidenses interrogantes inmediatas sobre qué tipo de gobierno debería reemplazarlo y qué tipo no debería hacerlo. En diciembre de 1975 dieron su respuesta en Timor Oriental: horas después de recibir luz verde de Ford y Kissinger en persona, en una escala en Yakarta, el dictador indonesio Suharto invadió la isla, que acababa de proclamar su independencia de Lisboa bajo la bandera del Frente de Liberación de Timor Oriental, que era de izquierda. *The Economist* no solamente se negó a criticar la anexión de Indonesia, sino que se hizo de la vista gorda ante la genocida cifra de cerca de 100 000 muertos en 18 meses,

[75] Perry Anderson, *The New Old World,* Verso, Londres, 2009, pp. 355-391 [edición en español: *El Nuevo Viejo Mundo*, trad. de Jaime Blasco Castiñeyra, Akal, Madrid, 2009].

[76] "La posición de Makarios como cabeza de la Iglesia y dirigente del Estado se estaba convirtiendo en un anacronismo"; "Cyprus: The Makarios Years", *The Economist,* 20 de julio de 1974. Makarios "no será la mejor persona para presidir la nueva estructura", porque, "después de las dos últimas semanas, provoca muchas enemistades" y es "demasiado dependiente de los comunistas", por lo que "ahora hay muchos cargos en su contra"; "Welcome Back", "Why Would They?", "The Price of an Island" y "Battle for Southern Europe", *The Economist,* 27 de julio, 7 de septiembre, 30 de noviembre y 10 de agosto de 1974, respectivamente.

casi una sexta parte de la población timorense.[77] En Angola, a medida que se acercaba la fecha fijada para la independencia, Kissinger trató de evitar que el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA), de inspiración marxista, asumiera el mando y, con ese propósito, envió dinero, armas y asesores a sus dos rivales más pequeños, el Frente Nacional para la Liberación de Angola (FNLA) y la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA). En octubre, apenas unas semanas antes de la planeada partida de los portugueses, Sudáfrica adoptó un enfoque más directo: lanzó una invasión desde el sur al mismo tiempo que desde Zaire se lanzaba un asalto coordinado hacia el norte y ambos convergieron en Luanda. Sólo las tropas cubanas —transportadas desde La Habana de último momento en viejos turbopropulsores Britannia, sin consultar previamente con Moscú— permitieron que el MPLA resistiera y, enseguida, venciera;[78] sin embargo, como lo advirtió *The Economist,* ése no fue el final de la historia: Sudáfrica no podía permitir que la victoria del radicalismo negro avanzara sin obstáculos y amenazara su dominio sobre Namibia y el propio régimen del *apartheid* en Pretoria, y los Estados Unidos tampoco podían tolerar la derrota de sus clientes. *The Economist* sugirió varias jugadas de ajedrez posibles a los dirigentes estadunidenses: ayuda edulcorada a Angola si expulsaba a los soviéticos, un "bloqueo naval total" de Cuba mediante el minado de sus principales puertos, y también se podrían preparar planes para bombardear e invadir la isla, aunque podrían "tardar en surtir efecto" y "provocar protestas antiestadunidenses".[79]

Desde esa perspectiva propia de aventuras de espadachines, la elección de Jimmy Carter en 1976 parecía el comienzo de un desenmarañamiento estratégico, dada la ingenua búsqueda del nuevo presidente del control del armamentismo y su vaga retórica sobre los derechos humanos. Para *The Eco-*

[77] En violación de la ley federal, el gobierno de Gerald Ford suministró armas a Suharto en secreto con ese propósito; Christopher Hitchens, *The Trial of Henry Kissinger*, Verso, Londres, 2001, pp. 90-107 [edición en español: *Juicio a Kissinger*, trad. de Jaime Zulaika, Anagrama, Crónicas, núm. 49, Barcelona, 2001]. Para *The Economist,* "un Timor de izquierda, que podría servir de base para la subversión comunista y el contrabando de armas", era "intolerable […] El espectro de otra miniAngola, combinado con la evidente imposibilidad de medir la opinión pública entre los 650 000 habitantes en su mayoría primitivos de Timor, ha mantenido en silencio a la mayoría de los gobiernos extranjeros"; la "preocupación real de Yakarta son las reacciones en Washington, de donde esperaba obtener 43 millones de dólares en ayuda militar", etc.; "Indonesia Tidies the Map", *The Economist,* 13 de diciembre de 1975.

[78] A finales de diciembre, la marea se había vuelto en favor del MPLA en Angola, con la ayuda de 3 500 a 4 000 cubanos; Piero Gleijeses, *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2002, pp. 305-327.

[79] "It Wasn't Ready", "Unrecognisable", "War Is Won, Not Over", "From the Angolan Rubble" y "Do It with Mines", *The Economist,* 19 de julio y 18 de octubre de 1975, 14 y 21 de febrero y 3 de abril de 1976, respectivamente. *The Economist* argumentaba con frecuencia que los rebeldes angoleños fortalecieron el *apartheid* en Sudáfrica, impidiendo el "acuerdo moderado" al que Pretoria hubiese querido llegar con el "África negra".

nomist, Carter demostró cuán peligrosamente inepto era debido a su manejo de la Revolución iraní: en 1979, esa movilización masiva había expulsado al *sha* de Irán, cuya familia había reinado durante 26 años para placer de Washington. Al antiimperialismo, el nuevo dirigente, el ayatolá chiita Ruhollah Musavi Jomeiní, añadió el fundamentalismo religioso. En noviembre, los estudiantes invadieron y tomaron como rehén la embajada de los Estados Unidos. *The Economist* pidió represalias inmediatas: la captura de los islotes de Abu Musa y Tumbs; el embargo de alimentos, y, si nada más funcionaba, la invasión;[80] empero, la crisis de los rehenes se prolongó a lo largo de más de un año, durante el cual los soviéticos enviaron tropas a Afganistán. Buscando apuntalar a un régimen comunista tambaleante en Kabul, Moscú intervino después del asesinato del presidente Taraki por Hafizullah Amin, su segundo al mando, del que Moscú temía que pudiera desertar al campo estadunidense, y justo cuando la Revolución iraní había desatado una nueva y potente forma de radicalismo islámico que amenazaba con extenderse a las repúblicas musulmanas dentro de la Unión Soviética.[81] Ante esa situación, considerándola como la prueba de una total falta de valor, *The Economist* explotó:

> ¿Quién invitó a Afganistán a 40 000 soldados rusos con su Quisling [Babrak Karmal: Quisling fue el político noruego que, apoyado por los nazis, tomó el poder en su país]? Respuesta: el presidente Carter, el Congreso estadunidense y la opinión estadunidense… y esos aliados de los estadunidenses que no han creído en la voluntad estadunidense de ejercer el poder y han hecho poco para remediar o revertir su desmoronamiento.

Como mínimo, los Estados Unidos y la OTAN debían armar a los guerreros santos o muyahidines, que resistían a las fuerzas soviéticas con los misiles más modernos destructores de tanques.[82]

Ese vilipendio de las torpezas estadunidenses tartamudeado desde la derecha se trasladó redoblado a Centroamérica, donde ese mismo año las guerrillas sandinistas habían expulsado del poder a la brutal dinastía de los So-

[80] Llegado el momento, los Estados Unidos no tuvieron que invadir Irán: lo hizo Iraq, con su ayuda, en 1980. La guerra de Saddam Hussein era solamente una represalia, siempre y cuando no avanzara mucho más allá de Juzestán; "Blood in the Oil", *The Economist,* 27 de septiembre de 1980. En lo relativo a los rehenes, el semanario escribió: "El chantajeado tiene el derecho de responder con golpes bajos, astucia y engaño […] El asunto es una cuestión de terrorismo, no de religión, cultura ni nada más"; "Confronting a Cliché", *The Economist,* 1º de diciembre de 1979.

[81] Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times,* Cambridge University Press, Cambridge, 2005, pp. 316 y 323.

[82] "America Gone Soft", *The Economist,* 5 de enero de 1980. Los misiles eran los potentes Stingers ("punzantes"); véase "Sams for the Love of Allah" y "Don't Forget Afghanistan", *The Economist,* 5 de julio y 25 de octubre de 1980, respectivamente. [Vidkun Quisling tomó el poder en Noruega con un golpe de Estado apoyado por los nazis. (T.)]

moza en Nicaragua. El semanario no recomendaba una intervención directa para apuntalar a ese gobierno títere estadunidense, bombardeando a los habitantes de los barrios bajos de la ciudad capital de Managua para que todo el mundo lo viera; pero eso podría cambiar: "Si las siluetas cubanas en verdad surgen de las tinieblas en Nicaragua, los estadunidenses tendrán que actuar".[83] Tampoco lo recomendaba en el caso de las revueltas de izquierda que se desataron en los vecinos El Salvador y Guatemala, donde "se requerirá recurrir a las armas estadunidenses para defender a la democracia", a medida que los cadáveres de los asesinados por los escuadrones de la muerte de derecha se amontonaban en cada uno de esos países.[84] Pronto, tampoco hizo esa recomendación al caso de Nicaragua: en 1981 Ronald Reagan había comenzado a orquestar una guerra encubierta en contra de los sandinistas en ese país, y, finalmente, armó a más de 15 000 "contras" en Honduras y Costa Rica para hostigar al nuevo régimen. Cinco años después, el escándalo de Irán y los "contras" expuso la operación de lavado de dinero que violaba la propia ley estadunidense y que se utilizó para financiar esas actuaciones; una noticia trágica para *The Economist,* no tanto porque hubiese implicado al presidente y a sus asesores en una conspiración criminal como porque puso en peligro el financiamiento del Congreso a las operaciones de contrainsurgencia.[85] Mientras tanto, el semanario había respaldado una invasión total de la pequeña isla de Granada en 1983 y el derrocamiento de su gobierno revolucionario. En el editorial "Licensed to Kill", mientras daba permiso para matar defendió de manera despreocupada la invasión, con el argumento de que "los adversarios de Occidente deberían vivir en un estado de incertidumbre", mientras se sacudía a los críticos que en la Gran Bretaña se preocupaban por el trato que los Estados Unidos daban a un miembro de la

[83] "Nicaragua: The Revolution Cuba Might Have Been?" y "Another Crisis for Carter", *The Economist,* 29 de septiembre y 30 de junio de 1979, en ese orden.

[84] "Los Estados Unidos serían en realidad indolentes si se negaran a armar a sus amigos, aunque no resulten muy gratos a primera vista, contra un grupo aún más impopular que posee armas suministradas por Rusia"; aquel país era un "bienhechor, no un entrometido sediento de sangre"; "The Savagery in Salvador", *The Economist,* 28 de febrero de 1981. El semanario aconsejó rechazar la paz que en 1983 ofrecieron las guerrillas; "There Is an Alternative", *The Economist,* 19 de febrero de 1983. Como resultado, las guerras continuaron. En El Salvador, el número de muertos fue de 60 000; en Nicaragua, de 30 000 (en relación con la población, murieron más que los que los Estados Unidos perdieron en la guerra civil, en la primera y en la segunda Guerra Mundial, en Corea y en Vietnam en conjunto); Westad, *Global Cold War…*, *op. cit*., p. 347.

[85] La contrarrevolución de Irán mostró debilidad al pagar de manera indirecta rescate por los rehenes en Líbano y "eso irritaría a un Congreso que había insistido en cortar la ayuda a los contrarrevolucionarios"; Burnet, *America, 1843-1993…, op. cit.*, pp. 243-245; *The Economist* abogó apasionadamente por que se continuase con la ayuda, "evitando a Nicaragua una dictadura aún más inamovible que la de Somoza"; "Contra Cut-Off", "Why the Contras", "Lordy Me" y "Carry a Big Stick", *The Economist*, 27 de abril de 1985, 6 de septiembre y 13 de diciembre de 1986 y 26 de marzo de 1988, en ese orden.

Commonwealth: "Las superpotencias no necesitan aliados —les dijo—, solamente porristas".[86]

Lo que necesitaban era *The Economist*. Para 1983 el semanario no era tanto un emisor de propuestas como un pilar de la relación especial, que Knight erigió cuidadosamente a partir de sus amistades con los veteranos del gobierno de Nixon. Ninguno era más importante que Kissinger, quien se convirtió en una especie de director informal de un pensionado de jóvenes; tan a gusto se hallaba que, en 1996, hizo un pícaro anuncio de televisión para *The Economist:* el señor Mostachón, pasajero de un avión, con tirantes y camisa con puños franceses, bebe champán serenamente hasta que alguien toma asiento junto a él y le espeta: "¡Oye, soy Henry Kissinger! ¿Listo para una buena charla?" El señor Mostachón se muestra intranquilo; como no ha leído *The Economist,* no está preparado para el palique más decisivo de su vida. En febrero de 1979 el tono era más grave: ese mes, el antiguo secretario de Estado de los Estados Unidos se sentó con Knight para una entrevista exclusiva en dos partes sobre el segundo tratado de limitación de armas estratégicas; la discusión también se extendió ampliamente sobre la Guerra Fría. Knight le preguntó quién saldría mejor librado después de un enfrentamiento nuclear y cuántas muertes de civiles cabría esperar, a lo que Kissinger respondió: los Estados Unidos, y "100 millones […] sin embargo, eso nos dejará políticamente paralizados". "O podría hacerlo", intervino Knight esperanzado. "Probablemente lo haría", dijo Kissinger, quien rechazó la idea de que los tratados pudieran dar paso a la paz mundial; si Occidente no aumentaba la "capacidad de sus fuerzas de contraataque, podría estar entrando en un periodo de máximo peligro". ¿Debería vincularse la ratificación del SALT-II, el tratado sobre el control de armamentos, al "buen comportamiento" de Moscú? "Sí", respondió Kissinger:

> Mire lo que ha sucedido desde 1975 en el espacio de poco más de cuatro años: hemos tenido tropas cubanas en Angola, tropas cubanas en Etiopía, dos invasiones de Zaire, un golpe comunista en Afganistán, un golpe comunista en Yemen del Sur y la ocupación de Camboya por Vietnam, todo logrado gracias a las armas soviéticas, con el estímulo soviético y, en varios casos, protegido por el veto soviético en las Naciones Unidas. Además, los avanzados aviones soviéticos piloteados por personal soviético están protegiendo a Cuba —presumiblemente contra nosotros—, de modo que los pilotos y aviones cubanos están operando en toda África… también, presumiblemente, contra nosotros. Eso no puede continuar y lograr que el SALT sobreviva.[87]

[86] "Licensed to Kill", *The Economist,* 5 de noviembre de 1983. Como era de esperarse, el semanario también aplaudió el bombardeo de Libia en 1986; a menos que Muamar el Gadafi dejase de patrocinar a los terroristas, "llegará el momento en que será correcto usar más fuerza y, si es necesario, derrocarlo"; "Appointment in Tripoli", *The Economist,* 19 de abril de 1986.

[87] "Kissinger's Critique", *The Economist,* 3 de febrero de 1979.

Poco después de ese llamamiento a poner fin a la *détente,* o distensión, *The Economist* publicó una crítica hostil muy feroz de *Sideshow: Kissinger, Nixon and the Destruction of Cambodia* (libro cuyo título designaba el espectáculo en cuestión como un entretenimiento de barraca) en la que acusaba a William Shawcross, el autor, de escribir una obra de "propaganda sórdida y desagradable" donde se culpaba a Kissinger de "destruir ese hermoso país de Camboya". Shawcross escribió una airada carta, a la que Kissinger le dio una larga y más airada respuesta negando una de las principales afirmaciones del libro: que Kissinger había tenido algo que ver en el golpe contra el príncipe Sihanouk en 1970 que, finalmente, llevó a los Jemeres Rojos al poder en Phnom Penh. "Nos tomó completamente por sorpresa; al principio, llegué incluso a pensar que lo había diseñado él mismo para ser el protagonista de un regreso espectacular."[88] Posteriormente, Samuel Thornton, un oficial de inteligencia naval estacionado en Saigón en ese momento, escribió una carta a *The Economist* en la que describía su propia participación en la planificación del golpe con la total aprobación de la Casa Blanca. Knight se negó a publicarla, asegurándole en privado a Thornton que había investigado esas acusaciones y había descubierto que eran falsas. La investigación parece haber consistido en hacerles las preguntas a Richard Helms, antiguo director de la CIA, a dos almirantes y al propio Kissinger, por lo que Seymour Hersh hizo la siguiente observación: "Si todos los periodistas utilizaran el método de Knight de preguntar a los de arriba sobre sus posibles fechorías, ninguna de las principales historias de investigación de los últimos 20 años se habría hecho pública".[89]

"Sentimiento de pertenencia al club" es el término apropiado para describir esas relaciones, que funcionaban en ambas direcciones, en formas extensas y reducidas. Es probable que Kissinger haya sido el pez más gordo; no obstante, en cuanto secretario del Trabajo y del Tesoro bajo la administración Nixon, George Shultz resultó ser de mayor importancia práctica: renunció a tiempo para hacerse cargo del conglomerado Bechtel en 1974 y de un puesto en Stanford, donde actuó como conducto para Reagan. Fue durante la visita de Knight a California en 1978 para asistir al Bohemian Grove, un club exclusivo para hombres, cuando Shultz lo convenció de que "Reagan era una alternativa inteligente y viable a Carter, a quien yo odiaba casi por todo". Cuatro años después, Shultz se encontraba cenando con Knight en Londres: "Andrew preguntó: '¿Qué hay de nuevo?' 'Te lo diré a las seis en punto'". A las 7:30 sonó el teléfono de Knight. "Regresó y dijo: 'Era el reportero de *The Economist* en Washington, quien me comentó casi sin aliento que habías sido nombrado secretario de Estado'. Y le respondí: 'Pero, ¿qué hiciste?; ¿le dijiste que estabas cenando conmigo?' Y me contestó: 'No, no quería que me cre-

[88] "Sideswipe" y "Letters: Cambodia and Kissinger", *The Economist,* 4 de agosto y 8 de septiembre de 1979, respectivamente.

[89] Francis Wheen, "Being Economist with the Truth", *The Guardian,* 2 de octubre de 1996; George McTurnan Kahin, *Southeast Asia: A Testament*, Routledge-Curzon, Londres, 2002, p. 285.

yera tan superior a él'".[90] Durante sus siete años en el Departamento de Estado de los Estados Unidos, Shultz consultaba con regularidad *The Economist,* animándose con la postura del semanario respecto a la "contra" en Irán y reflexionando sobre los consejos de sus editores acerca de su iniciativa de paz para el Oriente Medio.[91]

¿Tarde para el neoliberalismo?

Desde los años sesenta, *The Economist* había desempeñado una función clave en los debates sobre el declive económico británico a través de Norman Macrae, quien estableció cifras relativamente decepcionantes para la producción, la productividad y el crecimiento económico en un contexto global y comparativo; pero sus viajes al extranjero tenían como objetivo encontrar soluciones a esas deficiencias mediante mezclas optimistas y eclécticas: de la banca japonesa, las relaciones industriales alemanas, el espíritu empresarial estadunidense o la planificación indicativa francesa. En los 10 años siguientes, el inicio de una recesión económica mundial y las crisis de Vietnam y Watergate cambiaron el tenor de la cobertura editorial del semanario, que se volvió mucho más oscura: los frenéticos relatos de Macrae sobre los manifestantes estudiantiles de Columbia o sobre la pobreza rebelde de los barrios negros de Nueva York y de la ciudad de Washington fueron ejemplos ilustrativos de ese estado de ánimo. En la Gran Bretaña, el enfrentamiento en curso entre los sindicatos y el gobierno de Heath, así como el rastro que dejó en 1974 de basura no recolectada y de oficinas y hogares iluminados por velas, también generó advertencias alarmantes; en efecto, se aseveraba que "el sueño del apocalipsis de Britannia está ahora horriblemente cerca de hacerse realidad", con una inflación que pronto alcanzaría las cifras de Weimar;[92] no obstante, justo por esas razones, Macrae se mostró reacio a adoptar lo que se convirtió en las soluciones neoliberales normales a las crisis de rentabilidad e inflación que azotaban a las economías occidentales avanzadas, y al princi-

[90] Andrew Knight, "Interview with George P. Shultz", *Miller Center,* University of Virginia, 18 de diciembre de 2002.

[91] Shultz le agradeció a Knight la ayuda con sus memorias; George Pratt Shultz, *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State,* Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1993, pp. 828-829 y 1033.

[92] En 1975 los profundos recortes del gasto público, la congelación de los salarios reales y una mayor devaluación de la libra esterlina todavía pudieron evitar una catástrofe, definida como el ascenso al poder de "un partido antidemocrático dirigido por el señor Benn o algún otro profeta de izquierda"; "No Need for Apocalypse", *The Economist,* 17 de mayo de 1975. A propósito del periodo, véase Peter Clarke y Clive Trebilcock (coords.), *Understanding Decline: Perceptions and Realities of British Economic Performance,* Cambridge University Press, Cambridge, 1997, y, con respecto a una reevaluación del decenio, Andy Beckett, *When the Lights Went Out: Britain in the Seventies,* Faber and Faber, Londres, 2009.

pio ni él ni muchos otros editores de *The Economist* pensaban que Margaret Thatcher y Ronald Reagan eran los mejores gobernantes para conducir el liberalismo en medio de toda esa confusión. Dado que *The Economist* se había convertido en el sinónimo de la revolución neoliberal que esos dos políticos encarnaron, ¿por qué tardó tanto tiempo en unirse a ella el semanario?

Aunque el neoliberalismo ganaba terreno en los años setenta, todavía no era el sistema de pensamiento hegemónico en el que se convertiría hacia finales del siglo. Debido a que durante la posguerra estaba en su punto más débil en las universidades, sus seguidores se habían reunido desde hacía mucho tiempo fuera de ellas para difundir su mensaje entre los gabinetes de expertos estratégicos y los "colectivos de pensamiento", y en ningún lugar habían tenido tanto éxito como en la Gran Bretaña, lo cual reflejaba la fuerza del liberalismo clásico en su hogar histórico mundial, a partir del cual se habían inspirado siempre los neoliberales. Después de todo, en los años treinta la resistencia más dura a Keynes había provenido de la London School of Economics, donde, antes de partir a los Estados Unidos, Hayek escribió *The Road to Serfdom* como un llamamiento a rechazar las "ideas extranjeras"' sobre el Estado y volver a las concepciones clásicas de Smith y Mill, y el departamento de economía de la escuela tuvo vínculos desde sus inicios con la asociación internacional más importante de pensadores neoliberales, la Sociedad Mont Pèlerin, fundada en Suiza en 1947.[93] El lanzamiento en 1955 del Instituto para Asuntos Económicos (IEA, por sus siglas en inglés: Institute for Economic Affairs) consolidó aún más esas relaciones. Arthur Seldon y Ralph Harris lo convirtieron en un poderoso recaudador de fondos corporativos en la Gran Bretaña, invitaron a destacados académicos de los Estados Unidos a dar charlas y publicaron folletos para convencer de sus principios a aquellos a quienes Hayek consideraba "distribuidores de ideas de segunda mano": maestros, periodistas, doctores, conferenciantes, políticos y empresarios,[94] y, para 1974, ya muchos eran conversos. Ese año, Keith Joseph y Margaret Thatcher fundaron el Centre for Policy Studies (Centro de Estudios Políticos) en el seno del Partido Conservador con el fin de convertirlo a las "rigurosas ideas y políticas del libre mercado". Cinco años después, el Instituto Adam Smith se trasladó de los Estados Unidos a Londres, donde ejerció presión desde fuera de las estructuras formales del partido.[95]

[93] Tribe, "Liberalism and Neo-Liberalism…", en Mirowski y Plehwe, *The Road from Mont Pèlerin…, op. cit.*, pp. 71 y 86-87.

[94] Ben Jackson, "The Think-Tank Archipelago: Thatcherism and Neo-Liberalism", en *Making Thatcher's Britain*, Ben Jackson y Robert Saunders (coords.), Cambridge University Press, Cambridge, 2012, pp. 46-49 y 50-56. Se puede consultar más sobre la IEA en Richard Cockett, *Thinking the Unthinkable: Think-Tanks and the Economic Counter-Revolution, 1931-1983,* Harper Collins, Londres, 1994, pp. 122-199.

[95] Radhika Desai, "Second-Hand Dealers in Ideas: Think Tanks and Thatcherite Hegemony", *New Left Review*, núm. 203, enero de 1994, pp. 29-31, y Parsons, *The Power of the Financial Press: Journalism and Economic Opinion in Britain and America,* Elgar, Aldershot, 1989, pp. 172-199.

A través de esos y otros canales transnacionales, los neoliberales habían elaborado una amplia explicación filosófica de la libertad individual, el Estado y la ley en relación con los mercados, y lucharon contra las ataduras de estos últimos impuestas por los socialistas de todos los matices;[96] no obstante, durante el periodo previo a la elección de Thatcher en 1979, la argumentación se desarrolló sobre una cuestión mucho más estrecha: la doctrina del monetarismo —que postulaba el crecimiento monetario como la causa de la inflación, la que los gobiernos podían medir y deberían restringir— como la clave para restablecer el orden en las economías de Occidente. Esa creencia fue a la que *The Economist* se resistió, en medio de un viraje más amplio del sentimiento ideológico hacia el Instituto para Asuntos Económicos que había hecho mucho para provocar. Macrae, que criticó desde mucho tiempo atrás el consenso posterior a 1945 en lo que concernía al bienestar y las nacionalizaciones, sí aceptaba uno de sus pilares: el pleno empleo, lo cual lo hacía dudar sobre si debía o no respaldar el choque deflacionario que una política monetaria estricta y unos presupuestos equilibrados podrían provocar, a menos que fuesen mitigados mediante otras formas de intervención gubernamental, y también lo convirtió, al igual que al semanario, en un blanco de Milton Friedman, el economista neoliberal televisivo de la University of Chicago cuya "conferencia estándar" durante los años setenta incluía (según Macrae) la siguiente broma: "En cuanto publicación periódica, *The Economist* tiene prácticamente todas las virtudes, con la excepción de que cree en las políticas de ingresos". Macrae explicó la razón en 1974 en un diálogo con Friedman, cuando este último se encontraba de visita en la Gran Bretaña a instancias del Instituto para Asuntos Económicos con el fin de observar las elecciones generales de octubre. Macrae comenzó así:

> No hay una diferencia muy grande entre las políticas de oferta monetaria favorecidas por el señor Friedman y las favorecidas por *The Economist,* y casi todos los economistas aceptan ahora una parte de las enseñanzas del señor Friedman: que, cuando los gobiernos están tratando de volver a estimular la demanda, de manera habitual y errática expanden excesivamente la oferta monetaria […] La principal diferencia entre el señor Friedman y nosotros reside en que la alternativa a unas tasas de desempleo mucho más altas, creemos, es la política de ingresos.[97]

[96] Véase un excelente estudio arqueológico reciente del neoliberalismo en Quinn Slobodian, *Globalists: The End of Empire and the Birth of Neo-Liberalism,* Harvard University Press, Cambridge, 2018. Véase también Corey Robin, "Wealth and the Intellectuals: Nietzsche, Hayek and the Austrian School of Economics", en Robert Leeson (coord.), *Hayek: A Collaborative Biography, Part V, Hayek's Great Society of Free Men,* Palgrave Macmillan, Londres, 2015, pp. 112-158.

[97] Friedman respondió que estaba "complacido de conocer el alcance de nuestro acuerdo"; pero señaló que había un malentendido: si bien el dominio excesivo del gobierno sobre la economía era "la amenaza más seria para el mantenimiento de una sociedad libre", no causaba inflación, como lo había insinuado Macrae; ni lo hacían los sindicatos. "Incluso en mis pocos días

Cuatro años más tarde, Macrae hizo otro intento de coincidir con el "profeta del monetarismo" a mitad de camino con el editorial "Towards a Keynesian Friedmanism", un híbrido macroeconómico que tendría lugar a tres velocidades distintas: gestión de la demanda keynesiana "un año de cada cinco", ajustes de las tasas de interés para controlar la oferta monetaria cada año y el "monetarismo instantáneo de la tasa bancaria" para dirigir el flujo de crédito de acuerdo con el modelo del Banco de Inglaterra del siglo XIX o el del Banco de Japón del siglo XX.[98] Sin embargo, la crisis del momento simplemente "no se podría solucionar con la disciplina monetarista" únicamente, y "los monetaristas hacen trampa cuando dicen que 'sólo los aumentos de la oferta monetaria pueden causar inflación'".

La cuestión no sólo era si el monetarismo podría dominar la inflación, sino también cuánto desempleo produciría. Según Macrae, el empleo no era tanto un bien moral, ni siquiera una necesidad económica que sustentara la demanda como el costo literal de hacer negocios en las democracias de posguerra. Esa justificación era contingente: cuando Thatcher volvió a ganar las elecciones, en 1983, a pesar de unas tasas de desempleo nunca vistas desde la Gran Depresión, el cálculo cambió. Un año después, con un crecimiento de 3%, "algo en la economía británica está desafiando las convenciones keynesianas y ya es hora de que los keynesianos lo acepten".[99] Comoquiera que sea, el cambio de política económica no dependía simplemente de argumentos convincentes: como en los años treinta, llegó con el empujón de unas crisis nacionales e internacionales concatenadas.

Thatcher y Reagan

La Gran Bretaña había resentido de manera especialmente fuerte los efectos del aumento de los precios del petróleo y los trastabilleos del crecimiento mundial en los años setenta. Las crisis de la balanza de pagos y de la moneda

en Londres me ha consternado el apoyo generalizado a 'la práctica de fustigar a los sindicatos' como una forma de atacar a la inflación"; porque "los sindicatos hacen mucho daño", pero "no producen ni pueden producir inflación […] por el contrario, uno de los desafortunados efectos de la inflación ha sido el fortalecimiento de los sindicatos". Irritado, Keith Joseph escribió al semanario para decir que *The Economist* lo había llamado incorrectamente "seguidor" de Friedman, y que a él le debía su propia "conversión" reciente a los principios del libre mercado: "Ustedes están en condiciones de tener una idea más profunda del asunto"; "Paradise Regained", *The Economist,* 21-28 de septiembre de 1974. Para conocer el contexto, véase Jim Tomlinson, "Thatcher, Monetarism and the Politics of Inflation", en Ben Jackson y Robert Saunders (coords.), *Making Thatcher's Britain*, *op. cit*., pp. 62-94, y Jim Bulpitt, "The Discipline of the New Democracy: Mrs Thatcher's Domestic Statecraft", *Political Studies*, vol. 43, núm. 1, marzo de 1986, pp. 19-39, así como Daniel Stedman Jones, *Masters of the Universe: Hayek, Friedman, and the Birth of Neoliberal Politics,* Princeton University Press, Princeton, 2012, pp. 201-214.

[98] "Towards a Keynesian Friedmanism", *The Economist,* 17 de junio de 1978.

[99] "Un-Keynesian Britain", *The Economist,* 4 de febrero de 1984.

azotaron de nuevo al país en 1976, en esa ocasión con una inflación anualizada de cerca de 24%, lo que llevó a los gobiernos de Wilson y Callaghan a recurrir al Fondo Monetario Internacional (FMI) con el propósito de obtener un rescate. Ahora bien, aun cuando los recortes de gastos vinculados al préstamo del FMI (entonces el préstamo más grande jamás otorgado) ayudaron a reducir la tasa de inflación, ello se debió también a la aceptación de los trabajadores de los topes salariales… una política de ingresos que colapsó dos años más tarde, cuando los sindicatos del sector público se declararon en huelga en contra de otra ronda de recortes salariales en términos reales: la inflación se disparó, el desempleo superó el millón de desocupados y el crecimiento cayó al mínimo de la posguerra. El "invierno del descontento" terminó con una estrecha victoria electoral para los conservadores bajo la administración de Margaret Thatcher, quien hizo campaña con la promesa de que la medicina monetarista podría curar a la economía de la inflación mediante la restricción de la oferta monetaria. Ronald Reagan accedió a la Casa Blanca en 1980 con planes similares para dar "una nueva aurora a los Estados Unidos", cuando el giro hacia la derecha se aceleró en toda la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). En ese caso *The Economist* vaciló, con la sala de redacción dividida sobre la mejor solución —la más liberal— para la crisis.

Aun cuando el programa de Thatcher de disminución de los impuestos directos, reducción de los empleados gubernamentales y debilitamiento de los sindicatos era justo lo que *The Economist* quería, ésa no era una "razón en sí misma para votar por ella" en 1979; su retórica "visceral", "irreflexiva" y "aterradora" parecía prometer una repetición en el cargo de Edward Heath: provocar a los sindicatos, perder y luego entregar las riendas a "un gobierno laborista absolutamente terrible en 1984; una alternativa mucho peor que la respetable disponible hoy en día, un partido entrenado en casa que se vuelve de nuevo rabioso en las perreras de la oposición". ¿El perro bueno en esa metáfora? James Callaghan, el ocupante del momento del número 10 de Downing Street, que ya había alejado a los laboristas del keynesianismo en 1976, solicitando el préstamo del FMI a cambio de recortes presupuestarios de 20%, mientras informaba a su partido que los gobiernos ya no podían "gastar" su senda al pleno empleo.[100] *The Economist* estaba preocupado por el hecho de que su derrota pudiera llevar al Partido Laborista en la dirección equivocada, hacia la extrema izquierda "fanática" representada por diputados como Tony Benn o Michael Foot. Francamente, para "volver a poner el

[100] Respecto al grado en que el monetarismo había sido aceptado por los dirigentes del Partido Laborista durante la crisis de 1976 que los llevó a recurrir al FMI, véase Mark Wickham-Jones, *Economic Strategy and the Labour Party: Politics and Policy-Making 1970-1983,* Macmillan, Basingstoke, 1996, pp. 98-100; Noel Thompson, *Political Economy and the Labour Party: The Economics of Democratic Socialism, 1884-1995*, UCL Press, Londres, 1996, pp. 222-225, y Jones, *Masters of the Universe…*, *op. cit*., pp. 241-254.

énfasis en la creación de riqueza privada y la decisión privada" en la Gran Bretaña, los conservadores debían ganar no una sino dos o tres elecciones seguidas contra los laboristas, convirtiéndolos en una oposición bien educada de centro-izquierda; pero, para eso, según el semanario, un líder de los *tories* tenía que mostrar "continuidad y, nos atrevemos a decir, un sentido del consenso nacional". En efecto, el semanario quería lo que se convertiría en el proyecto hegemónico del "thatcherismo", sin estar seguros de que Thatcher fuese el gobernante adecuado para ofrecerlo: "Existe la posibilidad de que el cargo atempere sus convicciones", pero "todo eso debe ser probado, y nada de eso se puede probar todavía. No tenemos confianza en que se vaya a probar, pero nos gustaría ver que se intentase". Para aquellos que pudiesen estar confundidos por lo que eso significaba, añadió: "*The Economist* vota por que se dé a la señora Thatcher su oportunidad".[101]

Reagan constituía un contraste parcial. En 1980 el semanario le dio un respaldo más decidido, centrándose en el tema que más le importaba: la política exterior. En ese renglón, Jimmy Carter era tan "peligrosamente de segunda categoría" que "un aliado tiembla ante la perspectiva de su retorno".[102] Reagan sería el mejor presidente cuando se tratase de mostrar "firmeza con Rusia", liberando "por completo los recursos para la fabricación de armas estadunidenses" y exponiendo las debilidades económicas y políticas soviéticas. Con todo, en otros aspectos, *The Economist* planteaba algunas dudas: Reagan tenía una visión rudimentaria del gobierno según la cual todas las regulaciones y todos los impuestos conformaban un obstáculo para la innovación, como si sus objetivos fuesen simplemente "equilibrar el presupuesto —de lo contrario surgiría la inflación— y contener las demandas excesivas de los partidarios del aborto, los drogadictos, los homosexuales y las mujeres". Pero hacía falta, "siguiendo a Laffer, un acto de fe en unos ingresos fiscales elevados para creer que la economía estadunidense podría soportar de manera simultánea una reducción de los impuestos de 30%, un gran aumento del gasto de defensa y un presupuesto equilibrado"; mientras se corría el riesgo de que el anticuado conservadurismo de las decisiones de la Corte Suprema de Reagan "hiciera de los Estados Unidos una sociedad menos liberal".[103]

[101] Callaghan podría resultar ser el "mejor practicante de la política *tory*", pero *The Economist* dudaba de que pudiera convencer a los "rezagados letárgicos del Partido Laborista", que querían rescates para empresas en quiebra y un impuesto sobre el patrimonio que reduciría enormemente los incentivos; "Only One Prime Minister" y "Labour's Conservative", *The Economist,* 28 de abril de 1979. En esa época, en la izquierda Stuart Hall percibió con mayor claridad el "empuje hegemónico" del thatcherismo en sus artículos *Marxism Today* (*El marxismo hoy*), muchos de las cuales aparecen en su libro *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the Left,* Verso, Londres, 1988.

[102] "Anybody but Carter?", *The Economist,* 18 de octubre de 1980.

[103] La mancha de la política exterior de Reagan fue Israel; "Mr. Reagan Is a Simple-Minded Zionist Whose Views Will Have to Be Reconstructed by Going to the Middle East", *The Economist,* 18 de octubre de 1980.

En un plano, el conflicto de emociones del semanario puede parecer sorprendente; después de todo, *The Economist* había preparado el terreno para Reagan y Thatcher de muchas maneras: tanto en los Estados Unidos como en la Gran Bretaña había trabajado arduamente para socavar la *détente*, ofreciendo una plataforma para que Kissinger predicara el "rearme unilateral" durante los años de Carter. En Chile, Robert Moss había descubierto que el poder estadunidense podía hacer más que ganar puntos de propaganda contra Moscú: podía erradicar a una izquierda que no tenía vínculos con la URSS y cuyo socialismo había constituido previamente una legítima oposición política. En realidad, Moss afinó ese aspecto durante muchos años en *The Economist,* invocando con reiteración el peligro que la democracia representaba para la economía, el Estado de derecho y la libertad individual, en una fórmula de final intencionadamente abierto, para aplicarla a la Gran Bretaña. En 1972 escribió: "Lo ocurrido en Chile bajo el gobierno del señor Allende sugiere que, en el largo plazo, la democracia política es inconcebible sin pluralismo económico".[104] Un año después, añadió: "El programa de nacionalización del gobierno de Allende no puede ser considerado como una 'reforma' en un sentido económico, porque no dio como resultado una mejor gestión, una mayor productividad, la introducción de nueva tecnología o una nueva inversión imaginativa".[105] Para 1975, en *The Collapse of Democracy,* Moss fue explícito respecto a las lecciones que Chile significaba para la Gran Bretaña ("un ejemplo particularmente deprimente del abuso que los enemigos de una sociedad libre hacen de las instituciones democráticas"), cuya decadencia sólo podría ser detenida "reafirmando el Estado de derecho en las relaciones industriales", endureciendo la columna vertebral del gobierno y de las empresas, donde "todas las decisiones económicas importantes se estaban tomando *por temor a los sindicatos*", y reduciendo al Estado, excepto "en el ámbito de la defensa". Eso lo publicó la Asociación Nacional para la Libertad (NAFF, por sus siglas en inglés: National Association for Freedom), que Moss ayudó a fundar y de la que luego habló con más amplitud en *The Economist*.[106] Dada la sigilosa "sovietización de la Gran Bretaña", Moss

[104] "Can We Learn from Chile?", *The Economist,* 17 de junio de 1972.

[105] Moss, *Chile's Marxist Experiment…*, *op. cit*., p. 79.

[106] Robert Moss, *The Collapse of Democracy,* Temple Smith, Londres, 1975, pp. 8 y 12 [edición en español: *El colapso de la democracia,* Cosmos, Madrid, 1977], y "National Association for Freedom: Into Its Stride", *The Economist,* 28 de agosto de 1976. En 1974, Thatcher habló en la primera recaudación de fondos para la NAFF, cuya revista interna, *Free Nation,* se dedicaba a enfrentarse a los sindicatos, y sugirió con frecuencia que el ejército "interviniera" para restablecer el orden en la política británica; véase Andy Beckett, *Pinochet in Piccadilly: Britain and Chile's Hidden History,* Faber and Faber, Londres, 2002, p. 188 [edición en español: *Pinochet en Picadilly: la historia secreta de Chile y el Reino Unido,* trad. de Victoria Ordóñez, Tusquets, Barcelona, 2003]. La NAFF se dio a conocer cuando Ross McWhirter, uno de sus fundadores gemelos millonarios, fue asesinado por el Ejército Irlandés Republicano (Óglaigh na Éireann, en irlandés; IRA, por sus siglas en inglés: Irish Republican Army). McWhirter había escrito un

tenía una buena razón para apoyar el autoritarismo: "En el caso de que una sociedad democrática se derrumbe irremediablemente", era preferible al "gobierno totalitario".[107] Tres años más tarde, Thatcher llevó ese equipaje chileno al número 10 de Downing Street: no solamente Moss y Crozier, sino también Hayek y Friedman, los economistas, invitaban a quitarle la suciedad al "experimento marxista" de Allende. Una vez en el cargo, según comentó un historiador, Thatcher dejó rápidamente de lado a Moss y a sus otros "excéntricos" consejeros sobre la "contrasubversión";[108] pero eso caracteriza erróneamente su impacto: lo que habían hecho en *The Economist* y en otros lugares había sido aumentar las tensiones ideológicas mediante constantes insinuaciones de desastre y campañas de desinformación, creando un clima en el que las soluciones autoritarias para desarmar a la izquierda llegaron a ser respetables: los liberales, insistieron para exponer el punto con toda claridad, tenían que aceptar la necesidad de un ajuste de cuentas político con los sindicatos y los soviéticos, en un asalto combinado dentro y fuera del país. Menos importante que su oportunidad perdida de ejercer el poder fue su convincente justificación del golpe de suerte neoliberal hasta 1979.

panfleto, "How to Stop the Bombers", en el que se ofrecían 50 000 libras esterlinas por la captura de miembros del IRA. Como ejemplo de la manera como la NAFF se abrió camino en *The Economist* a través de Moss, véase "Quis Custodiet?", *The Economist,* 22 de enero de 1977. En ese artículo se argumentaba en contra del derecho de los trabajadores postales británicos a boicotear las comunicaciones con Sudáfrica como parte de una protesta laboral internacional contra el *apartheid;* no solamente porque "cualquiera que piense que es uno de los 10 [gobiernos] más desagradables está ignorando convenientemente la manera como otras tiranías tratan a *todos* sus pueblos", sino asimismo por otras razones; también elogió a un "grupo libertario" anónimo (la NAFF) que veía que ésta podría ser la brecha abierta para llevar a cabo una lucha más amplia contra los sindicatos: "En un momento en que existe cierta amenaza para la democracia en la Gran Bretaña (o, al menos, en que muchas personas serias piensan que la hay), cuando el gobierno electo por las minorías del electorado se reúne durante todo el término parlamentario [...] cuando las medidas de devolución federal están en la atmósfera, cuando más de la mitad de la renta nacional pasa por las manos del Estado, será mejor volverse bastante más estadunidense [...] En algunas otras democracias, esas acciones en contra de la libertad de empleo y en contra de la libertad de expresión serían consideradas como violaciones de los derechos humanos inalienables. Ya es hora de avanzar hacia la instalación de tales derechos en la Gran Bretaña".

[107] Una democracia agonizante tenía "*dos* opciones ante la anarquía, no una [...] un gobierno autoritario o uno totalitario". A pesar de la "confusión semántica característica de gran parte del debate público", el primero dejaba en paz "determinados ámbitos" de la vida social, intelectual y económica; Moss, *The Collapse of Democracy...*, *op. cit*., pp. 10-13. Brian Crozier, que entonces recorría la Gran Bretaña para dar conferencias precisamente sobre ese tema a oficiales y cadetes del ejército, felicitó a Moss, y éste le respondió: "Cualquier cosa que se diga en favor o en contra de ese libro no puede igualar el elogio del hombre que me ha enseñado más que nadie sobre el desafío fundamental de nuestra época. A menudo he sentido que seguía tus pasos. Ahora siento que estamos unidos por una causa común"; "Moss to Crozier", 21 de noviembre de 1975, Crozier Papers, HIA, Caja 2.

[108] Richard Vinen, *Thatcher's Britain: The Politics and Social Upheaval of the Thatcher Era,* Simon & Schuster, Londres, 2009, p. 84.

Consejos divididos: reorganización de la sala de redacción

Si bien es cierto que Brian Beedham ejercía un dominio casi completo sobre la sección de asuntos internacionales, fuera de ella los periodistas de *The Economist* estaban divididos sobre la respuesta adecuada a las crisis de los años setenta. En ese sentido, la sala de redacción reflejaba una ruptura mayor del consenso, lo que ayuda a explicar la extraña vacilación del tono en el caso del respaldo político a Thatcher y Reagan en sus primeras apariciones en público: ni el editor de asuntos internacionales ni Andrew Knight podían ejercer un dominio total sobre esas cuestiones, por lo que también otras voces se hacían oír. Algunos editores, como Edmund Fawcett, Johnny Grimond y Barbara Smith, se enfrentaban a Knight, quien a su vez recordaba una serie de valientes posiciones en su contra:

> Puedo recordar las horribles semanas de aislamiento a propósito del caso de Angola, habiendo sido uno de los primeros que no creyeron en Carter; acerca de la primera elección de Reagan; sobre las Malvinas y Granada […] a propósito de todo lo cual ahora puedo sentirme bastante satisfecho de que hice bien en no ceder a la primera ola de los *leminos* o *lemmini* que cayeron en la trampa y declararon que el mundo debería saltar al precipicio en una orgía de condenación desesperada.[109]

Aunque "sospechaba mucho más de Thatcher que de Reagan", Knight lamentó las notas ambivalentes que se vio obligado a insertar cuando elogió a este último: "Grimond y Fawcett me presionaron tanto que tuve que protegerme". Barbara Smith, al frente de la oficina de Washington, también retrocedió, y Edmund Fawcett, el corresponsal allí, recordaba: "Llamé a Knight y discutí con él —¿por qué respaldaba *The Economist* a un candidato en una elección extranjera?—, pero perdí". Los esfuerzos sotenidos por ambos explican los signos de interrogación anexos a lo que se proponía ser una declaración audaz en la portada: "¿No hay nadie más que Carter?"

Knight no tenía de que haberse preocupado. Reagan lo invitó a cenar inmediatamente después de las elecciones: "Reagan quería darme las gracias. Creía que el respaldo de esta respetable publicación en inglés, el cual llegó en un momento difícil de la campaña, había sido crucial para que fuera electo". Todos los invitados a esa memorable comida, incluido el columnista conservador George Will y Robert Strauss, el representante comercial saliente de Carter, fueron instados a hacer una pregunta; pero Knight retuvo la suya hasta el postre.[110] Más tarde recordó que, en respuesta a su interrogante

[109] Hastings, *Editor…*, *op. cit*., p. 68.

[110] Tom Bower, *Outrageous Fortune: The Rise and Ruin of Conrad and Lady Black*, Harper Collins, Nueva York, 2006, p. 58.

sobre la cuestión de Israel y Palestina, Reagan había dicho: "Aun cuando sé que tenemos que hacer frente a los soviéticos y mostrarles que Vietnam no nos ha disminuido, y me percato de lo que debemos hacer con la economía, reduciendo el gobierno, no sé qué proceda en Oriente Medio, porque creo que ambos tienen razón", y Knight comentó al respecto: "Su respuesta me impresionó en demasía". Edmund Fawcett y Tony Thomas, su colega en *The Economist* —incapaces de incluir nada más que algunas salvedades en respaldo de Reagan y no convencidos por sus declaraciones de imparcialidad sobre la cuestión de Israel y Palestina—, publicaron *The American Condition* en 1980, donde ampliaron, fuera del semanario, sus dudosas impresiones de unos "Estados Unidos de edad mediana".[111]

De regreso en Londres, la sala de redacción del semanario fue testigo de conmociones similares: Dick Leonard, editor asistente, había sido un vínculo con los socialistas liberales partidarios del libre comercio de los años treinta, cuando personas como Douglas Jay escribían para *The Economist;* en realidad, en cuanto parlamentario laborista de 1970 a 1974 y secretario privado personal de Anthony Crosland (autor de *The Future of Socialism,* el clásico revisionista), Leonard era un descendiente directo de esa tradición de la derecha del Partido Laborista. En 1974 Knight le ofreció la sección sobre la Gran Bretaña del semanario después de que una revisión de las fronteras le costara su escaño parlamentario, un puente con el gobierno de Wilson formado ese año. Leonard no estaba seguro de poder aceptar un trabajo en una publicación que había sido tan cercana a Edward Heath y los *tories* bajo la dirección de Burnet; Knight le dijo: "¡Tonterías! Voy a llevarla de regreso al centro". "Sin embargo —según recordó Leonard—, después de dos o tres años, el semanario se desvió insidiosamente hacia la derecha: Knight se acercó cada vez más a Thatcher y me encontré escribiendo cada vez menos editoriales sobre política." Uno de esos editoriales fue un homenaje firmado a Anthony Crosland, quien falleció de manera repentina en 1977, "la primera vez que la gente se enteró de que yo trabajaba allí".[112] Leonard, un pro europeo, fue entonces enviado a la oficina de Bruselas, una sección que, dos años después de que la dejó, en 1985, perdió importancia, sin corresponsal de tiempo completo durante siete años: Beedham había insistido en que la prioridad eran los Estados Unidos. El final reemplazo de Leonard como editor de la sección sobre la Gran Bretaña es una muestra del giro que dio *The Economist* hacia la derecha en esos años.

Andrew Neil, un empleado contratado por Burnet en 1973, desempeñó varias funciones en *The Economist* al principio, informando sobre los problemas en Irlanda del Norte, sobre la Cámara de los Comunes y sobre los

[111] Edmund Fawcett y Tony Thomas, *The American Condition,* Harper and Row, Nueva York, 1982, pp. 2 y 6.

[112] Entre otras descripciones de personajes laboristas se encontraba la de James Callaghan en "Labour's Conservative", *The Economist*, *op. cit.*; comunicación de Leonard, entrevista con el autor.

sindicatos; también aparecía en televisión, donde su truculencia y su distintivo corte de pelo le valieron el apodo de *Brillo* que le dio el semanario satírico *Private Eye*. En 1979 Knight lo envió a los Estados Unidos, donde disfrutó una estancia de tres años que lo cambió de manera profunda: "Me deleitaba con su cultura dinámica y positiva, la facilidad con la que las nuevas tecnologías eran introducidas y explotadas y la rápida y gratuita movilidad social entre las clases".[113] Allí se acercó a Irwin Stelzer, un economista y consultor del libre mercado que argumentaba que la desregulación era la ola del futuro —primero en las aerolíneas y, después, distribuida bajo la administración de Carter—. Cuando partió a los Estados Unidos en modo alguno admiraba a Thatcher: "No había votado por ella, aún no había descubierto su economía de mercado de derecha radical (como tenía que hacerlo yo)" y parecía "una amalgama desagradable de prejuicios burgueses y monetarismo simplista de la derecha reaccionaria"; pero todo había cambiado a su regreso. Ya como editor de la sección sobre la Gran Bretaña: "estaba viendo ahora nuestros males a través de un prisma de libre mercado fuerte" que urgía a la "privatización y desregulación y a las denuncias de una intervención estatal costosa y debilitante". Rupert Murdoch quedó impresionado y lo indujo a editar *The Sunday Times* en 1983.[114] Neil, un hombre agresivo y ambicioso, era una voz destacada, cuya partida dice mucho sobre el semanario cuando se fue. Tituló su informe final sobre la conferencia del Congreso de la Unión de Sindicatos (TUC, por sus siglas en inglés: Trades Union Congress) en Blackpool como "The Unions Don't Know Where They Go Now – Except Down". Al aseverar que los sindicatos no encontraban el rumbo hacia dónde dirigirse salvo el de ir en picada, predecía que el empleo sindicalizado en la Gran Bretaña, aún de cerca de 50%, seguiría el ejemplo de los Estados Unidos —donde había caído de 34% en 1965 a menos de 20%—, y bromeaba diciendo que nadie había llamado por teléfono para advertir de una amenaza de bomba en la conferencia de ese año: "Eso sí que es una verdadera señal de pérdida de estatus".[115] "Estamos perdiendo a Neil", dijo Knight anunciando con solemnidad su partida a una reunión abarrotada. "Y todos aplaudieron —recordaría un editor de *The Economist* ilustrando el alivio que recorrió la sala—. ¡Neil creyó que estábamos felicitándolo!"

A pesar de cierto grado de desprecio personal hacia Neil, *The Economist* en conjunto avanzaba en su dirección. En 1982 el semanario se vio envuelto

[113] Neil, *Full Disclosure*, *op. cit*., p. 20.

[114] Neil y Stelzer formaron una empresa de consultoría, una versión de National Economic Research Associates, de Stelzer, para acabar con el monopolio de las emisiones de la BBC ("la televisión británica estaba preparada para una revolución de múltiples canales"). Escribir artículos en favor de la desregulación de las ondas de radio al estilo estadunidense mientras dirigía un negocio dedicado a lo mismo no le parecía un conflicto de intereses; *ibid*., p. 21.

[115] "The Unions Don't Know Where They Go Now – Except Down", *The Economist*, 10 de septiembre de 1981.

en una euforia patriótica por la Guerra de las Malvinas, en la que "la Gran Bretaña se dijo algo a sí misma, al mundo libre [y] a los ancianos del Kremlin". Necesitada durante mucho tiempo de "su propio tipo de revolución cultural", la Gran Bretaña había disipado el "malestar" de las generaciones posteriores a la segunda Guerra Mundial y a Vietnam a ojos de quienes "los valores y los hombres de la milicia eran bromas pasadas de moda"; en el editorial se agregaba que "[u]na generación más joven" había sido testigo de "un asunto de principios" y de la presencia de soldados "un poco más guapos y heroicos que el señor David Bowie".[116] Esos sentimientos ayudaron a convertir una posible derrota electoral en una segunda y mayor victoria de Thatcher en 1983, que había sido incierta antes de la guerra con Argentina debido a una severa recesión provocada por el aumento de las tasas de interés de su gobierno a una escala máxima histórica. Después de cuatro años, la inflación se redujo a cerca de 4%, pero a un costo terrible, porque destruyó la manufactura en el norte de Inglaterra y en Escocia y elevó el desempleo por arriba de los tres millones de desocupados.[117] *The Economist* explicaba el asunto en estos términos: "Este semanario, que tuvo dificultades para acabar por oponerse activamente al gobierno del señor Callaghan hace cuatro años, no duda en condenar al Partido Laborista en el presente […] En cuanto a quién debería ganar esta elección, no tenemos ninguna duda: estamos en favor del regreso de la señora Thatcher a Downing Street". Los modales de Thatcher no siempre eran amables, pero sus políticas fueron realistas, y si bien había una veta de "masoquismo económico" en ella, "está comprando la oportunidad de la tolerancia futura en la sociedad británica obligándola a soportar la intolerancia económica que impone la señora hoy".[118]

Por más que todavía hubiera algunos escépticos en *The Economist,* tenían cada vez menos influencia sobre la política editorial. Emma Duncan, más tarde editora adjunta, recordó que Neil estuvo a punto de despedirla cuando comenzó con el semanario a principios de los años ochenta, "furioso" porque no había podido producir un artículo que "dijese que todos los carros y todos los vagones de la red ferroviaria británica deberían venderse de un solo golpe". De manera sorprendente, Seumas Milne —que mucho más tarde serviría como jefe de personal de Jeremy Corbyn— se encontraba entre el personal al mismo tiempo y recordaba las reuniones editoriales entre 1981 y 1984, en las que Beedham expresó "su sospecha del monetarismo, el neoliberalismo y similares", porque "quería que la clase trabajadora se

[116] "At the End of the Day", *The Economist,* 19 de junio de 1982.

[117] Peter Clarke, *A Question of Leadership: From Gladstone to Thatcher,* 2ª ed., Penguin, Londres, 1992, p. 304. Cuando 364 académicos economistas firmaron una carta dirigida a *The Times* en 1981 en protesta por un presupuesto que reducía marcadamente el gasto durante una recesión, *The Economist* aconsejó paciencia: aguardar seis meses más por los indicios de recuperación económica; "Britain's Recession", *The Economist,* 4 de abril de 1981.

[118] "Thatcher's Britain", *The Economist,* 4 de junio de 1983.

mantuviera fuerte y contenta, aun cuando sólo fuese para combatir en la Guerra Fría".

Con todo, el crítico de Thatcher que más se hacía oír en las reuniones editoriales era Simon Jenkins, contratado por Knight como editor de la sección de política de *The Economist* en 1979, después de que el vespertino *The Evening Standard* lo despidiera. Jenkins, hasta entonces un conservador confiable, fue uno de los varios editores en respaldar la alianza entre un nuevo Partido Socialdemócrata —un contendiente separatista del Partido Laborista en el centro-izquierda— y el Partido Liberal como la opción más congruente con la tradición de *The Economist*. Por esa razón, el semanario publicó un pequeño artículo sobre "el voto táctico anti*tories*", con el objetivo de beneficiar a la alianza.[119] Jenkins también criticó como una exhibición insensata de imperialismo la decisión de Thatcher de combatir contra Argentina por "unas cuantas rocas" del Atlántico Sur que la Gran Bretaña se había estado preparando para devolver; con todo, Knight eliminó de los artículos editoriales las dos críticas de ese "periodista brillante y excéntrico", aun cuando le permitió expresarlas en otros lugares. Para la edición navideña de 1982, Jenkins escribió una obra bufa de teatro al estilo de los dramas históricos shakesperianos en la que Thatcher se enfurece contra sus ministros y aliados —que le dicen: "Olvidad, perdonad, concluid y recibid nuestro beneplácito"— por cobardes.[120] Cuando *The Battle for the Falklands,* el libro de Jenkins y Max Hastings, apareció al año siguiente, el propio Knight lo reseñó en *The Economist:* "Las Islas Falklands no tienen nada que ver con 'la Gran Bretaña colonial', a pesar de lo que siguen diciendo los señores Jenkins, Hastings y otros; no hay masas indígenas rojas, mayas, aztecas o subcontinentales que estén siendo subyugadas, ni tribus africanas, ni razas de esclavos importados, ni polinesios o aborígenes libertinos". Antes bien, en un tono moralista tomado de Thatcher, se trataba de "una disputa sobre un principio internacional en el que el bien, la decisión con apego al derecho, conquistó al mal, el fallo desacertado".[121]

Rupert Pennant-Rea: la Guerra Fría en un clímax, de 1986 a 1993

Bajo Rupert Pennant-Rea, *The Economist,* que ya no era un recién llegado al neoliberalismo, se convirtió en una de sus vanguardias. Habiendo sido un economista del Banco de Inglaterra, Pennant-Rea era muy consciente de la

[119] Simon Jenkins, *Thatcher and Sons: A Revolution in Three Acts,* Allen Lane, Londres, 2006, p. 27, y "An Anti-Tory Tactical Voters Guide", *The Economist,* 4 de junio de 1983. Seumas Milne y Simon Jenkins, en entrevista con el autor.

[120] "Queen Margaret or Shakespeare Goes to the Falklands", *The Economist,* 25 de diciembre de 1982.

[121] Andrew Knight, "The War of April Fools' Night", *The Economist,* 19 de febrero de 1983.

dinámica desreguladora que había convertido a la City de Londres en un paraíso para el dinero extranjero y los bancos extranjeros desde finales de los años cincuenta. Esa formación también lo distinguía de sus predecesores, que no ocultaban su ignorancia de los números: Burnet había contratado al primer editor de economía de *The Economist,* Brian Reading; después vino Sarah Hogg, quien, con Macrae, frecuentemente "insertaba la columna vertebral económica" en los editoriales escritos por Knight, y, después de que Pennant-Rea dejara ese puesto para convertirse en editor, el influyente Clive Crook asumió el cargo. Al igual que Knight, Pennant-Rea nació fuera de las Islas Británicas, en la colonia de Rodesia, de un padre aviador. En 1934, Peter Pennant-Rea se había mudado de la Gran Bretaña a Sudáfrica y, posteriormente, a Rodesia para trabajar como ingeniero aeronáutico para la empresa británica De Havilland; regresó por corto tiempo a Inglaterra para volar para la Real Fuerza Aérea (RAF) en 1943. En 1965, en su calidad de director de aviación civil de Rodesia, se negó a reconocer la declaración unilateral de independencia de Ian Smith, que encendió una guerra de 14 años entre el régimen de la minoría blanca de Salisbury y la mayoría negra.[122] Rupert Pennant-Rea era un adolescente cuando la familia regresó a la Gran Bretaña y, habiendo preferido el Trinity College de Dublín y la University of Manchester, en lugar de Oxford y Cambridge, decidió trabajar para un sindicato y un grupo de presión empresarial. En 1973 se incorporó al Banco Central de la Gran Bretaña como economista subalterno, justo cuando el colapso de Bretton Woods y el aumento de los ingresos petroleros en el Oriente Medio enviaron nuevas oleadas de capital a Londres. Cuatro años después, Sarah Hogg lo nombró corresponsal de economía de *The Economist,* y, cuando él la sucedió en 1981, ya había pasado de ser de centro-izquierda a tornarse un "fanático antigubernamental y antiinflacionario", y, en su propia opinión, el semanario en su conjunto no se encontraba muy a la zaga.[123] En 1986 venció a tres rivales en el concurso para reemplazar a Knight: a su mentora Sarah Hogg, al editor de política Simon Jenkins y a Nico Colches-

[122] "Peter Pennant-Rea", *The Times,* 12 de marzo de 2007.

[123] "Creo que verá que, de 1977 a 1986, la cobertura económica y el enfoque del semanario cambiaron significativamente." En cuanto a Macrae, señaló: "Creo que sintió que podía dejarnos la cobertura económica a Sarah y a mí, y, después, a mí y a Clive. Él estaba cambiando sus propios puntos de vista, en especial porque podía ver que muchas de las medidas tomadas por Thatcher en el caso de la oferta estaban teniendo un efecto positivo en el crecimiento, sin la necesidad de un estímulo fiscal keynesiano"; Rupert Pennant-Rea, en entrevista con el autor. Una mirada a sus artículos firmados, encuestas y libros en coautoría, lo confirma de manera parcial. Los informes sobre Asia del Este, la India, Sri Lanka, la Gran Bretaña, Brasil y Zimbabwe tuvieron un nuevo enfoque después de 1979: en una gran medida, el mercado era la mejor manera de trasladar a las personas de las granjas a las ciudades y a las fábricas, no la inversión o la planificación estatales, mientras que la venta de los activos de propiedad estatal, la creación de zonas de exportación o la reducción de las barreras comerciales hacían que un lugar fuese atractivo para los inversionistas extranjeros; Hogg adoptó el mismo enfoque respecto a Israel, Austria, la Gran Bretaña y Alemania Occidental.

ter, entonces corresponsal en el extranjero de *The Financial Times,* a quien nombró su segundo en *The Economist*.

Si bien ése fue un recorrido inusual hacia la dirección editorial, también el que lo hizo era un personaje diferente: "Larguirucho, de aspecto bobalicón, con un porte inexpresivo, patillas a la antigua" y un peinado para ocultar la calvicie, Pennant-Rea le hacía pensar a un editorialista del semanario en uno de los personajes de John Cleese, del grupo de humoristas Monty Python, pero serio, dado a formular opiniones tajantes y con un "acento nasal fatigoso" que hacía pensar en los "acentos de Rodesia y Dublín".[124] En 1978 Pennant-Rea incluso había encontrado el tiempo para escribir una novela de suspenso sobre economía, *Gold Foil* (esto es, hoja de oro), en la que los Estados Unidos y la Unión Soviética traman planes para acaparar el mercado de lingotes de oro en Sudáfrica (los primeros para controlar la inflación mediante el regreso al patrón oro, la segunda para pagar los cereales importados). Caroline Manning, una periodista de finanzas "dotada de belleza e inteligencia", con una inclinación por "Vidal Sassoon" y por "ropa de la Quinta Avenida", así como un poco izquierdista, intuye que en ello hay una historia. James Glendinning, un encantador pero torpe consejero del cajero principal del Banco de Inglaterra, está encargado de poner en práctica el plan secreto del oro, estableciendo un enlace con el Banco de Sudáfrica, el FMI y el Departamento de Estado. Después de algunas persecuciones, Glendinning filtra por accidente el plan a Manning durante una noche de felicidad extramarital en Johannesburgo. La historia de Manning aparece en la portada de *The Guardian,* lo que pone un alto a las connivencias geopolíticas entre Occidente y Oriente y empuja a los sudafricanos blancos y negros a llegar a un acuerdo para compartir el poder.[125] Un club de lectura danés adoptó el libro, pero, por lo demás, *Gold Foil* "se hundió sin dejar rastro, merecidamente, con toda probabilidad", dijo Pennant-Rea con modestia. El libro fue una respuesta a los opositores del *apartheid* que conoció en la Gran Bretaña, quienes no lograban distinguir a los afrikáneres de los blancos de habla inglesa, dado que "sus raíces en África (incluida la mía) son mucho más superficiales. Imaginé el día en que los afrikáneres blancos y los sudafricanos negros pudieran llegar a un acercamiento, independientemente del resto del mundo […] Tal como resultaron las cosas, mi suposición fue bastante acertada".[126]

La verdad resultó casi tan extraña como la ficción en la salida de Pennant-Rea de *The Economist*: en 1993 siguió a Sarah Hogg al gobierno conservador de John Major, quien en 1990 la había nombrado jefa de su Unidad de

[124] Jacob Weisberg, "The Tweed Jungle", *Vanity Fair,* junio de 1993.

[125] Como muestra del diálogo: "Pensando todavía en las huelgas sudafricanas, ella dijo en voz alta: 'Hijos de perra. Parásitos de la sociedad'; le pareció muy fácil pasar a la jerga cuasi marxista de sus días de estudiante; pero, viéndolo bien, ¿no era ella también una sanguijuela?" Rupert Pennant-Rea, *Gold Foil,* Bodley Head, Londres, 1978, pp. 124, 91, 156, 159, 100 y 185.

[126] En entrevista con el autor.

Políticas, y, a instancias de ella, Norman Lamont, el canciller del Tesoro, le dio a Pennant-Rea el puesto de vicegobernador del Banco de Inglaterra. Los dos ocupaban ahora los puestos políticos más altos que cualquier editor desde el primero, James Wilson, un testimonio del inmenso prestigio de *The Economist* y de su profunda relación histórica con la City y el Estado; no obstante, la vida detrás de los porteros de librea rosa de Threadneedle Street se vio truncada para Pennant-Rea, porque en 1995 la periodista de finanzas Mary Ellen Synon reveló que ella y "Roo" habían tenido una aventura en las instalaciones del banco. Puesto en evidencia en un momento de crisis para una de las casas de inversión privadas más antiguas de la City, Barings —a la que, en su calidad de gobernador interino del banco, se había negado a rescatar—, Pennant-Rea se vio obligado a renunciar.[127] Su servicio público puede haber terminado con una nota amarga, pero sus asuntos privados florecieron: dio inicio a una carrera en la City y, con base en parte en el éxito que tuvo como editor en la obtención de ingresos y lectores, se convirtió en presidente no ejecutivo de The Economist Group en 2009. En la actualidad, trabaja desde una de las torres de cristal que rodean el borde norte de la Milla Cuadrada (la City), inexistentes antes del estallido de la liberalización financiera que él apoyó con firmeza durante sus primeros meses como editor.

El Big Bang: las finanzas, la innovación y la integración

Pennant-Rea introdujo una serie de cambios en el semanario: expandió su cobertura de las finanzas, comenzó una nueva sección sobre Asia y creó columnas nuevas y más personalizadas, como la de Lexington sobre la vida estadunidense y la de Bagehot sobre la política británica. Su contribución editorial más importante estuvo relacionada con las finanzas y, en particular, con el Big Bang: el nombre que se dio al momento llegado el 27 de octubre de 1986 cuando se rompieron las reglas que regían sobre las transacciones financieras en la Gran Bretaña, con el fin de aumentar el volumen, la variedad y el valor de las operaciones mercantiles hechas en la City. Esto incluía la eliminación de las comisiones de corretaje fijas y las barreras a los participantes extranjeros, unas reglas de propiedad más flexibles, una regulación aún más laxa y las operaciones basadas en pantallas, con lo cual se mudó y expandió el centro de intercambio fuera del piso de negociación de la Bolsa de Valores.[128] Al ver su importancia en función de la posición nacional e in-

[127] Richard Stevenson, "Sex and Bank of England: Downfall for No. 2 Official", *The New York Times,* 22 de marzo de 1995. Cockburn proporciona cierto contexto de esos acontecimientos en sus memorias; Alexander Cockburn, *A Colossal Wreck: A Road Trip through Scandal, Political Corruption, and American Culture,* Verso, Londres, 2013.

[128] Aunque se ha copiado y ampliado mucho desde entonces, el Big Bang de Londres siguió siendo "la reforma regulatoria más rápida y completa de cualquier mercado"; John Plender,

ternacional de la City, *The Economist* aclamó el acontecimiento. Londres, por supuesto, ya era antes un lugar atractivo para hacer negocios: la banca de inversión nunca se había separado de la banca comercial o minorista, como en Japón o en los Estados Unidos; las zonas horarias y el idioma eran los adecuados para el ciclo comercial de 24 horas que ahora tenía lugar entre Tokio y Nueva York, y la ciudad contaba con 400 años de experiencia internacional y tributación laxa. Todo lo que necesitaba era extender una alfombra de bienvenida a los recién llegados y hacer que los mercados para ellos fueran aún más extensos y más líquidos, lo que se logró al eliminar las barreras que quedaban entre los mercados de Londres del oro y de acciones (la facturación de 1985 alcanzó 476 000 millones de dólares estadunideses) y los "mucho más grandes y maravillosamente competitivos euromercados de renta variable (la facturación de 1985 alcanzó 2.25 billones de dólares estadunidenses)". Aun cuando eso podría "romper el pastel" de las costumbres nacionales y alterar las antiguas estructuras gremiales y las relaciones personales que todavía predominaban en esos sectores —las firmas financieras británicas eran más pequeñas que las extranjeras e incluso los nombres consagrados habían de fracasar cuando se los desafiara en el terreno nacional—, "las autoridades británicas deben permitir que la mayoría de ellos, incluidos los cuasi bancos, se hundan". "Lombard Street, Wall Street o Patrice Lumumba Street o Tombuctú", ahora importaba mucho menos dónde se encontraba la oficina central: "Lo que en realidad importa para la Gran Bretaña es que la City expanda sus recursos financieros, sus conocimientos financieros y sus empleos financieros". Eso reduciría el refinamiento del lugar y el poder personal del gobernador del Banco de Inglaterra; pero, ¿cuál era la alternativa? El Grupo Nomura, de Japón, tenía una capitalización bursátil de 30 000 millones de dólares, el banco estadunidense Solomon de 6 000 millones, en comparación con bastante menos de 1 000 millones de dólares de algunos prestigiosos y vetustos bancos comerciales y de inversión de la City, como Warburg, Kleinwort Benson, Hill Samuel y Hambro. Incluso antes del Big Bang, señalaba el semanario, solamente ocho de las 20 principales firmas de corretaje estaban todavía en manos británicas.[129] La insistencia en que la City también debía sentir la fría corriente del mercado mundial, pasare lo que pasare para sus marcas nacionales, vinculó a las finanzas con el proyecto general de Margaret Thatcher: al igual que la industria y los servicios públicos británicos, la banca británica estaría sometida a los fortalece-

"London's Big Bang in International Context", *International Affairs*, vol. 63, núm. 1, enero de 1986, p. 40, y Eric K. Clemons y Bruce W. Weber, "London's Big Bang: A Case Study of Information Technology, Competitive Impact, and Organizational Change", *Journal of Management Information Systems,* vol. 6, núm. 4, 1 de abril de 1990, p. 42.

[129] "Capital of Capital", *The Economist,* 11 de octubre de 1986. Con respecto a "la rebatiña previa al Big Bang", véase David Kynaston, *The City of London,* vol. IV, *A Club No More,* Vintage Digital, Londres, 2002, pp. 715-720.

dores efectos de la competencia. Con todo ello, combinado con una supervisión mínima —quién supervisaría la banca y qué valores podrían ser negociados más tarde—, la City estaba destinada a transformarse.[130]

A lo largo del camino hacia el Big Bang, Pennant-Rea escribió tres libros sobre economía en los que ofrecía argumentos teóricos simples para el estallido: *Who Runs the Economy?,* en 1979; *The Pocket Economist,* en 1983, y *The Economist Economics,* en 1986. Y en cada uno (tanto el que lanzaba la interrogante sobre quién dirige la economía como la edición de bolsillo de *The Economist* y el breviario de economía presuntamente ofrecido por el semanario) se atribuyó un mayor peso al libre mercado, si bien los dos últimos —escritos en coautoría con Bill Emmott y Clive Crook, respectivamente— fueron tan fervientes que recibieron críticas irritantes en el propio *The Economist*. En 1983, Howard Davies escribió: "Identifican la mano muerta de las prácticas restrictivas y la distorsión del mercado en todas partes […] pero incluso la mejor de las causas puede sufrir debido a la exageración". Rudiger Dornbusch escribió que, en el tercer título, sus autores iban "más allá de la intuición y, en ocasiones, incluso más allá del prejuicio ('confíe en los mercados, invalide sus disposiciones bajo su cuenta y riesgo')", y citó el desenfadado desprecio del keynesianismo de la conclusión: "Pocos economistas creen ahora que el gobierno puede o debe 'ajustar' la demanda con precisión. Esa forma de pensar ha muerto, y su muerte es un tributo al poder del enfoque de las expectativas racionales". Empero, reclamaba Dornbusch, "sin duda alguna ese pensamiento no ha muerto, como puede atestiguarlo cualquier canciller del Tesoro a seis meses de una elección".[131] Ninguno de los reseñadores externos —Davies, futuro vicegobernador del Banco de Inglaterra, y Dornbusch, un economista formado en Chicago— era particularmente izquierdista.

No importa: con las hogueras regulatorias ardiendo, se decía que la Revolución de Thatcher finalmente estaba cumpliendo: el crecimiento del producto interno bruto (PIB) aumentó a 4% en 1986 y a 4.5% en 1987 y 1988, mientras que la inflación descendió a 2.5%. El desempleo se mantuvo alto, en 11%, pero los ingresos reales aumentaron para los que todavía tenían trabajo, así como las "ganancias" de la privatización: había más propietarios, dada la oportunidad de comprar pisos municipales mediante hipotecas, y más accionistas (5.5 millones) ofrecían acciones a medida que el Estado vendía los servicios públicos rentables, como British Telecom, lo que significó "más dinero, más seguridad y más independencia para los británicos comunes".[132] En 1992 *The Economist* respaldó al sucesor elegido a dedo por Thatcher siguiendo esos antecedentes, después de que una revuelta partidista

[130] "Capital of Capital", *The Economist, op. cit*. Véase también Philip Augar, *The Death of Gentlemanly Capitalism: The Rise and Fall of London's Investment Banks,* Penguin, Londres, 2000.

[131] "Guided Tour" y "Lemon Aid", *The Economist,* 8 de octubre de 1983 y 3 de enero de 1987, respectivamente.

[132] "June's Choice", *The Economist,* 6 de junio de 1987.

sobre Europa la derrocara como su dirigente. Si preocupaba que John Major estuviera "demasiado relajado sobre el gasto y los préstamos", eso era un reconocimiento tácito de las dificultades que Thatcher le había dejado: en 1988 la inflación había vuelto al 8% y seguía subiendo, las tasas de interés alcanzaron el 15% en 1989 y la recesión se inició hacia 1990.

Lejos de poner en tela de juicio las políticas de los últimos 10 años, para *The Economist* eso demostró simplemente la necesidad de seguir empujando hacia delante, en particular para que la Gran Bretaña se uniera al Mecanismo Europeo del Tipo de Cambio. El semanario sostuvo que el hecho de vincular la libra esterlina al marco alemán obligaría a los gobiernos británicos a defender aquélla en el mercado abierto, poniendo límites estrictos a la escala de la inflación que podría tolerar. Thatcher no accedió a intentarlo hasta 1990; según resultó, la recesión y las altas tasas de interés (que de nuevo alcanzaron el 15% para defender la paridad) obligaron a tomar una salida humillante y a hacer una devaluación cinco meses después de la elección de Major en 1992. *The Economist* insistió en que el "Miércoles Negro" (Black Wednesday) no fue culpa de la desregulación o del levantamiento de las últimas barreras a la movilidad del capital, que eran como genios que no se podía volver a meter en su botella: "La reconstrucción de los controles del capital es superior al ingenio de los gobiernos, e, incluso si se pudiera hacer, el costo de una mala asignación de los recursos sería enorme".[133] Algunos periodistas observaron entre refunfuños que por ese respaldo incondicional de la política cambiaria de John Major Pennant-Rea sería "recompensado" con el puesto en el Banco de Inglaterra al año siguiente.[134]

El fin de la Guerra Fría: interpretación del triunfo del liberalismo

Para entonces, ya estaba en marcha otra revolución en Europa Oriental, la cual aceleró la dinámica neoliberal en *The Economist* y pareció estamparla con un sello casi providencial. El derrumbe de la Unión Soviética y sus satélites tuvo lugar a una velocidad impresionante entre 1989 y 1991, lo que abrió nuevas perspectivas para el capital de la noche a la mañana. La década de 1980 había sido de reveses para Moscú, que sufrió el desplome de los precios del petróleo y, por lo tanto, de sus ingresos de las exportaciones, lo que significó la reducción de las importaciones de bienes básicos y de la tecnología necesaria para modernizar la producción; al mismo tiempo, Reagan amenazó a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) con una nueva carrera ar-

[133] "May the Worst Lot Lose" y "Mayhem", *The Economist*, 4 de abril y 19 de septiembre de 1992. El gobierno de Major gastó 6 000 millones de libras esterlinas para apuntalar la moneda, y George Soros ganó 1 000 millones de libras esterlinas al apostar contra ella: un ejemplo en sí mismo de recursos mal asignados.

[134] Weisberg, "The Tweed Jungle", *Vanity Fair…*, *op. cit*.

mamentista, a pesar de que Rusia se esforzaba por gastar en defensa más del doble de lo que gastaban los Estados Unidos como porcentaje del PIB, con la mitad de sus propios ingresos per cápita. En ese contexto, la llegada de un reformador idealista más joven al Kremlin, comprometido con la liberalización económica y política y con el diálogo, debió haber sido música para los oídos de *The Economist;* pero no fue así: receloso de Mijaíl Gorbachov, urgió a Reagan y a su "excesivamente cauteloso" suplente George Bush padre a no transigir con el dirigente soviético, incluso una vez que su caótica gestión de la *glasnost* y la *perestroika* puso en marcha la desintegración del sistema soviético.

Si bien es cierto que *The Economist* acogió con júbilo todas las señales de la desintegración —"simplemente nos sentamos y disfrutamos el viaje", comentó Pennant-Rea—, también añadió su ferocidad característica a su cobertura de los acontecimientos, poniendo fin a la Guerra Fría como si el semanario la hubiese librado. Por haber desmantelado de manera pacífica el Pacto de Varsovia y sacado al Ejército Rojo de Europa, Gorbachov no merecía nada. Ningún nuevo Plan Marshall para Rusia: "Tiene que cambiar fundamentalmente antes de que se pueda ayudarla"; ninguna reciprocidad estratégica: los Estados Unidos deberían dejar sus fuerzas armadas y sus bases de misiles en Europa Occidental y expandir a la OTAN hacia el Este a toda velocidad, porque la alianza "se había entretejido a sí misma en el telar de la estabilidad europea".[135] En 1990, con la "libertad de maniobra regional enormemente mejorada" de los Estados Unidos, *The Economist* hizo un llamado a una guerra en el Golfo Pérsico, antes de que Bush lo hiciera, como una oportunidad inmejorable para que la Unión Americana condujese "al mundo hacia una época de paz real y progreso económico".[136] Un periodista denominó a la oficina un hervidero carente de debate: "En una reunión de capital importancia pasábamos nuestro tiempo discutiendo sobre cuotas de pesca, no sobre la guerra". Respecto a Gorbachov, por otra parte, ya se había pronunciado la última palabra: había sido "inmensamente útil en la construcción de la coalición contra Saddam Hussein", pero "no indispensable", y "cuando la lucha termine ya no será necesario […] Occidente debería estar buscando un hombre mejor". A finales de 1991, ese hombre fue Boris Yeltsin, quien prometió no reformar el comunismo, sino acelerar su colapso en el centro, lanzando el mismo grito por la soberanía nacional rusa como lo habían hecho los estados bálticos, caucásicos y de Europa del Este.[137]

[135] En la búsqueda de un suceso histórico similar, el Plan Marshall tuvo poca resonancia; un concepto mucho más cercano era el de la rendición incondicional; véase Burnet, *America, 1843-1993…*, *op. cit*., p. 257, y "Yankee Stay On", "As the Tanks Rumble Away" y "Doing Well by Doing Good", *The Economist,* 10 de febrero y 1º de septiembre de 1990 y 15 de junio de 1991, respectivamente.

[136] "Si se trata de elegir entre un dulce sin guerra y una victoria con guerra, el señor Bush debería ir a la guerra"; "Saying No" y "The Man with No Illusions", *The Economist,* 11 y 25 de agosto de 1990.

[137] "Blood on His Hands", *The Economist,* 19 de enero de 1991.

The Economist hizo algo más que comentar o dar consejos sobre esos acontecimientos: aportó reflexiones filosóficas sobre el significado de la victoria del liberalismo, al mismo tiempo que Beedham y Macrae ofrecían vistas panorámicas del pasado, el presente y el futuro de esta corriente en vísperas de sus jubilaciones. Beedham comenzó con cautela en el verano de 1989, asomándose detrás de la Cortina de Hierro en el editorial "Long Live Spring": entonando loas a la primavera, predijo las consecuencias de la *perestroika,* en particular la reducción de las importaciones de Europa Oriental; asimismo, explicó cómo impulsar más la reforma: como primer paso, debía efectuarse la privatización y la división de las empresas estatales, después eliminar los subsidios y obligarlas a que compitieran entre sí. Después, era necesario permitir que el mercado fijase los precios, incluso si se producía una inflación galopante; encontrar bancos privados que prestasen dinero basándose en el rendimiento esperado, no en los objetivos planificados; establecer mercados de valores; solicitar inversiones de Occidente por medio del canje de deuda y las empresas conjuntas. Dar rienda suelta a la libertad económica —como mínimo, el derecho legal a poseer, proteger y transmitir la propiedad privada— era una condición previa para hacer retroceder al totalitarismo, que parecía mucho más vulnerable de lo que Beedham había anticipado. Los secuaces de Stalin no habían "encontrado la manera de mantenerse en la cima para siempre", decidió, en tanto que "los liberales, felices, están declarando que Hannah Arendt debe haberse equivocado después de todo" y "el leninismo finalmente [podía] ser depositado en su tumba". ¿Cuánto tiempo tardaría eso? Con base en entrevistas con miembros del Politburó en Polonia, Hungría y Yugoslavia, Beedham supuso que era poco probable que Gorbachov interviniera mientras pasaban de la reforma económica a las elecciones multipartidistas, renunciando de manera efectiva al dominio comunista. Si Bush negociaba con dureza, probablemente se permitiría que la mayoría de los satélites soviéticos dejasen el Pacto de Varsovia (aunque eso también representaba el riesgo de provocar un golpe de Estado para derrocar al dócil *Gorby*). Para entonces, no obstante, eso podría ya no importar: sus ejércitos se habían retirado, su economía estaba en ruinas, tenía en las manos una crisis étnica o dos en el sur y los rusos serían demasiado vulnerables para hacer retroceder la marea. "Los argumentos en favor de un cambio drástico son sólidos y las posibilidades de salirse con la suya no son malas."[138]

Beedham se mostraba aún más audaz a medida que la confusión aumentaba en Moscú, porque Gorbachov, tan evidentemente encandilado con los ideales liberales como los *apparatchiks* en Polonia o Hungría, se negaba a intervenir para apuntalar a los regímenes asediados en todas partes. Cuatro meses más tarde, Beedham escribió una despedida que se leía como la expo-

[138] Brian Beedham, "Niech zyje wiosna: Long Live Spring", *The Economist,* 12 de agosto de 1989.

sición de Heródoto sobre la velocidad, pues expresaba su visión de la historia mundial como marcada por una decena de fechas "realmente de máxima envergadura". "Uno de los más grandes errores de la historia comenzó a borrarse […] y eso hace que 1989 sea incluso mejor que 1945, cuando se borró el hitlerismo" (aunque ninguno de los dos años figura en la lista, ya que en los grandes años "algo nuevo se escribe en el registro de la humanidad"). Remontándose tanto al año 457 antes de nuestra era, cuando "Pericles puso firmemente en pie a la democracia ateniense", como a 1775, cuando los Estados Unidos nos dieron "la democracia liberal, más la autodeterminación", admitía que la línea del tiempo estaba distorsionada; pero "no se necesitan disculpas por el hecho de que la mayoría sean fechas europeas y estadunidenses". ¿Se necesitaba una para el imperialismo? El imperio recibió solamente una mención, y fue por la forma civilizada como terminó: "La liberación de los imperios coloniales posterior a 1945 se llevó a cabo en nombre de la autodeterminación y la democracia liberal, aunque logró poco de la segunda". El historial de los Estados Unidos desde entonces fue un faro de libertad. "En 1989, otro eco más de Lexington colapsó, de manera más eficaz en esta ocasión, en Europa Oriental." Al rechazar una forma de causalidad histórica, Beedham elogiaba otra, siendo optimista como un *whig* sobre el progreso humano, el cual había sido modulado por el cristianismo. La muerte de Cristo fue crucial, porque "las personas a las que se dice que Dios se convirtió en una de ellas y se dejó crucificar para ayudarlas se sienten bastante mejor después en lo relativo a la condición humana".[139] Luego de que la Unión Soviética desapareciera del mapa el *leitmotiv* religioso se hizo aún más fuerte, gracias a una investigación hecha en 1994 sobre "el Islam y Occidente" que sorprendió incluso a su amigo Samuel Huntington por su visión simplista de las diferencias culturales y religiosas.[140]

Ahora bien, el editor de la sección sobre el extranjero también reveló una especie de nostalgia por un mundo que se desvanecía, como fuente de una argumentación satisfactoria. En una investigación "entretejió" cinco conversaciones con dirigentes comunistas que en 1989 admitieron que veían a la historia más o menos como él, y, repentinamente, hizo esta afirmación: "A pesar de la mentira y la brutalidad de los últimos 40 años, esa región todavía tiene algunos de los políticos-intelectuales más interesantes del mundo". ¿Qué significaba en realidad el socialismo?, le preguntó a su conjunto abigarrado de comunistas; respuesta: "El intento de crear una sociedad, tal vez dentro de varios cientos de años, en la que las personas puedan ser prósperas, libres e

[139] Brian Beedham, "1989, and All That", *The Economist,* 23 de diciembre de 1989.

[140] "Beedham me critica por argumentar que ahora existen siete o posiblemente ocho civilizaciones y dice que, en realidad, solamente hay tres: la occidental, la confuciana y la musulmana. No logro pensar en ningún estudioso de las civilizaciones, vivo o muerto, que estaría de acuerdo con él." Brian Beedham, "Islam and the West", y Samuel Huntington, "Letters", *The Economist,* 6 de agosto y 3 de septiembre de 1994, respectivamente.

iguales". ¿Había todavía una gran diferencia entre eso y el capitalismo?: "No tanto, especialmente si se toma en cuenta la versión socialdemócrata del sistema de Occidente". Entonces, ¿qué era lo distintivo del marxismo?: "El marxismo es parte de una larga tradición que se remonta a la Biblia, la Reforma y la Revolución francesa". ¿Había logrado algo?: "Puede haber provocado que el capitalismo se volviese más civilizado".[141] Beedham bien podría haber tenido esa conversación consigo mismo: así de cerca se ceñía a 30 años de consejos dados a sus enemigos. Al lograr que unos comunistas asombrosamente razonables confesaran sus propios errores, consumó su victoria sobre ellos en el ámbito que más importaba: el de las ideas.

Un resultado extraño de la argumentación de Beedham fue que no eran los disidentes quienes estaban haciendo los cambios positivos, sino los propios partidos comunistas nacionales. Incluso en Polonia, donde la oposición sindical a su gobierno fue la más intensa, el partido "probablemente todavía era lo bastante fuerte como para reprimir cualquier oposición […] Si ha de sobrevenir un cambio, será porque el partido se ha cansado de rehusarse a él". Esto difícilmente concuerda con la retórica sobre el totalitarismo. Tampoco sospechaba que sus adversarios fueran tan cobardes como sugería su diálogo con algunos de ellos. Le preocupaba que Gorbachov estuviera tratando de hacer que Alemania Occidental abandonase la OTAN, compensando la desintegración en su mitad de Europa: "Si tuviese éxito, 'Occidente' ya no significaría lo que ha significado durante los últimos 40 años"; mientras que "parece ser que" la DDR —por sus siglas en alemán, Deutsche Demokratische Republik (República Democrática Alemana, RDA)—, cuya economía había sido "durante mucho tiempo la mejor de la región" y donde el Politburó (cuyos miembros se negaron implícitamente a hablar con él) estaba más en sintonía con Erich Honecker, su dirigente, "podría seguir adelante para siempre".[142] A menos de seis meses de retirarse, nunca imaginó la caída del muro de Berlín, y, aun después de que fue derribado, una sensación de desorientación invadió sus artículos: rechazando la idea de que la historia había llegado a su fin, como opinó Francis Fukuyama por primera vez en 1989, Beedham señaló las amenazas reales, desde el terrorismo hasta Irak y Rusia, pero sin su entusiasmo característico. En 1990 hizo esta reflexión: "Quizá la historia se equivocó de momento. Una generación más tarde, los países de la Europa democrática podrían haber estado lo suficientemente cohesionados como para hacer frente a las consecuencias" del colapso del comunismo en Europa.[143] ¿Podría Occidente conservar su ventaja sin competidores?: "La vieja guerra de principios, la contienda entre las grandes ideas, ha terminado. La nueva política está llena de detalles aburridos". Quizá la democracia directa podría revitalizarla y los plebiscitos contrarrestarían la apatía entre los

[141] Beedham, "1989, and All That", *The Economist, op. cit*.
[142] *Idem*.
[143] Brian Beedham, "As the Tanks Rumble Away", *The Economist*, *op. cit*.

votantes en la nueva era de vacío ideológico, mientras se defendieran de los ejércitos de cabilderos, "filibusteros del mundo político moderno", "que corrompen literalmente", porque "muchos son más difíciles de engañar o sobornar que unos cuantos".[144] En 1993 su estado de ánimo se había ensombrecido: ¿podría ser que la victoria se hubiese comprado al precio de una disminución de la energía cívica y una caída en la complacencia y la corrupción?

Macrae se hallaba libre de esos pensamientos postreros sombríos, gracias, en parte, a que las tendencias tecnológicas que le interesaban mostraban todas las señales de acelerarse después de 1989. Ni las intrigas al estilo capa y espada de la geopolítica ni el ciclo de vida milenario de las civilizaciones eran para él; la historia le interesaba menos que el futuro, y era una especie de profeta frenético del progreso que él pasó por alto a través de las páginas de *The Economist*. También disfrutó personalmente estar en el lado vencedor de una polémica prolongada y agotadora. En 1988 escribió: "Durante la breve vida laboral civil de los soldados que regresamos de la segunda Guerra Mundial hemos añadido siete veces más a la potencia de producción mundial que durante todos los milenios anteriores de existencia del *Homo sapiens*".[145] Dado lo improbable que parecía eso cuando se incorporó al semanario en 1949, se preguntó cómo podría alguien más joven "atreverse a parecer pesimista". Mientras que Beedham disfrutaba la desgracia del comunismo, Macrae se despedía de los débiles imitadores occidentales de ese sistema.

En el editorial "A Future History of Privatization, 1992-2022", Macrae reclamó el cocrédito de haber acuñado el término 30 años antes, cuando, en todas partes, menos en *The Economist,* la privatización parecía una "cruzada sin esperanzas". En los años sesenta "era difícil persuadir incluso a la gente sensata de lo equivocados que estaban aquellos como Galbraith, quien les dijo a los políticos entusiastas que la mejor manera de satisfacer los intereses de los pobres era gastando mucho más del PIB por medio de monopolios dirigidos por los políticos, en lugar de que el sentido común dirigiese al mercado". En una empresa normal, si un gerente de importancia media descubría que su jefe estaba "haciendo mezcolanza insalubre en su trabajo", podía irse y comenzar una nueva empresa; en la Gran Bretaña, en una empresa de propiedad estatal, podía presentar una solicitud de ascenso y nunca ser ascendido; "en Rusia, lo mataban". En las viviendas de alquiler subvencionadas, "la vida se deterioraba y se caía en las drogas, la desesperanza y la ocupación ilegal", un "círculo vicioso infernal"; las escuelas públicas de los barrios pobres convertían a los niños en "delincuentes drogadictos"; la asistencia social generaba "ilegitimidad, dependencia, falta de sentido de pertenencia a un barrio o vecindad, delincuencia, drogas, disturbios para sa-

[144] Brian Beedham, "A Better Way to Vote", *The Economist,* 11 de septiembre de 1993.
[145] Macrae, "The Next Ages of Man", *The Economist,* 24 de diciembre de 1988.

quear".[146] Al igual que Beedham, Macrae también propuso una línea de tiempo de fechas importantes, pero la suya se extendía en el futuro: en algunos años cerrarían todos los pozos de carbón menos tres; en cinco, los ferrocarriles serían vendidos, incluidos los controles de seguridad y de la señalización, haciéndolos más seguros y eficaces, "como un aeropuerto"; lo mismo ocurriría con las centrales eléctricas y la red eléctrica, cuyos nuevos propietarios innovarían mediante "el descubrimiento de maneras cada vez más baratas de liberar la energía almacenada en la materia"; los teléfonos y la televisión "saldrán del sector público" y, en "tonos similares a las lecciones de hoy sobre el trabajo infantil del siglo XIX, los sociólogos contarán con horror la historia del dispositivo de explotación de las clases llamado BBC". Las escuelas y la atención médica serían privatizadas a continuación, pero como "alguna forma disfrazada del sistema de 'vales'"; entre 2000 y 2010, las cárceles y la policía también pasarían a ser privadas: en las primeras se les pagaría más a sus reclusos si no volviesen a cometer delitos, la segunda permitiría divulgar los antecedentes criminales con el fin de "dar libre entrada a muchos competidores para que los investigasen". Las computadoras reemplazarían a los abogados costosos y a los jueces propensos a cometer errores, y las empresas competirían entre sí para castigar a los criminales con el propósito de prevenir la reincidencia a tasas atractivas. En 2010, en las elecciones locales "las corporaciones multinacionales aparecerían en la boleta", y las promesas de campaña serían transformadas en contratos legales.[147]

Las posibilidades de la privatización eran tan variadas como la experiencia humana. Para 2015, los niños y los ancianos, los enfermos y los discapacitados contratarían un seguro de acuerdo con sus "condiciones"; la caridad sería reemplazada por la "licitación de contratos para tratar de ayudar a las 'personas en peligro'". A la guerra también le vendría bien la racionalización. El sudeste de Asia fue una lección de lo que no funcionaba: "Lo inefectivo del gasto estatal se demostró cuando los poderosos Estados Unidos comenzaron a perder una guerra ante el ligeramente ridículo Vietnam del Norte", y la Guerra del Golfo fue una enseñanza de lo que sí funcionaba: una coalición que usó cohetes automatizados guiados con precisión. En 2020 esa alianza uniría a la OTAN con el antiguo Pacto de Varsovia, importaría bombas baratas de Japón, investigaría las ventas de armas a los países del Sur global y reclutaría soldados en "los mercados de alta calidad más barata: entre los gurjas, el regimiento del Servicio Aéreo Especial [SAS, por sus siglas en inglés, correspondientes a Special Air Service] de la Gran Bretaña y los hijos de viejos soldados de pueblos que llevan la guerra en la sangre".[148] Algunas de esas cavilaciones parecen narrativas de ciencia ficción reelaboradas, sólo que alegres y sin una pizca de crítica social… como si la película *RoboCop*, de 1987,

[146] Norman Macrae, "Future Privatisations", *The Economist*, 21 de diciembre de 1991.
[147] *Ibid.*, p. 19.
[148] Macrae, "Future Privatisations", *The Economist, op. cit.*

se narrase desde la perspectiva de la corporación que construyó *cyborgs* para vigilar a Detroit. En efecto, la mayoría de las predicciones de Macrae han resultado ciertas o parece que lo harán.

Si la nueva era le causó menos retortijones que a Beedham, Macrae también dio muestras de estar fuera de sintonía con ella. En 1989, al pedirles a algunas personas famosas por su intelecto que evaluaran "el lugar de la señora Thatcher en la historia", el semanario incluía una nota reveladora sobre Macrae (en extraña proximidad con las líneas reservadas a Anthony Burgess, autor de *A Clockwork Orange* o *La naranja mecánica*, quien desechó "10 años de una dama de clase media con un acento afectado que me heló el corazón"). Macrae escribió con calidez: "Margaret Thatcher y Ernie Bevin son los únicos dos que he conocido que, estando en el gobierno, siempre se preguntaron simplemente: '¿Qué decisión creo yo que tendría los mejores efectos?' Por eso disgustan con mayor intensidad exactamente al mismo tipo de personas dignas de lástima".[149] Una opinión excéntrica emitida desde una atalaya que otorgaba la ventaja de contemplar en un haz medio siglo: un elogio para un jefe sindicalista de derecha y un matón laborista en el momento en que Macrae se unió a *The Economist* en 1949 y otro para la dirigente de los conservadores que golpeaba a los sindicatos cuando lo dejó. En 1990 Macrae incluso tenía cosas poco halagadoras que decir sobre los bancos, cuyo comportamiento irresponsable había sido el culpable del aumento de las crisis financieras del decenio anterior: inversión excesiva en la deuda latinoamericana, después adquisiciones de empresas y, ahora, hipotecas inmobiliarias. Predijo que, "para los banqueros", que sin duda alguna estaban sobreexpuestos cuando estalló la última burbuja inmobiliaria, "el futuro tiene que parecer desolador"; su futuro desempleo sería completamente beneficioso, dado que reduciría las apuestas riesgosas (instigadas por los esquemas nacionales de seguro de los depósitos) y reduciría la magnitud del sector financiero global (éste, equivalente a 10% del producto PIB mundial, era demasiado grande para su propio bien). "En los años ochenta, los graduados brillantes fluyeron por esa cinta transportadora hacia los servicios bancarios y financieros. Sus perspectivas, para cuando se jubilen, parecen estar a la par con las de los mineros del carbón de los años cincuenta."[150] Esa predicción no solamente estaba en desacuerdo con la línea editorial primordial, sino que era espectacularmente errónea. En 1992 —con el respaldo al lozano Bill Clinton, "abanderado de un Partido Demócrata renovado: fiscalmente responsable, socialmente lleno de determinación"… y dispuesto a engordar los bancos de Wall Street con la derogación de la Ley Glass-Steagall de la era de la Depresión y a adelgazar el padrón de la asistencia social—, la nueva generación de periodistas de *The Economist* estaba bien preparada para el nuevo orden mundial.[151]

[149] "Mrs. Thatcher's Place in History", *The Economist*, 29 de abril de 1989.

[150] "Banks in Trouble: Sweaty Brows, Slippery Fingers", *The Economist,* 8 de septiembre de 1990.

[151] "Time to Choose" y "Getting His Way", *The Economist,* 31 de octubre y 7 de noviembre de 1992.

VIII. LA GLOBALIZACIÓN Y SU CONTENIDO

The Economist llegó a los últimos años del siglo xx estando por las nubes. El dinero que ingresaba en las finanzas pareció reivindicar su postura sobre el Big Bang en casa, mientras que la caída del comunismo hizo lo mismo con su ímprobo esfuerzo en favor del liberalismo occidental en el extranjero. Al mismo tiempo, atrajo con rapidez lectores e influencia en los Estados Unidos, que se convirtieron en su hogar lejos del hogar. Pennant-Rea dimitió en 1993, justo cuando la "nueva economía" de la época de Clinton se puso en marcha; para sus impulsores, fue una ruptura con todas las precedentes, debido a que la tecnología de la información desencadenó la inversión y el crecimiento junto con una inflación baja, un desempleo bajo y aumentos de la productividad casi constantes que estaban destinados a atenuar o incluso eliminar el propio ciclo económico.[1] Desde entonces, tres factores han servido de amalgama para la constelación de ideas liberales en *The Economist:* la primacía planetaria de las finanzas, lo suficientemente amplia como para ser compartida entre Wall Street y la City de Londres; el Imperio estadunidense, como campo de entrenamiento policial y periodístico, y la globalización, cuya condición previa son los dos factores anteriores, como cuerno de la abundancia para las antiguas colonias y países satélite. En todos esos años ninguna otra publicación dio articulación a esos factores con mayor autoridad, pasión o alcance geográfico.

La desregulación financiera y el auge de los valores de renta variable que ésta impulsó fueron el *leitmotiv* inconfundible de ese periodo. El valor de los mercados bursátiles globales se disparó de menos de tres billones de dólares en 1982 a más de 30 billones en el año 2000. A medida que el auge aumentaba de ritmo en Wall Street, las ganancias financieras se triplicaron en los cinco años de 1995 a 2000 y alcanzaron los 21 000 millones de dólares. En algunas de las líneas más riesgosas y rentables, Londres superó a Nueva York, dominando no sólo las divisas sino también el 43% de los mercados de

[1] En su calidad de presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan era el portavoz más elocuente de la nueva economía, a la que sus poco rígidas políticas monetarias desde principios de 1995 hasta mediados de 1999 ayudaron a sostener, impulsando las valoraciones del mercado de valores y creando un "efecto riqueza" que propició el endeudamiento empresarial y familiar. El semanario lo elogió —en los editoriales "Man of the New Year", "Prosperity Not Politics" y "Almighty Alan Greenspan", *The Economist,* 7 de enero de 1989, 27 de agosto de 1995 y 8 de enero de 2008, respectivamente— con un pequeño tropiezo en el camino: cuando *The Economist* sugirió que podría renunciar de manera honorable para dejar el cargo a alguien más joven en "A Bias towards Change", *The Economist,* 26 de abril de 2003.

derivados no bursátiles, el 20% del mercado de los fondos de cobertura y el 57% de los mercados de negocios privados de renta variable europeos hacia 2006.[2] En un patrón de divergencia que se remonta a la parte final del siglo XX, los tipos de interés y de cambio avivaron ese frenesí especulativo a pesar de que la producción industrial se hundió aún más. La Gran Bretaña perdió 4.1 millones de puestos de trabajo en la industria manufacturera entre 1979 y 2011: de 26 a 22% de la producción total durante el reinado de Thatcher a 18% bajo la administración de Major a solamente 11% al final del gobierno del Nuevo Partido Laborista.[3] En marcado contraste, la City añadió más de 70 000 empleos bien remunerados hasta 2008, conforme el sector financiero pasó de 7% del producto interno bruto (PIB) a casi el 10 por ciento. El volumen de negocios del mercado de valores, aproximadamente igual al producto nacional de 1997, fue tres veces mayor 10 años después.[4]

La City no había disfrutado de tanta importancia desde 1914: la geografía por sí sola la hizo relevante para el nuevo orden mundial, con un día comercial que se extendía a ambos lados de las zonas horarias de los Estados Unidos y de Asia, mientras que su arraigo en Europa la convirtió en un mercado de capitales selecto para Estados "en transición" del comunismo en el Este. *The Economist* no podría haber ignorado esos desarrollos aunque lo hubiese intentado. Los fondos de cobertura se establecieron en las calles St. James y Mayfair y elevaron los precios de las oficinas del West End hasta ser los más altos del mundo; los administradores de fondos se desplazaban ondeando por la Plaza Economist (Economist Plaza) y algunos se mudaron a su torre; se abrió un restaurante japonés en las instalaciones, copropiedad del hijo de un oligarca ruso, el lugar perfecto para hacer un trato brindando con *negronis* de ciruela ahumada.[5] En un intento por llegar a la misma clase de personas y anunciantes, los ejecutivos de The Economist Group lanzaron la revista *Intelligent Life* —posteriormente nombrada *1843*—, un esfuerzo de estilo de vida de lujo para mostrar a "*The Economist* en traje de noche, de vacaciones y con una vida de ocio".

[2] Philip Augar, *Chasing Alpha: How Reckless Growth and Unchecked Ambition Ruined the City's Golden Decade,* Bodley Head, Londres, 2009, pp. 119, 105, 34 y 10-11, y Lucinda Maer y Nida Broughton, "Financial Services: Contribution to the UK Economy", House of Commons Standard Note, SN/EP/06193, 2012.

[3] Brian Groom, "Manufacturers Remain Divided over Legacy of Thatcher Policies", *Financial Times,* 12 de abril de 2013.

[4] Augar, *Chasing Alpha…*, *op. cit*., pp. 10-11. Las señales externas del descenso podrían convertirse en una fuente paradójica de fortaleza: una prueba de que, liberada de los tipos de cambio fijos y los compromisos o controles de la moneda imperial, la City podría flotar por sobre la menguante economía industrial.

[5] Angela Monaghan, "London's West End Is Most Expensive Office Location", *The Daily Telegraph,* 19 de febrero de 2013, y "Opening of Sake No Hana", *Tatler,* 1º de diciembre de 2007. [Negronis: coctel de ginebra, campari y vermut, licor amargo de ciruela ahumada tipo angostura servido en el restaurante Sake No Hana. (T.)]

La estatura de *The Economist* aumentó junto con la de las finanzas, incrustada en su sistema nervioso central como nunca antes. Los editores partían para unirse a los bancos, a la par que llegaban otros de organismos gubernamentales destinados a regularlos. Rupert Pennant-Rea renovó la "comunidad de intereses" entre el semanario y el Banco de Inglaterra, convirtiéndose en el vicegobernador de este último en 1993; cuando cinco años después se dejó al banco en libertad de fijar las tasas, *The Economist* aplaudió jubiloso. Clive Crook, entonces el poderoso editor adjunto del semanario, había comenzado su carrera en el Tesoro, escribiendo discursos para los ministros y los altos funcionarios públicos. La experiencia en finanzas era, y sigue siendo, casi requisito infaltable para competir por el puesto más alto, ya sea en un banco privado, ya sea en una institución crediticia multilateral, en Tokio, Londres o Nueva York. Aunque no está tan bien pagado como sus pares bancarios, el editor jefe puede aspirar a beneficios que solamente otros pocos periodistas pueden obtener, con lucrativas opciones sobre las acciones, bonificaciones y pensiones y, asimismo, honorarios por conferencias, membresías en juntas, tratos en materia de libros de su cosecha, apariciones reverentes en la televisión, facturación preferencial en el circuito del foro global y una que otra extraña invitación a una sociedad secreta.[6]

A pesar del nuevo cosmopolitismo de la City, al menos un aspecto de su carácter social de capitalista caballeroso y terrateniente pervivió: la presencia de las antiguas universidades. Los licenciados de Oxford y Cambridge eran más numerosos que nunca en *The Economist:* de la última, Ed Carr, el editor adjunto, y Gideon Rachman, el antiguo director de la sección sobre Europa y ahora columnista de *The Financial Times*, fueron investigados con vistas a elegirlos para el cargo más alto en 2006, y muchos otros seguirían ascendiendo entre el resto, de John Prideaux (de Cambridge), el editor estadunidense, a James Astill (de Oxford), el jefe de la oficina de Washington, a Patrick Foulis (de Cambridge), el antiguo jefe de la oficina de Nueva York, a los reclutas más jóvenes, como Jeremy Cliffe (de Oxford) y Emma Hogan (de Cambridge). Ahora bien, en realidad, en esta muestra cruzada de enclaustrados se exagera la diversidad académica del personal: sólo un colegio universitario *[college]* de Oxford (de 38), que capta a no más de 600 estudiantes (de unos 22 000 en total), ha producido una cuota en exceso desproporcionada de los editores más importantes de *The Economist*.

Un acuerdo informal entre el historiador Robert Wood Johnson, miembro del Magdalen College, de Oxford, y Andrew Knight había transformado a ese colegio en una especie de preparación para *The Economist*. Según John-

[6] A lo largo de nueve años, John Micklethwait ganó más de 500 000 libras esterlinas por año en promedio, y aunque Zanny Minton Beddoes está en vías de ganar menos, obtuvo cinco veces más que un ordinario editor de sección en su primer año como editora; véase Editores de *The Economist Group, Annual Report 2016,* The Economist Group, Londres, 2017, en https://www.economistgroup.com/pdfs/Annual_Report_2016_FINAL.pdf.

son, "Knight me llamó en 1970 para ayudarlo a reclutar talentos […] 'Si son realmente buenos, tomémoslos de inmediato, en lugar de enviarlos primero a las provincias'", le dijo a Johnson, que "le dio solamente gente de primera categoría", como David Lipsey, Stephen Milligan y Chris Huhne; éstos se convirtieron en un par vitalicio laborista, un parlamentario *tory* y un ministro demócrata liberal del gabinete, respectivamente. El semanario se llenó tanto de ellos que, en 1993, circulaba una broma sobre una posible candidata al puesto de editor; un miembro del personal de *The Economist* le dijo a otro: "No te preocupes, ella únicamente asistió a Wadham".[7] Entre los antiguos graduados de Magdalen se encontraban Chris Lockwood, el editor de la sección sobre Oriente Medio y África (uno de los dos periodistas de *The Economist* que el primer ministro David Cameron nombró bajo juramento como amigos y consejeros de la Investigación Leveson sobre las normas de la prensa), y Matt Ridley.[8] Este último, quinto vizconde Ridley y barón de Wensleydale, como también se conoce a Ridley, causó revuelo como editor de la sección de ciencia de 1983 a 1992 y siguió causándolo más tarde desde la Cámara de los Lores, con títulos populares de divulgación en los que exponía un darwinismo social apto para transmitir una sensación de bienestar a los lectores de *The Economist*.[9] Lo más sorprendente de todo fue el récord en

[7] R. W. Johnson, entrevista con el autor. Véase también R. W. Johnson, *Look Back in Laughter: Oxford's Post-War Golden Age,* Threshold Press, Newbury, 2015, pp. 118-119. [Wadham College es un colegio liberal y progresista de Oxford University que tiene como objetivo mantener la diversidad de su cuerpo estudiantil y una atmósfera amigable. Fundado como colegio para hombres, fue uno de los primeros en convertirse en mixto en 1974 y tiene una sólida reputación como fomentador de los derechos de los homosexuales. En 2011 se convirtió en el primer colegio de Oxford en enarbolar la bandera del arcoíris como parte de la semana *queer,* una loa a la diversidad sexual y la individualidad. (T.)]

[8] La otra relación estrecha de Cameron era Xan de Crespigny Smiley, quien asistió al New College, en Oxford. David de Crespigny Smiley, su padre, fue un piloto de carreras, crítico gastronómico, baronet y espía que recorrió Arabia en una nube de camellos, tanques y aviones durante la segunda Guerra Mundial; se lanzó en paracaídas detrás de las líneas enemigas en Albania en 1944 y, posteriormente, sirvió en Asia Oriental. David Smiley, *Arabian Assignment*, Cooper, Londres, 1985; David Smiley, *Irregular Regular*, Michael Russell, Norwich, 1994, y David Smiley, "Colonel David Smiley", *The Telegraph*, 9 de enero de 2009. Véase también Lisa O'Carroll y John Plunkett, "David Cameron Admits Close Friendships with Journalists", *The Guardian,* 14 de junio de 2012. Cameron nombró a Lockwood como miembro de su Unidad de Políticas en 2013.

[9] En 2010 *The Economist* elogió a *The Rational Optimist,* el *best-seller* de Ridley, por afirmar que "el intercambio es a la evolución cultural lo que el sexo es a la evolución biológica", siendo los mercados los que, a lo largo de 100 000 años, han servido de fluidos de transmisión para la innovación. En ese libro, asimismo, Ridley calificó los temores climáticos como exagerados: basta con mirar el desastre nuclear de Chernobyl, que mató apenas a 4 000 seres humanos y benefició indirectamente la vida silvestre local; Matt Ridley, *The Rational Optimist: How Prosperity Evolves,* Fiyrtg Estate, Londres, 2010, pp. 5-7. Después de su salida del semanario, Ridley fue citado a menudo: sobre la evolución (en "Story of Man", *The Economist,* 20 de diciembre de 2005), sobre los combustibles fósiles (en "Engine Trouble", *The Economist,* 21 de octubre de 2010), sobre el cambio climático (en "Americans and Global Warming", *The Economist,* 16 de febrero de 2011) y sobre el desequilibrio de los sexos en el trabajo (en "Too Many Suits", *The Economist,* 26 de

los cargos superiores: incluido el último editor excepto uno, su rival más cercano como editor adjunto y el editor anterior a ése, todos eran miembros de la "mafia de Magdalen": John Micklethwait, Clive Crook y Bill Emmott.

Bill Emmott y los grandes modernos

Emmott nació en 1956 en circunstancias bastante humildes: su padre era un contador público cuya familia había sido propietaria de una tienda de dulces en Lancashire y conoció a su madre mientras trabajaba para un concejo local al final de la segunda Guerra Mundial. Criado en Londres, fue al colegio Latymer Upper, de Hammersmith, que en esa época era una escuela secundaria o bachillerato de tipo selectivo *[grammar school],* después de lo cual obtuvo un lugar en Magdalen para seguir el plan de estudios común a los futuros editores: filosofía, política y economía. En 1978, en la escuela de graduados (o de posgrado) Nuffield College de Oxford University, como parte de "un astuto plan para combinar una carrera académica con una labor como escritor independiente", comenzó la redacción de una tesis doctoral inspirada en los acontecimientos del momento en Francia, donde una alianza entre los partidos socialista y comunista, la Union de la gauche, parecía estar en la cúspide de la victoria en las urnas; así, alentado por R. W. Johnson, que entonces trabajaba en su libro *Long March of the French Left,* Emmott profundizó en el periodo anterior de los comunistas franceses en el gobierno de 1944 a 1947 en busca de pistas sobre el comportamiento futuro de ese movimiento.[10]

Johnson también le pasó el nombre de Emmott a Knight, quien recordaba su primera entrevista: "Emmott era un tipo muy agradable e inteligente, pero no particularmente vivaz". Johnson recordaba que el juicio de Knight había sido más severo: "¡Es un inútil, sin chispa, sin espíritu!" Johnson insistió y Knight finalmente cedió en 1980, justo cuando Emmott debía partir a consultar los archivos de París.[11] En esos momentos, Chris Huhne, dos años mayor que Emmott en Magdalen (y al comienzo de una lucrativa carrera en finanzas y política, finalmente interrumpida por unas mentiras

noviembre de 2011). En una reseña de su libro, incluso *The Economist* lo consideró "ligeramente injusto con el gobierno", que podía hacer algunas cosas, como "promulgar un impuesto al carbono y reducir los impuestos sobre la nómina"; "Getting Better All the Time", *The Economist,* 13 de mayo de 2010. Se dejó en manos de Bill Gates la crítica de las propuestas de Ridley de abolir la "ayuda de arriba abajo" en favor de un mercado de internet para "pujar" por ella; Bill Gates, "Africa Needs Aid, Not Flawed Theories", *The Wall Street Journal,* 30 de noviembre de 2010.

[10] Emiko Terazono, "Lunch with the FT: Perfectly Pitched", *Financial Times,* 10 de marzo de 2006.

[11] Después de una segunda reunión, las cosas no mejoraron: R. W. Johnson llamó por teléfono a Knight y le dijo: "Andrew, ¡eres un *esnob*! ¡Solamente te agradan los muchachos que asistieron a Eton!"; Johnson, en entrevista con el autor.

matrimoniales respecto a una multa por exceso de velocidad), estaba a punto de irse a *The Guardian* y Dick Leonard le propuso a Emmott hacerse cargo de la oficina en Europa. Éste abandonó el doctorado y cambió su boleto para ir a Bruselas, donde cubrió a la Comunidad Económica Europea (CEE) hasta 1982. En 1983, después de una temporada como corresponsal de economía en Londres, partió a Japón en una misión que alteraría su vida y su perspectiva.

La tierra del calambur naciente: lecciones de finanzas en japonés

Para entonces, Japón ya no era un país por descubrir. Después de muchas dificultades en los primeros años del decenio de 1980, su motor industrial volvió a funcionar con normalidad, lo que significaba una promesa de otros 30 años de crecimiento prodigioso como el que había tenido desde la guerra. Debido en gran medida al giro hacia la financiación deficitaria bajo Reagan, las exportaciones japonesas aumentaron a una tasa media de 9.5% anual entre 1979 y 1985, y sólo a los Estados Unidos a 23%; no obstante, lo más sorprendente fueron los superávits de la cuenta corriente que esos porcentajes generaron y que convirtieron Japón por primera vez en el mayor acreedor de los estadunidenses.[12]

En virtud de que llegó en esa coyuntura histórica, Emmott tomó nota de los cambios de políticas que habían permitido a Japón aprovechar ese capital a escala global y aconsejó a otros Estados que hicieran lo mismo: en 1980, la abolición de los controles del tipo de cambio, la erosión de las barreras entre la banca y el corretaje, y, en 1984, una apertura concertada que invitó a los bancos extranjeros a participar en los mercados de divisas y de bonos gubernamentales, con la promesa de más reformas —de la clase que emprendió la City en 1986 "después de una prolongada y agotadora batalla contra los intereses creados"—.[13] Emmott encontró las puertas de Japan Inc. completamente abiertas para él en su calidad de corresponsal de *The Economist,* cuya reputación había sido realzada por Norman Macrae entre las élites ministeriales y comerciales del país. Por consiguiente, el afamado editor adjunto de *The Economist* fue una referencia esencial para Emmott, presente en su atención a los detalles de la vida cotidiana de los japoneses y a la manera como éstos habían cambiado; en promedio, la gente era de mayor edad, las familias eran más pequeñas, el número de agricultores era me-

[12] Para 1986, casi 40% de todas sus exportaciones tuvieron como destino los Estados Unidos, donde la fuerza relativa del dólar era un atractivo mayor; Brenner, *The Boom and the Bubble: The US in the World Economy,* Verso, Londres, 2002, p. 105.

[13] Bill Emmott, *The Sun Also Sets: Why Japan Will Not Be Number One,* Simon & Schuster, Londres, 1989, p. 95.

nor y había surgido un nuevo grupo de jóvenes en busca de placer, *shinjinrui:* la "nueva raza humana". Sin embargo, en 1989 Emmott presentó su análisis de Japón como un desafío para Macrae en un libro que lo ayudaría a obtener la dirección editorial: *The Sun Also Sets: Why Japan Will Not Be Number One*.

Al aseverar que el sol también se pone en esa nación, condenada a no alcanzar la cima, Emmott se manifestó en contra de la opinión generalizada de que Japón estaba a punto de superar a los Estados Unidos no solamente como superpotencia económica sino también política y criticaba a Macrae en particular. El año anterior, este último había argumentado en *The Economist:* "Toda potencia económica naciente tiene como propósito final moldear su era";[14] Macrae había acogido con satisfacción esa perspectiva, sosteniendo que los japoneses podrían llegar a ser "banqueros cimeros más progresistas" que los británicos bajo el primer duque de Wellington, "que se opuso a los ferrocarriles con el argumento de que permitirían a las clases trabajadoras desplazarse por todas partes", o que los estadunidenses, "que creían que la esclavitud era una institución social y económica peculiar que podía perdurar".[15] En *The Sun Also Sets,* cuyo manuscrito redactó en Londres en 1988, Emmott reconoció que "Japón es el líder natural de Asia", pero también que sólo los Estados Unidos —con su combinación única de "libre empresa, mercados abiertos, iniciativa individual" y afluencia de inmigrantes jóvenes motivados— podían liderar el mundo.[16] Mientras que Macrae había atribuido a los funcionarios públicos de Tokio un profesionalismo y una creatividad casi heroicos, Emmott los menospreciaba por obsoletos; sostuvo que, privados de una gran parte de su poder por la desregulación de los mercados, el Ministerio de Finanzas, así como el Ministerio de Comercio y Tecnología, "de triste fama", estaban librando "una batalla perdida […] La tendencia a la libertad y a un sistema más abierto está firmemente establecida".[17]

Cuando justo después de la publicación del libro el mercado de valores de Tokio se derrumbó, lo que condujo a una "década perdida" de crecimiento económico y puso fin a toda conversación sobre una *Pax Nipponica,* Emmott parecía haber sido un oráculo; pero eso era algo engañoso, porque lo que condujo a la crisis que Emmott había celebrado como el presagio de la renovación y la modernidad fue precisamente el haber quitado los grilletes a

[14] *Ibid.*, pp. 8 y 37.

[15] "The Post-Hirohito Century", *The Economist,* 17 de octubre de 1987.

[16] Emmott, *The Sun Also Sets…*, *op. cit*., pp. 271-273.

[17] Los llamamientos en favor de una "política industrial federal" en los Estados Unidos, a imitación de los japoneses —apelaciones que podrían ser más fuertes si se produjeran recortes presupuestarios y aumentos de impuestos bajo Bush padre—, eran peligrosos, porque "los Estados Unidos aprenderán del ejemplo japonés erróneo; emularán algo que, en realidad, Japón ya abandonó"; *ibid*., pp. 93, 95, 100 y 271.

las finanzas. "La idea de Japón como superpotencia se basa principalmente en las enormes exportaciones de capital del país y en su repentina aparición como el mayor acreedor neto del mundo."[18] Y cuando un yen al alza amenazó con detener ese flujo después de 1985, la burbuja del mercado de valores que antes lo había impulsado lo deslumbró: de 1986 a 1989, los precios de las propiedades residenciales y comerciales se duplicaron, y los mercados de futuros de bonos gubernamentales y de divisas —allá por 1980 "pletóricos de nombres exóticos y regulaciones desconcertantes y con una escasez en cuanto a volumen de negocios, innovación y efectivo que fluyese libremente"— se adelantaron de un salto a los de los países occidentales. Contando con nueve de los 10 bancos comerciales más grandes, los cuatro principales suscriptores de eurobonos y los cuatro bancos de inversión más grandes, "infunden la misma mezcla de temor, admiración y odio que los fabricantes japoneses de automóviles o grabadoras de video". Hacia 1988, la capitalización de mercado de Tokio era 50% mayor que la de Nueva York, e incluso los japoneses comunes estaban sumándose a la función: a medida que los "blancos y relucientes" automóviles BMW llenaban las calles, ellos compraban condones Roni Wrinkle, mientras que las amas de casa adquirían oro e invertían en el mercado de futuros, y la "fiebre del dinero" se arraigó.[19]

En 1989 hubo claros indicios que apuntaban a una burbuja japonesa: la relación promedio entre los precios y las ganancias en el índice Nikkei había superado los 60 puntos, y los precios de la tierra eran tan altos que los terrenos del palacio imperial en el centro de Tokio valían más que el estado de California; pero, aun cuando sí existía una burbuja, eso era "conveniente" y "probablemente nunca habría un colapso", y, si lo hubiese, "Japón podría recuperarse y, casi con certeza, lo haría".[20] El mercado de valores se hundió como una piedra unos cuantos meses después, perdiendo la mitad de su valor en un año, y Japón comenzó 20 años de deflación con un crecimiento bajo o negativo. Pero habría sido fácil pasar por alto todo eso en los siguientes libros de Emmott, *Japan's Global Reach,* en 1992, y *Japanophobia,* en 1993: "El ocaso de 1990-1993, primero en las finanzas, pero también en la economía real después, ha hecho que la vida parezca oscura"; aun así, las perspectivas a largo plazo "son brillantes y agradablemente cálidas" y "el panorama macroeconómico de Japón parece muy saludable".[21] Desde enton-

[18] Las exportaciones netas de capital a largo plazo fueron de 65 000 millones de dólares en 1985 y de 137 000 millones en 1987, lo que equivalió aproximadamente al PIB de Suecia o Suiza; *ibid.*, p. 17, y "The London of Asia", *The Economist,* 8 de diciembre de 1984.

[19] Emmott, *The Sun Also Sets…*, *op. cit*., pp. 34, 67, 87, 89 y 127. En la City, Nomura fue, "durante un tiempo, el mayor reclutador privado de nuevos graduados de Oxford y Cambridge"; Bill Emmott, *Japan's Global Reach: The Influences, Strategies, and Weaknesses of Japan's Multinational Companies,* Arrow Books, Londres, 1991, pp. 151-152.

[20] Emmott, *The Sun Also Sets…*, *op. cit*., pp. 126-128.

[21] Bill Emmott, *Japanophobia: The Myth of the Invincible Japanese,* Times Books, Nueva York, 1993, p. 222, y Emmott, *Japan's Global Reach…*, *op. cit*., pp. 177-178 y 189. ¿La razón de

ces, ninguna crisis, por grande que haya sido, ha minado la creencia de Emmott en la racionalidad de la exuberancia del mercado financiero.

Emmott se mostró de igual forma indiferente respecto a una ola de quiebras de ahorros y préstamos en los Estados Unidos en una investigación especial sobre la banca hecha para *The Economist,* en 1988, en la que se instaba a los financieros a aprovechar esa oportunidad para exigir la derogación de la Ley Glass-Steagall, que prohibía a los bancos comerciales suscribir o negociar valores. Al mismo tiempo, Emmott despidió a Christopher Wood, el propio corresponsal de *The Economist* en Wall Street, que había predicho que los altos precios de los activos en Nueva York, Londres y Tokio eran impulsados por cantidades insostenibles de deuda privada y pronto conducirían a una gran depresión. Emmott dijo de Wood que era un "exaltado", un "fatalista", y argumentó que los "países industrializados avanzan con alegría, ajenos, evidentemente, al colapso" que los había asustado un poco en octubre de 1987.[22] En 1989 Michael Milken, el "rey de los bonos basura" del banco Drexel Burnham Lambert, llevó a la quiebra al quinto banco de inversión más grande de los Estados Unidos y terminó en la cárcel. Emmott escribió: "En principio, no hay nada de malo con los bonos basura", y se burló indignado de las caricaturas de Wall Street como una "guarida de la codicia y el azar", lo que equivalía a "hacer un severo juicio de los mercados financieros más fluidos y sofisticados que el mundo haya conocido".[23] Una vez nombrado editor de asuntos comerciales en 1989, Emmott contempló con optimismo el paisaje desde lo alto del edificio de St. James Street. Habiendo sido un votante del Partido Laborista cuando se unió al semanario en 1980, era ahora un devoto de Thatcher. Aun cuando el país podría requerir incluso otros 10 años de sus disciplinas monetaristas —"podría incluso pasar una generación antes de que las empresas británicas se recuperen por completo de sus condiciones de los años setenta"—, podría esperar "volver a convertirse en el taller de Europa", a medida que la inversión extranjera directa fluyese a las fábricas de las Tierras Medias, se abriesen unos relucientes centros comerciales en Newcastle y las empresas financieras se apresurasen a instalarse en Londres.[24]

su insólita serenidad?: las consolidaciones bancarias, las mejores calificaciones de riesgo de la inversión y, sobre todo, un repunte de los precios de las acciones, estimulados por la política gubernamental.

[22] "International Banking: Survival of the Fittest" y "Apocalypse When?", *The Economist,* 26 de marzo y 15 de octubre de 1988, respectivamente. Christopher Wood, *Boom and Bust: The Rise and Fall of the World's Financial Markets*, Sidgwick & Jackson, Londres, 1988, pp. 5, 22 y 145.

[23] La asunción de deuda con fines fiscales mediante la utilización del apalancamiento para financiar las fusiones y las adquisiciones se hizo de acuerdo con los "sólidos principios de las finanzas"; "International Finance", *The Economist,* 27 de abril de 1991.

[24] En medio de su optimismo, sí notó las críticas al "milagro de productividad", y eso, después de 10 años de aumentos de la inflación y del déficit de la cuenta corriente bajo Thatcher; "Business in Britain", *The Economist,* 20 de mayo de 1989.

La jungla de Tweed: "mentes libres, mercados libres, todos contra todos"

De regreso en la Gran Bretaña, Emmott también tuvo tiempo para dedicarse a un pasatiempo: planear ser editor cuando Pennant-Rea renunciara, una contienda que resultó ser tan despiadada como las hostiles adquisiciones que cubrió como editor de asuntos comerciales con 10 colegas (de aproximadamente 50) que combatían por el puesto. En la revista *Vanity Fair,* Jacob Weisberg describió una "amarga lucha por el poder" para reemplazar a Pennant-Rea que convirtió "el ambiente de camaradería de los pasillos del semanario financiero más prestigioso del mundo", "un lugar que los empleados han comparado cariñosamente con una sala común de Oxford", en "una especie de arena infernal de comercio del euro: los bárbaros a las Puertas de Tweed".[25]

En una agotadora competencia de siete semanas que alcanzó un "grado febril de ansiedad y neurosis", lo que importaba era la edad, la clase… y el piso. El decimotercer piso, que albergaba escritores nacionales y extranjeros, producía la mayoría de los candidatos, entre ellos Nico Colchester, editor adjunto, anteriormente en el *Financial Times;* Matt Ridley, que regresaba de Blagdon, la propiedad de 3 640 hectáreas que poseía su familia en Northumberland, y Mike Elliott, el sociable y malhablado jefe de la oficina de Washington. El duodécimo piso, donde trabajaban los escritores de negocios, envió a Clive Crook, el editor de economía, y a Emmott. Weisberg informó: "El 13° es más británico; el 12°, más estadunidense […] Los del 12° ven a los del 13° como académicos liberales con una cabeza llena de ideas tan elevadas como confusas que no entienden de economía; los del 13° estereotipan a los del 12° como tecno-cabezas carentes de emociones e ideólogos libertarios". David Lipsey, el editor asociado, que aceptaba apuestas sobre el resultado, dio más probabilidades a Colchester y a Emmott, los que acabaron por ser los finalistas de los dos pisos; ambos tendrían que pasar por un comité compuesto por *sir* John Harvey-Jones, el gurú de la administración; *sir* Adrian Cadbury, el chocolatero, y Frank Barlow, el director de la empresa Pearson, antes de que su destino fuese decidido por toda la Junta "durante un desayuno con arenques ahumados en el Savoy"… un proceso que algunos editores compararon con una "trampa" y que dejó a Colchester "incapaz de hablar al respecto sin ahogarse".[26]

[25] Alusión al río Tweed, que separa a Escocia de Inglaterra. [N. del T.]

[26] En 1993 los otros contendientes fueron Jim Rohwer, jefe de la oficina de Hong Kong; Frances Cairncross, editora de la sección sobre el medio ambiente; Daniel Franklin, editor de la sección sobre la Gran Bretaña; Johnny Grimond, editor de la sección sobre el extranjero, y David Lipsey, que también escribía para la sección sobre la Gran Bretaña. Véase Weisberg, "The Tweed…", *op. cit*.

Emmott tenía una cuenta menos manchada de sangre: su ventaja no era ni su juventud ni sus libros, sino su comisión como director editorial de la Unidad de Inteligencia de *The Economist* en 1992, donde pudo conocer a los miembros de la junta y a los ejecutivos (que, según Weisberg, desplegaban "un tipo de gestión al estilo Atila el huno"), sobre todo a Marjorie Scardino, que se encontraba ahí después de haber dirigido el negocio estadunidense, y que ascendió durante el mismo periodo para dirigir toda la compañía The Economist Group.

Emmott era una especie de hombre de ideas entre los editores posteriores de *The Economist,* no solamente por su porte tipo "esfinge", sino por su versatilidad: sus artículos sobre Japón incluían *haikús,* en sus investigaciones sobre el mercado de valores se desviaba hacia Dickens y sus lamentos sobre el atraso italiano eran introducidos por Dante. Como Bagehot, escribió ampliamente con su propio nombre y su voz se fusionaba con el semanario, incluso cuando su nombre trascendía a éste. Desde que dejó el cargo, ha publicado tres libros y un documental, y se pueden leer sus reflexiones de manera continua —en Twitter, donde su sobrenombre es "#bill_emmott: scarlet pimpernel, agent provocateur" (… pamplina escarlata, agente provocador)—, así como en forma impresa en la mayoría de las principales zonas horarias, incluidos los Estados Unidos, la Gran Bretaña, Italia, Japón y la India. Se le paga por compartir sus pensamientos en los retiros de negocios en los Alpes y en juntas de dirección de empresas y sin fines de lucro.

La tarea de Emmott como editor, declaró más tarde al diario *Financial Times,* era "conseguir lectores y hacerlos adictos al semanario",[27] y tuvo éxito. La circulación se disparó de 500 000 ejemplares a más de un millón en 13 años bajo su reinado, con el mayor aumento en América del Norte. Modernizó el semanario, contrató más corresponsales extranjeros y puso en práctica una rigurosa operación de verificación de datos; pero también mostró interés por las tradiciones de *The Economist,* y por la historia del liberalismo con la que el semanario guardaba continuidad. En 1999, en un viaje para abrir una oficina en Calcuta, India, se detuvo en un cementerio escocés para rendir un "breve culto a los antepasados". James Wilson, el primer editor, fue enterrado allí cuando murió, después de haber pasado 10 meses en su trabajo como ministro de Finanzas de la India en 1860. Cuando encontró su tumba, que estaba cubierta por la vegetación, Emmott observó con satisfacción la inscripción tipo libro mayor: "Wilson, el recto Hon'ble [Honorable] James, que fue enviado expresamente desde Inglaterra para restablecer el orden en las finanzas de la India".[28] En 2006 hizo su despedida con una conciencia igual respecto a sus antecesores: "Lo asombroso es lo mucho que ese periodo se adaptó a la visión original de Wilson, la manera como hizo

[27] *Idem.*

[28] Bill Emmott, *Rivals: How the Struggle between China, India and Japan Will Shape Our Next Decade,* Harcourt, Orlando, 2008, pp. 123-124.

que se sintiera que sus principios eran más importantes que nunca"; porque "el impacto económico y político de la liberalización de los mercados nacionales e internacionales de bienes, servicios, tecnología y capital, es decir, la globalización […] sería una delicia a los ojos de Wilson".[29]

El modelo británico: "Thatcher e hijos"

Cuando Emmott se convirtió en editor en 1993 en el periodo subsiguiente a la Revolución de Thatcher, el carácter británico en sí adquirió un nuevo valor para él y otros editores; la dureza misma de la medicina que Thatcher había prescrito —las tasas de interés de dos dígitos, las privatizaciones radicales de las industrias de telecomunicaciones, el gas, las aerolíneas y otras industrias estatales, la reducción a la mitad de las tasas impositivas máximas a la renta, la anulación de las regulaciones laborales y los cierres de las minas de carbón y las plantas en medio de los altos grados del desempleo— permitieron que el propio *The Economist* se pusiera a la vanguardia del cambio. Cuando llegó el auge de la "nueva economía", el país parecía haber superado una crisis; en casa y en el extranjero, el semanario volvió a estar en la envidiable posición de dar lecciones, no de tomarlas.

Llenos de confianza, Emmott y sus adjuntos adoptaron una postura contraria tras otra, ansiosos por restablecer la reputación de radicalismo de *The Economist*. En 1994, el semanario se pronunció contra la monarquía como una "idea cuyo tiempo ha pasado", deseando repentinamente reemplazarla, con un referéndum de por medio, por una república. El semanario reconoció que Bagehot, "el mejor y más influyente escritor que jamás haya sido editor", había defendido esa parte "dignificante" de la Constitución allá en 1867, diciendo: "No debemos dejar que la luz del día penetre en la magia"; pero muchas cosas habían cambiado, incluida la idea de que las masas groseras y sin educación no podían entender ni siquiera votar por una asamblea representativa. Bagehot, añadía el editorial, también había dicho: "Entre una población cultivada, una población capaz de ideas abstractas, no sería necesario".[30]

Los miembros de la junta de *The Economist,* todos pertenecientes a la Orden del Imperio Británico, rezongaron, y cuando se le preguntó a Knight, éste calificó la sugerencia de vergonzosa, "en absoluto en consonancia con las tradiciones de *The Economist*". En realidad, el semanario tenía fuertes lazos con

[29] Bill Emmott, "The Long Goodbye", *The Economist,* 30 de abril de 2006.

[30] "An Idea Whose Time Has Passed", *The Economist,* 22 de octubre de 1994. De todo el mundo llegaron al semanario cartas hostiles, casi sin excepción, a ese giro republicano: de la Liga Monárquica de Londres; de los Jóvenes Nacionalistas de Auckland, Nueva Zelanda; del par *lord* Ampthill; de un patriota de Nueva Escocia; de un realista de Dinamarca; de un turista de Nuevo México, etc. "Long to Reign over Us", *The Economist*, sección de cartas al editor, 5 de noviembre de 1994.

la aristocracia y la familia real, no sólo por medio de Alastair Burnet, el observador de la realeza, sino también de Norman St. John-Stevas. Éste, un diligente cortesano de la Casa de Windsor, envuelta en suaves tonos de púrpura de Tiro ("cardenal aplastado", lo llamaba él), quien poseía un par de medias enmarcadas de la reina Victoria, había sido corresponsal parlamentario de 1954 a 1967, y, después de haber sido electo como parlamentario *tory* por Chelmsford, continuó escribiendo y pasando información a *The Economist*.[31] Esto ayudó al comienzo de la era de Thatcher, cuando, en su calidad de dirigente de la Cámara de los Comunes, fue consejero de la primera ministra, hasta que en 1981 ella lo despidió por ser un "timorato" que meneaba la lengua; él la llamaba "la bendita Margaret […] la que debe ser obedecida […] la lideresa […] Atila la gallina" y TINA (siglas de la frase en inglés correspondientes a "there is no alternative": "no hay alternativa"), a veces en su presencia, y ella escribió más tarde: "Lamenté haber perdido a Norman, pero él hizo inevitable su propia salida: convirtió la indiscreción en un principio político". En ocasiones, la realeza devolvía la atención; en 1986, el príncipe Carlos reveló sus frustraciones políticas a *The Economist* en una entrevista con Simon Jenkins, quien se refirió a ella como "el manifiesto de un príncipe socialdemócrata".[32]

Por su parte, Emmott había despreciado durante mucho tiempo a la monarquía, aunque no por convicciones profundamente republicanas. En una ocasión, al hacer un comentario sobre una fotografía en la que Carlos y Diana deambulaban por un campo de trigo de Balmoral, se lamentó de que "la familia real establezca un tono que sigue siendo contrario a los negocios". La reina estaba más allá de toda esperanza, pues mostraba más interés en sus perros que en cualquier forma de comercio. Emmott alentaba al príncipe a actuar como un verdadero modelo que se debía seguir, no como un hacendado del país, y a "promover el interés en los negocios de todo tipo, así como el establecimiento de lugares de trabajo como una forma de enriquecerse".[33] En 1994 hizo la observación de que "la Corona muestra incluso cierta parcialidad, aunque no inevitable, en contra del capitalismo".[34]

[31] Jenkins, *Thatcher and Sons…*, *op. cit.*, pp. 57-58; "A Wit May Also Be Wise: In Praise of an Unconventional Democrat and Scholar of Walter Bagehot", *The Economist,* 10 de marzo de 2012.

[32] "Politics and the Prince of Wales: All Dressed Up and Nowhere to Go", *The Economist,* 19 de julio de 1986. Según Andrew Neil, la reina Isabel envió a su hijo a *The Economist* para una entrevista, deseando distanciarse de manera indirecta de Thatcher, a quien —afirmó Neil— consideraba indiferente e insuficientemente crítica ante el *apartheid*. Neil, *Full Disclosure*, *op. cit.*, p. 202; sin embargo, la entrevista no fue dictada exactamente por ella, sino que transmite las quejas del príncipe en el sentido de que los protectores o guaruras de su madre lo mantenían a raya. [En cuanto al apelativo en inglés, la frase "Attila the Hen" incluye fonemas que replican los de Margaret Thatcher. (T.)]

[33] "¿Por qué, si no, sólo 22% de los graduados de Cambridge todavía se dedica a los negocios —preguntaba—, oponiéndose a esa noble búsqueda por caminos inútiles en las profesiones, en la academia o […] en el periodismo financiero?"; "Business in Britain", *The Economist*, *op. cit.*

[34] "An Idea Whose Time Has Passed", *The Economist*, *op. cit*.

Esa postura contraria era eficaz a la vista a pesar de que no daba en el blanco. En 1997 el semanario atacó el Nuevo Laborismo en vísperas de su aplastante derrota en las elecciones, debido a que en política económica sus "instintos básicos no son liberales"; una interpretación errónea del partido que Tony Blair y Gordon Brown habían empujado hacia la derecha en la oposición, al abandonar las demandas de la propiedad pública y aceptar las restricciones fiscales y monetarias que Thatcher había establecido. Para David Lipsey, entonces editor político y columnista de Bagehot, ésa fue "la nota amarga de mi titularidad" en *The Economist,* porque Emmott "tomó su decisión en privado, sin discutirla cara a cara conmigo". El temor de Emmott a que "hubiera un viejo Partido Laborista oculto que deseaba salir de debajo del exterior del Nuevo Partido Laborista" resultó "tan equivocado como podría estarlo"; algo que Lipsey estaba en situación de saber: miembro desde hacía mucho tiempo de la derecha laborista (había comenzado como asesor de Anthony Crosland y James Callaghan, antes de derivar al periodismo en 1979), el columnista de Bagehot se dejó "llevar tanto por la emoción cuando Tony Blair se deshizo del bagaje del viejo Partido Laborista, como [él] había insistido en que lo hiciera", que "subrepticiamente [se reincorporó]" al partido.[35] A medida que la diarquía Blair-Brown empujaba al neoliberalismo más allá de lo que Thatcher se había atrevido, en particular en la City —ideando nuevas regulaciones "ligeras", recortando las ganancias del capital de 40 a 10% sobre los activos a largo plazo y otorgando al Banco de Inglaterra plena independencia para fijar tarifas—, Emmott daba marcha atrás: "Por tedioso que sea el sinsentido de la tercera vía para un cascarrabias como *The Economist,* su éxito como dispositivo de comercialización no está en duda". La sugerencia de los portavoces de Downing Street de "reconciliar a la Gran Bretaña con la Revolución de Thatcher, de consolidarla, de extenderla", sólo tenía un significado: "Los votantes están felices, los pensadores influyentes están felices, todos, excepto las almas desconcertadas que creían en el viejo Partido Laborista, están felices".[36] En 2001 y 2005 Blair, que nunca fue un favorito y al que siempre se le mostraba sonriendo como demente sin razón alguna, recibió la bendición de *The Economist:* superponiendo su rostro sonriente a la cabeza de Thatcher (con su lápiz labial, sus pendientes y su peinado), aconsejaba a los lectores: "Voten por los conservadores".[37]

[35] El gobierno de Blair devolvió el cumplido, elevándolo a la nobleza como barón Lipsey de Tooting Bec en 1999. Después de dejar el cargo como lo hizo Bagehot en 1997, Lipsey había permanecido de tiempo parcial como editor de asuntos sociales hasta entonces; Lipsey, *In the Corridors of Power…, op. cit.*, pp. 173-175.

[36] "The Strangest Tory Ever Sold", *The Economist,* 2 de mayo de 1998.

[37] "Vote Conservative", *The Economist,* 2 de junio de 2001. La reforma de la asistencia social, las asociaciones público-privadas, las cuotas tope en las universidades, la guerra en Irak, todo ello generaba la aceptación de la gente del Nuevo Laborismo, si no es que de Blair o de Brown, incluso más; "There Is No Alternative (Alas)", *The Economist,* 30 de abril de 2005.

El pulsado de botones en el extranjero

Todos los editoriales redactados con un lenguaje áspero y las cubiertas irreverentes aumentaban la circulación de *The Economist,* así como lo hacía su perfil de un inconformista intelectual; sobre todo en los Estados Unidos, donde las cuestiones sociales se convirtieron en un índice del liberalismo del semanario en cuanto tal. En 1966 se pronunció por el matrimonio homosexual, enardeciendo a la derecha religiosa, aunque las razones del semanario tenían poco que ver con el amor romántico: "Era más probable que los solteros cayeran en brazos del Estado benefactor" y el matrimonio era "un gran estabilizador de los hombres"[38] De manera reiterada, hizo llamamientos a expedir leyes más estrictas sobre las armas, en especial en 1999, después del tiroteo en la escuela de Columbine, lo que le valió la ira de los entusiastas de la segunda enmienda a la Constitución de los Estados Unidos.[39] En 2001 explicó que incluso las drogas "duras" deberían ser legalizadas, con referencia a los Estados Unidos, donde uno de cada cuatro presos había sido condenado por delitos menores relacionados con ellas. ¿No había escrito John Stuart Mill: "Es el individuo soberano de sí mismo, de su propio cuerpo y de su mente"?[40] Si bien el semanario adoptó posturas menos riesgosas respecto a la pena de muerte y la eutanasia, no fue nada cauto en sus intervenciones políticas. Tras respaldar a Bill Clinton en 1992, cuatro años después se decantó por Bob Dole; pero lo que causó mayor escándalo, a juzgar por las cartas que llovieron de los lectores, fue que le exigió a Clinton renunciar a la presidencia en 1998 por su mendacidad sobre su relación extramatrimonial con una pasante en la Oficina Oval, mencionando los términos *engaño, debilidad moral, quiebra moral, sordidez, parálisis autocompasiva, asunción de riesgos imprudente, confianza rota, cargo en desgracia*. No era el "devaneo sexual" en sí mismo lo que irritaba al semanario —había respaldado a Clinton en 1992 "sabiendo muy bien que era un poco pícaro y que corría riesgos"—, sino la "mentira flagrante", "indigna de un presidente". (Años más tarde, el semanario afirmó que Donald Rumsfeld debía entregar su insignia por las torturas que tuvieron lugar en la prisión de Abu Ghraib, en Irak.)[41]

[38] "The Case for Gay Marriage", *The Economist,* 26 de febrero de 2004.

[39] "Controlling Guns" y "America's Blind Spot", *The Economist,* 18 de mayo de 1996 y 24 de abril de 1999.

[40] "The Case for Legalisation", *The Economist,* 28 de julio de 2001, y Bill Emmott, *20:21 Vision: The Lessons of the 20th Century for the 21st*, Penguin Books, Londres, 2003, p. 11.

[41] En 1996 el semanario justificó su elección basándose en el "fiasco sobre la atención de la salud", la "política exterior hecha sin reflexión", la lentitud para promulgar la reforma del bienestar social y los "problemas éticos"; "What a Choice", "If It's True, Go", "Unwanted", "Just Go" y "Resign, Rumsfeld", *The Economist,* 2 de noviembre de 1996, 31 de enero y 12 y 19 de septiembre de 1998 y 8 de mayo de 2004, respectivamente.

Había muchas muestras de amor caldeado por doquier. Emmott afirmó haberse "estremecido un poco" cuando recordó sus reuniones con Bill Gates, cofundador de Microsoft, "un lector devoto confeso de *The Economist*", que "reprendería al entonces editor en jefe de la publicación por su apoyo al caso de antimonopolio en contra de Gates y su empresa" de 1998 a 2001. Por diversión, Emmott se burlaba de Jon Corzine, director ejecutivo del grupo de banca Goldman Sachs,[42] y lanzaba disparos a modo de aviso contra Japón. Un artículo sobre la competencia desleal del monopolio estatal del tabaco con los fabricantes de cigarrillos extranjeros, Marlboro Country, provocó que la compañía japonesa lo convocara a una sala de juntas donde cada una de sus afirmaciones era seleccionada, escrita en un pizarrón y refutada. En 1998, después de la publicación de una portada con un samurái que tropezaba consigo mismo y el título del número "Japan's Amazing Ability to Disappoint", "La asombrosa capacidad de Japón para decepcionar", la embajada de ese país en Londres, irritada, emitió una "nota petulante de protesta" y Motoo Shiina, un miembro de la Dieta, reprendió personalmente a Emmott.[43]

El primer ministro italiano tuvo palabras más que caprichosas para el semanario. En 2001, el editorial "Why Silvio Berlusconi Is Unfit to Lead Italy", donde apuntaba que éste no era apto para dirigir a su nación al extenderse sobre sus problemas legales y sus vínculos con el crimen organizado, apareció justo antes de las elecciones de primavera… y provocó una amarga disputa con el curtido magnate de los medios convertido en político. Berlusconi demandó por difamación, dos veces, e *Il Giornale,* un diario de Milán propiedad de su hermano Paolo, se burló de *El E-Comunista* y comparó a su editor de perilla con Lenin. De viaje cuando se tomó la decisión de publicar ese editorial, Emmott se hizo responsable de él, ocultando el hecho de que Clive Crook había elegido el tema, Tim Laxton y David Lane habían hecho la investigación y Xan Smiley lo escribió; sin embargo, Emmott ha dedicado una gran parte de su carrera a partir de 2006 a sostener encuentros pugilísticos con Berlusconi, así como a intimidar al país para que haga reformas de mercado; un documental de 2012, *Girlfriend in a Coma* (*La novia en coma*), muestra a Emmott haciendo su mejor imitación de un Michael Moore que aborda a Berlusconi en un salón abarrotado de personajes de la "élite".[44]

[42] Bill Emmott, *The Fate of the West: The Battle to Save the World's Most Successful Idea,* The Economist Books, Londres, 2017, pp. x y 61.

[43] Un título mejor, le dijo en son de chanza Shiina a Emmott cuando hablaban en privado, habría sido: "La asombrosa capacidad del pueblo japonés para no decepcionarse"; "The Sun Also Rises", *The Economist,* 8 de octubre de 2005, y Emmott, *Rivals…*, *op. cit*., p. 90.

[44] Durante un doloroso apretón de manos de 30 segundos, los asistentes miran nerviosos. "¿Me reconoces, Bill Emmott? ¡Soy Lenin! ¿Todavía crees que soy comunista?" "No, nunca pensé eso", le asegura Berlusconi, mientras se aleja. "Eso es muy generoso", responde Emmott. "Todos tenemos nuestra función que debemos desempeñar", observa el ex primer ministro. "Exactamente. Exactamente." Annalisa Piras (dir.), *Girlfriend in a Coma,* guion de Bill Emmott y A. P., Springshot Productions, Londres, 2012. "Un hombre ha sido el principal responsable de

Las finanzas y la globalización

The Economist no ignoró las burbujas financieras que marcaron los años de la "nueva economía" hasta 2008 —en la deuda soberana, las acciones de las empresas puntocom y la vivienda—, pero les quitó toda importancia, considerándolas como obstáculos relativamente pequeños en la senda hacia el capitalismo globalizado. México, Asia del Este y Rusia fueron algunos de los más afectados por las crisis monetarias y de la deuda interconectadas. En 1998, cuando Moscú cayó en mora, lo que provocó la quiebra de Long Term Capital Management (LTCM), el fondo de cobertura muy expuesto que perdió 4 600 millones de dólares en cuatro meses, el semanario defendió a los magos de la informática cuyos modelos no habían podido prever eso: "Es agradable burlarse de los laureados con el Premio Nobel que ayudaron a fundar LTCM, pero una gran parte de esas burlas nubla la verdad", porque "surge la interrogante sobre si acaso es probable que los sucesos recientes se repitan";[45] pero también atacó a todo aquel que usara esos ejemplos del "fracaso del mercado" para criticar, poner en tela de juicio o retrasar la globalización, con el editor adjunto Clive Crook a la cabeza del ataque.[46]

Crook tenía 38 años de edad en 1993, pero parecía "más un adolescente con pantalones de franela gris, camisa blanca de tela Oxford y suéter azul, que es su única vestimenta conocida".[47] "Brillante en extremo" y "defensor del libre comercio con ese áspero acento de Lancashire", era "la escuela de Mánchester vuelta a la vida"; otros lo llamaban el "Padrino intelectual", entre ellos Emmott, que algunas veces se mostraba "cautivado" y otras "amedrentado", cuando los editores le preguntaban (sobre aspectos de la doctrina):

lograr que esa vieja mano de Asia se comprometiera y fascinara tanto con su país. Su nombre es Silvio Berlusconi"; Bill Emmott, *Good Italy, Bad Italy: Why Italy Must Conquer Its Demons to Face the Future,* Yale University Press, New Haven, 2012, p. I.

[45] LTCM "no tomó prestado más que un banco de inversión típico [...] ni fue ello especialmente arriesgado". Los fondos de cobertura eran buenos: "Deben recibirse con los brazos abiertos"; "A New Approach to Financial Risk", *The Economist,* 17 de octubre de 1998.

[46] Respecto a las investigaciones de Crook, véase "Trial and Error: The Third World", "The IMF and the World Bank" y "Globalisation and Its Critics", *The Economist,* 23 de septiembre de 1989, 12 de octubre de 1991 y 29 de septiembre de 2001, respectivamente. Muchos otros editores ayudaron, incluida Frances Cairncross, quien escribió de manera favorable sobre las dimensiones ambiental, tecnológica y administrativa de la globalización. Sus informes para *The Economist* se convirtieron en los libros *Costing the Earth: The Challenge for Governments, the Opportunities for Business,* Harvard Business School Press, Boston, 1993 [edición en español: *Las cuentas de la tierra: economía verde y rentabilidad medioambiental*, trad. de Cristina García Ohlrich, Ángel Muñoz D. L., Madrid, 1994] y *The Death of Distance: How the Communications Revolution Is Changing Our Lives,* Harvard Business School Press, Boston, 1997 [edición en español: *La muerte de la distancia: cómo la revolución de las comunicaciones cambiará la vida de la empresa*, trad. de Laura Trafi, Paidós, Barcelona, 1998].

[47] Weisberg, "The Tweed Jungle", *Vanity Fair, op. cit*.

"¿Está Clive de acuerdo con esto?" Crook, que escribía los artículos más batalladores en pro de la liberalización comercial, sentía que 1999 era el momento de "salir a luchar" en la cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Seattle: manteniendo en alto la bandera de esa organización, *The Economist* exhortó a los gobiernos nacionales allí reunidos a redactar un mejor discurso de venta a los ciudadanos cuyo "apoyo al libre comercio es, en el mejor de los casos, débil". Después de todo, la reforma comercial "no era irreversible", y la última ronda en Uruguay en 1994 necesitaba una actualización urgente para incluir la agricultura, los servicios, las finanzas, las telecomunicaciones, la informática y el transporte; mientras tanto, los manifestantes "antiglobo" —más de 100 000 de los cuales tomaron las calles, desde ambientalistas hasta sindicatos de trabajadores— deberían estar avergonzados.[48]

Una portada mostraba a una niña india sin nombre sujetando una manta y con una mirada acusatoria en los brillantes ojos muy abiertos bajo el título: "The Real Losers from Seattle" ("Los verdaderos perdedores de Seattle"). Cinco mil millones de pobres del mundo en desarrollo sufrirían si los ecologistas, los sindicatos y los anarquistas se salieran con la suya. La India, "hogar de la niña de nuestra portada", mostraba que el crecimiento y el bienestar habían mejorado a la par después de que el país rechazara "decenas de años de protestas socialistas contra la globalización". Exigir que los acuerdos comerciales incluyesen normas laborales o salvaguardas del bienestar infantil o protecciones ambientales era totalmente erróneo, porque eso "no le daría a esa niña india una vida mejor", y "atar el comercio a unas reglas que le prohíben trabajar tampoco la ayudaría: en ese camino la aguarda una mayor pobreza, no una mejor educación".[49] En una señal de lo preocupados que estaban Crook y otros editores por la expansión del sentimiento en contra de la globalización en esos años (un hecho oscurecido por lo que vino después), el 11 de septiembre de 2001 —el día en que dos aviones se estrellaron contra el World Trade Center en Manhattan— *The Economist* en los quioscos no tenía nada que ver con los terroristas de Oriente Medio; en rojo, blanco y negro, la portada decía: "Pro Logo", y fustigaba a la activista canadiense Naomi Klein por su "superlativamente desorientadora" obra *No Logo* (1999), la "biblia del movimiento antiglobalización" convertida en *best-seller*.[50]

[48] El semanario se burló de los manifestantes por tomar posición en una ciudad globalizada con tanto éxito, "hogar de Microsoft y Boeing, lugar de nacimiento de las manías globales 'Frasier' y el café de lujo"; "Storm over Globalisation", *The* Economist, 27 de noviembre de 1999.

[49] Si no se especifica, la reglamentación ambiental podría ser necesaria cuando se tratase de un "bien mayor", pero sería "difícil determinar cuándo"; "The Real Losers", *The Economist,* 11 de diciembre de 1999. Las portadas con la imagen de un niño pobre de piel oscura y los ojos salientes se convirtieron en un tropo visual en los números pro globalización del semanario; véase "The Case for Globalisation", *The Economist,* 23 de septiembre de 2000.

[50] Naomi Klein, *No Logo: la tyrannie des marques*, Leméac/Actes Sud, Montreal/Arles, 2001. "Pro Logo: The Case for Brands", *The Economist,* 8 de septiembre de 2001, y carta de Naomi

Por su parte, Emmott escudriñó perspectivas ilimitadas para la innovación financiera hasta el final. En 2006, en su último artículo firmado, elogió a los bancos estadunidenses por dar acceso a los sectores atendidos de manera exclusiva por los prestamistas y las casas de empeño. Citibank firmó un acuerdo con 7-Eleven para instalar cajeros automáticos en 5 500 tiendas, mientras que las compañías de tarjetas de crédito "apuntaban a quienes no tenían acceso a los bancos y a quienes tenían poco acceso a ellos": las minorías pobres y los inmigrantes, que se beneficiarían del acceso a un crédito más barato. (Los bancos anticipaban obtener 9 000 millones de dólares de ganancias de ellos, y eso fue "antes de cualesquiera ventas cruzadas de otros productos".) La crisis de las hipotecas de alto riesgo golpeó al año siguiente, y, entre los bancos comunitarios que Emmott citó como modelos, sólo uno logró llegar, maltrecho, a 2012;[51] no obstante, la crisis apenas moderó el paso a zancadas del editorialista. En 2008, su artículo "Crisis, What Crisis? Enough Kerfuffle, It's Just a Slowdown" —en el que instaba a poner fin a tanto alboroto en virtud de que sólo se trataba de una recesión— apareció en *The Guardian*. Pasaron cinco meses antes de que se retractara y, como sugiere el título, éste no fue un *mea culpa* normal: "I Wasn't Right. But That's OK". Según explicó, en su intento de "argumentar que corríamos el riesgo de llevarnos a la recesión a base de meras *habladurías*", su sentido del deber cívico lo había llevado a hacer "predicciones económicas excesivamente optimistas".[52]

Klein al semanario, aparecida el 15 de septiembre de 2001. En el artículo "Pro Logo…" se argumentaba que las marcas eran una bendición, puesto que garantizaban calidad, conveniencia, opciones y protección y responsabilidad ante el consumidor, y le gustaban a la gente. La semana siguiente apareció una carta de Naomi Klein, pero quedó enterrada en el número del 15 de septiembre de 2001, y a la siguiente vez que se mereció una flagelación verbal, la habían degradado a una pequeña columna en la sección comercial, donde el grado de amenaza que ahora representaba estaba indicado por las alusiones en el título al valor aparente de las cosas y a la falta de madurez: "Face Value: Why Naomi Klein Needs to Grow Up", *The Economist*, 9 de noviembre de 2002.

[51] "Americans without Bank Accounts: Into the Fold", *The Economist,* 6 de mayo de 2006. En ese año, Emmott escribió que el Banco de Nuestra Comunidad "parecía estar haciendo bien las cosas"; como resultado de la crisis, quebró. Para 2012 únicamente había sobrevivido un banco, el Mitchell Bank, de Wisconsin, y éste tenía una calificación de solidez de D y un índice de activos en problemas de 72, cuando el promedio nacional era de 12; véase la investigación de Weiss, "The X List: Strongest and Weakest Banks and Thrifts in the US", *The Economist,* marzo de 2012; véase también Investigative Reporting Workshop (Taller de Informes de Investigación), "How Healthy Is This Bank?", banktracker.investigativereportingworkshop.org.

[52] Bill Emmott, "Crisis, What Crisis? Enough Kerfuffle, It's Just a Slowdown", *The Guardian,* 12 de agosto de 2008. Las predicciones fallidas de Emmott de ese año también se debieron en parte, dijo, a haber "pasado demasiado tiempo pensando en Japón"; Bill Emmott, "I Wasn't Right. But That's OK", *The Guardian,* 3 de enero de 2009.

El nuevo orden mundial de los Estados Unidos

Emmott había predicho una "edad de oro" de paz y prosperidad cuando asumió el control de *The Economist* poco después del derrumbe de la Unión Soviética: "El gasto de los Estados Unidos en defensa caerá al 3% del PIB", liberando 125 000 millones de dólares al año para gastar en salud, educación y pago de la deuda. "Las tropas estadunidenses serán retiradas de prácticamente todas las bases en el extranjero" y la inversión extranjera hará el resto, en un "mundo de 3 000 millones de nuevos capitalistas, trabajadores, gerentes, inventores, inversionistas y comerciantes".[53] Un año después, todavía consideraba que la *Pax Americana* gozaba de un consenso excepcional; prueba de su éxito, argumentó en 1994 ante la Comisión Trilateral —un "foro de discusión" para las élites empresariales y políticas de los Estados Unidos, Europa y Japón, establecido en 1973—, era la expansión de la "globalización por elección" basada en "decisiones voluntarias de los gobiernos".[54] La mantequilla, no las armas, estaba a la orden del día.

El resultado fue que, durante la dirección editorial de Emmott, el semanario fue testigo de las continuas intervenciones estadunidenses en el extranjero, lo que contradecía por completo sus pronósticos y lo llevó a una disputa con Johnny Grimond, su editor de la sección sobre el extranjero. Hasta 1989, Grimond había editado la Investigación Estadunidense (American Survey) como quizás el oponente más fuerte y con menos pelos en la lengua de Beedham entre el personal cuando este último se retiró. Grimond era también uno de los pocos periodistas vinculados al partido político cuya historia estaba entrelazada con la del *The Economist:* su padre, Jo Grimond, dirigió a los liberales desde 1956 hasta 1967; su abuela, *lady* Violet Bonham Carter, fue presidenta del Partido Liberal, y Asquith fue su bisabuelo. Grimond, con licenciatura de Eton y Oxford y que se postuló al Parlamento en 1970, era un cuidadoso guardián del estilo de la casa y parecía estar en sintonía con Emmott: en 1993 ambos dieron su aprobación a la misión de los Estados Unidos en Somalia y, después de algunas dudas, en Ruanda, en 1994.[55]

Con todo, las acciones militares más importantes por mucho del periodo se produjeron principalmente en contra de la antigua federación comu-

[53] Emmott, *Japan's Global Reach…*, *op. cit*., pp. 208-209 y 199.

[54] Emmott argumentó que el mayor desafío para Occidente era "combatir la reacción nacional contra la globalización". No todos en la comisión estuvieron de acuerdo; Paul Wolfowitz predijo que, sin una potencia severa, "el próximo siglo podría eclipsar al siglo XX como el más sangriento de la historia de la humanidad" y "la preponderancia es un activo desperdiciado […] si no hacemos un buen uso de los próximos 10 años, los acontecimientos podrían comenzar a escaparse de nuestro control"; Bill Emmott *et al., Managing the International System over the Next Ten Years,* Trilateral Commission, Nueva York, 1997, pp. 13, 17-18, 44 y 51. David Rockefeller y Zbigniew Brzezinski fundaron la Comisión Trilateral.

[55] "Who Will Save Rwanda?", *The Economist,* 25 de junio de 1994.

nista de Yugoslavia, a medida que ésta se fracturaba entre las diferentes etnias, y, al menos al principio, *The Economist* no solamente dudó de la necesidad de los bombardeos aéreos que la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) llevó a cabo en 1993 y 1999 contra ese país, sino que los criticó, lo cual era una postura casi sin precedentes y que, hasta ahora, no ha vuelto a repetirse. En ambos casos, Grimond escribió los principales editoriales. Lo ocurrido en Bosnia no había sido un genocidio, afirmaba, sino una guerra civil entre musulmanes, serbios y croatas, a quienes los extranjeros "solamente podrían imponer la paz, si acaso, con unos recursos de soldados y una fuerza de voluntad que no poseen". Era mejor enviar alimentos y medicinas, pero el personal para el mantenimiento de la paz sólo debía enviarse "adonde haya una paz que se deba mantener", agregaba. "Los serbios, por brutales que sean, no están exterminando a los musulmanes como los nazis exterminaron a los judíos."[56] Seis años más tarde, Grimond puso en duda la legalidad y el sentido estratégico del bombardeo más intensivo de Serbia, cuya lógica era poner un alto al genocidio de los albaneses en Kósovo: "El primer ataque inequívoco de la OTAN contra un Estado soberano podría sentar un precedente incómodo".[57] ¿Tenía China el derecho de atacar a la India para proteger a los musulmanes en Jammu o Cachemira? ¿Qué hay con Rusia, cuya intervención en Chechenia fue tan horrible? "Hasta ahora, la guerra de Occidente contra Serbia ha sido un desastre; la catástrofe humanitaria que en teoría debía evitar simplemente se ha intensificado", mientras que, "deslumbrados por la tecnología y obsesionados con evitar sus propias bajas, los aliados parecen incapaces de dañar y, mucho menos, destruir al ejército de Serbia. Entretanto, la lista de accidentes —inocentes bombardeados, aviones perdidos— aumenta cada vez más".[58] Con el tiempo, esa postura se suavizó; en abril, *The Economist* razonó así: "En principio, Occidente no se equivocó al intervenir, cualquiera que fuere la posición legal", aunque siguió insistiendo en que el bombardeo estaba haciendo más daño que bien.[59]

Durante el conflicto, Emmott había deferido el asunto a su editor más experimentado de la sección sobre el extranjero, pero, poco después, empezó a dudar, cuando el resplandor de la victoria puso el enfrentamiento bajo una nueva luz… y los altos funcionarios británicos y estadunidenses enviaron montones de cartas de tono irritado al semanario, atónitos por las críti-

[56] "First, Catch Your Gunman" y "To Bosnia's Rescue?", *The Economist,* 19 de junio y 24 de abril de 1993, respectivamente.

[57] "Stumbling into War", *The Economist,* 27 de marzo de 1999.

[58] "Victim of Serbia – or NATO?", "Defining NATO's Aims" y "Making the Best of a Bungled War", *The Economist,* 3 y 24 de abril y 8 de mayo de 1999, en ese orden.

[59] "No importan los errores genuinos […] es casi seguro que cualquier relato desapasionado del conflicto encontrará a los aliados culpables de algunos crímenes terribles"; "Messy War, Messy Peace", *The Economist,* 12 de junio de 1999.

cas tan poco características de la revista. Para julio, Emmott ya había reconsiderado su política exterior: "El mundo posterior al comunismo y posterior a Kósovo que está adquiriendo forma no será una especie de lugar del fin de la historia en el que todos los buenos demócratas puedan relajarse y descansar con los pies arriba: será un mundo de intereses enfrentados y atrocidades indignantes en el que los demócratas tendrán que involucrarse".[60] Entonces, Emmott degradó a Grimond al asignarlo a la sección sobre la Gran Bretaña y le dio su puesto al columnista de Bagehot. Para un mundo que debía ser seguro para la democracia, Peter David encajaba mejor: sionista apasionado cuyos padres, judíos lituanos, se habían mudado en 1960 de Sudáfrica a Inglaterra como críticos del *apartheid,* en 1984 Beedham lo había contratado para que cubriera el Oriente Medio. David estaba tan convencido de la función que los Estados Unidos desempeñaban en la región que, en 1991, dedicó un libro ilustrado de gran formato a las glorias de la primera Guerra del Golfo, *Triumph in the Desert,* con prólogo del general Colin Powell y fotos de marines sonrientes abrazando a los agradecidos kuwaitíes.[61] Peter David fue quien impuso el tono de la cobertura del extranjero a partir del 11 de septiembre de 2001.

Durante las tres semanas siguientes, reaccionando a los ataques terroristas de ese día con un intenso sentimiento patriótico, las portadas de *The Economist* mostraron aviones de reacción, helicópteros, tanques y otros equipos militares entre el humo, la arena y las ondeantes banderas a medida que los títulos se volvían más grandes y guturales: a partir del 15 de septiembre, con "The Day the World Changed", "The Battle Ahead" y "Closing In" ("El día que el mundo cambió", "La batalla que viene" y "Acercándose"). Los artículos hablaban de "inocencia perdida", "mal implacable", un ataque más infame que el de Pearl Harbor y preguntaban: "¿Volverá algo a ser igual?" El 22 de septiembre hizo un llamamiento a la guerra, sin siquiera saber todavía dónde ni a quién se atacaría: "Será larga. Causará angustias y discusiones. Implicará más bajas. Es tan difícil definir el objetivo exacto como saber si ese objetivo se ha logrado o cuándo se logrará". La alianza occidental encabezada por los Estados Unidos demostraría su valía más allá de toda duda, enviando tropas terrestres a dondequiera que ese terreno resultase estar: "Los aliados de los Estados Unidos en la OTAN han proclamado su voluntad de resistir y ser tomados en cuenta, invocando por primera vez el artículo 5 sobre

[60] Kósovo fortaleció la alianza occidental encabezada por los Estados Unidos en un momento de deriva, debido al colapso del enemigo soviético, al mismo tiempo que revelaba a los reemplazantes: dictadores como Slobodan Milosevic, Saddam Hussein y los que les proporcionaban armas. "Other People's Wars", *The Economist,* 31 de julio de 1999. Para la expresión de pesar de Emmott por haber sido demasiado lento para pedir una intervención en las guerras de los Balcanes —"la abandonamos demasiado tiempo. En retrospectiva, creo que hicimos mal"—, véase el almuerzo que tuvo con *The Financial Times* el 10 de marzo de 2006.

[61] Peter David, *Triumph in the Desert: The Challenge, the Fighting, the Legacy,* Random House, Nueva York, 1991.

la defensa mutua de la organización […] los Estados Unidos deben exigir y recibir el apoyo concreto que [ese artículo] implica".[62]

Cuando Afganistán surgió como el objetivo, el semanario se publicó con unos afganos de rojizas mejillas que miraban desde los titulares, como si *The Economist* fuese una organización de beneficencia que solicitaba de manera solemne a los donantes que salvaran a los niños haciéndolos volar por los aires. Presionó al presidente George W. Bush para que no se detuviera con Al Qaeda, sino que también acabara con los talibanes, un caso de cambio de régimen en el que "no es necesario incurrir en obligaciones permanentes".[63] Diecisiete años después, los Estados Unidos todavía estaban en guerra en Afganistán, sin un final a la vista para su misión, incapaces de asegurar la capital acuartelada de Kabul y perdiendo terreno frente a los pashtunes rebeldes fuera de ella; sin embargo, antes de que se pusiera en marcha la Operación Libertad Duradera, la Casa Blanca de Bush había comenzado a planificar la segunda Guerra del Golfo.

The Economist respaldó cada etapa de la preparación: en 2002 aplaudió el discurso del "eje del mal" de Bush como "notable" y "valiente" y porque despertó temores de que Saddam Hussein tuviera armas de destrucción masiva ("agresivo, cruel e imprudente […] saque al señor Hussein antes de que desarrolle su bomba"); más tarde, racionalizando el hecho de que no se hubiera descubierto ninguna arma nuclear ("tanto en ese momento como en retrospectiva, la decisión de ir a la guerra en lugar de esperar estaba justificada").[64] En la sala de redacción, Crook respaldó a David en las reuniones y en el proceso editorial, insertando tanto material inflamable en los artículos como le era posible. Alguien más recordó que David se refirió al "material clasificado de la CIA" que había visto y que fue proporcionado por Rusia, en el que se afirmaba que, supuestamente, los iraquíes habían visitado Moscú para comprar tecnología nuclear y lanzacohetes: "Era un material muy convincente". Fuera de St. James, esos mismos editores interpretaron de alguna manera que los millones de personas que se manifestaban en contra de la guerra en Nueva York, Londres y otros lugares estaban, "en todo caso, incluso más interesados en 'el cambio de régimen' que los gobiernos británico o estadunidense".[65]

Emmott negó que no hubiese habido debate. Organizó discusiones especiales entre los editores para "sacar a la luz" los desacuerdos y estimó que el recuento general en favor y en contra era de "60-40", con los editores princi-

[62] "The Day the World Changed", "The Battle Ahead" y "So Far, So Good", *The Economist*, 15, 22 y 29 de septiembre de 2001, respectivamente.

[63] "Propaganda War", "A Heart-Rending but Necessary War" y "Peter David", *The Economist,* 6 de octubre y 3 de noviembre de 2001 y 19 de mayo de 2012, en ese orden.

[64] "Bush and the Axis of Evil", "Case for War" y "Case for War – Revisited", *The Economist*, 2 de febrero y 3 de agosto de 2002 y 19 de julio de 2003, respectivamente.

[65] "Why War Would Be Justified", *The Economist,* 22 de febrero de 2003.

pales, Crook, David, Smiley, Micklethwait y Edwina Moreton, editora diplomática y subdirectora extranjera, en favor de la guerra; mientras que Barbara Smith, Grimond y Max Rodenbeck, jefe de la oficina de Oriente Medio, se pronunciaron en contra. Con todo, Emmott reconoció que esos debates fueron organizados con la expectativa de que la respuesta "ya era conocida" y de que "yo, Peter y Clive respaldaríamos una invasión".[66]

En realidad, Emmott ya había pasado por alto a sus subordinados, escribiendo un editorial como justificación general para todas las acciones imperiales que los Estados Unidos pudiesen emprender en ese momento y en el futuro, tal vez como una compensación psicológica excesiva por su negligencia durante las guerras de los Balcanes. El título, "Present at the Creation", una repetición del relato triunfalista de Dean Acheson sobre su intervención en la construcción del orden mundial estadunidense con el lanzamiento de la Guerra Fría, fue la investigación de 28 páginas que Emmott hizo en junio de 2002, en la que abogó por un ataque preventivo contra Iraq y en la que reconsideraba los 10 años pasados desde el final de la Guerra Fría como una década de "vacilación", de "interés en la disminución de los asuntos exteriores", en la que unos estadunidenses actuaron mediante "la improvisación, sin un sentido claro del propósito o una estrategia coherente, y con una capacidad de atención bastante reducida". Después intervino el 11 de septiembre, lo que obligó a los Estados Unidos a reconocer que debían emprender tareas tan hercúleas como cualquiera de las de 1945: después de "unas felices victorias en Afganistán", había "Estados canallas dedicados a desarrollar armas de destrucción masiva", "una militancia violenta en el Asia Central", la necesidad de "construir a la nación en Iraq", de ejercer "presiones sobre Irán y Pakistán", de "alentar a China a cumplir con los acuerdos", de mantener "un ojo en Indonesia", de "adiestrar ejércitos y fuerzas policiales […] en los más de 60 países donde se dice que Al Qaeda tiene células".[67] En lugar de hacer regresar a sus 250 000 soldados y cerrar sus 725 bases en el extranjero, la Unión Americana necesitaba más de ambos. Dado que "el interés nacional

[66] Rodenbeck, jefe de la oficina del Oriente Medio de 2000 a 2015, es autor de una historia de El Cairo, donde su padre fue profesor de literatura comparada; Max Rodenbeck, *Cairo: The City Victorious,* Picador, Londres, 1998 [edición en español: *El Cairo: la ciudad victoriosa,* trad. de Isabel Morán García, Almed, Granada, 2004]. En cuanto colaborador regular de la revista *The New York Review of Books* enfocado en Líbano, Irán y Siria, así como en el Islam y en la Primavera árabe, Rodenbeck se ha servido de sus columnas para poner en tela de juicio la política estadunidense, aunque nunca las buenas intenciones que la animan; véase "Irak: The Occupation", *The New York Review of Books,* vol. 50, núm. 13, 14 de agosto de 2003, p. 13: "El desorden es, más bien, el resultado de conceptos erróneos previos a la guerra, de errores de cálculo durante la guerra y de un mal gobierno después de la guerra". A diferencia de algunos de sus colegas, no solamente ha tomado lecciones de los neoconservadores, sino que también les ha dado algunas. Acerca de su desacuerdo con Bernard Lewis, "The Muslim Past", *The New York Times,* 25 de junio de 2010. Bill Emmott, en entrevista con el autor.

[67] Bill Emmott, "Present at the Creation", *The Economist,* 29 de junio de 2002.

especial de los Estados Unidos" "coincidía lo más cerca posible con el interés mundial", proporcionando "más comercio, más inversión, más seguridad y más democracia", su presencia continua en el extranjero sería bienvenida. Emmott creía que el amplio arco de la globalización todavía se inclinaba hacia la paz, a pesar de que parecía que podría estar desviándose. El libre comercio "respondía a las críticas sobre la construcción de países: es una manera de ayudarlos a ayudarse a sí mismos", mientras que los organismos multilaterales, como la Corte Internacional de Justicia, "pueden complementar de manera útil esas acciones policiales, así como reducir sus costos".[68]

Emmott dio las gracias a Paul Kennedy, John Lewis Gaddis y Graham Allison, los principales historiadores de la gran estrategia y las relaciones internacionales, por sus comentarios sobre su manifiesto, y enumeró una bibliografía de mandarines especialistas en política exterior vinculados con la Casa Blanca y el Departamento de Estado: Dean Acheson, Henry Kissinger, Walter Russell Meade, Donald Kagan, Richard Haass, Joseph Nye, Adam Joffe, John Bolton y Samantha Power. Con todo, Emmott superó a sus sabios: mostrándose tanto más optimista como más ambicioso sobre el potencial de los Estados Unidos para rehacer el mundo a su imagen, predijo que la invasión de Iraq produciría la paz entre Israel y Palestina, llevaría a los moderados al poder en Irán y daría "un nuevo comienzo a los Estados Unidos con el resto del mundo árabe". Una "relación radicalmente más cálida con Rusia" ya era evidente, y, a cambio de "más inversiones de Occidente en petróleo y gas", Rusia perseguiría a los yijadistas, compartiría información secreta, firmaría tratados de armas, respaldaría el despliegue de un escudo de defensa antimisiles y "haría permanente el acceso de los Estados Unidos a Asia Central [mediante las bases de Uzbekistán y Kirguistán]". Moscú también estaba preparada para ayudar en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), donde los Estados Unidos necesitaban su cooperación en la autorización de las votaciones, así como en la de los inspectores de armas. En una conclusión apropiadamente cínica de esa efusión de buena voluntad, admitió que todo eso era para impresionar, para acelerar el calendario de la guerra: "Habrá un proceso multilateral; éste fracasará. Después, los Estados Unidos invadirán".[69] Durante 32 semanas luego de la publicación de ese editorial, el semanario repitió diligentemente la exigencia de que se diera una oportunidad a los inspectores de la ONU.

Si la victoria en Iraq fue aún más espectacular que en Afganistán —el régimen baazista fue aplastado en tres semanas de conmoción y asombro—, también lo fueron la insurgencia y la guerra civil que siguieron. El fracaso de ambas invasiones en producir democracias seguras y estables nunca hizo que Emmott pusiera en tela de juicio la moralidad fundamental del poder

[68] *Idem.*
[69] *Idem.*

estadunidense: "su propósito último de abnegación", su "mezcla de oportunidad, conocimiento y libertad".[70] Afganistán e Iraq eran historias de éxito; los Estados Unidos "no eran una verdadera potencia hegemónica" ni "un verdadero policía […] Son como un hermano mayor gigante, una fuente de seguridad, confianza y estabilidad para los miembros más débiles de la familia, y de nerviosismo e incertidumbre para cualquier bravucón en ciernes".[71] Únicamente después de haber dimitido Emmott criticó a ese hermano, que había resultado ser bastante preocupante; en 2008 escribió: "Pocos de sus contemporáneos piensan en George Walker Bush como un presidente estadunidense visionario, a menos que estén empleando el término para implicar un dejo de locura", en referencia al hombre cuyo perfil puso una vez en actitud heroica en la portada de *The Economist;* incluso entonces Emmott sentía nostalgia por "la más grandiosa de las grandes estrategias de política exterior de Bush, que buscaba nada menos que la transformación del Oriente Medio y el Asia Central" con "la democracia o, al menos, la rendición de cuentas en reemplazo de la dictadura, pero se derrumbó en ruinas".[72] Con todo, a pesar de su angustia y de buscar nuevos defensores de la globalización en la India o en China, Emmott no veía alternativa; respecto a Asia en ese entonces razonó: "Los Estados Unidos son el único país del que se temerá una intervención o represalias. Aun después del desastre iraquí, los Estados Unidos deberán ser considerados como una fuerza estabilizadora".[73]

Mutis por la derecha

Las repercusiones de la invasión de Iraq dieron pábulo a más disputas en *The Economist,* aunque la política exterior de los Estados Unidos constituyó un espectáculo paralelo al acto principal: las maniobras para reemplazar a Emmott. Incluso ya al comienzo de su mandato se habían suscitado disputas. En 1994, después de convencer a Crook y a Emmott de que enviaran un correo electrónico de la oficina para anunciar un "triunvirato", Jim Rohwer, el editor de la sección sobre Asia (y ardiente admirador de Lee Kuan Yew, de Singapur), renunció de manera apresurada cuando Crook reconsideró su decisión. En 1997 se presentaron las consecuencias por la determinación secreta de Emmott de respaldar a los conservadores en lo concerniente al Nuevo Partido Laborista. En 1999 Sebastian Mallaby, el jefe de la oficina de

[70] *Idem.*

[71] Emmott, *20:21 Vision…*, *op. cit*., p. 16.

[72] "Tal es el legado de su desventura en Iraq, de la continua inestabilidad de Afganistán y de la pérdida mundial de reputación de los Estados Unidos durante su gobierno que muchos calificarían a Bush como el peor presidente estadunidense desde Richard Nixon o Herbert Hoover [… aunque] no fue por falta de ambición." Emmott, *Rivals …*, *op. cit*., p. 1.

[73] *Ibid.*, p. 255.

Washington, renunció después de que Emmott silenciara su investigación sobre la política estadunidense, en la que argumentaba que, en realidad, el sistema de separación de poderes o de pesos y contrapesos de la Constitución de los Estados Unidos obstaculizaba un gobierno eficaz. Tras presionar a Emmott para que castigara esa herejía "iliberal" y desterrara a Mallaby a Berlín, y una vez que éste se fue, Crook surgió como un rival por la dirección editorial;[74] con todo, pronto quedó claro que Emmott estaba decidido a quedarse más allá de los 10 años habituales. En 2005 le llegó a Crook el turno de partir, frustrado, a *The Atlantic Monthly,* y, para entonces, la Junta Directiva ya estaba presionando a Emmott, preocupada porque los mejores talentos estaban huyendo del semanario debido a la determinación de este último de quedarse. Cuando Emmott reemplazó a Crook con Emma Duncan como editora adjunta, considerando poco probable que lo desafiara, John Micklethwait lo hizo en su lugar, porque presentó a la Junta una oferta de trabajo de *The Spectator,* el semanario británico de derecha, que obligó a Emmott a partir repentinamente en marzo de 2006.

Los duques del riesgo moral *[The Dukes of Moral Hazard]:*[75] Micklethwait y Wooldridge

El nombramiento de John Micklethwait como decimosexto editor se anunció con fanfarrias en 2006; "Con su traje a la medida y los zapatos pulidos", a *The Guardian* le pareció "sereno, inconfundiblemente de categoría […] la esencia de un caballero inglés editor bien educado, encantador, con un toque autocrítico, pero que va al grano". *The Independent* se mostró a la altura con el nuevo director de 43 años de edad de "una de las marcas mediáticas más importantes de la Gran Bretaña", "pariente consanguíneo del duque de Norfolk, alto, de espalda recta, con una espesa mata de pelo, de acento inglés marcadamente pronunciado y un escritorio que ve hacia los parques reales, al otro lado de la calle".[76] Micklethwait era tranquilo, cortés y experimentado; después de haber pasado los últimos 10 años del siglo xx en Nueva York

[74] Ésa, según un editor de alto rango, fue la razón que Emmott le dio a Mallaby para haber rechazado la investigación, parte de la cual se publicó más tarde en *The New Republic*. Mallaby, cuyo padre fue embajador británico en Berlín y París, y que está casado con la actual editora Zanny Minton Beddoes, no era en absoluto un hereje de la economía y el imperio; véase su reflexión posterior al 11 de septiembre: Sebastian Mallaby, "The Reluctant Imperialist: Terrorism, Failed States and the Case for American Empire", *Foreign Affairs,* vol. 81, núm. 2, marzo de 2002, pp. 2-7.

[75] Alusión a la película *The Dukes of Hazzard*, titulada en Hispanoamérica *Los duques de Hazzard* y conocida en España como *Dos chalados y muchas curvas*. En inglés, *hazard* significa "peligro" o "riesgo". [N. del T.]

[76] Maggie Brown, "Business as Usual", *The Guardian,* 27 de marzo de 2006; Ian Burrell, "John Micklethwait: Great Minds Like a Think", *The Independent,* 8 de enero de 2007.

y Los Ángeles —los dos mercados urbanos de más rápido crecimiento en el mercado nacional de más rápido crecimiento para *The Economist*—, le dijo a la junta que podría duplicar de nuevo la circulación a dos millones en menos de 10 años.[77] Siendo la primera persona que pasó directamente de editar la sección sobre los Estados Unidos a editar el semanario, su experiencia le dio una ventaja sobre los otros finalistas, Ed Carr, el editor de negocios, y Emma Duncan, la editora adjunta.

Micklethwait, un católico practicante, asistió a Ampleforth, la misma escuela que Knight, un mentor que lo llevaba a los cónclaves de Bilderberg, donde se convirtió en un tomador de notas bien relacionado. Como Emmott, asistió a Magdalen, aunque estudió historia, no filosofía, política y economía. La personalidad de Micklethwait era una combinación de los dos hombres: en las reuniones, "vago, inseguro y fácil de subestimar", pero con una reputación de clase y ambiciones mundanas labrada virtualmente de la misma manera que Knight. Después de la universidad consiguió un puesto en el banco Chase Manhattan de Nueva York. Más tarde, bromeando acerca de que su primera inversión fue en el Eurotúnel —que perdió 925 millones de libras esterlinas en su primer año y después quebró—,[78] confesaría: "No fui un banquero enormemente exitoso". Su siguiente empleo fue en *The Economist* como editor de finanzas y negocios en Londres, antes de que lo destinaran a Los Ángeles.

Durante y después de su estadía en los Estados Unidos, una gran parte del impulso intelectual provino de Adrian Wooldridge, su colega y socio de escritura, descrito como "un personaje parecido a Norman Macrae: agudo, aunque bastante estrambótico […] Cuando llegué y lo vi por primera vez, me aterrorizó, porque parecía tan elegante: siempre vestía con camisas muy a rayas de Jermyn Street y asentía enfático en las reuniones". Wooldridge llegó al semanario en 1988, después de asistir al Balliol College y al All Souls College, de Oxford University, y de ganar una beca de la Fundación Harkness para obtener la licenciatura en historia moderna en la University of California, campus Berkeley; como jefe de la oficina de Washington de 2000 a 2010, en una serie de columnas desarrolló un estilo de escritura claramente irónico y asertivo, como Lexington, Schumpeter y, en esa época, Bagehot.

[77] "El nombramiento de Micklethwait es una indicación de dónde espera *The Economist* hallar su crecimiento futuro." Katharine Q. Seelye, "*The Economist* Names New Editor in Chief", *The New York Times,* 23 de marzo de 2006.

[78] Burrell, "John Micklethwait", *The Independent, op. cit*., y John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *A Future Perfect: The Challenge and Hidden Promise of Globalization,* Heinemann, Londres, 2000, p. 314 [edición en español: *Un futuro perfecto: el desafío y la promesa secreta de la globalización*, trad. de Luisa Borovsky, Turner/Océano, Madrid/México, 2003]. [La Reunión de Bilderberg es una conferencia anual establecida en 1954 para fomentar el diálogo entre Europa y América del Norte. El propósito original del grupo consistía en prevenir otra guerra mundial y ahora consiste en reafirmar el consenso en torno al capitalismo occidental de libre mercado y sus intereses en todo el mundo. (N. del T.)]

El liberalismo de las millas de viajero frecuente: redimiendo a la globalización

Micklethwait y Wooldridge pasaron más de 10 años en los Estados Unidos trabajando y criando a su familia, sintiéndose tan a gusto en Nueva York, Los Ángeles y todos los lugares intermedios —desde la auténtica Texas hasta los suburbios de Illinois— que comenzaron a escribir con un curioso estilo gangoso de Oxbridge-en-el-Misisipi: los conservadores no sólo estaban locos o se mostraban orgullosos, sino que eran unos "yankis de club campestre", "vulgarmente locos" y "condenadamente orgullosos", "del tipo de los que se burlan de los estadunidenses bebedores de cerveza".[79] Emmott había aumentado las expectativas para los futuros editores, dado que escribió tres libros antes de su mandato y uno durante éste (sin mencionar varios que fueron traducidos al japonés); juntos, Micklethwait y Wooldridge escribieron aún más libros, cinco de los cuales versaban acerca de los descubrimientos hechos en los Estados Unidos: *The Witch Doctors: Making Sense of the Management Gurus* —exámenes de sus consejeros de negocios considerados como gurús de la gerencia o médicos brujos—, de 1996; *A Future Perfect: The Challenge and Promise of Globalization* —la idea de un futuro perfecto en relación con la necesidad de liderazgo para la globalización vista como desafío y promesa—, de 2000; *The Company: A Short History of a Revolutionary Idea* —la historia de la empresa concebida como una idea revolucionaria marcada por innovaciones pujantes—, de 2003; *The Right Nation: Why America Is Different* —un estudio de política sobre la razón por la que los Estados Unidos son juzgados como la nación que por su naturaleza diferente resulta la adecuada, por el que gracias a haber predicho con precisión la victoria de Bush se aseguró Micklethwait la dirección editorial del semanario—, de 2004, y *God Is Back: How the Global Rise of Faith is Changing the World* —un análisis de la peculiar religiosidad de ese pueblo y de la forma en que, con el retorno del interés en Dios, el incremento de la fe a escala global ha conllevado un cambio en el mundo—, de 2009.

Ese conjunto de obras, superpuestas estrechamente con sus artículos para *The Economist,* mostraron unos grados de fascinación ofuscada por el capitalismo al estilo estadunidense que superó al de Emmott:[80] en ninguna parte el tono histérico fue más evidente que en *A Future Perfect,* escrito después de la crisis financiera de Asia del Este y las protestas contra la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 1998 y 1999, "para hacer la defensa

[79] "Special Report: American Politics", *The Economist,* 3 de enero de 2004; John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *The Right Nation: Why America Is Different,* Allen Lane, Londres, 2004.

[80] El entusiasmo perduró: en 2018 Wooldridge publicó *Capitalism in America,* aunque lo hizo con un nuevo compañero en el proceso de escritura, el antiguo presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan.

intelectual de la globalización". Esa defensa se basó en gran medida en un grupo al que llamaron los "cosmócratas" —un neologismo desconcertante que evocaba a un programa espacial de la era soviética, en lugar de la raza mundial de *yuppies* que tenían en mente (*yuppie*: de *young urban professional*: "joven profesional urbano")—, que ordenaban *loups de mer* (lobos marinos) para cenar, mientras "eliminaban las barreras para siempre, superaban los límites y removían las rigideces"; los *cosmócratas,* "una clase cada vez más numerosa de personas que se han beneficiado de la globalización", podrían ser simplemente "la clase dominante más meritocrática que el mundo haya visto jamás".[81]

Si se supiera mirar, los cosmócratas estaban en todas partes. Había algunos relativamente desconocidos, como Patrick Wang, de Hong Kong, descendiente de una familia industrial, con "su traje exquisitamente confeccionado, su espeso cabello negro peinado con extremo cuidado y su impecable habla del inglés de la Harvard Business School", o Jang Ha-sung, economista y accionista activista de Seúl, "de aspecto de niño bien con su blazer azul, corbata de club y camisa abotonada por completo, un ex alumno de finanzas de la escuela Wharton", con los pies en alto estando en casa, mientras "la ópera burbujea en el fondo". Los países occidentales también tuvieron algunos: en Bolton, Inglaterra, Marcus de Ferranti, graduado de Eton, heredero de la electrónica, piloto de combate, que salió de su letargo aristocrático para fundar una central telefónica virtual, y, en Johannesburgo, Lyn Van Haght, una "californiana alta y rubia" que dirigía para la empresa de educación privada Sylvain un centro de pruebas muy fortificado donde "se crea la clase media negra que el continente necesita con desesperación".[82]

Algunos tenían un aspecto extraño: Steven Hirsch, jefe de un estudio de pornografía de Los Ángeles, "bronceado y aeróbico", pero que, curiosamente, "suena como si se hubiese graduado en una escuela de negocios de alta gama", o Jackson Thubela, de Soweto, un "joven de 20 años con dientes de oro y, a menudo, un chándal Adidas", que dirigía una tienda de teléfonos. Otros tenían el aspecto que cabría esperar: Jack Welch, el legendario director ejecutivo de la "ubicua" General Electric, o Bill Gates, que no sólo era un brillante hombre de negocios sino también un atrevido filántropo, "lo suficientemente imaginativo como para resolver problemas que han desconcertado al sector público" con un "cerebro implacablemente curioso y competitivo".[83]

[81] Micklethwait y Wooldridge, *A Future Perfect…*, *op. cit*., pp. XXII-XXIII y 232.

[82] *Ibid.*, pp. 73, 61, 32, 90, 80 y 43.

[83] "Cuando se le pregunta dónde le gustaría estar en cinco años más, Espinosa [un joven ingeniero de la planta de plásticos General Electric en Cartagena, España], apunta con el dedo a la espalda del administrador de la planta y dice: 'En su oficina'. Hace un cuarto de siglo, otro joven ingeniero al que se hizo la misma pregunta durante su evaluación, salió, engreídamente, con la respuesta: 'En la oficina del director ejecutivo de General Electric'; su nombre era Jack Welch." *Ibid*., pp. 139 y 309.

Wooldridge y Micklethwait pasaron al lado de algunas señales menos atractivas de la globalización a lo largo del camino; una cita con un mayorista de juguetes en el centro de Los Ángeles estuvo marcada por una escena impactante a lo largo de Fifth Street, "deprimente y ruinosa, anfitriona de los habitantes de los peldaños más bajos de la clase baja", entre ellos "amputados que, enloquecidos por las drogas, dan conferencias en la acera, mendigos que mendigan entre sí".[84] Otros "perdedores de la globalización" tenían una dignidad picaresca, enlistados y clasificados como "los que podrían haber sido", "dañados por las tormentas" y "fracasados". Dwight Bobo, un trabajador en huelga en una fábrica de troquelado de GM, en Flint, Michigan, fue un "podía haber sido": "Quizá lo más triste de Bobo es el hecho de que es un hombre decente que debe rendirse ante lo inevitable"; y añadieron: "Un poco como los ciervos que caza, simplemente está siendo sacrificado".[85] Pero este juicio apenas musitó: "Debemos tener cuidado de no llevar demasiado lejos la aflicción". Para mostrar que, "en general, la raza humana está avanzando", viajaron a Brasil, donde "el juego de apuestas con dados que molesta a Bobo está ayudando a cambiar la vida de Marcos Andrade" —maquinista en una planta de troquelado que General Electric había construido en São Caetano do Sul, que "silba cuando se entera de cuánto se paga a los trabajadores en Flint"—. Los dos autores se maravillaron con él, mientras que lo que era un paso de lo sublime a la banalidad para Bobo se convertía en un encogimiento de hombros al estilo Schumpeter: "La destrucción creativa continúa".[86]

Incluso Thomas Friedman recibió una reprimenda por su ingenua tesis expuesta en *The Lexus and the Olive Tree: Understanding Globalization* (*El Lexus y el olivo: cómo entender la globalización*), de 1998, en el sentido de que la globalización era tan inevitable como el amanecer. "Dada la carnicería que ha causado", escribieron, antes de añadir: "(o se dice que ha causado)", llevarla adelante requeriría un liderazgo político. Ésa era una misión para los cosmócratas, si acaso decidieran aceptarla; porque la vulgaridad misma de la política "parece desanimarlos". Si alguna vez hay "una gran batalla sobre la globalización, entonces las personas de las que uno podría haber esperado que formaran el corazón de la defensa probablemente estarán en un avión en alguna parte".[87]

Mientras tanto, Micklethwait y Wooldridge defendieron la globalización en su propio nombre. En *Future Perfect…,* el avance de la producción indus-

[84] *Ibid.*, p. 97.
[85] *Ibid.*, p. 251.
[86] *Ibid.*, pp. 258-260.
[87] *Ibid.*, pp. 233 y 245. Vale la pena hacer notar que —para juzgar sólo a partir de los excesivamente efusivos ejemplos proporcionados por Micklethwait y Wooldridge— esa nueva clase en aumento y ascendente parecía consistir principalmente en los llamados hijos de las élites más viejas.

trial "no fue seguramente la causa fundamental" de la contaminación en lugares como China, "y bien puede resultar ser parte de la solución".[88] En *The Company…,* celebraron una idea revolucionaria obsequiada a la posteridad por dos liberales victorianos, quienes establecieron que las empresas tenían los mismos derechos legales que los seres humanos y que los inversionistas tenían una responsabilidad limitada sobre el capital invertido en ellas; todos los esfuerzos hechos desde entonces por poner límites a las empresas habían sido erróneos: la Ley de Derechos Civiles *(Civil Rights Act)* de los Estados Unidos de 1991 dio lugar a "más trámites burocráticos y más demandas", y la legislación Sarbanes-Oxley de 2002, que estableció reglas más estrictas sobre la auditoría, la contabilidad y los informes de las corporaciones, fue una "reacción exagerada" al fraude de Enron, Tyco y WorldCom.[89] Incluso denunciaron los llamamientos a la responsabilidad social empresarial de las corporaciones; porque, "en general, las empresas se han vuelto más éticas: más honestas, más humanas, más socialmente responsables". Desde Quaker, los fabricantes de dulces, hasta Hewlett-Packard, desde la IBM hasta Johnson & Johnson, "saquean al Tercer Mundo menos de lo que solían hacerlo y ofrecen más oportunidades a las mujeres y a las minorías", especialmente en comparación con antes, "cuando las iniciales de la Royal African Company eran marcadas con hierro en el pecho de miles de esclavos".[90]

Las obras *The Right Nation* y *God Is Back* fueron más sustanciales, dado que desenterraron elementos positivos para su liberalismo cosmocrático, aunque de dos fuentes poco probables. El primero surgió de la fascinación por los intelectuales estadunidenses de derecha: William Buckley en *National Review,* Milton Friedman y los chicos de Chicago y, en fin, los neoconservadores, incluidos Irving Kristol, Daniel Bell, Seymour Lipset y Nathan Glazer. Además del admirable "perfil vanguardístico" que le imprimieron a la política exterior de los Estados Unidos, los "neocons" también eran "periodistas sensacionalistas de la derecha" prontos a "desacreditar al gobierno" al poner al descubierto los puntos flacos de la acción afirmativa y de la dependencia respecto de la asistencia social; a decir verdad, estaban bastante cerca de las tradiciones filosóficas de *The Economist:* "A medida que los años pasaron por ellos, los neoconservadores adoptaron el liberalismo a la antigua: el liberalismo de los valores meritocráticos, de la reverencia por la alta cultura y por una vigorosa economía mixta". Independientemente de la etiqueta en-

[88] Micklethwait y Wooldridge, *A Future Perfect…*, *op. cit*., pp. xxv y 113.

[89] "El comercio justo es una estupidez; en realidad, el comercio desleal suele ser un oxímoron." John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *The Company: A Short History of a Revolutionary Idea,* Modern Library, Londres, 2005, pp. 146-147 y 152 [edición en español: *La empresa: historia de una idea revolucionaria*, trad. de Enrique Benito, Mondadori, Barcelona, 2003].

[90] Las empresas "retribuían" contratando personas, pagando salarios y vendiéndoles productos: "En el futuro, los problemas pueden surgir menos de lo que las empresas hacen por la sociedad que de lo que la sociedad hace por las empresas"; *ibid*., pp. 8, 181, 171, 170 y 182.

gañosa, "el conservadurismo de los Estados Unidos es un conservadurismo excepcional: el conservadurismo de una república comercial progresista que ve hacia adelante, antes bien que el toryismo reaccionario de la vieja Europa". Citaban un intercambio en el que Max Beloff, un par británico, le preguntó incrédulo a Irving Kristol por qué se atrevía a llamarse conservador, dado que, sin deferencia por las tradiciones, incluidas aquellas amenazadas por "los abusos del capitalismo, se trata solamente de la vieja escuela de Mánchester [del liberalismo clásico]".[91]

Con todo, seguía existiendo una diferencia entre el "liberalismo anticuado" de Europa y el "conservadurismo excepcional" de los Estados Unidos, aunque, cuando se observaba de más cerca, este último resultó ser una gran mejora. En alianza con la derecha evangélica, los neoconservadores no sólo mostraron un gran sentido táctico: también demostraron que la observancia religiosa iba de la mano con la creación de riqueza, en una especie de ética generalizada del capitalismo. *Future Perfect…* se presentó en Nueva York durante un retiro en Bruderhof, una comunidad que adoptó las cadenas de suministro globales e internet para su negocio de juguetes, una prueba de que, "si el mercado moderno puede llevar a cabo la obra del diablo, también puede llevar a cabo la del Señor".[92] Los Estados Unidos no eran solamente dominantes económica y militarmente ("*superpotencia* es una palabra demasiado débil"), sino que, de manera crucial, también eran el Estado más devoto de Occidente. Esto explicaba las ganancias de productividad de la "nueva economía": "Hoy en día, el triunfo de la secularización en Europa parece ir de la mano con el deterioro de la ética del trabajo, así como la supervivencia de la religión en los Estados Unidos va de la mano con la supervivencia de la ética del trabajo".

Eso iba más allá de la teoría de Max Weber sobre los orígenes del capitalismo en la Europa protestante: insinuaba que la laboriosidad era elástica y subía o bajaba con los cambios del sentimiento religioso que la originaba. A los europeos "les gustaba pensar en sí mismos como herederos racionales de la Ilustración", pero sufrían por la desventaja competitiva resultante cuando se trataba de Dios.[93] Más tarde, en Shanghái, Micklethwait y Wooldridge formaron parte de un grupo de estudio de la Biblia compuesto por jóvenes profesionales, convencidos todos de que el cristianismo estaba detrás de la grandeza estadunidense. En total acuerdo, los autores señalaron que los Estados Unidos no solamente suministraron misioneros a China,

[91] Micklethwait y Wooldridge, *The Right Nation…*, *op. cit*., pp. 72-73, 314 y 345. Para contar con el contexto, véase "An Exchange between Max Beloff and Irving Kristof", Encounter, junio de 1987.

[92] Micklethwait y Wooldridge, *A Future Perfect…*, *op. cit*., p. XIII.

[93] Micklethwait y Wooldridge, *The Right Nation…*, *op. cit*., pp. 396 y 294, y John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *God Is Back: How the Global Revival of Faith Is Changing the World,* Penguin, Nueva York, 2009, pp. 31-54.

sino también un "evangelio del pluralismo" en la forma de la primera enmienda, diseñada por "el genio" de los padres fundadores tanto para mantener al Estado fuera de la religión como a ésta fuera del Estado.[94]

Si la espiritualidad aumentaba el bienestar material, una gran cantidad de ella esparcida sobre la tierra lo aumentaría en una gran medida: "La religión es impulsada por las mismas dos cosas que han impulsado el éxito del capitalismo de mercado: la competencia y la elección". Los cosmócratas habían encontrado al consumidor supremo perdurable: Dios. El grupo de estudio de la Biblia de Shanghái tenía "biotecnólogos, un académico destacado, un médico chino-estadunidense, empresarios exitosos, dos bailarines de ballet" y automóviles "BMW estacionados a la puerta". "En una gran parte del mundo, son exactamente el tipo de clases medias educadas y con movilidad ascendente de las que Marx y Weber supusieron que se despojarían de esas supersticiones las que están impulsando la explosión de fe". El elemento milenario en el manifiesto de libre comercio de 1843 de *The Economist* había regresado como una forma de sociabilidad religiosa; más que la fe, ésa era una señal del dominio de los Estados Unidos, "tan omnipresente que todos tienen, por así decirlo, unos Estados Unidos virtuales insertos dentro del cerebro".[95]

2008: LA SALVACIÓN DEL SISTEMA

En 2006, cuando se convirtió en editor, Micklethwait dijo que su objetivo era hacer de *The Economist* "el manual del usuario para la globalización" y que abordaría "los grandes problemas".[96] "Cada vez que hay disensión dentro de la oficina, la argumentación surge siempre de la pregunta: '¿cuál sería el enfoque liberal?'", y, pacientemente, explicó que el retorno a los primeros principios —que giran en torno a la libertad económica y la sospecha del Estado de Leviatán— no debe confundirse con un sesgo pro empresarial: "No tratamos a los empresarios con una idolatría servil ni los ponemos en la portada jugando al golf". Lo que estaba en juego era mucho más importante: "Preferiríamos ser vistos como pro capitalistas".[97] Apenas dos años después, esa postura fue puesta a prueba, porque el sistema capitalista global se hundió en la mayor crisis después de la Gran Depresión.

The Economist no pudo prever esa crisis; es más, sus análisis de mercado (impregnados de la teoría del mercado eficaz) la descartaban. En 2006,

[94] Véase "When Opium Can Be Benign", *The Economist,* 1º de febrero de 2007.

[95] Micklethwait y Wooldridge, *God Is Back…*, *op. cit*., pp. 21, 16, 25, 1-2 y 21.

[96] Katharine Q. Seelye, "*The Economist* Names New Editor…", *The New York Times*, *op. cit*.

[97] Burrell, "John Micklethwait", *The Independent, op. cit*., e Ian Burrell, "John Micklethwait: 'Republicans Had the Advantage, but They Wasted It with Sleaze'", *The Independent,* 3 de noviembre de 2008.

cuando los precios inmobiliarios estadunidenses comenzaron a caer, lo que provocó una reacción en los mercados de propiedades embargadas por la deuda inmobiliaria —de la que los grandes bancos y otras instituciones financieras habían llegado a depender para el financiamiento en el corto plazo—, el horizonte estaba despejado, al menos en el caso del sistema financiero. *The Economist* reconoció que, a medida que los precios de la vivienda "se estabilizaran", la economía estadunidense se desaceleraría, como resultado del gasto de los consumidores y la construcción residencial, esta última instigada por las bajas tasas de interés; pero eso no tenía por qué resultar en una quiebra. El 24 de marzo de 2007, en el artículo "Cracks in the Façade", se aludía a la existencia de grietas en la fachada al considerar lo que podría significar para los mercados y la economía en general el aumento de la morosidad y los incumplimientos en las hipotecas de alto riesgo, así como los costos de los seguros contra esas eventualidades; el "mayor riesgo" era que "los políticos establecieran con torpeza las nuevas reglas".[98] Para 2008, cuando esa deuda titulizada, supuestamente segura, se volvió tóxica, los bancos que la tenían como garantía de los préstamos se apresuraron a cubrir sus pérdidas, y las ventas de pánico cundieron por los mercados (incluso en los que no estaban relacionados con las hipotecas), poniendo al descubierto que los bancos altamente financiados presentaban falta de liquidez, cuando no insolvencia.[99] Lehman Brothers se desplomó en septiembre, derribado por la restricción crediticia, y las autoridades estatales intervinieron en todas partes para evitar más quiebras.

Mientras la quiebra de Lehman enviaba ondas de choque a los mercados mundiales, *The Economist* —con huracanes, acantilados, ruinas y globos en caída libre en la portada— declaró de manera repentina que era "hora de dejar el dogma y la política a un lado y concentrarse en las soluciones pragmáticas".[100] No existía nada parecido al *laissez-faire* en las madrigueras, porque "cuando el financiamiento mundial se detiene únicamente los gobiernos

[98] "Danger Time for America", *The Economist,* 14 de enero de 2006. Wall Street todavía estaba agobiada por una burocracia excesiva; "What's Wrong with Wall Street", *The Economist,* 25 de noviembre de 2006. A finales de 2007, el semanario vio que se perfilaba una posible crisis crediticia; pero eso fue después de que la empresa Northern Rock de la Gran Bretaña recibiera su primer rescate; además, incluso entonces el problema era una desaceleración del gasto de los consumidores, no una caída del sector bancario; "Getting Worried Downtown", *The Economist*, 17 de noviembre de 2007.

[99] Mark Blyth, *Austerity: The History of a Dangerous Idea,* Oxford University Press, Nueva York, 2013, p. 26 [edición en español: *Austeridad: historia de una idea peligrosa*, trad. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Crítica, Barcelona, 2014], y John Authers, *The Fearful Rise of Markets: Global Bubbles, Synchronized Meltdowns, and How to Prevent Them in the Future,* Financial Times/Prentice Hall, Londres, 2010, pp. 2-3, 18 y 95. En lo concerniente a la dinámica de financiamiento, regulación y geopolítica de la crisis de 2008, véase Adam J. Tooze, *Crashed: How a Decade of Financial Crises Changed the World,* Allen Lane, Londres, 2018; Viking, Nueva York, 2018.

[100] "Capitalism at Bay", *The Economist,* 16 de octubre de 2008.

pueden echarlo a andar de nuevo", liquidando los activos incobrables de los bancos, garantizando sus pasivos y dándoles liquidez. El Plan de Alivio de Activos en Problemas (TARP, por sus siglas en inglés: Troubled Asset Relief Plan) fue el primer paso para restablecer la confianza en el sistema financiero, y el semanario felicitó a Hank Paulson, el antiguo ejecutivo de Goldman Sachs para entonces en el Tesoro de los Estados Unidos, por comprometer 700 000 millones de dólares para ese esfuerzo ("una cifra sacada de la nada", reveló Paulson más tarde).[101]

Ahora bien, la administración de George W. Bush había tardado demasiado en reunir el valor para tomar esa decisión y nunca debió haber dejado que Lehman quebrara (en especial después de haber rescatado a los prestamistas hipotecarios Fannie Mae y Freddie Mac). En noviembre de 2008, lamentándose de que "los Estados Unidos conservadores necesitan recuperar su vitalidad", *The Economist* respaldó al demócrata Barack Obama como el mejor hombre para restablecer "la confianza de los Estados Unidos en sí mismos" y hacer un nuevo lanzamiento de su imagen mundial: "revender la libertad económica y política a un mundo que asocia con demasiada rapidez al capitalismo estadunidense con Lehman Brothers y a la justicia estadunidense con la Bahía de Guantánamo".[102] En la Gran Bretaña, el manejo "audaz y completo" que Gordon Brown hizo de la crisis le valió la tardía aprobación de *The Economist:* cuando el primer ministro recapitalizó los bancos, proporcionó un billón de libras esterlinas en garantías y el Banco de Inglaterra inyectó 200 000 millones de libras esterlinas en bonos del gobierno y mantuvo las tasas de interés en cero, Bagehot reflexionó: "¿Cómo se convirtió el desventurado primer ministro de la Gran Bretaña en el salvador del universo?"[103]

Ni un paso atrás: el liberalismo y la crisis en *The Economist*

Algunos periodistas de finanzas reconsideraron sus posiciones a raíz de esa calamidad, escarmentados por no haber podido preverla, y escribieron audaces artículos que anunciaban la muerte del neoliberalismo, la venganza de

[101] "I Want Your Money", *The Economist,* 27 de septiembre de 2008, y "The Credit Crunch: Saving the System", "Rescuing the Banks: We Have a Plan" y "Global Finance: Lifelines", *The Economist,* todos del 9 de octubre de 2008.

[102] "Hank to the Rescue", *The Economist,* 13 de septiembre de 2008. Obama disiparía los "mitos" sobre los Estados Unidos con sólo ser presidente: "Sería mucho más difícil para los que propagan el odio denunciar al Gran Satanás si estuvieran dirigidos por un hombre negro cuyo segundo apellido es Hussein"; en casa, "curaría, si no cerraría, las horribles heridas raciales dejadas por la historia de los Estados Unidos y atenuaría la tendencia de los negros estadunidenses a culpar al racismo de todos sus problemas"; "It's Time", *The Economist,* 1º de noviembre de 2008.

[103] Después de 13 años, el Nuevo Partido Laborista tenía muchos defectos, pero la crisis financiera no era obra de ellos: "Siempre era probable que la Gran Bretaña se viese vapuleada por la crisis crediticia"; "Bagehot", *The Economist,* 16 de octubre de 2008.

Keynes, e incluso la de Marx.[104] No así *The Economist:* se mantuvo firme y actuó como una especie de estabilizador automático de un orden ideológico liberal repentinamente atormentado por la duda, lo que ayuda a explicar por qué las políticas neoliberales que causaron la crisis fueron prescritas como la única cura para sus secuelas, en medio del estancamiento persistente de la economía mundial 10 años después.

The Economist no sólo exigió que los gobiernos rescataran a los bancos, advirtiendo de un posible desastre total a la escala del de 1929 si no lo hacían —"ningún país o industria se salvaría del equivalente a un ataque cardiaco financiero"—, sino que también presionó agresivamente por la austeridad que se derivaba de ello, con el fin de pagar las deudas que los Estados habían adoptado al eliminarlas de los balances de los bancos. Por consiguiente, la crisis se convirtió en una razón poderosa para instar a los gobiernos a introducir las reformas encarecidas por el semanario y defendidas desde mucho antes de 2008. En el editorial "Capitalism at Bay", al observar el ascenso de la tesis sobre la necesidad de mantener el capitalismo a raya, *The Economist* aconsejaba a los liberales que conservaran la calma y siguieran adelante: "Todas las señales apuntan en la misma dirección, una intervención más importante del Estado y un sector privado más pequeño y restringido; este semanario espera profundamente que eso no suceda"; sin embargo, "en el largo plazo, mucho depende de la manera como se asigne la culpa de la catástrofe. En ese ámbito es donde se puede y se debe ganar una importante batalla intelectual".[105] *The Economist* se preparó para la batalla. Cuando la crisis crediticia se convirtió en una recesión global, argumentó que no había mucho de malo en la economía real y, menos aún, en el capitalismo, y, si las causas de la crisis habían sido técnicas —"préstamos dudosos", "dinero barato de las economías emergentes, regulación obsoleta, distorsiones gubernamentales y una mala supervisión", "incentivos peligrosos y uso imprudente de modelos matemáticos"—, también lo eran las soluciones: bancos "más pequeños, mejor regulados, más conservadores", y más supervisión.

A decir verdad, *The Economist* luchó contra las propuestas de poner condiciones a los rescates o restringir la libertad de los bancos: las "nacionalizaciones al por mayor […] socavarían los derechos de propiedad", minarían el espíritu empresarial y fomentarían el amiguismo. Desmembrar los bancos o volver a aplicarles las reglas de Glass-Steagall, que alguna vez mantuvieron separados a los bancos de inversión de los de depósito, era desaconsejable.

[104] Véase Justin Fox, "The Comeback Keynes", *Time*, 23 de octubre de 2008; Sudeep Reddy, "The New Big Old Thing in Economics: J. M. Keynes", *The Wall Street Journal,* 8 de enero de 2009, y Martin Wolf, "Keynes Offers Us the Best Way to Think about the Financial Crisis", *Financial Times,* 23 de diciembre de 2008.

[105] "El capitalismo es el mejor sistema económico que jamás se haya inventado": "Capitalism at Bay", *The Economist, op. cit*.

Incluso la supervisión podría ir demasiado lejos, pues "la liberalización también tenía buenas consecuencias: al facilitar que los hogares y las empresas obtuviesen crédito, la desregulación contribuía al crecimiento económico".[106] Con concesiones tan nimias como ésas cuando se estaba en el pozo de la crisis, el semanario emergió de lo hondo en un santiamén. La desregulación volvió a incluirse entre las decisiones prioritarias en 2010, y, en 2012, la portada evocó el bombardeo sobre Londres (el Blitz) con el gran titular "Save the City" ("Salvemos a la ciudad"), lo que indicaba que las finanzas habían sido atacadas de manera injusta.[107]

Habiendo exigido un rescate para Wall Street, *The Economist* se negó a aprobar lo mismo para la industria automotriz estadunidense o los millones que empleaba: "Los bancos califican para recibir ayuda porque toda la economía depende de sus servicios; son vulnerables a la desaparición repentina de la confianza, que puede extenderse a otros bancos que son perfectamente solventes". Detroit "emplea una red de proveedores que sufrirían si la producción se detuviese"; pese a ello, "nada debilitaría tanto al propósito de lograr la recuperación y la creación de empleos como encerrar los recursos mal utilizados en empresas de bajo rendimiento".[108] E incluso cuando la política monetaria estaba volviéndose cada vez menos ortodoxa y los bancos centrales compraban activos públicos y privados y se mantenían las tasas de interés en cero o cerca de cero, a finales de 2010 *The Economist* volvió a cantar el himno de batalla de la deflación doctrinaria ("consolidación fiscal favorable al crecimiento") en un país tras otro, desde Portugal, Irlanda y España hasta Italia y Francia… pero en ningún lugar con mayor energía que en la propia Gran Bretaña, que podría volver a convertirse en un modelo económico para el mundo.[109]

Encantado con la coalición de los partidos liberal y conservador que llegó al poder en 2010, *The Economist* elogió sus prioridades legislativas como "revolucionarias": recortes de una cuarta parte en la mayoría de los departamentos estatales, impuestos más altos al consumidor, aumentos de las tasas de matriculación estudiantil de 3 200 a 9 000 libras esterlinas, congelamiento salarial del sector público y 330 000 despidos en cuatro años, recortes del gasto con el propósito de reducir el déficit 6.3% hacia 2014 o

[106] Los gobiernos deben rescatar a Fannie Mae y Freddie Mac en los Estados Unidos y a Northern Rock en el Reino Unido, pero no ejercer control sobre ellas; "Inside the Banks" y "A Short History of Modern Finance: Step by Step", *The Economist,* 24 de enero de 2009 y 16 de octubre de 2008, respectivamente.

[107] "The Banks Battle Back", "Bare-Knuckle in Basel" y "Save the City", *The Economist,* 29 de mayo de 2010 los dos primeros y 7 de enero de 2012 el último, en ese orden.

[108] "Rescatar a Detroit significaría hacer un mal uso del dinero público": "Saving Detroit", *The Economist,* 15 de noviembre de 2008.

[109] *The Economist* del 13 de febrero y el 8 de mayo de 2010; "Sometimes, Austerity Makes Sense" y "Pick Your Poison", *The Economist*, 20 de diciembre y 17 de junio de 2010, respectivamente.

2015.[110] Eso fue solamente el comienzo. ¿Por qué debería ser eximido el "hinchado" Servicio Nacional de Salud (SNS)?: "Los *tories* deberían haber utilizado su desastrosa herencia como una excusa para romper su promesa de mantener el gasto del SNS". En el ámbito de la asistencia social, la determinación de los recursos para otorgar el beneficio a los hijos y la eliminación de los pagos de combustible de invierno y de los pases de autobús en el caso de los ancianos podrían generar ahorros. David Cameron apareció en la portada con una bandera del Reino Unido y un peinado de estilo *mohawk* y el título "Radical Britain: The West's Most Daring Government" ("La Gran Bretaña radical: el gobierno más atrevido de Occidente"),[111] y, por si eso no fuese lo suficientemente claro, Wooldridge lo dijo con toda nitidez bajo su firma en *The Times* en 2012: "Detengan la guerra contra la riqueza, necesitamos a esos pocos ricos".[112] Un año después, la muerte de Margaret Thatcher fue considerada como el martirio de un insurgente, con unos rifles que apuntaban al cielo y unos casquillos que caían al suelo: "Freedom Fighter!" ("¡Luchadora de la libertad!"), atronó *The Economist* en blanco y negro.[113]

La reactivación del "Occidente debilitado"

Aunque Micklethwait reconoció los errores del pasado en Afganistán e Iraq, no mostró ni remordimientos ni reticencia para urgir a que se produjesen más guerras estadunidenses. En ese sentido, *The Economist* no siempre dio a Barack Obama el crédito que se merecía y se quejó de que dudaba demasiado en utilizar el gran poder que tenía a su disposición. En Libia todo resultó bien. Cuando las protestas de la Primavera Árabe dieron paso a una rebelión armada contra Muamar el Gaddafi en febrero de 2011, el semanario pidió desde el principio una zona de exclusión aérea impuesta por la OTAN, y pronto exigió bombardeos aéreos, un bloqueo naval y un cambio de régimen, para protegerse "de la amenaza de una carnicería en Bengasi" y dar a "una región de 350 millones de árabes atrapados en la pobreza y la política disfuncional" una "oportunidad de salir vivos". El ataque era "indiscutiblemente legal", basado en una resolución de la ONU "provechosamente elástica" que "respaldó 'todas las medidas necesarias' para proteger la vida de los civiles",

[110] "Who Should Govern Britain?", *The Economist,* 29 de abril de 2010; "Tremble, Leviathan", *The World in 2011, The Economist,* 22 de noviembre de 2010, y "Reforming the State: The Unlikely Revolutionary", *The Economist,* 12 de agosto de 2010.

[111] "Reforming the State…", *The Economist, op. cit*.

[112] Los seres humanos tendrían habilidades inherentemente desiguales: algunos serían genios que "desencadenan un renacimiento corporativo"; otros, al depender de la asistencia social, "habitarían un mundo de acontecimientos concretos y satisfacciones inmediatas"; Adrian Wooldridge, "Stop the War on Wealth, We Need These Rich Few", *The Sunday Times,* 12 de agosto de 2002.

[113] "Freedom Fighter", *The Economist,* 13 de abril de 2013.

a la que sólo se opuso "la brigada pacifista".[114] Unas 17 000 incursiones aéreas más tarde, afirmó que era "una buena guerra" para la OTAN: sus pilotos, moderados a niveles admirables, "mantuvieron los daños colaterales al mínimo" y, Europa, según estando a la cabeza de una operación en esencia realizada por los Estados Unidos, fue un "patrón para operaciones futuras".[115]

No obstante, respecto a Siria, el presidente fue una decepción. Allí, en una sangrienta guerra civil como secuela de la Primavera Árabe, donde Obama estaba financiando y armando a los rebeldes islamistas, pidió la partición en 2012: un "refugio seguro" dirigido por Turquía en el noroeste, financiado por la OTAN y la Liga de los Estados Árabes, para entrenar al Ejército Sirio Libre que [todavía] combate contra las fuerzas leales al presidente Bashar al-Ássad.[116] Un año después, pidió a Obama que atacara a Ássad por usar armas químicas y lo urgió: "Golpéelo fuerte", que "una semana de misiles llueva sobre los centros de 'mando y control' del dictador, incluidos sus palacios", para "disuadirlo de volver a usar armas de destrucción masiva". Si eso fallare, "muéstrele tan poca misericordia como la que él ha mostrado al pueblo que él dice gobernar. Si un misil estadunidense cae entonces sobre el propio Ássad, que así sea".[117] Cuando Obama solicitó al Congreso de los Estados Unidos que autorizara el ataque que él había preparado y se conformó con la mediación de Putin, el semanario quedó horrorizado por ese golpe al poder presidencial (que debe mostrarse "rápido y ágil", "tomar decisiones duras e impopulares"), a "la credibilidad de la política exterior de los Estados Unidos" (creando expectativas de que ésta podría estar "sujeta a los caprichos de los comentarios ingeniosos del Congreso" en el futuro) y a todos aquellos "que aprecian la libertad" y "ponen su fe" en Occidente (representado en la portada como un león cojo y desdentado que lanza una mirada triste a Siria desde el otro lado del Mediterráneo).[118]

[114] "Blood and Oil", *The Economist,* 26 de febrero de 2011. Asimismo, al rechazar la "afirmación racista de que los árabes no pueden ser democráticos", afirmó que "se les pide a los árabes que se liberen de la cultura de la condición de víctimas, asuman la responsabilidad de sí mismos y liberen la creatividad de sus jóvenes"; "Crunch Time in Libya", *The Economist,* 23 de abril de 2011.

[115] "No Illusions", "Crunch Time in Libya" y "Going, Going", *The Economist,* 19 de marzo, 23 de abril y 27 de agosto de 2011, respectivamente.

[116] "How to Set Syria Free", *The Economist,* 11 de febrero de 2012.

[117] "El señor Obama y sus aliados parpadearon […] Una amenaza estadunidense, en especial contra las armas de destrucción masiva, debe servir para algo; es difícil ver cómo pueda Obama tragarse sus palabras sin que la superpotencia pierda credibilidad con países como Irán y Corea del Norte." "Hit Him Hard", *The Economist,* 31 de agosto de 2013.

[118] "Fight This War, Not the Last", *The Economist,* 7 de septiembre de 2013. "Ahora todo tirano sabe que, en realidad, una línea roja establecida por el líder del mundo libre es sólo una amenaza que no va más allá de preguntarles a los legisladores cómo se sienten respecto a hacerla cumplir." "The Weakened West", *The Economist,* 21 de septiembre de 2013. Un año después, Micklethwait y Wooldridge añadieron que Occidente necesitaba reinventarse en casa para vencer la amenaza de las China y Rusia autocráticas, reduciendo derechos, eliminando

Ese lenguaje exaltado sobre el destino del mundo libre recuerda la Guerra Fría por una razón: bajo la dirección de Micklethwait, *The Economist* descubrió una vez más a un ruso detrás de cada revés de Occidente; una narrativa que tomó forma en 2008, después de que Moscú derrotara a Georgia en la disputa sobre Osetia del Sur y Abjasia, en el Cáucaso. Eso, sostuvo el semanario con absoluta naturalidad, había sido un revés para Occidente, "que ha estado tratando de alejar a los países de las fronteras occidentales de Rusia y convertirlos en democráticos, orientados al mercado y amistosos".[119] Seis años después, esa táctica de alejamiento provocó un nuevo conflicto, cuando los manifestantes pro occidentales derrocaron a Viktor Yanukovych en Kiev y Putin reaccionó mediante el apoyo a los separatistas pro rusos en el este de Ucrania y la anexión de Crimea, base de la flota rusa en el Mar Negro y con una población mayoritariamente rusa. Para *The Economist*, eso fue simplemente el fin del "orden mundial existente": Crimea era un nuevo Sudetes, Putin otro Hitler, "armado con una misión que autoproclamó encaminada a reconstruir el Imperio ruso" desde "Asia Central hasta el Báltico"; cualquier cosa que no fuesen sanciones en su contra era "apaciguamiento": a Rusia, un Estado "fundamentalmente antagónico", deberían "negársele los dólares, los euros y las libras esterlinas", las finanzas y el comercio, con un embargo total de su petróleo y su gas.[120]

El editor más responsable de esa cobertura febril fue Edward Lucas, que había alcanzado la mayoría de edad cuando terminó la Guerra Fría. Su padre, John Lucas —un filósofo que acogió a disidentes en Oxford y pasó de contrabando la obra de Platón y el Nuevo Testamento griego a la Checoslovaquia comunista—, lo había criado para luchar en el acto final de ese conflicto. En la London School of Economics hizo campaña por Solidarnosc, la federación sindical de Polonia, antes de partir a Berlín, Praga y Cracovia como activista y periodista en 1988. Expulsado de Lituania en 1990 después de que llegara ahí para mostrar su "apoyo simbólico" al régimen antisoviético, en 1993 comenzó a publicar un semanario en inglés "intencionadamente

regulaciones, combatiendo la corrupción y alentando la innovación; John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *The Fourth Revolution: The Global Race to Reinvent the State,* Penguin Press, Nueva York, 2014.

[119] "Sorprendentemente sensibles respecto a su reputación internacional, los rusos deberían pagar por sus fechorías: no habría acuerdos de energía, se les impondrían restricciones de viaje, se les excluiría de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), de la Organización Mundial del Comercio (OMC) y del Grupo de los Ocho (G8), en tanto que la OTAN se ampliaría de inmediato para incluir a Georgia y a Ucrania." "Russia Resurgent", *The Economist,* 16 de agosto de 2008.

[120] "Putin's Inferno", *The Economist,* 20 de febrero de 2014. "La Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos han infringido de manera ocasional las leyes internacionales, pero el señor Putin vació la ley de significado": "Kidnapped by the Kremlin", *The Economist,* 8 de marzo de 2014. "El señor Putin embistió contra el orden mundial existente con un tanque": "The New World Order", "Insatiable", "The Long Game" y "A Web of Lies", *The Economist,* 23 de marzo, 19 de abril, 4 de septiembre y 1º de octubre de 2014, respectivamente.

provocador" en Estonia, con una columna, "Troopwatch", para "supervisar el mal comportamiento de las fuerzas de ocupación".[121] Mientras fue jefe de la oficina de Moscú de *The Economist* de 1998 a 2002, se formó una visión de Rusia que difería del optimismo predominante sobre la transición, después de la era soviética, a la democracia liberal y el capitalismo.

En su obra *The New Cold War: How the Kremlin Menaces Both Russia and the West,* de 2008, al hablar de la amenaza que constituye el Kremlin dentro y fuera de Rusia, Lucas apenas examinó de manera superficial los 10 años de caos económico y deterioro que siguieron a la caída de la Unión Soviética, y, además, hizo la siguiente observación: "Nunca en la historia de Rusia tantos rusos habían vivido tan bien y tan libremente", con una clase media en aumento capaz de comprar propiedades, viajar al extranjero y enviar a sus hijos a un internado;[122] aunque, si bien Moscú aceptaba ya las reglas del juego en lo que se refería al capitalismo, seguía sin reconciliarse con el orden geopolítico que lo gobernaba, y lo devoraba la misma y persistente hambre de poder que antes. "Alguna vez, los sindicatos comunistas fueron los que socavaron a Occidente bajo instancias del Kremlin; ahora, los banqueros y los políticos pro Kremlin traicionan a sus países por 30 rublos de plata." Mucho antes del enfrentamiento sobre Ucrania, Lucas presionó para que la postura fuese de confrontación con Rusia: "Mientras no dejemos en claro que creemos en nuestros propios valores, no podremos defendernos de la subversión y la corrupción que se filtran hasta nuestras ciudadelas de poder",[123] y, en 2012, se publicó el libro *Deception: Spies, Lies and How Russia Dupes the West* para reforzar esa afirmación señalando la presunta intención de ese país de engañar a Occidente a base de una red de espionaje y mentiras.

En estilo y perspectiva, Lucas era un vínculo con la tradición Crozier-Moss-Beedham en *The Economist:* agradablemente desaliñado, con un sentido del humor sardónico y el aspecto de un hombre del MI6 —como aquellos con los que "se codeaba y chocaba vasos" de joven, pero con los que se negó a unirse, porque "pensé que podría hacer más bien en el exterior"—, y entregado a deberes similares fuera de su profesión. Lucas, vicepresidente segundo del Centro para Análisis de la Política Europea (CEPA, por sus siglas en inglés: Centre for European Policy Analysis) —un grupo de expertos con sede en Washington y Varsovia y cuya lista de donadores incluye al Departamento

[121] Edward Lucas, *The New Cold War: How the Kremlin Menaces Both Russia and the Threat to the West,* Bloomsbury, Londres, 2008, p. 7, y Edward Lucas, *Deception: Spies, Lies and How Russia Dupes the West,* Bloomsbury, Londres, 2012, pp. 4-5.

[122] Lucas admitió que la terapia de choque económico del último decenio del siglo XX había supuesto "dificultades e incertidumbre para muchos"; pero eso no fue culpa de Boris Yeltsin —un hombre imperfecto pero honorable— y, mucho menos, del FMI o del Banco Mundial, que habían ideado operaciones de reestructuración para él: "Los verdaderos culpables fueron Lenin, Stalin y Brezhnev". Putin recibió elogios cuando menos por haber introducido un impuesto fijo del 13% sobre la renta en 2001; Lucas, *The New Cold War…*, *op. cit*., pp. 53 y 42.

[123] *Ibid*., p. 7, y Lucas, *Deception: Spies, Lies and…*, *op. cit*., pp. 4-5.

de Estado de los Estados Unidos y a las empresas fabricantes de armas—, dirige su propio programa estratégico —es decir, de propaganda—, descrito de manera eufemística como "un esfuerzo sobre el terreno para supervisar, cotejar, analizar, refutar y exponer la desinformación rusa" en "Europa Central y Oriental".[124]

Dada esa postura, no es de extrañar que las revelaciones sobre el alcance del estado de seguridad y vigilancia de los Estados Unidos desde 2008 no hayan perturbado a *The Economist*. El uso inaudito de drones por Obama para eliminar a presuntos terroristas incluidos en sus "listas de asesinatos" —en Yemen, Somalia o Pakistán, donde los Estados Unidos no estaban en guerra, y sin supervisión judicial ni siquiera cuando los objetivos eran sus propios ciudadanos— "no socavan las reglas de guerra", aunque se podría haber hecho más para "adaptar" esa "potente arma nueva" a la Constitución.[125] Cuando el soldado raso del ejército de los Estados Unidos entonces llamado Bradley Manning filtró cientos de miles de documentos secretos del gobierno relacionados en parte con las guerras en Iraq y Afganistán en 2010, exponiendo los crímenes de guerra cometidos por mercenarios estadunidenses, *The Economist* insistió en que tanto él como los "jacobinos digitales" de Wikileaks, a los que Manning confió el almacenamiento de esos datos, fuesen castigados: Julian Assange debería ser extraditado, aunque, mientras tanto, el semanario encontró "un poco de consuelo" en que sus revelaciones realmente ofrecían "una imagen en gran medida halagadora de los diplomáticos estadunidenses: concienzudos, serenos, bien informados y, en ocasiones, elocuentes".[126] Tres años después, Edward Snowden, un analista privado de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA, por sus siglas en inglés, National Security Agency), sacó a la luz el asombroso alcance de la vigilancia ilegal que hacía esa agencia de ciudadanos estadunidenses y extranjeros, incluidos aliados tan acérrimos de los Estados Unidos como la canciller alemana Angela Merkel. El desacuerdo entre Lucas y otros editores dio como resultado un ineficaz veredicto sobre el imperio de seguridad estadunidense —"nuestro punto de vista no es que los espías estadunidenses estén haciendo cosas incorrectas"— y un veredicto vengativo sobre el traidor que lo había denunciado: Snowden, que había huido a Moscú, debía regresar para enfrentarse a

[124] Lucas, *Deception: Spies, Lies and…*, *op. cit*., pp. 16 y 279, y Lucas, *The New Cold War…*, *op. cit*., pp. 77, 284, 296 y 305. "Counter-Attacking the Kremlin", *The Economist,* 26 de abril de 2007. Lucas se corresponde con "presos de conciencia" en Rusia y promueve causas liberales asediadas en *The Economist,* el *Daily Telegraph* y el *Daily Mail*; véase Center for European Policy Analysis (CEPA [Centro para Análisis de la Política Europea]), "CEPA Stratcom Program", Center for European Policy Analysis, CEPA.org.

[125] Dejar los asesinatos con aviones no tripulados al Ejército, no a la CIA, y hacer que un "tribunal secreto" los aprobase; "Flight of the Drones" y "Drones and the Law", *The Economist,* 8 de octubre de 2011.

[126] "The Right Reaction", *The Economist,* 11 de diciembre de 2010.

la justicia estadunidense.[127] Lucas, que escribió con su propio nombre, fue menos ambiguo: negó que la Agencia de Seguridad Nacional hubiese hecho algo ilegal y, en un libro electrónico de 2014, *The Snowden Operation: Inside the West's Greatest Intelligence Disaster* (Amazon, Seattle), insinuó con mucho énfasis que Snowden era un agente ruso.

El ascenso de Zanny Minton Beddoes y la división Keynes-Hayek

En 2015, Michael Bloomberg contrató a Micklethwait para reestructurar la sección de noticias de su negocio de terminales de datos en Nueva York. De los tres finalistas que competían para sustituirlo en Londres, Ed Carr, Tom Standage y Zanny Minton Beddoes, esta última era favorita desde hacía mucho tiempo, tanto del personal como de la gerencia, dado que poseía todos los requisitos para ser editor: estudió filosofía, política y economía en el St. Hilda's College, Oxford, y administración pública en la Kennedy School de Harvard University, y pasó una larga temporada en los Estados Unidos, donde había vivido desde 1996. Nombrada a su debido tiempo, se convirtió en la primera mujer en ocupar el cargo después de 172 años. Conocida por la televisión y la radio, elegante —lucía trajes de colores brillantes y vestidos estampados—, era una invitada apreciada en paneles y en reuniones mundiales, desde el Foro de Davos hasta la Conferencia Bilderberg. Perspicaz y elocuente, también estaba dispuesta con frescura a escuchar y debatir con sus interlocutores. Nació en Shropshire de un padre que era oficial del ejército y una madre alemana y asistió a la escuela pública para niñas Moreton Hall, cercana a su casa.

En su primer verano en Harvard, Beddoes viajó a Polonia con Jeffrey Sachs, su profesor, para hacer un trabajo de pasante en un antiguo edificio del Ministerio soviético, "redactando memorandos de políticas diseñadas para ayudar a los reformadores de Polonia a desarrollar la economía de mercado". En 1992 rechazó una oferta de trabajo de Goldman Sachs para llevar a cabo una labor similar como economista de rango elemental en el Fondo Monetario Internacional (FMI), primero en Senegal y Malí y, luego, en Kirguistán. De acuerdo con ella, este trabajo "significaba cosas básicas, como calcular el ingreso nacional, lo que nunca antes se había hecho. En Kirguistán iba a la estación de ferrocarril y literalmente contaba los trenes para ver qué estaban enviando". Después de dos años de esa labor, optó por dedicarse al periodismo y vaciló entre *The Economist* y *The Financial Times,* con Clive Crook y John Heilemann, sus compañeros de Harvard, en el primero, y con Ed Balls, del Nuevo Partido Laborista, en el segundo. Decidió que "los edito-

[127] "Los gobiernos europeos no deberían armar un escándalo por el espionaje estadunidense" ni, tampoco, ofrecer asilo a Snowden; *The Economist,* 6 de julio de 2013.

riales de *The Economist* tienen más peso", quizá con el ejemplo de Sachs en mente, quien en 1990 había propuesto una "terapia de choque" para Yugoslavia, Polonia y Rusia en un artículo firmado para el semanario en el que urgía a que tuviese lugar una "transición a una economía de mercado con un sector privado en un año".[128] Emmott la contrató en 1994 para el nuevo puesto de corresponsal en los mercados emergentes y, dos años después, la ascendió a editora de la sección de economía con sede en la ciudad de Washington.

Beddoes, que se mantuvo en ese puesto hasta 2007, respaldaba con entusiasmo la globalización y explicó la función que desempeñaban en ella los mercados financieros regionales y globales: planes de pensiones privados en Latinoamérica en 1995, cobre, uranio, algodón, petróleo y gas natural en Asia Central y el Cáucaso en 1998, banca mundial y regulaciones después de la mora rusa en 1999 y un reequilibrio de la economía mundial, que supuso distanciarse de los hogares estadunidenses en 2003 y desplazarse hacia los asiáticos y europeos en 2005;[129] sin embargo, la crisis de 2008 alteró el panorama en *The Economist,* y su lugar en la revista, a medida que surgían líneas de falla respecto a la manera de responder a la gran recesión. Beddoes fue nombrada editora de negocios justo cuando estalló la crisis y convocó a los editores de sección e invitó a dos economistas externos a exponer sus críticas. "Revisamos los errores que habíamos cometido entre 1960 y 1979: corporativismo, política industrial, subsidios estatales, impuestos altos." Pero hubo otros errores históricos, durante el periodo de 1920 a 1939, en el que el *laissez-faire* prolongó de manera innecesaria una depresión: "Eso también fortaleció mi posición, que podríamos llamar un keynesianismo de gobierno reducido". En contraste con Micklethwait, Beddoes había defendido el rescate de los fabricantes de automóviles de Detroit en esa época y lo hizo de nuevo en 2012 durante un acalorado intercambio en el programa televisivo de Bill Maher, donde señaló que, si se hubiesen declarado en bancarrota "en medio de esta enorme crisis financiera, habrían sido liquidados, con cientos de miles de puestos de trabajo perdidos en todo el Medio Oeste".

[128] Sachs justificó la terapia de choque con una admonición: "No se trata de cruzar el abismo de dos saltos"; *The Economist,* 13 de enero de 1990.

[129] Una razón para ser optimistas sobre Latinoamérica era que "la participación de inversionistas extranjeros en los mercados de capitales nacionales, que será una característica permanente de la región, genera una nueva disciplina en los gobiernos"; otra eran las pensiones privadas, como en Chile, aunque este país "tenía el lujo (discutible) de completar la parte más difícil de sus reformas en un entorno antidemocrático". En 1995, "Venezuela todavía no reconoce que el populismo de un gasto alto no funciona"; "Latin American Finance" y "Caspian Gamble", *The Economist,* 5 de diciembre de 1995 y 7 de febrero de 1998, respectivamente. Lo único que se hacía posible era realizar ajustes al sistema. Citando a Larry Summers, Beddoes denominaba a la perspectiva de diseñar una nueva arquitectura financiera con un mercado de capital global, un sistema financiero regulado y estable y la soberanía nacional la "trinidad imposible": "Global Finance: Time for a Redesign?", "Flying on One Engine" y "The Great Thrift Shift" *The Economist,* 30 de enero de 1999, 20 de septiembre de 2003 y 24 de septiembre de 2005, en ese orden.

Ese "keynesianismo" de modales apacibles posterior a 2008 la puso en desacuerdo con dos viejos y astutos operadores de *The Economist,* Ed Lucas y Philip Coggan, el editor de la sección sobre mercados de capital y responsable de "Buttonwood" (la columna sobre finanzas). En 2011 Lucas dio esta explicación: "Sí, hay una especie de línea divisoria entre los keynesianos y los hayekianos"; Beddoes era una "feroz keynesiana […] en lo concerniente a lo que se debía hacer sobre la zona del euro, sobre el estímulo estadunidense […] Creo que se equivoca; pero es muy, muy inteligente y se expresa muy bien". En el otro lado estaban Coggan y él mismo: "Soy el más austriaco de todos los austriacos […] y queremos salvar al capitalismo de sí mismo", dándole un marco regulatorio flexible pero fuerte, recuperando parte del terreno de los financieros, como sus exenciones fiscales y los paraísos patrimoniales extraterritoriales. (Ni el estímulo fiscal ni la flexibilización monetaria funcionarían, porque, siguiendo a Hayek, argumentaban que, después de cierto umbral, las tasas de interés más bajas tenían efectos deflacionarios, lo que alentaba a la gente a ahorrar, no a gastar.)[130]

Por cierto momento, Lucas y Coggan parecían tener la ventaja: después de tres años de recesión y con el fantasma de una crisis de deuda soberana en Europa, los jóvenes "indignados" salieron a las calles de Madrid para protestar por la austeridad en mayo de 2011, dando inicio a un "movimiento de las plazas" global que llegó a Nueva York en septiembre. En octubre, la portada de *The Economist* mostraba a un joven con un billete de 20 dólares que le tapaba la boca y con la bandera estadunidense mordiendo la mejilla en el campamento del movimiento Ocupa Wall Street. Después de las infaltables bromas sobre la higiene entre los campistas, "Capitalism and Its Critics: Rage against the Machine", artículo cuyo subtítulo dirigía la atención a la furia experimentada por los críticos del sistema, parecía ponerse del lado de éstos; lo escribió Coggan, quien abogó por que se tomasen en serio sus "quejas, profundamente arraigadas", toda vez que había un desempleo juvenil del 21 y el 17% en Europa y en los Estados Unidos, respectivamente, mientras los salarios reales caían para la clase media y la inflación erosionaba los ahorros de los ancianos, conforme los banqueros escudriñaban sus bonificaciones. Coggan comparó al movimiento Ocupa con las "egoístas" protestas hechas en Seattle en 1999, que los "liberales económicos pudieron descartar fácilmente" como "un intento de empobrecer al mundo emergente por medio del proteccionismo". Lucas estaba un poco más sosegado; porque, sin el trabajo organizado, se argumentaba en un segundo artículo escrito en gran parte por él, las movilizaciones para ocupar espacios en Berlín, Londres, Madrid, Nueva York y Roma tendrían dificultades para ser atendidas. "Los manifestantes pueden ocupar físicamente los mercados financieros del mundo, pero no han demostrado que puedan asustarlos."

[130] Edward Lucas, en entrevista con el autor.

En realidad, era la incoherencia de las demandas del movimiento Ocupa lo que les interesaba a Coggan y a Lucas, y fue lo que les permitió inventar algunas: cerrar las fisuras fiscales, reducir las tasas marginales y pasar "'a Basilea 3 y mayores requisitos al capital' no es una consigna pegadiza, pero lograría mucho más para reducir las bonificaciones en Wall Street que la mayoría de las ideas que resuenan por todo el Parque Zuccotti". En su columna "Buttonwood", Coggan propuso reformas de ese tipo después de 2008, urgiendo a los lectores insatisfechos con la teoría del mercado eficaz a examinar la obra de Hayek y de su maestro Ludwig von Mises, cuyas teorías del ciclo económico ayudaron a explicar la crisis como una crisis de las tasas de interés bajas que generan un auge crediticio, seguido de una mala asignación de los recursos y una recesión prolongada.[131] En 2011, en el libro *Paper Promises: Money, Debt, and the New World Order,* se sugería que la escuela austriaca también ofrecía las mejores soluciones: "No hay nada que hacer, excepto dejar que los precios y los salarios caigan para adaptarse a la nueva realidad".[132] Coggan y Lucas adoptaron una postura más extrema o, simplemente, más rigurosa que sus colegas; pero tenían en común con ellos el objetivo de profundizar la austeridad. Si los Estados debían frenar el poder de los banqueros, era asimismo con el fin de reducir lo que los trabajadores asalariados podían esperar: para que los Estados Unidos "reduzcan la carga de su deuda, deben hacer frente a sus preciados programas de ayuda social": jubilación, pensiones, atención médica y seguridad social.[133]

Por su parte, Beddoes no vio ninguna diferencia seria entre Hayek y Keynes en *The Economist* en los años previos a su nombramiento. En 2012 dijo: "Ed Lucas puede pensar que mis puntos de vista sobre la economía son una locura. Algunos se muestran escépticos ante la flexibilización cuantitativa o los estímulos fiscales; pero no son muchos". Para ella, la crisis simplemente requería "la aceptación pragmática del estímulo de la demanda en el corto plazo, sin abandonar las políticas microeconómicas de los pequeños Estados

[131] Las bonificaciones bancarias debían ser pagadas durante periodos más prolongados y estar vinculadas al rendimiento; las divisiones comerciales, que asumieron mayores riesgos, debían pagar mayores costos de capital. Los bancos centrales, en particular la Reserva Federal, habían cometido errores: no hicieron nada mientras las burbujas de los precios de los activos crecían (los precios de mercado siempre estaban bien, en aumento), sólo apresurarse con unas tasas de interés bajas para evitar que las burbujas estallasen; "Credit and Blame", "The Bonus Racket" y "Taking von Mises to Pieces", *The Economist,* 11 de septiembre de 2008, 29 de junio de 2009 y 19 de noviembre de 2010, respectivamente.

[132] El estancamiento, la inflación y la mora, o una mezcla de los tres, eran los resultados más probables; Philip Coggan, *Paper Promises: Money, Debt and the New World Order*, Penguin Books, Londres, 2011, p. 249 [edición en español: *Promesas de papel: dinero, deuda y un nuevo paradigma financiero,* trad. de Inga Pellisa, El Hombre del Tres, Madrid, 2013].

[133] *Ibid.*, p. 239. En lo tocante al argumento de la compensación en *The Economist,* véase "The Question of Extractive Elites: Bankers and the Public Sector May Both Be Enemies of Growth", *The Economist,* 13 de abril de 2012.

y con vistas a lograr presupuestos equilibrados". La investigación que hizo y puso por escrito en octubre de 2012, "True Progressivism", en realidad era una especie de síntesis de las dos posiciones e incorporaba la crítica de Coggan a las finanzas: "Esa cubierta tuvo un efecto enorme y casi no generó desacuerdos internos".[134] Se trataba también de un manifiesto intelectual, tan importante para defender su ascenso a la posición de editora como lo habían sido los libros para Emmott y Micklethwait.

En ese artículo Beddoes reconoció el problema de la desigualdad, que había visto al 1% más rico de la población duplicar su proporción del ingreso nacional en los Estados Unidos desde 1980, mientras que el 0.01% más rico (16 000 familias, aproximadamente) había cuadriplicado su proporción. Y esa tendencia a una mayor desigualdad no se limitaba a los Estados Unidos; medida por los coeficientes de Gini, había aumentado en China, la India, Rusia, Suecia y en casi todos los demás países que optaron por la "apertura" y la "reforma" en los últimos 30 años. Además de los peligros populistas que eso generó, en un creciente conjunto de libros se sugería que una subclase demasiado grande "retarda el crecimiento, provoca crisis financieras y debilita la demanda".[135] En la cima, los financieros deberían pagar su parte del impuesto sobre la renta y se debería eliminar el "subsidio implícito" a los bancos demasiado grandes para quebrar (cerca de 30 000 millones de dólares en menores costos de endeudamiento); lo mismo ocurría con el amiguismo, tanto en la China comunista como en los capitalistas Estados Unidos, donde el dinero privado fluía sin límites legales a la política. Desplazándose hacia la parte media, el Estado debería dejar de subsidiar las hipotecas por medio de las deducciones de intereses. En el fondo, un mejor acceso a la atención médica y la educación era fundamental.

Con todo, la letra pequeña implicaba los mismos recortes de derechos que Coggan deseaba. Suecia era el modelo de lujo citado para la reforma fiscal y la disciplina presupuestaria. Era cierto, concedía Beddoes, que la desigualdad de ingresos había aumentado allí 25% desde 1980; pero los suecos todavía se encontraban entre los pueblos más igualitarios, debido en parte a que las reformas del mercado habían impulsado el crecimiento sin sacrificar los servicios (mejorados, a su vez, por las escuelas autónomas y los proveedores de salud privados). Latinoamérica, por otro lado, era una opción para la negociación: la desigualdad también estaba disminuyendo en (la mayoría de) los países de esa región gracias al gasto "centrado" en las escuelas primarias para los pobres, mientras que sus transferencias monetarias condicionadas ofrecían un sistema de bienestar más "rentable" (de menos de 0.4% del PIB en Brasil) que también producía un buen comportamiento en función de la asistencia a la escuela y la búsqueda de empleo. La globalización tenía

[134] Zanny Minton Beddoes, en entrevista con el autor.
[135] "True Progressivism", *The Economist,* 13 de octubre de 2012.

ganadores y perdedores, tal como lo habían demostrado Micklethwait y Wooldridge; pero, para Beddoes al menos, no era suficiente lamentarse del saldo que ésta había dejado: una serie de individuos "que hubieran podido ser" [*has-beens*] regados en el camino del progreso. La meta de lograr que el mundo rico pudiera "vivir dentro de sus medios" y, al mismo tiempo, ser más justo, implicaba compensaciones, que ella prefería ver como la alternativa entre "invertir en los niños más pobres o seguir pagando pensiones generosas a las personas mayores más ricas".[136] El liberalismo debería apuntar a la igualdad de oportunidades, no a los resultados finales, lo cual significaba una nueva ronda de reformas basadas menos en el conflicto de clases que en las del tipo intergeneracional.

Oficinas nuevas, progresismo nuevo

Después de siete años de turbulencia, 2015 parecía un momento relativamente propicio para tomar las riendas de *The Economist*. La economía global seguía siendo anémica, pero la estabilidad había retornado a las secciones desarrolladas de ella, debido en parte a la caída de los precios de las materias primas. Beddoes comenzó por el mismo camino que su predecesor. En la Gran Bretaña respaldó a los conservadores de David Cameron en abril, citando sus "reformas enérgicas y prometedoras" iniciadas en 2010: el gasto público se redujo de 45.7% del PIB a 40.7%, incluso al mismo tiempo que "la satisfacción del público con la policía y otros servicios públicos había aumentado"; un millón de trabajadores del sector público fueron despedidos, pero el desempleo estaba en un mínimo histórico.[137] El Partido Laborista, entonces bajo Ed Miliband, era una amenaza para todo ese progreso, porque, a pesar del compromiso de continuar con la austeridad, también tenía planes para aumentar la tasa máxima de los impuestos 5%, recaudar un "impuesto de mansión" sobre las casas con un valor de más de dos millones de libras esterlinas y limitar los aumentos de los alquileres, los contratos sin límite de horario y la factura de la energía doméstica. Esas tímidas medidas no solamente "entrañaban el riesgo de ahuyentar a los más emprendedores, en particular a los talentosos libres de compromisos de todo el mundo que atrae Londres", sino que revelaban "una fe infundada en la sabiduría del go-

[136] *Idem.* En lo que respecta a la visión compensatoria del giro neoliberal en Suecia, véase Göran Therborn, "Twilight of Swedish Social Democracy", *New Left Review,* núm. 113, septiembre de 2018, pp. 5-26.

[137] *The Economist* negó que hubiese una crisis de la calidad de vida; a pesar de que los salarios habían caído continuamente desde 2008, el trabajo precario y con salarios bajos seguía siendo "preferible, tanto en función de la eficacia económica como en la de la equidad social, a los padecimientos franceses o italianos del desempleo generalizado [...] La Gran Bretaña será un modelo para Europa si los *tories* pueden impulsar la productividad"; "Who Should Govern Britain?", *The Economist,* 30 de abril de 2015.

bierno".[138] Cuando un izquierdista sincero surgió para encabezar al Partido Laborista después de la esperada derrota que Miliband sufrió en las urnas, *The Economist* quedó atrapado entre la incredulidad y el desdén: perdido en una "distorsión del tiempo político", Jeremy Corbyn no tenía "nada que ofrecer, a excepción de las fórmulas vacías y agotadas que sus predecesores habían abandonado por la muy buena razón de que habían fracasado", condenando al Partido Laborista al "olvido electoral" hasta el día en que él renunciara, que seguramente sería pronto.[139]

Al otro lado del Atlántico, los Estados Unidos parecían más inspiradores que nunca… o, al menos, su presidente saliente lo parecía: en octubre de 2016, Obama se convirtió en el primero en aportar un artículo firmado a *The Economist* —lo cual mostraba lo completamente armonioso que era el matrimonio ideológico entre ellos—, en el que advertía de los peligros del populismo, declaraba al capitalismo como "el mayor motor de prosperidad y oportunidad que el mundo haya conocido jamás" y describía las elecciones próximas como una opción para "retornar a las antiguas economías cerradas o seguir adelante, reconociendo la desigualdad que puede venir con la globalización mientras nos comprometemos a hacer que la economía mundial funcione mejor para todos los pueblos".[140] Cuando el telón del tiempo de Obama en el cargo caía, *The Economist* despedía su última aventura militar en el extranjero: la orquestación del asalto de Arabia Saudita a Yemen. Más tarde —después de que Riad impusiera el bloqueo económico a Yemen y luego de que dos años de azotar al país por tierra, mar y aire provocaran la peor crisis humanitaria en cualquier parte del mundo—, el semanario finalmente preguntó si podría estar en juego una cuestión moral: "¿Cómo puede Occidente denunciar la matanza en Siria cuando su propio aliado está bombardeando a civiles en Yemen?" En realidad, con bastante facilidad, porque las dos guerras eran diferentes: "Occidente debería permanecer cerca de los saudíes, por incómodo que eso pueda ser", buscando sólo "contener el daño de su campaña aérea y, para cerrar , ponerle fin".[141] A lo que su cobertura restó importancia

[138] "Si se saliere con la suya, sería el primer ministro más radical en lo económico desde Margaret Thatcher." *Idem.*

[139] "The Land that Labour Forgot", *The Economist,* 5 de septiembre de 2015. "Sólo en aceptando esa discontinuidad en el flujo normal del tiempo que constituye la fraternidad de extrema izquierda del señor Corbyn podría un programa de una nueva nacionalización y un activismo sindical potenciado ser la solución a la desigualdad." Los controles de los alquileres "exacerbarían la escasez" de viviendas, mientras que la "facilitación cuantitativa [QE, por sus siglas en inglés, correspondientes a quantitative easing] para el pueblo" —término económico derivado de la flexibilización cuantitativa emprendida por los bancos centrales para apuntalar los precios de los activos y estimular los préstamos privados después de 2008— "amenaza con convertirse en un estímulo fiscal desbocado"; además, la eliminación de las tasas de la matrícula universitaria "sería regresiva y contraproducente"; "Backwards Comrades", *The Economist,* 19 de septiembre de 2015.

[140] "The Way Ahead", *The Economist,* 8 de octubre de 2016.

[141] "The West Should Help Saudi Arabia Limit Its War in Yemen", *The Economist*, 15 de octubre de 2016.

no fue solamente al sufrimiento infligido por los ataques lanzados por Arabia Saudita, más de 60% de los cuales alcanzó objetivos no militares (bodas y funerales, granjas y pesquerías), sino también a la culpa directa de los Estados Unidos en el suministro de aviones de guerra, bombas, inteligencia, blancos y reabastecimiento de combustible para llevarlos a cabo.[142]

El primer año y pico de Beddoes hizo menos énfasis sobre las controversias que sobre el tono: el "periodismo para estimular la mente" estaba a la orden del día, desarrollado sobre cuestiones relacionadas con el ciclo de vida y adicionado con montones de nuevas tecnologías. *The Economist* examinó el futuro del autismo, los clones, los drones, la longevidad, los *milenials* (o *milénicos,* los pertenecientes a la generación Y), el suicidio asistido, la resistencia viral, los microchips, los robots, la inteligencia artificial, los automóviles sin conductor, la ingeniería genética y la mecánica cuántica. En 2016 declaró a *The Guardian:* "No queremos ser el abuelo en la discoteca", lo que apuntaba hacia los ocho empleados de redes sociales que el semanario había contratado, así como a la tormenta de artículos publicados en Twitter con la finalidad de convertir a millones de seguidores de las redes sociales en suscripciones pagadas y contar con más recursos para dedicarlos a The Economist Radio, The Economist TV y, ahora, The Economist Film.[143] Meses después del ascenso de Beddoes, el propio *The Economist* cambió de manos, cuando Pearson decidió vender su participación de 50% en la empresa, poco después de deshacerse del diario *Financial Times* en un acuerdo con Nikkei, el gigante de las noticias financieras de Japón. En ese último caso, debido a su inusual escritura de constitución, *The Economist* pudo reunir su propia oferta en efectivo de 469 millones de libras esterlinas… junto con Exor Investments —el conglomerado de la familia Agnelli que controla entidades tan diversas como Fiat, Juventus y *La Stampa*—, con lo que este último se hacía de 43.4% de participación en The Economist Group, si bien aceptaba un límite de votos de 20%. Para financiar el trato, el semanario acordó vender su histórica torre de St. James Street en aproximadamente 130 millones de libras esterlinas, por lo que, a finales de 2017, unos 200 empleados se trasladaron a unas oficinas construidas a la medida —aptas para una "organización de mediados del siglo XXI", como lo expresó Beddoes—, cerca de las instalaciones que había ocupado a finales del siglo XIX, en la bulliciosa Strand Street.

[142] Además de un número de civiles muertos de aproximadamente 6 500 como resultado directo de la guerra (la cifra real es probablemente mucho más alta, de acuerdo con la ONU), se estima que 85 000 niños han muerto de hambre desde 2015. En 2018, más de un millón de yemeníes estaban infectados con cólera y 16 millones (más de la mitad de la población) tenían "deficiencia alimentaria"; Derek Watkins y Declan Walsh, "Saudi Strikes, American Bombs, Yemeni Suffering", *The New York Times,* 27 de diciembre de 2018. Véase también Yemen Data Project (Proyecto de datos de Yemen), www.yemendataproject.org.

[143] *The Guardian,* 29 de mayo de 2016.

CONCLUSIÓN:
EL PROGRESO DEL LIBERALISMO

Cualquier idea de que el "verdadero progresismo" tenía una senda clara frente a él se desvaneció en junio de 2016, cuando sobre *The Economist* cayó el primero de una serie de mazazos. El "Brexit" (la salida de la Gran Bretaña de la Unión Europea), que David Cameron se había comprometido a presentar al pueblo británico como un simple voto para salir o permanecer en la Unión Europea, arrojó un veredicto asombroso cuando una mayoría optó por que la Gran Bretaña saliera de la Unión, en contra del consejo de los economistas y de todos los dirigentes de los principales partidos, y en contra de las advertencias personales del presidente Obama, de los dirigentes del Fondo Monetario Internacional (FMI), de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y de la empresa de servicios financieros JP Morgan Chase. En el panorama mediático bastante más diverso y competitivo de la Gran Bretaña, ningún medio se mostró más claramente en pro de permanecer que *The Economist,* con una portada antiBrexit en la víspera del referéndum en el que fue su mejor éxito de ventas en años: un número que se agotó en los quioscos.[1]

En esa edición, el semanario advirtió en contra de la "ilusión" promovida por los "liberales pro abandono" de que, fuera de la Unión Europea (UE), la Gran Bretaña podría convertirse en un "Singapur en tratamiento con esteroides": la mitad de todas las exportaciones se dirigía al mercado europeo único, que también era vital para la City, en la forma de derechos de salvoconducto para sus bancos de propiedad extranjera. El último aspecto era el más importante, como lo había sido desde que *The Economist* defendió por primera vez el volverse hacia Europa y alejarse de la zona de la libra esterlina: el hecho de que las firmas financieras estadunidenses, japonesas, suizas y de otros países con sede en la City obtuviesen acceso a los clientes en los 27 Estados miembros había dado a Londres la supremacía, con el 70% del mercado dirigido a derivados de los tipos de interés denominados en euros y el 90% del mercado de corretaje de primera clase prestando servicios a los fondos de cobertura. El libre comercio tampoco daría un paso adelante repentinamente, dado que "la lenta y agotadora historia de la liberalización comercial [mostraba] que los mercantilistas tienden a tener la ventaja"; además, los "obstáculos al crecimiento" tenían menos que ver con los burócratas de

[1] Reuters Institute for the Study of Journalism, "UK Newspapers' Positions on Brexit", Oxford University, 23 de mayo de 2016.

Bruselas que con la Gran Bretaña, con "muy pocas casas nuevas, una infraestructura deficiente y una brecha en lo que respecta a las habilidades".[2] Una semana después, el resultado fue "un golpe sin sentido autoinfligido" y una "división trágica": "la caída de la libra esterlina" presagiaba una recesión, "una economía permanentemente menos vibrante", "una austeridad adicional" y la posible desintegración de la Unión Europea, así como del Reino Unido. Sofocando toda expresión de emotividad, el semanario hizo un llamamiento a que hubiese un segundo referéndum para aprobar los términos del Brexit, de preferencia conforme al modelo noruego, que garantiza el pleno acceso al mercado único (referéndum que "podría ser más fácil de ganar de lo que parece posible hoy", porque "la economía sufrirá y la inmigración caerá por sí sola"). Para contener una reacción violenta similar en otros lugares, la Unión Europea debía impulsar el crecimiento "complementando el mercado único de, digamos, los servicios digitales y los mercados de capitales" y creando una "unión bancaria adecuada".[3]

En los Estados Unidos, el "verdaderamente aterrador" Donald Trump se dio cuenta de inmediato de los paralelismos entre su propia candidatura presidencial y el Brexit y calificó a este último como "algo maravilloso" en una visita a su campo de golf de Escocia en junio de ese año de 2016. *The Economist* había pedido a los republicanos que se mantuvieran alejados del magnate inmobiliario desde las elecciones primarias de 2015, con poco éxito, y no le agradó nada después: en una entrevista, un desconcertado jefe de la sede de Nueva York sondeó a Trump en su oficina, "la cueva de Aladino del resoplido de la celebridad", con un escritorio lleno de revistas como en una "sala de espera de dentista", un "montón de ejemplares de *The Economist* con Trump en la portada" y la garantía de "Los pongo a ustedes al frente".[4] Sobre todo, el semanario objetó el pesimismo de Trump como indigno de Reagan (un hombre al que él profesaba admirar) y una "caricatura" de los Estados Unidos, que no estaban tan sembrados de odio ni se hallaban en tan malas condiciones como él decía, "y, de acuerdo con todas las mediciones, son más prósperos, más pacíficos y menos racistas que nunca antes". La recuperación económica era entonces "la cuarta más prolongada registrada, el

[2] "Algunos ciudadanos británicos han perdido la esperanza en que su país tenga capacidad para afectar a lo que ocurre en Bruselas; no obstante, la Gran Bretaña ha desempeñado una función decisiva en Europa; pregúnteseles a los franceses, que se pasaron los años sesenta impidiéndole ingresar al club. La Gran Bretaña abogó tanto por la política de competencia como por el mercado único y la extensión al Este"; "Divided We Fall", *The Economist,* 18 de junio de 2016.

[3] "A Tragic Split" y "Brex and the City", *The Economist,* ambos del 24 de junio de 2016.

[4] "Los republicanos deberían escuchar con mucha atención al señor Trump y votar por alguien más"; "Trump's America" y "Brawl Begins", *The Economist,* 5 de septiembre de 2015 y 30 de enero de 2016, respectivamente. "Por fortuna, es probable que el señor Trump perderá las elecciones generales. Será difícil que un candidato al que dos tercios de los estadunidenses consideran desfavorable obtenga 65 millones de votos […] la proporción de mujeres que lo desaprueban es aún mayor." "Trump's Triumph" y "Fear Trumps Hope", *The Economist,* 7 de mayo de 2016.

mercado de valores se encuentra en un máximo histórico, el desempleo está por debajo del 5% y los salarios promedio reales por fin están comenzando a aumentar".[5]

Si se descartasen la raza y la economía, ¿qué estaba fallando en los Estados Unidos?: el propio Trump, "quien más ha hecho para agudizar la ira nacional" con su prohibición de los musulmanes, el muro con México, los aranceles contra China y los ataques contra la OTAN… todo al grito de "encierren" a Hillary Clinton.[6] En noviembre, como un excesivo respaldo a ella, el semanario describió a Clinton como una astuta defensora del cambio político y social gradual, que podía guiar los proyectos de ley sobre el permiso parental o la reforma de las sentencias por medio del Congreso y demostrar que "la política ordinaria funciona para la gente ordinaria"; en asuntos exteriores, tenía el "juicio y la experiencia" adecuados, como lo ejemplificaba su apoyo inicial a la participación de los Estados Unidos en Siria. Trump, por el contrario, era "terriblemente inadecuado" para gobernar a "la nación hacia la que el resto del mundo democrático vuelve la mirada en busca de liderazgo" o para ser "comandante en jefe de las fuerzas armadas más poderosas del mundo y la persona que tiene bajo su mando el uso de las armas de disuasión nuclear de los Estados Unidos". Con tanto en juego, la "elección no era difícil", un aspecto en el que hizo hincapié al declarar: "Preferiríamos haber respaldado a Richard Nixon, aun cuando hubiésemos sabido que, más adelante, caería en desgracia".[7] (En realidad, apoyó a Nixon.) Una semana después, castigado por el resultado, *The Economist* se preguntó a voz en cuello si había entendido mal toda la época de la historia desde la caída del muro de Berlín: "La elección de Trump es un revés para todos los liberales, incluido este semanario".[8]

Comoquiera que sea, a pesar de ese momento de introspección, las conmociones continuaron para *The Economist,* que no fue más visionario después del Brexit y Trump que antes. En la Gran Bretaña, acogió con beneplácito las elecciones anticipadas de 2017 convocadas por la nueva primera ministra, Theresa May, para "tener más autoridad" como una persona con

[5] "The Dividing of America", *The Economist,* 16 de julio de 2016. "America's Best Hope", *The Economist,* 5 de noviembre de 2016.

[6] "The Dividing of America", *The Economist, op. cit*.

[7] "America's Best Hope", *The Economist, op. cit*.

[8] "Los mercados abiertos y la democracia clásicamente liberal que defendemos, y que parecían haberse afirmado en 1989, han sido rechazados por el electorado, primero en la Gran Bretaña y, ahora, en los Estados Unidos, y bien podrían seguir Francia, Italia y otros países europeos. Es evidente que el apoyo popular al orden occidental dependía más de un crecimiento rápido y del efecto galvanizador de la amenaza soviética que de la convicción intelectual. Recientemente, las democracias occidentales han hecho demasiado poco para distribuir los beneficios de la prosperidad. Los políticos y los expertos dan por sentada la aquiescencia de los desilusionados [… después de Trump] el extenso y arduo trabajo de ganar la argumentación en pro del internacionalismo liberal comienza una vez más." "The Trump Era", *The Economist,* 12 de noviembre de 2016.

sentido común, dejándola en libertad de buscar un Brexit más terso y aniquilar al Partido Laborista, cuyas encuestas de opinión mostraban que ella iba adelante por más de 20 puntos en abril. Coincidiendo con el resto de los medios británicos, el semanario estaba seguro de que Jeremy Corbyn —"sin sesos", "izquierdista loco", "blando" con Putin, Chávez y el terrorismo— sufriría una derrota aplastante, lo que daría paso a un líder laborista sensato del mismo tipo que Tony Blair. Eso le daba espacio para tratar de adivinar la escala de la derrota inminente: ¿más parecida a la de 1983, cuando el laborismo obtuvo únicamente 209 escaños con Michael Foot, su dirigente izquierdista, o a la de 1935, cuando sólo obtuvo 154 escaños?[9] En realidad, Corbyn condujo a su partido al mayor vuelco electoral en su favor desde 1945, eliminando a la mayoría conservadora, para lograr un Parlamento sin mayoría clara. Para aferrarse al poder, May tendría que depender del diminuto Partido Unionista Democrático de extrema derecha de Irlanda del Norte. Corbyn lo logró; además, sobre la base de un manifiesto que prometía volver a nacionalizar los ferrocarriles y los servicios del agua y postal, aumentar el salario mínimo, reactivar la negociación colectiva, aumentar los impuestos a las personas acaudaladas y a las empresas y hacer gratuita la universidad una vez más… medidas, todas, a las que *The Economist* se opuso con vehemencia por "retrógradas" y "peligrosas".[10]

Ese último asalto contra el liberalismo fue la gota que colmó el vaso, dado que provocó insólitas señales de fragmentación y fractura en el semanario. Cuando la campaña del "liderazgo fuerte y estable" de May flaqueaba, *The Economist* cambió de opinión a mitad de camino y recomendó que se votase por los demócratas liberales ese junio como un "anticipo" de un futuro "partido de centro radical" —a la francesa, donde Emmanuel Macron había demolido las antiguas oposiciones de izquierda a derecha con el partido *En Marche,* inspirando a "Francia, a Europa y a los centristas de todas partes"—.[11] En cierto momento Bagehot comparó amargamente a la

[9] "Una mayoría más numerosa dejaría a la señora May en mayor libertad de negociar soluciones intermedias de carácter sensato con la Unión Europea" y "de hacer frente a los parlamentarios sin cargo en el gobierno que, apoyándola, se muestran ultraescépticos en lo relativo a Europa, algunos de los cuales parecen desear enérgicamente que la Gran Bretaña caiga de bruces y se quede exánime. Eso explica por qué la libra esterlina subió esta semana." "Game Change", "Theresa May: Tory of Tories" y "Hard Work for Labour", *The Economist,* 22 de abril de 2017.

[10] El aumento al salario mínimo significaría que "el 60% de los salarios de los trabajadores jóvenes sean fijados por el Estado". Las cuotas escolares gratuitas constituían "un amplio subsidio para la clase media y un golpe para los pobres, más de los cuales se han inscrito desde que las cuotas escolares ayudaron a generar más plazas"; "Britain's Missing Middle" y "Cor!" [exclamación equivalente a "¡Caramba!" o "¡Santo Dios!" (T.)], *The Economist,* 3 de junio de 2017.

[11] "Britain's Missing Middle" y "Europe's Saviour", *The Economist,* 3 y 17 de junio de 2017, respectivamente. Sophie Pedder, la jefa del semanario en París, era una fogosa seguidora de Macron; respecto a su idea de por qué Francia lo necesitaba, véase su libro *Le déni français: les derniers enfants gâtés de l'Europe,* J. C. Lattès, París, 2012, y "France in Denial", *The Economist,* 31 de mayo de 2012.

clase política británica con un equipo de críquet de segunda categoría cuyo mejor bateador era "un criptocomunista que nunca ha hecho correr nada más que su propia boca"; al momento siguiente, hizo un cumplido a Corbyn, aplaudiéndolo como un innovador perturbador.[12] Meses antes, en Italia, mostró una esquizofrenia similar: cuando Matteo Renzi, el primer ministro, devoto de la tercera vía de Blair, presentó cambios constitucionales diseñados para afianzarlo en el poder, *The Economist* se pronunció contra ellos; esto provocó la consternación de su propio corresponsal en Roma, quien la expuso de manera extraoficial en *La Repubblica*. El diario liberal italiano, furioso por esa "brutal declaración jurada anti Renzi" y esa "bofetada en la cara", publicó la historia en la primera plana, informando que la decisión había dividido al personal de *The Economist,* con Beddoes y los editores más jóvenes en contra de respaldar a la Constitución y la sección sobre Europa a favor. "Apoyamos la permanencia dentro de la UE y a Hillary", explicaba su fuente anónima. Respaldar el referéndum de Renzi cuando también corría el riesgo de sufrir una derrota, como sucedió posteriormente, "podría haberse considerado como el beso de la muerte"; ése fue, al menos, el punto de vista de John Hooper, que fue quien filtró esos chismes y luego escribió en pro de las reformas de Renzi en la revista *The World in 2017,* de *The Economist*.[13]

Cuando observó esas tergiversaciones, un antiguo editor de rango superior calificó todo el episodio como un momento de crisis de identidad del semanario: "*The Economist* cree en el capitalismo de libre comercio, por supuesto, pero también cree en los Estados Unidos". ¿Qué hacer cuando uno y otro tropiezan?: "Desde Knight, la función del editor ha sido llevar a un personal de centro, o incluso de centro izquierda, a la derecha" —piénsese en Knight y Reagan, en Pennant-Rea y la primera Guerra del Golfo, en Emmott e Iraq, en Micklethwait y los neocontras y la derecha religiosa—. Eso funcionaba, siempre y cuando el semanario estuviese al frente de la ola neoliberal, acercándose a ella o en la ofensiva; pero, ¿ahora, en la era de Trump? "En el pasado, *The Economist* habría intentado escandalizar a la opinión respetable, apoyarlo de alguna manera […] pero se ha visto obligado a adoptar la misma posición que *The New York Times*. Durante 30 años capturó el *zeitgeist,* pero el *zeitgeist* parece haber seguido adelante." Otro editor de la vieja guardia que todavía está en el semanario se quejó de que las reuniones se habían convertido en una farsa tipo *millenials* de advertencias provocativas, baños para ambos sexos y el movimiento #YoTambién.

[12] "El señor Corbyn ha revolucionado a la izquierda británica"; "The Remarkable Mr Corbyn", "The Second Eleven" y "Jeremy Corbyn, Entrepreneur", *The Economist,* 3, 10 y 17 de junio de 2017, en ese orden.

[13] "A Regretful No", *The Economist,* 26 de noviembre de 2016; Enrico Franceschini, "*L'Economist* vota No? Giornale spaccato. La sua edizione speciale è per il Sì", *La Reppublica,* 25 de noviembre de 2016, y "Renzi's Gamble", *The World in 2017, The Economist*.

Asimismo están las cifras de la circulación del semanario, que ya no desafían la gravedad: la circulación impresa cayó a 1.25 millones, aunque 30 000 suscriptores de la edición digital han estabilizado el número de lectores en cerca de 1.5 millones.[14] De acuerdo con los ejecutivos, una gran parte de las pérdidas son producto de la eliminación de las suscripciones con descuento y las suscripciones al por mayor a salones y clubes, como parte de un enfoque en los lectores de primera que incluyó un aumento de precios de 20% en 2016; como resultado, surgió una nueva métrica —de los ingresos por ejemplar—, incluso a pesar de que la publicidad impresa estaba disminuyendo y, en 2016, ya solamente representó el 18% de las ventas de The Economist Group, frente a más del 40% que obtuvo en 2009 (aunque con la cifra de 35 millones de libras esterlinas todavía supera los ingresos por publicidad digital, de 23 millones de libras esterlinas).[15] Ésa es la razón por la que Micklethwait decidió describir como modelos los servicios de televisión *premium* de pago adicional, como HBO y Sky, y fue la razón fundamental para inyectar millones en la adquisición de nuevos suscriptores, vendiendo helados de insectos y café con heces de civeta en los camiones de comida situados en las esquinas de las calles de la ciudad, y abriéndose paso por Snapchat, Twitter, Facebook y Apple News, con *podcasts* (archivos multimedia) y un programa o aplicación de realidad virtual, para atraer la atención de "62 millones de potenciales lectores curiosos de todo el mundo". El que *The Economist* pueda soportar ese grado de curiosidad y, al mismo tiempo, conservar su identidad especial es otra historia.

El liberalismo: una historia de amor

Como para subrayar la sensación de que el liberalismo en sí mismo se encuentra en una encrucijada, un periodista de *The Economist* llevó a cabo un estudio histórico serio del semanario por primera vez en 2014. Edmund Fawcett, antiguo corresponsal en Washington, París y Berlín, que también editó la sección del semanario sobre Europa y la de reseña de libros, se propuso escribir "una crónica no especializada desde el punto de vista biográfico", basándose en sus 30 años de servicio a lo que él denomina —en contraste con el comunismo— "el Dios que triunfó". En alcance y erudición, el libro de Fawcett *Liberalism: The Life of an Idea* es un corte intelectual respecto a cualquier libro anterior escrito por un miembro del personal de *The Economist* de la posguerra; sin embargo, también es claramente la obra de uno de ellos, marcada por el ingenio, el brío y una sensibilidad activa y vigorosa

[14] "Las ventas pagadas cayeron en 2014 por primera vez en 15 años"; Henry Mance, "Zanny Minton Beddoes Appointed Editor of *The Economist*", *The Financial Times,* 22 de enero de 2015.

[15] The Economist Group, *Annual Report 2017*, The Economist Group, Londres, 2018, en https://www.economistgroup.com/pdfs/Annual_report_2017_FINAL.pdf, pp. 3 y 8.

para los acontecimientos. El autor sitúa a los pensadores junto a los políticos y a la teoría junto a la práctica, para esbozar al liberalismo "de manera naturalista, como una adaptación regida por normas a las circunstancias históricas", definido por cuatro "ideas generales": aceptación del conflicto ético-material ineludible; desconfianza del poder; fe en el progreso humano, y respeto cívico por los demás, independientemente de lo que piensen, como "una semilla democrática en un credo por lo demás antidemocrático". Su combinación es, sostiene Fawcett, lo que distingue al liberalismo del socialismo y el conservadurismo, el comunismo y el fascismo, el autoritarismo competitivo, el populismo nacional y la teocracia islámica.[16]

Desde ese punto de partida, Fawcett se aparta de la convención de dos maneras importantes. En primer lugar, mediante una ruptura con el provincialismo anglófono, en una cuadrícula cuádruple, esboza los rasgos definitorios del liberalismo de la Gran Bretaña, Francia, Alemania y los Estados Unidos. Aunque la exclusión de Italia —dada la eminencia de Benedetto Croce en cuanto filósofo, de Guido de Ruggiero en cuanto historiador y de Luigi Einaudi en cuanto practicante del liberalismo— es conspicua y la cuadrícula se extiende con el fin de abarcar a personajes menores de Francia y Alemania para mantener su congruencia, la escala de la empresa es impresionante. En segundo lugar, en el relato de Fawcett el liberalismo no nació con la teoría política del siglo XVII o el pensamiento económico del siglo XVIII, sino con el capitalismo de principios del siglo XIX y como reacción a él. Tampoco fueron británicos sus primeros progenitores importantes: ni John Locke ni Adam Smith pusieron en marcha esa historia del liberalismo, sino dos continentales, Alexander von Humboldt y Benjamin Constant, y su impulso resultante proviene menos de las nociones originarias de libertad que de una necesidad constante de gestionar el cambio industrial después de 1815. A partir de entonces, el liberalismo avanza a través de tres fases históricas diferenciadas: desde la confianza de su juventud durante el periodo de 1830 a 1880, pasando a través de las dificultades y los retrocesos en el momento de su madurez de 1880 a 1945, hasta la recuperación y el triunfo en la época de 1945 a 1989.

En la primera de esas fases, los liberales se mantuvieron firmes en contra, por un lado, del régimen absolutista y, por el otro, de las masas plebeyas, defendiendo los derechos de los propietarios y los cultos en contra de uno y otras. En Francia, François Guizot y Alexis de Tocqueville, en su calidad de grandes pensadores y políticos, personificaron la vigorosa unidad juvenil de ese liberalismo. Guizot, historiador de la Sorbona y "liberal de primer orden", que defendía "la ilegitimidad radical de todo poder absoluto", se desempeñó como primer ministro con poder dominante en la monarquía constitucional de Luis Felipe a partir de 1830, asegurándose de que no fuese

[16] Edmund Fawcett, *Liberalism: The Life of an Idea*, Princeton University Press, Princeton, 2014, pp. XI, XIII-XIV, 5, 25 y 293 [edición en español: *Sueños y pesadillas liberales en el siglo XXI*, trad. de Roberto Ramos Fontecoba, Página Indómita, Barcelona, 2019].

debilitada por la extensión del voto a los incapaces de utilizarlo con responsabilidad: los únicos soberanos aceptables en política eran la ley, la justicia y la razón. Tocqueville, autor del clásico sociológico *De la démocratie en Amérique*, que se desempeñó como ministro de Asuntos Exteriores durante la Segunda República, desarrolló la idea de las asociaciones voluntarias de la sociedad civil como contrapeso tanto del poder estatal despótico como de la democracia popular. En Alemania, Hermann Schulze-Delitzsch, juez y legislador, popularizó los bancos mutuales y las cooperativas con el propósito de que los trabajadores pudieran ayudarse a sí mismos a ascender por las prósperas categorías medias de la sociedad. La Gran Bretaña tenía abundantes personajes comparables: Edwin Chadwick, el reformador de las leyes sobre el alivio de la pobreza y la prevención de las enfermedades de los pobres; Richard Cobden, el tribuno del libre comercio; Samuel Smiles, el consejero de la autoayuda, y, sobre todo, John Stuart Mill, el filósofo político, economista y parlamentario por Westminster que combinó mejor que nadie los valores liberales superlativos de la época, apreciándolos todos, pero reconociendo los "peligros y complejidades" de cada uno de ellos.[17] En ese paisaje, destacaban los dos más grandes estadistas de la época: Abraham Lincoln, quien dio expresión inmortal a los objetivos e ideales del liberalismo estadunidense en Gettysburg, y William Gladstone, defensor del libre comercio y el presupuesto frugal, cuyo lenguaje sobre los derechos y la simpatía, la decencia internacional y la autodeterminación proporcionó un enfoque moral a los liberales tanto en Inglaterra como fuera de ella.

En una segunda fase, el liberalismo avanzó a tientas hacia "una solución intermedia de tipo económico con la democracia para salvar al capitalismo", marcando un paso a la edad adulta que estuvo lejos de ser fácil, porque la mayoría de los liberales temía a la democracia. Como lo expresó Guizot en 1851: "Se puede sofocar un motín con los soldados y asegurar una elección con los campesinos", pero, para gobernar, "se necesita el apoyo de las clases altas, que son las clases gobernantes de manera natural".[18] Pero, con el paso del tiempo, la presión para la expansión del sufragio aumentó de manera constante y su rechazo fue cada vez menos político, en tanto que la oposición liberal a un sufragio más generalizado se convirtió, "cuando mucho, en una participación dilatoria". Por diversas razones, los partidos liberales podían sufrir debido al aumento de la política de masas, pero, "así como el liberalismo hacía concesiones a la democracia, la democracia las hacía al liberalismo". En ese toma y daca, "el liberalismo se mantuvo en posición de

[17] *Ibid.*, pp. 61, 80-81 y 85.

[18] En la Gran Bretaña, el parlamentario Robert Lowe (autor de la Companies Act [Ley de Empresas] de 1856) advirtió de la amenaza a la propiedad y a la economía política en 1866, y, en los decenios siguientes, los historiadores Henry Sumner Maine y W. E. H. Lecky condenaron a la democracia como una "monarquía invertida" y "el mandato de los más ignorantes"; Fawcett, *Liberalism: The Life…*, *op. cit.*, pp. 152-153.

ganar, en una gran medida, mucho más de lo que perdía, porque en el meollo de la contemporización histórica estaba el compromiso de contemporizar en sí mismo". Con el triunfo del liberalismo, "la idea de la política como control total fue llevada a los extremos", con el fin de proteger a la sociedad de los anhelos socialistas y los resentimientos conservadores.[19]

Parte del trato era no simplemente un sufragio más generalizado, sino cierto blindaje contra las dificultades. Al encontrar "un techo común para la Casa de Tener y la Casa de Hacerle a Uno Falta", Francia fue la primera con su republicanismo democrático a partir de 1870, seguida por Alemania con sus disposiciones de bienestar social bajo Bismarck, y, después, por la llegada del nuevo liberalismo a la Gran Bretaña y del progresismo a los Estados Unidos. La reforma social fue el sello distintivo de cada cual, y, en este respecto, Alemania fue la más liberal, con el seguro de enfermedad y vejez y la cobertura de accidentes industriales hacia 1889. Los pensadores liberales trabajaron para justificar las nuevas responsabilidades del Estado: en la Gran Bretaña, el filósofo T. H. Green fue más allá del *laissez-faire,* sosteniendo que las autoridades públicas no sólo deberían proteger la libertad negativa de los individuos respecto del poder arbitrario o la interferencia en sus vidas, sino también fomentar las condiciones positivas de la libertad para actuar de acuerdo con el valor de los individuos. En Francia, el primer ministro radical Léon Bourgeois adaptó el término de izquierda *solidaridad* para describir la deuda que cada ciudadano tenía con la sociedad y que debía ser liquidada mediante el pago del impuesto sobre la renta. En los Estados Unidos, Herbert Croly siguió una postura similar como editor fundador de la revista *The New Republic,* en la que se exhortaba a una vigorosa intervención de Washington en el fomento a la ciencia, la eficiencia y la justicia social.

La primera Guerra Mundial fue una conmoción para el liberalismo progresista de esa época; pero para 1917 ya había producido un trío de "líderes sobresalientes" —Lloyd George, Clemenceau y Wilson— que demostraron ser capaces de ganar la guerra para bien del mejor lado. Superado ese revés, lo peor estaba por venir: la Gran Depresión fue la decepción más aguda hasta entonces para los liberales, que se esforzaron por diagnosticar sus causas o prescribir sus curas. Keynes en Cambridge, Fischer en Yale y Hayek en la London School of Economics diferían en sus intentos de dilucidar cada una de aquéllas y éstas —el bajo consumo, que se contrarrestaba impulsándolo; la deuda-deflación, que se corregía mediante la intervención del banco central para subir los precios; el exceso de inversión, permitiendo que los mercados lo compensaran—, pero, en un plano más profundo, coincidieron en la búsqueda de soluciones liberales a la crisis de la época.[20] Asimismo, al poner a prueba esas ideas mediante el ensayo y el error, Hoover y Roosevelt

[19] *Ibid.*, pp. 144, 152-153 y 156.
[20] *Ibid.*, p. 248.

también fueron liberales, si bien este último con mucho mayor éxito como el mejor político: su *New Deal* inspiró alarma por su violación de los principios del libre mercado entre los pensadores que se reunieron en París en 1938 para honrar al periodista Walter Lippmann. La reacción produjo un antídoto poderoso, aunque exagerado, en 1944, con el libro *The Road to Serfdom* de Hayek, "un clásico negro" sobre la senda rumbo a la servidumbre, en el que "un liberal incomprendido camina por las calles pobres de un mundo colectivizado"; pero, en la práctica, proporcionó un caso ejemplar de la "ingeniería social carente de sistematicidad" defendida como antídoto del comunismo un año después por Karl Popper en su clásico complementario *The Open Society and Its Enemies*.[21]

El tercer periodo del liberalismo después de 1945 se basaría en cada una de esas reacciones opuestas a la crisis de entreguerras en fases sucesivas. Durante 30 años se inclinó mucho más hacia Keynes que hacia Lippmann y su círculo, a medida que las sociedades occidentales se transformaban en democracias de pleno derecho basadas en el sufragio universal y el consumo generalizado y desplegaban los instrumentos anticíclicos de la política fiscal y monetaria a cuya aplicación él había urgido con el propósito de asegurar el pleno empleo y los salarios altos. El gasto del consumidor representaba ya el lado económico de la solución negociada a que llegó el liberalismo con la democracia, con una distribución más equitativa de la riqueza, mientras que en la Gran Bretaña el no menos liberal William Beveridge fue precursor del Estado de bienestar moderno, con formas interrelacionadas de los seguros y el Servicio Nacional de Salud en su núcleo. Asimismo, el liberalismo se reconstruyó políticamente sobre una base más firme de derechos: la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, en la que el padre de Fawcett trabajó en representación del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, fue la inspiración; asociaciones cívicas como Amnistía Internacional, fundada por Peter Benenson en 1961, se esforzaron por que se garantizase su respeto. En Alemania, otro pilar legal del orden de la posguerra fue la *Grundgesetz* de 1949, "la Constitución ejemplar de la democracia liberal", aprobada sin necesidad de ningún voto directo o popular.[22] Entre bastidores, los filósofos Michael Oakeshott e Isaiah Berlin fueron unos elocuentes exponentes de las virtudes silenciosas de la libertad negativa y una diversidad de fines, mientras que John Rawls defendió los derechos, antes bien que las consecuencias, como una norma de valor para los liberales, lo cual estimuló innumerables respuestas de personas con ideas similares.

En esos años, según el relato de Fawcett, un conjunto de políticos liberales pragmáticos ejercieron su oficio con admirable habilidad posterior a la ideología y determinación para avanzar con mucho esfuerzo, tal como lo ha-

[21] *Ibid.*, p. 277.
[22] *Ibid.*, p. 307.

bía recomendado Max Weber; en Francia, Pierre Mendès-France fue un apasionado "centrista liberal"; en la casa de al lado, Willy Brandt persuadió a los socialdemócratas alemanes de que descartaran la pretensión de que eran socialistas y no liberales, lo que dio sus frutos en las urnas en 1969; en los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson defendió la legislación sobre los derechos civiles y promulgó amplias reformas sociales para crear una "Gran Sociedad". Pero a finales de los años setenta se había producido una reacción debido a que el estancamiento y la inflación mostraron que las recetas keynesianas para el crecimiento tenían límites. Desde la segunda Guerra Mundial, y en virtud de una división cada vez más profunda del trabajo social, el liberalismo se había profesionalizado en ramas separadas: los políticos ya no eran pensadores, mientras que los pensadores rara vez se convirtieron en políticos; pero las ideas todavía contaban y quienes las desarrollaron comprendían un conjunto de teóricos, herederos de Lippmann y sus colegas, cuyos argumentos ya tenían un efecto práctico notable en la política. En los Estados Unidos, James Buchanan, el economista preferido por el público, hizo presión para que se impusieran límites legales a los impuestos y el gasto, mientras que Milton Friedman encabezó la carga por la desregulación y la privatización. Más amplio y abarcador que cualquiera de los dos fue el conjunto de obras de posguerra producido por Hayek, en las que se vinculaban los argumentos políticos, epistemológicos y económicos contra la intervención del Estado al funcionamiento de los mercados libres y la distribución de los ingresos en una síntesis convincente, aunque, al final, demasiado utilitaria.

Al lidiar con los nuevos problemas de la estanflación, los políticos liberales prestaron atención al consejo de esos pensadores liberales. En 1979, un grupo de líderes destacados comenzó a actuar de acuerdo con sus puntos de vista. Con la obra de Hayek en la bolsa de mano, Thatcher mostró un gran valor y carisma al restablecer el vigor del libre mercado en la sociedad británica, aunque, paradójicamente, concentrando el poder político en el Parlamento y el poder económico en las grandes empresas.[23] Al año siguiente, Reagan llegó al cargo gracias al liberalismo decepcionado de los votantes demócratas y, reduciendo drásticamente los impuestos y la burocracia, restableció el dinamismo y la prosperidad en los Estados Unidos. En Francia, Mitterrand fue elegido por el Partido Socialista, pero, enfrentado a las realidades de la Comunidad Europea en los años ochenta, descartó cualquier aislacionismo al estilo albanés para convertirse en el primer presidente liberal de la Quinta República. En Alemania, Helmut Kohl consiguió la unificación de su país, un logro histórico de rara imaginación y resolución políticas. En resumen, se rindió "crédito a los capitanes", que "aprendieron de los errores del pasado, hicieron que el liberalismo fuera universal y no sólo occidental, incorporaron al liberalismo en unas instituciones más justas, aceptaron los

[23] *Ibid.*, p. 380.

derechos sociales pero corrigieron sus costos posteriores, conquistaron la inflación y llevaron la paz y la unidad a un continente fratricida". Si los pensadores liberales de la época "dejaron lecciones sobre qué no hacer y qué no pensar", los políticos "dejaron resultados firmes: crearon un mundo globalizado". En 1989, "la confianza liberal había vuelto":[24] con la caída final del dios que fracasó, no podía haber sombra de duda de qué dios había tenido éxito.

Aunque desde entonces el clima para el liberalismo se ha oscurecido, Fawcett ve pocas razones para el desaliento. El ataque contra Occidente a las Torres Gemelas en 2001 y la crisis financiera de 2008 fueron, sin duda alguna, cada cual en sus diferentes formas, acontecimientos aleccionadores; pero los liberales deberían tener en cuenta que la confianza en sí mismos siempre ha tenido sus altibajos y que su fortaleza reside en su probada capacidad de autocrítica. Hoy, con una gran cantidad de ella, su vitalidad fundamental parece asegurada. El aumento de la desigualdad de los ingresos y la insuficiencia fiscal también son problemas preocupantes que es necesario abordar; pero sería un error que los liberales abandonaran sus valores debido a esos problemas. Debe evitarse la seductora creencia en el orden económico espontáneo o la confianza en narrativas providenciales del fin de la historia. Antes bien, la política sigue siendo la prioridad, lo cual significa hacer frente a las contingencias y al azar, como siempre lo han hecho los liberales. En Occidente puede haber un dejo de melancolía cuando se pregunta qué más se puede lograr, pero eso no es aplicable a Brasil, China, la India o Irán, donde los liberales "pueden darse el lujo de ser más progresistas y empeñosos: tienen trabajo para muchas vidas".[25]

La obra *Liberalism: The Life of an Idea* destaca entre las obras sobre ese tema, en su mayoría cavilaciones filosóficas poco convincentes y de alcance provincial desde el punto de vista intelectual, como un relato bien provisto de información histórica y realizado desde una perspectiva comparativa en el que se detalla lo que se ha convertido en el lenguaje político predominante de Occidente. Comienza con una nota fresca, evitando los tópicos anglófonos habituales, y no es parca en aparatos críticos; con todo, a pesar de esas virtudes, sigue siendo un ejercicio de apologética superior. Conceptualmente, las debilidades de la construcción resultante derivan de la definición vaga y apta para todo propósito del liberalismo que predomina en ella: aceptación del ineludible conflicto ético-material; desconfianza del poder; fe en el progreso humano, y respeto cívico por las opiniones de los otros; es decir, un cuarteto de devociones que representa a pocos o a ninguno de los personajes que aparecen en el libro. ¿Creían Humboldt o Constant que el conflicto era ineludible? ¿Desconfiaban Guizot o Weber del poder? ¿Respetaba Bagehot las opiniones de los otros? ¿Creía Tocqueville firmemente en el progreso? El

[24] *Ibid.*, p. 389.
[25] *Ibid.*, p. 407.

hecho de plantear simplemente esas interrogantes conlleva recordar lo mal que la mayoría de los practicantes de Fawcett encarnó los preceptos en cuestión, por impresionistas que sean éstos.

Ahora bien, un mérito de esa definición del liberalismo es que no incluye el término *democracia*. A ese respecto, Fawcett es claro: históricamente, la democracia y el liberalismo se diferenciaban con claridad; en 2014, ya jubilado, escribió una carta a *The Economist* reprendiéndolo por equipararlos: "El liberalismo consiste en cómo se debe proteger a la gente del poder indebido", mientras que "la democracia se trata de quién pertenece a ese círculo feliz", y añadió que los liberales como Schumpeter y Hayek entendían que "la democracia de los votantes estaba comúnmente en desacuerdo con la prosperidad económica".[26] Sin embargo, aunque nunca equiparó a los dos en sus propios escritos, sí convirtió de manera constante en eufemismos las actitudes y las políticas liberales de cara a la democracia. En el peor de los casos, los liberales "arrastraban los pies" en lo tocante a la extensión del sufragio, o no eran demócratas "naturales", "innatos" o "electorales", así que tácitamente son clasificados como otro tipo: metademócratas o criptodemócratas. Sintomáticamente, nunca se especifica ninguna fuerza política alternativa que en realidad presionara en pro de la democracia, a diferencia de ajustarse de mala gana a ella: el movimiento obrero ha sido borrado. Por otro lado, lo que el liberalismo impulsó es expuesto con bastante nitidez: según Fawcett, el gran logro del liberalismo y motivo de felicitación fue obligar a la democracia a aceptar el capitalismo; escribe que, después de todo, "si los que son pocos compartieran con los que son muchos, estos últimos deberían aceptar la existencia de los pocos".[27] ¿Qué podría ser más justo? En qué consistía precisamente el intercambio en ese trato y por qué los liberales lo consideraban incluso necesario son algo que deja de manera discreta sin especificar; para explicarlo, no obstante, basta la dinámica interna de la razón liberal y el respeto por los demás. Lo que cuenta es que "el capitalismo llegó para quedarse". En cuanto a los más o menos 100 años pasados desde la aprobación del sufragio masculino (los votos para las mujeres o los negros no detienen su narrativa), Fawcett hace notar que los liberales "consintieron, sin casi ponerlas en duda, en las afirmaciones del Estado de seguridad nacional", una formulación que sugiere que los propios liberales no eran responsables de ellas.[28] Desde la aprobación que hizo el gobierno de Wilson de las Leyes de Espionaje y Sedición de los Estados Unidos de 1917 y 1918 hasta la Ley Patriota en la época de Bush y la vigilancia bajo Obama, ese mundo secreto comprende ahora unas 17 agencias con un presupuesto anual de más de 60 000 millones de dólares. La distinción que hace Fawcett entre el liberalismo y la democracia podría explicar esa enorme expansión del Estado de

[26] Edmund Fawcett, "Letters", *The Economist,* 14 de marzo de 2014.
[27] Fawcett, *Liberalism: The Life…*, *op. cit*., p. 144.
[28] *Ibid.*, p. 22.

seguridad, pero nunca la critica ni siquiera como una violación de su derecho liberal fundamental: "el derecho a que lo dejen en paz".[29]

Si la democracia tiene su lugar en la narrativa, el imperio es confinado, previsiblemente, a los márgenes: en las raras ocasiones en que figura en los años de confianza, Fawcett lo reduce al mínimo o lo excusa en la descripción de sus liberales destacados. No menciona el fanatismo de Tocqueville en la conquista de Argelia; en 12 páginas sobre Mill, su postura en torno del dominio británico en la India da para dos medias frases: una "imposición temporal para enseñar a los indios a gobernarse a sí mismos" y "puede que se necesiten maestros durante un tiempo para enseñar el dominio de sí mismo", y del apoyo de Mill a la represión colonial en Irlanda, ni una palabra.[30] Gladstone estaba a favor de la autodeterminación de los pueblos, pero "acepta" la toma de Egipto como si fuera un mero espectador de ella, no el primer ministro británico. Y viceversa en el caso de Cobden, que fue un resuelto enemigo de todas las guerras imperiales de la Gran Bretaña, pero a quien, aun así, Fawcett enlista en la causa de la "intervención humanitaria", una hipocresía empalagosa que él habría detestado.[31] A medida que se vuelve adulto, se permite al liberalismo cierto tráfico con el imperialismo, y con respuestas oportunistas a la patriotería, pero su historial se reduce al mínimo mediante la selección de dos fracasos para ilustrarlo —Chamberlain y Bassermann, cuyos esquemas fracasaron—, en lugar de los mucho más consecuentes, como Jules Ferry, Theodore Roosevelt o Winston Churchill. Después de dividir al planeta en un arrebato de distracción hasta 1914, la Gran Guerra, naturalmente, sorprendió a quienes habían dado por sentado que obtendrían su botín: "El que tal guerra pudiera librarse en absoluto escandalizaba a los liberales", porque "la guerra era la más negra pesadilla liberal".[32] ¿Qué liberales eran ésos? Lloyd George y Clemenceau —que se comprometieron a luchar hasta el último suspiro—, y Wilson —al que se le ahorraron sonrojos por su récord de colonialismo, racismo y acusaciones de ser comunista—, difícilmente se encontraban entre ellos.[33]

Fawcett no hace ningún intento por explicar el estallido de la primera Guerra Mundial; por el contrario, declara: "En 1914 llegó una guerra mundial inesperada e inexplicable", y también hace hincapié en que "todo fue muy desconcertante" para los liberales. Para él, el enigma radica en sus consecuencias, no en sus causas, aun cuando los liberales hayan tenido alguna parte vaga, nunca especificada, en sus orígenes: "Una terrible guerra que el liberalismo provocó en gran medida contra sí mismo contribuyó a una gran

[29] *Ibid.*, p. 235.
[30] *Ibid.*, p. 89.
[31] *Ibid.*, pp. 113 y 116.
[32] *Ibid.*, p. 215.
[33] Fawcett atribuye erróneamente las "cicatrices rojas" de los años 1919 y 1920 al gobierno de Harding; en realidad, las incursiones de Palmer tuvieron lugar bajo Wilson; *ibid.*, p. 231.

expansión de ese coco liberal del poder estatal indiscutible".[34] La guerra, por lo tanto, era un enigma: no tenía nada que ver con los imperios. Los liberales los crearon o los ampliaron en el siglo XIX, sin duda, pero no en un sentido deliberado: el imperio fue, "sin duda, una creación fortuita de los misioneros, los maestros, los bucaneros con sed de aventura y los capitalistas", no de los soldados o las cañoneras, afortunadamente; aunque, una vez adquiridos, se podía usar una "fuerza despiadada" para mantenerlos, porque los imperios casi siempre eran mejores que los que los precedieron en las más oscuras África y Asia, donde "los amos anteriores a las colonias eran comúnmente más crueles, más explotadores y más avasalladores que los imperialistas". Más tarde, surgieron dudas sobre "la obviedad de la afirmación moral de que los grandes beneficios para la mayoría superan el daño profundo o terminal para unos pocos", y, después de 1945, los liberales abandonaron sus posesiones en el extranjero "por el trabajo excesivo y el agotamiento" que imponían. Pero los imperios que habían construido generaron beneficios a menudo bienvenidos por los pueblos colonizados: progreso y modernidad, Estado de derecho y derechos de propiedad.[35]

Lógicamente, con una visión del imperialismo moderno tan color de rosa como ésa, Fawcett presta poca atención a las luchas de los pueblos colonizados por su independencia y puede comentar, de paso, que las potencias occidentales que los reprimieron "no estaban dirigiendo organizaciones benéficas mundiales". Fue una lástima que la carrera de Mendès-France como primer ministro, padre del centrismo liberal de la Francia moderna, se viera truncada en 1955 cuando la guerra de Argelia lo pilló "desprevenido", obligándolo a reaccionar con una mezcla de coerción y conciliación. En los Estados Unidos, la guerra en Vietnam merece una frase para absolver a Lyndon B. Johnson: "injustamente" se le negó el crédito por sus logros internos debido a esa guerra extranjera, de la que "la izquierda estadunidense lo culpó por continuarla, la derecha por perderla y Wall Street por combatir en ella sin subir los impuestos". En el nuevo siglo, las buenas intenciones de Bush también fueron injustamente criticadas, porque los Estados Unidos "libraron guerras en Afganistán e Iraq contra un enemigo genuino, pero esquivo: el islamismo extremista", a pesar de que las operaciones en Iraq estaban por desgracia basadas en una cantidad menor de información y eran menos preparadas que en Afganistán.[36]

En cuanto doctrina económica, apenas si se sanitiza un poco menos al liberalismo. En el siglo XIX el *laissez-faire* fue descartado como una leyenda urbana, sin mencionar a Jean-Baptiste Say, Thomas Malthus o James Wilson, y mucho menos las hambrunas en Irlanda o en la India que las doctrinas de esa corriente justificaban; antes bien, los liberales eran árbitros emi-

[34] *Ibid.*, pp. 21 y 227.
[35] *Ibid.*, pp. 198-200.
[36] *Ibid.*, pp. 358, 336 y 353.

nentemente prácticos de las fronteras mutables entre el Estado y el mercado, rivales que también se necesitaban entre sí: se resistían a la supremacía de cualquiera de ellos, los consideraban como instrumentos variables para ser utilizados de acuerdo con las necesidades cambiantes de la "mejora humana", y, a mediados del siglo XX, lograban alcanzar el equilibrio adecuado. El efecto de ese retrato de grupo retocado es dejar sin explicación los debates económicos clave y los puntos de inflexión. Cuando llega la recesión de entreguerras, ningún estadista o conjunto de ideas es responsable de ella. Como la Gran Guerra, la Gran Depresión cae en el cosmos liberal como un meteorito cuyos orígenes no le preocupan a ese historiador. Keynes argumenta en el vacío, transfigurado en defensor de la "democracia de los trabajadores" porque puso el énfasis en la demanda efectiva, aunque Hayek era incluso más un demócrata de la economía, porque —menos esteta— celebraba las compras. Después de 1945, la democracia liberal logró un equilibrio entre el Estado y las fuerzas del mercado con un éxito sin precedentes; pero, 30 años más tarde, tan misteriosamente como el inicio de la depresión, se estropeó, momento en el que Hayek y Friedman —respectivamente "mayorista" y "minorista" de las ideas— tuvieron los remedios adecuados. Después de otros 25 años, estos últimos también quedaron a la deriva en medio de una inestabilidad y una desigualdad crecientes. ¿La respuesta? Sin duda alguna, entre otras cosas, una dosis de austeridad: la reducción fiscal para frenar el gasto estatal. Así fueron respaldados de manera imperturbable tanto el keynesianismo como el neoliberalismo, con sus pensadores como guías al unísono para buscar "limitar las inestabilidades disruptivas del capitalismo sin perjuicio de los principios liberales".[37] Sea lo que fuere que eso pudiere significar, como en un ingenioso acto de malabarismo, el ámbito de las finanzas y sus crisis no se encuentra en ninguna parte en esa historia del liberalismo.

Cuanto más se acerca al presente, más discordante se vuelve esa disimulación del desacuerdo intelectual: en los años sesenta, casi ningún gobernante o pensador de Occidente queda fuera del *omnium collectum* del liberalismo de Fawcett, con resultados que rayan en la parodia: "La mayoría de los liberales se han llamado a sí mismos de otra manera", confiesa al principio.[38] ¡Sin duda alguna! Así, no sólo Hoover y Roosevelt, Nixon y Johnson, Brandt y Thatcher, Reagan y Mitterrand, para no hablar de Kohl —sólo faltan Andreotti y Blair—, sino también el Michael Oakeshott hegeliano y el Isaiah Berlin kantiano (que no podían soportarse mutuamente), el anticomunista George Orwell y el pro comunista Jean-Paul Sartre, el proselitista del catolicismo Alasdair MacIntyre y el ilustrador Eric Hobsbawm, todos, se convierten en liberales *malgré-soi* (pese a sí mismos) —con "olvidado", "oculto", "de clóset", "centrista", "marxista" y otros calificativos para dejarlos bien ama-

[37] *Ibid.*, pp. 267 y 248.
[38] *Ibid.*, p. 6.

rrados—. La inflación del término es una autodestrucción: el liberalismo se convierte en un cajón de sastre que termina siendo poco más que un sustituto de Occidente y todo lo que es bueno y variado respecto a éste. En ese sentido, incluso una de las mentes más independientes de *The Economist* en los últimos años es incapaz de deshacerse de la irrefutable satisfacción del semanario consigo mismo.

Cuatro años más tarde, la actual editora se basó en la historia de Fawcett para su propio "manifiesto para renovar al liberalismo" en la edición del 175 aniversario de *The Economist,* en una indicación asombrosa de las sendas abiertas a la revista bajo su dirección, por el momento puesta a "abanderar un credo a la defensiva". Dos características de su prospecto destacan: en primer lugar, la palabra *capitalismo* casi se ha desvanecido; en su lugar, *liberalismo* la sustituye de manera ubicua, con sólo dos tímidas referencias eufemísticas a "los bordes más ásperos del capitalismo"… un indicio no solamente del daño a la reputación que este último ha sufrido desde 2008, sino también de una posible manera de hacerle frente restándole importancia a la centralidad del capital en la formación política y en la puesta en marcha del credo liberal. En segundo lugar, la permanencia inamovible del meollo imperial de la perspectiva de *The Economist,* que no se ha modificado ni siquiera semánticamente. Si ahora se considera que las invasiones de Afganistán e Iraq fueron "desacertadas", el verdadero peligro es que los estadunidenses extraigan las lecciones erróneas de ellas, retirándose tras sus fronteras, y el hecho "asombroso" de que tan pocos pertenecientes a la generación del milenio piensen que, "para los Estados Unidos, es importante mantener su superioridad militar". Como antídoto, el manifiesto es un llamado a formar una "Liga de Democracias", invocando como autoridades a Robert Kagan, el historiador neoconservador de las relaciones internacionales, y al difunto senador John McCain: "Siempre será más fácil y más sabio para los liberales confiar en que, al final, los Estados Unidos harán lo correcto". Quizá, sin sorpresa alguna, este *The Economist* pasó como sobre ascuas al lado de los hitos menos visibles que podrían haber explicado la necesidad de resucitar al liberalismo.[39]

El liberalismo realmente existente

Desde 1843, *The Economist,* visto como un proyecto continuo y unificado, aclara una historia diferente del liberalismo, disipando algunas de las delica-

[39] "*The Economist* se mostraba escéptico ante el imperialismo" y "El liberalismo no nació unido por el cordón umbilical a la democracia política de que ahora disfruta"; "A Manifesto" y "*The Economist* at 175: Reinventing Liberalism for the 21st Century", *The Economist,* 13 de septiembre de 2018. En el mismo número del semanario, el columnista Lexington dio su aprobación a la Guerra Fría de Trump contra China como "popular, requerida desde hace tiempo e irrevocable".

das brumas que por lo general lo rodean. Vigorizantemente directo, teniendo como sustrato la afirmación categórica de James Wilson de que *su* revista estaría dirigida a los "terratenientes y adinerados" y sería "nada más que *principios* puros", el semanario tenía lo que uno de sus escritores posteriores vio como una franqueza iluminadora al dirigirse a sus lectores: uno lo abría, observó, para "escuchar a la burguesía hablar consigo misma, y podía hablar con toda franqueza".[40] Una fracción poderosa de esa clase, que Marx llamó la "aristocracia de las finanzas", ha hablado en realidad a través de *The Economist,* primero en la Gran Bretaña y, después, también en los Estados Unidos, no como la única, o más pura, expresión del liberalismo, sino como la *dominante,* con el mayor impacto global durante 175 años.

Por supuesto, el liberalismo siempre ha tenido diferentes vertientes y matices: la expansión indiscriminada que Fawcett hizo del término con el fin de abarcar cualquier cosa útil para su propósito las oscurece, así como oscurece la necesidad —que no fue el único en ignorar— de una taxonomía adecuada. Los liberales económicos, los liberales políticos y los liberales sociales son especies distintas, pero los híbridos han sido bastante comunes, y abundan las distinciones más sutiles. En un extremo, durante mucho tiempo hubo un liberalismo que gravitó hacia el socialismo, del que el caso más llamativo es el de Mill, quien, a raíz de las revoluciones de 1848, modificó radicalmente el juicio expresado en *Principles of Political Economy: With Some of Their Applications to Social Philosophy* (1848) en el sentido de que los planes para abolir la propiedad privada eran "quiméricos", tan sólo un año después de que publicó su obra. En su *Autobiografía,* Mill escribió: "El problema social del futuro que ahora consideramos [es] cómo unir la mayor libertad individual de acción con una propiedad común de las materias primas del mundo".[41] En la segunda mitad del siglo xx, el espectro del liberalismo pasó de un leve reformismo socialdemócrata hasta, yéndose al otro lado, una dura hostilidad libertaria contra el Estado rayana en el anarquismo —en épocas recientes, el ejemplo de Rawls *versus* Nozick—. En el espacio intermedio han figurado: los fanáticos del libre mercado (de Bastiat a Tullock), afectos a abrirse paso a empujones; los apóstoles de la sociedad civil (de Tocqueville a Bellah); los tutores de la sensibilidad moral (de Arnold a Trilling); los guardianes de la ley y el orden (de Porfirio Díaz a Giolitti), y los soñadores de la paz perpetua (de Angell a Habermas), cada cual con su pro-

[40] Daniel Singer, *Whose Millennium?: Theirs or Ours?,* Monthly Review Press, Nueva York, 1999, p. 265 [edición en español: *¿Quién dominará el milenio, ellos o nosotros?*, trad. de Bertha Ruiz de la Concha, Siglo XXI/Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2000].

[41] John Stuart Mill, *Autobiography of John Stuart Mill,* Longmans, Green, Londres, 1873, p. 239 [edición en español: *Autobiografía,* trad. de Carlos Mellizo, Alianza Editorial, Madrid, 1986]. Entre los herederos de Mill hablantes del inglés, tanto Bertrand Russell como J. A. Hobson y John Dewey experimentaron una sacudida similar que los llevó a adoptar una versión del socialismo liberal.

pia genealogía intelectual y sus tics políticos. A través de la esfera pública de hoy, una gran parte de los medios de comunicación expresa un consenso *bien-pensant,* anunciado como progresista, que, por lo general, es considerado como liberal. En claridad política, coherencia y aplastante influencia (o fuerza lanzable),[42] *The Economist* está por encima de ese montón. Como en la composición clásica, los subdominantes se repiten por debajo del dominante, en un equilibrio tonal que distingue a *The Economist* del resto de la prensa liberal. De centro izquierda a centro derecha, pocos semanarios o diarios se acercan a él, simplemente en lo relativo a la circulación impresa: ni *The Nation,* con cerca de 100 000 ejemplares, ni *The Guardian,* con 150 000; ni *Le Monde* o *The New York Times,* con 330 000 y 590 000, en ese orden; ni *The New Republic,* con 50 000, ni *The Atlantic,* con 500 000, ni *The New York Review of Books,* con 135 000. (Con mucha frecuencia, *The Economist* circula de manera tan amplia en forma impresa como esas revistas *fuera* de su base de operaciones angloamericana, con cerca de 150 000 ejemplares en Europa, 90 000 en Asia Pacífico y 15 000 en la región de Oriente Medio y África.) Incluso cuando se añaden los lectores de la versión digital —lo que hace que *The New York Times* y *The Guardian* se encuentren entre los más populares del planeta— o si se incluye *The New Yorker* con sus 1.2 millones de lectores, la competencia no se cierra, y ninguno de ellos está a la altura de *The Economist* en otras mediciones que no sean la circulación. Del mismo modo, cada uno de los escritores puede tener mayor fuerza que cualquier otro en *The Economist* y expresar algunas de las mismas ideas: en la revista *London Review of Books,* David Runciman, elogiando al obnubilado centro y lamentando las desviaciones a partir de él en lo concerniente a Corbyn, el Brexit o Trump; Stephen Holmes, denunciando el "putinismo" en la revista *Foreign Policy;* Timothy Garton Ash, luchando contra el populismo desde una atalaya privilegiada en la revista *The New York Review of Books*. Con todo, ninguna de esas publicaciones o pensadores, por sí mismos, puede igualar a *The Economist,* con su historia más prolongada y profunda, su conexión más cercana con el poder y una presencia y un alcance mundiales mucho mayores.

Cuando se considera ese éxito del semanario, lo más importante han resultado ser las ideas. Si *The Economist* nunca se convirtió en la "*grave de fortune*" ("enfermedad de la fortuna") sobre la que Cobden advirtió (en un francés confuso), fue porque abordó tres cuestiones que el liberalismo clásico dejó sin respuesta, pero que acabaron por ser decisivas para su difusión en la era del capitalismo global: ¿cómo podrían los liberales navegar por entre los desafíos democráticos de la clase trabajadora industrial en la Gran Bretaña, las rivalidades imperiales y el gobierno en el extranjero y el ascenso

[42] En el original, *throw weight,* que ilustra el peso de la autoridad de que goza el semanario pero que en principio remite al peso efectivo de la carga de los misiles. [N. del T.]

de las finanzas en el seno de un orden económico que alguna vez se centró en la agricultura, el comercio y la industria? Ninguna otra publicación periódica ha ofrecido una "colección tan preciosa de hechos, doctrina y experiencia", como lo expresó Bastiat, para guiar a los liberales a través de esos bajíos… lo que, a partir de ese esfuerzo editorial supremo, le permite al historiador extrapolar los temas dominantes del liberalismo dominante. Esos temas no llegaron sin adulterar en todas las etapas de semejante carrera periodística; como ya se ha visto, hubo episodios en los que otras vertientes —el pacifismo al estilo Cobden bajo Hirst con el estallido de la primera Guerra Mundial, el reformismo durbinista bajo Crowther durante la segunda Guerra Mundial, los destellos de anglolegalismo bajo Tyerman o las críticas esporádicas esgrimidas por Midgley, Smith y Grimond a propósito de las acciones estadunidenses durante y tras la Guerra Fría— lo desviaron de un camino perfectamente congruente. Pero tales divagaciones fueron breves, cada cual seguida de una resuelta corrección de rumbo. Reafirmándose con velocidad a sí misma, la pauta dominante en el semanario fue siempre la de un liberalismo cuyas estrellas guía eran dos: las virtudes universales del capital y, donde surgían, las necesidades particulares del imperio. La encarnación más perdurable de las primeras fue el financiamiento; la más importante de las segundas, la Gran Bretaña y, después, los Estados Unidos. Era necesario tomar en cuenta otras consideraciones; entre ellas, a su debido tiempo, la voluntad del pueblo; pero, donde entraban en conflicto, esa voluntad no se había de interponer en el camino.

De igual forma se procedió con la democracia: a lo largo de la totalidad del siglo XIX, *The Economist* se resistió a ella. Bagehot fue inflexible y escribió de manera extensa sobre "qué garantías *podemos* crear contra la democracia" en los proyectos de Ley de Reforma que la presión popular estaba urgiendo a la Cámara de los Comunes a que considerara; las salvaguardas mínimas eran: múltiples votos para los propietarios, con un tipo de sufragio variable, dependiendo de la magnitud de la ciudad o distrito.[43] El "verdadero liberalismo" simplemente se oponía a la "reverencia supersticiosa por la igualdad de todos los ingleses como electores", que afirmaba de manera absurda que "el campesino y el mecánico más bajo son la medida de la capacidad electoral del hombre más educado del país".[44] Si todavía tenía uno dudas, que charlara con su lacayo; eso confirmaría lo que Bagehot sabía con certeza: que sólo 10 000 hombres propietarios y educados poseían las condiciones apropiadas para votar, mientras el resto de las personas era

[43] "Experience and Reform", "Defeat of the Ministry and the Prospects of Reform", "The Practical Difficulties of Secret Voting" y "A Simple Plan of Reform", *The Economist,* 5 de mayo de 1860, 2 de abril y 2 de septiembre de 1859 y 24 de diciembre de 1864, respectivamente.

[44] "Conservative Criticism of Liberal Politics", "Plurality of Votes: The True Principle of a Reform Bill" y "True Liberalism and Reform", *The Economist,* 25 de febrero y 24 de marzo de 1860 y 27 de enero de 1866, en ese orden.

"de mente tan estrecha, poco inteligente y falta de curiosidad" como hace 2 000 años.[45]

Después de 1877 el tono cambió, debido a que las Leyes de Reforma de 1866 y 1884 estaban muy lejos de promulgar la "democracia pura" que Bagehot temía; pero la hostilidad subyacente contra el voto como un derecho natural, en oposición a un privilegio vinculado a la propiedad y a la educación, se mantuvo: hasta 1907, la dieta para los parlamentarios y el voto por persona eran "inconvenientes", y el autogobierno para Irlanda era un anatema, mientras que, bajo Hirst, regresó parte del viejo fuego en contra del sufragio —en esa ocasión dirigido contra las sufragistas "viragos", demasiado irracionales para que se les confiasen los poderes políticos que exigían—. Después de la guerra, que había forzado al otorgamiento del sufragio universal masculino, el problema de la democracia permaneció, pero adoptó una nueva forma, como una cuestión de control económico. Ése fue un asunto muy serio, porque el nuevo electorado de masas coincidió con el desempleo de las masas provocado por la Gran Depresión. Con los bárbaros a las puertas, el patrón oro y el Banco de Inglaterra fueron barreras para politizar la moneda y el crédito; en 1931 Layton dejó en claro que, en la crisis que enfrentaba el gobierno laborista, las "finanzas sanas" debían predominar y vencer sobre la democracia.[46] Desde entonces, la cuestión de las finanzas sanas *versus* la voluntad democrática se ha presentado una y otra vez.

Después de 1945, a este asunto se le sumaron nuevas circunstancias: el Estado de seguridad nacional, al que *The Economist* hizo más que respaldar. Desde la instauración de la Guerra Fría, el semanario sirvió de potente sidecar enganchado al lado de ese Estado secreto en la batalla contra el comunismo soviético, con editores que aceptaban rutinariamente el material del Departamento de Investigación de la Información, creado de manera encubierta con fines de propaganda en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico en 1948. Entre 1954 y 1980, Brian Crozier y Robert Moss difundieron "desinformación" proveniente de una gama aún más amplia de fuentes, incluidos el MI6 y la CIA, no solamente en *Foreign Report,* la gacetilla de chismes de inteligencia que publicaban, sino directamente en *The Economist*. Junto con Brian Beedham, atacaron a aquellos que —congresistas, periodistas y denunciantes— se atrevieron a arrojar luz sobre el aparato de seguridad nacional, y, sobre la publicación de los Documentos del Pentágono, el semanario explicó: "Hay poderosas razones por las que los gobiernos democráticos rara vez son particularmente francos con su pueblo cuando están al borde de la guerra".[47]

De igual modo se procedió con el Imperio: *The Economist* ha proporcionado una justificación constante, caso por caso, para el imperialismo liberal,

[45] Bagehot, *CW*, vol. V, pp. 208 y 299.

[46] "Democracy and Economy", *The Economist*, *op. cit*.

[47] "The Way We Go to War" y "Voices", *The Economist,* 26 de junio y 10 de julio de 1971, respectivamente.

desde el siglo XIX hasta el presente. Esa carrera comenzó con la Guerra de Crimea en 1854, cuando Wilson rompió con Cobden y Bright por el tema del libre comercio y la paz, los cuales, hasta entonces, los tres consideraban que se reforzaban mutuamente; pero, cuando los soldados franceses y británicos pusieron sitio a Sebastopol, estando Wilson en el Tesoro, el semanario se volvió en contra de esa idea con mucho énfasis, porque la consideraban como una "doctrina espantosa y superficial". Cobden era un "demagogo"; Bright, "una herramienta y un adulador del zar", y la guerra contra "Moscovia" era por "los derechos humanos, la libertad civil, el progreso ilustrado" y "la libertad de comercio, la libertad de movimiento, la libertad de pensamiento y la libertad de culto".[48] En 1857, en un artículo en el que se conminaba al uso de la fuerza para abrir a China al comercio, el semanario hacía esta reflexión: "Podemos lamentar la guerra, pero no podemos negar las grandes ventajas que hemos obtenido gracias a ella".[49]

The Economist raramente miraba hacia el pasado, de los bombardeos de Cantón, Kagoshima y Alejandría a las campañas en la India, Afganistán, el reino zulú, Sudán o Birmania, y a la segunda Guerra de los Bóeres. Sólo una vez se desvió seriamente del guion: en agosto de 1914, cuando Francis Hirst canalizó las tradiciones de Cobden para criticar al gobierno por su diplomacia secreta y a la prensa financiera por su docilidad, e hizo campaña en pro de una paz negociada; pero eso duró dos años, y fue tan discordante que incluso Walter Layton, uno de sus sucesores —comprometido con la seguridad colectiva por medio de la Liga de las Naciones de la posguerra—, disgustado, abandonó de manera temporal el semanario. Después de 1916 se reanudó la letanía en favor del imperio liberal, continuando incluso más allá de la descolonización debida a las situaciones de emergencia desde Malaya, Kenia y Chipre hasta las Malvinas en 1982.

La diferencia en la segunda mitad del siglo XX fue el enfoque en la versión estadunidense del imperialismo liberal, con un guiño y el asentimiento de sus principales practicantes y teóricos. Bajo la bandera del anticomunismo, el semanario proporcionó una racionalización continua de las intervenciones en lugares tan lejanos como Grecia y Corea, Guatemala e Irán, Vietnam y Laos, Chile e Indonesia, Angola y Etiopía, Nicaragua y Granada. Dio la bienvenida al final de la Guerra Fría con hurras por el nuevo orden mundial y llamamientos a que se bombardearan los Balcanes, a las invasiones de Afganistán e Iraq y a que la OTAN se expandiera hasta las fronteras de Rusia, todo ello con una refrescante ráfaga de optimismo democrático. El

[48] "True Purpose of the War", *The Economist*, *op. cit*.

[49] "Así como el mejoramiento tanto de Turquía como de Rusia será una consecuencia de la guerra que felizmente ya ha terminado, del mismo modo cualquier guerra contra China habrá de tener como resultado el lograr que su pueblo participe con mayor amplitud en la comunicación del comercio con todas las demás naciones"; "Peace the Result of Free Trade", *The Economist, op. cit*.

internacionalismo de ese tipo propugnado por Hirst o Layton terminó por acallarse, y sólo quedaron algunos editores para defender esa causa como mejor pudieran hacerlo. En un regocijante relato de la vida en *The Economist* a partir de 1956, Barbara Smith admitió que con frecuencia había estado en desacuerdo con sus políticas, "cuando apoyamos a los monstruos anticomunistas del Tercer Mundo", durante la guerra contra Vietnam o "cuando, como ahora, parecemos demasiado estrechamente identificados con los Estados Unidos oficiales". ¿Dimitieron ella o los otros disidentes por esos desacuerdos? "No lo hicimos. Es vergonzoso; lo acepto."[50] En 2012, Johnny Grimond pronunció un discurso en su fiesta de retiro con el que anunció que, en todo su tiempo pasado en el semanario, *The Economist* "nunca vio una guerra que no le gustara": una pulla memorable que provocó una risa nerviosa en sus colegas y una réplica de Bill Emmott.[51]

De igual modo se procedió con las finanzas, finalmente. El semanario, "amigo del inversionista" desde la manía ferroviaria de la década de 1840, hizo algunas de sus contribuciones más legendarias a ese campo. Wilson defendió la competencia ilimitada y sin regulación en la banca, incluso en lo tocante a la impresión de billetes. Bagehot, banquero antes de ser periodista, atenuó esa celebración de la competencia desenfrenada, señalando que lo que se requería hacer con la moneda era la *fijación* del valor, no la competencia, especialmente en la eventualidad de las crisis comerciales, cuando muchos de esos billetes rivales resultarían inútiles. Bajo su mando, *The Economist* abordó el tema de la Banca Central en cuanto institución esencial para un sector financiero complejo, y estableció las reglas prácticas para su conducta, además de virar el enfoque para centrarlo en las cotizaciones y los préstamos extranjeros. En los años subsiguientes, el semanario nunca perdió de vista esos flujos de inversión y, en ocasiones, se volvió indispensable para resolver las crisis ocasionadas por la función global de la City: como editor en el *fin-de-siècle,* Johnstone fue el defensor de los tenedores de bonos en Egipto, cuya "asistencia se aseguró al arreglar los asuntos después de la crisis argentina" cuando Baring Brothers quebró en 1890.[52]

En el siglo XX, incluso cuando se criticó a los banqueros durante el mando de Hirst, el "financiamiento del libre comercio" continuó siendo el motor de la paz, la prosperidad y la reforma, mientras la hegemonía de la City como "el centro bancario y financiero del mundo" era celosamente defendida. Y, una vez que Hirst estuvo fuera del camino en 1916, esa identificación del semanario consigo mismo adoptó un cariz más franco: el énfasis de Withers en los heroicos sacrificios de la City durante la primera Guerra Mundial y el rechazo de cualquier impuesto sobre las ganancias del capital derivadas de aquélla, o los esfuerzos de Layton para restablecer la confianza en la libra

[50] Smith, "Not So Hard Labour", *The Economist, op. cit*.

[51] Bill Emmott afirmó: "Según yo, Johnny nunca vio una que le gustara".

[52] "The Retiring Editor of the 'Economist'", *The Bankers' Magazine, op. cit.*, p. 150.

esterlina con el retorno al patrón oro en los años de entreguerras. Después de 1945, la posición de ésta como moneda internacional e imperial y el poder británico estaban incluso más estrechamente vinculados, mientras que, según los editores bajo la dirección de Crowther, el Partido Laborista era el culpable de la fragilidad de ambos, una vez que "quedaron desenmascaradas sus armas en contra de la City y de todo su funcionamiento o maquinaria". La relajación de cualesquiera restricciones que hubiera sobre el capital financiero se produjo de manera gradual en los años de la posguerra, mediante la formación de un fondo común en Londres con los eurodólares que se encontraban en los paraísos fiscales desde finales de la década de 1950, posteriormente de forma precipitada debido al colapso de Bretton Woods a principios de los años setenta y, finalmente, con el Big Bang de 1986, aclamado por Pennant-Rea como un detonante de efecto revitalizador para los servicios financieros, antes de irse al Banco de Inglaterra en 1993. Bajo Emmott y Micklethwait, el impulso neoliberal por el aislamiento, una regulación ligera, la privatización y la globalización de los mercados alcanzó su apogeo… que culminó con el desplome de 2008 y la respuesta impresionantemente impenitente de los editores a éste.

Muy lejos de las imágenes ilusorias de la jerga popular en Europa o del discurso filosófico en los Estados Unidos, éste es el récord del liberalismo realmente existente en su expresión más poderosa. Apartando la mirada hacia otro punto, los liberales se han rascado la cabeza ante la volatilidad política del presente, incapaces de reconocer su propia obra. La estructura tripartita está intacta, con insatisfacciones democráticas, conflictos imperiales y un capitalismo impulsado mediante la deuda con las instituciones financieras hasta donde alcanza la vista. Es raro que un "periódico" que describe el mundo moldee las posibilidades de éste, pero durante más de 175 años ése ha sido el caso de *The Economist*.

AGRADECIMIENTOS

Sin ayuda no habría podido escribir este libro, y deseo expresar mi gratitud sólo a algunas de las muchas personas que intervinieron en él. Quisiera agradecer a mis profesores de la University of California, campus Los Ángeles, Lynn Hunt y Perry Anderson, junto con mis condiscípulos Jacob Collins y Naomi Taback, por su inspiración intelectual y su camaradería. Por su amistad en Los Ángeles y más allá, vaya mi agradecimiento a Rachel Kushner, Laura Owens, Asha Schechter, Patricia Lennox-Boyd y Jamie Stevens, y a los otros artistas que me dieron la bienvenida, y a mis primos Lois Brodax y los Kremen. Mis colegas de la City University of New York prestaron apoyo a mi investigación, al igual que lo hicieron, solventándola, las becas del Professional Staff Congress y del Amiel and Melburn Trust. Por sugerirme que ahondara en este tema en primer lugar, les debo crédito a Serge Halimi y a los editores de *Le Monde Diplomatique,* y, por su ayuda durante la investigación, a Patrick Weil.

Doy las gracias a los lectores del manuscrito provenientes del área exterior, cuyas críticas, interrogantes y sugerencias lo mejoraron enormemente, en particular a Thomas Meaney y Kelly Burdick; así como a mis colegas de la *New Left Review,* en especial a Susan Watkins y Tony Wood. Tom Hazeldine, de Verso, trabajó gentil e inteligentemente en el refinamiento del texto, mientras que Jake Stevens y Mark Martin hicieron una excelente labor en su producción. También deseo agradecerle a Amana Fontanella-Khan sus sabios consejos sobre la obra terminada.

Por último, si bien no menos importante, debo mucho a la indefectible cortesía y franqueza de los editores de *The Economist,* que compartieron conmigo sus historias y puntos de vista —a menudo en desacuerdo con los míos—. Vaya mi agradecimiento especial a Bill Emmott, Andrew Knight, John Micklethwait, Zanny Minton Beddoes y Rupert Pennant-Rae, aunque muchos otros que han trabajado para el semanario fueron igualmente amables.

En un plano más personal, mi gratitud es para mi familia, cuyo amor y apoyo a lo largo de muchos años hicieron esto posible, en especial para Jack e Iris, mis padres, a quienes dedico esta obra.

ABREVIATURAS DE LAS INSTITUCIONES

BL: British Library: Biblioteca Británica

BLOU: Bodleian Library, Oxford University:
Biblioteca de la Universidad de Oxford

CAIB: *Covert Action Information Bulletin*:
Boletín de información sobre acciones encubiertas

CHAR: Churchill Archive: Archivo Churchill

CUL: Cambridge University Library:
Biblioteca de la Universidad de Cambridge

CW: *Collected Works*: *Obras completas*

HC Deb: House of Commons Debate:
Debates de la Cámara de los Comunes

HIA: Hoover Institution Archives:
Archivos de la Institución Hoover

LMA: London Metropolitan Archive:
Archivo Metropolitano de Londres

LSE: London School of Economics:
Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres

MCL: Manchester Central Library:
Biblioteca Central de Mánchester

ODNB: *Oxford Dictionary of National Biography*

SN: Standard Note: nota común

TCC: Trinity College, Cambridge University:
Colegio Trinity de la Universidad de Cambridge

BIBLIOGRAFÍA

Abellán, José Luis, *Historia crítica del pensamiento español*, vol. IV, *Liberalismo y romanticismo (1808-1874),* Espasa-Calpe, Madrid, 1984.

Ahamed, Liaquat, *Lords of Finance: The Bankers Who Broke the World*, Tantor Media, Nueva York, 2009.

Aignan, Étienne, Benjamin Constant, Évariste Dumoulin *et al.*, *La Minerve française,* Bureau de la Minerve française, París, 1818.

Aldcroft, Derek, *The Inter-War Economy: Britain, 1919-1939*, B. T. Batsford, Londres, 1970.

Alexander Bain, *James Mill: A Biography*, Longmans, Londres, 1882.

Allen, Larry, *The Global Financial System 1750-2000*, Reaktion Books, Londres, 2001.

Ally, Russell, *Gold and Empire: The Bank of England and South Africa's Gold Producers, 1886-1926*, Witwatersrand University Press, Johannesburgo, 1994.

Amery, Julian, *Joseph Chamberlain and the Tariff Reform Campaign,* Macmillan, Londres, 1969.

Amery, L. C. M. S., F. W. Hirst y H. A. A. Cruso, *Aristophanes at Oxford: O. W.*, J. Vincent/Simpkin, Marshall, Hamilton, Kent, Oxford/Londres, 1894.

Anthony, C., "Palgrave, Sir (Robert Harry) Inglis (1827-1919)", en *Oxford Dictionary of National Biography* (en adelante: *ODNB*), Henry C. G. Matthew (ed.), Oxford University Press, Oxford, 2004.

Anderson, Olive, *A Liberal State at War: English Politics and Economics during the Crimean War*, Macmillan, Nueva York, 1967.

Anderson, Perry, *The New Old World,* Verso, Londres, 2009, pp. 355-391. [*El Nuevo Viejo Mundo*, trad. de Jaime Blasco Castiñeyra, Akal, Madrid, 2009.]

Anónimo, *Avis aux libéraux, par un libéral*, Impr. de A. Bobée, París, 1818.

Anónimo, *Examen du libéralisme. Par un libéral*, Delaunay, París, 1819.

Arestis, Philip, y Malcolm C. Sawyer (coords.), *A Biographical Dictionary of Dissenting Economists,* Elgar, Aldershot-Cheltenham, 1992.

Arrighi, Giovanni, "The World Economy and the Cold War, 1970-1990", en *The Cambridge History of the Cold War,* vol. 3, Melvin Leffler y Odd Arne Westad (coords.), Cambridge University Press, Cambridge, 2010, pp. 26-31.

Asquith, Cyril, "The English Extreme Left", *The Spectator,* 12 de agosto de 1876.

Asquith, Herbert Henry, *Letters to Venetia Stanley*, Oxford University Press, Oxford, 1982.

———, *Memories and Reflections, 1852-1927*, vol. I, Little, Brown, Boston, 1928.

Atkin, John, *British Overseas Investment*, Arno Press, Nueva York, 1977.

Augar, Philip, *Chasing Alpha: How Reckless Growth and Unchecked Ambition Ruined the City's Golden Decade*, Bodley Head, Londres 2009.

Augar, Philip, *The Death of Gentlemanly Capitalism: The Rise and Fall of London's Investment Banks*, Penguin, Londres, 2000.

Authers, John, *The Fearful Rise of Markets: Global Bubbles, Synchronized Meltdowns, and How to Prevent Them in the Future*, Financial Times/Prentice Hall, Londres, 2010.

Bagehot, Walter, "A Suggestion for the Future Government of France", *The Economist,* 15 de agosto de 1874.

———, "Abandonment of Transportation", *The Economist,* 25 de febrero de 1865.

———, "Bolingbroke as a Statesman", *The National Review,* abril de 1863, en *The Collected Works of Walter Bagehot [CW],* vol. IV, The Economist, Londres, 1974-1986, p. 160.

———, *Economic Studies*, en *CW,* vol. XI, p. 279.

———, "French Politics", *The Economist,* 20 de junio de 1874.

———, *Lombard Street*, en *CW,* vol. IX, Londres, 1873.

———, "Memoir of the Right Honourable James Wilson", en *CW,* vol. III, p. 324.

———, "Mr Cobden", en *CW,* vol. III, pp. 223-224.

———, "Mr. Gladstone", *The National Review,* julio de 1860, en *CW,* vol. III, pp. 429 y ss.

———, "On the Emotion of Conviction", *The Contemporary Review,* vol. 17, Londres, 1871, pp. 33-39.

———, *Physics and Politics*, en *CW,* vol. VII, pp. 50-51.

———, "Robert Harry Inglis Palgrave, Esq.", en *The Bankers' Magazine,* vol. XLVII, enero-diciembre de 1887, pp. 35-38.

———, "Senior's Journals", *The Fortnightly Review*, agosto de 1871, en *CW*, vol. VII, p. 300.

———, "The American Constitution at the Present Crisis", *The National Review,* octubre de 1861.

———, *The Collected Works of Walter Bagehot,* The Economist, Londres, 1974-1986.

———, "The Crédit Mobilier and Banking Companies in France", *The National Review,* vol. IV, enero de 1857, en *CW*, vol. X, pp. 341-371.

———, "The Currency Monopoly", *Prospective Review,* 1848.

———, *The English Constitution,* Chapman and Hills, Londres, 1867; Collins, Londres, 1963. [*La Constitución inglesa*, trad. de Adolfo Posada, La España Moderna, Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia, Madrid, 1902.]

———, *The English Constitution*, en *CW,* vol. V.

———, "The Postulates of English Political Economy", en *CW,* vol. XI, p. 230.

———, "The Postulates of English Political Economy", *The Fortnightly Review,* febrero y mayo de 1876.

Baker, Ray S., *Woodrow Wilson: Life and Letters*, vol. I, Scribner's, Nueva York, 1946.

Ball, S., "Socialism and Individualism: A Challenge and an Eirenicon", *The Economic Review,* octubre de 1897, pp. 490-520.

Barrington, Emilie, *The Servant of All: Pages from the Family, Social and Political Life of My Father, James Wilson: Twenty Years of Mid-Victorian Life,* vol. I, Longmans, Londres, 1927.

Barrington, Emile, y Emily Russell Barrington, *Life of Walter Bagehot,* Longmans, Green, Londres, 1914 [1915].

Bartle, George F., *An Old Radical and His Brood,* Janus, Londres, 1994.

Bealey, Frank, y Henry Pelling, *Labour and Politics 1900-1906,* Macmillan, Londres, 1958.

Beasley, Edward, *The Victorian Reinvention of Race: New Racisms and the Problem of Grouping in the Human Sciences,* Routledge, Nueva York, 2010.

Beckert, Sven, "Emancipation and Empire: Reconstructing the World Wide Web of Cotton Production in the Age of the American Civil War", *American Historical Review,* vol. 109, núm. 5, diciembre de 2004, pp. 1405-1438.

———, *Empire of Cotton: A Global History,* Vintage, Nueva York, 2014.

Beckett, Andy, *Pinochet in Piccadilly: Britain and Chile's Hidden History,* Faber and Faber, Londres, 2002, p. 188. [*Pinochet en Picadilly: la historia secreta de Chile y el Reino Unido*, trad. de Victoria Ordóñez, Tusquets, Barcelona, 2003.]

———, *When the Lights Went Out: Britain in the Seventies*, Faber and Faber, Londres, 2009.

Beddoes, Zanny Minton, "Global Finance: Time for a Redesign?", *The Economist,* 30 de enero de 1999.

Beedham, Brian, "1989, and All That", *The Economist,* 23 de diciembre de 1989.

———, "A Better Way to Vote", *The Economist,* 11 de septiembre de 1993.

———, "As the Tanks Rumble Away", *The Economist,* 1º de septiembre de 1990.

———, "Islam and the West", *The Economist,* 6 de agosto de 1994.

———, "Niech zyje wiosna: Long Live Spring", *The Economist,* 12 de agosto de 1989.

———, "*The Economist* on Today's World: Sukarno Must Be Checked to Prevent Worse Trouble", *The Salt Lake Tribune*, 18 de enero de 1964.

Bell, Duncan, "What Is Liberalism?", *Political Theory,* vol. 42, núm. 6, junio de 2014, pp. 682-715.

——— (coord.), *Victorian Visions of Global Order: Empire and International Relations in Nineteenth Century Political Thought,* Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

Bell, Philip W., *The Sterling Area in the Post-War World: Internal Mechanism and Cohesion, 1946-1952,* The Oxford University Press, Londres, 1956.

Bennett, Catherine, "Mr. Murdoch's Mixed-up Kid", *The Guardian,* 18 de enero de 1993.

Berlin, Isaiah, *Flourishing: Letters 1928-1946,* Chatto & Windus, Londres, 2004.

———, *Flourishing: Letters, 1928-1946*, vol. I, Vintage/Cambridge University Press, Londres, 2012.

———, *Four Essays on Liberty*, Oxford, 1982. [*Cuatro ensayos sobre la libertad*, trad. de Belén Urrutia, Julio Bayón, Natalia Rodríguez, Alianza Editorial, Madrid, 1988.]

Best, Geoffrey, *Churchill and War*, Hambledon Continuum, Londres, 2006.

Beveridge, William Henry, *Full Employment in a Free Society,* Allen & Unwin, Londres, 1944. [*La ocupación plena: sus requisitos y consecuencias*, trad. de Raúl Velasco Terrés, Fondo de Cultura Económica, México, 1947.]

Beveridge, William Henry (coord.), *Tariffs: The Case Examined*, Longmans Green, Londres, 1931.

Bhattacharya, Sabyasachi, *Financial Foundations of the British Raj*, Indian Institute of Advanced Study, Shimla, 1971.

Bird, Roland, "Crowther, Geoffrey, Baron Crowther (1907-1972)", en *ODNB,* Henry C. G. Matthew (ed.), Oxford University Press, Oxford, 2004.

Black, Conrad, *A Life in Progress*, Key Porter Books, Toronto, 1993.

Blyth, Mark, *Austerity: The History of a Dangerous Idea*, Oxford University Press, Nueva York, 2013 [*Austeridad: historia de una idea peligrosa,* trad. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Crítica, Barcelona, 2014].

Bobbio, Norberto, *Liberalism and Democracy,* Verso, Londres, 1990. [*Liberalismo y democracia*, trad. de José F. Fernández Santillán, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.]

Bower, Tom, *Outrageous Fortune: The Rise and Ruin of Conrad and Lady Black*, Harper-Collins, Nueva York, 2006.

Boyce, Robert W. D., *British Capitalism at the Crossroads, 1919-1932: A Study in Politics, Economics, and International Relations,* Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

Boyle, Andrew, *Montagu Norman: A Biography,* Cassell, Londres, 1967.

Brenner, Robert, *The Boom and the Bubble: The US in the World Economy*, Verso, Londres, 2002.

———, *The Economics of Global Turbulence: The Advanced Capitalist Economies from Long Boom to Long Downturn, 1945-2005*, Verso, Londres, 2006.

Bright, John, *Speeches on Questions of Public Policy,* vol. II, Kraus, Nueva York, 1970 [1869].

Broadberry, Stephen, y Mark Harrison, "Introduction", en *The Economics of World War I,* Stephen Broadberry y Mark Harrison (coords.), Cambridge University Press, Cambridge, 2009, p. 23.

Broadberry, Stephen, y Peter Howlett, "The United Kingdom during World War I: Business as Usual?", en *The Economics of World War I,* Stephen Broadberry y Mark Harrison (coords.), Cambridge University Press, Cambridge, 2005, pp. 206-234.

Brook, Stephen, "Let the Bad Times Roll", *The Guardian,* 25 de febrero de 2008.

Brown, Maggie, "Business as Usual", *The Guardian,* 27 de marzo de 2006.

Buchan, Alastair, *The Spare Chancellor: The Life of Walter Bagehot,* Chatto and Windus, Londres, 1959.

Bulpitt, Jim, "The Discipline of the New Democracy: Mrs. Thatcher's Domestic Statecraft", *Political Studies,* vol. 43, núm. 1, marzo de 1986, pp. 19-39.

Burgin, Angus, *The Great Persuasion: Reinventing Free Markets since the Depression*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2012.

Burk, Kathleen, *Morgan Grenfell, 1838-1988: The Biography of a Merchant Bank*, Oxford University Press, Oxford, 1989.

Burn, Gary, *The Re-Emergence of Global Finance,* Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2006.

Burnet, Alastair, "After Ten Years", *The Economist,* 26 de octubre de 1974.
———, *America, 1843-1993: 150 Years of Reporting the American Connection*, *The Economist* Books, Londres, 1993.
———, *Is Britain Governable?,* Conservative Political Centre, Londres, 1975.
Burrell, Ian, "John Micklethwait: Great Minds Like a Think", *The Independent,* 8 de enero de 2007.
———, "John Micklethwait: 'Republicans Had the Advantage, but They Wasted It with Sleaze'", *The Independent,* 3 de noviembre de 2008.
Cain, Peter J., "Economics and Empire: The Metropolitan Context", en *The Oxford History of the British Empire*, vol. III, Andrew Porter (coord.), Oxford University Press, Oxford, 1999, pp. 47-50.
———, *Hobson and Imperialism: Radicalism, New Liberalism, and Finance 1887-1938,* Oxford University Press, Oxford, 2002.
———, y A. G. Hopkins, *British Imperialism: Crisis and Deconstruction,* Longman, Londres, 1993.
Cairncross, Alec, "Economists in Wartime", *Contemporary European History,* vol. 4, núm. 1, marzo de 1995, pp. 19-36.
———, *Years of Recovery: British Economic Policy, 1945-1951,* Methuen, Londres, 1985.
Cairncross, Frances, *Costing the Earth: The Challenge for Governments, the Opportunities for Business*, Harvard Business School Press, Boston, 1993. [*Las cuentas de la tierra: economía verde y rentabilidad medioambiental*, trad. de Cristina García Ohlrich, Ángel Muñoz D. L., Madrid, 1994.]
———, *The Death of Distance: How the Communications Revolution Is Changing Our Lives,* Harvard Business School Press, Boston, 1997. [*La muerte de la distancia: cómo la revolución de las comunicaciones cambiará la vida de la empresa*, trad. de Laura Trafi, Paidós, Barcelona, 1998.]
Carnegie Endowment for International Peace, *Carnegie Endowment for International Peace: Year Book for 1915,* Carnegie Endowment for International Peace, Washington, 1915.
Cassis, Youssef, *City Bankers, 1890-1914,* Cambridge University Press, Cambridge, 1994.
Cecco, Marcello de, *Money and Empire,* St. Martin's Press, Nueva York, 1984.
Cecil, Robert, *et al*., *Essays in Liberalism: Being the Lectures and Papers which Were Delivered at the Liberal Summer School at Oxford, 1922*, Collins, Londres, 1922.
Center for European Policy Analysis (CEPA [Centro para Análisis de la Política Europea]), "CEPA Stratcom Program", Center for European Policy Analysis, CEPA.org.
Chew, Ernest, "The Fall of the Burmese Kingdom in 1885: Review and Reconsideration", *Journal of Southeast Asian Studies,* vol. 10, núm. 2, septiembre de 1979, p. 378.
Chilcote, Ronald H., *The Portuguese Revolution: State and Class in the Transition to Democracy*, Rowman & Littlefield, Lanham, 2010.
Chippindale, Peter, y Martin Walker, "Only the Views We Want You to Read", *The Guardian,* 20 de diciembre de 1976.

Chippindale, Peter, y Martin Walker, "Tory's Book Funded by CIA", *The Guardian,* 20 de diciembre de 1976.

Chittum, Ryan, "*The Economist*'s Success Is Not a Marketing Story", *Columbia Journalism Review*, 9 de agosto de 2010.

Claeys Gregory, *Imperial Sceptics: British Critics of Empire, 1850-1920*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010.

Clarendon, "Clarendon to Wilson", 29 de julio, 30 de agosto y 22 de diciembre de 1847, en Barrington, *The Servant of All: Pages from the Family, Social and Political Life of My Father, James Wilson: Twenty Years of Mid-Victorian Life,* vol. I, Longmans, Londres, 1927, pp. 122-123 y 129-130.

Clarke, Peter F., *A Question of Leadership: From Gladstone to Thatcher,* 2ª ed., Penguin, Londres, 1992.

———, *Hope and Glory: Britain 1900-1990,* Allen Lane, Londres, 1996.

———, *Liberals and Social Democrats,* Cambridge University Press, Cambridge, 1978.

———, *The Last Thousand Days of the British Empire: Churchill, Roosevelt, and the Birth of the Pax Americana,* Penguin, Londres, 2007.

———, y Clive Trebilcock (coords.), *Understanding Decline: Perceptions and Realities of British Economic Performance,* Cambridge University Press, Cambridge, 1997.

Clemons, Eric K., y Bruce W. Weber, "London's Big Bang: A Case Study of Information Technology, Competitive Impact, and Organizational Change", *Journal of Management Information Systems,* vol. 6, núm. 4, 1º de abril de 1990.

Clinton, W. David, *Tocqueville, Lieber, and Bagehot: Liberalism Confronts the World*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003.

Clogg, Richard, *Politics and the Academy: Arnold Toynbee and the Koraes Chair,* F. Cass/Centre of Contemporary Greek Studies, King's College, Londres, 1986.

Cobden, Richard, *Speeches on Questions of Public Policy*, vol. II, Macmillan, Londres, 1870.

———, *The Letters of Richard Cobden,* vol. I, *1815-1847,* Anthony C. Howe (ed.), Oxford University Press, Oxford, 2007.

———, *The Letters of Richard Cobden,* vol. III, *1854-1859,* Anthony C. Howe (ed.), Oxford University Press, Oxford, 2012.

———, *The Political Writings of Richard Cobden,* Cassell, Londres, 1886.

Cockburn, Alexander, *A Colossal Wreck: A Road Trip through Scandal, Political Corruption, and American Culture,* Verso, Londres, 2013.

———, *The Golden Age Is in Us: Journeys & Encounters, 1987-1994,* Verso, Londres, 1994.

Cockett, Richard, *Thinking the Unthinkable: Think-Tanks and the Economic Counter-Revolution, 1931-1983,* Harper-Collins, Londres, 1994.

Coggan, Philip, *Paper Promises: Money, Debt and the New World Order*, Penguin Books, Allen Lane, Londres, 2011. [*Promesas de papel: dinero, deuda y un nuevo paradigma financiero,* trad. de Inga Pellisa, El Hombre del Tres, Madrid, 2013.]

Cohen, Roger, "Rupert Murdoch's Biggest Gamble", *The New York Times Magazine,* 21 de octubre de 1990.

Collini, Stefan, *Liberalism and Sociology: L. T. Hobhouse and Political Argument in England, 1880-1914,* Cambridge University Press, Cambridge, 1979.

———, "Moral Mind: R. H. Tawney", *English Pasts: Essays in History and Culture,* Oxford University Press, Oxford, 1999, pp. 177-194.

Connelly, Matthew James, *A Diplomatic Revolution: Algeria's Fight for Independence and the Origins of the Post-Cold War Era*, Oxford University Press, Oxford, 2002.

Cooper, Frederick, *Colonialism in Question: Theory, Knowledge, History*, University of California Press, Berkeley, 2005.

Cox, Michael (coord.), *E. H. Carr: A Critical Appraisal,* St. Martin's Press, Nueva York, 2000.

Craig, Daniel, "Bagehot's Republicanism", en *The Monarchy and the British Nation, 1780 to the Present,* Andrzej Olechnowicz (coord.), Cambridge University Press, Cambridge, 2007, p. 139.

Craiutu, Aurelian, *Liberalism under Siege: The Political Thought of the French Doctrinaires,* Lexington Books, Lanham, 2003.

Crossman, "Introduction", en Walter Bagehot, *The English Constitution,* Collins, Londres, 1963, pp. 8-10.

Crowther, Geoffrey, "Discussion", *The American Economic Review*, vol. 33, núm. 1, 1º de marzo de 1943, pp. 332-333 y 458.

———, *Economics for Democrats,* T. Nelson and Sons, Londres, 1939.

———, "English Economist Envisages Advanced Post-War Britain", *The Christian Science Monitor,* 8 de agosto de 1941.

———, *Ways and Means: A Study of the Economic Structure of Great Britain Today*, Macmillan, Londres, 1936.

Crozier, Brian [carta sobre Vietnam del Sur], *The Economist,* 18 de diciembre de 1965.

———, "Conflicting Accounts", *Time Out,* 29 de agosto a 4 de septiembre de 1975.

———, *Franco*, Little, Brown, Boston, 1967.

———, *Free Agent: The Unseen War, 1941-1991*, Harper Collins, Londres, 1993.

———, *Neo-colonialism: A Background Book,* Bodley Head, Londres, 1964.

———, *South-East Asia in Turmoil,* Penguin Books, Baltimore, 1965.

Curry, George, "Woodrow Wilson, Jan Smuts, and the Versailles Settlement", *American Historical Review,* vol. 66, núm. 4, julio de 1961, pp. 968-986.

Dalton, Hugh, *Memoirs*, vol. I, *Call Back Yesterday 1887-1931,* Frederick Muller, Londres, 1953.

———, *The Fateful Years: Memoirs 1931-1945,* vol. II, Frederick Muller, Londres, 1957.

———, *High Tide and After: Memoirs 1945-1960*, vol. III, Frederick Muller, Londres, 1962.

Dalyell, Tam, "Lord Jay", *The Independent*, 6 de marzo de 1996.

Dangerfield, George, *The Strange Death of Liberal England, 1910-1914,* Capricorn Books, Nueva York, 1935.

Darwin, John, *Britain, Egypt and the Middle East: Imperial Policy in the Aftermath of War, 1918-1922,* St. Martin's Press, Nueva York, 1981.

Darwin, John, *The Empire Project: The Rise and Fall of the British World-System, 1830-1970,* Cambridge University Press, Cambridge, 2009, 2014.

Daunton, Martin, *Trusting Leviathan: The Politics of Taxation in Britain, 1799-1914,* Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

Davenport, Nicholas, *Memoirs of a City Radical,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1974.

———, *Vested Interests or Common Pool,* Gollancz, Londres, 1942.

David, Peter, *Triumph in the Desert: The Challenge, the Fighting, the Legacy,* Random House, Nueva York, 1991.

David, Saul, *The Indian Mutiny: 1857,* Liquor Tea Co., Londres, 1879; Penguin, Londres, 2002.

Davies, Aled Rhys, *The City of London and Social Democracy: The Political Economy of Finance in Britain, 1959-1979,* Oxford University Press, Oxford, 2017.

Davis, Lance E., y Robert A. Huttenback, *Mammon and the Pursuit of Empire: The Political Economy of British Imperialism, 1860-1912,* Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

Davis, Noah, "Why *The Economist* Is Winning", *Business Insider,* 21 de julio de 2011.

Deery, Phillip, "Confronting the Cominform: George Orwell and the Cold War Offensive of the Information Research Department, 1948-1950", *Labour History,* núm. 73, noviembre de 1997, pp. 219-225.

Desai, Radhika, "Second-Hand Dealers in Ideas: Think Tanks and Thatcherite Hegemony", *New Left Review,* núm. 203, enero de 1994, pp. 29-31.

Deutscher, Isaac, "The Mysticism of Cruelty", *Marxism, Wars and Revolution: Essays from Four Decades,* Tamara Deutscher (coord.), Verso, Londres, 1985, pp. 69-70.

Dimand, Robert, *The Origins of the Keynesian Revolution: The Developments of Keynes' Theory of Employment and Output,* Stanford University Press, Stanford, 1988.

Dizikes, John, *Britain, Roosevelt and the New Deal: British Opinion, 1932-1938,* tesis de doctorado, Harvard University, 1964; Garland, Nueva York, 1979.

Draper, Alfred, *Amritsar: Massacre That Ended the Raj,* Macmillan India, Nueva Delhi, 1981; Buchan and Enright, Londres, 1985.

Duncan, David, *The Life and Letters of Herbert Spencer*, 2 vols., Appleton, Londres, 1908.

Durbin, Elizabeth, *New Jerusalems: The Labour Party and the Economics of Democratic Socialism,* Routledge & Kegan Paul, Londres, 1985.

Dutton, David, "1932: A Neglected Date in the History of the Decline of the British Liberal Party", *Twentieth Century British History,* vol. 14, núm. 1, marzo de 2003, pp. 43-60.

Dyson, Tim, *A Population History of India: From the First Modern People to the Present Day,* Oxford University Press, Oxford, 2014.

Edelstein, Michael, "Foreign Investment and Accumulation 1860-1914", en *The Economic History of Britain since 1700*, vol. II, Roderick Floud y Deirdre McCloskey (coords.), Cambridge University Press, Cambridge, 1994, pp. 173-196.

Edelstein, Michael, *Overseas Investment in the Age of High Imperialism*, Columbia University Press, Nueva York, 1982.
Edgerton, David, "Liberal Militarism and the British State", *New Left Review,* núm. 185, enero-febrero de 1991, pp. 138-169.
———, *The Rise and Fall of the British Nation: A Twentieth Century History,* Allen Lane, Londres, 2018.
———, *Warfare State: Britain, 1920-1970,* Cambridge University Press, Cambridge, 2006.
Editores de *Embassy Magazine,* "The CIA's 'Students' of Conflict", *Embassy Magazine,* octubre de 1976.
Editores de *Encounter*, "An Exchange between Max Beloff and Irving Kristof", *Encounter*, junio de 1987.
Editores de *The Accountant* [artículo sobre Leonard Reid], *The Accountant,* 5 de noviembre de 1938.
Editores de *The Bankers' Magazine,* "The Retiring Editor of the 'Economist'", *The Bankers' Magazine*, vol. LXXXIV, Londres, 1907, pp. 149-151.
Editores de *The Economic Review,* "Individualism and Socialism I, II", *The Economic Review*, abril de 1898, pp. 225-235.
Editores de *The Economist*, "A Bad Treaty", *The Economist,* 16 de agosto de 1924.
———, "A Bias towards Change", *The Economist*, 26 de abril de 2003.
———, "A Good Friend" [sobre Graham Hutton], *The Economist,* 22 de octubre de 1988.
———, "A Great Budget", *The Economist,* 9 de mayo de 1908.
———, "A Heart-Rending but Necessary War", *The Economist,* 3 de noviembre de 2001.
———, "A Lost Opportunity", *The Economist,* 5 de agosto de 1922.
———, "A Manifesto", *The Economist,* 13 de septiembre de 2018.
———, "A Manifesto", *The Economist,* 15 de septiembre de 2018.
———, "A Manual of Political Economy for Schools", *The Economist,* 7 de abril de 1855.
———, "A New Approach to Financial Risk", *The Economist,* 17 de octubre de 1998.
———, "A New Axe", *The Economist,* 8 de agosto de 1931.
———, "A New Way to Peace", *The Economist,* 2 de junio de 1855.
———, "A Protectionist's Mare's Nest", *The Economist,* 23 de febrero de 1929.
———, "A Regretful No", *The Economist,* 26 de noviembre de 2016.
———, "A Retrospect", *The Economist,* 27 de diciembre de 1884.
———, "A Short History of Modern Finance: Step by Step", *The Economist,* 16 de octubre de 2008.
———, "A Simple Plan of Reform", *The Economist,* 24 de diciembre de 1864.
———, "A Solution to the Reparations Problem", *The Economist,* 11 de febrero de 1922.
———, "A Tragic Split" y "Brex and the City", *The Economist,* 24 de junio de 2016.
———, "A Vote of No Confidence", *The Economist,* 10 de octubre de 1964.

Editores de *The Economist,* "A Web of Lies", *The Economist,* 1º de octubre de 2014.
———, "A Wit May Also Be Wise: In Praise of an Unconventional Democrat and Scholar of Walter Bagehot", *The Economist*, 10 de marzo de 2012.
———, "A World Adrift", *The Economist*, 4 de junio de 1932.
———, "Absolute Government in Italy", *The Economist,* 27 de noviembre de 1922.
———, "Achievement and Promise", *The Economist,* 23 de noviembre de 1918.
———, "Advantages of State Ownership of Railways", *The Economist,* 7 de enero de 1865.
———, "Aesthetic Twaddle versus Political Economy", *The Economist,* 18 de agosto de 1860.
———, "After Cuba", *The Economist,* 3 de noviembre de 1952.
———, "After Lumumba", *The Economist,* 18 de febrero de 1961.
———, "After Mr. Profumo", *The Economist,* 8 de junio de 1963.
———, "After Two Years", *The Economist,* 5 de agosto de 1916.
———, "Algeria's Cry", *The Economist,* 17 de diciembre de 1960.
———, "Almighty Alan Greenspan", *The Economist,* 8 de enero de 2008.
———, "America and the Philippines", *The Economist,* 5 de noviembre de 1898.
———, "America Gone Soft", *The Economist,* 5 de enero de 1980.
———, "America's Best Hope", *The Economist,* 5 de noviembre de 2016.
———, "America's Blind Spot", *The Economist,* 24 de abril de 1999.
———, "America", *The Economist,* 8 de junio de 1861.
———, "America", *The Economist,* 1º de agosto de 1863.
———, "American Complaints against England", *The Economist,* 14 de septiembre de 1861.
———, "American Responsibility", *The Economist,* 11 de diciembre de 1948.
———, "Americans and Global Warming", *The Economist,* 16 de febrero de 2011.
———, "Americans Play It Cool", *The Economist,* 10 de junio de 1967.
———, "Americans without Bank Accounts: Into the Fold", *The Economist,* 6 de mayo de 2006.
———, "An Anti-Tory Tactical Voters Guide", *The Economist,* 4 de junio de 1983.
———, "An Idea Whose Time Has Passed", *The Economist,* 22 de octubre de 1994.
———, "An Idea Whose Time Has Passed", *The Economist,* 22 de octubre de 1994.
———, *An Impression of Russia* [folleto], The Economist, Londres, 1930.
———, "An Impression of Russia", *The Economist,* 17 de noviembre de 1931.
———, "An Independent Cyprus?", *The Economist,* 14 de febrero de 1959.
———, "An Independent Cyprus", *The Economist,* 16 de julio de 1960.
———, "Another Crisis for Carter", *The Economist,* 30 de junio de 1979.
———, "Anybody but Carter?", *The Economist,* 18 de octubre de 1980.
———, "Apocalypse When?", *The Economist,* 15 de octubre de 1988.
———, "Appointment in Tripoli", *The Economist,* 19 de abril de 1986.
———, "Argentine Affairs", *The Economist,* 21 de noviembre de 1891.
———, "Argentine Borrowings", *The Economist,* 24 de noviembre de 1888.
———, "Armaments", *The Economist,* 28 de julio de 1906.

Editores de *The Economist,* "Arms and Diplomacy", *The Economist,* 20 de enero de 1951.
——— [artículo de Macmillan en respuesta a Keynes], *The Economist,* 10 de marzo de 1934.
——— [artículo sobre el espionaje estadunidense y el caso de Edward Snowden], *The Economist,* 6 de julio de 2013.
——— [artículo sobre el nombramiento de Lord Catto], *The Economist,* 13 de octubre de 1945.
——— [artículo sobre la apertura comercial hacia China], *The Economist,* 25 de agosto de 1855.
——— [artículo sobre la conferencia semioficial organizada en 1925 durante la tercera reunión de la Cámara de Comercio Internacional de Bélgica], *The Economist,* 28 de mayo de 1927.
——— [artículo sobre la diferencia entre el comercio de Alemania y el del Reino Unido], *The Economist,* 1º de noviembre de 1930.
——— [artículos sobre el ascenso de Japón y el potencial de Manchuria, Corea y Taiwán], *The Economist,* 9 de noviembre de 1907 y 5 de enero de 1908.
——— [artículos sobre la doctrina deflacionaria], *The Economist* del 13 de febrero y el 8 de mayo de 2010.
——— [artículos sobre las opiniones de Henry Strakosch acerca de la estabilización de los precios mediante la conservación del patrón oro], *The Economist,* 10 de noviembre de 1928 y 5 de julio de 1930.
——— [artículos sobre los aranceles vinculados a la movilidad moderna del capital de cara al argumento en favor del libre comercio puro], *The Economist,* 3 de noviembre de 1928 y 26 de enero y 23 de febrero de 1929.
———, "As the Tanks Rumble Away", *The Economist,* 1º de septiembre de 1990.
———, "At the End of the Day", *The Economist,* 19 de junio de 1982.
———, "At the Front and at Home", *The Economist,* 24 de noviembre de 1917.
———, "Atrocity and Chivalry", *The Economist,* 5 de septiembre de 1914.
———, "Attitude of the Powers", *The Economist,* 16 de septiembre de 1882.
———, "Audience Advertising Categories", *The Economist,* 2 de abril de 2009.
———, "Back to Bonapartism", *The Economist,* 19 de enero de 1963.
———, "Back to Sanity", *The Economist,* 2 de noviembre de 1918.
———, "Back to the League", *The Economist,* 21 de diciembre de 1935.
———, "Backwards Comrades", *The Economist,* 19 de septiembre de 2015.
———, "Bagehot's Lombard Street", *The Economist,* 23 de julio de 1910.
———, "Bagehot", *The Economist,* 16 de octubre de 2008.
———, "Banana Split", *The Economist,* 10 de julio de 1954.
———, "Bank of Ireland and the Land League", *The Economist,* 22 de octubre de 1881.
———, "Bankers and the Budget", *The Economist,* 15 de mayo de 1909.
———, "Banks in Trouble: Sweaty Brows, Slippery Fingers", *The Economist,* 8 de septiembre de 1990.
———, "Barbara Ward", *The Economist,* 6 de junio de 1981.

Editores de *The Economist,* "Bare-Knuckle in Basel", *The Economist,* 29 de mayo de 2010.
———, "Battle for Southern Europe", *The Economist,* 10 de agosto de 1974.
———, "Beating about the Bush", *The Economist,* 12 de agosto de 1922.
———, "Birth of a Civil War", *The Economist,* 11 de marzo de 1972.
———, "Black Flags in India", *The Economist,* 7 de septiembre de 1946.
———, "Black Man's Burden", *The Economist,* 21 de enero de 1961.
———, "Blood and Oil", *The Economist,* 26 de febrero de 2011.
———, "Blood in the Oil", *The Economist,* 27 de septiembre de 1980.
———, "Blood on His Hands", *The Economist,* 19 de enero de 1991.
———, "Boer and Briton", *The Economist,* 26 de agosto de 1899.
———, "Brazil Cracks", *The Economist,* 4 de abril de 1964.
———, "Brazil: Lula's Leap", *The Economist,* 2 de marzo de 2006. .
———, "Brazil's Foreign Policy: Lula's World", *The Economist,* 2 de marzo de 2006.
———, "Brian Beedham: The Pipe Smoking Warrior", *The Economist,* 16 de mayo de 2015.
———, "Bright on the Probable War with Burmah", *The Economist,* 7 de noviembre de 1885.
———, "Britain, Persia and Oil", *The Economist,* 23 de marzo de 1951.
———, "Britain's Missing Middle", *The Economist,* 3 de junio de 2017.
———, "Britain's Recession", *The Economist,* 4 de abril de 1981.
———, "British Capital Abroad", *The Economist,* 6 de agosto de 1938.
———, "British Capital at Home and Abroad", *The Economist,* 20 de noviembre de 1909.
———, "British Finance in 1910", *The Economist,* 11 de enero de 1911.
———, "British Guiana and Self-Government", *The Economist,* 27 de octubre de 1951.
———, "British Interests and the Moroccan Dispute", *The Economist,* 29 de julio de 1911.
———, "British Interests in Egypt", *The Economist,* 29 de julio de 1882.
———, "British Policy and India", *The Economist,* 28 de noviembre de 1931.
———, "Budget of 1911", *The Economist,* 20 de mayo de 1911.
———, "Burmese Difficulties", *The Economist,* 21 de agosto de 1886.
———, "Bush and the Axis of Evil", *The Economist,* 2 de febrero de 2002.
———, "Business in Britain", *The Economist,* 20 de mayo de 1989.
———, "Cabinet and Spain", *The Economist,* 25 de junio de 1938.
———, "Cabinet Crisis and Perplexities of Faith", *The Economist,* 1º de julio de 1916.
———, "Caesareanism as It Now Exists", *The Economist,* 4 de marzo de 1865.
———, "Can We Learn from Chile?", *The Economist,* 17 de junio de 1972.
———, "Capital of Capital", *The Economist,* 11 de octubre de 1986.
———, "Capitalism and Its Critics: Rage against the Machine", *The Economist,* 22 de octubre de 2011.
———, "Capitalism at Bay", *The Economist,* 16 de octubre de 2008.
———, "Carry a Big Stick", *The Economist,* 26 de marzo de 1988.

Editores de *The Economist,* "Case for War", *The Economist,* 3 de agosto de 2002.
———, "Case for War – Revisited", *The Economist,* 19 de julio de 2003.
———, "Caspian Gamble", *The Economist,* 7 de febrero de 1998.
———, "Censure on Whom?", *The Economist,* 20 de junio de 1959.
———, "Coalition Government and Progress of the War", *The Economist,* 29 de mayo de 1915.
———, "Cold Class War", *The Economist,* 4 de agosto de 1951.
———, "Come Off ITT", *The Economist,* 1º de abril de 1972.
———, "Come On, It's Fine", *The Economist,* 21 de agosto de 1973.
———, "Commonwealth with Solvency", *The Economist,* 1º de marzo de 1952.
———, "Confronting a Cliché", *The Economist,* 1º de diciembre de 1979.
———, "Congo Express Derailed", *The Economist,* 16 de julio de 1960.
———, "Congo Express", *The Economist,* 25 de junio de 1960.
———, "Conservative Criticism of Liberal Politics", *The Economist,* 25 de febrero de 1860.
———, "Consider Japan", *The Economist,* 1º de septiembre de 1962.
———, "Consider Japan", *The Economist,* 1º de septiembre de 1962.
———, "Considerations on Representative Government", *The Economist,* 11 de mayo de 1861.
———, "Constitutional Reform", *The Economist,* 14 de noviembre de 1908.
———, "Constitutional Tendencies in France", *The Economist,* 14 de septiembre de 1872.
———, "Constitution-Making on a Stupendous Scale", *The Economist,* 2 de febrero de 1935.
———, "Continental Alarms", *The Economist,* 5 de octubre de 1867.
———, "Continental Criticism of England", *The Economist,* 30 de septiembre de 1899.
———, "Contra Cut-Off", *The Economist,* 27 de abril de 1985.
———, "Controlling Guns", *The Economist,* 18 de mayo de 1996.
———, "Convertibility?", *The Economist,* 27 de septiembre de 1958.
———, "Cor!", *The Economist,* 3 de junio de 2017.
———, "Correspondence and Answers to Inquiries", *The Economist,* 11 de noviembre de 1843.
———, "Cost of Defence", *The Economist,* 29 de julio de1950.
———, "Cost of the Strike", *The Economist,* 8 de mayo de 1926.
———, "Counter-Attacking the Kremlin", *The Economist,* 26 de abril de 2007.
———, "Credit and Blame", *The Economist,* 11 de septiembre de 2008.
———, "Crunch Time in Libya", *The Economist,* 23 de abril de 2011.
———, "Cyclone Cuba", *The Economist,* 27 de octubre de 1962.
———, "Cyprus", *The Economist*, 28 de febrero de 1959.
———, "Cyprus after the Storm", *The Economist,* 1957.
———, "Cyprus Confronts Its Future", *The Economist,* 31 de octubre de 1959.
———, "Cyprus: The Makarios Years", *The Economist,* 20 de julio de 1974.

Editores de *The Economist,* "Chamberlain on the Irish Agitation", *The Economist,* 31 de diciembre de 1881.
———, "Chambers's Papers for the People", *The Economist,* 13 de julio de 1850.
———, "Charity as a Remedy in Case of Famine", *The Economist,* 29 de noviembre de 1845.
———, "Cheap Money", *The Economist,* 7 de septiembre de 1946.
———, "Chile after Allende", *The Economist,* 13 de octubre de 1973.
———, "China and the Concert of Europe", *The Economist,* 29 de diciembre de 1901.
———, "China without Chiang", *The Economist,* 20 de marzo de 1948.
———, "China's Tepid War", *The Economist,* 20 de diciembre de 1947.
———, "Chinese Problem", *The Economist,* 29 de septiembre de 1900.
———, "Choreography by Suharto", *The Economist,* 18 de octubre de 1975.
———, "Cracks in the Façade", *The Economist,* 24 de marzo de 2007.
———, "Danger Time for America", *The Economist,* 14 de enero de 2006.
———, "Debates", *The Economist,* 2 de diciembre de 1911.
———, "Defeat of the Communists", *The Economist,* 11 de octubre de 1924.
———, "Defeat of the Ministry and the Prospects of Reform", *The Economist,* 2 de abril de 1859.
———, "Defeat or Opportunity", *The Economist,* 24 de septiembre de 1949.
———, "Defining NATO's Aims", *The Economist,* 24 de abril de 1999.
———, "Definitions in Political Economy", *The Economist,* 26 de noviembre de 1853.
———, "Delhi, Moghul and British Civilization", *The Economist,* 31 de octubre de 1857.
———, "Democracy and Economy", *The Economist,* 15 de agosto de 1931.
———, "Disquiet over Kenya", *The Economist,* 9 de junio de 1956.
———, "Divided China", *The Economist,* 13 de enero de 1945.
———, "Divided We Fall", *The Economist,* 18 de junio de 2016.
———, "Do It with Mines", *The Economist,* 3 de abril de 1976.
———, "Doing Well by Doing Good", *The Economist,* 15 de junio de 1991.
———, "Dollar Crisis", *The Economist,* 1º de septiembre de de 1945.
———, "Dollar Loan", *The Economist,* 8 de diciembre de 1945.
———, "Don't Do a Cuba on Portugal", *The Economist,* 12 de abril de 1975.
———, "Don't Forget Afghanistan", *The Economist,* 25 de octubre de 1980.
———, "Doubts on Guiana", *The Economist,* 24 de octubre de 1953.
———, "Downing Street and the Dardanelles", *The Economist,* 23 de septiembre de 1922.
———, "Dr Schacht's Declarations", *The Economist,* 10 de junio de 1933.
———, "Drones and the Law", *The Economist,* 8 de octubre de 2011.
———, "Earl Grey on the Afghan Difficulty", *The Economist,* 12 de octubre de 1878.
———, "Eastern Question", *The Economist,* 26 de marzo de 1853.
———, "Eclipse of Socialism", *The Economist,* 16 de marzo de 1907.
———, "Economic Value of Justice to the Dark Races", *The Economist,* 9 de diciembre de 1865.

Editores de *The Economist,* "Effort or Imagination", *The Economist,* 18 de enero de 1919.
———, "Egypt", *The Economist,* 22 de julio de 1882.
———, "Egypt", *The Economist,* 26 de agosto de 1882.
———, "Egypt and Financial Control", *The Economist,* 30 de septiembre de 1882.
———, "Election Manifesto", *The Economist,* 30 de junio de 1945.
———, "Eleventh-Hour Reprieve", *The Economist,* 1º de octubre de 1938.
———, "Empire of India", *The Economist,* 29 de mayo de 1909.
———, "Employment: The White Paper", *The Economist,* 3 de junio de 1944.
———, "End of an Era", *The Economist,* 3 de enero de 1942.
———, "End of the Zulu War", *The Economist,* 26 de julio de 1879.
———, "Enemy Aliens", *The Economist,* 4 de noviembre de 1916.
———, "Engagement Announced", *The Economist,* 30 de septiembre de 1961.
———, "Engine Trouble", *The Economist,* 21 de octubre de 2010.
———, "England and the East", *The Economist,* 21 de noviembre de 1885.
———, "England and the Transvaal", *The Economist,* 10 de junio de 1899.
———, "English Feeling toward America", *The Economist,* 28 de septiembre de 1861.
———, "English Opinion as Distinguished from English Action on American Questions", *The Economist,* 31 de octubre de 1863.
———, "English Ships and Spain", *The Economist,* 5 de diciembre de 1936.
———, "Enmity of Germany to Great Britain", *The Economist,* 5 de diciembre de 1896.
———, "Equalisation of the Income Tax", *The Economist,* 23 de febrero de 1861.
———, "Europe and the Egyptian Crisis", *The Economist,* 8 de julio de 1882.
———, "Europe's Achilles Heel", *The Economist,* 4 de agosto de 1956.
———, "Europe's Saviour", *The Economist,* 17 de junio de 2017.
———, "Even Neutrals Need Guns", *The Economist,* 4 de abril de 1970.
———, "Exchange Crisis", *The Economist,* 8 de agosto de 1931.
———, "Experience and Reform", *The Economist,* 5 de mayo de 1860.
———, "Face Value: Why Naomi Klein Needs to Grow Up", *The Economist,* 9 de noviembre de 2002.
———, "Factories-Owners and Inspectors", *The Economist,* 10 de marzo de 1855.
———, "Fair Play for Mau Mau", *The Economist,* 28 de febrero de 1959.
———, "Fall of Richmond and Its Affect upon English Commerce", *The Economist,* 22 de abril de 1865.
———, "Farewell to India: The Heritage", *The Economist,* 17 de enero de 1948.
———, "Fear Trumps Hope", *The Economist,* 7 de mayo de 2016.
———, "Federalism in the British Empire", *The Economist,* 9 de agosto de 1930.
———, "Feeding the Irish", *The Economist,* 21 de marzo de 1846.
———, "Fight This War, Not the Last", *The Economist,* 7 de septiembre de 2013.
———, "Final Settlement for Palestine?", *The Economist,* 26 de agosto de 1946.
———, "Finance or Industry", *The Economist,* 17 de octubre de 1925.
———, "Financial Control in Egypt", *The Economist,* 13 de enero de 1883.
———, "Financial Heroism", *The Economist,* 6 de octubre de 1917.

Editores de *The Economist,* "First Duty of Europe in China", *The Economist,* 15 de septiembre de 1900.
———, "First Twelve Months", *The Economist,* 10 de agosto de 1946.
———, "First, Catch Your Gunman", *The Economist,* 19 de junio de 1993.
———, "Flight of the Drones", *The Economist,* 8 de octubre de 2011.
———, "Float Free and Low", *The Economist,* 1º de julio de 1972.
———, "Floating into Europe", *The Economist,* 1 de julio de 1972.
———, "Floating the Humpty Dumpty Commonwealth", *The Economist,* 1º de julio de 1972.
———, "Flying on One Engine", *The Economist,* 20 de septiembre de 2003.
———, "Foreign Correspondence" [columna], *The Economist,* de 1855 a 1856.
———, "France and the Money Market", *The Economist*, 14 de diciembre de 1867.
———, "France in Denial", *The Economist,* 31 de mayo de 2012.
———, "France or England", *The Economist,* 5 de septiembre.
———, "Free Trade in Being", *The Economist,* 13 de marzo de 1909.
———, "Freedom Fighter", *The Economist,* 13 de abril de 2013.
———, "French Fears in Indochina", *The Economist,* 12 de noviembre de 1949.
———, "French Politics", *The Economist,* 20 de junio de 1874.
———, "From the Angolan Rubble", *The Economist,* 21 de febrero de 1976.
———, "From Washington to Munich", *The Economist,* 22 de octubre de 1938.
———, "Funding the American Debt", *The Economist,* 3 de febrero de 1923.
———, "Game Change", *The Economist,* 22 de abril de 2017.
———, "General Reflections", *The Economist,* 27 de enero de 1906.
———, "Geneva and Palestine", *The Economist,* 7 de agosto de 1937.
———, "German Securities and the Paris Bourse", *The Economist,* 5 de agosto de 1911.
———, "Germany and Jewry" *The Economist*, 1º de abril de 1933.
———, "Germany's Boycott", *The Economist,* 8 de abril de 1933.
———, "Getting Better All the Time", *The Economist,* 13 de mayo de 2010.
———, "Getting His Way", *The Economist,* 7 de noviembre de 1992.
———, "Getting Worried Downtown", *The Economist,* 17 de noviembre de 2007.
———, "Global Finance: Lifelines", *The Economist,* 9 de octubre de 2008.
———, "Globalisation and Its Critics", *The Economist,* 29 de septiembre de 2001.
———, "Going, Going", *The Economist,* 27 de agosto de 2011.
———, "Gold and the Banks", *The Economist,* 5 de septiembre de 1914.
———, "Gorillas or Reformers?", *The Economist,* 30 de mayo de 1964.
———, "Government and the Liberal Unionists", *The Economist,* 31 de julio de 1886.
———, "Government Protection for Children", *The Economist,* 21 de mayo de 1864.
———, "Guaranteeing Export Trade", *The Economist,* 22 de diciembre de 1934.
———, "Guatemalans Take Stock", *The Economist,* 24 de julio de 1954.
———, "Guided Tour", *The Economist,* 8 de octubre de 1983.
———, "Guns for Guatemala", *The Economist,* 29 de mayo de 1954.
———, "Half measures in Cyprus", *The Economist,* 21 de julio de 1956.
———, "Hank to the Rescue", *The Economist,* 13 de septiembre de 2008.

Editores de *The Economist,* "Hard Work for Labour", *The Economist,* 22 de abril de 2017.
———, "Harvest of Ottawa", *The Economist*, 27 de agosto de 1932.
———, "Hendrik 'Hendri' Coetzee", *The Economist,* 29 de diciembre de 2010.
———, "Hit Him Hard", *The Economist,* 31 de agosto de 2013.
———, "Hitler Shows His Hand", *The Economist,* 21 de octubre de 1933.
———, "Hola Verdict", *The Economist,* 1º de agosto de 1959.
———, "Home Rule and Experience of History", *The Economist,* 25 de febrero de 1893.
———, "Home Rule Bill", *The Economist,* 14 de septiembre de 1914.
———, "Hope for the Hamlets", *The Economist,* 18 de junio de 1966.
———, "Household Suffrage", *The Economist,* 8 de julio de 1848.
———, "How Not to Influence the Americans", *The Economist,* 9 de julio de 1966.
———, "How the Strike Came About", *The Economist,* 8 de mayo de 1926.
———, "How to Set Syria Free", *The Economist,* 11 de febrero de 2012.
———, "How to Stay Democratic without Actually Cheating", *The Economist,* 8 de abril de 1967.
———, "I Want Your Money", *The Economist,* 27 de septiembre de 2008.
———, "If He Gets to Saigon", *The Economist,* 17 de febrero de 1968.
———, "If It's True, Go", *The Economist,* 31 de enero de 1998.
———, "Immediate Result of the Election", *The Economist,* 26 de junio de 1886.
———, "Imperial Federation and Home Rule", *The Economist,* 15 de abril de 1893.
———, "Imperial War Economy", *The Economist,* 2 de noviembre de 1940.
———, "Implications of Guiana", *The Economist,* 31 de octubre de 1953.
———, "Implications", *The Economist,* 26 de octubre de 1963.
———, "In Aid of Turkey", *The Economist,* 21 de marzo de 1908.
———, "In the Balance", *The Economist,* 15 de agosto de 1942.
———, "In the Face of Adversity", *The Economist,* 9 de enero de 1965.
———, "In the Face of Adversity", *The Economist,* 9 de enero de 1965.
——— "In the Sign of the Balance", *The Economist,* 26 de mayo de 1955.
———, "Inconsequences of Mr. Keynes", *The Economist,* 14 de marzo de 1931.
———, "Inconvertible Again", *The Economist,* 23 de agosto de 1947.
———, "India at Stake", *The Economist,* 18 de abril de 1942.
———, "India's Mountbatten Year", *The Economist,* 26 de junio de 1948.
———, "India", *The Economist,* 18 de julio de 1857.
———, "India", *The Economist,* 24 de mayo de 1930.
———, "Indian Developments", *The Economist,* 7 de junio de 1930.
———, "Indian Finance and the Madras Protest", *The Economist,* 2 de junio de 1860.
———, "Indian Finance", *The Economist,* 5 de julio de 1930.
———, "Indian Reforms", *The Economist,* 29 de noviembre de 1909.
———, "Indian Truce", *The Economist,* 14 de marzo de 1931.
———, "Indonesia Tidies the Map", *The Economist,* 13 de diciembre de 1975.
———, "Initiative in Europe", *The Economist,* 21 de junio de 1947.
———, "Insatiable", *The Economist,* 19 de abril de 2014.

Editores de *The Economist,* "Inside the Banks", *The Economist,* 16 de octubre de 2008.
———, "International Banking: Survival of the Fittest", *The Economist,* 26 de marzo de 1988.
———, "International Finance", *The Economist,* 27 de abril de 1991.
———, "Ireland and Peace", *The Economist,* 13 de mayo de 1916.
———, "Ireland and the Constitution", *The Economist,* 15 de julio de 1911.
———, "Ireland's Necessity, England's Opportunity", *The Economist,* 2 de septiembre de 1848.
———, "Ireland", *The Economist,* 27 de febrero de 1847.
———, "Irish Coercion Bill", *The Economist,* 18 de diciembre de 1847.
———, "Irish Protection Bill", *The Economist,* 29 de enero de 1881.
———, "Is It Well with India?", *The Economist,* 19 de julio de 1947.
———, "Is the Financier a Parasite?", *The Economist,* 14 de julio de 1928.
———, "Israel Fearless", *The Economist,* 13 de octubre de 1973.
———, "It Is a Real Issue", *The Economist,* 19 de agosto de 1972.
———, "It Wasn't Ready", *The Economist,* 19 de julio de 1975.
———, "It's Time", *The Economist,* 1º de noviembre de 2008.
———, "Italy under Fascism", *The Economist,* 25 de septiembre de 1926.
———, "Italy – Passing of the Communist Peril", *The Economist,* 16 de abril de 1921.
———, "Italy – The Fascisti and Their Program", *The Economist,* 28 de octubre de 1922.
———, "Japan as a Borrower", *The Economist,* 20 de julio de 1907.
———, "Japan", *The Economist,* 24 de octubre de 1863.
———, "Japanese Offences and British Retaliation", *The Economist,* 7 de noviembre de 1863.
———, "Jeremy Corbyn, Entrepreneur", 17 de junio de 2017.
———, "John Maynard Keynes", *The Economist,* 27 de enero de 1951.
———, "John Maynard Keynes", *The Economist,* 3 de febrero de 1951.
———, "June's Choice", *The Economist,* 6 de junio de 1987.
———, "Just Go", *The Economist,* 19 de septiembre de 1998.
———, "Justification of the Unionists", *The Economist,* 18 de febrero de 1893.
———, "Kenya's Future", 8 de agosto de 1953.
———, "Kerensky with a Monocle", *The Economist,* 5 de octubre de 1974.
———, "Kidnapped by the Kremlin", *The Economist,* 8 de marzo de 2014.
———, "Kilawara, Kikuyu and Kenya", *The Economist,* 29 de noviembre de 1952.
———, "Kissinger's Critique", *The Economist,* 3 de febrero de 1979.
———, "Knowledge versus Dictation, the New Board of Health", *The Economist,* 10 de abril de 1847.
———, "Labour and Communism", *The Economist,* 30 de julio de 1921.
———, "Labour Landslide", *The Economist,* 18 de julio de 1945.
———, "Labour's Conservative", *The Economist,* 28 de abril de 1979.
———, "Latest Manifesto of the German Emperor", *The Economist,* 28 de abril de 1900.

Editores de *The Economist,* "Latin American Finance", *The Economist,* 5 de diciembre de 1995.
———, "Left with Castroism", *The Economist,* 12 de enero de 1963.
———, "Lemon Aid", *The Economist,* 3 de enero de 1987.
———, "Lend Lease Guillotine", *The Economist,* 25 de agosto de 1945.
———, "Letters", *The Economist,* septiembre-noviembre de 1865.
———, "Letters", *The Economist,* 6 de junio de 1914.
———, "Letters", *The Economist,* 4 de enero y 29 de marzo de 1958.
———, "Letters", *The Economist,* 12 de mayo de 1973.
———, "Letters: Cambodia and Kissinger", *The Economist,* 8 de septiembre de 1979.
———, "Letters to the Editor", 28 de noviembre de 1942.
———, "Liberal Ministers", *The Economist,* 17 de septiembre de 1932.
———, "Liberal Principles and the Composition of the Government", *The Economist,* 22 de enero de 1916.
———, "Licensed to Kill", *The Economist,* 5 de noviembre de 1983.
———, "Life in Kenya", 21 de marzo de 1953.
———, "Limits of the Principle of Nationalities", *The Economist,* 18 de junio de 1864.
———, "Liquidation of the Barings", *The Economist,* 22 de noviembre de 1890.
———, "Literature", *The Economist,* 8 de febrero de 1851.
———, "Literature", *The Economist,* 6 de agosto de 1853.
———, "Long to Reign over Us", *The Economist,* Letters to the Editor, 5 de noviembre de 1994.
———, "Loot", *The Economist,* 7 de diciembre de 1901.
———, "Lord Beaconsfield", *The Economist,* 23 de abril de 1881.
———, "Lord Revelstoke's Maiden Speech", *The Economist,* 27 de noviembre de 1909.
———, "Lord Salisbury", *The Economist,* 29 de julio de 1899.
———, "Lordy Me", *The Economist,* 13 de diciembre de 1986.
———, "Los Rothschild de Japón", *The Economist,* 9 de noviembre de 1907 y 5 de enero de 1908.
———, "Low Posture for ASEAN, High Posture for Suharto", *The Economist,* 23 de marzo de 1968.
———, "Luxuries and Thrift", *The Economist,* 8 de agosto de 1914.
———, "M. Bastiat and His Works", *The Economist,* 15 de mayo de 1852.
———, "M. Ferry's Speech at Havre", *The Economist,* 20 de octubre de 1883.
———, "M. Mazzini's Manifesto", *The Economist,* 11 de octubre de 1862.
———, "Making the Best of a Bungled War", *The Economist,* 8 de mayo de 1999.
———, "Man of the New Year", *The Economist,* 7 de enero de 1989.
———, "Mandate Commission", *The Economist,* 28 de agosto de 1937.
———, "Manifiesto electoral", *The Economist,* 30 de junio de 1945.
———, "Marching Back to the Good Old Days", *The Economist,* 13 de mayo de 1967.
———, "May the Worst Lot Lose", *The Economist,* 4 de abril de 1992.
———, "Mayhem", *The Economist,* 19 de septiembre de 1992.
———, "Mazzini", *The Economist,* 16 de marzo de 1872.

Editores de *The Economist,* "Measures for Ireland", *The Economist,* 22 de agosto de 1846.
———, "Medical Notes of Dr. J. T. Boone", *The Economist,* 17 de diciembre de 1929.
———, "Mercantile Difficulties of the American Civil War", *The Economist,* 25 de mayo de 1861.
———, "Message to India", *The Economist,* 14 de marzo de 1942.
———, "Messy War, Messy Peace", *The Economist,* 12 de junio de 1999.
———, "Mill's Address to the Electors of Westminster", *The Economist,* 29 de abril de 1865.
———, "Mind of the Mutiny", *The Economist,* 19 de septiembre de 1857.
———, "Monetary Policy and Prosperity", *The Economist,* 18 de agosto y 1º de septiembre de 1928.
———, "Monetary Stability and the Gold Standard", *The Economist,* 10 de noviembre de 1928.
———, "Moral Crisis", *The Economist,* 16 de agosto 1947.
———, "Moral Issues of Home Rule", *The Economist,* 30 de mayo de 1914.
———, "More Liberalism", 21 de noviembre de 1953.
———, "More Notes on the Irish Land Question", *The Economist,* 26 de marzo de 1881.
———, "Morocco and the Powers", *The Economist,* 21 de julio de 1911.
———, "Morocco Settlement and Anglo-German Relations", *The Economist,* 11 de noviembre de 1911.
———, "Motives of the Boers", *The Economist,* 14 de octubre de 1899.
———, "Mr. Balfour's Aims", *The Economist,* 21 de noviembre de 1903.
———, "Mr. Balfour", *The Economist,* 26 de diciembre de 1903.
———, "Mr. Bright and His Retiring Address", *The Economist,* 18 de abril de 1857.
———, "Mr. Bright on the Probable War with Burmah", *The Economist,* 7 de noviembre de 1885.
———, "Mr. Bright's Return for Birmingham", *The Economist,* 22 de agosto de 1857.
———, "Mr. Butskell's Dilemma", *The Economist,* 13 de febrero de 1954.
———, "Mr. Carlyle on Mr. Eyre", *The Economist,* 15 de septiembre de 1866.
———, "Mr. Chamberlain on the Irish Agitation", *The Economist,* 31 de diciembre de 1881.
———, "Mr. Chamberlain's Deliverance", *The Economist,* 3 de abril de 1897.
———, "Mr. Chamberlain's Position", *The Economist,* 12 de junio de 1886.
———, "Mr. Chase's Resignation", *The Economist,* 23 de julio de 1864.
———, "Mr. Cobden", *The Economist,* 8 de abril de 1865.
———, "Mr. Cobden's Letter and the Russian War", *The Economist,* 10 de noviembre de 1855.
———, "Mr. Cobden's What Next – and Next?", *The Economist,* 12 de enero de 1856.
———, "Mr. Dalton's Resignation", *The Economist,* 22 de noviembre de 1947.
———, "Mr. Diem's Critics Speak Out", *The Economist,* 7 de mayo de 1960.
———, "Mr. Edward Johnstone", *The Economist,* 13 de diciembre de 1913.
———, "Mr. Gladstone and the Lords", *The Economist,* 16 de septiembre de 1893.

Editores de *The Economist,* "Mr. Gladstone's Disclosure", *The Economist,* 2 de julio de 1892.
———, "Mr. Gladstone's Letter", *The Economist,* 4 de julio de 1885.
———, "Mr. Gladstone on Egypt", *The Economist,* 11 de agosto de 1883.
———, "Mr. Gladstone on Home Rule for Ireland", *The Economist*, 30 de septiembre de 1871.
———, "Mr. Gladstone's Railway Bill", *The Economist,* 6 de julio de 1844.
———, "Mr Gladstone's Scheme", *The Economist,* 10 de abril de 1886.
———, "Mr. Keynes on Money", *The Economist,* 29 de febrero de 1936.
———, "Mr. Lincoln's Re-Election", *The Economist,* 26 de noviembre de 1864.
———, "Mr Lloyd George and the War", *The Economist,* 5 de junio de 1915.
———, "Mr Lloyd George's Pledge", *The Economist,* 9 de marzo de 1929.
———, "Mr. Marshall's Challenge" *The Economist,* 14 de junio de 1947.
———, "Mr. Mill on Ireland", *The Economist,* 22 de febrero de 1968.
———, "Mr. Mill's Address to the Electors of Westminster", *The Economist,* 29 de abril de 1865.
———, "Mr. Morley and the Gladstonian Muzzle", *The Economist,* 1º de febrero de 1890.
———, "Mr. Reagan Is a Simple-Minded Zionist Whose Views Will Have to Be Reconstructed by Going to the Middle East", *The Economist,* 18 de octubre de 1980.
———, "Mr. Scott Lings and *The Economist*", *The Economist,* 11 de noviembre de 1899.
———, "Mrs. Thatcher's Place in History", *The Economist,* 29 de abril de 1989.
———, "Nasser Does It", *The Economist*, 27 de mayo de 1967.
———, "National Association for Freedom: Into Its Stride", *The Economist*, 28 de agosto de 1976.
———, "National Education", *The Economist,* 1º de febrero de 1851.
———, "National Insurance Scheme", *The Economist,* 6 de mayo de 1911.
———, "National Unity", *The Economist,* 21 de febrero de 1942.
———, "Negotiations for Peace", *The Economist,* 18 de febrero de 1865.
———, "Nemesis of Fascism", *The Economist,* 24 de junio de 1924.
———, "New Chapter", *The Economist,* 25 de noviembre de 1911.
———, "New Crisis in Italy", *The Economist,* 10 de enero 1925.
———, "New Era in India", *The Economist,* 16 de agosto de 1947.
———, "New Nemesis", *The Economist,* 29 de abril de 1967.
———, "New Reform Agitation", *The Economist,* 27 de mayo de 1848.
———, "New View of Prince Bismarck", *The Economist,* 29 de septiembre de 1888.
———, "Nicaragua: The Revolution Cuba Might Have Been?", *The Economist,* 29 de septiembre de 1979.
———, "Nicholas and His Apologists", *The Economist,* 9 de diciembre de 1854.
———, "No Change in Palestine", *The Economist,* 20 de mayo de 1939.
———, "No Christ on the Andes", *The Economist,* 25 de septiembre de 1965.
———, "No Good Result", *The Economist,* 13 de octubre de 1973.
———, "No Illusions", *The Economist,* 19 de marzo de 2011.
———, "No More Doves", *The Economist,* 27 de octubre de 1973.

Editores de *The Economist,* "No Need for Apocalypse", *The Economist,* 17 de mayo de 1975.
———, "Noble Negatives", *The Economist,* 30 de diciembre de 1944.
———, "Note of the Week", *The Economist,* 9 de marzo de 1929.
———, "Notes on the Irish Land Question", *The Economist,* 19 de marzo de 1881.
———, "Nyasaland's Choice", *The Economist,* 12 de agosto de 1961.
———, "Obituary", *The Economist,* 4 de junio de 2001.
———, "Obsessed by Cuba", *The Economist,* 6 de octubre de 1962.
———, "Old Blood on the Carpet, Old Blood in the Cabinet", *The Economist,* 7 de septiembre de 1985.
———, "On Representative Government", *The Economist,* 18 de mayo de 1861.
———, "One Difference between France and England", *The Economist,* 12 de septiembre de 1868.
———, "Only One Prime Minister", *The Economist,* 28 de abril de 1979.
———, "Ordeal in Leo", *The Economist,* 16 de julio de 1960.
———, "Other People's Wars", *The Economist,* 31 de julio de 1999.
———, "Ottawa and the Loaf", *The Economist,* 17 de septiembre de 1932.
———, "Our Brazilian Trade and the Anti-Slavery Party", *The Economist,* 16 de septiembre de 1843.
———, "Our Colonies and Possessions", *The Economist,* 28 de abril de 1883.
———, "Our Diplomacy", *The Economist,* 25 de diciembre de 1847.
———, "Our Duty", *The Economist,* 30 de noviembre de 1861.
———, "Our Export of Capital", *The Economist,* 11 de febrero de 1928.
———, "Our Gallant Army in the Crimea", *The Economist,* 14 de octubre de 1854.
———, "Our Investments Abroad", *The Economist,* 20 de febrero de 1909.
———, "Our Investments in South America", *The Economist,* 8 de diciembre de 1883.
———, "Our Monetary Policy", *The Economist,* 15 de diciembre de 1923.
———, "Our Policy in Egypt", *The Economist,* 1º de julio de 1882.
———, "Our Prospects and Our Difficulties", *The Economist,* 14 de marzo de 1857.
———, "Our War Commercial Policy: Can It Be Continued?", *The Economist,* 30 de septiembre de 1854.
———, "Outlook in Germany", *The Economist,* 15 de abril de 1933.
———, "Outlook in India", *The Economist,* 13 de septiembre de 1930.
———, "Overend, Gurney and Co.", *The Economist,* 15 de julio de 1865.
———, "Overend, Gurney and Co., Limited and Unlimited", *The Economist,* 16 de junio de 1866.
———, "Pacifism", *The Economist,* 2 de diciembre de 1933.
———, "Palestine in Ferment", *The Economist,* 30 de mayo de 1936.
———, "Paradise Regained", *The Economist,* 21-28 de septiembre de 1974.
———, "Paris Views Indochina", *The Economist,* 7 de julio de 1951.
———, "Parity of Abuse", *The Economist,* 25 de febrero de 1961.
———, "Partition of Palestine", *The Economist,* 10 de julio de 1937.
———, "Peace on the Razor's Edge", *The Economist,* 14 de marzo de 1936.

Editores de *The Economist,* "Peace Talk and War Measures", *The Economist,* 16 de diciembre de 1916.
———, "Peace the Result of Free Trade", *The Economist,* 9 de mayo de 1857.
———, "Peacetime Mutual Aid", *The Economist,* 13 de diciembre de 1945.
———, "Persia's Road to Ruin", *The Economist,* 5 de mayo de 1951.
———, "Persians and Foreigners", *The Economist,* 29 de agosto de 1953.
———, "Peter David", *The Economist,* 19 de mayo de 2012.
———, "Pick Your Poison", *The Economist,* 17 de junio de 2010.
———, "Planning", *The Economist,* 13 de enero de 1934.
———, "Plurality of Votes: The True Principle of a Reform Bill", *The Economist,* 24 de marzo de 1860.
———, "Podgorny Goes South", *The Economist,* 8 de enero de 1977.
———, "Policy and Principle", *The Economist,* 5 de noviembre de 1921.
———, "Policy for Asia?", *The Economist,* 15 de abril de 1950.
———, "Policy of the Banks", *The Economist,* 5 de septiembre de 1914.
———, "Political Opinion and the War", *The Economist,* 23 de diciembre de 1899.
———, "Politics and Defence", *The Economist,* 21 de noviembre de 1936.
———, "Politics and Problems", *The Economist,* 7 de diciembre de 1918.
———, "Politics and the Prince of Wales: All Dressed Up and Nowhere to Go", *The Economist*, 19 de julio de 1986.
———, "Position of the Banks", *The Economist,* 29 de agosto de 1914.
———, "Possible Guarantees of Peace", *The Economist,* 12 de diciembre de 1914.
———, "Preliminary Number and Prospectus", *The Economist,* 1º de agosto de 1843.
———, "Presidential and Ministerial Governments Compared", *The Economist,* 13 de diciembre de 1862.
———, "Prime Minister's Crisis", *The Economist,* 15 de junio de 1963.
———, "Prince Bismarck's Foreign Policy", *The Economist,* 10 de abril de 1875.
———, "Priority Claims on Peruvian Bat Guano", *The Economist,* 13 de octubre de 1883.
———, "Pro Logo: The Case for Brands", *The Economist,* 8 de septiembre de 2001.
———, "Propaganda War", *The Economist,* 6 de octubre de noviembre de 2001.
———, "Prosperity Not Politics", *The Economist,* 27 de agosto de 1995.
———, "Protection to Labour", *The Economist,* 6 de abril de 1844.
———, "Putin's Inferno", *The Economist,* 20 de febrero de 2014.
———, "Queen Margaret or Shakespeare Goes to the Falklands", *The Economist,* 25 de diciembre de 1982.
———, "Question of Fashoda", *The Economist,* 1º de octubre de 1898.
———, "Questions for Stalin", *The Economist,* 25 de noviembre de1950.
———, "Quis custodiet?", *The Economist,* 22 de enero de 1977.
———, "Ragged Schools and Charity", *The Economist,* 24 de junio de 1848.
———, "Ragged Schools and Emigration", *The Economist,* 10 de junio de 1848.
———, "Real Reason for Keeping Present Government", *The Economist,* 30 de noviembre de 1901.

Editores de *The Economist,* "Realities in Palestine", *The Economist,* 27 de marzo de 1948.
———, "Recognition or Mediation", *The Economist,* 18 de octubre de 1862.
———, "Reforming the State: The Unlikely Revolutionary", *The Economist,* 12 de agosto de 2010.
———, "Regulation of the Supply of Water", *The Economist,* 19 de enero de 1850.
———, "Rejection of the Budget", *The Economist,* 4 de diciembre de 1909.
———, "Renzi's Gamble", *The World in 2017, The Economist*.
———, "Reparations Bank", *The Economist,* 15 de junio y 6 de julio de 1929.
———, "Repayment of Local Loans", *The Economist,* 19 de octubre de 1946.
———, "Rescuing the Banks: We Have a Plan", *The Economist,* 9 de octubre de 2008.
——— [reseña del libro de Withers alusiva al cierre de la Bolsa de Valores], *The Economist,* 6 de febrero de 1915.
———, "Resign, Rumsfeld", *The Economist,* 8 de mayo de 2004.
———, "Responsibility for the Disaster in Zululand", *The Economist,* 22 de febrero de 1879.
———, "Restoring Peace", *The Economist,* 15 de mayo de 1926.
———, "Results of the Elections", *The Economist,* 4 de abril de 1857.
———, "Richer for Poorer", *The Economist,* 15 de agosto de 1964.
———, "Right about Turn", *The Economist,* 28 de junio de 1941.
———, "Right of Property in Expression", *The Economist,* 28 de abril de 1855.
———, "Right of Property in Inventions", *The Economist,* 1º de febrero de 1851 y 28 de abril de 1855.
———, "Road to Serfdom?", *The Economist,* 13 de mayo de 1944.
———, "Roads to Rome", *The Economist,* 17 de junio de 1961.
———, "Roses for the Generals", *The Economist,* 11 de abril de 1964.
———, "Round Table Conference", *The Economist,* 8 de enero de 1887.
———, "Round Table Conference", *The Economist,* 9 de julio de 1930.
———, "Russia Resurgent", *The Economist,* 16 de agosto de 2008.
———, "Russia Revisited I", *The Economist,* 3 de junio de 1933.
———, "Russia's Economic Position", *The Economist,* 5 de enero de 1918.
———, "Russian Default", *The Economist,* 19 de julio de 1919.
———, "Russian Supplement", *The Economist,* 19 de marzo de 1927.
———, "Russian Trade Agreement", *The Economist,* 9 de octubre de 1920.
———, "Safety First in the Caribbean", *The Economist,* 8 de mayo de 1965.
———, "Salvation for India", *The Economist,* 22 de junio de 1940.
———, "Sams for the Love of Allah", *The Economist,* 5 de julio de 1980.
———, "Save the City", *The Economist,* 7 de enero de 2012.
———, "Saving Detroit", *The Economist,* 15 de noviembre de 2008.
———, "Saying No", *The Economist,* 11 de agosto de 1990.
———, "Scramble for Power in India", *The Economist,* 10 de mayo de 1947.
———, "Second Reading", 21 de abril de 1893.
———, "Second Thoughts on the Budget and the National Debt", *The Economist,* 16 de mayo de 1908.

Editores de *The Economist,* "Shall the Blockade Be Respected?", *The Economist,* 25 de enero de 1862.
———, "Shifting of Parties", *The Economist,* 18 de junio de 1887.
———, "Shipshape, Army Style?", *The Economist,* 18 de abril de 1964.
———, "Should the Capitalists Be Blamed?", *The Economist,* 28 de noviembre de 1846.
———, "Should the State Employ the Irish", *The Economist,* 26 de diciembre de 1846.
———, "Sideshow in Malaya?", *The Economist,* 25 de marzo de 1950.
———, "Side-Stepping the Issue", *The Economist,* 15 de noviembre de 1947.
———, "Sideswipe", *The Economist,* 4 de agosto de 1979.
———, "Sir Charles Trevelyan's Minute on Mr. Wilson's Budget", *The Economist,* 12 de mayo de 1860.
———, "Sir Robert Giffen", *The Economist,* 16 de abril de 1910.
———, "Smut without Fire", *The Economist,* 30 de marzo de 1963.
———, "So Far, So Good", *The Economist,* 29 de septiembre de 2001.
———, "Social Priorities", *The Economist,* 5 de diciembre de 1942.
———, "Some Effects of the War at Home and Abroad", *The Economist,* 15 de agosto de 1914.
———, "Some Reflections on the War", 16 de diciembre de 1899.
———, "Sometimes, Austerity Makes Sense", *The Economist,* 20 de diciembre de 2010.
———, "South East Asia", *The Economist,* 28 de mayo de 1949.
———, "Soviet Russia", *The Economist,* 13 de diciembre de 1919.
———, "Spain and Britain", *The Economist,* 22 de agosto de 1936.
———, "Spain and Europe", *The Economist,* 8 de mayo de 1937.
———, "Special Report: American Politics", *The Economist,* 3 de enero de 2004.
———, "Splenetic Isolation", *The Economist,* 3 de noviembre de 1956.
———, "Stabilisation of the Lira", *The Economist,* 31 de diciembre de 1927.
———, "Stand Down Suharto", *The Economist,* 17 de enero de 1998.
———, "Storm over Globalisation", *The Economist,* 27 de noviembre de 1999.
———, "Storm over Spain", *The Economist,* 26 de junio de 1937.
———, "Story of Man", *The Economist* 20 de diciembre de 2005.
———, "Strategy for Greece", *The Economist,* 3 de enero de 1948.
———, "Straying to the Left", *The Economist,* 11 de mayo de 1974.
———, "Strength with Speed", *The Economist,* 8 de julio de1950.
———, "Struggle in Malaya", *The Economist,* y 6 de enero de 1951.
———, "Stumbling into War", *The Economist,* 27 de marzo de 1999.
———, "Substitutes for Coercion", *The Economist,* 8 de abril de 1882.
———, "Suffrage for Women", *The Economis*t, 7 de mayo de 1870.
———, "Suharto and the Reins of Power", *The Economist,* 17 de marzo de 1990.
———, "Suharto Reshapes His Army", *The Economist,* 8 de marzo de 1969.
———, "Sukarno Confronted", *The Economist,* 25 de diciembre de 1965.
———, "Superior Value of Free over Slave Labour", *The Economist,* 30 de diciembre de 1844.
———, "Taking von Mises to Pieces", *The Economist,* 19 de noviembre de 2010.

Editores de *The Economist,* "Taxation of Rich", *The Economist,* 16 enero de 1946.
———, "Teach Them a Lesson", *The Economist,* 10 de junio de 1967.
———, "Temper of the Country about France", *The Economist,* 15 de octubre de 1898.
———, "Test Point in Malaya", *The Economist,* 12 de noviembre de 1949.
———, "Thatcher's Britain", *The Economist,* 4 de junio de 1983.
———, "The Afghan Difficulty", *The Economist,* 26 de octubre de 1878.
———, "The Alliance", *The Economist,* 17 de noviembre de 1956.
———, "The Arab World", *The Economist,* 11 de junio de 1938.
———, "The Assassination of Mr. Lincoln", *The Economist,* 29 de abril de 1865.
———, "The Balance Sheet", *The Economist,* 9 de febrero de 1856.
———, "The Bankers' Chautauqua", *The Economist,* 30 de enero de 1926.
———, "The Bankers' Gazette", *The Economist,* 9 de octubre de 1852.
———, "The Bankers' Gazette: Bank Returns and Money Market", *The Economist,* 9 de octubre de 1852.
———, "The Banks Battle Back", *The Economist,* 29 de mayo de 2010.
———, "The Banks of England and France", *The Economist,* 22 de septiembre de 1855.
———, "The Battle Ahead", *The Economist,* 22 de septiembre de 2001.
———, "The Battle on the Kushk", *The Economist,* 11 de abril de 1885.
———, "The Beauties of Bright", *The Economist,* 2 de febrero de 1856.
———, "The Board of Health", *The Economist,* 5 de agosto de 1854.
———, "The Bonus Racket", *The Economist,* 29 de junio de 2009.
———, "The Bright Side of the Picture", *The Economist,* 26 de septiembre de 1857.
———, "The British 'Crisis'", *The Economist,* 22 de agosto de 1931.
———, "The Budget", *The Economist,* 1º de mayo de 1909.
———, "The Budget", *The Economist,* 2 de julio de 1910.
———, "The Cabinet Crisis and Perplexities of Faith", *The Economist,* 1º de julio de 1916.
———, "The Case for Deflation", *The Economist,* 1º de marzo de 1947.
———, "The Case for Gay Marriage", *The Economist,* 26 de febrero de 2004.
———, "The Case for Globalisation", *The Economist,* 23 de septiembre de 2000.
———, "The Case for Legalisation", *The Economist,* 28 de julio de 2001.
———, "The Change in Radicalism", *The Economist,* 1º de marzo de 1884.
———, "The Chinese Debate and Its Issue", *The Economist,* 7 de marzo de 1857.
———, "The Chinese Indemnity", *The Economist,* 30 de marzo de 1901.
———, "The Cloud in the East", *The Economist,* 24 de septiembre de 1853.
———, "The Collapse of Caesarism", *The Economist,* 20 de agosto de 1870.
———, "The Colonies and the Empire", *The Economist,* 13 de abril de 1907.
———, "The Commonwealth at War", *The Economist,* 17 de agosto de 1940.
———, "The Compromise", *The Economist,* 22 de noviembre de 1884.
———, "The Conciliatory Chancellor", *The Economist,* 7 de octubre de 1906.
———, "The Congo and the Niger", *The Economist,* 18 de octubre de 1884.
———, "The Conservative Majority", *The Economist,* 7 de febrero de 1874.
———, "The Conservative Republic", *The Economist,* 6 de marzo de 1875.

Editores de *The Economist,* "The Credit Crunch: Saving the System", *The Economist,* 9 de octubre de 2008.
———, "The Crédit Mobilier and Banking Companies in France", *The Economist,* enero de 1857.
———, "The Crux for the Conference", *The Economist,* 27 de diciembre de 1930.
———, "The Day the World Changed", *The Economist,* 15 de septiembre de 2001.
———, "The Declaration of War by France"', *The Economist,* 16 de julio de 1870.
———, "The Defeat of the Ministry and the Prospects of Reform", *The Economist,* 2 de abril de 1859.
———, "The Defect of America", *The Economist,* 6 de diciembre de 1862.
———, "The Deficits of Brazil", *The Economist,* 31 de mayo de 1884.
———, "The Destruction in Paris of What the World Goes to See at Paris", *The Economist,* 27 de mayo de 1871.
———, "The Disarmament Conference", *The Economist,* 13 de febrero de 1932.
———, "The Disintegration of China", *The Economist,* 11 de marzo de 1899.
———, "The Disposal of Refuse", *The Economist,* 13 de septiembre de 1856.
———, "The Disruption of the Union, as It Would Affect England", *The Economist,* 19 de enero de 1861.
———, "The Dividing of America", *The Economist,* 16 de julio de 2016.
———, "The Domestic Choice", *The Economist,* 10 de octubre de 1964.
———, "The Dublin Affray", *The Economist,* 1º de agosto de 1914.
———, "The Economic Inconsequence of Mr. Churchill", *The Economist,* 8 de agosto de 1925.
———, "The Economics of Compulsion and the Irish Disturbances" *The Economist,* 29 de abril de 1916.
———, *The Economist, 1843-1943: A Centenary Volume,* Oxford University Press, Londres, 1944.
———, "*The Economist* at 175: Reinventing Liberalism for the 21st Century", *The Economist,* 13 de septiembre de 2018.
———, "*The Economist* Bids Farewell to a Formative Home", *The Economist,* 24 de diciembre de 2016.
———, "*The Economist* Group Media Information", *The Economist,* 21 de octubre de 2013.
———, "The Effect of Foreign Loans", *The Economist,* 23 de marzo y 6 de abril de 1929.
———, "The Effect of Trade Unions upon Wages and Prices", *The Economist,* 13 de julio de 1867.
———, "The Effects of Foreign Lending", *The Economist,* 9 de marzo de 1929.
———, "The Elections", *The Economist,* 22 de septiembre de 1899.
———, "The Elections", 22 de septiembre de 1900.
———, "The Emperor Napoleon", *The Economist,* 11 de enero de 1873.
———, "The Emperor of the French", *The Economist,* 5 de diciembre de 1863.
———, "The Emperor's Letter", *The Economist,* 26 de marzo de 1870.

Editores de *The Economist,* "The Empire and the World", *The Economist,* 1º de mayo de 1937.
———, "The End of an Epoch", *The Economist,* 26 de septiembre de 1931.
———, "The Expansion of the Empire", *The Economist,* 13 de diciembre de 1884.
———, "The Extent of Our Colonial Investments", *The Economist,* 16 de febrero de 1884.
———, "The Fall of Khartoum", *The Economist,* 7 de febrero de 1885.
———, "The Fashoda Affair", *The Economist,* 24 de septiembre de 1898.
———, "The Federal Constitution Responsible for Federal Apathy", *The Economist,* 10 de enero de 1863.
———, "The Fermentation of Europe", *The Economist,* 1º de abril de 1848.
———, "The Financial Effect of the Suez Canal Purchase", *The Economist,* 27 de noviembre de 1875.
———, "The Financial Influence of Paris in Berlin", *The Economist,* 29 de julio de 1911.
———, "The Financial Obligations of the East India Company", *The Economist,* 2 de enero de 1858.
———, "The Folly of the Peers", *The Economist,* 12 de julio de 1884.
———, "The Food Crisis", *The Economist,* 19 de diciembre de 1846.
———, "The Foreign Secretary on China", *The Economist,* 25 de mayo de 1901.
———, "The French Expedition to Tonquin", *The Economist,* 5 de mayo de 1883.
———, "The Future of Mexico", *The Economist,* 20 de enero de 1883.
———, "The Gains of the World by the Two Last Wars in Europe", *The Economist,* 18 de agosto de 1866.
———, "The German Government and *The Economist*", *The Economist,* 23 de septiembre de 1933.
———, "The German Lesson", *The Economist,* 15 de octubre de 1966.
———, "The German Navy and the British Navy", *The Economist,* 6 de febrero de 1909.
———, "The Gold Mines of West Australia", *The Economist,* 16 de julio de 1898.
———, "The Government and Its Tasks", *The Economist,* 29 de agosto de 1931.
———, "The Gravity and Difficulty of Affairs in France", *The Economist,* 7 de agosto de 1869.
———, "The Great Thrift Shift", *The Economist,* 24 de septiembre de 2005.
———, "The Greek Claims", *The Economist,* 15 de junio de 1850.
———, "The Hitler Terror", *The Economist,* 2 de septiembre de 1933.
———, "The Ideas of Gerald Ford", *The Economist,* 26 de enero de 1973.
———, "The IMF and the World Bank", *The Economist,* 12 de octubre de 1991.
———, "The Impatient Ones", *The Economist,* 19 de agosto de 1967.
———, "The Imperial Ottoman Bank", *The Economist,* 30 de junio de 1883.
———, "The Imperialist Manifesto", *The Economist,* 25 de enero de 1873.
———, "The Inconsistencies of the Late Debates", *The Economist,* 30 de marzo de 1844.
———, "The Indian Army", *The Economist,* 4 de julio de 1857.

Editores de *The Economist,* "The Indian Crisis of the Past Year", *The Economist,* 2 de enero de 1858.
———, "The Indian Sufferers", *The Economist,* 29 de agosto de 1857.
———, "The Indian Viceroyalty", *The Economist,* 5 de diciembre de 1863.
———, "The Influence of Foreign Anxieties upon the Money Market", *The Economist,* 24 de agosto de 1867.
———, "The Insurrection in Jamaica", *The Economist,* 18 de diciembre de 1865.
———, "The Invasion of the Federal States", *The Economist,* 11 de julio de 1863.
———, "The Irish Viceroyalty", *The Economist,* 21 de octubre de 1876.
———, "The Keynes Plan", *The Economist,* 2 de marzo de 1940.
———, "The Land that Labour Forgot", *The Economist,* 5 de septiembre de 2015.
———, "The Last Probabilities of War and Peace", *The Economist,* 21 de diciembre de 1861.
———, "The League and Manchuria", *The Economist,* 17 de octubre de 1931.
———, "The League Makes Up Its Mind", *The Economist,* 18 de febrero de 1933.
———, "The Lessons of the Plebiscite", *The Economist,* 14 de mayo de 1870.
———, "The Liberals and the Emperor", *The Economist,* 21 de mayo de 1870.
———, "The Life of Brian", *The Economist,* 31 de julio de 1993.
———, "The London Economist", *The Economist,* p. 485.
———, "The London of Asia", *The Economist,* 8 de diciembre de 1984.
———, "The Long Game", *The Economist,* 4 de septiembre de 2014.
———, "The Lothian Report", *The Economist,* 11 de junio de 1932.
———, "The Lytton Report", *The Economist,* 8 de octubre de 1932.
———, "The Man with No Illusions", *The Economist,* 25 de agosto de 1990.
———, "The Mercantile Evils of Imperialism", *The Economist,* 31 de agosto de 1867.
———, "The Metropolitan Supply of Water", *The Economist,* 23 de noviembre de 1850.
———, "The Military Policy of Lord Canning's Proclamation", *The Economist,* 15 de mayo de 1858.
———, "The Military Proposals", 17 de febrero de 1900.
———, "The Moderates Fight Back", *The Economist,* 19 de julio de 2014.
———, "The Money Market, the Rate of Interest, and the War", *The Economist,* 8 de septiembre de 1855.
———, "The Monroe Doctrine in 1823 and 1863", *The Economist,* 14 de noviembre de 1863.
———, "The Moratorium", *The Economist,* 8 de agosto de 1914.
———, "The Narrow Channel", *The Economist,* 8 de agosto de 1964.
———, "The Naval Scare of 1909", *The Economist,* 8 de junio de 1912.
———, "The Neurotic Trillionaire", *The Economist,* 10 de mayo de 1969.
———, "The New Deal", *The Economist,* 3 de octubre de 1936.
———, "The New Irish Demand" *The Economist,* 17 de septiembre de 1887.
———, "The New Liberal Lever", *The Economist,* 1º de octubre de 1887.
———, "The New Mexican Empire", *The Economist,* 22 de agosto de 1863.
———, "The New Radicalism", *The Economist,* 20 de enero de 1883.

Editores de *The Economist,* "The New Reform Bill", *The Economist,* 2 de marzo de 1867.
———, "The New Socialism?", *The Economist,* 8 de agosto de 1942.
———, "The New Title of the Queen", *The Economist,* 18 de marzo de 1876.
———, "The New World Order", *The Economist,* 23 de marzo, de 2014.
———, "The Next Ages of Man", *The Economist,* 24 de diciembre de 1988.
———, "The Next Government", *The Economist,* 20 de octubre de 1951.
———, "The Next Step in South Africa", *The Economist,* 2 de agosto de 1879.
———, "The Obrien Insurrection", *The Economist,* 5 de agosto de 1848.
———, "The Old Ministry and the New", *The Economist,* 19 de julio de 1902.
———, "The Only Innocents", *The Economist,* 29 de noviembre de 1969.
———, "The Orgy of Armaments", "*The Economist,* 6 de julio de de 1912.
———, "The Pacific Century", *The Economist,* 4 de enero de 1975.
———, "The Painful Moral of Present Politics", *The Economist,* 20 de abril de 1867.
———, "The Panama Canal Again", *The Economist,* 7 de noviembre de 1903.
———, "The Paris Blunder", *The Economist,* 14 de diciembre de 1935.
———, "The Parting of the Ways in America", *The Economist,* 9 de julio de 1898.
———, "The Passing of the Coalition", *The Economist,* 21 de octubre de 1922.
———, "The Passing of the Franchise Bill", *The Economist,* 21 de junio de 1884.
———, "The Peace That Wasn't", *The Economist,* 23 de diciembre de 1972.
———, "The Peace Treaty", *The Economist,* 27 de diciembre de 1919.
———, "The People We Have Become", *The Economist,* 28 de abril de 1973.
———, "The Political Crisis", *The Economist,* 9 de diciembre de 1917.
———, "The Political Effect of the Suez Canal Purchase", *The Economist,* 27 de noviembre de 1875.
———, "The Political Fog", *The Economist,* 6 de febrero de 1909.
———, "The Political Fog", *The Economist,* 9 de febrero de 1909.
———, "The Position of Uruguay", *The Economist,* 17 de octubre de 1885.
———, "The Post-Hirohito Century", *The Economist,* 17 de octubre de 1987.
———, "The Powers and Morocco", *The Economist,* 10 de junio, de 1905.
———, "The Practical Difficulties of Secret Voting", *The Economist,* 2 de septiembre de 1859.
———, "The Practical Effect of the Act of 1844", *The Economist,* 26 de mayo de 1866.
———, "The Practical Good to Be Educed from Our Disasters", *The Economist,* 27 de enero de 1855.
———, "The Practical Operation of the American Constitution at Present Extreme Crisis", *The Economist*, 1º de junio de 1861.
———, "The President and Peace", *The* Economist, 30 de diciembre de 1916.
———, "The Price of an Island", *The* Economist, 30 de noviembre de 1974.
———, "The Prime Minister", *The Economist,* 10 de noviembre de 1956.
———, "The Prime Minister's Character and Policy", *The Economist,* 12 de octubre de 1907.
———, "The Probability of an American War", *The Economist,* 14 de diciembre de 1861.
———, "The Problem of China", *The Economist,* 23 de junio de 1900.

Editores de *The Economist,* "The Progress of the War and the Prospects of Peace", *The Economist,* 12 de diciembre de 1914.
———, "The Prospects of Bonapartism in France", *The Economist,* 30 de mayo de 1874.
———, "The Question of Extractive Elites: Bankers and the Public Sector May Both Be Enemies of Growth", *The Economist,* 13 de abril de 2012.
———, "The Real Issues", *The Economist,* 13 de octubre de 1951.
———, "The Real Losers", *The Economist,* 11 de diciembre de 1999.
———, "The Refusal to Impeach President Johnson", *The Economist,* 14 de diciembre de 1867.
———, "The Remarkable Mr Corbyn", *The Economist,* 3 de junio de 2017.
———, "The Results of Bolshevism", *The Economist,* 28 de mayo de 1921.
———, "The Right Reaction", *The Economist,* 11 de diciembre de 2010.
———, "The Risen Sun", *The Economist,* 27 de mayo de 1967.
———, "The Risen Sun", *The Economist,* 27 de mayo de 1967.
———, "The Ritual Becomes Real", *The Economist,* 15 de julio de 1973.
———, "The Russian Kaleidoscope", *The Economist,* 22 de diciembre de 1917.
———, "The Russian Revolution and War Finance", *The Economist,* 17 de marzo de 1917.
———, "The Savagery in Salvador", *The Economist,* 28 de febrero de 1981.
———, "The Saxon, the Celt and the Gaul", *The Economist,* 29 de abril de 1848.
———, "The Second Eleven", *The Economist,* 10 de junio de 2017.
———, "The Session", *The Economist,* 17 de septiembre de 1887.
———, "The Shadow of the Sword", *The Economist,* 19 de marzo de 1938.
———, "The Silences of Mr. Eden", *The Economist,* 28 de noviembre de 1936.
———, "The Situation in Egypt", *The Economist,* 15 de julio de 1882.
———, "The Soudan Expedition", *The Economist,* 6 de junio de 1896.
———, "The State of Affairs in Argentina", *The Economist,* 30 de noviembre de 1889.
———, "The State of Affairs in Buenos Aires", *The Economist,* 21 de diciembre de 1889.
———, "The Strangest Tory Ever Sold", *The Economist,* 2 de mayo de 1998.
———, "The Sun Also Rises", *The Economist,* 8 de octubre de 2005.
———, "The Tactics of the Opposition and the Interests of the Country", *The Economist,* 6 de octubre de 1855.
———, "The Third Home Rule Bill", *The Economist,* 13 de abril de1912.
———, "The Trade and Finance of the Argentine Republic", *The Economist,* 5 de mayo de 1883.
———, "The Trades Union Bill", *The Economist,* 10 de julio de 1869.
———, "The Transvaal", *The Economist,* 12 de mayo de 1877.
———, "The Transvaal and the New Diplomacy", *The Economist,* 2 de septiembre de 1899.
———, "The Transvaal Issue", *The Economist,* 7 de octubre de 1899.
———, "The Treatment of the Sepoy Mutineers", *The Economist,* 27 de febrero de 1858.
———, "The True Attitude of the Government of This Country towards the Federal States", *The Economist,* 25 de abril de 1863.

Editores de *The Economist,* "The True Cure for Ireland', *The Economist,* 28 de agosto de 1847.
———, "The Trump Era", *The Economist*, 12 de noviembre de 2016.
———, "The Turkish Crisis", *The Economist,* 6 de agosto de 1853.
———, "The Unacknowledged Giant", *The Economist,* 17 de junio de 2010.
———, "The Unions Don't Know Where They Go Now – Except Down", *The Economist,* 10 de septiembre de 1981.
———, "The United States and The Open Door", *The Economist,* 6 de enero de 1900.
———, "The War", *The Economist*, 8 de agosto de 1914.
———, "The War after the War", *The Economist,* 9 de septiembre de 1922.
———, "The War and the Coalition", *The Economist,* 15 de mayo de 1915.
———, "The War and the Panic", *The Economist,* 1º de agosto de 1914.
———, "The War Budget and Its Principles", *The Economist,* 11 de marzo de 1854.
———, "The War Loan", *The Economist,* 13 de enero de 1917.
———, "The War, Trade and Finance", *The Economist,* 22 de agosto de 1914.
———, "The War with the Transvaal", *The* Economist, 5 de marzo de 1881.
———, "The Way Ahead", *The Economist,* 8 de octubre de 2016.
———, "The Way of Peace", *The Economist,* 19 de noviembre de 1921.
———, "The Way We Go to War", *The* Economist, 26 de junio de 1971.
———, "The Weakened West", *The Economist,* 21 de septiembre de 2013.
———, "The West Should Help Saudi Arabia Limit Its War in Yemen", *The Economist,* 15 de octubre de 2016.
———, "The Word Socialism", *The Economist,* 9 de octubre de 1909.
———, "The Work of Trades Unions", *The Economist,* 27 de abril de 1867.
———, "There Is an Alternative", *The Economist,* 19 de febrero de 1983.
———, "There Is No Alternative (Alas)", *The Economist,* 30 de abril de 2005.
———, "Theresa May: Tory of Tories", *The Economist,* 22 de abril de 2017.
———, "Third Reading", *The Economist,* 2 de septiembre de 1893.
———, "This Is It", *The Economist,* 3 de febrero de 1968.
———, "Thursday's Child", *The Economist,* 3 de octubre de 1959.
———, "Ticket to Cuba", *The Economist,* 2 de septiembre de 1972.
———, "Time to Choose", *The Economist,* 31 de octubre de 1992.
———, "Tithe for Safety", *The Economist,* 5 de agosto de1950.
———, "To Bosnia's Rescue?", *The Economist,* 24 de abril de 1993.
———, "Too Damned Equal", *The Economist,* 28 de septiembre de 1963.
———, "Too Many Suits", *The Economist,* 26 de noviembre de 2011.
———, "Towards a Keynesian Friedmanism", *The Economist,* 17 de junio de 1978.
———, "Tragic Twist in Cyprus", *The Economist,* 1º de febrero de 1958.
———, "Transvaal Negotiations", *The Economist,* 15 de julio de 1899.
———, "Tremble, Leviathan", *The World in 2011, The Economist,* 22 de noviembre de 2010.
———, "Trial and Error: The Third World", *The Economist,* 23 de septiembre de 1989.
———, "Triumph of Public Opinion", *The Economist,* 21 de diciembre de 1935.

Editores de *The Economist,* "Troops for Guiana", *The Economist,* 10 de octubre de 1953.
———, "True Liberalism and Reform", *The Economist,* 27 de enero de 1866.
———, "True Progressivism", *The Economist,* 13 de octubre de 2012.
———, "True Purpose of the War", *The Economist,* 2 de diciembre de 1854.
———, "Trump's America" y "Brawl Begins", *The Economist,* 5 de septiembre de 2015 y 30 de enero de 2016.
———, "Trump's Triumph", *The Economist,* 7 de mayo de 2016.
———, "Turkey and the Convention", *The Economist,* 24 de agosto de 1878.
———, "Turn of the Year", *The Economist,* 27 de diciembre de 1919.
———, "Turning the Screw in Palestine", *The Economist,* 20 de junio de 1936.
———, "Two Conceptions of Empire", *The Economist,* 17 de octubre de 1903.
———, "Two Days' Work", *The Economist,* 10 de junio de 1967.
———, "Union of South Africa", *The Economist,* 31 de julio de 1909.
———, "Unionist Service to Home Rule", *The Economist,* 13 de enero de 1906.
———, "United States and Spain", *The Economist,* 12 de marzo de 1898.
———, "Un-Keynesian Britain", *The Economist,* 4 de febrero de 1984.
———, "Unrecognisable", *The Economist,* 18 de octubre de 1975.
———, "Unsettlement in India", *The Economist,* 25 de mayo de 1907.
———, "Unwanted", *The Economist,* 12 de septiembre de 1998.
———, "Upper Burmah", *The Economist,* 24 de octubre de 1885.
———, "Uproar in Palestine", *The Economist,* 13 de junio de 1936.
———, "Urban Guerrillas in Latin America", 1970.
———, "Uruguay: Terrorism vs. Democracy", 1971.
———, "Valedictory", *The Economist,* 8 de julio de 1916.
———, "Victim of Serbia – or NATO?", *The Economist,* 3 de abril de 1999.
———, "Vietnam: An Argument with the Poles", *The Economist,* 11 de diciembre de 1965.
———, "Vietnam's Lessons", *The Economist,* 9 de noviembre de 1963.
———, "Voices", *The Economist,* 10 de julio de 1971.
———, "Vote Conservative", *The Economist,* 2 de junio de 2001.
———, "War Is Won, Not Over", *The Economist,* 14 de febrero de 1976.
———, "War or Peace?", *The Economist,* 19 de mayo de 1855.
———, "War through the Looking Glass", *The Economist,* 26 de junio de 1954.
———, "War with a Despot", *The Economist,* 31 de diciembre de 1853.
———, "Welcome Back", *The Economist,* 27 de julio de 1974.
———, "What a Choice", *The Economist,* 2 de noviembre de 1996.
———, "What a Panic Is and How It Might Be Mitigated", *The Economist,* 12 de mayo de 1866.
———, "What Is Our Foreign Policy?", *The Economist,* 4 de noviembre de 1911.
———, "What May Be in America", *The Economist,* 17 de agosto de 1861.
———, "What Shall We Know?", *The Economist,* 25 de agosto de 1855.
———, "What the Convention with Turkey Means", *The Economist,* 13 de julio de 1878.
———, "What to Say in Africa", *The Economist,* 9 de enero de 1960.
———, "What's Wrong with Wall Street", *The Economist,* 25 de noviembre de 2006.

Editores de *The Economist,* "When Opium Can Be Benign", *The Economist,* 1º de febrero de 2007.
———, "When the Peacemen Fly Away", *The Economist*, 27 de agosto de 1966.
———, "White Africans", *The Economist,* 15 de octubre de 1960.
———, "Who Should Govern Britain?", *The Economist,* 29 de abril de 2010.
———, "Who Should Govern Britain?", *The Economist,* 30 de abril de 2015.
———, "Who Whom?", *The Economist,* 28 de octubre de 1967.
———, "Who Will Rule Nigeria?", *The Economist,* 9 de julio de 1960.
———, "Who Will Save Rwanda?", *The Economist,* 25 de junio de 1994.
———, "Who's for Sweet-and-Sour Turkey", *The Economist,* 5 de agosto de 1972.
———, "Why an English Liberal May Look without Disapproval on the Progress of Imperialism in France", *The Economist,* 6 de junio de 1874.
———, "Why Companies are Now Necessary", *The Economist,* 19 de julio de 1856.
———, "Why Has the 'Settlement' of 1832 So Easily Melted Away?", *The Economist,* 1º de junio de 1867.
———, "Why Silvio Berlusconi Is Unfit to Lead Italy", *The Economist,* 28 de abril de 2001.
———, "Why the Contras", The Economist, 6 de septiembre de 1986.
———, "Why There Is Stagnation in the Stock Exchange", *The Economist,* 24 de noviembre de 1883.
———, "Why War Would Be Justified", *The Economist,* 22 de febrero de 2003.
———, "Why Would They?", *The Economist,* 7 de septiembre de 1974.
———, "Will There Be an American War?", *The Economist,* 7 de diciembre de 1861.
———, "Women's Claim to Registration", *The Economist,* 19 de septiembre de 1868.
———, "Yankee Stay On", *The Economist,* 10 de febrero de 1990.
Editores de *The Economist Group*, *Annual Report 2007,* The Economist Group, Londres, 2008, en https://www.economistgroup.com/pdfs/2007_Annual_report.pdf
———, *Annual Report 2016,* The Economist Group, Londres, 2017, en https://www.economistgroup.com/pdfs/Annual_Report_2016_FINAL.pdf
———, *Annual Report 2017*, The Economist Group, Londres, 2018, en https://www.economistgroup.com/pdfs/Annual_report_2017_FINAL.pdf
Editores de *The Guardian* [artículo sobre el cambio de horizontes de *The Economist*], *The Guardian,* 29 de mayo de 2016.
Editores de *The Spectator* [artículo sobre Leonard Reid], *The Spectator,* 28 de octubre de 1938.
Editores de *The Times* [artículo sobre el nombramiento de James Wilson y su relación con el Chartered Bank], *The Times,* 5 de agosto de 1859.
——— [artículo con las declaraciones de James Wilson sobre la política económica a seguir en la India], *The Times,* 5 de octubre y 29 de septiembre de 1859.
——— [artículo sobre James Wilson en su despedida de la Gran Bretaña], *The Times*, 5 de octubre de 1859.
———, "City Notes", *The Times,* 28 de junio de 1916.
———, "Peter Pennant-Rea", *The Times,* 12 de marzo de 2007.

Editores de *The Times,* "Service for All", *The Times,* 31 de mayo de 1915.
———, "The Muslim Past", *The Times,* 25 de junio de 2010.
———, "Through German Eyes", *The Times,* 16 de marzo de 1916.
———, "Through German Eyes: The British Radical Press", *The Times,* 2 de junio de 1916.
Editores de *The Washington Post*, "Beams All Around: Turning Out for Robert Moss' Book Party", *The Washington Post*, 11 de noviembre de 1981.
Edwards, Lewis, "A Remarkable Family: The Palgraves", en *Remember the Days: Essays on Anglo-Jewish History*, John M. Shaftesley (coord.), Jewish Historical Society of England, Londres, 1966, pp. 303-322.
Edwards, Ruth Dudley, "History Saved from Bombs and Bin-Liners", *The Independent,* 2 de septiembre de 1993.
———, *The Pursuit of Reason: The Economist, 1843-1993,* Hamish Hamilton, Londres, 1993.
Eichengreen, Barry, *Globalizing Capital: A History of the International Monetary System,* Princeton University Press, Princeton, 1996.
———, "The British Economy between the Wars", en *The Cambridge Economic History of Modern Britain,* vol. II, Roderick Floud y Deirdre McCloskey (coords.), Cambridge University Press, Cambridge, 1994, pp. 314-343.
Einaudi, Luigi, *"From Our Italian Correspondent": Luigi Einaudi's Articles in* The Economist, *1908-1946*, Roberto Marchionatti (ed.), vols. I-II, L. S. Olschki, Florencia, 2000.
Eliot, George, *The George Eliot Letters,* vol. II, Yale University Press, New Haven, 1954.
Elkins, Caroline, *Imperial Reckoning: The Untold Story of Britain's Gulag in Kenya,* Henry Holt, Nueva York, 2005.
Emmott, Bill, "Crisis, What Crisis? Enough Kerfuffle, It's Just a Slowdown", *The Guardian,* 12 de agosto de 2008.
———, *Good Italy, Bad Italy: Why Italy Must Conquer Its Demons to Face the Future,* Yale University Press, New Haven, 2012.
———, "I Wasn't Right. But That's OK", *The Guardian,* 3 de enero de 2009.
———, *Japan's Global Reach: The Influences, Strategies, and Weaknesses of Japan's Multinational Companies,* Arrow Books, Londres, 1991.
———, *Japanophobia: The Myth of the Invincible Japanese,* Times Books, Nueva York, 1993.
———, "Present at the Creation", *The Economist,* 29 de junio de 2002.
———, *Rivals: How the Struggle between China, India and Japan Will Shape Our Next Decade,* Harcourt, Orlando, 2008.
———, *The Fate of the West: The Battle to Save the World's Most Successful Idea,* The Economist Books, Londres, 2017, pp. x y 61.
———, "The Long Goodbye", *The Economist,* 30 de abril de 2006.
———, *The Sun Also Sets: Why Japan Will Not Be Number One,* Simon & Schuster, Londres, 1989.
———, *20:21 Vision: The Lessons of the 20th Century for the 21st,* Penguin Books, Londres, 2003.

Emmott, Bill, *et al*., *Managing the International System over the Next Ten Years,* Trilateral Commission, Nueva York, 1997.

Emy, H. V., *Liberals, Radicals and Social Politics, 1892-1914,* Cambridge University Press, Cambridge, 1973.

Engels, Friedrich, "The Coercion Bill for Ireland and the Chartists", *La Réforme,* 8 de enero de 1848.

Esdaile, Charles J., *Spain in the Liberal Age: From Constitution to Civil War, 1808-1939,* Blackwell, Oxford, 2000. [*La quiebra del liberalismo,* trad. de Santiago Jordán, Crítica, Barcelona, 2001.]

Fair, John D., "From Liberal to Conservative: The Flight of the Liberal Unionists after 1886", *Victorian Studies,* vol. 29, núm. 2, invierno de 1986, pp. 294-314.

Fallows, James, "The Economics of the Colonial Cringe", *The Economist,* 6 de octubre de 1991.

Fawcett, Edmund, "Letters", *The Economist,* 14 de marzo de 2014.

———, *Liberalism: The Life of an Idea*, Princeton University Press, Princeton, 2014. [*Sueños y pesadillas liberales en el siglo xxi*, trad. de Roberto Ramos Fontecoba, Página Indómita, Barcelona, 2019.]

———, y Tony Thomas, *The American Condition,* Harper and Row, Nueva York, 1982.

Feinstein, Charles, "Britain's Overseas Investments in 1913", *The Economic History Review,* mayo de 1990, pp. 288-295.

Ferguson, Niall, *High Financier: The Lives and Time of Siegmund Warburg,* Penguin, Nueva York, 2010.

Ferns, H. S., "Investment and Trade between Britain and Argentina in the Nineteenth Century", *Economic History Review*, vol. 3, núm. 2, mayo de 1950, pp. 203-218.

Figes, Orlando, *Crimea: The Last Crusade,* Allen Lane, Londres, 2010. [*Crimea: la primera gran guerra*, trad. de Mirta Rosenberg, Edhasa, Barcelona, 2012.]

Foglesong, David, *America's Secret War against Bolshevism,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1995.

Foreman-Peck, James, "Foreign Investment and Imperial Exploitation: Balance of Payments Reconstruction for Nineteenth-Century Britain and India", *The Economic History Review,* vol. 42, núm. 3, agosto de 1989, pp. 354-374.

Fox, Justin, "The Comeback Keynes", *Time,* 23 de octubre de 2008.

Franceschini, Enrico, "*L'Economist* vota No? Giornale spaccato. La sua edizione speciale è per il Sì", *La Reppublica,* 25 de noviembre de 2016.

Francis, Mark, *Herbert Spencer and the Invention of Modern Life,* Acumen, Chesham, 2007.

Freeden, Michael, *The New Liberalism: An Ideology of Social Reform,* Clarendon Press/Oxford University Press, Oxford/Nueva York, 1978, 1979.

Fromkin, David, *A Peace to End All Peace: Creating the Modern Middle East, 1914-1922,* Penguin, Nueva York, 1989.

Gallagher, John, "Nationalisms and the Crisis of Empire, 1919-1922", *Modern Asian Studies,* vol. 15, núm. 3, 1981, pp. 355- 368.

Gartlan, Jean, *Barbara Ward: Her Life and Letters,* Continuum, Londres, 2010.

Gash, Norman, *Aristocracy and People: Britain, 1815-1865*, Harvard University Press, Cambridge, 1979.
Gates, Bill, "Africa Needs Aid, Not Flawed Theories", *The Wall Street Journal,* 30 de noviembre de 2010.
Geenens, Raf, y Helena Rosenblatt (coords.), *French Liberalism from Montesquieu to the Present Day,* Cambridge University Press, Cambridge, 2012.
Gilbert, Martin, *Winston Churchill*, vol. v, Heinemann, Londres y Toronto, 1966.
Gleijeses, Piero, *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2002.
Glenton, George, y William Pattinson, *The Last Chronicle of Bouverie Street,* Allen & Unwin, Londres, 1963.
Glynn, Sean, y John Oxborrow, *Interwar Britain: A Social and Economic History,* Allen & Unwin, Londres, 1976.
Gordon, Scott, "The London Economist and the High Tide of *Laissez-Faire*", *Journal of Political Economy,* vol. 63, núm. 6, diciembre de 1955, pp. 461-488.
Gorodetsky, Gabriel (coord.), *The Maisky Diaries: Red Ambassador to the Court of St James's, 1932-1943,* Yale University Press, New Haven, 2015.
Gráda, Cormac Ó, *Black '47' and Beyond: The Great Irish Famine in History, Economy, and Memory,* Princeton University Press, Princeton, 1999.
Graham, Douglas, *The Truth at Last About Free Trade and Protection, etc.,* Hutchinson, Londres, 1928.
Gray, John, *Heresies: Against Progress and Other Illusions*, Granta, Londres, 2004.
———, *Isaiah Berlin*, Fontana Press, Hammersmith, Londres, 1995. [*Isaiah Berlin*, trad. de Gustau Muñoz, Alfons el Magnànim, Valencia, 1996.]
Gray, Peter, *Famine, Land and Politics: British Government and Irish Society, 1843-1850,* Irish Academic Press, Dublín, 1999.
Green, David, *Shaping Political Consciousness: The Language of Politics in America from McKinley to Reagan,* Cornell University Press, Ithaca, 1987.
Green, E. H. H., *Ideologies of Conservatism: Conservative Political Ideas in the Twentieth Century,* Oxford University Press, Oxford, 2002.
———, *The Crisis of Conservatism: The Politics, Economics and Ideology of the British Conservative Party, 1880-1914,* Routledge, Londres, 1995.
Green, Jeremy, "Anglo-American Development, the Euromarkets, and the Deeper Origins of Neoliberal Deregulation", *Review of International Studies,* vol. 42, núm. 3, julio de 2016, pp. 425-449.
Green, T. H., Paul Harris y John Morrow (coords.), *Lectures on the Principles of Political Obligation,* Cambridge University Press, Cambridge, 1986.
Greg, William R., *Enigmas of Life,* Kegan Paul, Trench, Trübner, Londres, 1891.
———, "False Morality of Lady Novelists", *The National Review,* enero de 1859, pp. 144-167.
———, "On the Failure of 'Natural Selection' in the Case of Man", *Fraser's Magazine,* septiembre de 1868, pp. 353-362.
———, "Realities of Irish Life", *The Quarterly Review,* enero de 1869, p. 78.

Greg, William R., "The Doom of the Negro Race", *Fraser's Magazine,* marzo de 1866, pp. 277-305.

Griffin, Nicholas (coord.), *Selected Letters of Bertrand Russell: The Public Years, 1914-1970,* vol. 2, Routledge, Londres, 2001.

Groom, Brian, "Manufacturers Remain Divided over Legacy of Thatcher Policies", *Financial Times,* 12 de abril de 2013.

Hackett, Francis, "War Experts", *The New Republic,* 19 de mayo de 1917.

Halévy, Élie, *Thomas Hodgskin,* Ernest Benn, Londres, 1956.

Hall, Stuart, *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the Left,* Verso, Londres, 1988.

Hamer, David Allan, *John Morley: Liberal Intellectual in Politics,* Clarendon Press, Oxford, 1968.

Hamilton, Iain, y Robert Moss, *The Spreading Irish Conflict,* Institute for the Study of Conflict, Londres, 1971.

Hamilton, Mary Agnes, *Remembering My Good Friends,* Jonathan Cape, Londres, 1944.

Hammond, John Lawrence Le Breton, *Towards a Social Policy: Or Suggestions for Constructive Reform,* Speaker Publishing, Londres, 1905.

Harmer, Tanya, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2011. [*El gobierno de Allende y la Guerra Fría interamericana,* trad. de Ariel Magnus, Universidad Diego Portales, col. Ciencias Sociales e Historia, Santiago de Chile, 2013.]

Harris, Jose, *William Beveridge: A Biography,* Clarendon Press, Oxford, 1977.

Harrison, Frederic, "Our Venetian Constitution", *The Fortnightly Review,* marzo de 1867, pp. 266-271.

Harrod, Roy Forbes, *The Life of John Maynard Keynes,* Macmillan, Londres, 1951.

Hartz, Louis, *The Liberal Tradition in America: An Interpretation of American Political Thought since the Revolution,* Harcourt, Brace and World, Nueva York, 1955. [*La tradición liberal en los Estados Unidos: una interpretación del pensamiento político estadunidense desde la Guerra de Independencia,* trad. de Hugo Martínez Moctezuma, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.]

Haslam, Jonathan, *The Nixon Administration and the Death of Allende's Chile: A Case of Assisted Suicide,* Verso, Londres, 2005.

Hastings, Max, *Editor: An Inside Story of Newspapers,* Macmillan, Londres, 2002.

Hatch, Denny, "Direct Marketer of the Year: Beth O'Rorke, COO and Vice President, *The Economist*", *Target Marketing*, 1º de octubre de 2004.

Haughney, Christine, "Magazine Newsstand Sales Plummet, but Digital Editions Thrive", *New York Times,* 6 de agosto de 2013.

Havighurst, Alfred F., *Britain in Transition: The Twentieth Century*, University of Chicago Press, Chicago, 1985.

Hawthorn, Geoffrey, *Enlightenment and Despair: A History of Social Theory*, 2ª ed., Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

Hayek, Friedrich A., "How We Can Do It", *The Spectator,* 6 de septiembre de 1940.

Hayek, Friedrich A., "*The Economist,* 1843-1943: A Centenary Volume", *Economica*, vol. 11, núm. 41, febrero de 1944, p. 51.
———, *The Road to Serfdom*, Routledge & Sons, Londres, 1943. [*Camino de servidumbre,* trad. de José Vergara, Alianza Editorial, Madrid, 2011.]
Hazlehurst, Cameron, *Politicians at War, July 1914 to May 1915: A Prologue to the Triumph of Lloyd George,* Knopf, Nueva York, 1971.
Helleiner, Eric, *States and the Re-Emergence of Global Finance, From Bretton Woods to the 1990s*, Cornell University Press, Ithaca, 1994.
Herr, Richard, *An Historical Essay on Modern* Spain, University of California Press, Berkeley, 1971.
———, "The Constitution of 1812 and the Spanish Road to Parliamentary Monarchy", en *Revolution and the Meanings of Freedom in the Nineteenth Century,* Isser Woloch (coord.), Stanford University Press, Stanford, 1996.
Hevia, James, "Looting and Its Discontents: Moral Discourse and the Plunder of Beijing, 1900-1901", en *The Boxers, China, and the World,* Robert Bickers y R. G. Tiedemann (coords.), Rowman & Littlefield, Lanham, 2007.
Heyck, Thomas W., "Home Rule, Radicalism, and the Liberal Party, 1886-1895", *Journal of British Studies,* vol. 13, núm. 2, mayo de 1974, pp. 66-91.
Hilton, Boyd, *The Age of Atonement: The Influence of Evangelicalism on Social and Economic Thought,* Oxford University Press, Oxford, 1988.
Himmelfarb, Gertrude, *Victorian Minds,* Knopf, Nueva York, 1968.
Hinde, Wendy, *Richard Cobden: A Victorian Outsider,* Yale University Press, New Haven, 1987.
Hinds, Allister E., "Imperial Policy and Colonial Sterling Balances 1943-1956", *The Journal of Imperial and Commonwealth History*, vol. 19, núm. 1, 1991, pp. 24-44.
Hirsch, Fred [carta a propósito de la reseña de un libro de John Kenneth Galbraith], *The Economist,* 20-27 de septiembre de 1958.
———, *Newspaper Money: Fleet Street and the Search for the Affluent Reader,* Hutchinson, Londres, 1975.
———, *The Political Economy of Inflation,* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1979.
———, *The Pound Sterling: A Polemic,* Gollancz, Londres, 1965.
———, *The Social Limits of Growth,* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1976.
Hirst, Francis W., *Commerce and Property in Naval Warfare,* Macmillan, Londres, 1906.
———, *Gladstone as Financier and Economist,* Ernest Benn, Londres, 1931.
———, *In the Golden Days*, Frederick Muller, Londres, 1947.
———, *Liberty and Tyranny*, Duckworth, Londres, 1935.
———, "Pitt the Youngest", *The Speaker,* 4 de noviembre de 1899.
———, *The Arbiter in Council,* Macmillan, Londres, 1906.
———, *The Consequences of the War to Great Britain,* H. Milford, Londres, 1934.
———, *The Six Panics and Other Essays*, Methuen, Londres, 1913.

Hirst, Francis W., *The Stock Exchange: A Short Study of Investment and Speculation,* Williams and Norgate, Londres, 1911.

———, *et al*., *F. W. Hirst: By His Friends,* Oxford University Press, Londres, 1958.

Hirst, Francis W., G. Murray y J. L. Hammond, *Liberalism and the Empire. Three essays,* R. B. Johnson, Londres, 1900.

Hirst, Francis W., Hilaire Belloc *et al*., *Essays in Liberalism by Six Oxford Men*, Cassell, Londres, 1897.

Hirst, Francis W., y George F. Paish, *"The Credit of Nations" and "The Trade Balance of the US",* Government Printing Office, Washington, D. C., 1910.

Hitchens, Christopher, *The Trial of Henry Kissinger*, Verso, Londres, 2001, pp. 90-107. [*Juicio a Kissinger,* trad. de Jaime Zulaika, Anagrama, Crónicas, núm. 49, Barcelona, 2001.]

Hobhouse, Emily, *Report of a Visit to the Camps of Women and Children in the Cape and the Orange River Colonies,* Friars Printing, Londres, 1901.

Hobsbawm, Eric J., *Industry and Empire: From 1750 to the Present Day*, Penguin, Middlesex/Londres, 1976.

———, *The Age of Capital: 1848-1875,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1976. [*La era del capital, 1848-1875*, trad. de Ángel García Fluixá y Carlo A. Caranci, Crítica, Barcelona, 2003.]

———, *The Age of Empire, 1875-1914,* Abacus, Londres, 1996. [*La era del Imperio, 1875-1914*, trad. de Juan Faci Lacasta, Planeta, Barcelona, 2013.]

Hobson, John A., "Do Foreign Investments Benefit the Working Classes?", *Financial Review of Reviews,* marzo de 1909, pp. 22-31.

———, *Imperialism: A Study,* James Nisbet, Londres, 1902. [*Estudio del imperialismo,* trad. de Jesús Fomperosa, Alianza Editorial, Madrid, 1981.]

———, *Richard Cobden: The International Man,* T. Fisher Unwin, Londres, 1919.

———, *The War in South Africa: Its Causes and Effects,* J. Nisbet, Londres, 1900.

Hodgskin, Thomas, *A Lecture on Free Trade in Connexion with the Corn Laws: Delivered at the White Conduit House on January 31, 1843,* G. J. Palmer, Londres, 1843.

———, *Labour Defended against the Claims of Capital, or the Unproductiveness of Capital Proved with Reference to the Present Combinations amongst Journeymen,* Knight and Lacey, Londres, 1825.

———, "On the Methods of Reasoning and Observation in Politics", *The Economist,* 27 de noviembre de 1852.

———, *The Natural and Artificial Right of Property Contrasted,* una serie de cartas dirigidas sin permiso a H. Brougham, Esq. …, Steil, Londres, 1832.

Holt, P. M., *The Mahdist State in the Sudan, 1881-1898,* Clarendon Press, Oxford, 1958.

Holt, Thomas C., *The Problem of Freedom: Race, Labor, and Politics in Jamaica and Britain, 1832-1938*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992.

Holyoake, George Jacob, *Sixty Years of an Agitator's Life,* Fisher Unwin, Londres, 1906.

Hopkins, A. G., "The Victorians and Africa: A Reconsideration of the Occupation of Egypt, 1882", *Journal of African History,* vol. 27, núm. 2, 1986, pp. 363-391.

Horowitz, David (coord.), *Isaac Deutscher: The Man and His Work,* Macdonald, Londres, 1971.

Howe, Anthony C., *Free Trade and Liberal England, 1846-1946,* Oxford University Press, Oxford, 1997.

———, "The Liberals and the City 1900-1931", en *The British Government and the City of London in the Twentieth Century,* Ranald Michie y Philip Williamson (coords.), Cambridge University Press, Cambridge, 2004.

———, y Simon Morgan (coords.), *Rethinking Nineteenth-Century Liberalism: Richard Cobden Bicentenary Essays,* Ashgate, Aldershot, 2006.

Howe, Stephen, *Anti-Colonialism in British Politics: The Left and the End of Empire, 1918-1964,* Clarendon Press, Oxford, 1993.

Howe, Russell Warren, "Asset Unwitting: Covering the World for the CIA", *MORE*, mayo de 1978.

Hubback, David, *No Ordinary Press Baron: A Life of Walter Layton,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1985.

Huch, Ronald K., *The Radical Lord Radnor: The Public Life of Viscount Folkestone, Third Earl of Radnor, 1779-1869,* University of Minnesota Press, Mineápolis, 1977.

Hugh-Jones, Stephen, "So What's the Secret of 'The Economist'?", *The Independent,* 26 de febrero de 2006.

Huntington, Samuel, "Letters", *The Economist,* 3 de septiembre de 1994.

Hutton, Graham, *We Too Can Prosper,* Allen & Unwin, Londres, 1953.

——— (coord.), *The Burden of Plenty?,* Allen & Unwin, Londres, 1935.

Ingham, Geoffrey, *Capitalism Divided? The City and Industry in British Social Development,* Macmillan, Nueva York, 1984.

Investigative Reporting Workshop (Taller de Informes de Investigación), "How Healthy Is This Bank?", banktracker.investigativereportingworkshop.org.

Jackson, Ben, "The Think-Tank Archipelago: Thatcherism and Neo-Liberalism", en *Making Thatcher's Britain*, Ben Jackson y Robert Saunders (coords.), Cambridge University Press, Cambridge, 2012.

Jathar, Ganesh Bhaskar, y Shridhar Govind Beri, *Indian Economics: A Comprehensive and Critical Survey of the Economic Problems of India*, vol. II, Oxford University Press, Oxford, 1931.

Jay, Douglas, *Change and Fortune: A Political Record,* Hutchinson, Londres, 1980.

———, *The Socialist Case*, Socialist Book Club, Londres, 1937.

Jenkins, Roy, *Asquith,* Collins, Londres, 1964.

Jenkins, Simon, *Thatcher and Sons: A Revolution in Three Acts,* Allen Lane, Londres, 2006.

Jenks, Leland Hamilton, *The Migration of British Capital to 1875,* Knopf, Nueva York, 1921.

Ji, Zhaojin, *A History of Modern Shanghai Banking: The Rise and Decline of China's Finance Capitalism,* Sharpe, Armonk, 2003.

Johnson, R. W., *Look Back in Laughter: Oxford's Post-War Golden Age*, Threshold Press, Newbury, 2015.

Jones, Daniel Stedman, *Masters of the Universe: Hayek, Friedman, and the Birth of Neoliberal Politics,* Princeton University Press, Princeton, 2012.

Kahan, Alan S., *Aristocratic Liberalism: The Social and Political Thought of Jacob Burckhardt, John Stuart Mill, and Alexis de Tocqueville*, Oxford University Press, Nueva York, 1992.

———, *Liberalism in Nineteenth-Century Europe (The Political Culture of Limited Suffrage),* Palgrave Macmillan, Londres, 2003.

Kahin, George McTurnan, *Southeast Asia: A Testament*, Routledge-Curzon, Londres, 2002.

Kale, Varnan G., *Dawn of Modern Finance in India,* Aryabhushan Press, Poona, 1922.

Keynes, John Maynard, *A Revision of the Treaty: Being a Sequel to The Economic Consequences of the Peace,* Macmillan, Londres, 1922.

———, "A Short View of Russia", "Alternative Aims in Monetary Policy (1923)", "Am I a Liberal?" y "Speeches of the Bank Chairmen, February (1925)", *Essays in Persuasion,* Harcourt, Brace, Londres, 1932. [*Ensayos de persuasión,* trad. de Jordi Pascual, Crítica, Barcelona, 1988.]

———, *A Tract on Monetary Reform*, Macmillan, Londres, 1923. [*Breve tratado sobre la reforma monetaria,* trad. de Carlos Rodríguez Braun, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.]

——— [artículo sobre el desempleo y la City], *The Nation and Athenaeum,* 21 de julio de 1923.

———, "Bank Rate: Five and a Half Per Cent", *The Nation and Athenaeum,* 16-23 de febrero de 1929.

———, *Essays in Persuasion*, Harcourt, Brace, Londres, 1932. [*Ensayos de persuasión,* trad. de Jordi Pascual, Crítica, Barcelona, 1988.]

———, "Gold and the Banks", *The Economist,* 12 de septiembre de 1914.

———, "How to Organize a Wave of Prosperity", *The Evening Standard,* 31 de julio de 1928.

———, "Letter to the Editors", *The Economist*, 16 de marzo de 1929.

———, "Proposals for a Revenue Tariff", *New Statesman and Nation,* 7 de marzo de 1931.

———, "Shippers, Bankers and Brokers", *The Economist,* 6 de febrero de 1909.

———, *The Economic Consequences of Mr. Churchill,* Hogarth Press, Londres, 1925.

———, *The Economic Consequences of the Peace*, Macmillan, Londres, 1919. [*Las consecuencias económicas de la paz,* trad. de Juan Uña, Crítica, Barcelona, 2002.]

———, "The Future of the World", *The Sunday Express,* 27 de septiembre de 1931.

———, *The General Theory of Employment, Interest and Money,* Macmillan, Londres, 1936. [*Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero,* 4ª ed., trad. de Eduardo Hornedo, rev. de la trad. de Roberto Ramón Reyes Mazzoni, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.]

———, "The Return to Gold and Foreign Lending", en *The Collected Writings of John Maynard Keynes,* vol. XIX, *Activities 1922-1929,* Elizabeth Johnson y Donald Moggridge (coords.), Cambridge University Press, Cambridge y Londres, 1978.

Keynes, John Maynard, "The Works of Bagehot", *Economic Journal,* septiembre de 1915.
Kiernan, V. G., *America: The New Imperialism: From White Settlement to World Hegemony,* Zed Press, Londres, 1978.
Kindleberger, Charles P., *A Financial History of Western Europe,* Allen & Unwin, Londres, 1984.
———, "The Rise of Free Trade in Western Europe, 1820-1875", *The Journal of Economic History,* vol. 35, núm 1, marzo de 1975, pp. 20-55.
Kinealy, Christine, *A Death-Dealing Famine: The Great Hunger in Ireland,* Pluto Press, Londres, 1997.
Kinzer, Bruce L., *England's Disgrace: J. S. Mill and the Irish Question,* University of Toronto Press, Toronto, 2001.
Kirshner, Jonathan, *Currency and Coercion: The Political Economy of International Monetary Power,* Princeton University Press, Princeton, 1995.
Kitchin, Frederick Harcourt, *The London "Times" under the Managership of Moberly Bell: An Unofficial Narrative,* G. P. Putnam's Sons, Londres, 1925.
———, [Carta a los editores,] *The Economist,* 15 de septiembre de 2001.
Klein, Naomi, *No logo: la tyrannie des marques*, Leméac/Actes Sud, Montreal/Arles, 2001.
Knight, Andrew, *Britain into Europe*, The Economist, Londres, 1971.
———, "Interview with George P. Shultz", *Miller Center,* University of Virginia, 18 de diciembre de 2002.
———, "The War of April Fools' Night", *The Economist,* 19 de febrero de 1983.
Koss, Stephen E., *Asquith,* Allen Lane, Londres, 1976.
———, *Sir John Brunner, Radical Plutocrat, 1842-1919,* Cambridge University Press, Londres, 1970.
Kyle, Keith, *Cyprus: In Search of Peace,* Minority Rights Group International, Londres, 1997.
———, *Keith Kyle Reporting the World,* I. B. Tauris, Londres, 2009.
———, *Suez: Britain's End of Empire in the Middle East,* I. B. Tauris, Londres, 2003.
———, *The Politics of the Independence of Kenya,* Macmillan, Londres, 1999.
———, y Joel Peters (coords.), *Whither Israel? The Domestic Challenges,* Royal Institute of International Affairs/I. B. Tauris, Londres, 1993.
Kynaston, David, *The City of London,* vol. II, *Golden Years 1890-1914,* Pimlico, Londres, 1995.
———, *The City of London,* vol. IV, *A Club No More, 1945-2000,* Vintage Digital, Londres, 2015.
Landes, David, *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present,* Cambridge University Press, Cambridge, 1969.
Landis, Fred, "Robert Moss, Arnaud de Borchgrave, Right-Wing Disinformation", *CAIB*, agosto de 1980.
Langdon, Julia, "Susan Crosland", *The Guardian,* 28 de febrero de 2011.
Langfitt, Frank, "Economist's Magazine Wins American Readers", National Public Radio, 8 de marzo de 2006.

Lashmar, Paul, y James Oliver, *Britain's Secret Propaganda War,* Sutton, Stroud, Gloucestershire, 1998.

Lawrence, Jon, "Forging a Peaceable Kingdom: War, Violence, and Fear of Brutalization in Post-First World War Britain", *Journal of Modern History,* vol. 75, núm. 3, septiembre de 2003, pp. 557-589.

Layton, Walter, *An Introduction to the Study of Prices: With Special Reference to the History of the Nineteenth Century,* MacMillan, Londres, 1912.

——— [artículo suplementario sobre la historia del Raj], *The Economist,* 2 de febrero de 1935.

———, *Dorothy*, Collins, Londres, 1961.

———, *The Economic Situation of Great Britain,* London General Press, Londres, 1931.

———, "The New Germany as I Saw It", *News Chronicle,* 5, 7 y 10 de abril de 1933.

——— (coord.), "The Third Winter of Unemployment", *Economica,* núm 9, Londres, 1923.

———, *et al.*, *The Challenge of Democracy: A Popular Front for Britain,* The News Chronicle, Londres, 1936.

———, *et al*., *Is Unemployment Inevitable?,* Macmillan, Londres, 1924.

Leeson, Robert (coord.), *Hayek: A Collaborative Biography, Part V, Hayek's Great Society of Free Men,* Palgrave Macmillan, Londres, 2015.

Leigh, David, "Death of the Department That Never Was", *The Guardian,* 27 de enero de 1978.

Leonhard, Jörn, "From European Liberalism to the Language of Liberalisms: The Semantics of 'Liberalism' in European Comparison", *Redescriptions. Political Thought, Conceptual History and Feminist Theory,* vol. 8, núm. 1, 2004, pp. 17-51.

———, *Liberalismus: Zur historischen Semantik eines europäischen Deutungsmusters,* Oldenbourg, Múnich, 2012.

Levy, S. Leon, *Nassau W. Senior: The Prophet of Modern Capitalism,* Humphries, Boston, 1943.

Lewis, Neil A., "Adam Yarmolinsky Dies at 77; Led Revamping of Government", *The Economist,* 7 de enero de 2000.

Liberal Industrial Inquiry, *Britain's Industrial Future: Report of the Liberal Industrial Inquiry of 1928,* Benn, Londres, 1928.

Lilley, Sasha (coord.), *Capital and Its Discontents,* PM Press, Oakland, 2011.

Link, Robert G., *English Theories of Economic Fluctuation, 1815-1848,* Columbia University Press, Nueva York, 1959.

Lippmann, Walter, *The Good Society,* Grosset & Dunlap, Nueva York, 1943.

Lipsey, David, *In the Corridors of Power: An Autobiography,* Biteback Publishing, Londres, 2012.

Lloyd George, David [artículo innombrado], *The Lloyd George Liberal Magazine, 1920-1923,* Brighton, Harvester Press, 1973, p. 473.

———, *War Memoirs of David Lloyd George*, vol. III, Nicholson & Watson, Londres, 1934.

Losurdo, Domenico, *Liberalism: A Counter-History,* Verso, Londres, 2011.

Louis, William Roger, *Ends of British Imperialism: The Scramble for Empire, Suez, and Decolonization,* I. B. Tauris, Londres, 2006.

Lucas, Edward, *Deception: Spies, Lies and How Russia Dupes the West,* Bloomsbury, Londres, 2012.

———, *The New Cold War: How the Kremlin Menaces Both Russia and the West,* Bloomsbury, Londres, 2008.

———, *The Snowden Operation: Inside the West's Greatest Intelligence Disaster,* Amazon, Seattle, 2014.

Lysaght, Charles E., *Brendan Bracken,* Allen Lane, Londres, 1979.

Mackenzie, Compton, *Realms of Silver: One Hundred Years of Banking in the East,* Routledge, Nueva York, 2015.

Macrae, Norman, "A Future History of Privatization, 1992-2022", *The Economist,* 3 de enero de 1992.

———, "Future Privatizations", *The Economist,* 21 de diciembre de 1991.

———, *Homes for the People,* Economic Research Council, Londres, 1967.

———, *John von Neumann: The Scientific Genius Who Pioneered the Modern Computer, Game Theory, Nuclear Deterrence, and Much More,* American Mathematical Society, Providence, 1999.

———, *Sunshades in October: An Analysis of the Main Mistakes in British Economic Policy since the Mid Nineteen-Fifties,* Allen & Unwin, Londres, 1963.

———, *The Hobart Century,* Institute of Economic Affairs, Londres, 1984.

———, *The London Capital Market, Its Structure, Strains, and Management,* Staples, Londres, 1955.

———, *The Neurotic Trillionaire; A Survey of Mr. Nixon's America,* Harcourt, Brace Jovanovich, Nueva York, 1970.

———, "The Next Ages of Man", *The Economist,* 24 de diciembre de 1988.

———, *The 2025 Report: A Concise History of the Future, 1975-2025,* Macmillan, Nueva York, 1984.

———, *To Let?: A Study of the Expedient Pledge on Rents Included in the Conservative Election Manifesto in October, 1959*, Barrie and Rockliff, Londres, 1959.

Maer, Lucinda, y Nida Broughton, "Financial Services: Contribution to the UK Economy", House of Commons Standard Note, SN/EP/06193, 2012.

Mallaby, Sebastian, "The Reluctant Imperialist: Terrorism, Failed States and the Case for American Empire", *Foreign Affairs,* vol. 81, núm. 2, marzo de 2002, pp. 2-7.

Mance, Henry, "Zanny Minton Beddoes Appointed Editor of *The Economist*", *The Financial Times,* 22 de enero de 2015.

Manela, Erez, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism,* Oxford University Press, Oxford, Nueva York, 2007.

Mantena, Karuna, *Alibis of Empire: Henry Maine and the Ends of Liberal Imperialism,* Princeton University Press, Princeton, 2010.

Marshall, Alfred, *The Correspondence of Alfred Marshall, Economist,* John K. Whitaker (coord.), vol. III, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

Martin, George, *CCB: The Life and Century of Charles C. Burlingham, First Citizen of New York,* Hill and Wang, Nueva York, 2005.

Martineau, Harriet, *The Collected Letters of Harriet Martineau,* vol. IV, *Letters 1856-1862,* Deborah Anna Logan (ed.), Pickering & Chatto, Londres, 2007.

———, *The Collected Letters of Harriet Martineau,* vol. V, *Letters 1863-1876,* Deborah Anna Logan (ed.), Pickering & Chatto, Londres, 2007.

Marvin, Francis S. (coord.), *The Unity of Western Civilization,* Oxford University Press, Oxford, 1915.

Marx, Karl, *Capital: A Critique of Political Economy*, vol. I, *The Process of Capitalist Production,* George Allen & Unwin, Londres, 1990. [*El capital. Crítica de la economía política*, tomo I, *Libro I, El proceso de producción del capital,* 4ª ed., trad. de Wenceslao Roces, Fondo de Cultura Económica, México, 2014.]

———, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, International Publishers, Nueva York, 1963. [*El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte,* trad. de José María Valverde, Ariel, Barcelona, 1968; trad. de Elisa Chuliá Rodrigo, Alianza Editorial, Madrid, 2015.]

———, y Friedrich Engels, *The Civil War in the United States,* International Publishers, Nueva York, 1961. [*La guerra civil en los Estados Unidos,* trad. de Paulino García Moya, Roca, México, 1973.]

Mason, Roger S., "Robert Giffen and the Tariff Reform Campaign, 1865-1910", *Journal of European Economic History,* vol. 25, núm. 1, primavera de 1996, pp. 171-188.

Mattei, Clara E., "Austerity and Repressive Politics: Italian Economists in the Early Years of the Fascist Government", Laboratory of Economics and Management Working Paper Series, Scuola Superiore Sant'Anna, Pisa, 2015.

Matthew, H. C. G., "Asquith, Herbert Henry (1852-1928)", en *ODNB*, Henry C. G. Matthew (ed.), Oxford University Press, Oxford, 2004.

———, *The Liberal Imperialists: Ideas and Politics of a Post-Gladstonian Elite,* Oxford University Press, Londres, 1973.

———, R. I. McKibbin y J. A. Kay, "The Franchise Factor in the Rise of the Labour Party", *English Historical Review,* vol. 91, núm. 361, octubre de 1976, pp. 723-752.

Mayer, Arno J., *Political Origins of the New Diplomacy 1917-1918,* Yale University Press, New Haven, 1959.

Mayhew, Nicholas, *Sterling: The Rise and Fall of a Currency,* Allen Lane, Londres, 1999.

Mayo, Katherine, *Mother India*, Cape, Londres, 1927.

Mazower, Mark, *No Enchanted Palace,* Princeton University Press, Princeton, 2009.

McCarthy, Justin, *A Short History of Our Own Times: From the Accession of Queen Victoria to the General Election of 1880,* Chatto & Windus, Londres, 1887.

McCord, Norman, *The Anti-Corn Law League: 1838-1846,* Allen & Unwin, Londres, 1958.

McCulloch, John Ramsay, *The Literature of Political Economy: A Classified Catalogue of Select Publications in the Different Departments of That Science, with Historical,*

Critical and Biographical Notices, Longman, Brown, Green and Longmans, Londres, 1845.
McDowell, Edwin, "Behind the Bestsellers", *New York Times,* 22 de junio de 1980.
McKibbin, Ross, *Parties and People: England 1914-1951,* Oxford University Press, Oxford, 2010.
———, "Political Sociology in the Guise of Economics: J. M. Keynes and the Rentier", *English Historical Review*, vol. 128, núm. 530, febrero de 2013, p. 78-106.
McLellan, David, *Karl Marx: A Biography,* Palgrave MacMillan, Basingstoke, 2006.
McNeill, William Hardy, *Arnold J. Toynbee: A Life*, Oxford University Press, Nueva York, 1989.
Mearsheimer, John J., y Stephen M. Walt, *The Israel Lobby and US Foreign Policy,* Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2007.
Mehta, Uday, *Liberalism and Empire: A Study in Nineteenth-Century British Liberal Thought,* University of Chicago Press Chicago, 1999.
Merridale, Catherine, *Lenin on a Train,* Picador/Metropolitan Books/Henry Holt and Company, Nueva York, 2017.
Metcalf, Barbara Daly, y Thomas R. Metcalf, *A Concise History of Modern India,* Cambridge University Press, Cambridge, 2001.
Metzler, Mark, *Lever of Empire: The International Gold Standard and the Crisis of Liberalism in Pre-War Japan,* University of California Press, Berkeley, 2006.
Micklethwait, John, y Adrian Wooldridge, *A Future Perfect: The Challenge and Hidden Promise of Globalization,* Heinemann, Londres, 2000. [*Un futuro perfecto: el desafío y la promesa secreta de la globalización*, trad. de Luisa Borovsky, Turner/Océano, Madrid/México, 2003.]
———, *God Is Back: How the Global Revival of Faith Is Changing the World,* Penguin Press, Nueva York, 2009.
———, *The Company: A Short History of a Revolutionary Idea*, Modern Library, Londres, 2005. [*La empresa: historia de una idea revolucionaria,* trad. de Enrique Benito, Mondadori, Barcelona, 2003.]
———, *The Fourth Revolution: The Global Race to Reinvent the State,* Penguin Press, Nueva York, 2014.
———, *The Right Nation: Why America Is Different,* Allen Lane, Londres, 2004.
———, *The Witch Doctors: Making Sense of the Management Gurus,* Mandarin/Times Business, Londres/Nueva York, 1997. Michie, Ranald, y Philip Williamson (coords.), *The British Government and the City of London in the Twentieth Century,* Cambridge University Press, Cambridge, 2004.
Middleton, Roger, "Paish, Sir George (1867-1957)", en *ODNB,* Henry C. G. Matthew (ed.), Oxford University Press, Oxford, 2004.
Milne, Tim, *Kim Philby: A Story of Friendship and Betrayal*, Biteback, Londres, 2014.
Milward, Alan, *The Economic Effects of the Two World Wars on Britain,* Macmillan, Londres, 1984.
———, "The Nazi Miracle", *London Review of Books,* 23 de enero de 1986.

Mill, John Stuart, *Autobiography,* en *Collected Works,* vol. I, University of Toronto Press/Routledge, Toronto/Londres, 1964. [*Autobiografía,* trad. de Carlos Mellizo, Alianza Editorial, Madrid, 1986.]

———, *Autobiography of John Stuart Mill,* Longmans, Green, Londres, 1873.

———, *Collected Works*, vol. XII, *The Earlier Letters, 1812-1848*, Francis Ethelbert Louis Priestley (coord.), University of Toronto Press, Toronto, 1964.

———, *Considerations on Representative Government,* en *On Liberty. Representative Government. The Subjection of Women,* Oxford University Press, Clarendon Press, Oxford, 1966, 1985. [*Consideraciones sobre el gobierno representativo,* trad. de Carlos Mellizo, Alianza Editorial, Madrid, 2001.]

———, *England and Ireland,* Longmans, Green, Reader and Dyer, Londres, 1868.

———, "French Affairs", *The Daily News,* 6 de agosto de 1848, en *Collected Works of John Stuart Mill*, vol. XV, University of Toronto Press, Toronto, 1986, pp. 1110-1112.

———, "Mill to Frederic Harrison, 1871", en *The Later Letters of John Stuart Mill 1849-1873,* coords. Francis E. Mineka y Dwight N. Lindley, Routledge, Kegan Paul, s. l., 1973, p. 1816.

———, "Of the Government of Dependencies by a Free State", cap. 18 de *Considerations on Representative Government,* Parker, Son, and Bourn, Londres, 1861, pp. 313-340.

———, *On Liberty*, John W. Parker and Son, Londres, 1859. [*Sobre la libertad,* trad. de Pablo de Azcárate, Alianza Editorial, Madrid, 2013.]

———, *On Representative Government,* Parker, Son, and Bourn, Londres 1861.

———, "Principles of Political Economy", *The Progressive Review,* 1848, en *CW*, vol. XI, University of Toronto Press, Toronto, 1986, p. 193.

———, *Principles of Political Economy,* en *CW,* vol. III, University of Toronto Press, Toronto, 1965, pp. 775-776. [*Principios de economía política: con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social,* trad. de William James Ashley, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.]

———, *Principles of Political Economy: With Some of Their Applications to Social Philosophy,* J. W. Parker, Londres, 1848.

Moggridge, Donald E., *Maynard Keynes: An Economist's Biography,* Routledge, Londres, 1992.

———, *The Return to Gold: The Formulation of Economic Policy and Its Critics,* Cambridge University Press, Cambridge, 1969.

Molotsky, Irvin, "Edwin Dale Jr., Reporter and an Expert in Economics", *The New York Times,* 11 de mayo de 1999.

Monaghan, Angela, "London's West End Is Most Expensive Office Location", *The Daily Telegraph,* 19 de febrero de 2013.

———, "Opening of Sake No Hana", *Tatler,* 1º de diciembre de 2007.

Moncure, James A., *James Wilson and* The Economist*, 1805-1860*, tesis de doctorado, Columbia University, 1960; University Microfilms International, Ann Arbor, 1992.

Monger, George W., *The End of Isolation, British Foreign Policy, 1900-1907*, Thomas Nelson & Sons, Londres, 1963.

Monroe, Elizabeth, *Britain's Moment in the Middle East, 1914-1956,* Chatto and Windus, Baltimore/Londres, 1963.
———, *Philby of Arabia,* Faber and Faber, Londres, 1973.
Moore, Charles, *Margaret Thatcher: The Authorized Biography*, vol. 1, *Not for Turning,* Allen Lane, Londres, 2013.
Morefield, Jeanne, *Covenants without Swords: Idealist Liberalism and the Spirit of Empire,* Princeton University Press, Princeton, 2004.
Morley, John, *Critical Miscellanies,* vol. III, Macmillan, Londres, 1886, pp. 213-256.
———, *Memorandum on Resignation, August 1914,* Macmillan, Nueva York, 1928.
——— (coord.), *The Life of Richard Cobden,* Fisher Unwin, Londres, 1906.
Morris, A. J. A., *Radicalism against War, 1906-1914: The Advocacy of Peace and Retrenchment,* Longman, Londres, 1972.
———, *The Scaremongers. The Advocacy of War and Rearmament 1896-1914,* Routledge & Kegan Paul, Boston, 1984.
Moss, Robert, *Chile's Marxist Experiment,* Wiley, Nueva York, 1974. [*El experimento marxista chileno,* trad. de Raúl Pinto Cortínez, Editora Nacional Gabriela Mistral, Santiago de Chile, 1974.]
———, *Conscious Dreaming: A Spiritual Path for Everyday Life,* Crown Trade Paperbacks, Crown Trade Paperbacks, Nueva York, 1996.
———, "Don't Do a Cuba on Portugal", *The Economist,* 12 de abril de 1975.
———, "Keen Voters", *The Economist,* 26 de abril de 1975.
———, "Lovely Election but No More", *The Economist,* 3 de mayo de 1975.
———, "Making of Europe's Cuba", *The National Review,* 11 de abril de 1975.
———, "Moscow's Next Target in Africa", *The Daily Telegraph,* 20 de febrero de 1977.
———, *Revolutionary Challenges in Spain,* Institute for the Study of Conflict, Londres, 1974.
———, *The Campaign to Destabilise Iran,* Institute for the Study of Conflict, Londres, 1978.
———, *The Collapse of Democracy,* Temple Smith, Londres, 1975. [*El colapso de la democracia*, Cosmos, Madrid, 1977.]
———, "The Making of Europe's Cuba", *The National Review,* 11 de abril de 1975.
———, *The War for the Cities,* Coward, McCann & Geoghegan, Nueva York, 1972.
———, "Unendurable Burden", *The Economist,* 27 de abril de 1974.
———, "War Hero Who Sees No Victory", *The Economist,* 2 de marzo de 1974.
Mount, Ferdinand, "All the Sad Sages", *London Review of Books,* febrero de 2014, pp. 9-11.
———, *The British Constitution Now: Recovery or Decline?,* Cornerstone Digital, Londres, 2011.
Munsell, F. D., "Crimean War", en *Victorian Britain: An Encyclopedia,* Sally Mitchell (coord.), Routledge, Londres, 2011, pp. 202-203.
Murray, Bruce K., *The People's Budget 1909/10: Lloyd George and Liberal Politics,* Oxford University Press, Oxford, 1980.

Muthu, Sankar, *Enlightenment against Empire,* Princeton University Press, Princeton, 2003.

Neil, Andrew, *Full Disclosure,* Macmillan, Londres, 1996.

Neilson, Keith, *Strategy and Supply: The Anglo-Russian Alliance, 1914-1917,* Allen & Unwin, Londres, 1984.

Neill, Thomas P., *The Rise and Decline of Liberalism*, Bruce, Milwaukee, 1953.

Newsinger, John, "Elgin in China", *New Left Review*, núm. 15, mayo-junio de 2002, pp. 119-140.

Newton, Douglas, *Darkest Days: The Truth behind Britain's Rush to War,* Verso, Londres, 2014.

Nicholas, H. G. (coord.), *Washington Despatches, 1941-1945: Weekly Political Reports from the British Embassy,* University of Chicago Press, Chicago, 1981.

Nockles, Peter B., "Lathbury, Thomas (1798-1865)", en *ODNB,* 2004.

O'Brien, Patrick K., "The Costs and Benefits of British Imperialism 1846-1914", *Past and Present,* agosto de 1988, pp. 180-200.

O'Carroll, Lisa, y John Plunkett, "David Cameron Admits Close Friendships with Journalists", *The Guardian,* 14 de junio de 2012.

Ó Gráda, Cormac, *Ireland: A New Economic History, 1780-1939,* Oxford University Press, Oxford, 1994.

Offer, Avner, "Empire and Social Reform: British Overseas Investment and Social Reform, 1908-1914", *Historical Journal,* marzo de 1983.

Otte, Thomas G., *The China Question: Great Power Rivalry and British Isolation, 1894-1905,* Oxford University Press, Oxford, 2007, pp. 2 y 17.

Otter, Sandra Den, *British Idealism and Social Explanation: A Study in Late Victorian Thought,* Oxford University Press, Oxford, 1996.

Packer, Ian, *Liberal Government and Politics, 1905-15,* Palgrave Macmillan, Basingstoke/Nueva York, 2006.

Paish, George, "The Export of Capital and The Cost of Living", *The Statist,* 14 de septiembre de 1914, p. 126.

Palen, Marc-William, *The "Conspiracy" of Free Trade: The Anglo American Struggle over Empire and Economic Globalisation, 1846-1896,* Cambridge University Press, Cambridge, Cambridge, 2016.

Palgrave, R. H. Inglis, "The Country Banker", *The Quarterly Review,* enero de 1886, pp. 148-149.

———, "The Influence of the Taxation of Capital upon the Welfare of a Country", *The Bankers' Magazine,* diciembre de 1909, pp. 728-730.

Parsons, Wayne, *The Power of the Financial Press: Journalism and Economic Opinion in Britain and America,* Elgar, Aldershot, 1989; Rutgers University Press, New Brunswick, 1990.

Payne, Stanley G., *Spain: A Unique History,* University of Wisconsin Press, Madison, 2011.

Pedder, Sophie, *Le déni français: les derniers enfants gâtés de l'Europe,* J. C. Lattès, París, 2012.

Peden, George C., coord., *Keynes and His Critics: Treasury Responses to the Keynesian Revolution, 1925-1946,* Oxford University Press, Records of Social and Economic History, vol. 36, Oxford, 2005.

Pedersen, Susan, *The Guardians: The League of Nations and the Crisis of Empire,* Oxford University Press, Oxford, 2015.

Pennant-Rea, Rupert, *Gold Foil,* Bodley Head, Londres, 1978.

Peters, Jeremy W., "*The Economist* Tends Its Sophisticate Garden", *The New York Times,* 8 de agosto de 2010.

Philby, Kim, *My Silent War,* Grove Press, Nueva York, 1968. [*Mi guerra silenciosa,* trad. de Rosalía Vázquez, Círculo de Lectores, Barcelona, 1973].

Pickering, Paul A., y Alex Tyrell, *The People's Bread: A History of the Anti-Corn Law League,* Leicester University Press, Londres, 2000.

Pilbeam, Pamela, "The Growth of Liberalism and the Crisis of the Bourbon Restoration, 1827-1830", *The Historical Journal,* junio de 1982, pp. 351-366.

Pimlott, Ben, *Hugh Dalton*, Cape, Londres, 1985.

Piras, Annalisa (dir.), *Girlfriend in a Coma,* guion de Bill Emmott y A. P., Springshot Productions, Londres, 2012.

Pitts, Jennifer, *A Turn to Empire: The Rise of Imperial Liberalism in Britain and France,* Princeton University Press, Princeton, 2005.

———, "Political Theory of Empire and Imperialism", *The Annual Review of Political Science,* junio de 2010, pp. 211-235.

Platt, D. C. M., "British Portfolio Investment Overseas before 1870: Some Doubts", *Economic History Review,* febrero de 1980, pp. 1-16.

Plender, John, "London's Big Bang in International Context", *International Affairs,* vol. 63, núm. 1, enero de 1986.

Polanyi, Karl, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time,* 2ª ed., Beacon Press, Boston, 2001. [*La gran transformación: los orígenes politicos y económicos de nuestro tiempo,* 3ª ed., trad. de Graciela Chailloux Laffita, rev. de la trad. de Fausto José Trejo, Fondo de Cultura Económica, México, 2017.]

Pollard, Sidney, "Capital Exports, 1870-1914: Harmful or Beneficial?", *The Economic History Review,* vol. 38, núm. 4, noviembre de 1985, pp. 498-499.

———, *The Gold Standard and Employment Policies between the Wars,* Methuen, Londres, 1970.

Popper, Karl, *The Open Society and Its Enemies,* 2 vols., Routledge, Londres, 1945 [*La sociedad abierta y sus enemigos,* trad. de Eduardo Loedel y Amparo Gómez Rodríguez, Paidós, Barcelona, 2006].

Porter, Andrew, *The Lion's Share: A Short History of British Imperialism, 1850-2004,* Longman, Londres, 1996.

——— (coord.), *The Oxford History of the British Empire,* vol. III, Oxford University Press, Oxford, 1999.

Porter, Dilwyn, "Withers, Hartley (1867-1950)", en *ODNB,* Henry C. G. Matthew (ed.), Oxford University Press, Oxford, 2004.

Porter, George R., *Progress of the Nation*, Knight, Londres, 1839 (¿1843?).

Powell, Anthony, *A Dance to the Music of Time: First Movement*, vol. I, University of Chicago Press, Chicago, 1995.

Prentice, Archibald, *History of the Anti-Corn-Law League,* Cash, Londres, 1853.

Pressman, Matt, "Why *Time* and *Newsweek* Will Never Be *The Economist*", *Vanity Fair,* 20 de abril de 2009.

Pugh, Martin, "The Limits of Liberalism: Liberals and Women's Suffrage, 1867-1914", en *Citizenship and Community: Liberals, Radicals, and Collective Identities in the British Isles, 1865-31,* Eugenio F. Biagini (coord.), Cambridge University Press, Cambridge, 1996, pp., pp. 45-65.

Purcell, Hugh, *A Very Private Celebrity: The Nine Lives of John Freeman,* Robson Press, Londres, 2015.

Read, Charles, "Laissez-faire, the Irish Famine, and British Financial Crisis", *Economic History Review,* mayo de 2016, p. 430.

Reddy, Sudeep, "The New Big Old Thing in Economics: J. M. Keynes", *The Wall Street Journal,* 8 de enero de 2009.

Reid, Donald, "The Urabi Revolution and the British Conquest, 1879-1882", en *The Cambridge History of Egypt*, vol. II, *Modern Egypt, from 1517 to the End of the Twentieth Century,* M. W. Daly (coord.), Cambridge University Press, Cambridge, 1998, pp. 217-238.

Reid, Michael, *Forgotten Continent: The Battle for Latin America's Soul,* Yale University Press, New Haven, 2007. [*El continente olvidado: la batalla por el alma de América Latina,* Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2009.]

Reuters Institute for the Study of Journalism, "UK Newspapers' Positions on Brexit", Oxford University, 23 de mayo de 2016.

Ricardo, David, *Principles of Political Economy and Taxation,* Everyman's Library, Londres, 1987. [*Principios de economía política y tributación,* 2 vols., trad. de E. Hazera, Orbis, Barcelona, 1985.]

———, *The Works and Correspondence of David Ricardo,* vol. IV, *Pamphlets and Papers, 1815-1823,* Piero Sraffa y M. H. Dobb (coords.), Cambridge University Press, Cambridge, 1951.

Riccio, Barry D., *Walter Lippmann: Odyssey of a Liberal,* Transaction, New Brunswick, 1994.

Richter, Melvin, *The Politics of Conscience, T. H. Green and His Age,* Harvard University Press, Cambridge, 1964.

Ridley, Matt, *The Rational Optimist: How Prosperity Evolves,* Fiyrtg Estate, Londres, 2010.

Ritschel, Daniel, *The Politics of Planning: The Debate on Economic Planning in Britain in the 1930s,* Clarendon Press, Oxford, 1997.

Robbins, Keith, *Sir Edward Grey: A Biography of Lord Grey of Fallodon,* Cassell, Londres, 1971.

———, *The Abolition of War: The "Peace Movement" in Britain, 1914-1919,* University of Wales Press, Cardiff, 1976.

Roberts, Richard, *Saving the City: The Great Financial Crisis of 1914,* Oxford University Press, Oxford, 2013.

Robin, Corey, "Wealth and the Intellectuals: Nietzsche, Hayek and the Austrian School of Economics", en *Hayek: A Collaborative Biography, Part V, Hayek's Great Society of Free Men,* Robert Leeson (coord.), Palgrave Macmillan, Londres, 2015, pp. 112-158.

Rodenbeck, Max, *Cairo: The City Victorious,* Picador, Londres, 1998. [*El Cairo: la ciudad victoriosa*, trad. de Isabel Morán García, Almed, Granada, 2004.]

———, "Irak: The Occupation", *The New York Review of Books,* vol. 50, núm. 13, 14 de agosto de 2003.

———, "The Muslim Past", *The Times,* 25 de junio de 2010.

Rollings, Neil, "Poor Mr. Butskell: A Short Life, Wrecked by Schizophrenia", *Twentieth Century British History,* vol. 5, núm. 2, enero de 1994.

Rolph, Cecil Hewitt, *Kingsley: The Life, Letters and Diaries of Kingsley Martin,* V. Gollancz, Londres, 1973.

Rosanvallon, Pierre, *La Démocratie inachevée: histoire de la souveraineté du peuple en France,* Gallimard, París, 2000. [*La democracia inconclusa: historia de la soberanía del pueblo en Francia,* trad. de Nicolás Suescún, Taurus/Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2006.]

Rotunda, Ronald D., *The Politics of Language: Liberalism as Word and Symbol,* University of Iowa Press, Iowa City, 1986.

Rowland, Peter, *David Lloyd George: A Biography,* Macmillan, Londres, 1976.

———, *The Last Liberal Governments, 1905-1910,* Macmillan, Nueva York, 1969.

Rubin, Andrew, *Archives of Authority: Empire, Culture, and the Cold War,* Princeton University Press, Princeton, 2012.

Ruggiero, Guido de, *The History of European Liberalism,* trad. de R. G. Collingwood, Oxford University Press, Londres, 1927.

Runciman, David, *The Confidence Trap,* Princeton University Press, Princeton, 2013.

Russell, A. K., *Liberal Landslide: The General Election of 1906,* David & Charles/Archon, Newton Abbott/Hamden, Conn., 1973.

Russell, Bertrand, "Bertrand Russell to Ottoline Morrell", 14 de octubre de 1914, en *Selected Letters of Bertrand Russell: The Public Years, 1914-1970,* vol. 2, Nicholas Griffin(coord.), Routledge, Londres, 2001, p. 15.

———, *The Collected Papers of Bertrand Russell,* vol. 13, *Prophecy and Dissent, 1914-1916*, Richard A. Rempel (coord.), Unwin Hyman, Londres, 1988.

———, *The Collected Papers of Bertrand Russell,* vol. 14, *Pacifism and Revolution, 1916-1918,* Richard A. Rempel, Louis Greenspan, Beryl Haslam, Albert C. Lewis y Mark Lippincott (coords.), Routledge, Londres, 1995.

Russell, Dean, *Frédéric Bastiat and the Free Trade Movement in France and England, 1840-1850,* tesis de doctorado, Université de Genève, 1959; Albert Kundig, Ginebra, 1959.

———, *Frédéric Bastiat: Ideas and Influence,* Foundation for Economic Education, Irvington-on-Hudson, 1965.

Russell, Iain F., "Yule Family", en *ODNB,* Henry C. G. Matthew (ed.), Oxford University Press, Oxford, 2004.

Russell Barrington, Emily, *The Life of Walter Bagehot,* Longmans, Green, Londres, 1914.

Ryan, Alan, *On Politics: A History of Political Thought from Herodotus to the Present,* vol. II, Allen Lane, Londres, 2012.

———, *The Making of Modern Liberalism,* Princeton University Press, Princeton, 2012.

———, *The Philosophy of John Stuart Mill,* Macmillan, Londres, 1970.

Sachs, Goldman [artículo sobre la transición gradual de países de Europa Oriental a una economía de mercado], *The Economist,* 13 de enero de 1990.

Sakkas, John, "*The Times* and the British Intervention in Greece in December 1944", *Balkan Studies,* vol. 46, 2012, pp. 27-38.

Salter, Arthur, *Allied Shipping Control: An Experiment in International Administration,* The Clarendon Press, Oxford, 1921.

Samuel, Herbert, "The Taxation of the Various Classes of the People", *Journal of the Royal Statistical Society,* vol. 82, núm. 2, marzo de 1919, pp. 143-182.

Sarti, Roland, "Mussolini and the Italian Industrial Leadership in the Battle of the Lira 1925-1927", *Past and Present,* vol. 47, núm. 1, mayo de 1970, pp. 97-112.

Sartori, Andrew, "The British Empire and Its Liberal Mission", *The Journal of Modern History,* vol. 78, núm. 3, septiembre de 2006, pp. 623-642.

Saunders, Christopher, y Iain R. Smith, "Southern Africa, 1795-1910", en *The Oxford History of the British Empire,* vol. III, Andrew Porter (coord.), Oxford University Press, Oxford, 1999, pp. 609-610.

Saunders, Frances Stonor, *The Cultural Cold War: The CIA and the World of Arts and Letters,* The New Press, Nueva York, 1998.

Sauvigny, G. de Bertier de, "Liberalism, Nationalism and Socialism: The Birth of Three Words", *The Review of Politics,* vol. 32, núm. 2, abril de 1970.

Say, Jean-Baptiste, *Œuvres diverses de J.-B. Say*, Guillaumin, París, 1848.

Scalbert, Irénée, "The Smithsons and *The Economist* Building Plaza", *AA Files*, núm. 30, otoño de 1995, pp. 17-25.

Scocca, Tom, "Everyone Copies It, but Does Anyone Translate It?", *New York Observer*, 19 de marzo de 2007.

Scott, C. P., *The Political Diaries of C. P. Scott, 1911-1928,* Trevor Wilson (coord.), Collins, Londres, 1970.

Seelye, Katharine Q., "*The Economist* Names New Editor in Chief", *The New York Times,* 23 de marzo de 2006.

Segev, Tom, *One Palestine, Complete: Jews and Arabs under the British Mandate,* Metropolitan Books, Nueva York, 2001.

Seldon, Arthur (coord.), *Rebirth of Britain: A Symposium of Essays by Eighteen Writers,* Pan/Institute for Economic Affairs, Londres, 1964.

Self, Robert, *Britain, America and the War Debt Controversy: The Economic Diplomacy of an Un-Special Relationship, 1917-1941,* Routledge, Londres, 2006.

Semmel, Bernard, *The Governor Eyre Controversy,* MacGibbon & Kee, Londres, 1962.
———, *Imperialism and Social Reform; English Social-Imperial Thought, 1895-1914,* Allen and Unwin, Londres, 1960; Anchor Books, Garden City, Nueva York, 1968.
Shaw, David, "*The Economist* Takes the High Road to Global Success", *Los Angeles Times,* 20 de julio de 2003.
Shultz, George Pratt, *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State,* Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1993.
Singer, Daniel, *Whose Millennium?: Theirs or Ours?,* Monthly Review Press, Nueva York, 1999, p. 265. [*¿Quién dominará el milenio, ellos o nosotros?,* trad. de Bertha Ruiz de la Concha, Siglo XXI/Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2000.]
Sisson, Charles Hubert, *The Case of Walter Bagehot,* Faber and Faber, Londres, 1972.
Skidelsky, Robert, *Britain since 1900: A Success Story?,* Vintage Books, Londres, 2014.
———, *John Maynard Keynes,* vol. I, *Hopes Betrayed, 1883-1920,* Macmillan, Londres, 1983.
———, *John Maynard Keynes,* vol. II, The Economist *as a Saviour,* Papermac, Londres, 1994.
———, *Politicians and the Slump: The Labour Government of 1929-1931,* Macmillan, Londres, 1967.
———, "Retreat from Leadership-The Evolution of British Economic Foreign Policy, 1870-1939", en *Balance of Power or Hegemony: The Interwar Monetary System,* Benjamin M. Rowland (coord.), New York University Press, Nueva York, 1976, pp. 165-177.
Slobodian, Quinn, *Globalists: The End of Empire and the Birth of Neo-Liberalism,* Harvard University Press, Cambridge, 2018.
Sloman, Peter, *The Liberal Party and the Economy, 1929-1964,* Oxford University Press, Oxford, 2015.
Smiley, David, *Arabian Assignment,* Cooper, Londres, 1985.
———, "Colonel David Smiley", *The Telegraph,* 9 de enero de 2009.
———, *Irregular Regular*, Michael Russell, Norwich, 1994.
Smith, Adam, *The Wealth of Nations*, Edwin Cannan (coord.), Bantam Books, Nueva York, 2003. [*Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones,* trad. de Gabriel Franco, Fondo de Cultura Económica, México, 1958; *La riqueza de las naciones. Libros I-II-III, y selección de los Libros IV y V*, trad. de Carlos Rodríguez Braun, Alianza Editorial, Madrid, 2011.]
Smith, Barbara, "Not So Hard Labour", *The Economist,* 20 de diciembre de 2003.
Smith, Cecil Woodham, *The Great Hunger: Ireland 1845-1849,* Hamish Hamilton, Londres, 1962; Old Town Books, Nueva York, 1995.
Smuts, Jan, *The League of Nations, A Practical Suggestion,* Hodder and Stoughton, Londres, 1918.
Soutou, Georges-Henri, *L'Or et le sang: les buts de guerre économique de la Première Guerre mondiale,* Fayard, París, 1989.
Spencer, Herbert, *An Autobiography*, Williams and Norgate, Londres, 1904.

Spencer, Herbert, *Social Statics: Or, The Conditions Essential to Human Happiness Specified, and the First of Them Developed,* J. Chapman, Londres, 1851.

———, *The Proper Sphere of Government,* W. Brittain, Londres, 1843.

Spender, John A., y Cyril Asquith, *Life of Herbert Henry Asquith, Lord Oxford and Asquith,* vol. I, Hutchinson & Co., Londres, 1932.

Sperber, Jonathan, *The European Revolutions, 1848-1851,* Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

St. John-Stevas, Norman, "Walter Bagehot: A Short Biography", en *The Collected Works of Walter Bagehot [CW],* The Economist, Londres, 1974-1986, vol. I, pp. 39 y 41-42.

Stacey, Kiran, y Emily Cadman, "Archives 1984: Thatcher's Struggles Provide Lesson for Cameron", *The Financial Times,* 2 de enero de 2014.

Stamp, Josiah, *Taxation during the War*, H. Milford, Londres, 1932.

Steele, E. D., *Palmerston and Liberalism, 1855-1865,* Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

Steil, Benn, *The Battle of Bretton Woods: John Maynard Keynes, Harry Dexter White, and the Making of a New World Order,* Princeton University Press, Princeton, 2013.

Steiner, Zara, y Keith Neilson, *Britain and the Origins of the First World War,* Macmillan Education, Londres, 1988.

Stevenson, Frances (Frances Lloyd George), *Lloyd George: A Diary,* Hutchinson, Londres, 1971.

———, *The Years That Are Past. The Autobiography of Frances Lloyd George. With Special Reference to David Lloyd George,* Hutchinson, Londres, 1967.

Stevenson, Richard, "Sex and Bank of England: Downfall for No. 2 Official", *The New York Times,* 22 de marzo de 1995.

Stokes, Eric, *The Peasant Armed: The Indian Revolt of 1857,* Christopher A. Bayly (coord.), Clarendon, Oxford, 1986.

Strachan, Hew, *Financing the First World War,* Oxford University Press, Oxford, 2004.

Strachey, John St. Loe, *The Adventure of Living: A Subjective Autobiography,* Hodder and Stoughton, Londres, 1922.

Strakosch, Henry, *The Value of Gold in Our Economic System*, Crowther & Goodman, Londres, 1918.

Strange, Susan, *Sterling and British Policy: A Political Study of an International Currency in Decline,* Oxford University Press, Londres, 1971.

Streat, Raymond, *Lancashire and Whitehall: The Diary of Sir Raymond Streat,* 2 vols., ed. Marguerite Dupree, Manchester University Press, Mánchester, 1987.

Sturgis, James Laverne, *John Bright and the Empire,* Athlone, Londres, 1969.

Sweney, Mark, "Merkel Listens to *The Economist*'s Audio App in the Car", *The Economist,* 16 de noviembre de 2014.

Taylor, Alan Joe P., *Essays in English History,* Penguin/Hamish Hamilton, Londres, 1976.

Taylor, Miles, "Cobden, Richard (1804-1865)", en *Oxford Dictionary of National Biography*, Henry C. G. Matthew (ed.), Oxford University Press, Oxford, 2004.

Temperley, C. E., "Strakosch, Sir Henry Edouard (1871-1943)", en *ODNB,* Henry C. G. Matthew (ed.), Oxford University Press, Oxford, 2004.

Terazono, Emiko, "Lunch with the FT: Perfectly Pitched", *Financial Times,* 10 de marzo de 2006.

Thatcher, Margaret, *The Path to Power,* Harper Collins, Londres, 1995.

Therborn, Göran, "Twilight of Swedish Social Democracy", *New Left Review,* núm. 113, septiembre de 2018, pp. 5-26.

Thomas, James, *Popular Newspapers, the Labour Party, and British Politics,* Routledge, Londres/Abingdon, 2005.

Thompson, Charles T., *The Peace Conference Day by Day*, Brentano, Nueva York, 1920.

Thompson, Noel, *Political Economy and the Labour Party: The Economics of Democratic Socialism, 1884-1995,* UCL Press, Londres, 1996.

Tignor, Robert L., *Capitalism and Nationalism at the End of Empire,* Princeton University Press, Princeton, 1998.

Tocqueville, Alexis de, *De la démocratie en Amérique,* Parte I, Gosselin, París, 1835, y Parte II, Gosselin, París, 1840; *Democracy in America,* Harvey Mansfield y Delba Winthrop (eds.), Chicago University Press, Chicago, 2000. [*La democracia en América*, partes I y II, trad. por Lucas Boado Brandaris, Imp. de N. Sánchez, Madrid, 1843; *La democracia en América,* 3ª ed., trad. de Héctor Ruiz Rivas, rev. de la trad. de Fausto José Trejo, Fondo de Cultura Económica, México, 2019.]

———, *Recollections*, J. P. Mayer y A. P. Kerr (eds.), Doubleday, Nueva York, 1970; *The Recollections of Alexis de Tocqueville,* trad. al inglés de Alexander Teixeira de Mattos, H. Henry, Londres, 1896. [*Recuerdos de la Revolución de 1848,* trad. de Luis Rodríguez Zúñiga, Editora Nacional, Madrid, 1984.]

———, *Selected Letters on Politics and Society,* Roger Boesche (ed.), University of California Press, Berkeley, 1985.

———, "Tocqueville à son père", 24 de agosto de 1833, y "Tocqueville à Marie", 27 de agosto de 1833, en *Oeuvres complètes [OC]*, vol. XIV, *Correspondance familiale,* Gallimard, París, 1998, pp. 173-174 y 391-394.

———, *Writings on Empire and Slavery,* Jennifer Pitts (ed.), Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2001.

Todd, David, *L'Identité économique de la France: Libre-échange et protectionnisme, 1814-1851,* Grasset, París, 2008.

Tomlinson, B. R., "India and the British Empire, 1880-1935", *Indian Economic and Social History Review,* vol. 12, núm. 4, octubre de 1975, pp. 337-380.

Tomlinson, Jim, "Thatcher, Monetarism and the Politics of Inflation", en *Making Thatcher's Britain,* Ben Jackson y Robert Saunders (coords.), Cambridge University Press, Cambridge, 2012, pp. 62-94.

———, "The Attlee Government and the Balance of Payments, 1945-1951", *Twentieth Century British History*, vol. 2, núm. 1, enero de 1991, pp. 47-66.

Tooke, Thomas, y William Newmarch, *A History of Prices and of the State of Circulation,* Longman, Orme, Brown, Green & Longmans, Londres, 1838.

Tooze, Adam J., *Crashed: How a Decade of Financial Crises Changed the World,* Allen Lane, Londres, 2018; Viking, Nueva York, 2018.

Tooze, Adam J., *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy,* Allen Lane, Londres, 2006.

Townshend, Charles, *The British Campaign in Ireland 1919-1921: The Development of Political and Military Policies,* Oxford University Press, Oxford, 1975.

Toynbee, Arnold, *The Western Question in Greece and Turkey: A Study in the Contact of Civilizations,* Constable and Company Ltd., Londres, Bombay, Sydney, 1922.

Trentmann, Frank, *Free Trade Nation: Commerce, Consumption, and Civil Society in Modern Britain,* Oxford University Press, Oxford, 2008.

Trevelyan, Humphrey, *The India We Left: Charles Trevelyan, 1826-1865, Humphrey Trevelyan, 1929-1947,* Macmillan, Londres, 1972.

———, "Trevelyan to Wood", 26 de julio de 1847, Hickleton Papers, CUL, CUL-Microfilm-1499.

Tribe, Keith, "Liberalism and Neo-liberalism in Britain, 1930-1980", en *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective,* Philip Mirowski y Dieter Plehwe (eds.), Harvard University Press, Cambridge, 2009, pp. 71-87.

Trocki, Carl A., *Opium, Empire and the Global Political Economy,* Routledge, Londres, 1999.

Turner, John D., *Banking in Crisis: The Rise and Fall of British Banking Stability, 1800 to the Present,* Cambridge University Press, Cambridge, 2014.

Tyerman, Donald, "As We Move: 1956-1965", *The Economist,* 17 abril de 1965.

———, "Crowther and the Great Issues", *Encounter,* mayo de 1972.

———, "War in the Workshop" y "Getting the Job Done" [entrevista a William Beveridge], *The Listener,* 6 y 13 de junio de 1940.

Tyrell, Alex, "*La Ligue Française*, The Anti-Corn Law League and the Campaign for Economic Liberalism in France during the Last Days of the July Monarchy", en *Rethinking Nineteenth-Century Liberalism: Richard Cobden Bicentenary Essays,* Anthony C. Howe y Simon Morgan (coords.), Ashgate, Aldershot, 2006, pp. 99-116.

University of California Television, "Globalization and the Conservative Movement in the US", University of California Television, 6 de febrero de 2007.

VV. AA., "Private Property at Sea" [intercambio epistolar], *The Times,* 11 de noviembre de 1913.

VV. AA., *The Next Five Years: An Essay in Political Agreement*, Macmillan, Londres, 1935.

Varouxakis, Georgios, *Liberty Abroad: J. S. Mill on International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2013.

———, *Victorian Political Thought on France and the French,* Palgrave, Nueva York, 2002.

Vickers, Rhiannon, "Harold Wilson, the British Labour Party, and the War in Vietnam", *Journal of Cold War Studies*, vol. 10, núm. 2, abril de 2008, pp. 41-70.

Vinen, Richard, *Thatcher's Britain: The Politics and Social Upheaval of the Thatcher Era*, Simon & Schuster, Londres, 2009.

Voegelin, Eric, *On the Form of the American Mind: The Collected Works of Eric Voegelin,* vol. I, Jürgen Gebhardt y Barry Cooper (coords.), Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1995.

Ward, Barbara, *Democracy, East and West,* Bureau of Current Affairs, Londres, 1947.
———, *Faith and Freedom,* Hamish Hamilton, Londres, 1954.
———, *Policy for the West,* Norton, Nueva York, 1951.
———, *The International Share-Out,* Thomas Nelson, Londres, 1938.
———, *The West at Bay,* Norton, Nueva York, 1948.
———, *Turkey,* Oxford University Press, Londres, 1942.
Wasserman, Gary, *The Politics of Decolonization, Kenya, Europeans and the Land Issue, 1960-1965,* Cambridge University Press, Cambridge, 1976.
Watkins, Derek, y Declan Walsh, "Saudi Strikes, American Bombs, Yemeni Suffering", *The New York Times,* 27 de diciembre de 2018.
Watson, William, "The Namamugi Incident, 1862", *History Today,* vol. 14, núm. 5, mayo de 1964, p. 325.
Waugh, Evelyn, *Brideshead Revisited,* Chapman & Hall, Londres, 1945. [*Retorno a Brideshead*, trad. de Caroline Phipps, Tusquets, Barcelona, 2010.]
Webster, Helena, *Modernism without Rhetoric: Essays on the Work of Alison and Peter Smithson,* Academy Éditions, Londres, 1997.
Weir, Andy, y Jonathan Bloch, "Robert Moss", *Covert Action Information Bulletin,* diciembre de 1979, p. 13.
Weisberg, Jacob, "The Tweed Jungle", *Vanity Fair,* junio de 1993.
Weiss, "The X List: Strongest and Weakest Banks and Thrifts in the US", *The Economist,* marzo de 2012.
Westad, Odd Arne, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times,* Cambridge University Press, Cambridge, 2005.
Westwater, S. A. M., "Walter Bagehot: A Reassessment", *Antioch Review,* vol. 35, núm. 1, enero de 1977, pp. 39-49.
Whatmore, Richard, "The Politics of Political Economy in France from Rousseau to Constant", en *Markets in Historical Contexts,* Mark Bevir y Frank Trentmann (coords.), Cambridge University Press, Cambridge, 2004.
Wheen, Francis, "Being Economist with the Truth", *The Guardian,* 2 de octubre de 1996.
Wickham-Jones, Mark, *Economic Strategy and the Labour Party: Politics and Policy-Making 1970-1983,* Macmillan, Basingstoke, 1996.
Wilkins, Mira, "The Free-Standing Company, 1870-1914: An Important Type of British Foreign Direct Investment", *The Economic History Review,* mayo de 1988, pp. 259-282.
Wilson, James, *Financial* Statement, G. A. Savielle, Bengal Printing Company, Calcuta, 1860.
———, *Fluctuations of Currency, Commerce, and Manufactures: Referable to the Corn Laws,* Longman, Orme, Brown, Green, and Longmans, Londres, 1840.
———, *Influences of the Corn Laws as Affecting All Classes of the Community, and Particularly the Landed Interests,* Longman, Orme, Brown, Green, and Longmans, Londres, 1839.
———, *The Revenue; Or, What Should the Chancellor Do?,* Hooper & Richardson, Londres, 1841.

Wilson, Keith, "The Agadir Crisis, the Mansion House Speech, and the Double-Edgedness of Agreements", *The Historical Journal*, vol. 5, núm. 3, septiembre de 1972, pp. 513-532.

———, *The Policy of the Entente: Essays on the Determinants of British Foreign Policy 1904-1914,* Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

Wilson, Woodrow, *The Papers of Woodrow Wilson*, vol. 53, *November 9, 1918-January 11, 1919,* Arthur S. Link (coord.), Princeton University Press, Princeton, 1986.

William Ashworth, y Thomas S. Ashton, *An Economic History of England, 1870-1939,* Methuen, Londres, 1960.

Williams, Francis, *Nothing So Strange: An Autobiography*, Cassell, Londres, 1970.

Williams, Raymond, *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society,* edición revisada, Oxford University Press, Nueva York, 1985.

Winch, Donald, *Adam Smith's Politics,* Cambridge University Press, Cambridge, 1978.

———, *Economics and Policy: A Historical Study,* Hodder and Stoughton, Londres, 1969.

Withers, Hartley, "Commerce and Finance as International Forces", en *The Unity of Western Civilization,* Francis S. Marvin (coord.), Oxford University Press, Oxford, 1915, pp. 198-221.

———, *International Finance,* E. P. Dutton, Nueva York, 1916.

———, *Money Changing and Introduction to Foreign Exchange,* Smith, Londres, 1913.

———, *Our Money and the State,* J. Murray, Londres, 1917.

———, *Poverty and Waste,* Smith, Elder & Co., Londres, 1914.

———, *Stocks and Shares,* Smith, Elder & Co., Londres, 1910.

———, *The English and the Dutch in South Africa: A Historical Retrospect,* C. Wilson, Londres, 1896.

———, "The League of Nations: Its Economic Aspect", en *The League of Nations,* Theodore Marburg (coord.), Oxford University Press, Londres, 1919.

———, *War and Lombard Street,* Smith, Elder & Co., Londres, 1915.

———, *War-Time Financial Problems,* J. Murray, Londres, 1919.

Wolf, Martin, "Keynes Offers Us the Best Way to Think about the Financial Crisis", *Financial Times,* 23 de diciembre de 2008.

Wong, J. Y., *Deadly Dreams: Opium, Imperialism, and the Arrow War in China,* Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

Wood, Christopher, *Boom and Bust: The Rise and Fall of the World's Financial Markets,* Sidgwick & Jackson, Londres, 1988.

Wooldridge, Adrian, "Stop the War on Wealth, We Need These Rich Few", *The Sunday Times,* 12 de agosto de 2002.

Woolf, Leonard, *Letters of Leonard Woolf,* Frederic Spotts (coord.), Harcourt Brace Jovanovich, San Diego, 1989.

Yearwood, Peter J., *Guarantee of Peace: The League of Nations in British Policy, 1914-1925,* Oxford University Press, Oxford, 2009.

Young, Marilyn, *The Vietnam Wars 1945-1990,* Harper Collins, Nueva York, 1991.

Ziegler, Philip, *The Sixth Great Power: Barings 1762-1929,* Collins, Londres, 1988.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Aberdeen, *lord,* George Gordon, George (cuarto conde de Aberdeen): 69, 72
Acheson, Dean: 349, 441-442
Allende, Salvador: 365-367, 398-399
Allison, Graham: 442
Amery, Leo: 309
Amin, Hafizullah: 388
Anderson, *sir* Alan: 265
Andrade, Marcos: 448
Angell, Norman: 208, 217, 227
Arendt, Hannah: 412
Arnold, Matthew: 75, 93
Ashley, *lord:* 56, 59
al-Assad, Bashar: 457
Assange, Julian: 460
Ash, Timothy Garton: 487
Asquith, Herbert Henry: 151, 173-178, 180, 184-186, 192-193, 197-198, 200, 203, 210-211, 222, 226, 437
Attlee, Clement: 271, 311, 313, 320-321, 375
Avebury, *lord:* 195
Azaña, Manuel: 15

Bachelet, Michelle: 13
Bagehot, Eliza: 190, 215
Bagehot, Thomas: 96
Bagehot, Walter: 24, 30, 39, 51, 88, 91, 93-147, 149-153, 158, 171, 174, 183, 202, 241, 367, 428-429, 431, 439, 472, 480, 488-489, 491
Baldwin, Stanley: 237, 245, 284
Balfour, Arthur: 171-172, 179-180, 197, 245
Balfour, Nancy: 330, 336, 382
Ball, Sidney: 185
Balogh, Thomas: 268, 300
Bannon, Steve: 11
Barlow, Frank: 427
Barry, Gerald: 273
Bartlett, Vernon: 287
Bastiat, Frédéric: 21, 52-53, 486, 488
Batista, Fulgencio: 341
Beddoes, Zanny Minton: 461-466, 468, 473
Beedham, Brian: 334, 342, 356-364, 369-370, 378, 380-382, 384, 400-401, 403, 412-417, 437, 439, 459, 489
Bellairs, Carlyon: 251
Bell, Daniel: 371, 449
Bell, Hugh: 214
Belloc, Hilaire: 184, 187
Beloff, Max: 450
Benenson, Peter: 478
Benn, Tony: 396
Berlin, Isaiah: 17-18, 308, 478, 484
Berlusconi, Silvio: 13, 433
Berry, Gerald: 287
Berry, Vaughan: 271-272
Bethell, *sir* Richard: 79, 101
Beveridge, *sir* William: 239, 244, 265, 292, 300-301, 303-304, 478
Bevin, Ernest: 303, 311, 313, 320, 328, 417
Bird, Roland: 294, 327
Black, Conrad: 384
Blair, Tony: 431, 472-473, 484
Bloomberg, Michael: 461
Bolton, John: 442
Bonham Carter, *lady* Violet (baronesa Asquith de Yarnbury): 238, 437
Bonnemaison, coronel Antoine: 332
Bosch, Juan: 363
Bourgeois, Léon: 477
Bowring, *sir* John: 79-80, 87
Boyd, Andrew: 331

Bracken, Brendan: 264-265, 286, 293, 309, 319
Brandt, Willy: 479, 484
Bright, John: 38, 40-41, 44-46, 61, 75-78, 80-83, 85, 87, 91, 138, 142, 144, 163, 169-170, 174, 184, 490
Brogan, Hugh: 341, 358
Brown, Gordon: 431, 453
Bruce, James (séptimo conde de Elgin): 68, 84
Brüning, Heinrich: 15, 281
Brunner, *sir* John: 198
Bryce, James: 93
Buchanan, James: 479
Buckley, William: 449
Burgess, Anthony: 417
Burnet, *sir* Alastair: 349, 353-355, 382, 401, 405, 430
Burns, John: 209
Bush, George H. W.: 11, 411-412
Bush, George W.: 31, 440, 443, 446, 453, 481, 483
Butler, Rab: 335, 347
Byron, *lord* George Gordon (sexto barón Byron): 22

Cadbury, *sir* Adrian: 427
Cadbury, Laurence: 263-264
Callaghan, James: 386, 396, 403, 431
Cameron, David: 421, 456, 466, 469
Campbell, Alex: 342
Campbell-Bannerman, Henry: 172, 179, 187, 192-193, 197, 203, 225
Canning, *lord* John Charles (primer conde Canning): 73, 89, 92
Cardwell, Edward: 101
Carlos, príncipe: 354, 430
Carlyle, Thomas: 52, 138
Carnegie, Andrew: 189
Carr, E. H.: 300, 328, 420, 445, 461
Carter, Jimmy: 387-388, 391, 397-398, 400, 402
Castlereagh, *lord, véase* Stewart, Robert (vizconde Castlereagh)
Castro, Fidel: 342, 366
Catto, *lord* Thomas (primer barón Catto): 312
Cecil, *lord* Robert (primer conde de Salisbury): 234
Chadwick, Edwin: 58, 476
Chamberlain, Joseph: 168, 172-173, 177, 180-181, 184, 187, 199
Chapman, John: 50
Chávez, Hugo: 13, 472
Chesterton, G. K.: 187
Chevalier, Michel: 22
Churchill, Winston: 15, 180, 193, 198-199, 203, 209, 226, 239-240, 247-248, 264, 274, 287, 292, 328, 370, 482
Clinton, Bill: 417-418, 432
Clinton, Hillary: 471
Cobden, Helena: 189
Cobden, Richard: 22, 37-38, 40-41, 44-46, 61, 75-77, 80-83, 97, 142-143, 169-170, 174, 184, 186-187, 189, 192, 476, 482, 487, 490
Coggan, Philip: 463-465
Colchester, Nico: 405-406, 427
Colefax, Sibyl: 264
Comte, Auguste: 18, 120
Constant, Benjamin: 17, 20, 475, 480
Cook, A. J.: 269
Corbyn, Jeremy: 403, 467, 472-473, 487
Corzine, Jon: 433
Cowley, *lord, véase* Wellesley, Henry Richard Charles, *lord* Cowley (primer conde de Cowley)
Craddock, John Francis (primer barón Howden): 68
Croce, Benedetto: 24, 475
Cripps, *sir* Stafford: 271, 306, 314
Croly, Herbert: 477
Cronkite, Walter: 354
Crook, Clive: 405, 409, 420, 422, 427, 433-435, 440-441, 443-444, 461
Crosland, Anthony: 401, 431
Cruikshank, Barbara: 336, 358
Cruikshank, Margaret: 293, 330
Crowther, Geoffrey: 259-260, 266-267, 270, 272, 282, 286, 291-298, 301-302, 304-305,

307-320, 326-329, 331, 336-339, 342-346, 348-349, 353, 356, 488, 492
Crozier, Brian: 331-334, 337, 341-342, 344, 357, 363, 365, 367, 399, 459, 489
Crump, Norman: 269

Dale, Edwin L.: 330
Dalton, Hugh: 271, 294, 312-317
Darwin, Charles: 51, 93, 138, 182
Davenport, Nicholas: 268-272, 300, 312, 317
David, Peter: 439
Davies, Howard: 409
Dawnay, Major Guy P.: 265
Derby, *lord:* 68, 78-79
Desjobert, Amédée: 146
Deutscher, Isaac: 299-300
Díaz, Porfirio: 486
Dicey, Albert: 114, 145
Dickinson, Lowes: 238
Diem, Ngo Dinh: 358
Disraeli, Benjamin: 78, 117-118, 140, 158, 171
Dornbusch, Rudiger: 409
Douglas-Home, *sir* Alec: 346
Drucker, Peter: 371
Drummond, Eric: 239
Dufferin, *lord:* 162
Dulles, Allen: 330, 335
Dulles, John Foster: 335
Duncan, Emma: 403, 444-445
Durbin, Evan: 271

Eden, Anthony: 285, 335-337
Edgeworth, F. Y.: 184
Einaudi, Luigi: 189, 278-279, 475
Elgin, *lord, véase* Bruce, James (séptimo conde de Elgin)
Eliot, George: 52
Elliott, Mike: 427
Emmott, Bill: 409, 422-431, 433-434, 436-446, 462, 465, 473, 491-492
Eyre, Edward John: 138, 144, 264

Fallows, James: 10
Fawcett, Edmund: 400-401, 474-475, 478, 480-486
Ferranti, Marcus de: 447
Ferry, Jules: 482
Fisher, Herbert: 267
Foot, Michael: 396, 472
Forest, William: 273
Fould, Achille: 74
Francisco Fernando, archiduque: 207-208
Friedman, Thomas: 448
Friedman, Milton: 356, 371, 394-395, 399, 449, 479, 484
Fukuyama, Francis: 414

Gaddafi, Muamar el: 456
Gaddis, John Lewis: 442
Gaitskell, Hugh: 271, 311, 335, 345, 348
Gates, Bill: 433, 447
Gaulle, general Charles de: 332, 346, 385
George, David Lloyd: 25, 187, 193, 195, 198-201, 203, 205, 210, 212, 214, 222-224, 226-228, 232, 234, 236-237, 239-241, 248, 251, 260, 267, 273, 296, 477, 482
Gibson, Thomas Milner: 81
Giffen, *sir* Robert: 103, 150, 189
Giscard d'Estaing, Valéry: 382
Gladstone, William: 24, 69, 77, 101-102, 109-110, 137, 142, 170-171, 183-186, 190, 226, 234, 238, 476, 482
Glazer, Nathan: 449
Goldring, Mary: 382
Gorbachev, Mijail: 411-412, 414
Gordon, David: 382
Gordon, Scott: 47
Granville, George Leveson-Gower (segundo conde de Granville): 101
Grant, Duncan: 243
Greaves, Clive: 384
Green, T. H.: 174, 182-183, 477
Greg, Walter Wilson: 215
Greg, William Rathbone: 47, 51-52, 74, 76, 91, 100, 103

Grimond, Jo: 437
Grimond, Johnny: 361, 382, 400, 437-439, 441, 488, 491
Guizot, François: 20, 75, 475-476, 480

Haass, Richard: 442
Halsey, *sir* Lionel: 265
Hamilton, Mary Agnes: 191, 208, 215
Hammond, J. L.: 184, 186-187, 191, 212
Harmsworth, Alfred Charles William (primer vizconde de Northcliffe): 193, 211
Harrison, Frederic: 142
Harvey-Jones, *sir* John: 427
Harris, Ralph: 393
Harrod, Roy: 315
Hastings, Max: 383, 404
Hayek, Friedrich: 298, 304, 315, 393, 399, 463-464, 477-479, 481, 484
Heath, Edward: 355, 374-375, 392, 396, 401
Heilemann, John: 461
Helms, Richard: 391
Henderson, Hubert: 240, 292
Hersh, Seymour: 391
Higgins, Matthew: 62
Hirohito, emperador: 371
Hirsch, Fred: 381
Hirsch, Steven: 447
Hirst, Francis: 30, 178, 183-193, 195-199, 201-206, 208-217, 219, 224-225, 227, 231, 238, 243-244, 255, 291, 488-491
Hitler, Adolfo: 15, 275, 280-287, 300, 361, 385, 458
Hobhouse, Leonard: 183, 186, 212, 226
Hobsbawm, Eric: 484
Hobson, C. K.: 191
Hobson, J. A.: 183, 186-188, 196, 201, 212, 227
Hodgskin, Thomas: 47-50, 52, 61
Hodson, Henry Vincent: 269
Hogg, Sarah: 405-406
Holmes, Stephen: 487
Holt, R. D.: 214
Honecker, Erich: 414
Honey, Patrick: 344
Hooper, John: 473
Hoover, Herbert: 189, 477, 484
Howard, George William Frederick (séptimo conde de Carlisle): 58
Howden, *lord, véase* Craddock, John Francis (primer barón Howden)
Huhne, Chris: 421-422
Hume, cardenal Basil: 383
Hume, David: 22
Hunt, Leigh: 22
Huntington, Samuel: 413
Hussein, Saddam: 411, 440
Hutton, Graham: 91, 257, 259, 266-268, 270, 282, 307
Hutton, Richard: 97-98, 100-101, 173

Il, Kim Jong: 12
Inglis Palgrave, Robert Harry: 149, 194

Jackson, Andrew: 133
Jackson, Frederick Huth: 195
Jacobs, Paul: 330
Jay, Douglas: 266-267, 269-272, 282-283, 287, 292, 401
Jenkins, Roy: 348
Jenkins, Simon: 404-405, 430
Jevons, Stanley: 151
Jintao, Hu: 13
Joffe, Adam: 442
Johnson, Lyndon B.: 16, 326, 330, 360-363, 378, 479, 483-484
Johnson, Robert Wood: 420-422
Johnstone, Edward: 148-178, 190, 491
Jomeiní, Ruholla Musavi: 388
Jones, Arthur Creech: 311
Joseph, Keith: 393

Kagan, Donald: 442
Kagan, Robert: 485
Kaldor, Nicholas: 268
Kant, Immanuel: 18
Karmal, Babrak: 388

Kennedy, John F.: 16, 326, 330, 342
Kennedy, Paul: 442
Kenyatta, Jomo: 323, 338
Keynes, John Maynard: 30, 93, 214, 222, 238-240, 242-260, 263, 266-268, 270, 276, 292-293, 298, 315-316, 318, 393, 454, 464, 477-478, 484
King, Martin Luther, Jr: 331
Kissinger, Henry: 16, 360, 386-387, 390-391, 398, 442
Kitchener, *lord,* Horatio Herbert (primer conde Kitchener): 164, 224
Klein, Naomi: 435
Knight, Andrew: 370, 381-384, 390-391, 400-402, 404-405, 420-422, 429, 445, 473
Koestler, Arthur: 273
Kohl, Helmut: 479, 484
Kristol, Irving: 449-450
Kyle, Keith: 329, 331, 334-336, 338-339, 353

Lamb, William (segundo vizconde de Melbourne): 61
Lambert, Richard: 191
Lamont, Norman: 407
Lathbury, Daniel Conner: 149-150
Lane, David: 433
Laski, Harold: 266-267
Law, Andrew Bonar: 207, 221, 246
Lawrence, *sir* John: 140
Lawson, *sir* Wilfrid: 170
Laxton, Tim: 433
Layton, Elizabeth: 294
Layton, Gilbert: 191, 208
Layton, *sir* Walter: 30, 191, 215, 231, 233, 238-245, 249-252, 255-261, 263-267, 269, 272-288, 292-294, 296, 326, 489-491
Leonard, Dick: 401, 423
Lesseps, Ferdinand de: 75
Lewis, *sir* George Cornewall: 48, 61, 69-70, 74, 83, 101
Lincoln, Abraham: 128-129, 131-132, 134, 476
Lings, Scott: 157
Lipset, Seymour: 449
Lipsey, David: 421, 427, 431
Lippmann, Walter: 478-479
Locke, John: 17, 28, 475
Lubbock, John: 141
Lucas, Edward: 458-461, 463-464
Lucas, John: 458
Lula da Silva, Luiz Inácio: 13
Lumumba, Patrice: 333, 341

McCulloch, J. R.: 41
MacDonald, Ramsay: 184, 240, 255-257, 269, 272, 296
Macdonell, P. J.: 184
MacIntyre, Alasdair: 484
Macleod, Iain: 335
Macmillan, Harold: 94-95, 255, 259, 315, 337, 340, 345-346
Macrae, Norman: 346-348, 353, 356, 369-380, 392, 394-395, 405, 412, 415-417, 423-424, 445
Macron, Emmanuel: 472
Maisky, Ivan: 277-278
Maitland, F. W.: 189
Mallaby, Sebastian: 443-444
Malthus, Thomas: 42, 483
Manning, Bradley: 460
Manning, Caroline: 406
Marshall, Alfred: 221, 238-240, 243
Martin, Kingsley: 268
Martineau, Harriet: 52
Martineau, James: 100
Marx, Karl: 15, 18, 21, 48, 57, 136, 148-149, 191, 269, 451, 454, 486
Major, John: 406, 410, 419
Massingham, H. W.: 186, 198, 212
May, *sir* George: 254-256
May, Theresa: 471-472
Mayo, Katherine: 261
Mboya, Tom: 338
McCain, John: 485
McLachlan, Donald: 344
Meacham, Jon: 10
Mead, Walter Russell: 442

Melbourne, *lord, véase* Lamb, William (segundo vizconde de Melbourne)
Mendès-France, Pierre: 479, 483
Merkel, Angela: 11, 13, 460
Micklethwait, John: 422, 441, 444-446, 448, 450-451, 456, 458, 461-462, 465-466, 473-474, 492
Midgley, John: 328, 336, 342, 344, 348, 353, 382, 488
Miliband, Ed: 466-467
Milken, Michael: 426
Mill, James: 39
Mill, John Stuart: 17-18, 23, 88, 97, 107, 115, 138, 143-145, 174, 182, 184, 191, 393, 432, 476, 482, 486
Milne, Seumas: 403
Milner, Alfred: 168, 199
Minh, Ho Chi: 325, 358
Mobutu Sese Seko: 333, 341
Molteno, Percy: 214
Monnet, Jean: 239
Monroe, Elizabeth: 329, 336, 344, 353
Moreton, Edwina: 441
Morley, John: 151, 170, 185-186, 198, 203-204, 209
Morpeth, *lord, véase* Howard, George William Frederick (séptimo conde de Carlisle)
Morris, William: 102
Morrison, Herbert: 271, 311, 314, 320
Mosley, Oswald: 272-273
Moss, Robert: 334, 344, 357-358, 364-369, 384, 386, 398-399, 459, 489
Mossadegh, Mohammad: 322, 335
Mount, Ferdinand: 95
Muir, Ramsay: 245
Murdoch, Rupert: 384, 402
Murray, Gilbert: 187, 212
Mussolini, Benito: 15, 275, 278-280, 282-285, 288

Nagy, Imre: 335
Nasser, Gamal Abdel: 335-336, 338, 364
Neil, Andrew: 383, 401-403
Newmarch, William: 103
Nicolás, zar: 72, 77, 126, 159, 239
Nixon, Richard: 355, 359-360, 365, 380-381, 390-391, 471, 484
Nkrumah, Kwame: 326
Norman, Montagu: 249, 266
Northcliffe, *lord, véase* Harmsworth, Alfred Charles William (primer vizconde de Northcliffe)
Northcote, *sir* Stafford: 109
Nye, Joseph: 442

Oakeshott, Michael: 478, 484
Obama, Barack: 13-14, 453, 456-457, 460, 467, 469, 481
Orwell, George: 299, 484
Osmaston, Dorothy: 239
Owen, Robert: 56, 269

Paish, George: 195, 201, 227
Palin, Sarah: 11
Palmerston, *lord, véase* Temple, Henry John (tercer vizconde de Palmerston)
Papadópoulos, general Geórgios: 364
Parkinson, Hargreaves: 269
Parks, Rosa: 331
Parnell, Charles Stewart: 170, 176-177
Pasha, coronel Arabi: 160
Pasha, Nuri: 336
Paulson, Hank: 453
Paxman, Jeremy: 354
Pearson, Clive: 273
Peel, *sir* Robert: 22, 41, 61-63, 69, 99
Pennant-Rea, Rupert: 370, 404-407, 409-411, 418, 420, 427, 473, 492
Pethick-Lawrence, F. W.: 271
Philby, Kim: 328, 343-345, 348
Phillimore, J. S.: 184
Pigou, Arthur: 221, 239
Pinochet, general Augusto: 333, 367
Pleydell-Bouverie, William: 44
Polanyi, Karl: 24
Popper, Karl: 478

Powell, Anthony: 11
Powell, Colin: 439
Power, Samantha: 442
Preston, Elizabeth: 40
Primrose, Archibald (quinto conde de Rosebery): 172, 186
Prochaska, Frank: 95
Putin, Vladimir: 13, 457-458, 472

Quigley, Hugh: 271

Raglan, *lord, véase* Somerset, FitzRoy James Henry (primer barón Raglan)
Rawls, John: 478, 486
Reading, Brian: 405
Reagan, Ronald: 16, 30-31, 389, 391, 393, 396-398, 400-401, 410-411, 423, 470, 473, 479, 484
Redlich, Josef: 189
Reid, Leonard: 191, 208
Reid, *sir* Robert: 189
Renzi, Matteo: 473
Revelstoke, *lord:* 201
Rhodes, Cecil: 168, 177, 187-188, 190, 207
Ricardo, David: 39, 41-42, 104, 143
Ridley, Matt, *véase* Wensleydale, barón
Robbins, Lionel: 349
Robinson, Austin: 259-260
Robinson, Joan: 300
Rodenbeck, Max: 441
Rohwer, Jim: 443
Roosevelt, Franklin D.: 15, 25, 240, 275-276, 288, 291, 308-309, 370, 477, 484
Roosevelt, Theodore: 25, 482
Rosebery, *lord, véase* Primrose, Archibald (quinto conde de Rosebery)
Rothschild, Evelyn de: 382, 384
Rothschild, *lord,* Nathaniel Mayer (primer barón Rothschild): 194, 200, 228, 274
Rousseau, Jean-Jacques: 18
Rowntree, Seebohm: 239
Royer-Collard, Pierre-Paul: 20
Ruggiero, Guido de: 475
Rumsfeld, Donald: 432
Runciman, David: 487
Runciman, Walter: 264-265
Rusk, Dean: 362
Ruskin, John: 93, 174, 183
Russell, Bertrand: 212-213, 238

Sachs, Jeffrey: 461
Sainsbury, John: 382
Salter, *sir* Arthur: 239, 249, 292, 296, 308
Salter, Ethel: 308
Satsuma, Daimio: 139
Scardino, Marjorie: 428
Schacht, Hjalmar: 280-282
Schulze-Delitzsch, Hermann: 476
Scott, C. P.: 211
Schumacher, E. F.: 302
Schumpeter, Joseph: 268, 445, 448, 481
Schuster, *sir* Felix: 195
Selassie, emperador Haile: 283
Seldon, Arthur: 376, 393
Shawcross, William: 391
Shultz, George: 16, 391-392
Shiina, Motoo: 433
Sihanouk, príncipe: 391
Simon, Ernest: 240, 264
Simon, John A.: 184, 186, 209, 264
Simon, J. E.: 337
Singer, Daniel: 329
Smiles, Samuel: 476
Smiley, Xan: 433, 441
Smith, Adam: 22, 28, 39, 42, 44, 56, 60, 64, 70, 107, 143, 201, 354, 393, 475, 488
Smith, K. Clarence: 337
Smith, Barbara: 329, 334, 338-339, 341-342, 344, 400, 441, 491
Smith, Ian: 405
Smithson, Alison: 293-294
Smuts, Jan: 234-235, 267
Snowden, Edward: 460-461
Snowden, Philip: 237, 254-255, 272
Somerset, FitzRoy James Henry (primer barón Raglan): 73

Somoza, Anastasio: 367
Spencer, Diana: 354
Sprigge, Cecil: 271
St John-Stevas, Norman: 430
Staël, Madame de: 20
Stalin, Josef: 276, 321, 370, 412
Stamp, *sir* Josiah: 239, 265
Standage, Tom: 461
Stelzer, Irwin: 402
Stevenson, Adlai: 326
Stevenson, Robert Louis: 151-152
Stewart, Margaret: 294
Stewart, Robert (vizconde Castlereagh): 22
Stowe, Harriet Beecher: 135
Strachey, John St Loe: 151-152, 176-177
Strachey, Lytton: 151, 238
Strakosch, *sir* Henry: 249, 264-266, 274, 286-287
Strauss, Robert: 400
Stuckey, Edith: 96
Stuckey, Herbert Spencer Vincent: 96, 99, 101
Suharto, general: 363, 386
Synon, Mary Ellen: 407

Taylor, Alan J. P.: 230, 329
Temple, Henry John (tercer vizconde de Palmerston): 48, 68, 72-73, 80-81, 83, 87, 190
Thatcher, Margaret: 13, 30, 333, 355, 357-358, 375, 393-404, 408-410, 417, 419, 426, 429-431, 456, 479, 484
Thibau, rey: 162
Thiers, Adolphe: 125
Thomas, J. H.: 255
Thomas, Tony: 401
Thornton, Samuel: 391
Tocqueville, Alexis de: 17, 20, 24, 45, 93, 145-147, 475-476, 480, 482, 486
Tooke, Thomas: 39
Toynbee, Arnold: 183, 268, 284-285, 319
Trevelyan, Charles: 63, 91, 209
Trevelyan, Francis: 66
Trump, Donald: 16, 470-471, 473, 487
Tyerman, Donald: 304, 327-329, 332, 335-336, 338, 341-345, 348-349, 353, 488
Vallance, Aylmer: 267, 272-275
Victoria, reina: 87, 111, 118, 158, 430
Villiers, Charles: 44-45, 48
Villiers, George: 64
Voegelin, Eric: 25

Walters, Barbara: 354
Wang, Patrick: 447
Warburg, Siegmund: 327
Ward, Barbara: 294, 308, 319-320, 322, 324, 326-327, 334, 353
Ward, Dudley: 191, 198
Watson, Adam: 330
Waugh, Evelyn: 264
Webb, Beatrice: 217
Weber, Max: 450-451, 479-480
Weisberg, Jacob: 427-428
Welch, Jack: 447
Wellesley, Arthur (primer duque de Wellington): 68, 424
Wellesley, Henry Richard Charles, *lord* Cowley (primer conde Cowley): 74
Wellington, duque de, *véase* Wellesley, Arthur (primer duque de Wellington)
Wells, H. G.: 239
Wensleydale, barón de, Matthew White (primer vizconde Ridley): 421, 427
Williams, Francis: 270-272
Wilson, George: 46, 151
Wilson, Harold: 94, 268, 271, 348, 355, 360, 374, 386, 396
Wilson, James: 14, 30, 38-49, 51-54, 57, 61-70, 74-77, 80, 82-83, 86-93, 100-101, 103-106, 111, 114, 136, 142, 151-152, 171, 174, 190, 220, 253, 263, 304, 407, 428-429, 477, 483, 486, 490-491
Wilson, Woodrow: 25, 94, 212, 234, 481
Will, George: 400
Withers, Hartley: 214-220, 223, 235, 244, 291, 491
Wood, *sir* Charles: 63, 91

Wood, Christopher: 426
Wooldridge, Adrian: 445-446, 448, 450, 456, 466
Worth, Margaret: 293
Wright, A. W.: 208
Yanukovych, Viktor: 458
Yarmolinsky, Adam: 330
Yeltsin, Boris: 411
Yew, Lee Kuan: 443
Young, G. M.: 93

ÍNDICE GENERAL

Sumario 7
Introducción 9
The Economist y la gestación del liberalismo moderno 9
Un poder a los poderosos 14
¿Qué es el liberalismo? Las barreras para una mejor definición . . 16
La historia del origen del liberalismo: una visión histórica y comparativa 19
El liberalismo en los Estados Unidos: un rodeo 25
El liberalismo clásico: tres cuestiones sin respuesta 26
The Economist en cuanto piedra de toque 27
Acerca del método 28

PRIMERA PARTE
Pax Britannica

I. *El imperio del libre comercio: de Hawick a Calcuta* 35
El argumento triunfador de James Wilson 38
El apoyo a *The Economist:* Wilson y los nobles *whigs* 43
El elenco original de *The Economist* 47
El productor de creencias: "Los principios del libre comercio aplicados con la mayor rigidez 53
El triunfo del libre comercio, la tragedia de Irlanda 61
Ciudad, Estado e imperio: la unión con los aristócratas capitalistas 68
El hito crimeo: la discrepancia entre los liberales 71
La segunda Guerra del Opio 79
La India y el motín indio 83
Nobleza obliga: Wilson en la India 86

II. *Las condenadas dudas de Walter Bagehot* 93
Walter Bagehot: un banquero nato 96
Los postulados liberales: Bagehot al timón de *The Economist* . . . 102
Las reglas de la banca central 109
Las jugarretas de la confianza: la Constitución inglesa y los peligros de la democracia 113

La Constitución francesa 119
Las naciones, el nacionalismo y la guerra franco-prusiana 123
La Constitución estadunidense y la guerra civil 128
El Impero británico 136
Bagehot y los rostros del liberalismo 141

III. *Edward Johnstone y la aristocracia de las finanzas* 148
La nueva prensa financiera 150
El amigo del inversionista extranjero 152
¿Una lucha liberal por el imperio? 158
Unidad imperial y escisiones liberales 169
Asquith, Irlanda y el nuevo radicalismo 173

IV. *El liberalismo arrollador: la reforma social y la guerra* 179
Francis Hirst y los días dorados del liberalismo 183
El liberalismo pro bóer 186
The Economist en campaña: entre el gabinete y la City 190
¿Imperio de las finanzas o imperialismo financiero? 199
Una mala lectura de las hojas de té: los imperialistas liberales y la anteguerra 203
Una gran guerra, grandes ilusiones 207
Hartley Withers y el patriotismo financiero: reconstrucción de los lazos de la City 215
¿La extraña muerte del liberalismo? 224

V. *El oro propio: Walter Layton y la Liga de las Naciones* 231
El "extraño" renacimiento del liberalismo 233
Walter Layton y el liberalismo de entreguerras 238
Las finanzas y la hegemonía: la restauración de la confianza y el debate con Keynes, 1921-1931 242
1925: Keynes y las "incongruencias" económicas del patrón oro 248
1929: Keynes, la caída financiera y sus secuelas 254
La libra esterlina en los años treinta: el Imperio y el cambio editorial, 1931-1938 261
Una nueva generación de "radicales de la City" en *The Economist* 266
El Club XYZ o cómo hacer respetable al Partido Laborista 271
Roosevelt, Stalin y Mussolini 275
The Economist y Hitler 280

Segunda Parte
Translatio Imperii

VI. *Un centro extremo* 291
El ascenso de Geoffrey Crowther 292
Crowther y el Plan Quinquenal del Partido Liberal 295
The Economist en guerra. 298
El frente del Imperio: expedición de cheques en blanco 305
Una extraña victoria: el Partido Laborista y la City, 1945 a 1951 310
El imperio del centro extremo: Barbara Ward, 1939 a 1950 319
Donald Tyerman y la sala de redacción sobre la Guerra Fría. . . . 326
Keith Kyle y la investigación estadunidense 329
Brian Crozier y *Foreign Report* 331
La crisis de Suez 334
De la Commonwealth liberal a una relación especial 338
El Partido Laborista, 1964 y todo lo demás 345
El Partido Laborista y el final del camino 348

Tercera Parte
Pax Americana

VII. *Liberales participantes en la Guerra Fría* 353
El "show" de Burnet 353
Brian Beedham, Robert Moss y Vietnam. 356
Los enemigos: de Suharto a Allende 362
La economía de Macrae: consideración de Japón y Alemania Oriental 369
La City y la CEE: en busca de un milagro británico 374
Andrew Knight: relaciones especiales, 1974 a 1986 380
The Economist contra la distensión 385
¿Tarde para el neoliberalismo?. 392
Thatcher y Reagan 395
Consejos divididos: reorganización de la sala de redacción 400
Rupert Pennant-Rea: la Guerra Fría en un clímax, de 1986 a 1993 404
El Big Bang: las finanzas, la innovación y la integración. 407
El fin de la Guerra Fría: interpretación del triunfo del liberalismo 410

VIII. *La globalización y su contenido* 418
Bill Emmott y los grandes modernos 422
La tierra del calambur naciente: lecciones de finanzas en japonés 423
La jungla de Tweed: "mentes libres, mercados libres, todos contra todos" 427
El modelo británico: "Thatcher e hijos" 429
El pulsado de botones en el extranjero 432
Las finanzas y la globalización 434
El nuevo orden mundial de los Estados Unidos 437
Mutis por la derecha 443
Los duques del riesgo moral *[The Dukes of Moral Hazard]:* Micklethwait y Wooldridge 444
El liberalismo de las millas de viajero frecuente: redimiendo a la globalización 446
2008: la salvación del sistema 451
Ni un paso atrás: el liberalismo y la crisis en *The Economist* . . . 453
La reactivación del "Occidente debilitado" 456
El ascenso de Zanny Minton Beddoes y la división Keynes-Hayek 461
Oficinas nuevas, progresismo nuevo 466

Conclusión: el progreso del liberalismo 469
El liberalismo: una historia de amor 474
El liberalismo realmente existente 485

Agradecimientos 493
Abreviaturas de las instituciones 495
Bibliografía 497
Índice onomástico 557

El semanario inglés *The Economist* posee una larga historia. Desde 1843 hasta la fecha ha logrado prevalecer a través de los años y sobrevivir perfectamente a la era digital, posicionándose como una publicación mundialmente respetable y conocida. Una de sus características principales, además, es que desde sus inicios ha respaldado al liberalismo, defendiéndolo y entendiéndolo de formas distintas con el paso del tiempo.

Partiendo de esta noción, Alexander Zevin estudia el desarrollo del liberalismo moderno a la par del desarrollo de *The Economist*. Para logarlo, examina esta ideología política al mismo tiempo que la opone al crecimiento de la democracia, la expansión imperial y las altas finanzas. Zevin da especial atención a los distintos editores que ha tenido —desde James Wilson y Walter Bagehot hasta Bill Emmott y Zanny Minton Beddoes—, pues sus personalidades han tenido un impacto directo en la publicación. De esta forma se construye la primera biografía crítica de este periódico, arquitecto del orden liberal que hoy por hoy se encuentra en tensión.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

CONAHCYT
CONSEJO NACIONAL DE HUMANIDADES CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS

www.fondodeculturaeconomica.com